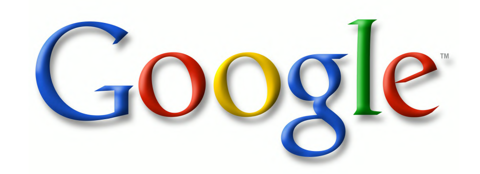



B 1,266,765



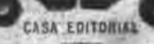
HISTORIA DE LA REVOLUCIÓN ESPAÑOLA

Por

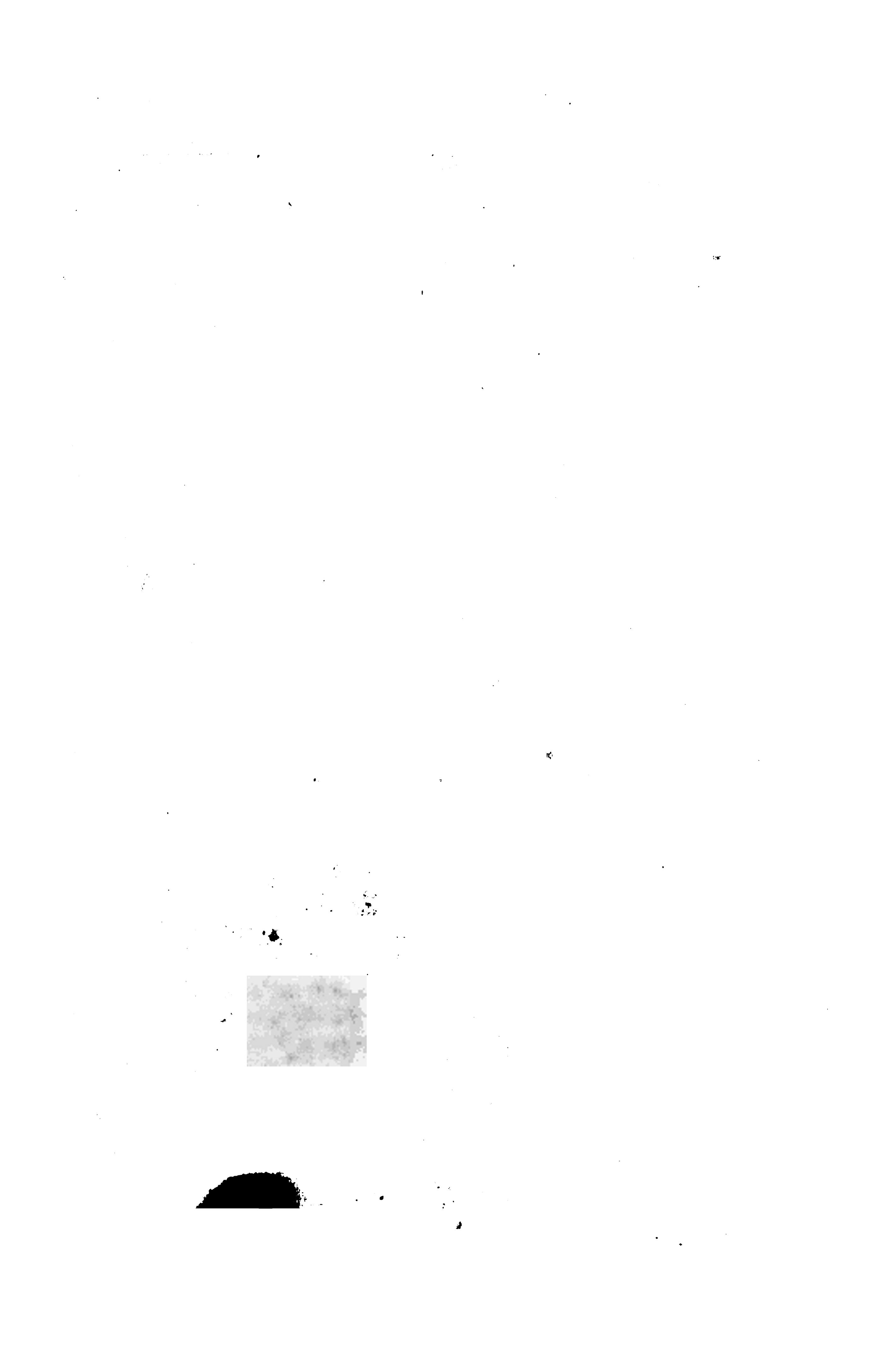
D. VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

CON UN PRÓLOGO DE

D. FRAN.co PI MARGALL



CASA EDITORIAL
La Enciclopedia Democrática
412-Consejo de Ciento-412
BARCELONA



HISTORIA

DE LA

REVOLUCIÓN ESPAÑOLA

HISTORIA
DE LA
REVOLUCION ESPAÑOLA

RIEGO
MUNOZ-TORRERO
ARGÜELLES

TORRIJOS
MENDIZABAL
BARCIA

REVOLUCION
ESPAÑOLA

POR
D. VICENTE BLASCO YBAÑEZ

ZORRILLA
SALMERON
RIVERO

CON UN PRÓLOGO
DE
D. F.co PI Y MARGALL

CASTELAR
PI Y MARGALL
FIGUERAS

HISTORIA
DE LA
REVOLUCIÓN ESPAÑOLA

(DESDE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA Á LA RESTAURACIÓN EN SAGUNTO)

1808 - 1874

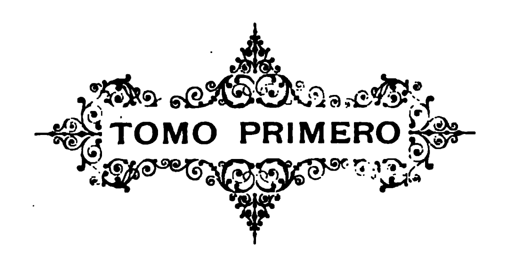
POR

D. VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

CON UN PRÓLOGO

DE

D. FRANCISCO PI Y MARGALL



BARCELONA

LA ENCICLOPEDIA DEMOCRÁTICA

412 — Consejo de Ciento — 412

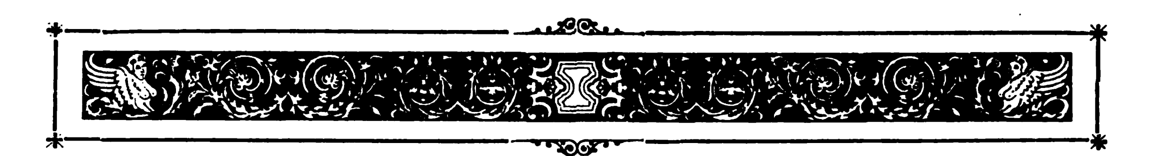
1890

Establecimiento tipográfico de B. Baseda, Villarroel, 17.—Barcelona

654383-176



Vicente Blasco Ibañez



INTRODUCCIÓN

La revolución política de España en el presente siglo, constituye uno de los períodos más interesantes de nuestra historia patria.

Su principio, es una epopeya á cuyo lado palidecen las mayores heroicidades, llevadas á cabo por los diversos pueblos de la tierra; uno de esos arranques propios de una gran nación que al tocar el suelo bajo el rudo impulso de un invasor, se levanta con mayores fuerzas para conquistar su independencia; y el movimiento político que se inicia en aquel brillante período, demuestra, que los pueblos cuando despiertan de su letargo para reconquistar su dignidad nacional, no vuelven á su reposo sin antes adquirir la libertad que se dejaron arrebatar en sus épocas de estúpida indiferencia.

Su fin permanece envuelto en las nieblas de lo futuro: no ha terminado todavía esa gloriosa y continua evolución que en busca de la libertad emprendió el pueblo español á partir del año 1810 en sus inmortales cortes de Cádiz; pero en vista de las diferentes etapas que ha seguido dicho movimiento y que una por una irán figurando en el curso de esta obra, no es aventurado asegurar que al final de tantas transformaciones, la nación, acabando con el eterno conflicto entre la autoridad y la libertad, hermanara una con otra y encontrara término á su revolución, dándose la forma de gobierno más en armonía con el espí-

ritu del siglo y los derechos populares.

La historia de la revolución española es el despertar de una gran nación.

España, como dice el insigne Víctor Hugo, ha sido durante mil años el primer pueblo de Europa: ha igualado á la Grecia en la epopeya, á la Italia en el arte, á la Francia y la Alemania en la filosofía; ha tenido unas Termópilas en Asturias y un Leonidas que se llamó Pelayo; una Iliada con la historia de sus héroes de la reconquista y un Aquiles conocido por el Cid; sus cuadros llenaron los museos del mundo causando la admiración del orbe, su literatura ejerció la hegemonía sobre todas las de Europa; y con su Fuero Juzgo, sus Partidas y sus fueros, creó un derecho nuevo en contraposición del romano que era el derecho de la usurpación y las clases privilegiadas y el mundo antiguo le debió uno nuevo descubierto por la fe y la constancia de Colón.

Pueblo tan grande y tan sublime, que proyecta sobre el vasto escenario de la historia una sombra que oscurece á las demás naciones, solo ha tenido en medio de su grandeza dos terribles enemigos con quienes luchar; dos cánceres que llevaba en su interior y que corroían poco á poco sus entrañas y estos han sido el Rey y el Papa de los que jamás logró verse libre.

El primer mal está representado por la dinastía despótica de Austria primero, y la imbécil de Borbón después, que empobrecían nuestra patria con frecuentes é injustas guerras que no tenían otro móvil que los intereses de familia, ó los ambiciosos deseos de dominación universal; que la esquilmaban robándole la sangre y el dinero; que quitaban á la naciente industria ó á la próspera agricultura los brazos más robustos para que empuñaran la lanza ó el mosquete; que no atendiendo al engrandecimiento material de España que iba en visible decadencia, llevaban la guerra á Francia, á Italia y á Flandes fundándose en derechos de dominio más ó menos legítimos, ó en supuestos insultos jamás dirigidos al pueblo y únicamente sensibles para el soberano; que llevadas de la tendencia absolutista propia siempre de los reyes, arrancaban á los antiguos reinos sus fueros y privilegios matando así aquellos municipios libres que durante el proceloso período de la Edad media habían sido el trípode sobre el cual había ardido el fuego santo de la civilizacion y los cuales, al perder la autonomía, cerraron sus fuentes de actividad en las que residía el engrandecimiento nacional; que guiadas por el jesuitismo y obedeciendo á las sujestiones de su fanática conciencia, expulsaron á los moriscos acabando de este modo con la agricultura, que aun hoy sufre las consecuencias de tan fatal medida; que deshonraron nuestros ejércitos convirtiéndolos en bandas que se entregaban al pillaje sobre países cuyo



único pecado consistía en luchar por su independencia; y que creyendo que de sus crímenes podía absorberlas la bendición de un hombre, prestaron en todas épocas su espada al Vaticano y combatieron con estúpida é infructuosa saña el espíritu del progreso doquiera se manifestó, convirtiendo á la nación española en un feudo de la Santa Sede.

El Papa tiene su representación por luengos siglos en nuestra historia patria; son sus agentes el tribunal de la Inquisición, que en sus hogueras extingue el alma de un gran pueblo y arroja sus cenizas sobre las cabezas de los pensadores, para impedir que su razón rompa los frenos que les imponen el terror teocrático; son, Torquemada, que entrega montones de carne humana á la voracidad de las llamas de la Iglesia; el Santo Tribunal, que tiene sus ojos fijos en los productos que arroja el inmortal invento de Gutemberg, que analiza con minuciosidad los libros y busca en frases inocentes ocultas intenciones heréticas y obliga á los grandes hombres del siglo XVI á refugiarse en el campo de la literatura para poder dar en novelas y comedias expansión á sus facultades intelectuales, vedándoles la filosofía y el raciocinio, que el clero considera peligrosos, comprendiendo indudablemente que por allí vendrá la destrucción de su absurdo poder; Felipe II, que publica pragmáticas prohibiendo bajo severas penas la introducción de libros extranjeros que puedan traer sobre nuestros campos el viento de la Reforma, que reina en las naciones del Norte; el padre Nitard, que maneja á su antojo desde el confesonario las conciencias reales, para amoldarlas á las exigencias de Roma y hacer que ésta impere de hecho en España; la turba de hábiles frailes y monjas, que aterrorizan al imbécil Carlos II con trasgos, duendes y endemoniados, para lograr que se perpetúe el poder de la casa de Austria, dinastía que obedece con más facilidad que ninguna á las exigencias del Vaticano; los obispos y curas, que se convierten en maestros del pueblo, para enseñarle á rezar y aconsejarle que no aprenda á leer, por ser esto expuesto al pecado; que le hacen pasar las horas en la iglesia y las rogativas fomentando la holganza y el vicio, y aficionándole á pensar en las cosas de más allá de la muerte, le convierten en supersticioso y enemigo del trabajo, teniendo como única fuente de existencia la incierta llegada de las flotas de América, cargadas de sudor de pueblos esclavos; y los monjes que desde el fondo de sus conventos intervienen en todos los negocios públicos y privados, hacen sentir su influencia tanto dentro del palacio real como de la más humilde cabaña, y aprovechándose del fanatismo de las familias, de la complicidad del Estado y de la apatía nacional, con los ojos puestos en Dios, la oración en los labios y la cabeza llena de místicos pensamientos, emplean como centro de operaciones lucrativas el altar y el lecho del mori-

bundo y se van apoderando de los campos y de las industrias hasta el punto de que casi la totalidad de la riqueza española viene á caer en sus manos.

Llevando tan crueles llagas en el pecho, era imposible que se consumara el engrandecimiento de un pueblo, y la nación española, después de algunos períodos en que parecía haber entrado por la senda que conduce al progreso, iba en visible decadencia por espacio de largos siglos, hasta el punto de que muchas naciones europeas, á pesar de estar regidas tiránicamente, la contemplaban con horror, considerándola como repugnante hervidero dentro del cual se agitaban las más crueles sabandijas de la humanidad.

Era necesario que un pueblo que había sido grande despertase para salir de su envilecimiento, y España despertó á principios de siglo, en circunstancias que jamás ha atravesado nación alguna, teniendo que combatir al mas terrible enemigo que existía en el mundo y que intentaba arrebatarle su independencia y dignidad, al sér gigantesco mezcla de grandezas y de villanías, á Bonaparte, que se alza como nuevo coloso de Rodas entre dos siglos, descansando en ellos su poder, y por esto al mismo tiempo que ella lanzaba sobre el ejército francés sus batallones y guerrillas para escribir en el monumento de su gloria nombres como Bailén, Zaragoza, Gerona y Arapiles, se procuraba su libertad y los derechos que falazmente le arrebató la monarquía reuniendo en Cádiz aquella colectividad de hombres ilustres que al redactar la inmortal Constitución de 1812 reivindicaban á la patria de un pasado triste y bochornoso devolviéndole lo que era patrimonio suyo y seguro baluarte contra la tiranía: la soberanía del pueblo.

La libertad volvió otra vez á España con esta fórmula, y decimos otra vez porque, para gloria del gran pueblo á qué pertenecemos, se puede asegurar con la historia en la mano que en él la tiranía y el absolutismo son modernos, y que lo antiguo y lo tradicional son la libertad y la soberanía popular, que descansaban en la autonomía de nuestras regiones ó pequeños reinos y que desaparecieron al morir éstos bajo la desacertada tendencia unificadora de la monarquía.

En la época goda, ó sea en los primeros tiempos de la constitución de la nación española, ésta aparece como producto de un pacto entre la autoridad y los ciudadanos, entre el rey y el pueblo. El Fuero Juzgo, ese código notable que tiene tanto de civil como de político, verdadero monumento que honra al pueblo que lo concibió, reconoce la soberanía de la nación y la proclama del modo más solemne en sus leyes fundamentales; marca los derechos del estado, del rey y de los ciudadanos, y manda á todos que se obliguen á respetar mútuamente las leyes que deben ser producto de los organismos que representen la nación,

juntamente con el rey. En él se dispone, además, que la autoridad suprema ó sea la corona, tenga el carácter de electiva, que nadie pueda aspirar al trono sin ser elegido por la nación; que el rey debe ser designado por las tres clases en que entonces se hallaba dividida la sociedad, el clero, los magnates y el pueblo, exige buenas cualidades que debe reunir el elegido y que aseguren su probidad y virtud para el alto cargo con que se le agracia; dice que el rey tiene derechos sobre su pueblo, pero que igualmente tiene deberes que cumplir; manda que el monarca y todos sus súbditos, sin distinción de clases ni jerarquías, guarden exactamente las leyes y asimismo que el rey no pueda tomar de ningún ciudadano por la fuerza cosa alguna, y, si así lo hiciere, que inmediatamente la restituya.

Importantes declaraciones son las que se hacen en el citado Código, tanto más notables si se tiene en cuenta la época de fuerza y barbarie en que se hicieron y que demuestran que era un hecho la soberanía nacional tan olvidada en siglos posteriores y en períodos de mayor civilización. El hecho de ser electiva la corona, y la autoridad real, producto de un pacto entre el monarca y el pueblo en los primeros tiempos de la monarquía española, echa por tierra el decantado derecho divino de los reyes, de que estos se revistieron para imperar tiránicamente sobre la nación y matar en ella todo derecho.

Pero no fué solamente en la época goda cuando la exaltación al trono revistió tal forma, la nación siguió conservando su soberanía hasta después de haberse iniciado la reconquista, y así vemos que tanto en Castilla como en Aragón, no existen leyes que reglamenten la sucesión real antes del siglo XII, viéndose obligados los monarcas á asociarse al gobierno en los últimos años de éste á los hijos ó sucesores que pensaban designar para sucederles, y presentarlos al reconocimiento de las Cortes como herederos en vida, precaución que muchas veces no pudo evitar disturbios y sangrientas contiendas entre los candidatos que aspiraban al trono vacante.

Poco á poco los diferentes reinos españoles fueron descuidando el ejercicio de su derecho electoral; las ambiciones avasalladoras de los reyes cada vez más crecientes por una parte y por otra la apatía y la ignorancia en que se sumía el pueblo español, fueron causa de que la nación olvidara su soberanía y perdiendo el ejercicio de ésta, la autoridad real de electiva se convirtiera en hereditaria.

A pesar de este rudo cambio no consta en documento ni ley fundamental alguna, que los Estados en que entonces estaba dividida la península española, renunciaran á un derecho inherente á su personalidad política y nueva prueba es de ello que en varias ocasiones recordando que tenían como propia una soberanía superior á la real, hicieron uso de ella deponiendo en

1462 los Estados de Cataluña á don Juan II de Aragón: en 1465 las Cortes de Castilla á Enrique IV por su mal gobierno y en 1406 las Cortes reunidas en Toledo á causa de la menor edad de don Juan II de Castilla, intentaron traspasar la corona á su tio don Fernando, fundándose los procuradores en el derecho antiquísimo que tenía la nación á elegirse sus soberanos.

Pero si la nación española cedió en su soberanía en cuanto á la elección á la corona, no por esto se dejó arrebatar en el período mediévico, la facultad de dictar las leyes por medio de sus Cortes y así vemos que después de empezada la reconquista vuelven á reproducirse en Navarra, Castilla y Aragon aquellas asambleas nacionales que tuvieron su fundamento en los concilios de Toledo de la época goda.

España es el primer pueblo que puede contar entre sus muchas glorias el establecimiento del sistema constitucional.

El Parlamento inglés, esa institución tradicional que ha resistido el poder avasallador de la monarquía, á pesar de su antigüedad venerable, es más reciente que los parlamentos españoles, pues setenta y siete años antes que los ingleses reuniesen aquel en Londres, el pueblo español tenía sus Cortes en León.

Los congresos nacionales que durante la Edad media se reunieron en los diferentes reinos españoles, resucitaron los democráticos principios que informaban las leyes políticas de los godos.

En las Cortes que se celebraron en Navarra, Castilla y Aragón, los magnates, los prelados y el pueblo con el rey, hacían las leyes, marcaban la cantidad de tributos y contribuciones y trataban de todos los asuntos graves ocurridos en el momento ó en el período que transcurría entre la reunión de una y otra asamblea.

A pesar de que las funciones legislativas las llevaban á cabo los tres estados antes citados en igual forma, existían grandes diferencias entre ellos, tanto en la manera de reunir las Cortes, como en las diversas atribuciones de los poderes legislativo y ejecutivo; diferencias que son del caso señalar.

Castilla es el estado donde mayores atribuciones conservó el poder real y más escaso fué el predominio de la soberanía nacional. La tendencia autocrática que siempre se manifestó en sus reyes y la indiferencia y flojedad en asuntos políticos de un pueblo, que sólo se ocupaba de hacer la guerra á los sarracenos, fueron la causa de que las Cortes se doblaran en muchas ocasiones ante pretensiones injustas de los monarcas, que llegara á ser menor el número de leyes favorables á la libertad y que en ellas no se estableciera hasta donde llegaba la autoridad del trono y la soberanía de la nación.

A pesar de esto la constitución de Castilla no deja de ser notable bajo el

punto de vista político. En ella se establece que el rey no puede confiscar á nadie su propiedad, se le prohibe que en circunstancia alguna ·parta el señorío, é igualmente se dispone que no pueda prender á ciudadano alguno mientras éste presente un fiador, que la sentencia que se dé por el rey con ausencia de los tribunales de justicia sea nula y que el monarca no pueda exigir al pueblo contribución ni tributo alguno sin el permiso y aprobación de la nación representada por las Cortes; permiso que jamás se concedía sin antes haber obtenido justa satisfacción por parte del poder real, de los abusos y violencias que éste hubiera cometido en el ejercicio de su autoridad.

Tan celosas se manifestaban las Cortes castellanas siempre en este último punto, y tal era el convencimiento que el pueblo tenía de su derecho á exigir tales reparaciones, que la falta del citado requisito en las Cortes celebradas en la Coruña en las que los procuradores concedieron á Carlos I los subsidios que pedía sin antes dar satisfacción por los agravios, fué la causa de la revolución de las Comunidades, que cayó al fin vencida en Villalar, arrastrando á la tumba los fueros y la soberanía del pueblo castellano.

Pero en la nación donde la soberanía y la libertad fué defendida con más tesón y la monarquía tropezó con mayores obstáculos para realizar sus autocráticas aspiraciones, fué en Aragón, pueblo que con su carácter independiente y altivo, incapaz de doblegarse, impuso en muchas ocasiones su derecho á la voluntad de sus reyes.

El rey aragonés no podía presentar resistencia á las peticiones de las Cortes, y si es que insistía en no aceptarlas á pesar de que el reino las creía beneficiosas para sus intereses, el pueblo, en virtud de su soberanía, las declaraba leyes.

La misma fórmula que se usaba para la publicación de éstas, demuestra hasta dónde llegaba la soberanía de la nación aragonesa: *El rey, de voluntad de las Cortes, estatuesce y ordena.*

El pueblo de Aragón, comprendiendo, sin duda, que la soberanía popular y el poder real eran en el fondo irreconciliables enemigos, tenía muy buen cuidado de que el tiempo y la desidia no vinieran á hacer caer en desuso y á negarle un derecho que le era propio, y de aquí que tuviese interés en que no transcurrieran muchos meses entre la reunión de unas Cortes y otras, (pues consideraba á estos organismos como el baluarte de sus libertades) y que estableciera en 1283, en el reinado de Pedro III el Grande: *Que el señor Rey faga cort general de aragoneses en cada año una vegada.*

Una facultad tan de vida ó muerte para los pueblos como es la de declarar la guerra ó la paz, y que en casi todos los pueblos antiguos vemos residir en el rey, radicaba en el estado aragonés en las Cortes, las que podían

declarar su opinión sobre tan grave punto, á propuesta del monarca. El pueblo aragonés, con esta medida importantísima, se ponía á cubierto de las acechanzas del poder real, que en casi todas las naciones ha declarado muchas veces guerras injustas para oprimir de este modo mejor á sus pueblos y privarles de su libertad.

Las contribuciones, al igual de Castilla, se señalaban por las Cortes, que se manifestaban muy escrupulosas en tomar al rey las cuentas de su inversión, y pedían á todos los funcionarios públicos detallada justificación del desempeño de sus cargos.

Pero lo más notable que encierra la historia política del antiguo reino de Aragón, es el privilegio de la Unión, institución singularísima de que no se presenta ejemplo en la historia de pueblo alguno. Tenía por objeto el velar por la integridad y pureza de los fueros ó libertades de la nación y oponerse abiertamente á la alteración que en ellos pudieran hacer el rey ó sus funcionarios, así como impedir que desobedecieran lo en ellos dispuesto. Si el mismo monarca se empeñaba en ir abiertamente contra los fueros, el pueblo podía destronarle y elegir otro en su lugar más obediente y respetuoso para la ley, sea cual fuera su condición, nacimiento y aun ideas religiosas.

La autoridad de la Unión era grande y su poder gigantesco. Exigía á los reyes satisfacción por agravios inferidos á la soberanía del reino, como sucedió con Alfonso III de Aragón; expedía mandatos, y velaba de continuo porque rigieran con exactitud las leyes.

Una asociación tan formidable de ciudadanos enemigos de la autoridad despótica y amantes de la libertad, incomodaba mucho á la monarquía, que cada vez acentuaba más sus ambiciones, y la Unión, por fin, pereció bajo el peso de las armas de don Pedro IV el del Puñal, quien después de su triunfo en Valencia y Aragón consiguió, por fin, que en 1348 unas Cortes complacientes la declarasen disuelta.

Pero si con esto sufrieron un tremendo golpe los fueros de Aragón, y por tanto su soberanía, no por ello se perdieron, pues todavía subsistió ésta, aunque cercenada á cada momento por las aspiraciones tiránicas de los reyes, cada vez más acentuadas.

Después del privilegio de la Unión quedaba á los aragoneses otra institución que podía servir, en parte, de obstáculo para las ambiciones de la monarquía, y ésta era el Justicia. Magistrado popular encargado de que no se atacara por nadie la libertad civil y la seguridad personal de los ciudadanos, su poder era inmenso, pues tenía su base, más que en lo augusto de su cargo, en la confianza y la simpatía que le dispensaban todos los aragoneses. Las leyes le daban gran protección para que pudiera ejercer su cargo con entera independencia; ante él podían defenderse los perseguidos





Protesta de D. Juan de Lanuza en el momento de partir para el cadalso

(Cuadro de R. Elorriaga)

por el poder del rey ó sus ministros é implorar su protección, y tenía el derecho de llamar á las armas y capitanear á los aragoneses aunque fuera contra el mismo rey ó su sucesor, siempre que introdujeran tropas extranjeras en el reino, cosa enérgicamente prohibida por los fueros del país.

Tan gran autoridad, basada en los derechos del pueblo y de la nación, no podía menos de excitar los odios de la monarquía y atraerse los rayos destructores de su ira, lo que sucedió en el reinado de Felipe II, que faltando á los fueros envió sobre Zaragoza los soldados castellanos y mandó cortar la cabeza al último justicia don Juan de Lanuza, con cuya sangre borró la notable Constitución aragonesa.

Este Código político será siempre digno de admiración, pues ningún pueblo de la Edad media fué regido por unas leyes tan democráticas y humanas, siendo notable que mientras en toda Europa era admitida como muy natural la prueba de tormento en los juicios, en ellas se prohibía en absoluto que ningún aragonés pudiera ser sometido á una prueba tan bárbara y cruel.

La Constitución de Navarra es también notabilísima, tanto por sus disposiciones como por el mucho tiempo que ha estado en vigor, pues desafiando los propósitos de las monarquías absolutas, ha llegado casi á nuestros días.

Algunas modificaciones importantes hicieron en ella, después de la Edad media, las dos dinastías tiránicas que han regido en España; pero en la época precitada sus disposiciones, exceptuando el privilegio de Unión y el Justicia, eran en un todo semejantes á la Constitución aragonesa.

La autoridad de sus Cortes fué gigantesca. No podía regir en Navarra una ley que no fuera producto de la aprobación de las Cortes, y éstas llevaban á cabo sus deliberaciones sin asistencia del poder real.

Los proyectos, que tenían el nombre de *pedimento de ley*, se presentaban á la aprobación del trono, y aun después de aprobados por éste, los revisaban minuciosamente cuando eran devueltos, pudiendo negarse á insertarlos en sus cuadernos de leyes si encontraban alguna adición contraria á sus intereses.

Ningún impuesto ni contribución podía cobrarse en el reino, que careciera de la aprobación de las Cortes, y á las cantidades recaudadas para el Estado se las daba el nombre de *donativo voluntario*.

La diputación permanente, autoridad constituida para gobernar entre una y otra reunión de Cortes, velaba por el exacto cumplimiento de la Constitución; podía oponerse al cumplimiento de todas las pragmáticas y cédulas reales que ofendieran los intereses de Navarra y declararlas contrarias al fuero, y entender en todos los asuntos, tanto políticos como económicos, que interesaran al reino y no

concernieran más que á la autonomía de éste.

El poder judicial también gozaba, aun después del siglo XVI, de completa independencia con el poder real, pues en el Consejo de Navarra se finalizaban todos los pleitos y causas sin hacer distinción de categorías de personas y sin que pudieran ir á los tribunales de la corte en apelación.

Innegable es luego de hecho este pequeño examen de las Constituciones de los tres estados más principales de la antigua España, que la libertad y la soberanía nacional son un hecho en la historia de nuestro país.

Residían éstas en las instituciones que los estados se habían dado para afianzar sus derechos, y se perdieron cuando aquéllas fueran disueltas por los reyes que aspiraban á la negación de la soberanía de sus pueblos y la preponderancia de su poder absoluto.

De este modo, el poder real, que primeramente era producto de un pacto entre el rey y su pueblo, se sobrepuso á la soberanía popular, de la que emanaba su autoridad; la deducción se puso sobre el principio para destruirle, y España se sumió por mucho tiempo en el abismo de la tiranía política. El que siglos antes era el primer funcionario de la nación, nombrado electivamente, y que tenía que responder de sus actos y mandatos, quiso ser dueño absoluto de las vidas y haciendas de sus conciudadanos, y que las leyes de la nación no fueran otra cosa que el producto de su capricho.

La historia de los reyes ha sido igual en todos los pueblos. Mientras han existido organismos que les han recordado la verdad de su origen y el límite de sus atribuciones, han estado en lucha abierta con ellos, no cejando hasta destruirlos.

Por esto las libertades y fueros de Castilla tuvieron un Carlos I; las de Aragón un Felipe II, y las de Valencia y Cataluña un Felipe V, que se encargaron de destruirlas.

Extinguida la última chispa de la antorcha de la libertad, muda la nación á los piés de los hombres que paseaban su inmenso poder por bajo los claustros del Escorial fríos y sonoros como la tumba ó por los escenarios de los corrales, el pueblo español degeneró terriblemente en número y dignidad, hasta el punto de colocarse al más bajo nivel. Los municipios antes tan florecientes, en diversas industrias, quedaron reducidos á poblaciones casi desiertas en las que imperaban despóticamente ciertas familias que por gracia real podían trasmitir de padres á hijos las varas de regidores perpétuos; la campiña quedó despoblada, pues las continuas guerras por una parte y la expulsión de los moriscos por otra, robaron al arado y la arada los robustos brazos que antes los manejaban; los que fueron feraces campos rebosantes de frutos, quedaron convertidos en baldíos y eriales; el telar cesó de moverse comprendiendo que era inútil su trabajo, pues sus productos no encontraban venta á cau-

sa de los impuestos con que de contínuo los gravaba el rey, siempre ávido de recoger dinero para sostener sus empresas insensatas; las mil industrias nacionales desaparecieron huyendo de las gabelas con que se las atormentaba; la falta de obras públicas que facilitasen el trasporte de los artículos más necesarios y la completa destrucción de las que antes existían, obligaba á los pueblos á vivir de sus propios recursos, nó pudiendo aprovecharse de los del vecino, lo que en muchas ocasiones facilitaba el imperio del hambre; había que sostener numerosos ejércitos; una corte, verdadero foco de dilapidación é inmundicia, un clero que para vivir necesitaba nadar en la abundancia y para todo esto, se hacían llover las contribuciones como otras tantas moles de piedra sobre la nación para exprimirla y beber hasta sus últimos jugos. Mientras el rey celebraba con un banquete una victoria en Italia ó Flandes, centenares de seres se morían de hambre, porque la gloria militar no llena el estómago del pueblo; los españoles, cuyos abuelos habían sabido mirar de frente á los reyes teniendo conciencia del derecho de su soberanía, callaban ahora sufriendo con la indiferencia del esclavo las mil opresiones que caían sobre ellos, y no osaban pronunciar el nombre de su monarca sin descubrirse como si hablaran de Dios; se consideraban como seres superiores á los lacayos reales y á los frailuchos ignorantes; no se veía en ninguna parte rasgos de dignidad como los que eran propios de los antiguos pueblos españoles; la firmeza castellana y la sublime terquedad aragonesa no hacían ya su aparición en los asuntos políticos; todo era acatamiento, sumisión y ciega obediencia aun á los más absurdos mandatos y la juventud española que en casi todas épocas ha sido generosa, desinteresada y amante de la justicia, en aquellos tres siglos de absolutismo, viendo que era más recompensado por la sociedad y que la monarquía apreciaba en más, el rudo golpe de espada ó los sermones repletos de grotescas ideas, que el trabajo laborioso ó el estudio concienzudo, abandonaba el campo ó la universidad, para ingresar en los tercios ó en el convento y entre satélite del opresor ó partícula de la masa oprimida, prefería ser agente del poder tiránico con la espada ó de la Santa Inquisición y de Roma desde el claustro.

En esos tres siglos que son otros tantos borrones de nuestra historia, no se encuentra un solo período en que el pueblo español sufriera una saludable reacción; los anales de tal época se deleitan en relatar victorias y derrotas, tratados diplomáticos más ó menos ventajosos, ovaciones reales, autos de fe, en los que las clases más privilegiadas de la sociedad presenciaban con la misma complacencia que si estuvieran en el teatro oyendo una comedia de Lope ó Calderón, como un buen número de infelices se retorcían rujiendo de dolor entre las llamas que carbonizaban sus carnes por el

enorme delito de hacer uso de la facultad que la naturaleza había depositado en su cerebro, y examinar á la luz de la razón los principios que una clase parásita se empeñaba en presentar como indiscutibles: los escritos de entonces nos recuerdan las brillantes fiestas del Palacio del Buen Retiro ó de Aranjuez, nos hablan de las queridas de los reyes o de sus favoritos que muchas veces merced a cuatro bufonadas que disipaban la melancolia real, se convertian en ministros universales; pero no nos hablan jamás del pueblo ni de su estado, pues en aquel entonces no representa otro papel que el de pagar y servir como de coro para dar más esplendor a la figura del rey, y si alguna vez se paran a tratar de la situación del trabajo, es para dar más fuerza á la estupida division de este en artes liberales y oficios viles, como si en el mundo existiera ninguna ocupacion que produciendo honradamente el propio sustento y beneficiando á la sociedad, pudiera envilecer al hombre.

España estaba en plena degradación y ésta la debia a si misma, á su flojedad en dejarse arrebatar la soberanía por un poder que presentándose como electivo habia concluido (llevado de sus aspiraciones tiránicas) hasta usurpar atribuciones del mismo Dios y á su ignorancia que la hacía mirar todo cuanto ocurria como la cosa más natural.

A pesar del estado en que se hallaba la nación, ésta vivía en la mayor tranquilidad sin que en ninguna circunstancia se levantara en masa para derribar lo de que tal modo le oprimía; ella no podía usar de su derecho de soberanía, estaba huérfana de organismos que guiados por una constitución velasen por su exacto cumplimiento, estaba expuesta á los caprichos de aquel poder absoluto, pero esto no turbaba su apatia porque tenía el alto honor de ser esclava de hombres de una materia superior á la de todos los humanos, de seres celestes que, siendo representantes de Dios en la tierra, se contentaban con ceñir una corona y ser tan infalibles como el Vicario de Roma, gozaba la satisfacción de estar bajo la ferula del autócrata Carlos I que dió á beber á la tierra más sangre que Atila y Napoleón; del fanático Felipe II espíritu diabólico tan frío y duro como un ídolo de mármol; del fatuo Felipe III que ayudó tan dignamente á sus antecesores á la obra de la destrucción nacional; del casquivano Felipe IV cuyas glorias de hombre de Estado consistieron en escribir malas comedias y enamorar comediantas; del imbécil Carlos II sér digno de compasión que en tiempos tan irreverentes como el presente, á pesar de ser ungido del Señor, figuraría en un manicomio; del infantil Felipe V siempre en perpetua tutela, y nieto obediente que vino á España para establecer una sucursal de la tiranía francesa y de la despótica tendencia unitaria de Luis XIV; del fugaz Luis I cuyos actos más notables fueron el en-

tretenerse por las noches en saltar las tapias de los jardines para robar las frutas, con lo cual se demuestra qué clase de oficios eran los que la monarquía no consideraba como viles; del misántropo Fernando VI, cuyo único mérito estriba en no haber hecho nada; del indefinible Carlos III, mezcla extraña de buenas y malas cualidades, á quien debió la nación la funesta guerra con Inglaterra y el Pacto de Familia, y que si llevó á cabo la expulsión de los jesuitas fué por creer que éstos constituían un peligro para el prestigio de su autoridad de rey absoluto; del bonachón Carlos IV, que, comprendiendo que no se podía ser buen cazador y amo de un pueblo al mismo tiempo, puso éste en manos de una reina libidinosa y de un privado audaz y ligero, y del funestísimo Fernando VII, á quien tiempo tendremos para juzgar en el curso de esta obra.

Tales fueron los hombres á quienes estuvo encomendado el gobierno de nuestra nación durante tres largos siglos y tal la situación política y económica de nuestro pueblo.

Aquel sueño letal no podía ser eterno: un día ú otro el pueblo envilecido debía adquirir la conciencia de sus deberes, y ese día llegó, no sólo para nuestra nación, sino para la mayor parte de las de Europa que se encontraban en igual estado.

En nuestro país la revolución, como en todas partes, tuvo su período de preparación lenta, y esta preparación tuvo su nacimiento en la influencia que ejerció en ciertos españoles el suceso ocurrido á fines del pasado siglo en el vecino pueblo francés, y que es uno de los mayores, por no decir el más grande, de los consignados en la historia de la humanidad.

Europa fué por etapas destruyendo la esencia del mundo antiguo para crear uno nuevo más en armonía con la razón, la justicia y el derecho.

En los siglos XVI y XVII se inicia la revolución religiosa y científica. La inteligencia humana, tanto tiempo oprimida por las supersticiones y los errores del pasado, rompe las ligaduras con que se la oprimía desde el Vaticano, proclama el dogma del libre examen y de la libertad de conciencia, y el mundo entra en una nueva senda.

Lutero y Calvino hacen vacilar el poder universal del Papa, reducen su infalibilidad y abren ancho campo á la razón libre; Galileo y Copérnico, con sus investigaciones científicas, dan un golpe de muerte á la Biblia y á la mentida sabiduría de la Iglesia; al farragoso escolasticismo y la falsa filosofía teocrática sucede la filosofía del mundo nuevo que, haciendo tabla rasa con todos los sistemas antiguos, parte de la razón pura y del examen detenido de las cosas, la cual tiene sus representantes en Campanella, Giordano Bruno, Bacon, Descartes, Espinosa, Hobbes, etc., y el sublime invento de la imprenta, propaga con rapidez pasmosa las nuevas ideas, muchos cerebros que estaban en la oscuridad de la ignorancia se iluminan con luz de la

verdad, y el vetusto edificio levantado en tiempos de barbarie por los Papas, se derrumba con estrépito no pudiendo sufrir los embates rudos de la nueva ciencia.

Pero no eran suficientes para el mundo la revolución religiosa y la científica. La humanidad marcha á la meta del progreso por medio de fuertes conmociones que destruyen lo pernicioso, y en su historia figuran como otros tantos pasos decisivos, las revoluciones religiosa, científica y política, así como en un día de los futuros tiempos experimentará también la revolución social.

Vino la revolución política, y para manifestarse escogió un pueblo que, por ser vecino nuestro, necesariamente había de hacernos sentir el efecto de sus doctrinas.

Francia era á mediados del pasado siglo, el pueblo más oprimido por el centralismo tiránico.

Sus reyes absolutos desde el principio de la monarquía, jamás reconocieron al pueblo el menor derecho, le oprimían con los más onerosos tributos y gabelas, y una miseria espantosa reinaba en los campos mientras en Versalles se celebraban las fiestas más ostentosas que recuerda la historia.

Un sublime movimiento intelectual fué lo que produjo el despertar de aquel pueblo.

La filosofía y la ciencia histórica, se encargaron en el espacio de medio siglo, de hacer conocer la verdad de lo existente á todo un pueblo primero y después á la humanidad entera, y la nación francesa por medio de un glorioso cataclismo volvió antes por su dignidad y luego por la de todos los hombres.

La sublime Revolución francesa, no fué la obra de los Estados Generales, de la Asamblea Constituyente, ni de la Convención; no la produjeron los tribunos, ni los héroes del 14 de Julio y del 10 de Agosto; sus verdaderos autores fueron los filósofos y los literatos que bastantes años antes prepararon el terreno con sus libros inmortales que admirará eternamente la humanidad agradecida.

Rousseau, Voltaire, D' Alambert, Marmontel y todos los grandes hombres que ayudaron á producir la gigantesca *Enciclopedia*, fueron los obreros que derrocando los obstáculos que por tanto tiempo se oponían al paso del progreso, abrieron el camino por donde los pueblos van llegando á la verdadera libertad.

La República Democrática, es hija legítima del *Contrato Social*, así como la libertad religiosa fué una doctrina popular después de las burlas sublimes de Voltaire.

La Monarquía y la Iglesia recibieron una cruel puñalada con la publicación de la *Enciclopedia*.

El golpe fué tanto más rudo cuanto que las nuevas doctrinas no se encerraron en el árido libro del sabio que éste guarda con cariño de padre y que sólo corre el reducido círculo de los amigos y allegados, sino que siendo

obra de publicistas que gozaban del aura popular y cuyos escritos no sólo aguardaba todo un pueblo con impaciencia, sino que traspasaba las fronteras para ser conocidos por los hombres más eminentes de vecinas naciones, volaban de un lugar á otro dejando surco profundo en los cerebros de los franceses y tanto en el campo como entre las clases obreras de las ciudades encontraban modestos y laboriosos propagandistas que se encargaban de explicarlas á las masas infelices á quienes el Estado había robado el derecho á instruirse, no enseñándolas á leer.

La tempestad se fué formando poco á poco, justamente en las circunstancias más críticas, cuando la nación marchaba á la bancarrota y el rey para evitar ésta que era efecto de las locuras y desórdenes de sus antecesores, convocaba á los Estados Generales para que vieran el mejor medio de que el pueblo pagara con su sudor lo que la monarquía se había dado tanta prisa en derrochar.

Se reunieron los Estados Generales y entonces ocurrió una cosa horrible para los reyes. Las miserias del pueblo, se manifestaron al natural con toda su repugnante verdad, la soberanía nacional se mostró irritada y amenazante en la sesión memorable del *Juego de pelota* de Versalles, la indignación producida por tantos siglos de absolutismo y opresión, se condensó en un trueno que fué la voz de Mirabeau y la monarquía agarrándose aterrada al trono que parecía querer escapársele; supo con sorpresa que por encima de su omnipotente poder, existía una cosa que se llamaba nación la cual tenía derechos de los que nacía toda potestad; que aquellos humildes diputados del Estado Llano, cuyos vestidos negros y raídos hacían reir á sus cortesanos llenos de galones y colorines, y á quienes días antes podía encerrar en la Bastilla ó dar tormento impunemente, eran inviolables por el sólo hecho de representar á sus conciudadanos y que cada individuo tenía una serie de derechos inherentes á su personalidad y por tanto ilegislables, á los que se daba la denominación de *Derechos del hombre* y cuyo cumplimiento acababa para siempre con el poder de los reyes.

Entonces despertó Francia á la nueva vida y el esfuerzo que llevó á cabo hizo poner en pié paulatinamente á toda la humanidad.

La forma democrática vino al mundo; se llevó á cabo la revolución política, cuya iniciación tanta falta hacía á los pueblos y la República francesa de 1792 encargada de la sublime misión de propagar la buena nueva á todos los pueblos, hizo que el viento llevara á los palacios reales de Europa los ecos libertadores de la sublime *Marsellesa;* agitando la antorcha revolucionaria, derramó por todas las naciones chispas que más tarde ó más pronto produjeron hogueras, y condensó sus sublimes aspiraciones en tres palabras que desde entonces han sido el

lema escrito en todas las banderas bajo las cuales los pueblos han luchado por su regeneración: *Libertad*, *Igualdad* y *Fraternidad*.

Tan trascendental movimiento no podía menos de causar impresión en un pueblo como España que por razones geográfica y de raza ha vivido y vive tan en contacto con la nación francesa.

La propaganda de los publicistas franceses había traspasado las fronteras como más arriba dijimos, para llegar hasta los hombres más eminentes de todas las naciones y uno de los pueblos en donde produjo más efectos fué en él nuestro.

El reinado de Carlos III fué fecundo para los intereses de la patria. A este monarca, á pesar de sus muchos desaciertos, hay que reconocerle que tuvo al menos el mérito de rodearse de hombres eminentes que no fueron refractarios á las nuevas ideas que se propagaban en Francia, y que conocían á fondo la grave situación de España y muchas de las causas que la habían conducido á la decadencia.

Floridablanca, Aranda, Campomanes, Jovellanos, Cabarrús y otros, eran ilustres españoles superiores á su época, que leían claramente el porvenir y teniendo una ilustración vastísima, en aquellos tiempos de general ignorancia, se dejaban arrastrar del patriotismo y señalaban sin cesar los medios para sacar á España del mísero estado en que se hallaba.

El reinado de Carlos III se señala con el establecimiento de dos instituciones que llevándose á cabo contra las murmuraciones de la mayoría de la nación ignorante y enemiga de innovaciones, demostraron que por parte de los hombres que aconsejaban al trono, había interés de colocar España á la altura de otros pueblos.

Las Sociedades Económicas y el Banco de San Carlos, son dos glorias para el gobierno de aquella época.

En las primeras, que también recibieron el nombre de Patrióticas, se estudió el método mejor para devolver á España la prosperidad y el bienestar de que en otros tiempos gozaba, y se puso los ojos en la agricultura, que por las condiciones geográficas y climatológicas es el principal medio de existencia de nuestra nación que siempre será más agrícola que industrial.

Se redactaron informes tan brillantes y luminosos como el producido por el célebre D. Gaspar Melchor de Jovellanos que se conoce bajo el nombre de *Ley Agraria*, se llevaron á cabo otras gestiones que demostraron celo é interés, y si el éxito no coronó por completo tales esfuerzos, algo sin embargo produjeron éstos, que sirvió de norte y guía en tiempos posteriores.

El Banco de San Carlos dió á conocer en España los establecimientos de crédito, y fomentó algo los intereses nacionales, si bien cayó pronto destruido por los ataques de sus enemigos, que eran los más, y sobre todo por ser una institución superior á la época y sin armonía alguna con el es-

tado decadente de la nación, pues en aquella época era más fácil, como asegura Cabarrús, el director del Banco, girar una letra sobre Madrid desde Liorna, Londres ó Amsterdam que desde Badajoz, Granada ó Cuenca.

Pero si la obra de aquellos hombres no llegó á ser tan fructífera como fuera de desear, quedan en cambio los escritos en que proponían sus reformas y que, tanto por el mérito de éstas como porque demuestran la influencia que en ellos produjeron las ideas nuevas al par que el deplorable estado en que se hallaba la nación, son dignos de que todos los conozcan.

Una de las obras más notables de aquella época fué la *Instrucción secreta á la Junta de Estado* del ministro Floridablanca.

Este hombre de Estado, cuya grandeza en la primera época de su vida política fué verdaderamente colosal, creó la llamada Junta de Estado, que no fué otra cosa que la reunión periódica en Consejo de los diversos ministros ó secretarios de despacho con un doble objeto: primeramente para hacer que la marcha de todos aquellos negocios que dependieran de varios ministerios tuvieran más unidad (lo que no sucedía cuando los ministros despachaban con el rey por separado) y después para imponer su elevado criterio á todos sus compañeros de gobierno, lo que seguramente sucedía siempre que la Junta de Estado verificaba su reunión.

Para imponer más este criterio, ponerse á seguro de una vez de los ataques de sus enemigos que criticaban sus reformas, y hacer que el Estado marchara de acuerdo con sus doctrinas, redactó la *Instrucción secreta á la Junta de Estado*, extenso documento que el rey, después de una lectura de tres meses, hizo suyo con algunas correcciones y presentó á su gobierno como norte y pauta que debía servirles en todas sus gestiones.

Muchas disposiciones contiene la *Instrucción reservada* en punto á administración del reino y de política exterior, pero éstas las pasaremos por alto por creer que las primeras no fueron de un criterio muy avanzado ni muy buenas para acabar los conflictos porque entonces atravesaba la nación y ser las segundas de índole completamente ajena al interés de esta obra, y demostrar que todavía existía en la monarquía la tendencia á dominar países extraños, con los que no nos unía vínculo alguno, y anteponer siempre los intereses de la familia borbónica á los propios del país.

La parte más notable de la célebre *Instrucción* es la que trata el punto de relaciones entre el trono español y la Santa Sede.

En dicha parte del documento, se define claramente la tendencia de la monarquía española que, llevada de su espíritu absolutista, se emancipaba del poder y tutela del Papado, produciendo con esto un beneficio á la nación.

Natural era que un rey fánatico y

con sus puntas de supersticioso como lo fué Carlos III, comenzara obligándose en el documento á sostener la religión católica y á obedecer ciegamente á Roma en todas las materias espirituales, pero después se entraba en la cuestión de los intereses materiales, y aquí se manifestaba claramente la tendencia regalista del trono español.

Se recomendaba á los ministros la defensa del patronato y regalías de la corona con prudencia y decoro pero con firmeza; la utilidad de hacer concordatos con Roma siempre que no fuera en perjuicio de aquéllas, y antes bien procurando que salieran beneficiadas; el mantener el crédito nacional en el Vaticano con cardenales, prelados y nobleza pontificia; el procurar que los papas fuesen siempre afectos á España y mirasen á esta nación con más deferencia que las demás en todos los conflictos internacionales; el que no se opusieran á las providencias que dictare el gobierno prohibiendo la amortización de bienes en las manos del clero y los regulares, y el lograr que se conformara el Papado con que la autoridad real interviniera en la elección y nombramiento de los superiores de las comunidades religiosas.

En todas estas disposiciones se reconoce la tendencia que animaba al trono español que por tantos años había estado bajo la influencia del Vaticano, de desquitarse ahora, interviniendo en él y de dirigido pasar á ser director.

Pero si la célebre *Instrucción secreta* fué verdaderamente notable, no llegó con mucho á otros escritos que casi en la misma época se publicaron. Su mérito más principal consiste en haber sido adoptada por un jefe de Estado convirtiéndose sus preceptos en regla de gobierno.

De todos modos, dicho documento honra al monarca que lo hizo propio y demuestra que en él había deseos de contribuir á la regeneración del país tan decaído, si bien, tan nobles aspiraciones las mezclaba con ideas rancias que desvirtuaban su obra.

El reinado de Carlos III ejerció una saludable influencia en la nación. Tras aquellos reinados de disipación, errores é intolerancia, el suyo pareció más hermoso de lo que en realidad fué y sus reformas mucho más grandes de cómo deben juzgarse teniendo en cuenta los resultados. Fué semejante al pálido y triste sol de invierno, que parece hermoso, después de una oscura tempestad.

En tal época se crearon sociedades y academias cultas, se abrieron nuevas vías de comunicación para facilitar la circulación de los productos, se llevaron á cabo muchas obras públicas que hermosearon las ciudades al par que mejoraron sus condiciones higiénicas tan olvidadas, y sobre todo, el rey contra la opinión de su corte, las preocupaciones de familia y el espíritu de época, procuró rodearse de hombres de Estado, de jurisconsultos y de escritores, asociándolos al gobierno,

con lo que rompió con las costumbres de sus ascendientes siempre rodeados de frailes y generales, y dió preponderancia á la clase civil sobre el ejército y la iglesia.

Otra gran reforma, la más universalmente conocida de este reinado, fué la expulsión de los jesuitas.

La compañía de Jesús, esa institución tenebrosa que como un monstruo de cien patas se yergue todavía sobre el mundo haciendo sentir en todas partes su maléfica influencia, se había desarrollado y hecho poderosa en España más que en ningún otro pueblo.

Ella, era el cuerpo más distinguido por su valor y audacia de todo el gran ejército de curas, frailes y monjas que el Papa tenía acampado sobre nuestro pueblo para embrutecerlo, deshonrarlo y tenerlo siempre á merced del rey, que á su vez era servidor del Vaticano.

Los jesuitas, esas repugnantes sabandijas que todos los pueblos han arrojado de su seno con asco y desprecio, se habían apoderado de España y hacían sentir por todos lados la influencia de su oculto poder.

En sus manos estaban, las principales fuentes de la industria nacional, lo que les permitía amontonar riquezas en sus conventos para remitirlas al centro directivo de la orden, la educación de la juventud y por tanto el porvenir de toda una nación y la conciencia de los reyes á quienes manejaban desde el fondo del confesonario.

Por encima del rey estaba el Papa; y el agente activo y laborioso de éste, era el jesuita.

Carlos III al ocupar el trono de España venía de reinar en Sicilia, y en aquel pueblo, estando en íntimo trato con el poder supremo de la Iglesia, había aprendido á conocer los manejos del Papa y de sus auxiliares los de la Compañía de Jesús.

En todos sus actos de gobierno dió á entender el poco agrado con que miraba la tal orden político-religiosa, compuesta de campeones del poder temporal de la Iglesia y del embrutecimiento universal para hacer así mayor su imperio, y procuró alejarla de toda intervención en los negocios públicos.

El rey absoluto no quería que sobre la nación se sintiera otra influencia que la suya.

Tal conducta atrajo sobre el monarca el odio de la Compañía, que devorando su rabia en silencio, esperó una ocasión para vengarse de él.

Ocurrió en Madrid una conmoción popular, ocasionada por la ridícula ley del imprudente ministro Esquilache y los jesuitas se aprovecharon del motín; mezclaron sus agentes entre el pueblo para que la revolución adquiriera mayores proporciones, y su resultado fué que la decantada autoridad real rodó por el suelo, que el monarca tuvo que acceder á las pretensiones de sus súbditos y que la nación aprendió que había un medio para impedir las exigencias caprichosas de sus reyes; la sedición armada.

Carlos III no perdonó aquel rudo golpe dado á su autoridad y su prestigio real por la maquiavélica Compañía de Jesús, y el resultado de su odio fué la expulsión del territorio español de dicha orden, llevada á cabo de un modo tan notable por el conde de Aranda.

La expulsión de los jesuitas fué una medida que facilitó mucho la regeneración de España, que de otro modo hubiera seguido por el fatal camino de la degradación y que de la tiranía monárquica hubiera pasado á ser víctima de la plena tiranía de la Iglesia. Pero no por los resultados beneficiosos de la medida se debe perder de vista el móvil que la produjo, ni atribuir á Carlos III ideas y doctrinas que estaba muy lejos de profesar su espíritu religioso.

La expulsión de los jesuitas como ya dijimos, no fué más que la obra de un rey absoluto que celoso del prestigio de su autoridad, no podía consentir en sus dominios otra influencia superior á la suya.

Pero si el influjo de las doctrinas de los preparadores de la Revolución francesa se manifestaron en Floridablanca, y por tanto en el gobierno de España; encontraron también en nuestra patria, como ya hemos dicho, otros hombres que las acogieron y difundieron en sus escritos con más entusiasmo y método más completo.

Los que primeramente merecen fijemos en ellos la atención, fueron Jovellanos y Cabarrús.

El primero de éstos, inteligencia clara y profundo observador, se labró el pedestal de su inmortalidad, redactando el *Informe de la Sociedad Económica de Madrid al Consejo de Castilla en el expediente de Ley Agraria.*

Contiene esta obra, al par que atinadas observaciones sobre el estado precario de la nación, sanas reglas de conducta para el gobierno acerca de los intereses nacionales y medios claros de fomentar la prosperidad del pueblo español.

En ella sienta el principio de que la fuente de la producción nacional es la agricultura, y defendiendo á ésta, pinta con mano maestra los graves males de la administración española, el descuido de los gobernantes para todo aquello que no sean conquistas y guerras con nuevos países, y los vicios de que adolecía la sociedad de entonces, ignorante y rutinaria.

Al llegar á la enumeración de los obstáculos que se oponen en España al desarrollo de la agricultura, Jovellanos no vacila y señala como casi el más principal la amortización de bienes en manos del clero regular y secular, amortización absurda é indigna que alcanzaba á más de tres quintas partes de la propiedad nacional. Igualmente señala como obstáculo las vinculaciones y los mayorazgos, que hacían cada vez más que la propiedad se fuera aglomerando en manos de nobles ineptos y perezosos y que quitaban al labriego esa consoladora esperanza que da mayor fuerza para el traba-

jo, de convertirse en pequeño propietario.

Pinta el estado moribundo de la exportación y de la circulación de productos por falta de carreteras, canales navegables y puertos, y por la carencia de libertad en el comercio sujeto á trabas tales, como impuestos, peajes, etcétera, etc., y apunta sabias observaciones sobre el comercio exterior.

Hace notar el absurdo en que siempre cayeron los gobiernos españoles de querer sacar á la nación grandes contribuciones para sus locas empresas, olvidándose, en cambio, de fomentar las fuentes de producción, que son de las que el pueblo puede sacar los medios de contribuir á las cargas públicas, y critica uno por uno todos los males que se oponen al desarrollo de la agricultura.

Estos pueden reasumirse en dos clases: los nacidos de la ignorancia de la monarquía y los producidos por la ignorancia de la sociedad.

Los primeros están representados por el inmenso cúmulo de Reales Ordenes, Ordenanzas, Reglamentos y Pragmáticas, en las que se favorecían los baldíos, la granjería de lanas, los privilegios de la Mesta (funesta cofradía de ganaderos que por tánto tiempo estuvo dañando nuestra agricultura), y sobre todo la amortización civil y eclesiástica.

Los segundos se veían claramente en el estado casi rudimentario en que estaba nuestro cultivo, que no había adelantado ni un paso desde el tiempo de los árabes. Los habitantes de los campos, al igual que los más ilustres propietarios, no tenían otra guía que cuatro reglas tradicionales y empíricas, y desconocían en absoluto los adelantos llevados á cabo en otras naciones.

Contra todos estos males proponía el ilustre publicista radicales remedios, como eran el que el gobierno dedicara más atención á los intereses agrícolas que á la política internacional, que muchas veces había arruinado á la patria, pues para dañar á Inglaterra, por ejemplo en las guerras que sostuvo con ella España, se prohibió que se exportara nada á dicha nación, matándose con esto el poco comercio exterior que existía de vino, granos, seda, etc.; que por medio de obras públicas que podían llevarse á cabo con los fondos destinados á sostener guerras que no representaban más que aspiraciones poco justificadas, se combatiesen los obstáculos que la naturaleza presentaba á la agricultura, construyéndose cómodas carreteras, canales de riego y buenos puertos de mar; que se evitara la general ignorancia que reinaba tanto entre los propietarios como entre los labriegos, para lo cual proponía la publicación por el Estado de unas *Cartillas rústicas*, en las cuales se pudieran aprender los conocimientos científicos más elementales que fueran aplicables á la agricultura, y terminaba proponiendo que tales reformas no solo las llevara á cabo el gobierno del reino, sino que

también fuera éste ayudado en su tarea por las provincias y los municipios.

La obra de Jovellanos aparte de su mérito literario y científico, demuestra el noble corazón de su autor interesado por todo aquello que pudiera influir en el bienestar de su patria y el poder oculto porque se sentían influidos los grandes hombres de aquella época que en bien de la nación no vacilaban en decir al Trono y á la Iglesia, las verdades más amargas.

Pero el hombre de ideas más avanzadas, que aparece en el último tercio del siglo XVIII, el más influido por las doctrinas de la Revolución francesa, es Cabarrús, el célebre director del Banco de San Carlos, que tantas iras se atrajo y de tantas críticas fué objeto por su tendencia reformadora; espíritu inquieto, imaginación fogosa y escritor ameno y atractivo, que no por reunir estas condiciones dejaba de poseer la clara inteligencia, el espíritu observador y el criterio imparcial de los demás españoles eminentes de aquella época.

Cabarrús, fué audaz en la exposición de sus doctrinas, cuanto sentía su corazón lo derramaba sobre el papel; las consideraciones, producto de una reflexión continuada, las exponía en una forma original y valiente, y bien puede asegurarse que aquellos escritos que á fines del pasado siglo le granjearon el afecto de muchas personas cultas, á principios de éste ó sea cuando la monarquía y la iglesia no eran tan tolerantes con sus súbditos porque no tenían necesidad de suavizar su poder ante el terrible espectáculo de la Revolución francesa, le hubieran conducido á morir en las hogueras de la Inquisición.

Su célebre libro, *Cartas sobre los obstáculos que la naturaleza, la opinión y las leyes oponen á la felicidad pública*, que dirigió al ilustre autor de la *Ley Agraria*, es obra en la que expone tan puras doctrinas é ideas políticas tan avanzadas é impropias de aquella época, que aun hoy se lee con el mayor gusto y hay en ella mucho que aprender para algunos que á fines del siglo XIX, se llaman liberales y demócratas desvirtuando y mistificando los indestructibles principios que estas palabras significan.

Cabarrús, escribía sus cartas y las publicaba en 1792; examinaba el fundamento de los poderes públicos y con esto atacaba la monarquía absoluta en sus puntos más vulnerables; hablaba como podía hacerlo un Constituyente francés desde la tribuna, y esto lo hacía cuando todo el mundo monárquico se indignaba ante Francia republicana que tenía su rey encerrado en el Templo para ir después á la guillotina; cuando en España juraban los conventos y el pueblo ignorante guerra á muerte á la nación vecina, tan irrespetuosa con los reyes y con la iglesia, y cuando el furor de la venganza hervía en las conciencias fanáticas. El autor de las Cartas á Jovellanos, demostró entonces al par que

su patriotismo, su valor cívico y la firmeza de convicciones.

En nadie como en él ejercieron influencia las doctrinas de la Revolución francesa.

Discípulo apasionado de Rousseau y de su *Contrato social*, en el prólogo de sus Cartas, ó sea en la dedicatoria á Godoy el príncipe de la Paz, expone sus ideas sobre la formación de las nacionalidades que las cree efecto del pacto de todos los individuos que la componen, y examina el origen de la monarquía que nace de la necesidad de una autoridad en los pueblos, si bien éstos conservan siempre su soberanía por ser un derecho que no pueden enajenar.

Teorías tan atrevidas para aquella época, causa sorpresa verlas estampadas en un libro del siglo XVIII y más aún se impresiona el ánimo, cuando en la primera carta Cabarrús critica á la monarquía, si bien en forma suave que atenúa un tanto la afirmación de que los males y el atraso de la patria derivan de la indiferencia de los reyes, que no podrá excusarse jamás ante la historia de que carecían de medios para llevar á cabo la regeneración nacional, pues el poder que siempre ha encontrado oro para combatir y armas y sangre dispuesta á derramarse en los campos de batalla sin fruto alguno, mejor hubiera podido encontrar hombres y dinero para aplicarlos á la construcción de obras públicas que redundaran en beneficio de la producción española.

Cabarrús en sus Cartas, aconseja al Estado medios muy sensatos,—y que sería prolijo enumerar,—para allegar fondos con destino á dichas obras, é igualmente propone que la base de la nación sea el municipio como fuente de todas las fuerzas del país, si bien dicho municipio ha de ser libre, popular y deber su formación al sufragio de todos los ciudadanos, suprimiéndose los corregidores de Real orden y los regimientos hereditarios, por medio de los cuales algunas familias van pasando de padres á hijos un tiránico caciquismo sobre la población.

Entrando en la esfera de la Beneficencia pública, ataca los asilos de Expósitos por creer que favorecen la inmoralidad, así como los hospitales, edificios ostentosos en que se cuida más del aparato teatral y las prácticas religiosas que del cuidado de los enfermos, y se declara partidario de la beneficencia privada y domiciliaria, salvo raras escepciones.

Atendiendo á las condiciones geográficas de la nación, propone una red de caminos y canales navegables que facilite por toda la península la circulación de productos, y para obras tan trascendentales aconseja se empleen los sesenta mil hombres con que entonces contaba el ejército español, los cuales permanecían ociosos y embrutecidos en sus guarniciones y que en vez de figurar como instrumentos de muerte y destrucción, podían ser soldados del progreso que se llenaran de gloria con-

tribuyendo á la prosperidad de su patria.

Pinta con vivos colores el embrutecimiento de la humanidad en épocas no muy remotas; hace la apología de los que sacrificaron su vida y su tranquilidad en pro de la civilización universal, defiende la libertad de enseñanza en todas sus manifestaciones, dice que la instrucción religiosa deben darla los padres en el hogar doméstico y que en las escuelas los ciudadanos del porvenir deben estudiar un catecismo político, que les enseñe sus deberes y derechos como miembros de una nación y truena contra la enseñanza nula y perniciosa que las órdenes religiosas, enseñoreadas de la instrucción, dan á la niñez, á la cual, so pretexto de hacerla humilde, le quitan la virilidad, la energía, y el espíritu de independencia que son las principales cualidades de todos los grandes pueblos.

El ejército de aquella época también es objeto de la crítica atinada de Cabarrús. Combate su organización, que en vez de convertirle en una colectividad de hombres dignos y virtuosos, que tienen el santo deber de velar por la defensa de la patria, lo tiene conocido en manadas de seres viles, recogidos por medio de enganches entre la escoria de la sociedad y mandados por muchachuelos nobles de *aire agitanado y calavera*, con una instrucción superficial ó nula y que para desempeñar los altos cargos de la milicia, no cuentan con otros méritos que los de sus ascendientes, y propone que la profesión de soldados sea dignificada y que los colegios militares de donde salgan los oficiales, sean otras Lacedemonias donde se enseñe á vivir con frugalidad, á sufrir privaciones, á practicar la virtud y en donde al mismo tiempo se adquieran todos los conocimientos que cada vez requiere más el arte de la guerra, si bien él cree que todos los pueblos de Europa más tarde ó más pronto suprimirán los ejércitos permanentes, estableciendo para la seguridad pública las milicias ciudadanas.

Igual crítica le merece el clero, en el que ve jerarquías indignas de una Iglesia que se fundó sobre las bases de la igualdad, y reprueba enérgicamente el celibato del sacerdocio por creerlo pernicioso para la moral é insultante para la santidad de la familia.

Manifiesta cierta tendencia federalista y descentralizadora, demostrando los inconvenientes de las grandes poblaciones, y más si éstas carecen de medios de vida como Madrid, y consumen á las restantes provincias valiéndose de la centralización administrativa; truena contra la manía de los empleos de que se sienten apoderados todos los españoles que antes que en trabajar se afanan por ocupar una mesa en una oficina; se burla de la etiqueta real y de las ridiculeces cortesanas, que considera atentatorias para la dignidad del hombre; elogia á la Asamblea Constituyente de Francia, cuna de la revolución y de la que salió la inmortal declaración de los

Derechos del hombre, y termina su obra con una acerba crítica de la nobleza y sus preeminencias, que por su espíritu de profunda sátira parece salida de la misma pluma de Voltaire.

Tal es, en resumen, el contenido de la notable obra de Cabarrús, obra que indudablemente contribuyó en mucho á la Revolución española, pues aquellas doctrinas encontraron gran eco y sembraron en muchos cerebros la semilla que más adelante debía fructificar.

Otro autor nos queda por examinar que también al escribir sobre el estado de su patria y proponer reformas atinadas, se hizo eco de las libertades y derechos que existían en otros países: este es D. Valentín de Foronda.

En unas *Cartas* sobre policía urbana y seguridad general, tratando de estas materias, aconseja al ministro Ceballos el establecimiento en España del *Habeas corpus* inglés y de algunas otras reformas que en el fondo eran los mismos derechos individuales antes mencionados.

Pero si las doctrinas de los filósofos franceses que prepararon la Revolución francesa encontraron adeptos entre los españoles más eminentes, los grandes hombres de dicha revolución, el inflexible Robespierre, el grandioso Danton, el firme Saint-Just, y los demás caudillos de la revancha de la humanidad contra sus tiranos, también tuvieron sus admiradores en nuestra nación, que tomando ejemplo de sus actos meditaban en silencio sobre los males de España y la necesidad de que desapareciera para siempre la monarquía, que había sido el principal obstáculo á todo progreso.

Mucho valor y energía se necesitaba para intentar tan solo el plantear la República en un país que, como la España del pasado siglo, se componía de un pueblo ignorante, fanático y degradado, que se dejaba manejar por los frailes y que creía que hasta el mundo no podía subsistir sin el apoyo de la monarquía; pero aquellas condiciones las tenían, y muy en alto grado, los hombres que soñaban en la República Española para regenerar á la patria.

La historia que en nuestro país ha sido escrita casi siempre por hombres de ideas monárquicas, da muy poca importancia á la conspiración republicana fraguada en Madrid en 1795 á pesar de que ésta suponía un grado de valor y entusiasmo sobrenatural en los individuos encargados de llevarla á cabo, y asegura que éstos eran muy escasos en número y que no contaban con ningún medio para el triunfo.

Tan infundado sería asegurar que la conspiración caso de haber llegado á estallar hubiera alcanzado el triunfo, como decir que no contaban absolutamente con medio alguno que justificase sus aspiraciones, aserto que únicamente se funda en que fueron muy pocos los hombres que aparecieron complicados en el frustrado movimiento.

En aquella época los principios y los sucesos de la Revolución francesa

habían hecho prosélitos de gran valer entre la juventud de las Universidades y la clase media más ilustrada. además los conjurados estuvieron mucho tiempo en continua correspondencia con los principales hombres de la revolución á pesar de la vigilancia que el gobierno español ejercía en las comunicaciones de uno á otro pueblo, y por lo tanto, no es aventurado el afirmar que aquéllos contaban con gente para iniciar el levantamiento republicano y confiaban en la ayuda que pudiera prestarles Francia.

El plan de los republicanos españoles era para después de derribada la monarquía, establecer en Madrid una Convención Nacional que como la francesa reuniera los dos poderes ejecutivo y legislativo.

La conjuración fué descubierta en parte por el gobierno que sólo pudo prender á Juan Mariano Picornel, que por sus sobresalientes facultades era el alma de la revolución y á José Lax, Sebastián Andrés, Manuel Cortés, Bernardo Gavasa y Juan Pons Izquierdo. Formóseles proceso á los conjurados, se les sometió á tormento para que confesasen los medios con que contaba el levantamiento, y las personas que en ella estaban comprometidas; pero fué tanto el heroísmo y la presencia de ánimo de aquellos mártires en tan difícil trance, que ni uno solo habló para hacer traición al secreto jurado.

El tribunal condenó á los seis republicanos á la pena de ser arrastrados y ahorcados sufriendo sus bienes confiscación: pero posteriormente Carlos IV por decreto de 25 de Julio de 1796 conmutó tal pena por la de reclusión perpetua en los castillos de Portobelo, Puerto-Cabello y Panamá.

La vida de algunos de estos patriotas es tan interesante que debemos seguirles á America para relatar aunque sea brevemente sus accidentes.

Juan Mariano Picornel, á quien algunos han querido hacer aparecer como uno de los franceses refugiados en España á raíz de la revolucion, era natural de Mallorca y gozaba de desahogada posición.

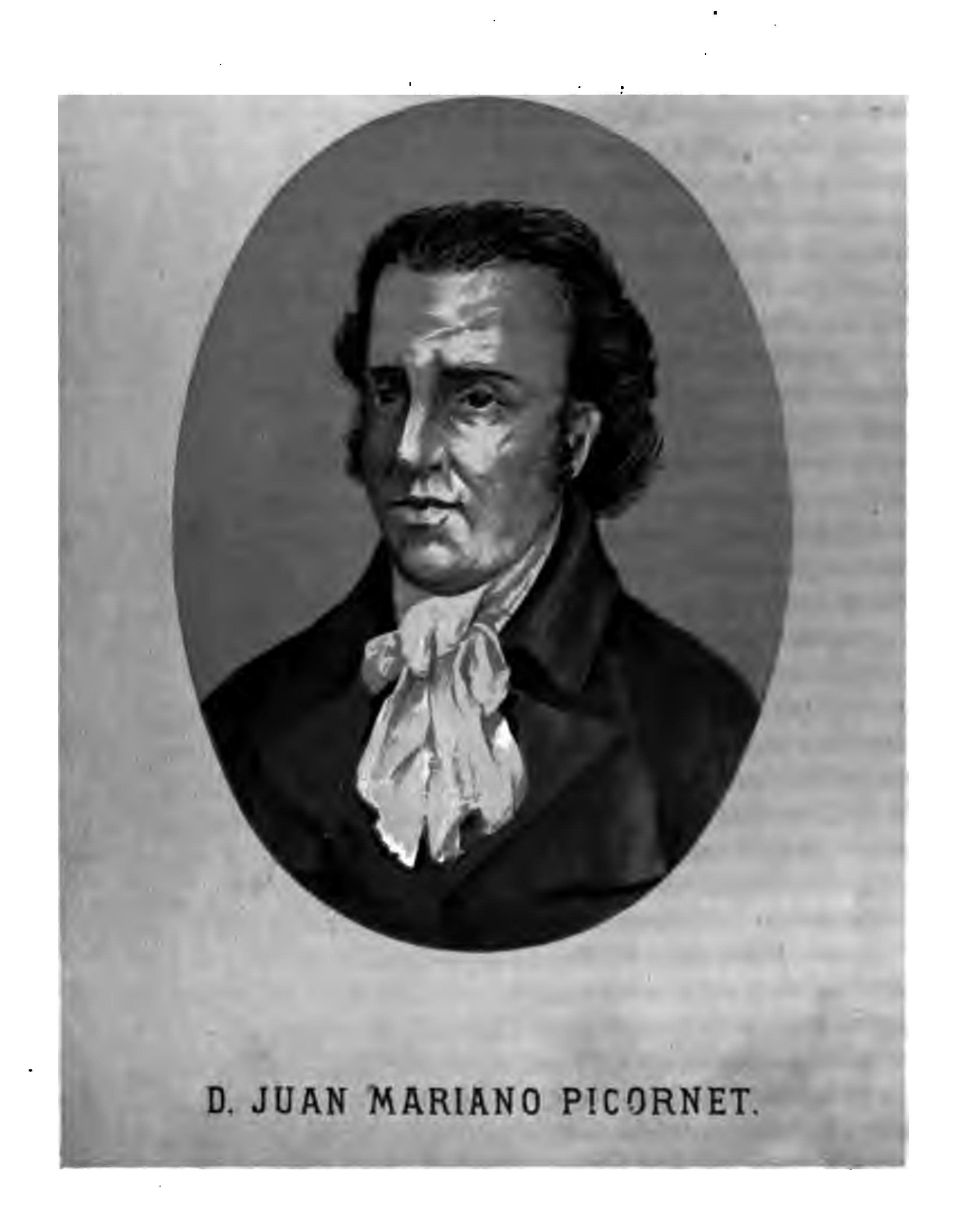
Su espíritu independiente y su amor á la libertad y la justicia, le hicieron adoptar con entusiasmo los principios que proclamaba la República francesa y soñar en establecer tal institución en España.

Hombre de grandes estudios, de valor á toda prueba y de elocuencia convincente y arrebatadora, sus ardientes palabras no tardaron en facilitarle prosélitos que transformaban sus pensamientos y se sentían presos de entusiasmo ante aquellas doctrinas tan claramente expuestas.

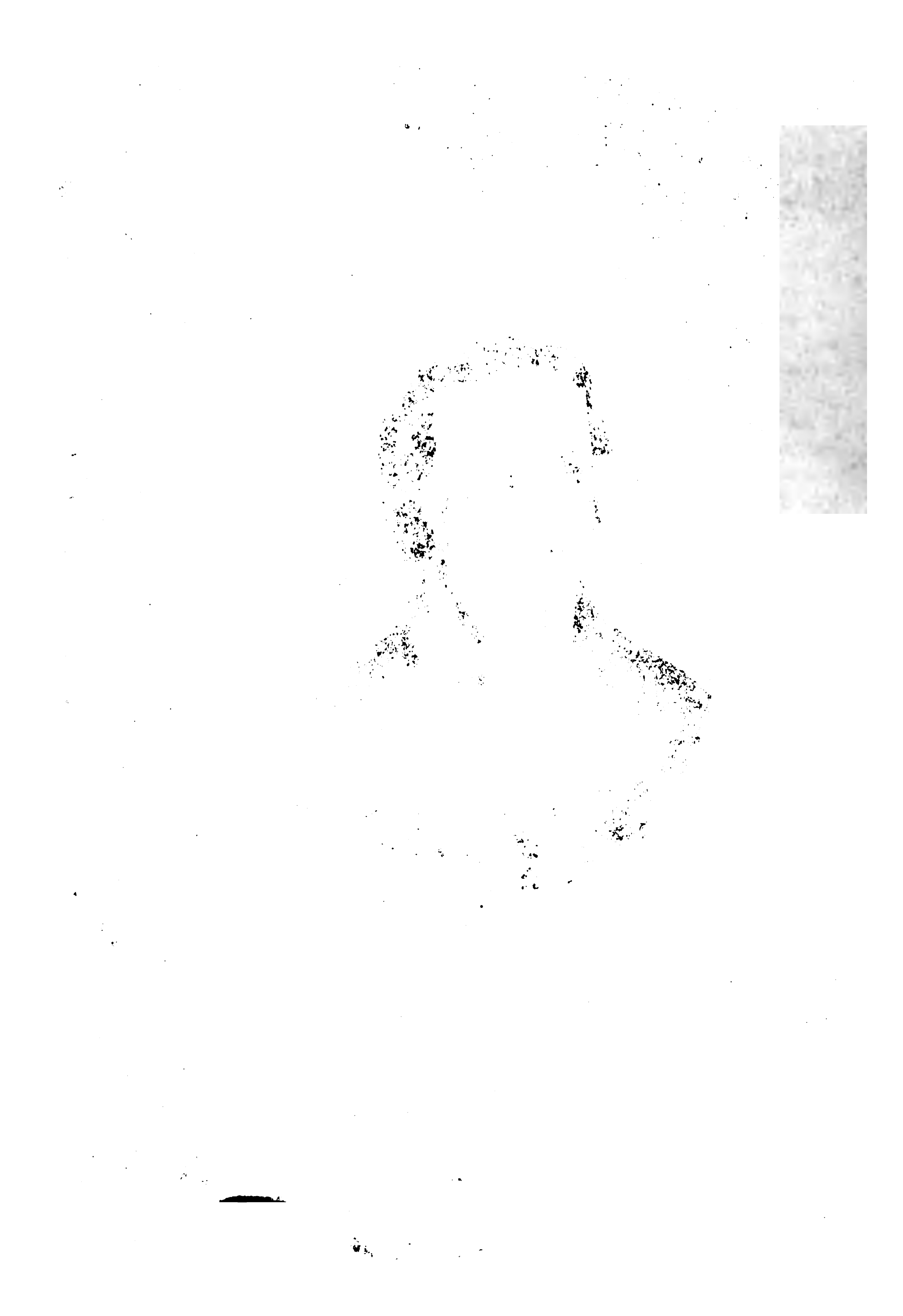
Picornel fué conducido con tres de sus compañeros al castillo de Puerto-Cabello y encerrado en las bóvedas; pero allí no permaneció inactivo aquel genio inquieto nacido para la propaganda de una grande idea.

Asomado á la reja de su calabozo explicaba con elocuencia arrebatadora los sencillos principios republicanos á la juventud de los alrededores y á una





D. JUAN MARIANO PICORNET.



parte de la guarnición del castillo, auditorio que comprendiendo pronto las doctrinas expuesta por Picornel, cobró afecto entusiasta á la República y con ella al mártir que sufría víctima de la venganza monárquica.

Aquella propaganda surtió pronto sus efectos. Los discípulos acordaron salvar la vida del propagandista, y una noche los soldados ayudados por la juventud y con la aprobación tácita de sus jefes que también miraban con simpatía al prisionero, abrieron las puertas del calabozo de Picornel y le dieron libertad, así como á los otros republicanos que le acompañaban.

Aquí se pierde el rastro de Picornel y los demás compañeros y lo único que se sabe de ellos, es que soldados de la democracia universal, pelearon bajo las banderas de Simón Bolivar, el *libertador de América*, por la independencia de la repúblicas del Sur.

Los republicanos españoles no deben olvidar tan heróicos ascendientes y tienen la obligación de tributar un recuerdo á aquellos hombres que intentaron el triunfo de la República en aquella España, corroída y dominada por la tiranía monárquica y teocrática.

La conspiración abortada, fué conocida con el nombre de *Revolución de San Blas*, por haber fijado los conjurados el día de este santo para que estallara el movimiento insurreccional.

Tratamos anteriormente algo del reinado de Carlos III bajo el punto de vista político y en lo que puede servir como de introducción á la HISTORIA DE LA REVOLUCIÓN ESPAÑOLA y ahora con igual objeto debemos entrar en el de Carlos IV, bajo el cual ocurrió el anterior suceso y se publicaron algunas de las obras importantes que antes examinamos.

Al ocupar el trono Carlos IV, la situación del Estado no podía ser más aflictiva.

Carlos III había considerado como su mayor gloria el influir sobre todas las potencias de Europa y había sostenido para esto largas y costosas guerras con Inglaterra, llevado á cabo el malogrado sitio de Gibraltar, la descabellada expedición á Argel, y hecho además grandes desembolsos, para facilitar la independencia de los Estados Unidos, hiriendo de este modo á la enemiga Albión y para sostener la familia borbónica en Italia.

Empresas de esta clase que siempre dejan profunda huella en los pueblos más prósperos y ricos, no podían menos de arruinar hasta lo inconcebible una nación tan pobre y degenerada como la nuestra.

Cuando el nuevo monarca examinó el estado del Tesoro público, se encontró con que en sus arcas no había un maravedí, y que además, la nación estaba abrumada por tremendas deudas; que los gremios que eran entonces las entidades bancarias, estaban en quiebra; que el Banco de San Carlos no gozaba de ningún crédito; que

la compañía de Filipinas se hallaba abocada á la bancarrota y que no bastando para cubrir las brechas en el presupuesto de gastos, los empréstitos onerosos y las contribuciones arrancadas casi á la fuerza, el gobierno tenía que recurrir al sucio é inmoral medio de vender los empleos y cargos de nuestras posesiones de América, así como también los títulos de Castilla.

El jefe de un Estado en tales circunstancias se hubiera dedicado con ahinco á remediar tan graves males, á reducir en lo posible los gastos, á ir enjugando poco á poco el déficit, á amortizar los préstamos y á evitar por todos los medios la repetición de empresas que condujeran á un estado tan angustioso; pero las circunstancias y más que todo la tendencia propia de todos los monarcas españoles de cuidar de los intereses de familia antes que los de la nación y de meterse en empresas quijotescas siempre de fatales resultados, lo dispusieron de otro modo y nuevamente se vió España mezclada en guerras que obligaron á cuantiosos préstamos y otra vez fué el crédito nacional por los suelos.

Al morir Carlos III le encargó encarecidamente á su hijo que conservara á su lado á Floridablanca, que era el primer hombre de Estado de aquella época, y Carlos IV, sucesor obediente, asoció á su gobierno á aquel estadista, á quien los sucesos hicieron sufrir una rápida transformación.

El hombre de doctrinas avanzadas, que no vacilaba en llevar al ministerio las ideas de los filósofos franceses, ante el sesgo que tomaba la revolución en el vecino pueblo, se tornó reaccionario, y como si con esto se apagaran las luces de su hasta entonces clara inteligencia, comenzó á cometer una serie de insignes tonterías, que fueron criticadas por todos los hombres de mediana ilustración.

Prohibió la introducción en España de libros y periódicos franceses; se declaró enemigo acérrimo de la libertad de ideas; molestó á la Asamblea Legislativa de Francia con peticiones y mensajes que demostraban que el ministro español se había convertido en paladín de la institución monárquica absoluta, y que veía con malos ojos la marcha siempre creciente de la libertad en la vecina nación; y terminó con la niñada peligrosa é impropia de un hombre de saber y experiencia, de no querer reconocer las reformas que hacía la citada Asamblea en unión del rey constitucional Luis XVI, por suponer que éste, que en dicha época se encontraba tranquilo y respetado en las Tullerías, no gozaba de libertad y era víctima de una continua coacción por parte de los revolucionarios.

Tan ridícula conducta constituyó un tremendo peligro, pues podía atraer sobre nuestra patria las iras de un pueblo que sentía en sus entrañas la ebullición del entusiasmo y el fuego de la revolución, y extraño fué que la Asamblea Francesa acogiese tan ridículas amenazas con sonrisa des-



preciativa y no declarase á España la guerra.

La nación no podía gozar de tranquilidad mientras tuviera á su frente á aquel hombre siempre grande cuando era amigo de la libertad y la civilización, que ahora se mostraba dominado por un terror mezquino y ridículo, y comprendiendo esto Carlos IV le expulsó del gobierno, aprovechando aquella ocasión sus enemigos, que eran muchos, para encerrarlo en un castillo y envolverlo en un proceso, del que tardó mucho en salir.

Sucedióle el conde de Aranda, espíritu independiente, carácter terco, de ideas bastante avanzadas, y que había adquirido gran popularidad tanto por sus costumbres llanas y sencillas como por su afecto al pueblo y por la cordura con que había puesto en práctica el plan de Carlos III para la expulsión de los jesuitas.

Durante su permanencia en el anterior reinado en la embajada de París, había contraído amistad con los filósofos y los enciclopedistas, y muchos son los que le atribuyen la importación en España por aquella época de la sociedad masónica, de la que fué fundador.

Aranda inauguró su gobierno, suavizando las asperezas que por culpa del anterior ministro existían entre España y Francia, y por algún tiempo reinó buena armonía entre la monarquía española y la Asamblea Legislativa.

Pero el conde, aunque liberal, antes que ésto era monárquico y como antiguo militar odiaba todo lo que salía un poco de la órbita de las leyes; por lo que, al ocurrir el 10 de Agosto de 1792 la toma de las Tullerías por el pueblo de París y la completa destrucción de la monarquía francesa junto con la proclamación de la República, temió que el contagio se propagara á España y á las demás monarquías europeas, vió en peligro la institución real, y propuso al soberano que las armas españolas se coaligaran con las de los demás Estados europeos, y que juntas, verificasen una invasión en Francia cuyos resultados debían ser el reponer á Luis XVI en su trono. Como preludio de estos proyectos y disfrazándolo con el título de medidas de previsión hizo avanzar los ejércitos españoles á la frontera de los Pirineos.

Pero el aspecto amenazador que toma Francia ante estos ocultos planes, el vocerío de los clubs rebosantes de indignación y entusiasmo, el sublime espectáculo de un pueblo que cantando *La Marsellesa*, corría á alistarse en los ejércitos de la patria para sostener la integridad del territorio y defenderse de los ataques de los tiranos de Europa, los triunfos gloriosos que los ejércitos de la República consiguieron sobre los de Alemania y Prusia, la prisión y proceso de Luis XVI y la amenaza de muerte que se fulmina contra éste, impusieron al ministro español, causaron profunda huella en su ánimo hasta entonces tan esforzado,

y Aranda vaciló esforzándose en convencer á Francia de que sus propósitos eran amistosos y pacíficos, y para evitar á España una guerra que le sería funesta acabó por proclamar la neutralidad española.

Aranda salvó á la nación de un conflicto, pero dejó mal parada á la dinastía española.

Los Borbones españoles siempre habían querido tener la suprema autoridad en su familia y darse aires de protectores de todos sus parientes, y en aquella ocasión en que podían demostrar que no eran ajenos á las penas que sufrían individuos de su casa, resultaba verdaderamente deshonroso que dejasen á un Borbón perecer víctima de la venganza de su pueblo.

El conde de Aranda se había portado como un buen patriota evitando que la nación se mezclara en una guerra que hubiera aumentado más su ruina; además había demostrado un buen golpe de vista cuando apreció las desventajas de la lucha con un pueblo entusiasta que se sentía agitado por la fiebre revolucionaria, pero el mérito de esta previsión, para nada le valió y perdiendo la real gracia cayó del gobierno, si bien, al caer no sufrió tan terribles consecuencias como su antecesor.

Al llegar á este punto de la historia aparece en la escena política un personaje, que, sin mérito alguno para ello, atrajo por mucho tiempo la atención de toda Europa, bastando para ésto lo inesperado de su encumbramiento y el escándalo que iba unido á todos sus honores.

Tras Floridablanca, profundo hombre de Estado y el conde de Aranda político popular, liberal convencido y patriota desinteresado, vino don Manuel Godoy, que de un salto pasó de la alcoba de la reina á los más altos puestos de la nación.

De humilde Guardia de Corps y de los más pobres, el citado personaje escaló los puestos más altos de la nación, bastándole para ello el encontrar medios de saciar la incansable lujuria de la reina y ser agradable al bonachón Carlos IV, méritos que en los palacios reales son más que suficientes para alcanzar las más altas consideraciones.

Durante el largo período que ocupó el poder fué objeto de grandes odios; su nombre se hizo impopular y toda la nación criticó sus disposiciones preparándole una caída que fué de las más tremendas por lo inesperada.

El desprestigio que alcanzó, le ha seguido por muchos años hasta después de su caída; pero hoy, que al desaparecer las generaciones que entonces se ensañaron con dicho personaje se puede juzgar ya sin el estravismo de la pasión, debe reivindicarse en parte el nombre de Godoy y presentarle tal como fué.

Don Manuel Godoy no era más que un hombre de instrucción superficial, una inteligencia menos que mediana que aumentaba un tanto una regular dosis de buenas intenciones y deseos



y que deslucía un carácter mediocre al cual hacía más débil aún, la omnipotencia de que se creía revestido al ocupar tan inesperadamente los primeros puestos del Estado.

Las ambiciones desmedidas que luego demostró, las locas aspiraciones que agitaron su cerebro, no fueron más que una consecuencia de su injustificada elevación, pues el que de simple guardia había llegado á duque, á príncipe, á ministro universal, á señor del palacio real y á caballero de todas las órdenes conocidas, el que manejaba á su sabor al rey y á la reina y era considerado como monarca de hecho por todos los españoles, bien podía aspirar á tener un trono y reinar en una parte de la península española.

Sus escasas luces le hicieron cometer grandes desaciertos en el gobierno, pero así como puede asegurarse esto, también se debe afirmar que Godoy era superior á todo aquel rebaño de cortesanos que pululaban cerca del trono y que llevado de sus buenos deseos, procuró, aunque infructuosamente, la regeneración nacional y dió gran libertad á la manifestación del pensamiento.

Godoy no fué responsable de sus faltas y desaciertos. Aquel cadetillo fogoso, casquivano é inexperto, se hubiera reducido en toda su vida á lucir sus cualidades de buen mozo entre las damas palaciegas, á llevar la vida alegre y licenciosa de los soldados nobles y su única aspiración hubiera consistido en alcanzar años adelante el mando de un regimiento, á no tropezar con una María Luisa, reina licenciosa y amiga del escándalo,—que ya en vida de su suegro Carlos III amargó sus últimos años con sus fragilidades,—la cual, le ascendió á general, le hizo duque, consejero de Estado y le dió el Toisón de oro, y tenido por rey á un Carlos IV, pacientísimo marido que encontrando muy simpático al que lograba entretener á su regia consorte, juzgó que la nación vería con gusto en el gobierno al que de tal modo lograba el afecto de sus señores.

A la monarquía, es, pues, á quien debe considerarse como responsable de las faltas que cometió el privado, á la institución que facilitaba á los hombres el cumplir las más altas ambiciones por medio del vicio, á la reina, torpe y libidinosa, que insultaba á la nación dándole por gobernante al cómplice de sus liviandades, y al rey despreciable, que favorecía con su absoluta confianza al hombre que mancillaba su honor de esposo y que atendía más á los ciervos de los reales sitios que á su dignidad y su honra.

Godoy no hizo más que seguir el camino donde sus cualidades personales le habían puesto, dejarse llevar de las corrientes que entonces como antes reinaban en los palacios regios, aprovecharse del favoritismo que se le dispensaba y hay que convenir en que á pesar de lo repugnante de su encumbramiento, al tener que mezclarse en las cuestiones de familia de

los reyes, se mostró mucho más grande y de corazón más noble que aquellos que le habían elevado.

Ocupó Godoy el poder en circunstancias muy críticas. La Revolución francesa cada vez más envalentonada por sus triunfos, se disponía á dar fin á su obra de venganza contra la institución que por tanto tiempo había oprimido al pueblo, juzgando á Luis XVI y condenándolo á la guillotina.

El nuevo ministro español que como sus antecesores tenía empeño en guardar los intereses de la monarquía, y que además sentía se derramara la sangre de un hombre á quien únicamente podía imputársele los delitos políticos de sus antecesores, escribió y dirigió mil súplicas á la Convención para que, ya que no pudiera salvarse el trono de Francia, se respetara al menos la vida del rey; empleó como mediadora á Inglaterra, prometió la neutralidad española, intentó sobornar á los más ardientes revolucionarios, todo para salvar la vida del Borbón amenazado de muerte; pero sus trabajos resultaron infructuosos pues la Convención contestó á sus súplicas y amenazas con la misma sonrisa de desprecio, y la ejecución del rey se llevó á efecto.

La monarquía española llevada de sus ideas quijotescas, intentó al momento poner en planta las empresas aventuradas de otros tiempos haciendo una invasión por el Sur de Francia y contribuyendo con las demás potencias europeas á la extinción de la revolución, pero la Asamblea francesa estaba en guardia, comprendía cuales eran los designios de España, y de la Convención partió la declaración de guerra.

Fué verdaderamente censurable la actitud de la monarquía española en aquellas circunstancias.

La nación no estaba para nuevas guerras, tanto por el estado del Erario como del ejército, y además nuestra patria era la que la emprendía con peores condiciones.

La España de entonces experimentó un ficticio entusiasmo al emprender la guerra contra la nación vecina.

El clero y los frailes sintieron gran alegría al saber que iban á atacar á la nación, cuna de la impiedad y los horrores, como ellos la llamaban, y procuraron trasmitir su entusiasmo al pueblo ignorante que sumido en la oscuridad, odiaba á aquellos franceses que estaban llevando á cabo la obra de la regeneración política de la humanidad y se sentía poseído de esa afición que fatalmente han tenido siempre los españoles á las empresas aventuradas.

Todas las clases que habían sentido temor ante la Revolución francesa y que con el triunfo de ésta comprendían que vendría al suelo su tradicional poderío, rivalizaban en desprendimiento y generosidad para proporcionar recursos á la patria con que poder emprender la guerra. La monarquía cedió parte de sus rentas, la nobleza contribuyó con oro, armas y caballos; el pueblo, arrastrado por la preponderancia que sobre él ejercía la teocracia,

acrecentó su miseria dando también su óbolo, y el entusiasmo que sentían las órdenes religiosas por exterminar á aquellos malditos discípulos de los filósofos que se reían del Papa y destronaban al rey, fué tal, que el general de los franciscanos ofreció á la patria una división de diez mil frailes robustos, jóvenes y valientes, que con el fusil en la mano sabrían volver por los fueros de la iglesia de Jesucristo.

Pero á pesar de tanto entusiasmo, de tanto desprendimiento y de tan estrambóticos ofrecimientos, la guerra no presentaba la menor esperanza de éxito y necesariamente debía sernos fatal. España enviaba á la guerra soldados de oficio, ejércitos á sueldo, que únicamente tenían que cumplir el deber militar, y Francia tenía en cambio contra nosotros batallones de guerreros patriotas que se hallaban poseídos del fuego revolucionario y que morían contentos por la República convencidos de que cumplían una gran misión, y por si esto no fuera bastante, nuestra nación cometió el desacierto de ser la primera en tomar la ofensiva é invadir el territorio francés, y es bien sabido á lo que llega un pueblo cuando combate por la integridad de su territorio.

La guerra empezó muy favorablemente para las armas españolas. Mientras los ejércitos de la República triunfaban en el Norte sobre las potencias coaligadas y desbandaban á los ejércitos alemanes y austriacos, las divisiones españolas penetraban por la parte oriental de los Pirineos en el territorio francés á las órdenes del intrépido general Ricardos y paseaban el Rosellón consiguiendo victorias en Tech, Thuir y Truillás, y entretanto, por la parte occidental el general Caro llevaba su ejército más allá del Bidasoa.

La primera campaña ó sea la de 1793, fué verdaderamente feliz para España, si se exceptúa la derrota de Tolón de la que al menos supimos salir con gloria.

Cuando estaban recientes las victorias alcanzadas por las armas españoñolas, Carlos IV convocó á una reunión á sus generales y al Consejo de Estado para acordar el plan de la próxima campaña.

En dicha reunión, se encontraron frente á frente el viejo hombre de Estado encanecido en el servicio de la patria, y el favorito encumbrado repentinamente por los vicios reales: el conde de Aranda y Godoy.

El primero, que por su carácter entero y su espíritu recto odiaba á la corte á causa de sus escándalos, que no podía ver con tranquilidad al hombre tan indignamente encumbrado para sucederle y que tenía un carácter en demasía franco hasta ser rudo, no podía menos de chocar con Godoy al encontrarse frente á él.

El viejo diplomático que había visto la Revolución francesa en sus albores desde cerca, y que como buen observador conocía la fuerza de aquel movimiento, siempre se había opuesto

á la guerra con la República, comprendiendo que tarde ó temprano España es la que debía llevar la peor parte.

Por eso en el Consejo. Aranda, que en vista de los sucesos de Tolón y de las nuevas fuerzas con que se aumentarían los ejércitos de Francia en la próxima campaña, no tenía motivos para arrepentirse de sus opiniones, dió lectura á un discurso en el que apoyándose en sólidas razones, se oponía á la continuación de la guerra por impolítica, ruinosa y superior á las fuerzas de la nación. El conde, cuyas ideas eran, como ya sabemos, bastante avanzadas, apoyaba sus conclusiones en razonamientos que fueron oidos con escándalo por aquellos buenos monárquicos.

Godoy que odiaba á su antecesor, por haber llegado á sus oidos el desprecio con que siempre le designaba aquel hombre franco y rudo y las burlas de que hacía objeto sus relaciones con la reina, creyó aquella ocasión propicia para venganza de su enemigo, y encarándose con el rey le dijo que el autor de tal discurso merecía castigo por las doctrinas subversivas que en él sustentaba y que debía formársele causa para evitar que en lo sucesivo se faltase tan abiertamente al respeto que merecía Su Majestad.

Aranda, ante la inesperada agresión, quedó tan sorprendido como indignado; pero pronto dejándose llevar de un arranque de su carácter impetuoso, se levantó del asiento para decir que él no había faltado al respeto á nadie, que las doctrinas que había sustentado bien merecían discutirse y que en cuanto á las indicaciones de Godoy, él sabía como contestarlas fuera del Consejo. Y al decir esto levantaba la mano derecha con el puño cerrado en actitud hostil.

A pesar de esto, el favorito siguió en su afán de lograr procesamiento, y entonces el anciano general con el puño en alto, hizo ademán de lanzarse sobre su enemigo diciendo que, aunque viejo, todavía tenía corazón, cabeza y puños para lo que pudiera ofrecerse.

Afortunadamente, mediaron los individuos del Consejo, el conde calmó su enojo y Carlos IV, que había permanecido impasible ante tal accidente, abrió los labios para decir: «Basta ya» y declarar disuelto el Consejo. Al pasar el rey por junto á Aranda, le dijo en alta voz: «Con mi padre fuiste terco y atrevido; pero no llegaste hasta insultarle en el consejo.»

Indudablemente Carlos IV tomaba como insultos propios las ofensas que pudieran dirigirle al gallardo favorito de su esposa.

Este se cebó en su caído enemigo; una hora después, el conde recibió orden de salir desterrado para Granada y de allí pasó á Epila, uno de sus Estados de Aragón, pudiendo ver antes de su muerte que ocurrió al poco tiempo, como se cumplían sus tristes predicciones.

El resultado de la segunda campaña contra Francia, no pudo ser más desgraciado.

Los ejércitos de la República, reforzados por las tropas empleadas en el sitio de Tolón y dirigidos por generales hábiles, cargaron con ímpetu sobre nuestras fronteras y arrollaron nuestros ejércitos que para mayor desgracia, estaban huérfanos de buenos generales con la pérdida de Ricardos y O'Reilly.

Las tropas españolas hicieron prodigios de valor, su general, el conde de la Unión, murió batiéndose valerosamente; pero esta resistencia no pudo impedir que la bandera tricolor ondeara al poco tiempo sobre los muros de San Marcial, Fuenterrabía, San Sebastián, Tolosa, Bilbao, Vitoria y el fuerte castillo de Figueras.

Tanta desgracia, impresionó dolorosamente al pueblo que en las épocas funestas siempre necesita encontrar un sér á quien hacer responsable de sus sufrimientos, y en esta ocasión hizo blanco de sus odios á Godoy, que aunque en cierto modo era responsable de aquella guerra, no lo era tanto como Carlos IV que le había movido á emprenderla en interés de la monarquia y de su familia.

El rey al ver dentro de su territorio las mismas armas que habían rodeado el cadalso de Luis XVI y arrojado para siempre de Francia á la monarquía, temió por su existencia y la del trono y dieron más fuerza á tal terror las frases que aparecían en la declaración de guerra de la Convención, en la que se decía que la República no dirigía sus armas contra el pueblo español, sino contra los Borbones y el trono que usurparon, y que al emprender la guerra de España no se proponían más que llevar la libertad al clima más bello y al pueblo más magnánimo de Europa.

Estaba en el interés de la monarquía el no continuar aquella guerra por la que la nación no sentía ya gran entusiasmo y que además amenazaba la existencia del trono; y de aquí la prisa que se dieron Carlos IV y Godoy en ajustar con Francia la paz de Basilea.

Los regios consortes que no perdían ocasión para adular y tributar nuevos honores á su favorito, creyeron que aquella era excelente para hacer ascender á *su Manuel*,—como los dos le llamaban,—un nuevo peldaño en la escalera de su gloria y le dieron el título de *Príncipe de la Paz*, título que en el fondo encerraba un sarcasmo sangriento, pues Godoy era el que había lanzado la nación á la guerra con Francia y se había empeñado en sostenerla, mientras que el conde de Aranda verdadero partidario de la paz estaba desterrado y moribundo en Aragón por sostener las pacíficas opiniones cuya verdad vinieron pronto las circunstancias á demostrar.

El pueblo cansado ya de guerras, recibió tan bien la paz como desagradablemente la noticia de que tenía el honor de ser gobernado por un príncipe del mismo nombre.

Gran sensatez hubiera demostrado en aquella ocasión Godoy, si después

del tratado de Basilea se hubiera limitado á que la nación guardase la más absoluta neutralidad ante aquel conflicto europeo á que nuevamente parecían abocadas las naciones; pero la monarquía española en aquella ocasión, como en todas, no supo guardar una actitud espectante é indiferente, pues siempre tenía que estar con los demás pueblos como enemiga irreconciliable ó como quijotesca amiga que se dejaba arrastrar á las más funestas guerras y adquiría los compromisos más terribles.

Tan insensata regla de conducta no tardó mucho en llevarse á la práctica, y España que sentía como la monomanía de las ligas, pactos y tratados, y tenía necesidad de estar unida á una nación y en abierta hostilidad con otras, ajustó con la República francesa la alianza de San Idelfonso, por la cual ambas naciones se comprometían á sostener mútuamente sus intereses por medio de las armas.

Este es el hecho que mejor demuestra la falta de capacidad de Carlos IV y la ligereza mudable del favorito, que sin transición alguna pasaba á dar la mano de amigo á los mismos que meses antes combatía.

Funesto y vergonzoso tratado el de San Idelfonso. Por él, la nación quebrantada por tantas guerras y más que todo por las últimas sostenidas contra la República, adquiría tremendos compromisos que la arrastraban á nuevas aventuras, cuyos resultados no podía ya sufrir el país sin caer en la completa ruína.

Y decimos que dicho tratado fué vergonzoso, sino para la nación al menos para la monarquía española, porque no podía menos de deshonrarla á los ojos de Europa, el que los mismos que con más entereza habían defendido los derechos de Luis XVI ante la revolución triunfante y que con más éxito habían combatido ésta, aparecieran unidos luego estrechamente á la República francesa, lo que después de las derrotas sufridas por nuestras tropas y de las conquistas de los republicanos en nuestro territorio, significaba miedo, y este defecto,—justo es decirlo,—jamás había figurado entre los muchos que tenían los tiranos españoles.

El funesto tratado se llevó á efecto y muy pronto tocamos sus resultados. Inglaterra la irreconciliable enemiga de Francia, al vernos unidos á ésta nos consideró como sus contrarios y comenzó á hostilizar nuestros buques y las posesiones que teníamos en las Américas.

El príncipe de la Paz, con el intento de hacerse agradable á nuestros aliados y para demostrar que no en balde era capitán general, aunque no había visitado otros campamentos que los salones del real palacio, declaró la guerra á la Gran Bretaña, sin medios para combatir á tan poderosa nación y las consecuencias fueron el descalabro naval del cabo de San Vicente, el bombardeo de Cádiz, la pérdida de la

isla Trinidad y los ataques á Puerto-Rico y Tenerife.

A cambio de tantas pérdidas, Francia no hizo nada absolutamente por nosotros, y lo que es más, exigió al gobierno español que la escuadra desamparando nuestras costas amenazadas por los ingleses, se uniera á la francesa en el puerto de Brest, para estar á disposición del gobierno francés.

El favorito que parecía desvivirse por cumplir todas las órdenes y los caprichos del Directorio republicano, fué pronto víctima de la venganza de éste, que sabía que Carlos IV y Godoy al mismo tiempo que adulaban á la nación francesa, sostenían contínua correspondencia con los príncipes emigrados que conspiraban contra la República.

El Directorio exigió la destitución de Godoy por creerlo contrario á sus intereses, y el monarca español, que temía á aquel gobierno revolucionario se violentó en sus afectos decretando la caída del favorito, que si bien abandonó el gobierno, siguió conservando en Palacio su importancia é influencia sobre los reyes y dejando sentir su poder sobre los gobernantes que le sucedieron.

El reino de Nápoles que con tanta insolencia y ligereza había osado desafiar á la República, cayó ante las bayonetas francesas y sobre las ruinas de aquel trono Francia consecuente en su promesa de llevar la libertad á todos los pueblos, alzó la nueva república Parthenópea.

Carlos IV que por el hecho de ser aliado de Francia, creía tener gran ascendiente sobre los individuos del Directorio á quienes llamaba en sus cartas por espíritu de adulación *mis grandes amigos*, juzgó la ocasión propicia para exponer al gobierno francés sus derechos al trono de Nápoles y el deseo que tenía de ver sentado en él á uno de sus hijos; pero tan insensata pretensión dirigida á una República que había jurado el exterminio de todos los monarcas, alcanzó, como era de esperar, una desdeñosa y sarcástica contestación.

A pesar de tales desengaños Carlos IV seguía unido estrechamente á Francia y cumplía sumiso todos sus mandatos. Todas las potencias europeas le hacían ventajosas proposiciones para que se uniera á ellas y abandonara á su aliada; pero el rey español seguía inquebrantable, hasta el punto de enemistarse con Rusia que le declaró la guerra.

Y es que Carlos IV temía más que á todas las potencias unidas de Europa, á aquella Francia entusiasmada que le derrotaba en las fronteras y que podía sembrar el fuego revolucionario en el interior de la nación produciendo la caída del trono.

En tanto, ocurría en Francia un accidente que cambiando por completo la situación política de ésta, influía también en el porvenir de España.

Un general que en poco tiempo había logrado alcanzar un renombre militar verdaderamente sorprendente,

Napoleón Bonaparte, que había iniciado su gloria en el sitio de Tolón, que había adquirido preponderancia, barriendo á metrallazos á los exaltados en las calles de París, que había conseguido magníficas victorias en Italia y ajustado para la República una paz tan favorable como la de Campo-Formio, logró que el Directorio le enviase á Egipto al frente de un magnífico ejército donde acometió empresas dignas de una epopeya.

En tanto que las banderas francesas adquirían tantas victorias en los arenales de Egipto y las ciudades de Asia, la situación de la República francesa no podía ser más apurada.

Las potencias coaligadas habían vuelto á emprender la guerra contra Francia; pero esta vez el éxito más completo acompañaba á sus armas y los ejércitos de la República no sólo perdían las conquistas alcanzadas tras sangrientas batallas, sino que se veían obligados á replegarse en el interior de la nación.

Tal cúmulo de derrotas no podían menos de producir el más completo desorden en el interior de Francia. Los clubs acusaban al Directorio por no encontrar medios para vencer á los enemigos, los realistas aprovechaban la ocasión para reanudar las antiguas conspiraciones y toda Francia clamaba por tener pronto un general eminente que supiera defender la República de los peligros que la amenazaban.

En tales circunstancias se presentó Bonaparte en el suelo francés dejando á su ejército abandonado en Egipto é imposibilitado de volver á la patria por tenerle bloqueado la escuadra inglesa.

El victorioso general tenía una gran misión que cumplir, la de salvar la patria amenazada; pero él antes quiso llenar un deseo que hacía tiempo le aguijoneaba y que era elevar su persona á la primera magistratura de la nación.

El resultado de miras tan ambiciosas fué el brutal golpe de Estado de 18 de Brumario, del cual nació la institución del Consulado, y en cuya fecha bien puede asegurarse que murió la República francesa.

La monarquía española acogió con satisfacción aquel trastorno político que sufrió su aliada.

Al carácter absolutista de la monarquía que tenía su apoyo en la fuerza, le era agradable aquel hombre tan grande para la gloria como funesto para la libertad de su patria, que, amparado por las bayonetas de sus granaderos, creaba una nueva magistratura, desde la cual se preparaba la corona de emperador.

Además aquel general sagaz, fino y diplomático, sabía atraerse mejor el afecto de los reyes de España que los individuos del Directorio, hombres ásperos y fanáticos por las ideas republicanas, que en sus relaciones con Carlos IV no perdían ocasión de ridiculizar la monarquía y atacar los fundamentos del poder real.

La alianza entre Francia y España

se estrechó mucho más bajo el gobierno del cónsul Bonaparte.

Este, comprendiendo que la voluntad de los reyes estaba en poder de Godoy, procuró captarse la amistad del valido que, aunque retirado en apariencia, seguía influyendo en el gobierno.

No necesitaba éste que se hicieran grandes esfuerzos para que considerara como un honor el ser amigo de un hombre que con su gloria llenaba el mundo, así es que muy pronto, entre los reyes de España, su privado y el cónsul Bonaparte, se entablaron las más cordiales y afectuosas relaciones.

La vanidad de los reyes y de Godoy fué halagada por medio de regalos de joyas, caballos, armas, etc., á cuya galantería correspondieron ellos con la generosidad propia de los españoles.

Si Carlos IV iba unido estrechamente á Francia en la época que el Directorio correspondía á su adhesión con desaires y sarcásticas burlas, júzguese ahora con que afecto consideraría á la nación que representaba un hombre tan eminente y que tales muestras le daba de cariño y amistad.

Bonaparte llevado de su espíritu práctico, no se descuidaba en sacar todo el provecho posible de aquella amistosa adhesión.

Conociendo las pasiones dominantes en María Luisa que como buena reina atendía más á los intereses de familia que á los de la patria, le ofreció aumentar los territorios de su hermano el duque de Parma con algunas de sus conquistas en Italia, y á cambio de esta galantería con la soberana alcanzó la devolución voluntaria que de la Luisiana hizo España á su aliada y el tener á su disposición seis navíos españoles armados y equipados junto con la promesa de que nuestra nación le prestaría su ayuda si declaraba la guerra á Portugal con el propósito de que abandonara la alianza con Inglaterra.

A partir del segundo tratado de San Idelfonso, que se ajustó en 1800 entre España y Francia, Napoleón Bonaparte fué el verdadero rey de España, pues Carlos IV obediente siempre, quitaba y ponía los ministros según fueran las órdenes de su ilustre amigo, y exoneraba á los marinos españoles que no cumplían con exactitud las órdenes del primer cónsul.

La guerra con Portugal se llevó á cabo por fin, y la pequeña nación vecina quedó completamente sojuzgada después de unas cuantas batallas ridículas que fueron semejantes á los juegos de soldados que hacen los niños. El resultado de tal guerra fué el regalo que se hizo á Godoy de un sable guarnecido de brillantes y con una pomposa inscripción en honor de los talentos militares que había demostrado, invadiendo con numerosos ejércitos una nación que no supo defenderse y el deseo que manifestó Carlos IV de crear en Olivenza y su territorio un Estado independiente aunque feudatario de España y sentar en su trono al imprescindible Manuel.

Bonaparte se portó en aquella ocasión como un miserable especulador, exigiendo al vencido Portugal una indemnización de guerra de veinticinco millones de francos, de los que no ingresaron en el Tesoro de Francia más que una pequeña parte, yendo el resto á su bolsillo particular.

Al ajustarse la paz definitiva de Europa en el Congreso de Amiéns, Francia nuestra íntima aliada y amiga, concedió á Inglaterra que conservara la isla española de la Trinidad á cambio de otras conquistas hechas por los franceses, y cuando nuestro embajador Azara quiso protestar contra tal acuerdo, el silencio más desdeñoso respondió á sus palabras y los representantes de Bonaparte no hicieron el menor esfuerzo para apoyar á la nación aliada en sus justas pretensiones.

Las consecuencias de la amistad con Francia no podían ser más fatales. La nación se arruinaba hasta lo inconcebible con las continuas guerras, hostilizaba a pueblos con los que no tenía el menor resentimiento, sufría toda clase de humillaciones y se desconceptuaba ante los ojos de Europa; pero a pesar de tantos males, Carlos IV seguía tranquilo y satisfecho por gozar del afecto de aquel gran capitán a quien se complacía siempre en presentar como su «ilustre amigo.»

La elevación de Bonaparte a cónsul perpetuo agradó mucho a la corte española, que creyó desde entonces más grande al hombre que había hecho desaparecer hasta las últimas reminiscencias republicanas y estaba próximo á colocarse en la cabeza la corona más grande de Europa.

Carlos IV estaba orgulloso del encumbramiento de su aliado y únicamente le apesaraba que tratara con alguna frialdad á Godoy que había vuelto á ocupar el ministerio y en quien veía Napoleón de vez en cuando, algunos intentos de hostil independencia.

El privado se permitía muchas veces pensar y obrar por cuenta propia, aunque después tuviera que arrepentirse de lo hecho, y tanto en el tratado de Badajoz con Portugal como en otras muchas cuestiones, no había obedecido con escrupulosa exactitud las órdenes del nuevo Carlo-Magno.

Sin duda, en aquella época que tantos hombres había visto salir de la nada para remontarse á las mayores alturas, Godoy tenía sus momentos en que soñaba con ser un grande hombre de Estado, que obrando con entera independencia diera á España tanta preponderancia como Napoleón á su patria.

La paz de Amiéns fué pronto rota por aquel genio glorioso é inquieto que sólo sabía vivir entre el humo de las batallas, la guerra volvió á emprenderse entre las potencias coaligadas y Francia, y nuestra nación que comprendiendo que en todas aquellas empresas salía siempre perdiendo, bien alcanzara victorias ó derrotas, quiso conservar la neutralidad y tuvo que comprarla á su aliado comprometién-

dose á entregarle un subsidio de seis millones mensuales mientras durase la guerra, á dar entradas libre en los puertos españoles á las armadas francesas y atender á los desperfectos de sus naves y armamentos.

Pero esta situación que á pesar de lo degradante y costosa para el país, todavía era mejor que otras anteriores pues tenía alejada España de la guerra, fué de muy corta duración.

El bárbaro atentado que consumó la escuadra inglesa con nuestros buques indefensos que volvían de América frente al cabo de Santa María, fué causa de que nuestra patria volviera á aliarse para la guerra, con Francia.

Napoleón procuró sacar las mayores ventajas del nuevo tratado que se ajustó en París en 4 de Enero de 1805, é hizo que España se comprometiera á tener armados treinta navíos de línea con tripulaciones numerosas para que obraran de acuerdo con la armada francesa.

El resultado de este convenio fué una de las más tristes glorias que registra la nación en sus fastos, la muerte de nuestra gloriosa marina: Trafalgar.

Los desaciertos y ceguedades de la monarquía habían matado la prosperidad nacional é impidió el progreso de España, y la armada que era lo único que quedaba en pié de la antigua grandeza patria, pereció por iguales causas.

La crónica de nuestra marina, tan llena de glorias y sublimidades, empieza con una empresa civilizadora que honrara eternamente nuestra patria; sus primeras páginas las llenan las carabelas del gran Colón y las últimas las escribe la monarquía con la derrota de Trafalgar.

En aquella sangrienta jornada se mostraron claramente los papeles que en la alianza desempeñaban Francia y España. La primera dirigía la guerra y nos arrastraba como auxiliares, y á pesar de esto sus buques y sus marinos no sufrieron grandes pérdidas mientras nuestra patria perdía casi todos sus grandes navíos y tenía que llorar la muerte de un Churruca y de otros ilustres navegantes cuya memoria será eterna.

Francia amenazaba á sus enemigos y nosotros recibíamos los golpes de éstos.

La tremenda derrota causó gran impresión en España, y mientras el pueblo lloraba con desconsuelo tal pérdida, el privado de los reyes, Godoy, escribía á la majestad de Napoleón (ya emperador de Francia), felicitándole por sus triunfos de Ulma y Austerlitz y comparándole con los más ilustres capitanes de la antigüedad, todo para reconquistar su afecto.

Detalles como éste causa pena el consignarlos, pues demuestran hasta donde llegaba la degradación de los encargados del gobierno de España.

El victorioso emperador otra vez en paz con Europa y teniendo vencidos á todos los reyes, se consideró árbitro del mundo; interviene en todos

los Estados, da á sus hermanos tronos, amenaza á su amigo Carlos IV con quitar á sus hijos la corona de Etruria, le hace entrever que si quisiera podía hacer con él lo mismo en España, y mientras tiene puesta la firma en el tratado de París en el que se asegura por parte de Francia la integridad del territorio español, con el mayor desembarazo ofrece al emperador de Rusia dar las islas Baleares al príncipe real de Nápoles.

Este detalle sacó á Carlos IV de su beatífica calma y le hizo dudar de la amistad de su *ilustre amigo;* pero era ya demasiado tarde para romper con Francia.

La monarquía que había temido á la nación vecina en los primeros tiempos de la revolución, cuando ésta estaba débil y la lucha con ella todavía presentaba algunas probabilidades de victoria, no podía ya colocarse frente á aquel poder universal que en dos batallas había desbaratado á los principales reyes de Europa coaligados.

El pueblo español en tanto ajustaba cuentas de lo que había ido ganando con la alianza con Francia, y reconocía que desde el primer tratado de San Idelfonso hasta aquella fecha, la patria no tenía lograda ventaja alguna y que en cambio se había empobrecido moral y materialmente y experimentado la pérdida de importantes posesiones.

En tanto que la nación experimentaba tales sufrimientos, dentro del real palacio se formaba una verdadera tempestad de odios y malas pasiones entre los dos partidos que luchaban junto al trono de los reyes.

La rápida elevación de Godoy que tan repugnante origen reconocía, había producido la formación de un partido numeroso que hacía una guerra cruel al válido y que capitaneaba el príncipe Fernando, temeroso del ascendiente que el privado tenía sobre sus padres.

Figuraban en dicho partido la mayor parte de la grandeza y algunos ambiciosos de mala índole que eran los que más de cerca influían sobre el primogénito real y que en verdad, no aspiraban más que á imitar á Godoy en la rapidez de su carrera.

El joven príncipe con tal de hacer la guerra al privado, consentía á sus partidarios toda clase de palabras y expresiones y con la mayor tranquilidad y aun con complacencia, oia vilipendiar á su madre por sus arraigados vicios y satirizar la bonachona ceguera del que le dió el sér. Los santos afectos de familia que con tanta intensidad sentimos todos, han tenido siempre escasa importancia para esos seres casi sobrenaturales que se ciñen coronas que la Iglesia unge y se sientan en los tronos por derecho divino.

Las maniobras de aquel partido palaciego tenían en alarma á Carlos IV y sobre todo á su estimado Manuel, y como éste sabía que sus enemigos trataban de captarse el afecto de Napoleón, de aquí que olvidándose de aquella independencia y fortaleza que en algunas ocasiones había querido

demostrar, se extremara en adular al guerrero emperador.

Sus enemigos no le iban en zaga y hasta el príncipe Fernando escribía á Napoleón ofreciéndole una amistad y un cariño sin límites y hasta el afecto de un tierno hijo, llamándole el héroe mayor de cuantos el mundo había conocido enviado por Dios para sostener los tronos vacilantes y pidiéndole por fin que le concediera el alto honor de unirse á una princesa de su ilustre familia, que es todo lo más que su corazón podía apetecer.

Bonaparte acogía con complacencia aquellos tributos de homenaje cuyas causas no le eran desconocidas, y poco á poco iba madurando en su pensamiento un plan cuya realización hace tiempo le halagaba.

Con Godoy manifestaba una amistad que estaba lejos de sentir, pues conocía el carácter ligero y aun irritable de éste y la facilidad con que podía ponerse enfrente si se creía perjudicado por los planes imperiales; recordaba sus intentos de ajustar un tratado de paz con Inglaterra en Octubre de 1806 y su proclama á los españoles que si bien fué vergonzosa por la manera débil y encubierta como proponía la guerra contra Francia, demostraba que un día ú otro podía declararse independiente de ésta y se proponía hacerlo caer para siempre del gobierno de una manera ruidosa.

Con el príncipe Fernando y sus secuaces, el emperador seguía idéntica conducta. Les incitaba á atacar al príncipe de la Paz y halagaba al hijo de Carlos IV con la esperanza de casarlo con una hembra de su familia, promesa que no pensaba cumplir, pues uno de los méritos que enaltecen á Napoleón, el monarca de la revolución, es que aun después de titularse emperador y ser llamado «hermano mío» por todos los reyes de Europa, despreciaba á todas las dinastías reinantes como familias corrompidas y gravosas á la humanidad y especialmente á los Borbones.

En estas circunstancias descubrióse la conspiración del Escorial tan célebre por lo ridícula. Carlos IV, movido por su privado, visitó á su hijo en su cuarto, lo redujo á prisión y ordenó el registro de sus papeles, por los que se vino en conocimiento de que los partidarios de Fernando conspiraban contra el poder de su padre y deseaban derribar del trono á éste y del gobierno á su favorito.

Los resultados de la conspiración descubierta, fueron vergonzosos para la dinastía borbónica, pues demostraron sus miserias y constituyeron un motivo de afrenta para el país que se dejaba regir por seres de tan baja condición moral.

Carlos IV después de publicar un manifiesto á la nación en el que relataba el *crimen del hijo desnaturalizado*, de escribir indiscretamente á Napoleón dándole cuenta detallada de todo cuanto sucedía en el seno de su familia y de prometer que sería inflexible con los culpables, tuvo que

echar como vulgarmente se dice, tierra al muerto y sobreseer la causa de la conspiración, pues en ésta á juzgar por ciertos papeles encontrados á Fernando, aparecía complicado el mismo emperador que ocultamente cooperaba á la caída de Godoy.

Fernando que tan cruda y oculta guerra había hecho á Godoy, al verse arrestado y con la amenaza de un severo castigo, escribió al privado cartas quejumbrosas en que le llamaba su mejor amigo y le rogaba que intercediera á su favor cerca de sus padres á los que estaba dispuesto á pedir perdón, al mismo tiempo que á delatar á sus cómplices y partidarios.

La conjuración del Escorial es un hecho en el que se manifiestan repugnantemente todos los defectos de aquella generación borbónica.

Todos los personajes estuvieron á la misma altura.

Un padre que en los primeros momentos da á conocer los vergonzosos secretos de familia á toda una nación que gobierna como á ser superior, que cae en la ridiculez de asegurar bajo su real palabra que sabrá castigar á su hijo, y que escribe después al emperador implorando su consejo y sus luces para saber qué conducta debe seguir con el culpable; una madre que no manifiesta ni el menor asomo de esos santos afectos que toda mujer siente por el que ha llevado en sus entrañas, y que truena contra su hijo y pide su castigo porque ha osado criticar sus vicios depravados; y un futuro rey que escarnece á su madre y critica sus ligerezas no por vindicar el honor de la familia sino para hacer de esto un arma de partido, que conspira contra un hombre haciéndole guerra á muerte, para implorar después rastreramente su ayuda y que á la menor persecución pide humildemente que le perdonen á los mismos que intentaba derribar y para alcanzar mejor dicho perdón delata á todos sus compañeros asegurando como un colegial que han abusado del infantil candor y de la sencilla inocencia de un hombre que debía ocupar poco después el trono de España. En aquella ocasión padres é hijo de sangre real fueron iguales y la única figura que entonces se revistió de nobleza, la que se presentó más elevada que las demás, fué Godoy que francamente intercedió por su enemigo, que apeló á todos los medios de persuasión para volver á la real gracia al que de tal modo le había atacado y que no cejó hasta lograr que se verificara la reconciliación entre Carlos IV y el príncipe Fernando.

El hombre salido de la nada cuya ascendencia se perdía en la oscuridad, fué más grande que aquellos que por derecho divino eran superiores á todos los humanos.

A pesar de esto el pueblo español que ciego é ignorante, vagamente sentía la idea de la regeneración patria y que por uno de esos caprichos que hacen semejantes las muchedumbres á los niños, había puesto los ojos en Fernando creyendo que éste era el

destinado á efectuarla, seguía odiando á Godoy, despreciaba á los reyes y creía que su ídolo era una inocente víctima que sufría en palacio toda serie de persecuciones por sus patrióticas ideas.

La ceguera del pueblo aumentaba, la popularidad del príncipe real se hacía mayor, así como también el odio al de la Paz, y el malestar nacional contribuía á hacer más grande la excitación pública.

Las continuas guerras á que nos arrastró la alianza con Francia, habían hecho aumentar la deuda pública y esquilmado el país hasta un grado inconcebible.

Los empréstitos se hacían, tanto con instituciones nacionales como con casas extranjeras, en grandes cantidades, y como este medio en vez de aliviar el estado de la nación lo agravaba más, se apelaba á continuas contribuciones é impuestos que se arrancaban al pueblo por la fuerza.

Aquella época fué, á no dudar, la más vergonzosa de nuestra historia.

Cuando la monarquía pensaba en encontrar un medio para salvar la nación de la ruina, encomendaba tan difícil misión á una junta de canónigos (!), idea peregrina que sólo la historia de nuestro pueblo tiene el honor de consignar, y que indudablemente produciría la carcajada de Europa.

Napoleón, contemplando una serie tan continuada de miserias, acababa de madurar su plan, y se disponía á llevarlo á la práctica.

España era una hermosa nación que aumentaría mucho el brillo de la corona imperial como Estado feudatario, y en su trono podía sentar á un individuo de su familia.

Ningún inconveniente podía oponerse á su plan de conquista y anexión.

Aquella familia real era un conjunto de imbéciles y de seres depravados que se plegaban á sus exigencias, y en cuanto á Godoy, que era un tanto independiente y alguna vez se permitía pensar y obrar por su cuenta, lo tenía á su arbitrio, bien haciéndolo derribar por los fernandistas ó en todo caso dándole el reino de los Algarbes para acallar su ambición.

Todos estaban en su mano: el simple Carlos IV, que le consultaba sumiso hasta en los asuntos de familia; la impúdica María Luisa, á quien manejaba por medio de Godoy, y el ridículo y pegajoso Fernando, que se empeñaba en emparentar con él uniéndose á una princesa imperial á quien era fácil obligar á obedecer.

¿Quién podría oponerse á su plan? ¿El pueblo? En esto no había que pensar. Los españoles, que acataban como soberanos á unos reyes de tal clase, que se dejaban conducir á tan insensatas empresas sin protesta alguna, que sufrían con paciencia tantas tiranías y explotaciones, que creían en la santidad de los frailes que los despojaban, que tenían por representantes de Dios á un bonachón sin honor y á una vieja libertina, y adora-

ban como un ídolo á un jovenzuelo rastrero de menguada capacidad y nulo en valor y energía, esos españoles eran para Napoleón semejantes á los degradados y femeniles pueblos italianos que él había vencido tan fácilmente en sus primeras campañas.

Para apoderarse de una nación tal no necesitaba dar sangrientas batallas ni entrar en ella á caballo al frente de sus legiones, le bastaba apelar al engaño primero y después á la sorpresa.

Aquel imbécil coronado, á quien tantas veces logró embaucar, dejaría sin protesta que penetrasen en España las armas francesas como amigas y con excusa de trasladarse á Portugal; la familia borbónica iría dócil á sus mandatos al punto que él designara, donde podría hacerla prisionera, y el pueblo español, al ver todas las ciudades y plazas fuertes ocupadas por el ejército imperial, se daría por vencido y aun acogería con gusto la nueva dinastía bonapartista española.

El emperador, en aquella ocasión, se dejó guiar por las apariencias, y á pesar de su espíritu observador sufrió una tremenda equivocación.

Todo su plan cumplióse, excepto en la parte que él creía de menos importancia y que era la que realmente podía imponer más insuperable obstáculo.

Carlos IV se dejó engañar, y los ejércitos imperiales penetraron en la península apoderándose como amigos de importantes ciudades y plazas fuertes; llegó día en que tuvo prisionera en Bayona á toda la familia real, pero jamás pudo vencer la resistencia del pueblo que de ciego, sumiso y degradado, se tornó en independiente, valeroso y heroico. Y es que Napoleón creyó muerta por el despotismo á una nación que sólo estaba adormecida y olvidó que los españoles, por cuyas venas corría la sangre de aquellos plebeyos tan amantes de su libertad y de la independencia de la patria, tenían que despertar un día á la nueva vida, y que para esto bastaría tan sólo que vieran invadido el territorio nacional y burlada su crédula confianza.

Cuando la primera parte del plan de Napoleón comenzaba á cumplirse, ocurrió en Aranjuez un hecho que, aunque de preparación muy pobre y despreciable, fué acogido por el país con agrado, pues era conforme con su voluntad y que bien puede considerarse que es el acto inaugural de la Revolución española, pues en él ejerció el pueblo su perdida soberanía.

Godoy era el único que en aquella desgraciada situación veía claro y comprendía cuales eran los propósitos de Bonaparte.

Aquellas tropas francesas que atravesaban los Pirineos y se derramaban lentamente por la Península, tenían para los españoles diversos significados.

Para los platónicos admiradores de Napoleón y para Carlos IV, venían á España sólo de paso y pronto debían



trasladarse á Portugal, para la mayoría del pueblo español llegaban á derribar al favorito y á poner en el trono á su idolatrado Fernando; pero para Godoy, sus designios no eran un misterio y temiendo por los reyes les aconsejó que ya que la nación no contaba con medios de defensa contra el gran emperador, se retiraran á Andalucía para desde allí organizar la resistencia y aun si es necesario fugarse á América.

Los ciegos se sublevan contra el hombre de vista clara y se resisten á acoger su plan.

Carlos IV y sus viejos cortesanos, no pueden concebir traición ni felonía en su gran amigo el emperador, y Fernando y sus parciales no quieren alejarse de Madrid, pues de hacerlo pierden la esperanza de triunfo que les proporcionan las tropas francesas.

A pesar de tal oposición los argumentos de Godoy logran convencer á la corte y el solo anuncio del viaje, hace estallar el motín de Aranjuez.

La proclama del rey asegurando que él está tranquilo y que las tropas francesas vienen en España en són de amistad, no produce ningún efecto y el pueblo acomete por la noche la casa de Godoy, objeto de todas sus iras; fuerza sus puertas y desahoga su rabia en los muebles, ya que no puede encontrar al que busca su venganza.

Terrible caída la de Godoy. El que por tanto tiempo fué omnipotente en España y llegó á soñar un trono, escondido en un desván de su casa y entre un rollo de estera, escucha temeroso los gritos de ira que profieren sus perseguidores al no encontrarle, y cuando el hambre y la sed le obligan á presentarse á los soldados y es conducido prisionero al cercano cuartel, la numerosa escolta no puede librarle de las pedradas y palos con que le acosa el pueblo enfurecido.

Aquella multitud sufría una tremenda alucinación. Necesitaba desahogar su rabia contra el poder despótico que la martirizaba y descargaba su furor injustamente sobre el privado, creyéndole el autor de su opresión cuando la causa de la tiranía estaba mucho más alta.

No basta al pueblo aquel desahogo, necesita algo más; tiene que derribar á la reina disoluta que ha encumbrado al malvado Godoy y al rey sin honor que lo ha consentido y grita nuevamente alborotado ante la residencia real.

Carlos IV y su esposa no necesitan de ésto para conocer claramente su situación.

El pueblo que por su mano ha arrojado al suelo el producto del poder de los reyes y el objeto de su cariño, es un pueblo que ha perdido el respeto á los que de la nada pueden crear príncipes y ministros universales.

Hay que abdicar, y Carlos IV abdica la corona en su hijo Fernando. que la nación recibe como el rey destinado á hacer su felicidad.

Se ha dicho mil veces, que el mo-

tín de Aranjuez no fué más que una asonada promovida por lacayos y sirvientes de los grandes partidarios de Fernando y dirigida por algunos nobles disfrazados.

Verdaderamente el motín fué promovido en los primeros instantes por gente pagada que gritaba y destruía inconscientemente; pero la espontaneidad con que el pueblo se unió á ellos, el furor entusiasta con que secundó sus planes, y la alegría con que España recibió los resultados del motín, demuestran que con éste se cumplió la voluntad de todos.

Ya tenemos á Fernando VII rey de España, más que por la voluntad de sus padres, por la de la nación que le aclamaba llena de entusiasmo.

El nuevo rey se trasladó á Madrid seguido de sus numerosos partidarios, y su entrada en la corte fué saludada con una de esas ovaciones que por lo inmensas dejan en el pueblo un eterno recuerdo.

Aquellos españoles, aclamando á aquel joven que los contemplaba con aire de señor absoluto, creían saludar á la libertad y la regeneración nacional.

Una parte de la carrera estaba ocupada por tropas de bizarro aspecto que maniobraban á voces de mando extranjeras y que llevaban á su frente banderas que no eran las de la patria.

Eran las tropas francesas que el día anterior habían entrado en Madrid á las órdenes del príncipe de Murat, el general más audaz, atrevido é insolente que tenía Napoleón.

La primera parte del plan del emperador se había cumplido sin encontrar obstáculo alguno.

El gobierno y la corte española, se hallaban, sin saberlo, prisioneros de Murat, y las plazas más fuertes de España estaban guardadas por guarniciones francesas.

Sólo faltaba á Napoleón el tener en su poder y en una población francesa á todas las personas reales y á que este plan se realizara, contribuyeron estas mismas con su estúpida confianza.

El suceso de Aranjuez había alegrado en el fondo al emperador, pues le daba mayores facilidades para cumplir sus propósitos con éxito.

Después de un motín como aquél, Carlos IV quedaba imposibilitado de volver á ocupar el trono, tanto porque la nación le había desconocido, como porque había hecho caer para siempre á Godoy, sin el cual, tanto á él como á su esposa María Luisa, les era imposible reinar.

Los propósitos de Napoleón, eran, pues, oponerse al reconocimiento de Fernando VII como rey de España y empeñarse en que siguiera siéndolo el padre con la confianza de que éste abdicaría su corona en el hombre que él le designara.

Fernando estaba alarmado al ver que mientras los representantes de las grandes potencias le reconocían como rey, Behuarnais, el embajador de Francia y Murat, no hacían ningún acto de adhesión por parte del emperador.

La idea que éste tenía sobre los sucesos últimamente ocurridos en España, era todavía un misterio para la corte española.

El canónigo Escoiquiz, pedantón insufrible, que había sido el preceptor del rey y el caudillo de su partido, animaba á su antiguo alumno con optimistas ilusiones, pues era también de los que creía en la sinceridad de Napoleón respecto á España y le impulsaba á que todos los días hiciera un nuevo acto de respeto y vil sumisión al tirano de Europa.

Entre el nuevo rey de España y los reyes padres que estaban en Aranjuez, parecía haberse entablado un pujilato por quien se envilecía más aprisa, estando más sumiso al que se proponía arrebatar á la nación su independencia.

Fernando, con el deseo de conservar el trono y de que le reconociera el que tan fácilmente podía sustituir unos reyes con otros, escribía al emperador, diciéndole que era su más respetuoso súbdito, que Francia sería siempre la nación más respetada por él, y que el grande hombre de Europa podría disponer de su persona, y los reyes padres que estaban en Aranjuez intranquilos por la muerte de su querido Manuel que había sido encerrado en el castillo de Villaviciosa, y á quien se formaba causa que todos comprendían acabaría con una sentencia de muerte, no dejaban tampoco en paz al emperador.

María Luisa sostenía continua correspondencia con Murat y Napoleón, para ver de salvar «al pobre príncipe de la Paz,» y Carlos IV al mismo tiempo que se unía á tales súplicas para lograr la libertad del amante de su mujer, aseguraba á Bonaparte que ellos habían caído del trono por ser muy afectos á los franceses, y que á pesar de esto seguirían siempre siendo los más fieles amigos de Francia, lo que de seguro no haría su hijo por más que lo afirmase, pues era un falso y perjuro.

El hijo y los padres luchaban sin tregua por demostrar quien era más francés, más esclavo del emperador, y quería menos á España.

Napoleón se alegraba al ver que sus planes se cumplían aun más allá de lo que él había llegado á creer.

Continuamente llegaban hasta Fernando, bien por emisarios directos ó por medio del embajador francés, noticias de la próxima llegada de Napoleón á España.

El nuevo rey comisionó á su hermano el infante don Carlos, para que en unión de algunos grandes saliera á recibir al regio huésped, á quien según los cálculos de los optimistas encontraria seguramente en Burgos.

Para dar mayor fuerza á la próxima venida de Bonaparte, llegó á Madrid un correo imperial conduciendo como bandera santa las tradicionales botas altas y el mugriento sombrero del emperador, prendas que Fernando dispuso se expusieran al público como reliquias venerandas, y como en mues-

tra de la confianza y alto honor que el ilustre guerrero dispensaba á la corte española.

El infante don Carlos, con su comitiva llegó á Burgos, y hasta la misma frontera sin encontrar ni indicios de la proximidad del regio viajero; pero confiados como entonces todos los cortesanos españoles en la amistad de Napoleón, penetraron en Francia llegando hasta Bayona, donde quedaron como huéspedes si bien tomándose con ellos las precauciones propias de prisioneros.

Mientras esto sucedía en Francia, llegaba á Madrid el general Savary, ayudante del emperador y hombre astuto y artero, que en una larga conferencia que tuvo con Fernando, convenció á éste de que Napoleón le reconocería fácilmente; pero que para desenojarle un tanto por los sucesos ocurridos en Aranjuez, sería conveniente que él mismo, al frente de su corte, saliera á recibirle á la frontera.

No necesitó más Fernando, y su consejero Escoiquiz, para llevar á la práctica inmediatamente tal proposición.

Puso al frente de la Junta de Estado ó Consejo de ministros, á su tío el infante don Pascual, para que resolvieran los asuntos más urgentes durante su ausencia, y salió al encuentro del emperador, fastasma fugitivo cuya entrada en España tanto tiempo se estaba anunciando, y que cada vez parecía estar más lejos de ella.

A Fernando y su corte sucedió lo mismo que al infante don Carlos. Llegaron á la frontera sin encontrar un correo que precediera á la comitiva imperial, y al encontrarse junto al Bidasoa hasta los cortesanos más benévolos se hicieron maliciosos y todos recelaron de la lealtad del emperador, comprendiendo que éste estaba realizando algún plan para ellos funesto.

Para mayor fortuna de Napoleón, allí estaba el imbécil Escoiquiz siempre creyente en la buena fe del soberano y que apoyaba inconscientemente las pérfidas insinuaciones de Savary.

Por fin, Fernando, coronando la larga serie de desaciertos que había cometido desde que ocupaba el trono, se decidió á entrar en Francia y atravesó el Bidasoa con toda su corte, encaminándose á Bayona, donde ya había llegado Bonaparte.

Cuando á éste le anunciaron la proximidad del rey de España, dudó en creer la noticia, porque no podía creer en una imbécil confianza llevada á tan alto grado.

Fernando llegó á Bayona, y el recibimiento que le hizo el emperador no fué cual correspondía al rey de una nación tan importante.

Al principio le dispensó algunos honores y le convidó á comer; pero á las pocas horas le manifestó por medio de Savary que nunca le reconocería por rey de España y que debía renunciar su corona á favor de Bonaparte.

Aquel acto odioso era repugnante por los dos actores que en él figuraban. El uno rey estúpido que se había

puesto en poder de su enemigo, y el otro tirano cruel que apelaba á los medios más bajos para lograr sus fines y que empañaba toda su antigua gloria con un proceder tan miserable.

La resolución del emperador produjo un pánico indescriptible en la corte fernandina, pánico que ahuyentó más aún la reflexión de aquellas cabezas menguadas.

Por fortuna allí estaba Escoiquiz, el cerebro que se encargaba de pensar por el rey y todos los cortesanos, el cual procuró avistarse con Napoleón para demostrarle lo injusto de su proceder y los derechos que su señor tenía al trono de España; pero lo hizo en un discurso tan hueco y campanudo, que el emperador, cansado de aquello que él llamaba *arenga ciceroniana*, le mandó que expusiera más claramente sus ideas y que aconsejara á Fernando que abdicando la corona española se contentara con el reino de Etruria; pero como el clerigote pedantón cogiera otra vez el hilo de su ampulosa perorata, Bonaparte, con su franqueza ruda y ofensiva de soldado, dió fin á la conferencia tirando á su interlocutor afectuosa pero fuertemente de las orejas, lo que llenó de satisfacción y orgullo al canónigo y le hizo aceptar con entusiasmo el plan de que Fernando abdicara el reino de España por el de Etruria.

Mientras esto sucedía en Bayona, el príncipe de Murat se daba prisa en cumplir las órdenes del emperador que eran el reunir en Francia todas las personas de la familia real española.

El generalísimo de las tropas francesas en España, trasladó á los reyes padres desde Aranjuez al Escorial, donde los tenía custodiados y muy á su gusto por soldados del imperio, y exigió á la Junta de Estado por medio de amenazas que pusieran en libertad á Godoy y le dejaran marchar á Francia.

La Junta intentó resistirse, pero ante la actitud de Murat, cedió por fin, y Godoy abandonó el castillo de Villaviciosa para entrar en Francia y llegar á Bayona seis días después de Fernando.

El emperador le recibió con mayor agrado que al rey de España, y celebró con él una larga conferencia, de la que resultaron los repugnantes hechos que poco después acaecieron.

Libre ya Godoy en Francia, á Carlos IV y su esposa, no les quedaba nada en España que les atrajese. Era preciso ir á avistarse con un buen amigo, el emperador, y exponer ante su omnímoda autoridad todas las quejas que tenían contra su perverso hijo, y esto unido á la sugestión continua de Murat, les hizo emprender rápidamente el viaje á Francia.

El plan de Napoleón se cumplía perfectamente. Uno tras otro fueron llegando á Bayona todos los Borbones españoles, y para que ningún individuo faltara á la cita de la deshonra; después de los reyes padres, llegaron el infante D. Antonio Pascual, her-

mano de Carlos IV, que abandonó la presidencia de la Junta de Estado, la ex-reina de Etruria, y el pequeño infante don Francisco, hermanos de Fernando VII.

Los reyes padres fueron recibidos por Napoleón con todos los honores de soberanos de un gran pueblo, y desde el primer instante les hizo presente que todo lo sucedido desde el motín de Aranjuez hasta el presente, era para él nulo y de ningún valor, y que no reconocía por rey de España, á otro que su antiguo aliado Carlos IV.

El rey bonachón se sentía gozoso ante aquellos rasgos de afecto de su *gran amigo*, y bendecía á la Providencia que le había deparado un auxiliar de tanta valía.

Pronto se celebró la esperada reunión de todos aquellos personajes.

Carlos IV y su esposa, de acuerdo con Napoleón, citaron á una conferencia á Fernando. El padre intimó á su hijo para que al día siguiente hiciera una formal renuncia de la corona, si no querían verse tratados tanto él como sus partidarios, como emigrados criminales por el emperador, á lo que éste asintió con breves palabras. Quiso hablar Fernando, pero sus pádres apenas vieron ésto, se lanzaron hacia él, llenándolo de improperios. Le recordaron los sucesos de Aranjuez, sus malas mañas dentro de Palacio, hasta le acusaron de haber querido atentar contra la vida de su padre, y María Luisa, furiosa ante el que había sido causa de la terrible caída de Godoy, llegó hasta á pedir á Napoleón que hiciera expiar á su hijo las faltas en un cadalso.

Bonaparte en tanto permanecía silencioso como espectador que en su interior goza al ver el enardecimiento de los actores.

Al día siguiente, Fernando envió á su padre una carta en la que se le hacían proposiciones para que él pudiera abdicar su corona, y una de las más principales era que la nación se reuniera en Cortes para acordar si debía admitirse su renuncia al trono.

En contestación á dicha carta recibió Fernando otra de su padre, que había sido dictada por Napoleón, en la cual, después de demostrar la falta de formalidades que habían concurrido en la elevación al trono de su hijo y los indestructibles derechos que él tenía para ocuparlo mientras viviera, decía estas palabras: «la situación de España es crítica; *sólo el emperador puede salvarla.*»

Algunas contestaciones más mediaron entre padre é hijo sin resultado, pero las noticias de la gloriosa jornada del 2 de Mayo en Madrid, llegadas á Bayona el día 5, precipitaron los sucesos.

Napoleón, poseído de una rabia que siempre supo ocultar fuera de aquella ocasión, en unión de los reyes padres no menos enojados que él por el sublime esfuerzo de sus antiguos vasallos, citaron á su presencia á Fernando que compareció cabizbajo y silencioso esperándose ya un verdadero roción

de injurias. Un general francés que presenció todos los sucesos de Bayona de muy cerca, describe así la conferencia: Apenas se presentó el joven rey en actitud de reo, padre y madre se abalanzaron hacia él.

—¿Te has dado prisa en destronarme, — le decía Carlos, — para hacer ahorcar á mis vasallos? ¿Quién te ha aconsejado esa carnicería? ¿Aspiras solamente á la gloria del tirano?

Y María Luisa añadía:—Nos hubieras hecho morir, si no hubiéramos salido de España... Y bien, ¿te has propuesto no contestar? Tus mañas siempre han sido las mismas. De niño cuando cometías un desacierto, jamás sabías cosa alguna.

Los dos viejos al hablar así se iban exaltando hasta el punto de que Carlos levantó varias veces el bastón sobre la cabeza de su hijo con intento de pegarle, y la madre quiso dar un bofetón á Fernando, conteniéndose solamente por la presencia de Napoleón.

Este, permanecía tranquilo ante tan repugnante escena. El soberano nacido de la revolución gozaba ante el degradante estado en que habían venido á caer aquellos reyes de derecho divino.

Por fin tomó parte en la cuestión el emperador para terminarla, diciendo al príncipe:—Yo no reconoceré jamás por rey de España al que ha sido el primero en romper la alianza que desde tan antiguo la unía á la Francia; al que ha ordenado la matanza de los soldados franceses en los momentos mismos en que solicitaba de mí que sancionase la acción impía, en cuya virtud deseaba subir al trono. Este es el resultado de los malos consejos que á tal estado os han traído: de nadie sino de los que os los han dado os podéis con justicia quejar. Yo no tengo compromiso alguno que cumplir, sino con el rey, vuestro padre: él es el único á quien yo reconozco por monarca, y si él lo desea estoy dispuesto á volverle á Madrid.

—¡Quién!—interrumpió Carlos volviéndose á Napoleón.—¿Yo volver á mi corte? De ninguna manera. ¿Qué haría yo en un país donde se han armado todas las pasiones en contra mía? Yo no hallaría allí en ninguna parte más que súbditos rebeldes; y queréis que tras haber sido bastante feliz en haber atravesado sin menoscabo (!) la época del trastorno general de Europa, vaya ahora á deshonrar mi vejez haciendo la guerra á las provincias que he tenido la dicha de conservar y conduciendo mis súbditos al cadalso? No, de ninguna manera: él se encargará de eso mejor que yo.

Y encarándose con su hijo, siguió diciendo Carlos:—¿Crees, sin duda, que nada cuesta el reinar? Ahora puedes ver los males que preparas á España. Has seguido consejos pérfidos; yo no puedo ya nada, ni quiero mezclarme en cosa alguna: marcha y sal como puedas de ese precipicio.

Los regios autómatas de Napoleón no representaron del todo mal la pantomima. La corona de España fué, en aquella ocasión, una pelota que arran-

cada de las manos de Fernando, que aun en aquel instante quería conservarla, pasaba á las de Napoleón, éste se la tiraba á Carlos, y el viejo rey la rehusaba para que de este modo volviera á poder del emperador.

Los resultados de la última conferencia de Bayona, fueron inmediatos.

Al día siguiente, Carlos IV recibió la deseada abdicación de su hijo, concebida en los siguientes términos: «Mi venerado padre y señor: para dar á V. M. una prueba de mi amor, de mi obediencia y de mi sumisión, y para acceder á los deseos que Vuestra Majestad me ha manifestado reiteradas veces, renuncio mi corona en favor de V. M. deseando que pueda gozarla por muchos años. Recomiendo á V. M. las personas que me han servido desde el 19 de Marzo: confío en las seguridades que V. M. me ha dado sobre este particular.»

El día anterior al que recibió Carlos esta abdicación, ó sea al terminar la última conferencia, Godoy, en representación de aquél y el mariscal Duroc en nombre del emperador, ajustaron un tratado que contenía diez artículos, los cuales versaban, sobre la renuncia á la corona de España por Carlos IV, anulación de las persecuciones y secuestros que se habían acordado después del motín de Aranjuez y los restantes sobre el afianzamiento de palacios y rentas para los reyes dimisionarios y sus amigos.

En el preámbulo del tratado se decía que Carlos IV que en toda su vida no había tenido otra aspiración que hacer la felicidad de sus súbditos en vista de las circunstancias y de las divisiones que agitaban á su propia familia, había resuelto ceder todos sus derechos al trono de España y de las Indias al emperador Napoleón, el único que en el estado á que habían llegado las cosas podía restablecer el orden y procurar el bien de los españoles.

¿Hay en la historia de ningún pueblo página tan vergonzosa como ésta? ¿Ha sido regida nación alguna por seres tan miserables y cobardes como los padres y el hijo que abdicaron en Bayona? El pueblo español necesitaba un castigo mucho mayor que el de su pobreza y decadencia, por dejarse regir largos siglos tiránicamente por reyes como los de las casas de Austria y Borbón, y el castigo tremendo fué la vergüenza de ser representados por seres tan débiles y viles como Carlos IV y Fernando VII.

Sólo la completa ignorancia política que aún en el instante que esto escribimos domina á gran parte del pueblo español y que hace años era mucho mayor, justifica que España, después de la guerra de la Independencia, volviera á sentar en su trono á la familia borbónica, tan funesta en todas las naciones, y á la cual tantos males y ruinas tiene que agradecer nuestra patria.

En las renuncias de Bayona se demostró claramente el concepto que los reyes por derecho divino tienen formado de sus pueblos.

Aquellos Borbones cobardes como todos los de su familia que temblaban ante la presencia de Bonaparte, se insultaban como verduleras de plaza y en su tremendo pánico no reparaban en degradaciones y bajezas con tal de asegurarse una cómoda existencia. Como muy bien dice el señor Chao «disponían de la muerte de la nación á su antojo, la trasmitían, vendían y escrituraban, cual si fuese una pieza de su patrimonio ó una bestia de su establo, sin consultar su voluntad ni aún por mera fórmula.»

La vergüenzas de Bayona no fueron más que legítimas consecuencias del poder de que se halla revestida la institución monárquica. Aquellos seres débiles y menguados que en un pueblo libre ni aún serían considerados como ciudadanos por faltarles las cualidades más propias del hombre, al nacer se habían encontrado con el derecho divino que los elevaba al trono; eran reyes por la voluntad del Dios que adora el Vaticano, nada le debían á la nación, y por lo tanto podían disponer libremente de aquel patrimonio de gobernar pueblos que tenían como propio y transmitirlo á quien quisieran sin tener que contar para ello con la voluntad de la nación.

El absolutismo, en tiempo de aquellos reyes, había llegado á su grado máximo y para nada se respetaba la voluntad nacional ni aún aparentemente.

El estúpido Carlos II, en su testamento, manifestaba que su última voluntad fuera cumplida como si se hubiese hecho de acuerdo con las Cortes; el rey embrujado manifestaba aún algún respeto á la soberanía nacional, pero Carlos IV y su hijo, en punto á ser atentos con la libertad, estaban mucho más abajo que aquel imbécil coronado que manejaban los frailes.

Los grandes servicios que la monarquía prestaba á la nación y lo descansada que podía estar bajo la protección de aquella autoridad sabia, infalible y casi divina, se demostraron en las palabras de Carlos IV á Napoleón cuando describía á éste su género de vida antes de que la nación le hubiera arrojado del trono junto con su Godoy, «todos los días en invierno y en verano iba á caza hasta las doce, comía y volvía al cazadero hasta la caída de la tarde, y por la noche, mientras cenaba, Manuel me informaba de como iban las cosas. Después me iba á acostar para comenzar la misma vida al día siguiente á no impedírmelo alguna ceremonia importante.»

Tal era la existencia del monarca y tal su gobierno, en aquella época azarosa para toda Europa en que el pueblo español estaba en la miseria, el crédito nacional perdido, las fuentes de riqueza cegadas y los ejércitos y escuadras de España sufrían contínuas derrotas.

Pero apartemos los ojos de Bayona y perdamos de vista á los seres que en ella se albergaban. ¡Basta ya de miserias é ignominias que afrentan á nuestra patria!

Para fortuna nuestra, Napoleón, como ya dijimos, se equivocó en sus cálculos y encontró un obstáculo invencible en aquel pueblo que desconocía.

Mientras la monarquía se revolcaba en el fango en extranjero suelo, la llama del genio nacional tanto tiempo apagada por el absolutismo, tornaba á revivir para iluminar al mundo, producir la caída del tirano que tenía bajo sus botas á Europa y hacer admirar á todos la más sublime de todas las epopeyas históricas, que de tal debe calificarse nuestra guerra de la Independencia.

Madrid dió la señal. El pueblo del 2 de Mayo, capitaneado por dos hasta entonces oscuros oficiales, cuyo renombre será eterno, dió el grito de muerte contra los invasores, las gloriosas águilas francesas se deshonraron cobijando soldados que después de la victoria contra la hueste de Daoiz y Velarde, se ensañaron asesinando á un pueblo desarmado é indefenso; pero cada gota de aquella sangre inocente salpicó el rostro de todos los españoles y el movimiento de insurrección nacional no se hizo esperar.

A partir del instante en que toda la nación se levantó en armas, en que las provincias en uso de su autonomía nombraron sus juntas ó gobiernos de defensa y en que España emprendió la gloriosa guerra de la Independencia, empieza la historia de la Revolución española.

El pueblo hispano despertó de su sueño que había durado siglos y sus bostezos fueron rujidos que admiraron al mundo, que no creía encontrar una nación tan heróica y libre en aquella que por tanto tiempo había sufrido pacientemente á los reyes y los papas.

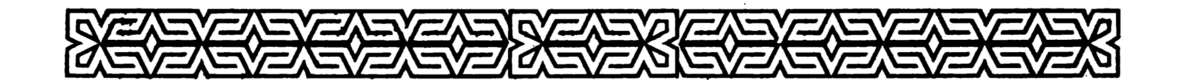
Los que habían despertado para lograr su independencia, conquistaron de paso la libertad y la soberanía robada por instituciones opresores.

Nos proponemos relatar la historia de esa gran revolución que principia con la guerra de la Independencia y no terminará hasta que el pueblo español entre en el pleno goce de su soberanía. La empresa es ruda y difícil y hace necesarias facultades que sólo poseen los seres privilegiados que alcanzan los honores de la gloria; pero la acometemos con gusto, porque en ella podemos dar rienda suelta al entusiasmo que nos inspiran las grandezas de un pueblo que en el espacio de cerca de un siglo ha batallado sin tregua por alcanzar su libertad, grandezas mucho mayores que aquellas alcanzadas por la monarquía en sus sangrientas guerras, cuyo único objeto era difundir la tiranía y la barbarie.

La presente obra será una fiel descripción de las diversas etapas recorridas por el pueblo español, siempre guiado por los sublimes ideales de la libertad.

En ella aparecerá triunfante y glorioso en la guerra por su independencia; sublime en sus Cortes de Cádiz, piedra angular del edificio de nuestra soberanía; escarnecido y vilipendiado

en los períodos de reacción infame; impetuoso y noble en las revoluciones; pasando de manos de gobiernos liberales pero débiles á las de partidos reaccionarios y tiránicos y derribando por fin el trono borbónico y acogiendo con entusiasmo la forma más en armonía con sus derechos, la República, para caer después en la restauración borbónica que hoy sufre y de la que saldrá indudablemente un día para alcanzar otra vez y consolidar la forma de gobierno más identificada con las luces del siglo y los intereses de la patria.



CAPITULO PRIMERO

1808

Estado general de España.—Primeros indicios de revolución.—El 2 de Mayo.—Daoiz y Velarde.—Conducta de la Junta de Gobierno.—Tropelías y crímenes de los franceses.—Indignidad de algunos personajes y corporaciones.—El más simple de los Borbones.—Murat, presidente de la Junta de Gobierno.—Sigue ésta en su conducta antipatriótica.—Manifiesto de Napoleón á los españoles.—Personalidad moral de Napoleón.—Carácter de sus promesas.—Designación de José Bonaparte para el trono de España.—Convocatoria de la Asamblea de Bayona.—Empieza el desafío entre Napoleón y España.

El estado de España en Abril del año 1808, no podía ser más intranquilo y amenazador. Todo parecía anunciar la proximidad de una revolución con sus catástrofes y sus glorias.

La nación estaba huérfana de gobierno y en las manos poderosas de un invasor que aunque seguía aparentando el carácter de aliado, daba á entender con muchos de sus actos su propósito de cambiar la dinastía reinante y acabar con la independencia de España.

Fernando VII llevado de aquella ciega confianza de que ya hablamos, había abandonado la nación para correr á Bayona á entregarse al tirano de Europa, dejando encargado el gobierno de España á una junta de ministros presidida por el infante don Antonio Pascual, cuyas atribuciones en tan difíciles circunstancias eran por demás limitadas, y cuya ineficacia hacía mayor la timidez pusilánime de los individuos que la componían.

El pueblo se mostraba cada vez más intranquilo y receloso, pues por momentos adquiría la certeza de lo triste de su situación.

Continuamente veía pasar por las calles de sus ciudades y pueblos, aque-

llas brillantes legiones francesas vencedoras en tantas batallas y contra tan fuertes naciones, y al contemplar el poder y el tremendo aspecto de fuerza del invasor, cuyas intenciones eran cada vez más sospechosas, miraba á su alrededor para ver con que podría oponerse la nación á los ejércitos del emperador y se encontraba abandonado y solo, con la dinastía establecida en Bayona de donde llegaban á cada punto las noticias más contradictorias, sin ejércitos casi que oponer ante tan experimentados guerreros, sin armas á que echar mano en el momento de una revolución, y lo que era peor, regido por una Junta de Gobierno compuesta de imbéciles y de cobardes que no tenían el menor asomo de dignidad ni el más pequeño rasgo de independencia y que se plegaban pacientemente á todas las exigencias de Murat que siguiendo las instrucciones del emperador, iba sacando poco á poco de España todas las personas de la real familia que pudieran servir al pueblo de esperanza para sostener en el trono á los Borbones.

Los españoles estaban abandonados y completamente á merced del invasor.

El pueblo, con ese buen sentido que le caracteriza, comprendió antes que Fernando y sus cortesanos que intenciones guiaban á los franceses al hacer su entrada en España y á los que al principio consideró como fieles aliados y amigos que venían á ayudar la voluntad nacional arrojando del trono á Carlos IV y colocando en él á su hijo, los miraba ahora bajo su verdadero aspecto, ó sea como huéspedes molestos que no tardarían en convertirse en invasores y enemigos de España.

El descontento de los españoles y la enemistad y antipatía con que miraban á los franceses iban en aumento, y continuamente ocurrían sucesos que eran como los chispazos anunciadores de la próxima revolución.

A cada momento se originaban en las calles de Madrid sangrientas colisiones entre españoles y franceses, y en algunas provincias, el pueblo se amotinaba contra los extranjeros demostrando así cual era el concepto en que éste tenía á los soldados del emperador.

En Burgos por la simple detención de un correo español llevada á cabo por los franceses, se amotinó el vecindario, se dieron gritos de ¡viva España! y se insultó á los invasores, terminando la sublevación con una descarga que las tropas imperiales hicieron sobre las masas inermes é indefensas y que produjo la muerte de muchos inocentes.

En Toledo, la proximidad de las tropas mandadas por el general Dupont y que Murat envió para acabar de cerrar á Madrid en un círculo de hierro, produjo gran excitación en el pueblo, excitación que aumentó mucho más cuando corrió la voz por la ciudad de que un ayudante del general francés que acababa de llegar

para prepararle alojamiento, había dicho á muchos que el emperador jamás reconocería por rey de España á Fernando VII y que el único monarca legítimo era para los franceses Carlos IV, á quien no tardarían mucho en restablecer en el trono.

El pueblo acudió mal armado, pero rebosante de entusiasmo á la plaza de Zacodover, y desde allí paseó sobre una bandera por toda la ciudad el retrato del idolatrado Fernando á quien dieron innumerables vivas y ante el cual hacían arrodillar á cuantos encontraban al paso.

Las consecuencias del tumulto fueron el incendio y saqueo de las casas de algunos que pasaban por afectos á Godoy y á los franceses y el peligro de muerte en que se vieron el ayudante de Dupont y su escolta, peligro que se evitó gracias á las exhortaciones de algunos vecinos influyentes que no querían derramamientos de sangre.

La llegada del ejército de Dupont y la prudencia de éste, fueron causa de que aquel conato de sublevación quedara sofocado.

Otro suceso había ocurrido antes en Madrid, que hace ver la tensión á que se hallaba sometido el espíritu de los españoles y los dispuestos que estaban á amotinarse contra los franceses.

El dueño de una imprenta se presentó ante el Consejo de Castilla, corporación que era la que mayormente gozaba de las simpatías de los patriotas por haberse opuesto con alguna firmeza á Murat cuando exigía la excarcelación de Godoy, y manifestó que dos franceses le habían llevado para que lo imprimiera un documento que decían era la protesta de Carlos IV, sobre su abdicación de Aranjuez.

El impresor dió también á otros la noticia que rápidamente se extendió por Madrid con esa velocidad únicamente conocida en los períodos de excitación pública, y el pueblo se amotinó á las puertas de la imprenta, para matar á los dos franceses á quienes tenían por impostores. Un alcalde de casa y corte penetró en el establecimiento encontrando á los dos hombres ocupados en la corrección de las pruebas del documento y aunque al principio quiso llevarlos presos, cambió pronto de propósito cuando éstos le manifestaron que eran agentes del general Grouchy, gobernador de Madrid, y que estaban allí cumpliendo una misión que les había encomendado su jefe.

El alcalde temeroso de grandes responsabilidades comunicó la noticia al Consejo, éste lo hizo saber á la Junta de Gobierno y la corporación llevada del tremendo miedo que tenía á Murat el Gran Duque de Berg, mandó poner en libertad á los dos franceses tomando medidas para que el pueblo no los incomodara.

La opinión del país en vista de tales sucesos era, que no tardaría en llegar el instante del rompimiento y ante esta espectativa en muchas provincias

se preparaba el pueblo para la lucha proveyéndose de armas.

En tanto la autoridad suprema de España ó sea la Junta de Gobierno, seguía cometiendo toda clase de bajezas y cobardías, siempre con el temor de indisponerse con Murat.

Así como accedió á la libertad de Godoy, medida que rechazaba todo el pueblo español, acató también los mandatos del generalísimo francés que quería trasladar á Francia á la ex-reina de Etruria y á los infantes don Antonio Pascual y don Francisco, para tener de este modo prisionera en Bayona á toda la familia real, y por si esto no fuera bastante, contestó humildemente á las comunicaciones destempladas y amenazantes que la dirigió el Duque de Berg pidiendo satisfacciones por los sucesos acaecidos en Burgos y en la imprenta de Madrid cuando realmente los franceses eran los que debían dárselas á España por la falsía y el desacato con que procedían.

Aquellos sujetos que componían la Junta, deben figurar en la historia patria entre los españoles despreciables por su vileza y cobardía; pero en aquella ocasión todavía no podían ser tachados de traidores porque al proceder así, no hacían más que obedecer las órdenes de sus soberanos.

Los traidores á su patria estaban entonces en Bayona y eran Fernando VII que no vacilaba en doblegarse á todas las exigencias de Napoleón echando en olvido los sagrados intereses nacionales y su padre Carlos IV que renunciaba su corona en un hombre á quien jamás debía acatar ni querer España.

La Junta de Gobierno, en vista de las continuas exigencias de Murat y de las pérfidas intenciones que en él se iban notando cada vez más, envió á Bayona dos agentes de los cuales á pesar de ir disfrazados, solo uno, don Evaristo Pérez de Castro, consiguió pasar la frontera y llegar al lugar de su destino. Dichos agentes eran portadores de las siguientes preguntas que la Junta hacía á Fernando VII. 1.ª Si convenía autorizar á la Junta á sustituirse en caso necesario en otras personas las que S. M. designase para que se trasladasen á paraje en que pudiesen obrar con libertad siempre que la Junta llegase á carecer de ella. 2.ª Si era la voluntad de S. M. que empezasen las hostilidades, el modo y tiempo de ponerlas en ejecución. 3.ª Si debía ya impedirse la entrada de nuevas tropas francesas en España, cerrando los pasos de la frontera. 4.ª Si S. M. juzgaba conducente que se convocasen las Cortes dirigiendo su real decreto al Consejo y en defecto de este (por ser posible que al llegar la respuesta de S. M. no estuviera ya en libertad de obrar), á cualquiera chancillería ó audiencia del reino.

En estas preguntas como se ve, aquella Junta irresoluta y tímida, pedía poderes al soberano para llevar á cabo lo que ya debía haber hecho tiempo antes aconsejada por el patrio-

tismo y la dignidad; pero indudablemente aquellos hombres no tenían deseos de ponerse enfrente de los invasores y para persistir en tal conducta nada encontraban tan fácil que pedir órdenes al hombre que allá en Bayona todavía se portaba peor que ellos y deshonraba más á España.

El 29 de Abril llegó á Madrid después de largas marchas y no menores rodeos por no tropezar con los enemigos de la patria, el oidor de la Audiencia de Pamplona D. Justo Ibarnavarro como emisario de Fernando, el cual manifestó á la Junta de Gobierno, de real orden «que el emperador de los franceses quería exigir imperiosamente del rey don Fernando VII, que renunciase por sí y nombre de toda la familia Borbónica el trono de España y todos sus dominios en favor del mismo emperador y su dinastía, prometiéndole en cambio el reino de Etruria y que la comitiva que acompañaba á S. M. hiciese igual renuncia en su representación del pueblo español y que el joven soberano estaba dispuesto á morir antes que acceder á tan inícua renuncia.»

Al mismo tiempo, dijo, que el ministro de Estado, Cevallos, que acompañaba á Fernando en Bayona, le había manifestado podía poner en conocimiento de la Junta que la voluntad del rey y su comitiva es que no se hiciera nada contra los franceses, pues de lo contrario se irrogarían grandes males á Fernando y los cortesanos que estaban en poder del emperador.

Esta última declaración demuestra claramente hasta dónde llegaba la cobardía de los hombres que estaban en Bayona, los cuales deseaban que la nación permaneciera quieta ante el invasor, por el peligro que á sus vidas pudiera acarrearles las manifestaciones hostiles de ésta.

A pesar de lo contradictorios que eran aquellos encargos y que venían en cierto modo á poner á salvo la responsabilidad de la Junta empeñada en no hacer nada por la patria, dicha corporación á instancias de algunos buenos españoles que no podían ver con calma las desventuras de la nación, había tomado un acuerdo que indicaba estar dispuesta á reparar sus anteriores desaciertos.

A propuesta del bailío Gil y Lemus ministro de Marina, á quien aconsejaba y prestaba energía la reunión de patriotas formada en casa de su sobrino D. Felipe Gil y Taboada, acordó la Junta de Gobierno nombrar otra con idénticas atribuciones que la sustituyera, por si llegaba el caso de ser disuelta por los franceses ó de no poder tomar acuerdos, libre de la coacción de estos.

Como dicha Junta suplente sólo debía funcionar en el caso de declarada la guerra contra los invasores, predominaba en ella el elemento militar, siendo los elegidos el conde de Ezpeleta, capitán general de Cataluña, como Presidente; D. Gregorio García de la Cuesta, capitán general de Castilla la Vieja; el teniente general don

Antonio de Escaño; el eminente don Gaspar Melchor de Jovellanos; don Felipe Gil Taboada como vocales y don Damian de la Santa en concepto de secretario. Como el ilustre Jovellanos no había llegado todavía de Mallorca á donde fué deportado por orden de Godoy, nombróse para sustituirle en su ausencia á D. Juan Pérez Villamil, acordándose además que la reunión de la Junta debía verificarse en Zaragoza.

Esta decisión de la Junta de Gobierno aunque algo tardía, la honraba tanto como después la desprestigió el no cumplirla á pesar de que así lo exigían las circunstancias.

En tanto que se ocupaba en estas cosas la primera autoridad de España, la tirantez entre españoles y franceses se iba haciendo cada vez mayor y todo parecía indicar que era llegado el momento de que estallase una revolución tremenda.

En Madrid especialmente era donde más se notaban los síntomas anunciadores de una gran conmoción; el pueblo acogía con gestos de desagrado todos cuantos actos veía realizar á los invasores, y no pasaba noche que las autoridades no tuvieran que intervenir en alguna colisión entre españoles y franceses.

El duque de Berg, carácter impetuoso, dominante y fantástico, y el pueblo de Madrid, valiente, despreocupado y burlón, se había empeñado en una lucha sorda y continua. El primero quería atemorizar á los madrileños con las brillantes revistas que llevaba á cabo con gran frecuencia para demostrar el poderío de las armas francesas; pero su empeño era vano, pues aquellas legiones que tanta gloria habían alcanzado combatiendo con los primeros pueblos de Europa, eran acogidas al desfilar por las calles de Madrid con risas comprimidas y gestos de desprecio..

Murat, por más que se esforzaba y repetía las paradas y revistas, no podía lograr que los escuadrones de la guardia imperial con sus gigantescos morriones de pelo, los mamelucos con su aspecto fiero y salvaje, y la guardia de infantería que marchando semejaba movible muralla de hierro, impusieran respeto y causaran miedo á aquella multitud confiada y fisgona que con sus cachiporras y navajas parecía desafiar á tan poderoso ejército.

La audacia y el arrojo de aquel guerrero, para quien tan fácil era en los campos de batalla deshacer al frente de sus escuadrones los más compactos cuadros, se estrellaban contra el valor impasible de un pueblo, en el que jamás habían causado mella las amenazas ni atemorizado los aparatos de fuerza.

En Madrid ocurrían entonces, todos esos mil incidentes y detalles que denotan la proximidad de una explosión popular. Si Murat publicaba en la *Gaceta* alguna noticia que tenía por objeto amedrantar al pueblo, demostrando el respeto y el miedo que toda Europa tenía al Emperador, inmedia-

tamente aparecían en las esquinas papeles manuscritos, en los que se le trataba de embustero y falsario y se incitaba á los españoles destruir á los invasores; y continuamente se reunía en la casa de Correos un numeroso y abigarrado concurso que comentaba cuantas noticias llegaban de Francia, y acababa por estallar en denuestos y amenazas contra aquellos ejércitos extranjeros que entrando como huéspedes, iban ya tomando el carácter de dominadores.

El generalísimo del ejército francés en España, empeñado como antes hemos dicho, en la original lucha de querer atemorizar al pueblo, se desesperaba al no poder lograr su objeto, y descargaba todo su encono contra los individuos de la Junta, que eran los únicos que le temían.

El último día de Abril entregó al infante D. Antonio Pascual presidente de la Junta, una carta de su hermano Carlos IV, en la que éste le ordenaba que hiciese partir para Bayona á sus hijos la reina de Etruria y el infante D. Francisco de Paula.

La Junta que de pocos días antes parecía haber cobrado alguna energía é independencia, contestó á Murat que no podía oponerse á la marcha de la reina de Etruria, pues ésta por su edad y estado, tenia libertad para marchar á donde fuera de su gusto, pero que no dejaría partir al infante don Francisco, niño de trece años, sin un mandato expreso de su padre dirigido á ella.

Pero esta decisión de la Junta no fué sustentada con firmeza ni por mucho tiempo.

Un incidente ocurrido el día siguiente, 1.° de Mayo, fué causa de que el duque de Berg se extremara en sus peticiones y la Junta volviera á su antigua flaqueza.

Dicho día era domingo, y como de costumbre, Murat celebró al salir de misa, una aparatosa revista militar en el Prado. Al volver de ella y atravesar seguido de su brillante estado mayor la Puerta del Sol, repleta en aquel momento de gente del pueblo á quien iba fastidiando tan continua exhibición de fuerza, fué saludado con una estrepitosa silba, que en aquel general tan enfatuado de su renombre y de tan irritable amor propio debió causar más impresión que el estruendo de una batalla.

Murat recibió con aparenta calma la desagradable demostración popular, pero aquel mismo día por la tarde dió rienda suelta á su enojo, manifestando á la Junta que estaba dispuesto á hacer partir á la mañana siguiente al infante don Francisco para Bayona, y que si ella se oponía sabría cumplir su propósito por la fuerza.

Aquella corporación de seres débiles, no solo dejó de contestar tan arrogante manifestación tal como merecía, sino que después de una enmarañada discusión, acabó por acordar el reprimir con las pocas tropas españoles que tenía á sus órdenes, cualquier movimiento del pueblo que

tendiera á impedir la marcha del infante.

El gobierno de España al obrar así se dejaba llevar más por las consecuencias del cálculo que por los arrebatos del corazón. El miedo hacía prudentes á aquellos hombres que en tal ocasión debían ser atrevidos, y les obligaba á calcular las fuerzas del enemigo, cuando sólo debían pararse á considerar que la patria estaba en peligro y que la opinión de todo el pueblo español era que debía romperse cuanto antes con aquellos miserables que llamándose aliados, se habían introducido hipócritamente en el territorio nacional, para acabar presentándose como invasores.

Es verdad que Murat había sabido tomar bien sus medidas y que tenía la capital rodeada por todas partes de brillantes y aguerridas tropas que podían sofocar inmediatamente todo movimiento.

La célebre guardia imperial de á pié y de á caballo ocupaba el centro de Madrid; el Buen Retiro estaba lleno de piezas de artillería prontas á acudir á cualquier punto; la casa de Campo, el convento de San Bernardino y los pueblos cercanos de Chamartín, Fuencarral y Pozuelo, servían de alojamiento á la división de Moncey; fuerzas todas que sumaban la imponente masa de veinticinco mil hombres sin contar la numerosa división mandada por Dupont que ocupaba el Escorial, Aranjuez y Toledo.

Para oponerse á fuerzas tan poderosas, el gobierno español no tenía en Madrid más que tres mil soldados, y esta escasez de medios de defensa, es lo que obligaba más á aquella Junta á extremarse en su cobardía y debilidad, porque al igual de todas las autoridades que emanaban de la monarquía absoluta, sólo confiaba en el esfuerzo de los hombres uniformados, de los soldados de profesión y despreciaba al pueblo creyéndole incapaz de poder resistir á los que habían paseado sus banderas por toda Europa.

La silba de la Puerta del Sol, las continuas riñas entre franceses y españoles y las sediciones de Toledo y Burgos, eran para los representantes de Fernando VII hechos sin importación, que demostraban una agitación popular que á lo más podría servir para promover motines pero que jamás produciría una resistencia formal contra el invasor.

Murat persistiendo en sus propósitos de enviar á Bayona los últimos restos de la familia real, señaló para verificarse la partida el día 2 de Mayo, fecha desde entonces memorable en nuestra historia en la cual el heroismo tejió una nueva corona de gloria para España y en la que da principio el verdadero período de la Revolución española.

El pueblo de Madrid se levantó aquel día poseído de esa agitación febril que jamás se desvanece sin antes haber producido algo de gran trascendencia, y agitación que aumentaba

más la falta consecutiva de dos correos de Francia.

Ese conductor misterioso que como antes dijimos, existe en todas las revoluciones y que tan rápidamente hace circular las noticias, funcionó aquel día con gran actividad y en las primeras horas de la mañana fué conocida en todo Madrid la próxima partida de los infantes.

Para el pueblo no eran ya desde muchos días antes un misterio los designios de Napoleón y su lugarteniente en España. El comprendía que se llevaban á la familia real entera á Bayona, para desde allí hacer que renunciaran al gobierno de la nación perdiendo ésta su independencia y veía claramente la necesidad de protestar con la energía y el valor propio de los españoles, ya que la Junta de Gobierno no sabía hacerlo.

Los vecinos de Madrid, no miraban en aquella ocasión en los seres que Murat poco á poco y valiéndose de distintos medios enviaba á Francia, á individuos de la familia real que se ausentaban, sino la imagen de la patria que se marchaba por siempre para ser pisoteada por el tirano de Europa.

Había que oponerse á aquella ausencia obligada por la fuerza, y el pueblo se opuso.

Desde muy temprano comenzaron á llegar á la plaza del Palacio numerosos grupos que comentaban con calor la mayor ó menor certeza de la partida de los infantes. Una vez llegaban allí, las dudas desaparecían al ver á las puertas del regio edificio tres coches de viaje preparados á marchar y que los mismos servidores del Palacio designaban como para la próxima partida de los infantes.

La masa popular iba por instantes creciendo y aquella aglomeración confusa y rara de hombres, mujeres, niños y ancianos, se arremolinaba junto á los tres carruajes y en sus semblantes foscos se manifestaba el deseo de oponerse á tal partida.

El pueblo tenía todavía sus dudas. Comprendía que dos de los carruajes eran para los dos hijos de Carlos IV, la reina de Etruria y el infante don Francisco; pero el destino del tercero le era ignorado hasta que personas bien enteradas le hicieron saber que serviría para el infante don Antonio Pascual el presidente de la Junta de Gobierno.

Esta noticia acabó de embravecer al pueblo y especialmente á las mujeres que derramaban lágrimas y daban alaridos al saber que don Francisco, aquel niño de trece años, lloraba arriba porque no quería partir.

Indudablemente, el heroico movimiento del 2 de Mayo debe su sér en gran parte á las mujeres cuyo corazón de madre se enterneció ante el espectáculo de un niño á quien obligaban á marchar contra su voluntad, y este mismo enternecimiento fué el que obrando sobre el padre, el esposo y el amante, produjeron aquel sublime furor de que se hallaban poseídos todos

los que tomaron parte en tan sublime tragedia.

La reina de Etruria se presentó á las nueve de la mañana en las puertas del Palacio con sus hijos y subió en uno de los carruajes. No resuena el menor grito de protesta y todas la ven marchar con indiferencia porque la consideran como una princesa extranjera y poco afecta á España, tanto por su antigua amistad con Napoleón, como por sus secretas relaciones con el odiado Murat.

Que no vuelva más si no quiere,—se dice el pueblo que llena la plaza,—pero lo que es los otros, no consentimos que se vayan.

Aquellos dos infantes que por su poca edad el uno y el otro por su cortedad de entendimiento jamás se habían mezclado en los negocios públicos, no tenían por qué ser odiados del pueblo y la coacción violenta de que en aquellos instantes eran objeto, les circuía de la aureola del martirio que tanta veneración atrae.

En el momento que la indignación popular llegaba á su período más álgido, en que se proferían algunos gritos aislados de protesta y en que todo aquel mar de cabezas se agitaba con la fiebre revolucionaria, se presentó en la plaza el ayudante de Murat, Mr. Augusto Lagrange que llegaba mandado por su superior para informarse de la actitud del pueblo y de si se hallaba dispuesto á la sublevación.

Este cree que aquel oficial viene á apresurar la partida de los infantes de orden de su general, y le rodea, le acosa por todas partes, le desmonta del caballo y encontrando en él una víctima en quien desahogar su indignación se dispone á darle muerte, lo que hubiera indudablemente sucedido á no ser por el auxilio generoso del oficial de guardias walones D. Miguel Desmaisieres y Flores, que se abrazó á él para escudarle con su cuerpo de los chuzos y navajas con que se le amenazaba y por la intervención de una patrulla francesa que logró con gran trabajo sacar al edecán de entre las revueltas masas populares.

Apenas terminada esta escena, la muchedumbre volvió á agitarse con la noticia de que los infantes bajaban la escalera para ocupar los coches y partir. En aquel momento la indignación popular llegó al colmo. Una mujer grita lastimeramente: *¡que nos los llevan!* y esta lamentación recordando á todos el desamparo de gobierno en que iba á quedar la nación completamente á merced del invasor, hace que los hombres se arrogen sobre los carruajes, corten los correajes, espanten el ganado, se interpongan entre aquéllos y la puerta del Palacio para impedir que los infantes se entreguen á la escolta y verifiquen todo esto entre gritos, maldiciones y amenazas contra los franceses.

De repente suena una espantosa descarga y caen á tierra muchos de los que ocupaban la plaza, siendo la

mayor parte de los heridos y muertos los que por estar alejados de las puertas del Palacio, menos parte activa tomaban en aquel principio de insurrección.

En un extremo de la plaza acababan de aparecer fuerzas francesas. Eran el batallón piquete de Murat y dos piezas de artillería que el Gran Duque, cuyo domicilio estaba próximo á la plaza, acababa de enviar para que sofocasen el naciente movimiento.

Allí vinieron al suelo para revolcarse en el fango de la iniquidad las águilas francesas, allí se deshonró el uniforme francés que tantas glorias había alcanzado luchando frente á frente en los campos de batalla, y aquellos que hasta entonces habían sido soldados del guerrero imperio, se convirtieron en crueles bandidos al hacer fuego sobre una multitud desarmada en su mayor parte, y que constaba en más de una mitad de mujeres y chiquillos sin antes avisarla de su presencia, ni intimarla á disolverse como la humanidad y la costumbre lo ordena y la superioridad de fuerza lo previene.

Una guerra que comenzaba con un acto tan vandálico y miserable, necesariamente debía acabar mal para los que tan villanamente la provocaban.

Los subordinados del emperador seguían desconociendo el verdadero espíritu de nuestro pueblo, y juzgando por otros más débiles á quienes fácilmente habían sojuzgado, creyeron amedrantarle por medio de un acto cruel y brutal.

Pronto conocieron su engaño. Aquella muchedumbre huyó, pero no como un pueblo cobarde con las lágrimas en los ojos y el pavor en el pecho para esconderse inmediatamente en sus hogares, sino dando rujidos de furor é indignación para buscar las armas que le faltaban y hacer de cada calle un campo de batalla.

En toda la ciudad resuena el mágico grito de *¡á las armas!*; unos enardecen á los vecinos que ignoran lo sucedido en la plaza del Palacio, otros al hacer la relación de tan gran infamia para que la indignación sea mayor, enseñan sus vestidos salpicados con la sangre de las víctimas; bandas de mujeres y muchachos corren las calles gritando con voz ronca: *¡guerra á los traidores!* y de las casas salen jóvenes, ancianos, chicuelos y mujeres, que empuñan las armas propias de las conmociones populares surgidas espontáneamente, el trabuco, la pistola, el chuzo, el sable, la escopeta ó el garrote y con el deseo de venganza impreso en el rostro, corren todos al centro de la ciudad á la Puerta del Sol y en su camino hasta dicho punto, exterminan á cuantos franceses encuentran á su paso y se les resisten, demostrando en aquella ocasión á donde llega la caballerosidad española hasta en los momentos de más furiosa ofuscación, pues perdonaron á los que encontraba desarmados en sus aloja-

mientos ó á los que se rendían sin oponer resistencia.

Unicamente los mamelucos, aquellos soldados por su fiereza tan queridos de Napoleon, fueron los que no alcanzaron misericordia, pues como muy bien dice el general Foy en una de sus obras, el español de entonces tan entusiasta por la independencia de su patria como fanático por su religión, comprendía que al matar uno de aquellos soldados hacía desaparecer juntos al francés y al musulmán.

Aquella muchedumbre que bulliciosa y amenazante llenaba la Puerta del Sol y las inmediatas calles Mayor, de la Montera, Alcalá, Carrera de San Jerónimo y Carretas se defendió valiente de las masas de infantería y caballería que intentaban disolverla á tiros y á sablazos é hizo retroceder á los franceses tantas veces como la atacaron.

Allí no había jefes ni dirección alguna; cada español era soldado y general á un tiempo y la revolución se manifestaba en aquellos instantes de furia, con toda su sublime grandeza.

El pueblo luchaba derramando su sangre en pró de la patria, y á su lado no veía ni un general conocido, ni tan siquiera un individuo de la Junta de Gobierno.

Era el populacho, era la canalla como mil veces se ha llamado al heróico pueblo, el que en aquellos instantes representaba el honor patrio y la dignidad española; los generales conocidos, los grandes de España y los hombres de Estado que tan sagrados deberes tenían que cumplir, estaban encerrados en sus palacios temblando á cada descarga y haciendo votos para que fuesen derrotados sus compatriotas y triunfasen los franceses, y si alguna señal daban de existencia, era solamente para encargar á las tropas españolas que no salieran de los cuarteles y aun si era necesario que reprimieran el movimiento popular.

Si el pueblo no hubiera estado solo en aquella sangrienta jornada, si hubiera sido ayudado por los elementos de fuerza de la nación, y combatido junto con los tres mil soldados españoles de la guarnición de Madrid llevando á su frente oficiales veteranos y algunos generales entendidos, es muy posible que aquello que fué honrosa hecatombe y gloriosa derrota, se hubiera transformado en una victoria sin ejemplo en el mundo y que cambiara por completo el principio de la guerra contra el Emperador.

Si cuando el pueblo hizo retroceder desbandadas y maltrechas las fuertes columnas que intentaban penetrar en la Puerta del Sol hubiera tenido á su frente un militar de capacidad que, cambiando la actitud defensiva en ofensiva, se lanzara contra los enemigos, es seguro que gran parte de la artillería francesa hubiera caído en sus manos y que Murat, con su ejército derrotado habría tenido que evacuar Madrid.

Por desgracia los dos hombres heroicos cuyos nombres van unidos á aquella gloriosa fecha, tardaron todavía una hora en aparecer, ó sea cuando los enemigos de la patria habían ya formado su plan de ataque y los españoles tenían perdidas sus primeras ventajas.

Si los dos artilleros que tan glorioso fin alcanzaron en la defensa del Parque hubieran aparecido en el combate de la Puerta del Sol, otros hubieran sido los resultados del 2 de Mayo.

Mientras el pueblo permanecía inactivo en los puntos antes citados, celebrando con vivas y aclamaciones la derrota de los franceses y sus vergonzosas retiradas, Murat enterado de que los fuegos de la infantería y las cargas de caballería nada podían sobre aquel heroico pueblo, hacía avanzar los cañones y colocar fuertes baterías en alguna de las calles confluentes en la Puerta del Sol.

Sonaron los primeros cañonazos; el pueblo intentó defenderse, pero contra aquel nuevo enemigo no había heroismo posible.

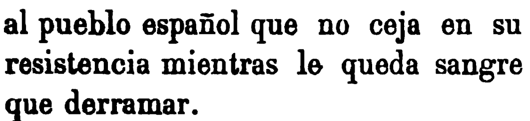
Aquella multitud, á pesar de estar armada en su parte más exigua con malas armas de fuego y en su mayoría con garrotes, chuzos y navajas, luchaba contenta y confiada con el infante y con el jinete, con aquel á quien podia agarrarse y luchar cuerpo á cuerpo, con el que presentaba un pecho donde poder hundir el arma; pero ante aquellos monstruos de bronce que cobardemente desde lejos vomitaban las granadas y la metralla, se sentía impotente y á causa de esto huyó en su mayor parte por las callejuelas cercanas, buscando puntos donde pudiera hacerse la lucha más igual por ambas partes y donde la artillería no hiciera sentir su brutal supremacia.

A pesar de esta justa consideración, todavía queda allí en pié la intrepidez y la desesperación, y permanecen firmes algunos grupos de hombres casi desarmados, que con palos y armas blancas, luchan contra el cañón que les escupe la muerte desde lejos y con las masas de mamelucos y lanceros polacos que los acosan y los destruyen.

La navaja lucha con la lanza y el cañón, y á pesar de desproporción tan gigantesca, el combate continúa hasta que el último de aquellos mártires de la patria rueda por el suelo.

Cuadro horrible fué el que en aquella mañana presentó la Puerta del Sol y aun contribuyó á hacerlo más terrorífico, el que después de disparar el último cañonazo, los vencedores se dedicaran á rematar con sus lanzas los heridos y con el pretexto de que de muchas casas se les habia hecho fuego forzaran sus puertas, las saquearan y terminaran fusilando á todos los moradores varones que en ellas encontraron, á la vista misma de sus familias que imploraban perdón transidas de dolor.

Los franceses creyeron en una definitiva victoria después del vergonzoso triunfo de la Puerta del Sol; pero al pensar así demostraban no conocer



al pueblo español que no ceja en su resistencia mientras le queda sangre que derramar.

Dando alaridos de venganza huyó del centro de la ciudad, pero fué para dirigirse al Parque de artillería, situado en el barrio de Maravillas, con el propósito de sacar los cañones que en él estaban guardados y hacer de este modo más igual la lucha con los franceses.

Antes de llegar á tal punto, algunos grupos se dirigieron á los cuarteles y desde la calle increparon á los soldados españoles para que salieran á prestarles ayuda; pero como estos estaban imposibilitados de hacerlo por la oposición de sus jefes, muchos de ellos en un arranque de entereza arrojaron por las ventanas sus fusiles y cartucheras á los paisanos, consolándose con la idea de que ya que no sus brazos, sus armas servirían para defender á la patria.

Al dirigirse al Parque ya no iba el pueblo solo y completamente entregado á sus inspiraciones, iba á su frente alguien á quien todos obedecían inconscientemente y que arengando comunicaba á cuantos le rodeaban el ardor patrio que inflamaba su corazón.

¿Quién era aquel oficial de severo uniforme y rostro enérgico y varonilmente hermoso, que con el fusil al brazo marchaba al frente del pueblo y á quien todos parecían respetar como á jefe?

Era D. Pedro Velarde, capitán de artillería que á pesar de sus pocos años, había logrado conquistarse un nombre en el ejército, tanto por sus cualidades de caballero y oficial valiente, como por los vastos conocimientos científicos que poseía.

Bonaparte, había sido uno de los hombres que más atrajeron su atención cuando se mostraba grande y magnánimo y vencía á sus enemigos frente á frente en el campo de batalla; pero cuando Godoy le envió en comisión, antes de los sucesos de Aranjuez, para que recibiera á Murat á su entrada en España y tuvo algún roce con éste, fué de los primeros en comprender las ocultas intenciones que guiaban al gobierno francés, y desde entonces todo su afecto al Emperador se convirtió en odio.

Al volver de su comisión á Madrid ocupó otra vez su plaza de secretario de la Junta superior y económica del Cuerpo de Artillería, y si bien expuso muchas veces al general Ofarril, ministro de la Guerra, sus temores sobre la conducta futura de los franceses, sus manifestaciones fueron acogidas con frialdad como producto de una imaginación fogosa y de un interés patrio excesivo.

Al mismo tiempo que Velarde experimentaba este desvío de parte del gobierno de sus país, el general en jefe francés conociendo sus méritos y valía, intentaba atraérselo por mil medios. Murat le convidó dos veces á comer con el propósito de arrancarle en la sobremesa importantes detalles so-

bre el estado de las plazas fuertes y la artillería española, y para ello le hizo las más brillantes proposiciones y le tentó con un porvenir de honores y encumbramientos; pero el joven oficial desechó tales seducciones, contestándolas con la energía y la entereza propias de su alma grande.

Cuando Velarde en la mañana del 2 de Mayo pasaba por la calle Ancha de San Bernardo con dirección á las oficinas de la Junta de artillería, situadas en la misma calle, al ver aquellos grupos que se dirigían con aire preocupado y amenazador á la plaza del Palacio para impedir la marcha de los infantes, conoció que el pueblo de Madrid estaba próximo á la revolución, é identificado con las aspiraciones de aquella muchedumbre, se sintió poseído del entusiasmo patrio y comprendió que era necesario hacer algo por aquellos que tan heroicamente iban á desafiar el terrible poder de los franceses.

Preocupado y sombrío entró en la oficina, se sentó á su mesa y quiso dedicarse á su trabajo habitual; pero su ánimo estaba distraido, su imaginación le llevaba á donde estaba el pueblo y cansado de borronear inútilmente papeles, se levantó y dirigiéndose á un comandante que ocupaba la mesa inmediata y era individuo de la Junta, le dijo con resolución:

—Mi Comandante, es preciso batirnos por la patria. Vamos á batirnos.

El jefe trató de disuadirle alegando las circunstancias y las presentes razones de conveniencia; pero el fogoso joven no atendía á tales indicaciones, y únicamente contestaba con la energía del héroe á todas las objeciones:

—Es preciso morir por la Patria.

En aquel momento llegaron hasta la oficina los ecos de las descargas de fusilería. El pueblo se estaba batiendo ya y Velarde preso de ese temblor nervioso que produce el entusiasmo, tomó un fusil y miró á su alrededor, como incitando á sus compañeros de oficina á que le siguieran. Un escribiente y un ordenanza se unieron á él, y los tres salieron á la calle despreciando la disciplina militar con que los demás pretendían atemorizarles, y dispuestos á hacer toda clase de sacrificios por la patria.

Velarde se dirigió al cuartel de los Voluntarios del Estado, y una vez en el patio, prorumpió en entusiastas vivas á España y á Fernando VII. Los soldados entusiasmados por las patrióticas palabras de aquel valeroso capitán, quisieron todos seguirle; pero el coronel que como otros muchos jefes en aquellas circunstancias sólo atendía á la ordenanza, se opuso firmemente á la salida del batallón.

El entusiasta Velarde apeló á todos los medios para convencerle; habló con elocuencia del deber de morir por la patria, suplicó en nombre de ella pintando el peligro en que se hallaba, y por fin el coronel accediendo á sus instancias y algo impresionado por sus acentos, consintió en dejar salir la

tercera compañía del segundo batallón con su oficialidad, fuerza tan reducida que apenas si llegaban á cuarenta hombres.

Puesto al frente de ella y viéndola engrosada á cada momento por los grupos populares que en el camino se le unian, se dirigió Velarde al parque de Artillería cuyos alrededores estaban ocupados por una gran multitud que pedía á gritos se le dejara entrar en el edificio para proveerse de armas.

Estaba guardado el Parque por ochenta franceses y catorce artilleros españoles al mando del capitán don Luis Daoiz, quien obediente á la orden circulada por la Junta de Gobierno y el capitán general D. Francisco Javier Negrete mandando permanecieran las tropas encerradas en sus cuarteles y reprimieran todo movimiento popular, no atendía á los clamores de los sublevados y estaba dispuesto á rechazarlos si es que intentaban penetrar por fuerza en el edificio.

Al llegar Velarde y enterarse de lo que allí sucedía, llamó á la cerrada puerta y conociéndole Daoiz por la voz, le dejó entrar seguido del teniente D. Jacinto Ruiz que pertenecía á la fuerza de Voluntarios del Estado.

Velarde, sin atender á las indicaciones de su compañero de armas, intimó la rendición al comandante francés y sus ochenta soldados. Estos opusieron alguna resistencia, pero Velarde les enseñó la muchedumbre embravecida que rodeaba el Parque y á su vista los extranjeros entregaron las armas y se dejaron encerrar en una cochera.

No por esto quedaba el Parque en poder del pueblo de Madrid. Daoiz seguía obediente á las órdenes de sus superiores y oponiéndose por tanto á que en el edificio entrara ni uno solo de los sublevados. Había dejado obrar á su compañero Velarde con los franceses por un rasgo de condescendencia, pero no estaba dispuesto á que éste siguiera adelante y así se lo manifestó con energía.

Entablóse un acalorado diálogo entre ambos oficiales, en presencia de los soldados que los dos mandaban.

Daoiz no parecía dispuesto á separarse de los deberes que le imponía la disciplina; pero la noticia falsa, aunque alarmante que se esparció rápidamente entre los grupos populares de que un cuartel español acababa de ser atacado por las tropas francesas, y la cierta de que una columna de estos avanzaba á paso de carga sobre el Parque, decidió al capitán de artillería por la causa de los patriotas y rasgando la orden del capitán general que tenía en las manos gritó:. ¡viva España! y ¡Viva Fernando VII! y abrazando á su joven compañero Velarde, juró con él heroicamente dar la vida por la patria.

Don Luis Daoiz tenía entonces cuarenta y un años y su historia militar era tan accidentada, como brillante y gloriosa. Había tomado parte en las defensas de Ceuta y Orán en las que

dió á conocer sus notables facultades como artillero y después se distinguió en la campaña contra la República francesa en una de cuyas batallas fué hecho prisionero.

Puesto en libertad al terminar la guerra, entró á servir en la artilleria de marina donde también se hizo admirar por su valor y sus conocimientos, empleándole muchas veces sus jefes como parlamentario con los enemigos, por la facilidad con que hablaba las lenguas francesa, inglesa, italiana y latina.

La vida accidentada y llena de peligros del mar y la continua batalla con los elementos, le habian dado ese valor frío y calmoso que parece patrimonio de los que viven en continua lucha con un poder superior al de los hombres.

Daoiz y Velarde eran dos héroes que se completaban mútuamente, formando un conjunto capaz de llevar á cabo las mayores heroicidades.

El uno era el cálculo, la previsión y la firmeza que preparan con calma la resistencia y la hacen invencible; el otro la fogosidad, el entusiasmo y la elocuencia; Daoiz era el monte gigantesco é inaccesible, Velarde el penacho de fuego, del volcán que llameaba en la cumbre.

En aquellos dos hombres, habian cualidades suficientes para llevar á cabo una defensa que cambiara de repente la faz de los sucesos, arrojando á los franceses de Madrid.

Si no lograron esto, si su acto sólo fué un heróico suicidio que produjo entusiasmos que se tradujeron más tarde en un levantamiento general, no fué culpa de ellos, sino de la debilidad del sitio en que llevaron á cabo la sublime defensa y de que salieron á defender á la patria demasiado tarde, cuando los franceses habian arrojado á los españoles del centro de Madrid, ó sea cuando ya se habian extinguido los primeros ímpetus del movimiento popular y vencida la primera resistencia, los invasores estaban apoderados de los puntos más estratégicos.

Si aquellas dos espadas en vez de brillar en el Parque, se hubieran desenvainado una hora antes en la Puerta del Sol, cuando el pueblo hacía huir á la desbandada á las columnas que iban á atacarle; si aquellas dos inteligencias hubieran dirigido á los patriotas haciéndoles tomar la ofensiva y no dejando que perdieran preciosos instantes celebrando con risas y algazara la primera huida de los franceses, otros hubieran sido los resultados de la jornada del 2 de Mayo.

Aun en el mismo Parque los sublevados contra el invasor, hubieran podido llevar á cabo una defensa más larga y costosa para el enemigo, á ser dicho edificio más fuerte y reunir mejores condiciones de resistencia.

El Parque que de militar solamente tenía el nombre, era un viejo caserón de paredes ruinosas, antigua propiedad del duque de Monteleón, rodeado de

una tapia débil, y cuyas ventanas y balcones no ofrecían mejores condiciones para la defensa que cualquiera casa particular.

La desorganización y la decadencia en que entonces estaba el ejército español se manifestó más que en ninguna parte en aquel lugar, pues en todo el Parque por más que se buscó sólo pudieron encontrarse diez cartuchos de cañón y muy escasas municiones de fusil.

Los dos hombres que estaban puestos á la cabeza del movimiento, organizaron la defensa rápidamente. Un grupo de paisanos y soldados tomaron las alturas del Parque haciendo huir á los franceses que ya estaban posesionados de ellas; las mujeres que en gran número formaban en las masas sublevadas, sacaron á brazo del edificio cinco cañones y colocaron dos enfilando á la calle de San Pedro desde el patio y con las puertas de éste cerradas y los artilleros que no quedaron destinados al servicio de dichas piezas, se ocuparon en fabricar cartuchos de cañón.

La pequeña compañía de Voluntarios del Estado en la que figuraba el bravo teniente Ruiz, oficial valeroso y entusiasta, digno compañero de los dos heroicos capitanes de artillería, se posesionó de las ventanas del Parque para desde allí hacer fuego á los enemigos, y el pueblo pertrechado con los fusiles de los ochenta franceces prisioneros, las armas que en los primeros instantes de la sublevación se pudo procurar y las que encontró en las casas, fué colocándose en las avenidas del edificio, en lo alto de las tapias y en todos los sitios que dejándose llevar de su instinto, juzgó favorables á la defensa.

Apenas los más habían cargado sus armas y circuladas las primeras órdenes para la resistencia, cuando apareció en la calle de San Pedro una fuerte columna francesa mandada por el general Lefranc.

Reinó un terrible silencio. Los españoles dejaron acercar con la mayor tranquilidad á los confiados enemigos con el fin de que sus descargas fueran más certeras y causaran mayor estrago en los franceses.

Daoiz y Velarde estaban en el patio inmóviles al pié de los dos cañones, tras las cerradas puertas, esperando el momento propicio para repeler con más éxito á los franceses.

Sobre aquéllas cayeron las hachas de los gastadores, que hicieron grandes esfuerzos para derribarlas, pero así que sonaron los primeros golpes, se dió la voz de ¡fuego! y retumbó una tremenda descarga cuyos estragos aumentaron los fracmentos del portón, que voló hecho pedazos junto con las balas de los cañones.

El efecto fué horrible; la calle quedó cubierta de cadáveres y los franceses huyeron acosados por los continuos disparos que los voluntarios y el pueblo hacían desde las alturas del Parque.

El espantoso desastre que dió por

resultado la primera acometida de los franceses, hizo conocer á Murat que allí había un terrible enemigo á quien tenía que vencer cuanto antes, sino quería correr el peligro de que la sublevación tomara más cuerpo y le obligara á evacuar Madrid.

Con objeto de apagar cuanto antes aquel temible foco de insurrección, envió á la división westfaliana mandada por el general Lagrange, apoyada por numerosas fuerzas de caballería y artillería.

En el tiempo transcurrido entre el primer ataque y el envío de nuevas fuerzas, los sitiados habían completado su sistema de defensa, cubriendo todos los puntos por donde fuera accesible la llegada de los enemigos. Habían colocado fuera del Parque dos cañones, uno en la parte más elevada de la calle de San José y otro en la calle Ancha de San Bernardo que en unión de la de San Pedro eran los tres puntos por donde podía llegarse á aquel caserón, que el valor de muchos héroes convirtió por algún tiempo en inexpugnable fortaleza.

A la primera aparición de las tropas de Lagrange, empezó un fuego espantoso y horrible que sin tregua duró más de tres horas.

Los cañones franceses disparaban metralla sobre los grupos de paisanos que se defendían á pecho descubierto fuera de las tapias del Parque, y eran muchos los patriotas que llevados de una exaltación heroica rayana á la locura, avanzaban impávidos por entre el fuego hasta llegar cerca de las baterías enemigas, donde disparaban tranquilamente su fusil retirándose después á los grupos de sus compañeros.

Cada descarga de los enemigos era saludada con gritos de ¡Viva España! ¡Viva Fernando VII! y siempre que un patriota caía, se abalanzaban muchos sobre él para arrancarle el fusil ó la escopeta de las manos y continuar la lucha que antes presenciaban desarmados.

Muchas veces el herido no cedía á tales demandas de sus compañeros, y tendido en el suelo, derramando copiosamente sangre por las heridas, seguía disparando mientras quedaba en su cuerpo un átomo de vida.

Las calles cercanas al Parque se cubrían de muertos y heridos y á pesar de esto, el fuego continuaba encarnizado por ambas partes sin dejar por un instante de atronar el aire con su estruendo.

El antiguo caserón de Monteleón y sus alrededores, ofrecía un aspecto sublime al par que horrible.

Los cadáveres caían unos sobre otros, la sangre corría por todas partes, las armas se manchaban con la de los mismos que las disparaban, y á pesar de esto la defensa no cejaba ni un solo instante.

Todos los artilleros que servían el cañón de la calle de San José habían muerto gloriosamente al pié de la pieza, y ésta seguía disparando cargada y servida por mujeres que vociferaban



Episodio del 2 de Mayo de 1808 (Madrid) (Cuadro de M. Castellanos)

mil denuestos contra los enemigos y que no desmayaban ni palidecían al ver caer á su lado á las compañeras. El bravo teniente Ruiz, que abandonó los pisos altos del Parque para batirse en las calles, había sido herido gravemente á causa del exceso de su bravura, y Daoiz tenía destrozado un muslo por una bala, á pesar de lo cual seguía al pié de su cañón, cargando y disparando contra los franceses sin otra ayuda que la de algunos paisanos.

El momento angustioso, esperado por los organizadores de la defensa, no tardó en llegar. Corrió la voz de que faltaban municiones y los artilleros se desesperaron por no tener con qué cargar á los ya mudos cañones. Daoiz al pié de la pieza que mandaba se sentía dominado por la desesperación ante la falta de proyectiles, pero allí estaba su compañero Velarde, el genio organizador de la defensa, que corría de un sitio á otro siempre buscando armas ó municiones para los combatientes, que tan pronto animaba á los voluntarios de arriba como se mezclaba en los grupos de paisanos que hacían fuego en las calles y el cual llegó cargado con una caja de piedras de chispa.

Daoiz las empleó como metralla y completamente solo cargó el cañón dos veces, é hizo los disparos.

No quedaban ya más municiones; se habían agotado por completo todos los recursos y Daoiz debilitado por la mucha sangre que perdía y comprendiendo que era ya inútil el cañón, apoyó su cuerpo en la cureña con la resignación de héroe. En el mismo instante, los franceses desde el extremo de la calle, hacían señal de parlamento con un pañuelo blanco.

Los españoles cesaron el fuego por aquella parte y dejaron avanzar á un oficial seguido de un grupo de granaderos. Indignación al par que orgullo causa el decir, que aquellos soldados imperiales, acostumbrados á vencer frente á frente á los primeros ejércitos del mundo, para sofocar la sublevación de unos pocos soldados y de un paisanaje casi desarmado pero heróico, tuviera que recurrir á una traición infame y sin ejemplo en la historia.

Llegó el grupo de franceses hasta las puertas del Parque, ostentando la señal de parlamento sin ser molestado y el oficial que lo mandaba, entabló un diálogo con Daoiz que cada vez más débil de la herida, hacía esfuerzos para mantenerse en pié.

Las primeras palabras del oficial extranjero fueron un insulto contra aquellos españoles que tan valientemente se batían por su patria, y Daoiz, ante tales palabras que tan mal cuadraban con el carácter de parlamentario con que el insolente oficial se presentaba, le contestó con firmeza que tales frases se debían sostener con la espada en la mano.

El oficial francés se puso en guardia y Daoiz, á pesar de su herida, apoyándose trabajosamente en el cañón le imitó y los dos comenzaron á batirse furiosamente.

El heróico artillero no pudo continuar el combate por mucho tiempo. Los granaderos que seguían á aquel traidor, se arrojaron sobre Daoiz y le llenaron de bayonetazos rematándole á los pocos instantes.

En tanto que esto sucedía y que estaba distraída la atención de gran número de españoles, la columna francesa comprendiendo que era necesario un esfuerzo supremo, despreciando el horroroso fuego del Parque atravesó la calle á la bayoneta y llegó hasta el patio de éste.

En aquel mismo momento, Velarde salía del edificio para llevar á su compañero nuevas municiones y otro cañón que había logrado encontrar.

El valeroso joven, al ver á los enemigos dentro del Parque, tiró de la espada y se defendió fieramente por algunos instantes contra un grupo de franceses, pero un oficial polaco, le disparó á quemarropa un pistoletazo por la espalda y cayó muerto en el acto.

La pérdida de aquellos dos seres heroicos que transmitían á los patriotas su firmeza de carácter y su fogoso entusiasmo, influyó inmediatamente en la defensa del Parque.

Todavía se hizo algún fuego contra los asaltantes, pero la mayor parte de los paisanos al ver á sus jefes muertos, y parte del edificio en poder de los franceses, se fugaron saltando las tapias.

En las habitaciones de los pisos altos del Parque hubo aun bastante lucha de los individuos del pueblo y los Voluntarios del Estado, contra los franceses; pero en poder ya de éstos toda la casa, el capitán de los voluntarios D. Rafael de Goicoechea para salvar los pocos soldados que le quedaban, consintió en rendirse.

Este fué el término de la brillante jornada del 2 de Mayo en que el pueblo de Madrid dió el grito de sublevación á toda España y cuyos resultados pronto tendremos ocasión de apreciar.

En aquel día se mostró el pueblo español en toda su heroica grandeza y su sacrificio por la patria fué tanto más sublime cuanto que nadie le prestó ayuda en su trabajo.

El pueblo y sólo el pueblo llevó á cabo aquella jornada. La nobleza, el alto clero y las altas jerarquías del Estado, estaban envilecidas por aquella época anterior de absolutismo monárquico y de favoritismo palaciego, carecían de nobles sentimientos y de grandes aspiraciones, y estaban por tanto imposibilitadas de llevar á cabo ese heroico sacrificio por la patria y de sentir ese amor por España y su dignidad que siempre se ha conservado más puro y latente en las clases populares, por lo mismo que en ellas no han ejercido jamás influencia las corruptoras dulzuras del encumbramiento.

Los héroes del 2 de Mayo, fueron mujerzuelas de los mercados y los barrios bajos que no tenían intereses ni casi hogar que defender contra los

extranjeros, que jamás habían pensado ni por un momento en la marcha política, que no se daban cuenta exacta del por qué de sus actos; pero que se sentían impelidas por oculto instinto que les daba á entender que luchando y muriendo en aquel día cumplían una gran misión, y hombres del pueblo, de tosco aspecto, pero de gran corazón, que hasta entonces nunca se habían ocupado de otros asuntos que de su trabajo, pero que ahora se interesaban por los intereses de la patria, justamente cuando la veían abandonada villanamente por los mismos á cuya dirección estaba encomendada, y descollando entre aquella multitud ébria de entusiasmo pero pobre, sucia, desharapada, como únicos personajes conocidos y que gozaban de alguna posición social, dos pobres capitanes de artillería que alcanzaron en aquella ocasión el laurel de la gloria, pero cuyos nombres el día anterior no eran ni con mucho tan conocidos como el del último de aquellos españoles, ministros, consejeros ó generales, que se doblaban á las exigencias de Murat y se ponían á su lado en los mismos instantes que centenares de compatriotas morían por el hierro francés defendiendo el honor nacional.

Entre aquellos trajes haraposos en el que por rara excepción se vieron algunos de hombres acomodados aunque pertenecientes á la clase popular, no se vió la casaca del general, ni el bordado uniforme del noble palaciego; éstos estaban en aquellos momentos en Bayona, con los reyes padres y Fernando VII, esforzándose en lamer mejor que nadie los piés de Bonaparte, y manifestar el mayor desprecio á la patria, ó ayudando con su actitud espectante á la matanza que hacían los franceses: allí no había más uniformes que los de unos pocos militares que rompían con la ordenanza y la disciplina, comprendiendo que todo buen español antes que funcionario obediente del Estado ha de ser buen patriota.

Jamás pueblo alguno ha verificado una sublevación contra tan poderosos invasores más espontáneamente y con menos medios de defensa y nunca historia que no sea la de nuestra revolución, ha registrado hechos tan brillantes que por lo heróicos llegan á ser legendarios.

Un historiador de aquella época, Clemente Carnicero, que presenció aquel glorioso movimiento y lo relata con alguna abundancia de detalles, consigna dos episodios que demuestran hasta dónde llegaba el valor y la exaltación patriótica de aquellos hombres que casi desarmados, hacían retroceder á los primeros soldados del mundo.

Cuando la caballería francesa cargó furiosamente á los patriotas que en los primeros momentos ocupaban la Puerta del Sol, un carbonero de figura atlética que estaba en un extremo de la plaza, armado únicamente de una robusta estaca, viendo en medio de un escuadrón un ayudante que por el

plumaje y el vistoso uniforme se le figuró era Murat, se metió con gran furia entre las filas de caballos y enarbolando el palo le dió tan fuerte golpe que consiguió derribarle de la cabalgadura. Aquel heróico español, todavía pudo dar algunos palos más que arrojaron otros tantos jinetes á tierra, pero cuando ya casi había conseguido abrirse paso por entre los soldados esquivando los golpes que le dirigían algunos sables, le alcanzaron en las últimas filas, cayendo por fin muerto después de defenderse valerosamente.

Este rasgo de audacia, propio de un español, fué imitado de diverso modo un poco antes por otro paisano tan mal armado como aquél. Por el portillo de Embajadores, iba á todo galope un coracero (de tan fiero é imponente aspecto como todos aquellos soldados que constituían entonces la primera caballería del mundo y que en tanto aprecio tenía Napoleón) con objeto de noticiar á la división francesa que ocupaba el Prado que ya llegaba en su auxilio la gran columna de caballería que estaba acantonada en un lugar de los alrededores.

En aquel sitio, le salió al encuentro cerrándole el paso, un hombre del pueblo, de raquítica complexión y despreciable aspecto, llevando una ridícula monterilla y una regular cachiporra. El coracero, al notar que aquel hombre pretendía atajarle el paso, se arrojó sobre él sable en mano; la gente que desde lejos contemplaba el lance, se estremeció de horror considerando al hombrecillo ya destrozado por el rudo choque, pero su sorpresa fué grande, cuando le vieron con gran agilidad evitar el encuentro y después de haber parado con gran maestría algunas cuchilladas, dar al francés tal golpe con el palo en el brazo, que quedó desarmado arrojándole el espantado caballo al suelo. El paisano mató al francés con su misma espada y montando en el caballo se dirigió hacia el puente de Toledo á tiempo que venían hacia él un coronel y dos coraceros que seguían al primer emisario, los cuales al verle á pesar de que aquél les gritó: *¡Cobardes! ¡aguardad! ¡aguardad!* volvieron bridas á sus corceles y á todo galope huyeron por los derrumbaderos con dirección al embarcadero del Canal.

Una revolución que con tan esforzados partidarios contaba, y en la cual tan heróicos hechos se llevaron á cabo, honrará siempre al pueblo que la realizó, así como el desprecio de la historia ha caído sobre los representantes de la nación, que tan cobardemente se portaron en aquellas circunstancias.

Mientras el pueblo se sacrificaba de tal modo, ¿qué hacía el gobierno de la nación y los principales funcionarios?

Vergüenza da el decirlo, porque al fin aquellos hombres débiles y sin energía eran españoles, y el deber de todo buen español en aquella jornada era sacrificar la vida por la patria y no permanecer como ellos indiferentes

á los esfuerzos del pueblo y adictos á aquellos generales franceses que deshonraban sus espadas con la sangre de seres inocentes é indefensos.

La actitud observada por la Junta de Gobierno en dicho día, fué malvada y cobarde. Ya no podían excusarse sus individuos con la amistad y deferencia que reinaban entre su rey y el emperador; ya no podía servirles de salvaguardia las instrucciones que Fernando les comunicó al emprender su viaje; la Junta tenía ya noticias ciertas porque regirse, sabía por Murat que Napoleón no reconocería jamás al joven rey de España, conocía que allá, en Bayona, se trataba de sustituir á la dinastía borbónica con individuos de la familia imperial, y estas noticias eran más que suficientes para obligar á la Junta á cambiar de política si sus individuos hubieran sido más patriotas y no estuvieran acostumbrados á la vida palaciega, en la que se pierde la dignidad y la independencia, y en la que los ánimos más varoniles se despojan de toda iniciativa al habituarse á no obrar jamás por cuenta propia y esperar siempre las órdenes del señor, para obedecerlas sin fijarse en su espíritu.

La Junta de Gobierno, al no ponerse de parte del pueblo y mostrarse obediente al audaz y sanguinario Murat, labró su misma ruína, pues con tal acto quedó demostrada su falta de energía y dió mayores ánimos al atrevido francés para que éste acelerara el cumplimiento de su misión en España, atentando contra aquella sombra de gobierno que únicamente quedaba en la nación. Ella, con su perversa conducta, ordenando que las tropas españolas permanecieran encerradas en sus cuarteles é impidiendo que los militares se unieran á los sublevados, quitó gran fuerza á la jornada del dos de Mayo é influyó en su resultado, pero esta vil connivencia con el invasor sólo le sirvió para acelerar su muerte.

En los últimos momentos de la lucha, dos individuos de la Junta, Ofarril y Azanza, ministros de la Guerra y Hacienda respectivamente, montados á caballo salieron por las calles de Madrid con objeto de influir para que terminara tan sangriento combate, pero amenazados en unos puntos por los españoles, que justamente les tildaban de traidores á la patria y despreciados en otros por los franceses que conociendo el menguado papel que al frente de la nación desempeñaban, no les hacian caso alguno, tuvieron que ir en busca del duque de Berg quien desde los primeros instantes se había situado con una fuerte escolta en la montaña del Príncipe Pío, fuera de la puerta de San Vicente, con objeto de dar desde allí sus disposiciones con mayor desembarazo.

Los dos ministros prometieron á Murat acabar la insurrección si mandaba cesar el fuego, y les daba un general que les acompañase, y el gran duque accediendo á sus indicaciones,

ordenó al general Harispe que los siguiera.

Los tres se dirigieron á los Consejos, y en unión de algunos individuos de éstos, se esparcieron por las calles tremolando grandes pañuelos blancos y hablando á todos para que se restableciera la paz y la tranquilidad. Algunos de estos emisarios salvaron la vida de infelices españoles que iban á ser fusilados por los franceses, distinguiéndose entre los demás, Azanza y O'farril que dieron libertad á unos arrieros catalanes aprehendidos en su posada por haberles encontrado las armas que usaban para su seguridad en los caminos.

Después de la derrota de los españoles en el Parque, eran ya muy pocos los que se defendian en las calles de Madrid y sólo en algunos puntos se sostenia un fuego cada vez más débil, por lo que les fué muy fácil á los comisionados el restablecer el orden, ayudados por algunos oficiales tanto españoles como franceses.

El orden se restableció en la capital, el pueblo se retiró á sus hogares y al terrible rumor del combate sucedió un profundo silencio.

Todos creyeron que los horrores de aquel dia habían terminado ya, y las autoridades españolas se retiraron confiadas á descansar de las fatigas de la mañana; pero tal período de tranquilidad, fué de muy corta duración, pues las tropas de Murat se extendieron con gran aparato de fuerza por Madrid, colocando en las principales bocacalles cañones con la mecha encendida.

Aquello no era más que una prevencion del general francés, para evitar el segundo movimiento revolucionario que pudiera producir la indignacion del pueblo de Madrid al conocer la bárbara y horrorosa orden del dia que inmediatamente dirigió á su ejército.

Este documento que tal vez no tenga igual en su historia, decia así literalmente:

Soldados: La población de Madrid se ha sublevado y ha llegado hasta el asesinato. Sé que los buenos españoles han gemido de estos desordenes: estoy muy lejos de mezclarlos con aquellos miserables que no desean más que el crimen y el pillaje. Pero la sangre francesa ha sido derramada: clama por la venganza: en su consecuencia mando lo siguiente:

Art. I. El general Grouchy convocará esta noche la comisión militar.

Art. II. Todos los que han sido presos en el alboroto y con las armas en la mano, serán arcabuceados.

Art. III. La Junta de Estado va á hacer desarmar los vecinos de Madrid. Todos los habitantes y estantes, quienes, después de la ejecución de esta orden, se hallaren armados ó conservasen armas sin una permisión especial, serán arcabuceados.

»Art. IV. Todo lugar donde sea asesinado un francés, será quemado.

»Art. V. Toda reunión de más de ocho personas, será considerada como

una junta sediciosa y deshecha por la fusilería.

»Art. VI. Los amos quedarán responsables de sus criados; los jefes de talleres, obradores y demás, de sus oficiales; los padres y madres, de sus hijos; y todos los ministros de los conventos, de sus religiosos.

»Art. VII. Los autores, vendedores y distribuidores de libelos impresos y manuscritos provocando á la sedición, serán considerados como unos agentes de la Inglaterra y arcabuceados.

»Dado en nuestro cuartel general de Madrid á 2 de Mayo de 1808. *Joachine.*—Por mandato de S. A. I. R., el jefe de Estado mayor general, *Belliard.*»

Grande horror causaban las bárbaras disposiciones contenidas en tal bando, pero fué mucho mayor el que produjo el modo con que aquellas fueron llevadas á la práctica.

El bando de Murat, no se hizo público hasta la mañana del día 3, y á pesar de ésto, en la misma tarde del 2, antes de que se constituyera la comisión militar presidida por Gronchy, numerosas patrullas de franceses comenzaron á prender á pacíficos ciudadanos que transitaban por las calles, y lo que es más horrible, á fusilar á gran número de éstos en un sitio tan céntrico como la Puerta del Sol junto á la iglesia de la Soledad.

Cualquier cosa servía de pretexto á aquellos bárbaros, para saciar sus instintos sanguinarios y su odio á los españoles.

La segunda disposición del art. III del antes citado bando, servía de ley para aquellos hombres que, de soldados de una gran nación, pasaron á convertirse en viles asesinos. Aquella disposición que se refería á armas de fuego ó blancas pero que fueran de combate, era ensanchada de un modo inconcebible por los encargados de ejecutarla, incluyendo en ella los instrumentos y útiles de trabajo, y como consecuencia, aquí se prendía á un carpintero por encontrarle encima un serrucho, más allá á un barbero que llevaba encima el estuche de su oficio é igual suerte merecían el fumador por su navajilla de picar tabaco, el carretero por el cuchillo que le servía de seguridad en los caminos, el oficinista ó el comerciante por el cortaplumas, y lo que excita la indignación hasta el colmo, la costurera ó la mujer hacendosa por las pequeñas tijeras que usaba en sus faenas.

Para aquellos verdugos, no existían las consideraciones de edad y de sexo, ni siquiera se paraban en que era una ridiculez cruel y salvaje considerar como armas de combate instrumentos tan poco aptos para la defensa; acababan de ser humillados por un pueblo mal armado y sin dirección y no podían darse cuenta como les había costado tanta sangre derrotar aquellas masas abigarradas que en los primeros momentos sólo les merecían desprecio, por lo que, asombrados todavía, consideraban todos cuantos objetos veían como mortíferas armas que

horas antes habían acabado con la vida de algún francés.

Algunas patrullas, no tan crueles, en vez de fusilar á los numerosos prisioneros que hacían en las calles, se contentaban con llevarlos á la casa de Correos, en cuyas piezas se amontonaban gran número de seres, estupefactos todavía de haber merecido tal suerte sin delito alguno.

La comisión militar, conforme lo dispuesto por Murat, se constituyó bajo la presidencia del general Grouchy, y lo que es más triste, contando entre sus individuos al capitán general Negrete, el mismo que había impedido salieran las tropas españolas de los cuarteles y que por no ser menos que aquellos individuos de la Junta de Gobierno y de los Consejos, tan obedientes al gran duque, se desvivía por acatar cuanto proponían sus compañeros de comisión.

Aquellos militares comenzaron á ordenar sentencias de muerte para aquellos infelices que ignoraban por qué se les tenía presos y que estaban muy lejos de sospechar la triste suerte que tenían reservada.

Jamás en pueblo alguno se ha verificado un asesinato en masa tan cruel y bárbaro. Las grandes matanzas de la Revolución francesa, aquellas hecatombes que hacía un pueblo poseído del delirio revolucionario, resultan mucho más justas y revisten más caracteres de legalidad, que las matanzas hechas en la noche del 2 de Mayo por las tropas de Murat. Allí al menos, existía un tribunal revolucionario que era producto de la Convención, en aquella época representaba la voluntad nacional; las víctimas sobre las que recaían sentencias, estaban acreditadas más ó menos como afectas á una institución política que repugnaba á todo el pueblo francés, y además antes de ser condenadas, se les hacía comparecer ante los jueces para que libremente alegaran cuanto quisieran en su defensa: pero aquí no existía nada de ésto; el tribunal encargado de juzgar á los españoles prisioneros, no era más que el arbitrario producto de un general tirano que quería, derramando sangre, amedrantar á un gran pueblo que tan heróica resistencia había sabido oponerle; la mayor parte de los sentenciados por el tribunal, eran seres inocentes que en nada habían figurado en los acontecimientos de la mañana y que confiados en las promesas de paz y tranquilidad de los franceses, habían salido á la calle una vez terminado el combate. Ni tan siquiera á uno de ellos se le permitió defenderse ante la comisión militar, feroz tribunal que ordenó tantas sentencias de muerte como paisanos prisioneros tenía á su disposición.

Para completar tanta arbitrariedad y tanta premura en derramar sangre, siendo como eran todos los prisioneros fervientes católicos, ni tan siquiera se les permitió el último consuelo de la religión.

La noche del 2 de Mayo fué la más

horrible de cuantas ha presenciado Madrid.

Aquel amontonamiento de carne humana que se encerraba en la Casa de Correos fué conducido, entre batallones de infantes y escuadrones de coraceros, al Prado y al Retiro que eran los lugares destinados para el sacrificio.

Allá iban atados de dos en dos como viles criminales y atormentados por las bayonetas y los sables de sus guardianes, los seres más diversos en edades, sexos y condiciones. El joven llevaba por compañero de cuerda al anciano, la mujer al sacerdote, el hombre del pueblo al rentista, el hijo á su padre; y todos marchaban silenciosos y cabizbajos presintiendo su próximo fin y asombrados todavía de que la maldad de los hombres fuera tanta que permitiera arrancar la vida á centenares de seres que no habían cometido delito alguno. Hay en la historia grandes crímenes ante los cuales se para la pluma estupefacta porque no encuentra frases bastante fuertes para describir tanta maldad, y las matanzas de Mayo en Madrid son, de todos los hechos históricos, los que más en alto grado merecen tan triste privilegio.

Aquellos grupos de infelices fueron colocados en el lugar del suplicio frente á numerosas fuerzas de infantería y baterías que apenas si ellos distinguían en la oscuridad. Reinaba un silencio de muerte solo interrumpido por las voces de mando extranjeras, dadas por los oficiales con objeto de que los soldados preparasen las armas.

En los grupos de prisioneros se desarrollaban escenas trágicas y patéticas, pues individuos de la misma familia, cogidos en diferentes puntos de la población, se reconocían en aquel campo de muerte y, tirando de la cuerda que los aprisionaba, se daban el beso de despedida que venía á interrumpir el brutal plomo que los lanzaba á la eternidad. La mujer sollozaba quedamente pensando en el sér querido ó en los pequeñuelos que quedaban abandonados en el desierto hogar; el padre atraía al adolescente asustado para poner su cabeza sobre su pecho y lograr que ambos recibieran á un mismo tiempo la muerte; el anciano miraba con indiferencia aquel terrible acto que venía á amenguar en poco su existencia y el sacerdote animoso hablaba de la otra vida y recordaba á los mártires del cristianismo para dar más valor á los que iban á morir.

Las tupidas gasas de la oscuridad se rasgaron con los rojos fogonazos de los fusiles y cañones, retumbó en el paseo un horrible estruendo, superior al de las tempestades, y como espigas que caen al contacto de la hoz, aquellos grupos de desgraciados vinieron al suelo, cayendo unos pesadamente sin exhalar una queja, revolcándose otros en los charcos de sangre agitados por las convulsiones de una vida rebelde á evaporarse y quedando alguno de rodillas con los miembros mal heridos, pero gozando todavía de

la existencia que sólo le servía para experimentar los más crueles dolores y sufrimientos.

Después siguió una escena horrible. De aquellas líneas de soldados se destacaron infantes y jinetes que cautelosamente fueron acercándose al lugar del sacrificio, y aquellos heridos que con las manos atadas á la espalda y sintiendo correr por su cuerpo los calientes raudales de sangre miraban al oscuro cielo como poniéndolo por testigo de tantos crímenes y tropelías, vieron brillar en la sombra el sable que caía sobre su cabeza, ó la bayoneta que venía á atravesar, crugiendo, su garganta.

Aquellas escenas de horror se estuvieron repitiendo durante toda la noche. Nuevas víctimas llegaban sin cesar al sitio del suceso, y para dejarles espacio eran levantados de los charcos de sangre los ya pasados por las armas para conducirlos inmediatamente á la sepultura. Muchos seres moribundos á quienes la muerte había respetado en parte, sintieron aumentada su tortura con el terror de ser enterrados todavía vivos.

Madrid estuvo oyendo durante toda la noche el rugido de la metralla y las descargas de fusilería, y aunque eran muchos los vecinos que comprendían que en aquellos instantes estaban los franceses perpetrando un horrible crimen, nadie creyó que éste fuera tan grande, ni que el número de víctimas inocentes llegara á ascender tanto.

Cuando los primeros albores del día 3 alumbraron la población, todavía seguían los franceses entregados á tan cruel tarea, y á la clara luz del sol fueron fusilados en la montaña del Príncipe Pío los últimos veintitres españoles que perecieron en tan horrible jornada.

El número de víctimas que perecieron en la noche del 2, es incalculable.

Bonaparte, avergonzado sin duda del crimen consumado por sus tropas en Madrid, publicó en el *Monitor* que sólo habían sido fusilados unos ochenta españoles.

La premura con que se daba muerte á los prisioneros, se les enterraba y se hacían desaparecer hasta las menores huellas del fusilamiento, impidió el que se conociera con exactitud el número de víctimas. En el Archivo de Madrid se guarda una lista de ciento treinta y nueve fusilados, cuyos cadáveres pudieron identificarse y de los cuales cuatro son mujeres; pero hay que tener en cuenta que fueron muy pocas las víctimas que pudieron reconocerse y que casi todos los seres que perecieron en aquella feroz hecatombe desaparecieron anónimamente sin dejar tras sí más rastro que el dolor de sus familias que sólo en vista de su ausencia presintieron después de algunos días su triste suerte.

Los hechos del 2 de Mayo fueron objeto de muy diversas apreciaciones. Murat, llevado de su imaginación un tanto exaltada, los atribuyó á una

conspiración que hace tiempo venían tramando contra él los principales españoles y habló de fusilar á Azanza y Ofarril que eran justamente los dos ministros más influyentes en la Junta de Estado, y por esto los que más censuras merecían por el abandono en que habían dejado al pueblo. Moncey que era el general más clemente, y al mismo tiempo más sensato de los franceses, fué el que vió más claro que todos, pues sostuvo firmemente ante sus compañeros que la sublevación del 2 de Mayo había sido producto espontáneo que se valió del pretexto de la salida de los infantes para atacar á los invasores que odiaba.

Por otra parte, los españoles que contemplaban con dolor el afán que los franceses mostraban por derramar sangre, afirmaban que la jornada había sido producto de la perfidia de Murat, el cual no había cesado de tiranizar á los madrileños y de oprimirles con continuas imposiciones con objeto de obligarles á que dejando estallar su indignación le dieran medios para saciar en ellos el odio que les profesaba.

Tanto las apreciaciones de los españoles como las del duque de Berg sobre aquellos sangrientos sucesos fueron infundadas en tal ocasión, como lo son siempre las que se hacen en el calor de recientes ocurrencias.

El 2 de Mayo fué únicamente producto de la indignación de un gran pueblo y por esto la posteridad agradecida ha honrado la memoria de este y de los tres héroes que lo guiaron en el combate (1). El recuerdo de aque-

(1) Daoiz, Velarde y Ruiz son tres ilustres militares, cuyos nombres deben ser repetidos con veneración por los buenos españoles y para que sus existencias sean más conocidas, vamos á dar algunos detalles de ellos.

Don Luis Daoiz era de Sevilla, desde 1802 figuraba como capitán primero del tercer regimiento de artillería y el 2 de Mayo estaba encargado del detall de la plaza y de la fuerza que lo guardaba. Terminado el asalto del Parque algunos hombres del pueblo lo recogieron moribundo junto al cañón y lo condujeron á su casa creyendo poder salvarle. Todavía vivió cuatro horas y al anochecer fué conducido cautelosamente al cementerio de la parroquia de San Martín, donde le dieron sepultura algunos amigos.

Don Pedro Velarde nació en Muriades provincia de Santander. Fué profesor de la Academia de Segovia, capitán segundo del quinto regimiento de artillería y últimamente, como ya dijimos, secretario de la Junta económica del cuerpo. Su cadáver fué encontrado totalmente desnudo entre los muchos amontonados en el patio del Parque. Por la tarde fué llevado por algunos patriotas envuelto en un pedazo de tienda de campaña al cementerio de los Mártires, donde una persona desconocida le amortajó de limosna con un hábito franciscano.

Don Jacinto Ruiz era natural de Ceuta y figuraba como teniente en el regimiento de voluntarios del Estado. Cuando la defensa del Parque estaba en su período álgido, fué herido á causa de su intrepidez, pero á pesar de esto siguió batiéndose y fué el que más empeño mostró en defender una por una todas las habitaciones del edificio. Nuevamente herido é imposibilitado ya para la lucha, logró escaparse é ir á su casa, pero temiendo la venganza de los franceses marchó inmediatamente á Extremadura, donde habiéndosele abierto las heridas á causa de tanta agitación falleció á los pocos días.

Daoiz y Velarde gozan los honores fúnebres de capitanes generales con mando, sus nombres figuran eternamente en el escalafón del cuerpo de artillería á la cabeza de la clase de capitanes, y tiene en Madrid un monumento que recuerda á todas horas su heroísmo.

La posteridad ha sido más ingrata con el teniente Ruiz, pero no está lejano el día en que el cuerpo de infantería le elevará un monumento digno de su valor.

lla jornada evocado en los momentos en que la patria peligre, inflamará siempre la sangre de todo buen español.

El resumen de los distintos pensamientos que entonces se agitaban en la mente de los invasores y de los vencidos está en las memorables palabras que en aquella ocasión se cruzaron entre dos personajes.

En la mañana del 3 decía Murat á los que le visitaban en su palacio:

—La jornada de ayer pone á España en las manos del emperador.

—Decid más bien que se la quita para siempre,—contestó Ofarril que obcecado y amedrantado había seguido las corrientes de simpatía á los invasores que predominaban en las altas esferas; pero que después en vista de aquel sacudimiento popular, había comprendido aunque tarde, que España tenía suficiente energía y virilidad para expulsar á aquellos intrusos.

Este rasgo de entereza é independencia era tanto más digno de aplauso, cuanto que en aquel entonces todas las autoridades y corporaciones de Madrid, se apresuraron á manifestar á Murat su adhesión incondicional y lo que es más, á felicitarle por el triunfo alcanzado el día 2, contra los españoles.

El tribunal del Santo Oficio, aquella institución odiosa que tanto tiempo estuvo deshonrando á España, entonces como en otras ocasiones añadió un nuevo borrón á la lista de sus vergüenzas, distinguiéndose de las demás corporaciones en cumplimentar al gran Duque, reprobar el noble arranque de los españoles en 2 de Mayo que calificó de *escandaloso*, y prometiendo al generalísimo francés que obligaría á todo el clero español á ponerse de parte de los invasores.

Solo españoles que pertenecían á clases como el alto clero y la nobleza palaciega que por tanto tiempo habían sido las crueles llagas de la nación, podían envilecerse de tal modo, mientras la tierra todavía estaba empapada y presa con la sangre de tan innumerables compatriotas asesinados, y únicamente el pueblo, aquellas masas por tan largos siglos explotadas y oprimidas, podía poseer la dignidad y la vergüenza necesaria para lograr la independencia de la patria.

Los representantes de Bonaparte en España trabajaban sin descanso por someter al imperio francés la nación más indomable del mundo, pero todavía trabajaban más por lograr tal éxito aquellos españoles que tenían el deber de dirigir los destinos de la patria y velar por su honra y dignidad y que tan villanamente se arrastraban á los piés del vencedor y se plegaban á todas sus exigencias.

El día 3 fué enviado á Francia, sin ninguna protesta del gobierno, el infante D. Francisco, aquel niño cuya próxima salida había sido el pretexto para que ocurrieran las sangrientas escenas del día anterior, y en la madrugada del 4 salió para Bayona en un coche de la duquesa de Osuna con

objeto de no llamar la atención del pueblo, el infante D. Antonio Pascual, sujeto á quien, como ya sabemos, había dejado encomendado su sobrino Fernando VII el gobierno de la nación, y que era un imbécil tan estúpido como cruel, según aseguraba su cuñada María Luisa en sus cartas á Murat.

La reina madre había adivinado perfectamente las facultades del hermano de Carlos IV. El tal infante dió pruebas en aquella ocasión de ser un imbécil, y en cuanto á la crueldad que se le atribuía tuvo ocasión de demostrarla en las luchas que algunos años después ocurrieron entre la libertad y la reacción.

Aquel varon de familia real, único individuo de la dinastía que quedaba en España, vió impasible la heroica defensa que los madrileños hicieron de los intereses de la patria al mismo tiempo que de los intereses de los suyos, y cuando todos comprendían ya que los designios de Napoleón eran de colocar á uno de sus allegados en el trono español y arrojar de éste para siempre á los Borbones, cuando todos presentían los sucesos que estaban ocurriendo en Bayona, él, arrastrado por su cobardía que le hacía asentir á todo cuanto le mandaba Murat, y al mismo tiempo guiado por el miedo y la simpleza, que en él fueron siempre defectos sobresalientes, salió de Madrid cuando las calles presentaban todavía el aspecto de un cementerio, pues sus casas estaban cerradas y silenciosas y las campanas doblaban fúnebremente por los muchos seres que habían perdido la vida en defensa de la patria.

El hombre que perteneciendo á una familia en cuyos individuos habían sido notorios los malos instintos y la cortedad de inteligencia, todavía mereció se le designara como *el más simple de los Borbones*, abandonó la capital del reino en las circunstancias más críticas; huyó de Madrid cobardemente cuando él era el único que mantenía las escasas esperanzas de la patria á causa de su elevada estirpe, y para justificar su fuga dejó al ministro de Marina, Gil de Lemus, una carta con el encargo de que sirviera á toda la Junta de Gobierno como explicación de su marcha.

El tal papel, es el documento más grotesco y estúpido que en el mundo pueda presentarse. Decía así:

«Al señor Gil: A la Junta para su gobierno la pongo en su noticia como me he marchado á Bayona de orden del rey, y digo á dicha Junta que ella sigue en los mismos términos como si yo estuviese en ella. Dios nos la dé buena. Adiós, señores, hasta el valle de Josafat.—*Antonio Pascual.*»

Aquello era un abandono de la nación hecho en toda regla por una familia reinante. Napoleón había sabido tomar bien sus medidas para hacer ver al pueblo español que los Borbones le abandonaban cobardemente, lo que facilitaría el establecimiento de

una nueva dinastía. Una gran desgracia fué para él que el pueblo encariñado por su independencia que simbolizaba en sus antiguos reyes rechazara al monarca que pretendió imponerles.

El mes de Mayo de 1808 fué un mes de vergüenza para la institución monárquica y para la familia borbónica que se deshonró de un modo sin ejemplo en la historia.

A Bayona fueron todos los Borbones á postrarse á los piés del emperador como murciélagos atraídos por la luz y á despojarse de la autoridad que tenían sobre un gran pueblo, que embrutecido y estrujado por la monarquía, todavía tenía que sufrir la última vergüenza de que sus reyes le vendieran como una manada de esclavos, y el último que abandonó el territorio nacional fué un imbécil, especie de gañán y mezcla informe de crueldad y cobardía, de astucia y simplicidad el cual se burlaba sangrientamente de la España que dejaba en el abandono cuando encargaba á la Junta de Gobierno que siguiera trabajando con la misma autoridad que si él estuviera presente sabiendo que ya dicha corporación bajo su presidencia había perdido todo prestigio y autoridad, y que ahora al alejarse él no podría defenderse con el menor viso de legalidad contra las exigencias del Duque de Berg.

Ya tenía cumplido el representante de Napoleón en España todo el plan de éste, ya estaba toda la familia real en Bayona; ahora sólo faltaba el golpe de audacia que después de los sucesos del 2 de Mayo era cosa natural y sencilla.

El misma día 4 en que el infante D. Antonio Pascual abandonó Madrid, hizo saber Murat á la Junta de Gobierno que pensaba ponerse á su frente ocupando la presidencia que quedaba vacante, y que de este modo podría velar mejor por el orden y la seguridad del Estado.

Azanza, Ofarril y Gil de Lemus, que eran los ministros que más entereza había demostrado en ciertos momentos entre sus débiles y acobardados compañeros, se opusieron desde el primer instante á que el duque de Berg entrara en la Junta y algunos otros vocales le manifestaron de palabra á éste la mala acogida que merecía tal pretensión; pero con nada de esto se consiguió que el generalísimo francés desistiera de sus propósitos. Llegada la hora de la sesión se presentó Murat y ocupó la presidencia sin que formularan la menor protesta aquellos individuos, cuya debilidad é indecisión le eran bien conocidas.

Aquella fué la última deshonra de la Junta, y el pueblo español vió con verdadero escándalo como deliberaban sus gobernantes presididos por el hombre que tanta sangre había hecho derramar en las calles de Madrid dos días antes.

La Junta se hubiera mostrado patriótica y grande resignando en aquella ocasión sus poderes en los otros

individuos que ya tenía nombrados para que reuniéndose en Zarágoza comenzaran á funcionar como autoridad suprema encargada de defender la independencia de la patria; tal determinación hubiera borrado todas sus anteriores faltas; pero al consentir en ser presididos por el que ya se mostraba claramente como usurpador de España, de hombres inhábiles y temerosos que era como hasta entonces habían aparecido, pasaron á ser funcionarios viles y vendidos á los enemigos de la patria.

Algunos días después, aquellos males españoles pudieron consolarse un poco y creerse dentro de sus estrictos deberes con un decreto que Carlos IV envió desde Bayona y que llegó á Madrid el día 7, nombrando á Murat su lugarteniente del reino encargado de presidir en su nombre la Junta de Gobierno, y una proclama que recibieron del mismo rey dirigida á toda España y que terminaba diciendo: «no había prosperidad ni salvación para los españoles, sin la amistad del gran emperador aliado.»

El rey traidor que estaba en Bayona se encargaba de este modo de acallar los escrúpulos de los ministros traidores de Madrid y de prestar un lenitivo al escaso dolor que hubiera podido producirles el ser infieles á los intereses de la patria.

En aquella ocasión se vió que Murat obraba en virtud de algún convenio qne tenía con los reyes padres y con los demás personajes regios que estaban en Francia, pues el decreto concediéndole la presidencia de la Junta estaba fechado en Bayona el día 4, ó sea el mismo en que él se apoderó tan audazmente de dicho cargo é igualmente la renuncia de Fernando al trono de España, se comunicó á dicha corporación el mismo día que el joven rey la firmaba al otro lado de los Pirineos.

Este último documento acabó de tranquilizar á los individuos de la Junta que vinieron á sacar de él la consecuencia de que obraban perfectamente acatando la legalidad y la voluntad de los reyes.

Dos días después un propio entregó á D. Miguel José de Azanza, dos reales decretos de Fernando, dados secretamente en Bayona en contestación á las preguntas que en representación de la Junta le había dirigido D. Evaristo Pérez de Castro.

Uno estaba escrito de la propia mano del rey, y decía «que se hallaba sin libertad y consiguientemente imposibilitado de tomar por sí medida alguna para salvar su persona y la monarquía; que por tanto, autorizaba á la Junta en la forma más amplia para que en cuerpo ó sustituyéndose en una ó muchas personas que la representasen, se trasladara al paraje que creyese más conveniente, y que en nombre de S. M. representando su misma persona, ejerciese todas las funciones de la soberanía. Que las hostilidades deberían empezar desde el momento que internasen á Su Ma-

jestad en Francia, lo que no sucedería sino por la violencia. Y por último, que en llegando este caso tratase la Junta de impedir del modo que creyese más á propósito la entrada de nuevas tropas en la Península.»

El otro decreto iba dirigido al Consejo de Castilla, y en él se decía: «que en la situación en que S. M. se hallaba, privado de libertad para obrar para sí, era su real voluntad que se convocasen las Cortes en el paraje que pareciese más expedito; que por de pronto se ocupasen únicamente en proporcionar los arbitrios y subsidios necesarios para atender á la defensa del reino; y que quedasen permanentes para lo demás que pudiera ocurrir.»

Azanza comunicó los dos decretos á sus compañeros de la Junta, y el primero únicamente al Consejo, y todos se portaron tan falsamente con el rey como éste se mostraba con la patria.

El primer decreto era en realidad un cúmulo de falsedades, que tanto gustaba á Fernando emplear en todas ocasiones.

Es cierto que Napoleón le tenía supeditado por completo; pero no era menos cierto que jamás tuvo que amenazarle para hacerle firmar las declaraciones más contrarias á los intereses de España, y que lo que verdaderamente le privaba de libertad era su cobardía que no le permitió nunca oponerse formal y francamente á los arteros designios del emperador. Decía además que sólo por la violencia lograrían internarle en Francia, y ya hemos visto la conformidad que demostró en ir á Valencey en unión de sus hermanos á hacer con los millones que le remitía Napoleón la regalada vida de príncipe destronado.

Aquellos decretos hubieran sido dignos de alabanzas al salir de manos de un soberano que por la fuerza hubiera sido arrebatado á Bayona y que allí hubiese resistido con energía todas las imposiciones de Napoleón; pero al ser obra de un ente que con la más supina simpleza se entregaba en manos de sus enemigos, que renunciaba inmediatamente y sin que se intentara amedrantarle á la corona y que no oponía la menor resistencia á cuanto de él se quisiera hacer, se acreditaba de falsario, que mentía á ojos de un gran pueblo, de cobarde, incapaz de regir los destinos de una aldea, y de embrollador consumado, que con órdenes contradictorias ayudaba al gobierno francés á confundir á los españoles é impedirles de este modo que tomaron una resolución enérgica.

La Junta de Gobierno que se había ya comprometido demasiado con el invasor para retroceder y que al mismo tiempo estaba falta de energía para emprender una guerra contra el emperador, que era lo único que en aquella ocasión podía hacerse, procedió guiada por las mismas miras antipatrióticas que le habían inspirado en anteriores circunstancias.

Haciendo hincapié en que los dos

decretos estaban fechados en 5 de Mayo y la renuncia de Fernando á la corona había sido suscrita el día 6, acordaron dejar olvidados y sin cumplimiento los primeros, y lo que es más, ocultaron al Consejo el segundo documento que iba exclusivamente dirigido á él, y en el que se le ordenaba la inmediata convocación de Cortes.

La Junta de Gobierno estaba ya resueltamente al lado de los franceses y para impedir un movimiento popular contra sus amigos ordenó al capitán general de Cataluña, conde de Ezpeleta, que se abstuviese de ir á Zaragoza á formar la Junta supletoria, según se había convenido para el caso de que la de Madrid careciera de libertad, lo que esto hizo á pesar de los repetidos llamamientos del patriota don Felipe Gil y Taboada, que con dicho objeto había salido de la corte en la mañana del día 2 y se encontraba en la capital de Aragón.

Las autoridades españolas estaban en punto á energía patriótica á la misma altura que los emigrados en Bayona, pues según las afirmaciones de un testigo presencial, Fernando y sus cortesanos temblaban llenos de pavor, ante la idea de que la Junta de Gobierno obedeciera los dos consabidos decretos, declarando inmediatamente abiertas las hostilidades.

Afortunadamente para ellos, el rey y sus representantes en España eran iguales y si el uno temblaba al pensar que pudiera cumplirse lo que había mandado, los encargados de ponerlo en práctica templaban mucho más, ante una mirada de enojo de Murat á quien servían como esclavos.

Ya estaba dispuesta la escena para que en ella se verificase la gran mutación.

Los Borbones españoles estaban destronados, todos ellos emigrados en diversos puntos de Francia y la corona renunciada en poder de Napoleón que podía disponer de ella á su antojo: tocábale hablar ahora al ingenioso director de escena, manifestar su pensamiento y decir qué nuevo espectáculo iba á presentar á los ojos de aquella Europa que asombrada seguía sus pasos.

Bonaparte que ya tenía la España como suya, y que con su vista de águila no distinguía nada grande ni pequeño que dentro de la península pudiera oponerse á sus designios, publicó el día 25 una proclama dirigida á los españoles en que se anunciaba como regenerador del pueblo y decía así:

«Españoles: después de una larga agonía vuestra nación iba á perecer. He visto vuestros males y voy á remediarlos. Vuestra grandeza y vuestro poder hacen parte del mío. Vuestros príncipes me han cedido todos sus derechos á la corona de España. Yo no quiero reinar en vuestras provincias: pero quiero adquirir derechos eternos al amor y al reconocimiento de la posteridad.

»Vuestra monarquía es vieja, mi

misión es renovarla: mejoraré vuestras instituciones y os haré gozar si me ayudáis de los beneficios de una reforma, sin que experimentéis quebrantos, desórdenes ni convulsiones.

»Españoles: he hecho convocar una Asamblea general de las diputaciones de las provincias y ciudades. Quiero asegurarme por mí mismo de vuestros deseos y necesidades. Entonces depondré todos mis derechos y colocaré vuestra gloriosa corona en las sienes de un otro Yo, garantizándoos al mismo tiempo una constitución que concilie la santa saludable autoridad del soberano con las libertades y privilegios del pueblo.

»Españoles: recordad lo que han sido vuestros padres y contemplad vuestro estado. No es vuestra la culpa sino del mal gobierno que os ha regido; tened gran confianza en las circunstancias actuales, pues yo quiero que mi memoria llegue hasta vuestros últimos nietos y exclamen: Es el regenerador de nuestra patria.»

Necesario es reconocer, fuera de lo que lastime el honor é independencia de nuestra patria, que el citado documento es uno de los escritos donde más resalta el genio de Bonaparte y más clara se ve aquella notable cualidad que poseía de comprender inmediatamente el estado de un pueblo y cuales eran sus necesidades.

La proclama de Napoleón decía grandes verdades, y venía á dar forma á las aspiraciones vagas é indefinidas que sentía el pueblo español. Efectivamente, la monarquía estaba gastada ya en España, y más que como institución, por el carácter absoluto y tiránico con que siempre se había presentado. La nación necesitaba reformas, aquellos españoles ansiaban ser como fueron sus padres y para esto había que borrar tres siglos de cruel tiranía y devolver la soberanía á quien naturalmente pertenece ó sea al pueblo.

El árbitro de Europa publicaba unos propósitos cuyo cumplimiento deseaba la nación. Anunciaba la reunión de Cortes como solución de todos los anteriores males, y esta solución fué la que adoptó el pueblo español algún tiempo después; prometía la libertad, y esto era lo que envidiaba la nación; pero á pesar de lo halagüeños que eran tales propósitos, España los despreció y no surtieron el menor efecto.

¿Hizo bien el pueblo despreciando á un soberano que tales promesas hacía y defendiendo á unos reyes que nos deshonraban con sus cobardías y que al mismo tiempo eran enemigos de toda innovación política que tuviera carácter liberal? Creemos que sí; y al hacer tal afirmación dejamos á un lado los sentimientos de honor é independencia que impulsaban á España á oponerse al invasor, y nos fijamos únicamente en la sinceridad de todas cuantas promesas hacía Napoleón.

Este nunca hubiera puesto en práctica la libertad que ofrecía, y para

tener completa seguridad en tal afirmación, basta con examinar la vida de aquel grande hombre y fijarse en los móviles que informaban todos sus actos y los medios de que se valía para llevarlos á cabo.

Al hacer la historia de la revolución de nuestro pueblo, es preciso decir algo sobre los propósitos de aquel genio que tanto dejó sentir su influencia en nuestra patria.

Napoleón no era más que un vividor sublime.

Fuera de los campos de batalla donde la gloria de su genio se manifestaba en todo su esplendor y desde donde asombraba al mundo con su audacia y su fortuna, dejando á un lado sus gigantescas facultades de guerrero, Bonaparte como político, como soberano y como conquistador, aparece siempre como un sér escéptico, sin fe ni creencias de ninguna clase, que en un mismo día llevaba á cabo empresas las más contrarias, que se manifestaba en el corto espacio de algunas horas partidario de las ideas antitéticas y que amoldaba siempre sus principios tanto políticos como religiosos á las exigencias del momento.

Era por naturaleza aristócrata y partidario del poder absoluto y arbitrario, y sin embargo, en los tiempos del Terror, cuando en el sitio de Tolón no era más que comandante de artillería del ejército republicano, se mostraba como furibundo jacobino escribiendo á la Convención la siguiente carta en la que se nota aquella exaltación que venía á convertir á los terroristas en entes ridículos:

«Ciudadanos representantes: Desde el campo de la gloria, marchando sobre la sangre de los traidores, os participo con placer que vuestras órdenes han sido cumplidas y que la Francia se halla vengada; no se ha atendido á la edad ni al sexo. Los que sólo fueron heridos por el cañón republicano, concluyeron su existencia bajo la espada de la libertad y bajo la bayoneta de la igualdad.—BRUTO BONAPARTE, ciudadano *sans-culotte*.»

Se había mostrado siempre como hombre despreocupado en materias religiosas; durante su expedición á Egipto procuró hacérse simpático á los musulmanes, demostrándoles que él había sido en sus campañas de Italia el más cruel enemigo del Papa y la Iglesia católica, y sin embargo, una vez consumado el inícuo atentado de 18 de Brumario volvía á restablecer el culto romano en toda Francia con carácter oficial y celebró esta novedad con una suntuosa fiesta en Nuestra Señora de París, á la que asistió como primer cónsul, seguido del más brillante Estado mayor que nunca se ha visto, siendo un acto tan fastuoso que según la expresión de Augereau, el general republicano, al hablar de Napoleón, sólo hubiera sido una solemnidad más interesante, asistiendo á ella «el millón de cadáveres franceses que había quedado sobre los campos de batalla combatiendo la ins-

titución, cuya vuelta de tal modo celebraba Bonaparte.»

Decía que su imperio era un gobierno democrático y negaba á la nación las mismas leyes que concedieron después unos monarcas tan enemigos de la libertad como los Borbones; solicitaba la dinastía destronada el trono francés, cuando él después de matar los últimos gérmenes de republicanismo, se erigía en primer cónsul y contestaba á la legalidad que los reyes habían muerto para siempre en Francia justamente en vísperas de proclamarse emperador y llevar la tiranía hasta el último extremo; aseguraba que él era el defensor del pueblo y el propagandista de la democracia universal siempre que necesitaba de la nación auxilios para sus empresas insensatas, y creaba aquella vasta dominación, copia exacta de la de Carlo Magno y aquella nobleza de campo de batalla y oficinesca, mezcla de palatina y de feudal y cuyos patrones habían ido á buscarse en la Edad media, y todos sus actos eran una continua contradicción, pues en él existían dos elementos siempre en lucha que le hacían modificar á cada punto sus palabras y promesas: sus aficiones al despotismo y á la autoridad, sin trabas ni cortapisas y el exacto conocimiento de las necesidades del instante, que le obligaban á encajar su voluntad en los más tortuosos cauces para llegar á un fin.

Lo que en la vida de Bonaparte pueda encontrarse que denote á un hombre amigo de la libertad y amante de los derechos del pueblo y del triunfo de la democracia, eso es lo falso, eso es la gesticulación del comediante, la farsa del vividor que se ha apresurado á destruir, inmediatamente ha tenido ocasión para ello; en su historia sólo es cierto, sólo es obra de su voluntad y producto legítimo de sus aficiones, lo propio de un tirano sin más norma que sus deseos, ni otra guía que su ambición.

Por más dominio que un grande hombre tenga sobre sí mismo, siempre llega un instante en que la verdad se le escapa y sale á la vista de todos su verdadero pensamiento. Napoleón tuvo ese instante y en las postrimerías de su imperio, cuando vió que el pueblo francés contemplándole próximo á caer clamaba por sus derechos perdidos, se retrató por completo con estas palabras: «¿Se quiere restablecer la soberanía del pueblo? Pues bien, en ese caso me hago pueblo, porque yo quiero estar siempre donde resida la soberanía.»

El soldado salido del seno de la revolución para escalar el más alto sitio del mundo, pronunciando estas palabras dejaba oscurecido al monarca más déspota del mundo, á aquel Luis XIV que decía: «El Estado soy yo.»

En resumen; Napoleón era el tirano, era el soberano despótico, era el *príncipe* soñado por Maquiavélico. El italiano, sútil, intencionado y lleno de doblez, de Toscana, había encontrado su modelo en el compatriota de

Córcega que en las costumbres de su patria encontró escuela para formar su carácter y que fué receloso como las emboscadas, independiente y despótico como el bandido de las montañas, mentiroso y falaz para sus enemigos como todos los hijos de la isla y fiero é implacable como las *vendettas*.

Napoleón en su negocio de España (como él llamaba á su conquista) se portó del mismo modo que en todas sus empresas.

Con el buen golpe de vista que le era propio, adivinó que el pueblo español necesitaba libertad y mintió descaradamente, violentando su carácter, para hacer una serie de promesas que la nación despreció muy cuerdamente, pues de haberlas aceptado no hubiera hecho más que pasar de la tiranía borbónica á la bonapartista perdiendo en cambio su dignidad é independencia.

Si alguna ventaja produjo aquel manifiesto de Bonaparte, fué que hablando á España de Cortes y disponiendo la reunión de la Asamblea de Bayona, facilitó en la opinión pública el que los patriotas pudieran verificar en Cádiz tal reforma algún tiempo después.

Napoleón, que en sus primeros trabajos contra España se había engañado al hacer caso omiso de aquel pueblo que consideraba envilecido, se engañó otra vez al prometer á la nación una libertad de la que debía ser guardador él, que en sus maniobras desde Bayona se había acreditado como un sér que desconocía la caballerosidad y la honradez, y que con tal de cumplir sus propósitos no vacilaba en faltar á sus palabras y juramentos cometiendo actos que jamás podrán explicarse rectamente ni menos justificarse.

Otro hubiera sido el resultado de sus gestiones si en vez de prometer la libertad á España con su soberanía á un individuo de su familia en el trono, la hubiera dado poniendo otra vez la corona española con el carácter de constitucional en las sienes del joven monarca en el que injustamente había depositado el pueblo su confianza y cuyo nombre era venerado hasta el punto de ir unido al de la patria en la sublime lucha por la independencia de ésta.

Ya lo reconoció así Bonaparte, aunque por su desgracia demasiado tarde, cuando vencido por sus numerosos enemigos y despojada para siempre de su aureola de conquistador invencible, recordaba con dolor en un apartado rincón del mundo su antigua gloria.

En su *Diario de la isla de Santa Elena*, célebre documento en el que el grande hombre desentrañó la filosofía de su historia, aclaró algunos de los puntos oscuros de su vida y se condolió de los muchos errores que había cometido, dice así Bonaparte hablando de España:

«El plan más digno de mí y más seguro para mis proyectos, hubiera sido el de una mediación semejante á

la de Suiza. Yo hubiera debido dar una constitución liberal á la nación española y encargar á Fernando que la pusiese en práctica. Si la cumplía de buena fe, la España prosperaba y se ponía en armonía con nuestras nuevas costumbres, consiguiéndose esta gran mira política mientras la Francia adquiría un aliado íntimo y un aumento de poder verdaderamente temible. Si, por el contrario, Fernando faltaba á sus nuevos empeños, los mismos españoles lo hubieran destronado y habrían venido á suplicarme les diese un rey. Pero, como quiera que sea, la malhadada guerra de España ha sido una verdadera plaga y la primera causa de las desgracias de la Francia. Después de mis conferencias con Alejandro de Rusia en Erfurt, la Inglaterra se veía precisada á hacer la paz por la fuerza de las armas ó por la de la razón. Se hallaba perdida y desacreditada en el continente; el asunto de Copenhague tenía exasperados todoslos ánimos y yo en equel momento brillaba con las ventajas contrarias, cuando ese infortunado negocio de España vino á cambiar repentinamente la opinión contra mí y á reforzar á la Inglaterra. Desde entonces pudo ésta continuar la lucha franqueándosele como se le franquearon los mercados de la América meridional, y organizando un ejército en la península española vino desde allí á ser el victorioso agente, el nudo temible de todas las intrigas que se urdieron en Europa... Esto es lo que me ha perdido.»

Napoleón recordando su historia en el destierro, era verdaderamente un genio á cuya vista sagaz no escapaban las causas de su ruina. Entonces tenía la inteligencia bastante despejada para conocerlas, porque era un desgraciado, porque era un hombre caído cuyo cerebro no empañaban las nieblas de la soberbia desmedida y los anhelos de una ambición gigantesca; pero en 1808 el gran tirano se encontraba demasiado alto y contínuamente envuelto entre las nubes de incienso de la soberbia y la adulación para poder ver las cosas en su verdadero estado sin ilusorios espejismos.

Bonaparte en su empresa de apoderarse de España, siguió usando los mismos medios hipócritas que al principio. Después de tener la mayor parte del territorio nacional en su poder, de conservar prisionera á la familia real y de haber demostrado hasta dónde llegaba su fuerza y poderío con la sangrienta jornada del día 2, todavía intentaba presentarse como protector ó mediador pacífico y encubría sus intenciones de conquistador brutal y despótico fingiendo consultar al país con el objeto de demostrar que todos sus actos se ajustaban á los deseos é indicaciones de éste.

Diríase que aquel genio siempre guiado por su capricho, que jamás reconocía voluntad superior á la suya y que no guardaba miramientos ni á los más poderosos, temía romper abiertamente con el pueblo español presintiendo que de él había de venir su ruina.

Próximo ya á decidirse por la suerte de aquella nación que tenía en sus manos, quiso cubrir su voluntad con mentidos deseos de la nación para demostrar á todos los pueblos de Europa que en los asuntos de España él no era un tirano que obrara arbitrariamente, sino que todos sus actos obedecían á súplicas é instancias de todos los españoles.

El 8 de Mayo escribió á Murat mandándole que exigiese á la Junta de Gobierno y al Consejo de Castilla la indicación del individuo de la familia imperial que más les gustase para ocupar el trono de España.

El Duque de Berg que tan buenas mañas sabía darse en manejar atemorizando á aquellos cobardes é indignos españoles revestidos de una autoridad que por su culpa se había convertido en nula é irrisoria, cumplió inmediatamente el encargo.

El Consejo de Castilla, cuyos individuos vivían en una continua fluctuación de ideas, contestó valientemente á la consulta cuando ésta fué formulada por primera vez, diciendo que, puesto que en su concepto eran nulas las renuncias hechas en Bayona por los príncipes españoles, él no podía consentir en un acto que las daba por verdaderas y legales; pero este arranque de energía y dignidad duró muy poco, pues al ser llamada al día siguiente dicha corporación al palacio de Murat en unión de la Junta de Gobierno, acudió con gran mansedumbre para decir que: «bajo la salvaguardia y protesta de no entrar en la cuestión política ó perjudicar su respuesta á los reyes y demás sucesores según las leyes del reino, le parecía al Consejo que la elección de rey de España debía recaer en el hermano mayor de Napoleón, José Bonaparte, actual soberano de Nápoles.»

Ya había logrado el invasor todos sus propósitos; ya había encontrado la mascarilla de la legalidad para cubrir y desfigurar un hecho tan criminal como la usurpación de un pueblo; ya no era Napoleón el conquistador bárbaro que imponía su voluntad á una nación, pues el elemento oficial, la autoridad española, por boca del más respetable y alto de sus tribunales, le convertía en protector bondadoso, pidiéndole un rey como las ranas de la fábula.

La indignidad llegaba á sus mayores límites. Aquellos despreciables príncipes que estaban en Bayona, tenían en España representantes dignos de ellos y ya no eran los extranjeros invasores los que la deshonraban, sino aquellos seres tímidos y envilecidos que á pesar de estar revestidos de tan alta autoridad ya no merecían jamás ser considerados como sus hijos.

Para que la obra fuese completa, hasta el ayuntamiento de Madrid se adhirió también á las manifestaciones del Consejo.

Napoleón, así que supo que conforme á sus secretas instrucciones y á sus deseos, había sido designado su hermano José para ocupar el trono de

España, se apresuró á cumplir una de las promesas hechas en su proclama á los españoles y en la *Gaceta* del día 24, publicó la convocatoria para las Cortes españolas que debían reunirse en Bayona el día 15 del próximo mes de Junio.

Entonces se demostró claramente hasta dónde llegaba el liberalismo de Bonaparte y que alcance tenían las promesas democráticas hechas por aquel antiguo soldado de la revolución.

Decía la convocatoria (que iba á nombre de Murat como lugarteniente del reino y de la Junta de Gobierno) que estando enterados de que los deseos del emperador eran que en Bayona se juntase una diputación general de ciento cincuenta personas compuesta del clero, nobleza y estado llano para tratar allí de la felicidad de España, proponiendo las reformas y los remedios más convenientes para destruir los males de la nación y de cada provincia en particular, había nombrado la Junta á algunos sujetos reservando á varias corporaciones, á las ciudades de voto en Cortes y á otras, el hacerlo, dándoles la forma de ejecutarlo para evitar dudas y dilaciones.

Los ayuntamientos de voto en Cortes quedaban autorizados en dicha convocatoria para nombrar sus representantes no sólo entre los nobles sino entre el estado llano, encargándoles que se guiasen siempre por las luces y la experiencia de los individuos.

El Congreso de Bayona quedaba constituido en la siguiente forma que demuestra hasta dónde llegaban las aspiraciones liberales y regeneradoras del emperador.

El clero enviaba cincuenta diputados, la nobleza treinta, el comercio catorce, la alta magistratura doce, el ejército ocho, las universidades tres, las provincias exentas con las posesiones ultramarinas catorce y el estado llano ó sea la verdadera representación del pueblo, catorce.

Bonaparte comprendía al dar tal forma á la convocatoria, el estado de la nación y en que clases sociales estaban sus amigos y sus enemigos.

En su Asamblea se debía dar mucha parte al clero y á las clases privilegiadas, porque estos elementos eran los más corrompidos por el poder, los que más pronto acudían á postrarse ante el soberano fuese éste quién fuese y los que más afición mostraban por la tiranía, y se debía excluir en lo posible al pueblo, que, á más de odiar la usurpación, estaba dispuesto á combatirla.

El invasor debía temer únicamente al pueblo, pues las clases privilegiadas no habían vacilado ni un instante en ponerse á su lado, y los únicos actos de resistencia de Burgos, Toledo y Madrid habían partido de las masas populares.

La representación del pueblo era inútil en la Asamblea de Bayona, porque él protestaba contra todo lo sucedido, y comprendiendo que era llegado el momento de despertar llevando

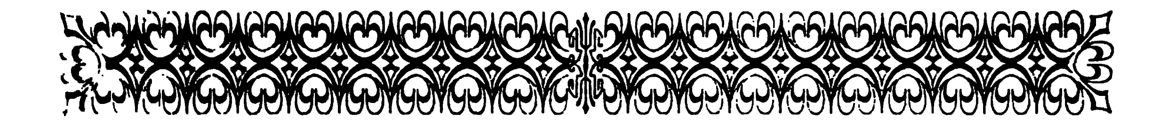
á la práctica su protesta, se agitaba sordamente, preparándose para empezar la epopeya más grande que registra la historia.

El duelo iba á principiarse.

De una parte el hombre más poderoso de la tierra, temido de los reyes y admirado por todos; de otra un pueblo que hasta entonces había vivido envilecido por la tiranía y que carecía de armas y recursos.

Las principales ciudades, las mejores fortalezas ocupadas por cien mil soldados que habían paseado triunfantes toda Europa y frente á ellos un pueblo desarmado, pero poseído de esa sublime furia que lleva hasta al suicidio por la patria.

A un lado el poderoso insolente y soberbio rodeado de miles de bayonetas y sables, y á otro el infeliz completamente solo y debilitado por luengos siglos de opresión y deshonra, pero tras éste, y cubriéndole con su fuerte manto, ese sublime espíritu que simboliza la patria, la justicia y la libertad y que ha sido siempre el vencedor de todos los tiranos que, convirtiendo su capricho en ley, han pretendido borrar pueblos del mapa por medio de la fuerza y medir bajo el mismo rasero á toda la humanidad.



CAPITULO II

1808

Equivocación de Bonaparte.—La autonomía de las antiguas regiones como principal base de la defensa nacional.—El despertar de España.—El alcalde de Móstoles.—Precauciones de Murat.—Levantamiento de Asturias.—Diputación que ésta envía á Inglaterra.—Napoleón y la Gran Bretaña.—La profecía de Pitt.—Levantamiento de Galicia.—Levantamiento de Santander.—Levantamiento de León y Castilla la Vieja.—Excesos de las turbas.—Levantamiento de Sevilla y de toda Andalucía.—Rendición de una escuadra francesa en Cádiz.—Excesos de las turbas en Granada.—Levantamiento de Extremadura.—Gloriosas deserciones del ejército español.—Levantamiento de Cartagena y Murcia.—Levantamiento de Valencia.—Asesinatos y tropelías.

Otra de las grandes equivocaciones que sufrió Napoleón en la invasión de España, fué el creer que ésta era una nación que en constitución orgánica se parecía á la mayor parte de las de Europa. Bonaparte obraba en España del mismo modo que en otras naciones que había conquistado y creía que con tener en su poder la capital del reino y aterrorizar á sus habitantes, lo había conseguido todo.

El recordaba sus campañas de Austria, Prusia, Italia y otros pueblos, y comprendiéndolos á todos igualmente aplicaba los mismos patrones de conquista á nuestra nación.

En todas sus operaciones contra dichos pueblos había usado el mismo sistema con completo éxito. Primeramente había derrotado los ejércitos enemigos, después habían ocupado sus tropas la capital del reino, y una vez alojado él ó el general que le representaba en el palacio del soberano fugitivo ó prisionero, se había ya considerado con completa seguridad como señor y árbitro de la suerte de la nación conquistada.

En su invasión de España muy

pronto vinieron los hechos á demostrarle cuán equivocado estaba al creer que bastaba su sistema anterior para someter á un pueblo como el hispano, pues á pesar de tener ocupadas con su ejército las principales ciudades y plazas fuertes de la nación, y poder disponer á su antojo de las autoridades españolas que todavía quedaban en pié á cambio de su vergonzosa complacencia con el invasor, no llegaba á considerarse como dueño y soberano más que de aquellas tierras en donde descansaban las culatas de los fusiles franceses.

Napoleón, casi al término de sus asombrosas conquistas, había tropezado con un pueblo para él raro y original que no sólo contaba para oponérsele con el valor y la independencia de sus hijos, sino con su especial constitución política que dos siglos de absolutismo centralista no habían conseguido hacer desaparecer.

El había paseado sus brillantes legiones por las capitales de Italia y esto había bastado para que toda la península latina quedara sojuzgada á su poder, sin que en un solo pueblo se levantara un ciudadano que con las armas en la mano protestara de la usurpación; había acercado sus ejércitos á Viena indefensa y esto había sido suficiente para que Austria le acatara como vencedor; había hecho correr su legendario caballo por las calles de las principales ciudades alemanas y toda la Germanía ante este espectáculo quedaba suspensa y humillada, sin fuerzas para continuar la resistencia, y deseosa de adquirir la paz; deseó matar la República á quien debía todo cuanto era y para matar una institución que con sus glorias y sus horrores en tan pocos años tan hondas raíces había echado en el país, le bastó con los granaderos del 16 de Brumario, sin que después de consumado el brutal golpe de Estado, hubiera en el ejército y en el pueblo quien protestara de la disolución de la Asamblea.

Su suerte había sido la misma en todas partes. Siempre tuvo que luchar con naciones unitarias, donde la vida estaba centralizada en un punto y la guardia del honor nacional residía exclusivamente en el ejército disciplinado, y esta ventaja había decidido siempre su triunfo.

Pero en España su estrella se nubló por lo mismo que como antes hemos dicho tuvo que luchar con un pueblo nuevo y original.

Jamás en ninguna de sus conquistas se encontró en situación más favorable.

Sin disparar un tiro y valiéndose de la traición y del engaño había invadido el territorio español y apoderádose de sus castillos y fuertes, sin derramar una gota de sangre francesa. La frontera que separaba su imperio de España la tenía ocupada por sus soldados; los castillos de Pamplona y de Figueras en poder de sus generales, quitaban todo peligro que pudiera existir en las comunicaciones

con Francia; Montjuich, guarnecido por los franceses, apuntaba los mismos cañones españoles contra Barcelona é impedía todo movimiento insurreccional en la segunda ciudad española; la flor de nuestro ejército estaba en Dinamarca á las órdenes del marqués de la Romana, formando parte de las tropas imperiales, rodeadas por éstas, aisladas de la patria y sin noticias de sus infortunios; nuestra armada obedecía las órdenes de Murat, el nuevo presidente de la Junta de Gobierno, y Madrid, la capital del reino, estaba amedrantada con los crueles castigos que sobre ella cayeron después de la jornada del 2 de Mayo.

¿Qué pueblo había encontrado Napoleón en su larga carrera de conquistas, cuya invasión hubiera verificado más rápida y felizmente y que más imposibilitado estuviera de defenderse?

Las otras naciones que humildemente habían solicitado á Napoleón la paz, habían al menos tenido tiempo y lugar para organizar sus ejércitos y batirse en los campos de batalla, y únicamente después de grandes derrotas y de ver sus capitales en poder del invasor, era cuando, arrojando la espada, solicitaban de rodillas una tregua deshonrosa y el perdón de todo lo pasado.

Y si tal hicieron los pueblos que avisados de una próxima guerra habían tenido espacio para armar al pueblo, llevar sus ejércitos á la frontera y disputar el terreno palmo á palmo á los enemigos, ¿qué iba á hacer España que tenía al enemigo dentro de sus hogares y se encontraba en sus brazos inerme y desarmado?

Este pensamiento debía ser el del emperador por cuanto daba la conquista de España como segura, y embebido en sus cálculos gigantescos no se ocupaba gran cosa de ella.

El pensaba como Murat, que la sangrienta y cruel jornada del 2 de Mayo ponía para siempre la España en sus manos. Los que estaban acostumbrados á un París que pensaba y obraba impunemente por toda Francia, no podían comprender que hubiera una España más allá de las tapias de Madrid.

Y, sin embargo, nada más cierto. La patria no estaba en la capital como en otras naciones, sino que residía en donde quiera ponía sus plantas un español, debiéndose esta inmensa ventaja á que la monarquía absolutista que tanto había pugnado por matar al espíritu autónomo de las antiguas regiones ó reinos, no había tenido bastante tiempo para consolidar su poder centralista y unitario y hacer desaparecer hasta el último átomo de independencia de los antiguos Estados.

Todavía estaba latente en éstos el espíritu y la iniciativa propios, todavía tenían vida aquellos cuerpos que el absolutismo había dejado heridos de muerte, y este rastro de vitalidad agrandado y enardecido por el entusiasmo fué lo que salvó á España en aquellas circunstancias.

Cataluña, Aragón, Valencia, Astu-

rias, gran parte de los antiguos reinos, recordaban perfectamente lo que habían sido en otros tiempos; en unos quedaba todavía el deseo de volver al tiempo de su soberanía de sus fueros y sus libertades; en otros se sostenían aun corporaciones que, aunque indirectamente, representaban aquel espíritu, y estas reminiscencias del pasado, fueron las que principalmente contribuyeron á que se verificara el glorioso movimiento de la Independencia, sin precedentes en la historia.

La base de aquella magna epopeya ha sido desconocida por casi todos.

Superficialmente se ha atribuido al entusiasmo confundiendo con ésto la causa con los efectos.

Aquel pueblo entusiasta, no lo hubiera sido ni hubiera realizado tan magníficas hazañas á no estar poseído de aquel espíritu regionalista é independiente que muchos años de absolutismo no habían conseguido borrar.

Un pueblo de larga historia unitaria, acostumbrado á no obedecer más autoridad que la del rey y á no reconocer otro centro directivo que la monarquía, no hubiera verificado ningún acto de resistencia ante la invasión francesa, porque hubiera acatado las órdenes de la Junta de Gobierno que se prosternaba ante Napoleón y obedecido los mandatos de sus monarcas que regalaban su corona á un hombre á quien temían.

Pero el pueblo español acostumbrado hasta dos siglos antes á obedecer antes á sus Cortes regionales que á su rey, á ver con aplauso como sus procuradores negaban subsidios al monarca y le pedían cuentas de su conducta, á levantar ejércitos para oponerse á la voluntad real y á recordar los tiempos en que formaba diferentes Estados independientes y con historia propia, ese pueblo supo desobedecer la voluntad de la casa reinante y del gobierno central, y animado por su tradición revolucionaria, su espíritu de región y su desprecio á la autoridad centralista, salvó el honor nacional y dió una cruda lección á los poderosos, que, cobardes, abandonaron los intereses de la patria.

En aquella ocasión se demostró en toda su plenitud, lo beneficioso de aquella afición autonómica que los reyes habían querido borrar á toda fuerza, y lo débil que era aquella unidad nacional hecha unas veces á viva fuerza y otra por medio de matrimonio, y figurando los Estados como muebles inscritos en cartas dotales.

El pueblo en su protesta armada contra el extranjero, encontró inmediatamente medios de organización y de fomentar su entusiasmo acudiendo á su antiguo sistema regional.

Las provincias que habían organizado en otros tiempos ejércitos contra los reyes, pudieron ahora fácilmente formarlos para combatir al extranjero; el antiguo sistema electoral para las Cortes regionales, sirvió para convocar y nombrar las juntas de defensa de las provincias, y cada una de éstas,

como en otros tiempos había tenido su vida propia tanto política como administrativa, encontró en su seno, sin tener que concertarse con la demás, y obrando suelta y espontáneamente, medios suficientes y la actividad necesaria para emprender y seguir con éxito la guerra de la Independencia.

La antigua autonomía de las regiones fué la base del glorioso movimiento nacional, y no sólo ésto, sino el medio más seguro para que en los primeros momentos de lucha, en que las fuerzas de la patria eran todavía débiles y desorganizadas, no peligrara el movimiento como de seguro hubiera sucedido al concentrarse todo en un punto y atraer sobre sí todo el peso del poder de los enemigos. Si tal como pensó la Junta de Gobierno, cuando sus intenciones eran todavía algo patrióticas y no se había decidido totalmente por los franceses, se hubiera reunido en Zaragoza una Junta supletoria que funcionara como autoridad central para los intereses de España, éstos hubieran peligrado primeramente, porque aquélla hubiera podido desaparecer á un solo golpe de los enemigos, y después, porque los mandatos de un poder superior y único para toda la nación no hubieran producido en las provincias el entusiasmo y la energía de que se sintieron poseídas al verse solas y á su completa iniciativa para defender el honor y la integridad del territorio español.

Aquella explosión que estalló en cien partes á la vez, asombró á los franceses, impidió un golpe decisivo de éstos y dió tiempo para que se organizara el movimiento y la lucha fuera más igual.

Napoleón, considerando á España como un organismo enfermo y debilitado por los abusos de la monarquía y la teocracia, creyó apoderarse teniendo entre sus manos la débil cabeza que era Madrid, pero se encontró con una hidra á quien por cada cabeza que se le cortaba le nacían nuevamente cien.

Nunca en pueblo alguno se ha visto espectáculo como el despertar de España á la vida de la revolución.

Aquello fué un verdadero alzamiento popular que en todas partes ofreció el mismo carácter.

Las últimas clases sociales, la *canalla*, los *villanos*, la clase escarnecida por la aristocracia, oprimida por la monarquía y explotada por el clero, es la que se agita, la que da el primer grito, la que ruje de indignación contra los invasores y se lanza á la palestra para vindicar el honor nacional. Los que nada tienen que defender, los que no tienen palacios ni extensos predios que exciten la codicia y la rapacidad de los invasores, los que no tienen otra renta que el producto de sus brazos y que sólo miserias y abandono deben á los reyes, esos son los que se lanzan fuera de sus casas, dando vivas á la nación y á Fernando VII; esos los que en la balanza del porvenir de la patria hacen caer el platillo de parte de la insurrección y la guerra que representa en aquella

ocasión la reivindicación del honor y los derechos de la patria, y en cambio los poderosos que por sus intereses pueden temer la invasión, los que ocupan los más altos puestos y necesariamente tienen que cumplir el deber de velar por los intereses nacionales, esos son los que se muestran inquietos y recelosos, los que intentan en los primeros momentos sofocar el popular movimiento y que si después toman parte en éste es porque se sienten arrastrados por la fuerza de los acontecimientos y sus conveniencias particulares, y aún así, marchan reacios y tibios á la cola del pueblo.

En todas las ciudades se presenta el mismo espectáculo.

Los primeros que lanzaron el grito de muerte contra el invasor, son la clase trabajadora é individuos pertenecientes á las últimas categorías de respetadas clases sociales. No figuran á su frente generales ni magistrados ni obispos. Aquí es el tribuno popular que lleva la voz por todos, un joven obrero á quien los dolores de la patria prestan las deslumbrantes alas de la elocuencia; allá es un pobre vendedor público que enardece á las masas con sus palabras rudas y viriles; en un sitio dirige al pueblo un pobre é ignorante fraile, en otros un humilde oficial retirado; unas veces es en el campo el hidalgo pobre y apocado el que convoca á todos los convecinos y armándolos declara la guerra á Napoleón; otras el alcaldillo de humilde lugarejo, el que al són del tambor del pregonero, con el énfasis de un jefe de Estado, pone en entredicho á los franceses y amenaza al coloso de Europa, y mientras en las últimas capas sociales se ve tal nobleza y tanta decisión y entusiasmo, los regentes de Audiencia meten en la cárcel á los emisarios patriotas que van de población en población enardeciendo á las gentes para que se subleven contra los invasores, los capitanes generales ponen sobre las armas á las tropas españolas para que sofoquen todo movimiento de sus compatriotas, y hay obispos que por medios viles y rastreros intentan deshonrar y desprestigiar el naciente movimiento.

Por todas partes despierta el pueblo español espontáneamente á la vida revolucionaria.

El elemento ilustrado de la clase media constituye las juntas que decretan convencidas de que obran en el pleno uso de la soberanía que les es propia; el elemento popular asalta los parques y se arma formando batallones que desean luchar por la patria, y el hijo del monte, empuñando el trabuco, constituye la guerrilla que tan fatales recuerdos debía dejar en los franceses.

El glorioso movimiento lo lleva á cabo el pueblo y la escasa clase media.

La nobleza y el clero (salvo raras excepciones), se muestran desde el primer momento reacios á la insurrección; por fin una parte se pone al lado de la patria, pero la mayor parte odia la guerra que empieza porque la em-

precia la *canalla* y el *populacho*, y consecuente en ampararse de la manoseada palabra legalidad que tanto sirve para disculpar traiciones y vilezas, obedece á la Junta de Gobierno y al invasor, y forma aquella clase de españoles que el pueblo designó con el nombre de *afrancesados*.

Al lado de las autoridades intrusas figuraron nobles, clérigos, magistrados, consejeros, todos los favorecidos, en fin, con las mercedes de la monarquía y de Godoy, todos los que estaban acostumbrados á una vida cómoda y regalada á cambio de su conciencia y su honor; pero no se vió afrancesado ni un solo grupo de aquel pueblo entusiasta é inocente que en la candidez propia de las almas sencillas, para luchar y morir por la patria aclamaba á aquella misma monarquía que vergonzosamente había vendido á la nación en Bayona.

No solo el pueblo de las ciudades y los campos se rebeló en aquella ocasión contra los invasores; el soldado que hasta entonces había sido máquina inconsciente siempre pronta á obedecer á las órdenes de los jefes, se sintió esta vez hombre ante las desgracias de la patria; su conciencia revivió al calor del general entusiasmo, y desoyendo á los oficiales ordenancistas adictos al nuevo régimen desertó de aquellas banderas que estaban deshonradas al seguir unidas á las águilas francesas, y fué á engrosar aquellos ejércitos populares que en todas partes se formaban.

Los espíritus apocados y tímidos inspirados por el miedo, recordaban las grandes victorias de Napoleón sobre pueblos poderosísimos y el reconocido poder de sus legiones; pero estas voces eran escasas y además ahogadas por el general entusiasmo, pues la osadía caracterísca en el pueblo español mostrándose en toda su amplitud hacía que todos viejos y jóvenes, mujeres y niños llevados del fervor patriótico, consideraran como estupendas mentiras todas las proezas napoleónicas y que creyeron que los soldados imperiales á pesar de su aspecto imponente y aguerrido, podían ser derribados por el más débil brazo con tal que éste fuera español.

El magnífico movimiento de nuestro pueblo, aunque espontáneo, tuvo su período de gestación.

Entre la terrible jornada del 2 de Mayo y la sublevación general del territorio, mediaron algunos días durante los cuales el furor popular fué concentrándose para hacer la explosión más ruidosa.

A pesar de este lapso de tiempo, las terribles matanzas de Madrid no pasaron sin protesta, ni dejaron de causar alguna conmoción en el país. La protesta tuvo una forma original que demuestra hasta dónde llega el valor y la espontaneidad de nuestro pueblo, y nació donde menos era de esperar.

A tres leguas de Madrid, en la carretera de Estremadura, existe un lugarejo de unos doscientos vecinos,

llamado Móstoles, nombre hasta entonces desconocido y que en aquella ocasión alcanzó para siempre una fama inmortal.

Como consecuencias de los horrores y las persecuciones ocurridos en Madrid después del día 2, fueron muchos los que abandonaron la capital buscando su seguridad y salvación, y alguien debió llegar á Móstoles con la noticia de todo cuanto acababa de suceder, é indudablemente su relación debió ser recargada con los sombríos colores propios del miedo.

Encontrábase casualmente en dicho pueblo el secretario del Almirantazgo, D. Juan Pérez Villamil, el cual aconsejó al alcalde que hiciera saber á los pueblos cercanos la fatal noticia, para que todos tuvieran conocimiento de los males de la patria, y entonces fué cuando el alcalde citado redactó el famoso parte que la historia conserva íntegro con sus faltas de lenguaje, por lo mismo que esto es una clara muestra del patriotismo de aquel hombre rudo que no se aconsejó de nadie para ser el primero en desafiar á poca distancia de Madrid el terrible poder de los franceses.

El parte decía así: «*La Patria está en peligro Madrid perece víctima de la Perfidia francesa: Españoles acudid á salvarle Mayo 2 de 1808.— El Alcalde de Mostoles.*»

Este original y enérgico documento, viajó con una celeridad asombrosa. De pueblo en pueblo fueron pasándoselo los respectivos alcaldes, causando un efecto semejante al de un antorcha que fuera dejando tras sí un reguero de fuego, y fué tanta la prisa que todos se dieron en que circulara que el día 4, ó sea dos días después, ya estaba en Badajoz.

Además, al documento acompañaba la relación oral de los sucesivos portadores, y fueron las noticias, al pasar de boca en boca, creciendo de tal modo que al llegar á Talavera ya se decía que Madrid estaba ardiendo y que los franceses no habían dejado un solo vecino con vida.

El parte del alcalde de Móstoles produjo en Badajoz un magnífico efecto como luego veremos, si bien la calma aparente que España pareció gozar después del 2 de Mayo, destruyó aquel conato de insurrección retardándolo en dicha ciudad hasta fines del mes.

Entretanto, Murat, aunque no creía mucho en lo posible que el pueblo español se sublevara después de la jornada del 2, aprovechándose de la tranquilidad que después de ésta sobrevino, por si algo podía suceder, se se preparó convirtiendo el Retiro en una gigantesca batería que amenazaba continuamente á Madrid, agregó dos regimientos de suizos y españoles al ejército de Dupont, y tres compañías de guardias de Corps y cuatro batallones de guardias españolas y walonas al de Moncey; la división española, que procedente de Portugal se hallaba en Badajoz á las órdenes del general Solano, la hizo retirar al cam-

po de San Roque; mandó al capitán general de Galicia, D. Antonio Filangieri, que se pusiera de acuerdo con el jefe del departamento del Ferrol para enviar á Buenos Aires una expedicion de tres mil hombres, proponiéndose con esto debilitar nuestro ya mermado ejército y cubrir aquella posesión ultramarina de un ataque de los ingleses, y al general Salcedo, jefe de nuestra escuadra surta en Mahón, le ordenó que inmediatamente se diera á la vela para Tolón, donde debía unirse con la armada francesa quedando de este modo imposibilitado de prestar sus servicios á la patria.

Además, despachó para distintos puntos á varios oficiales de reconocida perspicacia para que, acercándose á varios generales españoles, se enteraran de sus intenciones y en todo caso les convencieran de que debían ponerse incondicionalmente á las órdenes de Napoleón.

Pero pronto vinieron los acontecimientos á demostrar á Murat cuán inútiles eran la mayor parte de estas disposiciones.

El movimiento insurreccional no se hizo esperar y partió de una provincia que ya tenía en nuestra historia suficientes glorias para alcanzar el agradecimiento de toda la nación por sus esfuerzos á favor de la independencia.

Asturias, como si se sintiera animada por el espíritu de Pelayo y sus montañeses, fué la primera en lanzar formalmente el grito de guerra contra el invasor.

Contribuyó más á esto sus condiciones geográficas, que siempre la habían animado á acometer las más aventuradas empresas, pues confiaba siempre en sus montes inexpugnables que constituyen un buen elemento de defensa.

La noticia de los horrores y crueldades del 2 de Mayo llegó á Oviedo juntamente con el draconiano bando del 3 publicado por Murat y cuyo texto ya conocen los lectores.

El comandante de armas de la ciudad don Nicolás de Llano Ponte, recibió de Madrid la orden de publicar y poner en ejecución el sanguinario bando, y la noticia cundiendo por la ciudad produjo gran efervescencia.

El 29 del mes anterior, los asturianos llevados de su odio á los invasores, habían apedreado en Gijón la casa del cónsul francés por haber éste arrojado desde sus ventanas algunos papeles impresos contra la familia de Borbón, y como este acto les tenía en contínuo recelo, creyeron que las órdenes llegadas de la capital eran con el exclusivo objeto de castigar á los autores de aquel desahogo popular.

La excitación popular era además fomentada en secreto por algunos patriotas como el marqués de Santa Cruz de Marcenado, D. Manuel Miranda, y el canónigo D. Ramón de Llano Ponte, que en su juventud había sido militar y que todavía conservaba ardores bélicos.

La audiencia de Oviedo, en unión del comandante de armas, pareció va-

cilar en la publicación del bando de Murat, pero por fin se decidió á ello el día 9, y con este objeto recorrieron juntos las calles de la población; pero apenas tal hicieron les salió al paso una gran muchedumbre que en ademán hostil comenzó á dar vivas á Fernando VII y á gritar ¡muera Murat! obligándoles á retroceder y á desistir de sus propósitos.

Esta retirada contribuyó á hacer mayor la sedición y á que cobrara el pueblo mayores ánimos, y reforzados los grupos con los estudiantes de la Universidad, elemento bullicioso y levantisco de gran valía en las sublevaciones, se dirigieron á donde estaba reunida la Junta general del Principado de Asturias, corporación que aunque limitada á funciones administrativas era muy respetada, porque como dice Toreno «era reliquia dichosamente preservada del casi universal naufragio de nuestros antiguos fueros» y la cual solamente se convocaba cada tres años, habiéndose reunido en aquél el día 1.° de Mayo.

Encontró el movimiento gran apoyo en la mayoría de los individuos de la Junta, pero algunos mostraron bastante oposición, ayudándoles en esto la audiencia que, enemiga del pueblo, daba sigilosamente aviso á Madrid de todo cuanto allí ocurría.

En el seno de la Junta se entablaron grandes discusiones entre los patriotas y los amigos del nuevo régimen, que más poderosos ó más audaces lograron que la corporación suspendiera el poner en práctica las medidas que en el primer instante revolucionario había tomado, acuerdo al que se opuso con valor el viejo marqués de Santa Cruz de Marcenado, que presidía, el cual dijo «que protestaba solemnemente, y que en cualquiera punto donde se levantase un hombre contra Napoleón, tomaría un fusil y se pondría á su lado.»

Estas palabras eran dignas y propias del nieto del célebre marqués del mismo nombre, cuya fama como tratadista militar será imperecedera y que supo alcanzar el laurel del guerrero, muriendo á principios del pasado siglo frente á los muros de Orán.

El aviso dado por la Audiencia á Madrid surtió inmediatamente su efecto, pues Murat se apresuró á trasmitir crueles instrucciones á la Audiencia para que sofocara el movimiento, enviando además á Asturias en calidad de comisionados del gobierno, por las muchas relaciones que tenían en aquel país, al conde del Pinar, célebre por su cruel severidad, y al célebre poeta D. Juan Meléndez Valdés, y ordenando al comandante general de la costa cantábrica D. Cristóbal de la Llave, que pasara á Oviedo á encargarse del mando prometiéndole que á dicho punto concurrirían para cumplimentar sus órdenes un escuadrón de carabineros procedente de Castilla y el batallón de Hibernia que estaba en Santander.

Todas estas disposiciones no tardaron á ser conocidas por todos, é influ-

yeron mucho en el ánimo de los complicados en la asonada, los cuales viendo que su castigo era inevitable si las cosas seguían en tal estado, se propusieron el ultimar cuanto antes el movimiento patriótico.

En algunas noches los inquietos elementos populares sobreexcitados por las relaciones de los que llegaban de Madrid, que pintaban con gran calor todos los horrores del 2 de Mayo, llevaron á cabo asonadas de poca importancia, hasta que llegó el día 24 que fué el designado por los conjurados para verificar la general sublevación de la provincia por ser este el día en que debía llegar á Oviedo el nuevo comandante La Llave.

Este, tal como se había anunciado, entró en la ciudad el citado día y para las once de la noche señalaron los patriotas el movimiento. Con anticipación habían dirigido estos un aviso á todos los alcaldes de los pueblos comarcanos, los cuales, seguidos de alguna gente, entraron en Oviedo al toque de oraciones.

La orden dada para que á las once dieran la señal del alboroto las campanas de la ciudad y de las aldeas cercanas, tocando á rebato, sufrió al comunicarse una mala interpretación, por lo que se retardó una hora, siendo muy grande la angustia y zozobra que experimentaron los conjurados al notar que era la hora convenida por ellos y no sonaba la señal anunciada.

Por fin, al dar las doce, comenzó el vuelo de campanas y entonces los comprometidos, que eran muchos, se esparcieron por las calles, siguiéndoles todo el pueblo que hacía tanto tiempo deseaba aquella explosión.

El primer acto de las entusiastas masas fué apoderarse de la fábrica de armas, favorecidos por los mismos oficiales de artillería que estaban al frente de ella y repartirse una regular cantidad de los cien mil fusiles que en ella había, fabricados allí en parte y depositados los demás por el príncipe de la Paz que había tenido especial empeño en guardar el armamento de la nación en determinados puntos.

Armada la muchedumbre prendió al comandante La Llave, al conde del Pinar y á Meléndez Valdés y luego fué avisando á todos los individuos de la Junta del Principado para que inmediatamente se reuniera agregándola algunos vocales de las comarcas cercanas que estaban presentes.

La primera providencia de aquella corporación convocada y reunida á altas horas de la noche y entre el estruendo de una conmoción popular, fué hacerse solidaria de la revolución y después nombrar por su presidente al fogoso marqués de Santa Cruz, confiándole el mando del ejército en formación.

Al día siguiente, la Junta constituida en gobierno supremo de aquel trozo de España que tan valerosamente se levantaba contra los invasores, declaró solemnemente la guerra á Napoleón é inmediatamente se dedicó

á organizar las fuerzas con las cuales tenían que sostener sus derechos.

El escuadrón de carabineros y el regimiento de Hibernia enviado por Murat para prestar sus auxilios al comandante La Llave, llegados á Oviedo cuando ya estaba consumado el movimiento popular, se adhirieron á éste, siendo reducidos á prisión sus respectivos jefes. Dichas fuerzas prestaron muy buen servicio, pues de ellas se sacaron los oficiales y sargentos necesarios para la instrucción de las fuerzas armadas que la Junta fué formando.

Esta se propuso poner en pié de guerra un cuerpo de ejército de diez y ocho mil hombres é hizo grandes sacrificios y sufrió muchos desvelos para conseguirlo, ayudada por el patriotismo y el entusiasmo de todos los asturianos.

El apasionamiento que en aquellas circunstancias se había apoderado de todos y lo expuestos que estaban á cometer hechos reprobables los que se dejaban llevar sin prudencia por el ardor del patriotismo, se demostró á los pocos días de efectuado el movimiento en un hecho que hubiera podido tener fatales consecuencias.

Hemos dicho antes que la revolución había encarcelado al comandante La Llave, á los magistrados conde del Pinar y Meléndez Valdés, juntamente con el comandante de los carabineros Ladrón de Guevara y al coronel de Hibernia, Fitzgerald.

El marqués de Santa Cruz que era fogoso y arrebatado, y en tocante á materias de patriotismo un tanto cruel y vengativo, no cesaba en pedir en el seno de la Junta que se les formara causa y se hiciera en ellos un ejemplar castigo, instancias que hacían temer á aquella corporación por la vida de los prisioneros, á lo que también se agregaba el que había llegado á la ciudad numerosos pelotones de voluntarios de los concejos inmediatos, gente dura y levantisca que en todas partes creía ver afrancesados.

Estas consideraciones movieron á la Junta á salvar á los presos sacándolos del territorio del principado, pero esta diligencia se hizo de un modo imprudente, pues les hicieron atravesar de día y en un coche las principales calles de la ciudad.

Unas mujeres al reconocerlos gritaron *¡ya se marchan los traidores!* y apenas sonó este grito, un tropel de los ya citados voluntarios que andaban cerca se arrojaron sobre el coche, y sacando á viva fuerza á los cinco prisioneros los condujeron fuera de la ciudad para atarlos en unos árboles con el propósito de fusilarlos.

Ya se disponían á dar muerte á aquellos desdichados que excepción hecha de Fitzgerald, que se mantenía impávido y sereno, estaban anonadados por el miedo, cuando un canónigo comprendiendo que á aquella turba de fanáticos sólo era posible imponerles con la pompa de la religión, se presentó en aquel lugar con la custodia en la mano consiguiendo de este modo y

ayudado con las exhortaciones de prestigio, salvar la vida de los cinco desventurados.

Afortunadamente la revolución de la primera provincia que se levantaba contra el invasor, no se deshonró con la sangre de unos seres indefensos.

Al declararse la Junta de Asturias gobierno soberano del país, levantado en armas contra Napoleón, tomó un acuerdo importantísimo y que debía influir mucho en el porvenir de España. Acordóse enviar una embajada solicitando el auxilio de Inglaterra, la eterna enemiga de Napoleón en la guerra que se iba á emprender, y para tan difícil comisión nombrose á D. Andrés Angel de la Vega, y al entonces Vizconde de Matarrosa, después conde de Toreno, célebre por sus escritos y su historia política, y que en aquella ocasión no contaba más allá de veintiún años.

Los comisionados después de muchos obstáculos, lograron tomar pasaje en un corsario inglés que cruzaba entonces frente á las costas asturianas. En la noche del 6 de Junio llegaron los comisionados á Falmouth y acompañados de un oficial de la marina real se dirigieron en posta á Londres.

Poco después de romper el día entró aquella singular embajada en el almirantazgo inglés y su secretario quedó asombrado al oir que aquellos jóvenes venían representando á un pueblo que había declarado la guerra á Napoleón, pueblo que como dice Toreno, procuraba buscar el inglés en el mapa universal, no pudiendo casi dar crédito que un pueblo tan pequeño se atreviera á desafiar al coloso que alarmaba al mundo.

Momentos después, se presentaba ante los comisionados Mr. Canning, ministro de Relaciones Extranjeras, el cual experimentó igual asombro al enterarse por la relación de aquellos y las proclamas impresas que le exhibieron, de lo que sucedía en aquel rincón de España.

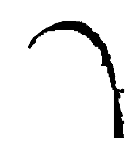
Aquellos hombres vieron claro lo que sucedía en toda la nación española, y comprendieron que lo de Asturias no era más que el primer chispazo y que en toda la península debía reinar igual efervescencia.

Los comisionados recibieron las mayores atenciones de parte del gobierno, y la noticia de su llegada causó en toda Inglaterra el mayor entusiasmo.

Aquello era para el pueblo británico una sorpresa muy inesperada y que llegaba en la ocasión más crítica.

Durante largos años Inglaterra había estado trabajando por abatir aquella Francia que se engrandecía y amenazaba tragarse á Europa.

Primeramente había combatido aunque con bastante tibieza á la República, ayudando en sus empresas á los Borbones destronados; pero, al aparecer Napoleón, adivinó que tenía que habérselas con un genio gigantesco é inquieto que la odiaba por lo mismo que eran incompatibles dentro de Europa dos poderes como el suyo y el de



Inglaterra, y se propuso destruirlo á toda costa, y aun teniendo que hacer sacrificios que la causaran gran quebrantamiento.

La vida militar de Napoleón puede reasumirse diciendo que fué un duelo con la Gran Bretaña.

La pesadilla de toda la vida de Napoleón fué la Inglaterra y ésta durante muchos años paró en su característica actividad, para no ocuparse de otra cosa que en destruir á Bonaparte.

Nunca ha presenciado el mundo desafío semejante al de aquellos dos gigantes.

Se buscaban en todas partes, todos los países eran buenos para medir sus fuerzas y todas las armas legítimas para el combate.

Inglaterra se trasladaba á Egipto con Nelson siguiendo la marcha de Napoleón y le vencía en Aboukir; enviaba á Sidney Smith al corazón de la Asia Menor, para detenerlo en su carrera de conquistas frente á San Juan de Acre; animaba á las naciones anonadadas por recientes derrotas para que formaran nuevas coaliciones contra el Imperio, mantenía con su oro y sus promesas la excitación en toda Europa contra el conquistador, destruía sus últimos navíos en Trafalgar, despertaba á Rusia obligándola á separarse de su enemigo; segura entre las olas, se burlaba del poder del guerrero omnipotente y al final encontró una España donde enviar á un Wellington que barrió las águilas más allá de los Pirineos y que ultimamente dió á aquel genio de la guerra el golpe de muerte en los campos de Waterlóo, y para mayor crueldad se guardó el derecho de fabricarle una tumba en Santa Elena.

Napoleón en cambio agotó todo su genio en la lucha contra aquel enemigo formidable; barrió del continente los primeros ejércitos formales formados por Inglaterra; como sangrienta burla hizo que su pesada caballería tomara á la carga los navíos británicos encerrados en los hielos; trabajó por separar á toda Europa de la vieja Albión, dejándola aislada de toda relación con el mundo antiguo; ideó el bloqueo continental, concepción gigantesca digna de su autor, que tendía á matar el comercio y la industria de aquélla, impidiendo todo tráfico con los mercados de Europa, proponiéndose con esto que se agotara aquel oro que levantaba todo el mundo contra él, y á pesar de tantos esfuerzos y tantos rasgos de genio fué vencido para demostrar al mundo que puede más la constancia de un pueblo que la voluntad de un solo hombre por grandioso que sea.

La sublevación de España se verificaba en un instante verdaderamente crítico para Inglaterra.

La lucha entre los dos gigantes se había suspendido por breve tiempo; pero el coloso francés quedaba en pié triunfante y satisfecho, mientras Inglaterra estaba á sus piés, no vencida pero debilitada y sin contar con el

apoyo de un solo pueblo para seguir en su empresa.

Ella veía como las naciones más poderosas de Europa, instigadas por el temor, la abandonaban y preferían á derribar al tirano, ponerse á su lado y merecer su benevolencia, y se encontraba precisada á tener que sostener una lucha con aquel hombre poderoso sin tener campo en la Europa, que le era hostil donde llevar sus ejercitos. Júzguese ahora cuál sería su sorpresa y su alegría al encontrarse de repente con un pueblo que, con un heroísmo sin precedentes en la historia, se armaba contra Napoleón, y solicitaba su auxilio para continuar tan grandiosa tarea.

Aquel pigmeo que de tal modo se rebelaba causó más sensación en el pueblo británico que si todas las potencias de Europa hubieran acudido á Inglaterra pidiéndola su cooperación.

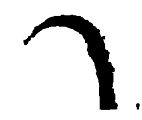
El entusiasmo de los ingleses fué inmenso y se manifestó en los honores que dispensaron á los dos comisionados de Asturias.

Aquella España degradada y envilecida, totalmente olvidada de Europa y que para nada era llamada al concierto de las naciones, volvía á resurgir grande y potente, y á excitar la admiración del mundo.

Nadie se acordaba ya de la nación empobrecida por los reyes y la teocracia fanática é ignorante, sin fuentes de producción y sin otros medios de vida que las flotas de América y la sopa de los conventos; y los ingleses veían en aquellos dos jóvenes á los representantes de la España romancesca, de la patria de los héroes y los paladines, siempre indomable é independiente y nunca falta de fuerzas para asombrar al orbe entero.

Toreno en su célebre Historia del levantamiento de España, relata con bastante parquedad lo honores de que tanto él como su compañero fueron objeto; pero en su relación inserta el detalle, para demostrar el entusiasmo del pueblo inglés, que habiendo asistido en los primeros días de su permanencia en Londres á la audición de una ópera en el palco del duque de Gueembury, fué tan inmensa la ovación que el público hizo á España y sus representantes, que la representación tuvo que suspenderse por más de una hora.

El día 12 de Junio, ó sea cinco días después de la llegada de los comisionados á Londres, el ministro de Relaciones Exteriores comunicó á éstos por escrito que el rey de Inglaterra veía con el mayor interés la leal y valerosa determinación del Principado de Asturias para sostener la independencia de la patria contra la atroz usurpación de Francia; que estaba dispuesto á prestar toda clase de auxilios á un esfuerzo tan magnánimo y digno de alabanza, y que igualmente estaba dispuesto á hacer extensivo su apoyo á todas las demás provincias españolas que se mostraran animadas del mismo espíritu que los habitantes de Asturias.



Estas declaraciones las llevó inmediatamente el gobierno inglés al terreno de la realidad, enviando inmediatamente á Asturias gran cantidad de víveres, municiones, armamento y vestuarios con destino al ejército que allí se estaba formando.

Al tratarse en la cámara inglesa del asunto de España, cesaron todas las animadversiones políticas entre los diputados; los partidos enemigos se unieron ante el interés de la patria, y fué opinión unánime el que todo el pueblo británico debía unirse al gobierno para apoyar y auxiliar la naciente insurrección.

Este espíritu se manifestó en el elocuente discurso que Sheridan, uno de los hombres más ilustres de Inglaterra y jefe del partido de oposición, pronunció en la cámara de los Comunes.

En uno de los períodos de su arenga que aplaudieron ambos lados de la cámara, decía así: «¿El denodado ánimo de los españoles no tomará mayor aliento cuando sepa que su causa no sólo ha sido abrazada por los ministros aisladamente sino también por todo el Parlamento y el pueblo de Inglaterra? Si hay en España una predisposición para sentir los insultos y agravios que sus habitantes han recibido del tirano de la tierra y que son sobrado enormes para expresarlos con palabras ¿aquella predisposición no se elevará al más sublime punto con la certeza de que sus esfuerzos han de ser cordialmente sostenidos por una grande y poderosa nación?

»Pienso que se presenta una importante crisis para Europa. Jamás hubo cosa tan valiente, tan generosa y tan noble como la conducta de los asturianos.»

Las palabras de Sheridan eran la fiel expresión de lo que sentía el pueblo inglés. Como muy atinadamente dice un escritor presencial de aquellas circunstancias, ni la batalla de Trafalgar, ni todas las victorias de la marina inglesa causaron tan profunda conmoción en Inglaterra como la noticia del levantamiento de Asturias.

Con esto veía el pueblo inglés realizada una asombrosa profecía de un grande hombre que todos tomaron como el extravío de una inteligencia, y que, sin embargo, era una de esas llamaradas de genio que penetra entre las demás sombras del porvenir.

Tres años antes de verificarse el alzamiento de España, asistió el eminente diplomático Pitt á una comida de campo en la que figuraba sir Arturo Wellesley, después duque de Wellington, entonces recién llegado de la India. A los postres recibió el gran político un abultado despacho, cuya lectura le dejó triste y meditabundo.

—Malísimas noticias, señores,—dijo á los comensales al concluir la comida.—Mack se ha rendido en Ulma con cuarenta mil hombres, y Bonaparte sigue su camino á Viena sin obstáculos.

—Todo está perdido,—dijeron la mayor parte de los circunstantes.—

No hay ya remedio contra Napoleón.

—Remedio todavía lo hay,—dijo Pitt con convicción.—Tal vez consiga levantar una guerra nacional en Europa y esta guerra ha de comenzar en España.

Estas últimas palabras las dijo con acento profético; pero á pesar de esto la declaración fué juzgada por todos como ridícula y únicamente comprendieron que la dijera Pitt en un extravío producido por el mal que le atormentaba, y que tres meses después le condujo al sepulcro.

Pitt, comprendió el mal efecto que sus palabras habían causado en los oyentes y continuó diciendo en tono profético:

—Sí, señores; la España será el primer pueblo en donde se encenderá esa guerra patriótica que sólo puede libertad á Europa. Mis noticias sobre aquel país, y las tengo por muy exactas, son de que, si la nobleza y el clero han degenerado con el mal gobierno y están á los piés del favorito, el pueblo conserva su pureza primitiva y su odio contra Francia tan grande como siempre y casi igual á su amor á los soberanos. Bonaparte cree y debe creer la existencia de estos incompatibles con la suya, tratará de quitarlos y entonces es cuando yo le aguardo con la guerra que tanto deseo.

La previsión del gran Pitt que se manifestó en tal profecía, es tan grande y asombrosa que hace dudar de su autenticidad á no ser por las personas respetables que la testifican, pues Toreno asegura haberla oído repetir á algunos de los oyentes, el general español Alava la oyó de labios de Wellington, y los embajadores de toda Europa oyeron como refería el hecho el ilustre soldado inglés en un banquete diplomático que se celebró en París en 1816.

Aquella profecía fué una de las más claras manifestaciones del genio de Pitt, é Inglaterra comprendió una vez más el mérito del grande hombre que había perdido viendo como los hechos respondían á sus palabras.

Los comisionados de Asturias se hallaban en Londres, en medio de las muestras de atención que se les prodigaban, un tanto inquietos en vista de la carencia absoluta en que estaban de cuanto pasaba en España. De esta cruel incertidumbre vino á sacarles la llegada á Londres de D. Francisco Sangro, el cual desembarcó quince días después que los asturianos, y venía representando á las provincias gallegas y enviado por la Junta que se había formado al efectuarse la sublevación del reino de Galicia.

La alegría de los ingleses no tuvo límites al ver que había provincias que seguían el glorioso ejemplo de Asturias.

Y así era efectivamente.

Las noticias de lo ocurrido en Madrid, habían causado en la Coruña bastante efervescencia que todavía vino á aumentarse más con la llegada de un oficial francés llamado monsieur

Mongat, el cual iba comisionado por Murat para examinar los arsenales existentes en Galicia de fusiles y artillería, y al mismo tiempo examinar el estado del país y de la tropa española que lo guarnecía.

Por ausencia del capitán general de Galicia D. Antonio Filangieri, hermano del célebre escritor italiano del mismo nombre, estaba al frente del gobierno militar D. Francisco Biedma, hombre de carácter rudo y mirado con gran antipatía tanto por paisanos como por militares. Este, á los primeros síntomas de indignación popular, tomó una medida contraproducente, pues tuvo continuamente á la tropa sobre las armas, y colocó mucha artillería pronto á disparar en la plaza de la capitanía general.

A pesar de que la mayor parte de las fuerzas que guarnecían Galicia habían pasado á Portugal en virtud del tratado de Fontainebleau, quedaban todavía en ella el regimiento de infantería de Navarra, los batallones de provinciales de Betanzos, Segovia y Compostela, el segundo de voluntarios de Cataluña y el regimiento de artillería del departamento.

Corrió entre los soldados la noticia de que el gobernador militar había pensado enviarlos á Francia y llenar el hueco de sus servicios con regimientos franceses, y á esta noticia se agregó la de que entre los paisanos se iba á hacer una gran conscripción por orden del invasor y que para que los reclutas no se resistieran los llevarían maniatados hasta más allá de los Pirineos, añadiéndose que el oficial francés Mongat había ido á Galicia únicamente para preparar algunos miles de esposas con dicho objeto.

Estas noticias, en parte ciertas y en parte falsas, produjeron en el pueblo gallego el efecto que era de esperar, y la agitación fué tan en aumento y pareció á todos tan inminente una sublevación, que Murat ordenó á Filangieri que inmediatamente fuera á ponerse al frente de su capitanía general.

Entretanto ya había llegado á la Coruña un emisario de la Junta de Asturias para comunicar las nuevas de cuanto en el Principado había sucedido; pero cometió la imprudencia de avistarse inmediatamente con el regente de la Audiencia señor Pagola, el cual, amenazándole le obligó á retirarse á Mondoñedo sin que comunicara á nadie las nuevas de que era portador, lo cual no evitó que muchos se apercibieran de cual era su misión.

La llegada de Filangieri y las providencias prudentes y suaves que tomó, evitaron por algunos días el movimiento; pero no pudieron impedir que el pueblo se conmoviera y agitara más al saber lo ocurrido en Bayona y la internación en Francia de la familia real.

Algunos patriotas secretamente trabajan á los oficiales del ejército para que se sublevaran contra el invasor, lo que sabido por Filangieri produjo el que éste ordenase la marcha al Fe-

rrol del regimiento de Navarra que era el más comprometido, medida que fué una de las principales causas que influyeron en el trágico fin de dicho general.

Un suceso sencillo vino á adelantar la sublevación. La víspera del día de San Fernando entró á caballo por las calles de la Coruña un joven estudiante de León, que con sus gritos alborozados y sus vivas á la patria llamó inmediatamente la atención del vecindario. Derechamente fué á avistarse con el regente de la Audiencia, pero su conferencia fué corta, pues éste le mandó arrestar en la casa de Correos.

A la puerta de esta agolpóse inmensa multitud y allí se supo que el joven era un emisario de los de León que á imitación de Asturias se habían sublevado á favor de la patria creando su correspondiente Junta.

Aquel acto acabó con la ya escasa paciencia del pueblo, cuyos jefes determinaron levantarlo inmediatamente.

El día siguiente, 30 de Mayo, fué el destinado para que se verificara la insurrección.

Era costumbre en la Coruña el día de San Fernando izar bandera en los baluartes en conmemoración de Fernando III, llamado el *Santo*, pero como aquel año se omitiera tal ceremonia, el pueblo lo tomó como una ofensa á su monarca Fernando VII y como un rasgo de rastrera adulación de las autoridades á Murat é inmediatamente se dispuso á aplicarles el castigo, dejándose llevar del furor que tanto tiempo iba aglomerándose en sus corazones.

Los patriotas que secretamente trabajaban por el movimiento buscaron un jefe para las masas que tuviera la confianza de éstas y al mismo tiempo supiera conducirlas y lo encontraron en Sinforiano López.

Era éste un modesto trabajador, sillero de profesión y de una instrucción poco común en su clase, que realzaba todavía más una oratoria fogosa y viril que enloquecía á la multitud y lo convertía en su ídolo.

Aquella especie de Danton, que sentía su pecho abrasado por la llama del patriotismo, después de enardecer á las masas con arrebatadoras arengas, las condujo al palacio de la capitanía general enviando antes delante una nube de muchachuelos que con pañuelos atados en la punta de palos se metieron con gran algazara entre las tropas formadas en la plaza dando mueras á Murat y vivas á Fernando VII.

Los soldados reían con gran gusto á la vista de los muchachos, y alentados con esto los insurrectos invadieron la plaza, se arrojaron á la puerta del palacio y nombraron una comisión para que se avistara con el capitán general.

Los comisionados pidieron que se enarbolara la bandera y que volviera otra vez á la Coruña el regimiento de Navarra y á todo accedió Filangieri, el cual al ver que el tumulto engro-

saba, que las pretensiones de los comisionados se acentuaban y crecían cada vez más y que la tropa fraternizaba con el pueblo, abandonó el palacio saliendo por una puerta excusada y fué á refugiarse á un convento de dominicos.

El antiguo gobernador militar Biedma y el coronel Fabró jefe de los granaderos de Toledo, ambos muy odiados del pueblo y los soldados quisieron imponerse á la insurrección saliendo á la plaza; pero apenas tal hicieron, Biedma recibió una pedrada que le dejó sin sentido y Fabró que puesto al frente de su regimiento, dió de plano con su sable á uno de los oradores que peroraban á las masas, fué molido á palos sin que sus granaderos hicieran el menor ademán de defenderle.

Como el día era festivo y había acudido mucha gente de las aldeas inmediatas, el número de sublevarse era muy grande, por lo que fácilmente tomaron el Parque de armas apoderándose de más cuarenta mil fusiles.

El pueblo, dejándose llevar de engañosas apariencias ó de indicios inseguros, siempre hace blanco de sus odios á algún individuo muchas veces inocente, y esto sucedió en aquel caso en que muchos dejándose llevar de un patriotismo exagerado intentaron asesinar al comisario de la maestranza de artillería D. Juan Varela, al cual se le atribuya el tener escondidas las esposas con que se había de maniatar á los reclutas que se intentaba enviar á Francia.

Afortunadamente estaba allí Sinforiano López, cuya imaginación pronto le proporcionaba recursos para todo, y el cual sacó en procesión el retrato de Fernando VII, con lo cual la gente dando vivas á su ídolo, se olvidó del aterrado Varela.

En la tarde del mismo día se formó la Junta del reino, compuesta de representantes de todas las autoridades y clases sociales, y cuya presidencia se dió al capitán general. Por estar éste indispuesto, presidió el general Alcedo, hombre muy querido por su honradez y prudencia, y se tomaron importantísimos acuerdos que demuestran el carácter democrático y justo de aquella corporación, pues dispuso que todo ciudadano tuviera derecho á penetrar en el salón de sesiones para exponer lo que creyera más conveniente para el bien de la patria, y que, siendo ella producto de una revolución y elegida algo precipitadamente, se procediera á votar otra en todo el reino de Galicia, componiéndose de representantes de todas las ciudades elegidos según el sistema que de antiguo tenían.

La Junta envió inmediatamente emisarios á todas las poblaciones de las provincias gallegas, haciéndoles portadores de estas convocatorias, y para que las incitasen á levantarse en armas.

El resultado no pudo ser más completo, pues en todas partes resonó el

grito de insurrección, se acataron las providencias de la Junta, y la juventud ardorosa y entusiasta se apresuró á alistarse en el ejército en formación.

Los trabajos de organización se llevaron á cabo en Galicia con gran rapidez.

Los reclutas engrosaron los batallones de veteranos, se crearon muchos regimientos y los estudiantes de la Universidad de Santiago, constituyeron el *batallón literario* que tan buenos servicios prestó á la patria en el curso de la guerra.

El ejército que se formó en Galicia, engrosado con las fuerzas españolas que después llegaron de Oporto, ascendió en poco tiempo á cuarenta mil hombres.

La Junta definitiva se reunió con gran premura, formándola los regidores de las siete capitales gallegas y ratificando su soberanía tomó el nombre de Junta Soberana de Galicia.

A ella fueron agregados el obispo de Orense que tenía gran popularidad á causa del patriotismo que demostró en una circunstancia de que más adelante hablaremos, el de Tuy y el sacerdote D. Andrés García, conocido por ser el confesor de la difunta princesa de Asturias.

El arzobispo de Santiago, ente asqueroso por sus vicios y su depravación é incapaz de sentir en su alma corrompida los puros sentimientos de la dignidad nacional y el afecto de la patria, intentó, ayudado con sus inmensas riquezas y el prestigio de su posición, sembrar la discordia entre los patriotas y deshonrar aquel movimiento que por el hecho de ser popular le repugnaba; pero la entereza de la Junta y la indignación general le impusieron hasta el punto de cesar en sus torpes manejos y temeroso de su seguridad ampararse de la amistad que le unía con el de Orense.

No tardaron á presentarse en aquella revolución las alarmas que siempre son consiguientes en el pueblo, cuando vive en un período de excitación nerviosa.

A los pocos días de efectuado el movimiento se esparció en toda Galicia la nueva de que un ejército francés venía á castigarla y se encontraba ya muy cerca.

Esto ocasionó grandes alarmas y algunos desmanes contra los que eran tachados de afectos á los franceses, pues en Orense un hidalgo de Puga mató de un pistoletazo, á las puertas de la casa consistorial, á un regidor á quien se designaba como afrancesado.

Otro hecho censurable ocurrió á los pocos días, que oscureció un tanto la gloria del alzamiento gallego, si bien no tomó en él parte alguna el pueblo.

D. Antonio Filangieri había establecido su cuartel general en los límites de Galicia, en Villafranca del Vierzo, habiendo sacado de la Coruña todas las tropas para colocarlas en posición estratégica y cubrir todas las entradas al territorio gallego.

Ya hemos dicho que Filangieri era

querido á causa de su carácter suave y apacible por todos cuantos le trataban; pero el haber nacido en Nápoles y el expresarse muy mal en castellano eran causas suficientes para que el pueblo á pesar de los grandes servicios que él tenía prestados á la patria, lo considerara con indiferencia como á un extranjero.

Esto animó á algunos enemigos que tenía, entre ellos á la oficialidad del regimiento de Navarra que, como ya se recordará, trasladó Filangieri al Ferrol antes de comenzar el movimiento, y como consecuencia el 24 de Junio un grupo de soldados del indicado cuerpo, guiados por un sargento, le acometieron y asesinaron á sangre fría en las calles de Villafranca.

Por algún tiempo quedó impune tan repugnante hecho, pero por fin sus autores recibieron el castigo á que eran merecedores.

Al desgraciado Filangieri sucedió en el mando D. Joaquín Blake que tanto debía figurar en el curso de la guerra, el cual entonces gozaba de fama de profundo táctico, y uno de los militares más instruidos por lo que la Junta le confirió el empleo de teniente general.

Por entonces recibió Galicia noticia de los resultados que había alcanzado en Inglaterra su comisionado don Francisco Sangro, de cuya llegada á Londres ya hablaremos.

El gobierno británico envió á la Junta de Galicia importantes auxilios y además todos los prisioneros españoles que tenía en sus pontones procedentes de las pasadas guerras.

Al mismo tiempo desembarcó en la Coruña sir Carlos Stuart primer diplomático de Inglaterra que esta nación envió para entenderse con los españoles y que fué recibido con el mayor agasajo por las autoridades.

La presencia de aquel enviado produjo un efecto magnífico en toda España, pues el entusiasmo de todas las provincias se aumentó al ver que Inglaterra demostraba de un modo tan franco estar dispuesta á unirse á su causa.

Otra provincia importante por su posición geográfica siguió á Galicia en el levantamiento.

Santander inspiraba gran cuidado á los franceses, pues caso de sublevarse cortaba á una parte de sus tropas impidiéndoles el comunicarse con el resto del ejército, y al mismo tiempo era lugar que en caso de insurrección la haría extensiva inmediatamente á las provincias Vascongadas y Navarra cortándoles de este modo el camino de Francia.

Movido por estas consideraciones y al mismo tiempo por el malestar y la efervescencia de que parecía poseído el pueblo de Santander, el mariscal Bessieres que tenía su cuartel general en Burgos envió en dicho punto á su ayudante general Mr. Rigny, con instrucciones para el cónsul francés que éste debía trasmitir al ayuntamiento amenazándole con que pasaría

á dicha capital una división francesa si se alteraba en lo más mínimo la tranquilidad pública.

Esto contribuyó á aumentar mucho más hasta que por fin, en 26 de Mayo un suceso trivial vino á prender fuego y hacer estallar el entusiasmo tanto tiempo comprimido.

Un francés avecindado en Santander tuvo una disputa con el padre de un niño á quien él había reprendido, y esto bastó para que arremolinándose la gente á un punto de la ciudad comenzara á dar mueras á los invasores y á pedir que fueran reducidos á prisión todos los franceses existentes en la ciudad.

Las campanas tocaron á rebato, salieron por las calles tambores tocando generala, el vecindario se armó rápidamente con lo que pudo, y procedió inmediatamente al arresto de los franceses que quedaron encerrados en el castillo de San Felipe, colocando los jefes de la insurrección algunos guardias en las casas de los presos para que sus intereses se conservaran intactos.

La gente se dirigió con preferencia á casa del cónsul francés donde se hallaba alojado el ayudante Rigny, y prorumpió en amenazas contra sus vidas, que estuvieron en verdadero peligro y aun lo hubieran estado en más á no ser por los oficiales del batallón provincial de Laredo que guarnecía á Santander, los cuales queriendo evitar un hecho que deshonrara la naciente revolución, sacaron á los dos franceses á las once de la noche de la casa consular, y guareciéndolos tras la muralla de sus pechos lograron conducirlos al ya citado castillo de San Felipe donde quedaron en seguridad.

Inmediatamente se procedió al nombramiento de una Junta soberana que dirigiera el movimiento, y entraron á formar parte de ella todos los que más se habían distinguido por su entusiasmo patriótico pertenecientes á diversas clases sociales, y designaron para presidente al obispo de la diócesis D. Rafael Menéndez de Luarca.

Era éste sacerdote uno de los seres más fanáticos, rudos é irascibles, y á estas condiciones se unía una extravagancia muchas veces rayana en la locura, todo lo cual le valía que el vulgo ignorante y estrafalario, propio de aquella época, le considerara casi como santo.

El obispo, dejándose llevar de su táctica jesuítica, se negó en absoluto á aceptar el honroso cargo que se le confería apoyándose para ello en la austeridad de sus costumbres, su modestia, y la poca afición á mezclarse en los negocios públicos; pero después que fueron muchos los ruegos aceptó, y su primera providencia de hombre humilde fué darse á sí mismo el título de regente soberano de Cantabria, á nombre de Fernando VII, con el tratamiento de Alteza. Aquel hombre demostraba cuáles eran sus ideas y aficiones que posteriormente se demostraron más ampliamente ejerciendo la

soberanía en nombre del rey vergonzoso de Bayona, y no de la nación que tales esfuerzos hacía por reivindicar el honor de todos.

Este fué el único desacierto de la Junta de Santander, pues todas sus providencias posteriores fueron dignas de encomio. Ordenó un alistamiento general que dió muy buenos resultados, pues todos los pueblos de la montaña, noticiosos de lo que había sucedido tanto en Santander como en Asturias, se sentían poseídos del mayor entusiasmo, y sin más preparación formó con paisanos y milicianos un ejército que puso bajo las órdenes de D. Juan Manuel Velarde, que de coronel fué ascendido por la Junta á capitán general.

Este acampó en Reinosa con cinco mil hombres y alguna artillería y su hijo don Emeterio, que después alcanzó una gloriosa muerte en la batalla de Albuera con unos dos mil quinientos paisanos, ocupó el Grendo, mientras que algunas partidas formadas en los puertecillos de mar y que no pasaban de mil hombres, se situaban en los Tornos.

Santander al sublevarse demostró gran entusiasmo y heroismo, pues se atrevió, sin contar con tropas disciplinadas ni otros auxilios que el heroismo del pueblo, á desafiar á los franceses que estaban acampados casi en los límites de su provincia.

Si atrevimiento fué el de Santander, mucho mayor lo fué todavía el de León y Castilla la Vieja que por ser tierra llana y tener los franceses en ella, no podían presentar una seria resistencia á éstos.

Apenas Logroño, siguiendo los impulsos del patriotismo se levantó contra el invasor, pasaron desde Vitoria dos batallones franceses á las órdenes del general Verdier, y fué inútil el arrojo y valor de aquellos indisciplinados y mal armados paisanos, que el 6 de Junio combatieron contra los imperiales, pues fueron totalmente derrotados, y el vencedor desahogó su rabia fusilando á algunos que creyeran los principales autores de la revolución.

A pesar de esto, Segovia levantó también la bandera de rebelión, confiando en la escuela de la artillería que en ella estaba establecida é importándole poco en su ciego entusiasmo la proximidad á Madrid, centro de las tropas francesas.

Murat envió á la ciudad dos guardias de Corps para aconsejar á los segovianos que desistieran de su intento; pero en vista de la entereza con que éstos contestaron, envió contra ellos una división mandada por el general Frére.

Los cañones de la escuela servidos por los alumnos y los oficiales profesores fueron colocados en las puertas y avenidas de la ciudad, destinándose para cubrirlos á los grupos de paisanos mal armados y peor dirigidos.

En estas condiciones la lucha no pudo ser larga. Al principiar el combate los paisanos se desbandaron de-

jando abandonadas las piezas, y el enemigo se apoderó inmediatamente de la ciudad, teniendo que escapar el director de la escuela D. Miguel Cevallos y todos los profesores y cadetes para sustraerse del castigo de los franceses y unirse á los ejércitos españoles que se estaban formando.

Pero si tales descalabros sufrió la causa de la patria, mejor resultado alcanzó en León y Valladolid.

En la primera de dichas poblaciones apenas se tuvo noticia del levantamiento de Asturias el pueblo se conmovió profundamente, y las intentonas de insurrección se sucedieron sin cesar, siendo en una de estas cuando fué enviado á la Coruña el alborotado estudiante de que ya hablamos al reseñar la sublevación de este último punto.

El estar León también en tierra llana y muy expuesta á los ataques de los franceses, fué lo que retuvo á los patriotas y dilató el movimiento, pero habiendo enviado á dicha ciudad la Junta de Asturias un refuerzo de ochocientos hombres, fué lo que decidió el asunto, y el día 1.° de Junio se sublevó la población contra los franceses procediendo inmediatamente á la formación de una Junta compuesta del ayuntamiento y algunos patriotas caracterizados á cuyo frente se puso el gobernador militar de la provincia D. Manuel Castañón.

A los pocos días tuvo que ceder éste la presidencia al capitán general bailío D. Antonio Valdés, antiguo ministro de Marina, el cual por no haber querido aceptar el cargo de diputado para las Cortes de Bayona que le dió Murat, tuvo que huir de la venganza de éste y establecerse secretamente al principio en territorio de León.

La Junta de Asturias, después del refuerzo de hombres, envió á León gran cantidad de municiones, fusiles y demás pertrechos de guerra que con gran abundancia recibía de Inglaterra.

No tardó la sublevación de León en hacer sentir sus efectos en Valladolid.

Residía en ésta el capitán general D. Gregorio de la Cuesta, hombre respetable por su edad y sus servicios á la patria, pero como viejo militar apegado á la ordenanza y desconocedor de otro mundo que el de las armas, odiaba todo movimiento que viniera de parte del pueblo, pues él consideraba como perturbador todo acto de patriotismo que viniera de gente que no vestía uniforme.

No podía tachársele de afecto á los franceses, pues con sus palabras demostraba que comprendía perfectamente cuáles eran los propósitos de los invasores y los peligros que corría la patria, pero á pesar de esto, llevado de su odio á las revueltas populares, permanecía quieto y obediente al gobierno de Madrid y dispuesto á castigar todo movimiento insurreccional.

Sin embargo, esto no impidió que Valladolid siguiera los impulsos de su entusiasmo, pues en los últimos

días de Mayo, el pueblo se amotinó frente á la capitanía general pidiendo á gritos que se le dieran armas y se declarara la guerra á Napoleón.

El viejo general salió al balcón y con sus palabras intentó disuadir á los amotinados, pero el tumulto fué creciendo y en vista de que Cuesta llevado de su carácter terco no quería acceder á las pretensiones del pueblo, el pueblo levantó una horca asegurando que de ella colgaría á aquel español que se mostraba sordo á los dolores de la patria.

Esto logró decidir al general en favor del movimiento popular, é inmediatamente convocó una Junta á la que asistieron representantes de todas las corporaciones, si bien en ella dió otra vez rienda suelta á su terquedad, no permitiendo que la Junta entendiera en otras cosas que el armamento y defensa de la provincia, y que se formaran otras Juntas que en las ciudades donde hubiera intendencia.

La dureza y despotismo de Cuesta por una parte, y el deseo de las Juntas á entender de todo como representantes del pueblo soberano que eran por otra, fueron causa de contiendas y conflictos que en lo sucesivo se originaron entre ambas autoridades.

Todas las poblaciones de Castilla la Vieja, que estaban libres de la tiranía de los franceses, se apresuraron á organizar fuerzas para la defensa, y en poco tiempo tuvieron las Juntas las armas y pertrechos necesarios para emprender la guerra.

La sublevación de Castilla, dió en los primeros momentos lugar á hechos reprobables que demuestran que un pueblo ignorante y fanático por culpa de sus opresores, que durante largos siglos tienen buen cuidado en conservarle en tal estado, es siempre feroz é irracional como una fiera hasta en los momentos que se ennoblece y sublimiza con el puro sentimiento de la patria.

En Palencia, la plebe y la soldadesca mató á un tal Ordoñez, fabricante de harinas, sin que realmente se supiera el por qué de tal crimen, y en Madrigal fueron asesinado en los primeros instantes de la sublevación el corregidor y sus alguaciles.

Cuesta castigó con la pena de muerte á los asesinos, pero esto no sirvió de escarmiento, pues á los pocos días ocurrió en Valladolid un suceso repugnante é infame que deshonró á aquellos españoles ignorantes, que cometiendo asesinatos en seres indefensos é inocentes creían servir mejor á la patria.

El director de la Escuela de artillería de Segovia D. Miguel Ceballos, al abandonar este último punto después de la derrota de los españoles, se dirigió á Valladolid con su familia, siendo detenido en el lugar de Carbonero por un grupo de miserables que atribuían á traición suya el descalabro de Segovia, cuando á quien debía achacarse era á los que dejándose llevar del entusiasmo y no contando con sus fuerzas, tomaron unas armas

que no supieron sostener con honor en el combate.

Ceballos fué entrado en Valladolid por la tarde, y sin duda por aviesa intención de los que le conducían, después de atravesar el portillo de la Merced torciendo por el callejón de los toros, lo llevaron al Campo Grande, donde los nuevos reclutas hacían el ejercicio.

Al verle y saber, según algunos se encargaron de propalar, que era un traidor que había vendido Segovia á los franceses, todos comenzaron á gritar y pronto una nube de piedras cayó sobre él.

Iba Ceballos á caballo y tras él marchaba un coche de camino que ocupaba su familia.

Los que le escoltaban hicieron alguna demostración de guardarle; pero pronto le dió una piedra en la frente y el desgraciado cayó al suelo, abalanzándose inmediatamente sobre él la multitud para maltratarle cruelmente.

Un clérigo llamado Prieto (justo es consignar su nombre, pues su acción fué digna y humanitaria) con el pretexto de confesarle le arrancó de brazos de la muchedumbre y lo metió en un portal con propósito de salvarlo, pero allí le siguieron todos y un soldado portugués de los que habían llegado con el marqués de Alorna, le traspasó el pecho con la bayoneta.

Aquello acabó de desbordar la ferocidad de aquellas turbas y volviéndose á apoderar del infortunado Ceballos, todavía agonizante, lo arrastró por la ciudad para arrojarlo por fin al río. Tras el cadáver llorosa, desmelenada conmoviendo el espacio con sus ayes corría la infeliz esposa, que no lograba con su dolor conmover á aquellas mujerzuelas repugnantes que se cebaban en despedazar el cuerpo de aquella víctima inocente de un falso patriotismo.

Hechos como éste hubieran deshonrado una revolución si no hubieran sido obra de grupos fanáticos y miserables que no constituían la mayoría del pueblo español y si la obra de nuestra independencia no fuera un movimiento que con sus esplendores gloriosos disipa estas sombras propias de todos los pueblos que por mucho tiempo han vivido bajo una espantosa tiranía.

Si rápido y magnífico fué el movimiento insurreccional en el Norte de España, no lo fué menos en las provincias meridionales, cuya revolución vamos á reseñar.

Ya hemos relatado lo sucedido en Móstoles al día siguiente del 2 de Mayo y el efecto que el célebre parte del alcalde causó en el Sur de España.

Al recibirse en Sevilla el aviso de Móstoles, se pensó inmediatamente en alzar en armas la provincia y declarar la guerra á Napoleón; pero las noticias que posteriormente llegaron de Madrid y la tranquilidad que aparentemente reinaba en todas las provincias retardaron aquella explosión, lo

que no impidió que el pueblo siguiera inquieto y sintiendo la agitación que en él producían ciertos patriotas.

Estaba en Sevilla el conde de Tilly, perteneciente á una de las casas más nobles de Extremadura y el cual era hermano del célebre Guzmán, el español amigo de Marat y de Dantón, que tanto figuró en la Revolución francesa durante la época del terror.

Era el de Tilly digno hermano del revolucionario francés, pues como él era inquieto, revoltoso, ardiente, amigo de asonadas y motines y bastante despreocupado en punto á conveniencias sociales.

Alrededor de Tilly giraban los patriotas más ardorosos y populares de Sevilla, y con ellos se reunía en un sitio llamado el Blanquillo cerca de la puerta de la Barqueta.

Al mismo tiempo que el inquieto conde trabajaba por un lado, hacía por otro grandes esfuerzos en pró del levantamiento un hombre recién llegado á Sevilla, llamado Nicolás Tap y Núñez, el cual, á pesar de ser desconocido de todos, se atrajo muy pronto las simpatías populares, pues dotado de una elocuencia arrebatadora peroraba sin cesar por calles y plazas, y se convertía por momentos en el ídolo del pueblo.

Hasta entonces se había dedicado al contrabando y gozaba de gran prestigio por su travesura y valor entre todos los que ejercían la misma profesión en la raya de Gibraltar.

Tap y Núñez á los pocos días de estar en Sevilla se vió tan dueño de las masas populares, que se atrevió á pedir, aunque sin éxito, doce mil duros al cabildo eclesiástico para efectuar el movimiento, no importándole nada el que lo supieran las autoridades, pues éstas tenían forzosamente que mostrarse indiferentes y no hacer nada contra aquel hombre que tan á su antojo podía disponer del pueblo sevillano.

Este prestigio de que gozaba el contrabandista, obligó al de Tilly á buscarle para concertarse con él, lo que logró al poco momento, pues aquellos dos caracteres iguales se comprendieron fácilmente y se unieron para trabajar juntos.

Al recibirse en Sevilla las noticias de las renuncias de Bayona, Tilly, Tap y los demás patriotas creyeron que el instante propicio para efectuar el levantamiento era ya llegado y escogieron el anochecer del día 26 de Mayo para comenzar la revolución.

A esta hora algunos soldados del regimiento de Olivenza se dirigieron al depósito de la Real Maestranza de Artillería y á los almacenes de pólvora, y uniéndose á ellos un inmenso gentío se apoderaron de cuantas armas existían en dicho paraje.

Fué á sofocar el tumulto un escuadrón de caballería al mando de don Adrián Jácome, pero esta fuerza fraternizó inmediatamente con los sublevados y la insurrección se esparció por toda la ciudad hasta los barrios más apartados.

El ayuntamiento se trasladó al hospital de la Sangre para poder deliberar libre de la presion del pueblo. [illegible] en la mañana del 27. se [illegible] de la abandonada Casa Con[illegible] inmediatamente [illegible] de una Junta com[illegible] personas conocidas.

[illegible] el heroe popular. era [illegible] de proponer al pueblo des[illegible] los balcones los individuos [illegible] y como forastero desco[illegible] las cualidades de las personas [illegible] nombres se le iban apuntando. [illegible] con la intencion de des[illegible] le deshon[illegible] masas. le pro[illegible] desconcep[illegible] conducta y que [illegible] por estar apa[illegible]

[illegible] eran los [illegible] intentó ho[illegible] este rasgo de [illegible] larga prisión [illegible] los mismos que [illegible] a quienes inco[illegible] popularidad. [illegible] de los hombres es[illegible] una revolución! [illegible] la época de pe[illegible] las almas [illegible] a pulular los [illegible] por la mis[illegible] al caer se ensañan [illegible] todo se lo deben y [illegible] inactivos en los [illegible] que es necesario el es[illegible]

Así que se instaló la Junta nombró para su presidente á D. Francisco Saavedra, antiguo ministro de Hacienda, confinado á Sevilla desde hacía algún tiempo por orden de Godoy que le consideraba como uno de sus principales enemigos.

El ilustre proscrito, si bien era de un saber y virtud grandes, tenía en cambio un carácter débil é irresoluto en demasía; pero si tales defectos poseía el presidente de la Junta había en éste un carácter enérgico y fogoso que era D. Manuel Gil, clérigo seglar.

Este era otro víctima del poderío de Godoy, que por creerle complicado en una intriga palaciega que contra él se había urdido en 1795, le había confinado al convento de Toribios de Sevilla en el que se le sometió á un régimen cruel y degradante mil veces peor que el de los niños en la escuela.

A pesar de su mucha edad, el padre Gil era de un gran temple de alma, y su fogosidad de carácter, junto con sus aficiones democráticas y su despierto ingenio, le habían convertido en otro ídolo popular.

La Junta de Sevilla tomó el título de Junta Suprema de España é Indias y fundándose en la importancia de la ciudad en que estaba establecida, quiso desde el primer momento mandar sobre todas las Juntas y ser centro directivo de las partes de la nación no ocupadas por los franceses, lo que fué ocasionado á grandes choques y disgustos con aquellos que no querían perder su autonomía.

Las providencias que tomó la Junta para el armamento y defensa, fueron muy acertadas.

Se ordenó un alistamiento general desde los diez y seis á los cuarenta y cinco años y se formaron Juntas subalternas en todas las poblaciones de más de dos mil vecinos.

Además se recurrió á los sentimientos patrióticos de todas las clases sociales, excitándoles á que hicieran donativos para poder cubrir los gastos de organización de fuerzas, y produjo tan buenos resultados esta medida, que se recogieron importantísimas cantidades, llegando el entusiasmo á tal punto que hubo damas que regalaron toda la plata de sus casas.

El levantamiento de Sevilla fué también oscurecido en los primeros días con un borrón ignominioso.

En la tarde del 27 se efectuó un horroroso asesinato. Como ya dijimos, el ayuntamiento en los primeros momentos de la insurrección se trasladó al hospital de la sangre, y esto bastó para que todo el pueblo mirara con malos ojos á dicha corporación ó tachara á sus individuos poco menos que de afrancesados.

Para evitar el ayuntamiento las consecuencias de aquella animadversión que contra él reinaba, envió como comisionado á la nueva Junta para que se avistara con ella é hiciera constar su conformidad con todos los acuerdos tomados, al conde del Aguila, procurador mayor en aquel año.

Al verle el pueblo, estalló en cólera y comenzó á pedir á gritos su cabeza.

La Junta al saber lo que ocurría, con el fin de salvar la vida del conde y aquietar á la muchedumbre, ordenó que fuera arrestado en la Torre de la puerta de Triana.

Entre insultos y pedradas fué conducido el de Aguila á su prisión; pero al entrar en ésta le siguieron un grupo de desalmados que derribándolo al suelo lo ataron del balcón que daba sobre el puente de Triana y á la vista del populacho lo mataron á culatazos, desoyendo las ofertas que el infeliz les hacía suplicando dar toda su hacienda y riquezas, si le perdonaban la vida.

El asesinato del conde fué atribuido á alguna secreta enemistad que sin duda azuzó al populacho contra él.

Al ocuparse la Junta del armamento de Andalucía, pensó inmediatamente en las fuerzas de mar y tierra que existían en Cádiz y el campo de San Roque y que eran las más brillantes y disciplinadas de toda España.

Con objeto de atraerlas á la causa de la patria, despachó inmediatamente para dichos puntos dos oficiales de artillería de confianza, tanto por su ilustración y tino como por su patriotismo.

Mandaba el ejército acampado en San Roque el después tan célebre general D. Francisco Javier Castaños, el cual desde el primer momento que supo como Murat obraba en Madrid y cuáles eran las intenciones de los

franceses, entró en tratos con el gobernador de Gibraltar sir Hugo Dalrymple, proponiéndose por su cuenta y riesgo el sublevarse con sus fuerzas contra el invasor.

La llegada á su campamento del oficial francés Rogniat, enviado por Murat como ya dijimos para explorar su ánimo, no alteró su conducta, pues siguió trabajando para hacer algo apoyado por Inglaterra que fuera favorable á su patria.

Tras el primer oficial francés, llegó otro haciéndole las más tentadoras proposiciones en nombre del gobierno de Madrid y prometiéndole en nombre de Murat el vireinato de Méjico que era el cebo que éste enseñaba á todos los generales españoles creyendo de este modo el tenerlos inactivos y á su devoción.

Castaños, sin hacer caso de estas maniobras del francés, seguía conspirando aunque algo desesperanzado al ver que Dalrymple nunca daba una contestación definitiva, cuando en tan críticos momentos llegó el oficial enviado por la Junta de Sevilla.

A las pocas palabras mostró Castaños su conformidad con todas las proposiciones de la Junta, y al frente de sus tropas que ascendían á ocho mil novecientos cuarenta y uno hombres que eran los soldados mejor equipados y organizados de toda España, dió el grito de guerra contra Napoleón.

La causa de la patria ganó un elemento importantísimo que después debía producir la primera derrota que las águilas francesas sufrían en el mundo.

No fué tan fácil la misión del conde de Teba que era el oficial de artillería enviado á Cádiz.

Residía en esta ciudad el capitán general de Andalucía D. Francisco Solano, marqués del Socorro y de la Solana.

Era reputado como uno de los más entendidos militares españoles y había prestado muy buenos servicios á la patria. A su vuelta de la expedición de Portugal estuvo á punto de proclamar en Badajoz la guerra á los franceses, alarmado por el célebre parte del alcalde de Móstoles; pero posteriormente le había dirigido afectuosas cartas Murat, le había trasladado á la capitanía general de Andalucía que era el cargo que más le gustaba, y obsesionado por los consejos de algunos amigos suyos españoles afectos á Napoleón, había acabado por declararse abiertamente partidario de éste y enemigo de todo movimiento contra los franceses.

Al pasar por Sevilla para ir á ponerse al frente de la capitanía general, se había avistado con algunos individuos que trabajaban por la causa de la patria, y si bien no se comprometió á nada, aquéllos adquirieron la confianza de que una vez comenzado en Andalucía el movimiento, Solano se uniría á él, por lo que enviaron á Cádiz al conde de Teba.

Este entró en la ciudad con gran estrépito y anunciando á todos cual

era el objeto de su misión, é inmediatamente se avistó con Solano, el cual, á pesar de la simpatía que de antiguo le profesaban los gaditanos, había comenzado á hacerse sospechoso á éstos, en vista de que á pesar de ser su carácter fogoso y entusiasta en demasía, miraba con frialdad y desvío los grandes males de la patria.

Para salvar su responsabilidad y hacer partícipes á muchos de sus intenciones, convocó una Junta de generales para convenir lo que debía resolverse sobre la misión que llevaba el de Teba, y como consecuencia de la larga discusión que en dicha Junta se entabló, acordóse la publicación de un bando, digna obra del estado de ánimo de Solano, en el cual, después de enumerar las razones militares que existían para considerar imprudente y temerario el levantamiento contra los franceses y de asegurar que el pueblo español se perdía al intentarlo, se acababa por afirmar, que puesto que el pueblo á pesar de las razones alegadas deseaba la guerra, se haría un alistamiento general y se enviarían comisionados á la Junta de Sevilla y otras de España, estando dispuestos los once generales que suscribían el bando á someterse á cuanto ordenara la voluntad popular.

Creyendo Solano con esta providencia acallar las exigencias del pueblo, dispuso que aquella misma noche á la luz de antorchas y con gran aparato de fuerza, se pregonara el bando por las calles, lo que atrajo mucha concurrencia.

El pueblo, al notar la frialdad de todas las disposiciones y el poco afecto que en ellas se traslucía á la causa de la patria, comenzó á sentirse agitado por la fiebre revolucionaria, y en tumultuosa manifestación se dirigió á la capitanía general, en donde un joven elocuente y audaz llamado don Manuel Larruz, tomó la palabra y dirigiéndose á Solano que estaba en un balcón, comenzó á rebatir todas las disposiciones del bando, demostrando la necesidad que había de seguir las inclinaciones del pueblo que deseaba se declarase la guerra á los franceses y se intimara la rendición á la escuadra francesa surta en el puerto.

El altivo Solano, á la vista de aquellas manifestaciones, se abatió y sintió miedo, por lo que prometió humildemente que al día siguiente reuniría la Junta de generales y que se haría todo conforme lo deseaba el vecindario.

La excitación popular duró hasta la madrugada y en este lapso de tiempo, después de retirarse los grupos de la capitanía general, se dirigieron á casa del cónsul francés Mr. Le Roi, el cual se había atraído la antipatía de los gaditanos por su soberbia y sus palabras despreciativas para España.

La casa consular fué allanada y Mr. Le Roi tuvo que refugiarse en el convento de San Agustín, pasando de allí á bordo de la escuadra francesa.

Además, la manifestación popular hizo en sus paseos nocturnos, que salieran de la cárcel varios individuos

y acabó por apoderase del Parque de artillería ayudada por los mismos soldados que lo guarnecían y repartirse las armas en él existentes.

A la mañana siguiente, Solano, según había prometido, reunió la Junta de generales. Algunos de éstos en vista del sesgo que tomaban los sucesos y comprendiendo que el pueblo no tardaría en arrollar á los que se opusieran á su voluntad, habían procurado disculparse particularmente, haciendo recaer por entero en Solano la paternidad del bando y afirmando que ellos estaban al lado de la causa popular y dispuestos á hacer por ella toda clase de sacrificios.

En la tarde del mismo día el pueblo se congregó en la plaza de San Antonio, y cuando más enardecido estaba por los ardorosos conceptos de sus oradores, se presentó en ella el ayudante D. José Luquey, el cual manifestó á todos en nombre del general que la Junta celebrada por oficiales de marina había considerado imposible atacar la escuadra francesa, pues para ello se tenía que destrozar también á la española que estaba con ella interpolada.

Al oir esto tornó á irritarse el pueblo y sombrío y amenazante se dirigió á la capitanía general.

Nombróse una comisión para que se avistara con el general, y entre los tres individuos que la componían figuraba un joven que, visto de lejos, tenía gran semejanza con Solano.

La rabia popular encontraba desahogo con gritos y aclamaciones, y era tanta la algazara y agitación que era imposible entenderse.

El joven, que tanto se parecía á Solano, se asomó al balcón para dar cuenta al pueblo del resultado de su comisión, pero éste que en aquellos momentos experimentaba la turbación ciega de las insurrecciones, no pudo reconocerle, y tomándolo por Solano, prorumpió en denuestos é insultos siendo inútiles cuantas señas hizo el joven para imponer silencio, pues sus ademanes se tomaron como en señal de amenaza y de negación de ataque á la escuadra francesa.

Entonces un grupo de hombres armados hizo fuego contra el edificio, y apenas sonó la descarga, la guardia que estaba mandada por el oficial San Martín, después célebre general que tanto se dió á conocer en la guerra del Perú y en nuestras contiendas políticas, se metió apresuradamente dentro de la casa atrancando el portón.

Esto enardeció más á los amotinados que á brazos trajeron del Parque cinco piezas de artillería que apuntaron contra el edificio.

A los primeros disparos, las puertas vinieron abajo y entonces Solano huyó por la azotea, refugiándose en casa de un vecino amigo suyo que era un irlandés llamado Strange.

Un hombre llamado Olachea que en su juventud había sido novicio en la Cartuja de Jerez y que gozaba de cierto prestigio entre la muchedumbre por su entusiasmo patriótico, com-

prendiendo cuáles eran las intenciones de Solano, se le adelantó penetrando en casa del irlandés por la puerta principal y encontrándose con el general en las habitaciones superiores.

Olachea al ver á Solano intentó prenderlo y llamar en su auxilio al pueblo, pero aquél se defendió ayudado de un comandante del regimiento de Zaragoza llamado Creach, que en aquellos instantes entraba en la casa á visitar á la señora de Strange.

Nadie ha sabido con certeza lo que allí sucedió. Unos dicen que entre los dos militares cogieron al ex-novicio encerrándolo en un cuarto del que él intentó fugarse cayendo al patio, otro que fué arrojado durante la lucha por la ventana con intención de matarle; lo cierto es que, el pueblo entró en la casa y encontró en el patio á Olachea que revolcándose en su sangre, con el cráneo roto y casi moribundo indicó con señas más que con palabras que arriba estaba el objeto de las iras populares.

Subió rugiendo como fiera hambrienta la multitud indignada.

Solano viéndose sin medios de escapar se refugió en un hueco de un gabinete alhajado al estilo árabe, pero todo fué inútil, pues el pueblo le descubrió.

La esposa del señor Strange, doña María Tucker, con un heroismo impropio del sexo débil, intentó salvar al desgraciado general luchando con aquellos hombres que estaban locos por el furor de venganza, y tanto fué lo que se expuso que, cubriendo con su cuerpo el de Solano, recibió una puñalada en un brazo.

Por fin aquella señora no pudo defender por más tiempo al general, que arrancaron de sus brazos y sacaron de la casa para llevarlo por la muralla con intención de matarle en la horca.

El furor popular impidió que se realizara tal propósito, pues el paisanaje y la soldadesca maltrataron de tal modo á Solano, arrojándole piedras y pinchándole con sus bayonetas, que al llegar á la plaza de San Juan de Dios, cayó muerto al suelo.

El denuedo de aquel militar ilustre que en un momento de extravío se olvidó de los deberes que tenía para con la patria fué tan grande en los instantes de su muerte, que asombró á muchos la impasibilidad tranquila que se retrataba en su rostro cuando era conducido al suplicio y recibía tan crueles insultos.

A Solano sucedió en la capitanía general el gobernador militar de Cádiz, D. Tomás de Morla, artillero ilustre muy reputado por sus obras y conocimientos científicos.

Este nombramiento fué muy del agrado de la Junta de Sevilla, que envió á Cádiz á uno de sus individuos, el general Herrera, con el propósito de que ayudara á Morla en sus operaciones.

Inmediatamente el nuevo capitán general internó en España á la mayor parte de las fuerzas militares que estaban en Cádiz, y sólo dejó en esta

para que la guarnecieran los regimientos provinciales de Córdoba, Ecija, Ronda y Jerez y los de línea de Burgos y Ordenes Militares que estaban bastante faltos de gente.

El último día del mes se declaró solemnemente la guerra á Napoleón, se formó una Junta subalterna, dependiente de la de Sevilla, y se parlamentó con el almirante de la escuadra inglesa, situada á la entrada de la bahía, el cual á nombre de su nación ofreció cinco mil hombres, que á las órdenes del general Spencer iban destinados á Gibraltar.

Una de las primeras peticiones del pueblo de Cádiz al efectuar el levantamiento había sido la de intimar la rendición de la escuadra francesa y, por lo tanto, una vez efectuada la revolución no podía estar mucho tiempo sin abatir aquella bandera ya enemiga que ondeaba en su puerto sobre muchos mastiles.

El pueblo, pues, instó al nuevo capitan general que intimara la rendicion al almirante Rossilly; pero Morla que, según demostró después, era de los militares algo afectos á los franceses y que todavía estaba indeciso sobre que partido abrazar, hacia cuanto podia por diferir el cumplimiento de aquella pretensión de los gaditanos.

Esta dilacion que Morla hacia en el combate la aprovecharon los franceses para mejorar su posicion metiéndose en el canal del arsenal de la Carraca y poniendo de este modo los buques á cubierto del fuego de los castillos y de la armada española.

Se componía la armada francesa de cinco navíos y una fragata, y su almirante hizo la proposición de que para tranquilizar los ánimos de los gaditanos saldría del puerto y se haría á la vela, si es que la escuadra inglesa situada á la entrada de la bahía prometia no incomodarle en su marcha, y por si no admitian esto, propuso que desembarcaría los cañones, conservaría las tripulaciones y arriaría bandera, dando á los españoles mútuamente rehenes que respondieron del cumplimiento de lo contratado.

Morla, que se veía impulsado á obrar por el pueblo gaditano, contestó á tales proposiciones no admitiendo más que la rendición lisa y llanamente.

El día 9 de Junio, en vista de la excitación pública, fué imposible demorar por más tiempo las negociaciones y se rompió el fuego inmediatamente.

El nuevo almirante Collingwood que se había encargado de la escuadra británica, ofreció su auxilio á las autoridades españolas; pero éstas lo desecharon juzgándose con suficientes fuerzas para lograr en poco tiempo la rendición de los buques franceses.

Empezaron las baterías de tierra á hacer fuego sobre los buques franceses que se defendian con gran bizarria, siendo ayudadas aquéllas por los tiros de los buques menores del arsenal y del apostadero de Cádiz.

El navío francés «Algeciras,» á quien causaba grandes estragos la batería de morteros de la Cantera, la desmontó, y fueron echados á pique por los cañones franceses, aunque sin que ocurriera ninguna desgracia, un místico y una lancha cañonera mandada por el alférez Valdés.

El día 10 continuó el fuego por ambas partes aunque sin causarse grandes pérdidas, y por fin á las tres de la tarde el «Héroe,» que era el navío que montaba el almirante francés, izó bandera de parlamento y Rossilly entró en negociaciones con las autoridades de la plaza.

Duraron éstas hasta el día 13 y para apresurar la rendición, se aseguró al almirante francés que si no se verificaba ésta pronto romperían el fuego contra su escuadra nuevas baterías que se habían levantado en puntos que pudieran incomodar mucho á los buques franceses.

En vista de que éstos no se decidían á rendirse, en la mañana del 14 el navío español «Príncipe,» que montaba el comandante de nuestra escuadra, D. Juan Ruiz de Apodaca, izó la bandera de fuego y á la vista de esto los franceses se rindieron inmediatamente á discreción, confiando en la magnanimidad del vencedor.

Con esta victoria, el magnífico puerto de Cádiz quedó completamente limpio de enemigos y España tuvo unos cuantos navíos más que en verdad no le eran de sobra, pues desde la derrota de Trafalgar nuestra marina se encontraba en un estado deplorable.

Mientras en Cádiz se trabajaba de tal modo por la causa de la patria, la Junta Suprema de Sevilla no estaba inactiva.

El día 6 de Junio hizo en nombre de España una solemne declaración de guerra á Francia prometiendo «que no dejaría las armas de la mano hasta que el emperador Napoleón restituyese á España al rey Fernando VII y á las demás personas reales, y respetase los derechos sagrados de la nación que había violado y su libertad, integridad é independencia.»

Además de este manifiesto, publicó un documento importantísimo en el que después de recomendar á todas las provincias la guerra de guerrillas por ser la más favorable contra los franceses y la más socorrida por las condiciones del país, y se prevenía el evitar las batallas campales, se terminaba en este artículo que conviene reproducir textualmente para demostrar cuál era el espíritu de aquella revolución y lo desacertados que han estado los muchos escritores que han querido hacer aparecer la lucha por la independencia como un resultado del fanatismo y de las ideas absolutistas del pueblo español. «Se cuidará de hacer entender y persuadir á la nación que libres, como esperamos, de esta cruel guerra á que nos han forzado los franceses y puestos en tranquilidad y restituido al trono nuestro rey y señor Fernando VII, bajo

él y por él se convocarán Cortes, se reformarán los abusos y se establecerán las leyes que el tiempo y la experiencia dicten para el público bien y felicidad; cosas que sabemos hacer los españoles, que las hemos hecho en otros pueblos sin necesidad de que vengan los... franceses á enseñárnoslo.»

Estas palabras escritas á principios de la guerra demuestran cuán falsas son las afirmaciones de los escritores ultramontanos y reaccionarios, y aun de algunos extranjeros ilustres que han querido presentar la sublime epopeya de nuestra independencia como obra del fanatismo y del amor á la institución monárquica pura.

Las *Prevenciones* de la Junta de Sevilla demostrarán eternamente que los gloriosos principios de la Revolución francesa habían hecho mella en las clases más ilustradas, que al mismo tiempo que se buscaba la independencia de la patria se quería alcanzar la libertad para ésta, y que si bien se tenía por norma los principios revolucionarios franceses como se demostró después en las Cortes de Cádiz, no se quería para nada la libertad prometida por Napoleón á cambio de una transformación de dinastía, pues mal podía dar la libertad á un pueblo extraño el tirano que se la había arrebatado al suyo supeditándolo á su despótica voluntad.

La Junta de Sevilla, mientras trabajaba sin descanso en la organización militar y en el armamento del pueblo, no se descuidaba en hacer llegar á todas partes noticias del alzamiento.

Envió comisionados á todas las provincias de España y las islas Canarias, y los vireinatos de América no quedaron olvidados. Además, no creyendo suficientemente formalizados los tratos que hasta entonces había tenido con Inglaterra por medio de los almirantes y generales de dicha nación que estaban en España, nombró una comisión compuesta de los generales D. Adrián Jácome y D. Juan Ruíz Apodaca, dándoles plenos poderes para que, pasando á la Gran Bretaña, se entendieran y redactaran un tratado de alianza.

La noticia del levantamiento de Sevilla causó inmediatamente su efecto en Jaen y Córdoba, pues el pueblo se adhirió al movimiento y formaron sus juntas subalternas.

En la primera de dichas poblaciones, el pueblo, que sospechaba del patriotismo del corregidor Loma, lo pasó por las armas.

En Córdoba, apenas se efectuó el movimiento, se organizó á toda prisa una gran división de paisanos que ocupó el puente de Alcolea, tomando el nombre de vanguardia del ejército de Andalucía y nombrando por su jefe á D. Pedro Agustín de Echevarri, cuya designación aprobó la Junta de Sevilla.

Esta nombró general en jefe de todo el ejército de Andalucía al general Castaños, el cual, el día 9 salió de Sevilla para ponerse al frente de las fuerzas.

Granada no tardó en seguir el ejemplo de Sevilla sublevándose contra Napoleón, pero se resistió á formar una Junta subalterna dependiente de la de aquélla, pues teniendo capitanía general y chancillería, se juzgaba desprestigiada y ofendida si no tenía su gobierno y ejército propios.

En aquella ciudad, el pueblo estaba agitado hacía ya dos meses con las noticias que llegaban, y este desasosiego se manifestó públicamente el día 29 de Mayo, en que se tuvieron noticias ciertas de lo que sucedía en las demás provincias.

En dicho día entró á caballo en la población, y dando patrióticos gritos, el teniente de artillería D. José Santiago, el cual era enviado por la Junta de Sevilla, para dar la noticia de cuanto había ocurrido en dicha ciudad.

Seguíanle un gran grupo de labriegos de los alrededores que le habían encontrado en el camino y de curiosos de la ciudad, y escoltado por toda esta gente se dirigió á la capitanía general, donde se avistó con el que entonces la desempeñaba D. Ventura Escalante, que era hombre pacífico y de escasas luces.

Quedóse Escalante aturdido al saber lo de Sevilla, y realmente sin saber que hacer, por lo que despidió al emisario sin darle una contestación categórica; pero el pueblo en vista de esto se amotinó, y al día siguiente 30, que como ya dijimos era el de San Fernando, se dirigió á la plaza Nueva, donde estaba la residencia del capitán general y pidió tumultuosamente que se proclamase rey á Fernando VII y se declarara la guerra á Napoleón.

Escalante, en vista de la excitación popular, montó á caballo y rodeado de un brillante Estado mayor paseó por toda la ciudad el retrato de Fernando VII entre los vítores y los aplausos de la muchedumbre; pero viendo ésta que todas las providencias del capitán general no pasaban de allí y que no hacía nada porque quedara efectuado el levantamiento de los españoles, se amotinó otra vez más amenazante y entonces aquel accedió á que se nombrara una Junta compuesta de cuarenta individuos, que se encargara del gobierno y á la cabeza de la cual fué él puesto como presidente.

La nueva Junta no se dió un instante de reposo. Inmediatamente se convocó un alistamiento general, y á los pocos días ascendió á tantos miles que se tuvo que despedir gente no bastando el armamento para tantos. Además, se incitó á la gente á que auxiliara tan sublime empresa con donativos y éstos llovieron con gran abundancia, instalándose además grandes fábricas de armas, monturas, uniformes y demás útiles de guerra en las que á porfía trabajaban gratuitamente hombres y mujeres.

El alzamiento de Granada es uno de los más meritorios y honrosos, porque aquella ciudad al declarar la guerra á los franceses estaba totalmente desamparada de obras de de-

fensa y no tenía en su seno ni un solo soldado de tropa regular.

Un batallón suizo que formaba su guarnición, había salido para Cádiz por orden del gobierno de Madrid poco antes de efectuarse la sublevación; pero como todavía no estaba lejos de la ciudad, la Junta le envió aviso de que volviera, como así lo efectuó.

Los patriotas de Granada llamaron á D. Teodoro Reding, el que muy pronto debía ser el héroe de Bailén, el cual se encontraba de gobernador militar en Madrid y le dieron el mando superior del ejército en formación, poniendo como á su segundo al brigadier D. Francisco Abadía, que con gran acierto logró disciplinar á los reclutas que se iban alistando y formar de ellos soldados bastantes aceptables.

La Junta de Granada, comprendiendo que no le bastaba el armamento y útiles de guerra que tenía, acordó solicitar el auxilio de los ingleses y con este objeto envió á Gibraltar á un joven catedrático de la Universidad que apenas si tenía más de veinte años, el cual gozaba ya entonces de algún renombre por sus escritos y estaba destinado á ser una figura eminente, tanto en la literatura como en la política.

Este catedrátrico era D. Francisco Martínez de la Rosa.

En su viaje por tierra hasta Gibraltar, tropezó con muchos obstáculos, pues los pueblos insurreccionados y deseosos de derramar sangre francesa miraban con gran desconfianza á los escasos viajèros, creyéndolos afrancesados que huían de las iras populares.

Antes que Martínez de la Rosa había llegado á la plaza inglesa un comisionado de la Junta de Sevilla; así es que al ver los ingleses que había provincias que seguían á aquélla en su levantamiento, dispensaron al comisionado de Granada una gran ovación.

El gobernador de Gibraltar, Dalrymple, no estuvo con él tan obsequioso.

Influido por el comisionado de Sevilla que le pintó lo ocurrido en Granada como una perturbación para la causa española, se negó á entregar los auxilios que pedía Martínez de la Rosa si la Junta que le enviaba no reconocía antes la supremacia central de la de Sevilla, y abdicaba de su autonomía; pero convencido en parte por los razonamientos del joven catedrático, accedió por fin á darle fusiles y otros útiles guerreros, con lo cual y algunos otros recursos que le suministraron en Algeciras, volvió á Granada con su encargo brillantemente cumplido.

Al llegar los nuevos fusiles, el alistamiento general volvió á reanimarse en Granada y muy pronto quedó organizada una importantísima división mandada por Reding, siendo el mayor general D. Francisco Abadía y el intendente general D. Carlos Beramendi.

También tuvo la revolución en Gra-

nada sus hechos censurables, producto de aquellas gentes feroces y fanáticas que perteneciendo al noble pueblo español lo deshonraban.

Vivía en Granada el antiguo gobernador de Málaga D. Pedro Trujillo, el cual era odiado por todos no tanto por las arbitrariedades y crueldades que cometió en la época de su mando, como por ser casado con doña Micaela Tudó, hermana de la célebre Pepita Tudó, la querida de Godoy.

La Junta, conociendo la animaversión que contra ella reinaba, con el objeto de velar por su seguridad lo encerró en la Alhambra, pero cambiando después de parecer lo bajó para encerrarlo en la cárcel de la chancillería, lo que ocasionó un tremendo crimen. Al pasar el preso por la plaza Nueva, la gente comenzó á insultarle y arrojarle piedras, y cuando el infeliz se consideraba ya casi seguro por estar á la puerta de la cárcel, se arrojó sobre él un grupo de gente capitaneada por tres negros, y le dieron de puñaladas arrastrando después por las calles su cuerpo todavía palpitante.

Los tres negros autores del asesinato fueron ejecutados en la cárcel y sus cadáveres colgados de la horca, pero esto no sirvió de escarmiento, pues al poco tiempo ocurrió un hecho todavía más censurable y repugnante.

El corregidor de Velez-Málaga y D. Bernabé Portillo, muy conocido por sus vastos conocimientos económicos, habían sido detenidos á causa de su indiscreción por la Junta, y encerrados para estar más á cubierto del furor popular en la Cartuja.

El 23 de Junio, con motivo de ser la octava del Corpus, hubo en dicho convento una procesión, y con objeto de hacer mayor la fiesta, los monjes repartían á la gente mucho vino de su cosecha, siendo un lego rudo y feroz el encargado de la venta.

Cuando el populacho estaba más embrutecido por el vino de los frailes, díjoles con aviesa intención:

—Más valía que en vez de beber no dejarais con vida á los dos traidores que tenemos adentro.

Aquellos hombres completamente ebrios aceptaron inmediatamente el pensamiento del infame lego, y rugiendo como fieras entraron en el convento sin que nadie les opusiera resistencia, y cosieron á puñaladas á los dos infelices.

Aquellos frailes que tenían entre ellos un lego asesino y que poseyendo el prestigio de su ministerio sobre las turbas fanáticas, no hicieron la menor oposición á que se realizara tan horrendo crimen, debían haber tomado ejemplo de una mujer, de aquella irlandesa que en Cádiz exponía su vida y agotaba sus débiles fuerzas por defender al infeliz Solano.

Pero en los repugnantes hechos que oscurecieron en parte el glorioso alzamiento de Granada tenían su principal parte la gente monástica, pues la Junta pudo averiguar que los asesinos eran guiados é incitados por un fraile

llamado Roldán, y que se proponían cometer aún muchos atropellos, lo que evitó la autoridad prendiendo á muchos de los criminales, ahorcando á nueve de éstos y enviando á presidio al padre Roldán.

Esta medida tranquilizó á Granada, é impidió que se repitieran hechos tan censurables.

También Málaga se sublevó contra los franceses al saber lo ocurrido en Granada, pero su movimiento se manchó con asesinatos, pues el pueblo, el 20 de Junio, se dirigió al castillo de Gibralfaro, donde estaban presos el vice-cónsul de Francia, Mr. D'Agand y D. Juan Croharé, y sacándolos á viva fuerza, los asesinó.

La primera provincia que sintió desasosiego después del 2 de Mayo, fué Extremadura.

Como ya dijimos, el 4 de Mayo llegó á ella el célebre parte del alcalde de Móstoles, causando una excitación profunda en el pueblo.

El gobernador y comandante general de la provincia, conde de la Torre del Fresno, al tener conocimiento del parte se asesoró del general Solano, marqués del Socorro, que entonces se hallaba en Badajoz de vuelta de Portugal, y ambos acordaron reunir una Junta de generales que dió por resultado una proclama contra los franceses.

Los dos generales hicieron esto en un arranque de entusiasmo y confiando demasiado en la energía de su carácter; pero al tener noticias á los pocos días de que la tranquilidad se había restablecido en Madrid y ninguna provincia les había imitado, se arrepintieron de lo hecho, y pasando rápidamente del entusiasmo al terror, se hicieron servidores fieles de los franceses, procurando con muestras de adhesión y adulaciones deshacer el mal efecto que su anterior conducta hubiera podido causar en Murat.

Especialmente Torre del Fresno estaba muy arrepentido de su anterior conducta y se juraba no meterse en nuevas aventuras, pues siendo un general de salón que debía su elevación á su paisano, le gustaba más la vida tranquila y regalada que las agitaciones de la guerra.

Movido por estas consideraciones, opuso el obstáculo de su autoridad á todo cuanto quisieron hacer los patriotas extremeños.

Entre éstos figuraba el que después debía hacerse tan célebre en las Cortes, D. José María Calatrava, el teniente de rey Mancio y el tesorero D. Félix Ovalle.

Estas personas en unión de otras fueron preparando el alzamiento que tanto en la ciudad como en la provincia debía verificarse á principios del mes de Junio; pero un suceso igual al que provocó el levantamiento de la Coruña vino á apresurar la revolución.

El 30 de Mayo, día de San Fernando, ordenó Torre del Fresno que no se hicieran las salvas de ordenanza, pero la gente apenas se aper-

cibió de que no se cumplía con la ceremonia de todos los años, subió á la muralla y se agolpó á los cañones.

Una mujer después de increpar á los artilleros, arranca de manos de uno de éstos la mecha encendida y la aplica á una pieza, siendo saludada la detonación con grandes aplausos.

Inmediatamente son disparados los otros cañones y cada uno de los estampidos es acompañado por el entusiasta vocerío de la multitud que grita: ¡Viva Fernando VII y mueran los franceses!

Salen por las calles grandes grupos con banderolas y alegres músicas y se dirigen á casa el gobernador Torre del Fresno.

Este intentó aquietar la muchedumbre con vagas promesas y les ponderó las ventajas que reportaría al vecindario el permanecer tranquilo y en espectativa de lo que sucediera en el resto de España; pero estas palabras causaron un efecto deplorable en la muchedumbre que comenzó á insultar al atribulado conde, tachándolo de traidor.

Quiso la mala fortuna del gobernador que en estas circunstancias llegara un postillón con pliegos para él, que al momento fueron designados por los grupos como avisos de algún general francés que con sus tropas se acercaría á la ciudad, y esto que al principio no pasó de ser un rumor fué tomando cuerpo, hasta que, por fin, el pueblo enardecido trepó por la fachada del palacio para introducirse por los balcones, guiado de feroces propósitos.

Torre del Fresno, turbado por el miedo, escapó por una puerta falsa y acompañado de solo dos personas, fué á escapar de la ciudad por la puerta que da al Guadiana.

Los amotinados le siguieron y le rodearon unos en actitud amenazante, y otros con propósitos de defenderle. Seguido de muchos, entró el gobernador en el cuerpo de guardia de la puerta y allí se entabló una lucha entre los que le defendían y los que motejándole de traidor querían su muerte; lucha que terminó muy pronto, pues habiendo recibido Torre del Fresno un sablazo de manos de un artillero cayó al suelo y allí le remataron soldados y paisanos á golpes, siendo después arrastrado su cadáver por la ciudad hasta la puerta de su palacio donde lo dejaron abandonado.

La indecisión de Torre del Fresno le había hecho acreedor en cierto modo á que el pueblo sospechara de él, pero es lo cierto que no podía ser considerado como á traidor y sí únicamente como patriota tibio y hombre irresoluto.

Inmediatamente quedó efectuado el movimiento, se convocó una Junta de veinte personas escogidas entre las más conocidas de la ciudad y se nombró al brigadier D. José Galluzo para suceder á Torre del Fresno en el mando supremo y al teniente de rey don Juan Mancio para desempeñar el gobierno de la plaza.

Todos los pueblos de la provincia contestaron al movimiento de Badajoz y en todos ellos se formaron Juntas dependientes de la de aquélla. El entusiasmo que reinaba en aquella región era tan grande, que, según dice un escritor «los mozos acudían á alistarse en los regimientos en formación con el mismo alborozo que si fueran á una romería.»

A los pocos días llegó á Badajoz, D. Ramón Gavilanes, capitán enviado como emisario por la Junta de Sevilla el cual, osado y entrometido en demasía, se aprovechó de la debilidad de Galluzo y erigiéndose en dictador comenzó á repartir grados, á dispensar mercedes y á crear cargos completamente nuevos á cuyo desorden puso límite la Junta haciendo que se alejara tal intruso y anulando cuanto él había hecho.

Badajoz se encontraba en muy crítica situación al sublevarse contra los franceses.

Estaba desprovista de fortificaciones y tenía á poca distancia al general Kellerman que ocupaba á Yelbes.

Su guarnición se componía de unos quinientos hombres y la milicia urbana no estaba muy adelantada en organización. Por fortuna, la Junta no se dió punto de reposo y al acabar el mes de Junio tenía ya formado un ejército de veinte mil hombres, compuesto en su mayoría de los desertores españoles y portugueses que á grandes grupos abandonaban sus banderas en Lusitania á pesar de la vigilancia de Junot y venían á prestar sus servicios á la naciente revolución.

Con la sublevación de Extremadura quedaron incomunicados en parte los ejércitos franceses de Portugal y España y no pudieron cooperar unidos á desvanecer la insurrección de Andalucía.

Las noticias de lo sucedido en las provincias, causaron honda impresión en las fuerzas españolas que estaban juntas con las francesas y pronto se vieron los resultados.

Diariamente sufrían grandes mermas los regimientos españoles acantonados en Castilla la Nueva, pues los soldados desertaban á grupos y los oficiales aprovechaban la primera ocasión para escapar, yendo unos y otros á incorporarse á los ejércitos que se formaban en provincias.

Un comandante de zapadores y minadores llamado D. José Veguer, llevó á cabo, á fines del mes de Mayo, una acción que demuestra hasta dónde llegaba el arrojo y denuedo de aquellos militares en el servicio de la patria.

Estaba acantonado con su compañía en Alcalá de Henares bajo la vigilancia de los franceses y á poca distancia de Madrid, y á pesar de ésto, en la fecha antes indicada, se declaró en abierta insurrección, y al frente de los ciento diez hombres que mandaba llevándose la caja, armas y pertrechos, salió á tambor batiente y bandera desplegada de la población, y despreciando las promesas que le hizo y las amenazas que formuló un ayudante de Mu-

rat que le alcanzó en el camino, atravesó toda la sierra de Cuenca teniendo que sufrir grandes privaciones y marchar por parajes extraviados y desiertos para evitar el encuentro con fuerzas enemigas superiores, hasta llegar á Valencia, á cuya Junta ofreció su espada y sus soldados.

Este ejemplo de heroismo y audacia, causó honda mella en el ejército y tuvo muchos imitadores, y en la Mancha los carabineros reales, y en Talavera los voluntarios de Aragón y un batallón de Saboya desertaron en masa para ir á presentarse á las tropas españolas.

En Madrid cada noche sufrían las fuerzas españolas la pérdida de algunos oficiales y muchos soldados, y llegó el caso de que una fuerte partida de Dragones de Lusitania y otra del regimiento de España desertaran en pleno día y salieran con gran estrépito por las puertas de la población, sin que nadie pudiera impedirlo.

Aquel ejército español que Murat confiaba en tener á su lado, se disolvía por momentos y la situación se presentaba clara y definida, tal como debía de ser: á un lado los invasores y á otro el pueblo y el ejército español, luchando por la independencia de la patria.

El gobierno de Madrid ya no podía hacerse ilusiones de que alguna parte del país quedara voluntariamente adherida á su autoridad, pues el fuego de la guerra se extendía por todas partes y no pasaba día sin que llegara la noticia del levantamiento de una nueva provincia.

En la parte oriental de España fué Cartagena la primera ciudad donde se lanzó el grito de guerra contra los franceses.

El 22 de Mayo se supo en la ciudad que el almirante Salcedo marchaba á Mahón de orden del gobierno para ponerse nuevamente al frente de la escuadra española que estaba en dicho punto y conducirla á Tolón.

Esta noticia causó gran excitación entre los cartageneros, pues como á hijos de un puerto de mar de importancia, en el que son muchos los que se dedican á la carrera marítima, tenían individuos de sus familias formando parte de las tripulaciones de la escuadra citada.

En el mismo día que esta noticia se esparció, llegaron á la ciudad las nuevas de la renuncias de Bayona y de la audacia de los franceses que cada vez se mostraban en Madrid más soberbios y dominantes.

Esto fué suficiente para que el pueblo se amotinara y diera principio el alzamiento, de cuyas resultas huyó el cónsul francés, refugiándose en un buque dinamarqués que estaba anclado en el puerto.

A D. Francisco de Borja, capitán general del departamento marítimo reemplazó D. Baltasar Hidalgo de Cisneros y el coronel del regimiento de Valencia marqués de Camarena la Real, fué nombrado gobernador de la plaza.

Además, se formó una Junta de

personas distinguidas que poseyera la suprema autoridad, y en la cual figuraba el sabio marino D. Gabriel Ciscar que más adelante debía ser regente del Reino.

La sublevación de Cartagena era de gran importancia para la causa de la patria, tanto por la inexpugnabilidad de una plaza tan fuerte como por los vastos arsenales en ella existentes que tan necesarios eran á los españoles en aquellas circunstancias.

Una de las primeras providencias de aquella Junta fué el avisar de lo ocurrido al almirante Salcedo con objeto de que no marchara á Francia á ponerse en poder de los franceses, y con este objeto fué despachado á toda prisa el teniente de navío D. José Duelo, el cual llegó á Mahón cuando ya la escuadra iba á hacerse á la vela, obedeciendo á una orden que Murat había remitido por la vía de Barcelona.

Murcia contestó inmediatamente al movimiento de Cartagena. Cuatro oficiales enviados por la Junta de ésta como emisarios, penetraron en Murcia el 24 de Mayo en las primeras horas de la mañana y alborotaron al vecindario dando vivas á Fernando VII.

El pueblo y los estudiantes del colegio de San Fulgencio se unieron á los comisionados contestando á sus gritos, y juntos marcharon á la casa del Ayuntamiento, donde éste en unión de representantes de todas las clases sociales hizo la solemne proclamación de Fernando VII.

Inmediatamente se formó una Junta compuesta de diez y seis individuos, entre los cuales figuraba el ilustre conde de Floridablanca, el cual había logrado salir absuelto del proceso que le formaron sus enemigos y de la cautividad en el castillo de Pamplona.

El anciano hombre de Estado que tanto había figurado durante dos reinados consecutivos, estaba todavía destinado á presenciar una tremenda revolución y el despertar de su patria.

A imitación de las demás Juntas, la de Murcia trabajó mucho en el alistamiento y armamento generales, dando el mando de las fuerzas que organizó al coronel D. Pedro González de Llamas, las cuales siempre operaron en combinación con el ejército de Valencia.

El alzamiento de esta región fué de los más importantes y el que más larga reseña merece por los incidentes de que fué acompañado.

El conde de Toreno, en su ya citada obra, al ocuparse de la sublevación de Valencia, dice así:

«Pero entre las provincias bañadas por el Mediterráneo, llamó la atención sobre todas Valencia. Indispensable era que así fuese, al ver sus heróicos esfuerzos, sus sacrificios, y, desgraciadamente, hasta sus mismos lamentables excesos. Tributáronse á los unos los merecidos elogios y arrancaron los otros justos y acerbos vituperios. Los naturales de Valencia, activos é industriosos, pero propensos al desaso-

siego y á la insubordinación, no era de esperar que se mantuvieran impasibles y tranquilos ahora que la desobediencia á la autoridad intrusa era un título de verdadera é inmarcesible gloria.»

El 23 de Mayo fué el día en que Valencia dió el grito de guerra contra los invasores.

Acostumbraban los valencianos en aquella época reunirse en la plazuela llamada de las Pasas, donde había un puesto de venta de papeles públicos, y allí no faltaba nunca algún lector complaciente que en voz alta leyera á un numeroso concurso todas las últimas noticias que llegaban de Madrid y que desde algún tiempo antes traían á los valencianos bastante alarmados é inquietos.

El citado día llegó á la ciudad la *Gaceta* de Madrid del día 20, que insertaba las célebres renuncias de Bayona, y al ser leídos dichos documentos, se produjo en la plazuela un verdadero tumulto.

Algunos de los oyentes, arrojándose sobre el puesto de periódicos, comenzaron á hacer pedazos con indignación todos los ejemplares de la *Gaceta*.

Un mozo, de profesión *palleter*, ó sea vendedor de pajuelas, llamado Vicente Domenech, el cual había escuchado la lectura con verdadera rabia, subió en hombros de algunos compañeros enarbolando una caña en cuya punta había colocado una faja roja con un retrato de Fernando VII, y con voz que hacía potente el entusiasmo, dominó el vocerío de la multitud gritando en idioma valeciano:

—Yo, un pobre *palleter*, en nombre de Valencia, declaro la guerra al traidor Napoleón. ¡Viva Fernando VII y mueran los franceses!

Una explosión de entusiasmo sucedió á éstas palabras, que interpretaban el sentimiento de todos.

Los manifestantes se situaron en la cercana plaza del Mercado, y allí fueron agolpándose miles de personas noticiosas de lo que ocurría, pues la sublevación se había difundido en pocos minutos por todos los ámbitos de la ciudad.

Aquel tumulto de gente se trasladó á la casa del capitán general, conde de la Conquista, que en vano quiso disuadirlos con razones que dictaba la prudencia y la frialdad, pues el pueblo se mostraba cada vez más empeñado en que se declarara oficialmente la guerra á los franceses.

Entonces se puso á la cabeza de los amotinados el padre Rico, fraile franciscano, con tanto temple de alma como elocuencia y amor á la patria y que parecía nacido para capitanear á un pueblo en época de revolución.

Todos le reconocieron por jefe y por más que él se excusó, tuvo por fin que aceptar el ser el portavoz de los revolucionarios, por lo que se trasladó seguido de las masas al lugar donde celebraba sus sesiones la corporación llamada del Real Acuerdo.

Entre los individuos de éste y el padre Rico, medió una larga discu-

sión en la que pugnaron de una parte el miedo y la indiferencia y de otra el patriotismo y la fogosidad.

A todas cuantas objeciones presentaba el Real Acuerdo para oponerse al deseo del pueblo, contestaba el padre Rico con sanas razones y apelando á los sentimientos honrados de aquellos hombres que eran españoles, hasta que por fin vino á cortar la discusión el pueblo que en vista de lo que tardaba la contestación apetecida, comenzó á agitarse en la calle y á prorumpir en amenazas, lo que decidió á las autoridades á declararse en favor del movimiento, aunque aparentemente, pues en su interior estaban muy lejos de ser favorables á todo alzamiento.

En virtud de la declaración de guerra á Napoleón, dispúsose la formación de un ejército cuyo mando supremo se dió por adelantado al conde de Cervellón, el cual, si bien era un buen patriota, carecía por completo de condiciones de general.

En aquel mismo día el arzobispo, movido por las autoridades y por sus mismos propósitos, mandó llamar al padre Rico y le hizo las más tentadoras proposiciones si abandonaba Valencia, pues se creía que todo lo ocurrido en aquel día era obra suya y que desapareciendo él, la ciudad quedaría otra vez tranquila; pero el religioso despreció tan viles seducciones é hizo constar solemnemente que mientras viviera haría toda clase de sacrificios por la causa de la patria, respuesta digna de un corazón como aquél que, rebosando en los nobles sentimientos de los oprimidos, por una rara casualidad había ido á refugiarse bajo un hábito monacal.

El pueblo, que estaba algo receloso de la franqueza con que las autoridades se habían unido á la causa popular, al día siguiente 24 se empeñó en registrar todas las cartas depositadas el día anterior en el correo con dirección á Madrid, y pasando inmediatamente á vías de hecho á pesar de la oposición de muchos, se apoderó de la balija llevándola á casa del conde de Cervellón para que con la mayor calma fueron leídas una tras otra todas las cartas.

Una hija de dicho conde, joven hermosísima y de muchos ánimos, presenciaba la operación y al ver entre el montón de las cartas un pliego que por ciertas señales conoció ser del Real Acuerdo, se arrojó sobre él y antes que pudieron impedirlo los amotinados, y á pesar de las amenazas de éstos lo rompió en menudos pedazos, acción nobilísima, tanto más digna de elogio por cuando en ella exponiendo su existencia una débil joven salvó la vida á muchos hombres, pues en aquella comunicación las autoridades de Valencia daban cuenta á Murat de todo lo sucedido en el día anterior y le pedían enviara fuerzas para sofocar la naciente insurrección.

El arrojo de aquella joven evitó un día de luto á Valencia y un sinnúmero de ejecuciones; pero no pudo

impedir que el pueblo se hiciera todavía más receloso y adquiriera el firme convencimiento de que existían en la ciudad muchos traidores.

En el mismo día se verificó otro hecho de más importancia.

El padre Rico, el capitán D. Vicente Moreno y los hermanos Beltrán de Lis, que eran los que más influencia ejercían sobre el pueblo, consumaron la patriótica empresa que habían emprendido, comprendiendo que la revolución no estaba hecha todavía y corría gran peligro de malograrse si inmediatamente no se daba un golpe decisivo; convinieron en apoderarse de la Ciudadela, para de este modo hacer más seguro el alzamiento.

Preparado el pueblo para tal empresa, se presentaron los citados patriotas ante el Real Acuerdo pidiendo en nombre del vecindario que se le facilitasen armas. La citada corporación contestó que no las había en la ciudad, como así era verdad, y entonces ellos pidieron que para convencerse de ello les dejaran entrar en la Ciudadela.

Concedióse permiso para que entraran el padre Rico y ocho ciudadanos; pero así que á éstos se les franquearon las puertas penetró todo el pueblo en tropel apoderándose del edificio, sin que hiciera ninguna oposición su gobernador el barón de Rus, que desde aquel instante se puso de parte de los sublevados.

Este hecho decidió la marcha de la revolución, pues al día siguiente se declaró solemnemente la guerra á los franceses y se nombró una Junta soberana, en la cual el elemento obrero y de letras tenía la mayor parte de la representación.

A pesar del entusiasmo y la alegría que reinó en Valencia al declarar la guerra á Napoleón, su situación no podía ser más triste á causa de la escasez en que estaba de medios de lucha, pues carecía de armamento para el pueblo y no tenía pólvora ni plomo.

Afortunadamente la Junta de Cartagena le envió toda clase de pertrechos de guerra, y la casualidad hizo que á los pocos días un buque francés que llevaba un cargamento de cuatro mil quintales de plomo, ignorante de lo que sucedía en España y huyendo de un corsario inglés, entrara en el puerto para ser apresado inmediatamente.

La Junta aprovechó del todo esta circunstancia, pues estando el corsario bordeando por las inmediaciones del puerto, le envió un emisario para que supiera el cambio de situación y se encargara de trasmitir algunas comunicaciones al gobernador de Gibraltar.

Como antes dijimos, el pueblo valenciano estaba cada vez más receloso y firme en la idea de que en su seno tenía muchos traidores, por lo que los buscaba en toda parte y le bastaba el más insignificante hecho para desconfiar de personas que hasta entonces le habían merecido confianza.

De esta predisposición á la sospecha, fué víctima inocente D. Miguel

de Saavedra, barón de Albalat, joven que gozaba de gran favor en la alta sociedad por su brillante exterior.

Este había sido nombrado en representación de la nobleza para formar parte de la Junta y llamó mucho la atención el que no asistiera á ninguna de sus sesiones, marchándose de Valencia apenas dió comienzo la revolución.

Tan extraña ausencia llamó inmediatamente la atención de la multitud que comenzó á tacharle de traidor, y á afirmar que había marchado á Madrid para comunicar á Murat, en nombre de los demás afrancesados, todo lo ocurrido en la ciudad y pedirle tropas francesas.

Estas suposiciones eran del todo infundadas, pues el de Albalat desde su marcha de la ciudad se encontraba á pocas leguas de ésta, en el pueblo de Buñol.

Dos son las versiones sobre el motivo de aquella ausencia. Por unos se afirma que el barón huyó de Valencia hasta que se calmara un tanto la revolución, por miedo al pueblo que le odiaba por haber sido él como coronel de milicias, él que había mandado años antes hacer fuego sobre la muchedumbre, cuando ésta se amotinó contra el establecimiento de este instituto, y por otros, que nosotros creemos están más en lo cierto, se asegura que el viaje de éste fué ocasionado por ciertos amores que sostenía con una elevada dama que también abandonó la ciudad á los primeros síntomas de revolución.

La Junta viendo el general odio que reinaba contra el joven barón, con el propósito de ponerlo en lugar seguro, le mandó comparecer con orden de arresto, á lo que obedeció aquél, dirigiéndose á Valencia el día 29.

Había en los valencianos tal afán en conocer pronto las noticias que llegaban del resto de la península, que muchos de ellos salían á tres leguas de la ciudad al sitio denominado el *Mas de Poyo*, para aguardar al correo de Madrid.

Quiso la fatalidad que aquel día llegaran juntos á dicho lugar el barón y el correo, que se habían encontrado poco tiempo antes en el camino, y al ver á los dos hombres juntos, la gente sintió crecer sus sospechas y creyó que ambos venían juntos desde Madrid.

A pesar de las protestas del de Albalat, fué detenido por los grupos y conducido preso á Valencia.

Noticiosa la Junta de tal detención y temiendo un atropello, envió para que escoltara al prisionero una partida de caballería á las órdenes de un oficial llamado Ordóñez, el que accediendo á los deseos del de Albalat, en vez de conducirle directamente á la Ciudadela, lo llevó á casa del conde de Cervellón en donde penetró ileso, gracias á los esfuerzos de la escolta que ya casi no podía contener á aquella multitud ebria de venganza.

El padre Rico, noticioso de lo que ocurría, acudió al palacio de Cervellón y en una de sus habitaciones encontró

al joven noble que, tendido en un sofá, escuchaba presa de espanto como pedían su cabeza las turbas enfurecidas.

—Padre,—dijo angustiosamente el de Albalat,—salve usted á un caballero que no ha cometido otro delito que obedecer la orden de que regresase á Valencia.

El patriótico fraile prometió auxiliar al desventurado, y para que le auxiliara en tal empresa, buscó por toda la casa á Cervellón, aunque fué en vano, pues el conde, en un momento de debilidad censurable, y asustado sin duda por el aspecto que presentaba el pueblo, se metió en la cama fingiéndose enfermo, para evitarse de este modo el auxiliar á un antiguo amigo en lance tan peligroso.

El padre Rico, en vista de que la muchedumbre de un momento á otro podía asaltar el palacio, hizo llamar al capitán D. Vicente Moreno, el cual, poniendo al prisionero en medio de un cuadro de tropa, se dispuso á conducirlo á la Ciudadela que estaba cercana al palacio.

El de Albalat, resguardado por las bayonetas de los soldados que á duras penas podían abrirse paso entre la embravecida muchedumbre, consiguió llegar hasta la mitad de la plaza de Santo Domingo; pero una vez allí, el oleaje popular logró romper el cuadro de la tropa, y á pesar de la actitud del padre Rico que invocando el sagrado nombre del honor de la patria, pretendía disuadir de su intento á los amotinados, éstos arrancaron de brazos del heróico fraile al desdichado barón y le dieron de puñaladas, no quedando satisfecho su furor hasta que le cortaron la cabeza, y poniéndola en la punta de una lanza, la pasearon por la ciudad, prometiendo á gritos ejecutar venganzas más crueles en todos los que fueran sospechosos de patriotismo.

Todas las clases sociales de Valencia se aterrorizaron á la vista de tan cruel hecho y especialmente la nobleza que por pertenecer á su clase la infeliz víctima y alejar del populacho toda sospecha de afrancesamiento, hizo cuantiosos donativos para sostener la causa de la patria, siendo el más notable de ellos la formación de un regimiento de caballería compuesto de los más principales individuos de ella y sostenido á sus expensas.

Pero no bastaba tan cruel desahogo á las enfurecidas y susceptibles masas, y no pasaron muchos días sin que el glorioso levantamiento de Valencia volviera á deslucirse con otro hecho mucho más cruel y censurable que el anterior.

El día 1.° de Julio se presentó en Valencia un canónigo de San Isidro, de Madrid, llamado D. Baltasar Calvo, sujeto que se había dado bastante á conocer por su afecto á los jesuitas, que demostró en las disensiones sostenidas entre los dos bandos jansenista y jesuita, en que se hallaba dividido el clero.

Calvo era un sér digno de inspirar

recelo por su fanatismo bestial, sus instintos sanguinarios, su despreocupación en punto á procedimientos para llegar á un fin y la travesura con que procedia en todos sus actos.

A juicio de ciertos historiadores, el jesuita Calvo era en Valencia el instrumento de un poder oculto que tenía empeño en deshonrar el naciente movimiento nacional, y los hechos así parecen demostrarlo.

Intentó el citado canónigo apenas llegó á Valencia, captarse el afecto y amistad del padre Rico, para poder de este modo tomar parte en la cosa pública; pero aquél hombre sencillo, que sólo pensaba en la regeneración de la patria y que además era partidario de la soberanía del pueblo, sintió repugnancia de tratarse con un sér que en todas sus palabras demostraba una gran ferocidad reaccionaria y una aficion desmedida á la tiranía.

Viendo Calvo que le era imposible intervenir en los negocios públicos por mediacion de Rico, se dedicó á atraer sobre su persona la atencion y la simpatia del populacho ignorante y fanatico, y para ello comenzó a darse aires de santidad, lo que logro, diciendo todos los dias la misa con voz estentorea y mucha parsimonia y estando arrodillado en los templos cuatro o cinco horas diarias con los brazos en cruz y rezando con fingido fervor porque acabaran los males de la patria.

Por estos medios muy pronto tuvo el hipocrita canonigo un gran partido de seres ignorantes y fanaticos que estaban dispuestos á cometer cuantas atrocidades les ordenara por creer que sus mandatos estaban inspirados por la voluntad divina. El conocia que el punto flaco de aquella gran masa era el odio á los franceses y el deseo de exterminarlos, y para captarse mejor el afecto de ella, maquinó el exterminar á todos los individuos de procedencia francesa que por orden de la Junta, y para permanecer más á cubierto de todo ataque, estaban encerrados en la Ciudadela.

Facilitaba la empresa de Calvo el estar la Ciudadela únicamente guarnecida por algunos inválidos, pues las fuerzas que antes la ocupaban y don Vicente Moreno, que había sido nombrado por la Junta su gobernador, habian salido para formar una división en Castellón de la Plana.

El día 5 al anochecer los partidarios de Calvo promovieron en la ciudad un gran tumulto, y dirigiéndose á la Ciudadela, penetraron en ella sin que se les pudiera oponer resistencia.

El canónigo entró de los primeros, y dirigiéndose á donde estaban los franceses, bien por cubrir su responsabilidad ante la Junta, bien por complacerse,—como dice un historiador,—en unir á la crueldad la más insigne perfidia, les dijo que el populacho intentaba matarlos, pero que él queria salvarles, por lo que les tenia franqueado un postigo que daba fuera de la muralla, por donde podian huir al Grao, encontrando alli barcos listos para embarcarse.

Los desgraciados creyendo las palabras de una persona al parecer tan bondadosa y respetable, se apresuraron á escapar por el postigo indicado, pero allí se encontraron con los esbirros de Calvo que ya éste había colocado convenientemente, los cuales comenzaron una terrible matanza que Calvo presenciaba con la mayor fruición.

La sangre corría en abundancia, los quejidos y ayes se sucedían sin cesar, en la semi-oscuridad de aquel gran calabozo brillaban los puñales que al caer arrancaba rugidos de dolor y el feroz canónigo contemplaba con placer tan repugnante y cruel escena.

Detúvose la matanza breves instantes con objeto de buscar confesores para los infelices que todavía quedaban con vida y aprovechándose de aquella tregua llegaron al lugar del suceso algunas personas respetables y bastantes clérigos con imágenes y reliquias para interceder por los franceses; pero todo fué en vano, porque viendo Calvo que las palabras de los que llegaban comenzaban á enternecer á sus sicarios, impuso con sus gritos y ademanes de fiera á los que se mostraban inclinados á la clemencia y prometiendo á los asesinos una buena remuneración por sus infames servicios y halagando á los fanáticos con la blasfemia de que nada era tan grato á los ojos de Dios como matar franceses, hizo que continuara la matanza, si bien no fuera en aquel lugar, pues quedando todavía vivas setenta víctimas, mandó que las condujeran por fuera de la ciudad á las torres de Cuarte, pero antes apostó en la Plaza de toros un grupo de asesinos que arrojándose sobre los presos no dejaron con vida á ninguno de ellos.

El número de franceses que recibieron la muerte en tan infames hecatombes, ascendió á trescientos treinta.

El popular padre Rico había hecho durante el sangriento alboroto mil esfuerzos por salvar á las víctimas, pero el pueblo es veleidoso y en extremo olvidadizo en muchas ocasiones y desoyó la voz de aquél que con tanta elocuencia había servido á la causa de la patria en los momentos más críticos de la revolución.

Calvo y sus secuaces llegaron á causar miedo aun á los patriotas más exaltados, se opusieron á todas las voluntades y por esto, sin duda, hubo individuos de la Junta que propusieron para individuo de ésta al infame canónigo que en poco tiempo se había convertido en dueño de la situación.

El único que protestaba con energía y estaba dispuesto á no consentir por más tiempo tal estado de cosas, era el padre Rico, el cual, en la mañana del 5 había montado á caballo y seguido de alguna fuerza intentó, aunque en vano, prender al hombre que de tal modo alarmaba la ciudad.

Cuando el día 6 Calvo con la sonrisa del vencedor tomó asiento en la Junta, todos callaron poseídos de temor y únicamente el elocuente fraile fué el que levantando su voz pronun-

ció una enérgica acusación, en la cual pintaba todos los grandes crímenes que el canónigo había hecho, y pedía que para tranquilidad de Valencia y vindicar la revolución deshonrada, se le cortara á tal hombre la cabeza.

Estaba la Junta todavía bajo la impresión de tal discurso, cuando penetró en la sala una banda de asesinos arrastrando ocho franceses que habían encontrado escondidos y les dió muerte, á pesar de la oposición de todos, llegando á salpicar los vestidos de los vocales la sangre de aquellos desgraciados.

Todos huyeron temiendo los abusos y tropelías de aquellos sicarios, y Rico tuvo que disfrazarse por estar más seguro de las asechanzas de su temible enemigo.

Ya era Calvo dueño absoluto de la ciudad y se disponía á cometer en ella toda clase de fechorías, cuando Rico hizo convocar secretamente la Junta en la mañana del 7, y convenciendo á todos de que era preciso librar á la ciudad de tan inmenso peligro, se acordó el arresto de Calvo antes de que se apercibieran sus partidarios, lo que se efectuó con toda felicidad embarcando inmediatamente al prisionero para Mallorca, á fin de tenerle á seguro de un golpe de mano.

Apenas se restableció la calma con esta providencia, no tardó la Junta en castigar con mano fuerte todos los anteriores desmanes. Nombró un tribunal de seguridad pública, compuesto de magistrados de la Audiencia, los cuales se valieron de un medio especial para averiguar quienes fueron los asesinos, pues hicieron que circulara la noticia de que la Junta entregaba á cada uno de éstos treinta reales por cada francés que hubieran muerto y con el cebo de la codicia se presentaron muchos, tanto que el número de ahorcados por el tribunal de seguridad alcanzó á más de doscientos.

Esta medida, si bien fué en parte acertada, pues mediante ella alcanzaron el condigno castigo gran número de asesinos, fué también muy digna de reprobación, pues muchos infelices por recibir la cantidad antes citada, se presentaron asegurando que también habían muerto franceses, y fueron castigados en la horca cuando en realidad ni se encontraban en Valencia en los días en que ocurrieron aquellas sangrientas hecatombes.

No tardó en ser castigado el principal promovedor de tan crueles desórdenes. Calvo fué conducido á Valencia de orden de la Junta y compareció ante ésta con una larga defensa por escrito, en la que como buen jesuita y apoyándose en las doctrinas de los compañeros de Loyola, pretendía demostrar que ninguno de sus hechos era penable, pues los disculpaba la buena intención.

La Junta supo obrar con energía contra aquel hombre que había llegado á amedrantarla, y en la noche del 3 de Julio fué ajusticiado en la cárcel, quedando su cadáver expuesto al público en la mañana siguiente.

Así terminó su vida aquel miserable de instintos sanguinarios, digno aborto de la Compañía de Jesús, que se había propuesto deshonrar el glorioso principio de la Revolución española.

La severidad draconiana de la Junta de Valencia, que considerada desde la actualidad resulta demasiado exagerada, no lo parece tanto si se mira en armonía con aquella época, pues hay que tener en cuenta que se necesitaba el orden más completo para poder con calma prepararse contra el francés, que iba á aproximarse de un momento á otro. Además era necesario un castigo fuerte para contener al embravecido vecindario de algunos pueblos de la nación donde ya comenzaban á cometerse crueles desmanes, pues en Castellón de la Plana y en Ayora el pueblo había asesinado á los corregidores.

Con las enérgicas providencias de la Junta, el orden volvió á establecerse en Valencia, y las autoridades populares pudieron dedicarse á organizar fuerzas que sostuvieran el ataque del mariscal Moncey, logrando organizar, mediante los auxilios que se recibieron de Cartagena, un cuerpo de ejército de quince mil hombres que, á las órdenes del conde de Cervellón, se situó en Almansa, y otro de ocho mil que mandado por D. Pedro Adorno, se situó en las Cabrillas.

El levantamiento de Aragón fué mucho más tranquilo, y siguió la misma marcha que en otras provincias. Al recibirse en Zaragoza las noticias de lo ocurrido tanto en Madrid como en Bayona, se produjo la popular efervescencia que aquéllas ocasionaron en toda España.

El pueblo amotinado, el día 24 de Mayo se dirigió en tropel á casa del capitán general D. Jorge Juan de Guillelmi, figurando á la cabeza de la gente de las parroquias de la Magdalena y San Pablo, un labrador llamado el tío Jorge, que más adelante debía inmortalizarse en los sitios de Zaragoza por su valor heróico y el cual alcanzaba gran prestigio entre las masas por su rudeza enérgica y por el buen sentido que, á pesar de ser hombre poco ilustrado, informaba todas sus palabras y sus actos.

La nobleza é hidalguía peculiares en el pueblo aragonés, estaban acumuladas en sumo grado en aquel corazón rudo.

Este héroe popular, haciéndose intérprete de los sentimientos de todos los zaragozanos, pidió al capitán general que hiciera dimisión de su cargo, á lo que éste se resistió, teniendo que acceder por fin al ser conducido preso á la Aljafería.

Para sustituirle fué nombrado su segundo el general Mori; pero como éste por ser de nacionalidad italiana inspiraba poca confianza, se brindó con dicho cargo á D. Antonio Cornel, ex-ministro de la Guerra, el cual no quiso aceptarlo.

En la mañana del 25, Mori reunió una Junta; pero tanto él como los

individuos convocados, demostraron tanta indecisión y debilidad que el pueblo comenzó á murmurar contra ellos y acabó aclamando por capitán general al brigadier D. José Palafox y Melci, que hacía poco había venido de Bayona con instrucciones de Fernando VII, según se decía, y que se encontraba retirado en Torre de Alfranca, posesión propiedad de su familia, situada cerca de Zaragoza.

El pueblo deseoso de que cuanto antes viniera á ponerse á su frente el que designaba como su caudillo, despachó una comisión de cincuenta paisanos para que fueran á Alfranca y trajeran á Palafox.

Este al principio se excusó de aceptar tal cargo; pero por fin accedió cuando á los deseos de sus conciudadanos se unió el mandato de presentarse que le envió el capitán general.

Apenas entró en Zaragoza en la mañana del 26, convocó á reunión al Real Acuerdo para comunicarles cosas del mayor interés. Palafox en dicha sesión manifestó el encargo que en Bayona se le había hecho de resistir á los franceses, aunque recomendando á todos que guardaran el mayor silencio, pues al estar Fernando VII en manos de los franceses, peligraba su vida si se sabía que incitaba á los españoles á la rebelión. Después manifestó sus deseos de no ocupar cargo alguno, pues su única aspiración era servir á la patria con su vida y su fortuna como simple soldado; pero aunque ante este ruego callaron los del Real Acuerdo que en realidad no les era muy del agrado un caudillo tan joven, el pueblo que se agolpaba á las puertas del edificio, comenzó á aclamar á Palafox diciendo que sólo á éste reconocerían como general, por lo que Mori cedió á éste el puesto.

Todas las poblaciones aragonesas aprobaron el nombramiento y quedó al frente de reino tan importante un caudillo que apenas contaba veintiocho años.

Palafox no tenía historia alguna como militar ni como político, que influyendo sobre el pueblo le diera tan gran prestigio; pero en cambio era uno de esos jóvenes predestinados que nacen para algo grande y que se atraen, desde el momento que se presentan en la esfera pública, la simpatía de las multitudes.

Era hermoso como un héroe de la antigua Grecia, todos sus actos respiraban la hidalguía aragonesa, sus costumbres eran puras é intachables y todo en él recordaba á los esforzados paladines de romances y libros de caballería.

Había figurado como militar en la viciosa corte de Carlos IV, y allí á causa de su hermosura y de su caballerosidad había sido muy buscado por las corrompidas damas palaciegas, aunque sin éxito alguno, siendo todavía más notable que permaneciera sordo á los halagos de María Luisa que sin duda deseaba encontrar en el joven militar aragonés un sucesor de Godoy.

Aquel carácter entero educado en las más sanas prácticas de virtud y que odiaba el vicio, tenía en la vida particular la misma fuerza de voluntad que más adelante demostró como guerrero.

Palafox poseía la cualidad, propia de los grandes hombres, de improvisarse conocimientos que hasta entonces le eran extraños, y únicamente así se comprende que aquel joven que aunque militar no había tomado parte en ninguna campaña, resultara tan buen general y que sin práctica de los negocios públicos supiera gobernar como lo hizo. El joven caudillo unía á esto la buena condición de ser modesto y aconsejarse en muchas ocasiones de personas competentes, siendo principalmente los que influían en sus decisiones su antiguo maestro, el escolapio D. Basilio Bogiero y D. Lorenzo Calvo de Rozas que habiendo llegado de Madrid poco antes del levantamiento, le habían nombrado intendente y corregidor de la ciudad y el cual era muy apreciado de todos por motivo de su actividad, energía y prontitud de imaginación para las soluciones más difíciles.

Palafox con objeto de dar al levantamiento más caracteres de legalidad y revestirla de un carácter que agradara á todos los aragoneses que aun recordaban la pérdida de sus antiguas libertades, convocó á Cortes al reino de Aragón abriéndose las sesiones de éstas el día 9 de Junio.

A ellas asistieron treinta y cuatro individuos representando los cuatro brazos y las ciudades de voto en Cortes, y su única misión fué aprobar todo lo hecho por las autoridades revolucionarias y ratificar el nombramiento de Palafox para la capitanía general de Aragón.

Antes de disolverse nombraron una comisión permanente compuesta de seis individuos á cuyo frente pusieron al joven caudillo, depositando en él todos los poderes, pues como la lucha estaba ya próxima y la acometida de los franceses se tenía por inminente, era necesario depositar toda las facultades y confianzas en el hombre encargado del poder ejecutivo.

Palafox y sus consejeros, con una actividad sin igual, procedieron á la organización de la fuerza armada y la defensa de la ciudad que estaban en un estado deplorable.

Las fuerzas disciplinadas con que contaba Zaragoza no llegaban á dos mil hombres, incluso los cuerpos voluntarios y destinados á la seguridad pública.

Palafox, con los oficiales y sargentos que desertando de los regimientos españoles llegaban todos los días á la ciudad, organizó nuevos cuerpos á los cuales, recordando pasadas épocas de gloria guerrera, dió el nombre de *tercios*, siendo de todos éstos el que mayores lauros conquistó en los combates el organizado con estudiantes de la Universidad, que era mandado por el barón de Versages.

La artillería no estaba en estado

mucho más lisongero. Doce cañones y casi todos de pequeño calibre, era lo que contaba Zaragoza para su defensa, y á esto había que añadir que las municiones eran malas y escasas.

Se hizo una requisa general de escopetas, trabucos y demás armas de los particulares, y con esto y gran número de armas viejas que se habilitaron se pudo armar al pueblo, suministrando la pólvora necesaria la fábrica establecida en Villafeliche.

El primer manifiesto que la Comisión permanente publicó fué notable, tanto por la energía de sus conceptos como por la declaración que en él se hacía de la idea que tenían los aragoneses de la forma monárquica.

Decían en él que el Napoleón, todos los individuos de su familia y cualquier general francés, eran responsables de la seguridad del rey y sus hermanos, y que en caso de un atentado contra la vida de éstos, no por ello quedaría España huérfana de gobierno, pues *la nación usaría de su derecho electivo* á favor de quien creyera más digno de designación.

Esta última cláusula demuestra claramente que dos siglos de absolutismo no habían logrado borrar de la memoria de uno de los pueblos más grandes y generosos de España, el recuerdo de sus derechos y el concepto verdadero de aquella institución que se había empeñado en ser obra divina.

Con aquel documento se demuestra una vez más que nuestra guerra de la Independencia sirvió paraalgo más que para repeler á un invasor audaz, pues, mediante ella, el pueblo salió de la servidumbre para volver á proclamar, entre el fragor de la revolución, los derechos que le eran innatos.

Las regiones españolas que más débilmente contestaron al general grito de insurrección fueron Cataluña y Navarra y las Vascongadas, no por culpa de sus habitantes que mil veces habían probado en diferentes épocas cuál era su valor y entereza, sino por encontrarse ocupadas por grandes cuerpos de ejército franceses, que impedían todo movimiento.

Las principales ciudades y fortificaciones de Cataluña se encontraban ocupadas por el francés, y por tanto, aunque los naturales desearan seguir el general movimiento, se veían privados de efectuarlo á causa de que los parques donde pudieran abastecerse de armas y municiones para emprender la guerra estaban en poder del enemigo.

A pesar de este estado angustioso, los catalanes, cuya entereza y tenacidad no tiene límites, aislados como estaban del resto de España por los ejércitos franceses y sin tener noticias ciertas de lo que ocurría en las demás provincias, se manifestaron hostilmente contra los invasores.

En la misma Barcelona el pueblo se amotinó el 31 de Mayo al tener noticias del cambio de dinastía, y rasgó los carteles que fijados en las esquinas hacían tal anuncio. Hubo al-



gunos muertos y heridos, pero pronto la superioridad de las armas francesas acalló el tumulto y se restableció la calma.

No sucedió del mismo modo en otras poblaciones de Cataluña.

Deseando el general francés apoderarse de Lérida para de este modo poder comunicarse con Zaragoza, consiguió de la traidora Junta de Gobierno de Madrid una orden para que la tropa imperial se posesionara de la ciudad.

Duhesme envió de vanguardia al regimiento español de Extremadura para de este modo despertar menos las sospechas de los naturales; pero éstos que presintieron el engaño, cerraron las puertas, ocuparon armados las murallas y rogaron á los soldados españoles que no entraran, á lo que éstos accedieron en seguida, pues obedecían de tan mala gana al general francés que, aprovechando el motivo para declararse en insurrección, marcharon á engrosar el ejército defensor de Zaragoza, en cuyos sitios verificaron muchas proezas.

Lérida fué la primera población catalana que se declaró en abierta insurrección contra el invasor, y su ejemplo fué seguido muy pronto por Manresa que quemó públicamente todos los bandos y decretos del gobierno de Madrid, y Tortosa que al saber lo ocurrido en Valencia se sublevó también.

A fines de Junio se convocó una Junta de defensa del principado de Cataluña que escogió para su asiento Lérida, y organizó con gran actividad la guerra contra el invasor.

Navarra y las Vascongadas no pudieron hacer tanto por la causa de la patria. Lindantes con Francia, atravesado su territorio á cada momento por nuevas fuerzas extranjeras que llegaban á España, rodeadas por grandes ejércitos enemigos y en poder de éstos todos los puntos fuertes, sus naturales no pudieron hacer otra cosa que fomentar la deserción en las pocas fuerzas españolas que ocupaban sus poblaciones, y más adelante formar partidas ó guerrillas de cuyas heroicas hazañas tiempo tendremos de ocuparnos.

De todas las provincias españolas ninguna reunía como las Baleares mayor facilidad para levantarse en armas á favor de la causa de la patria, pues además de encontrarse resguardadas por el mar de los ataques de los enemigos y tener su limpio de éstos, contaba á más de la escuadra española anclada en Mahón, de la que ya hablamos, más de diez mil hombres de tropa reglada, cuyo número en aquellas circunstancias era muy importante atendida la condición de los soldados.

El 29 de Mayo llegó un barco procedente de Valencia, dando cuenta de lo ocurrido en esta ciudad, y esto fué suficiente para que Mallorca se dispusiera á manifestar su hostilidad al gobierno de Madrid. Pocas horas después de la llegada del buque de Valencia, arribó otro que conducía á un

oficial francés, portador de pliegos del gobierno de Madrid para el capitán general D. Juan Miguel de Vives.

Este en vista de lo que se le decía pareció vacilar en decidirse por una de las dos causas; pero en vista de que las personas más influyentes de la ciudad en unión de casi todos los oficiales del ejército se preparaban á insurreccionarse y á deponerle si no servía los intereses de la patria, se determinó por éstos, y el mismo día 29 por la noche hizo iluminar la fachada de su palacio y proclamó solemnemente á Fernando VII por rey de las Españas.

El día 30 se nombró una Junta compuesta de veinte individuos, en representación de todas las clases sociales, y posteriormente se unieron á ella representantes por Menorca, Ibiza y la escuadra fondeada en Mahón.

En Mallorca se arrestó en el castillo de Bellver para mayor seguridad de sus vidas, al edecán francés, portador de las comunicaciones de Murat y á los sabios franceses miembros del Instituto de Francia, Arago y Biot, los cuales en unión de los astrónomos españoles Rodríguez y Chaix, estaban algún tiempo en la isla con objeto de prolongar hasta la isla Formentera la medida del arco del meridiano, medida antes en Barcelona por otros sabios franceses desde Dunkerque hasta Montjuich.

Providencia muy acertada de la Junta de las Baleares fué ésta, pues los dos ilustres franceses se habían hecho sospechosos á los naturales que viéndoles tomar medidas y hacer operaciones de otras clases, creyeron que eran agentes enviados por los franceses para explorar la isla.

La Junta aprovechó el paso de un buque que iba con rumbo á Argel y los embarcó para dicho punto.

Las autoridades revolucionarias de Mallorca, á pesar de que estaban más libres que las demás provincias de los ataques de los franceses, no por esto se descuidaron en organizar gente y allegar medios de guerra. Con gran actividad organizaron un cuerpo de voluntarios llamados de Palma, que pasó á Cataluña, donde prestó muy buenos servicios, enviaron las tropas á los diferentes ejércitos españoles que se formaban en la península, é hicieron á los puntos más necesitados algunas remesas de armamento y vestuario que tenían sobrante.

La sublevación de Sevilla causó eco en un punto tan alejado de la península como es las islas Canarias.

Al recibirse en ellas las noticias de lo ocurrido en Bayona se reputaron como falsas; pero cuando en el mes de Julio se tuvieron noticias de lo ocurrido en Sevilla y de la constitución de la Junta de ésta, el capitán general de las islas, marqués de Casa Cagigal, ordenó la proclamación de Fernando VII y la declaración de guerra á los franceses, acto al que se unieron todos los habitantes con las mayores muestras de entusiasmo.

Tal fué hecho á grandes rasgos

el cuadro que ofrecieron todas las provincias españolas levantándose en són de guerra contra el invasor. Jamás pueblo alguno ha ofrecido tan hermoso espectáculo ni se ha verificado sublevación más espontánea y entusiasta.

Yerran grandemente los escritores extranjeros que atribuyen tan glorioso movimiento al fanatismo religioso de los españoles y á las excitaciones del clero.

Esto nada tuvo que ver con la sublevación, y lo prueba, el que si alguno de sus individuos, llevados de su carácter enérgico y de su amor á la patria, tomaron parte en la revolución, fueron más los que se unieron á Napoleón, considerando á éste como protector decidido de la Iglesia, en vista de que éste había restablecido con gran esplendor el culto católico en la despreocupada Francia.

Yerran también los que la atribuyen á secretos manejos de los ingleses. Ya hemos visto que la Gran Bretaña estaba ignorante de cuanto sucedía en la península, y lo mucho que les sorprendió la llegada de los comisionados asturianos.

La intervención secreta de los ingleses es una especie inventada por Bonaparte y sus generales que, desconocedores del carácter español, no podían comprender cómo un pueblo con tan pocos elementos de defensa, tenía el heroismo de desafiar su poder.

Aquella sublime epopeya solamente puede explicarse y definirse, diciendo que fué el despertar de un pueblo á la vida de la revolución.

Aquel glorioso movimiento se salvó y dió magníficos resultados, por la forma federal de que se revistió.

La autonomía de las provincias fué la principal base del éxito de la guerra.

Escritores de ideas poco avanzadas, pero de gran golpe de vista y sentido práctico lo reconocen así, y el mismo conde de Toreno, á quien veremos figurar en esta historia como uno de los políticos más moderados y casi rayanos á la reacción en su obra más importante, se manifiesta partidario de la forma de que se revistió el alzamiento de España, cuando dice así: «Fué muy útil que en el primer ardor de la insurrección se formase en cada provincia una Junta separada. Esta especie de gobierno federativo dobló entonces y aun multiplicó sus medios y recursos; excitó hasta cierto punto una anulación saludable y sobre todo, evitó que los manejos del extranjero, valiéndose de la flaqueza y villanía de algunos, barrenasen sordamente la causa sagrada de la patria. Un gobierno central y único antes de que la revolución hubiese echado raíces, más fácilmente se hubiera doblegado á pérfidas insinuaciones ó su constancia hubiera con mayor prontitud cedido á los primeros reveses. Autoridades desparramadas como las de las Juntas, ni ofrecían un blanco bien distinto contra el que pudieran apuntarse los tiros de la intriga, ni aún á ellas mismas les era per-

mitido (cosa de que todas estuvieron lejos), ponerse de concierto para daño y pérdida de la causa que defendían.»

La forma federativa fué la que usó el pueblo español para reconquistar su independencia é integridad del territorio y para conservar la lucha por la libertad y los derechos que le eran propios.

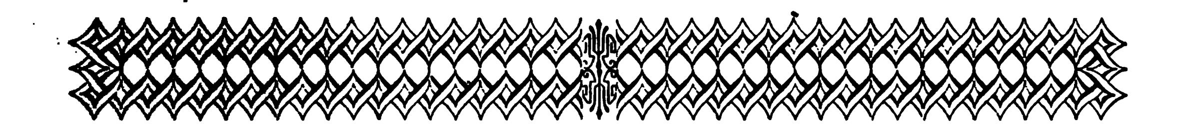
En todos los pueblos de la península se marcó la misma tendencia, y todas las Juntas, en sus manifiestos, se mostraban animadas de los mismos propósitos. Reconocían que hasta entonces habían permanecido en la vida degradante de la esclavitud política, comprendían las miserias del tiempo hasta entonces transcurrido, y deseaban informar las leyes y las costumbres en un espíritu más progresivo.

El pueblo, tiranizado primero por los Austrias y después por los Borbones, salía de su sueño para devolver á éstos últimos la corona que medrosos y miserables habían arrojado al lodo; pero á cambio de tal servicio, querían borrar el pasado ominoso con un presente de libertad.

Todos aquellos pueblos, al levantarse contra Napoleón, acometían una doble empresa, y cada Junta, al formarse y manifestar al pueblo sus aspiraciones, que eran siempre las de ésta, aunque gritaba con entusiasmo ¡viva el rey! se separaba ya para siempre de éste, pues los miserables seres de Bayona no podían ejercer el poder más que á título de monarcas absolutos, y la mayoría de los españoles que tomaban las armas por defenderles sólo ansiaban, aunque sin darse cuenta de ello, un régimen democrático.

El divorcio del pueblo español con la monarquía data de 1808.

La verdadera Revolución española tiene su principio en la guerra de la Independencia, que es el primer esfuerzo por la reconquista de la libertad.



CAPITULO III

1808

Efecto que produce en Portugal el levantamiento de España.—Sublevación de la parte norte de Portugal.—Junot desarma algunas fuerzas españolas en Portugal.—Deserción de otras.—Sublevación del Mediodía de Portugal.—Alianzas entre las Juntas españolas y portuguesas.—Los trabajos de la Junta de Gobierno.—Congreso de Bayona.—Personas que se excusan de asistir.—Sus primeros trabajos.—Reconocimiento de José por rey de España.

El glorioso y espontáneo levantamiento de España no podía menos de causar hondo efecto en el vecino reino portugués, totalmente supeditado á los franceses y á cuya conquista habían ayudado nuestros ejércitos en la anterior época ominosa del gobierno de los Borbones y el príncipe de la Paz.

El general Junot se hallaba al frente de aquel pequeño reino investido de grandes poderes por su amo Bonaparte, y el ejercicio de tal autoridad le había hecho concebir la esperanza de ceñirse la corona lusitana, lo cual intentó aunque en vano por mil diversos medios, teniendo por fin que darse por satisfecho con el título de duque de Abrantes que le concedió el emperador.

Cuando en el mes de Marzo, Carlos IV, influido por Godoy que veía con justa alarma la entrada de los franceses en España, dispuso su viaje á América y ordenó la concentración de las tropas españolas, Junot se mostró inquieto y receloso al ver que, en virtud de la orden del gobierno de Madrid, se disponían á marchar las divisiones españolas que él tenía bajo sus órdenes; pero como inmediatamente sobrevino el motín de Aranjuez y subió al trono Fernando, se dió contraorden y nuestros regimientos volvieron otra vez á sus acantonamien-

tos y guarniciones de Portugal, excepción hecha de una parte de la división de Solano, pues éste permaneció en la frontera hasta Mayo trasladándose después á Andalucía donde le aguardaba el triste fin que ya conocemos.

Al ocurrir en Madrid los sucesos del 2 de Mayo, Napoleón, temiendo que sobrevinieran en España nuevas sublevaciones, ordenó á Junot que enviara por la parte de Ciudad Rodrigo cuatro mil hombres para engrosar la división de Bessiéres y otros tantos por el lado de Extremadura para que se unieran á Dupont que avanzaba hacia Sierra-Morena.

Esta orden de Bonaparte no pudo realizarse porque la primera división al pasar la frontera, si bien se apoderó del fuerte de la Concepción que abandonó la guarnición española por ser muy exigua para su defensa, no pudo pasar adelante por encontrar sublevada toda la provincia de Salamanca y cerradas las puertas de Ciudad Rodrigo, y en cuanto á la segunda, tuvo que retroceder al llegar al condado de Niebla, pues todo el país estaba en armas y su exterminio era seguro si pasaba adelante.

Otros sucesos influyeron también en el levantamiento de Portugal.

Los regimientos españoles que guarnecían Oporto después de la ya citada contraorden que en Marzo recibieron del gobierno español, fueron puestos por Junot bajo las órdenes del general francés Quesnel, para de este modo tenerlos más seguros, medida completamente ineficaz, pues muy pronto se tocaron los resultados.

Al sublevarse Galicia, la Junta Soberana envió un emisario á la división española de Oporto para que inmediatamente se incorporara al ejército que ella estaba formando y se trajera prisioneros á cuantos franceses pudiera coger.

Los españoles cumplieron inmediatamente tal orden, pues poniendo á su frente al mariscal de campo don Domingo Belestá, y haciendo prisioneros á Quesnel y todos los oficiales franceses que formaban su Estado mayor, tomaron el 6 de Junio el camino de Galicia, manifestando Belestá á los portugueses antes de partir de Oporto que eran muy dueños de abrazar el partido de España ó el de Francia, pero que su deber como patriotas era combatir á los franceses como ellos iban á hacerlo.

Las autoridades de Oporto, entusiasmadas momentáneamente, se declararon contra los franceses; pero amedrantadas por Junot volvieron al poco á su antigua sumisión. A pesar de esto no quedó Portugal tranquilizado, pues el 11 de Junio la provincia de Tras-los-Montes se sublevó en masa contra los franceses, poniendo á su frente al anciano general Gómez de Sepúlveda, y extendiéndose á la provincia de Entre-Duero-y-Miño llegó hasta Oporto, que definitivamente declaró la guerra á Napoleón colocándose á la cabeza del movi-

miento, Castro, el obispo de la diócesis.

La Junta formada en Oporto fué reconocida como autoridad suprema por toda la parte alta de Portugal que estaba por completo en armas, y aquélla, imitando á las Juntas españolas, envió á Londres dos comisionados para solicitar los auxilios del gobierno británico y al mismo tiempo entabló las más íntimas relaciones con la Junta de Galicia, ajustando ambas un tratado de alianza ofensiva y defensiva.

La deserción en masa de la guarnición de Oporto hizo pensar seriamente á Junot en cuál debía de ser su actitud con el resto de tropas españolas que quedaban á sus órdenes, y que según las numerosas delaciones que recibía se mostraban un tanto alborotadas y con deseos de imitar á sus compañeros. Con objeto de evitar que se unieran un día ú otro á los ejércitos que se formaban en España, dispuso su inmediato desarme, si bien este propósito lo llevó á cabo con gran cautela para evitar conflictos.

Gran parte de los regimientos españoles fueron conducidos á distintos puntos de Portugal, donde se vieron rodeados por cuádruples fuerzas francesas, y obligados á entregar las armas para ser después encerrados como prisioneros de guerra en los pontones del Tajo; pero á pesar del secreto con que procedió el general francés, no pudo evitar que algunas fuerzas se apercibieran á tiempo de la falsía y lograran pasar la frontera y unirse á los ejércitos nacionales.

El marqués de Malespina, que estaba en Mafra, pudo escapar con el regimiento de dragones de la Reina que mandaba, y el regimiento de caballería de María Luisa y los de infantería de Valencia y Murcia que estaban á la orilla izquierda del Tajo, desertaron casi en masa, llevándose sus banderas.

Algunas fuerzas francesas salieron en su seguimiento y encontraron á los españoles en Os Pegoes; pero aquéllos soldados que iban casi desorganizados en dirección á la patria, supieron presentarles frente y derrotar á los que les perseguían.

Todos estos sucesos y el levantamiento en masa de la región septentrional portuguesa, produjeron su efecto en los Algarbes, ó sea el mediodía de Portugal.

Un pequeño pueblo de pescadores situado en las cercanías de Faro, fué el primero en dar el grito cuando se enteró de una proclama publicada por Junot á raíz del desarme de los españoles é inmediatamente la insurrección cundió por toda la región, teniendo que retirarse las pocas fuerzas francesas que la ocupaban.

La Junta soberana, formada en Faro por los patriotas portugueses, después de algunas disputas con la Junta de Sevilla por cuestiones mezquinas, acabó por ajustar con ésta una alianza ofensiva y defensiva, y con esto todas las autoridades populares de Portugal acabaron por estar íntimamente unidas con las de España

para la sagrada empresa de defender la patria.

Lástima grande que aquellos pactos formulados en momentos de peligro no subsistieran pasado esto, y se dejara pasar un momento tan propicio para formar la confederación ibérica, imposibilitada cada vez más por los que han soñado lograrlo por medio de la fuerza de las armas ó del enlace de familias reales.

Hemos abandonado en el curso de nuestra narración á las autoridades intrusas é impopulares de Madrid, en el momento que publicaron el decreto convocando á los españoles al Congreso que por orden de Bonaparte iba á celebrarse en Bayona.

La Junta de Gobierno, decidida á rivalizar con los mismos franceses en el servicio de Napoleón, no se daba punto de reposo en trabajar para desvanecer aquel espíritu insurreccional que se extendía por toda España.

Tan menguados españoles, á cada noticia que llegaba del levantamiento en armas de una provincia, contestaban con un manifiesto en el que incitaban á los españoles á someterse al emperador, á quien pintaban como hombre bondadoso, libertador de los pueblos, y al saber la sublevación de Zaragoza enviaron á ésta como comisionado al marqués de Lazan, hermano de Palafox, si bien dicho señor así que llegó á la capital aragonesa, en vez de cumplir el encargo de la Junta, se unió con los que sostenían la causa de la patria.

Conociendo el 4 de Junio que estaba próximo el instante en que se romperían las hostilidades entre los franceses y las provincias sublevadas, publicó la Junta, de acuerdo con Murat, una proclama en que aconsejaba á todos los españoles se sometieran á Napoleón y aguardasen á que *el héroe que admiraba el mundo concluyera la grande obra en que estaba trabajando de la regeneración política*.

Estas manifestaciones, antes que calmar la fiebre revolucionaria de que se sentían animados los buenos españoles, contribuyó á hacerla mucho mayor, pues con las alabanzas tributadas al tirano les recordaban las vilezas de que se había valido para apoderarse sin oposición del territorio nacional.

Conociendo la Junta cuán infructuosos resultaban sus trabajos en este sentido, se dedicó á arreglar cuanto antes la reunión del Congreso de Bayona, é hizo cuando pudo para que á él acudiesen todas las personas de algún nombre que estaban invitadas. El bailío D. Antonio Valdés, ya dijimos que prefirió fugarse de Burgos á asistir á una reunión tan desautorizada y antipatriótica; el marqués de Astorga, uno de los grandes más ricos de España, se negó rotundamente á ir, exponiéndose á que el invasor, en venganza, le privara de sus vastas posesiones, y el obispo de Orense, D. Pedro de Quevedo, hombre tenaz como pocos y de genio un tanto atrabiliario, pero que desde el primer momento fué de las pocas dignidades eclesiásticas



que se pusieron de parte de la Revolución, contestó á la invitación de la Junta con una carta notabilísima, en la cual con gran finura y atildamiento echaba en cara á Murat todas las infamias llevadas á cabo por él y su amo para apoderarse de España y terminaba negándose á asistir al Congreso por creerlo denigrante para todo buen español.

Otras personas también de importancia se negaron á asistir al Congreso alegando diferentes causas más ó menos justificadas, y Murat, para evitar que el ejemplo de aquellos cundiera, apresuró la marcha de los diputados y nombró muchos desconocidos para sustituir á los que esquivaban tomar parte en una empresa tan contraria á la justicia y los intereses de la patria.

A pesar de que se fijó el 15 de Junio para que el Congreso diera principio á sus tareas, en los primeros días del mes no se habían reunido en Bayona más de treinta diputados; pero Napoleón, cuyo espíritu nunca podía estar tranquilo y á quien no gustaba tener gente ociosa en derredor, empleó á aquellos españoles en redactar una proclama dirigida á los zaragozanos, en la cual se les incitaba á la paz y la sumisión. El príncipe de Castelfranco y los señores Martínez de Villela, consejero de Castilla y Pereira, alcalde de corte, fueron comisionados para ser portadores de aquélla é incitar de viva voz á los aragoneses á que fueran obedientes al emperador, pero su viaje no tuvo ningún resultado ni les fué posible penetrar en Zaragoza, pues bastante suerte tuvieron regresando sanos y salvos á Bayona, puesto que aquellos españoles en armas tenían deseos de desahogar su furor antes que en los franceses en aquellos compatriotas que tanta afición mostraban por Bonaparte.

Al mismo tiempo que éste procuraba apoderarse de toda España, no por esto dejaba en olvido los vastos dominios que ella tenía en ambas Américas, y con objeto de que éstas no cayeran en poder de sus antiguos enemigos los ingleses, ni siguieran la causa de la patria uniéndose á las Juntas españolas, hizo que D. Miguel de Azanza, que era el hombre público de más viso que se había unido á los franceses, redactara un sinnúmero de proclamas y manifiestos favorables al implantamiento en nuestra nación de la dinastía Napoleónica, y envió al otro continente gran número de buques para que fueran portadores de estos papeles.

El 6 de Junio manifestó Napoleón por medio de un decreto que cedía á su hermano José la corona que á él le habían entregado Carlos IV y su hijo Fernando. Al día siguiente llegaba José Bonaparte á Pau y Napoleón salió á esperarle á seis leguas de Bayona.

El gran tirano estaba algo inquieto sobre los propósitos de su hermano y por esta causa salía á recibirle para tener tiempo en el camino y antes de llegar á Bayona de convencerle.

José, que era de carácter apacible, se encontraba muy bien de rey de Nápoles, que á más de ser un país tan hermoso como España, no estaba agitado por una revolución ni presentaba los peligros de una próxima guerra.

La repugnancia de José á aceptar la corona de España era bien conocida por Napoleón, y de aquí que apenas se cruzara con él en el camino le hiciera subir á su carruaje y empezara á usar toda su falaz y arrolladora dialéctica para convencerle. Hablóle de los intereses de familia, de lo cruel que sería el que sus gigantescos trabajos fueran improductivos después de su muerte, de la conveniencia de que un hermano suyo ocupara el trono de España, pues estando próximo á Francia podría ocupar el trono imperial apenas él muriera, cortándose de este modo los intentos de la ambición de Murat y otros, y por fin, como argumento supremo dijo á José que si iba á España, al dejar vacante el trono de Nápoles lo daría á su hermano Luciano.

Esto fué lo que decidió á aquel hombre pacífico y sencillo, á quien hicieron poca mella las probabilidades de ocupar algún día el trono de Francia, pero que no tenía inconveniente en sacrificarse porque tuviera una corona su hermano Luciano, á quien amaba entrañablemente.

Al anochecer llegaron al célebre palacio de Marrac los dos hermanos, y la emperatriz Josefina, que seguida de sus damas salió á recibir á José al pié de la escalera, le saludó ya dándole el título de rey de España.

José, aunque algo violento con aquella rápida transformación, tan propia del carácter inquieto de su hermano, tuvo que someterse á las exigencias de éste, que no reconociendo límites á su voluntad y queriendo hacer cambios en las naciones con la prontitud de su pensamiento, dispuso que inmediatamente antes de comer y de que el nuevo rey se limpiara el polvo del viaje, se dispusiera su reconocimiento por los españoles, que ya habían sido reunidos con anticipación en Marrac.

La ceremonia del reconocimiento duró hasta las diez de la noche, pues como los españoles no conocieron hasta última hora el motivo de la convocatoria, tuvieron que arreglar á toda prisa, reunidos en un salón del palacio, el modo de reconocer á José como soberano. Cuatro comisiones fueron las que se formaron, representando la primera á la grandeza, la segunda al Consejo de Castilla, la tercera á los Consejos de la Inquisición, Indias y Hacienda, y la cuarta al ejército.

Cada una de estas comisiones redactó un mensaje saludando al nuevo rey de España, y la de los grandes fué escrito por el duque del Infantado, dando lugar á un incidente por haber Napoleón leídolas con anterioridad al acto del reconocimiento.

El citado noble, que era de los que más habian contribuido al lado de Fernando VII á que éste cometiera

todos los desaciertos y vilezas que habian conducido á la nación al deplorable estado en que se encontraba, arrepentido tardíamente de su conducta y conociendo sin duda lo innoble que era el papel desempeñado por todos los que estaban á favor de los invasores de la patria, puso en el documento en cuestión que los grandes no hacían más que saludar al nuevo soberano porque las leyes de España no les permitían otra cosa, y que esperaban á que la nación se explicara y manifestara cuál era su pensamiento acerca de la nueva dinastía para entonces ellos obrar en consecuencia.

Apoderóse la ira de Napoleón al leer tales conceptos, y dirigiéndose al duque con acento furioso, le dijo que su conducta no era propia de un caballero y que para no prestar completo juramento al rey José se fuera con los españoles que estuvieran en armas, y que lidiara franca y lealmente y no con términos ambiguos. Pero que si prestaba el juramento para después faltar á él, se preparara á morir fusilado antes de ocho días.

Amedrentóse el duque, y con palabra balbuciente se excusó como pudo de aquellos conceptos, que todos reconocieron no eran obra de su inteligencia menguada, y que debía haber sostenido, pues honraban á su autor, y para dar gusto al tirano y que terminara el incidente, se corrigió la exposición á gusto de aquél.

El del Infantado corrido y avergonzado, se confundió entre el grupo de los grandes, y en representación de éste, aunque no pertenecía á la clase, dió lectura al documento don Miguel José de Azanza, que era el personaje indispensable en todos los manejos á favor de la dinastía intrusa.

El Consejo de Castilla dió lectura después á su felicitación; pero sus individuos, como hombres avezados á las argucias tribunalescas y amigos de sutilidades y distingos, á pesar de dirigir grandes alabanzas al nuevo rey supieron no comprometerse á nada y que su escrito no pasara más allá de los límites de una salutación.

El documento del Consejo de la Inquisición y el redactado por la comisión del ejército merecieron de José Bonaparte contestaciones halagüeñas, que bueno será consignar, especialmente la primera, para que quede probado cuál era el concepto en que informaba sus actos el nuevo gobierno de España.

Cuando el inquisidor D. Raimundo Ethenard y Salinas terminó de leer su exposición, que era la más gratulatoria y aduladora, el nuevo rey con gran afabilidad dijo, dirigiéndose al ministro inquisidor con deseo de adular á su institución, que aunque había países en que se admitían muchos cultos, él consideraba á la España como el más feliz porque en ella sólo se honraba al verdadero.

Esto suponía una promesa de cruel intolerancia religiosa, y como á tal la tomaron los presentes.

Aquella manifestación estaba muy dentro del carácter de la nueva dinastía.

Se equivocan mucho los que creen que la intervención de Napoleón en nuestros destinos fué favorable á la libertad española, y que la perpetuidad de la dinastía borbónica hubiera influido muchísimo en el progreso de nuestra nación.

Algo influyeron indudablemente en nuestro suelo los ejércitos franceses, compuestos en gran parte de antiguos soldados de la República, que fueron difundiendo por todas partes las máximas de la Revolución; pero ni la Francia ni su gobierno de principios del siglo eran los mismos de á fines del anterior, y á la democracia y la República había sustituido la autocracia militar y la tiranía más feroz.

La influencia que se iba á dejar sentir en España, no era la del pueblo heróico y generoso que se inspiraba en el lema de Libertad, Igualdad y Fraternidad, sino la de un hombre cuya sola aspiración era la soberanía universal, aun teniendo que transigir con los ideales más rancios é impropios de la época, y que colocaba reyes para que fueran hechuras suyas.

El nuevo soberano de España, atendiendo á las indicaciones de su hermano, no podía menos de halagar á instituciones como la Inquisición que por tantos años había estado deshonrando España, y á todas las clases parásitas que eran los organismos más favorables á una tiranía, y que á más tenían la ventaja de, como á miembros los más corrompidos de la nación, haberse puesto desde el primer momento á favor de los invasores.

El bello ideal de Napoleón era un estado constituido como hasta aquella fecha lo estaba España. Su tiranía, aunque omnipotente, tropezaba en Francia con aquel espíritu de libertad que todavía flotaba como débil recuerdo de la revolución.

El emperador hacía grandes esfuerzos y cometía tremendas arbitrariedades por impedir en su imperio la libertad de pensar y escribir, y hubiera visto cumplidas sus aspiraciones constituyendo un tribunal como el de la Inquisición, que pesara como inmenso bloque sobre el cerebro de un pueblo.

Por esto Murat, que conocía perfectamente los pensamientos de su amo, respetó y aun halagó en cierto modo el llamado Santo Tribunal; por eso en la Constitución redactada en Bayona no se abolió tan odiosa institución, y por eso el rey José, haciéndose intérprete de los deseos de su hermano, le aduló en los discursos que pronunció en Marrac.

La influencia que Napoleón hizo sentir en España fué sencillamente la de un tirano ambicioso, enemigo del pueblo y protector de las instituciones contrarias á éste.

La libertad española nació por sí, espontáneamente. Fué obra de un pueblo para quien el pasado había sido un régimen casi democrático y el pre-

sente una cruenta tiranía, y que al volver á su primitiva actividad para defenderse contra una irupción extranjera, se acordó de reivindicar sus derechos tanto tiempo olvidados.

Los gloriosos recuerdos de la historia nacional evocados en Cádiz y los principios que informaron la Revolución francesa, fueron los elementos que produjeron la Revolución española y derribaron lo que Napoleón y los suyos tenían empeño en conservar, porque sin ello la tiranía era imposible.

La contestación de José á la comisión del ejército fué también digna de recordarse por sus detalles en cierto modo ridículos.

—Yo me honro,—dijo,—con el título de primer soldado de España, y ora fuese necesario como en los tiempos antiguos combatir á los moros, ora sea menester rechazar las injustas agresiones de los eternos enemigos del continente (los ingleses). Yo participaré de todos vuestros peligros.

Lo de los moros, fué indudablemente un adorno oratorio traido de los cabellos y propio de francés, pues á José le parecería que no lograría interesar á aquellos buenos católicos españoles si no les hablaba de exterminar á los sectarios de Mahoma.

Con esto se dió por terminado el acto del reconocimiento de José por rey de España. El día 10 el nuevo rey manifestó por medio de un decreto que aceptaba la corona de España y confirmaba á Murat en el cargo de lugarteniente del reino, y publicó una proclama en la cual hablaba á todos los españoles como súbditos suyos, cuyo documento al ser conocido por algunas provincias, produjo gran indignación é hizo que la insurrección creciera.

Era ya cercano el día prefijado para la reunión del Congreso y todavía no se habían reunido ni la mitad de los diputados nombrados. A viva fuerza y conducidos casi como presos, iban llegando á Bayona algunos de los de Madrid ó de las poblaciones ocupadas por los franceses.

Cuando llegó la víspera de la apertura del Congreso y se vió que no estaba ni con mucho completo el número de diputados, Napoleón, que no reparaba en medios con tal de que se cumpliera su voluntad, hizo que se escogieran de entre los españoles residentes en Bayona ó que estuvieran de paso en ésta por sus negocios, los individuos necesarios para completar la asamblea.

El emperador entregó al indispensable Azanza, al ir á abrirse las sesiones, un proyecto de Constitución para la nación española, cuyo autor todavía es hoy desconocido. El conde de Toreno que tuvo ocasión de tratar posteriormente á las personas que figuraron en aquella época, manifiesta que á él se le aseguró por quien podía estar bien enterado, que dicha Constitución fué redactada por un español y entregada al emperador en Berlín después de la batalla de Jena, ó sea, cuándo

todavía reinaba tranquilamente Carlos IV y gozaba del pleno favor real el príncipe de la Paz.

Demasiada previsión y gran dón de profeta supone en el incógnito español, autor de la Constitución, el adivinar tan perfectamente lo que algún tiempo después debía ocurrir en España; pero de todos modos lo cierto es que aquel código político no podía ser obra del momento, ni menos ser producto de la pluma de Napoleón.

Empezaron las sesiones del Congreso y el emperador escogió para presidente á D. Miguel de Azanza, el cual nombró para secretarios á los consejeros de Estado y de Hacienda D. Mariano Luis de Urquijo y D. Antonio Ranz Romanillos.

Azanza, como presidente, pronunció en la primera sesión un discurso que por lo repletos que estaban todos sus períodos de adulaciones y falsedades, manchó para siempre su nombre y borró todos los méritos que había adquirido como gobernante honrado y hombre probo.

Habló de las grandezas de Napoleón que, según él, había regenerado la nación española y que devolvía á los españoles una patria que habían perdido, y saludó á los presentes como representantes de todas las provincias españolas.

Aquel discurso fué digno de la farsa que con el nombre de Congreso se estaba representando en Bayona.

Verdaderamente era ridículo, ya que no criminal, hacer la apología de Napoleón porque había devuelto á los españoles una patria después de quitársela, de excitar el orgullo y la altivez de un gran pueblo y de encender en él una cruenta guerra y asegurar á la faz de aquel Congreso, compuesto en su mayor parte de personas desconocidas llevadas á Bayona á viva fuerza, ó de comerciantes que se vieron detenidos al pasar la frontera para ejercer con estupefacción un cargo inesperado, que allí estaba la verdadera y genuina representación de la voluntad de España.

Doce fueron las sesiones que celebró el Congreso de Bayona, y en tan corto espacio de tiempo se discutió y votó la Constitución y se tomaron algunas medidas favorables al nuevo régimen.

No creemos necesario hacer aquí un examen de aquel código político que tan poco influyó en nuestro pueblo, pues nunca llegó á regir. Basta decir para demostrar cuál era su espíritu, que en él se prohibía la publicidad de las deliberaciones del cuerpo legislativo, disposición propia de tiranos que fraguan sus intentos en la sombra y teman sean conocidos por la nación que puede protestar, é igualmente se prohibía la difusión del pensamiento escrito, pues se nombraba una comisión exclusivamente para vigilar las publicaciones.

Poder legislativo no lo había realmente, pues venía á componerse de un Senado compuesto de veinticuatro individuos nombrados por el rey y que

naturalmente debían ser hechuras suyas.

A este tenor seguía toda la Constitución, que de tal sólo tenía el nombre, pues realmente no era más que un mal reglamento escrito para marcar más las funciones del poder ejecutivo y engañar al pueblo haciéndole creer en una libertad que no existía.

Para halagar al pueblo español y hacerle simpática la nueva dinastía, tomáronse medidas de carácter puramente económico, entre otras, la supresión del impuesto de cuatro maravedís por cuartillo de vino y la de tres y un tercio por el ciento de frutos no sujetos á diezmo.

Cuatro frailes que estaban en el Congreso representando las órdenes monásticas, propusieron que se suprimieran algunos conventos, pues era excesivo su número en España, verdad innegable que algún tiempo después en las Cortes de Cádiz tacharon de falsedad, pero que en aquella ocasión expusieron llevados del egoismo, pues suprimiendo mucho clero regular el que quedara podría gozar mejor de las ofrendas del fanatismo y percibiría mayores rendimientos.

Don Pablo Arribas y D. José Gómez Hermosilla, creyendo de buena fe que allí se trataba de la regeneración de España y que era ocasión propicia para hacer grandes reformas, propusieron la abolición del Santo Oficio; pero apenas tal oyó el inquisidor Ethenard, se levantó para defender furiosamente la institución, siendo apoyado por los consejeros de Castilla, cuyo cuerpo casi rivalizaba con la Inquisición en haber sido perjudicial para España.

Don Ignacio Martínez Villela fué también de los equivocados sobre el verdadero espíritu del Congreso cuando propuso que en la Constitución, como una de las principales bases, se escribiera que nadie podría ser incomodado por sus opiniones políticas ó religiosas, proposición que fué desechada inmediatamente.

Terminadas las tareas de tan ridículo Congreso, se reunió solemnemente en el palacio llamado del Obispado Viejo, que era donde había celebrado sus sesiones para la jura de la nueva Constitución.

El rey José juró ésta en manos del arzobispo de Burgos y á él siguieron todos los diputados que pusieron su firma al pié del ejemplar original de la Constitución, no disolviéndose inmediatamente el Congreso, pues después de acordar á propuesta de Azanza la acuñación de dos medallas que hiciesen perpétua la memoria del acto, se trasladó en masa al palacio de Marrao para cumplimentar al emperador.

Recibió éste á los diputados en uno de los mejores salones y rodeado de toda su corte. Azanza como presidente del Congreso, dirigió á Bonaparte una oración gratulatoria y terminada ésta reinó el más completo silencio, esperando todos con ansia la contestación del emperador.

En ninguna ocasión se mostró el grande hombre más por bajo de su fama. Con voz balbuciente y ademán turbado, bajando unas veces la cabeza sobre el pecho, ó dejando vagar la distraida mirada, pronunció un discurso contestación que duró más de tres cuartos de hora, y en el cual nada dijo en resumen, pues parecía que la pronunciación de cada palabra le costaba tremendos esfuerzos.

Diríase que su conciencia turbada por el grave mal que á nuestra nación estaba causando, no le permitía hacer uso de aquélla facilidad de palabra en él natural y que era su principal arma de defensa en todas las empresas arriesgadas que acometía.

Terminando el discurso de mal modo, Napoleón despidió á los diputados españoles, que salieron asombrados de aquélla tremenda caída del grande hombre.

Fernando VII y sus hermanos, que como ya dijimos estaban en Valencey y que no dejaban pasar ocasión de manifestar á Bonaparte su sumisión vergonzosa é infame, aprovecharon el estar reunido el Congreso de Bayona para enviar á éste una carta suscrita, no sólo por éstos sino por toda su servidumbre, en la que juraban obediencia á la nueva Constitución de su país y fidelidad al rey de España José I, cuya voluntad hasta en lo más mínimo estaban pronto á obedecer.

Al mismo tiempo Fernando envió una carta particular al emperador en nombre suyo y el de su hermano y tío, en la que le daba la enhorabuena por la elevación de su hermano al trono, y decía que se consideraba ya miembro de la augusta familia de Napoleón á causa de que le había pedido una sobrina por esposa y esperaba conseguirla.

A tal altura de dignidad se hallaba el futuro rey de España, aquél ungido del Señor que tantos males debía acarrear posteriormente á su patria.

Apenas José quedó reconocido como soberano de nuestra nación, procedió inmediatamente á arreglar su ministerio.

Fué nombrado ministro de Estado D. Mariano Luis de Urquijo, puesto que en aquella situación se consideraba como el del jefe del ministerio.

Era Urquijo hombre de mucho exterior que sabía aparentar una ilustración que realmente no tenía. Había sido en tiempos de Carlos IV y cuando todavía contaba pocos años, ministro interino de Estado y desempeñando tan alto cargo, consiguió llamar la atención por el espíritu reformista de que se hallaba poseído y que le hacía aparecer como un tanto influenciado por las doctrinas de la Revolución francesa.

Bajo el período de su mando la juventud más ilustrada de Madrid mostró ciertas tendencias republicanas que no pudieron menos de alarmar al gobierno, pues muchos fueron los que se atrevieron á presentarse en las calles cubierta la cabeza con el gorro frigio francés.

Este atrevimiento tenía su fundamento en la audacia de Urquijo que intentó refrenar y aun suprimir la Inquisición y restablecer á los obispos españoles en sus primitivos derechos fundando como un principio de Iglesia Hispana, intentos que le acarrearon el ódio del Vaticano que no paró hasta derribarle y sustituirle con el príncipe de la Paz que, implacable con su enemigo, lo encerró en la fortaleza de Pamplona y por fin lo desterró á Bilbao, su patria.

Se ha de hacer la justicia á Urquijo de que no tomó parte ni indirecta en los desaciertos de la corte que condujeron á la nación al triste estado en que se encontraba; pero llamado á Bayona repetidas veces por Napoleón, éste supo halagar su orgullo y vencer su carácter poco entero, haciéndole abrazar una causa que hasta entonces había mirado con malos ojos.

Don Pedro Cevallos encargóse del ministerio de Negocios extranjeros; D. Sebastián Piñuela y D. Gonzalo Ofarril siguieron en sus ministerios de Gracia y Justicia y de Guerra; el de Indias fué encomendado á D. Miguel de Azanza y del de Marina se encargó el almirante Mazarredo, quien llevado de su carácter tan tenaz como su inteligencia escasa, tuvo un verdadero fanatismo por sostener la causa del rey intruso.

El de Hacienda fué encomendado al conde de Cabarrús, de cuyo carácter y entendimiento hemos hablado ya en la introducción de esta obra.

Aquel hombre de gran imaginación y extremada vehemencia, se había declarado en favor de la causa española desde los primeros instantes, y trasladándose á Zaragoza se propuso ayudar á sus heróicos habitantes en su defensa contra los invasores; pero la rudeza y el inmoderado deseo de venganza del pueblo contra todo aquello que oliera á francés, hizo que el vecindario de Agreda intentara atropellar á aquel hombre ilustre á causa de su origen, y esto fué lo que decidió á Cabarrús, para quien no habían términos medios ni tampoco conocía el estarse quieto, á disgustarse con los españoles y trasladarse á Bayona donde aceptó el ya citado ministerio.

Deseando José rodearse de los españoles más ilustres para lograr de este modo la estimación nacional, fijó su atención en D. Gáspar Melchor de Jovellanos que después de salir al advenimiento de Fernando VII del encierro en que le había sumido el príncipe de la Paz, se encontraba por motivos de salud en Jadraque, en casa de un íntimo amigo.

Invitólo Murat á que pasase á Bayona, y se excusó con motivo de su salud; reiteró las instancias Azanza desde el último punto, pretendiendo halagarlo con la promesa de que José le daría la cartera del Interior y á éste le contestó «que estaba muy lejos de admitir la cartera ni el ministerio y que le parecía vano el empeño de reducir con exhortaciones á un pueblo

tan numeroso y valiente y tan resuelto á defender su libertad.»

No satisfechos con esta contestación, volvieron á importunarles Ofarril, Mazarredo y Cabarrús y entonces el hombre ilustre, cansado de tanta excitación, les manifestó «que cuando la causa de la patria fuese tan desesperada como ellos se pensaban, siempre sería la causa del honor y de la lealtad y la que á todo trance debía preciarse de seguir un buen español.»

A pesar de una protesta tan enérgica y viril, aquellos afrancesados á quienes sin duda avergonzaba tan levantada conducta, intentaron desconceptuar á Jovellanos ante la nación, insertando su nombre como ministro del Interior en la *Gaceta* de Madrid; pero afortunadamente lo limpio de su historia y su conducta patriótica le salvaron de tan infame emboscada y al mismo tiempo la batalla de Bailén impidió que sobre él cayera la venganza de los franceses que le odiaban por su entero patriotismo.

Ultimados ya en Bayona todos los detalles de gobierno y aprovechando algunas ventajas logradas recientemente en España por las armas francesas, Napoleón despidió á su hermano para que fuera á tomar posesión de su reino y José atravesó los Pirineos el 9 de Julio.

Hemos llegado ya al instante supremo á partir del cual empieza la homérica lucha sostenida por nuestro pueblo contra el tirano de Europa.

De los medios con que éste contaba no hay por qué hablar, pues sabido es de todos que sus legiones constituyan el ejército más aguerrido é invencible del mundo.

Pero si no cabe tratar del ejército napoleónico, en cambio el nuestro por su anormal constitución en el momento que comenzó la lucha y por la heterogeneidad de sus elementos, bien merece que hablemos de él aunque sólo sea á la ligera.

A principios del presente siglo, juzgando por el censo publicado en 1801, la península española no tenía más allá de diez millones de habitantes que producían el cálculo de unos setecientos tres habitantes por legua cuadrada. El ejército de tierra (1), se componía de unos ciento treinta mil hombres divididos en las tres clases de tropas de línea, milicias provinciales y cuerpos urbanos.

La guardia de la familia real se componía de tres compañías de guardias de la Persona, tres batallones de infantería española, tres de infantería walona y seis escuadrones de carabineros reales, cuyo total de tropas ascendía á seis mil quinientos veintinueve infantes y mil seiscientos caballos.

La infantería constaba de treinta y cinco regimientos de línea españoles, cuatro de línea extranjeros, seis de suizos y doce de tropas ligeras, cuyo total era de ciento cuarenta y un ba-

(1) Estos datos están sacados de la *Historia de la guerra de España contra Napoleón*, escrita por la comisión de jefes y oficiales de todas las armas.

tallones y sesenta y un mil hombres. La caballería constaba de doce regimientos de línea, ocho de dragones, dos de cazadores y dos de húsares; total ciento veinte escuadrones y diez y seis mil cuarenta hombres. El cuerpo de artillería tenía cuatro regimientos de infantería y seis compañías de á caballo; total, seis mil ochocientos setenta y ocho infantes y quinientos cincuenta y ocho caballos; al cuerpo de ingenieros estaba agregado el regimiento de zapadores minadores que constaba de mil veintidos hombres.

Tal es la estadística del estado de nuestro ejército en aquella época, pero descontando la flor de nuestros soldados que habían ido á Dinamarca á las órdenes del marqués de La Romana por la condescendencia de Godoy con Napoleón, las fuerzas que teníamos en las Baleares y las bajas naturales por enfermos, ordenanzas, asistentes, etcétera, quedaba reducido nuestro ejército á unos cuarenta mil hombres de tropas regulares, única fuerza disciplinada que se podía oponer á los cien mil franceses aguerridos que ya ocupaban nuestro territorio.

La desigualdad de nuestras fuerzas con el invasor, era tanto más grande, teniendo en cuenta que las fuerzas francesas que ocupaban España eran todavía mezquinas comparadas con las demás de que podía disponer el emperador, pues el ejército de Francia se elevaba en 1808 á un millón y medio de combatientes, y los Estados que en aquella fecha estaban sometidos á Bonaparte y de cuyos habitantes podía disponer soberanamente para renovar las bajas de sus ejércitos, ascendían setenta y cinco millones de seres.

La organización de nuestro ejército había sido mejorada un tanto en tiempos del príncipe de la Paz, que quiso hacer reformas militares al tenor de las de Francia, pero á pesar de esto aquél era tal vez uno de los últimos de Europa.

En él faltaba la unidad, base de todo organismo y sobre todo se encontraba en el más lamentable estado de instrucción.

En tiempos de paz los regimientos estaban diseminados en pequeñas guarniciones é imposibilitados, por tanto, de ejercitarse unidos en las operaciones militares. Este fraccionamiento hacía imposible la unidad de cuerpo y hasta el conocimiento de la disciplina.

Cuando tocaba reunir los regimientos en tiempos de guerra, resultaba que las compañías de un mismo batallón ó los batallones de un mismo regimiento que llegaban de los más distintos puntos, no se conocían, ni existía entre los soldados y entre los oficiales esa amistad propia de camaradas, que anima á sobrellevar las fatigas de la guerra, y el estado mayor, que era improvisado, resultaba desconocido para el general en jefe y estaba compuesto las más de las veces de gente sin capacidad.

Las milicias no eran proporcionadas al número de habitantes de cada

provincia y las Vascongadas, Navarra, Aragón, Cataluña y Valencia, que estaban exentas de este servicio á cambio de proporcionar tercios en tiempos de guerra, cuando llegaba tal circunstancia organizaban cuerpos en que el número no iba á la par con la disciplina y la moral militar.

Para el reemplazo del ejército se usaba la recluta voluntaria por medio de premios en metálico ó la forzada por medio de las quintas ó de las levas. Este último medio solo producía el enviar al ejército toda la gente corrompida, vaga y perdida que pululaba en las grandes poblaciones y que venían á hacer sentir en los regimientos su desmoralizadora influencia, y en cuanto á las quintas su reglamento estaba lleno de exenciones que aprovechaban las clases de alguna influencia, no viniendo á sentir sus efectos más que el pueblo que tenía que enviar sus hijos á los cuerpos, verdaderas escuelas de holgazanería y vicio, perdiendo en cambio la agricultura y la industria los mejores brazos.

Pero á pesar de tan inmensas diferencias que colocaban nuestro ejército muy por bajo del francés, había otra en la que veníamos á quedar mucho más postergados y era la de la instrucción.

El ejército español carecía en conjunto de la menor noción de instrucción militar por lo mismo que en su seno se hacía uso de las escuelas más contrarias y anticuadas.

Según se manifiesta en la obra militar que ya hemos citado, «en muchos regimientos subsistía aún la escuela del año 68, en otros se maniobraba según la táctica del 96; en algunos se ejecutaban las evoluciones del reglamento del 98 y el desorden llegó á tal punto, que hubo paradas de guarnición, en que los soldados de distintos regimientos cargaban el fusil de distinto modo. Entretanto el teniente general D. Francisco Solano, gobernador de Cádiz, entusiasta del brillo militar, tenía frecuentes y vistosas paradas en las cuales se evolucionaba, según la instrucción que se dió en Noviembre del año 96 y cuya ejecución estaba prohibida por el gobierno.»

En 1807 cuando las tropas españolas en unión de las de Junot y Bernadotte pasaron á Portugal, con el fin de que no se manifestara la anarquía que en ellas reinaba se adoptó el reglamento del general Figueroa que era el mismo de la infantería de la República francesa; pero esta reforma que se hizo un año antes de empezar la guerra de la Independencia no se había extendido ni arraigado en nuestros regimientos.

Los oficiales españoles no tenían colegios ni campos de experiencia donde aprender, ni tan siquiera libros. Las célebres escuelas militares de Puerto de Santa María y Ocaña se habían cerrado algún tiempo antes, y los oficiales no conocían otro texto que la ordenanza, ni otra obligación que el batirse con valor, enseñanzas

buenas para un capitán de compañía; pero que no podían producir ni un mal jefe de cuerpo, ni un general menos que mediano.

Nuestro ejército estaba mandado por militares rutinarios que únicamente tenían algún conocimiento por tradición.

La administración militar estaba en punto á organización y servicios á la misma altura que el ejército.

El soldado español era tal vez el mejor pagado de Europa, los sueldos de los oficiales habían sido aumentados notablemente por el príncipe de la Paz, y á pesar de esto los cuerpos especialmente los de caballería presentaban un aspecto deplorable.

Seiscientos millones costaba al año el mantenimiento del ejército, y sin embargo, bien podía asegurarse que España no tenía defensa alguna, ni en el interior ni en las fronteras y costas.

Las fortificaciones del reino se encontraban en un estado que demostraba el criminal abandono de todos los gobiernos españoles. Todas ellas estaban faltas de víveres y mal armadas. Rosas tenía en sus muros abiertas aún las brechas desde la guerra con la República francesa, Gerona se encontraba en un estado tal, que el general Duhesme, al pasar con su ejército hacia Barcelona, había creído inútil el ocuparla, y Tarragona, Tortosa, Lérida y casi todas las plazas españolas tenían aún destrozadas sus murallas y sin reparar, desde la guerra de sucesión.

En la marina, á pesar de la terrible y rápida decadencia de nuestra armada, después del desastre de Trafalgar, se hallaban más equilibradas nuestras fuerzas con las de Francia; pero de nada podía servirnos esta compensación en una guerra puramente terrestre é interior y teniendo además la amistad de Inglaterra, la potencia marítima por excelencia.

Tan tremenda desproporción como en el ejército existía entre los recursos pecuniarios con que para sostener la guerra podían contar Francia y España.

En la primera recaudación de los impuestos había ascendido en 1807 á tres mil trescientos trece millones de reales, y reinaba tal proporción entre los ingresos y los gastos que, á pesar de las numerosas atenciones del imperio, había quedado un remanente de ciento noventa y dos millones.

En España sucedía todo lo contrario. En el último quinquenio del reinado de Carlos IV, contando con los ciento cincuenta millones que llegaban de América, el tesoro percibía de ingresos al año seiscientos noventa y nueve millones y los gastos del Estado ascendían á mil cuarenta y siete millones, con cuyo enorme desequilibrio existía anualmente el enorme déficit de trescientos cuarenta y siete millones de reales.

Cuando se conoce tan tremenda diferencia entre los dos pueblos que iban á emprender la guerra, cuando se considera el triste estado en que se encon-

traba nuestra nación, es cuando mejor se admira el heroísmo de aquellos españoles que se lanzaron á una lucha, pobres y desarmados, contra toda Europa, pues excepción hecha de Inglaterra, todas las potencias estaban al lado de Napoleón entonces y dispuestos á ayudarle.

Y no cabe decir que la gran mayoría de los españoles desconocían el penoso estado de su erario y de su ejército al emprender tan heroica y suprema aventura, pues si bien ellos no habían visto por cifras la situación del Estado, en cambio veían la miseria y el atraso en sus respectivas localidades y sentían el malestar general.

En cuanto al ejército español jamás pueblo alguno lo ha tenido que pueda compararse en generosidad y patriotismo al de aquella época.

Aquellos regimientos que despreciaban al rey intruso y á los franceses que les brindaban honores y riquezas y unían sus armas á las del pueblo en el levantamiento general, aquellos regimientos... hacía catorce meses que no habían cobrado un céntimo del Estado.

Los soldados españoles hambrientos y casi desnudos, antes que comer el pan del invasor y vestirse el uniforme de un rey que repudiaba la patria, prefirieron morder cartuchos en el campo de batalla y cubrir sus carnes con las banderas de la gloria.

Una nación que tal aspecto presentaba en tan azarosas circunstancias, no podía menos de ser invencible.

La lucha entre franceses y españoles comenzó por el punto que el emperador creyó de más necesaria é inmediata sujeción.

Santander, que por estar cercano á Francia y presentar además un buen punto de desembarco á los ingleses, llamó inmediatamente la atención de Napoleón, fué el primer lugar donde se dirigieron en són de ataque los soldados franceses.

El general Merle, con seis batallones y doscientos caballos salió de Burgos para dicho punto..

Ya hemos dicho que el ejército que en Santander se improvisó á raíz del levantamiento, se había colocado en las gargantas de la sierra en ademán defensivo.

El día 4 se avistaron ambas fuerzas y se dispusieron para el combate al día siguiente; pero al romper el día y disiparse la densa niebla que por lo regular existe en aquellas alturas, los españoles vieron que las tropas francesas se habían retirado, lo que con gran algazara atribuyeron á miedo que les habían tenido los imperiales.

La causa era bien distinta. Había ocurrido en aquella ocasión la sublevación de Valladolid, y viendo Bessieres que ésta cundía hasta las cercanías de Burgos donde él tenía su cuartel general y que corría peligro de que sus comunicaciones quedaran cortadas, creyó conveniente no desparramar fuerzas por lo que ordenó se retiraran las que se dirigían á Santander y se unieran á la división que al man-

do del general Lasalle se dirigía hacia Valladolid.

Este último salió de Burgos el 5 de Junio, y al anochecer del día siguiente entró en la villa de Torquemada situada cerca del río Pisuerga.

Muchos de sus habitantes huyeron al saber la proximidad de los franceses, pero cien vecinos que sin duda no querían dejar pasar una ocasión tan propicia para hacer algo por la causa de la patria, mal armados y peor dirigidos se parapetaron en el puente que obstruyeron con una barricada formada con carros y cadenas y rompieron el fuego contra la cabeza de la columna francesa.

Los disparos mal dirigidos de los españoles no incomodaron gran cosa á los atacantes que lograron tomar sin grandes pérdidas el puente, penetrando en la villa cuyas casas saquearon y tomaron.

De los cien patriotas, los que no cayeron en el puente, fueron acuchillados por la caballería ó muertos á bayonetazos por los infantes.

En Palencia intentaron los jóvenes y varios soldados sueltos defender la población á las órdenes del anciano general Tordesillas; pero en vista de los pocos medios de resistencia con que contaban, se retiraron á León dejando que los franceses entraran en aquella ciudad el día 7, en la que no cometieron tropelías como en Torquemada, contentándose con desarmar al vecindario é imponerle una contribución bastante fuerte.

Reunidas en Dueñas la división Lasalle y la de Merle que volvía de Santander, convinieron el modo de atacar al general D. Gregorio Cuesta que se había situado en el pueblo de Cabezón á dos leguas de Valladolid.

Las fuerzas reunidas de los dos generales franceses ascendían á diez mil infantes novecientos caballos y diez cañones.

Cuesta no tenía más que cinco mil paisanos, doscientos soldados de caballería de la Reina, cien guardias de Corps y cuatro cañones que los cadetes de Segovia habían podido llevarse del colegio de artillería; pero á cambio de su inferioridad numérica, tenía la ventaja de su posición que era una altura, teniendo el río al frente, que aprovechada por otro general hubiera resultado inexpugnable.

En aquella acción demostró Cuesta que no era más que un viejo soldado, con tanto valor como ignorancia de los más rudimentarios elementos de estrategia.

En vez de cortar el puente y convertir el río como en un foso que defendiera á Cabezón, colocó su gente en ambas orillas, cometiendo además la grave falta de colocar por la parte que venían los franceses, la caballería y la infantería en una sola línea.

Los generales franceses debieron reirse al ver aquella singular presentación de batalla, y pronto sus tropas arrollaron aquella línea defectuosa en que infantes y jinetes andaban mezclados.

Retrocedió primero la caballería española, logrando en su confusión dispersar á los paisanos que eran los que presentaban alguna resistencia, y todos se aglomeraron sobre el puente, donde perecieron muchos aplastados por sus mismos amigos ó bajo el fuego de las tropas de la orilla opuesta, que disparaban tan á ciegas, que más que molestar á los franceses causaban estrago entre los nuestros.

El batallón de estudiantes fué el que más resistencia opuso y la mayor parte de sus individuos perecieron acuchillados.

Cuesta, al frente de la caballería, fué el primero en retirarse y tomó la vuelta á Valladolid, siguiendo de allí á Rioseco.

Creyendo los franceses que todavía presentaría Cabezón alguna resistencia, cañonearon el pueblo donde no quedaba ningún defensor, saqueando y quemando después sus casas, después que en ellas no quedaban ni los vecinos.

Avanzaron después los franceses á Valladolid, donde no se les opuso ninguna resistencia y después de imponer al vecindario una fuerte contribución y de llevarse algunos rehenes, se retiraron para continuar Merle su interrumpida expedición á Valladolid.

El día 21 llegó al paso de Lantuero ocupado por Velarde y unos tres mil paisanos.

Al primer ataque casi se pusieron éstos en desordenada fuga, retirándose á Roca-Tajada que era una excelente posición; pero el desaliento había cundido de tal modo entre ellos que se retiraron, pudiendo Merle, sin pérdida alguna, tomar una posición desde la cual tanto daño podía habérsele hecho.

Al mismo tiempo había partido de Miranda el general de brigada Ducos, para entrar en la Montaña por la parte del Escudo que guardaba el hijo de Velarde con mil paisanos y aunque éstos supieron rechazarle durante un día entero, al siguiente, y cuando la fortuna parecía ir contra los enemigos, se retiraron, pudiendo llegar con esto el enemigo á Santander, donde entró el 23 sin haber sufrido grandes pérdidas.

Los ataques de los franceses también se habían dirigido simultáneamente contra Aragón y algunos puntos de Cataluña.

El general de brigada Lefebvre Desnouettes, salió de Pamplona con dirección á Zaragoza, al frente de cinco mil infantes y ochocientos caballos, logrando fácilmente apoderarse de Tudela que se quiso oponer á su paso.

El marqués de Lazan con alguna fuerza quiso oponerse á los franceses y logró resistirles en Mallen, aunque por fin tuvo que retirarse, pues el valor del pueblo no era suficiente contra tropas aguerridas y generales tácticos.

En vista de esto y atendiendo á las excitaciones del pueblo, salió de Za-

ragoza Palafox al frente de cinco mil paisanos, dos cañones y ochenta soldados de caballería, y se colocó en Alagón entre los ríos Ebro y Jalón, posición favorable que se hubiera podido utilizar muy bien con otra clase de tropas.

Pero el paisanaje no supo resistir los certeros ataques de los franceses y tuvo que retirarse, sosteniéndose únicamente Palafox con doscientos cincuenta hombres, con los cuales entró por la noche en Zaragoza.

Pudo entonces llegar Lefebvre hasta ésta; pero sus muros eran infranqueables porque estaban destinados á ilustrarse con heróicos hechos posteriores.

En cuanto al ejército francés de Cataluña, había recibido orden de destinar algunas de sus fuerzas á unirse con las que se dirigían contra Aragón y Valencia, y con éste objeto salieron de Barcelona los generales Schwartz y Chabrán, llevando además el encargo de castigar con fuertes contribuciones á los pueblos del tránsito que se hubieran declarado en abierta insurrección.

Un fabricante de Igualada llamado D. Juan Llimona, al saber la proximidad de Schwartz, llamó á su hermano don Jaime y á los operarios de su fábrica, y excitando su patriótico entusiasmo con ellos y algunos más organizaron un somatén, y mal armados y llevando por bandera el estandarte de la parroquia, se dirigieron al Bruch de Dalt, del cual se posesionaron uniéndoseles el somatén de Manresa, mandado por el joven Francisco Rivera que había tenido días antes el valor de quemar en público las proclamas de los franceses.

Durante la noche obstruyeron aquellos audaces patriotas el camino con multitud de pinos que cortaron, hasta el punto de que era difícil el paso de los infantes.

Schwartz llegó á dicho punto descuidado, dejando marchar su gente con la irregularidad que hacía necesaria lo escabroso del terreno y bien lejano de pensar en el peligro que le aguardaba.

Apenas dejó atrás las últimas casas del Bruch, la cabeza de la columna se detuvo ante los obstáculos que le cerraban el camino, y al mismo tiempo de entre el ramaje de los pinares y de la cumbre de inaccesibles peñones comenzó á hacer fuego un enemigo invisible, cuyos tiros no podían ser más certeros.

Asombrados quedaron los franceses ante aquél ataque inesperado y cuya forma les era desconocido.

En aquélla ocasión se mostraba por primera vez aquella guerra de guerrillas que tan fatal debía serles después á los franceses.

Schwartz intentó todos los medios conocidos de la ciencia militar para forzar tan difícil paso. Formó su gente en pelotones, en columna de ataque, intentó tomar á la bayoneta las alturas; pero todo fué en vano, pues los pinos derribados, el abismo que

había á un lado y las tajadas peñas del otro impedían el desenvolver las fuerzas y pasar adelante.

El general, viendo que aquellos valientes españoles no perdían tiro y que las pérdidas eran cada vez mayores, mando tocar retirada, siendo molestado durante ella por algún tiempo por los somatenes.

Aquélla fué la primera ocasión en que las aguerridas tropas del imperio retrocedieron ante el paisanaje español.

No estaban lejanas las fechas en que tan consolador espectáculo para la patria invadida volviera á repetirse.

Los derrotados en el Bruch al retirarse hacia Barcelona tuvieron que pasar por Esparraguera, pueblo consistente en dos largas filas de casas tendidas á ambos lados de la carretera.

Al saber el vecindario que llegaban los franceses perseguidos por los españoles que habían conseguido derrotarlos en el Bruch, obstruyeron la calle con muebles, carros y cuantos objetos encontraron útiles, y al entrar en ella al anochecer las tropas de Schwartz comenzaron hombres y mujeres á arrojarles piedras, maderos, aceite hirviendo y tejas, con tanta profusión que para salvarse tuvieron que formar en dos cuerpos y pasar por las afueras de la población para volver á tomar á la salida el camino.

Al pasar el Llobregat por cerca de Pallejá, los vecinos de este pueblo que quebrantaron el puente de madera, lograron que los franceses perdieran en el río los dos cañones que llevaban al venir el puente abajo, teniendo después que atravesar la caballería por un vado con gran peligro y no menores fatigas.

Aquella división francesa iba en busca de Barcelona con la mayor precipitación, aterrada de aquella guerra hasta entonces desconocida y en la que fieramente se la combatía por todos lados y de todas maneras sin dejarles un instante de reposo.

Por fin, el día 8 pudo entrar la expedición francesa en Barcelona, causando gran alegría á los españoles aquel aspecto que presentaba y que demostraba á las claras la gran derrota que la habían hecho sufrir los españoles.

La victoria del Bruch causó tal efecto en toda Cataluña y produjo tal efervescencia entre los naturales, que el general Duhesme, juzgándose con pocas fuerzas para resistir un levantamiento general de los catalanes, hizo llamar precipitadamente á la división Chabrán, que se dirigía contra Valencia.

Encontrábase ya en Tarragona cuando recibió la orden, y volvió atrás á toda prisa, no sin encontrar alguna resistencia, pues los pueblos que había dejado á su espalda tranquilos estaban ahora agitados y poseídos de entusiasmo por las últimas noticias, habiéndose formado un cuerpo con los somatenes y trescientos suizos del

regimiento de Wimpffen, que se dirigían á Tarragona á incorporarse á su regimiento.

Chabrán encontró serias resistencias en Vendrell, Arbós y Villafranca de Panadés, que sólo pudo vencer á fuerza de perder mucha gente, y fué tal el apuro en que se vió, que Duhesme tuvo que salir de Barcelona para proteger su retirada, entrando juntos en la capital con más de mil bajas en sus filas.

Deseoso Duhesme de vengar la afrenta del Bruch, envió nuevamente contra dicho punto á las dos divisiones unidas de Schwartz y Chabrán, los cuales, aprovechando el descuido del vecindario de Martorell y Esparraguera, se vengaron de los desastres anteriores, saqueando dichos pueblos, pero en el Bruch volvieron á encontrar la derrota.

Engrosados por el entusiasmo de la anterior victoria, acudieron á dicho punto los somatenes de Igualada y Manresa, en unión de algunos soldados españoles desertores de Barcelona y unos cuatrocientos voluntarios de Lérida, á las órdenes del coronel Baget. Además, llevaron cuatro piezas de artillería y algunas más fabricadas de madera, que al pueblo, poseído de entusiasmo, parecieron magníficas armas de guerra.

Los franceses acometieron con gran furia diversas veces tan tremenda posición; pero aquella gente, sin otros medios que su valor y entusiasmo, supieron defenderla bien, y los dos generales tuvieron que retirarse con la vergüenza de haber sufrido una nueva derrota.

El recuerdo de las dos memorables victorias del Bruch, que fueron las primeras alcanzadas contra los enemigos de la patria, quedó perpetuado con una piedra labrada que se colocó en aquellas alturas y que dice así: ICTORES MARENGO, AUSTERLITZ ET JENA HIC VICTI FUERUNT... DIEBUS VI ET XIV JUNII, ANNO MDCCCVIII.

La segunda victoria del Bruch hizo llegar el entusiasmo del pueblo catalán hasta el grado máximo.

Aquella clara demostración de que los soldados franceses, á pesar de sus glorias y de su fama podían ser derrotados por paisanos mal armados y casi sin dirección, hizo salir de su apatía hasta los tímidos é indiferentes y en todas partes se levantaron somatenes y resonó el grito de *matar franceses*, que desde aquel entonces pareció ser la única aspiración de aquellos enfurecidos.

Duhesme llegó á sentir una preocupación contínua por el estado que presentaba Cataluña, y temiendo que quedaran interrumpidas sus comunicaciones con Figueras y por lo tanto con Francia, salió de Barcelona con siete batallones, cinco escuadrones y ocho piezas de artillería con intento de dirigirse á Gerona por el camino de la marina.

Al llegar cerca de Mongat, unos nueve mil paisanos reunidos la víspe-

ra, sin organización ninguna y llevando por jefe nominal á un teniente de navío, sobrino del almirante Barullo, intentaron oponerse al paso del ejército francés; pero apenas se vieron atacados por los flancos, escaparon á la desbandada, siendo muchos de ellos acuchillados sin piedad.

A pesar de este triste precedente, Mataró intentó presentar resistencia al invasor llenando de barricadas sus calles y colocando cañones en algunas de ellas; pero el combate no fué de larga duración, pues los franceses lo arrollaron todo y se entregaron á la matanza y al saqueo, escapando pocas mujeres de ser sacrificadas á sus brutales deseos.

Siguió adelante la expedición, cometiendo toda clase de atropellos y atrocidades, dejando tras su paso un reguero de sangre y de fuego, y el día 20 llegó á la vista de Gerona, cuyos muros eran entonces todavía tan infranqueables como los de Zaragoza y que debían ilustrarse antes de caer en poder de los enemigos con heroicidades sin cuento.

La población de Gerona se había declarado el día 5 en abierta rebelión contra el invasor, y desde aquella fecha se había dedicado á reparar sus murallas y fuertes que se encontraban en un estado deplorable, y además repararon los caminos para la artillería, montaron y distribuyeron cuarenta y dos cañones, fabricaron pólvora, armaron á falta de fusiles con chuzos, á dos mil paisanos, almacenaron víveres para un mes en los fuertes, formaron cuerpos de migueletes y crearon un escuadrón de caballería que tomó el nombre de San Narciso patrón de la ciudad.

Los habitantes de Gerona hicieron tan valiosos preparativos en poco tiempo, convencidos de que no tardarían en ser atacados; así es, que cuando supieron que Duhesme estaba á la vista, no experimentaron ninguna sorpresa, antes bien, poseídos del mayor entusiasmo corrieron todos á sus puestos. La guarnición estaba compuesta únicamente de trescientos soldados del regimiento de Vitoria y algunos artilleros fugitivos de Barcelona, y era gobernador nombrado por el pueblo, el teniente rey de la plaza D. Julián de Bolívar, hombre patriota y de corazón entero.

Los franceses dirigieron primeramente sus ataques contra las puertas del Carmen y el fuerte de Capuchinos; pero habiendo sido rechazados de dichos puntos, emplazaron dos baterías muy cerca de las murallas, en cuya tarea les sorprendió la noche que fué empleada por Duhesme para cometer una villanía sin ejemplo entre generales honrados, pero que afortunadamente no resultó como él se proponía.

Pidió el general francés parlamento, y mientras dos comisionados de la Junta conferenciaban con él y toda la guarnición de Gerona estaba tranquilamente descansando sobre las armas con la confianza natural en un caso de

tregua, avanzó cautelosamente contra la plaza una fuerte columna que amparándose de la oscuridad no fué vista hasta encontrarse casi junto á las murallas.

Llamando la atención con un falso ataque hacia el baluarte de San Francisco de Paula y el puente de San Francisco de Asís sobre el Oñá, una parte de la columna consiguió poner escalas al baluarte de Santa Clara y entrar en él.

Los defensores que no eran muy numerosos se resistían con gran valor, mas abrumados por el número iban ya retrocediendo; pero en esto llegó un piquete del regimiento de Vitoria que cargó á la bayoneta con tal furia y tan ciegamente sobre los asaltantes, que gran parte de éstos fueron de cabeza al foso y el resto se puso en precipitada fuga.

Los franceses todavía hicieron fuego desde abajo; pero algunas descargas de metralla que les envió el fuerte de San Narciso les obligó á declararse en completa dispersión.

Una hora después intentaron el ataque del baluarte de San Pedro; pero esto fué una astucia de Duhesme para que se desconociera su retirada y que aumentó con la demanda de parlamento para el día siguiente.

Cuando al amanecer se dirigieron nuevamente los comisionados al campamento francés, se encontraron con que tanto éste como el ejército habían desaparecido.

Los numerosos somatenes siguieron á Duhesme en su retirada, picándole la retaguardia hasta las cercanías de Barcelona y haciendo aumentar el número de setecientas bajas que había tenido frente á los muros de Gerona.

El general Chabrán que se había quedado en Mataró, se vió también atacado por los somatenes, á cuyo frente se había puesto el teniente coronel Miláns de Boschs, el cual en Granollers derrotó á los franceses, quitándoles toda la artillería.

El ejército francés replegado nuevamente á Barcelona, no podía salir de la sorpresa que le causaba haber sufrido en pocos días tan tremendas derrotas, por un enemigo en el que no era más que un conjunto de soldados organizados la víspera y armados al azar.

El gobierno de Madrid, en tanto, no permanecía ocioso para atajar la insurrección en otras partes de España.

Andalucía y Valencia llamaron desde el primer instante la atención de Murat y contra dichas regiones sublevadas, envió las divisiones de Dupont y Moncey.

Salió el primero de Toledo el 24 de Mayo, tan arrojante y jactancioso, como acostumbrado á grandes victorias en otros pueblos que él creía semejantes al español, que antes de marchar, como aquel que arregla un viaje en tiempo de paz, fijó á sus amigos el día y hasta la hora en que estaría dentro de Cádiz, dejando á sus espaldas todo el país sometido al emperador.

Se componía su división de seis mil quinientos hombres de infantería francesa, tres mil de caballería, dos regimientos de suizos al servicio de España y veinticuatro piezas de artillería.

Hasta llegar á las ventas de Alcolea no encontró obstáculos de ninguna clase, pero en dicho punto le esperaban unos tres mil soldados de línea y cuatro mil paisanos, mandados por el coronel Echevarri, á quien la revolución había convertido en general, militar que, como la mayor parte de los de entonces, tenía tanto valor como escasos conocimientos.

La mayor parte de las fuerzas las colocó en la margen derecha del Guadalquivir, apoyadas en una cabeza del puente de Alcolea, que fortificó con doce cañones, y la caballería la puso en la orilla izquierda con encargo de acometer al enemigo por la retaguardia cuando se empeñara la acción.

Dupont, que conoció con anterioridad este orden de batalla, envió contra la caballería al general Fresia, que la contuvo sin lograr derrotarla, y entretanto él acometió el puente.

El primer ataque fué rechazado por el oficial Lasala, joven intrépido y valiente, pero al segundo se desbandó aterrado el paisanaje, y la tropa fué insuficiente para sostener la fortificación del puente, que estaba hecho de prisa y además no reunía ninguna de las condiciones que prescribe la ciencia militar.

Los franceses, á paso de carga, pasaron el puente y se apoderaron de Alcolea, pero un amago que hizo muy oportunamente la caballería española salvó á Echevarri la retirada que con sus fuerzas ordenadas pudo entrar en Córdoba el mismo día 7.

Al presentarse los franceses frente á Córdoba se cerraron las puertas de las murallas y se tomaron otras disposiciones, más que para hacer una tenaz defensa, para lograr una capitulación honrosa y dar más tiempo á los que huían.

Empezaron, en efecto, los tratos para la capitulación, pero el estemporáneo entusiasmo de algunos soldados y paisanos dió al traste con las negociaciones, pues al hacer fuego contra los franceses desde unas casas inmediatas á la Puerta Nueva, Dupont, que ya accedía de mala gana á la capitulación por la facilidad que existía de tomar la ciudad, se creyó relevado de todo compromiso, y derribando las puertas á cañonazos entró mandando, más que un ejército, una soldadesca loca y desenfrenada.

Jamás se ha visto en ninguna guerra entre pueblos civilizados saqueo semejante al de Córdoba. Aquellos soldados no podían ser los hijos de los honrados y sobrios ejércitos de la República, ni podían ya llamarse guerreros de la nación más civilizada de Europa.

Robaron, incendiaron y mataron con la complacencia propia de salvajes feroces, y ni el viejo escapó del filo de sus bayonetas ni la madre respetable del ataque de su lascivia.

Robaron en los templos y en las casas humildes ó ricas, despojaron la histórica y artística catedral de cuantas preciosidades habían depositado en ella árabes y cristianos, y después de matar al padre, al hermano, ó al esposo, condujeron á las iglesias á cuantas mujeres encontraron de todas las clases sociales para violarlas al pié de los altares y satisfacer en su hermosura inanimada por el terror los más feroces y extravagantes caprichos.

Aquellos soldados napoleónicos que, según el concepto de un orador de esos que llegan á ser considerados como eminentes á fuerza de hacer frases, «cargaban sus cañones con ideas é iban esparciendo la civilización por todas partes por medio de la guerra,» mostraron en Córdoba claramente su naturaleza é hicieron ver para siempre que la guerra como accidente de la vida de los pueblos, brutal y salvaje, nunca puede servir de vehículo al progreso en las modernas épocas.

Los excesos inconcebibles de Córdoba, justifican el loco furor de que se sintieron poseídos todos los pueblos de la comarca y los excesos que por su parte cometieron.

Las represalias fueron el único pensamiento de los españoles, que impresionados por las noticias de Córdoba, deseaban sobrepujar á las fieras en ferocidad y donde quiera que existía un destacamento francés más ó menos numeroso, se arrojaban sobre él para saciar los sanguinarios instintos que en ellos se habían desarrollado.

En Montoro, Andújar, la Carolina, Santa Cruz de Mudela, Manzanares y otros puntos, el paisanaje hizo prisioneros á los destacamentos franceses y cometió con sus individuos grandes crueldades.

En la última población citada fueron pasados á cuchillo todos los enfermos del hospital militar, y en las otras el general de brigada René fué arrojado vivo y desnudo en una gran caldera de agua hirviendo, algunos oficiales fueron quemados y otros aserrados por la mitad.

Hechos son todos estos horribles y repugnantes, impropios de nuestro pueblo que siempre ha respetado y tenido consideración al prisionero; pero á los cuales en cierta parte alcanza justificación, no perdiendo de vista lo impresionados que estaban los españoles por los sucesos de Córdoba y lo natural que es en el hombre el deseo de venganza.

Desde entonces no pudieron ya los franceses caminar en pequeñas partidas, y los convalecientes y rezagados que en grupos iban á unirse á sus respectivos cuerpos, rara vez escapaban de morir asesinados en alguno de los pueblos que encontraban al paso.

Dupont estaba arrepentido en cierto modo de lo que había hecho; pues muy contra sus planes y esperanzas, la derrota de Alcolea y el saqueo de Córdoba, sólo habían contribuido á aumentar la excitación pública y á que el país se mostrara mucho más hostil.

Además, no recibía los refuerzos que había pedido á Madrid, con el cual no tenía las comunicaciones muy seguras, y como recibió la noticia de la rendición de la escuadra francesa en Cádiz y la de que la Junta de Sevilla estaba preparando un ejército que se dirigiría contra él, determinó retirarse á Andújar y esperar allí.

Incomodado en su retirada por los vecinos de Jaen, envió contra dicha población una gruesa columna que penetrando en dicha población el día 20, volvió á repetir el saqueo de Córdoba con todo su aparato de crímenes y brutalidades.

Dejemos á Dupont en Andújar esperando los refuerzos de Madrid y trasladémonos á la división de Moncey que compuesta de unos nueve ó diez mil hombres, marchaba contra Valencia.

A esta división debían haberse unido dos batallones de guardias españolas y walonas y las tres compañías de guardias de Corps, pero tal refuerzo fué imaginario, pues todos los soldados de dichos cuerpos desertaron, y gran parte de ellos fueron á unirse á los defensores de Valencia.

Era el mariscal Moncey el general francés que en sus campañas más caballeroso y humanitario se portó con los españoles.

Hombre de sentimientos filantrópicos y modelo de soldados honrados y nobles, sentía grandes simpatías por el pueblo español desde que luchó contra nuestro ejército en las guerras de la República, y sólo la disciplina y su elevada posición le obligaban á ir contra los nuestros, aunque de mala gana, pues él deploraba cual ninguno que el emperador hubiese emprendido aquella guerra, cuya injusticia conocía.

Ya dijimos que en la jornada del 2 de Mayo él fué quien intercedió con el impetuoso Murat, para que no siguiera ordenando más atrocidades, y aquella hecatombe le hizo avergonzarse más de una empresa que de tal modo comenzaba.

La España de entonces odió á Moncey tanto como á sus compañeros, porque desconoció al hombre, no viendo en él más que al general francés; pero la posteridad debe hacer justicia á tan humanitario general y cumplido caballero.

En casi todo el curso de la expedición no encontró Moncey ninguna resistencia, pues la Junta de Valencia había reunido todas sus fuerzas en los límites de la provincia.

En los desfiladeros de las Cabrillas, por donde pasa la carretera de Madrid, tomó posiciones el general D. Pedro Adorno, con algunos centenares de suizos y unos ocho mil paisanos. Su primera operación fué cortar el puente Pájaro sobre el río Cabriel y levantar una batería de cuatro cañones que comenzaron á hacer fuego apenas se puso á la vista el enemigo.

Dos batallones franceses con una fuerte batería se arrojaron denodadamente al ataque de tal punto, y en-

tretanto otras fuerzas de Moncey vadearon el río para atacar por el flanco á los españoles. Esta operación asustó á aquellos paisanos inexpertos y desconocedores de las operaciones de la guerra, y como al mismo tiempo unos doscientos suizos de los que formaban parte de las tropas españolas se pasaron á los franceses, el paisanaje se declaró en desordenada fuga, abandonando al enemigo el puente y los cañones.

Tal dispersión sólo fué del momento, pues casi todos aquellos españoles volvieron á reunirse para continuar la defensa en los desfiladeros de las Cabrillas.

Noticiosa la Junta de Valencia del descalabro sufrido y usando del sistema empleado por la Convención francesa que enviaba comisionados á los ejércitos para fiscalizar las operaciones de los jefes y reanimar el entusiasmo entre los soldados, ordenó al P. Rico, que era el individuo que de más popularidad seguía gozando, que se uniera á las fuerzas que iban á continuar la resistencia en las Cabrillas. El intrépido fraile se propuso, ya que era imposible el vencer á un enemigo más bien organizado, retardar en lo posible su llegada á la ciudad para que ésta tuviera más tiempo en prepararse á la defensa.

Unos tres mil hombres con doce cañones, habían quedado reunidos después de la derrota del Pájaro, y con estas fuerzas á las órdenes del brigadier Marimón, se colocó el P. Rico en las alturas entre Siete Aguas y las Ventas de Buñol.

Al presentarse la división de Moncey, las guerrillas colocadas en las alturas cerca de Siete Aguas, hicieron contra los franceses un fuego tan nutrido y certero, que el general antes de emprender seriamente el combate mandó desalojarlas.

Se encargó de tal operación el general Arispe con dos batallones de vascos franceses que acostumbrados á subir por las abruptas asperezas de los Pirineos, pudieron trepar fácilmente por aquellas montañas que los nuestros juzgaban intransitables para los franceses. Las guerrillas desalojadas de los puntos que ocupaban, tuvieron que ir retrocediendo de una á otra altura más de tres leguas, y al verse privadas de tal amparo, las fuerzas españolas que defendían al desfiladero se retiraron al primer ataque serio de las tropas de Moncey, dejando abandonada la artillería y los bagajes.

Ciento cincuenta soldados del regimiento de Saboya alcanzaron en aquel combate el laurel del heroismo, pues mientras todos huían, ellos siguieron defendiendo el paso tenazmente á las órdenes de un oficial, cuyo nombre ha quedado desconocido, muriendo casi todos en tan sublime defensa.

Moncey no supo ó no quiso aprovecharse en aquella ocasión del resultado de su última victoria.

Si á marchas forzadas se hubiese dirigido á Valencia, es muy probable que la ciudad quebrantada por tales

derrotas se hubiera rendido, pero se detuvo en Buñol para dar descanso á sus fatigadas tropas, esperar la artillería y recibir la contestación de los generales condes de la Conquista y de Cervellón, á quienes había escrito manifestando que venía como amigo y sin deseos de causar ningún mal á la provincia, y los valencianos aprovecharon esta tregua para ultimar su defensa.

Avanzó por fin Moncey hacia Valencia y en las inmediaciones de los pueblos de Cuarte y Manises, se encontró con las fuerzas de Saint-March y de Caro, que estando apostados cerca de Almansa esperando inútilmente á los franceses por aquella parte, se habían trasladado á la capital apenas tuvo noticias de la rota de las Cabrillas.

Aprovechando la frondosidad de aquellos hermosos campos, habían emboscado los mejores tiradores en las viñas, algarrobales y olivares, los cuales rompieron el fuego apenas se presentaron los franceses que fué el día 27. Al mismo tiempo el grueso de las fuerzas defendió á cañonazos el camino Hondo, que era por donde se esperaba el ataque de la caballería enemiga.

Pero el estar compuestas aquellas fuerzas en su mayor parte de paisanos que sólo sabían batirse valerosamente en grupos, pero que en línea no sabían permanecer firmes, hizo que las fuerzas se desbandaran, no llegando á la ciudad en estado de dispersión que causara alarma, pues previsoramente se había formado en el arrabal del pueblo de Cuarte una segunda línea que detuvo á los que presurosamente huían.

A las seis de la tarde era ya Moncey dueño de la ermita de San Onofre, centro de la batalla y del pueblo de Cuarte, retirándose los españoles en buen orden á la ciudad.

Esta, como plaza fuerte, apenas si tenía condición alguna de defensa. Estaba rodeada de una muralla antigua cuyas puertas estaban flanqueadas de torres y su ciudadela pequeña y algo débil no podía presentar gran resistencia á los soldados que habían tomado las primeras del mundo. Pero en cambio el entusiasmo que reinaba en la población era tal que todos, absolutamente todos los vecinos estaban á las ordenes de la Junta y rivalizaban en prestar sus servicios á la causa de la patria. Así se comprende lo que en Valencia se hizo en sesenta horas, pues en tan corto espacio de tiempo se repararon las murallas, se abrieron zanjas y fosos que se llenaron de agua, se cubrieron la mayor parte de las puertas con baterías de sacos de tierra y se cortaron las calles con barricadas de piedras, y cuando éstas escasearon con toda clase de objetos y aun con muebles de gran valor y gusto artístico. Mientras los hombres empuñaban toda clase de armas, las mujeres de todas condiciones reunían la loza y toda clase de objetos pesados que encontraron para arrojarlos desde los tejados, junto con aceite hirviendo, á los



franceses si es que éstos llegaban á penetrar en las calles, y toda la ciudad presentaba el aspecto propio de una de esas inmortales poblaciones españolas que han preferido perecer entre llamas antes que entregarse al sitiador.

Era imposible que Moncey lograse conquistar una ciudad que tal aspecto presentaba.

En la mañana del día 28 el general francés envió á la Junta de Valencia, en calidad de parlamentario, un coronel español prisionero llamado Solano. Reunióse la Junta y con ella el ayuntamiento, la nobleza y representantes de todos los gremios para que su deliberación tuviera igual importancia.

Manifestó el conde de la Conquista su opinión favorable á la rendición de la plaza antes de derramar inútilmente sangre, fundándose para ello en los pocos elementos de defensa que se contaban, y tales palabras fueron apoyadas por Solano que, para dar más fuerza á su razonamiento, hizo la apología de la bondad y sentimientos humanitarios de Moncey y del amor que sentía por Valencia, pues su familia era oriunda de dicha provincia como parecían probarlo los muchos individuos de igual apellido que en ella existían.

Ya parecían inclinarse algunos ánimos á la rendición, cuando en esto una multitud compuesta de mujeres, obreros y estudiantes que parecían haberse apercibido de la equívoca conducta de la Junta, se agolpó á las puertas del local donde ésta estaba reunida, y comenzó á prorumpir en gritos de *¡traición!* esgrimiendo al mismo tiempo sus armas para demostrar el fin que les estaba reservado á los que se decidieran por los franceses.

Ante esta demostración popular olvidóse la Junta de sus anteriores propósitos, y para borrar toda sospecha, se puso al frente de la multitud y con ella recorrió toda la línea de defensa, exhortando á los combatientes á la pelea, con lo que llegó el entusiasmo al período máximo.

El recelo propio del pueblo valenciano, salvó en aquella ocasión á la ciudad de la deshonra de una rendición.

A las once de la mañana se rompió el fuego. Moncey ocupaba con sus tropas el arrabal de la ciudad llamado de Cuarte, así es que por aquella parte de la ciudad fué todo el ataque.

Defendían tal punto la puerta de Cuarte, consistente en dos torres robustas de gran estima en los sitios de la Edad media, pero de ningún valor en el presente, y la batería de Santa Catalina que se extendía desde la derecha de aquella puerta hasta el río Turia ó Guadalaviar.

La puerta de Cuarte estaba defendida por dos cañones de á veinticuatro y otro que estaba emplazado en el primer piso de las torres y la batería de Santa Catalina constaba de cuatro cañones y dos obuses.

Moncey ordenaba sus columnas de ataque al abrigo del convento de San Sebastián, y desde allí las dirigía con-

tra los dos citados puntos que además hostilizaba con su artillería.

Los ataques contra la puerta de Cuarte se repetían sin cesar, pero las columnas francesas tenían que retirarse desechas por los fuegos de flanco del baluarte de Santa Catalina y las descargas de fusilería que desde lo alto de las murallas hacía el paisanaje y las tentativas que se hicieron contra la ya citada batería, alcanzaron el mismo resultado.

Pocos sitios fueron tan sangrientos para una y otra parte que el primero de Valencia, á pesar de su corta duración. Los cañones y los fusiles no se daban punto de reposo en vomitar la muerte, el espacio estaba atronado de continuo por las intermitentes descargas y una densa atmósfera de humo flotaba sobre las murallas. Cada segundo era el último de la existencia de algún sér, y á los rugidos de la metralla acompañaban numerosos gritos de agonía.

Moncey se desesperaba ante aquella tenaz y loca resistencia hasta entonces desconocida para los franceses.

A las cinco de la tarde intentó un esfuerzo supremo, y mientras él atacaba la puerta de Cuarte, envió por el convento de Jesús una fuerte columna que, rodeando la ciudad fuera á tomarla por la puerta de San Vicente que se consideraba como el punto más débil. Pero fué vano su intento, pues los defensores de aquel punto supieron hacer jugar de tal modo los cañones, que desmontaron los del enemigo y le obligaron á retirarse.

A las ocho de la noche cesó el fuego por ambas partes. La defensa de Valencia en aquel día fué memorable y más si se tiene en cuenta que entre los defensores apenas si se contaban un centenar de soldados de línea y algunos oficiales de artillería subalternos, siendo todos los combatientes paisanos que apenas si conocían el uso de las armas.

El padre Rico mostró aquel día hasta dónde llegaba la entereza de su corazón, dejándose ver de continuo desarmado en los puntos de mayor peligro, y animando á los combatientes con su palabra elocuente y ardorosa.

El pueblo dió á conocer en aquel día muchos hombres oscuros que alcanzaron el renombre de los héroes.

Fué uno de ellos Juan Bautista Moreno, conocido con el nombre de *Chuanet el torero*, por ser ésta su profesión, el cual, sin ninguna arma de fuego y con solo una espada de las de su oficio en la mano, se dedicaba á abrir y cerrar las hojas de la puerta de Cuarte cada vez que se disparaba un cañón, teniendo para esto que presentar cada cinco minutos su pecho al nutrido fuego del enemigo.

No fué menos heroica la conducta de un mesonero de la calle de San Vicente, llamado Miguel García, que gozaba justa fama de tirador, el cual hizo á caballo cinco salidas de la ciudad cuando los franceses estaban cerca de las murallas, gastando en cada

una de ellas cuarenta cartuchos, que, según la opinión de testigos presenciales, jamás fueron desperdiciados. Además, llamaron mucho la atención de los defensores en aquellos momentos de confusión y de lucha algunas bandas de rapazuelos escapados, sin duda, del seno de sus familias, que correteaban alegremente por los sitios en que la muerte parecía cebarse más, y cuando no encontraban un muerto á quien despojar de su fusil para seguir haciendo fuego contra los franceses ayudaban á los artilleros en la carga de los cañones ó los arrastraban con gran algazara á los puntos en que eran necesarios.

Al amanecer del día 29, el individuo de la Junta D. Pedro Túpper, que estaba de vigía en la torre del Miguelete, anunció que el enemigo parecía retirarse, lo que al principio no se quiso creer, hasta que bien entrada la mañana se vió la verdad del aviso.

Moncey, considerando que de los nueve mil hombres que llevaba había perdido más de tres mil en el sitio de Valencia, que embarazaban sus movimientos el numeroso hospital que llevaba tras sí, que no llegaban las fuerzas de Chabrán que de Cataluña esperaba y que tenía interceptadas sus comunicaciones con Madrid por haberse sublevado Cuenca, creyó prudente retirarse, tomando en Torrente la calzada que va á Almansa y no parando hasta Albacete, donde se dedicó á reparar sus fuerzas.

El gozo de los valencianos sólo fué entibiado por la conducta del conde de Cervellón, que con su división estaba en Alcira y que todos esperaban disputaría al enemigo fugitivo el paso del Júcar. Mientras él se estuvo quieto, el general Llamas que, noticioso del sitio de Valencia se había corrido á Chiva, colocándose á espaldas del enemigo, le persiguió hostilizándolo en su retirada, y sólo se detuvo en el Júcar al ver que Cervellón no aparecía en un punto donde todos le esperaban.

La timidez y debilidad del conde le valió el que lo depusieran del mando.

A pesar de esta falta, sin la cual se hubiera completado indudablemente la derrota de Moncey, pues hubiera tenido que rendirse junto al Júcar entre las fuerzas de Cervellón y Llanas, el paisanaje por cuenta propia hostilizó cuanto pudo á los franceses hasta el punto de que éstos no pudieran marchar fuera del camino real ni menos destacar fuerzas.

Los descalabros del ejército francés en Cataluña y Valencia, tenían al gobierno de Madrid bastante preocupado y á estas circunstancias uníase el estar Murat sufriendo una dolencia que le alejaba bastante de los negocios públicos. Padecía un fuerte cólico de los que son habituales en Madrid, complicado con unas tercianas, enfermedad que también sufrían gran número de soldados franceses y que achacaron á envenenamiento aunque pronto sus médicos desvanecieron tal idea demostrando que era producto del abu-

so que hacían de nuestro vino mucho más fuerte que el de la vecina nación, y que además estaba adulterado para mejorar su calidad.

Los médicos franceses recetaron á Murat los baños de Bareges y en sustitución de él envió Napoleón al general Savary, duque de Rovigo, el famoso agente que consiguió llevar engañado al confiado Fernando hasta la frontera.

Su nombramiento fué muy mal acogido por todos los generales franceses que estaban en España, los cuales reunían mejores condiciones para tal puesto y gozaban de mayor renombre que Savary, á quien todos habían mirado siempre con el mayor desprecio, porque más que un militar había sido un policía y Napoleón le había empleado siempre en las más viles y repugnantes comisiones.

Para dulcificar un tanto su determinación, Bonaparte ordenó á Savary que aunque dispusiera libremente en los asuntos de España como lugarteniente del reino, no firmara ningún decreto, pues esto lo haría el general Belliard á nombre de Murat.

A pesar de la repugnancia y desdén con que recibieron su nombramiento los compatriotas de Savary, éste con la audacia y presuntuosidad propios de los espíritus viles, comenzó por alojarse en el palacio real y rodearse de todos los honores de un soberano.

Sus primeras disposiciones fueron activar las obras de fortificación del Retiro que quedó convertido en una ciudadela, y después que se enteró de la marcha de la conquista de España, escribió una carta á Napoleón en que decía lo siguiente:

«No se trata aquí de reprimir descontentos ni de castigar revoltosos. Si la llegada del rey José no pacifica el país, vamos á vernos precisados á sostener una guerra regular con los ejércitos de España y otra de guerrillas con la población. El método adoptado de hacer patrullar las divisiones por todas las provincias antes de haber concluido con Aragón y Cataluña, sólo conduce á resultados parciales que harán la insurrección más permanente. Estamos perdiendo cuatrocientos hombres por mes, y esto sólo en los hospitales.»

Savary envió inmediatamente refuerzos á Moncey y á Dupont.

Salió de Tarancón para unirse con el primero la brigada Caulincourt y el día 3 de Julio llegó á los alrededores de Cuenca.

El vecindario, más entusiasta que prudente, hizo algunas descargas contra los franceses y esto bastó para que, tomando pretexto de tal ataque, penetraran en la ciudad y la saquearan cometiendo horribles tropelías, especialmente en las mujeres en las cuales no respetaron edad ni estado. Un grupo de individuos del ayuntamiento que salió con una bandera blanca como para pedir clemencia, fué disuelto á cañonazos.

Salió también la brigada Frere á incorporarse á la división de Moncey,

pero sabedor Savary de que los restos del ejército sitiador de Valencia estaban ya en salvo, hizo retirar á aquel y á Caulincourt, lo que disgustó al mariscal precitado á quien ya era muy poco simpático el duque de Rovigo y le hizo retirarse al Tajo con el propósito de no hacer nada.

A Castilla la Vieja no se enviaron refuerzos, por más que los pedía Bessieres con mucha insistencia, porque se juzgaba que después de la rota de Cabezón y de la entrada en Santander, no estarían muy dispuestos los españoles en aquella parte á volver á levantar la cabeza.

El general Cuesta, después de la pérdida de Valladolid, se había retirado á Benavente, y hallábase dedicado á organizar é instruir la gente antes de emprender una campaña, y aun para esto solicitó los auxilios de las Juntas de Asturias y Galicia, pidiendo que sus ejércitos se incorporasen al de Castilla, que carecía de soldados de línea.

La Junta de Oviedo se negó á tal pretensión, ateniéndose á lo manifestado por el patriota conde de Santa Cruz de Marcenado, quien comprendía no podía hacerse la guerra en las llanuras contra ejércitos aguerridos, con soldados que, como él decía, sólo tenían de tales el uniforme, y que lo más lógico era trasladar la guerra á las montañas, por lo que aconsejaba á Cuesta se acogiera á las de Asturias hasta tener instruidas sus tropas.

Cuesta con el eterno deseo de pasar por gran general y dar tremendas y decisivas batallas, no se allanó á tal proposición, y la Junta, porque no murmurara que dejaba de prestarle auxilio alguno, le envió el regimiento de Covadonga mandado por D. Pedro Méndez Vigo.

La Junta de Galicia no quiso tampoco en un principio acceder á lo solicitado por Cuesta, pues Filangieri consideraba también que no estaban los ejércitos españoles todavía suficiente amaestrados para batirse en terreno llano.

Al ser asesinado este anciano general por unos subordinados indisciplinados, como ya dijimos en el capítulo anterior, fué reemplazado por D. Joaquín Blake, que de coronel fué ascendido á teniente general por la Junta de Galicia, que cifraba en él grandes esperanzas á causa del renombre de gran táctico que gozaba.

Sus propósitos eran iguales á los de Filangieri, y mientras se dedicaba á amaestrar á sus tropas para hacer ver que no se estaba quieto, avanzó su cuartel general á Manzanal, para tener más asegurada la defensa de los límites de Galicia.

A pesar de la oposición embozada de Blake, la Junta de Galicia accedió por fin á lo solicitado por Cuesta, y ordenó á su general que se uniera al ejército de Castilla.

Blake dejó una división de seis mil hombres con cinco cañones en Manzanal, y en la Puebla de Sanabria un cuerpo de mil mandado por el mar-

qués de Valladares, que más adelante se unió al ejército que operaba en Portugal.

El ejército que Blake llevó á Castilla estaba compuesto de veinte mil hombres divididos en tres divisiones y veinte piezas de artillería, y el de Cuesta no constaba más allá de siete mil paisanos divididos en siete tercios.

Puestas todas las fuerzas bajo las órdenes de Cuesta que no cedía la supremacia á nadie, fundándose en su antigüedad y en los vastos conocimientos que creía poseer, emprendieron la marcha á Rioseco, dejando en Benavente la tercera división gallega compuesta de cinco mil hombres y cinco cañones.

Blake á pesar de que estaba facultado por la Junta de Galicia para desobedecer á Cuesta cuando viera que éste acometía una empresa insensata, no se atrevió por una condescendencia lamentable á oponerse á su compañero en una operación que conocía debia tener un éxito desastroso.

Bessiéres, que conoció las descabelladas intenciones de Cuesta, pidió á Savary refuerzos para acometer inmediatamente á los españoles, á lo que no accedió el duque de Rovigo; pero afortunadamente para él recibió de Francia el auxilio del general Mouton que llegó con los mejores soldados de la Guardia Imperial y con ellos y una brigada más que por fin le enviaron de Madrid, marchó hacia Medina de Rioseco.

El día 14 llegó Bessiéres cerca de dicho punto, causando gran sorpresa que en vez de ser acometido pensaba ser agresor y que además no tuvo noticia hasta el último momento de la proximidad del enemigo, ignorancia censurable y más si se tiene en cuenta que en aquella época todos los españoles se prestaban á ser espias de los franceses.

Llamó inmediatamente á Blake que ya por su orden marchaba hacia Valladolid y juntos ambos ejércitos tomaron posición á los dos lados del camino; pero separados por tan gran distancia que más que fuerzas amigas parecían que iban á batirse una contra otra.

El plan de Cuesta en aquella ocasión fué tan estúpido como todos los suyos, y además inspirado por la envidia y el deseo que tenía de recobrar su nombre y hundir el de Blake.

Cuesta pensó que colocando á Blake con solo nueve mil hombres separado de él y algo adelantado, todas las fuerzas enemigas cargarían sobre su compañero, y cuando mayor fuera su apuro entonces acudiría él, le salvaria y además sería el verdadero vencedor de la batalla.

Este plan, por lo cándido é inocente digno de un niño, lo puso en práctica. El grueso de las fuerzas enemigas cargaron sobre Blake cuyas fuerzas eran muy inferiores en número y disciplina á las que sobre él cayeron.

Los soldados españoles resistieron valientemente por algún tiempo, pero así que empezó á jugar la artillería

comenzaron á desordenarse quedando al poco rato desecha la primera línea.

Cuesta intentó socorrer como era su plan á su casi derrotado compañero, pero aprovechando Mouton la gran reparación que existía entre uno y otro cuerpo de ejército, se metió entre ambos para de este modo facilitar el batirlos por separado.

Indignados trescientos jinetes del cuerpo de guardias de Corps y carabineros reales de que no se les hubiera empleado para nada mientras la batalla se perdía, cargaron sobre el enemigo que avanzaba con un ímpetu tal, que la infantería ligera francesa fué arrollada y arrojada á una torrentera. Acudió en su auxilio la caballería de la Guardia Imperial, que era muy superior en número á la nuestra, y entonces ésta tuvo que retirarse al amparo de nuestra infantería después de una reñida lucha en la que perecieron como héroes los ayudantes mayores de carabineros Escobedo y Chaperon, este último luchando cuerpo á cuerpo con un buen número de enemigos.

La pelea arreció y se hizo general. La cuarta división gallega que estaba bajó las órdenes de Cuesta, viendo que éste no mandaba nada, avanzó por su propia cuenta á la bayoneta, siendo tan furiosa su arremetida, que rechazaron y deshicieron á los franceses, cogiéndoles cuatro cañones.

Tan decisivo ataque borró por un instante todos los desaciertos anteriores y dejó indecisa la balanza del éxito entre los dos ejércitos. Con otro general que hubiera tomado alguna buena disposición, la batalla tan mal comenzada hubiera acabado por ser un triunfo para los españoles; pero Cuesta nada hizo y dió tiempo á los franceses para que, acabando de desordenar á Blake, se revolvieran contra la cuarta división y la contuvieran hasta hacerla retirar. Lo que ocurrió después fué lo propio de todas las batallas perdidas. Los cuerpos se desordenaron, comenzó la dispersión, sonó el *sálvese quien pueda*, y pronto el ejército español se declaró en una confusa y vergonzosa retirada.

Hubo en la batalla de Rioseco, además de la carga de caballería y del ataque de la cuarta división, detalles que desmostraban hasta dónde llegaba el heroismo de aquellos soldados tan valerosos como mal dirigidos.

El conde de Maceda, al ver la huida de los suyos, se arrojó desesperado en lo más peligroso del fuego, prefiriendo antes morir que hacerse partícipe de tan vergonzosa derrota, y el batallón de voluntarios de Navarra mandado por el valiente coronel don Gabriel de Mendizábal, en medio de la dispersión general se mantuvo fuerte y unido defendiéndose fieramente durante mucho tiempo de los ataques de fuerzas infinitamente superiores.

Cuesta y Blake se retiraron separados por el camino de Benavente, echándose mutuamente en cara el resultado de la batalla.

Las pérdidas del ejército español en aquella tremenda derrota fueron de

cerca de cinco mil hombres entre muertos y prisioneros, y de quince piezas de artillería.

Mayores hubieran sido si la caballería francesa llega á perseguir á los fugitivos, pero los vencedores prefirieron entrar en Rioseco, donde, tomando pretexto que se les habia hecho fuego desde los arrabales, se entregaron al saqueo.

Los desdichados vecinos que al escapar de sus casas para refugiarse en el monte tropezaron con los franceses, fueron asesinados á bayonetazos, las casas fueron robadas y quemadas, y las mujeres, bien en sus propias casas, en las iglesias ó en el campamento, fueron victimas de la lujuria de los vencedores. Algunas que por su hermosura fueron víctimas de predilección, murieron en los brazos de aquellos seres brutales quebrantadas por tantos atropellos, y en el convento de Santa Cruz se estableció un lupanar, en el que todas las monjas, aun algunas que ya eran septuagenarias, sufrieron rudos ataques en su virtud.

Dos dias duró en Rioseco aquella orgía de brutalidad y crápula. Después salió Bessiéres al alcance de los fugitivos, pero era ya tarde porque Cuesta estaba ya en Salamanca y Blake se encontraba en Asturias. El general francés que apreciaba las condiciones de este último tanto como se reia de Cuesta, entabló con Blake una correspondencia para inducirle á que abrazara la causa del rey intruso; pero el jefe del ejército de Galicia puso pronto término á ella, manifestando que su espada era de la causa española y que eran vanos todos los halagos para que traicionara á lo que él amaba como patriota y como español.

La batalla de Rioseco no fué más que una sangrienta derrota para los españoles, pero sin ningún resultado trascendental para el rey intruso, pues ella no amengüó el entusiasmo de los españoles.

A pesar de esto, Napoleón que en todas las cosas de España parecía equivocarse, la comparó con la de Villaviciosa que afirmó el trono de Felipe V, y dijo á sus cortesanos al recibir la noticia: «La jornada de Rioseco, ha colocado para siempre en el trono de España á mi amigo José.»

No sabía que España no se gana con batallas cuando el verdadero pueblo está entusiasmado, y que todo lo más que había producido era abrirle á José el camino de Madrid.

Pasó el nuevo rey la frontera como ya dijimos, y en Burgos esperó el resultado de la batalla de Rioseco. Al saber su favorable resultado, continuó la marcha á Madrid donde hizo su entrada el 20 de Julio.

Nunca se vió mejor la verdad de la célebre frase de Mirabeau «el silencio de los pueblos es la mejor lección para los reyes.»

El elemento oficial quiso dar al recibimiento un carácter de fiesta popular, que á pesar de sus deseos de que resultara alegre y alborozada, resultó tétrica y triste como un entierro.

Se dió orden de que en los balcones se pusieran colgaduras, y en los pocos que aparecieron no se asomó persona alguna. En bastantes campanarios en vez de echar las campanas al vuelo se tocó á muertos, y en las calles donde el pueblo acudió por curiosidad mostrándose hosco y mal humorado, siempre el coro de voces pagadas vitoreaba á José I, alguna voz ruda gritaba ¡viva Fernando VII!

Aquella protesta general y energíca de un pueblo que todavía recordaba las tremendas crueldades del 2 de Mayo y que estaba bajo la tiranía de las bayonetas francesas, resultaba grandiosa y magnífica.

El día 25 se celebró en el Palacio Real con el mayor aparato de fausto y solemnidad, el reconocimiento y proclamación del nuevo rey. El Consejo de Castilla y la Sala de Alcaldes dijeron respecto á la constitución de Bayona, que ellos se habían negado á publicar que no eran ni representaban á las Cortes, y «que sería una manifiesta infracción de todos los derechos más sagrados el que tratándose no ya del establecimiento de una ley sino de la extinción de todos los códigos legales y de la formación de otros nuevos, se obligase á jurar su observancia, antes que la nación los reconociese y aceptase.

Estos reparos puestos á última hora por los que en la época de Murat se habían doblegado á todo, eran bien ridículos y extraños. Por fin ambas corporaciones accedieron á la publicación de la constitución y hubieran igualmente jurado al nuevo rey á no sobrevenir circunstancias que hicieron mudar de ideas y propósitos á muchos que antes se habían mostrado tibios á la causa popular y amigos de los franceses.

Aquel trono en que acababa de sentarse José, debía quedar muy pronto vacío porque no tardaría á llegar la noticia de la victoria de Bailén.

Hemos dejado á Dupont retirado en Andújar esperando los refuerzos que debían enviársele desde Madrid.

Savary ordenó á Vedel que se hallaba en Toledo que fuera á reforzar el ejército que estaba en Andalucía, y este general salió el día 19 de Junio al frente de seis mil infantes, setecientos caballos y doce piezas de artillería. En el camino se le unieron los destacamentos de Roice y Liger-Belair que estaban detenidos en Madrilejos á causa de la insurrección general de la Mancha y con todas estas fuerzas llegó sin tropiezos hasta el famoso paso de Despeñaperros en Sierra Morena, donde le esperaban algunas fuerzas mandadas por un teniente coronel dedicado hasta entonces á la persecución del contrabando y unos tres mil paisanos en su mayor parte contrabandistas, pues la causa de la patria había conseguido unir á los que eran antes mortales enemigos ó perseguidos y perseguidores.

Aquella gente confió toda la defensa á su valor y no se cuidaron en aumentar como en el Bruch las difi-

cultades del paso con árboles y peñascos, por lo que los franceses después de un regular ataque lograron salvar aquel desfiladero que tan fatal les hubiera sido á tener más previsión los defensores, yendo Vedel á tomar posiciones en Bailén, en unión de la división que envió Dupont á saquear Jaen, la cual se le incorporó en la Carolina.

Vedel dejó asegurados con fuertes destacamentos en los pueblos del tránsito sus comunicaciones con Madrid.

No era el propósito de Savary, al enviar refuerzos á Dupont, que éste continuase la conquista de Andalucía, antes bien le ordenó que al abrigo de las nuevas fuerzas se retirara hasta que conquistadas Zaragoza y Valencia pudiera dedicarse completamente á sojuzgar aquel reino y con este objeto envió á Manzanares la división Gobert para proteger la retirada.

Pero jactancioso y confiado Dupont, se creyó con fuerzas suficientes para realizar su primer propósito y ordenó á Gobert que se le incorporara, no dejando más que un batallón en Manzanares y otro en Puerto de Rey.

Dupont, á consecuencia de la toma de Jaen, había convenido con la Junta de ésta en que á cambio de no molestar la ciudad servirían todos los víveres que fueran necesarios á su ejército; pero el pueblo se opuso resueltamente á que la Junta siguiera haciendo tales envíos, á lo que no tuvo ésta más remedio que acceder. Enojado Dupont de que los de Jaen no cumplieran lo convenido y hostigado al mismo tiempo por la carencia de víveres en que estaba su ejército, pues los soldados sólo recibían cinco onzas de pan diarias, envió á la brigada Cassagne para que se apoderara de todo cuanto encontrara en aquélla y castigara la desobediencia de sus habitantes.

La brigada francesa compuesta de dos mil infantes y quinientos caballos, se presentó el 1.° de Julio frente á Jaen, cuyos vecinos después de enviar las mujeres á la sierra para evitar nuevas brutalidades, se parapetáron en las casas y el castillo dispuestos á morir antes que rendirse.

La resistencia fué tenaz y vigorosa. Los enemigos, después de un rudo ataque, consiguieron penetrar en la población, pero continuó la lucha en las calles encarnizadamente, y se dió tiempo á que llegara un refuerzo enviado por Reding, consistente en un regimiento suizo y dos escuadrones de caballería.

Con este auxilio se redobló el combate. Los franceses desesperados, pues en la conquista de Jaen cifraban su subsistencia y la de sus compañeros, tomaron y perdieron repetidas veces el castillo; pero por fin Cassagne se convenció de la inutilidad de sus esfuerzos, y como además supo que Reding y todo el ejército de Andalucía marchaba sobre Andújar, se retiró en la noche del 3 con grandes pérdidas.

El ejército de Andalucía que tan inmenso lauro debía conquistar, era un ejército formado de paisanos que

voluntariamente se presentaban en grupos numerosos á alistarse y cuyo núcleo organizado, eran las tropas de línea que con Castaños se declararon por la causa de la patria en el campo de San Roque.

El cuartel general lo tenía establecido Castaños en Utrera, y allí iban llegando y reuniéndose todas las fuerzas tanto enviadas por distintos puntos de Andalucía como las procedentes de la derrota de Alcolea.

El ejército estaba formado en tres divisiones. La primera compuesta del ejército organizado por la Junta de Granada á las órdenes de don Teodoro de Reding, la segunda mandada por el marqués de Coupigny y la tercera por D. Félix Jones, debiendo maniobrar esta última que era la más floja unida á la reserva que mandaba don Manuel de la Peña.

Las tres divisiones ascendían á veinticinco mil infantes y dos mil caballos, estando la infantería en su mayor parte compuesta de bisoños, y la caballería excepción hecha de algunos escuadrones, formada de contrabandistas, labriegos y aficionados á la equitación que vestidos al uso del país y armados con grandes lanzas, presentaban un aspecto extraño y pintoresco que no dejaría de llamar la atención de aquellos renombrados coraceros del Imperio, que después no pudieron resistir sus valientes cargas.

Además de estas fuerzas iban unidas al ejército una corta división á las órdenes de D. Juan de la Cruz, formada de tropas ligeras y partidas sueltas de caballería que no pasaría de mil hombres y algunas guerrillas que mandaba D. Pedro Valdecañas.

La opinión de la Junta de Sevilla y aun la de todos los españoles de aquella región, era que inmediatamente se atacase al enemigo y para lograr esto, importunaban de contínuo á los generales, los cuales el día 11 celebraron Consejo en Porama, para concertar el plan de la próxima batalla.

Acordóse que Reding cruzara el Guadalquivir por Mengibar y se dirigiera sobre Bailén, sosteniéndole en el ataque el marqués de Coupigny que con la segunda división pasaría el río por Villanueva, y al mismo tiempo Castaños con la reserva y la tercera división atacaría de frente al enemigo cuyo flanco derecho sería molestado por la división suelta de la Cruz, que pasando el río por el cortado puente de Marmolejo que aun estaba transitable, se situaría en las alturas de Sementera.

El día 13 comenzó á ponerse este plan en práctica, y el 15 se escaramucearon ambos ejércitos.

Inquieto Dupont creyendo que sobre sí venía todo el grueso del ejército contrario, pidió á Vedel que desde Bailén le enviase una brigada de socorro; pero éste que sin duda era de la misma opinión que el anterior, consideró que sería mejor se trasladara á Andújar él en persona al frente de su división, como así lo hizo, no dejando más que mil trescientos hombres á las

órdenes de Liger-Belair para guardar el paso de Mengibar.

Vedel al dirigirse á Andújar desalojó á las escasas fuerzas de Cruz de sus posiciones, quien, después de defenderse con bizarría, se colocó en Peñascal de Morales.

El día 16 entre Dupont y Castaños no hubo más que un ligero cañoneo, y entretanto en Mengibar comenzaba á realizarse la primera parte del plan de batalla.

Reding al mismo tiempo que amenazaba el paso de Mengibar defendido por Liger-Belair, hizo pasar á su división el río media legua más abajo, por el vado llamado del Rincón, y una vez en la orilla opuesta desalojó al enemigo de sus posiciones y le obligó á retirarse á Bailén donde el general Gobert, que llegaba en su auxilio, recibió un balazo en la cabeza del que murió á las pocas horas.

La dispersión de los franceses fué completa y Reding hubiera continuado el alcance hasta muy lejos á no ser un general prudente que al ver que la división de Coupigny no había aparecido todavía, pasó otra vez el río y esperó á que dicha fuerza se uniera á él.

Al saber Dupont tan tremendo descalabro ordenó á Vedel que se trasladara á Bailén y arrojara á los españoles á la otra parte del río, pues creía que todavía conservaban las posiciones conquistadas.

En aquel entonces los franceses comenzaban á sentir cierto pavor como si comprendieran lo apurado de la situación en que se encontraban y presagiaran la próxima derrota, y este miedo se aumentó con la noticia recibida de la retirada de Moncey, la victoria de los defensores de Valencia.

Movidos por estos sentimientos Liger-Belair y Dufour que había sucedido al general Gobert en el mando, se creyeron inseguros en Bailén, pues temieron que las guerrillas de D. Pedro Valdecañas les cortaran los pasos de la sierra y al mismo tiempo el victorioso Reding les atacara de frente, é impulsados por tal temor abandonaron la población y se encaminaron á Guarroman tres leguas distante.

Ya estaban distantes de Bailén cuando llegó Vedel con su división, y no encontrando sus subordinados, sin esperar avisos de Dupont y temiendo que aquéllos pudieran ser atacados, se dirigió en su busca uniéndose á ellos y siguiendo juntos á la Carolina y Santa Elena.

Mientras esto sucedía y al día siguiente de la gloriosa acción de Mengibar, Reding levantó su campo y repasó de nuevo el Guadalquivir en la tarde del 17, uniéndosele en la madrugada siguiente la división de Coupigny, y marchando juntos á Bailén donde entraron el 18.

Sin dar apenas descanso á su gente se preparaban los dos generales españoles á marchar sobre Andújar para coger entre sus fuerzas y las de Castaños á Dupont, cuando en el camino se tropezaron con las tropas de dicho

general que, silenciosamente y á toda prisa, caminaban aprovechando la oscuridad de la noche.

La sorpresa por lo inesperada fué igual en ambas partes.

Había salido Dupont de Andújar al anochecer del día 18 después de destruir el puente y cuantas obras había levantado para su defensa, y escogió la noche para su marcha para de este modo poder salvar mejor el gran convoy de rapiñas que tras sí llevaba.

Iba Dupont al frente de su vanguardia compuesta de dos mil seiscientos soldados y la retaguardia la mandaba el general Barbou.

Las avanzadas española y francesa comenzaron á tiretearse apenas se encontraron.

Se encontraban Reding y Coupigny con sus estados mayores en un molino de aceite á la izquierda del camino de Andújar, y al oir el tiroteo dudaban del verdadero origen de las descargas hasta que por fin una granada que cayó casi á sus piés en la puerta del molino á las doce y minutos de la noche ó sea en los primeros momentos del día 19, les sacó de sus dudas y les hizo conocer qué clase de enemigo era el que tenían enfrente.

Los generales españoles mandaron hacer alto á sus tropas tomando Reding el mando de las dos divisiones, y mientras la vanguardia mandada por don Francisco Venegas Saavedra sostenía á los franceses, aquéllas volvieron á ocupar las posiciones que antes tenían.

El ejército francés por su parte se colocó más allá del puente que existía á media legua de Bailén.

Amaneció el día 19 y desde los cuatro de la mañana comenzó la batalla.

La primera acometida de los franceses la dirigieron al lado donde estaba Coupigny ó sea á la derecha.

Los soldados españoles no solo la resistieron valientemente, sino que cargando sobre los enemigos con gran bizarría los regimientos de Ciudad-Real, Bujalance, Trujillo, Cuenca y Zaragoza y el de caballería de España los desalojaron de las alturas que ocupaban obligándoles á reparar el puente y retroceder largo trecho.

Dupont reconcentró sus tropas, y volviendo á tomar posiciones en el terreno perdido dirigió sus ataques contra el centro del ejército español y la izquierda mandada por D. Pedro Grimarest.

Por este lado flaquearon un poco los españoles, pero auxiliados con oportunidad por Venegas, arrollaron también á los franceses obligándolos á retirarse.

La artillería colocada en el centro del ejército causaba grande estrago en los franceses jugando con gran destreza, dirigida por los coroneles D. José Juncar y D. Antonio de la Cruz, hijo este último del célebre autor dramático D. Ramón de la Cruz, y á quien todos por esto conocían en el ejército con el apodo del *Sainetero*.

Conforme iba entrando el día que

fué espléndido como todos los del verano en la hermosa región andaluza, el calor se hacía sofocante y aquellos soldados que se batían como leones estaban proximos á la asfixia.

Escaseaba el agua y por esto ningún punto fué tan disputado por ambos ejércitos como una pequeña noria situada cerca del molino de aceite antes nombrado, cuya agua cenagosa se consideraba en aquellos momentos como un tesoro, y en cuyos pozales muchos bajo los encontrados fuegos se inclinaron á beber para no levantarse más. Dicha noria, en el espacio de algunas horas, pasó distintas veces á poder de franceses que las defendían y conquistaban con un furor tal que parecía que de ella iba á depender el éxito de la batalla.

A las doce y media de la mañana, Dupont, que conocía lo angustioso de su situación y que nada había adelantado en ocho horas de ataque contra los españoles, intentó un último y supremo esfuerzo.

El mismo con su gran uniforme de mariscal del Imperio y todos sus generales, á pié y sable en mano pusiéronse al frente de dos columnas de ataque que cargaron sobre el centro del ejército donde estaba la artillería.

El momento era supremo y de vida ó muerte para uno ú otro ejército.

Las columnas estaban formadas con la flor del ejército francés y en ellas figuraban los regimientos de marinos de la Guardia, aquellos soldados que tan justa reputación tenían de audacia y bravura.

Todo el ejército español quedó en suspenso como esperando aquel tremendo ataque.

Los españoles de la derecha y de la izquierda miraban al centro pesarosos de no poder abandonar sus puestos para ayudarles, y como queriendo darles con sus miradas fuerzas para resistir el asalto de sus posiciones.

En tanto, la artillería hacía un fuego horroroso sobre la llanura y á pesar de esto serenos y tranquilos como si estuvieran en una gran parada, avanzaban arma al brazo los soldados de las dos columnas francesas dejando tras sí un reguero de muertos y heridos.

Llegó el instante del choque. Los franceses atacaron con una furia sobrenatural y llegaron hasta tocar nuestros cañones, pero los españoles se defendieron con una tenacidad sublime y los artilleros á sablazos impedían que los asaltantes se apoderaran de las piezas.

En aquel combate, la furia grandiosa de los que atacaban, era digna del valor sereno de los que se defendían. Dupont, loco de rabia y vergüenza con el uniforme roto, sin sombrero y esgrimiendo el sable, gritaba como un loco animando á los suyos y buscando la muerte antes que conocer la plenitud de su derrota; pero por fin tuvo que retirarse con las reliquias de sus columnas, con la triste seguridad de que la victoria le había vuelto definitivamente la espalda.

Cansado el ejército francés de una lucha titáníca sostenida por espacio de tantas horas y comprendiendo lo imposible que era quebrantar aquel muro de hierro que España había levantado ante sus pasos, propuso Dupont una suspensión de armas que aceptó Reding el cual conocía que su ejército no necesitaba menos de descanso.

Entretanto, D. Juan de la Cruz, con su pequeña división, no había permanecido quieto. Sabedor la misma noche del 18 que Dupont había abandonado Andújar, se trasladó cerca del Rumblar á la izquierda del enemigo y desde allí le molestó bastante.

Castaños que se encontraba más lejos del campo de operaciones, tardó más en saber la retirada de los franceses de Andújar, y hasta la mañana del 19 no mandó en auxilio de Reding á D. Manuel de la Peña que llevó consigo la tercera división, quedándose él en Andújar con la reserva para tener así cortada la retirada de los franceses.

Peña llegó á Bailén cuando Dupont estaba capitulando, contribuyendo él en parte á esto, pues los cañonazos que disparó de lejos para avisar á Reding su llegada, decidieron al general francés á tomar tal determinación.

Vedel en tanto había corrido la sierra en busca de un enemigo imaginario, pues no encontró en su expedición ningunas tropas españolas.

Hasta el 18 permaneció con Dufour en la Carolina, después de haber dejado, para tener segura la vuelta á Madrid, más de dos batallones en Santa Elena y Despeñaperros.

Al amanecer del día 19 oyó desde la Carolina el cañoneo de Bailén, y hacia dicho punto se encaminó aunque con una lentitud que fué fatal á Dupont.

Cuando llegó al lugar de la batalla, ambos ejércitos reposaban en la seguridad de la tregua pactada.

Reding le envió un ayudante para noticiarle todo lo ocurrido y que debía respetar la suspensión de armas; Vedel pareció dudar en obedecer ó no la tregua, pero por fin envió un edecán suyo para convencerse de la verdad del hecho.

La colocación de todas las fuerzas de ambos ejércitos era, en aquellos momentos, como sigue.

Castaños estaba en Andújar y entre él y Reding que ocupaba Bailén, se encontraba Dupont, no sabiendo cómo salir de tal peligro. Pero con la aparición de Vedel que se colocó á espaldas de Reding, éste se encontraba también entre dos ejércitos franceses, aunque uno de ellos estaba ya derrotado, de modo que resultaba que ambos ejércitos, español y francés, divididos en cuatro trozos, se encontraban interceptados en el campo de batalla.

Por la parte que había llegado Vedel ocupaban los españoles las dos orillas del camino.

A la izquierda saliendo de Bailén, hacia la Carolina, en la ermita de San Cristóbal, estaba situado un batallón

del regimiento de Irlanda y el de Ordenes Militares mandado por su valiente coronel D. Francisco de Paula Soler. A la derecha tenía sus posiciones otro batallón de Irlanda con dos cañones.

Vedel deseando sin duda borrar sus anteriores desaciertos con un golpe de arrojo ó creyendo todavía posible vencer á los españoles y ganar la batalla, sin avisar á Reding de que no respetaba la tregua, y media hora después de haberle manifestado que la acataba, ordenó el ataque contra los puntos antes citados, conducta poco digna de un general que debe siempre batir con honor á sus enemigos y no valiéndose del engaño y aprovechándose de su descuido.

El general Cassagne atacó la derecha del camino y pillando á sus defensores descansando confiadamente, consiguió apoderarse de la posición, coger muchos prisioneros de Irlanda y hacer suyos los dos cañones. Pero en la ermita de San Cristóbal ó sea á la izquierda del camino ya no fué igual la suerte de los franceses, pues el valiente Soler aguantó bizarramente la acometida del coronel Roche.

Vedel tenía empeño en apoderarse de aquel punto más que de otro, porque una vez dueño de él, hubiera podido comunicarse fácilmente con Dupont; pero Soler supo defenderlo muy bien y cuando ya el general francés iba á atacarlo, recibió orden de Dupont para que estuviera quieto.

El armisticio que antes se había entablado, seguía negociándose.

Reding había manifestado á Dupont que él solo podía disponer en lo de la suspensión de armas; pero que en cuanto á otros tratos, debía entenderse directamente con Castaños que estaba en Andújar.

Se presentó en este último punto el general Chabert ampliamente autorizado por su superior, y que pedía se dejase franco á los franceses el paso de Somosierra, que ellos se retirarían de toda Andalucía.

Castaños parecía inclinarse á esta determinación, pero en esto llegó la noticia del ataque de Vedel y se recibió un parte de Savary, que las guerrillas habían interceptado y en el cual se ordenaba á Dupont la retirada á Madrid para oponerse á los ejércitos de Galicia y Castilla que avanzaban contra la capital, por lo que el conde de Tilly, cuyo carácter fogoso y arrebatado ya conocemos, y que figuraba en el cuartel general como representante con plenos poderes de la Junta de Sevilla, se opuso abiertamente á todo arreglo presentado al enviado de Dupont, como el único el que los franceses se rindieran á discreción.

Agriáronse con esta contestación las conferencias, y quedaron rotas las negociaciones.

Realmente el conde de Tilly, á quien muchos de carácter apocado atacaban y calumniaban por su espíritu revolucionario, estaba en lo cierto al no acceder como Castaños á que el ejér-

cito francés se retirase, pues éste hubiera ido á salvar la capital que el lugarteniente consideraba amenazada.

A pesar del enfado que Dupont había mostrado al conocer la contestación del de Tilly, tuvo muy pronto que volver á reanudar las negociaciones, pues su situación se hacía cada vez más difícil. El paisanaje, sabedor de lo ocurrido en Bailén, acudía desde muy largas distancias y formaba en las alturas un compacto cordón de gente armada, que cercaba y estrechaba al vencido ejército francés que hambriento y agonizante de sed, no podía moverse para buscar lo que necesitaba.

En esta situación no era extraño que muchos soldados quebrantados por la fatiga y al mismo tiempo deseosos de conservar el botín que habían adquirido, pidieran á gritos la rendición.

Tornó por esto á tratar Dupont con los vencedores, y envió á Andújar al general Marescot, inspector general de ingenieros del imperio casualmente incorporado al ejército, y el cual tenía antigua amistad con Castaños, pues le conoció en 1795 cuando se ajustó la paz de Basilea.

No todos eran en el campo franceses partidarios de la rendición. Un buen número de oficiales enojados de que un ejército de paisanos y reclutas hubieran podido vencerlos, deseaban con ardor volver al combate; pero sus voces no encontraron eco en Dupont, pues si bien éste dejándose llevar de los arrebatos del corazón, deseaba morir combatiendo antes que ser vencido cuando contemplaba el estado de sus tropas, comprendía la imposibilidad de acometer toda empresa.

Convencido de que su rendición era inevitable, ordenó á Vedel que devolviera á los españoles los prisioneros, las banderas y los cañones que había cogido frente á la ermita de San Cristóbal, lo que hizo éste á pesar de las murmuraciones de sus tropas que no querían pasar por vencidas sin haber combatido.

Los mismos oficiales que Dupont enviaba á Vedel para comunicarle sus órdenes, inducían á éste á que faltara á lo mandado y atacara á los españoles; pero el general francés, entre rendirse sin haber combatido ó atacar, optó por un término medio, que fué alejarse del lugar del combate para no ser comprendido en la derrota, y dejando en su campo un escuadrón y cuatro compañías para disimular su marcha, emprendió ésta llegando á Santa Elena á las diez de la mañana del 21. Cuando ya se disponía á volar las rocas de Despeñaperros así que hubiera pasado su división para interceptar el paso de sus perseguidores, recibió de Dupont la orden terminante de volver.

Reding al saber la huida de Vedel montó en cólera, achacando á instigaciones de Dupont tal villanía y le aseguró que si no hacía volver á aquél inmediatamente pasaría á cuchillo todo su ejército. Vedel, antes de obedecer á Dupont, reunió un consejo de oficiales

... menos cuatro ... se les llamaba, ... los soldados espa- ... paisanaje que les odiaba ... de Córdoba y Jaen, no ... escrúpulo en pasar á cuchillo ... compañeros de Bailén y aun ellos puede que tuvieran igual suerte.

Por fin terminaron de ajustarse en Andújar las bases de la capitulación, que firmaron por una parte Castaños y el conde de Tilly y por otra los generales Marescot y Chabert.

En dichas bases se reconocía á todos los franceses del ejército de Dupont como prisioneros de guerra, debiendo entregar sus armas y someterse á la condición de tales, y á los de Vedel se les obligaba á salir de Andalucía entregándoles el armamento que quedaría en depósito al tiempo de embarcarlos.

Dicho tratado quedó ratificado el día 23 y al día siguiente se verificó la ceremonia de la rendición.

Las tropas vencidas desfilaron por frente á la tercera división y á la reserva que eran justamente las fuerzas españolas que no habían tomado parte en la batalla. Dupont entregó su espada á Castaños y los franceses depositaron sus armas á cuatrocientas toesas del campo.

Gran injusticia fué la cometida en la ceremonia de la rendición de Bailén, pues su honor lo gozaron las tropas que nada habían hecho y en ella no figuraron Redin, Coupigny ni Abadía que eran los hombres á quienes se debía el éxito de la batalla.

El mayor Abadía era el jefe de Estado mayor de las dos divisiones que se batieron y gozaban justa fama de militar entendido y valeroso; el marqués de Coupigny era un simple oficial de guardias de Corps, á quien la Junta de Sevilla elevó á general fundándose en los relevantes méritos que después demostró tener, y en cuanto á Reding ya hemos visto en el capítulo anterior como la Junta de Granada le elevó de coronel á general y qué entusiasmo tan grande sentía por la causa de España á pesar de ser suizo de nación.

A aquellos tres hombres se debió casi en la mayor parte el éxito de la batalla de Bailén. Ellos en los momentos más supremos ó sea al principio del ataque corrieron á escape de un punto á otro para animar á aquellos soldados bisoños no acostumbrados nunca á un ataque y sosteniéndolos en el primer instante y haciendo que se sostuvieran firmes decidieron el éxito del combate, pues los nuevos soldados, al ver que habían resistido bien la primera embestida, se envalentonaron y fué creciendo su valor y su serenidad hasta luchar como leones.

El renombre que Castaños alcanzó con la batalla de Bailén y que aun dura hasta nuestros días, fué en cierto modo injusto, pues al mismo tiempo se deja en olvido á los héroes que verdaderamente ganaron la batalla y cuyos nombres son desconocidos de la generalidad.

Esto es tanto más injusto cuanto que es muy de suponer que á haber



La Capitulación de Bailén (Cuadro de J. Casado del Alisal)

ıandado la batalla Castaños; el éxito o hubiera sido igual.

Castaños no era realmente un geeral. Aunque capitán á los diez y cho años, cosa nunca vista en aquelos tiempos y debida á las poderosas elaciones de su familia, y ser adeıás antiguo alumno de la escuela de 'uerto de Santa María, no era más ue un soldado valeroso de lo que dió ruebas en la guerra con la Repúblia donde fué herido, careciendo en ambio de las dotes propias de un meiano estratégico.

Según la opinión de historiadores espetables, sus facultades eran más e diplomático que de militar, y en el juste de la paz de Basilea representó ın bien al gobierno español, que éste premió con el empleo de mariscal e campo.

La cualidad sobresaliente de Castaos era el dón de gentes y la simpaía que inspiraba por carácter alegre su gracejo y afición á contar chasarrillos hasta el punto que, según seguran personas que le conocieron, us ayudantes no podían estar mucho empo serios hasta en los momentos e combate. Además Castaños tenía na gran facilidad para la organizaión de ejércitos, siendo el general que ıás pronto sabía convertir á un reluta en un soldado completo.

La batalla de Bailén fué oscurecida n su gloria por la poca generosidad ue los vencedores tuvieron con los encidos, cosa á la que está poco acosımbrado el noble carácter español.

El recuerdo de los horrorosos saqueos de Córdoba y Jaen estaba todavía fresco en la memoria de todos, y de aquí que los prisioneros en todos los puntos del tránsito hasta la costa, fueran insultados y aun agredidos por el vecindario.

El haber caido al suelo en Puerto de Santa María algunos vasos sagrados de la maleta de un oficial francés, hizo que para acallar la gritería del pueblo indignado se hiciera un registro general en las maletas y mochilas de los prisioneros, dando esto por resultado que quedaran despojados de cuanto poseían, que en su mayor parte era producto de anteriores rapiñas.

En aquella época, estos hechos, que estaban en contraposición con lo pactado en Bailén, parecieron naturales y justos, pues estaban los ánimos influenciados por lo ocurrido anteriormente; pero hoy se deben calificar de censurables porque constituían un abuso del vencido y una violencia á un contrato tan sagrado como lo era el de capitulación.

En los artículos de ésta marcábase el que las tropas de Vedel sólo quedaban prisioneras de guerra por el momento, y que se las haría salir de Andalucía embarcándolas en los puertos de San Lúcar y la Rota para desembarcar en Rochefort, y á pesar de esto las autoridades españolas negáronse á efectuarlo, fundándose primeramente en que no habían buques y por fin en que, como decía Morla, el gobernador de Cádiz, ganoso de popularidad para

borrar las anteriores sospechas, algo fundadas de su complicidad con los franceses, no se debía respetar la formalidad de un tratado con gentes que todo lo habían violado.

Castaños, con una caballerosidad que le honra, se opuso á aquella violación de lo tratado; pero la Junta de Sevilla se adhirió á la opinión de las autoridades de Cádiz y fueron vanos cuantos esfuerzos hizo el general victorioso para lograr el cumplimiento de la capitulación.

Las tropas francesas fueron encerradas en las fortalezas y pontones de Cádiz, y sólo Dupont, Vedel, Marescot y otros generales franceses lograron en Setiembre ser puestos en libertad y marchar á Francia, aunque no por esto cambiaron de suerte, pues el emperador, enojado por la derrota de Bailén, los encerró en un castillo del que no salieron hasta la caída del Imperio en 1814.

La noticia de la jornada de Bailén produjo un efecto indescriptible en toda España y especialmente en Madrid.

José y Savary creyeron imposible la noticia al conocerla por el rumor público y la consideraron como una de aquellas enormes falsedades que de vez en cuando corrían entre los españoles para alentar su entusiasmo; pero cuando recibieron el parte oficial, su asombro no tuvo límites, pues no podían comprender como un ejército de paisanos, formado en un mes, había podido vencer á la flor de los guerreros de Francia.

Comprendiendo que las tropas vencedoras no tardarían en caer sobre Madrid, José reunió un Consejo de generales para acordar lo más propio en aquellas circunstancias, conviniendo todos en la opinión de Savary que era mientras llegaban los refuerzos pedidos al emperador, evacuar Madrid y retirarse á la otra parte del Ebro replegando todas las fuerzas que estaban extendidas por la Mancha y Castilla la Vieja.

En la misma noche del día 29, en que se celebró el Consejo, claváronse más de ochenta cañones que no se podían llevar en la retirada, inutilizaron numerosas cajas de fusiles y municiones arrojándolas á los estanques del Retiro, y se embalaron para llevarse todas las alhajas, vajillas y cuadros notables del palacio y sitios reales.

En la mañana del 30 emprendieron los franceses la retirada camino de Somosierra. En su marcha dejaron tras sí un reguero de crímenes y horrores, pues su brutalidad, su codicia y su rabia se cebaron en cuantas poblaciones encontraron al paso.

Especialmente fué víctima de tales atropellos la villa de Venturada que los franceses entregaron á las llamas.

Aquellos miserables, indignos del nombre de soldados, desahogaban su furor por verse vencidos contra todo español que encontraban al paso.

El 9 de Agosto se juntó José en Burgos con Bessiéres, y juntos marcharon á Miranda del Ebro, donde

atrincheraron su campo por si acaso les atacaban los españoles.

Con la jornada de Bailén más de media España quedó limpia de franceses, y el espíritu bastante entusiasmado anteriormente, se reanimó hasta un grado inconcebible.

Aquello fué una sublime manifestación de un pueblo que venía á nueva vida.

El país que hacía cerca de dos siglos permanecía postergado y en el olvido, volvió á llamar la atención del mundo; las Cortes de Europa vencidas y aterradas por Napoleón, miraron con asombro al pueblo que humillaba por primera vez á los ejércitos que se consideraban invencibles, é Inglaterra respiró al ver cumplida la notable profecía de Pitt y comprender que podía contar para combatir á su eterno enemigo con la cooperación de una raza que no había degenerado y era digna sucesora de los soldados que medían con el rasero de su espada todo el mundo del siglo XVI.

Napoleón ante Bailén sintió que perdía su serenidad olímpica.

El encanto estaba roto y su preponderancia universal iba pronto á desvanecerse al desaparecer el temor que sojuzgaba á sus piés todos los Estados europeos.

El Goliath del siglo había encontrado su David en el humilde y olvidado pueblo español, y la piedra que le hería en la frente, era Bailén.

CAPITULO IV

1808

Primer sitio de Zaragoza.—Retirada de Palafox.—La batalla de las Eras.—Derrota de Palafox en Epila.—Entra dicho general en Zaragoza.—Pérdida de Monte Torrero.—Bombardeo de la ciudad.—Asalto de 1.° de Julio.—Acción heróica de Agustina Zaragoza.—Toman los franceses los conventos de Capuchinos y San José.—Intenta en vano Verdier circunvalar Zaragoza.—Combates parciales.—Se apoderan los franceses de Santa Engracia.—Salida de Palafox en busca de refuerzos.—Combate en el Coso entre españoles y franceses.—Mariano Cerezo, Casta Alvarez y la condesa de Bureta.—Consejo de guerra en Osera.—Entra Palafox con refuerzos en Zaragoza.—Levantan los franceses el sitio.—Juicio del general Foy sobre la primera defensa de Zaragoza.—Situación de Madrid después de la retirada de José.—El Consejo de Castilla se constituye en autoridad española.—Canciones de la época y movimiento poético y periodístico.—Entrada en Madrid de una división valenciana y del ejército de Andalucía.—Regocijos populares.—Necesidad que se siente de constituir una autoridad central.

Después de describir la azarosa salida de Madrid del rey José y su corte, fuerza nos es retroceder algunos días para relatar uno de los hechos más grandiosos y sublimes de la historia de España, pues tal calificación merece los dos sitios que Zaragoza sufrió de los franceses.

El primero comenzó el 14 de Julio, pues en el capítulo anterior ya dejamos en tal fecha al general Lefebvre en las cercanías de la inmortal ciudad.

Se encuentra Zaragoza asentada á la margen derecha del caudaloso Ebro, y por el Sur y el Este la ciñe el Huerva, río de escaso caudal, que un poco más abajo de la ciudad rinde sus aguas á aquél.

Su población al comenzar el primer sitio, pasaba de cincuenta y cinco mil almas, sus calles eran en su mayoría estrechas y tortuosas, sus casas de ladrillo y de dos y tres pisos, y con éstas alternaban gran número de edificios

públicos de piedra, como palacios, conventos, iglesias, etc.

Estaba cercada de un muro de diez ó doce piés de alto por tres de espesor, en unas partes de tapia y en otras de mampostería, interpolado con algunos edificios y perforado por ocho puertas que daban al campo.

A la parte izquierda del río está el arrabal, que se comunica con la ciudad por medio de un puente de piedra, á un cuarto de legua de Zaragoza se levanta el monte Torrero, cuya altura atraviesa el canal Imperial, y en las afueras de la ciudad, por la parte que se abre la puerta del Portillo, está la Aljafería, antiguo palacio de los reyes de Aragón, rodeado de foso y muralla y cuyos cuatro ángulos están defendidos por otros tantos bastiones.

Zaragoza no tenía nada de ciudad fortificada, por lo que un siglo antes y como rara profecía dijo D. Juan Alvarez Colmenar en sus «Anales de España y Portugal,» que la capital de Aragón «estaba sin defensa, pero que reparaba esta falta el valor de sus habitantes.»

Si era deficiente y escasa la fortificación de la ciudad, no lo eran menos los medios de defensa con que contaba para el sitio, pues no pasaban de trescientos los soldados de línea que, procedentes de diversos cuerpos, se habían quedado en Zaragoza, y no se contaba con un solo oficial de artillería para dirigir los cañones.

Palafox que, según ya dijimos, se había retirado á Zaragoza después de la derrota de Alagón, excitó de nuevo con su presencia el entusiasmo de aquel pueblo que le adoraba ciegamente, y con el objeto de contestar de una manera enérgica y decisiva á las proposiciones de rendición que le dirigió Lefebvre acompañadas de otras de los tres diputados que envió al Congreso de Bayona y de los cuales ya hablamos, se colocó al amanecer del día 15 en las afueras de la ciudad con intento de atacar á los franceses; pero viendo cuán superiores eran éstos en número y organización y no queriendo exponer sus soldados á una derrota más, se retiró ordenadamente hasta llegar á las cercanías de Calatayud, donde deseaba unir á su división, la que en dicho punto estaba organizando el barón de Versages.

Esta decisión de Palafox, fué en verdad algo censurable, pues si bien puede considerarse como acto de prudencia el no empeñar un combate con fuerzas superiores, merece otra calificación el dejar Zaragoza á las espaldas totalmente desamparada y sin defensa.

Palafox, joven y sin experiencia y aun no poseído de ese heroismo que dá el hábito de la guerra, se estaba formando entonces como general; así es que en aquellos primeros actos que bien pudieran calificarse de ensayos cometió muchas torpezas que solamente excusa su poca edad.

Sin enemigos formales á quién combatir, se presentó Lefebvre ante las puertas de la plaza á las nueve de la

mañana del mismo día 15. Su ejército se componía de seis mil infantes y ochocientos caballos, fuerza suficiente para haber tomado una ciudad desprovista de toda defensa como lo estaba Zaragoza á no tener ésta el heroismo de sus habitantes.

Conociendo las autoridades el mal estado de la ciudad, se reunieron en junta para acordar el medio de lograr una capitulación honrosa; pero antes de que comenzaran la discusión, entraron en el local algunos hombres del pueblo, armados de trabucos, los cuales hicieron salir á aquéllos con malos modos diciendo que los instantes no eran para hablar sino para obrar, y que ellos iban á ocupar los balcones para hacer fuego al enemigo.

Aquella resolución tan espontánea como heróica del pueblo entusiasmado, salvó á la ciudad de la deshonra de entregarse sin defensa y dió lugar á las dos epopeyas que hoy son otros tantos florones de gloria de nuestra corona histórica.

Singular aspecto era el que en aquellos instantes presentaba Zaragoza.

Grandes grupos de hombres, mujeres y niños armados á la casualidad y presentando el más abigarrado aspecto, ocupaban los muros y puertas de la población sin organización que los uniese, ni jefe que los guiase y animándose mutuamente con el grito de ¡viva la patria!

Para aquella defensa habían sido exhumados por el popular afán á la lanza ó la rodela de la Edad media el mosquete ó la partesana del siglo XVII, el espadín del XVIII y se consideraba como feliz é invencible el que lograba estrechar entre sus manos uno de aquellos pesados y tardos fusiles del pasado siglo que era la clase de armas más modernas de que podía disponer Zaragoza.

Las mujeres, roncas de gritar, desgreñadas, con el rostro congestionado y agitando en el aire cuchillos y puñales, increpaban á los hombres dándoles grotescos nombres para excitar de este modo su furor y que fuera mayor su saña en el combate, y los muchachos correteaban entre la gente buscando algo que fuera útil *para matar franceses* que era la aspiración que dominaba á la muchedumbre.

Un grupo de patriotas salió á las afueras de la población para disputar el paso á la avanzada francesa, pero atacados en campo llano por la caballería, tuvieron que retroceder y penetrar en la ciudad entrando tras ellos algunos dragones por la puerta del Portillo y pagando caro su arrojo, pues los defensores y especialmente los muchachos y mujeres los despedazaron á tiros y á pedradas, junto á la iglesia que existe cerca de la citada puerta.

Desde aquel momento comenzó el combate general.

Zaragoza como un inmenso monstruo tendido junto al río y contemplando en silencio la llegada del enemigo, al sentir el primer pinchazo, se revolvió furiosa y comenzó á llenar



Episodio del primer sitio de Zaragoza (Cuadro de A. Ferrant)

el espacio con sus rugidos. Las campanas comenzaron á tocar con gran furia á rebato, y los tres cañones que estaban en la plaza del Mercado fueron llevados á brazo á las puertas para hacer fuego contra los franceses.

Al mediar el día el combate se había generalizado en medio del más espantoso estruendo.

Lefebvre arrojó tres fuertes columnas sobre la ciudad dirigiendo la de la izquierda contra la puerta del Portillo, la del centro contra la cercana del Carmen y la de la derecha sobre la de Santa Engracia por el puente que hay sobre el río Huerva.

Los franceses dirigieron principalmente su ataque contra la puerta del Portillo que era justamente la mejor defendida, pues el cercano castillo de la Aljafería molestaba con sus fuegos el flanco izquierdo de los que atacaban.

En dicha puerta como en la del Carmen fueron rechazados los franceses y únicamente lograron ocupar la de Santa Engracia, penetrando por ella á todo galope un gran golpe de caballería para apoderarse del cuartel de esta arma situado cerca del Portillo; pero todos los jinetes perecieron en las calles á los pocos momentos, pues el suelo sagrado de la heroica ciudad parecía devorar á cuantos enemigos ponían en él las plantas.

En vista de lo infructuoso del ataque, Lefebvre ordenó una segunda acometida que obtuvo igual éxito y por fin formó tercera vez sus columnas interpolando en ellas muchas tropas de refresco.

El general francés, como á otros muchos de sus colegas, les había sucedido en distintos puntos de España, no podía comprender como un paisanaje casi sin armas formales y desprovisto de jefes y de organización, lograba resistir los ataques de unos soldados que habían logrado desbandar á lôs primeros ejércitos del mundo.

Los zaragozanos habían llegado en la excitación del combate á un heroismo casi loco. Pareciéndoles poca cosa el batirse contra tan superiores enemigos tras los muros, salían en grupos ó aisladamente á combatir con los franceses, y cuando éstos avanzaban contra las puertas, tenían la calma de aguardarlos que llegasen á pocos pasos de distancia para hacer fuego á quemarropa y no desperdiciar la metralla.

Tres veces lograron los franceses pasar la puerta del Portillo, pero ni uno solo de ellos logró sostenerse firme en el interior de la ciudad, ni menos salir al campo, pues aquella era la boca del mónstruo que no devolvía ni un solo hombre de los que tragaba con sus humeantes y atronadoras fauces.

A la mitad del combate faltaron municiones de metralla y las mujeres y los muchachos se encargaron de proporcionarlas, cargándose á los pocos instantes los cañones con fragmentos de toda clase de objetos, pues se utilizaron para proyectarlos desde pedazos de rejas y verjas, hasta de baterías

de cocinas de cobre. Faltaron tacos y los hombres rasgaron sus trajes para meterlos en los cañones y desnudos siguieron combatiendo á los enemigos.

Aquellos mocetones de atlética musculatura completamente al aire, sin otra ropa que su tradicional pañuelo á la cabeza, y cargando el trabuco con la mayor calma entre las granizadas de balas enemigas, forzosamente hacen recordar á los héroes clásicos de las Termópilas combatiendo desnudos contra los persas.

La defensa de Zaragoza trae siempre á la memoria aquellas gigantescas heroicidades de la antigüedad que hoy parecen fabulosas al ser trasmitidas por la historia.

Aquella gloriosa defensa, por lo espontánea é inesperada, excedió en mucho á las más renombradas de pasados tiempos, pues como dice el eminente Chateaubriand en su poético lenguaje: «al ver aquellos hombres desnudos que cantando alegres coplas cargaban sus escopetas entre el fuego de los enemigos, las ruinas de Sagunto y de Numancia debieron aplaudir admiradas.»

Una anécdota conserva la tradición de aquella gloriosa lucha, y es tal su naturaleza que al conocerla no se puede menos de sentir orgullo por pertenecer á un pueblo en que tales palabras se dicen.

Cuando mayor era la lucha en el Portillo aprovechando un intervalo del fuego, un oficial francés gritó á los defensores que se mostraban más ó menos desnudos:

—Valientes zaragozanos; rendíos y os vestiremos.

—Nuestras carnes solo se visten de gloria.

¿Quién dió esta contestación, la más arrogante y sublime que se conoce en la historia y que deja atrás á todas las conocidas de los grandes héroes?

Tal vez algún pobre y desconocido estudiante, tal vez algún muchacho labriego desprovisto de ninguna instrucción, tal vez el último de los que se batían en el Portillo, porque sabido es que el entusiasmo por una causa santa como es la de la patria, así como da al hombre un valor sin límites le hace formular grandes contestaciones que por su concisión y sublimidad no les es dado ni aun á los genios concebirlas en los instantes de mayor inspiración.

La noche interrumpió el glorioso combate del día 15 y Lefebvre tuvo que retirar sus maltrechas tropas á media legua de la ciudad para que tomaran algún descanso, mientras que los zaragozanos sin sentir la fatiga del combate abandonaban las armas para coger la guitarra y entonando canciones entregarse á la más loca alegría por el resultado de la batalla *de las Eras*, que con este nombre fué conocido el combate del día 15, por haberse entablado lo principal de la acción en unos campos situados cerca del Portillo.

El éxito de la batalla asombraba

más que por el valor de los zaragozanos, por la nula organización del combate, pues allí todos mandaban y ninguno obedecía, guiándose de ese instinto popular que convierte á cada uno en general de sí mismo.

Quinientos hombres, seis cañones y otras tantas banderas perdieron los franceses en la jornada de *las Eras;* pero á pesar de tan lisonjero éxito, todos conocieron que aquello había sido un milagro debido al entusiasmo de los zaragozanos, pero que aquellos milagros no iban á repetirse todos los días y que era necesario organizar cuanto antes los elementos de defensa y escoger una persona de condiciones que se encargara de la dirección.

El pueblo se fijó inmediatamente en D. Lorenzo Calvo de Rozas, grande amigo y aun consejero de Palafox y que desempeñaba los cargos de corregidor é intendente.

Era Calvo de Rozas hombre propio para una empresa tan gigantesca.

Aunque de un exterior tranquilo y casi frío, tenía Calvo los ímpetus y arranques avasalladores de un alma ardiente y un carácter enérgico. Era hombre de gran ilustración y profundos conocimientos políticos y odiaba á Napoleón, no sólo como español amante de su patria, sino como uno de los más entusiastas entre los rarísimos republicanos de entonces, lo que hacía que en aquél viera siempre al tirano de 18 de Brumario.

Movido por su odio á los franceses había abandonado Madrid después de la jornada del 2 de Mayo para refugiarse en Zaragoza, siendo de los que más contribuyeron á su alzamiento.

Con un hombre que á tanto entusiasmo por la causa de la patria unía una actividad sin límites, natural era que Zaragoza entrase inmediatamente en un período agitado que produjera una nueva organización de defensa.

Apenas Calvo de Rozas admitió el mando ofrecido á nombre del pueblo por los diputados de las Cortes aragonesas y los alcaldes de barrio, comenzó á dar acertadas disposiciones.

Para evitar que los enemigos aprovechando las tinieblas de la noche dieran un rebato sobre la ciudad, hizo que los vecinos alumbraran las calles poniendo candiles y velones en las ventanas, y todos los hombres útiles se prestaron á su excitación para ocuparse en los trabajos de llevar á las puertas sacos de arena para formar baterías.

A media noche, Zaragoza presentaba el aspecto de un vasto taller en el que todos trabajaban sin darse punto de reposo. Los hombres apilaban los sacos de tierra en las tres puertas que durante el día habían sostenido el ataque, los muchachos ayudaban á abrir profundas zanjas en las calles que desembocaban en los portillos para impedir el paso de los franceses, los hábiles recomponían armas, los viejos patrullaban por la ciudad para guardar el orden, las mujeres cosían sacos ó hacían vendajes para los heri-

dos y los frailes fabricaban cartuchos.

Faltaba un ingeniero que dirigiera las obras de la ciudad, y Calvo de Rozas pensó inmediatamente en el único que había en Zaragoza, D. Antonio San Genís, haciéndole sacar de la cárcel en que injustamente había sido encerrado por el pueblo, que lo creyó sospechoso al ver que el día anterior llevado de la curiosidad de su profesión, reconocía las puertas y murallas de la ciudad.

Este buen patriota ante tal rehabilitación, olvidó por completo el insulto de que había sido objeto, y en unión de los hermanos Tabuenca, arquitectos de la ciudad, prestó muy buenos servicios.

La constante idea que animó aquella noche á los zaragozanos de que al día siguiente serían atacados, no resultó cierta, pues en todo el día 16 las fuerzas de Lefebvre no se movieron ni tampoco en algunos de los sucesivos, pues el general francés mientras aguardaba de Navarra refuerzos, se limitó á enviar á Zaragoza, nuevos parlamentarios para intimar la rendición.

Entretanto para no tener ociosas sus tropas y temiendo algún ataque de Palafox que había quedado á su espalda, marchó contra éste que, unido al barón de Versages, se estaba preparando para hostilizarse.

Al reunirse Palafox con el de Versages, contó á sus órdenes seis mil infantes, cien caballos y cuatro piezas de artillería, fuerzas que no eran de gran valía, atendiendo á que las aportadas por el barón, eran cuerpos de paisanos organizados á toda prisa en Calatayud, y que no habían entrado nunca en fuego.

Por esto mismo Palafox antes de emprender un ataque que por necesidad debía ser empeñado y sangriento, reunió el día 23 un consejo de jefes y oficiales en la Almunia para proponerles presentar la batalla á los franceses.

Palafox sabía perfectamente que con tropas bisoñas como las suyas, sería batido en campo raso; pero le animaba el santo deseo de aliviar algún tiempo á Zaragoza de los rigores del sitio, llamando la atención de los franceses por otro lado.

La mayor parte de los individuos del consejo se mostraron hostiles á tal determinación; pero Palafox que como buen aragonés era tenaz en su propósito, hizo formar la división y metiéndose entre las filas, manifestó á los soldados que iba á marchar inmediatamente hacia Zaragoza para salvarla del sitio, y que los que fueran tímidos ó débiles aun estaban á tiempo para evadir tan tremendo compromiso, pues él les permitiría que se retiraran y les daría pasaportes.

«¡Sígame el que me ame!» gritó con voz enérgica el joven general, y toda aquella división de reclutas contestó á una voz, diciendo que anhelaba morir por la patria á las órdenes de tal caudillo.

A la mañana siguiente Palafox se

dirigió á Muela, pueblo situado á tres leguas de Zaragoza, y Lefebvre avisado de su proximidad le salió al encuentro al anochecer en Epila y lo derrotó, á pesar del denuedo con que se batieron los soldados españoles y especialmente la artillería mandada por el inteligente capitán López, la cual, ayudada del nuevo regimiento de Fernando VII, se sostuvo sin retroceder en toda la noche, hasta por la mañana que se retiró.

Palafox con esta última derrota experimentó una pérdida de mil quinientos hombres, lo que convenció del todo á aquel joven caudillo tan valeroso como inexperto, que era inútil el buscar la victoria en las batallas campales, por lo que, comprendiendo que en Zaragoza era su presencia más necesaria que en ninguna parte, después de dejar en Calatayud al barón de Versages al frente del depósito, dividió sus tropas en dos cuerpos, dando el mando de uno de ellos á su hermano don Francisco, para que por un lado llamase la atención de Lefebvre, mientras que él con el resto se introducía en Zaragoza, como lo hizo el 1.° de Julio burlando la vigilancia de los franceses.

Antes de la llegada de Palafox á Zaragoza, que tanto debía influir en el entusiasmo de aquellos heróicos defensores, habían ocurrido en la ciudad algunos sucesos notables.

Al llegar á Zaragoza el marqués de Lazan, enviado por su hermano el general Palafox y á instancias de Calvo de Rozas para que se encargara del gobierno, reunió el día 25 una junta de autoridades y personas conocidas para acordar qué debía hacerse si el enemigo, saliendo de la inacción en que estaba, bombardeaba la ciudad como amenazaba con sus parlamentos. Todos los convocados se mostraron conformes en prolongar la resistencia hasta lo imposible, y para afirmar una vez más la actitud de todos y dar contestación á las proposiciones de Lefebvre, dispusieron para el día siguiente un acto solemnísimo, cual fué el juramento del pueblo de Zaragoza en masa en la plaza del Carmen.

Sacóse en procesión la bandera de la Virgen del Pilar, que era la que en aquella época mejor simbolizaba la patria á los ojos de los aragoneses, y rebosante la citada plaza de un gentío tan raro en armas como en uniformes, una voz robusta en medio del más completo silencio preguntó á los presentes si juraban defender la patria y no consentir el infame yugo de los franceses ni abandonar á los jefes del pueblo.—¡Sí, juramos!—contestó una inmensa gritería que se repitió por todos los ámbitos de la ciudad y cuyos ecos llegaron hasta el campamento francés.

Aquello fué una sublime contestación á las degradantes proposiciones del general extranjero, que no sabiendo como sojuzgar á aquella heróica población, intentó valerse de un medio reprobado por la nobleza que debe siempre reinar entre soldados de países civilizados.

Por orden de Lefebvre un comandante de lanceros polacos con algunos de sus soldados manifestó á los sitiados deseos de pasarse á sus filas, y para ello pidió una conferencia con Calvo de Rozas, que era conocido por los franceses como el hombre que más contribuyó con su heroismo y acertadas disposiciones á sostener la defensa de la ciudad.

Accedió inmediatamente á ello el valeroso patriota y sin otro acompañamiento que un edecán salió por el Portillo á alguna distancia de la ciudad, donde le aguardaba el oficial polaco. Apenas llegó á tal punto se vió rodeado de un buen número de soldados que lo condujeron á un olivar cercano, donde el traidor polaco con un cinismo sin igual, le manifestó que aquello no era más que una emboscada, que él no tenía intenciones de pasarse á las filas españolas y que si no accedía inmediatamente á la rendición de Zaragoza, quedaba prisionero de los franceses y sería pasado por las armas.

La sorpresa propia de un acto tan miserable, no causó impresión aparente en aquel patriota que sabía impedir el que se manifestara en su rostro el estado de su alma, y sonriéndose irónicamente con ademán de vencedor, señaló el Portillo cuyos defensores contemplaban desde lejos aquella escena para ellos incomprensible, y dijo que tal traición no le sorprendía, pues hace tiempo que la esperaba y que con tal previsión había encargado á los zaragozanos, que en aquellos instantes le miraban, que apenas vieran se lo llevaban preso, descargaran los cañones sobre el grupo con lo cual si él moría, también quedarían castigados los que tan alevosamente procedían.

El resuelto ademán de Calvo de Rozas y la firmeza que hacía creer en la verdad de sus palabras, sobrecogieron á aquellos traidores que comenzaron á mirar con inquietud los cañones del Portillo y acabaron por pedir perdón al esforzado patriota, manifestándole que no habían hecho más que cumplir las órdenes de su general y proponiéndole por fin una conferencia con Lefebvre y Verdier, que acababa de llegar de Navarra con refuerzos, á lo que accedió el español.

Celebróse dicha entrevista en el camino que sale de la puerta del Portillo, y en ella los generales franceses se mostraron jactanciosos asegurando que si la ciudad no capitulaba con la formal promesa de que se respetarían vidas y haciendas, ellos lo pasarían todo á hierro y fuego, no quedando de Zaragoza más que ruinas.

El marqués de Lazan y Calvo contestaron con dignidad y energía á estas proposiciones, y la conferencia terminó separándose los jefes de ambas partes poseídos del mayor encono y con deseos de venir inmediatamente á las manos.

Verdier que por su mayor antigüedad tomó el mando de las tropas, había reforzado éstas con un cuerpo

francés de tres mil hombres, otro portugués de ochocientos y un tren de batir compuesto de treinta cañones de gran calibre, doce obuses y cuatro morteros.

El día 27 se llevó á cabo la segunda acometida de los franceses contra la plaza, justamente en el mismo instante que ésta estaba como atolondrada por un incidente tan terrible como inesperado.

Notando las autoridades que los franceses dirigían todo su empeño á tomar el monte Torrero y conociendo lo difícil que era sostener este punto, dispusieron que inmediatamente se trasladara al interior de la plaza el almacén de pólvora que en ella existía, pero confiada esta operación á gentes tan inexpertas como precipitadas, á las tres de la tarde se agitó el espacio con una detonación inmensa que hizo estremecer hasta en sus últimos cimientos la ciudad y que fué seguida de una gigantesca columna de humo entre la que volaban piedras, vigas, proyectiles y miembros humanos. Toda la población huyó por las calles presa del mayor espanto, creyendo aquella catástrofe obra de alguna misteriosa maniobra de los franceses; pero pronto se tranquilizó un tanto al saber lo sucedido, que era que se había volado el almacén de pólvora recientemente instalado en el Seminario conciliar, arruinando este edificio con catorce casas antiguas y quebrantando profundamente muchas más.

La ciudad quedaba por el momento sin pólvora con que defenderse, y los franceses tal vez por considerar esto ó por aprovecharse del pánico de la explosión, dieron un ataque á las murallas que por causa del desorden apenas si estaban guardadas.

Entonces se operó una sublime reacción en los habitantes de Zaragoza.

—¡Los franceses! ¡Que están ahí los franceses!—gritaron los numerosos grupos que se agolpaban en el lugar de la catástrofe, y ante tal grito de alarma todos corrieron á las puertas de la ciudad, olvidándose muchos de sus parientes y amigos, cuyos cuerpos buscaban entre los escombros para ir á batirse con mayor furia contra los enemigos de la patria.

Los sitiadores que esperaban encontrar las entradas débilmente defendidas, se hallaron con unos defensores que exasperados por la anterior catástrofe, luchaban con la rabia de las fieras como complaciéndose en vengarse con sus enemigos de una desgracia tan solo debida á la imprudencia.

Al día siguiente se vieron realizados los temores de las autoridades de Zaragoza, pues los enemigos tomaron el monte Torrero.

El encargado de su defensa era el coronel Falcó que tenía á sus órdenes doscientos paisanos, algunos soldados del regimiento de Extremadura y cinco cañones situados tres en el alto de Buenavista y dos en el de América.

Defendióse valientemente Falcó con tan cortos elementos durante

cuatro horas, hasta que por fin viendo que iba á ser cortada por los franceses su comunicación con la ciudad, se retiró á ésta con los cañones.

De nada valió al desgraciado coronel el tesón con que defendió sus posiciones con tan cortos elementos hasta que la resistencia fué imposible, pues aquellos zaragozanos que nada sabían de la prudencia militar y sólo conocían los dos extremos de ahuyentar de un sitio al enemigo ó morir en él, lo tacharon de traidor y cobarde y encerrándolo en la cárcel terminaron por fusilarlo el 22 de Agosto cuando se celebraba alegremente la retirada de los franceses.

El monte Torrero era por su posición un gran adelanto para la toma de la ciudad y los franceses se prevalecieron inmediatamente de tal ventaja, emplazando en su cumbre una batería que ayudada por otras dos establecidas en la Bernardona y el Conejar, comenzaron á las doce de la noche del día 30 á bombardear Zaragoza sin interrupción.

Aquella lluvia de hierro que sin cesar caía sobre Zaragoza, sembrando la destrucción sin que un solo proyectil se perdiera, no logró atemorizar á los defensores que con el deseo de causar daño al enemigo é impidiéndolo las arboledas que existían en los alrededores de la ciudad, salieron á talarlas dándose el caso de que fueran los que más prisa se daban en destruirlas los mismos dueños que cifraban en ellas su subsistencia.

El popular y heroico tío Jorge fué el primero en destruir unos olivares que constituían toda su fortuna, pero que taló con la mayor saña no queriendo que sirvieran de escudo á los franceses contra los fuegos de la plaza.

Ni uno solo de aquellos héroes se quejó ni formuló la menor protesta al descargar su hacha sobre los árboles que antes miraba y cuidaba con el cariño de un padre esperando de ellos su sustento y el de su familia.

Hay que trasladarse con los ojos de la imaginación á aquella época, y considerar la situación de Zaragoza para comprender hasta dónde llegó el heroismo de sus defensores.

Aquel pueblo que hasta entonces había vivido en medio de la mayor paz y tranquilidad sin haber oído ni el estampido de un fusil, se veía ahora día y noche amenazado por las bombas que con precisión matemática enviaban desde las vecinas alturas los cañones franceses, y á pesar de esto ni por un instante se sentía acometido de débil flaqueza, antes bien, las crueldades del sitiador servían para excitar su valor indomable.

¡Noches lúgubres y aterradores las que entonces pasó Zaragoza!

El negro espacio estaba marcado de continuo por regueros de fuego, que eran como la cola de aquellos cometas de hierro que caían con estrépito sobre las casas y producían los incendios y las muertes que pronto anunciaban los gritos de los que corrían

por las oscuras calles, llorando el triste fin de algún ser querido.

Los gritos de las mujeres y los niños, no causaban mella en aquellos héroes que con los trajes desgarrados, ennegrecidos los rostros por el humo y casi sin comer ni dormir, corrían de un sitio á otro, siempre vigilantes y dispuestos á rechazar los ataques de los franceses.

En la mañana del 1.° de Julio, los sitiadores creyendo aterrada la población por los efectos del bombardeo, dispusieron un ataque general contra la Aljafería y las puertas de Sancho, del Portillo, del Carmen y de Santa Engracia.

En los tres primeros puntos fué dónde el combate tomó mayores proporciones y donde el estrago alcanzó á ser más grande, á causa del horroroso fuego que hacía la batería francesa de la Bernardona.

En la puerta del Portillo sobre todo, que fué la más castigada durante el sitio, los zaragozanos sufrieron tremendas pérdidas. A las nueve de la mañana comenzó el ataque, y á las diez ya nada quedaba en ella. El suelo estaba cubierto de muertos y heridos, los cañones no tenían artilleros que los sirvieran, y la batería de sacos de tierra estaba completamente desecha.

El valiente Renovales acudió en auxilio de dicho punto con gente que pudo distraer de la que defendía la puerta de Sancho; pero á los pocos instantes los nuevos defensores quedaban fuera de combate por el certero fuego de los franceses, siendo necesario para que el Portillo no quedara desamparado que una sección de dragones á todo escape llevara á la grupa de sus caballos nuevos defensores reclutados en las otras baterías.

Afortunadamente en aquellos supremos instantes entraron en Zaragoza burlando con gran valor la vigilancia del enemigo, dós jóvenes subtenientes de artillería D. Jerónimo Piñeiro y D. Francisco Rosete que habían desertado de Barcelona encaminándose á la heróica ciudad con el santo deseo de ser útiles á su patria, y de ganar gloria combatiendo por ello.

Sin descansar de las fatigas de un largo viaje por países ocupados por los enemigos, pusiéronse al frente de las baterías del Portillo y del Carmen, y pronto lo acertados que eran los tiros de los cañones, demostraron que estaban en manos de personas inteligentes, con lo que los valientes zaragozanos cobraron nuevo ánimo y se dispusieron á resistir aun con mayor entereza á los franceses.

Éstos reforzando á cada instante sus columnas de ataque no cejaban en el asalto, y los zaragozanos no perdían en cambio un palmo de terreno dando ésto por resultado que el combate se hiciera cada vez más terrible y sangriento, hasta que llegó la noche, consiguiendo con su oscuridad interrumpir aquel pugilato grandioso y aterrador.

En aquel día ocurrió un incidente sublime que la poesía y la pintura se han encargado de eternizar para ejemplo de la España del porvenir, y que debía haber enseñado para siempre á los franceses que un pueblo donde tales cosas ocurrían, era invencible, sin que ningún poder humano pudiera hacerle doblar la cerviz.

Como ya antes hemos dicho, hubo un instante en que la puerta del Portillo quedó totalmente desamparada á pesar de los refuerzos que llevó á ella el heróico sargento mayor de la plaza D. Mariano Renovales.

Mas de cien cadáveres cubrían el suelo é impedían el manejo de los cañones; la batería de sacos estaba totalmente desecha y no había ni un artillero sano para poder servir las piezas. Allí no quedaban más seres con vida que dos ó tres frailes que arrodillados junto á los moribundos que se agitaban convulsamente sobre los charcos de su sangre, les exhortaban á creer en la vida eterna prometiéndoles un premio en el cielo por haberse sacrificado por la patria, y alguna mujer llorosa que con el niño de pechos al brazo sin hacer caso del mortífero fuego, buscaba entre los yertos cadáveres el de su esposo ó el de su hermano. En tan supremo instante los franceses dirigieron una fuerte columna contra el desamparado Portillo, pero en el instante en que llegaban á éste, una moza de veintidos años vestida de estameña azul y con alpargatas como acostumbran á ir las mujeres del pueblo aragonés, y la cual estaba en aquel punto con una cesta de comestibles que había llevado á algunos individuos de su familia, al ver el peligro que corría un puesto tan importante, arrancó la mecha encendida de manos del último artillero moribundo y presentando con heróica indiferencia su cuerpo al fuego enemigo, aplicó aquélla á un cañón de veinticuatro cargado de metralla, siendo tan acertado el disparo que casi todos los asaltantes vinieron al suelo.

—¡Cabronazos!—gritó la heróica Agustina Zaragoza, dirigiéndose á los pocos hombres sanos que habían abandonado el puesto para guarecerse en las casas inmediatas.—Avergonzaos de ver lo que hace una mujer.

Aquel insulto, despertó la dignidad de los valientes que en un momento de debilidad se habían dejado dominar por el terror y todos volvieron á sus puestos consiguiendo rechazar á trabucazos á los franceses, que todavía se empeñaban en tomar el Portillo.

La acción heróica de la joven Agustina dió mayor valor y entusiasmo á los defensores de Zaragoza, y Palafox que entró en ésta al día siguiente, premió á la heroína dándola en nombre de la patria una cruz y las insignias de oficial de infantería.

Al día siguiente el combate volvió á reanudarse con igual furor por ambas partes. Los franceses ejecutaron cuantas maniobras creyeron útiles para enseñorearse del Portillo y del cercano castillo de la Aljafería; pero aunque abrieron brecha en éste y se arrojaron



La heroina de Zaragoza (Cuadro de M. Hiráldez Acosta)

con denuedo al asalto, tuvieron que retirarse en dispersión á pesar de los esfuerzos que los jefes hicieron por ordenarlos. El marqués de Lazan y Calvo de Rozas estuvieron durante el combate recorriendo los puestos de mayor peligro, lo que animó el entusiasmo de los defensores, el cual todavía creció más, cuando á las cuatro de la tarde de aquel día 2 apareció en el puesto donde más fiero era el combate el hombre popular á quien nadie esperaba, el general Palafox.

Este aprovechó lo que quedaba del día para combatir contra los enemigos, y estando en el Portillo al lado del jefe del puesto el coronel Marcó del Pont y viendo que á la bayoneta se acercaba una fuerte columna de franceses, ordenó que cesara el fuego de los defensores y que se retiraran los centinelas para hacer ver que se había abandonado la posición, y cuando los enemigos estaban á unos veinte pasos y los más audaces trepaban ya confiados por la brecha, dió la voz de fuego, siendo tan certera la descarga que cayeron á cientos los asaltantes, huyendo desordenadamente el resto.

Las jornadas del 1.° y del 2 de Julio convencieron á Verdier de que no era posible apoderarse de Zaragoza por medio de asaltos, y que el sistema más acertado consistía en hacerse dueño de los edificios más cercanos á las puertas y hostilizar desde allí á los defensores.

Con este objeto dirigió sus fuerzas contra el convento de Capuchinos, fuerte edificio situado en las cercanías de la puerta del Carmen y contra el de San José, situado á la margen opuesta del río Huerva y próximo al puente que conduce á Puerta Quemada.

Los defensores de este último edificio á pesar de no esperar auxilio alguno de la ciudad de la que quedaron aislados, resistieron durante dos horas á una fuerte columna de polacos que eran los mejores soldados del ejército francés, teniendo al fin que ser reforzada para lograr posesionarse del convento.

En el de Capuchinos la defensa llegó á un grado supremo. Los franceses á pesar de su superioridad numérica tuvieron que hacer grandes esfuerzos para penetrar en el edificio y una vez dentro de éste emprendieron una lucha en la que llevaron la peor parte como en todos los combates parciales. Los defensores se resistieron furiosamente en los claustros y celdas, y en la iglesia cada altar fué para ellos una verdadera conquista, pues los españoles parapetados tras las imágenes y los adornos de escultura hacían un nutrido fuego, y cuando por fin arrojados de uno á otro se vieron forzados los zaragozanos á abandonar el edificio, lo entregaron al incendio.

Los franceses dueños ya de aquel inmenso montón de llamas se apoderaron de la casa de campo de detrás, situada entre el convento y las mura-

llas; pero para lograr ser dueños de tan débiles tapias, les fué preciso batirlas en brecha.

Una vez apoderado Verdier de los puntos que deseaba estableció casi á quemarropa una línea de batería, contra la ciudad, lo que no logró sino después de grandes esfuerzos y de librar numerosos combates parciales, pues los sitiados valerosamente salían en grupos á desbaratar cuantas obras hacían los franceses.

Verdier quiso también sitiar la ciudad por la orilla izquierda del Ebro para incomunicarla de Cataluña, de donde recibía refuerzos, y con este objeto intentó pasar el río el día 10, arrojando un puente de barcas en San Lamberto. Palafox, con una compañía de suizos recién llegada á Zaragoza y un cuerpo de paisanos, salió de la ciudad con objeto de impedir el paso á los franceses y entabló con éstos una dura refriega en la que fué ayudado por un refuerzo al mando de Calvo de Rozas, consiguiendo ya que no hacer que retrocedieran, impedir que pasaran adelante.

Mientras esto sucedía, los patriotas del arrabal del que pensaba apoderarse el enemigo y que eran los más fieros y decididos entre los defensores, levantaron con rapidez pasmosa tres baterías, y auxiliados por el fuego de éstas salieron muchas veces á batirse cuerpo á cuerpo con el enemigo, siendo capitaneados por su popular y esforzado caudillo el tio Jorge.

A causa de tal resistencia, los franceses no pudieron sitiar por completo á Zaragoza, pero en venganza talaron los feraces campos de la parte Norte y prendieron fuego al puente del Gállego por el que se establecía la comunicación con Cataluña y los molinos harineros situados en aquella parte que abastecían la ciudad.

Esto hizo que aumentaran las privaciones en la ciudad, pues Zaragoza teniendo talados todos sus campos y sin auxilios de ninguna parte, comenzó á sentir los efectos del hambre.

Para mayor calamidad tuvo la desgracia de que los molinos de pólvora de Villafeliche situados á doce leguas y desde los cuales se enviaba tan necesario material para la defensa desde la voladura del Seminario, cayeran en poder de los franceses, pues al barón de Versages le fué imposible defenderlos por más tiempo.

Las autoridades de Zaragoza pensaron inmediatamente en el mejor medio de proporcionarse tan necesaria sustancia, y gracias á los conocimientos científicos del oficial de artillería López, quedaron en poco tiempo establecidos algunos molinos de pólvora adiestrándose pronto los operarios en su confección.

Entretanto la resistencia de los zaragozanos se iba agigantando cada vez más, y los franceses, conociendo lo imposible que les era el vencerlos luchando franca y lealmente, comenzaron á valerse de la traición y la sorpresa aunque infructuosamente.

En la noche del 17 los franceses

que ocupaban el convento de Capuchinos, salieron del edificio silenciosa y cautelosamente y se acercaron á la puerta del Carmen, poniéndose bajo los fuegos de su batería. Aquellos españoles acostumbrados por la vigilancia á distinguir en las tinieblas y que lo mismo combatían por la noche que á la luz del sol, los vieron desde el primer instante y los dejaron acercar, y cuando con más confianza aplicaban los franceses sus escalas al muro, les hicieron una descarga á quemarropa que hizo saber á los que quedaron vivos que aquellos paisanos jamás podrían ser sorprendidos por lo mismo que nunca dormían mientras su libertad estaba en peligro.

En cambio los sitiados contestaron á este ataque con numerosas salidas que tenían en contínua alarma á los franceses, y que retardaron la construcción del camino cubierto que estos habían emprendido.

En una de estas salidas un grupo de paisanos fué tan audaz que llegó hasta el mismo monte Torrero, mientras otros caían de improviso sobre el campo atrincherado de los franceses, produciéndose entre éstos el mayor desorden y confusión.

Entretenidos sitiados y sitiadores en combates parciales y sorpresas, llegó el día 31 de Julio en el cual quedaron terminadas las obras emprendidas por Verdier. Desde el convento de San José hasta la Bernardona por la orilla derecha del Huerva, se había construido un camino cubierto y eran siete las baterías establecidas como término medio á doscientas varas de la ciudad, sumando un total de sesenta cañones gruesos. Iba, pues, á caer sobre Zaragoza una verdadera lluvia de hierro y fuego y de tan cerca que era imposible que dejara de surtir sus efectos ni un solo proyectil. ¡Tan cruel aparato de guerra para una ciudad que sólo tenía por defensa débiles tapias!

El mismo dia 31 empezó el bombardeo que arreció el 3 de Agosto, en que los franceses verificaron el asalto general. El suelo de Zaragoza pareció amenazado de que en él se abriera el cráter de un volcán, según retronaba y se conmovía al estruendo de aquellas baterías que de cerca é incesantemente hacían un fuego tan espantoso que á muchas leguas de la población se oía como una lejana tempestad. En dos horas el vigía colocado en la Torre Nueva contó setecientos disparos.

Todos los tiros de las sesenta piezas se dirigieron al espacio comprendido entre las puertas del Carmen y Santa Engracia á la calle del Coso, así es que tal parte de la ciudad quedó en poco tiempo totalmente destruida. Las casas venían al suelo con horrísono estrépito quedando enterrados entre los escombros muchos infelices seres, las calles quedaban obstruidas por las tejas que caían como mortífera lluvia sobre los infelices que gritando despavoridos abandonaban sus viviendas y corrían á la otra parte de la ciudad que no era tan molestada por los cañones france-

ses, y éstos al hacer con brutal saña numerosos disparos contra el edificio del Hospital, obligaron á los heridos y enfermos á saltar de sus camas para que olvidados de sus propios males y completamente desnudos escaparan, impulsados por el instinto de conservación, viéndose entre ellos á algunos dementes y á los niños de la Inclusa.

El particular empeño que los franceses demostraban en dirigir sus cañonazos contra el Hospital demuestra la maldad de aquellos soldados de un pueblo civilizado que aun aseguraban eran los portadores de la libertad para España.

Todo el día duró aquel espantoso bombardeo que hacía trepidar el suelo como si amenazara hundirse, y si durante la noche callaron las baterías francesas, apenas alboreó el día 4 emprendieron otra vez su horrorosa tarea.

Durante la noche los franceses habían colocado frente al monasterio de Santa Engracia una formidable batería que inmediatamente rompió el fuego.

Apenas si tenía el monasterio medio alguno de defensa. Ni un pequeño foso impedía el acceso de sus muros, ni la entrada de sus puertas y únicamente en los pisos altos habían sido colocados algunos cañoncitos que poca oposición podían presentar á las grandes piezas de la batería francesa.

Esta, empero, á batir el edificio en brecha y al mismo tiempo las otras baterías rompieron un espantoso fuego contra la cercana puerta de Santa Engracia, la del Portillo y el castillo de la Aljafería. Cinco horas después estaban desechas todas las baterías españolas y abiertas dos grandes brechas una en la huerta del monasterio y otra en la inmediata del Campo Real.

La infantería francesa que esperaba con ansia tal momento, atravesó á la carrera el río Huerva para introducirse por las brechas y entonces ocurrió un tremendo choque tan grandioso como horrible. Sobre los escombros de las brechas surgieron muros animados de carne humana, formados por los zaragozanos que impasibles esperaron el choque de aquellas trombas de hombres que llegaban haciendo estremecer el suelo con sus pisadas.

Sonaron espantosas descargas, las bayonetas de una y otra parte se cruzaron buscando furiosos pechos que desgarrar, los hierros chocando rudamente se rompieron á las pocas embestidas y entonces fusiles y trabucos voltearon sobre las cabezas como pesadas mazas aplastando cuanto encontraban delante, brilló la terrible navaja como venenosa víbora en aquella atmósfera de humo, y muchos de las dos partes poseídos de una rabia salvaje, arrojaron las armas para abrazarse con furia riñendo á mordiscos y caer rodando entre los escombros para no levantarse jamás.

En aquellas dos brechas no había en aquellos instantes ni un solo hombre, pues todos eran fieras que deseaban morir antes que ser vencidos. Los

de dentro luchaban poseídos del loco furor del que defiende su libertad y la vida y el honor de sus familias, y los sitiadores se sentían poseídos de una rabia inmensa al considerarse como los primeros soldados del mundo y verse detenidos en su arrolladora marcha por una turba de paisanos indisciplinados.

La sangre corría por entre los pedruscos que antes eran muros, los cadáveres formaban como un nuevo baluarte, las maldiciones y los gritos de agonía atronaban aún más el espacio que los disparos de fusiles y cañones, y los franceses antes de avanzar un paso se veían obligados á retroceder muchas veces y cada palmo que adelantaban regábanlo antes copiosamente con su sangre.

El fogoso Palafox, espada en mano y seguido del impasible Calvo de Rozas, luchaba como un soldado entre los defensores ó corría de un grupo á otro animándolos con su presencia.

Por fin los zaragozanos se ven obligados á abandonar la brecha y reanudan el combate en los patios y claustros del monasterio en medio de la más espantosa desolación, pues los techos se hunden al peso de las bombas francesas que vienen de fuera, las paredes flaquean y caen en algunos puntos, y los enemigos muchas veces en el momento que luchan con más denuedo se ven envueltos en una espesa capa de escombros que los entierra vivos.

Aquella lucha no parece propia de la raza europea, pues españoles y franceses semejan dos tribus africanas que se degüellan mútuamente dando gritos furiosos que demuestran el sangriento placer que les domina.

Por fin, los franceses quedan dueños del arruinado monasterio, reina la calma breves instantes y Verdier la aprovecha para escribir en un pequeño papel una breve comunicación que dice: «*Cuartel General de Santa Engracia. Paz y Capitulación.*»

Palafox lo recibe en una calle á corta distancia del lugar que ocupan los franceses y después de leerlo, indignado por aquello que él considera un insulto y porque Verdier crea que los recientes sucesos bastan para rendir una ciudad como Zaragoza, escribe al dorso del mismo papel: «*Cuartel general de Zaragoza. Guerra y cuchillo.*»

Los franceses avanzan entonces y salen formados y con la mayor confianza á la calle de Santa Engracia. Ya comenzaban á cumplirse sus deseos; ya pisaban las calles de la heroica ciudad.

Pero pronto conocieron que su situación no por esto había mejorado, pues tras la lucha en las murallas, que les era sobradamente conocida, iban á sostener batallas en las calles, género de guerra para ellos completamente ignorado.

Los españoles á toda prisa habían levantado en la calle del Coso, enfilando á la de Santa Engracia, una batería que apoyada por los que dis-

paraban desde las ventanas y tejados hizo tal fuego contra los franceses que éstos, después de inútiles acometidas, tuvieron que renunciar á entrar de frente en el Coso.

Seguramente que no hubieran entrado en tal calle á no ocurrir el fatal incidente para los aragoneses, de incendiarse el depósito de pólvora que tenían en la batería.

Aprovechándose de las grandes bajas y la alarma que la explosión produjo en las filas españolas, los franceses desembocaron en el Coso por algunas calles laterales y se apoderaron de los dos edificios que formaban las esquinas de aquel extremo: San Francisco y el Hospital general.

El ataque contra este último edificio fué tan terrible que se incendió, y los infelices enfermos que no habían huido al empezar el bombardeo en el día anterior, se arrojaron por las ventanas y los que huyendo de las llamas no se estrellaron contra el pavimento de la calle, murieron al golpe de las bayonetas enemigas.

Los franceses enloquecidos por aquella lucha tenaz y sangrienta que tales destrozos causaba en sus filas iban tan ciegos, que al penetrar en el hospital y ver en sus jaulas á los dementes que sorprendidos por el ruido de las descargas reían y vociferaban celebrando la novedad, los tomaron por enemigos y mataron muchos á bayonetazos llevándose los restantes prisioneros al monte Torrero, en donde reconocieron su estado que les obligó á devolverlos inmediatamente á la ciudad.

A las cuatro de la tarde Calvo de Rozas fué el último que abandonó la batería del Coso acompañado del oficial D. Justo San Martín, y se encontró nuevamente de gobernador de la ciudad, pues Palafox en unión de su hermano, el de Lazan, había salido á las doce de la mañana después de contestar al parte de Verdier prometiendo que, con el alba del día siguiente, estaría en la ciudad con nuevos refuerzos, y haciendo jurar antes á los principales zaragozanos que prolongarían la defensa hasta que él estuviera de vuelta.

Si diezmados estaban los heroicos defensores, no se hallaban menos quebrantadas las filas francesas, pues su número de muertos y heridos era grande, contándose entre estos últimos el general Verdier, por lo que había tomado Lefebvre el mando en jefe.

Al abandonar los españoles la batería del Coso después de la explosión y posesionarse los franceses de la Cruz, templete con columnas situado en medio de aquella calle, las familias que habitaban por aquel contorno huyeron hacia el arrabal al otro lado del río y se agolparon en la plaza de la Seo pugnando por atravesar el puente y arrastrando en su fuga á muchos de los que momentos antes tan heroicamente se batían.

Aquella fuga desordenada podía ser de fatales resultados para la ciudad, pues siempre las huidas son contagio-

sas y siembran el terror aun en los ánimos más esforzados; pero afortunadamente supo evitarla un joven oficial D. Luciano de Tornos, quien cogiendo una mecha encendida y volviendo hacia la muchedumbre los cañones que defendían el puente y los de la batería de San Lázaro, la amenaza con hacer fuego si es que no vuelve atrás. Tan enérgica resolución y las exhortaciones de algunos patriotas, vuelven la confianza á los que huían y hace que tornen las mujeres y niños á sus casas y los hombres á la pelea.

Entretanto Calvo de Rozas se había dirigido directamente por la calle de San Gil á el arrabal, con objeto de reclutar nuevas fuerzas para la defensa del Coso, y los franceses deseosos de aprovechar la confusión del momento, se dirigieron á paso de ataque hacia el puente para apoderarse de aquella parte de la ciudad; pero afortunadamente para los zaragozanos en vez de seguir la calle antes citada, que era la línea recta, se metieron por el arco de Cineja, callejuela estrecha y tortuosa que conducía á la Torre Nueva y en la cual perdieron la vida casi todos los soldados de la columna, pues atacándolos en tal estrechura y hostilizándolos desde las casas, les fué fácil á los aragoneses el destrozarlos.

Los franceses comenzaban á sentir pavor ante aquel género de lucha, en el cual hasta las piedras de las calles parecían levantarse para destrozarlos. Cada esquina era para ellos un volcán que arrojaba mortífero fuego, y cuando se arrimaban á las casas para guarecerse un tanto de las balas, entonces caía sobre ellos una lluvia de proyectiles caseros acompañada de aceite y agua hirviendo y aun plomo derretido. Todo el menaje de las casas desde la cama á la última cacerola de la cocina salía por las ventanas buscando cabezas enemigas que destrozar. Allí no había que luchar sólo con los hombres, pues más terribles aun que éstos eran las mujeres y los niños que hacían un baluarte de cada ventana y cada azotea.

Un oficial francés que luego fué uno de los primeros generales de su nación, decía á su compañero en uno de aquellos combates en las calles:

—Esto va mal. Zaragoza sólo será nuestra cuando no queden más que ruinas y ni un solo sér viviente. Aquí todos son soldados. Una vieja octogenaria me acaba de descalabrar arrojándome su orinal á la cabeza.

Mientras los franceses eran detenidos en el arco de Cineja, el infatigable Calvo llegó del arrabal al frente de seiscientos hombres de dicho punto y algunos más que se le habían agregado en el camino.

Esta corta fuerza desembocó de repente en el Coso, donde estaba el grueso del ejército francés y lo atacaron con furia nunca vista.

Iban delante unos cincuenta hombres escogidos y á su frente un viejecito armado con una espada y rodela del siglo XVI, equipo militar que hubiera hecho reir á los franceses, á no

tratarse de Zaragoza en donde todo era original y extraordinario, y por los medios que parecían más ridículos lograban los españoles que aquéllo fuera la tumba de los imperiales.

Aquel viejo, de cerca de cien años, era D. Mariano Cerezo, antiguo capitán que antes de la guerra se dedicaba á las tareas agrícolas y que en los primeros días del sitió se había distinguido como gobernador del castillo de la Aljafería.

El septuagenario soldado que de tal guisa armado parecía la momia de algún antiguo guerrero aragonés salido de su tumba para combatir á los invasores, blandiendo su espada se arrojó sobre los enemigos retándolos á estilo de caballero andante á particular y formidable combate y todos le siguieron entusiasmados hasta la locura por el ejemplo de aquella ancianidad que animando su débil cuerpo con el fuego de la patria buscaba una muerte gloriosa.

A pesar de la desigualdad de fuerzas el choque fué tan horrible y el ataque tan bravo que los franceses quedaron derrotados y tuvieron que retirarse de la calle y refugiarse en los edificios de San Francisco y el Hospital, acosados tanto por las acometidas á pecho descubierto, como por los proyectiles de toda clase que desde las calles les arrojaban.

Poco después llegaron también á dichos edificios las dos columnas que Lefebvre había enviado á los dos extremos de la ciudad, y que fueron rechazadas por el valiente capitán de ingenieros Simonó y el esforzado cura de Sos.

La noche vino á poner término á aquella lucha feroz en la que tantos hombres perecieron por ambas partes, y los aragoneses descansaron satisfechos de sus proezas, y consolándose de la pérdida de las murallas con la exacta idea de que en las calles les era más fácil vencer al enemigo.

En aquel día hubo muestras sublimes de hasta dónde llega el valor español. En lo más recio de los combates, hubo hombres que navaja en mano se arrojaron sobre los cañones franceses para dispararlos y después les disputaron su posesión á brazo partido.

Pero ¿qué de extraño tiene que los hombres acometieran tan fieras proezas si las mujeres les daban ejemplo de bravura?

Una muchacha del pueblo llamada Casta Alvarez, que á pecho descubierto disparaba los cañones contra los franceses y doña María Consolación de Azlor, condesa de Bureta, esforzada matrona, digna representante de las varoniles ricas hembras de Aragón, que levantó dos barricadas frente á su casa y capitaneando á sus criados se estuvo batiendo muchas horas con los franceses, demuestran que en aquel heróico pueblo Agustina Zaragoza no era una rara excepción sino que tenía una imitadora en cada mujer.

Al pasar lista por la noche en las filas francesas, Verdier, que como dijimos estaba herido, supo con sorpresa

que la jornada le había costado dos mil hombres y que no había adelantado gran cosa, pues de sitiador había venido á quedar en parte sitiado dentro de Zaragoza, no siendo dueño más de que de Santa Engracia y de una acera del Coso.

Los zaragozanos envalentonados por sus hazañas y por la resolución de morir más tarde ó más pronto, ocupaban la otra acera y como poste divisorio de ambos campos servía el templete de la cruz, situado en medio de la calle.

Las patrullas de vigilancia de ambos campos se estuvieron contemplando toda la noche, mediando entre ellas sólo el espacio de algunos metros, el silencio de la noche hacía llegar á los oídos de los enemigos, lo que en cada parte se hablaba y mientras los franceses descansaban fatigados, los españoles que siempre encuentran buenas todas las ocasiones para dar rienda suelta á sus instintivas aficiones artísticas sin abandonar el trabuco de entre sus rodillas, rasgueaban la nacional guitarra y entonaban la copla que nació entonces para ser himno de guerra y que hoy es popular en toda la nación:

La Virgen del Pilar dice
Que no quiere ser francesa,
Que quiere ser capitana
De la tropa aragonesa.

Apenas se disiparon un tanto las sombras de la noche empezó el tiroteo por parte de los españoles antes que mediara orden de hacerlo, pues aquellos heróicos zaragozanos estaban hambrientos de lucha.

La situación de los defensores de la ciudad al empezar el día 5 no era muy grata, pues su número había disminuido notablemente, necesitaban refuerzos y además carecían por completo de repuestos de municiones y no tardaría en llegar el instante en que no tuvieran con que cargar sus escopetas y trabucos.

Palafox acompañado de sus dos hermanos había salido de Zaragoza el día anterior como ya dijimos, prometiendo que al amanecer estaría de vuelta; pero era imposible que en tan corto espacio de tiempo pudiera el joven caudillo reunir todos los medios que la ciudad necesitaba para su defensa.

A últimos del mes de Junio habían entrado en Aragón, procedentes de Cataluña, un batallón de voluntarios, al mando del coronel Amat y Teran, quinientos guardias españoles á cuyo frente iba el coronel D. José Manso y dos compañías de Lérida, división que se había alojado en Jelsa á diez leguas de Zaragoza. En busca de tales fuerzas se encaminó Palafox apenas salió de la ciudad, pero en el camino alcanzó al general el infatigable Calvo de Rozas, para quien no había descanso y el cual á revienta caballo salió de Zaragoza apenas cesó el combate por la noche para darle cuenta de lo ocurrido después de su marcha y hacerle ver que se había hecho todavía más imperiosa la necesidad de socorros.

De Villafranca del Ebro, que fué

donde se encontraron, pasaron á Osera, situada á cuatro leguas de Zaragoza y á este punto llegaron á las diez de la noche las fuerzas de Cataluña alojadas antes en Jelsa. Celebróse inmediatamente un Consejo de guerra al que asistieron los tres hermanos Palafox, los jefes de la división, el brigadier D. Francisco Osina y el coronel de artillería Navarro Sagrau, estos dos últimos, procedentes de Valencia y habiendo expuesto ante ellos Calvo de Rozas con su convincente oratoria el estado de la ciudad, determinóse que para defender la ciudad, mientras llegaba una división valenciana de cinco mil hombres que venía por el camino de Teruel, se enviara inmediatamente al marqués de Lazan, con la vanguardia que se compondría de los quinientos guardias españoles, que con el resto de la tropa entrara después en Zaragoza D. José Palafox, y que su hermano don Francisco se quedara con Calvo á retaguardia, para custodiar el convoy de víveres y municiones.

Apenas se acordó ésto partieron á las diez y media para Zaragoza el teniente coronel Barredo y el célebre tío Jorge que nunca se separaba de Palafox, siendo como el capitán de su guardia, los cuales entusiasmaron á los zaragozanos anunciándoles los refuerzos que iban á entrar á la madrugada.

Lazan con la vanguardia logró penetrar al amanecer en Zaragoza, pero no le fué posible hacerlo de igual modo á Palafox, por lo cual avisado Lefebvre de que el caudillo aragonés se dirigía á la ciudad y juzgando cuán fatal sería para él tener en las calles tan tremendo enemigo, salió con grandes fuerzas para combatirle á campo raso, lo que acertadamente evitó aquél trasladándose á las alturas de Villamayor desde donde se descubre la ciudad.

Las fuerzas francesas destacadas quedaron en observación de Palafox, pero éste para burlar la vigilancia del enemigo llamó al coronel Perena que estaba en Huesca adiestrando tres mil paisanos, y poniendo estas fuerzas en las alturas en lugar de la suya, engañó á los imperiales que no se apercibieron de tal cambio, y el día 8 bien entrada la mañana entró en Zaragoza, siendo recibido con un entusiasmo que rayaba en delirio.

Auxiliados los zaragozanos con aquellas nuevas fuerzas y con el convoy, y animados por la presencia de su ídolo, cobraron mayores ánimos, si es que de ésto era susceptible su heroismo, y sus autoridades, reunidas en Consejo, haciéndose intérpretes del general sentimiento, acordaron ir disputando á los franceses la posesión de la ciudad, calle por calle y casa por casa, y cuando ya estuvieran los enemigos apoderados de todo, pasar el puente y fortificándose en el arrabal darle fuego en último extremo y morir todos antes que rendirse.

La primera parte de tan heróica resolución, comenzó á cumplirse.

Entre españoles y franceses se entabló una lucha porfiada é intermina-



ble que no cesaba ni de noche, y cada casa que intentaban tomar los invasores se convertía en un campo de batalla, en el cual las habitaciones eran sepulturas y las escaleras baluartes inexpugnables y si al fin los aragoneses tenían que desampararla, antes de retirarse la entregaban á las llamas.

En aquellas luchas parciales y sangrientas en las que casi siempre se abandonaba el arma de fuego por inútil y se apelaba al acero ó á los puños, el cura D. Santiago Sos, al frente de los fieros individuos de su parroquia, y el tío Jorge con los del arrabal hicieron prodigios de valor más propios de figurar en un libro de caballerías que en el relato de una guerra moderna.

Los zaragozanos de todos sexos y edades se habían ya acostumbrado á aquella vida terrible, y miraban la muerte y el estrago como accidentes los más naturales. Nadie pensaba allí en sobrevivir á la toma de la ciudad y entre el estrépito que las bombas causaban al caer y el de la lucha en las calles, comían, cantaban ó dormían con una tranquilidad asombrosa.

El ejército francés á pesar de haber sido reforzado hasta contar once mil hombres, conocía cada vez más la imposibilidad de apoderarse de aquella población casi en ruinas, y el desaliento que esto le causaba vino á aumentarse con las vagas noticias que comenzaron á circular sobre el éxito de la batalla de Bailén.

El día 6 supo el ejército imperial oficialmente la derrota de Dupont, con la orden de retirarse á Navarra, y ya se ocupaba Lefebvre en unión del herido Verdier en los preparativos de levantar el sitio, cuando de Vitoria recibió orden de seguir éste hasta que llegaran nuevas órdenes de Madrid.

El 11 supieron los sitiadores la salida de José de Madrid, y el 13 recibieron la orden definitiva de retirarse, lo que hicieron apresuradamente, pues sabían que estaba próxima á llegar la división valenciana de socorro mandada por el general Saint-March.

Antes de levantar el sitio los franceses volaron los restos del monasterio de Santa Engracia, de los cuales únicamente se salvaron la torre y la artística portada, y las obras que habían verificado en Monte Torrero. Además clavaron y echaron al canal, más de sesenta cañones. La división valenciana todavía llegó á tiempo para perseguir y hostilizar la retirada de los franceses hasta los límites de Navarra.

Zaragoza al verse libres de enemigos se entregó á tan grande alegría, que nadie en vista de tantas fiestas hubiera creído que aquella ciudad acababa de ser sitiada á no ser por las ruinas que orlaban sus calles y murallas, y por las bombas y balas clavadas en las fronteras de sus casas.

Las pérdidas de los franceses en Zaragoza fueron de cinco mil hombres y las de los españoles de dos mil, contando las víctimas que por impru-

dencia causaron las dos explosiones de pólvora.

La heroica defensa de aquella ciudad causó profundo eco en todo el mundo, y hasta los escritores franceses tuvieron que reconocerlo así.

El general francés Foy, más eminente aun que como militar como escritor galano y concienzudo, al hablar del primer sitio de Zaragoza se expresa en tales términos que no podemos menos de reproducir sus palabras aunque en algunas de ellas se nota que el orgullo nacional herido intenta desvirtuar en parte la verdad:

«La defensa de Zaragoza que tan gran ejemplo dió á España, resonará en la serie de los siglos. Verdad es que sus habitantes no fueron acometidos sino por un puñado de valientes y verdad es también que no llegó á formarse un sitio regular; pero hallándose aquellos hombres sin defensa era preciso todo su valor para compensar la superioridad de tropas aguerridas; cosa casi imposible en campaña, porque el número en tales casos ha cedido siempre á la disciplina. La fuerza de los españoles comenzó en la ciudad y se acrecentó á proporción que el sitiador seguía progresando. Las brechas de Zaragoza han enseñado á sostener asaltos. Los sitios de España han sido siempre heróicos. Y no se diga que habiendo al fin de sucumbir más tarde, la conservación de la plaza era preferible á su ruina. Leonidas pereció en las Termópilas y su muerte era ya cierta antes de lanzarse al combate. Zaragoza tendrá la misma gloria; ese fervor religioso que abraza á la vez el presente y el porvenir, la cuna y la tumba; ese fervor que se hace aun más santo cuando combate al extranjero y á los opresores de la patria allí... en Zaragoza brotó. Esa sublime indiferencia á las cosas de la vida y la muerte, incapaz de inquietarse por nada sino por obedecer al impulso de una noble y sublime pasión, allí se hizo á todos patente. ¡Allí... en aquella ciudad, la naturaleza moral, supo en fin triunfar de la física!»

El juicio de Foy nos parece muy bueno por lo justo, pero la verdad exige la rectificación de que los franceses eran un puñado de valientes, pues doce mil hombres disciplinados y habituados á la guerra, no son un despreciable número, y si allí hubo un puñado de valientes, éstos fueron los zaragozanos que ayudados únicamente por quinientos soldados y desconociendo otras faenas que no fueran las agrícolas, supieron realizar esas hazañas que el ilustre escritor francés es el primero en reconocer y que tenían que repetir aun en mayor escala en fecha no lejana.

Hemos dejado Madrid en el momento que las tropas francesas y la corte del rey José lo abandonaban huyendo aterradas ante la noticia de la batalla de Bailén.

Cuando el día 1.° de Agosto el pueblo supo que iba á verse libre de aquellos tiranos, que tan cruelmente ha-

bían derramado su sangre en la jornada del 2 de Mayo, abandonó las casas para lanzarse á las calles poseído de loca alegría.

Aquella población heróica que después de las sangrientas hecatombes ordenadas por Murat, creyó que ya había perecido para siempre la patria y que España quedaba condenaba á la eterna esclavitud del extranjero, en el espacio de tres meses había ido recibiendo sin interrupción un gran número de gratas noticias, que le devolvieron poco á poco la perdida confianza y contribuyeron á que la explosión de su gozo fuera mayor el día que se retiraron los franceses.

Las noticias del apresamiento de la escuadra francesa en Cádiz, el del auxilio de Inglaterra á los asturianos, de la retirada de Moncey ante Valencia,de la derrota de los franceses en el Bruch, del heróico sitio de Zaragoza y de la gloriosa batalla de Bailén fueron caldeando el entusiasmo de aquellas gentes, al que pudieron dar rienda suelta el mencionado 1.° de Agosto.

Alcalá Galiano en su libro «Recuerdos de un anciano» hace una pintura tan original como notable por el colorido de la descripción del aspecto del pueblo de Madrid en aquel memorable día, y del que fué él testigo presencial.

«Apenas había amanecido,—dice el ilustre escritor,—cuando las calles y principalmente el Salón del Prado, rebosaban en un gentío inmenso, alegre sobre toda ponderación, ufano, y si no ajeno de malos deseos, dispuesto á enfrenarlos en medio del puro gozo de la victoria. En esto apareció entre aquel bullicio, un corto piquete de franceses rezagados que corrían á juntarse con los suyos; soldados de poca edad, mal vestidos, con ciertos como saquillos de color claro y no muy limpios que solían llevar aquellas tropas de infantería, parte de ellas nada lucidas, aunque temibles en campaña. Era de temer que la plebe alborotada los embistiese; pero se contentó con insultarlos, y si uno de ellos recibió unos cuantos golpes que lo derribaron no pasó la cosa á más, y recogiendo el pobre muchacho el fusil caído, se fué con sus compañeros perseguido solo con silbidos y risotadas. La turba se dirigió al Retiro, que había sido convertido en ciudadela por los franceses. Veíanse allí cañones clavados, comienzos de fortificaciones ó no concluidas ó desechas, municiones de guerra en abundancia, acopio de provisiones arrojadas al suelo y desparramadas ó por los mismos invasores al retirarse ó por los primeros del pueblo que llegaron y á quienes impelió ya la locura, ya la ira, ya el lícito deseo de aprovechar parte de aquellos despojos. Abundaba el vino como era de suponer y convidaba á hacer de él uso. Pero un clamor casi general, levantado de repente, hizo correr la sospecha de que aquellos víveres y bebidas estuviesen llenos de veneno por juzgarse propia acción de los pérfidos invasores haber dejado tan funesta

dádiva al pueblo del 2 de Mayo en la hora de abandonarle. Pronto llegó á creerse realidad la sospecha, porque un infeliz del pueblo había caído víctima de la ponzoña. Yo mismo le ví traído entre cuatro siguiéndole centenares de hombres enfurecidos, clamando venganza contra los amigos de los franceses que en Madrid hubiesen quedado. Pero aun los más apasionados hubieron de conocer en breve que el supuesto envenenado no lo estaba de otra ponzoña que de una que si.á algunos mata á la larga, á los más deja sanos sin otro remedio más que el del sueño. Al ver puramente borracho al que había pasado por agonizante, se trocó el furor en risa y volvieron á predominar los buenos afectos sobre los malos.»

La situación anormal en que quedó Madrid, no podía ser de larga duración. No había en ella ninguna autoridad, pues las establecidas por José ó habían huido con él ó estaban escondidas temerosas de la venganza del pueblo, y nadie se atrevía por su propia cuenta á ejercer la facultad de guardar el orden, pues para ser obedecido por el pueblo tenía que funcionar en nombre de Fernando VII, y los franceses estaban todavía tan cerca que no podía asegurarse si por cualquier accidente tendrían necesidad de volver.

Por instigación de no se sabe quién, los vecinos honrados se reunieron y armaron para rondar de noche sus barrios, y ésta fué por espacio de algunos días la única autoridad encargada de velar por el orden en Madrid.

Hasta el día 4 no ocurrió ningún hecho lamentable, pues aquel pueblo estaba entregado á un entusiasmo tan espontáneo como inocente, dándose el caso de que en las iglesias durante la misa mayor no se pudiera entrar por estar materialmente atestadas de gente patriota que acudía para experimentar el placer de oir como el sacerdote en su colecta después de nombrar al Papa y al obispo de la diócesis decía *Regem nostrum Ferdinandum;* pero pronto la gente se satisfizo de tales frivolidades y el citado día dió suelta á sus deseos de venganza, ensañándose en un hombre que ninguna relación había tenido con los invasores.

Un D. Luis Viguri ex-intendente de la Habana, que era bastante odiado por el pueblo á causa de haber sido amigo de Godoy, maltrató cruelmente aquel día á un esclavo negro que le servía, y á los gritos de éste el pueblo se amotinó frente á la casa, y encontrando la ocasión propicia para castigar al amo, subió á la habitación y asesinó al desdichado echando después una soga á su cadáver y arrastrándolo durante horas enteras por las calles de Madrid entre los aplausos de la muchedumbre que con aquel acto creía haberse vengado de todos los partidarios de José.

Este acto cruel y censurable y más que todo la imposibilidad de que se prolongara sin más desgracias el esta-

do anárquico en que estaba Madrid, decidió al Consejo de Castillo á constituirse en autoridad á nombre de la causa española, si bien para captarse el afecto de la muchedumbre y borrar de este modo su pasado, en el cual si no se había declarado abiertamente en favor de los franceses, tampoco había hecho la menor señal de protesta ante su usurpación, fomentó por bajo cuerda los desmanes contra los tildados de afrancesados y persiguió cruelmente á los que con él habían asistido á las recepciones de José.

A tardar algunos días más la victoria de Bailén, aquel cuerpo político en el que tenían su principal nido las ideas reaccionarias y que tanto daño venía causando al progreso nacional, se hubiera decidido á prestar franca adhesión al rey intruso; pero el triunfo de los españoles le sorprendió cuando, como vulgarmente suele decirse, estaba jugando con dos barajas y no tuvo que hacer más que decidirse para constituir su autoridad en suprema.

El pueblo de Madrid, que acataba todo aquello que se presentara en nombre de su ídolo Fernando, recibió bien al Consejo de Castilla y se olvidó por completo de su pasada historia.

El entusiasmo de los pueblos y especialmente de los meridionales, se expresa siempre tomando la forma poética ó filarmónica y en aquella ocasión los madrileños, al igual de los habitantes de toda España, dieron suelta á su alegría con cantos y poesías que al mismo tiempo que demuestran la superficialidad de aquel pueblo en revolución, delatan también lo corrumpidos que tenían los sentimientos morales, tal vez por el influjo de aquella monarquía, que únicamente presentaba á la nación una serie no interrumpida de escándalos.

Como la historia debe describir exactamente las épocas que relata para que el lector pueda verlas con los ojos de la imaginación, y esto no se consigue únicamente con relatar hechos más ó menos notables, sino que hay que retratar la verdadera fisonomía moral del pueblo de entonces, creemos necesario transcribir aquellos cantos de la época que algunas veces demuestran el desenfado de las alegres masas y otras el entusiasmo de los soldados españoles que á sus sones corrían á morir por la patria en los campos de batalla.

Cuando los franceses ocupaban Madrid, aquel pueblo en quien estaba reciente el recuerdo del 2 de Mayo, deseando protestar contra el nuevo orden de cosas, en sus viviendas, en las tabernas y botillerías y aun en la misma calle y en presencia de los franceses, siempre que cantaba una copla, la acompañaba del estribillo:

Andá salero
No ca.... en España
José Primero.

Con esto y dejándose llevar de un optimismo sin límites, manifestaba sus deseos de que la invasión terminara cuanto antes y para hacer ver más su

desafecto al nuevo rey aparecieron en las esquinas y aun fijados en los mismos muros del Palacio real unos pasquines manuscritos en los que hay que disculpar lo atrevido y sucio de las frases por lo gráficamente que expresaban el pensamiento y que decían así:

En la plaza hay un cartel
Que nos dice en castellano
Que José, rey italiano,
Viene de España al dosel,
Y al leer este cartel,
Dixo una maja á su majo:
Manolo, pon ahí abajo
Que me c..o en esa ley;
Porque aquí queremos rey
Que sepa decir ¡C...jo!

Si tales eran los desahogos poéticos del pueblo en la época que estaban bajo la tiranía de los franceses, júzguese qué sucedería apenas se vió libre de aquellos.

El pueblo recorría á bandadas contínuamente las calles, cantando las coplas que la ignorada musa popular produjo apenas el último francés abandonó Madrid y aquel furor filarmónico que siempre ha hecho su aparición en todas nuestras revoluciones enardecía á los tranquilos vecinos de la capital.

El ilustre poeta Arriaza escribió un himno llamado *de las Provincias*, que tenía bellísimas estrofas; pero aquellos alambicados y poéticos conceptos eran plato demasiado delicado para los populares cantantes, que preferían entonar las canciones que mejor comprendía su ignorancia y su fanatismo religioso y que eran las siguientes:

Virgen de Atocha
Dame la mano
Que tienes puesta
La bandolera
Del rey Fernando,
Virgen de Atocha
Dame tu poder
Para que al rey Fernando
Le traigas con bien.

Y esta otra que en mérito literario iguala á la anterior, pero que por ser un poco más chusca mereció el favor popular sobre todas:

Ya vienen las provincias
Arrempujando,
Y la Virgen de Atocha
Trae á Fernando
¡Vivan los españoles!
¡Viva la Religión!
Yo me c..o en el gorro
De Napoleón.

También resucitó en aquellos días la insustancial copla de *Juana y Manuela*, que tanto se cantó á la entrada de Fernando en Madrid después del motín de Aranjuez. y las manolas de los barrios bajos, mudándole la letra, andaban á todas horas por las calles atronándolas con sus panderos y cantando así:

Ya se van los franceses,—Larena,
Matan los piojos,—Juana y Manuela,
Matan los piojos,—Prenda,
Y el general les dice:—Larena,
Que son conejos,—Juana y Manuela,
Que son conejos,—Prenda.

Y para no ser menos que los demás y dejar de tomar parte en el filarmónico concierto, los muchachos aturdían á sus familias cantando á grito pelado:

Tráelo, Marica, tráelo
A Napoleón,
Tráelo y le pagaremos
La contribución.

Por fortuna no eran estos cantos y otros muchos más que no trascribimos porque en ellos llega la falta de decencia á su último extremo, las únicas producciones literarias de un pueblo en revolución que por el hecho de estar libre puede dar rienda suelta á sus facultades intelectuales.

Por encima de aquel infeliz pueblo ignorante y grosero porque así lo habían querido formar los reyes y el clero, existían una pléyade de hombres de talento, llamados á dar muchos días de gloria á su patria y aquellos genios supieron honrar la revolución produciendo los cantos más hermosos que posee la lírica española.

Aquel sublime movimiento nacional que sirvió para despertar al pueblo español políticamente, también hizo vibrar con las auras de la libertad las liras que estaban silenciosas.

En aquellos días el Tirteo español, el gran Quintana, agarró con fuerte mano la férrea lira de la patria y prorrumpió en aquella inmortal oda:

«¿Qué era, decidme, la nación que un día,» la cual,—según acertadamente dice un autor de la época,—«no tiene precedente en nuestro Parnaso, por lo atrevido y patriótico del pensamiento, por lo vigoroso del estilo y lo apasionado del acento no arrancado hasta entonces de las cuerdas de lira castellana.

Al igual de esta composición esparcieron la melancólica elegía «Al Dos de Mayo,» de D. Juan Nicasio Gallego, que tan bien supo interpretar los quejidos de la patria ante tan tremenda hecatombe; la «Profecía del Pirineo,» de D. Juan Bautista Arriaza, y otras magníficas producciones de Sánchez Barbero, Sabiñón, Beña y otros vates ilustres á quienes los posteriores acontecimientos se encargaron de dar á conocer en toda su grandeza.

El periodismo político en su verdadera forma hizo también su aparición con el *Semanario Patriótico* de Quintana en el que éste se manifestó en toda su grandeza de escritor y propagandista de las modernas ideas y que es la publicación que con más justicia merece el nombre de madre de la prensa española.

El *Semanario Patriótico* alcanzó en aquella sociedad, en la que eran en minoría los que sabían leer, un éxito asombroso, y toda la juventud ilustrada de la época, así como la clase media, vieron en las doctrinas democráticas que propagaba, la forma acabada y completa de lo que ellas pensaban mucho tiempo antes.

El pueblo de Madrid aguardaba con gran impaciencia la llegada de los ejércitos españoles que tardaban á aparecer en la capital y que estaba ganoso de aclamar por sus victorias sobre los franceses.

Por fin el día 14 entró en Madrid la división al mando del general Llamas, en la que no figuraban soldados

de línea y que estaba compuesta de labriegos valencianos y aragoneses que marchaban al són de sus guitarrillas cantando *La virgen del Pilar dice...* ó el himno de Zaragoza que más que canto guerrero tenía el carácter de una égloga pastoril.

Aquellas tropas,—como dice Mesonero Romanos,—llamaban la atención más que por su organización militar y su apostura guerrera por sus pintorescos trajes berberiscos y por los destellos de su valor y patriotismo.

El pueblo miraba con asombro aquellos soldados vestidos unos con zaraguelles, manta y faja y cubierta la cabeza con sombreros redondos cubiertos con estampas de santos y retratos de Fernando VII, y otros con calzón corto, media azul y pequeño pañuelo rodeando la cabeza y que en tal atalaje militar y por añadidura sucios, desgreñados y con rostros feroces curtidos por el sol, recordaban á los semi-salvajes almogávares que con tan estupendas hazañas asombraron al mundo.

Los madrileños recibieron muy bien á aquellos soldados que eran los primeros que veían de aquel ejército nacional levantado en las provincias; pero el espíritu alegre y bromista del pueblo de Madrid, que sin duda encontró en los originales uniformes de aquellas tropas motivo para alguna burla, y el carácter poco sufrido de las gentes de Levante, dieron por resultado una sangrienta riña en la plazuela de la Cebada, de la que resultó un muerto, quedando tan enconados los ánimos que el general Llamas, que acudió á dicho punto para apaciguar á sus soldados que habían tomado parte en la contienda, se vió desobedecido y aun en peligro de muerte.

El 23 de Agosto, con igual entusiasmo del vecindario, hizo su entrada en Madrid el ejército de Andalucía á cuyo frente iba Castaños, cuyo nombre junto con el de Palafox, repetía con entusiasmo España entera.

Los madrileños les recibían cantando sus coplas favoritas, y los vencedores de Bailén contestaban entonando su himno de victoria que decía así:

Dupont, terror del Norte,
Fué vencido en Bailén,
Y todos sus secuaces
Prisioneros con él.
Toda la Francia entera
Llorará este baldón;
Al són de la Carmañola,
¡Muera Napoleón!
¡Muera Napoleón!

A la vista de aquel ejército que si bien estaba bastante disciplinado no presentaba un brillante aspecto, el asombro de los madrileños se hacía cada vez mayor, pues no podían comprender como aquellos nuevos soldados que apenas sabían llevar el uniforme, habían conseguido derrotar á los granaderos imperiales y marinos de la guardia, cuya aparatosa presencia causaba á muchos pavor.

El ser los soldados en su mayoría andaluces y por tanto gente de mucho gracejo y no ser los madrileños me-

nos aficionados á la alegría, fué motivo de que entre unos y otros se cruzaran numerosos chistes y agudezas sobre los franceses, y su derrota, los que pasaban después de boca en boca y eran repetidos en toda la población en medio de la mayor algazara.

De todo el ejército andaluz los que más llamaron la atención fueron aquellos lanceros jerezanos con sus polainas de cuero, sus vistosos trajes, sus sombreros calañeses y sus garrochilanzas que después de ser empleadas por mucho tiempo en picar toros en las plazas y dehesas, habían servido para ensartar á los jinetes franceses que tan universal nombradía gozaban.

Aquellos soldados tan originalmente uniformados, pero que con su gallardía á caballo y gentil apostura recordaban los Abencerrajes de las leyendas, fueron saludados por todas partes con una indescriptible ovación.

Contábanse de ellos cosas peregrinas que el entusiasmo patriótico se encargaba de abultar hasta un grado inconcebible, pero entre todas sus hazañas la más cierta es la siguiente que tenemos cuidado en consignar por lo mismo que ha quedado desconocida por muchos historiadores.

Cuando en la batalla de Bailén los lanceros jerezanos tuvieron que cargar sobre unos escuadrones de coraceros franceses, el aspecto imponente de aquellos colosos cuyo guerrero equipo centelleaba á la luz del sol, causó alguna impresión á nuestros jinetes. Al notar esto uno de sus jefes con objeto de devolver la perdida confianza, gritó á los noveles soldados:

—Muchachos; mirad si esos gabachos son cobardones, que para reñir con nosotros se visten de *jierro*. Vamos á demostrarles que nosotros sabemos vencerles sin otra coraza que nuestra camisa.

Y diciendo esto se quitó la vistosa chaquetilla, lo que animó de tal modo á los lanceros que todos le imitaron y en mangas de camisa dieron una furiosa carga á los coraceros, consiguiendo derrotar á aquellos gigantescos jinetes que cubrían su pecho de acero.

Calmado un poco ya el loco entusiasmo que produjo la entrada de los ejércitos españoles, los jefes de éstos en unión del Consejo de Castilla procedieron á celebrar la solemne y *verdadera* proclamación (como ellos la llamaron) de Fernando VII por rey de España, ceremonia que se celebró en 24 de Agosto y que fué tan brillante como triste y fúnebre había sido la que algún tiempo antes se había celebrado de José I en la misma capital.

Al acto de la proclamación acudió llevando el pendón real el conde de Altamira que se había ocultado cuando la proclamación de José por no asistir como alférez mayor del reino, acto que le valió la persecución de los franceses, por lo que los patriotas le hicieron en aquel día objeto de una ovación.

La proclamación se verificó en me-

dio del entusiasmo sincero de aquel pueblo en que todos los hombres y mujeres ostentaban sendas escarapelas encarnadas con retratos de Fernando, y cantaban sin interrupción un himno que posteriormente fué durante toda la guerra el canto de los batallones españoles y que decía así, siendo su música la de *La Marsellesa:*

A las armas corred, patriotas,
A lidiar, á morir ó á vencer;
Guerra eterna al infame tirano,
Odio eterno al impío francés
Patriotas guerreros,
Blandid los aceros
Y unidos marchad
Por la patria á morir... ó triunfar
¡A morir... ó triunfar!

Si la poesía y la música tomaron parte activa en aquellas manifestaciones de entusiasmo y alegría de un pueblo libre, la pintura bajo la forma de caricaturas más ó menos ingeniosas también hizo su aparición.

Publicáronse un sinnúmero de estampas en las que aparecía José Bonaparte, tuerto como falsamente le suponía la muchedumbre por haberle visto que siempre usaba un lente que llevaba en la mano, ó con una copa, vestido de rey de baraja, ó de acróbata danzando entre botellas, pues el pueblo sin fundamento alguno, queriendo injuriarle y no encontrando en sus morigeradas costumbres defecto á que agarrarse, lo tildó de borracho.

De todas aquellas láminas groseramente, dibujadas pero que entusiasmaban al pueblo, pues en ellas veía como tomaba forma su pensamiento, sólo una fué notable y digna de pasar á la posteridad por lo intencionado y gráfico de un pensamiento.

Representaba el desfiladero de Roncesvalles y sobre una peña aparecía sentado un mocetón vestido como los soldados andaluces, con el trabuco al brazo y fumando un cigarrillo al cual un soldado francés echando la mano al bolsillo le preguntaba desde lejos en su idioma:

—*Señor; ¿cuánto vale la entrada?*

A lo que contestaba el español:

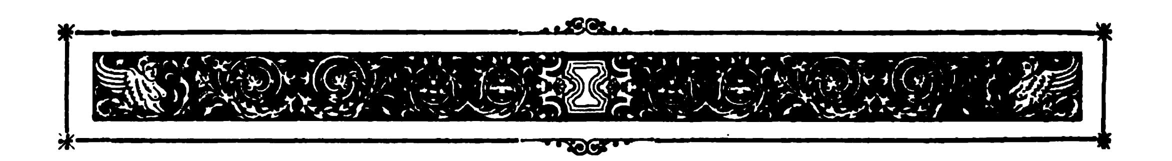
—*Compare, aquí no ze paga la entráa; lo que ze paga er la zalía.*

Entretanto que Madrid se entregaba á tales desahogos, en parte justos y naturales, atendiendo á lo inesperado de aquel cambio de situación que había sufrido, las juntas provinciales criticaban su inacción, pues las divisiones que en ella estaban detenidas y dedicadas á las fiestas, podían muy bien haber hostilizado á José en su retirada, y además sentaban mal tales regocijos cuando centenares de patriotas morían en Bilbao víctimas de su entusiasmo sin tener quien les socorriera.

Las personas sensatas creían también tales regocijos prematuros é improcedentes, pues las victorias recientemente alcanzadas no bastaban á limpiar la península de enemigos; era indudable que éstos volverían en breve con mayores fuerzas á conquistar lo perdido, y más que en fiestas había que pensar en la organización de la defensa nacional que era casi nula.

Victorias como la de Bailén con tan deficientes elementos, no se podían repetir todos los días, pues no bastaba el valor para combatir á enemigos tan aguerridos y disciplinados como los franceses, y para ponerse al nivel de éstos era necesario que el gobierno se preocupara de allegar medios que no tenía.

Era necesario ante todo, la creación de un gobierno nacional que satisfaciera á las juntas de provincia y de esta necesidad nació la Junta Central, de cuya constitución y actos ya hablaremos más adelante, pues sucesos anteriores ocurridos en otros puntos de España y aun de Europa reclaman ahora nuestra atención.



CAPITULO V

1808

Hazañas de los somatenes catalanes.—Segunda expedición de Duhesme contra Gerona.—Desembarcan en Tarragona las tropas de Menorca.—Constitución de la Junta de Cataluña.—Auxilia ésta á Gerona.—Levanta Duhesme el sitio.—La guerra en Portugal.—Derrota de Evora.—Desembarca en Portugal una expedición inglesa.—Sir Arturo Wellesley duque de Wellington.—Derrota de los franceses en Roliza.—Batalla de Vimeiro.—Apurada situación de Junot.—Convención de Cintra.—Rendición de la escuadra rusa del Tajo.—Indignación que produce en Inglaterra la Convención de Cintra.—Interés que Europa siente por España.—Pretensiones de ciertos personajes cerca de nuestros representantes en Londres.—La división española del marqués de La Romana en Dinamarca.—Carácter de este general.—Heroismo del oficial español Fábregues.—Se apoderan los españoles de Nyborg y se embarcan con rumbo á su patria.—Actos de los capitanes Costa y Guerrero.—Situación de España al terminar la primera campaña.—El Consejo de Castilla.—Desavenencias entre las juntas.—Tendencia federal manifestada por la de Galicia.—Se acuerda la formación de una Junta Central.—La catástrofe de Bilbao.—Acción indigna de Cuesta.—Quedan disueltas las juntas provinciales.—Juicios sobre éstas y la nueva autoridad central.

Al mismo tiempo que frente á los muros de Zaragoza recibían los franceses tan duro escarmiento, los esforzados hijos de Cataluña verificaban proezas dignas de alto renombre y completaban el total levantamiento de aquellas regiones contra el extranjero.

Las provincias catalanas estaban contínuamente cruzadas por activos somatenes, que con gran celeridad se trasladaban de un punto á otro, sorprendiendo convoyes ó acuchillando destacamentos franceses, siendo al poco tiempo tan grave el daño que causaban, por ir creciendo de punto su audacia, que los generales extranjeros pusieron especial empeño en destruir aquel enemigo sútil que se les escapaba contínuamente para ir

más lejos á hacer sentir sus efectos.

A principios de Julio, aquellas fuerzas populares proyectaron acometer una empresa de importancia y ayudadas por algunos soldados de la escasa guarnición de Rosas, comenzaron el bloqueo del castillo de San Fernando de Figueras, que en aquella ocasión sólo estaba guarnecido por cuatrocientos franceses.

La osadía de aquellas tropas populares puso en gran apuro á la guarnición francesa, que para ahuyentarlos comenzó á disparar bombas sobre la indefensa Figueras; pero de poco le hubiera valido tan cruel medio, á no llegar en auxilio de la plaza el general Reille, ayudante de Napoleón, que por orden de éste salió de Perpignan con algunas fuerzas y un gran convoy retirándose á su presencia los somatenes.

Convencido este general de que la población de Rosas era la que atizaba el fuego de insurrección en toda la comarca, y deseoso de señalar su entrada en la península con alguna hazaña, intentó el 11 de Julio tomarla por sorpresa; pero sus intenciones no alcanzaron éxito alguno, pues fué rechazado con grandes pérdidas frente á aquella plaza desmantelada y en su retirada se vió incesantemente acosado por los somatenes, mandados por D. Juan Clarós, que especialmente en Alfar le escarmentaron cruelmente.

En tanto esto sucedía al Norte de Cataluña, Duhesme preparaba en Barcelona una expedición contra dicha parte.

El recuerdo de su vergonzosa derrota frente á los muros de Gerona, le perseguía de continuo y deseando vengarse de tal agravio á su fama guerrera, formó un cuerpo expedicionario que constaba de seis mil hombres y un numeroso tren de batir compuesto de todo lo necesario para un largo y completo sitio, y el día 10 de Julio salió de Barcelona con dirección á aquella ciudad.

Duhesme, confiando de sobra en sus fuerzas y con la arrogancia propia de los generales del imperio, que en España trocóse en petulancia ridícula, antes de partir de la capital catalana, dijo, refiriéndose á su expedición sobre Gerona:

—El 24 llego, el 25 la ataco, la tomo el 26 y el 27 la arraso.

Desde los primeros pasos de la expedición, conoció el general francés que ésta no era tan fácil como la pintaba su deseo.

El camino que siguió había sido erizado de obstáculos con anterioridad por los somatenes. Entre Caldetas y San Pol, habían abierto los paisanos grandes cortaduras que dificultaron el paso de los franceses y los pusieron por muchas horas al alcance de los fuegos de una fragata inglesa y de varios pequeños buques españoles que los seguían á lo largo de la costa.

El 19, Duhesme dividió su gente en dos partes haciendo marchar una por el camino de la costa escoltando

el tren de batir y tomando la otra por las asperezas de Vallgorguina.

En ambos caminos fueron fieramente hostilizados los franceses y llegaron á tal grado los peligros que corrieron, que al fin tuvieron que reunirse, y juntas todas las fuerzas marchar sobre Gerona, en cuyas inmediaciones se les reunió Reille con dos mil hombres que traía de Figueras.

Los dos generales se situaron cerca de Gerona, y conociendo sin duda lo difícil que era la conquista de aquella ciudad y esperando la llegada de otros refuerzos, se entretuvieron hasta principios de Agosto, en que comenzaron el asedio, con lo cual principiaron á no cumplirse las jactanciosas promesas que Duhesme hizo antes de salir de Barcelona.

En tanto, en toda Cataluña se completaba el general levantamiento y no quedaba pueblo que no diera su contingente de hombres y armas á la causa de la patria.

A últimos del mes de Junio, se había reunido en Lérida una junta de personas notables del país que asumió la suprema autoridad del principado, y con gran actividad dedicóse á la creación de fuerzas populares (que atendiendo á antiguas tradiciones, tomaron el nombre de *miqueletes*) y á allegar medios para cubrir las necesidades de la lucha.

Un refuerzo de gran importancia acudió en auxilio de los patriotas de Cataluña. La guarnición de la isla de Menorca con su jefe el marqués del Palacio, que desatendiendo las halagadoras propuestas de los franceses de Barcelona y del gobierno de Madrid, se había mantenido fiel á la causa de la patria, desembarcó el 23 de Julio en Tarragona, componiéndose de cerca de cinco mil hombres y llevando gran cantidad de víveres y pertrechos.

La llegada de tales fuerzas, más apreciables aun por componerse de soldados disciplinados é instruidos, dió gran impulso á la causa patriótica en Cataluña y produjo generales entusiasmos. La Junta establecida en Lérida se trasladó á Tarragona y nombrando por su presidente al marqués del Palacio, se instaló el 6 de Agosto con gran solemnidad.

Apenas se verificó tal instalación, dejáronse sentir sus saludables efectos, pues se regularizaron las fuerzas populares, y sujetándose á un centro directivo dejaron de obrar sueltas y sin concierto. Esto, unido al nombramientos de varios hombres idóneos para el mando, como el conde de Caldagués, á quien se puso al frente de la tropa, y el coronel Baguet para jefe de los somatenes, los cuales operaban siempre juntos, produjo el que la guarnición francesa de Barcelona se viera asediada de continuo, afligiéndola todavía más el bloqueo de que era objeto el puerto por dos fragatas inglesas y algunos buques españoles.

El general Lecchi, gobernador de Barcelona en ausencia de Duhesme,

estaba bastante alarmado por el aislamiento en que por mar y tierra le tenían sus enemigos, y este desasosiego creció aún más con la noticia de la toma de Mongat el 31 de Julio, reconquista que llevaron á cabo los somatenes á las órdenes de don Francisco Barceló.

Conociendo la Junta de Tarragona la imposibilidad en que se encontraba Lecchi de reforzar á los sitiadores de Gerona, pues su desconfianza y alarma no le permitían desprenderse de fuerzas, y deseosa al mismo tiempo de auxiliar á aquella plaza asediada, envió en su socorro al conde de Caldagués, con cuatro compañías de tropa de línea que sirvieron de núcleo á una división que llegó á contar diez mil hombres, compuesta de los numerosos somatenes que se agregaron en el tránsito. Al llegar á Hostalrich el conde de Caldagués celebró Consejo de guerra con los jefes de los somatenes, Milans, Clarós y otros, y sin notificar antes á la población de Gerona su llegada ni obrar de concierto con ésta, determinaron atacar á los franceses al día siguiente del en que se acercaron á la plaza sitiada, que fué el 15 de Agosto.

Hemos dejado á Gerona para ocuparnos de los patriotas de Cataluña y su Junta, en el instante que llegaban frente á sus murallas Duhesme y Reille. Constaba el ejército de éstos de unos nueve mil hombres y Gerona tenía por toda guarnición dos mil veteranos, aunque su vecindario estaba tan entusiasmado y dispuesto á la lucha como en el primer sitio.

El ejército francés, á quien hemos visto á pesar de la petulancia primera de Duhesme, detenido é inactivo frente á la heróica ciudad y ocupado con demasiada lentitud en los preparativos de sitio, no intentó hasta el 12 de Agosto ningún ataque formal. En dicho día intimaron la rendición á la plaza, y en vista de que fueron desoídas sus proposiciones, rompieron el fuego á las doce de la noche.

En los días 14 y 15 aumentó el fuego contra Gerona, especialmente del lado de Montjuich, que por ser el principal fuerte, llevaba el mismo nombre que el célebre castillo de Barcelona, y la brecha abierta en sus muros iba cada vez haciéndose mayor y hubiera quedado pronto practicable para los franceses, á no haberla reparado los sitiados con gran presteza.

A pesar del valor y decisión de los geroneses, el estado de la plaza iba ya siendo apurado; pero vino á darles nuevos ánimos el aviso de la proximidad del conde de Caldagués, el cual, después de celebrar un Consejo de guerra, había logrado ponerse en comunicación con los sitiados.

En la mañana del 16 la división de auxilio que dicho conde mandaba, atacó con gran brio las baterías que los franceses habían colocado contra Montjuich; pero era tal el entusiasmo y valor de los sitiados, que antes que los somatenes emprendieran el ataque, ya se habían ellos arrojado fuera de

sus murallas para cargar á la bayoneta mandados por D. Narciso de la Valeta, D. Enrique O'Donnell y D. Tadeo Aldea.

Los valientes de Gerona arrollaron cuanto se opuso á su paso, penetraron luchando cuerpo á cuerpo por las troneras de las baterías enemigas y se apoderaron de los cañones entregando sus montajes al incendio.

El combate se hizo general y duró desde por la mañana hasta bien entrada la noche, siendo tal la furia con que se batieron aquellos bravos españoles, que á pesar de la superioridad que los aguerridos soldados franceses tenían en campo raso sobre nuestros bisoños, se vieron obligados á retirarse apresuradamente no pudiendo llevarse más que una pequeña parte del tren de batir que habían traído para el sitio.

Reille, con sus diezmadas fuerzas, se retiró á Figueras, y Duhesme al tomar la vuelta de Barcelona, huyendo del camino de la marina por temor á las fragatas inglesas que navegaban á lo largo de la costa, se metió por los montes teniendo que abandonar en ellos el resto de cañones y bagajes que hacían más pesada su marcha.

Así terminó la segunda expedición de los franceses contra Gerona y tal resultado tuvieron las jactanciosas baladronadas de Duhesme.

Con tan completa victoria para las armas españolas, dió fin el accidentado período que bien puede llamarse la primera campaña de la guerra de la Independencia, quedando gran parte de España bajo el gobierno de las autoridades populares, reconquistada por nuestros ejércitos y ostentándose las águilas francesas únicamente en algunas provincias de la izquierda del Ebro.

En tanto que tan grandes derrotas experimentaban los ejércitos franceses en nuestra nación, no era mejor su estado en Portugal, de cuyo pueblo tenemos que ocuparnos aunque solo sea á la ligera, por ir en aquella ocasión su suerte íntimamente ligada á la nuestra y ser de gran importancia para la independencia española los resultados que alcanzaran las armas imperiales en el vecino reino.

Ya dijimos como se efectuó el general alzamiento de Portugal al formarse las primeras juntas patrióticas en España. Las juntas que se reunieron en Portugal, imposibilitadas de poder comunicarse y obrando sin un plan determinado, á pesar de sus buenos deseos, no pudieron al principio causar grave daño á los franceses.

La Junta de Oporto recibió dos mil hombres de auxilio que le envió la de Galicia, y con esta fuerza y alguna más que envió la de Extremadura á las órdenes de D. Federico Moreti, promovió el alzamiento de Alentejo que puso en gran alarma á Junot.

Envió éste una fuerte división contra Evora, donde estaba instalada la Junta suprema de la provincia y donde se encontraban acantonadas las fuerzas hispano-portuguesas y salie-

ron éstas á su encuentro en las cercanías de la ciudad, mandando á los españoles el ya nombrado brigadier Moreti y á los lusitanos el general Leite.

El combate se efectuó el 29 de Julio. El ejército compuesto de soldados de las dos naciones improvisados con gran rapidez, no podía ofrecer gran seguridad de triunfo, contra legiones tan aguerridas como las francesas. Rompióse el fuego por ambas partes y á los pocos instantes los paisanos portugueses que formaban el principal elemento de aquel ejército de la independencia, se declararon en desordenada fuga arrastrando tras sí á los soldados de línea, y mientras Leite y los portugueses huyeron hacia la frontera de España, Moreti y sus soldados se introdujeron en la ciudad para defenderla.

Esta ofreció una resistencia más seria. El vecindario y los soldados españoles se batieron con gran furor disputando al enemigo cada palmo de terreno, y sólo terminó el combate cuando el francés se hubo apoderado de las principales calles á costa de mucha sangre. D. Antonio Gallego, que con un valor sin ejemplo capitaneaba á los paisanos, quedó prisionero y el brigadier Moreti, que en aquel día hizo prodigios de heroicidad, cuando vió á Evora en poder de los franceses, se retiró con el resto de sus tropas dirigiéndose á la frontera de Extremadura.

El desastre de Evora y el aspecto que presentó esta ciudad que después de tomada fué pasada á saco, si bien causó alguna impresión á los patriotas portugueses, no impidió que siguieran trabajando en organizar elementos de defensa; pero es indudable que con sus propias fuerzas jamás hubieran logrado arrojar del territorio portugués á los franceses, á no mediar el auxilio poderoso que les prestó la Gran Bretaña.

Ya dijimos que ésta miraba con particular atención todo lo que ocurría en la península ibérica, pues presentía que en ella tenía que empezar á labrarse la sepultura, el hombre que asombraba al mundo.

Las diputaciones que á Londres enviaron las Juntas de Asturias y de Galicia, no pidieron al gobierno británico más auxilio que el de armas, municiones y dinero, pues tenían por innecesario y aun perjudicial el que Inglaterra enviara soldados. El deseo que manifestaban los españoles de no ser ayudados por el ejército inglés, tenía sus dos significados. El primero era hijo del noble carácter nacional, que siempre siente repugnancia por auxilios extraños y que prefiere deberlo todo á su propio esfuerzo aunque le cueste más, y el segundo obedecía á la general opinión que entonces existía de que todo lo que Inglaterra era fuerte y poderosa en el mar, era de débil é inofensiva en tierra, pues se la consideraba como nación tan apta para producir excelentes marinos como malos soldados. Esta idea firme y arraigada en todos, tenía

[illegible] á la desgracia que acompañó Inglaterra en todas cuantas expediciones de desembarco había intentado contra Francia desde principios de la Revolución, pues sus soldados habían ido de derrota en derrota y aun algunas veces cayeron prisioneros en masa.

Como la oposición de España á ser ayudada por las tropas inglesas hubiera podido despertar ciertas susceptibilidades del gobierno británico y los auxilios de éste eran necesarios para la causa de la patria, los diputados asturianos y gallegos en Londres, indicaron que, en caso de querer enviarse alguna expedición militar á la península ibérica, sería conveniente que ésta desembarcara en Portugal, donde prestaría grandes servicios á España, pues entretendría á las fuerzas de Junot.

Admitió la idea el gobierno británico, y la expedición que se estaba preparando desde mucho antes del levantamiento de España y que hay motivos para sospechar que iba dirigida contra Buenos Aires y las demás posesiones que en aquella época teníamos en la América del Sur, se dió á la vela para las costas de Portugal.

Al frente de esta expedición, iba un hombre á quien el destino debía convertir en la segunda figura de aquella época de gigantes, y que en la península ibérica iba á encontrar el escenario donde manifestaría aquel genio que tuvo su apoteosis en Waterlóo. Era sir Ricardo Wellesley, conocido después con el título de duque de Wellington.

Hijo tercero de Gerardo Colley Wellesley, vizconde de Mornington, había nacido en Irlanda en 1769.

Por una extraña coincidencia, Napoleón y Wellington habían nacido en el mismo año y tenían ambos cuarenta años de edad al comenzar la guerra de España, con la diferencia de que en tal época el futuro vencido de Waterlóo estaba en el apogeo de su gloria, y el vencedor apenas si era conocido por la gran mayoría del pueblo inglés.

Wellesley se educó en Inglaterra en el colegio Eton y de éste pasó á Francia para entrar en la «Escuela militar de Angers,» que era en aquella época la que gozaba de más renombre en el mundo. A los diez y ocho años entró el futuro duque de Wellington á formar parte del ejército inglés en clase de abanderado, en 1788 alcanzó el empleo de teniente, en 1791 el de capitán y en 1792 el de mayor.

En 1794 recibió su bautismo de sangre en la desgraciada campaña de Holanda contra los franceses, en la cual alcanzó el despacho de teniente coronel. Su regimiento fué destinado á formar parte del ejército de la India, y allá fué en 1795, encontrando en aquella apartada región lugar á propósito para comenzar á hacer célebre su nombre.

Cuéntase que en aquella guerra sangrienta y difícil contra los indígenas sublevados, tuvo Wellington ese ins-



LORD WELLINGTON.

tante de debilidad y cobardía que parece propio de todos los héroes en los comienzos de su carrera, pues raro es el guerrero ilustre de quien no puede decirse algo de esto. La primera vez que Wellington entró en acción con su regimiento contra los indios, para atacar una fuerte posición que éstos ocupaban, al oir silbar las balas de los enemigos y ver el gran estrago que causaban en los soldados ingleses, el hombre que después había de hacerse notable más todavía que por sus conocimientos militares, por su valor frío, sereno y firme, se sintió acometido por el miedo, palideció, y dando órdenes apresuradamente al regimiento para que se retirara, fué conmovido y agitado á manifestar á su general sir Harric, que era imposible desalojar al enemigo de sus trincheras. Bien es verdad que al día siguiente el futuro héroe, profundamente avergonzado por su cobardía, dominó su sentimiento de conservación, jurando que nunca más conocería el miedo, y sin que mediara orden de su superior, marchó denodadamente al frente de su regimiento contra el bosque fortificado que ocupaban los indios, y tras reñido combate se apoderó de él.

En todas las acciones de guerra en que posteriormente tomó parte, demostró tal valor y pericia, que muy pronto llegó á general, mandando unas veces las tropas inglesas y otras las del Nisau, príncipe de los maratas.

En el sitio que los ingleses pusieron en 1799 á Seringatapan, capital del reino de Maissour, Wellington fué el primero que, espada en mano, saltó los muros al ordenarse el asalto, por lo que fué nombrado gobernador de la plaza, y en el año siguiente, 1800, destrozó totalmente á Hondiah-Wangh, caudillo que, al frente de cinco mil hombres, había invadido los territorios de la poderosa Compañía de las Indias.

Uno de los jefes indios más temibles era Seindiah, especie de guerrillero tan astuto y cauteloso como valiente, el cual, valiéndose de la ligereza de sus tropas, cansaba á los ingleses cuando le perseguían y les atacaba con éxito así que los veía descuidados. Las autoridades inglesas de la India buscaban un general que pudiera competir con tan temible enemigo y vencerle, y lo encontraron en Wellington, que en 1803 recibió este encargo, y después de una continua é interminable persecución en que la astucia de un caudillo se estrellaba contra la tenacidad impasible del otro, logró alcanzar á Seindiah el 23 de Setiembre en Asriye (Deccan) y á pesar de que no tenía más que siete mil hombres que oponer contra los los diez mil infantes mandados por oficiales europeos, cuatro mil caballos y cien piezas de artillería que llevaba el marata, consiguió derrotarlo por completo después de una sangrienta y porfiada lucha, en la que el joven general inglés perdió una tercera parte de sus tropas y fueron muertos dos de los corceles que montaba.

La victoria de Argamu que Wellington alcanzó contra todos los insurgentes reunidos, hizo que terminara la guerra, pues Seindiah y los demás caudillos, se sometieron al gobierno inglés, atemorizados ante el genio militar de aquel joven. La pacificación de la India valió á Wellington el honor de que la población de Calcuta le erigiera un monumento y que el gobierno de la Gran Bretaña le premiara con el título de general del ejército inglés y le invistiera con el cordón de la tan apreciada Orden del Baño.

En 1806 volvió Wellington á Inglaterra y los electores de Newport (isla de Wight) le enviaron diputado á la Cámara de los Comunes, en donde se afilió al partido que capitaneaba el ilustre Pitt, que era el de todos los militares. En dicha época se casó con miss Pakenham, joven irlandesa hermana del conde de Longfort y cuando Fox y Grenville cayeron del poder, fué nombrado secretario de Estado de Irlanda, cargo en el que no permaneció mucho tiempo, pues al declarar Inglaterra la guerra á Dinamarca, sir Arturo fué agregado á la expedición que mandaba lord Cauthcar. El mandó las tropas en la acción de Kioge, que terminó con la derrota del general dinamarqués Linsmar, y después del sitio y bombardeo de Copenhague, fué el encargado de pactar con los enemigos las condiciones de rendición de la capital.

Al terminar la campaña de Dinamarca, pasó otra vez á Inglaterra y entonces fué cuando el gobierno le encomendó el mando de la expedición que debía partir para las costas de Portugal. Sir Arturo no era en aquella época más que un general relativamente joven, que si bien hacia concebir algunas esperanzas, á nadie hacia presentir que en él residía el héroe que sabría herir en la cabeza, al terror de Europa. Sus hazañas de la India le daban para muchos cierto carácter de paladín fabuloso; pero los más creían que el que tan rápidamente había sabido derrotar á los indios, no tendría igual suerte en Europa, tratándose de combatir con táctica reglamentaria á ejércitos disciplinados.

Wellington al marchar para Portugal, tenía, como ya hemos dicho, cuarenta años. Su físico era propio para causar impresión á los soldados, pues tenía una figura casi gigantesca al par que esbelta y gallarda. Su cara era larga, lo mismo que la nariz, sus ojos azules tenían cierta vaguedad soñadora en el mirar, aunque todo lo examinaban con disimulado interés, su boca era pequeña y bien formada, llevaba el rostro siempre cuidadosamente afeitado y su cabeza redonda y hermosa, terminaba con un empinado mechón de pelo en forma de tupé. El ardiente sol de la India había dado un tinte bronceado á su rostro y únicamente la parte de la frente resguardada por el sombrero conservaba la primitiva blancura de la piel. Aquel rostro hermoso y sereno como el de

una estatua griega, sólo tenía un detalle vulgar y ridículo y era el subido arrebol que de continuo coloreaba la nariz, siendo esto debido al constante abuso de las bebidas alcohólicas tan común entre los ingleses.

La parte más atrayente de la personalidad física de sir Arturo, era su voz sonora y siempre igual que entusiasmaba al soldado, pues entre los rugidos de la metralla y cuando muchas veces los que le rodeaban caían al suelo muertos ó heridos, se dejaba oir tranquila, firme y natural sin que delatara la menor impresión ni de coraje ni de debilidad, y como si resonara bajo el techo de un palacio de Londres en el momento de alegre fiesta.

La impresión que producía la presencia de Wellington,—según dicen los que le conocieron,—empezaba por ser agradable, para acabar por convertirse en simpática y cariñosa.

La expedición puesta á su mando, constaba de diez mil hombres bien provistos y equipados y con ella se dió á la vela el 12 de Julio del puerto de Cork. Al llegar los buques á la altura de las costas de España, enderezaron su rumbo á la Coruña donde desembarcó Wellington el día 20, para repetir el ofrecimiento de su auxilio á la Junta de Galicia, siguiendo sin duda con este acto las instrucciones que había recibido de su gobierno antes de partir.

A pesar de que dicha Junta andaba por entonces muy atribulada con la reciente derrota de Rioseco, se negó rotundamente á aceptar tal ofrecimiento, fundándose sin duda para ello en las mismas razones que los diputados españoles en Londres, y únicamente accedió á recibir socorros de dinero y municiones y á repetir que el sitio donde los ingleses debían dirigir sus armas, era á Portugal.

Volvió á embarcarse Wellington, y poniéndose de acuerdo con sir Carlos Cotton, que mandaba el crucero frente á Lisboa, determinaron echar la gente á tierra en la bahía de Mondego que era el fondeadero más cómodo y seguro de toda la costa.

La situación de Portugal en el momento que hacían en él su aparición las armas inglesas, no hacía concebir grandes esperanzas de triunfo.

El pueblo y las clases más ilustradas eran enemigos de los franceses y deseaban luchar por arrojarlos del suelo lusitano; pero en cambio ciertas instituciones, y en especial el clero, que con todas las situaciones se encontraba conforme con tal de que se le atendiera y pagara, mostraban una desmedida afición á los invasores hasta el punto de que el cabildo de Lisboa había anunciado á los portugueses que incurrirían en pecado mortal y que quedaban amenazados con excomunión mayor todos los que trabajaran contra los soldados del emperador é hicieran armas en perjuicio de ellos.

Aquella adhesión á los franceses de clases que ejercían general influencia sobre un pueblo ignorante y fanático,

hubiera sido fatal para la independencia portuguesa, pues poco á poco la maléfica influencia de aquéllos hubiera muerto en las masas el espíritu de insurrección; pero afortunadamente llegó á tiempo la intervención de los ingleses.

Apenas desembarcó Wellington, recibió la noticia de que pronto se le unirían las fuerzas que, al mando del general Spencer, estaban en Jerez y Puerto de Santa María, y diez mil hombres procedentes de Suecia al mando de sir Juan Moore, con lo cual el ejército inglés en Portugal alcanzaría á un total de treinta y tres mil combatientes. Pero para desgracia de Wellington le llegó al mismo tiempo la noticia de que él, como general más joven, quedaría sin el mando superior y que se encargaría de éste el hasta entonces gobernador de Gibraltar sir Hew Dalrymple, á quien recomendaba para Inglaterra el ser antiguo amigo de nuestro Castaños, teniendo por segundo á sir Harri Burrard.

Wellington, pesaroso de que se le hubiera enviado al teatro de la guerra para reemplazarle inmediatamente sin darle tiempo de que mostrara sus sobresalientes facultades, se apresuró á operar animado por la noble ambición de lograr gloria antes de ser destituido.

Apenas se le reunió Spencer en los primeros días de Agosto y se encontró al frente de trece mil trescientos infantes, doscientos caballos y diez y ocho piezas de artillería, se dirigió á Leiria para unirse con el general portugués Freire y marchar juntos sobre Lisboa, pues deseaba jugar el todo por el todo dando su primer golpe al enemigo en la cabeza.

Cuando se avistó con Freire, éste no quiso abandonar la comarca que ocupaba por no dejar descubierta á Coimbra, á la que amenazaba el general Loison, que después del saqueo de Evora se había trasladado á Thomar; pero á pesar de esta contrariedad Wellington, siempre animado por la idea de dar un golpe decisivo al enemigo, siguió adelante, llegando el día 15 á Caldas.

Junot se alarmó con aquel audaz avance del general inglés, y reuniendo á toda prisa las fuerzas que tenía dispersas, aunque con el pesar de que Siniavin, el almirante de la escuadra rusa surta en el Tajo, no cooperase á sus planes, y dejando á su espalda á Kellerman para que le cubriera la retirada, situándose en las alturas de Almada, cerca de Setubal, salió en busca del enemigo.

Cuando Junot llegó á Torres Vedras, se encontró con que el general Delaborde, que había enviado delante para contener á los enemigos en su marcha, acababa de ser derrotado por Wellington en Roliza, pues éste le obligó á presentar la batalla. La acción había sido reñida, llegando á ser muy numerosas las pérdidas de ambas partes y quedando Delaborde herido; pero al fin la victoria se decidió por

los ingleses, ocurriendo en aquella ocasión el primer triunfo terrestre de los ingleses sobre Francia, en la larga guerra que sostenían con ésta desde los principios de la Revolución.

En Roliza perdieron los franceses seiscientos hombres; pero lo más sensible para ellos, fué el que quedaba desvanecido para siempre su renombre de invencibles, que tanto imponía á los portugueses.

Junot no tenía á sus órdenes más que doce mil infantes, mil quinientos caballos y veintiseis piezas de artillería, lo que le hacía inferior á Wellington, que acababa de recibir un refuerzo de cuatro mil hombres. El general inglés, que conocía las grandes ventajas que llevaba sobre su enemigo y que no desistía de su audaz movimiento sobre Lisboa, quería seguir el áspero camino de Mafra para de este modo hacer desaparecer la ventaja que el enemigo tenía en caballería, (pues él apenas si contaba con más allá de cuatrocientos jinetes entre ingleses y portugueses), é interponiéndose entre el enemigo y la capital, coger á Junot por la espalda; pero Burrard, el segundo del futuro general en jefe, que por desgracia acababa de llegar á las aguas portuguesas, se opuso rotundamente á tal plan, sin alegar para ello ninguna razón aceptable.

Por fortuna para Wellington, Junot, que sabía que de un momento á otro se engrosaría el ejército inglés con once mil hombres que estaban próximos á desembarcar á las órdenes de Moore, creyó conveniente tomar la ofensiva y atacar al general británico en sus posiciones de Vimeiro.

Entablóse la batalla el 21 por la mañana, con gran ardor por ambas partes. Los regimientos franceses mandados por Loison y Delaborde, acometieron con gran arrojo las posiciones de los ingleses; pero sus esfuerzos se estrellaron ante la impasible serenidad y la firmeza de éstos, alcanzando igual éxito la reserva al mando de Kellerman que acudió en su auxilio.

Después de tres horas de sangriento y porfiado combate, los franceses se declaron en retirada con la pérdida de mil ochocientos hombres y trece cañones, siendo heridos los generales Solignac, Brenier y el ilustre Foy.

Los ingleses que quedaron dueños del campo, sólo perdieron ochocientos hombres entre muertos y heridos, y lograron el triunfo, no metiendo en acción más de una mitad de las tropas. Wellington, que comprendió todo el alcance de su victoria, quiso sacar de ésta todo el fruto posible persiguiendo tenazmente al enemigo hasta Lisboa, pero Burrard, que había desembarcado durante la batalla y presenciádola como espectador, al terminar tomó el mando que le pertenecía en ausencia de Dalrymple, y llevado de la envidia, se negó á perseguir al enemigo para empequeñecer de este modo el triunfo de su rival.

Merced á tan censurable resolución, Junot pudo retirarse á Torres Vedras

con su derrotado ejército y allí reunió un Consejo de guerra para determinar qué debía hacerse en las cercanas circunstancias que iban á ser críticas, pues los ingleses estaban próximos á recibir un considerable refuerzo y además era de temer que, animado por las derrotas del ejército francés, el país se levantara en armas por completo.

Efectivamente, la situación de los franceses después de las derrotas de Roliza y Vimeiro, era bastante desesperada. Lisboa estaba débilmente guarnecida y de un momento á otro iba á sublevarse, presentar otra batalla á los ingleses era exponerse á una derrota cierta y pasar la frontera y unirse al ejército de José en España, era imposible, pues éste después de la batalla de Bailén estaba á la otra parte del Ebro.

En tan gran apuro, los generales franceses optaron unánimemente por proponer á los ingleses la evacuación de Portugal y comisionaron á Kellerman para que expusiera esta idea en el campo enemigo.

Dalrymple que había llegado ya al campamento inglés y tomado el mando supremo, accedió inmediatamente en principio á la proposición y se convino por ambas partes un armisticio que debía ir seguido por un tratado definitivo que tuviera por base principal los tres siguientes artículos: 1.° Que el ejército francés evacuaría á Portugal siendo trasportado á Francia con toda su artillería, armas y bagajes por la marina británica; 2.° Que á los portugueses y franceses avecindados no se les molestaría por su anterior conducta política pudiendo salir del territorio portugués con sus haberes en cierto plazo; y 3.° Que se consideraría neutral el puerto de Lisboa durante el tiempo necesario y conforme al derecho marítimo á fin de que la escuadra rusa diese la vela sin ser á su salida incomodada por la británica.

Durante el tiempo que se tardara en ajustar el tratado definitivo, se estableció un límite divisorio para ambos ejércitos, conviniéndose en que si llegaba el caso de romperse las hostilidades, se avisarían mútuamente con cuarenta y ocho horas de anticipación. Muy próximos estuvieron varias veces franceses é ingleses de que esto se realizara, pues el tratado tropezó con muy serias dificultades.

El almirante inglés Cotton, que navegaba frente á Lisboa, se negó á respetarlo y dejar salir del Tajo la escuadra rusa, y el general Freire en nombre de Portugal, se lamentaba enérgicamente de que en el convenio no figurara para nada ni su ejército, ni tan siquiera el regente ó la Junta de Oporto que él representaba.

Agobiado Dalrymple por tales reclamaciones, anunció á Junot que quedaban rotas las negociaciones y que iba á marchar con su ejército sobre Lisboa donde ya aquél se encontraba.

Junot para aumentar sus fuerzas, pidió á Siniavin, el almirante ruso, que le auxiliara con los seis mil hom-

bres de infantería de marina que llevaba en su escuadra; pero éste se negó ofendiendo con tal negativa al general francés, que justamente por su empeño de salvarle con sus buques, había consentido en que se rompiera el tratado próximo á ajustarse.

La tremenda ingratitud del almirante ruso y más que esto la actitud alarmante en que cada vez más se presentaba el pueblo de Lisboa, hicieron desistir á Junot de sus intentos de resistencia y como Sinaivin con su conducta se había descartado de las negociaciones, desapareciendo con él el obstáculo más principal, le fué fácil reanudar las relaciones rotas con los ingleses y terminar el convenio que recibió en adelante el título de *Convención de Cintra,* por haberla ratificado en esta población el general inglés Dalrymple.

En el convenio que redactaron Kellerman por parte de los franceses y Murray por los ingleses, convínose en que aquellos sólo podrían llevarse seiscientos de sus caballos, que sus amigos avecindados en Portugal únicamente quedaban facultados para extraer su peculio en mercancías y que los imperiales harían entrega de los tres mil quinientos soldados españoles que tenían en sus pontones, comprometiéndose en cambio el general británico á alcanzar que las juntas españolas hicieran entrega de los súbditos franceses que no fueran prisioneros de guerra.

La Convención de Cintra que en realidad era vergonzosa para un ejército que después de vencer á sus enemigos se dejaba imponer por éstos tales condiciones, produjo en las tres naciones que tomaban parte en la lucha, un disgusto general.

Portugal se quejó agriamente de que se hubiera prescindido de su gobierno, siendo así que en ella estaba el teatro de la guerra, y en España fueron generales las censuras contra los ingleses que no habían sabido sacar de la batalla de Vimeiro igual fruto que los nuestros habían logrado en la de Bailén, llegando á tal grado el desprecio que se sintió por Dalrymple, que todas las juntas, á excepción de la de Extremadura, se negaron á hacer entrega de los súbditos franceses prisioneros de que hablaba el tratado.

Pero donde mayor se manifestó la indignación y más grandes las protestas, fué en Inglaterra.

Los periódicos aparecieron orlados de negro, en muestra de duelo nacional y á tal punto llegaron los insultos contra Dalrymple, Burrard y Wellington, que un diario popular publicó un grabado que representaba á los tres generales colgando de una horca y aconsejó al gobierno que les hiciera sufrir tal suerte para desagravio de la patria. Las corporaciones públicas elevaron enérgicas protestas al Parlamento, distinguiéndose entre todas el cuerpo municipal de Londres, que calificó la Convención de Cintra como el tratado más afrentoso para la nación británica.

El gobierno inglés obedeciendo al respeto que siempre inspira en aquella nación la opinión pública, sometió la conducta de sus tres generales á un juicio, y si bien salieron de él todos absueltos, únicamente Wellington logró justificarse ante la nación, pues todos vieron en él al caudillo que había producido la primera parte ó sea el triunfo y la más gloriosa, pero que en la segunda no había tenido más remedio que someterse á las órdenes de sus superiores.

La escuadra rusa surta en el Tajo, ajustó por su parte una capitulación con sir Cotton, el almirante inglés, por la cual las tripulaciones debían ser conducidas á su patria por buques británicos, quedando los navíos en depósito en los astilleros ingleses hasta seis meses después de la fecha en que Rusia volviera á aliarse con la Gran Bretaña contra Napoleón.

El cumplimiento de la Convención de Cintra, tropezó en Lisboa con grandes dificultades. La escasez de buques ingleses en aquellas aguas, dificultó el transporte á Francia de los rendidos, tanto que Junot estuvo detenido en la capital portuguesa hasta mediados de Setiembre, rodeado de peligros continuos, pues la efervescencia que reinaba en el pueblo hacía esperar tropelías y venganzas lo que únicamente se pudo evitar por la vigilancia y cuidado de los ingleses. Por fin el general francés pudo embarcarse en medio del entusiasmo loco de los portugueses, y tras una larga y penosa travesía, llegar á las costas de Francia con siete mil hombres menos de los que había llevado á Portugal.

La alegría de los portugueses al ver libre de enemigos su territorio, se hizo todavía mayor al restablecer los ingleses el 18 de Setiembre, de orden de su gobierno, al príncipe don Juan como regente del reino.

Los triunfos alcanzados contra los franceses primeramente por las armas españolas y después por las inglesas, habían atraído la atención del mundo entero sobre la península ibérica. Aquellos ejércitos, hasta entonces invencibles, quedando derrotados por el pueblo español, mal armado y casi sin organización, eran un espectáculo novelesco para las cabezas soñadoras del Norte, que siempre habían mirado nuestro país como la patria de los romances heroicos y las hazañas caballerescas.

En Inglaterra el entusiasmo por España llegó á una altura inconmensurable. Las románticas ladys se interesaban por todas las cosas de España, y querían conocer las vidas de aquellos esforzados guerrilleros que ya comenzaban á darse á conocer y á los que ellas comparaban con todos los paladines de sus baladas y tradiciones, y los jóvenes nobles que antes distraian su aburrimiento con las más extrañas diversiones, se sentían entusiasmados por el ejemplo de aquella nación tan esforzada, y muchos de ellos partieron para España con objeto de tomar parte en la lucha.

Los diputados españoles de las juntas de Asturias y Galicia, á los que se habían unido á principios de Julio los de la de Sevilla, siendo éstos el teniente general D. Julián Ruiz de Apodaca y el mariscal de campo D. Adrián Jácome, eran objeto de las más delicadas atenciones, y vivían tan íntimamente unidos con los ministros británicos, que más que comisionados extranjeros parecían individuos del gobierno.

Aunque Inglaterra tácitamente había convenido apenas llegaran los enviados de Asturias en auxiliar la causa española, parecióle que tal decisión debía ser ratificada con algún acto solemne, y en 4 de Julio publicó el rey Jorge III una declaración, en la que se manifestaba que quedaban renovados los antiguos vínculos de amistad que unían á la nación inglesa con España.

El deseo que reinaba en las islas británicas de auxiliar la causa española y de tomar parte en aquella sublime lucha, no se circunscribía solamente á los ingleses, pues que los extranjeros, y entre ellos personajes importantes, llamaban la atención de nuestros comisionados con peticiones y ofrecimientos.

El general Dumoriez, ilustre militar que fué el maestro de todos los grandes capitanes de la Revolución francesa y cuyos conocimientos le hacían superior aun al mismo Napoleón, se ofreció diversas veces á nuestros representantes para ponerse al frente de los ejércitos españoles y combatir á sus mismos compatriotas, asegurando que su nombre y su prestigio serían suficientes para derribar á Bonaparte; pero su demanda no fué atendida, porque mal podía servir á una nación extraña el hombre incomprensible que había hecho traición á su patria después de alcanzar la victoria de Valmy.

También el entonces conde de Artois, que después fué rey de Francia con el nombre de Carlos X, se ofreció á los españoles para lidiar por su causa, pues veía en nuestra patria el gigante que debía derribar al enemigo de su linaje; pero sus pretensiones alcanzaron el mismo éxito que las de Dumoriez, tal vez porque se juzgaba de poco valer la espada de un Borbón, familia cuya cobardía es tradicional, y menos las de un príncipe que ahora se mostraba animado de belicosos sentimientos, mientras que algunos años antes se había negado á ponerse al frente de aquellas bandas tan imbéciles como fanáticas de la Vendeé, que con un arrojo sin límites buscaban la muerte batiéndose con los ejércitos de la Revolución por ser esta enemiga de los reyes y de los curas.

Al mismo tiempo que por estas solicitudes, nuestros comisionados eran importunados con otras que bien pueden calificarse de extrañas y ridículas.

Aquellos Borbones destronados que no podían vivir sin ser *pastores* de algún pueblo, como decían en su hipócrito lenguaje paternal y que veían

por entonces imposible el reconquistar el trono francés, fijaron sus ojos en el de España, y el que algunos años después debía ser Luis XVIII de Francia, manifestó á nuestros diputados que, como jefe de la dinastía de Borbón, hacía valer sus derechos á la corona española para el caso en que desaparecieran los herederos directos de Felipe V.

Los diputados españoles contestaron encogiéndose de hombros ante tan estemporánea pretensión, pero pronto se vieron importunados por otra igual que les formuló el príncipe de Castelcicala á nombre de su amo Fernando IV, rey de las dos Sicilias. A pesar de la sequedad con que contestaron los comisionados, no se desanimó el siciliano, pues envió á Gibraltar á su hijo el príncipe Leopoldo y al duque de Orleans, los cuales, con sus ocultos manejos, sólo lograron por medio de gente pagada hacer correr por Sevilla el rumor de que sería conveniente nombrar una regencia española compuesta por dicho príncipe, el arzobispo de Toledo y el revoltoso conde de Montijo, idea que fué acogida por todos con desprecio.

Mientras nuestros comisionados eran importunados con tales demandas, maduraban el plan sublime de salvar á algunos miles de españoles que estaban en poder de Napoleón, proporcionando con esto nuevos soldados á la patria. Al mismo tiempo que trabajaban por lograr cada vez de la Inglaterra mayores envíos de armas y pertrechos á España, tenían su vista fija en el norte de Europa, y buscaban el medio de salvar la división española que estaba en Dinamarca á las órdenes del marqués de la Romana.

Aquellas tropas españolas que ascendían á catorce mil hombres y que constituían la flor de nuestro ejército, habían salido de España en Marzo de 1807 en virtud de la alianza ofensiva y defensiva que Carlos IV tenía establecida con Napoleón y para ayudar á éste en sus empresas del norte de Europa. Aquella fué una de las mejores maniobras del emperador, para despojar de sus mejores fuerzas á la nación de que intentaba apoderarse.

A la división que salió de España se unieron las tropas que guarnecían Etruria cuando en ésta reinaba la hija de Carlos IV, y al comenzar á manifestarse la Revolución española, Napoleón, temeroso de que llegara á ellas la noticia de lo que ocurría en su patria, las acampó en las costas de Dinamarca, rodeándolas con su ejército para evitar que se sublevaran.

La empresa de salvar aquellas tropas y hacerlas volver á España, era casi imposible y sólo imaginaciones fogosas y corazones tan esforzados como los españoles, podían acometerlo. «Hubiérase achacado á desvarío pocos meses antes,—dice Toreno,—el figurarse siquiera que aquellas tropas á tan gran distancia de su patria y rodeadas del inmenso poder y vigilancia de Napoleón, pisarían de nuevo el suelo español burlándose de precau-

ciones y aun sirviéndoles para su empresa las mismas que contra su libertad se habían tomado.»

Gran parte de las tropas expedicionarias españolas habían peleado con gran valor en el sitio de Stralsunda, á las órdenes de Bernadotte; pero así que Napoleón comenzó la cobarde invasión de España, con pretexto de una próxima expedición contra Suecia, las aisló acampándolas divididas en las costas danesas, y creyéndolas de este modo seguras, pues á su frente tenían el mar y detrás el ejército francés.

Este movimiento se ejecutó en Marzo de 1808. La vanguardia de la división española cruzó el pequeño Belt y desembarcó en Fionia, pero no pudo ir más adelante, porque la aparición de la escuadra inglesa le impidió atravesar el gran Belt é ir á Zelandia, lo que únicamente lograron los regimientos de Asturias y Guadalajara que, embarcándose de noche y cautelosamente, llegaron á este último punto donde se establecieron.

El resto de las tropas españolas detenido en el Sleswig, se derramó por las islas de Langeland y Fionia y la península de Jutlandia.

En aquellas apartadas regiones los españoles vivían en el mayor aislamiento, y solo muy de tarde en tarde recibían sólo cartas insignificantes, pues el gobierno francés interceptaba todas aquellas que hablaban de los sucesos ocurridos en España.

Esta carencia de noticias, verdaderamente sospechosa, comenzaba á alarmar á los soldados españoles que todavía se mostraban más inquietos al reconocer que desparramados los regimientos y entre el mar y el ejército francés, más propia era la posición que ocupaban de prisioneros que de aliados.

Cuando más grande era el sobresalto y las sospechas de aquellos españoles, llegó en el mes de Junio un despacho del ministro D. Mariano Luis de Urquijo en que se ordenaba que el ejército prestara juramento de obediencia al nuevo rey de España José I, con la advertencia final «de que se diese parte al gobierno si había en los regimientos algún individuo tan exaltado que no quisiera conformarse con aquella soberana resolución, desconociendo el interés de la familia real y de la nación española.»

A tal comunicación no acompañaba carta ni pliego alguno de España y esto fué lo que acabó de hacer comprender á todos que algo grave ocurría en aquélla por cuanto los franceses interceptaban las cartas.

El 24 de Junio escribió Bernadotte á La Romana quejándose de su tardanza en hacer que sus tropas prestaran juramento de fidelidad al nuevo rey de España, y este empeño del mariscal francés acabó de exasperar á nuestras tropas.

Jefes y oficiales miraban ya con el mayor recelo su situación y se mostraban dispuestos á salir de ella por cualquier medio, pero especialmente los soldados eran los que se mostraban

más agitados y dispuestos á romper abiertamente con los franceses, pues la carencia de noticias de la patria en que vivían desde hacía algunos meses los tenía tan alarmados que hasta murmuraban de sus superiores sospechando en ellos una complicidad con los imperiales que estaba lejos de existir.

En Fionia al pasar revista los regimientos de Almansa y la Princesa, salieron de las filas gritos de *¡viva España!* y *¡muera Napoleón!* y los de Asturias y Guadalajara que estaban acantonados en Zelandia, se declararon en abierta insurrección hasta el punto de dar muerte á bayonetazos al ayudante del general francés Fririon, y si éste pudo salvarse fué debido solamente á que el coronel del primero de dichos regimientos le escondió en su casa.

Rodeados los sediciosos españoles por las tropas danesas, fueron desarmados quedando como prisioneros.

En tanto, el grueso del ejército español procedía al juramento de reconocer á José I por rey de España, pero la mayor parte de los oficiales juraron fidelidad al nuevo soberano con la condición de que éste hubiera subido al trono sin la oposición del pueblo español.

A pesar de que tal como deseaba el gobierno intruso de Madrid, nuestras tropas en Dinamarca habían jurado fidelidad al nuevo orden de cosas, el gobierno francés vigilaba cada vez con atención más creciente el ejército de La Romana, porque conocía que en él latían ocultas intenciones nada tranquilizadoras.

Sin duda para que se desconocieran estas sospechas y poder trabajar con más seguridad, el general en jefe marqués de la Romana envió una carta á José I bastante lisonjera, reconociéndole como rey de España, y otra á Bernadotte escrita al mismo tenor. Contradictoria resulta esta conducta de dicho general con la que debía seguir poco después, pero hay que tener en cuenta la situación especial y rara en que se hallaba colocado y más que todo su carácter que pecaba de irresoluto y poco lógico en el obrar.

El marqués de la Romana que estaba destinado á figurar bastante en nuestra guerra de la Independencia, bien merece una breve noticia de su vida y especial carácter.

Había nacido en Palma de Mallorca, siendo hijo de una de las principales familias de las islas Baleares y se llamaba D. Pedro Caro y Sureda. En la época que mandaba el ejército español de Dinamarca, tenía cuarenta y seis años de edad, era de pequeña estatura, pero de fuerte complexión y había acostumbrado su cuerpo á toda clase de fatigas y abstinencias. Primeramente perteneció á la marina real, pero al empezar en 1793 la guerra contra la República francesa, pasó al ejército de Navarra que mandaba su tío el general D. Juan Ventura Caro, y trasladándose en la siguiente campaña á Cataluña ascendió á general por su

valor y conocimientos. Poseía una ilustración vastísima no sólo militar sino literaria, sabía bastantes lenguas y había viajado mucho por Europa, condiciones todas que en 1807 le presentaron como el general más capaz para mandar la expedición española al Norte.

Al lado de tales facultades tenía los defectos de ser algo débil de carácter y extremadamente distraído, pues se olvidaba de las cosas más importantes y muchas veces cometía actos impropios de su cargo y situación.

Afortunadamente para su nombre y para los intereses de la patria, en Dinamarca tuvo más entereza que de costumbre y no se distrajo ni un solo instante de su noble idea de volver á España las tropas que tenía á sus órdenes.

Mientras él buscaba en vano el medio de conseguir su deseo, otros trabajaban por sacarle de tal situación. Desde que á principios de Junio llegaron á Londres los diputados de Asturias y Galicia, se ocuparon de aquel ejército y enviaron á La Romana cartas y emisarios que por las precauciones de los franceses nunca pudieron llegar á su destino, pero cuando desembarcaron en aquella capital los enviados de la Junta de Sevilla, Apodaca y Jácome, convinieron en que el secretario de éstos, el oficial de marina D. Rafael Lobo que era tan capaz como entusiasta para desempeñar una comisión de tal clase, fuera á comunicarse con los de Dinamarca. El gobierno inglés proporcionó un buque de guerra para el viaje de Lobo, y el 4 de Agosto llegó éste al gran Belt, en donde estaba apostada parte de la escuadra inglesa del Norte.

El buque que montaba D. Rafael Lobo se colocó frente á las islas dinamarquesas y dicho oficial se valió de un sinnúmero de medios para hacer conocer su presencia á los españoles; pero todo fué en vano porque los franceses estaban prevenidos y no era posible desembarcar en ningún punto sin caer inmediatamente prisionero.

Ya empezaba Lobo á perder la esperanza, cuando el arrojo de un oficial español facilitó la ansiada comunicación.

Un brioso oficial del batallón de voluntarios de Cataluña llamado don Juan Antonio Fábregues, fué comisionado por sus jefes para llevar algunos pliegos desde Langeland á Copenhage, y cuando después de realizada la comisión volvía á su punto de partida, en vez de hacer el camino por tierra y tal vez con el intento de escaparse, se dirigió á un apartado paraje de la costa donde se ajustó con dos pescadores para que le condujeran en su barca. En la travesía, divisó fondeados á cuatro leguas de la costa tres navíos ingleses, y al reconocer su nacionalidad, tiró del sable y con ademán imperioso ordenó á los dos pescadores que se resistían, que hicieran rumbo hacia aquellos. Arredrado por aquella impetuosa é inesperada actitud de Fábregues, su asistente que

le acompañaba abrió las manos dejando caer un fusil al fondo de la barca y ya se había apoderado de él uno de los marineros con el intento de hacer fuego sobre el oficial, cuando éste que no había perdido su serenidad, lo desarmó dándole un fuerte sablazo en las manos. Aterrados los dos daneses por la fiera actitud de Fábregues, le condujeron á los buques ingleses y júzguese cual sería la sorpresa del joven oficial, cuando al saltar á la cubierta de uno de ellos, se encontró con Lobo el comisionado de los diputados españoles.

Como en tales momentos el tiempo es precioso, Lobo enteró á toda prisa al oficial de voluntarios de todo lo ocurrido en España durante su ausencia y al cerrar la noche, el último, despreciando los riesgos que pudiera correr, cargó con toda la correspondencia para el Estado mayor del ejército español y metiéndose con su asistente en un bote inglés, desembarcó en la costa de Langeland. Apenas llegó, avistóse con el comandante de su batallón para relatarle todo lo ocurrido, y éste disfrazándolo para que no fuera conocido de los franceses, lo envió á Fionia donde estaba La Romana, para que personalmente le diera cuenta de su trascendental aventura.

Apenas La Romana y su Estado mayor conocieron lo ocurrido á Fábregues y éste les repitió las tremendas noticias de España que le había comunicado Lobo, decidieron inmediatamente el embarque de las tropas, conviniéndose para ello secretamente con los ingleses.

La operación no era realmente tan fácil como á primera vista parecía, tanto por estar las tropas muy separadas unas de otras, como porque los franceses andaban más recelosos que nunca á causa de que no les era desconocida la visita de Fábregues á la escuadra inglesa.

Los españoles dieron principio á la operación que tenían concertada, enseñoreándose de la isla de Langeland y arrojando de ella á la guarnición francesa. Siguió adelante el plan y La Romana el 9 de Agosto, con algunos regimientos se apoderó de la ciudad de Nyborg, que era muy importante para el caso, tanto por la comodidad de su puerto para el embarque como por poder en ella defenderse los españoles contra los tres mil dinamarqueses y las fuerzas francesas que estaban cerca. En el mismo día las fuerzas españolas residentes en Swendborg y Faaborg, se embarcaron en lanchas para Langeland y llegaron á este punto sin tropiezo.

Más difícil fué la operación de reunión para el regimiento de infantería de Zamora acantonado en Fredericia. Mandaba en este punto como comandante general, el segundo de La Romana, D. Juan de Kindeland, que era uno de los muchos extranjeros puestos al servicio de España y que mientras aparentó ante sus soldados que estaba conforme con el plan de huida y aun

para hacerlo creer más, embarcó su equipaje, dió aviso ocultamente á los franceses de cuanto ocurría y sospechando que su traición iba á descubrirse, se escapó de su casa por una puerta falsa.

Los soldados de Zamora, al conocer la traición, se consideraron perdidos, pero prefiriendo morir antes que quedar prisioneros de los franceses, tomaron las armas y pasando á Middlefahrt se dirigieron á Nyborg, después de caminar sin descanso alguno veintiuna horas, andando en este tiempo algo más de diez y nueve leguas españolas. Aquella marcha prodigiosa hace la mayor apología de la tradicional ligereza de nuestra infantería en los momentos de compromiso.

Advertidos los franceses por el traidor Kindelan de cuanto ocurría, y teniendo tomadas sus disposiciones, parecía imposible que lograran ponerse en salvo más fuerzas españolas, pues todas las que no estaban ya en Nyborg, se encontraban demasiado lejos del punto de reunión. A pesar de esto, todavía se salvaron algunas tropas. El regimiento de caballería del Rey que estaba en Aarhuus, por la prudencia de su anciano coronel que á prevención fletó grandes barcas, pudo llegar al punto de reunión, y el de igual arma llamado del Infante que estaba en Manders, más lejos que ninguno, también por el mismo medio pudo llegar entero á Nyborg.

No tuvo igual suerte el regimiento de caballería del Algarbe que estaba más cerca que los otros del punto de reunión. Por la indecisión de su coronel retardó su marcha, y apenas se puso en camino, fué sorprendido por los franceses y hecho prisionero.

En tan desgraciado suceso, ocurrió un accidente que demuestra hasta dónde llega en algunos esforzados corazones el amor á la patria. Al ser envuelto el regimiento por los franceses, un capitán llamado Costa, que mandaba el escuadrón de vanguardia, se suicidó disparándose un pistoletazo en la cabeza, por no sobrevivir á la vergüenza de quedar prisionero de los franceses mientras los demás compañeros de armas iban á partir para pelear en defensa de España.

Los que estuvieron imposibilitados de acudir al punto de reunión fueron los regimientos de Asturias y Guadalajara que ocupaban la Zelandia y que, como ya dijimos, estaban desarmados y vigilados de cerca por las tropas danesas á causa de su anterior sedición contra los franceses.

A pesar de esto, todavía aquellos soldados levantiscos é inquietos intentaron ejecutar su propósito de reunirse con sus compañeros, pero apercibidos los daneses, les fué imposible moverse.

Con estos dos regimientos, el de caballería del Algarbe, algunos destacamentos sueltos y varios oficiales ausentes del ejército por comisión en los campamentos franceses, ó por asuntos propios, quedaron prisioneros en el Norte unos cinco mil hombres, y nue-

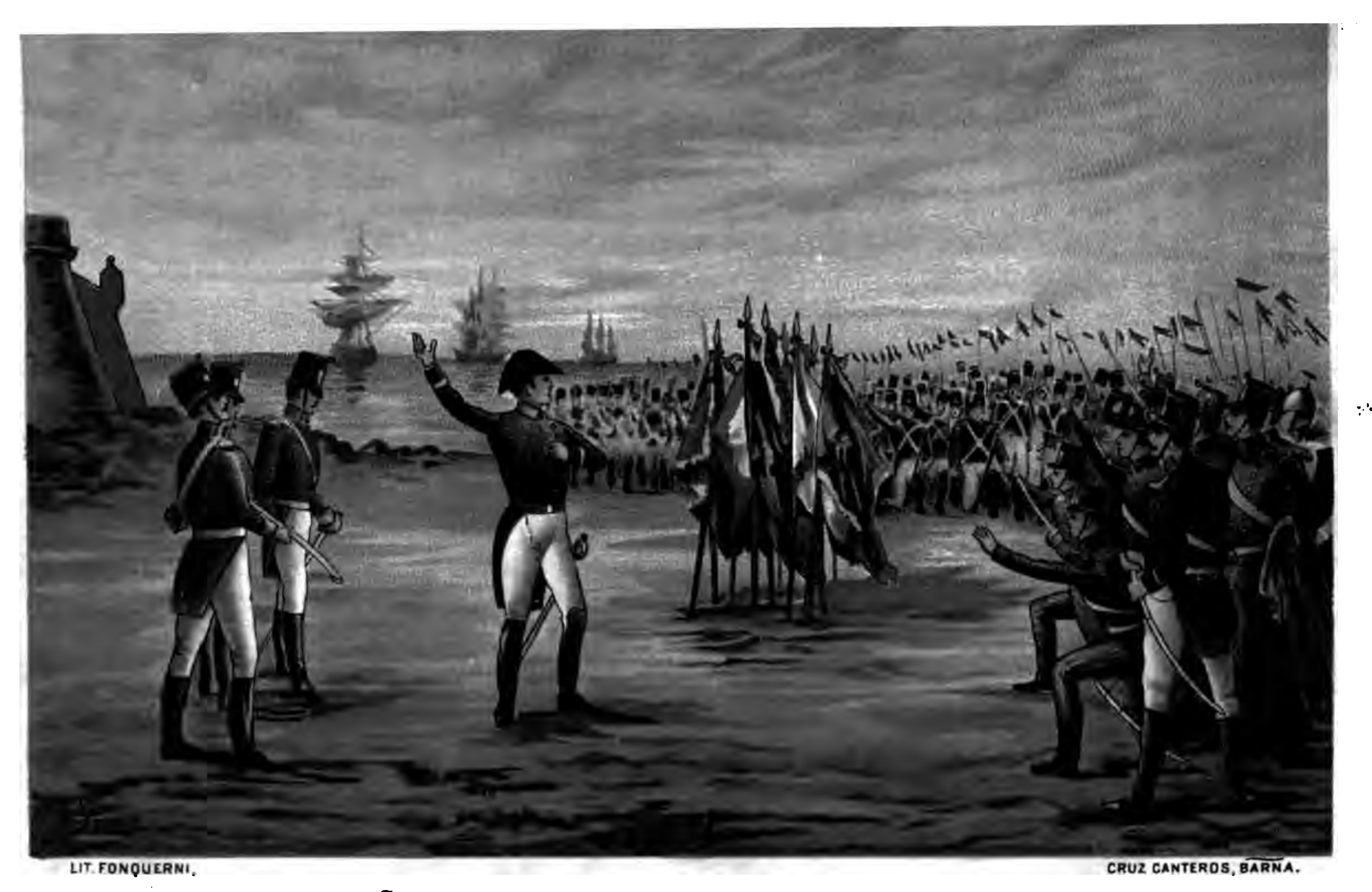
ve mil treinta y ocho fueron los que, reunidos en Langeland, estaban dispuesto á embarcarse para España. Los soldados de caballería no pudiendo llevar sus corceles en el viaje por falta de transportes y de tiempo para embarcarlos, les dieron muerte para que no se aprovecharan de ellos los franceses; pero algunos no tuvieron bastante ánimo para matar los animales que habían sido sus compañeros de campaña, y los dejaron solos y sin freno para que se extendieran por la comarca, sembrando entre los habitantes de ésta la confusión y el espanto con sus frenéticas carreras.

Mientras los españoles se preparaban al embarque, el traidor Kindelan, llegó al cuartel general de Bernadotte y le notificó todo lo ocurrido, acusando también de connivencia con La Romana, al capitán de artillería español D. José Guerrero, que estaba en Sleswig cerca del general francés cumpliendo una comisión importante encargada por su jefe. Guerrero fué arrestado y conducido después á presencia de Bernadotte; pero una vez allí, en vez de contestar á las recriminaciones de éste, se encaró con Kindelan y le tachó de traidor y miserable, llegando á tal punto su indignación que los franceses tuvieron que interponerse para que no le abofeteara. Aquel acto de energía captó al intrépido Guerrero la simpatía de los franceses, tanto, que Bernadotte le dejó escapar ocultamente y aun le entregó dinero para el viaje.

El futuro rey de Suecia, Bernadotte, que era sin disputa el general más caballero de los de Napoleón, así como se portó tan noblemente con Guerrero, se vió obligado en razón de su cargo á usar de toda clase de medios para impedir que se realizara el embarque de los españoles.

Como éstos estaban á cubierto de todo ataque en Nyborg, y no podía emplearse contra ellos la violencia, Bernadotte apeló á la falaz persuasión y les dirigió numerosas proclamas y exhortaciones al mismo tiempo que por medio de ocultos agentes esparció falsas noticias é intentó sembrar rencillas y discordias entre los jefes españoles.

Tal conducta tuvo pronto una contestación grandiosa y sublime. Los nueve mil españoles residentes en Langeland clavaron las banderas de sus regimientos en la arena de la playa formando un círculo en derredor, se hincaron todos de rodillas, y á la voz de La Romana, que se puso en el centro, juraron ser fieles á la patria y despreciar todas las halagadoras promesas que se les hicieran para abandonarla. Aquellos soldados, hijos unos de la hermosa Andalucía, otros de la sonriente Valencia, de las feraces Castillas ó la pintoresca Cataluña, jurando volver á su patria de la que estaban separados por tantas leguas, en una región extraña, bajo un cielo brumoso y á la vista del negruzco Báltico, presentaron un espectáculo que únicamente tiene igual en la historia con



LIT. FONQUERNI, CRUZ CANTEROS, BARNA.

LOS SOLDADOS ESPAÑOLES EN DINAMARCA JURANDO CONSERVARSE FIELES A LA PATRIA.

lebre retirada de los diez mil de fonte, si bien superaron en heno á los célebres griegos, pues al retirarse huían de la esclaviy la muerte é iban en busca de tria donde les aguardaba una vida y tranquila, y los españoles que on en Langeland deseaban vol á su nación para empeñarse en guerra larga, azarosa y de éxito so, mientras que quedándose pogozar de los premios y honores les concedería el emperador.

omo la proximidad del ejército és que mandaba Bernadotte era pre de temer, los españoles apreron el embarque, y el 13 de Agosandonaron Langeland haciéndose vela para Gotemburgo, puerto de ia, en el que aguardaron los trass que se habían pedido al gobiernglés y que no tardaron en llegar os, verificando el trasbordo inmemente.

9 de Octubre llegó la expedición ntander y los soldados llorando legría, pisaron la ansiada tierra patria en medio del más general bro, pues nadie podía comprenomo aquellos españoles esforzados an logrado sustraerse del poder apoleón.

a tropa de caballería se internó península para ser remontada, y la infantería se formó una pequeivisión que tomó el título del e y que puesta á las órdenes del e de San Román por haberse ado en Londres el marqués de La Romana, marchó á incorporarse al ejército de la izquierda al que encontró en retirada de la desgraciada acción de Zornoza de que hablaremos más adelante.

De los españoles que quedaron prisioneros en Dinamarca, muchos fueron los que aprovechándose de los descuidos de los franceses se fugaron sueltos ó en pequeños grupos, dándose el caso de que algunos soldados sin otro vehículo que sus alpargatas atravesaran toda Europa, incluso la Francia en que tan exquisita era la vigilancia de la policía con los extranjeros, llegando á España todavía á tiempo para pelear por su independencia.

Hemos dejado á Madrid y á todas las provincias españolas en el instante que terminada la primera campaña, y libres dos terceras partes del territorio nacional, urgía constituir un gobierno, pues si bien en las regiones en que no habían logrado los franceses asentar su poder, existían autoridades de tanto arraigo y de tan buenos resultados como las juntas de defensa, en cambio, en los territorios recientemente librados de los franceses no había poder alguno que se encargara de su gobierno.

Ya dijimos que en Madrid, por mandato propio, se erigió en autoridad el Consejo de Castilla, cuya conducta anterior con los franceses había sido muy problemática para los intereses de la patria y cuya larga existencia podía considerarse como una calami-

dad nacional, pues con sus desacertadas y tiránicas medidas era sin duda alguna la corporación que más había contribuido á la decadencia de España.

Aunque nacido dicho Consejo en los últimos reinados de Castilla independiente, había alcanzado su poderío en los tiempos de Felipe II que, cubriendo las plazas con hechuras suyas, tenía á sus órdenes una corporación con la que daba cierto viso de procedimiento consultivo á cuantas tiránicas medidas tomaba contra la autonomía y las libertades de las regiones de la antigua corona de Aragón. Halagado por el arraigo que cada vez tenía más aquel organismo, de cuerpo consultivo pasó á inmiscuirse durante los posteriores reinados en todas las cuestiones de gobernacion y se constituyó en poder legislador, formando de sus autos acordados leyes generales que para circular no necesitaban muchas veces ni de la sancion real.

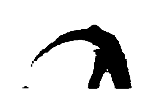
El Consejo de Castilla era la institucion mas tiranica, más absorbente y mas centralizadora de aquellos calamitosos tiempos de monarquia absoluta, y nada podia hacerse en España sin que el entendiera de ello, pues lo mismo se necesitaba su examen para resolver las cuestiones mas arduas como su permiso para construir una fuente ó un camino en el más apartado lugarejo.

Dicho Consejo y la Inquisicion, que era el otro soberano organismo de la época, se ayudaban mutuamente, completándose. Esta cortaba los vuelos al entendimiento humano con la amenaza de tormentos y hogueras, y aquél la ayudaba publicando minuciosas leyes de imprenta en que la censura llegaba á un grado inconcebible.

El Consejo de Castilla, pues, era una autoridad que, tanto por su historia como por su anterior conducta, poca confianza podía inspirar á aquel pueblo que al mismo tiempo que deseaba su independencia trabajaba por su libertad. Creyendo muy al contrario el Consejo que porque le respetaba el pueblo de Madrid iba á merecer igual aprobación de España entera, se dirigió á los generales de los ejércitos ordenándoles que acercasen sus ejércitos á la capital, como así lo verificaron, y á los presidentes de las juntas provinciales para que diputasen personas que, unidas á él, tratasen únicamente de los medios de defensa, afirmando de paso que sólo él podría resolver de alli en adelante sobre medidas de otra clase y excitar la autoridad de la nación para cooperar con ella al bien general de ésta.

Estas soberbias palabras de una corporación que poco antes tácitamente estaba al lado de los franceses, produjo en aquellas juntas populares que tantos sacrificios habian hecho, una indignación sin limites que se manifestó con réplicas enérgicas y duras.

La de Galicia no endulzó sus términos, y lisa y llanamente llamó á más uno de los consejeros afrancesado, con



entonces era el peor insulto y la nota más infamante, y juntos, como corporación, los tachaba de haber sido el más activo instrumento del usurpador.

Palafox, á nombre de la de Zaragoza, dijo: «Ese tribunal no ha cumplido sus deberes, y por tanto no es digno de obediencia,» y la Junta de Sevilla, en su contestación al Consejo, le acusó «de haber obrado contra las leyes fundamentales... de haber facilitado á los enemigos todos los medios de usurpar el señorío de España... de ser, en fin, una autoridad nula é ilegal y además sospechosa de haber cometido antes acciones tan horribles que podían calificarse de delitos atrocísimos contra la patria.»

De igual modo se expresaron las demás juntas, á excepción de la de Valencia, que al principio pareció atender los mandatos del Consejo, pero que á los pocos días y en vista de la suprema autoridad con que éste pretendía investirse, mandó «que ninguna autoridad de cualquera clase, mantuviera correspondencia directa ni se entendiese en nada con el Consejo.»

Al verse el Consejo de Castilla desoído y despreciado por todos, el que hasta entonces en tan poco había tenido la opinión pública, dió un manifiesto á la nación explicando su conducta; pero después de esto siguió tan tranquilamente dándose aires de organismo soberano al mismo tiempo que por medio de ocultos agentes procuraba atizar la desavenencia que se había manifestado entre las juntas y hacer que los odios fueran cada vez mayores.

La Junta de Galicia, deseosa de que se constituyera por medio de un pacto federal un gobierno que fuera verdaderamente hijo del voto del pueblo, invitó á las de Asturias, León y Castilla, para que admitieran la idea formando una especie de confederación del reino de España.

Al frente de estas dos últimas juntas que después de la desgraciada acción de Rioseco formaban una sola, se había puesto el bailío D. Antonio Valdés, cuyo carácter independiente y poco amigo de adulaciones le enemistó con el general Cuesta, que tenía á aquéllas por organismos secundarios que no podían obrar sin su permiso.

Querían la mayor parte de los individuos que formaban parte de dichas juntas que la unión se hiciera nombrando unas Cortes á la antigua usanza, y en ésta opinión les ayudaba sir Carlos Stuard, el diplomático que representaba á Inglaterra, mientras otros, á cuyo frente figuraba D. Antonio Valdés, deseaban que el nuevo gobierno se constituyera bajo la forma de una Junta central á la que acudieran representantes de todas las de provincia. Pero en lo que tanto unos como otros estaban conformes, era en no admitir las proposiciones de la Junta de Galicia, con lo cual cometieron un desacierto, cuyas consecuencias muy pronto debían sufrir, pues la forma federal, sobre ser la más indicada para todos cuantos gobiernos populares se

constituyan en España, en aquella ocasión era la más propia atendido el espíritu de la Revolución y las condiciones de la lucha.

La Junta de Galicia firme en sus propósitos federales por ser en aquella época la corporación que veía más claro y que aprovechándose de las circunstancias quería que España quedara definitivamente constituida en la forma federativa por ser la nación de toda Europa más indicada para ello por sus innumerables condiciones tanto históricas como geográficas, al notar que sus compañeras acogían con despego su proposición, cesó de instar en la unión con éstas, con lo cual pareció reinar desde entonces cierta frialdad en sus relaciones con las de Castilla la Vieja.

Donde las desavenencias eran grandes entre las juntas, fué en Andalucía. Las de Sevilla y Granada volvieron á sus antiguas rivalidades, pues la primera se empeñaba en despreciar á la segunda para lograr de este modo que se le uniera sin tener en cuenta lo valioso que había sido su auxilio antes de la batalla de Bailén, y á tal punto llegaron las disensiones entre unos y otros, que el irascible y revoltoso conde de Tilly llegó á proponer á los sevillanos el enviar un ejército contra las autoridades de la vecina provincia, á lo que se opuso enérgicamente Castaños diciendo que nadie sin su permiso haría tal cosa y que para él todas las provincias eran iguales, pues era un general de la nación.

Pero pronto estas disidencias terminaron, pues el deseo que todas las juntas manifestaban por la formación de una central, allanó las dificultades que creaban los mezquinos odios y las cuestiones de supremacía.

En 22 de Junio la Junta de Murcia publicó una circular en la que se pedía la reunión de todas las ciudades de voto en Cortes y que los capitanes generales constituyeran un Consejo directivo de los ejércitos y haciéndose eco de estas manifestaciones, todas se adhirieron á la idea de constituir una Junta central iniciada por Valdés.

La Junta de Sevilla fué la única que, aferrada á sus antiguos deseos de supremacía sobre las demás, se resistió un poco á tal acuerdo, llegando hasta prohibir la circulación por Andalucía de los impresos en que se hacía tal propuesta; pero por fin en 3 de Agosto publicó un manifiesto en el que conformándose con la idea de contituir la Central, indicaba que ésta debía componerse de dos representantes por cada provincia.

Al ver el Consejo de Castilla que se acercaba el momento en que quedaría constituida una autoridad más legítima que la suya, redobló sus maniobras para impedir que el peligro que tanto temía llegara á realizarse y empleó medidas de rigor, tales como perseguir á todas las personas que desde Madrid tenían relaciones con las juntas, al mismo tiempo que se valía como de instrumento del inepto y reaccionario Cuesta para lograr sus fines.

Este propuso á Castaños el que apoyados ambos en el ejército constituyeran un gobierno en el que la parte civil y administrativa estuviera encargada al Consejo de Castilla, corriendo la militar á cargo de un triunvirato que constituirían ellos dos en unión del duque del Infantado; pero el general de Andalucía, comprendiendo donde había tenido su origen aquella propuesta y que fines envolvía, se opuso tenazmente á violentar la voluntad de España que estaba en contra de aquella fatal corporación.

Mientras las juntas se preparaban á constituir la Central, ocurrió la hecatombe de Bilbao, que levantó un grito de indignación en toda España, y apresuró la formación de aquel gobierno, pues la nación, en aquella su candidez, muchas veces sublime, creía que los franceses no habían sido todavía arrojados de la península por no haberse constituido una autoridad firme en Madrid.

Entusiasmados los bilbainos con la noticia de la victoria de Bailén, se levantaron el 6 de Agosto contra los invasores, y armándose el vecindario, eligieron una junta que tomó acertadas disposiciones de armamentos y defensa.

Alarmáronse mucho los franceses con esta insurrección que podía hacer comprometida su estancia entre el Ebro y la frontera, y aun vinieron á hacer más grande esta inquietud las revueltas ocurridas en Tolosa y otros pueblos de Guipúzcoa, y las continuas correrías de las fuerzas populares organizadas por D. Luis Gil Taboada, el sobrino del bailío Gil y Lemus, que salió de Madrid para Zaragoza en las primeras horas del 2 de Mayo para esperar la orden de constitución de la segunda Junta de Gobierno, y que en vista de que ésta no llegaba abandonó la capital aragonesa en 27 de Junio para poner en armas á los guipuzcoanos y hostilizar sin descanso á los franceses, como así lo logró.

José Bonaparte, comprendiendo la imperiosa necesidad de apagar aquella hoguera de insurrección encendida en el radio de acción que ocupaban sus tropas, dirigió contra Bilbao una división á las órdenes del general Merlín. Los bilbainos se defendieron con bastante bizarría, pero inferiores en número y organización fueron vencidos, y los enemigos se vengaron de las derrotas anteriores ensañándose con verdadera furia en la población indefensa. El mismo José se jactaba en una de sus cartas de haber apagado la insurrección de Bilbao con la sangre de mil doscientas víctimas, cosa extraña en aquel hombre que nada tenía de cruel ni de sanguinario.

Para satisfacer en lo posible los deseos de la opinión pública que ansiaba una venganza pronta y eficaz contra los verdugos de Bilbao, reunióse el 5 de Setiembre un Consejo de guerra en Madrid, al que asistieron los generales Castaños, Llamas, Cuesta, La Peña, y en representación de Bla-

ke el duque del Infantado, así como un oficial desconocido en nombre de Palafox. En dicha reunión discutiéronse algunos puntos militares, pero lo más principal fué la proposición de Cuesta, que siendo otra vez el portavoz de los deseos del Consejo de Castilla, expuso la idea de nombrar un comandante en jefe que tuviera el mando supremo de los ejércitos.

Todos protestaron contra tal idea, y el nulo general salió tan irritado de Madrid por el mal éxito que habían alcanzado todas sus ambiciosas maniobras, y tan deseoso de poner obstáculos á la próxima reunión de la Junta central, que encontrando en el camino á su enemigo D. Antonio Valdés y al vizconde de la Quintanilla, que iban hacia la corte para representar Castilla la Vieja, los mandó prender sin alegar motivo alguno, y los tuvo encerrados en el alcázar de Segovia, aunque por poco tiempo, pues el clamoreo que se levantó ante tal arbitrariedad fué general.

Por fin, á pesar de las ocultas oposiciones, se constituyó la Junta central en el palacio real de Aranjuez el 25 de Setiembre, y apenas reunida, cesaron de funcionar las juntas de provincia, organismo á quienes la patria deberá eternamente su epopeya de la Independencia, pues sin ellas hubiera sido imposible que se consumara el levantamiento de la nación.

Aquel deseo de constituir un poder central y único matando los organismos que por su número y libertad de acción más habían contribuido á hacer inconquistable nuestro territorio, fué una medida imprudente, cuyas consecuencias se tocaron muy pronto.

Todos los autores, aun los de ideas más reaccionarias, así lo reconocen. El conde de Toreno, que si no era enemigo de las juntas tampoco era gran partidario de ellas, pues le placía más un poder central y que llamaba á las tendencias federales de la de Galicia loco desvario, reconoce que al acabar aquéllas en su mando se anubló por largo tiempo la prosperidad de la patria, y Chao abunda en esta última opinión, lamentándose de que desaparecieran aquellas corporaciones con las cuales el éxito de nuestra guerra no era más brillante pero sí más seguro.

Aquella Junta central destinada á sufrir tantas derrotas y á ver como el enemigo volvía á enseñorearse en pocos días de nuestro territorio, recibió de las juntas de provincia una España casi reconquistada y un largo catálogo de victorias alcanzadas por soldados bisoños y con elementos de guerra improvisados.

El primer arranque del pueblo español que por su sublimidad heroica asombró al mundo, obra suya fué, y la gloria de las juntas fué la de defensas tan grandiosas como las de Valencia, Zaragoza y Gerona y la de batallas tan inesperadas como la de Bailén.

Error grandísimo y que pudo haber tenido consecuencias muy fatales,

fué el de constituir un gobierno central y el matar las autónomas juntas provinciales.

Las innumerables derrotas de que al poco tiempo fuimos objeto y de las que pronto hablaremos, demostraron lo desacertado de la medida y bien puede asegurarse que á no ser por la tenacidad y heroismo del carácter español y por el auxilio de Inglaterra, el gobierno central hubiera sido causa de que nuestra nación quedara al poco tiempo por completo en poder del invasor.

Con un hombre tan poderoso como Bonaparte y con ejércitos como el suyo, era imposible luchar en campo abierto por medio de grandes batallas y de hacerlo así, se corría el peligro de alcanzar la misma suerte que Austria y los Estados alemanes.

Con un gobierno central y absorbente, natural consecuencia era la formación de grandes ejércitos y la adopción de complicados planes de campaña y así sucedió, no produciendo esto más que una belicosa diversión á aquellos mariscales del Imperio que en campo abierto estaban acostumbrados á vencer fuerzas más veteranas y experimentadas que las nuestras.

Aquellos hombres que tanto empeño tuvieron en crear un gobierno central, desconocían el carácter de nuestro pueblo y la naturaleza de la lucha.

Los hechos habían venido á demostrar que la guerra que debía adoptarse contra los invasores, no debía ser la de batallas campales que exigen una dirección central y única, sino la parcial, la de guerrillas, la de la desbandada é inmediata reunión, para la cual era inútil un poder sintético y que debía confiarse á cada localidad para que la dirigiera por juntas salidas de su seno.

Con las juntas de provincia podía hacerse al enemigo una guerra larga, interminable, que cansara al enemigo mientras en Europa se armaban contra él otras fuerzas y que de vez en cuando podían proporcionarnos victorias de tanta fuerza moral como Bailén, mientras que con un gobierno central y grandes ejércitos marchamos de derrota en derrota hasta que el enemigo paseó sus armas triunfantes desde los Pirineos hasta Cádiz.

Al finalizar la primera campaña, España conforme pedía la Junta de Galicia, debía haberse constituido federalmente, las juntas de provincia debían haber funcionado como antes formando sus delegados un poder central para resolver aquellas cuestiones que interesaran á toda la nación, y de este modo es seguro que España se hubiera ahorrado algunas derrotas vergonzosas y mucha sangre derramada inútilmente.

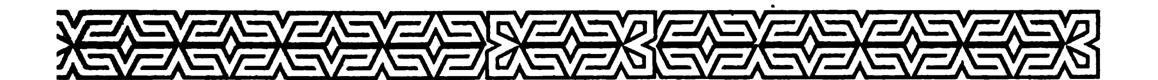
Otra ventaja importantísima tenía este sistema. Las juntas, como salidas del seno de pueblo, que al llegar el instante de la elección buscaba á los que conocía personalmente por más sabios, más honrados, más firmes ó más audaces, tenían un gran

moral y cuando sobrevenían derrotas, las provincias no perdían la confianza en sus autoridades; antes bien, las animaba y les prestaba toda clase de auxilios; mientras que al constituirse un poder central, la nación que antes estaba acostumbrada á vencer y que ahora veía derrotados y dispersos sus ejércitos, comenzaba á mirar con desconfianza á los individuos investidos de la autoridad suprema y acababa por odiarles, suponiendo obra de la traición lo que sólo era hijo de la mala organización política y del desacertado plan de la guerra.

La constitución de la Junta central y la supresión de las juntas provinciales fué la medida más desacertada que se tomó en toda la guerra.

Aquellas victorias que asombraron Europa y con las cuales hicimos vacilar el hasta entonces fuerte pedestal del hombre que asombraba al mundo, fueron la obra de una España cuyas regiones luchaban gobernándose autonómicamente y que hubiera continuado por tan gloriosa senda al organizarse federalmente.

Pronto veremos los resultados que produjo el crearse un gobierno único y absorbente como el de la Junta central.



CAPITULO VI

1808

Instalación de la Junta central.—Su constitución interna.—Partidos en la Central.—Nulidad de su gestión.—Proposiciones del Consejo de Castilla y de Jovellanos.—Honores que se da á sí misma la Central.—Disposiciones reaccionarias que toma.—Notable manifiesto é inacción que da la Junta.—Organización de los ejércitos españoles.—Plan de campaña.—Se apodera Blake de Bilbao.—Se le unen nuevas tropas.—La división asturiana y sus jefes.—Ataque que conciertan Castaños y Palafox.—Avance de los españoles.—Acción de Lerin.—Heroismo de D. Juan de la Cruz y los tiradores de Cádiz.—Vergonzosa fuga de Pignatelli en Logroño.—Queda disuelta la división castellana.—Preparativos de Napoleón antes de dirigirse contra España.—Conferencias de Erfurth.—La sonrisa del ruso.—Entra Napoleón en España.—Acción de Zornoza.—Toman los franceses á Bilbao.—Desgraciada batalla de Espinosa de los Monteros.—Derrota del Gamonal.—Toma de Burgos.—Primera aparición de D. Rafael del Riego.—Amnistía que publica Napoleón.—Triste estado del ejército del Centro.—Batalla de Tudela.—Marcha de Napoleón sobre Madrid.—Paso de Somosierra.—Abandona Aranjuez la Junta central y se dirige á Badajoz.—Preparativos de defensa en Madrid.—Asesinato del marqués de Perales.—Toman los franceses el Retiro.—Morla y Napoleón.—Rendición de Madrid.—Decretos de Chamartín.—Napoleón y Felipe II.—Intentos del emperador contra la integridad del territorio español.

Al acordarse la reunión de la Junta central, no se determinó el punto donde aquélla debía verificarse, lo que dió lugar á algunas discusiones y enfados. La Junta de Sevilla y algunas más habían indicado Ciudad-Real como punto más adecuado para la instalación, y todos, aunque no fueran partidarios de este acuerdo, consideraban á Madrid como lugar impropio para la reunión, por estar en él establecido el Consejo de Castilla cuyas maquinaciones eran de temer; pero el haberse verificado en Aranjuez el encuentro de varios de los diputados electos que acudían al llamamiento, determinó que fuera éste el punto elegido terminándose con esto las dificultades.

El 25 de Setiembre, instalóse por fin el nuevo gobierno en el palacio real de Aranjuez, tomando el nombre de «Junta Suprema Central Guberna-

moral y cuando sobrevenían derrotas, las provincias no perdían la confianza en sus autoridades; antes bien, las animaba y les prestaba toda clase de auxilios; mientras que al constituirse un poder central, la nación que antes estaba acostumbrada á vencer y que ahora veía derrotados y dispersos sus ejércitos, comenzaba á mirar con desconfianza á los individuos investidos de la autoridad suprema y acababa por odiarles, suponiendo obra de la traición lo que sólo era hijo de la mala organización política y del desacertado plan de la guerra.

La constitución de la Junta central y la supresión de las juntas provinciales fué la medida más desacertada que se tomó en toda la guerra.

Aquellas victorias que asombraron Europa y con las cuales hicimos vacilar el hasta entonces fuerte pedestal del hombre que asombraba al mundo, fueron la obra de una España cuyas regiones luchaban gobernándose autonómicamente y que hubiera continuado por tan gloriosa senda al organizarse federalmente.

Pronto veremos los resultados que produjo el crearse un gobierno único y absorbente como el de la Junta central.



CAPITULO VI

1808

Instalación de la Junta central.—Su constitución interna.—Partidos en la Central.—Nulidad de su gestión.—Proposiciones del Consejo de Castilla y de Jovellanos.—Honores que se da á sí misma la Central.—Disposiciones reaccionarias que toma.—Notable manifiesto é inacción que da la Junta.—Organización de los ejércitos españoles.—Plan de campaña.—Se apodera Blake de Bilbao.—Se le unen nuevas tropas.—La división asturiana y sus jefes.—Ataque que conciertan Castaños y Palafox.—Avance de los españoles.—Acción de Lerin.—Heroismo de D. Juan de la Cruz y los tiradores de Cádiz.—Vergonzosa fuga de Pignatelli en Logroño.—Queda disuelta la división castellana.—Preparativos de Napoleón antes de dirigirse contra España.—Conferencias de Erfurth.—La sonrisa del ruso.—Entra Napoleón en España.—Acción de Zornoza.—Toman los franceses á Bilbao.—Desgraciada batalla de Espinosa de los Monteros.—Derrota del Gamonal.—Toma de Burgos.—Primera aparición de D. Rafael del Riego.—Amnistía que publica Napoleón.—Triste estado del ejército del Centro.—Batalla de Tudela.—Marcha de Napoleón sobre Madrid.—Paso de Somosierra.—Abandona Aranjuez la Junta central y se dirige á Badajoz.—Preparativos de defensa en Madrid.—Asesinato del marqués de Perales.—Toman los franceses el Retiro.—Morla y Napoleón.—Rendición de Madrid.—Decretos de Chamartín.—Napoleón y Felipe II.—Intentos del emperador contra la integridad del territorio español.

Al acordarse la reunión de la Junta central, no se determinó el punto donde aquélla debía verificarse, lo que dió lugar á algunas discusiones y enfados. La Junta de Sevilla y algunas más habían indicado Ciudad-Real como punto más adecuado para la instalación, y todos, aunque no fueran partidarios de este acuerdo, consideraban á Madrid como lugar impropio para la reunión, por estar en él establecido el Consejo de Castilla cuyas maquinaciones eran de temer; pero el haberse verificado en Aranjuez el encuentro de varios de los diputados electos que acudían al llamamiento, determinó que fuera éste el punto elegido terminándose con esto las dificultades.

El 25 de Setiembre, instalóse por fin el nuevo gobierno en el palacio real de Aranjuez, tomando el nombre de «Junta Suprema Central Guberna-

tiva del Reino,» título en verdad algo prolijo y de difícil recordación. Al principio compúsose de veinticuatro individuos, cuyo número aumentó hasta treinta y cinco, siendo tal la clase de ellos, que apenas más de seis eran conocidos por sus nombres de pila, pues los restantes tenían títulos nobiliarios ó tratamientos propios de príncipes de la Iglesia.

Mal empezaba el nuevo gobierno para la Revolución española, pues casi todos sus individuos como altas dignidades que eran, estaban naturalizados con el mundo antiguo y tenían interés en que se perpetuaran los tradicionales abusos y en impedir toda reforma; siendo además todos ellos, salvo dos ó tres excepciones, tan escasos de ilustración, energía y patriotismo, como lo eran en general las clases á que pertenecían.

La Junta se dividió en cinco secciones, puso á su frente como presidente al conde de Floridablanca diputado por Murcia y nombró secretario á D. Martín Garay diputado por Extremadura, si bien al poco tiempo lo relevó de tal cargo poniendo en él al ilustre poeta y ardiente patriota don Manuel José Quintana que en aquella época era el que mejor simbolizaba con su pluma las levantadas aspiraciones del pueblo español.

La presidencia de un Floridablanca resultaba tan nociva para la patria, como propia de un cuerpo que desde su nacimiento demostraba ya sus instintos reaccionarios.

Este personaje en sus buenos tiempos, cuando era el ministro universal de Carlos III, había demostrado ciertas tendencias liberales que le valieron el aplauso de los hombres ilustrados; pero la vejez había modificado mucho sus ideas, hasta el punto de convertirle en furibundo absolutista y enemigo de todo progreso, y al ocupar la presidencia de la Junta central, se proponía, ayudado de la mayor parte de los individuos de ésta, hacer prevalecer tales ideas.

Frente á esta fracción había otra menos numerosa, pero de ideas un poco más expansivas; tenía al frente al ilustre D. Gaspar Melchor de Jovellanos, cuya conducta noble y patriótica ante las exigencias de Murat y la Junta de Gobierno ya pudimos apreciar; pero en todas las discusiones que en el seno del nuevo gobierno se originaban, siempre triunfaba por la fuerza del número el parecer de Floridablanca y los suyos.

Al comenzar la larga serie de desastres para la causa española y morir el reaccionario presidente, fué cuando comenzaron á prevalecer un tanto los pareceres de Jovellanos, á quien auxiliaba mucho, siendo algunos veces su portavoz, D. Martín Garay que ejercía bastante presión en la Junta por su actividad y la gran práctica que tenía en el despacho de los negocios.

Pero ni uno ni otro partido de la Junta simbolizaba las aspiraciones de la nación española, pues sus dos jefes

y los individuos estaban demasiado identificados con el corrompido mundo antiguo para poder representar á un pueblo que se hallaba agitado por la revolución; y eran además demasiado viejos para tener la energía y la audacia necesarias en tales cirscunstancias. Acostumbrados aquellos personajes á los largos expedienteos de sus buenos tiempos, y á aquel pedantismo político que obligaba á mesuradas é interminables discusiones hasta para tomar los acuerdos más fútiles, querían seguir tal conducta en las azarosas circunstancias que atravesaba España, y de aquí que su gestión fuera infructuosa y en las más de las veces nociva.

En el seno de la Junta existían elementos propios para gobernar en una época revolucionaria, pero éstos tan solo eran dos ó tres individuos, entre los que se destacaba la figura del célebre intendente de Zaragoza D. Lorenzo Calvo de Rozas, que tanto se había distinguido en el sitio de aquella ciudad, y el cual con su energía infatigable y sus discursos llenos de pasión y de fuego había logrado sacar de su tardo paso y hacerle tomar acertadas disposiciones; pero tales triunfos fueron siempre de corta duración, pues aquel organismo, como arrepentido de tan extremos acuerdos y temiendo siempre que sus ideales reaccionarios vinieran al suelo, volvían otra vez á las antiguas costumbres.

Desacertadas y muchas veces ridículas fueron todas las decisiones de la Junta central.

En todas las cuestiones de interés político seguíase el dictamen de Floridablanca y en las militares no se seguía el de ninguno, pues todos los asuntos de esta clase que requieren una pronta y enérgica resolución se discutían con tal lentitud y tibieza, que cuando venía á tomarse un acuerdo éste era ya innecesario por haber desaparecido su objeto.

La instalación de la Junta central fué acogida con el aplauso unánime de aquella nación tan heroica como cándida que creía ver en ella el organismo encargado de su regeneración, y únicamente se le mostraron hostiles las disueltas Juntas de Sevilla y de Valencia, que al enviar sus diputados les habían dado el carácter de simples mandatarios coartando sus facultades, restricción sobre la que pasó la Junta en sus primeras sesiones.

Apenas se constituyó la Central, el Consejo de Castilla en el documento en que la reconocía, la hizo blanco de sus tiros, exponiendo algunas dudas sobre su legalidad y pidiendo que el poder ejecutivo lo ejerciera una regencia y que la nación se reuniera en Cortes cuanto antes, cumpliendo con esto el decreto dado por Fernando VII en Bayona.

Desechó la Junta todas las insinuaciones del Consejo y lo hizo con tal energía que éste no volvió á insistir más; pero como aquéllas coincidían en cierto modo con las ideas de Jovellanos y sus parciales y como al mismo tiempo al tratarse de la constitu-

ción interna de la Central, dicho personaje, hablando de la forma de gobierno de la nación, expuso sus ideas de que ésta se reuniera en Cortes así que se viera libre de enemigos, ó en caso de que se prolongara la guerra para el Octubre de 1810, promoviéronse grandes discusiones á puerta cerrada que duraron algunos días.

La proposición de Jovellanos sobre reunión de Cortes, disolución de la Central y nombramiento de una regencia, cesó de discutirse aplazándose el resolverla para más adelante, pues todos conocían que tan importante cuestión, iba á consumir en debates un tiempo que hacían precioso las exigencias de la guerra.

Libre ya la Junta de tan importante cuestión que creyó hacer desaparecer aplazando el tratarla por tiempo indefinido, se dedicó á arreglar su constitución interior. Para que los negocios tuvieran más pronto despacho se dividió, como ya dijimos, en cinco secciones que representaban los ministerios que en aquella época existían en España, á saber: Estado, Gracia y Justicia, Guerra, Marina y Hacienda, no pudiendo estas secciones más que proponer los asuntos que después resolvía toda la corporación en pleno.

Obrando como todos los gobiernos reaccionarios que antes que á los asuntos de la nación atienden á su dignidad y fausto, acordó que su presidente tuviera el título de alteza, los vocales, el de excelencia y la Junta en pleno el de majestad, asignándose á cada individuo el sueldo de seis mil duros y disponiendo que cada uno de ellos llevara sobre el pecho una placa de oro representando ambos hemisferios.

Aquellas decisiones eran un sarcasmo cruel, especialmente la de que los individuos de la Central cobraran tan exorbitantes sueldos, mientras la nación estaba en la miseria y nuestros soldados sufrían hambre y no tenían uniformes para cubrir sus desnudas carnes, y todas ellas venían á demostrar la diferencia que existía entre aquellas juntas de provincia compuestas de hombres de todas clases siempre dispuestos al sacrificio sin pedir nada á la patria y manejando con la más completa integridad inmensos caudales, y aquel nuevo gobierno que justamente en las circunstancias más críticas, cuando Napoleón se disponía á descargar su golpe de gracia sobre nosotros, y los ejércitos españoles no sabían qué hacer ni á dónde ir por falta de dirección, se entretenían en crearse honores y condecoraciones.

De ridículas y costosas pueden calificarse las primeras disposiciones de la Junta, pero las que posteriormente siguieron llegaron al colmo del desacierto y demostraron un desconocimiento completo del estado de la nación.

Mandóse suspender la venta de manos muertas y aun se pensó en anular los contratos de las realizadas anteriormente como si se pretendiera

volver á los tiempos feudales; permitióse á los jesuitas que habían sido arrojados de España que volvieran á ésta, con lo cual la Junta demostró ser más oscurantista que la misma monarquía española; se pusieron á la imprenta toda clase de trabas, desconociendo que esta era, tal vez, la palanca que mejor movía al pueblo y la daba entusiasmo para defender la causa de la patria, y lo que fué más triste y vergonzoso, se dió nueva vida al tribunal de la Inquisición, que en tiempos de Godoy había ya comenzado á desaparecer, y se nombró un Inquisidor general.

Con estas disposiciones, la Junta perdió las pocas simpatías que aun la quedaban entre el pueblo y las clases ilustradas, pues con ellas se ponía al nivel del Congreso de Bayona, que habia sido despreciado por los españoles, principalmente por su afán de proteger la Inquisición. Ni una sola adhesión valió al nuevo gobierno sus desacertadas disposiciones, pues hasta el clero y los elementos fanáticos las miraron con desvío, comprendiendo que eran impropias de la época, pues ésta exigía en los gobiernos que se ocuparan de cuestiones de un interés más candente.

En 10 de Noviembre publicó la Junta un manifiesto que es tal vez su obra más notable, porque aunque nada de lo que en él se decia se cumplió, al menos sus promesas demostraban gran celo y buena intención.

Hacíase en él un magnífico y acabado cuadro del estado de la nación, se explicaba la conducta que el nuevo gobierno pensaba seguir, se formulaba la importante promesa de reformar las instituciones políticas en sentido liberal y terminaba diciendo que la Junta organizaría y mantendría para defensa de la patria un ejército de quinientos mil infantes y cincuenta mil caballos.

Aquel documento produjo muy buen efecto; pero éste se desvaneció pronto, porque un mês después comenzaron los desastres y el pueblo español no vió que se cumpliera ninguna de las promesas de la Junta, ni menos que se formara aquel gran ejército que en los primeros instantes todos esperaban ver aparecer de un momento á otro.

El manifiesto no era obra de la Junta, lo había producido la pluma de un poeta, del ilustre Quintana, su secretario, el cual dejándose llevar de su imaginación, de su ardoroso carácter y de sus nobles deseos, había escrito una oda en prosa, creyendo factiple todo lo que en ella decía, pensando que los individuos del gobierno eran hombres como él, como Calvo de Rozas y como la mayor parte de los patriotas, y olvidando que dicho organismo al nacer caduco, gastado y con todos los vicios antiguos no podía hacer ningún esfuerzo grande ni pequeño que fuera digno de las circunstancias.

Mal podía la Central organizar nuevos ejércitos y buscar en las supremas ansias del peligro originales y decisi-

vos medios para sostenerse en la próxima campaña, cuando ni aun sabía dirigir los elementos de defensa con que contaba, ni aprovecharse de las ventajas de la situación.

La Junta central no aumentó ni con un solo soldado los ejércitos españoles, y lo único que hizo fué dividir éstos por un decreto en cuatro grandes cuerpos.

El primer cuerpo llamado ejército de la Izquierda, estaba compuesto de las tropas de Galicia y Asturias, la división venida de Dinamarca y el paisanaje armado de las montañas de Santander. El segundo llamado ejército de Cataluña ó de la Derecha, se componía de las tropas y somatenes del Principado, de las divisiones desembarcadas procedentes de las Baleares y Portugal, y de las que había enviado Aragón, Valencia y Granada, estando al frente de los soldados de esta última provincia don Teodoro Reding y el marqués de Coupigny, los dos verdaderos héroes de la batalla de Bailén. El tercer cuerpo, llamado ejército del Centro, constaba de las cuatro divisiones de Andalucía, las de Castilla y Extremadura, y las de Valencia y Murcia que habían llegado á Madrid á las órdenes del general Llamas. El cuarto, ó sea el ejército de Reserva, estaba formado por las tropas de Aragón, y las que durante el sitio de Zaragoza habían llegado á tal punto procedentes de Valencia y otras provincias.

Nombrábase además en dicho decreto una Junta de guerra cuya presidencia había de ocupar Castaños, pero de todas las disposiciones que dicho documento contenía, muy pocas se cumplieron, y aun éstas incompletamente á causa de las circunstancias.

Convino la Junta de guerra en hacer un movimiento general contra los franceses que ocupaban el norte de España, y se dispuso que Palafox fuera á situarse en Sanguesa á orillas del río Aragón, Llamas en Calahorra, Castaños en Soria, Blake en la provincia de Burgos y Cuesta en el Burgo de Osma.

Los generales españoles se proponían formando un semicírculo con sus tropas, apretar á los franceses y arrinconarles en las provincias Vascongadas, plan inocente por su difícil realización y por tener que llevarlo á cabo con tropas bisoñas y mal provistas. A esto se unía lo desacertado que era formar una extensa línea semicircular frente á un enemigo que estando compacto en un punto, podía dirigir su ataque contra la parte que considerara más débil, llevando con esto la ventaja de la superioridad numérica y la de que el resto de las fuerzas españolas tardaran en saber por dónde iban á verificar la invasión.

A lo poco juicioso que era tal plan de campaña, se unió la lentitud con que fué puesto en acción á causa de las muchas rivalidades que reinaban entre los jefes y de la larga permanencia de Castaños en Madrid, el cual esperaba en vano que la junta antes de partir le nombrara generalísimo de



los ejércitos, pretensión que apoyaban los representantes de Inglaterra.

Cuesta por la detención de D. Antonio Valdés y el vizconde de la Quintanilla en el alcázar de Segovia de la que ya hablamos, fué llamado á Aranjuez para dar cuenta de su conducta ante la Junta central, y destituido del mando que primeramente desempeñó con el carácter de sustituto don Francisco Eguia y que después tomó en propiedad D. Juan Pignatelli.

Cumpliendo lo dispuesto en el plan de campaña, partió de Madrid primeramente el general Llamas con sus tropas valencianas y murcianas que componían un total de cuatro mil quinientos hombres entre infantes y jinetes y con las cuales se situó en Tudela del Ebro, siguiéndole á poco la segunda y cuarta división de Andalucía mandadas por D. Manuel de la Peña que estaban constituida por diez mil soldados.

Blake, que repuesto de la desastrosa jornada de Rioseco había reorganizado un tanto sus tropas, marchó con ventiocho mil hombres á situarse en Villarcayo y destacó una división para que se apoderara de la villa de Bilbao tan inhumanamente tratada por los franceses.

Huyeron éstos al acercarse los españoles, pero fué para volver sobre ellos con mayores fuerzas; pero Blake acudió á sostener á los suyos con el grueso de las tropas y la población quedó por él. Después de esto avanzó con parte de las tropas á situarse entre Zornoza y Durango uniéndosele en Quincoces la división asturiana compuesta de ocho mil hombres, á cuyo frente iba el general D. Vicente María de Acevedo, que era sin disputa uno de los mejores militares de su tiempo tanto por el valor como por la ilustración y capacidad.

Las tropas de Asturias, que constaban de unos ocho mil hombres, iban divididas en dos brigadas que mandaban oficiales tan expertos como D. Cayetano Valdés y D. Gregorio Quirós. Este último era un antiguo oficial de guardias españolas que gozaba fama de arrojado y audaz, y en cuanto á Valdés, que estaba destinado á figurar mucho en la historia de nuestra revolución y á ocupar los más altos puestos del Estado, era en aquella época jefe de escuadra y uno de los marinos más reputados de España, pues le daba gran renombre el haber sido primeramente de los que acompañaron al célebre navegante Malaspina en su viaje de exploración alrededor del mundo, y después, de los héroes que sobrevivieron á la gloriosa hecatombe de Trafalgar. Al comenzar el levantamiento de España contra los franceses, don Cayetano Valdés mandaba la escuadra surta en Mahón, pero comprendiendo que su patria no tenía que hacer la guerra por el mar, abandonó su cargo para á pasar á Asturias, su patria, é ingresar en el ejército de tierra.

Con más ó menos exactitud fueron llegando las divisiones españolas á los puntos indicados.

Pignatelli se situó en Logroño, La Peña y Grimarest en Lodosa y Calahorra, á Llamas, que estaba en Tudela, sucedió D. Pedro Roca, y al otro lado del Ebro, avanzando sobre Navarra, se colocaron ocho mil aragoneses al mando de O'Neil en Sanguesa, y cinco mil en Egea, á cuyo frente estaba Saint-March.

Todas las tropas españolas en junto no llegaban á setenta mil hombres, y la mayor parte de los regimientos apenas si por su escasa disciplina presentaban otro aspecto que el de grandes aglomeraciones de paisanos armados al mando de oficiales en su mayor parte jóvenes; pero á pesar de esto, eran tan confusas las ideas que entonces predominaban en las cabezas de nuestros generales, que apenas Castaños, abandonando Madrid se avistó con Palafox en Zaragoza, acordaron ambos tomar la ofensiva contra los franceses, cuyo núcleo estaba en Pamplona, mientras Blake, con los gallegos y los asturianos, se corría á lo largo de la costa para cortarles la retirada á Francia.

Esta medida hubiera sido acertada y de felices resultados si se hubiera tomado á los pocos días de la victoria de Bailén cuando José, con su ejército indisciplinado y á la desbandada, se retiraba al Norte, porque en aquella ocasión los franceses habían perdido esa fuerza moral que convierte las tropas en invencibles. Entonces hubiera sido fácil, persiguiéndoles sin tregua, arrojarlos más allá del Bidasoa, rendir Pamplona y cubrir las puertas de España; pero, una vez dejada pasar tan propicia ocasión, era una locura emprender operaciones ofensivas contra un ejército que tenía gran superioridad en campo abierto sobre el nuestro, que se había repuesto ya de sus pasadas desgracias y que tenía á la espalda Francia que le enviaba contínuos socorros y de la cual estaban próximas á llegar mayores fuerzas.

Tenía Napoleón en Navarra un ejército de cincuenta mil hombres, dividido en tres cuerpos que mandaban Moncey, Bessiéres y Ney (este último recién llegado de Francia), y de una reserva en la cual se había establecido José, compuesta de soldados de la Guardia imperial mandados por Jourdán.

Como los franceses estaban concentrados en un pequeño círculo, podían acudir en masa al punto por donde atacasen los españoles en la extensa curva que éstos formaban, y además tenían la inmensa ventaja de que, en caso de derrota, siempre encontraban á sus espaldas los importantes auxilios de Francia, mientras que nuestro ejército al sufrir un descalabro no tenía á retaguardia medio alguno para rehacerse.

El mal éxito de tal movimiento no podía hacerse tardar. El 27 de Octubre fué el día señalado para que se emprendiera el avance; pero la impaciencia de aquellos soldados tan valientes como mal dirigidos, hizo que algunos generales se adelantaran á operar antes de tal fecha.

Pignatelli pasó el Ebro por Logroño y se adelantó hasta Viana; Grimarest mandó á D. Juan de la Cruz que se apoderara de Lerin y O'Neil avanzó igualmente por la parte de Sangüesa.

Llevaba D. Juan de la Cruz para ocupar Lerin el batallón de tiradores de Cádiz que estaba compuesto todo de gente brava, una compañía de voluntarios catalanes y algunos caballos, quedando á su espalda en Carcar y Sesma, algunos destacamentos que le ayudasen, y prometiéndole además el general Grimarest que en caso de ser atacado por fuerzas muy superiores y ver su retirada cortada por la superior caballería del enemigo, podía confiar que acudiría en su auxilio.

Fiado en tales promesas el bizarro Cruz se posesionó de Lerin, fortificándose como pudo en el convento de Capuchinos y en el palacio señorial, que eran los dos edificios más sólidos de la población. No tardaron en presentarse los enemigos que en la madrugada del 26 le atacaron con seis mil infantes, ochocientos caballos y algunos cañones.

Avisó Cruz á Grimarest lo apurado de su situación, pues con su corta tropa no podía sostener el empuje de tan numerosas fuerzas, y empezó contra éstas una lucha que bien puede figurar entre las más notables de nuestra historia.

Encerrado Cruz con sus soldados en el palacio se sostuvo durante todo el día 26, siendo inútiles los ataques de fuerzas tan numerosas contra un puñado de españoles que en aquella ocasión entraban por primera vez en fuego.

Los franceses emplazaron diversas veces sus cañones contra aquel caserón cuyas ventanas eran cráteres de fuego; pero les fué imposible hacer muchos disparos, porque los tiradores españoles se encargaban de impedir que artillero alguno se acercara á las piezas.

Los destacamentos que estaban en Carcar y Sesma intentaron auxiliar á los sitiados del palacio de Lerin; pero su corto número les imposibilitó de llevarlo á cabo, y Cruz siguió combatiendo todo el día contra las septuplicadas fuerzas, sin recibir socorros ni tener noticias de Grimarest.

Al llegar la noche continuó el tiroteo entre ambas partes más débil, y en la mañana del 27, aunque la defensa siguió por algunas horas, Cruz al no tener cartuchos para sus tropas y haber perdido la esperanza de recibir socorros, tuvo que capitular, siendo su rendición honrosísima, pues los franceses admirados del tesón y el heroismo de aquella pequeña fuerza no consideraron un desdoro el dejarlos salir del casi arruinado palacio con todos los honores de guerra y con la condición de ser canjeados inmediatamente.

La acción de Lerin, al par que entristeció por su desgracia á toda España, la llenó en cierto modo de satisfacción por el heroismo que en ella

habían demostrado sus hijos. Cruz se llenó de gloria por el tesón con que había sabido defenderse, y el batallón de Tiradores de Cádiz que hasta entonces había sido mirado con desprecio por componerse de gente perdida y en su mayor parte procedente de los presidios, se hizo acreedor en tal jornada al aprecio nacional, pues todos sus individuos se habían regenerado socialmente de sus antiguas culpas luchando con tal denuedo por la santa causa de la patria.

Quien á consecuencia de la acción de Lerin quedó muy mal parado fué Grimarest, que después de exponer á Cruz y su gente en una posición tan avanzada, no solo faltó á su promesa de auxiliarle, sino que excusándose en una supuesta orden de la Peña se alejó del Ebro, yendo á retirarse á la torre de Santaguda.

Por la parte de Logroño, las divisiones castellanas que mandaba Pignatelli atacadas en sus puntos avanzados por el ejército de Ney, se replegaron á la derecha del Ebro, viéndose el día 25 ocupada la ribera opuesta por los franceses. Castaños que se encontraba presente cuando el enemigo hizo la aparición, encargó á Pignatelli que se sostuviera firme y que sólo se retirara en el caso de que los franceses pasando el río por más arriba intentaran envolverle por retaguardia; pero á pesar de estas órdenes apenas se alejó aquél confiadamente hacia Calahorra, creyendo que se cumplirían, el general de los castellanos ordenó la retirada el 27 y ésta se hizo tan precipitadamente y con tal miedo salió de Logroño á pesar de que nadie lo perseguía, que al llegar á Nelda dejó los cañones abandonados y no cesó de correr hasta Cintruénigo.

La indignación de Castaños ante tan inconcebible cobardía fué tan grande, que no se contentó con destituir á Pignatelli, sino que disolvió la división castellana distribuyendo sus batallones entre el resto del ejército.

Los dos fracasos de Lerin y Logroño hicieron que Castaños y Palafox no quisieran seguir adelante el plan y lo aplazaran para cuando recibieran nuevos refuerzos, sin esperar, para tal determinación, á saber el éxito del movimiento que se le había encomendado á Blake. Con esta resolución, resultaron inútiles los esfuerzos hechos por los aragoneses en su avance por la parte de Sanguesa hasta Monreal, operación que puso en gran cuidado á Moncey.

La actividad propia de Napoleón no dió tiempo á los generales españoles para que emprendieran otra vez la realización de su desacertado plan, pues el gran guerrero, al saber lo ocurrido en España después de Bailén y el peligro que le amenazaba, se revolvió furioso sobre ella.

Bonaparte, que, como ya vimos por sus palabras, consideró que había triunfado decisivamente de España después de la jornada de Rioseco y que confiadamente abandonó Bayona para dirigirse á París, al saber la derrota de

sus ejércitos y la fuga de su hermano José hacia la frontera conoció por primera vez que su buen golpe de vista militar y político no era tan certero como creía, porque jamás había él podido imaginar que un pueblo casi sin ejército y completamente bajo su poder pudiera lograr tan feliz triunfo.

Los cien mil hombres que había enviado á España le parecieron poca cosa para lograr la sumisión de un pueblo tan entero y viril, y dió orden á sus ejércitos que vencedores regresaban de Prusia, para que dirigieran su marcha á la península. Al mismo tiempo pidió al Senado francés ciento sesenta mil hombres de la conscripción del año 6 al 10, y en el mensaje en que formulaba tal demanda explicaba á su modo el origen de la guerra de España, para terminar sacando la ilógica consecuencia de que era necesario atender á la seguridad del imperio, y por consiguiente, desterrar la influencia inglesa del territorio español.

Bonaparte, para matar aquel noble y heróico levantamiento de un pueblo ofendido en sus más sagrados sentimientos, encontraba lo más natural atribuirlo á su enemiga la Inglaterra, cuando ésta había sido la primera en quedar sorprendida ante tan inesperada revolución.

El Senado, compuesto todo de hechuras del emperador, accedió inmediatamente á las pretensiones de éste, y aun para halagarle más, declaró en nombre del pueblo francés que la guerra con España era *política*, *justa* *y necesaria*.

Napoleón, que sabía el gran efecto que su persona ejercía en sus soldados, determinó dirigir él mismo los ejércitos que invadieran España, y para ponerse á cubierto de cualquier contrariedad que pudiera ocurrirle en el Norte y dedicarse por entero á la conquista de nuestra nación, buscó el apoyo del emperador de Rusia, y le propuso celebrar la entrevista que sin fecha fija se había convenido en el tratado de paz de Tilsitt.

Celebróse la conferencia en Erfurth el 27 de Setiembre, y á ella asistieron, además de los emperadores de Francia y Rusia, varios soberanos de Alemania, estando el de Austria representado por su embajador, y el de Prusia por su hermano el príncipe Guillermo.

Reinó entre aquel concierto de testas coronadas la mayor alegría y cordialidad; todos accedieron á las peticiones de Napoleón, y lo mismo Alejandro de Rusia, que los demás soberanos no tuvieron inconveniente en reconocer á José I por rey de España y en calificar de rebeldes á los que defendían á Fernando VII, con lo cual quedó demostrado para siempre hasta qué punto creen los representantes de la soberanía tradicional y hereditaria en el tan decantado derecho divino que les asiste para gobernar á los pueblos.

Aquellas conferencias de Erfurth que constituyeron el momento en que

Napoleón llegó al colmo de su poder y tuvo á toda Europa bajo su dirección, terminaron con un acto en el que el gigante del siglo demostró que los embriagadores vapores de la gloria ciegan muchas veces á los genios hasta el punto de que se dejen engañar como niños.

En un desmantelado patio de Erfurth organizóse un teatro en el cual representó el célebre actor Talma, íntimo amigo del emperador, una de las tragedias en moda. Napoleón ocupaba la presidencia, teniendo á su lado al emperador de Rusia y á sus piés un público el cual jamás ha vuelto á verse reunido, compuesto de soberanos, de príncipes y embajadores, que llevaban la complacencia con el coloso hasta el punto de no aplaudir al gran actor más que cuando su egregio amigo daba la señal.

Napoleón sonreía con más gozo que nunca al ver representado de tal modo en un sucio patio el inmenso poder que en aquellos instantes tenía sobre Europa. Cuando el gran Talma declamó con cierta intención un parlamento que comenzaba con el siguiente verso: *La amistad de los grandes hombres es un dón del cielo*, Alejandro apretó la mano de Napoleón sonriéndose, como para demostrar que él era de la misma opinión y que se juzgaba feliz por ser amigo del emperador de Francia. Este se llenó de satisfacción no viendo en aquéllo más que una adulación ingenua; pero los hombres avisados que figuraban en aquel concurso vieron en la sonrisa equívoca que contraía los delgados labios del cosaco algo misterioso y amenazante que denotaba ulteriores propósitos.

Bonaparte, en aquella ocasión como en los asuntos de España no vió claro. El tomó por muestra de afecto del soberano ruso aquella sonrisa que era el preludio del sublime incendio de Moscou y de la triste y desastrosa retirada francesa.

Allí, á su lado y adormeciéndola con esa sonriente diplomacia moscovita que ha tomado de los asiáticos el halago falaz, estaba el terrible enemigo que tenía que desmoronar el pedestal de su poder por un lado, mientras que por otro lo atacaba aquel pueblo español, más franco y rudo en la lucha.

En Erfurth, donde Napoleón creía haber consolidado su poder para siempre, era donde empezaba á descender aquella rápida pendiente que le conduciría al destronamiento y al destierro.

Antes de llegar á aquella conferencia, se veía únicamente atacado por España que era el león salido de su letargo; pero en aquel punto se encontraba con Rusia, el gato salvaje que le daba la mano halagadoramente para sacar después las uñas y herirle con crueldad.

En Erfurth convinieron Napoleón y los soberanos en hacer proposiciones de paz á Inglaterra, conformándose el primero con tal idea en la seguridad de que la Gran Bretaña no acep-

taría, pues tan pocos eran los deseos que él tenía de pacificación que antes de que el gabinete británico formulara su contestación, que salió de Londres el 28 de Octubre, ya había dicho el emperador de vuelta en París ante el cuerpo legislativo:

—Parto dentro de pocos días á ponerme yo mismo al frente de mi ejército, á coronar con la ayuda de Dios en Madrid al rey de España y plantar mis águilas sobre las fortalezas de Lisboa.

El 29 se puso en camino para Bayona y al llegar á este punto recibió la contestación de Inglaterra en la que el ministro de Estado, Canning, manifestaba con gran nobleza que España y Suecia eran naciones aliadas de la Gran Bretaña y que ésta, por tanto, no podía emprender ninguna negociación con Francia en que no figurasen ellas.

Al prepararse Napoleón para entrar en España incorporó las grandes fuerzas que había aglomerado en la frontera á las que tenía su hermano José y formó con todas ellas, que ascendían á la enorme cifra de doscientos mil infantes y cincuenta mil caballos, ocho cuerpos de ejército que puso bajo las órdenes de sus mariscales más renombrados como lo eran: Víctor, Bessiéres, Moncey, Lefebvre, Mortier, Ney, Saint-Cyr y Junot.

El 8 de Noviembre pasó Napoleón el Bidasoa y el mismo día llegó á Vitoria, dónde tenía establecido el cuartel general su hermano José.

Antes de la llegada de Napoleón, ya se había adelantado Lefebvre en las operaciones dirigiéndose contra Blake, que estaba situado en Zornoza.

Estaba indeciso Blake entre atacar, sostenerse ó retirarse por no tener ninguna noticia del éxito logrado por los demás generales españoles en su avance sobre los franceses, cuando se le presentó Lefebvre el 31 de Octubre con unos diez mil hombres más que los que él llevaba, pues su ejército en aquel momento no se componía más que de unos diez y seis mil quinientos soldados, estando además desprovisto de cañones, pues toda la artillería la había hecho retirar con anterioridad camino de Bilbao.

Con tal desigualdad de fuerzas al comenzar el combate, la derrota no pudo menos de ser inmediata, á pesar de la entereza y el tesón con que se sostuvo la primera división mandada por el valiente D. Genaro Figueroa.

Blake se retiró con bastante orden en dirección á Bilbao, pero no se detuvo en este último punto, siguiendo hacia Balmaseda.

Lefebvre destacó al general Villatte con siete mil hombres para que continuara su persecución, y él, con el resto de sus tropas, cayó sobre Bilbao, que después de una vigorosa resistencia, no tuvo otro remedio que entregarse.

Cuando Blake iba en retirada de la desgraciada acción de Zornoza, fué cuando se le reunió la infantería procedente de Dinamarca que mandaba el brigadier conde de San Román.

Habiendo recibido Blake este auxilio y el de la segunda división asturiana que mandaba D. Gregorio Quirós, se sintió fuerte para acometer un nuevo movimiento, y teniendo noticias de que las divisiones mandadas por Martinengo y D. Vicente Acevedo que tenían que haber acudido al combate de Zornoza y no lo hicieron por haberse perdido en las asperezas de la sierra, se encontraban ahora en gran aprieto, se dirigió en su auxilio.

Habían estas dos divisiones tenido noticias, aunque vagas, del descalabro de Zornoza, y conociendo que estaban poco seguras en esa situación aislada y sin tener noticias de Blake, se internaron por Miravalles. El general Villatte, que ya vimos había sido destacado por Lefebvre para perseguir á los españoles, se encontró con Acevedo y Martinengo en Menagaray, pero éstos, sin esperar á que los franceses tomaran la ofensiva, los atacaron con tal furor, que los contrarios creyendo que tenían encima todo el ejército de Blake, se retiraron con gran precipitación á Orduña.

Las dos divisiones aprovecharon este engaño de Villatte para tomar una posición más ventajosa y se situaron en las inabordables alturas de Orrantia, donde vino á encontrarlas Blake.

En tanto una división se había adelantado por orden de éste hasta Balmaseda al mando de D. Esteban Porlier y atacando por sorpresa al general Villatte que estaba en dicho punto, lo puso en desordenada fuga. Rehizo sus regimientos dicho general á la orilla del Salcedón y volvió otra vez sobre Porlier, el cual tuvo la fortuna de ser auxiliado por Acevedo que emplazando en buen lugar una batería y enviando por un paraje apartado dos batallones para que cayeran sobre la espalda de los franceses, logró envolverlos entre dos fuegos y que se consumara nuevamente su derrota.

Napoleón al entrar en España recibió un disgusto con el éxito de estas pequeñas acciones, y no queriendo dejar á Lefebvre expuesto á que lo derrotara Blake envió en auxilio del primero al mariscal Víctor, con lo cual ascendieron á cincuenta mil los hombres dispuestos á operar contra el general de Galicia.

Al ver venir sobre sí tan superiores fuerzas, Blake emprendió la retirada después de intentar sin resultados una acción frente á Balmaseda en la que se distinguió la división que mandaba Figueroa y el célebre batallón literario de Santiago.

El 9 de Noviembre llegó Blake á Espinosa de los Monteros y dejándose llevar de aquel ardor ciego que constituía el principal defecto de nuestros generales, á pesar de lo cansadas que estaban las tropas por la contínua retirada, las incesantes lluvias y la escasez de alimentos, determinó probar otra vez fortuna.

El mariscal Víctor llevaba cuatro mil hombres de fuerza más que Blake y además tenía á su favor la indudable superioridad de sus tropas; pero

á pesar de esto, el combate se prolongó durante dos días y su éxito se sostuvo muy dudoso hasta que los enemigos para lograr el triunfo se valieron de medios poco nobles aunque justificados en la guerra.

En ningún sitio como en la desgraciada batalla de Espinosa de los Monteros se demostró hasta dónde llega el valor del español que, soldado bisoño, muerto de hambre y de fatiga, sabe sacar de su flaqueza fuerza suficiente para luchar como un león.

En la primera parte de la batalla, que duró todo el día 10, los españoles hicieron prodigios de valor y especialmente las tropas venidas de Dinamarca y la división asturiana mandada por Acevedo, que no sólo supieron resistir á pié firme todas las acometidas del enemigo, sino que, cargando á la bayoneta, desalojaron al enemigo de sus posiciones y adelantaron mucho terreno. En el combate de aquel día cayeron mortalmente heridos el conde de San Román, el general Riquelme que mandaba la tercera división y gran número de oficiales, pues éstos, poseídos de un furor sin límites, cargaban al frente de los regimientos y eran los que más se exponían al fuego enemigo.

Llegó la noche y se suspendió el combate. Blake debía haberse retirado inmediatamente dejando hogueras encendidas para engañar al enemigo y que no le hostilizara en su marcha, y con ello hubiera conservado la gloria adquirida en la jornada del 10 y no hubiera expuesto su ejército á una derrota cierta. Pero aquel general, que había visto como sus soldados que hacía algunos días estaban ateridos de frío y no comían más que frutas sin sazonar y patatas crudas, se batían á pesar de su estado con un denuedo nunca visto, creyó que igual podrían hacer al día siguiente, no considerando que los esfuerzos supremos tienen un próximo término y se quedó sobre el campo de batalla para recoger los frutos del pasado combate.

La noche fué cruel para los soldados españoles. En todo el pueblo de Espinosa de los Monteros,—lugarejo miserable á pesar de su nombradía,—no encontraron apenas pan que llevar á la boca, y las casas fueron insuficientes para aquellos guerreros que tuvieron que dormir á la intemperie en un tiempo tan duro. Los heridos yacían abandonados sin haber quién los curase, pues más importaba en aquella ocasión el socorrer á los vivos, que necesitaban no menores cuidados, y era tanto el hambre que reinaba entre los defensores de la patria, que muchos aprovechándose de la lobreguez de la noche desertaron de sus banderas para ir á buscar más lejos algo con que llenar su desfallecido estómago.

En tanto, los franceses, que se habían repartido por varios pueblos inmediatos para pasar la noche, estaban en la abundancia y descansaban tranquilos recobrando fuerzas para el día siguiente.

Apenas despuntó éste, volvió á reanudarse el combate.

Había advertido el mariscal Víctor que la izquierda de los españoles, que por ocupar una altura elevada era la llave de la posición, estaba compuesta de las tropas de Asturias, que eran todos de soldados bisoños que habían entrado pocas veces en fuego, y que si se batían con tanta entereza era tan sólo porque sus jefes y oficiales recorrían continuamente sus filas exhortándoles y siendo los primeros en presentar el cuerpo.

Contra tal punto envió el mariscal al general Maisón con una brigada, pero los ataques de ésta resultaron vanos, pues aquellos reclutas se batían firmes y serenos obedeciendo la voz de sus jefes. Advertido el mariscal Víctor de la causa porque aquellas fuerzas se sostenían tan bien, y fijándose en los jefes que los animaban y especialmente en uno que montado en un caballo blanco corría sin cesar de un punto á otro de las filas, y el cual no era otro que D. Gregorio Quirós, mandó que algunos franceses conocidos por su destreza como tiradores fueran arrastrándose sin ser vistos por los españoles á emboscarse á corta distancia del lugar que éstos ocupaban, y que dispararan sobre aquéllos.

Aquel medio poco noble fué lo que decidió la acción. Los tiradores, amparados de las escabrosidades del terreno, fusilaban casi á quemarropa á los jefes españoles que no podían oponerles iguales medios, pues sus soldados, poco duchos en hacer la guerra, sólo sabían disparar en descargas cerradas tan atronadoras como poco certeras.

El desgraciado Quirós cayó muerto, traspasado de dos balazos, y no tardaron en quedar fuera de combate heridos gravemente los generales don Vicente Acevedo y D. Cayetano Valdés, y otros jefes y oficiales, entre los que figuraban D. Joaquín Escario y don José Peón.

Todos los que se afanaban y corrían de un punto á otro para que los soldados no desmayaran en la pelea, cayeron bajo los certeros disparos de los tiradores franceses.

Al ver fuera de combate á jefes tan apreciados, los soldados asturianos comenzaron á flaquear, produciéndose entre ellos el mayor desorden.

Blake, conociendo el peligro, envió para que sustituyera á aquellos jefes al arrojado D. Gabriel de Mendizábal, que por su valor gozaba de gran prestigio entre los soldados, pero resultó inútil tal orden, porque cuando éste llegó á la posición para tomar el mando, la dispersión había comenzado y gran parte de los soldados asturianos se dirigían al valle de Pas, huyendo de los franceses.

Apenas se deshizo de tal modo la izquierda del ejército español, el centro y la derecha se vieron acometidos por todas las fuerzas francesas, y aunque por algún tiempo se defendieron bravamente, tuvo por fin Blake que ordenar la retirada, que se verificó con

algún orden gracias al auxilio de la reserva y de los seis cañones que mandaba el capitán Roselló, los cuales se perdieron poco después en el paso del Trueba.

Señaló Blake para sus derrotadas tropas la villa de Reinosa como punto de reunión, y á dicho punto llegó el general con pocas fuerzas, aunque con el intento de rehacerse; pero la diligencia y activa persecución del enemigo no le dió tiempo para ello ni para retirarse á León, siéndole necesario, para salvarse, meterse en lo más áspero de la sierra con las reliquias del ejército, encontrando á orillas del Esla al marqués de la Romana que acababa de llegar de Londres, y al cual había nombrado la Junta central como su sucesor.

Con el pesar de no poder rehabilitarse de las pasadas desgracias, le entregó Blake el mando, con gran contento de la nación, que le odiaba ya sin verdadero motivo, pues si algún delito había cometido era empeñarse en acciones campales con ejércitos bisoños, viéndose muchas veces impulsado á esto por obedecer las reclamaciones de la opinión pública que no vacilaba en tachar de traidor á todo general que, conociendo el peligro, se estaba quieto.

No se puede negar que Blake era el general español de aquella época que más conocimientos militares poseía, teniendo en cambio la fatalidad de que su talento podía ser útil al frente de ejércitos aguerridos y disciplinados, pero resultaba nulo con tropas bisoñas é inexpertas.

Blake, con sus exactos conocimientos y sus invariables planes de campaña, resultaba tan inútil como los grandes ejércitos, pues la nación, atendido el estado en que se encontraba, á la clase de enemigos que la atacaban y á los medios de defensa de que podía disponer, lo que necesitaba eran caudillos que supieran hacer esa guerra irregular llamada de guerrillas, en que la astucia, el arrojo y el entusiasmo triunfaban siempre de la ciencia militar y de la disciplina.

Libres ya los franceses del ejército de la Izquierda, el emperador, que sólo deseaba llegar cuanto antes frente á los muros de Madrid para que de este modo viera Europa que no tardaban en cumplirse sus promesas ante el cuerpo legislativo francés, envió sobre su izquierda al mariscal Moncey con el tercer cuerpo, para que observara los ejércitos del Centro y Aragón mandados pór Castaños, los cuales se hallaban situados cerca del Ebro, dejando además en Logroño una parte del sexto cuerpo.

El con el segundo mandado por Soult, la caballería encomendada á Bessiéres, la Guardia imperial y el ejército de reserva, salió de Vitoria y tomando el camino real de Madrid se dirigió á toda prisa á Burgos.

Al mismo tiempo que los franceses comenzaban á avistar esta población, llegaba á ella el ejército de Extremadura que cumplía entonces (10 de

Noviembre), la orden que la Junta de Guerra habia dado de acudir al Ebro.

Mandaba dicho ejército el conde de Belveder, hijo del marqués de Castelar, joven tan ignorante como fatuo, y el cual, alentado por el éxito de algunos fuegos de pelotón que sus tropas habían tenido con las avanzadas francesas, se creyó ya el indicado por el destino para derrotar á todos los generales franceses y salvar á España.

Constaba su ejército de diez y ocho mil hombres arreglados en tres divisiones, y era tal la confianza de Belveder, que cuando en la noche del 9 los oficiales de la segunda división que acababa de llegar á Burgos fueron á cumplimentarle á su alojamiento, les dijo que podían retirarse á descansar, pues si el enemigo intentaba algo, bastaría para rechazarle la primera división que estaba avanzada en el Gamonal á poca distancia de la ciudad.

En la mañana del 10 anunció esta fuerza la presencia de los franceses, y allí acudió la segunda división á reforzarla, pero viéndose privados del auxilio de la tercera que todavía no había llegado á Burgos.

El combate no fué de larga duración, pues generales como Belveder no podían oponer una larga resistencia ni aun á enemigos menos fuertes que los franceses. El jefe de la caballería extremeña D. José Hinestrosa, que era hombre tan valiente como devoto y santurrón, creyó decidir desde el primer momento el éxito del combate arremetiendo con gran bravura á los franceses mientras rezaba á gritos é invocaba á todos los santos del cielo; pero fué completamente rechazado por los jinetes enemigos superiores en número, y al volver bridas sembró él mismo la confusión y el espanto en las filas españolas que se declararon en desordenada fuga.

La caballería pesada que mandaba Bessiéres acuchilló cruelmente á los fugitivos hasta Burgos, donde entraron revueltos vencidos y vencedores, mientras que Belveder era presa de tal terror, que seguido de las reliquias de su ejército, no paró de correr hasta Segovia donde el gobierno que le había nombrado general lo relevó del mando con D. José de Heredia.

Entregaron los vencedores al pillaje la ciudad de Burgos, apoderándose de dos mil sacas de rica lana, y después de mandar una división en persecución de Belveder, el mismo Soult torció el camino hacia Reinosa con intento de coger en ésta á Blake que se estaba reponiendo como ya dijimos de la derrota de Espinosa de los Monteros; pero dicho general, á su proximidad, se enriscó en la sierra, y la única ventaja que aquella expedición produjo á los franceses fué sorprender con un fuerte destacamento de caballería la artillería española que con un convoy de enfermos y heridos marchaba hacia León por Aguilar de Campóo. La artillería, precipitando su marcha, logró salvarse; pero fué á costa de abandonar los heridos de Es-

pinosa que confiaba serían respetados por los enemigos por ser esta ley general de humanidad.

Enojados los enemigos porque se les escapaba tan buena presa, se ensañaron con los heridos á los que dieron muerte, contándose entre éstos el heroico general D. Vicente María de Acevedo. En aquella desastrosa jornada hizo su primera aparición en la historia de una manera oscura aunque noble, un joven cuyo nombre debía ser repetido por Europa y América entera algunos años después.

Cuando el general Acevedo, que iba tendido en el fondo de un carro, vió acercarse el tropel de jinetes franceses y huir la artillería, presintiendo tal vez lo que iba á suceder, rogó á un teniente, ayudante suyo, que apenas si contaría veinte años, que se pusiera en salvo, pues él era joven y estaba sano, por lo que sería lastimoso que pereciera tan miserablemente cuando tan grandes servicios podía prestar á la patria. El joven ayudante se negó rotundamente á abandonar á su general en tan difícil trance, y cuando llegaron los franceses, y algunos soldados, enterados de quien era Acevedo, se dispusieron á darle muerte, aquél tiró del sable para defenderlo, y cuando se vió desarmado lo protegió con su cuerpo forcejando con los enemigos y rogándoles en todos los tonos que respetaran á su general, hasta que por fin fué arrancado de junto á éste. El herido general Acevedo fué muerto á estocadas por varios cazadores franceses del regimiento que mandaba el coronel Tascher, y su ayudante logró no sufrir igual suerte gracias á las simpatías que le valieron entre algunos de los oficiales enemigos su heroico comportamiento, quedando considerado como prisionero y siendo conducido á Francia.

Aquel ayudante de veinte años era D. Rafael del Riego, el que tiempo adelante había de ser el héroe de la libertad tan popular como desgraciado.

Para llenar el vacío de la ausencia de Soult, se unió Víctor al emperador en Burgos desde donde, antes de continuar la marcha, publicó Napoleón, con objeto de engrosar las filas de sus partidarios, un decreto en el que daba amplia amnistía á todos los españoles que hasta un mes después de su próxima entrada en Madrid depusieran las armas y reconocieran á su hermano José por rey de España; incluyéndose en esta gracia á los generales y á los individuos de las juntas y haciendo excepción únicamente del príncipe de Castel-Franco, de los duques del Infantado, Hijar, Medinaceli y Osuna, de los condes de Fernan-Núñez y Altamira, del marqués de Santa Cruz del Viso, del ex-ministro Cevallos y del obispo de Santander cuyos bienes de dentro y fuera de España deberían ser confiscados, y dichos señores apenas se les encontrara entregados inmediatamente á una comisión militar que los mandaría fusilar por traidores á las coronas de Francia y España.

Una impresión muy diferente á la que esperaba Napoleón causó en España aquel vengativo decreto, pues ni las juntas ni ninguna autoridad nacional en tiempo de revolución que justifican tales extremos, habían tomado providencias tan radicales. Pero lo que causó verdadera indignación fué el ver mezclados entre todos los comprendidos en la proscripción al obispo de Santander, pues contra aquéllos podría tener motivos de queja el emperador toda vez que habían sido de los cortesanos que fueron engañados á Bayona y le juraron fidelidad; pero éste no se había movido de España y con su conducta no había hecho más que imitar á los demás honrados españoles, si bien todos sus actos patrióticos eran de gran transcendencia, por ser tal vez el único obispo que en cuerpo y alma se entregaba á la defensa de la causa nacional.

Napoleón estuvo algunos días en Burgos, un tanto alarmado por la presencia del ejército inglés en España, que después de los triunfos de Portugal se había trasladado á Salamanca. Mandábalo en ausencia de Dalrymple, Burrard y Wellesley, que estaban en Inglaterra justificándose en el asunto de la *Convención de Cintra*, sir Juan Moore, que temeroso de Bonaparte que ejercía sólo con el nombre cierta sugestión sobre todos los generales europeos, no pensó moverse de los alrededores de Salamanca.

Para tener segura su derecha, derramó Napoleón ocho mil caballos al mando de Lefebvre por los llanos de Castilla, los que unidos á las fuerzas de Soult, al par que contuvieron á los ingleses, fueron sembrando la confusión y el espanto en las poblaciones de aquella parte de España, y al mismo tiempo se cubrió por su izquierda de un ataque de Castaños ó Palafox, enviando á Ney para que reforzara á Moncey que estaba ya en observación del ejército del Centro.

El estado de éste no podía ser peor. Como si no fuera suficiente para nuestras desgracias la escasez y mala organización de nuestros soldados, habíanse iniciado entre los jefes grandes rivalidades, hasta el punto de dividirse en partidos. Unos estaban del todo conforme en que Castaños fuera el general en jefe; otros le negaban todo mérito militar, y apoyándose en ciertos hechos, decían que sus laureles de Bailén fueron falsos, pues no era él quien había ganado tal batalla. Como la opinión pública hacía también blanco de sus ataques á dicho general por su inacción, tachándole los más benévolos de inepto ó de traidor (pues tales dictados se aplicaban en aquella época á todo general que no ganaba cada día una batalla), la Junta central creyó ser de gran conveniencia el nombramiento de una comisión de su seno que pasara al cuartel general á fiscalizar los actos de Castaños y asistirle con sus consejos.

Para un encargo tan difícil, por no decir imposible, pues siempre ha sido nocivo el colocar junto á los generales en jefe autoridades superiores, pues éstos ven entorpecida su acción á cada momento y la responsabilidad de lo censurable no se sabe al fin á quién corresponde, aquella Junta, que todo lo hacía desacertadamente, nombró á D. Francisco Palafox, el menor de los tres hermanos del mismo nombre, persona muy apreciada por su caballerosidad y fino trato, pero á quien todos, empezando por los más allegados, tenían por hombre de pocos alcances, al marqués de Coupigny, que desde Bailén tenía gran ojeriza á Castaños por la notable injusticia que en el acto de la rendición de Dupont había cometido con Reding y con él, y al conde de Montijo, tipo enredador, propio para promover asonadas ó motines como el de Aranjuez y que no gozaba más que cuando avivaba los odios y rencillas entre unos y otros.

En aquellas cuestiones y celebrando contínuamente Consejos de guerra en los que nada se acordaba, iban pasándose los días del mes de Noviembre, y mientras nuestros ejércitos permanecían en la inacción perdiendo la poca disciplina que habían adquirido, los enemigos se preparaban á darles un golpe seguro.

El mariscal Lannes juntó en Lodosa las tropas que mandaban Moncey, Lagrange, Colbert y Mathieu las cuales alcanzaban á treinta mil infantes, cinco mil caballos y sesenta cañones para dar un ataque por el frente, mientras que Ney al mando de veinte mil hombres pasaba á Soria para cortar á los nuestros la retirada á Madrid y envolverlos por retaguardia.

Al saber Castaños los movimientos del enemigo, conoció lo desventajosa que era su situación y se apresuró á abandonar Calahorra para colocarse á orillas del Queiles entre Tarazona y Tudela.

Acudió á dicho punto D. José Palafox, y celebró con Castaños, los comisionados de la Central y los demás generales, un Consejo de guerra para acordar qué debía hacerse, pues todos aquellos militares que tanto tiempo habían estado en la inacción, no tenían todavía una idea fija.

Opinaron los Palafox que lo más conveniente era guardar Aragón por ser reino en que la defensa era fácil y podía hacerse interminable; pero Castaños se manifestó partidario, con más razón que los otros, de retirarse á Andalucía y demás provincias meridionales, donde para la defensiva se tenía la gran ventaja de la abundancia de aquellas tierras y de poder recibir socorros por mar, condiciones que no reune Aragón.

La discusión sobre estos dos pareceres fué interminable, y siendo todos partidarios de una retirada y enemigos de exponer el ejército en una batalla, vinieron á caer en este último extremo, pues en la mañana del 23 de Noviembre, cuando se estaban ocupando de tales cuestiones, les avisa-

ron que las avanzadas veían al enemigo en marcha hacia ellos.

Precipitadamente y sin concierto se tomaron algunas disposiciones para combatir al enemigo, siendo tal el orden de batalla que sólo un número determinado de cuerpos entraron en fuego, quedando los demás primeramente como espectadores y después como derrotados sin haber combatido.

El desastre de Tudela fué entre todos los que sufrimos en aquella época el que más debe atribuirse á la impericia y descuido de nuestros generales, pues los soldados españoles no se pudieron batir con más valor y audacia.

Estaba el ejército español, cuando llegaron los franceses, extendido en batalla desde Tarazona á Tudela, teniendo un frente de cuatro leguas que es la distancia que hay entre ambas poblaciones, lo que le convertía en tres ejércitos aislados, pues su ala derecha se hallaba en la segunda de dichas poblaciones, la izquierda que se hallaba en Cascante, y el centro, que buscó su asiento en una vasta llanura plantada de olivos, combatieron completamente solos sin apoyarse mútuamente. Además, Grimarest con su división, se había colocado separadamente y por su voluntad en Tarazona.

Los tres cuerpos que cubrían el campo supieron resistir muy bien por separado la acometida de los franceses, y á no ser por la superior caballería del enemigo que se aprovechó de lo llano del terreno, es indudable que la victoria hubiera sido nuestra, pues los soldados españoles después de rechazar la primera embestida de los franceses tenían un aplomo y serenidad nunca vistos en aquellas tropas bisoñas.

Pero Lefebvre cargó con la caballería pesada sobre el cuerpo del centro, que como ocupaba una llanura y no tenía jinetes que oponer á los enemigos se vió pronto envuelto y disperso á pesar de la resistencia que opuso. El desorden del centro se comunicó pronto á la derecha que abandonó Tudela huyendo del enemigo, y en cuanto á la izquierda, que mandaba la Peña, fué obligada á guarecerse en Cascante.

Grimarest, que como de costumbre siempre era rehacio en obedecer las órdenes y llegaba tarde ó sea cuando ya era pasado el peligro, á pesar de los avisos que recibió de la Peña para que fuera en su auxilio sólo se movió de Tarazona muy entrada la tarde y llegó de noche al campo de batalla, cuando todo se había perdido.

El desastre de Tudela fué un golpe muy duro para la patria. Con él España perdió su último ejército grande, las puertas de Madrid quedaron abiertas á Napoleón que podía llegar hasta ellas sin tropiezo, y el enemigo hizo dos mil prisioneros y se apoderó de los almacenes de Tudela donde estaba la artillería de los ejércitos de la derecha y del centro.

Los batallones aragoneses, valencianos y murcianos que tomaron parte en la batalla, al sobrevenir la derrota

se refugiaron en Zaragoza para donde había salido el 23 por la mañana, antes de comenzar el combate, D. José Palafox, convencido, sin duda, del mal éxito que éste iba á tener.

Castaños, con las reliquias de su ejército, se retiró primeramente á Borja y de allí pasó á Calatayud, donde recibió una orden de la Junta central para que inmediatamente acudiera en socorro de Madrid amenazado por el ejército que mandaba Napoleón y que avanzada ya por Somosierra.

Apurada era la situación de la Junta central que veía avanzar rápidamente á Napoleón sobre Madrid, y apenas si tenía fuerzas que oponerle. Con gran trabajo pudo reunir unos doce mil hombres procedentes de diversos cuerpos, y con algunos cañones los envió á las órdenes del general don Benito Sanjuán á que cubrieran los pasos de la cordillera carpetana que se extiende al Norte de la capital, y especialmente el llamado de Somosierra que necesariamente debían atravesar los invasores.

Ocupó este último punto el general San Juan, hombre esforzado y buen patriota á quien el destino guardaba un próximo fin triste y miserable, y colocó parte de su gente avanzada en Sepúlveda á las órdenes de D. Juan José Sarden.

Este, en la madrugada del 28 de Noviembre peleó con gran bizarría durante tres horas contra fuerzas muy superiores, como eran cuatro mil infantes y mil caballos, haciéndolas retirar y quedando el terreno por suyo; pero de poco le sirvió tal triunfo, pues sus soldados, gente desmoralizada y sin obediencia á los jefes, alegaron mil pretextos para no seguir guardando tal punto y se retiraron á Segovia en la noche del 29, llevándose tras sí á Sarden que no encontró medio de oponerse á sus subordinados.

Quedó pues San Juan desamparado y solo con muy escasas fuerzas para guardar Somosierra, y con la noticia de la deserción de las tropas de Sarden, coincidió la aparición de los franceses en la madrugada del 30, que era fría y encapotada por una densa niebla.

San Juan había cortado el camino para defenderlo con sus tropas, y como éstas eran tan escasas no tenía bastantes para cubrir las alturas que flanqueaban la carretera.

Atacó á San Juan en su posición el general Senarmont con una fuerte columna y seis cañones; pero el español resistió con entereza la acometida y tuvo éste que retirarse con grandes pérdidas. En esto había llegado Napoleón al pié de Somosierra é irritado por aquella resistencia que osaban oponerle un puñado de soldados y un general oscuro á quien sin duda no aterrorizaba su nombre, echó pié á tierra y dió orden á los lanceros polacos y á los cazadores de la guardia imperial, que eran sus mejores tropas de caballería, para que á todo escape se arrojaran por la carretera contra la principal batería de San Juan.

Las descargas de ésta cubrieron el suelo de cadáveres de hombres y caballos, y difícilmente habrían acabado por apoderarse de la posición, si al mismo tiempo que cargaban no se hubieran encaramado dos columnas de infantería ligera á las alturas de ambos lados del camino, corriéndose por ellas y hostilizando con su certero fuego á los españoles.

Al verse próximas á quedar envueltas las escasas tropas de San Juan, cesaron de resistir el ataque de la caballería, que se apoderó sin dificultad de los cañones, y se declararon en desordenada fuga.

El valiente San Juan, con el deseo de contener á sus soldados, corría á caballo de un punto á otro, fijándose tan poco en el peligro y siendo tal su audacia y esfuerzo, que fué el último en abandonar el campo, y viéndose envuelto por los lanceros polacos, se abrió paso á fuerza de sablazos y con la cabeza partida por una descomunal cuchillada y casi próximo á caer exánime por la sangre perdida pudo llegar á Segovia caminando por apartadas veredas. En dicho punto se encontró con el general Heredia, sucesor del inexperto Belveder en el mando del ejército de Extremadura, el cual se dedicaba á reunir y organizar dispersos.

Con aquel último desastre de Somosierra nada estorbaba ya á Napoleón el llegar á Madrid.

La Junta central que hasta entonces había estado indecisa en la conducta que debía seguir y que aunque deseaba retirarse al Sur de España no se atrevía á hacerlo por miedo á la indignación que tal acto causaría en los pueblos que se quedaban á sufrir las exigencias del invasor, se vió obligada al fin á emprender precipitadamente el viaje al saber el 30 de Noviembre que habían aparecido exploradores franceses por los alrededores de Móstoles, y al tener noticia en las primeras horas de la mañana del 1.° de Diciembre del desastre de Somosierra.

En verdad, la Junta central se había comprometido mucho últimamente en contra de Napoleón, pues las cartas que los ministros del rey José le habían enviado incitándola á que se pasara á su bando, con lo cual en su concepto labraría la felicidad de España y se evitarían muchas desgracias, las mandó quemar públicamente por mano del verdugo y declaró traidores á la patria á los que las firmaban encargando que se les formara causa, con lo cual dió por contestado el decreto de proscripción publicado por el emperador en Burgos.

Acordó la Junta que salieran varios de sus individuos con dirección á las más patrióticas provincias para que atizaran el fuego de la insurrección, se designó la ciudad de Badajoz como próximo punto de reunión, se nombró una comisión compuesta de los vocales más ilustres para que durante el tiempo que durara el viaje fuera la encargada de despachar los negocios urgentes, y después de tomar estas decisiones por primera vez algo rápida-

mente, fueron saliendo de Aranjuez todos sus individuos en la noche del 1.° al 2 de Diciembre, con poca escolta y escasos carruajes, pudiendo darse por muy afortunados, ya que los franceses no los cogieron, pues pululaban por aquellos campos grandes destacamentos de caballería dedicados al forrajeo y exploración.

A pesar de los temores que antes abrigaban, los individuos de la Junta no sufrieron ningún contratiempo en su marcha de parte de los pueblos que atravesaron, pues su acto de mandar quemar por el verdugo las cartas de los afrancesados había agradado mucho á la nación que gustaba de estos golpes teatrales que interpretaban sus sentimientos y con los cuales creía que causaba hondos quebrantos al enemigo. Aquella enérgica resolución de la Central hizo olvidar por algún tiempo al pueblo todos los pasados desaciertos.

Entretanto la Junta se alejaba con dirección á Talavera de la Reina, reinaba en Madrid la mayor agitación.

El marqués de Castelar, capitán general de Castilla la Nueva, y el general D. Tomás Morla, que por orden de la Junta había ido á encargarse de la defensa de la capital, llevados del laudable deseo de restablecer la tranquilidad y la confianza en los madrileños publicaron algunos bandos en los que quitaban importancia á todos los descalabros que recientemente habían sufrido los ejércitos españoles y aseguraban que aquellas noticias de descomunales derrotas eran obra de los agentes franceses que querían por este medio desalentar á los patriotas.

Los buenos efectos producidos por tales alocuciones se desvanecieron muy pronto, pues comenzaron á llegar á Madrid grandes grupos de dispersos de las recientes acciones, los cuales con su aspecto miserable y triste estado moral, demostraban hasta qué grado habían alcanzado las desgracias de la patria. Alborotóse el pueblo al verlos y agolpándose frente á la casa del marqués de Castelar (que entonces gozaba de los honores de la popularidad) en la tarde del día 30, pidió que se le armase para la defensa, pues todos comprendían que los invasores no tardarían en llegar.

Castelar prometió cumplir los deseos del pueblo é inmediatamente se procedió á fortificar la capital y á repartir armas y municiones entre los vecinos. Ambos trabajos alcanzaron á bien poca cosa á causa de la escasez de tiempo y de medios. Aspilleráronse las tapias que circuían Madrid, hiciéronse grandes cortaduras en la parte más alta de las calles de San Jerónimo y Atocha, se formaron en otras barricadas de piedras y delante de las puertas exteriores abriéronse fosos y se construyeron baterías á barbeta artilladas con pequeños cañones. En lo referente al armamento popular se equiparon ocho mil paisanos, con fusiles viejos y nuevos, chuzos, sables, antiguas armas de la Armería Real y hasta garrotes; y esta fuerza irregular

unida con trescientos soldados viejos, dos batallones y un escuadrón de reclutas que apenas comenzaban á saber manejar las armas, constituyeron todas las tropas que debían defender Madrid.

El 1.° de Diciembre se constituyó en la casa de Correos una Junta encargada del gobierno político y militar de Madrid á cuya cabeza se puso el duque del Infantado, y el gobierno de la plaza quedó encomendado á don Tomás Morla que gozaba fama de ser más entendido militarmente que el gobernador D. Fernando Vera y Pantoja.

En aquel mismo día 1.° se esparció la noticia de que los enemigos estaban cerca y como entre los defensores se habían repartido pocas municiones, el pueblo acudió al Prado, para donde había sido citado por la tarde, y pidió con gran vocerío cartuchos, á lo que contestó Morla con laconismo que no los había en todo Madrid. Ocurriósele entonces á alguien examinar los que se habían repartido y se encontraron con que una parte de ellos, en vez de tener pólvora, sólo estaban cargados con arena, con lo cual se produjo una conmoción terrible y los grupos amenazantes comenzaron á prorumpir en gritos de ¡traición!

Había sido encargado como regidor de la fabricación de los cartuchos el marqués de Perales, y contra él comenzaron á vociferar aquellas masas, dirigiéndose con aire amenazador hacia su casa, situada en la calle de la Magdalena, cerca del barrio de Lavapiés, donde se albergaba la gente más alborotadora y levantisca.

Era el de Perales uno de los nobles que mejor representaba aquella época de degradación, pues vestía continuamente de majo, tenía sus aventuras amorosas con las majas de los barrio extremos y todas sus amistades íntimas eran con toreros, gentes del matadero, chisperos y gitanos, lo que unido á la facilidad con que gastaba su fortuna en borrascosas francachelas, le hizo ser por algunos años el tipo más popular de Madrid. El haber sido durante la primera instancia de los franceses en la corte bastante amigo de Murat, que como hombre de imaginación y original, gustaba de tratar un ente que tan bien personificaba aquella degradante época, llamada vulgarmente de «pan y toros,» hizo que el favor que el marqués gozaba en los barrios populares se trocara en ojeriza, por lo que al ocurrir el descubrimiento de los cartuchos falsificados, no vaciló aquel pueblo alborotado en creer que tal acción era producto de oculto convenio con los franceses. Entró también el amor en el desgraciado fin del de Perales. La hija de un carnicero, manola de gran hermosura que por mucho tiempo había sido manceba del joven marqués y que vivía agitada por los celos al verse abandonada, creyó la ocasión propicia para vengarse de su antiguo amante, y ronca y desmelenada como una furia, corrió de grupo en grupo

diciendo que éste era el autor de los cartuchos de arena y que no contento con hacer tan gran traición, acababa de pactar en presencia de ella con unos agentes franceses, el entregar á Napoleón la puerta de Toledo.

El populacho de los motines, que con la mayor facilidad se cree las más estupendas mentiras, fué en aquella ocasión aun más crédulo que de costumbre por oir tales delaciones de boca de una persona á quien todos conocían como íntimamente ligada al marqués; así fué que creyendo hacer un gran servicio á la patria, echó abajo la puerta de la casa de éste y le dió de puñaladas, arrojando después su cadáver sobre una estera que una turba de muchachos arrastró por las calles de la capital.

Es indudable que el marqués de Perales, mozuelo casquivano que nunca había demostrado gran afición por las cosas políticas, no había pensado en hacer traición á su patria y que si fué autor de los cartuchos de arena (lo que nunca se ha sabido) cometería indudablemente tal desacierto porque á su menguada inteligencia le parecería un medio muy propio para satisfacer los deseos que el pueblo manifestaba de tener municiones abundantes siendo tan escasa la pólvora en Madrid.

De todos modos, el marqués no fué más que una víctima inocente del furor de la ciega muchedumbre y de su depravada vida anterior.

En la mañana del día 2 comenzaron á aparecer en las alturas de la parte norte de Madrid las divisiones de dragones que mandaban los generales Latour Maubourg y La Houssaye y á las doce llego Napoleón á Chamartin, alojándose en la quinta que en dicho pueblo tenía el duque del Infantado.

Como aquel día era el aniversario de la batalla de Austerlitz y de la coronación de Bonaparte como emperador, éste deseaba lograr en él la conquista de Madrid y con tal aspiración envió á la ciudad un ayudante para que intimara la rendición.

Respondió la Junta de defensa con desdén y aun tuvo que proteger al enviado francés, pues el pueblo embravecido intentaba darle muerte.

Como de las fuerzas francesas sólo había llegado la caballería y la infantería estaba todavia algo lejos, Napoleón empleó el resto del día recorriendo las inmediaciones de Madrid y preparando el plan de ataque para el día siguiente. Durante la tarde y primeras horas de la noche grandes pelotones de caballería corrieron por los alrededores de la ciudad, tiroteándose con los defensores de las puertas y deteniendo y aun matando á los que se escapaban de Madrid por no sufrir las consecuencias del sitio.

De tan desgraciada suerte pudo librarse el duque del Infantado que á media noche y aprovechándose de la lóbrega oscuridad, salió de Madrid con dirección á Guadalajara, donde creía poder encontrar al ejército del

centro que, como ya vimos después de la derrota de Tudela, recibió orden de marchar hacia la capital.

Los franceses emplearon la noche en levantar baterías frente al Retiro que era el punto más estratégico que tenía la defensa de Madrid.

El día 3 amaneció cubierto de espesa niebla que se aclaró á las nueve de la mañana, hora en que los franceses comenzaron un ataque débil contra las puertas del Conde Duque, Fuencarral, Recoletos y Alcalá para distraer de este modo la atención de los defensores y poder entretanto apoderarse del Retiro que fué el punto que sufrio más recia embestida.

Napoleón en persona se puso á dirigir el ataque de cerca de la Fuente Castellana, pero una batería que ocupaba lo alto de la escuela de Veterinaria y que mandaba un ilustrado oficial llamado Vasallo, envió á dicho punto varios proyectiles que cayeron muy cerca del emperador el cual inmediatamente pensó en su conservación.

—Estamos muy cerca,—dijo Bonaparte y se alejó con su Estado mayor hasta hallarse fuera del alcance de los cañones.

Dicha batería fué sin duda la que mejores servicios prestó en la defensa de Madrid, pues sus fuegos certeros impidieron que una columna de infantería se introdujera por la puerta de Recoletos con el intento de coger por la espalda á los defensores de la de Alcalá.

Mientras en todas las puertas se sostenía por ambas partes un nutrido pero poco mortífero tiroteo, el Retiro era objeto de un ataque formal y encarnizado.

Treinta cañones de gran calibre comenzaron á batir la tapia oriental y á pesar de que sus defensores que eran todo paisanos se resistieron con gran valor y serenidad, por la ancha brecha que la artillería abrió en la pared se introdujeron los tiradores y la división que mandaba el general Villatte.

Los españoles que ocupaban el Retiro al ver dentro de él á los franceses se dispersaron y entonces éstos arrojaron su temible caballería sobre el Prado, la cual, como una avalancha de hierro, aplastó á cuantos llevados de un valor loco, intentaban oponerse con sus viejas armas á la tremenda carga.

Los que defendían las puertas de Recoletos, Alcalá y Atocha comprendiendo lo difícil que era sostenerse en tales sitios sin ser envueltos, se retiraron al amparo de las cortaduras hechas en las calles de dichos nombres, pero como éstas estaban en la parte más alta, gran número de edificios quedaron á merced de los invasores que los entregaron al saqueo, sufriendo tan triste suerte el museo de Mineralogía situado en la calle del Turco que era de los más ricos del mundo.

El haberse apoderado el enemigo en tan poco tiempo de los puntos indicados, causó honda impresión en Madrid, y aunque los defensores no

mostraban debilidad alguna, el marqués de Castelar, comprendiendo que el sitio de Madrid no podía prolongarse por mucho tiempo y que con la diferencia de un día más ó menos no tardarían en entrar en él los invasores, pidió á Napoleón una suspensión de armas durante las horas que quedaban del 3 para consultar en este tiempo á los demás compañeros de la Junta de defensa y tantear el pueblo para conocer sus disposiciones.

Napoleón que conociendo el carácter de la nación española no quería presentarse como conquistador sino como soberano que venía á imponer una autoridad suave é ilustrada, accedió inmediatamente á tal suspensión, á pesar de las ventajas que tenía adquiridas sobre la plaza y que le facilitaban el tomarla con otro esfuerzo más; si bien valiéndose de éstas no concedió la deseada suspensión más que hasta las dos de la tarde.

—Inmensa artillería,—dijo el príncipe de Neufchatel al contestar en nombre de Napoleón,—está preparada contra la villa, minadores se disponen á volar sus principales edificios, las columnas de ataque ocupan la entrada de las avenidas... mas el emperador siempre generoso suspende el ataque hasta las dos. Se concederá á la villa de Madrid protección y seguridad para los habitantes pacíficos, para el culto y sus ministros, en fin, olvido de lo pasado. Enarbólese bandera blanca antes de las dos y envíense comisionados para tratar.

La Junta de defensa mandó cesar el fuego antes de la hora citada y acordó enviar como comisionados al cuartel general francés á D. Tomás Morla y á D. Bernardo Iriarte.

Era Morla, de quien en otra parte dijimos algo, un hombre de cierta ilustración que deslucía su carácter adulador con el poderoso y cruel y despótico con el humilde. Este defecto iba unido á una gran falta de valor que ya demostró en la campaña contra Francia en 1793, pues su cobardía le costó la vida al conde de la Unión é intentaba disfrazar la falta de una cualidad tan necesaria si no en la generalidad de los hombres al menos en los militares con un gesto y continente siempre fieros y altivos, á lo que contribuía todavía más su figura de africano.

Para demostrar una energía y un patriotismo exagerado que no tenía, había cometido meses antes, siendo gobernador de Cádiz y con objeto de demostrar al pueblo hasta dónde llegaba su odio á Francia, la avilantez de no cumplir como ya sabemos el contrato de rendición que en Bailén ajustaron Castaños y Dupont, y por esto el débil Morla al ir ahora por encargo de sus compañeros á la presencia de Napoleón, temblaba de miedo esperando que el emperador no lo dejaría ir sin decirle algo grave.

Efectivamente, apenas los dos comisionados llegados á Chamartin, fueron admitidos á presencia de Bonaparte, éste, que hacia mucho tiempo

tenía á Morla como vulgarmente se dice «entre ojos» por su mezquino y poco noble comportamiento con Dupont después de Bailén, antes de hablar de lo interesante que era la capitulación de Madrid, comenzó con frases duras á afear su conducta llegando hasta hablar de la campaña de 1793 para llamarle cobarde y traidor á sus compañeros.

Aguantó el débil Morla con la cabeza baja y aire contristado toda aquella rociada de injurias, hasta que el emperador le despidió diciéndole:

—Vaya usted á Madrid; doy de tiempo para que se me responda de aquí á las seis de la mañana. Y no vuelva usted sino para decirme que el pueblo se ha sometido. De otro modo usted y sus tropas serán pasados por las armas.

Cuando Morla se presentó ante la Junta de defensa estaba tan afectado que no supo explicar lo dicho por Napoleón, teniendo que hacerlo Iriarte que, á pesar de no ser militar y tener muchos más años, no se había impresionado con las amenazas del soberbio emperador.

No todos los vocales fueron partidarios de la entrega inmediata de Madrid al enemigo; pero acordóse ésta por mayoría y no queriendo presenciar acto tan degradante para la nación, el marqués de Castelar salió por la noche con la tropa que quedaba en la ciudad, camino de Extremadura, y el vizconde de Gante que era el que mandaba la defensa de la puerta de Alcalá, se marchó ocultamente por el lado del Escorial en busca de los generales San Juan y Heredia.

El 4, á las seis de la mañana, llevaron á Chamartin, Morla y Vera y Pantoja el texto de la capitulación que Napoleón aceptó con insignificantes variaciones á pesar de que en ella se hablaban de cosas que no merecían figurar en un documento de tal clase.

El general Belliard al frente de una fuerte columna entró en Madrid á las diez de la mañana, tomando posesión de los principales puntos, y fué tal la efervescencia que todavía reinaba entre el pueblo que, no pudiendo comprender lo imposible que era continuar la defensa, tachaba de traidores á todos los españoles que habían intervenido en la capitulación, y algunos patriotas en un rapto de desesperación se encerraron en el cuartel de guardias de Corps, dispuestos á defenderse y á morir para que no se dijera que Madrid había perecido sin resistencia. La intercesión de varias personas respetables hizo que desistieran de tal locura.

Todo el odio de Madrid se reconcentró contra Morla que en aquella ocasión hizo el último acto de su vida pública, pues pasado poco después al partido afrancesado, mereció el general desprecio y murió de allí algunos años ciego, triste y abandonado.

La defensa de Madrid no merece casi el nombre de tal al lado de las de otras ciudades que honran nuestra

historia de aquella época; pero tuvo su utilidad y trascendencia, pues demostró á Europa que no era verdad lo dicho por Napoleón continuamente de que España quería á su hermano y que sólo unos cuantos insurgentes se oponían á que reinara.

El capellán de Napoleón, comprendiendo la verdad de los sucesos, decía siempre que aquella monarquía de José no pararía nunca en bien, porque era un rey «que había sido echado de Madrid á puntapiés y recibido á cañonazos.»

No era Napoleón hombre capaz de respetar tratados ni capitulaciones mucho tiempo, si es que estos se oponían á su voluntad, así es que el mismo día anuló el art. 6.° del contrato de rendición en el que ofrecía conservar no sólo las leyes y costumbres del país sino los tribunales, pues mandó prender como rehenes á los individuos del Consejo de Castilla, con los cuales estaba ofendido por su conducta indecisa durante el anterior período en que su hermano dominaba en Madrid, y en el decreto que sobre este asunto publicó sin razón en lo que á él se refería, les llamó «indignos de ser los magistrados de una nación brava y generosa» y «seres que se habían conducido con tanta debilidad como superchería,» insultos que si alguno tenía derecho á formularlos era la nación.

Por otros decretos quedó también rota la capitulación; pero estos demostraron hasta dónde llegaba el talento político de Napoleón y el golpe de vista que tenía para apreciar siempre lo más propio de las circunstancias.

Conociendo Bonaparte el mal efecto que en la parte ilustrada de la nación habían causado las decisiones reaccionarias de la Central, tales como el restablecimiento de la Inquisición, de las manos muertas, etc., etc., y recordando los pocos partidarios que á su hermano y á él les había valido sus apologías en Bayona del Santo Tribunal y de todas las instituciones rancias y degradantes de España, se convenció de que debía emprender el camino del progreso para agradar á aquel pueblo, que al mismo tiempo que buscaba su independencia quería conquistar su libertad, y barrenando la capitulación de Madrid en lo que prometía respetar todo lo existente, desde Chamartin, por medio de decretos, declaró suprimidos el Tribunal de la Inquisición, los derechos señoriales y las aduanas interiores; redujo á una tercera parte las comunidades religiosas, quedando sus bienes como propiedad del Estado, renovó la venta suspendida de las memorias pías y prohibió la renuncia de varias encomiendas en una sola persona.

Como muy bien dice Mesonero Romanos, Napoleón hizo en el breve espacio de ocho días lo que las Cortes de Cádiz tardaron en discutir y aprobar más de tres años.

De entre los decretos de Bonaparte el que causó más irritación en el pueblo fué el que resucitaba la proscrip-

ción que poco antes había ordenado en Burgos y que todos creyeron muerta, si bien al llevarse á cabo no se cumplió en toda su rigurosidad. El príncipe de Castelfranco, el marqués de Santa Cruz del Viso y el conde de Altamira, que estaban comprendidos como ya vimos en la proscripción, al ser cogidos en Madrid se les conmutó la pena de ser fusilados por la de deportación perpétua en Francia. Algo más vigoroso estuvo á punto de ser Bonaparte con el marqués de San Simón, emigrado francés desde los tiempos de la revolución y que había sido prendido como uno de los que más fuego hicieron contra los franceses en la puerta de Fuencarral. Próximo estuvo á ser fusilado, pero las lágrimas de su hija alcanzaron que tal pena se cambiara como en los demás por el confinamiento en Francia.

Napoleón, después de la entrada de sus tropas en Madrid, no se había movido de Chamartin, donde seguía ocupando la casa del duque del Infantado, hasta que un dia á mediados de Diciembre y muy de mañana, seguido de su hermano y un numeroso Estado mayor, penetró en Madrid por la puerta de Recoletos y atravesando el Prado, la calle de Alcalá, la Puerta del Sol y la calle Mayor llegó al Palacio Real.

Cuando pesadamente subía Napoleón la gran escalera, al llegar á la primera meseta puso la mano sobre uno de los leones de la balaustrada y dijo por lo bajo:

—Ya la tienes por fin esta España tan deseada...

Después paseó su mirada por toda la magnífica escalera y dijo á José que iba á su lado:

—Hermano mío, vos viviréis en mejor casa que yo.

Le enseñaron los salones del Palacio, pero esto no llamó tanto su atención como un retrato de Felipe II ante el cual se quedó algunos minutos en profunda contemplación.

Napoleón hubiera tal vez deseado que se animara aquella faz cetrina y que le diera unas lecciones de despotismo, pues el tirano del siglo XIX se reconocía pequeño ante nuestro monarca absoluto.

Napoleón en sus largas horas de meditación en Chamartin, tenía sus crueles dudas acerca del destino que daría á España.

La monarquía de su hermano no le agradaba. Bueno era éste para rey en tiempos pacíficos, pero en una nación que tenía sublevadas todas las provincias y donde la guerra prometía ser interminable, sólo podía producir algún resultado un poder tiránico y de fuerza.

Algunas palabras suyas y ciertos documentos demuestran que varias veces pasó por su imaginación la idea de convertir la península ibérica en vireinatos y agregarlos á Francia.

A los tres días de haberse rendido Madrid, publicó una proclama dirigida á los españoles que terminaba con esta serie de halagos y amenazas:

«Vuestro destino está en mis manos. Desechad los venenos que los ingleses han derramado entre vosotros. Que vuestro rey, mi hermano, esté seguro de vuestro amor y vuestra confianza, y seréis más poderosos, más felices que no lo habéis sido hasta aquí. He destruido cuanto se oponía á vuestra prosperidad y grandeza; he roto las trabas que pesaban sobre el pueblo. Con el rey que yo os doy tendréis una monarquía dulce, suave y liberal y nadie tendrá motivos para quejarse de su gobierno; sólo depende de vosotros el gozar de este insigne beneficio que os proporcionará la constitución de Bayona que se ha formado con tanta prudencia y sabiduría.

»Pero si mis esfuerzos son inútiles, si no correspondéis á mi confianza, no me restará otro arbitrio que el de trataros como provincias conquistadas y colocar á mi hermano en otro trono. Ceñirá entonces mis sienes la corona de España y sabré hacer que los malvados me respeten; pues Dios me ha dado la voluntad y fuerza necesarias para superar todos los obstáculos.»

José, que cuando la toma de Madrid estaba todavía en Burgos, al leer la proclama de su hermano y ver que era fácil le cambiase éste la corona, se trasladó inmediatamente á Madrid sin su permiso y se le presentó en Chamartin para preguntarle á qué obedecía aquel cambio; la acogida fría y agria que recibió obligóle á retirarse al Pardo.

En tanto vino otra ocasión en que Bonaparte aun demostró más al desnudo su pensamiento sobre la integridad de España.

A una comisión compuesta de representantes de todas las clases sociales de Madrid que fué por indicación de los mismos franceses á rogar á Napoleón que José se quedara otra vez de rey de España, les dijo el emperador en contestación á su demanda:

—Bien fácil me sería gobernar la España, nombrando tantos vireyes cuantas son sus provincias. Sin embargo, no me niego á *ceder mis derechos de conquista* al rey y á establecerlo en Madrid *cuando* los treinta mil ciudadanos que encierra esta capital eclesiásticos, nobles, jurisconsultos y negociantes, hayan manifestado sus sentimientos y fidelidad; cuando hayan dado el ejemplo á las provincias, ilustrado al pueblo y hecho conocer á la nación que su existencia y fidelidad penden de un rey y de una constitución liberal favorable á los pueblos y contraria únicamente al egoismo y á las pasiones orgullosas de los grandes. Si tales son los sentimientos de los habitantes de la villa de Madrid, júntense sus treinta mil ciudadanos en las iglesias, hagan delante del Santísimo Sacramento un juramento que les salga no solamente de la boca sino del corazón y que sea *sin restricción jesuítica*, jurando apoyo, amor y fidelidad al rey; inculquen al pueblo estos sentimientos los sacerdotes en el confesonario y en el púlpito, los comerciantes en su corres-

pondencia, los abogados en sus escritos y en sus discursos. *Entonces me desprenderé del derecho de conquista y colocaré al rey sobre el trono*, y será para mí muy lisongero el portarme con los españoles como un fiel amigo.»

Se veía que el emperador no tenía grandes deseos de ceder la corona de España á su hermano y que con este objeto amontonaba dificultades.

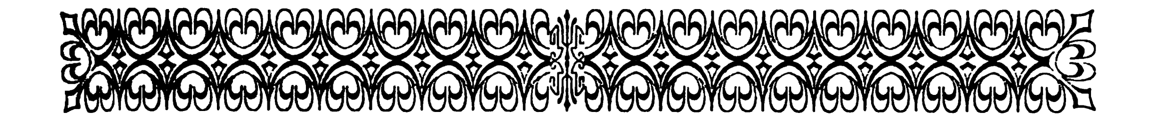
El juramento exigido por Napoleón se llevó á cabo en la forma indicada por éste, y á pesar de ello no vió que el emperador pensara en cederle lo que él llamaba sus *derechos de conquista*.

Los sucesos que por entonces ocurrieron en otras naciones de Europa y que obligaron al emperador á abandonar rápidamente España, fueron causa de que José se sentara en el trono de ésta, pues á no suceder aquéllo y gozar de tranquilidad Bonaparte, es indudable que hubiera dividido la península ibérica en cinco grandes vireinatos entregando el gobierno de cada uno de ellos á alguno de sus más célebres Mariscales.

Desde que entró Napoleón en España, se mostró arrepentido de haber puesto á José en su trono.

—Este país,—decía en las marchas á sus ayudantes,—es más hermoso que yo me lo imaginaba. Seguramente que he hecho á mi hermano un regalo demasiado bueno.

Aquel grande hombre que á la vista de las naciones sentía los mismos impulsos que el ratero ante un montón de oro, no podía conformarse con la idea de ejercer en España la soberanía por delegación en su hermano y agregándola á Francia pensaba empequeñecer al pueblo que se debía hacer moralmente más grande que era, siendo el primero en derribar al genio que causaba miedo á Europa.



CAPITULO VII

1808—1809

Efecto que causa en España la toma de Madrid por los franceses.—Infundada confianza de la nación. La credulidad de Jovellanos.—Desmoralización de las tropas españolas.—Asesinato del general San Juan.—Toma La Peña el mando del ejército del Centro.—Retirada á Cuenca.—Sedición del oficial Santiago.—Se encarga del mando el duque del Infantado.—Gloriosa retirada del conde de Alacha.—Excesos de los pueblos.—Expedición de Lefebvre á Extremadura.—Se retira Galluzo. —Se encarga Cuesta del mando de Extremadura.—Entra la Junta central en Sevilla.—Muerte de Floridablanca.—Situación de España.—Moore y su ejército.—Vergonzosa retirada.—Batalla de la Coruña y muerte de Mòore.—Se embarcan los ingleses y queda Galicia en poder del invasor.—Napoleón en Valladolid.—Derrota de Uclés.—Destitución del duque del Infantado.—Entrada de José en Madrid.—La guerra en Cataluña.—Victorias de los somatenes.—Formación del ejército de la derecha.—Sitio de Barcelona por los españoles.—Entra Saint-Cyr en Cataluña. —Toma de Rosas.—Derrota del ejército español.—Destitución de Vives.—Reding general en jefe.—Desastre de Molins de Rey.—Se enseñorean los franceses de Cataluña.

La toma de Madrid por los franceses no produjo el efecto mágico que Napoleón suponía á favor de sus planes y en contra de la causa patriótica. Como ya dijimos en otra ocasión, el gran guerrero se imaginaba que en España, al igual de otras naciones, bastaba que el invasor se apoderará de la capital del reino para que éste quedara por completo sometido á las armas vencedoras, desconociendo al pensar así el verdadero carácter de nuestro pueblo.

La conquista de Madrid no traía á los planes de Napoleón más ventaja que la toma de una plaza más, empresa ni gloriosa, ni grande, á causa de lo corto y fácil del sitio, y tal hecho no hería de muerte la causa patriótica ni producía los tremendos efectos que se imaginaba el emperador.

El gobierno que la nación española reconocía se había puesto en salvo; todavía quedaban esparcidas por la península las reliquias de los ejércitos

españoles, y, más que todo, el corto transcurso de tres meses no había sido suficiente para que perdieran su prestigio en las provincias las juntas disueltas por la Central, y en cada una de ellas, así como se aumentaban las desgracias de la patria, crecía aquel entusiasmo loco que hacía acoger siempre con el consabido *no importa* las noticias de todos los descalabros y derrotas sufridas por los españoles.

A poco de estar Napoleón en Chamartin hubo de conocer que el foco de insurrección no estaba cual en otras naciones en la capital, sino en las provincias; que para acabar con éstas era insuficiente mandar en Madrid, siendo necesario atacar cada una de aquellas hogueras, y tal vez esto influyó en su naciente idea de no devolver el trono á José, porque conocía que una autoridad unitaria y central resultaría impotente contra aquella guerra que siempre tuvo un carácter regionalista más ó menos determinado, y que sería más fructuoso el establecer cinco ó más poderes representados por otros tantos vireyes que hicieran sentir su fuerte mano en los estados encomendados á su mando.

Con la conquista de Madrid, Napoleón que aumentando su mérito de un modo escandaloso la había presentado como uno de aquellos efectos de gloria teatral á que tan aficionado era, había logrado únicamente cumplir su promesa hecha ante el cuerpo legislativo y ante Europa entera; pero no podía esperar de su triunfo la ventaja de aterrorizar á la nación española.

Otra de las causas que influyeron en que la toma de Madrid no causara mal efecto en la nación, fué la tardanza con que se esparció la noticia. Pueblo hubo situado á tres ó cuatro jornadas de la capital, que tardó un mes á saberla.

Como el patriótico entusiasmo de los pueblos era tan exagerado que muchas veces llegaba á convertirse en ferocidad, todos temían dar las noticias contrarias á los intereses de la nación, porque la confianza que aquellos españoles tenían en el triunfo de su causa era tan grande que tomaban por traidores y agentes de los franceses á todos los que contaban desgracias y esto hacía que corrieran gran peligro sus vidas.

Los que á la entrada de los franceces en Madrid huían de éste, para no ser incomodados en su marcha por los pueblos y verse amenazados de muerte, en vez de decir la verdad daban noticias de un optimismo abrumador, y el que menos aseguraba que todo el ejército imperial había quedado destrozado ante los muros de Madrid y que Napoleón á aquellas horas estaría prisionero y tal vez fusilado.

El ilustre Alcalá Galiano, que en aquella época era un muchacho, cuenta en sus Memorias que cuando con su madre huía de Madrid con dirección á Andalucía, en un pueblecito de la Mancha se vió detenido por un mocetón que se gloriaba de haber muerto

franceses cuantos había podido, hasta pillándolos enfermos en un hospital, y que lo mismo estaba dispuesto á hacer con los traidores que abandonaban la capital cuando ésta se veía amenazada. Ante esta indirecta que hacía entrever un tremendo peligro, el que después debía ser uno de nuestros mejores oradores mintió descaradamente diciendo que él viajaba por asuntos urgentes y no por escapar de los franceses; pues éstos habían sido totalmente deshechos por el ejército de Castaños, y á aquellas horas ya habían pasado los fugitivos la frontera, con lo cual el feroz manchego se marchó tan satisfecho á difundir la buena nueva por todo el pueblo.

Lo que más excitaba el odio de los habitantes de las provincias contra los que huían, era la general idea de que Madrid estaba haciendo una larga y heróica resistencia al invasor.

Aquellos patriotas tan cándidos como arrojados que creían bastaban el entusiasmo y el valor para derrotar al enemigo y que la falta de medios para hacer la guerra constituía únicamente una pequeña desventaja, no podían comprender que una ciudad, capital del reino, dejara entrar en sus calles á los franceses por no tener pólvora ni armas y estar solamente guardada por débiles tapias.

Antes de saber ciertamente la capitulación de Madrid, nadie hubiera creído que la ciudad del 2 de Mayo se entregaría después de tan corta lucha. Y no sólo entre las masas ignorantes preponderaban estas ideas, sino que era tal en aquella época la confianza de que la capital se defendería durante meses enteros, que hasta los hombres más ilustres de la nación se resistían á creer las tristes noticias que se les daban y que eran legítima consecuencia del estado de defensa en que el gobierno tenía á dicha población.

El eminente Jovellanos, que como individuo de la comisión permanente de la Junta central debía saber de oficio las cosas que ocurrían en España, hablando con D. José Pizarro (después célebre ministro) que había abandonado Madrid así que se ajustó la capitulación, al oir á éste que mientras él salía por una puerta los franceses entraban en la capital, dijo con un aplomo que demostraba la inocente credulidad de aquél hombre ilustre:

—Bien; pero...¿no puede haber sucedido que al entrar los enemigos, un hombre singular, como algunos de aquellos de que habla la historia, haya conmovido al pueblo, excitándole á levantarse y conteniendo al vencedor en el momento de su entrada?

—¡Oh! Eso sí puede ser,—contestó Pizarro, al mismo tiempo que sonreía encogiéndose de hombros.

Cuando todo un Jovellanos demostraba tan inconcebible credulidad y confianza, no era extraño que la nación, tan entusiasta como ignorante, viviera por algún tiempo sin darse cuenta de tan gran desgracia para la patria.

Esta confianza aumentada por el optimismo de los fugitivos que mentían por salvar la vida, fué en el fondo beneficiosa, pues al saberse la grave noticia paulatinamente, no produjo tan tremendos efectos como si de pronto hubiera sido conocida.

En tanto que España permanecía ignorante de los recientes sucesos, ocurrían otros que reclaman nuestra inmediata atención.

Las grandes derrotas sufridas por los ejércitos españoles habían quebrantado la moral y la disciplina del soldado, ya antes bastante defectuosa, y aquéllos, después de la toma de Madrid, presentaron un aspecto desordenado y sedicioso que no podía menos de desalentar aún á los generales más decididos y patriotas.

El general San Juan, que, como ya dijimos se había recogido á Segovia después del desastre de Somosierra, uniéndose en dicha ciudad con su colega Heredia y dedicándose juntos á formar un nuevo ejército con los dispersos que acudían, recibió la visita del vizconde de Gante, fugitivo de la capital, el cual relató con toda su desconsoladora verdad la rendición de ésta.

Aquellos soldados desmoralizados, al saber la rendición de Madrid se entregaron á la dispersión, y en pequeñas partidas recorrieron la comarca causando tan graves males que los habitantes comenzaron á temer más su presencia que la de los franceses. Los dos generales intentaron impedir tal dispersión, pero sus esfuerzos resultaron vanos, y lo que fué peor todavía, costaron la existencia á San Juan, tan intrépido como desgraciado. Encontrábase éste alojado en un convento de Talavera y un grupo de sus soldados, compuesto de los individuos más cobardes y viciosos, guiado por un fraile, llegó á la celda que el general ocupaba, y á los gritos de ¡muera el traidor! se arrojaron sobre él, que todavía estaba convaleciente de las heridas recibidas en defensa de la patria.

San Juan, tirando del sable, se defendió por algún rato contra aquellos energúmenos; pero al ir á saltar la ventana recibió la muerte, siendo arrastrado su cadáver por los claustros y colgado después de uno de los árboles del paseo vecino, donde fué acribillado á balazos. Repugnante era la conducta de aquellos soldados que huían ante los franceses y en cambio asesinaban á un valiente y desgraciado general; pero todavía resultaba peor la del fraile que les acuadrillaba y guiaba, ejemplo que se repitió varias veces en el trascurso de la guerra, pues si en las órdenes religiosas hubo algunos individuos de reconocida virtud é ilustración que prestaron grandes servicios á la patria, fueron mayores en número los que, dejándose llevar de su cobardía y ferocidad, promovieron censurables asonadas y motines que deshonraron en parte nuestra gloriosa revolución.

Mientras esto ocurría en Castilla, el ejército del centro no presentaba

·es ejemplos de prosperidad y su- nación. Después de la sangrienta ta de Tudela, aquel ejército que) reducido á ocho mil hombres, ıés de un ligero combate para ıer á los franceses que lo perse- ι, llegó á Sigüenza donde Casta- que había sido destinado á des- ñar otras comisiones, entregó el ıo á La Peña. En este punto ió el último general órdenes de ntral, para que apresuradamente era en auxilio de Madrid, yendo orzar á San Juan que guardaba so de Somosierra; lo que inme- mente se apresuró á ejecutar, ue viéndose detenido á la mitad primera jornada con la noticia ue los franceses habían forzado cha posición. Torció entonces La hacia Guadalajara y como en el ito tuviera noticia de la rendición adrid, intentó ganar los montes ıledo, de cuya idea tuvo que de- porque ya los enemigos le ha- cortado el paso por Aranjuez. ıces se dirigió hacia la sierra de ca con el propósito de dar en las seguras posiciones algún des- á sus tropas; pero éstas que es- ya enojadas de tantas marchas ıtramarchas y que tenían poca mbre de obedecer á sus jefes, festaron su descontento en Mon- de un modo que hizo temer se eran los excesos ocurridos en el to de San Juan.

dicha población las divisiones ıra y cuarta que mandaba el marqués de Villariezo manifestaron su descontento comisionando para ello al teniente coronel de artillería don José Santiago que á raíz del levantamiento de las provincias ya se distinguió en Granada por su carácter ambicioso y levantisco que le hacía en muchas ocasiones darse aires de dictador. Presentóse Santiago al general Villariezo para decirle que las tropas no querían marchar á Cuenca, sino que ansiaban volver á Madrid á combatir á los franceses, para lo cual habían pensado elegirle á él como jefe. Las reconvenciones de Villariezo intimidaron un tanto á Santiago y la tranquilidad pareció restablecerse; pero los artilleros á la mitad de la marcha se negaron á seguir adelante y el ejército se dividió en dos partes gritando unos *¡á Madrid!* y otros *¡á Despeñaperros!* En medio de este desconcierto llegó la orden del general en jefe para que se cortara tal anarquía, haciendo que marcharan por separado la infantería y la artillería; pero al día siguiente volvió á reproducirse el tumulto en Tarancón, el cual hizo terminar el conde de Miranda encargándose del mando de aquella parte del ejército y poniendo entre sus ayudantes, para no perderlo de vista, al teniente coronel Santiago que era el promovedor de tales alborotos. Con esta providencia las divisiones llegaron á Cuenca sin que se repitiera la sedición, y en dicho punto Santiago fué sometido á un Consejo de guerra y fusilado el 13 de Enero en unión de un sargento y un

cabo de artillería que eran sus agentes.

A pesar de este enérgico remedio que indudablemente había acabado con todos los gérmenes de sedición, La Peña, disgustado de tales alborotos y creyendo que el odio á su persona era causa de ellos, presentó la dimisión de su cargo y en un consejo de generales que celebró en Alcázar de Huete entregó el mando al duque del Infantado cuyo nombramiento ratificó poco después la Junta central.

La división del irresoluto Grimarest llegó todavía en peor estado á Cuenca, siendo tal el desaliento que reinaba entre los soldados que había bastado en Santa Cruz de la Zarza una débil embestida de las fuerzas francesas mandadas por Montbrun, para que se declararan en completa dispersión sin presentar resistencia alguna.

En medio de tales vergüenzas para la patria y del degradante espectáculo que presentaba nuestro ejército, un hecho aislado, pero no por esto de menos mérito, vino á demostrar que aun en los instantes en que más decae el valor y constancia de nuestras tropas, siempre tenemos soldados esforzados que se encargan de demostrar que el heroismo jamás desaparece en España.

La vanguardia del ejército del centro, compuesta de la división mandada por Cartaojal, al emprenderse después de la rota de Tudela tan larga y pesada retirada, tuvo un encuentro con los franceses en la sierra de Cameros, quedando en tal acción cortado del resto de la fuerzas un trozo compuesto de unos novecientos hombres á cuyo frente iba el conde de Alacha. No se amilanó aquella reducida fuerza española al verse separada del resto del ejército, y proponiéndose reunirse con éste en Cuenca marchó por espacio de veinte días siempre por países ocupados por los franceses casi á la vista de éstos, caminando paralelamente á sus divisiones y durmiendo todas las noches á una legua y aun á menos distancia de lugares que estaban ocupados por numerosas fuerzas del emperador. El de Alacha, dando ejemplos de valor y entereza para soportar la fatiga, supo sostener el ánimo de sus soldados, impedir que se desbandasen y hacerles marchar durante tantos días muchas veces por riscos que jamás habían sido hollados por otras plantas que las de los pastores ni habitados por otros seres que las águilas, y de este modo pudo reunirse, sin haber perdido ni un solo hombre, con el ejército á que pertenecía, llevando á sus soldados maltrechos, hambrientos y cansados; pero pudiendo envanecerse no sólo con el éxito de su atrevida expedición, sino con un centenar de prisioneros franceses que traía, y los cuales habían hecho aprovechándose de todos los descuidos del enemigo que continuamente tuvo á la vista. El efecto que la presencia de aquellos valientes causó en el ejército del centro fué

muy saluble para la disciplina, pues de nadie era esperada tan repentina presentación, siendo idea general que Alacha y sus soldados habrían quedado prisioneros á las pocas horas de verse cortados del resto de la vanguardia.

La ferocidad de los pueblos de que antes hablamos y la irritación producida en ellos por los desastres de la patria, produjo censurables y sangrientos hechos de que fueron víctimas algunos inocentes. En Ciudad Real fué apresado, al pasar huyendo de Madrid, un canónigo de Burgos que por haber sido algo amigo de Godoy recibió una muerte cruel; en Malagón tuvo igual suerte Soler, antiguo ministro de Hacienda de Carlos IV, y en Extremadura fueron asesinados varios prisioneros franceses, pues aquellas masas enfurecidas no reparaban en los deberes que impone la nobleza del carácter español con tal de satisfacer los sanguinarios instintos de su furor.

En tanto que ocurrían tales sucesos, Napoleón, que por sus confidentes tenía noticia del estado anárquico en que se encontraba la nación española, envió contra sus desorganizados ejércitos algunas de sus fuerzas, ordenando á Bessiéres que fuera á Tarancón, á Víctor que con Milhaud y Lasalle marchara á Aranjuez y Toledo, y á Lefebvre que se dirigiera á Talavera.

Las fuerzas que mandaba este último se componían de veintidos mil infantes y tres mil caballos, cifra enormísima en comparación con la de las menguadas tropas que podían guardar Extremadura y que estaban compuestas de los desmoralizados soldados del desgraciado San Juan, á cuyo frente había puesto la Central al general Galluzo.

Dedicóse éste apenas tomó el mando á la difícil tarea de organizar y disciplinar aquellas bandas de soldados dispersos; pero ni aun para esto le dieron tiempo los franceses, pues vinieron sobre él con tal rapidez, que aunque después de pasar el Tajo y tomar posición en Aldea Nueva, pudo apoderarse de algunos puentes, del llamado de Arzobispo le fué imposible, pues cuando llegó la columna española, vió que ya estaba dicho punto en poder de los enemigos.

Entre ambas partes hubo algunos pequeños choques que no dieron resultado alguno, y conociendo Galluzo que su posición era insostenible y que de aguardar en ella era segura una derrota cruel, se retiró á Jaraicejo y de allí á Trujillo donde el Consejo de guerra por él convocado acordó la retirada, como punto más seguro, á la sierra que separa Extremadura de Andalucía. Lefebvre llegó entonces sin ninguna resistencia á Trujillo, de la que se apoderó el 26 de Diciembre, no pudiendo oponerse á sus excursiones por Extremadura aquel ejército español que seguía tan desmoralizado como al ocurrir el asesinato de San Juan.

Hemos dejado la Junta central en Talavera, punto donde se detuvo un poco celebrando dos sesiones para tomar acuerdos de urgente interés. De

esta población pasaron á Trujillo y allí en vista del mal estado del ejército de Galluzo á quien era imposible defenderla de los enemigos, acordó desistir de su viaje á Badajoz y dirigirse á Sevilla, punto para ella más seguro.

Al llegar á Mérida la Central, llevando tras sí en calidad de prisionero al general Cuesta por su desacato en Segovia á dos de sus individuos, las autoridades y gran parte del pueblo que profesaban á dicho general una inexplicable simpatía, rogaron al gobierno que le diera libertad para que se encargara del mando del ejército, á lo que accedió aquélla corporación por miedo de indisponerse con la opinión pública.

Cuesta, una vez repuesto en el mando, llamó á Badajoz el ejército de Galluzo retirado en la sierra, con el intento de atender á su reorganización; pero muchos vieron en tal orden su deseo de vengarse de la Central, dejando el camino de Sevilla completamente abierto para los franceses.

El 17 de Enero llegó la Junta á Sevilla siendo allí recibida con gran entusiasmo por el pueblo, pues las desgracias de la patria habían contribuido á dar á aquella corporación un prestigio y popularidad que no tenía en la época más feliz de su nacimiento. Había contribuido también á que se verificara tal cambio en la opinión el favorable influjo que dentro de ella comenzaba á notarse, pues las desgracias de la patria y el conocimiento directo de las aspiraciones del pueblo español que había adquirido durante el viaje, habían hecho que todas sus decisiones fueran ya más prontas y que tuvieran un carácter menos reaccionario.

Para que la Junta pudiera animarse más á seguir por tal camino, la naturaleza vino á librarla de una de las mayores rémoras á toda reforma que llevaba en su seno. Su presidente el conde de Floridablanca en los límites y á la edad máxima que puede alcanzar un hombre y al peso de sus achaques que se aguzaron con un viaje tan rápido como amenazado de peligros, falleció en Sevilla tributándose á su cadáver honores regios.

En la presidencia de la Junta sucedióle el marqués de Astorga, cuyo carácter estaba más en armonía con las ideas del siglo, y su gestión se dejó pronto sentir beneficiosamente, tanto en los asuntos militares como en los civiles.

Pero este cambio de conducta llevado á cabo por la Central llegaba demasiado tarde, cuando el estado de la nación era tan deplorable que sólo bastaba una rápida ojeada para convencerse de su triste magnitud.

De todas las fuerzas de que un mes antes disponía la Central, apenas si quedaban en pié de guerra algunos regimientos. Los ejércitos de Asturias y Galicia, habían desaparecido; el de Extremadura estaba en el último grado de desorganización; el del centro reducido su número á una exigüedad abrumadora, estaba arrinconado en

ıca, no pudiendo emprender nin- . operación por temor á la pode- caballería imperial que estaba ñoreada de las inmensas llanuras :hegas; como si no fueran sufi- ıes tantas desgracias, los genera- e profesaban entre sí la más tre- la y vengativa enemistad, el ɜrno supremo tenía que ir pere- ındo de un punto á otro sin estar ro en ninguno; y el ejército in- que era la única esperanza, no ía moverse de sus acantonamien- or temor á medir las armas con ɔleón, á quien tenían miedo todos ɹilitares de la época, excepción a de los generales españoles tan 'osos como ignorantes.

pesar de este temor que los in- ‹s manifestaban á marchar contra 'ranceses y aceptar un combate, ɔleón de quien más se preocupaba le ellos, porque siempre la ima- de Inglaterra la tenía ante sus como la del mayor enemigo. El ɹrador, al salir de Burgos para har sobre Madrid, había vacilado ı esta empresa ó ir á buscar al ito británico mandado por Moore ɜstaba acantonado en Salamanca ɜ poco después de la evacuación 'ortugal por los franceses; pero por la primera decisión, com- liendo con una exactitud que á fué ratificada por los hechos, que pre tendría tiempo para derrotar ingleses, pues éstos no se move- de los puntos en que estaban.

ɪí fué, y el ejército de una nación entonces aliada y amiga, que demostraba el mayor interés por nosotros, por culpa de su general indeciso, de auxilio poderoso y eficaz que hubiera podido ser se convirtió en inmóvil testigo de todas cuantas desgracias ocurrieron en nuestra patria.

Sir John Moore era un general bastante distinguido, cuya historia militar le hacía uno de los caudillos ingleses más respetables de su época; pero alucinado por los anteriores y grandiosos triunfos del emperador y su ejército, era de los que tomaban á las armas francesas por invencibles; así es que al marchar contra ellas lo hacía por cumplir su deber y sin entusiasmo alguno, pues por adelantado tenía la firme convicción de que su derrota era segura. Cuando atravesando la frontera portuguesa entró en España, al ver el estado de nuestros ejércitos y las enemistades que reinaban entre unos y otros generales, quiso inmediatamente volver á internarse en el reino lusitano, y si desistió de este propósito en vista de las palabras de algunas personas de importancia, fué para repetirlo dos veces más en ocasión de las derrotas de Espinosa de los Monteros y de Tudela, pues al saberlas dió inmediatamente orden de retirada á sus tropas y se detuvo tan sólo accediendo á los ruegos de Frere, ministro de Inglaterra cerca de la Central y de sir Carlos Stuart, entusiasta admirador de nuestra patria.

Por fin el 12 de Setiembre dió or-

den de avance á sus tropas y se dirigió á Valladolid, aunque á la mitad del camino, á consecuencia de unos pliegos encontrados sobre el cadáver de un ayudante francés muerto en un pueblo por haber maltratado al maestro de postas, torció su ruta dirigiéndose á Toro y á Benavente. Proponíase venir á él una división inglesa que mandaba el general Baird y el ejército de Galicia á cuyo frente estaba La Romana y con tales fuerzas caer sobre el mariscal Soult antes de que llegara Napoleón á Castilla la Vieja. Tal plan comenzó pronto á realizarse uniéndose Moore en Mayorga con el primero de dichos generales. La Romana al recibir noticias de Moore movió sus tropas para salir á reunirse con los ingleses, y Soült al ver tales movimientos comprendió que contra él se dirigían y reconcentró sus tropas en Carrión.

Pero todas estas operaciones quedaron interrumpidas con la para Moore tremenda noticia, de que llegaba Napoleón al frente de casi todo su ejército, pues sólo había dejado diez mil hombres de guarnición en Madrid.

La noticia no era falsa. Napoleón que ya en su retiro de Chamartin estaba indeciso en atacar á los ingleses cuando éstos estaban puramente á la defensiva, al saber que habían tomado la ofensiva y que de un momento á otro iban á caer sobre Soult, dió orden de marchar á sesenta mil hombres y partió con ellos el día 22 de Diciembre. El paso de este ejército por el Guadarrama, que hasta el verano está cubierto de nieve, y que en aquella estación era verdaderamente intransitable, fué muy difícil á las tropas y especialmente á la caballería y artillería; pero Napoleón que se sentía acometido por la fiebre de derrotar á los ingleses y que no quería perder tiempo para darse tal satisfacción, fué el primero en bajar del caballo y marchar hundiendo sus piernas en la nieve, con lo cual se animaron sus soldados y siguieron adelante.

El retraso que Napoleón sufrió en su marcha al pasar el Guadarrama, fué causa de que le precediera á gran distancia la noticia de su expedición, bastando esto solo para que los ejércitos español é inglés se declararan en retirada. Dividióse este último en dos trozos que marcharon el uno por Benavente, y el otro por Valencia de Don Juan, con dirección á Astorga. En la marcha el primer trozo del ejército inglés tuvo varios choques con la caballería francesa, siendo uno de ellos tan fatal á ésta, que quedó prisionero el general Lefebvre que tanto había figurado en nuestra guerra desde su principio.

La Romana, cuya segunda división había sido sorprendida en Mansilla de las Mulas quedando en masa prisionero del general Franceschi, se reunió en Astorga con Moore, y á pesar de que su opinión era esperar en dicho punto y valiéndose de las ventajas del terreno presentar la batalla á Napoleón, el general inglés que cada vez

sentía más temor ante la idea de batirse con el gran guerrero, ordenó que continuara la retirada.

Marcharon los españoles en unión de unos tres mil ingleses, que debían embarcarse inmediatamente en Vigo, por el camino más agrio y difícil, que era el de Fuencebadon, y Moore tomó el de Manzanal que era el que se hallaba en mejor estado.

En esta retirada acabó de desbandarse el ejército de Galicia y perder la poca organización que le quedaba.

Los regimientos, faltos de sus antiguos jefes que con la fuerza de su prestigio sabían hacerles sobrellevar las fatigas, y regidos ahora por gente nueva y desconocida, abandonaban casi en masa las banderas; las fuerzas que no se daban á la deserción marchaban sin orden ni concierto, y el mismo La Romana daba ejemplo de desorden y anarquía en el mando, pues dejaba ir las divisiones sueltas y á su antojo, dándose el caso de que la primera quedara cortada y en gran parte prisionera el 1.° de Enero en Turienzo de los Caballeros, y que el general en jefe se adelantara á manera de vanguardia con su Estado mayor, dejando detrás sus batallones cuya existencia organizada apenas si se conocía.

Fué gran suerte para La Romana que los franceses sólo se fijaran en Moore y no le persiguieran en su marcha, pues de seguro que á ocurrir esto, todos hubieran quedado prisioneros.

Si aspecto triste y desordenado presentaba el ejército español en su retirada, no era menor el del inglés que tras sí llevaba á los franceses picándole la retaguardia. Iban los ingleses divididos en tres cuerpos y una reserva, y después de marchas forzadísimas llegaron el 2 de Enero á Villafranca del Vierzo. En el camino aquel ejército había dado muestras de una desmoralización sin límites.

En varios pueblos del tránsito aquellos soldados aliados de España cometieron atrocidades á que muy pocas veces habían llegado los enemigos, y que eran propias de la continua embriaguez en que estaban, pues los ingleses tanto en aquella ocasión como en todo el resto de la guerra, animados por la abundancia de vinos propia de España, estaban embriagados, por lo que con salvaje complacencia destrozaban los edificios, maltrataban á las personas y hacían con tales excesos que su presencia fuera más temida que la de los franceses.

En aquellas marchas forzadas la caballería francesa acuchillaba contínuamente á la retaguardia que se desbandaba, y aun cuando Moore, para resucitar un tanto la moral militar tomó algunas disposiciones que castigaban cruelmente al soldado indisciplinado y disoluto con actos que ajaban su amor propio, todas aquellas resultaron inútiles, porque el inglés, cuando come mal, se ve peor vestido y calzado, y si además tiene que hacer grandes marchas, le parecen insignes

tonterías el honor de sus armas y la gloria de su bandera.

El ejército de Moore presentaba el aspecto del caos por lo revuelto que en él andaba todo. Los cañones marchaban confundidos con la infantería, y entre los escuadrones, separando unos jinetes de otros, iban los bagajes y cargas de municiones que nadie vigilaba y que estaban á merced de los conductores.

El primer día del año 1809 entró en Astorga Napoleón, y allí recibió noticias tan alarmantes de Austria, que le hicieron olvidar en parte á los ingleses, y viendo lo derrotados que iban éstos en su retirada, no juzgó necesario el seguir en persona adelante, bastando con enviar en su persecución á Soult con veinte mil infantes y cinco mil caballos, á las divisiones de Loison y Heudelet y á Ney, que mandaba diez y seis mil hombres.

Moore sólo llevaba diez y nueve mil soldados, y era imposible que con estas fuerzas lograra sostenerse contra tan superiores enemigos.

Soult, que era el que marchaba delante, alcanzó á Moore en Villafranca del Vierzo y comenzó por atacar las fuerzas que éste había colocado en las cercanías de Cacabelos con objeto de proteger su retirada. Quien primero embistió fué la caballería francesa, con tan poca suerte, que en la carga pereció su general Colbert, y al ir á atacar la división de infantería mandada por Merle, se detuvo, observando que el alto ribazo que ocupaba el enemigo había sido fortificado con una batería y que la lucha pronto no podría continuarse, pues la noche cerraba con mucha rapidez.

Valiéndose de esta indecisión del enemigo, Moore hizo abandonar á sus tropas Villafranca del Vierzo, con gran contento del vecindario, que anhelaba la entrada de los franceses para verse libre de aquellas turbas de ebrios que deshonraban su uniforme cometiendo las mayores maldades.

En las diez y seis leguas que el ejército inglés caminó hasta llegar á Lugo, su desorden y azoramiento llegó al colmo. Aquello ya no era ejército, sino una aglomeración de hombres que, empujándose rudamente, corrían creyendo que les pisaba los talones un enemigo que aun estaba algo lejos. Los soldados de un regimiento marchaban tras la bandera de otro; los oficiales, cansados de mandar sin que nadie les obedeciese, rompían con sus caballos las filas de los infantes para adelantar más camino, y todos luchaban por marchar al frente, no queriendo quedar á retaguardia, que era el punto amenazado por el enemigo.

El terror que perseguía á los ingleses más que la caballería enemiga, hizo que cometieran verdaderas locuras, como fueron: inutilizar, para que no cayera en poder del enemigo, un convoy de armas y vestuarios, que en el camino encontraron y que era venido de Inglaterra con destino á La Romana; arrojar á un despeñadero ciento veinte mil duros en plata; aban-

donar parte de los cañones y dejar enmedio del camino á los heridos y enfermos. El marqués de Londonderry, que fué uno de los generales ingleses que presenciaron aquella desastrosa retirada, dice al describirla en una de sus obras: «Por sombrías y horrorosas que sean las relaciones que de aquella retirada se hayan hecho, nunca llegarán á semejarse á la realidad.»

Al llegar á Lugo Moore, á quien la indecisión sugería en poco tiempo las más diversas resoluciones, quiso intentar una batalla, pues ordenó sus huestes y las hizo tomar posiciones; pero habiéndose informado de lo difícil que era el embarque de sus tropas en el puerto de Vigo, hizo que los transportes ingleses se hicieran á la vela para la Coruña, hacia donde pensaba continuar en su retirada.

Durante tres días estuvo Moore en posición á legua y media de Lugo, no atreviéndose Soult á atacarle por no haber llegado todavía el grueso de sus fuerzas y tener solamente la caballería, con la cual sostuvo varias escaramuzas; pero en la noche del 8 de Enero, el general inglés levantó á la callada su campo, dejando en él gran número de fogatas encendidas para engañar de este modo al enemigo y ganar algunas horas en la marcha.

Con esta ventaja pudieron llegar los ingleses á la Coruña, aunque fatigados en su marcha por un fuerte temporal que aumentó aún más el desorden en las filas.

Aquella tempestad fué causa de que no hubieran llegado todavía á la Coruña los buques británicos, con lo cual Moore se vió encerrado entre sus enemigos y el mar, y en la necesidad ineludible de presentar la batalla á éstos, cuando sus posiciones eran poco ventajosas y el ejército inglés había llegado al máximum de desmoralización.

Moore tomó posición en un punto que aunque dominado por varias alturas estaba bajo el amparo de los fuegos de la plaza y allí esperó á los franceses, que comenzaron á aparecer el 12 si bien hasta el 14 no pasaron el cortado puente del Burgo que les separaba de sus enemigos.

En la tarde de aquel mismo día entraron los esperados transportes en la bahía, los cuales llevaban á bordo los tres mil hombres que se habían retirado desde Fuencebadon con el ejército de La Romana.

Moore se animó con la presencia de los buques que le libraban de aceptar aquella batalla por él tan temida, y sin pérdida de tiempo hizo que comenzara el embarque de la artillería y los enfermos, quedándose únicamente con doce piezas por si los franceses intentaban un ataque general.

El embarque del resto del ejército debía verificarse en la noche del 16; pero en este día á las dos de la tarde los franceses que comprendían se les iban á escapar los enemigos que perseguían tanto tiempo y quedando con ello privados de una completa victoria, hicieron un movimiento de avance

que obligó á Moore á aceptar la batalla que tanto temía.

El primer ataque de los franceses fué contra la derecha inglesa que al pronto retrocedió ante tan potente empuje; pero muy pronto se rehizo y recobró su posición á costa de grandes pérdidas. El combate se hizo general en toda la línea y Moore que, sin duda, avergonzado en aquel momento de su anterior debilidad, corría á los puntos de mayor peligro exponiendo su vida como un simple soldado, cayó herido gravemente lo mismo que su compañero el general Baird.

A pesar de la pérdida del general en jefe, los ingleses siguieron peleando con el mayor ardor, animados por la desesperación que les producía la idea de que si eran vencidos no podrían embarcarse ni regresar á su patria, y á tal punto alcanzó su denuedo que uno de sus regimientos, persiguiendo á los dragones franceses desmontados, rompió por entre las filas enemigas y llegó hasta la reserva junto á la altura donde Soult tenía emplazadas sus baterías.

Animada por este ejemplo toda la línea inglesa emprendió un fuerte movimiento de avance y mal lo hubieran pasado los franceses á no venir tan pronto la noche que les libró de una derrota cierta.

Moore que había recibido en un hombro una bala de cañón, no permitió que le retiraran del campo, é incorporándose en su lecho de campaña trabajosamente, estuvo examinando con atención la marcha de la batalla hasta que al ver como avanzaban denodadamente los regimientos británicos y que la victoria iba á ser suya, permitió que le trasladasen á la Coruña donde murió una hora después.

El general Hope que le sucedió en el mando tenía, respecto á los franceses, las mismas ideas que su antecesor, y no quiso arriesgar en una segunda batalla el mediano éxito alcanzado en la primera, por lo que durante la noche embarcó toda su gente ayudándole generosamente el vecindario de la Coruña que con su marcha quedaba completamente á merced del vencedor.

Como los franceses observaron durante la noche la marcha, colocaron apresuradamente algunos cañones en la altura de San Diego y al amanecer comenzaron á disparar sobre los transportes logrando incendiar algunos y que los demás picaran amarras apresuradamente.

Este fué el triste final de la desgraciada expedición á España de Moore. Verdaderamente fué censurable la inacción de dicho general, el temor que siempre mostró á los franceses y su escandalosa retirada, y si en la batalla de la Coruña rehabilitó un tanto su nombre y la fama de su ejército, tal acto no tuvo gran importancia por lo problemático del éxito y porque aquélla no fué entablada por voluntad propia sino por la fuerza de las circunstancias.

Como la Coruña no podía presentar una resistencia seria al enemigo, capituló el día 19 y el 26 hizo lo propio el Ferrol, siendo lo más censurable en dichas rendiciones la prisa que se dieron todas las autoridades tanto civiles como eclesiásticas en reconocer al rey intruso y usar toda clase de medios para hacerse agradables á los franceses.

La Romana, con su desorganizado y escaso ejército, quedó arrinconado en Galicia y apenas vió venir sobre él al general Marchand, abandonó el puente de Bibey que ocupaba y después de ir á Orense se situó cerca de la frontera de Portugal para poder internarse en él apenas fuera atacado por tan superiores enemigos.

El mariscal Ney sucedió á Soult en el mando de Galicia y éste se dispuso á internarse en Portugal, cuya conquista le había encomendado el emperador.

Este, á quien dejamos en Astorga el 1.° de Enero, se separó en dicho punto de sus ejércitos y marchó á Valladolid, de donde pensaba salir directamente para Francia. En esta ciudad llevado de aquellos arranques de brutal ira tan propios de su desigual carácter, hizo condenar á muerte á un adobador de pieles y dos criados suyos, acusados sin prueba alguna de ser autores del asesinato de algunos soldados franceses, y para que la injusticia fuera mayor, perdonó al amo á instancias de sus generales á quienes la esposa, mujer de deslumbrante belleza, había logrado conmover con sus lágrimas; pero hizo ahorcar á los dos domésticos que, ó eran inocentes ó no habían hecho más que obedecer las órdenes de su superior.

Detúvose también Bonaparte algunos días en Valladolid para esperar la llegada de una comisión del Ayuntamiento y tribunales de Madrid, que traía el expediente del reconocimiento y jura José como rey de España, hecho en la forma degradante ordenada por Napoleón y que ya conocemos; pero apenas tuvo en su poder tal documento, que creía de gran fuerza, pues con él pensaba haber asegurado para siempre el trono de su hermano, salió inmediatamente para Burgos y de allí á Francia, siendo tal la celeridad de su marcha que el recuerdo de sus jornadas hasta la frontera se conserva como ejemplo de lo que puede resistir un hombre á caballo.

Aquella inquietud manifestada por el emperador que deseaba llegar cuanto antes á Francia fué interpretada favorablemente por todos los patriotas, que vieron en ella la proximidad de algún conflicto europeo que diera al traste con su inmenso poder. La causa de su precipitada partida fué, como ya hemos dicho, las noticias alarmantes recibidas de Austria y que produjeron la segunda coronación de José, pues es indudable que sin ellas Napoleón hubiera puesto en práctica su idea de los vireinatos.

Dejemos á Napoleón abandonar España, á la que nunca debía volver,

para ir á buscar su ruina y volvamos al teatro de la guerra donde aun no habían acabado la larga serie de descalabros con que la suerte amargaba la causa de la patria.

José, ya restablecido en el trono, fué á Aranjuez para pasar revista á las tropas del mariscal Víctor que debían marchar contra nuestro ejército del centro, que después de reponerse un poco en Cuenca de sus anteriores desgracias se había atrevido á avanzar á las orillas del Tajo.

El nuevo general en jefe, duque del Infantado, atendiendo al clamoreo de los pueblos que se veían oprimidos cruelmente por los franceses, no queriendo tener á sus soldados en la inacción tan fatal para la disciplina y deseoso al mismo tiempo de alcanzar alguna gloria que borrara el recuerdo de su dudosa conducta en Bayona, encargó al general Venegas, jefe de la vanguardia, que cayera sobre Tarancón, que era el puesto más avanzado del enemigo, al mismo tiempo que el brigadier Seura atacaría á Aranjuez.

Este último se excusó de llevar á cabo tal operación, porque tenía los franceses por su flanco, y en cuanto al primero obedeció, aunque le desagradaba el plan, y sin contar con ningún apoyo, se puso en movimiento desde Jabaga en la noche del 19 de Diciembre.

A pesar de lo desacertada que era la operación ordenada por el del Infantado, resultó bien en su primera parte. Tarancón estaba guarnecido por ochocientos dragones, que ante el inesperado y rudo ataque de la infantería española tuvieron que retroceder, cayendo sobre las demás tropas que Venegas había colocado á su espalda, con lo cual se vieron cortados, pereciendo ó quedando prisioneros muchos de ellos y debiendo su salvación, los que pudieron escapar, á haberse retardado la llegada de nuestra caballería, que se había extraviado en la marcha.

Los habitantes de Tarancón y aún los mismos soldados españoles, se entregaron al más loco alborozo al ver fugitivos á los franceses; pero muy pronto recibió Venegas la noticia de que el mariscal Víctor, reuniendo en Aranjuez catorce mil infantes y tres mil caballos, marchaba contra él, lo que ofició apresuradamente al del Infantado para que le enviara refuerzos.

El duque, que era como general mucho peor que sus desgraciados antecesores y que á sus nulas facultades unía una presuntuosidad sin límites, ocupado en formar vastos planes que nunca debían llegar á realizarse, desatendió el aviso de Venegas, y ni tan sólo le dió orden de retroceder, por lo cual éste al ver próximo á un enemigo que en número y organización tal superioridad tenía sobre él, se declaró en retirada bajo su responsabilidad con dirección á Uclés.

En este punto se le unió el brigadier Seura, sumando las fuerzas reunidas unos ocho mil infantes y mil quinientos caballos, con lo cual se animó Venegas y creyó que ya no

era tan preciso el hacer aceleradamente la retirada, confianza que hizo que en la tarde del 12 de Enero el enemigo le viniera encima.

Las tropas españolas tomaron una posición bastante excelente, pero desalojadas por la división del general Villatte, las fuerzas avanzadas que Venegas había apostado en Tribaldos, acudieron á reformar el ala derecha que era la más segura, dejando en cambio débil la izquierda que era la más floja, y por lo mismo la que los franceses atacaron con mayor empuje.

Las fuerzas que la formaban no supieron resistir la carga del enemigo, y fueron desalojadas de sus posiciones lo cual bastó para que la derecha y la caballería, que ocupaba un llano intermedio entre ambas alturas, se dieran á la fuga, encontrándose inmediatamente con la división Ruffin, que las hizo prisioneras en masa.

Venegas y sus ayudantes hicieron prodigios de valor para impedir la dispersión de las tropas, hasta el punto de quedar el primero gravemente contuso, pero todo fué inútil y resultó prodigioso que el general no quedara prisionero con su Estado mayor.

La batalla de Uclés fué un completo desastre para nuestras armas, pues casi todas las tropas que mandaban Venegas y Seura, quedaron prisioneras pudiendo únicamente salvarse algunos escuadrones de caballería por la serenidad y arrojo de D. Agustín Girón.

Las más horribles escenas siguieron al término de la batalla, pues los vencedores se entregaron á una brutalidad y libertinaje sin ejemplo.

Los prisioneros españoles fueron tratados á culatazos, llegando á ser fusilados los que por heridos ó cansados se rezagaban, y la ciudad de Uclés fué entregada al saqueo y pronto se convirtió en escenario de los atentados más tremendos. Sesenta y nueve vecinos escogidos entre la clase más principal de la población, fueron degollados con salvaje fruición; y trescientas mujeres acorraladas en una plaza y puestas en un montón, fueron pasto de los brutales instintos de la soldadesca, que loca por el furor y por el vino intentó quemarlas vivas, pereciendo muchas entre las llamas. Como dice un escritor español: «increíble parecería semejante ferocidad apenas concebible de una horda de salvajes, si no enseñase la historia en cada página la horrible depravación que obra de ordinario la guerra en el corazón humano.»

Como si tantos crímenes no fueran suficientes para saciar la ferocidad de los vencedores, éstos atormentaron cruelmente con las bayonetas á hombres y mujeres para averiguar donde tenían escondidos sus dineros y alhajas, y aparejando con albardas á uso de bestias á las personas más principales de la ciudad, cargaron sobre sus espaldas los muebles y efectos inútiles para su rapacidad que encontraron, é hicieron á fuerza de golpes que los llevaran á los altos del alcázar donde los quemaron con gran algazara.

El saqueo de Uclés basta para justificar todos los excesos que con posterioridad cometieran los españoles contra los invasores.

De aquella horrible catástrofe fué culpado como único autor el duque del Infantado, y la acusación no podía ser más cierta, pues á él se debía el mal éxito de la batalla por su indiferencia ante los partes de Venegas, siendo aun más censurable su conducta en vista de que con sus tropas estaba á legua y media del lugar del combate sin que se le ocurriera ir en auxilio de sus subordinados.

Cuando el duque tuvo noticias por los dispersos del desgraciado éxito de la batalla, se retiró á Horcajada y desde este punto, atendiendo las indicaciones de un consejo de generales que reunió, dirigió su retirada hasta Chinchilla con el propósito de llegar á Valencia; pero al estar en aquel pueblo determinó establecer el ejército en Santa Cruz de Mudela entre la Mancha y Andalucía.

En este punto la Junta central le destituyó del mando que dió al conde de Cartaojal, pues no convenían á la patria generales como el duque del Infantado que, ocupado en la confección de sus sublimes planes, olvidaba contestar las apremiantes consultas de sus subordinados.

Aprovechando el efecto producido por la batalla de Uclés y con el correspondiente permiso de Napoleón, su hermano José hizo el 22 de Enero su entrada en Madrid como rey de España. El monarca intruso salió del Pardo, sitio real que ocupaba desde pocos días después de la conquista de Madrid, y su entrada en ésta fué preparada con más esmero que el mes de Julio del anterior año.

José I recorrió las calles de la capital seguido de un numeroso y lucido Estado mayor; pero por más que las autoridades colocaron músicas en diferentes puntos, y dieron órdenes para que fueran adornados los balcones, el recibimiento resultó frío y sin otra algazara que la producida por las voces asalariadas. El nuevo rey fué recibido en la iglesia de San Isidro por el obispo auxiliar y el clero que cantaron en su honor un *Te-Deum* y después de que algunos ilustres afrancesados pronunciaron discursos apologéticos de la naciente dinastía, se retiró al palacio real en el que aun quedaban vestigios de su anterior y precipitada fuga.

Derrotados nuestros ejércitos en el Norte y en el Centro de la península, sólo quedaban á los franceses enemigos que batir en Cataluña y Aragón, donde la guerra por parte de los patriotas no había decaído ni un solo instante á pesar de los recientes y tremendos descalabros que había sufrido la causa nacional.

Aquellos somatenes catalanes, tan intrépidos como infatigables, después que persiguieron tenazmente á Duhesme hasta Barcelona cuando levantó derrotado el sitio de Gerona, trataron en un principio, arrastrados por la

exaltada imaginación y el buen deseo de algunos, de sitiar la capital del Principado; pero conociendo lo imposible que resultaba la empresa para sus fuerzas, se contentaron con aislar dicha ciudad del resto de España, estableciendo una línea de bloqueo en las riberas de los ríos Llobregat y Besós, entre las cuales se halla aquélla situada.

Tan apurada situación no debían hacerla duradera los franceses, pues siguiendo en ella se exponían á que la población de Barcelona que andaba de contínuo bastante alborotada, se sublevara á la más propicia ocasión contra ellos, y Duhesme envió una columna de seis mil hombres para que atacando los somatenes del Llobregat rompiera dicha línea por dos puntos.

La división de la columna que se encaminó á San Baudilio, obtuvo en el primer empuje algunas ventajas que muy pronto perdió, mas la que tomó la dirección á Molins de Rey fué rechazada con grandes pérdidas, y ambas fuerzas tuvieron que retirarse á Barcelona con el desaliento y desorganización consiguientes. Envió entonces Duhesme otro cuerpo contra la línea del Besós, creyendo que por aquella parte la resistencia sería más débil; pero Milans que mandaba las fuerzas españolas, lo derrotó por completo haciéndole retroceder al primer ataque.

Con estos éxitos se envalentonaban de tal modo los somatenes, que raro era el día que no llegaran pequeñas partidas hasta el pié de los muros de Barcelona para tirotearse con los franceses, y éstos se veían imposibilitados de salir algunos pasos fuera de las puertas exteriores, porque de hacerlo corrían el peligro de ser muertos ó caer prisioneros.

Cada expedición que los franceses hacían por los alrededores de la capital para buscar víveres ó forrajes, les costaba una serie de combates siempre desventajosos, pues especialmente por la noche se veían contínuamente hostilizados por un nutrido tiroteo que no sabían de dónde partía, y en cada paso difícil se encontraban con grupos de audaces *miqueletes* que con un arrojo sin límites se arrojaban sobre ellos, no importándoles la muerte si antes lograban dársela con sus bayonetas y cuchillos á dos ó tres enemigos de la patria.

Tanta como era la decisión y la audacia de aquellas fuerzas populares, era la apatía y la indolencia del general en jefe de Cataluña, marqués del Palacio, á quien ya vimos desembarcar en Tarragona con sus tropas procedentes de Menorca, y tal conducta que excitó en todo el Principado nutridas quejas y enérgicas protestas, hizo que la Junta central le destituyera de su cargo y nombrara para sucederle al capitán general de Mallorca D. Juan Miguel de Vives.

A raíz de este nombramiento comenzaron á llegar á Cataluña las fuerzas enviadas por la Central para que constituyeran el ejército llamado de Cataluña ó de la Derecha, con arreglo

al plan de organización militar que ya vimos formó dicho gobierno en Aranjuez, y á la división desembarcada de Menorca se unieron en breve la división aragonesa que el marqués de Lazan llevó á Lérida, las andaluzas mandadas por D. Teodoro Reding que ascendían á trece mil hombres y la que había vuelto de Portugal á donde fué con Carrafa que tenía ocho mil plazas.

Todas estas fuerzas componían una cifra total de soldados bastante respetable, y Vives, el general en jefe, formó con ellas inmediatamente el ejército de la Derecha que dividió en seis divisiones y una vanguardia que envió al Ampurdán bajo el mando de don Mariano Alvarez, el héroe que pronto se debía hacer inmortal en la suprema defensa de Gerona.

Vives, con el resto de su ejército, marchó muy animado á poner sitio á Barcelona y estableció su cuartel general en Martorell á cuatro leguas de la ciudad.

Comenzó el sitio el día 3 de Noviembre (1808) y con objeto de intimidar más á los franceses que defendían la capital, aunque sin confianza en el resultado, dió el día 8 un ataque general contra ésta.

El sitio de Barcelona, en aquellas circunstancias, era una operación emprendida por Vives á sabiendas de que no tendría ningún éxito y únicamente para satisfacer las ardientes aspiraciones del pueblo, que quería ver cuanto antes libre de los invasores la capital.

Además existía la confianza algo infundada de que el vecindario de Barcelona ayudaría á los sitiadores por medio de una revolución, asegurando la realización de ésta algunos patriotas del interior que secretamente se comunicaban con el general en jefe.

Si no llegó á realizarse tal sedición, que hubiera puesto en grave aprieto á los franceses, el descontento del pueblo con éstos llegó á manifestarse de un modo alarmante.

A pesar de las severas órdenes dadas por Duhesme para que nadie abandonara la ciudad, los habitantes de calles enteras salían de ella ocultamente valiéndose de mil medios, é iban á refugiarse en las poblaciones que estaban bajo la obediencia del gobierno nacional.

El general francés creyo evitar esto imponiendo crueles castigos á los que huían, haciendo que se cobrasen por adelantado las contribuciones al vecindario, declarando la ciudad en estado de sitio y suspendiendo toda garantía, lo que hizo que mediaran serias contestaciones entre él y el conde de Ezpeleta, que por haber reconocido al gobierno intruso conservaba un mando ficticio sobre la ciudad, disidencias que cortó pronto Duhesme, quitándole el mando y reduciéndolo á prisión.

Es indudable que atendido el malestar del pueblo barcelonés y lo difícil que se iba haciendo la situación de los franceses en la plaza, ésta se hubiera rendido á los españoles á dispo-

ner éstos de más tiempo; pero por entonces verificó Napoleón su entrada en España y nuevas fuerzas vinieron á auxiliar á Duhesme.

Al mismo tiempo que Bonaparte al frente de sus ejércitos atravesaba el Bidasoa, su séptimo cuerpo, al mando de Gouvion Saint-Cyr, atravesó los Pirineos y se estableció el 6 de Noviembre en Figueras, punto fuerte que en unión de Barcelona eran las dos únicas plazas que los franceses conservaban en Cataluña. Con aquel refuerzo considerable las tropas invasoras en el Principado se elevaron á veinticinco mil infantes y dos mil caballos.

Saint-Cyr recibió del emperador precisas órdenes para que inmediatamente corriera en auxilio de Barcelona, pues él conocía la importancia militar de esta plaza hasta el punto de haber dicho:

—Si se pierde Barcelona, después necesitaremos ochenta mil hombres para recobrarla.

A pesar de esta orden, Saint-Cyr no dirigió inmediatamente sus tropas en socorro de la capital, sino que se encaminó con ellas á Rosas, punto que juzgaba muy importante, pues para defenderse del mal tiempo ó para vituallarse, se recogían á su rada los cruceros ingleses y los pequeños buques españoles que tanto daño causaban á Barcelona, impidiendo el que fuera abastecida por mar.

Rosas se encontraba en un estado deplorable que demostraba claramente como era la administración y el gobierno de aquella dinastía y su valido que habían caído en Bayona. Sus murallas ya bastante viejas y ruinosas, tenían todavía las brechas que en ellas abrieron los franceses durante las guerras de la República.

A pesar de esto que la convertía en ciudad abierta y sin abrigos, su gobernador O'Daly, ayudado por los ingleses, supo defenderla durante un mes, y eran tales el arrojo y el tesón de aquellos españoles que se batían en las viejas murallas, que en el asalto que en la noche del 26 de Noviembre dieron las numerosas fuerzas francesas, de quinientos que eran los defensores murieron más de trescientos en sus puestos sin cejar ni un instante, á pesar de que cada uno de ellos se veía abrumado por veinte enemigos.

Por fin, el día 5 de Diciembre O'Daly al verse casi sin soldados que mandar ni murallas que defendieran la plaza, capituló honrosamente, tomando esta resolución, más que por su situación, por el olvido en que le tenia Vives, que á pesar de sus partes no le envió auxilio alguno, viéndose únicamente sostenido en una ocasión por un movimiento que hizo la vanguardia mandado por D. Mariano Alvarez y que produjo un momentáneo triunfo.

Mientras Rosas tenía que capitular por el olvido del general Vives, éste, empeñado cada vez más en el sitio de Barcelona, lograba algunas parciales ventajas. En los días 26 y 27 de No-

viembre logró batir los puntos avanzados que los enemigos tenían fuera de la plaza, obligándoles á refugiarse en ésta y avanzando su cuartel general. El 5 de Diciembre al mismo tiempo que los invasores adquirían una plaza más en el Principado con la rendición de Rosas, él llegó hasta clavar las baterías que los enemigos tenían establecidas en la falda de Montjuich, pero mientras lograba estas infructuosas ventajas, Saint-Cyr avanzaba después de haberse hecho dueño de un punto importante junto á la frontera.

Quiso Vives acudir inmediatamente contra aquel nuevo y temible enemigo, pero en vez de tomar posición en las angosturas del Tordera, defendibles con poca gente y casi inexpugnables para los que avanzasen, dejó que aquél llegara á Hostalrich sin verse hostilizado en el camino por otras fuerzas que los somatenes que mandaban Clarós y Milans.

A pesar de estos descuidos de Vives, la situación de Saint-Cyr no era muy satisfactoria cuando se avistó con aquel pasado el Cardedeu, pues al frente tenía á dicho general en jefe con Reding que mandaba ocho mil hombres, á la izquierda á Milans con sus temibles partidas, y por retaguardia á Clarós y el marqués de Lazan, y además como resultado del largo sitio de Rosas le escaseaban las municiones.

Si Vives hubiera sabido conocer la situación de Saint-Cyr, es indudable que el triunfo hubiera sido nuestro y para ello hubiera bastado con que colocara todas las fuerzas á su frente impidiéndole el paso á Barcelona que era á donde él quería llegar cuanto antes.

La acción que se verificó el 16 de Diciembre, comenzó favorablemente para los españoles, pues una brigada francesa en vez de caer sobre nuestro centro, que era la llave del combate, lo hizo sobre la izquierda; pero el general enemigo corrigió pronto la falta y atacando el frente, consiguió romperlo con lo cual perdimos la batalla.

El ejército español tuvo una pérdida de mil quinientos hombres entre muertos, heridos y prisioneros, abandonó la artillería que quedó totalmente en poder del enemigo y se dispersó de tal modo, que sólo una columna pudo retirarse con orden á Granollers, siendo tal el desconcierto entre las restantes fuerzas, que el mismo Vives para salvarse tuvo que huir casi solo por sendas extraviadas.

Lazan y los somatenes, en vista de la derrota, se retiraron hacia Gerona, y las fuerzas que habían continuado en la línea del Llobregat bloqueando Barcelona, tuvieron que levantar el campo á la llegada de Saint-Cyr, dejando en poder de éste los bien provistos almacenes que tenían en Sarriá.

El día 17 entró Saint-Cyr en Barcelona con gran alegría de Duhesme que ya comenzaba á ver apurada su situación, y sin dar más que dos días de descanso á sus tropas salió contra el resto del ejército español que for-

a línea del Llobregat. Compo-
ste de diez mil infantes y nove-
caballos, acabando de encargar-
u mando D. Teodoro de Reding
ı la ausencia de Vives que ha-
á avistarse con la Junta Supre-
Cataluña.

ciso Reding al saber que iba
sobre él tan superior enemigo,
ó á su superior sobre la con-
ue debía seguir; pero como la
ta fué vaga, cometió el des-
de decidirse por aceptar el
e mandando unas tropas todavía
ıtadas por el anterior desastre.
ombate fué en Molins de Rey
21 de Diciembre. Al primer
la ala derecha fué arrollada
l centro y éste arrojado contra
erda, con lo cual la dispersión
lo ser más completa, no per-
e únicamente la artillería, sino
les que los infantes arrojaron en
or parte para poder huir mejor.
tan completo éxito y quedando
s todas las tropas españolas
ncipado, los franceses se derra-
por éste cometiendo los más
s excesos y sin que nadie se
a á su paso, pues para mayor
a de los nuestros hasta las
ueables asperezas del Bruch
ron sin disparar un tiro.

n triste situación otro pueblo,
su debilidad y el poder del
o, se hubiera acobardado some-
e humildemente al invasor;
; indomables catalanes se sin-
odavía más excitados en sus aspiraciones de independencia por las recientes desgracias, y manifestaron su furor con grandes vociferaciones contra los generales españoles á quienes por su mala suerte tacharon de traidores y vendidos á los franceses.

En Tarragona, Vives estuvo muy próximo á ser víctima del furor de la muchedumbre, viéndose obligado para evitar mayores males á entregar el mando á Reding, que era el jefe más popular y querido de los soldados, á causa de su principal intervención en la gloriosa jornada de Bailén.

En Lérida el furor popular hizo presa en algunos prisioneros franceses á los que dió muerte, y únicamente se calmó el motín, cuando á los tres días supo el pueblo que Reding se había encargado del mando del Principado.

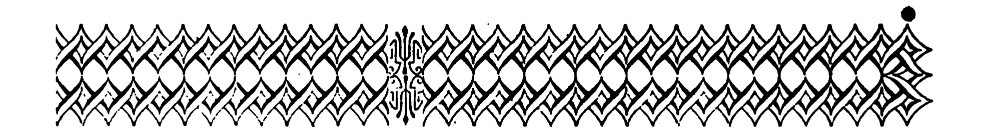
Saint-Cyr con dos decisivos combates había logrado deshacer los ejércitos catalanes; pero lo que no pudo alcanzar fué que se dispersaran aquellas partidas de *miqueletes*, activas guerrillas que se escapaban como aéreos fantasmas tantas veces como él intentaba aprisionarlas con superiores fuerzas.

A los ejércitos se les podía derrotar en una batalla; pero el país armado era completamente invencible porque combatía como sér invisible ó hacía sentir rudamente su presencia, según lo quería su voluntad. Convencido de esto último Saint-Cyr y viendo que con la persecución de las movibles guerrillas sólo lograba cansar á sus soldados, desistió de hacer la guerra

á tales enemigos y se estuvo quieto en Barcelona, aprovechándose de su inercia Reding y la Junta de Cataluña para organizar los dispersos elementos.

Así terminó aquella parte de la campaña de Cataluña.

Pasemos á hablar de la de A una de las más gloriosas de n historia y que en resumen no fu que la defensa de una ciudad, nombre deben pronunciar siemp españoles descubriéndose con re Zaragoza.



CAPITULO VIII

1808-1809

gón.—D. Valero Ripol.—Toma él solo el castillo de Calatayud.—Segundo sitio de Pérdida de Monte Torrero.—Sangriento combate en el arrabal.—Contestación de ncey.—Se encarga Junot del mando de las tropas francesas.—Ataque general del —Manuela Sancho.—El reducto del Pilar.—Espantosa lucha en las calles.—Acciones errota del arrabal.—Capitulación de Zaragoza.—Enérgica actitud de D. Pedro Ric. y robos ordenados por Lannes.—Noble acción del mariscal Mortier.—El sitio de tado por los franceses.—El gobierno de José.—Retrato moral y físico de este per- voz de la inocencia.—Acertadas disposiciones del gobierno intruso.—Intenta en n ejército español.—Bárbara disposición contra los patriotas.—Arraigo que toma ral.—Sigue á pesar de esto en sus desaciertos.—Suplicio de unos conspiradores.— triótica de las colonias españolas.—Tratado de alianza entre España é Inglaterra.— ésta se cobra por su auxilio.

l Palafox que como ya se separó del ejército del s primeras horas del 23 e, día en que se libró la batalla de Tudela, se re- za para desde allí orga- ısa de todo el reino de a los franceses.

ta ésta á la capital que resistencia había sabido la primera campaña, la franceses iban á enta- blar con los hijos de Aragón debía tener por teatro los muros de Zarago- za, pues no se extendió á más allá la acción organizadora del joven caudillo que España entera miraba con una simpatía sin límites.

No podía éste aunque quisiera pre- parar la resistencia al invasor en las otras principales poblaciones de la re- gión, pues las más importantes como consecuencia de la funesta jornada de Tudela quedaron en poder de los fran-

ceses que habían establecido un cordón de puntos fuertes en derredor de Zaragoza.

Sin embargo, á pesar de tal situación y antes que el ejército enemigo estableciera el sitio formal de la ciudad aragonesa, ocurrió un hecho digno de consignarse en la historia patria para saludable ejemplo de las generaciones venideras y demostrar á los ojos del mundo hasta dónde llega el heroismo y la audacia de un español cuando lucha denodado por la independencia de la patria; hecho que, más que de una obra histórica, imparcial y voraz parece propio de un libro de caballerías por lo arrojado de su realización é increíble éxito y que uno de nuestros escritores más correctos y entusiastas (1) es el primero en citar.

Durante el primer sitio de Zaragoza distinguióse notablemente por su temeridad y entusiasmo, un joven llamado Valero Ripol que apenas si contaba veintitres años y que hijo de la parroquia de San Pablo, formaba parte de aquel grupo de valientes que en el combate seguía á todas partes al denodado cura de dicha parroquia don Santiago Sas.

El 18 de Diciembre de 1808, cuando los franceses se aprovecharon del triunfo de Tudela extendiendo su dominación por casi toda la región aragonesa y Palafox estaba más atareado que nunca en preparar la resistencia presentóse Ripol á éste, pidiéndole l diera un compañía de soldados de línea para cierta empresa que teni proyectada.

Quiso conocerla Palafox, y á pesa del valor y la audacia que constituía su carácter, quedó profundamente so prendido al oir á Ripol que pensab intentar con cien hombres nada menos que la toma del fuerte castillo d Calatayud que después de la rota d Tudela había quedado en poder de lo franceses.

Negóse el general á acceder á la pretensiones del atrevido mozuelo n queriendo que un patriota de su valo y condiciones se sacrificara inútilmente en tan irrealizable empresa, Ripol salió de la audiencia triste por que Palafox no había atendido su pretensiones, pero no por esto menc dispuesto á realizarlas. Dedicóse en e mismo día á reclutar gente y pront encontró unos treinta vecinos de l parroquia de San Pablo que, armado con escopetas de chispa, bayoneta oxidadas y fuertes garrotes, se comprometieron á seguirle sin saber dón de los iba á llevar el intrépido joven

A falta de la compañía de soldad que pedía, salió Ripol de Zaragoza e la misma noche con tan exigua y ma armada tropa tomando el camino d Calatayud.

En la primera venta donde se m tieron á beber, explicó el joven á su compañeros su atrevido plan de conquistar el castillo de Calatayud,

(1) El joven é ilustre literato D. Enrique Rodríguez Solis en su notable obra *Los guerrilleros de 1808*.

s á pesar de que eran hombres de
ɔado valor que se habían distin-
lo en el primer sitio, tomaron á
ol por un loco, y perdiendo la
rior confianza se volvieron á Za-
za después de decirle que no
dían morir tan infructuosamente.
uedó solo Ripol con un gran ami-
suyo llamado Gil, el cual no
o abandonarle llevado del cariño
le profesaba y de la esperanza de
en el camino lograría disuadirle
su audaz intento. Discutiendo
e la racionalidad de éste, llegaron
os al portazgo de Calatayud y allí
ol, que tenaz como buen aragonés
bandonaba las ideas una vez éstas
iban asiento en su cerebro, abrazó
amigo despidiéndose para siem-
le él, y con paso firme y altivo
inente se dirigió al castillo, por
s centinelas se hizo anunciar al
andante como un parlamentario
s españoles.

o tardó en recibirle aquél, que era
de aquellos militares italianos
tos á servicio de Francia, y una
en su presencia, Ripol con solem-
plomo le manifestó que era el en-
o del jefe de las guerrillas que en
ero de tres mil hombres estaban
oscados en San Ramón, ermitas
anas en Calatayud, y que si no se
egaba el castillo con su guarnición
l término de media hora, caerían
e él las fuerzas españolas y to-
lolo pasarían á degüello todos los
idos de Napoleón.

milanóse el gobernador ante tan enérgica intimación, y prometió á Ripol el reunir inmediatamente á los oficiales en consejo para acordar lo que debía hacerse, retirándose inmediatamente, con lo que quedó el joven paseándose por los baluartes con tanto aplomo y sangre fría como si estuviera en el lugar más seguro.

Comenzó á aquella hora á apuntar el día, y á la débil claridad de la aurora parecióle á Ripol ver algunos bultos que se movían al pié de las murallas, lo que le produjo gran sobresalto, pues en la racional creencia de que ningún español acudiría en su auxilio, había que esperar que aquellas sombras eran nuevos soldados franceses que acudían en socorro de los suyos.

La situación de Ripol no podía ser más angustiosa. Se había introducido voluntariamente en la ratonera, como vulgarmente se dice, y veía claramente que no iba á poder salir de ella, por lo que, deseando que terminara cuanto antes aquella situación crítica, apeló á su peculiar audacia llamando nuevamente al comandante para decirle que aunque no había transcurrido el plazo marcado de media hora, le intimaba nuevamente la rendición, porque los españoles eran impacientes y no sabían esperar cuando se trataba de combatir, y para dar más fuerza á esta afirmación, le señaló los bultos que se movían al pié de la fortaleza y cuyos intentos desconocía, diciendo que eran avanzadas de las guerrillas que se preparaban al asalto.

Intentó resistirse el comandante con la excusa de que el consejo no había tomado todavía un acuerdo, pero Ripol que comprendía estaba perdido si aguardaba la salida del sol y veían los franceses que las terribles guerrillas se reducían á un hombre solo, insistió con tal energía, que el jefe francés volvió al poco rato con los oficiales y ciento veinte hombres que constituían la guarnición del castillo, entregando todos sus armas á Ripol que aun se vió en mayor apuro que antes, pues no sabía qué hacer con todos aquellos hombres que le despedazarían apenas se conociera el engaño.

Para fortuna suya, su fiel amigo Gil después de dejarle en el portazgo había ido en busca de los patriotas de Calatayud más conocidos, y con once de éstos, de los cuales sólo seis estaban armados, se dirigió al castillo, siendo ellos los bultos que Ripol habia visto desde las murallas.

Todos ellos entraron en la fortaleza y con las cuerdas que llevaban para subir á los baluartes y salvar á su compañero, ataron á los franceses, cargaron después en algunas acémilas las armas y montado Ripol en el caballo del comandante, tomaron el camino de Zaragoza donde á su vista fué tan grande el entusiasmo del pueblo, como la vergüenza de los prisioneros que se habían dejado vencer por un hombre solo.

Un hecho tan extraordinario y romancesco resultaría inverosímil aun apoyado por el testimonio de personas de aquella época, si no existiera un documento suscrito por el mismo general Palafox que hace ver la verdad de lo que muchos sin esto tendrían por increíble. (1)

El heróico Ripol prestó todavía grandes servicios á la causa nacional antes del segundo sitio de Zaragoza, pues deseoso Palafox de reanimar el espíritu nacional de Madrid, un tanto abatido después de ser tomado por Napoleón, envió á los patriotas de dicha capital unas entusiastas proclamas de las cuales fué portador Ripol.

No surtió efecto esta comisión por que tuvieron miedo á recibir las proclamas las personas á quien iban dirigidas para que las circularan, pero el audaz Ripol que no sabía volver á Zaragoza sin cumplir las comisiones que se le encargaban, tuvo el atrevimiento de cambiar á tres ciegos que

(1) El documento en cuestión dice así:

«Yo, D. José Rebolledo de Palafox y Melai, certifico:

»Que hallándome mandando el Reino y Ejército de Aragón en la gloriosa época de los dos memorables sitios que sostuvo la inmortal Zaragoza, distinguí muy particularmente á D. Valero Ripol vecino de la parroquia de San Pablo, por el valor y osadía con que se halló constantemente en los puestos de mayor peligro, no habiendo día en que no se distinguiese con hechos singulares que costaban la vida á muchos enemigos, y que no satisfaciéndose su patriotismo con éstos, concibió y me propuso la idea de salir solo á Calatayud para rendir y traerme prisionera la guarnición francesa fuerte de ciento diez hombres, supliendo con astucia la fuerza que para ello hubiese necesitado llevándolo á completo efecto y presentándome en Zaragoza los ciento diez hombres con sus armas y efectos el 19 de Diciembre de 1808 por cuya acción grabada en la historia y que no olvidarán jamás los aragoneses, le conferí el empleo de teniente.»

vendían la *Gaceta* francesa con la derrota de Uclés, por los papeles que llevaba, engaño que á las pocas horas se hizo público y que obligó al joven y travieso zaragozano á salir á toda prisa de Madrid, pues las autoridades intrusas lo buscaban para fusilarle.

Ripol se batió en el segundo sitio de Zaragoza con el heroismo acostumbrado, prestó muy buenos servicios en las tropas mandadas posteriormente por Palafox (D. Francisco) y más tarde se puso al frente de una valiente partida acabando por ser uno de los más temibles guerrilleros de Aragón que hacían aquella guerra irregular para la cual él era propio por su arrojo y astucia.

Después de haber relatado los sorprendentes hechos de tan heróico español, pasemos á hablar del segundo sitio de Zaragoza que, como ya dijimos, constituyó toda la campaña de Aragón.

Los invasores no podían menos de dedicarse inmediatamente al cruel escarmiento de Zaragoza, porque entre esta ciudad tan heróica y Napoleón, acostumbrado á que no le presentara ninguna capital del mundo una resistencia tan heróica, existía pendiente un desafío que sólo podía terminar con la ruina de uno de los dos rivales.

El mariscal Lannes fué el encargado por el emperador de acometer la conquista de la hasta entonces inexpugnable ciudad, y para ello puso éste bajo sus órdenes los cuerpos de ejército tercero y quinto que mandaban los mariscales Moncey y Mortier, numerosa artillería de sitio y abundantes víveres y municiones.

Los medios de guerra del ejército sitiador eran más que suficientes para un largo y difícil asedio, pues llevaba sesenta cañones de gran calibre, veinte mil útiles de sitio, cien mil sacos de tierra, cuatro mil gaviones, catorce mil faginas y un completo equipaje de puentes, á más de las abundantes provisiones de municiones y víveres que junto con los hospitales de campaña puso en Alagón.

Todos estos aprovisionamientos de guerra les eran necesarios á los franceses á más de sus cuarenta mil soldados, pues Zaragoza se encontraba en mejores condiciones de defensa que en el primer sitio. Parte del ejército derrotado en Tudela se había introducido sin perder su orden en la capital, y además á ésta fueron llegando numerosos dispersos, con todo lo cual llegó á contar el ejército acampado dentro de los muros de Zaragoza, treinta y un mil soldados, á cuyo número había que añadir de ocho á diez mil paisanos armados.

Esta cantidad de defensores, realmente exorbitante, comparada con los que se batieron por la independencia en el primer sitio, causaba gran entusiasmo en los patriotas, que tardaron mucho en comprender que aquello, más que ventaja, constituía una desgracia, pues tan elevada cifra de hombres encerrada en una ciudad relativamente pequeña y sitiada por to-

das partes, no podía menos de producir el hambre y las enfermedades que aceleraran la rendición.

Palafox, que no descansaba un momento en poner á Zaragoza en las mejores condiciones de defensa, dió este encargo al ingeniero San Genis, que tanto se había distinguido durante el primer sitio. Este hizo cortar los árboles de todos los alrededores de la ciudad, levantó reductos que guardasen las puertas exteriores, estableció baterías á lo largo del recinto, abrió fosos, fortificó los conventos y palacios que por su solidez eran susceptibles de gran defensa y aspilleró las casas de las afueras, tapando todas las aberturas de los pisos bajos.

A pesar del formidable aspecto que á primera vista presentaba Zaragoza dedicándose con tal ardor á preparar su defensa, ésta resultaba tan deficiente como en el anterior sitio, pues los soldados, aunque en gran número eran en cambio en sus tres cuartas partes bisoños sin instrucción, que no habían oído silbar más balas que las del desastre de Tudela; los grupos de paisanos seguían tan mal armados como de costumbre; la pólvora escaseaba de un modo alarmante; de las setenta piezas de artillería que tenía la plaza, sólo treinta pasaban del calibre de diez y seis; los morteros no podían utilizarse por falta de proyectiles huecos y la ciudad tenía en su fortificación muchos puntos débiles por donde los enemigos podían penetrar con solo algunos esfuerzos.

Por enfermedad de Lannes, que era el encargado de dirigir en jefe el sitio, tomó el mando del ejército el mariscal Moncey, que después que hubo reconocido el estado de la plaza, comenzó el ataque contra ésta el 21 de Diciembre, dirigiendo sus tropas hacia los puntos fuertes exteriores que resguardaban Zaragoza.

No eran estos por su posición aislada susceptibles de una larga defensa, y especialmente el Monte-Torrero, que en el otro sitio tan fácilmente habían tomado los enemigos y desde cuyas alturas se podía hostilizar á la ciudad tan cruelmente. Guardaba dicha posición el general Saint-March con seis mil hombres.

Los franceses se enseñorearon del Puente de la Muela y de la Casa Blanca y desde allí flanquearon la batería de Buena Vista, en la que se produjo gran confusión por haber estallado un depósito de municiones, en que cayó una granada enemiga. Con este movimiento se vió Saint-March descubierto por la derecha y á punto de ser cortado, por lo cual se replegó con sus tropas hasta el reducto del Pilar, donde fueron rechazados los treinta mil hombres que marchaban en su seguimiento, habiendo quemado antes en la retirada el puente de América.

La pérdida de Monte-Torrero, casi igual á la experimentada en el primer sitio y de fatal pronóstico para Zaragoza, excitó de tal modo la indignación popular que Saint-March estuvo

á punto de sufrir la misma suerte que algunos meses antes el coronel Falcó por idéntica derrota, salvándole únicamente de ser fusilado, la amistad y gran afecto que le profesaba Palafox.

Afortunadamente para que no decayera el entusiasmo de los zaragozanos, aquella misma tarde vino á excitarse éste con la gran victoria que lograron en el arrabal. El general Gazan con trece mil hombres acometió por aquel lado á la ciudad, haciendo esfuerzos sobrehumanos para apoderarse de las baterías del Rastro y del Tejar.

El valor y el arrojo que en aquella ocasión manifestaron los franceses, estuvo á la altura de la heroica tenacidad de los españoles que defendían las baterías. El ataque por aquella parte comenzó contra los suizos puestos al servicio de España que defendían el camino de Villamayor. Su jefe D. Adriano Walker fué el primero en darles ejemplos de valor, y todos lidiaron con tal coraje que, agobiados por fuerzas tan superiores, quedaron muertos ó prisioneros. Libre ya de tal obstáculo, cargó Gazan contra las baterías; pero éstas hacían un fuego muy certero dirigidas por el coronel de artillería D. Manuel Velasco, y además las compañías de escopeteros de la parroquia de San Pablo y demás gente brava que defendían aquel puesto estaban tan excitadas por la presencia de Palafox que se exponía en los lugares de mayor peligro, que muchas veces salían fuera de los atrincheramientos para reñir cuerpo á cuerpo á navajazos con los franceses que avanzaban.

El porfiado combate duró cinco horas. Gazan, rechazado numerosas veces, rehacía sus fuertes columnas de ataque para dirigirlas contra las baterías; pero todo su empeño resultó vano y al anochecer tuvo que retirarse dejando tres mil cadáveres y el suelo empapado por grandes charcos de sangre.

La derrota del arrabal hizo comprender á Moncey lo inútiles y costosos que resultaban los ataques de la infantería contra una ciudad que contaba con tan denodados defensores, y se propuso emplear el medio más brutal y seguro del bombardeo que le facilitaba la superioridad de su artillería.

Antes de llevar á la práctica esta determinación, escribió á Palafox invitándole á la paz y á que entregara la plaza; pero el joven general con aquella arrogancia española tan propia de su carácter caballeresco, le contestó así:

«Al señor mariscal Moncey:

»El general en jefe del ejército de reserva responde de la plaza de Zaragoza. Esta hermosa ciudad no sabe rendirse. El señor mariscal del Imperio observará todas las leyes de la guerra y medirá sus fuerzas conmigo. Yo estoy en comunicación con todas partes de la provincia y nada me falta. Sesenta mil hombres resueltos á batirse, no conocen más premio que el honor ni yo que los mando. Tengo

esta honra que no la cambio por todos los imperios.

»El mariscal Moncey se llenará de gloria si observando las nobles leyes de la guerra me bate: no será menor la mía si me defiendo. Lo que digo á V. E. es que mi tropa se batirá con honor y desconozco los medios de la opresión que aborrecieron los antiguos mariscales de Francia.

»Nada le importa un sitio á quien sabe morir con honor, y más cuando ya conozco sus efectos en sesenta y un días que duró la vez pasada. Si no supe rendirme entonces con menos fuerzas no debe V. E. esperarlo ahora cuando tengo más que todos los ejércitos que me rodean.

»La sangre española vertida nos cubre de gloria; al paso que es ignominioso para las armas francesas haber vertido la inocente.

»El señor mariscal del Imperio sabrá que el entusiasmo de once millones de habitantes no se apaga con opresión, y que el que quiera ser libre lo es. No trato de verter la sangre de los que dependan de mi gobierno; pero no hay uno que no la pierda gustoso por defender su patria. Ayer las tropas francesas dejaron á nuestras puertas bastantes testimonios de esta verdad, no hemos perdido un hombre y creo poder estar yo más en proporción de hablar al señor mariscal de rendición si no quiere perder todo su ejército en los muros de esta plaza. La prudencia que le es tan característica y que le da renombre de bueno, no podrá mirar con indiferencia estragos y más cuando ni la g ni los españoles los causan ni rizan.

»Si Madrid capituló, Madrid sido vendido y no puedo creerlo Madrid no es más que un pue no hay razón para que éste ceda

»Tengo el honor de contestar á señor mariscal Moncey, con atención en el único lenguaje q nozco, y asegurarle mis más sa deberes. Cuartel general de Za 22 de Diciembre de 1808. El g *Palafox.*»

Perdidas ya todas las ilusion Moncey pudiera abrigar sobre l dición de la plaza, al día sig 23 extendió su ejército por tod lados de Zaragoza, encerrándola méticamente en un círculo de h é inmediatamente hizo que los nieros comenzaran á construir l neas necesarias para el sitio.

En las noches del 29 al 30 e ya levantándose las paralelas y cheras y se prepararon las f para realizar el plan presentad el general Lacoste que consist tres ataques simultáneos, uno mente para distraer la atención parte de la Aljafería, punto e fuerte de toda la línea de de otro por el puente del Huerva á Santa Engracia, y el tercero el convento fortificado de San que era el sitio más débil del re

Los sitiados, con aquel arrojo dacia que les eran propios, hi

idas para impedir la conti-
.e los trabajos y entablaron
anceses sangrientos comba-
les; pero todos sus esfuerzos
ι vanos, pues en la tarde del
ro (1809) quedaron termi-
as las obras necesarias para el
ıntada la poderosa artillería
hostilizar la plaza.

ndo del ejército francés que-
'ado Junot, siendo Moncey
le él, pues su caballerosidad
· conciliador al mismo tiempo
su afecto á los españoles que
s ocasiones demostró durante
ña, le hacían sospechoso al
r ó cuando menos poco apto
mpresa como el sitio de Zara-
ıariscal Mortier también fué
lel ejército para que con un
nueve mil hombres situado
yud, sostuviera expedita la
ción con Madrid, que mu-
s dificultaban las partidas
ɔs; pero esta disminución de
n el ejército sitiador duró
, pues pronto llegaron gran-
'zos procedentes de Navarra.
siguiente, 10, Junot man-
· el fuego contra Zaragoza á
: la mañana, y á sus descar-
ıtó la plaza tal como se lo
sus medios.

'épito mucho más horroroso
l primer sitio, conmovió á
durante aquel día. Más de
ıes atronaban el espacio con
pidos y la tierra temblaba
ó pudiera sustentar el peso de aquellos monstruos de hierro cuyos rujidos rompían el aire para dejarse oir á algunas leguas de distancia. Una lluvia de hierro caía sin tregua sobre Zaragoza.

Los franceses habían colocado en cuatro baterías diez y seis piezas de gran calibre que disparaban contra el reducto del Pilar, defensa del puente sobre el Huerva, y con igual clase de artillería batían el convento de San José, cuyas débiles paredes ofrecían poca resistencia, pues á los primeros tiros comenzaron á derrumbarse.

Al mediar el día ya habían abierto los sitiadores en tal edificio una ancha brecha, á las dos de la tarde la parte de la izquierda había caído por completo al suelo, y á las cuatro no quedaba servible ninguna de sus baterías. El valiente D. Mariano Renovales, que era el comandante de aquella débil fortificación, hizo en tal día supremos actos de heroismo, y gracias á sus esfuerzos pudo continuar la defensa del punto, teniendo para ello que servir los artilleros completamente á pecho descubierto las pocas piezas que no estaban desmontadas.

Entre aquellos grupos de hombres que con la paz contraída por el coraje cargaban los cañones ó disparaban sus escopetas cayendo muchas veces entre los escombros para no levantarse jamás, distinguíase una linda serrana de veintitres años llamada Manuela Sancho, que colocada en el punto más visible de las ruinas y completamente al descubierto, hacía fuego con un

gran fusil y animaba al mismo tiempo á sus compañeros.

No se había acabado la raza de heroínas en Zaragoza, y aquella joven era digna compañera de las esforzadas mujeres que se distinguieron en el primer sitio.

Al llegar la noche, el valeroso Renovales propúsose remediar en lo posible los destrozos que en el convento habían causado los franceses; pero un ataque nocturno de éstos, le imposibilitó continuar, y bastante hizo con rechazar aquellas columnas que le asaltaban prevaliéndose de la oscuridad.

En la mañana siguiente aquella posición no tenía para su defensa más que sus obras y dos cañones. A pesar de la escasez de artillería y aun de gente que la sirviera, por ser operación muy expuesta, Renovales defendió bravamente aquel informe montón de ruinas hasta las cuatro de la tarde, hora en que ya fué imposible resistir el asalto de los franceses y en que éstos se enseñorearon de ellas.

A pesar de esta conquista que tanta sangre costó á los sitiadores, no penetraron éstos inmediatamente en el recinto de la ciudad, pues la batería del Pilar los flanqueaba por la izquierda y les causaba gran incomodidad con sus disparos. Cinco días tardaron todavía los franceses en apoderarse de este reducto. Cuatro baterías lo batían por sus cuatro frentes y estaban éstas tan próximas con objeto de que el fuego resultara más certero, que la más distante se encontraba á unas cuarenta toesas, por lo que muy pronto los muros quedaron destrozados y desmontada casi toda nuestra artillería. Pronto fué necesario como en San José pelear á pecho descubierto y aquellos aragoneses lo hicieron con un arrojo tal que llenaron de asombro á los enemigos.

Cuando la lluvia de proyectiles era mayor y una verdadera nube de hierro se cernía sobre la batería esparciendo la muerte y destrozando cuanto encontraba, aquellos héroes, dejándose llevar de su furor y deseosos de que el combate se hiciera más estrecho y cuerpo á cuerpo, izaron una bandera roja provocando á los franceses al asalto. Cinco veces cargó la infantería francesa contra aquellas ruinas y otras tantas tuvo que retirarse escarmentada, llegando á tal punto el arrojo de los bravos españoles que no contentos con que los sitiadores se alejaran maltrechos del asalto, salieron de sus posiciones y con tal furia acometieron al enemigo, que sembraron el desorden no sólo en las dos paralelas de asedio, sino entre el grueso del ejército francés.

Conociendo los sitiadores que nada adelantarían con el noble combate frente á frente, se dedicaron en los demás días á cañonear con gran persistencia aquellas inexpugnables ruinas del reducto y á tal punto llegó el destrozo que los enemigos causaron en él, y tantos eran los que morían, que Palafox lo juzgó ya de imposible de-

r mandó que se retirasen las
[ue en él quedaban. Pero sol-
oficiales habían jurado morir
endo aquellas ruinas y tan dis-
se hallaban á ello, que des-
eron las órdenes del general y
fin mucho trabajo el hacerles
ıar un sitio donde á cada mi-
rdía la vida uno de ellos. La
Simonó, Betberé, Velasco y
que eran los oficiales de dis-
rmas que dirigieron tan tenaz
, se cubrieron de gloria por su
ı y heroismo.

a 15 quedó abandonado el re-
lel Pilar, del cual apenas si
ın restos; pero antes de meter-
ı ciudad á las nueve de la no-
bravos defensores, volaron el
sobre el Huerva en uno de
xtremos comenzaba la destrui-
ficación.

la pérdida del baluarte del Pi-
franceses podían llegar ya á
as de Zaragoza y á ésta no le
ı más defensa que sus calles y
ıs. Pero en este momento po-
ırse que comenzaba la verda-
cha en Zaragoza, pues aquel
sin igual, iba creciendo en va-
'orme aumentaba su desgracia
ta de su propia desventura en
amilanarle, le hacía adquirir
r sublime.

ran suficientes para vencer á
:a en su tenaz y heróica defen-
ıl fuego de los cañones ni los
ımendos asaltos y pronto co-
ɔn á desarrollarse en ella los elementos destructores que más principalmente debían influir en su rendición: el hambre y las enfermedades. La población de los barrios extremos huyendo de las bombas enemigas y del peligro de los asaltos, refugióse en el centro de la ciudad; en pequeñas casas se hacinaron innumerables personas; en reducidos sótanos se amontonaron muchos seres y aquel enrarecimiento del aire respirable, que aun hacía más duro el continuo arder de luces y de las hogueras con que combatían el rigor de la estación, fué causa de grandes enfermedades que al poco tiempo tomaron el carácter de terrible contagio. Como si esto no fuera suficiente, los enemigos destruyeron los molinos harineros de la población y el cruel espectro del hambre hizo su aparición en aquella ciudad donde la naturaleza parecía haber dado cita á todos sus rigores.

En tanto, los franceses no queriendo aventurarse á dar un asalto general á la plaza sin levantar baterías más cercanas á su recinto, construyeron una tercera paralela, con la cual se añadían ocho baterías á las muchas que hasta entonces habían jugado. Los sitiados, deseosos de impedir la realización de aquellas obras, hicieron numerosas salidas llegando en una de ellas que dirigió D. Mariano Galindo, á atravesar la tercera y la segunda paralela, clavar en la primera parte de una batería de grandes morteros dirigida contra Santa Engracia.

Estas salidas tenían á los franceses

en contínua alarma que aun se hacía más grande con las noticias que recibían de que en la provincia comenzaban á hacer sentir su presencia algunas fuerzas españolas que se proponían ir en socorro de la plaza. El general Vathier que con mil ochocientos hombres recorría la comarca con objeto de acopiar viveres, fué acosado en Hijar por algunas partidas de patriotas, si bien rehaciéndose, las persiguió hasta Alcañiz donde acabó por derrotarlas. Por la parte de Villafranca operaba una división de paisanos, mandada por D. Felipe Perena y que apenas si llegaría á tres mil hombres, todos mal armados y peor organizados; pero era tal la alarma de los invasores, que se imaginaban temibles fuerzas lo que sólo eran aglomeraciones de patriotas tan entusiastas como escasos de medios para hacer la guerra. El mariscal Mortier se encargó de ahuyentar aquellas fuerzas que los franceses, llevados de su carácter hiperbólico, convertían en grandes ejércitos que acudían en socorro de Zaragoza, lo que no podía ser más exagerado, pues la heroica ciudad estaba completamente sola y entregada á sus propias fuerzas, no pudiendo esperar auxilio alguno de aquella España derrotada que ningún obstáculo podía presentar frente al invasor que poco á poco se iba enseñoreando de ella.

Restablecido ya el mariscal Lannes de su indisposición, se puso al frente del ejército sitiador y mientras éste se disponía al asalto general de la ciudad, escribió una carta á Palafox en la que le hacía una pintura exacta de la triste situación de España y le incitaba á la capitulación; pero el denodado caudillo aragonés le contestó en los mismos términos que á Moncey.

En vista de esto, así que quedaron tendidos tres puentes sobre el Huerva y en la orilla opuesta á Zaragoza establecidas dos plazas de armas para refugio de las tropas que debían intentar el asalto, se preparó éste con un horroroso bombardeo que comenzó el 26, logrando al día siguiente los cincuenta cañones asestados contra la ciudad abrir tres brechas practicables siendo la mayor de éstas la del centro ó sea donde estaba el convento de Santa Engracia, convertido ya en un montón de escombros.

Lannes dió orden para que comenzara el asalto y las columnas de infantería se arrojaron á las brechas. La que acometió por más abajo de San José, sin detenerse por el estrago que en ella causaron dos hornillos de pólvora que volaron los defensores, atravesó la brecha y ya iba á descender por el declive que formaban los escombros, cuando se detuvo frente á una segunda trinchera que habían levantado los sitiados artillándola con dos piezas. Acudió en auxilio de la columna un nuevo refuerzo; pero era tal el fuego que salía de aquella trinchera, que los franceses se vieron obligados á detenerse en lo alto de la brecha y abrigarse de los escombros.

Las tropas que atacaron por la parte de San José también salvaron la brecha y aun lograron apoderarse de la casa de enfrente, esparciéndose á derecha é izquierda; pero pronto fueron detenidos por otra trinchera teniendo que limitarse su conquista á la ocupación de un edificio aislado del que fueron desalojados por dos veces.

El ataque por Santa Engracia no resultó para los franceses mucho más venturoso. Ocuparon las ruinas de dicho convento y el inmediato de las Descalzas, pero no pudieron avanzar más y aun para conservar lo conquistado tuvieron que sostener numerosos combates, valiéndoles el ser auxiliados por el general Morlot para no tener que desalojar dichos puntos.

Más de ochocientos hombres costó al ejército francés la entrada por aquella brecha, é iguales pérdidas puede calcularse que sufrieron en el asalto por las otras dos.

Un militar francés que asistió á tan terrible sitio, el barón de Rogniat, en su *Relación del sitio de Zaragoza,* dice así al hablar del asalto de aquel día: «Todos estos movimientos nos costaron muchos valientes por la estéril gloria de arrojar al enemigo de algunos puntos de la muralla que se veía comprometida á abandonar sin resistencia por la posición que ocupábamos en Santa Engracia y principalmente en las Descalzas.»

Lannes y los demás generales franceses, acostumbrados á la guerra regular de otras naciones y á la conquista de plazas que una vez perdidas sus murallas se entregaban al invasor, creyeron que Zaragoza se rendiría después de tener á los sitiadores en su recinto; pero pronto vieron con asombro que nada habían adelantado con tales avances para la conquista de la ciudad.

Los dos días que siguieron fueron los más terribles del sitio, pues en ellos desaparecieron todas las reglas de la guerra y se batalló cuerpo á cuerpo y á brazo partido como en los combates de los tiempos primitivos. Las escenas de que fueron testigos aquellos dos días tuvieron un carácter tan grandioso y horrible que sería necesario el estro de un Homero para describirlas.

Los conventos de San Agustín y Santa Mónica, que tenían abiertas brechas en sus muros, fueron asaltados sin interrupción y sin que los franceses pudieran avanzar un paso en aquellos escombros que parecían tragárselos. Ya las calles no parecían suficiente escenario para tan horrenda lucha, y ésta se trasladó á las casas y á las más apartadas habitaciones.

Un mezquino edificio de la manzana contigua á Santa Engracia, quedó ocupado á un tiempo por franceses y españoles, y fué tal el combate que se entabló en ella, lo mismo en el sótano que en el desván, que los invasores, para poder quedar dueños de ella, tuvieron que volarla con doscientas libras de pólvora, con lo cual muchos soldados de una y otra parte fueron

lanzados al espacio horriblemente destrozados por la fuerza de la explosión.

Otra casa de dos pisos y completamente aislada, situada en la desembocadura de la calle de Puerta-Quemada, fué teatro de una lucha cual jamás se había visto. Los franceses, que tenían empeño en apoderarse de ella para poder ser dueños de la desembocadura de dicha calle, estuvieron batallando dos días para poder subir su escalera y posesionarse de los pisos altos. Así que lograron subir, tuvieron que sostener un combate feroz en cada uno de sus cuartos, y cuando ya desesperados de apoderarse de ella bajaron al sótano para colocar sacos de pólvora y volar el edificio, se encontraron con nuevos defensores, que en la oscuridad de aquel lóbrego recinto, después de disparar sus trabucos, les acometieron á navajazos, logrando hacerles huir y quedando el desmantelado edificio por España después de tres días de lucha que hubieran bastado para tomar una grande fortaleza.

No contentos los zaragozanos con defender de este modo sus edificios, hicieron todavía numerosas salidas contra el convento de Trinitarios que ocupaban los enemigos, y á pesar del nutrido fuego de cañón y de fusil que éstos hacían, lograron derribar á hachazos la puerta, no penetrando en sus claustros porque aquéllos habían construido con sacos de tierra un revestimiento interior.

Nadie mejor que los mismos franceses describe el aspecto que presentaba la inmortal ciudad en aquellos días de cruel lucha, pues en uno de sus libros (1) que mejor tratan la sublime epopeya de nuestra Independencia, al hablar de Zaragoza y de aquellos tres decisivos días, dice así:

«La toma de cada edificio exigía un asalto formal. Movidos los zaragozanos por el doble estímulo de la libertad y la religión, se defendían de piso en piso y de aposento en aposento.

»Los frailes recorrían las calles con las armas en la mano animando á unos al combate y obligando á otros á trabajar en las baterías y fortificaciones, haciendo ellos lo mismo con sus propias manos y ocupándose como en el primer sitio en la fabricación de pólvora y cartuchos. Palafox en una de sus proclamas había excitado á las mujeres á imitar el valor y genio marcial de las antiguas amazonas, y respondieron á su llamamiento la mayoría de ellas, obteniendo muchas, que sobresalieron, recompensas y condecoraciones militares. Los franceses distinguieron en las filas de sus enemigos una porción de damas elegantes armadas con fusiles, pistolas ó sables, animando á los oficiales con el poderoso ejemplo de una bravura extraordinaria y acaso con la esperanza de la más grata recompensa que puede ofrecer la beldad á un guerrero valeroso.»

(1) Victoires, conquêtes, desastres, revers et guerres civiles des français de 1795 á 1815. Par une société de militaires et de gens de lettres. Paris, 1820.

Grandiosa y heróica resultaba la resistencia de Zaragoza á los ojos del mundo; pero el mérito de ésta se agrandaba aun mucho más al considerar la situación en que se llevaba á cabo.

Las tres crueles semanas de bloqueo y bombardeo que llevaba, habían hecho que crecieran dentro de ella de un modo alarmante el hambre y las enfermedades.

Las excesiva aglomeración de personas para la que resultaba pequeña la población, favorecía el desarrollo de tan grandes males, y las autoridadades conocían aunque tarde y cuando ya no quedaba remedio, que habían obrado desacertadamente al encerrar dentro de Zaragoza tal número de soldados, pues para la defensa de ésta bastaban el paisanaje y unos catorce mil hombres de tropa de línea. El hambre sobre todo era el enemigo más terrible, pues la carestía de artículos de primera necesidad favorecía el desarrollo de la epidemia.

El pan escaso y de la más inferior condición, la aglomeración de familias y el hacinamiento de cadáveres en las calles, hizo aumentar horriblemente la epidemia que á las tres semanas de sitio causaba ya seiscientas víctimas por día, de modo que muchas veces los héroes que respetaban las balas y las bayonetas francesas, venían á perecer solos y olvidados en cualquier rincón víctimas de la traidora dolencia.

¡Sublime y grandioso aspecto el que presentaba Zaragoza! Una nube de hierro y fuego se cernía contínuamente sobre ella, su suelo se conmovía hasta lo más hondo con el estallido de las minas que abrían los sitiadores, sus calles extremas estaban ocupadas por miles de aguerridos soldados que se arrojaban ciegamente á la bayoneta comprendiendo que era necesario matar ó morir, la epidemia con saña cruel borraba todos los días algunos cientos de sus habitantes del libro de los vivos, se veía abandonada del resto de España, que ni el más pequeño auxilio podia prestarle y á pesar de tantos males y peligros, ni uno solo de los españoles que albergaba pensaba en la rendición ni hacia proposiciones de paz á sus compañeros.

—Defenderé hasta la última tapia, —decía Palafox con aquella energía sublime y el pueblo se entusiasmaba porque tales frases eran el resumen de sus aspiraciones.

La causa nacional perdió en aquellos días uno de sus mejores adalides, cuyo carácter era igual al de Palafox y que por sus conocimientos compartía con éste el honroso título de ser el alma de la defensa. El ingeniero don Antonio San Genís fué muerto en la batería llamada de Palafox, cuando estaba observando los movimientos del enemigo. Tenía cuarenta y tres años, queríanle todos por su valor y patriotismo y era tal la entereza de su carácter, que desde el primer sitio decía siempre en los instantes de peligro:

—Cuando se trate de capitular, que no se me llame á consejo, porque nunca será mi opinión que no podamos defendernos.

Después de los hechos relatados anteriormente, siguieron los combates parciales en las calles, siendo cada vez las víctimas más numerosas en una y otra parte. En la defensa de las Tenerías murieron solamente de españoles mil cuatrocientos y la pérdida de los franceses no sería menor, pues aquellos esforzados aragoneses, solo sabian morir matando. Los conventos de Santa Mónica y San Agustín perdidos por los nuestros en el 31 de Enero y el 1.° de Febrero, enterraron en sus ruinas á muchos de aquellos valientes, pues los franceses convencidos de que siempre saldrían perdiendo en la noble lucha frente á frente, empleaban como única arma las minas de pólvora; pero les costó á éstos tales conquistas la pérdida del general Lacoste que recibió un balazo en las sienes.

A la vista de los traidores medios de que se valían los franceses para avanzar, los nuestros le opusieron otro más extremo, cual fué, incendiar las casas que ya no eran susceptibles de defensa y de este modo pudieron defender el seminario y el convento de Jerusalén haciendo fuego tras una cortina de llamas.

Aquella guerra extraordinaria, acabó por causar honda impresión en los soldados franceses, que no estaban acostumbrados en sus largas campañas á batirse de tal modo. Aquel continuo combatir para poder avanzar un paso, las innumerables bajas que los españoles causaban en sus filas y la tenacidad de tales enemigos, á quienes, como dice un escritor francés, «había que matar para vencer,» acabaron con la paciencia de los soldados franceses que comenzaron á murmurar de los generales que, según sus propias palabras, «los conducían al matadero inútilmente.»

Realmente los soldados de Lannes tenían motivo para quejarse, pues después de tantas semanas de lucha y de tan innumerables bajas en sus filas, todavía no habían logrado llegar al Coso, punto importante por ser la arteria más principal de la ciudad y atravesar ésta de un extremo á otro. El 7 de Febrero se emprendió un lento ataque en combinación con las fuerzas que ocupaban la parte del arrabal para apresurar en lo posible una conquista tan lenta.

El general Gazan que mandaba la parte del ejército situado en las cercanías del arrabal y que hasta entonces había permanecido á la espectativa, emprendió en dicho día el ataque apoderándose después de una lucha de tres horas del convento de Jesús, situado á la derecha del camino de Barcelona, no pudiendo ir más adelante, por la resistencia que le opusieron los nuestros. Al mismo tiempo Lannes quiso avanzar al interior de la ciudad y durante los días 8, 9 y 10, estuvo intentando atravesar el Coso por medio de una doble caponera abierta al

extremo de la calle de Enmedio que ocupaban lo suyos, lo que no pudo lograr después de grandes esfuerzos. Más afortunados los franceses en el Hospital del que lograron apoderarse después de volar dos hornillos, atravesaron la calle de Santa Engracia por una galería, y pudieron llegar cerca del convento de San Francisco, contra el cual prepararon una mina con ¡tres mil libras de pólvora!

La explosión fué tan tremenda como era de esperar. Zaragoza entera se conmovió hasta las entrañas y por algunos instantes cesó el combate, como si sitiados y sitiadores hubieran quedado estupefactos ante tan horroroso estampido. Los franceses se aprovecharon inmediatamente de los efectos de su obra y se lanzaron al edificio que nadie guardaba, pues sus anteriores defensores habían quedado destrozados por la explosión.

Los españoles no podían dejar por mucho tiempo que los franceses estuvieran posesionados de una posición tan importante por tan corta lucha, y durante la noche un grupo de denodados paisanos, mandado por el coronel español Fleury, volvió á la iglesia, subió calladamente al campanario sin que se apercibieran los enemigos, y una vez allí todos los audaces patriotas se dedicaron á agujerear la bóveda del templo y así que tuvieron abiertas algunas troneras, comenzaron á arrojar tal cantidad de bombas de mano y á disparar trabucazos contra los numerosos franceses que, posesionados del templo, descansaban de las fatigas del día, que éstos salieron despavoridos huyendo de la mortífera lluvia que les diezmaba y cuyo origen no podían conocer en la oscuridad y en la confusión propia del momento.

El convento arruinado quedó por los españoles y para recobrarlo Lannes en la mañana siguiente, tuvo que hacer grandes esfuerzos y llevar á la muerte más de un centenar de soldados.

Entre ellos comenzaba á volver á manifestarse el descontento; pero esta vez con caracteres más alarmantes, pues regimientos enteros les decían á sus jefes para que así se lo manifestaran á Lannes, que aquello podía seguir así y «que se aguardasen refuerzos si no se quería que las malhadadas ruinas de Zaragoza fuesen el sepulcro de todos;» y sólo se prestaron á seguir obedeciendo, en vista de las seguridades que sus superiores les dieron de terminar pronto aquella contienda ayudados de las minas y sobre todo de las enfermedades que devoraban la población.

Lannes, para acallar las murmuraciones de los soldados, dispuso un ataque general que precipitara cuanto antes el fin de aquella tragedia interminable.

El día 18, Gazan que ocupaba las afueras del arrabal, rompió el fuego con cincuenta cañones sobre la masa de éste, el puente que lo pone en comunicación con la ciudad y la iglesia del Pilar y en cuanto quedó practica-

ble la brecha abierta en el convento de San Lázaro cercano á dicho puente, una fuerte columna se apoderó de él y de las casas contiguas, con lo cual quedó cortada la retirada á Zaragoza para los que se defendían á la otra parte del río. Aquella conquista fué un tremendo golpe para la defensa de la ciudad.

Los defensores del arrabal al verse cortados, emprendieron la marcha por la orilla del Ebro; pero allí les atacó la numerosa caballería enemiga y muy pocos fueron los que consiguieron librarse de caer prisioneros. Dos mil defensores quedaron en poder del enemigo y lo que era mayor desgracia; la orilla izquierda del río, en la cual establecerían grandes baterías contra aquel frente de la ciudad.

En el mismo día los franceses atravesando con una mina la calle de la Puerta del Sol, volaron dos hornillos practicados debajo de la Universidad y contra este edificio se arrojaron inmediatamente las columnas de ataque logrando apoderarse de casi todo el edificio después de porfiada lucha.

Con estos resultados avanzó un poco más Lannes hacia el interior de la ciudad y pudo preparar lo que él juzgaba el golpe de gracia para apoderarse de aquellas ruinas inexpugnables. Hizo que sus minadores abrieran seis galerías en el Coso desde las casas que en una acera ocupaban sus tropas hasta las de la parte opuesta que defendían los sitiados, y las mandó cargar con ¡veinte mil libras de pólvora! Tan tremenda explosión no hubiera dejado nada en pié en Zaragoza y aun es seguro que sus efectos se hubieran sentido mucho más lejos. La adopción de un medio tan extremo y poco noble, al par que demuestra hasta que punto alcanza el salvajismo y la crueldad de la guerra, hace ver la desesperación que dominaba á los sitiadores y lo imposible que veían la conquista de Zaragoza por los medios naturales de un sitio y sin acudir á tan viles decisiones.

Por fortuna, la imposibilidad en que se vió la capital aragonesa de continuar defendiéndose, impidió la cruel catástrofe con que Lannes quería coronar su conquista.

La situación de Zaragoza en aquellos días no podía ser peor. Cuarenta mil defensores tenía al empezar el sitio, y de éstos ya no le quedaban con las armas en la mano más que unos cuatro mil, pues tenía catorce mil en los hospitales y el resto había perecido en los combates ó víctimas del hambre y la epidemia. Todas las calles de la capital estaban obstruidas por grandes masas que formaban el repugnante amasijo de escombros y cadáveres; en los hospitales no había sitio para los enfermos ó heridos que morían abandonados en cualquier plazuela; nadie apagaba el fuego que se había declarado en varios puntos y que iba trasmitiéndose de casa en casa, y el hambre había llegado á su período álgido, pues ya ni pan malo como en los anteriores días se podía fabricar.

Para que la situación de Zaragoza fuera lo peor posible, la verdadera alma que la había animado en todas las ocasiones supremas, el ínclito Palafox, hacía ya dos días que estaba postrado en el lecho, pues la epidemia reinante le había incluido en el número de sus víctimas, con lo cual la defensa quedó encomendada á una Junta numerosa presidida por el regente de la Audiencia, D. Pedro María Ric, hombre de carácter entero y gran patriotismo.

Dicha Junta, sabiendo la infernal obra que Lannes estaba preparando para acabar con la ciudad, y conociendo lo imposible que era prolongar la defensa de ésta, puso á discusión el si debía rendirse ó no, votando una gran mayoría favorablemente, y ocho individuos entre los que se contaba el presidente Ric, en contra de la capitulación, á pesar de que no se esperaraban socorros de ninguna parte.

Conforme al acuerdo tomado por la Junta, se envió una comisión al cuartel general de Lannes presidida por Ric y que era portadora de unas condiciones de capitulación casi iguales á las que el mismo mariscal había propuesto á Palafox algún tiempo antes.

Recibió Lannes á los comisionados con agrio gesto y descompuestos ademanes, echándoles en cara su larga resistencia, como si fuera un grave delito el defender la libertad propia y la independencia de la patria; pero el mariscal francés, en vista de que aquellos aragoneses no se amilanaban ante sus vociferaciones, cambió de tono, y con el acento del que hace una gran de concesión, dijo á los parlamentarios:

—Ríndase la ciudad y se respetarán las mujeres y los niños con lo que queda el asunto concluido.

—Ni aun empezado queda,—contestó con energía el firme D. Pedro Ric.—Eso que usted propone, señor mariscal, sería entregarnos sin condición á merced del enemigo y Zaragoza todavía tiene para defenderse hasta morir, armas, municiones, y sobre todo... puños.

Lannes que tenía motivos para conocer hasta dónde podían llegar los zaragozanos en un caso extremo y más si estaban movidos por el despecho y la desesperación, amansóse ante las enérgicas palabras de Ric y comenzó á dictar la capitulación en la que no pudo lograr el enérgico Regente de la Audiencia que se insertaran algunas cláusulas que deseaban. Sin embargo, instado Lannes por él, á que consignara en el tratado que Palafox quedaría libre pudiendo dirigirse á donde tuviera por conveniente, el mariscal contestó que no podía acceder á ello porque nunca un individuo podía ser objeto de una capitulación; pero que el empeñaba su palabra de honor de que dejaría salir libre de Zaragoza no sólo á Palafox si no á todos lo que quisieran. Pronto veremos de qué manera cumplía su palabra de honor un mariscal del Imperio.

La Junta de defensa admitió y firmó la capitulación del día 20, y pronto pudo ver que todo lo consignado en

en ella era letra muerta, pues apenas se posesionaron los franceses de la ciudad heróica, en aquella misma noche comenzaron á robar y saquear, coronando tan repugnante conducta con la cobarde hazaña de encaminarse una soldadesca ebria al domicilio de Palafox que en aquellos instantes estaba en el período álgido de su dolencia, y con el conocimiento totalmente perdido.

Aquellos miserables indignos del título de soldados de una nación civilizada, rodearon la cama donde yacía el héroe moribundo, turbaron su dolor con groseros insultos y acciones aun más deshonrosas, y sin consideración á su estado lo arrancaron del lecho y apenas recobró los sentidos, lo condujeron prisionero á Francia encerrándolo en la fortaleza de Vincennes, de donde no pudo salir hasta la caída de Napoleón en 1814.

Acción cobarde é indigna fué la de aquellos soldados, y que contrastaba con el heroismo de Palafox llevado al último extremo, pues aquéllos encontraron al pié de su cama un cajón de pólvora y al lado una mecha encendida.

Cuando ya el caudillo aragonés comenzaba á restablecerse un tanto de su enfermedad, preguntóle con qué fin tenía dichos objetos en su alcoba, á lo que contestó éste con la firmeza que le era propia:

—Para no verme en el extremo de capitular.

Gran suerte tuvo aquella soldadesca cobarde que insultó al león moribundo en encontrarle en tan triste situación, pues es seguro que á tener Palafox despejada la inteligencia, hubiera puesto fuego á su pólvora muriendo contento con tal de no capitular, y de responder dignamente á los miserables que le insultaban.

Sin embargo, los franceses al penetrar en Zaragoza á pesar del odio que la profesaban, no cometieron tantos desmanes y crueldades como en otros puntos, y es porque, como manifiestan algunos de los suyos, sentían miedo y respeto á aquellas ruinas de las que al fin se veían señores, pero que á tantos de los suyos habían devorado.

Unicamente los generales del ejército victorioso se deshonraron con un doble asesinato y un robo indigno de gentes que figuraban como caudillos de un gran pueblo.

Tres días después de la capitulación, el escolapio D. Basilio Boggiero, antiguo preceptor de Palafox, á quien éste profesaba un cariño filial, pues era su consejero en todos los asuntos y de quien recibía las inspiraciones, lo mismo para redactar sus inmortales proclamas y contestaciones al enemigo que para realizar los actos más heroicos, fué sorprendido durante el sueño en la habitación que ocupaba en casa de su ex-discípulo por un piquete de franceses que se lo llevó preso, cogiendo al paso al presbítero D. Santiago Sás, el heroico cura de la parroquia de San Pablo que tantos servicios

había prestado á la patria al frente de sus audaces escopeteros. Ambos fueron llevados al puente de piedra, donde de repente y procurando no hacer ruido se arrojaron sobre ellos sus guardianes, matándoles á bayonetazos y tirando después sus cadáveres al río.

En aquel bárbaro suplicio no se oyó proferir á las víctimas ni un solo grito de debilidad; antes bien, los dos esforzados patriotas se animaron mútuamente con levantadas frases á recibir aquella muerte que sellaba de un modo sublime la historia de sus sacrificios por la patria, quedando admirado de tanta serenidad y heroismo el oficial francés que mandaba el piquete, y que después relató á muchos el hecho, añadiendo que el mariscal Lannes le había encargado que los matara sin hacer ruido.

Sin duda á este mariscal del Imperio y á sus compañeros los demás generales, parecióles que su triunfo sobre Zaragoza quedaría incompleto si tras de convertirse en asesinos no procedían como ladrones, y extrajeron del joyero de la Virgen del Pilar las más ricas alhajas que ellos mismos se adjudicaron á título de regalos que les hacía Zaragoza, la cual únicamente podría estar agradecida á su alevosía y barbarie.

Justo es consignar que el mariscal Mortier, muy semejante á Moncey por su honradez y caballerosidad, no quiso aceptar la valiosa joya que le tocó en el reparto, celoso sin duda de la honra de su profesión y no queriendo que un guerrero se confundiera con un bandido; pero no por esto volvió la alhaja rehusada al tesoro, pues á sus rapaces compañeros les vino muy bien para engrosar su botín aquel noble rasgo.

La tenaz defensa de Zaragoza no solo produjo entusiasmo en toda España y admiración profunda á Europa entera, en la que no había una sola ciudad que hubiera ni con mucho pensado en oponer tal resistencia al tirano universal, sino que la misma Francia se sintió poseída de inmenso respeto ante aquel enemigo que había caído tan gloriosamente, más por los invencibles ataques de la naturaleza que por los del adversario.

Ningún escritor español podrá hacer mayores elogios de Zaragoza que los autores franceses, y éstos son los que han consignado más cuidadosamente los detalles de aquella lucha casi sin ejemplo en la historia.

Entre ellos hay quien cuenta que un anciano respetable, cuando la lucha era mayor en el arrabal, se adelantó hasta llegar á cincuenta pasos de las tropas que mandaba el general Gazan, y desde allí conjuró á los soldados franceses á que abandonasen el suelo español; y cuando éstos repuestos de la sorpresa comenzaron á hacerle fuego, se retiró tranquilo y pausadamente á reunirse con los suyos, sin que le hicieran apresurar el paso los centenares de balas que pasaban silbando junto á su cabeza.

El barón de Rogniat ya antes cita-

do, dice lleno de admiración al relatar un hecho singular de aquella inmortal defensa, que en una torre aislada y sin salida fué tal el heroismo de los que la guarnecían, que, después que casi toda ella fué reducida á ruinas por las bombas francesas, se refugiaron en los sótanos y en aquella oscuridad estuvieron batiéndose, mientras quedó uno, con los lanceros polacos, que eran los soldados de Napoleón que más se distinguían por su fiero valor.

Nadie ha encerrado la grandiosidad de aquella defensa en menos palabras ni ha pintado mejor el heroismo tenaz de los aragoneses que el escritor francés que dijo así:

«En Zaragoza cada casa, cada edificio costaba á los nuestros tres ataques formales: uno para aproximarse, otro (el asalto) para posesionarse del interior, y otro, que era siempre el más obstinado y difícil, para establecerse en las ruinas.»

Los autores de la misma procedencia hacen la exacta descripción del heroismo de Zaragoza, pintando de este modo el aspecto que tenía al penetrar en ella el ejército imperial. «La ciudad entera presentaba un horrible espectáculo: las casas, acribilladas por las balas de cañón, despedazadas por las bombas, abiertas por las explosiones de minas y otras todavía humeantes; cadáveres corrompidos sembrados por las calles, embarazando sótanos y escaleras ó medio sepultados en las ruinas; las calles barreadas con los escombros y los traveses; el desaseo, la infección del aire, la miseria, el hacinamiento de más de cien mil individuos en una población que no contenía ordinariamente sino cuarenta y cinco mil; las privaciones consiguientes á un largo sitio... todas estas plagas habían producido una epidemia horrorosa que consumía en aquella sazón lo que había perdonado la guerra. Por entre las ruinas y los cadáveres que llenaban las calles, veíanse discurrir errantes algunos moradores, pálidos, descarnados, próximos á seguir bien pronto á los que por falta de fuerzas no habían podido enterrar. No parecía sino que los franceses habían disputado con los españoles la triste posesión de un cementerio.»

Efectivamente, un cementerio rebosante de cadáveres era Zaragoza cuando en ella penetraron los franceses. Calcúlase que en los dos memorables sitios perecieron cincuenta y tres mil ochocientas setenta y tres personas y de tan espantosa cifra corresponde al segundo la mayor cantidad, pues en él á los estragos de la guerra se unieron los de las enfermedades. Al ajustarse la capitulación había en Zaragoza veintiseis mil personas gravemente enfermas y morían diariamente más de setecientas.

En cuanto á los franceses, sus pérdidas no fueron menores, pues á pesar de no sufrir los estragos de la epidemia, tuvieron de once á doce mil bajas en sus filas, producidas por el hierro y el plomo de los zaragozanos.

La invicta capital aragonesa, fué pues el gran sepulcro de españoles y franceses.

Con aquella sublime epopeya, nuestra patria demostró que era todavía la nación de Sagunto, de Astapa y de Numancia, y toda Europa la miró con envidia como apeteciendo para sus hijos aquel heroísmo tenaz, y hasta el mismo Napoleón fué el primero en admirar tanta grandeza, pues poco tiempo después, en 1814, cuando veía próxima su ruina y el territorio de Francia invadido por las potencias coaligadas, recomendaba á todas sus ciudades que para resistir al enemigo se inspirasen en el grandioso ejemplo de Zaragoza; pero sus excitaciones, dicho sea de paso, resultaron vanas, porque los pueblos sólo llegan al heroismo defendiendo su independencia y su libertad y nunca lidiando por hombres é instituciones.

Los restos de la guarnición de la heroica Zaragoza en virtud de la capitulación, quedaron prisioneros de guerra y fueron conducidos á Francia, siendo tal la barbarie que sus guardianes desplegaron en el camino, que algunos soldados españoles fueron fusilados porque al estar enfermos no podían seguir la marcha del convoy en toda su rapidez.

A pesar de la vigilancia de los franceses, muchos consiguieron fugarse y entre éstos los hubo que después inmortalizaron su nombre con hazañas en favor de la causa patriótica que ya tendremos ocasión de narrar.

En tanto que con tan sublimes actos asombraba Zaragoza al mundo, ocurrían otros hechos importantes en España.

José, como ya dijimos entró en Madrid otra vez con aparato real, si bien todas las demostraciones de adhesión de que fué objeto resultaron falsas y de gran frialdad en el fondo. Aquel rey, destinado á sufrir los desaires de un pueblo que le odiaba, hizo cuanto pudo y supo para captarse un afecto que jamás debía poseer y llevado de tales miras llegó hasta hacer que en el día de su entrada en Madrid se levantara un dosel en la iglesia de San Isidro, desde donde dirigió la voz al pueblo haciendo las más rotundas afirmaciones de su amor y afecto á la nación española y diciendo que no había aceptado por segunda vez la corona de España sino á condición de mantener pura y única la religión católica, la independencia de la monarquía y las libertades públicas, manifestaciones que creyó suficientes para ser querido y respetado por todos sus súbditos.

Tiempo es ya de que hagamos el retrato de este hombre que tanto debe figurar en el período de nuestra guerra de la Independencia y el cual resulta tan simpático por su carácter como digno de lástima por la ridícula y desairada posición en que ante un pueblo vino á colocarle su omnipotente hermano.

José, en España, fué víctima de innumerables calumnias de parte de

aquel pueblo entusiasmado que, no contento con destrozar á los enemigos de su libertad en los campos de batalla, los hería con las armas de la injuria y el ridículo.

En épocas normales, José hubiera sido un rey más digno de gobernar nuestro pueblo que el simple Carlos IV ó el cruel Fernando VII; pero en aquellas azarosas circunstancias en que la nación española con el pretexto de luchar por una cuestión dinástica batallaba por su libertad é independencia, no podían ser reconocidas sus facultades de gobernante y hombre de sentimientos liberales nada propenso á la tiranía.

Había nacido en Córcega en 1768 y dedicado al comercio en Marsella donde había contraído matrimonio con la hija de un negociante de los más acaudalados, se vió pronto arrastrado por el rápido encumbramiento de su hermano Napoleón y envuelto en aquel torbellino de agitación y de gloria que le arrancó de sus pacíficas y habituales ocupaciones. Su hermano, que le quería con más preferencia que á los demás individuos de su familia tal vez porque su carácter inquieto y ardiente gozaba en comunicarse con el de José, dulce y tranquilo, tomó con empeño su elevación, y después de hacerle desempeñar cargos administrativos de gran importancia, le dió la corona de Nápoles que como ya vimos le quitó pronto para entregarle la de España.

En nuestra patria fué más desgraciado que ningún francés, y además su dignidad padeció de un modo terrible, porque hombre de paz y completamente nulo en materias militares, en aquella situación de perpetua guerra desempeñó, á pesar de su alta dignidad, un papel insignificante y se vió precisado á marchar á remolque del último general de Napoleón.

La suavidad de su condición, la instrucción que poseía, lo agraciado de su rostro y la atención y delicadeza de sus modales es seguro que le hubieran atraído las simpatías del pueblo español si éste no se encontrara soliviantado justamente y dispuesto á mirar con malos ojos todo lo que viniera de parte de Napoleón.

Esto dió lugar á las inexplicables calumnias de que antes hablábamos. José era aficionado á los placeres de la mesa con cierta mesura, y esto bastó para que los españoles le tacharan de glotón y sobre todo de borracho; como era algo miope, necesitaba del auxilio de un lente para mirar, y tal defecto fué suficiente para que los mismos vecinos de Madrid que le veían con frecuencia, le tuvieran por tuerto.

La locuacidad fácil y florida que le dominaba fué también gran causa de su ridículo; pues dejándose llevar de su afición á pronunciar discursos, hablaba en público, y no conociendo bien nuestro idioma, á su castellano pronunciado desastrosamente en un acento extranjero, unía palabras francesas é italianas, todo lo cual hacía reir grandemente á nuestro pueblo, tan dis-

puesto á la burla, y hacía que en los teatros se le presentara en ridículos apropósitos y farsas, bajo las formas más grotescas y diciendo barbaridades estupendas.

José, á cuyo buen sentido y observación se le escapaban pocas cosas, no se hacía ilusiones sobre los sentimientos que la nación le profesaba; y á pesar de las lisonjas de sus cortesanos y de las halagadoras representaciones que le hacían los obispos y los grandes, conocía verdaderamente cual era su situación y que eran muy pocos los españoles que le profesaban un respeto sincero.

Cuando seguido de regio cortejo atravesaba las calles de Madrid en las ceremonias oficiales, veía un pueblo que le contemplaba silencioso y únicamente oía los vítores de gente pagada; pero cuando de incógnito y en circunstancias especiales tenía ocasión de escuchar las conversaciones de sus súbditos, se convencía de que no estaba engañado al considerarse objeto de odio é impopularidad.

Hasta en su mismo palacio, muchas veces entre el elogio cortesano y la adulación pagada, se abría paso la ruda verdad que venía á herir sus oídos demostrándole cual era la opinión general de su pueblo.

Un día, el Corregidor de Madrid D. Dámaso de la Torre, que era de los más entusiastas afrancesados, se presentó en la cámara real acompañado de un hijo suyo de unos siete años, que deseaba presentar al rey José vestido con el uniforme de la guardia Cívica que éste acababa de crear, proponiéndose sin duda con esto el buen padre congraciarse más con el Soberano y abrir á su descendiente las puertas del favor real.

José, que llevado de su carácter sencillo y bondadoso adoraba la infancia, hizo mil caricias al pequeñuelo cuyo desparpajo y frescura le agradó en extremo y después de elogiar su trajecillo militar, sonriéndose y cogiendo su espadita dijo en su lenguaje franco-hispano italiano:

—*¡Oh bravo, bravo enfant! ¿E per qué tienes tú qüesta spada?*

—Para matar franceses,—contestó con resolución el muchacho echándolas de hombrecillo.

José sonrió amargamente y el Corregidor turbado y balbuciente queriendo remediar la indiscreción de su hijo acabó de hacer más difícil la situación, pues se apresuró á decir:

—Señor, perdone V. M. á mi hijo: cosas de chicos; lo que oye á los criados y por ahí...

Pero el Corregidor se detuvo porque comprendió que estaba remachando el clavo.

Anécdotas como esta tuvo muchas el corto y triste reinado de José. La situación de aquel hombre no podía ser más desgraciada y deslucida y aun contribuían á empeorar las exigencias y los desdenes de su hermano. Y sin embargo aquél rey era de un carácter tal y causaba tan buena impresión en cuantos le trataban, que

no había español que se avistara con él de los que sentían simpatías por la causa de la patria y mantenían secreta comunicación con sus defensores, que no saliera del palacio diciendo:—«Seguramente este hombre es bueno y honrado. ¡Lástima que se llame Bonaparte!»

José, convencido de que para lograr una pequeña parte del afecto de aquel pueblo era necesario que trabajara mucho en su favor y que introdujera útiles innovaciones, se dedicó á estudiar las necesidades de la nación y cuales eran los abusos que la empobrecían y degradaban, y dió algunas disposiciones que no porque dejaran de producir éxito, deben ser consideradas como malas.

Con el título de Comisarios Regios, envió á las provincias unos delegados para que en su representación regularizaran la administración local desordenada á causa de la guerra y recomendaran al pueblo el respeto á la ley y al régimen establecido; misiones que no surtieron efecto, pues los tales enviados fueron desatendidos por los generales que mandaban los ejércitos de ocupación.

Más adelante nombró también comisarios de Hacienda para arreglar la cuestión de los tributos é impedir que el elemento militar impusiera contribuciones extraordinarias á los territorios sometidos, pero esta reforma, por los azares de la guerra y más todavía por lo arraigados que estaban ciertos abusos, no surtió efecto alguno.

Uno de los deseos más fervientes de José para tener más carácter de rey de España era crear tropas nacionales y no tener que llevar sus servicios personales de guardias, escoltas, etc, con los soldados del emperador. Con los desertores y los separados de nuestros ejércitos por las últimas derrotas, intentó formar un cuerpo de tropa cuyos individuos fueron pronto conocidos por el pueblo con el título de *Jurados;* pero como aquellos soldados españoles se veían siempre escarnecidos é insultados á todas horas por sus compatriotas que con justicia los apellidaban traidores, su deserción de las filas de la patria era sólo temporal, pues así que el gobierno intruso los armaba y equipaba y se veían repuestos de las anteriores fatigas, lo mismo los oficiales que los individuos, se escapaban de Madrid y volvían otra vez á los ejércitos nacionales.

Esta continua deserción, á la que contribuían con sus ocultas instigaciones muchos patriotas madrileños, fué causa de que José en los primeros tiempos no lograra reunir ni con mucho un regimiento de soldados españoles.

Aquella guerra sorda de que el rey intruso era objeto en Madrid llegó á irritarle, y guiado por el consejo de sus allegados intentó lograr por el terror lo que no podía alcanzar con la bondad y la persuasión.

En 16 de Abril creó una Junta criminal compuesta de seis Alcaldes de corte á la cual debían ser someti-

dos para recibir el castigo de horca lo mismo los ladrones y asesinos, que los *revoltosos, sediciosos y esparcidores de malas noticias*; calificaciones en las que quedaban incluidos todos los que no estuvieran firmemente adheridos á la causa de la usurpación.

Disposición era aquella tan bárbara como cruel, pues ponía al mismo nivel y hacía sufrir igualmente al patriota fogoso é imprudente que llevado de su irreflexión hiciera públicamente la apología de su causa, que al más abyecto criminal, pues tanto uno como otro iban por tal ley á la horca. Lo más censurable es que aquella arbitraria disposición del gobierno intruso no se limitó á una simple amenaza, pues á los pocos días un anciano y respetable abogado de Madrid, que tenía un hijo sirviendo en el ejército nacional, sufrió la desgracia de que la policía bonapartista sorprendiera una carta que éste le enviaba dándole cuenta de su vida y de las operaciones militares en que tomaba parte, cuyo *enorme delito* pagó el infeliz padre con la existencia, pues fué ahorcado inmediatamente.

Este hecho tan brutal y que bien puede asegurarse no tenía precedentes en la historia, y otros muchos tan arbitrarios que cometieron las autoridades intrusas, influyeron en beneficio de la Junta central, que como institución rival de la que tales desmanes cometía iba adquiriendo cada vez mayor prestigio y era mirada con más simpatía por los españoles, hasta el punto de que en las provincias que más esclavizadas estaban por la ocupación francesa se procurara en secreto cumplir sus disposiciones.

Los desaciertos que de continuo cometía la Central quedaban oscurecidos al lado de su firme españolismo, y á pesar de que muchos consideraban como improcedentes todas las medidas que dictaba desde Sevilla, las acataban y obedecían inmediatamente no queriendo amenguar la autoridad del organismo que representaba el glorioso movimiento nacional.

El 1.° de Enero, dicho gobierno que, como ya dijimos, miraba con malos ojos las juntas de provincia y poco á poco trabajaba para su disolución, con excusa de dar más unidad á las operaciones de la guerra que tan felices habían resultado en las manos de aquéllas como desgraciadas al quedar sometidas á su dirección única y centralizadora, las despojó de todas las facultades que antes tenían como organismos soberanos en sus respectivas regiones y hasta las cambió el título de Juntas supremas de provincias por el de *Juntas superiores provinciales de observación y defensa*.

Si grande irritación causaban en las regiones tales órdenes de la Central, no era menor la que sentían contra ella los hombres ilustrados que comprendían que en aquella lucha para conseguir el triunfo no sólo había que invocar el santo principio de la independencia nacional, sino también el de la regeneración política, al ver

que, á pesar de lo azaroso de las circunstancias y de la necesidad que existía de dejar libre el pensamiento para acrecentar de este modo el entusiasmo, seguía todavía en pié la irritante ley por la que se prohibía la libertad de imprenta.

Los pocos individuos de la Central que seguían las inspiraciones de Calvo de Rozas y eran por tanto, amigos de reformas, hicieron cuanto pudieron porque desapareciera aquella tiranía á que se deseaba someter el pensamiento; pero el resto de la corporación, llevado de su espíritu reaccionario y su ranciedad de ideas, se opuso siempre á acceder á tales pretensiones.

Con este apego á la tradición se exponía la Central á grandes males, pues los hombres que con más actividad, valor y celo fomentaban el movimiento nacional en todas partes, eran partidarios de la regeneración política de España, y fué verdaderamente prodigioso que éstos tuvieran suficiente grandeza de alma y amor á su patria para que no sintiendo desilusión se retiraran á la vida pacífica dejando de servir á un gobierno que, aunque legítimo y nacional, tal desvío mostraba por reformas no sólo saludables, sino exigidas con imperio por las circunstancias.

Otro desacierto aun mayor cometió la Central, llevada de su empeño en copiar de los enemigos todo aquello que suponía abuso de autoridad y de fuerza. Como si estuviera rodeada de españoles enemigos y no descansara en la simpatía de sus gobernados y tuviera que defenderse á viva fuerza de tremendos adversarios, creó un Tribunal de Seguridad Pública, organismo que en su constitución tenía algo de inquisitorial y que todas sus decisiones y sentencias las llevaban á cabo en el más absoluto secreto.

Las personas que formaron dicho tribunal ejercieron sus funciones con bastante moderación, pero llegó un día en que hizo ahorcar en secreto y exhibir al público los cadáveres de dos conspiradores afrancesados que se dirigían á América con cartas de Carlos IV y Fernando VII para insurreccionar nuestras colonias contra España.

Las tales cartas fueron declaradas falsas por la buena fe y la candidez monárquica de aquellos hombres que suponían á sus reyes modelos de honradez y bondad, y ninguna luz ha venido posteriormente á aclarar el misterio del proceso; pero tratándose de los miserables histriones con corona que en Bayona deshonraron nuestra patria, cabe dudar sobre la apocrifidad de tales documentos, pues más censurables é infames suscribieron todavía aquellas regias plumas. De todos modos, el Tribunal de Seguridad no se extralimitó en sus funciones al castigar á los dos perturbadores, y únicamente su conducta resultó improcedente al ejecutar en el misterio lo que podía haber hecho á la luz del día y con conocimiento de toda la nación.

Llevada del afán de imitar á José en todas las manifestaciones de soberanía, envió también comisarios al seno de las juntas de provincia; pero esta medida sólo sirvió para hacer mayor la indignación de las juntas y para provocar alborotos populares como el ocurrido en Cádiz, del que ya hablaremos más adelante, y en el que estuvo próximo á perder la vida el comisario de la Central, marqués de Villel.

Formaba contraste con los desaciertos que cometía el gobierno de España la simpatía y el respeto con que era acogido fuera de la península.

A principios de 1809 la causa patriótica, á pesar de los recientes descalabros, estaba en una situación lisonjera, pues en todo el mundo latían corazones ansiando su triunfo. Ya dijimos como las naciones de Europa habían acogido nuestro glorioso levantamiento. En cuanto á las posesiones españolas de Africa y América, todas unánimemente contestaron al grito de independencia lanzado por la metrópoli, y ya que no podían con la sangre de sus hijos contribuir á la continuación de la patriótica empresa, la auxiliaron con cuantiosos donativos, producto de suscripciones espontáneas en las que tomaron parte todas las clases sociales.

Durante dicho año nuestras posesiones enviaron al gobierno nacional doscientos ochenta y cuatro millones de reales, donativos particulares que fueron de gran estima no sólo porque demostraron á los ojos de Europa el interés que aquéllas se tomaban por la suerte de la metrópoli, sino porque llegaron en momentos de verdadera escasez y apuro para el erario público que no sabía de dónde sacar fondos para continuar la guerra.

El gobierno español, agradecido, correspondió á tal desprendimiento declarando á las colonias parte integrante de la nación, y llamando á su seno, como vocales de la Central, representantes nombrados indirectamente por sus ayuntamientos, decreto que fué sin disputa el más atrevido de dicha corporación y tal vez el más meritorio, pues con él se intentaba borrar, aunque ya fuera tarde, aquellas diferencias tiránicas que los gobiernos anteriores habían establecido sobre ellas.

Dicho decreto publicado el 22 de Enero fué entonces objeto de aplausos y posteriormente de grandes censuras, pues le tacharon de haber sido el despertador de los sentimientos de independencia en nuestras antiguas posesiones de América, como si no fuera en la historia ley fatal que así como los hijos al llegar á cierta edad se emancipan del poder del padre, las colonias se libertan de la autoridad de la metrópoli cuando llegan á un grado igual ó superior de civilización. Además, independientemente de esta ley jamás desmentida, la despótica autoridad y la opresión sin trabas que la monarquía española venía ejerciendo por tres siglos sobre aquellas hermosas regiones de América, eran suficientes para que el sentimiento de

independencia y el deseo de libertad no estuvieran dormidos ni necesitaran que los despertara un decreto favorable á su dignidad y que en parte venía á interpretar aunque tarde sus anteriores aspiraciones.

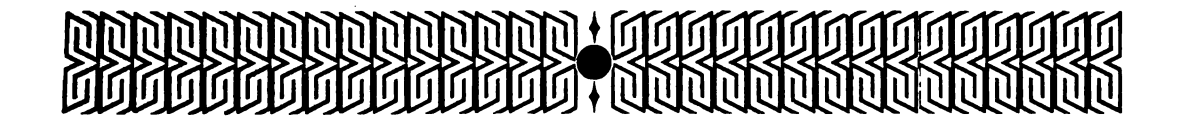
A principios también de 1809 se ajustó solemnemente el tratado de paz y alianza entre España é Inglaterra. Concluyóse en Londres el 9 de Enero y en él se obligó la Gran Bretaña á no reconocer por rey de España sino á Fernando, á sus sucesores ó al que la nación proclamase, y á socorrer las necesidades de la guerra con hombres y dinero. La Junta central se comprometió por su parte á no entrar en arreglos con Francia cediéndole parte alguna de sus dominios, y ambas naciones á no ajustar tratados con el enemigo sin mútua aprobación.

Además púsose al tratado un artículo adicional por el que el gobierno inglés recababa para su nación algunas ventajas comerciales, con las cuales se cobraba los servicios que estaba prestando á España y que no eran tan grandes hasta entonces como se quería suponer, pues todo su auxilio militar había consistido en la desgraciada, por no decir vergonzosa, expedición de Moore, y de pecuniario en poco más de ochenta millones de reales repartidos en los envíos dirigidos primeramente á las juntas regionales y después á la Central.

Como varios escritores extranjeros, y especialmente los franceses llevados de su orgullo nacional, han pretendido desvirtuar nuestro glorioso principio de revolución exagerando hasta un límite inconcebible los auxilios que nos prestó Inglaterra, conviene hacer constar siempre hasta dónde llegaron éstos.

No por esto hemos de aminorar la importancia de los socorros que nos dió aquella nación entonces aliada.

Es cierto que los ingleses, llevados del entusiasmo en los primeros instantes de nuestro alzamiento, nos prestaron su auxilio sin condiciones; pero luego se acordaron de que eran hijos de la Gran Bretaña y por no desmentir su carácter supieron cobrarse bien los intereses.



CAPITULO IX

1809

Alboroto en Cádiz.—El guardián de Capuchinos.—La guerra en Cataluña.—Conducta militar de Reding.—Vuelve á la guerra en gran escala.—Derrota de Valls.—Muerte de Reding.—Trabajos de los somatenes.—Enérgica actitud de las autoridades civiles de Barcelona.—Los ejércitos de la Mancha y Extremadura.—El duque de Alburquerque.—Derrota que sufre Cartaojal.—Imprevisión de Cuesta.—Derrota de Medellín.—Acertada conducta de la Central.—Detención de Víctor.—Intentos de José para convenirse con la Central.—Fracaso de las negociaciones.—Declara la guerra Austria á Napoleón.—La guerra en Portugal.—Las guerrillas de Galicia.—Conquistas de Soult en Portugal.—Se apodera de Oporto.—Su apurada situación.—Intenta hacerse rey.—Conspiración republicana de los *Filadelfos*.—Emprende Wellington las operaciones—Derrota y retirada de Soult.—Penalidades que sufren los franceses.—Su entrada en Galicia.—El ejército francés en Extremadura.—Romana en Asturias.—Toma de Villafranca.—Desaciertos de Romana.—Parodia del 18 de Brumario.—Entra Ney en Oviedo.—Derrota Maley á los franceses.—Se apoderan las guerrillas de Vigo.—Su fracaso en Tuy.—D. Martín de la Carrera.—Derrota á los franceses en el campo de la Estrella.—La guerra organizada y la popular.

En el mes de Febrero la ciudad de Cádiz se alborotó por un suceso en realidad de poca importancia, pero que desmostró la susceptibilidad y alarma de que en aquella época se hallaban poseídos los españoles.

La medida adoptada por la Central de enviar comisarios con plenos poderes á varios puntos de la península, produjo, como ya dijimos, un motín en Cádiz de que pronto hablaremos, pues antes debemos reseñar un intento del del gobierno inglés sobre dicha plaza, que si bien tomó por pretexto el deseo de atender mejor á nuestra causa y hacer más fructífera su intervención, siempre parecerá sospechoso si se atiende á los procedimientos especiales que en su afán de rapacidad ha usado siempre la nación que se apoderó de nuestro Gibraltar.

Cuando los ejércitos españoles iban

independencia y el deseo de libertad no estuvieran dormidos ni necesitaran que los despertara un decreto favorable á su dignidad y que en parte venía á interpretar aunque tarde sus anteriores aspiraciones.

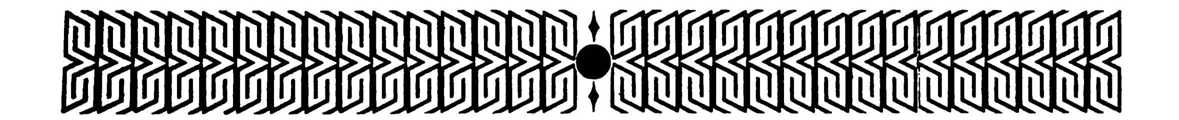
A principios también de 1809 se ajustó solemnemente el tratado de paz y alianza entre España é Inglaterra. Concluyóse en Londres el 9 de Enero y en él se obligó la Gran Bretaña á no reconocer por rey de España sino á Fernando, á sus sucesores ó al que la nación proclamase, y á socorrer las necesidades de la guerra con hombres y dinero. La Junta central se comprometió por su parte á no entrar en arreglos con Francia cediéndole parte alguna de sus dominios, y ambas naciones á no ajustar tratados con el enemigo sin mútua aprobación.

Además púsose al tratado un artículo adicional por el que el gobierno inglés recababa para su nación algunas ventajas comerciales, con las cuales se cobraba los servicios que estaba prestando á España y que no eran tan grandes hasta entonces como se quería suponer, pues todo su auxilio militar había consistido en la desgraciada, por no decir vergonzosa, expedición de Moore, y de pecuniario en poco más de ochenta millones de reales repartidos en los envíos dirigidos primeramente á las juntas regionales y después á la Central.

Como varios escritores extranjeros, y especialmente los franceses llevados de su orgullo nacional, han pretendido desvirtuar nuestro glorioso principio de revolución exagerando hasta un límite inconcebible los auxilios que nos prestó Inglaterra, conviene hacer constar siempre hasta dónde llegaron éstos.

No por esto hemos de aminorar la importancia de los socorros que nos dió aquella nación entonces aliada.

Es cierto que los ingleses, llevados del entusiasmo en los primeros instantes de nuestro alzamiento, nos prestaron su auxilio sin condiciones; pero luego se acordaron de que eran hijos de la Gran Bretaña y por no desmentir su carácter supieron cobrarse bien los intereses.



CAPITULO IX

1809

Alboroto en Cádiz.—El guardián de Capuchinos.—La guerra en Cataluña.—Conducta militar de Reding.—Vuelve á la guerra en gran escala.—Derrota de Valls.—Muerte de Reding.—Trabajos de los somatenes.—Enérgica actitud de las autoridades civiles de Barcelona.—Los ejércitos de la Mancha y Extremadura.—El duque de Alburquerque.—Derrota que sufre Cartaojal.—Imprevisión de Cuesta.—Derrota de Medellín.—Acertada conducta de la Central.—Detención de Víctor.—Intentos de José para convenirse con la Central.—Fracaso de las negociaciones.—Declara la guerra Austria á Napoleón.—La guerra en Portugal.—Las guerrillas de Galicia.—Conquistas de Soult en Portugal.—Se apodera de Oporto.—Su apurada situación.—Intenta hacerse rey.—Conspiración republicana de los *Filadelfos*.—Emprende Wellington las operaciones—Derrota y retirada de Soult.—Penalidades que sufren los franceses.—Su entrada en Galicia.—El ejército francés en Extremadura.—Romana en Asturias.—Toma de Villafranca.—Desaciertos de Romana.—Parodia del 18 de Brumario.—Entra Ney en Oviedo.—Derrota Maley á los franceses.—Se apoderan las guerrillas de Vigo.—Su fracaso en Tuy.—D. Martín de la Carrera.—Derrota á los franceses en el campo de la Estrella.—La guerra organizada y la popular.

En el mes de Febrero la ciudad de Cádiz se alborotó por un suceso en realidad de poca importancia, pero que desmostró la susceptibilidad y alarma de que en aquella época se hallaban poseídos los españoles.

La medida adoptada por la Central de enviar comisarios con plenos poderes á varios puntos de la península, produjo, como ya dijimos, un motín en Cádiz de que pronto hablaremos, pues antes debemos reseñar un intento del del gobierno inglés sobre dicha plaza, que si bien tomó por pretexto el deseo de atender mejor á nuestra causa y hacer más fructífera su intervención, siempre parecerá sospechoso si se atiende á los procedimientos especiales que en su afán de rapacidad ha usado siempre la nación que se apoderó de nuestro Gibraltar.

Cuando los ejércitos españoles iban

completa anarquía, pues el gobernador D. Félix Torres, viendo su autoridad desconocida, presentó la dimisión y entonces apoyándose en el prestigio de la popularidad, se constituyó un poder que al ser conocido hoy no puede menos de producir una carcajada y que entonces produjo un hecho curioso.

A los pocos días de haber ocurrido el alboroto, llegó á la bahía de Cádiz el valiente marino D. Cayetano Valdés, el cual venía todavía convaleciente de la herida recibida en la desgraciada batalla de Espinosa de los Monteros al lado del infortunado Acebedo.

Apenas los bateleros del puerto subieron al navío en que iba Valdés á ofrecer sus servicios, preguntó éste á uno de ellos, ¿quién era el gobernador de Cádiz?

—El guardián de Capuchinos;—le contestó.

Creyó Valdés ser aquella contestación alguno de los dichetes que estaban en moda á temporadas entre la gente de playa, é hizo igual pregunta á los demás; pero al ver que todos contestaban lo mismo, se imaginó ser objeto de alguna broma de mal género, por lo que llevado de su carácter poco sufrido, se dispuso á castigar á los que creía insolentes, teniendo que detenerse ante las claras explicaciones de éstos.

Efectivamente, el guardián de Capuchinos era el gobernador de Cádiz, pues éste había dado la autoridad suprema á un fraile, solamente porque era popular entre la gente alborotadora y de mal vivir.

Imposible parece que en la cultísima Cádiz, que poco después debía ser nido inexpugnable de la libertad y cuna de la regeneración patria, ocurrieran hechos tales un año antes de que en su seno resonaran las voces de los españoles más ilustres y elocuentes, proclamando el sublime dogma democrático que enaltece y dignifica al hombre.

Pero, como antes hemos dicho, en aquel período anormal y agitado de la historia de nuestra revolución nada hay que extrañar, lo mismo los actos más grandiosos y sublimes que las acciones más ridículas y extemporáneas, pues el pueblo, aunque deseoso de una regeneración, carecía de toda educación política y estaba, además, muy cerca de las pasadas épocas de tiranía para encontrarse limpio de aquellas preocupaciones que le hacían mirar con respeto todas las clases parásitas que habían contribuido á la degeneración de la patria, y en especial á las órdenes monásticas.

Abandonamos la guerra en Cataluña, cuando después de las derrotas sufridas por nuestros ejércitos y desposeído del mando el marqués del Palacio, ocupó éste el general Reding, que gozaba de gran popularidad y á quien todos consideraban como legítima esperanza de la causa patriótica.

Habíase Reding establecido en Tarragona, y guiado de acertado acuerdo, se limitó á reorganizar é instruir



sus tropas y á molestar al enemigo, batiendo cuantas columnas enviaba éste en busca de víveres y forrajes.

No quería Reding presentar grandes batallas á los franceses porque comprendía lo expuesto que era seguir una conducta hasta entonces desacertada, pero en cambio hacía una guerra irregular que, cansando á los enemigos, si no podía darle el renombre que se alcanza en los grandes combates, le producía ventajas seguras é importantes.

El haber agotado los franceses los víveres de la parte llana que ocupaban los obligaba á enviar á expediciones á la montaña, que siempre eran batidas y muchas veces dispersadas por los somatenes y tropas de línea que ocupaban los desfiladeros y pasos difíciles.

Pero no persistió por mucho tiempo Reding en una conducta tan ventajosa. La opinión pública, aquella ciega opinión que llevada de la general impaciencia pedía grandes batallas que arrojaran del territorio nacional á los franceses; el entusiasmo producido con la exageración de recientes victorias de los somatenes sobre fuerzas enemigas de poca importancia, y más que todo el deseo que existe siempre en todo militar de demostrar sus talentos en la guerra en grande escala, pues siempre les parece indigna y poco seria la de guerrillas, decidieron á Reding á abandonar la conducta con la cual había demostrado ser un general de buen golpe de vista y conocedor de la situación.

Los patriotas que residían en Barcelona y que de continuo se comunicaban con él, le hacían concebir grandes esperanzas de una sublevación en la plaza, y esto fué también una de las causas que le empujaron á formar combinaciones militares indudablemente buenas si hubiera dispuesto para realizarlas de ejércitos aguerridos y no de tropas bisoñas y de somatenes.

Reding dispuso que el ejército de Cataluña cayera repentinamente sobre el enemigo, cercándolo por todas partes. Don Juan Bautista Caro, jefe de la extensa línea de diez y seis leguas, que se extendía desde Tarragona hasta Olesa, debía hacer con sus fuerzas un movimiento, colocándose entre Barcelona y las tropas de Saint-Cyr, impidiendo á éste toda retirada; Reding bajaría entonces por el Coll de Santa Cristina, con diez mil hombres para atacar al general francés, y el hueco que entre ambos quedaba para que la línea fuese cerrada, lo llenarían los somatenes ayudados por algunas tropas de línea. Por este plan, los franceses no tenían más remedio, una vez desbaratados en el primer choque, que rendirse al enemigo ó arrojarse al mar.

Saint-Cyr no tardó en conocer este pensamiento que le hubiera de seguro inquietado al intentarse la realización con tropas como las suyas, pero que encomendado á soldados nuevos como los de Reding no le inspiraba gran cuidado, pues estaba seguro de rom-

per la extensa línea por donde mejor le conviniera.

Cuando el general francés vió que iban á atacarle, dejó en Vendrell la división de Souham para que contuviera á los que querían ir en su seguimiento y salió el 16 de Febrero de Villafranca de Panadés hacia Capellades, donde unió á sus fuerzas algunas otras que operaban sueltas, sumando todas ellas once mil hombres. Allí Saint-Cyr cambió repentinamente de rumbo y con gran celeridad se dirigió á Igualada cayendo sobre las tropas que mandaba Castro, el cual estaba bien lejos de pensar que iba á ser atacado por el mismo contra quien él se dirigía. Sorprendidos los españoles por tan inesperada acometida, apenas si tuvieron tiempo para salvarse, apelando á la fuga y dejando en poder del enemigo los grandes acopios que tenía en la población.

Cuando Reding tuvo noticia de este descalabro que trastornaba todos sus planes, salió de Tarragona con un batallón suizo, trescientos caballos y una brigada de artillería, con el propósito de recoger á los dispersos y socorrer al brigadier Iranzo que, derrotado por Saint-Cyr de vuelta ya de Igualada, había tenido que refugiarse en el monasterio de Santas Creus.

Así que Reding hubo conseguido esto, por acuerdo de un Consejo de guerra que reunió, tomó la vuelta de Tarragona siguiendo el camino á orillas del Francolí, sin intento de buscar ni de huir al enemigo, hasta que el 24 tropezó con la división Souham posesionada de las alturas de Valls.

Reding se vió en la necesidad de presentar la batalla y colocó los diez mil hombres que llevaba en la margen derecha del río, en una posición bastante ventajosa. Durante seis horas, nuestro ejército se estuvo batiendo con gran denuedo y ya había logrado que la victoria se decidiera de su parte y que los enemigos comenzaran á afectuar su retirada, cuando se presentó Saint-Cyr con el grueso de su ejército, el cual desde Plá había hecho una rápida marcha al saber el apuro en que se encontraba su subordinado Souham.

A pesar de aquel enorme refuerzo que entraba en la batalla para decidirla prontamente en contra de España, los nuestros se sostuvieron valientemente en las colinas; pero por fin no pudieron resistir los ataques de un enemigo tan superior en número y organización, nuestra línea quedó rota y nada pudo evitar una dispersión general.

Reding, fuera de sí por tal desgracia y queriendo evitar la dispersión, corrió á los puntos de mayor peligro sin reparar en la exposición de la vida, siendo el último en retirarse. Durante la fuga fué alcanzado y herido, estuvo á punto de quedar prisionero y sólo á fuerza de sablazos pudo abrirse paso y llegar hasta Tarragona, debilitado por la pérdida de sangre y siempre próximo á caer en manos de sus enemigos, pues le seguía de cerca un fuerte grupo de jinetes franceses.

Fué tal el pesar de aquel valeroso extranjero que tantos sacrificios había hecho por nuestra patria, que aunque el pueblo no amargó todavía más su desgracia murmurando de él, pues comprendía que no se había perdido la batalla por su culpa, quedó postrado en cama, muriendo al cabo de dos meses, más bajo el peso de los dolores morales que de los físicos.

Así terminó su vida el vencedor de Bailén y uno de nuestros mejores generales de aquella época.

La derrota de Valls costó á los españoles más de tres mil hombres entre muertos y heridos y toda la artillería y los bagajes que por completo quedaron en poder de los franceses. Las reliquias de nuestro ejército llegaron á Tarragona seguidas de muy cerca por los franceses, que supieron aprovecharse inmediatamente de la victoria marchando sobre Reus, población que por la importancia que le da la industria, marcha tras Barcelona entre las de Cataluña.

Dicha ciudad presentó el hasta entonces desconocido y repugnante espectáculo de abrir sin resistencia sus puertas al invasor y comprar á fuerza de dinero la benevolencia y el respeto de los enemigos de la patria. Por fortuna, los franceses no se detuvieron mucho tiempo en Reus, pues no les interesaba por su situación el seguir ocupando tal ciudad.

Con la derrota de Valls, Cataluña quedó casi sin ejército que continuara la defensa de la causa nacional; pero en cambio los somatenes, las partidas sueltas de tropa y los migueletes, al obrar guiados por la inspiración propia y sin direcciones centrales, comenzaron á realizar hazañas que pronto pusieron en cuidado á los franceses é hicieron olvidar al pueblo el bochornoso recuerdo de anteriores derrotas.

Saint-Cyr volvió á verse acometido en todas partes por aquel enemigo popular, sútil é invisible, y pronto comenzaron á sentir sus tropas la escasez de víveres.

Las fuerzas españolas realizaron hazañas de que los franceses nunca les creyeron capaces.

Diez mil españoles pertenecientes á los cuerpos de somatenes ó á los de migueletes tomaron á Igualada, haciendo retirar al general Chabran que la ocupaba, hasta Villafranca, y otras fuerzas bloquearon con inesperada osadía á Barcelona, cortando las comunicaciones entre ésta y Saint-Cyr, que estaba en el campo de Tarragona, necesitando el general francés dos serios ataques para restablecerlas.

Saint-Cyr, no pudiendo lograr la subsistencia para sus tropas en los acantonamientos que éstas ocupaban, á causa de la escasez de víveres en que le tenían los somatenes, determinó trasladarse á la alta montaña, entre Vich y Gerona, por ser este terreno muy fértil y estar más cercano á Francia, siendo en su camino muy molestado por las fuerzas populares.

El general francés se disponía á emprender el sitio de la heroica Ge-

rona, que hasta entonces tan infranqueable se había mostrado siempre para las águilas imperiales.

Saint-Cyr tenía conocimiento de las secretas relaciones que habían mediado entre Reding y algunos patriotas de Barcelona; y al pasar por ésta, deseoso de alejar aquel peligro que hacía subsistir la constante conspiración en que tenían principal parte las autoridades españolas civiles, quiso exigir á éstas un juramento de fidelidad á José.

Duhesme, por orden de su superior reunió en 9 de Abril á dichas autoridades, y les manifestó la obligación que tenían de hacer tal juramento; pero todos los presentes se negaron con una entereza sublime.

—Primero pisaré mi toga,—exclamó un magistrado,—que la deshonrare con juramentos contrarios á mi lealtad.

Un empleado en Hacienda fué más allá en la protesta, y gritó:

—Yo estoy siempre donde esté la justicia, así me quede solo. Aun cuando toda España proclamara á José por su rey, yo protestaría expatriándome.

Aquellas viriles manifestaciones causaron gran impresión á Saint-Cyr, el cual desahogando su rabia, mandó prender á veintinueve de los que asistieron á la Junta y deportarlos á Francia.

Era tal el entusiasmo patriótico que reinaba, que para conducir á los prisioneros hasta la frontera se emplearon un buen número de tropas; pues los pueblos se alborotaban á su paso, y ya que no podían librarlos, les prodigaban toda clase de atenciones exhortándolos á sufrir el martirio en bien de la patria.

Abandonó Saint-Cyr Barcelona con dirección á Vich, y al llegar á ésta ciudad que tiene más de doce mil habitantes, la vió completamente desierta, pues no encontró en ella más que al obispo, á unos seis ancianos y á los enfermos. Los demás habitantes, hombres, mujeres y niños, habían huido al saber la proximidad de los franceses, llevándose las alhajas y objetos de más valor que pudieran excitar la rapacidad de los franceses.

Pronto consumió el numeroso ejército de Saint-Cyr, los escasos víveres que encontraron, y volvió á renacer la angustiosa situación que obligaba á ir en busca de provisiones y adquirirlas á precio de sangre sosteniendo un combate en cada paso difícil con los numerosos somatenes.

Tan intranquila situación forzó más á Saint-Cyr á emprender cuanto antes el sitio de Gerona, del cual pronto nos ocuparemos.

En tanto ocurrieron notables sucesos en el Mediodía de España.

Lo primero á que atendió la Junta central al establecerse en Sevilla, fué á la reorganización de los ejércitos desbandados en la anterior campaña.

Cuesta era el encargado de organizar el de Extremadura y Cartaojal el de la Mancha, al mismo tiempo que ambos generales debían procurar tener á cubierto los dos caminos que

podían conducir los franceses á Andalucía y servir por tanto como de valla á la Junta.

Repuesto un tanto el ejército de la Mancha del desastre de Uclés, se destacó de él el duque de Alburquerque con nueve mil infantes, dos mil caballos y diez cañones con el objeto de atraer sobre sí las fuerzas francesas que amenazaban á Cuesta.

Para llamar la atención del enemigo atacó en Mora al general Dijón, que mandaba seiscientos dragones y que huyó precipitadamente, pero al poco tiempo volvió con mayores fuerzas y tuvo que retirarse Alburquerque á Consuegra.

Alcanzado en este punto por los franceses el 22 de Febrero, peleó con gran firmeza y sin que sus tropas perdieran terreno desde las nueve de la mañana á las tres de la tarde, hasta que á esta hora tuvo noticia de que se aproximaba una división de catorce mil franceses, en cuya virtud efectuó en muy buen orden la retirada á Manzanares, donde no se atrevieron á seguirle los enemigos.

No fué de grandes resultados prácticos la expedición del Alburquerque, pero contribuyó mucho á dar serenidad y aplomo al soldado acostumbrado hasta entonces á la derrota, y además procuró al duque gran popularidad y prestigio en las filas. Alburquerque, joven caudillo tan ansioso de gloria como intrépido y activo, era realmente un general digno del afecto del soldado, y únicamente deslucían estas buenas cualidades su carácter inquieto y la presuntuosidad que le daban sus cualidades.

Su espíritu levantisco le hacía vivir en no muy buena armonía con Cartaojal que tampoco le estimaba mucho, pues veía en él un rival temible. Tales disensiones hubieran sido causa de tumultos en que salieran perdiendo el orden y la disciplina, á no haberlos cortado Cartaojal enviando á Alburquerque con un regular refuerzo al ejército de Cuesta.

Alejándose el joven general ganó indudablemente la disciplina, pero el ejército tuvo pronto motivo para deplorar tal ausencia.

Cartaojal avanzó el 24 de Marzo hasta Yébenes, y una vez allí, al tener noticia de que los franceses marchaban contra él, se replegó á Consuegra sin esperarles. En este punto se encontró también con el enemigo, y precipitadamente volvió á Ciudad Real entrando en dicha población tres días después de su partida. Quien marchaba contra él con doce mil hombres, era el general Sebastiani que había sucedido á Lefebvre en el mando del cuarto ejército.

Cartaojal ocupaba muy buenas posiciones é indudablemente podía contar con superioridad sobre el enemigo; pero estaba tan aturdido al verse acosado por todos lados, que se dejó batir en los días 27 y 28, siéndole preciso refugiarse en Sierra Morena para poder salvar su ejército del destrozo que sufrió entre Ciudad Real y

Santa Cruz de Mudela, y teniendo aun que felicitarse de que los franceces se detuvieran en el camino para esperar noticias del general Víctor que operaba en . Extremadura y no siguiera acosándole hasta Despeñaperros, en cuyo caso su destrucción hubiera sido completa.

El ejército de Extremadura, bastante reorganizado por Cuesta cuyo carácter duro y cruel era muy á propósito para amaestrar reclutas por medio del terror, comenzó á tomar la ofensiva á fines del mes de Enero.

Cuesta, saliendo de Badajoz, fué á situarse en Trujillo, mientras los franceses se retiraban á Almaraz. La vanguardia del ejército español mandada por Henestrosa, desalojó á los franceses de este punto, y entonces el resto de aquél avanzó á Jaraicejo y Deleitosa, donde Cuesta se propuso esperar la primavera al abrigo del Tajo, que impedía un ataque brusco é inesperado de los franceses, pues el puente de Almaraz, obra verdaderamente notable, había sido cortado tal vez sin haber para ello verdadera necesidad.

El ejército español permaneció tranquilamente en sus posiciones hasta el mes de Marzo, en que el mariscal Víctor se dirigió contra él con intento de penetrar en Portugal ó en Andalucía en combinación bien con Soult, bien con Sebastiani, según fueran las circunstancias y los resultados de su expedición. Al encontrar cortado el puente de Almaraz construyó uno de barcas, y en la duda de poder desalojar á Cuesta de las fuertes posiciones que al frente ocupaba, envió por Talavera y Puente del Arzobispo una división de catorce mil hombres para que pasaran por dichos puntos el río pudiendo él así atacarle por el frente y el flanco.

No esperó Cuesta este ataque; pues así que la división de su ejército que mandaba el duque del Parque sufrió una acometida en las mesetas de Ilor, se declaró en retirada, no deteniéndose hasta trasponer el Guadiana, encontrándose la tarde del 27 en Villanueva de la Serena, con el refuerzo de tres mil setecientos hombres que al mando de Alburquerque le enviaba Portugal.

Con este refuerzo y los grandes deseos que el ejército manifestaba de pelear, cobró Cuesta nuevos ánimos, y volviendo sobre su anterior marcha, fué en busca del enemigo para presentarle la batalla, encontrándolo en el llano que se extiende desde Medellín á D. Benito.

El ejército español se componía de veinte mil infantes y dos mil caballos; los franceses tenían mil hombres menos, pero esta ventaja la perdió pronto Cuesta por la mala distribución que hizo de sus tropas.

Hizo con todas ellas en el llano una línea de más de una legua de extensión, y que tenía la forma de media luna, y no dejó ni un solo soldado de reserva faltando con esto al más elemental y eterno precepto de la guerra.

Aquella falta que lo mismo puede atribuirse á la ignorancia que á la rancia fatuidad de Cuesta, fué lo que dió el triunfo á los enemigos.

Momentos antes de empezar el combate, Cuesta contemplaba con la satisfacción de un gran capitán el orden de combate en que estaba su ejército, y lo hacía admirar á los que formaban su Estado mayor.

—Pero ¿y la reserva?—le preguntó uno de los generales que le rodeaba.

—¿Reserva?—contestó el imbécil caudillo sonriéndose con el desprecio del genio.—Deje usted; que buena se va á armar.

Con un general de tal especie resultaban inútiles todos los heróicos sacrificios del soldado.

Víctor colocó sus tropas en forma de arco, apoyando bien los extremos de la línea y dejando dos divisiones de reserva comenzó el ataque.

Este durante las dos primeras horas presagiaba que la causa nacional iba á lograr en Medellín otro triunfo tan ruidoso como en Bailén. Los soldados españoles se batían con el ardor del recluta entusiasta, y al mismo tiempo con el aplomo y serenidad del veterano, y eran tales sus acometidas, que los franceses comenzaron á retroceder aunque en orden.

El ala izquierda francesa, no pudiendo resistir las cargas de los nuestros, fué retirándose hasta quedar como aprisionada en un recodo que cerca de Medellín forma el Guadiana, y ya se comenzó á celebrar en los batallones españoles con gritos de alegría la próxima victoria. Para decidir la batalla había que apoderarse de una batería que los franceses habían establecido á su derecha, y contra ella cargaron los regimientos de caballería de Almansa, Infante y Toledo. Por uno de esos incidentes extraños que ocurren muchas veces en los combates, los jinetes volvieron grupas de repente y se declararon en vergonzosa fuga sembrando con ella la dispersión entre los infantes.

Algunos oficiales trataron en vano de impedir tal dispersión; pero su intento les resultó vano así como á Cuesta que acudió rápidamente con tal propósito y fué derribado del caballo por sus propios soldados pasando por encima de él los jinetes franceses que iban persiguiendo á los nuestros y que para fortuna de él no le reconocieron.

El desorden que en nuestra izquierda se produjo en aquel instante, se comunicó á todo el ejército que perdió su primitiva formación.

Con una regular reserva se hubiera remediado la situación producida por la vergonzosa fuga de la caballería y en aquel momento debió lamentarse amargamente Cuesta de su ignorancia, que le arrebataba la victoria cuando ya casi la tenía en sus manos.

Por falta de nuevos elementos que entraran de refresco en el combate, el desorden no tuvo remedio y pronto se convirtió en espantosa derrota, pues los franceses aprovechándose

rápidamente de aquél, hicieron un ataque general á toda la línea, siendo tal la dispersión de los españoles, que solamente el duque de Alburquerque con su división logró salir serenamente de aquella confusión, sin grandes pérdidas.

Allí quedaron prisioneros ó fuera de combate más de la mitad de nuestros soldados, y los restantes huyeron á las montañas limítrofes á Andalucía, reuniéndose gran parte en Monasterio.

Cuesta, que en punto á castigar era más notable que en dirigir batallas, indignado con justicia contra la caballería, suspendió á los coroneles de los tres regimientos dispersos, y sólo dejó á los soldados una pistola de arzón privándoles de la otra hasta que la ganaran distinguiéndose honrosamente en futuros combates.

Obró rectamente el general extremeño castigando de tal modo á los jinetes de su ejército, pero para proceder con más justicia debía haber empezado por castigarse duramente á sí mismo, pues á su imprevisión al no formar reserva y no á un mero accidente de la batalla, debía atribuir el mal éxito de ésta.

Muy al revés de lo que todos esperaban, la Junta central no castigó á Cuesta, antes al contrario, lo honró elevándolo á capitán general y dándole el mando del ejército de la Mancha, y además distribuyó recompensas entre los soldados y oficiales que se habían distinguido en la batalla, así como dió socorros á las viudas y huérfanos de los que en ella encontraron la muerte.

Esta conducta de la Central á primera vista extraña, obedecía á importantes razones políticas. El gobierno nacional no contaba con otro auxilio que el de los ejércitos de la Mancha y Extremadura; el primero había sido derrotado, y si el desastre del segundo se hacía ver en toda su magnitud y no se ocultaba en parte con una satisfacción fingida, el país podía creer á la Central en poder ya de los franceses y considerar que la causa de la patria estaba definitivamente perdida.

El engaño que la Junta hizo al país fué disculpable atendidas las circunstancias, y hay que reconocer su magnanimidad premiando por una derrota á Cuesta, á quien tenía motivos para odiar, y su patriótico deseo de aparecer superior á todos los reveses y dispuesta, á pesar de todas las desgracias, á persistir en su noble empresa.

El mariscal Víctor no se aprovechó, como muchos creían, de la victoria de Medellín, pues en vez de seguir adelante pisando las huellas de los derrotados, acantonó su ejército entre el Guadiana y el Tajo y permaneció en actitud espectante.

Aquella actitud extraña tenía su explicación en que el ejército anglo-portugués, desde la frontera del vecino reino, tenía fija la atención en él, y no podía considerar asegurada su espalda, pues solo contaba con una dé-



bil división situada en Salamanca, incapaz para contener las provincias castellanas que era de esperar hicieran un supremo esfuerzo al ver á la Central amenazada. Además, por los alrededores de sus acantonamientos, pululaban un sinnúmero de pequeñas guerrillas que en las marchas nocturnas y en las quebradas del terreno, le acosaban cruelmente, desapareciendo así que notaban que fuerzas superiores se dirigían contra ellos.

Víctor consideró imposible pasar á Portugal conforme lo había dispuesto Napoleón, pues para ello tenía que correr el peligro de verse acosado por todas partes, sin contar con una retirada segura en caso de desgracia; y por esto prefirió esperar hasta recibir nuevas órdenes, y decidido en vista de las circunstancias ó entrar en Portugal ó torcer hacia Andalucía de conformidad con Sebastiani. La indecisión de Víctor salvó á la Central de graves situaciones.

A dicho mariscal le detuvo también en parte la conducta seguida por José, el cual, creyendo que las recientes victorias alcanzadas por los franceses habrían causado honda impresión en los nuestros y que era llegado el instante propicio para establecer una negociación decisiva y pacífica que terminara la guerra, despachó al magistrado D. Joaquín Sotelo para que fuera portador de varios pliegos dirigidos á la Junta central, en los que la hacía halagadoras proposiciones.

Sotelo se detuvo en Mérida, y desde allí, por conducto del general Cuesta, anunció á la Central que estaba autorizado por José para tratar con ella de remediar los males que sufrían las provincias ocupadas por los franceses y los que experimentarían las que pronto iban á caer en su poder; pero dicha corporación, después de deliberar, dió por el mismo conducto al enviado una contestación tan noble como enérgica.

«Si Sotelo,—dijo la Junta al general Cuesta,—trae poderes bastantes para tratar de la restitución de nuestro amado rey y de que las tropas francesas evacuen al instante todo el territorio español, hágalos públicos en la forma reconocida por todas las naciones y se le oirá con anuencia de nuestros aliados. De no ser así, la Junta no puede faltar á la calidad de los poderes de que está revestida ni á la voluntad nacional, que es de no escuchar pacto ni admitir tregua ni ajustar transacción que no sea establecida sobre aquellas bases de eterna necesidad y justicia. Cualquiera otra especie de negociación sin salvar al Estado, envilecería á la Junta, la cual se ha obligado solemnemente á sepultarse primero entre las ruinas de la monarquía que á oir proposición alguna en mengua del honor é independencia del nombre español.»

A pesar de lo terminante de esta contestación, insistió Sotelo en una carta escrita en tonos moderados; mas la Junta se limitó á manifestar á Cuesta que repitiera al comisionado

el anterior acuerdo, y que le advirtiera «que aquélla sería la última contestación que recibiría mientras los franceses no se allanasen lisa y llanamente á lo que había manifestado la Junta.»

Sotelo, en vista de esto, tuvo que retirarse volviendo á Madrid para dar cuenta á José del mal éxito de su comisión.

Al mismo tiempo que el soberano intruso hacía tales tentativas desde la capital, uno de sus generales de más reconocida ilustración, Horacio Sebastiani, dirigía con igual objeto halagadoras cartas al general Venegas encargado del mando del ejército de la Mancha después de la separación de Cartaojal; al ministro de Hacienda D. Francisco Saavedra, y al ilustre Jovellanos á quien todos, tanto españoles como enemigos, consideraban justamente como el hombre más importante de todos los de la Central.

La carta que Sebastiani dirigió á éste último fué la más importante de las tres y en ella, mezcladas con ideas más ó menos falsas, propias de la época, hacía afirmaciones sobre el porvenir de absolutismo y tiranía que le aguardaba á España el día que Fernando volviera á ocupar su trono. cuya certeza el tiempo se encargó de demostrar.

Es indudable que al talento de Jovellanos no se escaparían aquellas futuras verdades que consignaba el general francés en su carta; pero antes que hombre de ideas liberales se acordó el ilustre estadista de que era español y patriota y contestó á aquella con otra en la que mostró en toda su amplitud su grandeza de alma y su entusiasmo por la regeneración política de su nación.

«Yo no sigo un partido,—decía en dicha contestación,—sigo la santa y justa causa que sigue mi patria, que unánimemente adoptamos los que recibimos de su mano el augusto encargo de defenderla y regirla y que todos hemos jurado seguir y sostener á costa de nuestras vidas. No lidiamos como pretendéis por la Inquisición ni por soñadas preocupaciones; ni por el interés de los grandes de España: lidiamos por los preciosos derechos de nuestro rey, nuestra religión, nuestra constitución y nuestra independencia. Ni creáis que el deseo de conservarlos esté distante del de destruir los obstáculos que puedan oponerse á este fin; antes por el contrario, y para usar de vuestra frase, el deseo y el propósito de regenerar la España y levantarla al grado de esplendor que ha tenido algún día *es mirado por nosotros como una de nuestras principales obligaciones*. Acaso no pasará mucho tiempo sin que la Francia y la Europa entera reconozcan que la misma nación que sabe sostener con tanto valor y constancia la causa de su rey y de su libertad contra una agresión tanto más injusta cuanto menos debía esperarla de los que se decían sus primeros amigos, tiene también bastante celo, firmeza y sabiduría para *corregir*

los abusos que la condujeron insensiblemente á la horrorosa suerte que le preparaban.»

Con esta contestación de Jovellanos á Sebastiani en la que le decía además que no se tomaba la molestia de seguir escribiéndole, pues él no contestaría hasta que viera libre el territorio español de enemigos, terminaron aquellas negociaciones que pretendieron entablar los invasores y que tan escasos resultados alcanzaron.

En los primeros meses de aquel año, ocurrió en Europa un importante suceso que en parte vino á dar mayor entusiasmo á los españoles y cuyos preludios habían obligado á salir á Bonaparte tan apresuradamente de nuestra nación como ya vimos.

Austria, esa nación desgraciada en todos sus asuntos internacionales y que parece destinada por fatal suerte á ser derrotada en los campos de batalla hasta por las naciones más pequeñas, era de los Estados que más mal sufría el poderío de Bonaparte y que en secreto trabajaban por vencerle. En las célebres conferencias de Erfurt su representante había mostrado bastante reserva, pues su gobierno estaba dispuesto á sacudir el yugo que le había impuesto el último tratado de paz con el emperador y sólo esperaba para ello un momento propicio. Este momento lo consideró llegado con el gran incremento que tomaba la guerra en España y las numerosas tropas que tuvo Napoleón que distraer de las que en actitud amenazante ocupaban Alemania para traerlas en su expedición contra nuestro pueblo. Austria, viendo á su eterno enemigo algo agobiado por aquella guerra española interminable y desprovisto de sus mejores soldados, que necesitaba para ocupar la península, consideró propicio el instante para darle el proyectado golpe y el 9 de Abril abrió la campaña contra Napoleón por medio de un simple aviso é hizo que atravesara el Inn (río que la separa de la Baviera) el archiduque Carlos al frente de un numeroso y lucido ejército.

La Junta central comprendiendo la importancia de tal hecho, entró inmediatamente en relaciones con Austria, enviando á Viena, en calidad de representante, á D. Eusebio de Azara, atención á la que respondió aquel Estado, autorizando á Mr. Gennote para que le representara ante el gobierno de Sevilla.

Pronto veremos los resultados de aquella guerra que tales esperanzas hacía concebir.

Hemos dejado al mariscal Soult en Galicia en el momento que recibió de Napoleón, próximo á salir de España, la orden para que en combinación con el ejército de Víctor efectuara inmediatamente la invasión de Portugal.

Soult, situado con su ejército en Tuy, intentó por tres veces pasar el Miño por junto á La Guardia; pero la fuerza de su corriente, el disponer de escasos medios y el estar los portugueses apercibidos en la orilla izquierda, hicieron imposible la operación,

teniendo el mariscal francés el 17 de Febrero que emprender la marcha río arriba con objeto de intentar la invasión por la provincia de Orense.

En su marcha tropezó con el inesperado obstáculo que le presentaba el país completamente sublevado y poseído del mayor entusiasmo á pesar de lo reciente que estaba la derrota de la Coruña.

Este desgraciado suceso en vez de atemorizar á los valientes gallegos había contribuido á que tomara más cuerpo el levantamiento general. El vecindario de Puebla de Trives en la provincia de Orense, fué el primero en dar el grito de insurrección arrojándose sobre ochenta dragones franceses que hicieren prisioneros y presentaron al general La Romana y pronto le siguió todo el país, distinguiéndose como arrojados caudillos de aquella entusiasta insurrección, los dos hermanos Quiroga, D. Mauricio Troncoso, abad de Couto y el juez de Cancelada D. Ignacio Herbon, hombre audaz y valeroso, que sublevó á sus administrados estando el ejército francés á una legua de distancia y que dió principio á sus hazañas apoderándose de un gran convoy.

Aquel hervidero de partidas que en pocos días ofreció Galicia, causó hondo daño á Soult que en su marcha desde Mourentano á Rivadavia y Orense, sufrió cual ninguno de los generales franceses. Lo quebrado y áspero del terreno favoreció mucho á aquellos patriotas que se aprovecharon de cada desfiladero y cada pinar para hacer daño á los franceses, y éstos marcharon bajo un continuo fuego de tiradores tan invisibles como certeros que causó numerosas bajas en sus filas.

Soult, se proponía invadir Portugal por la plaza de Chaves y para esto le era necesario alejar ó batir á La Romana que ocupaba el valle de Monterey con nueve mil hombres. Creyendo el mariscal francés como muchos de sus colegas que en España se las había con aventureros, propuso á La Romana que hiciera traición á su patria mediante grandes honores y una exorbitante cantidad; pero el general español contestó á tan ofensivas insinuaciones de un modo enérgico diciendo que sólo á cañonazos es como las admitía. En vista de esto, marchó Soult contra él teniendo que retirarse los españoles después de un ligero choque por la gran superioridad numérica del enemigo, penetrando en Castilla y dirigiendo después su ruta á Asturias como lugar más seguro para continuar la guerra.

Libre ya Soult de La Romana, se dirigió á Chaves arrollando al paso á las partidas de paisanos y al ejército portugués de Freire que, colocándose en los pasos difíciles, trataron de impedirle la marcha.

Chaves, mal guarnecida y peor fortificada, abrió sus puertas á los franceses el 11 de Marzo, retirándose los que la defendían al interior de la provincia.

El 13 continuaron su marcha los franceses hacia el interior y llegaron cerca de Braga. El general portugués Bernardino Freire no creyó con los medios de que disponía poder oponerse al enemigo é intentó retirarse; pero enojado el pueblo, le arrestó y lo condujo á Braga donde fué bárbaramente asesinado. Quedó entonces encargado del mando su segundo, un oficial hannoveriano llamado el barón de Ebbeu, el cual con un ejército reducido y desmoralizado y un paisanaje levantisco, se defendió tres días de los invasores; pero al fin fué arrojado de la fuerte posición de Carbalho que ocupaba y pudieron los franceses penetrar en Braga, segunda población de la provincia y con cuya posesión ya nada podía estorbar su marcha á Oporto.

Sabida es la importancia de esta ciudad que en el vecino reino casi rivaliza con su capital Lisboa. Habíase levantado para defenderla un campo atrincherado y además las calles estaban obstruidas con cortaduras y baterías para el caso de una defensa interior. La población estaba tan excitada, que asesinó á algunas personas por la sola sospecha de no ser muy afectas á la causa de la independencia, y el ilustre general Foy que Soult envió como parlamentario á la plaza, corrió gran peligro al cumplir su misión de perecer á manos de la muchedumbre enfurecida.

Así que Soult se convenció de que Oporto no se rendiría sin combate, dirigió sus regimientos contra aquellas murallas erizadas de cañones; pero la gran extensión del recinto hacía que éste no pudiera estar bien guardado y los franceses al primer ataque entraron inmediatamente en la ciudad acuchillando á los fugitivos. Estos al huir rompieron con el tropel el puente de barcas sobre el Duero y los que no perecieron en las aguas del río, murieron por la metralla enemiga. Unas cuatro mil personas sucumbieron en aquella jornada.

La defensa en las calles no tuvo mejor éxito, pues todas las baterías fueron tomadas con gran facilidad, distinguiéndose únicamente en aquel día doscientos valientes portugueses que se encerraron en la catedral y estuvieron batiéndose mientras quedó uno con vida. Esta gloriosa resistencia sólo contribuyó á exasperar á los franceses y hacer que su violencia y su crueldad fuera mayor para con el aterrado vecindario de Oporto.

Soult sintió muy pronto, como sus compañeros de España, el modo de guerrear de los valientes iberos. Como ellos sólo era dueño de la tierra que pisaba y para moverse le era necesario espantar el pueblo armado que rodeándole le acosaba por todas partes. Avanzaban los franceses en Portugal, pero en la marcha iban dejando tras sus pasos un reguero de su propia sangre.

El general portugués Silveira, que á la entrada de los franceses había tenido que retirarse amparándose de las

montañas que separan Portugal de Galicia, levantó en armas al país y marchó tras los franceses dificultando sus comunicaciones y apoderándose de Chaves, Braga, Guimaraes y todas las plazas que aquéllos habían tomado. Lo que Soult conquistaba, Silveira volvía á sus espaldas á restituirlo á la patria.

La situación del mariscal francés comenzaba á hacerse difícil. Después de internarse tanto en un país enemigo y de vencer á sus naturales, no había conseguido más que apoderarse de Oporto y conservarlo mientras que la población se sublevaba en masa á su alrededor y le impedía toda comunicacion con sus compañeros Lapisse y Víctor en unión de los cuales tenía que operar.

Todas estas circunstancias le impidieron seguir adelante hacia Lisboa, como era su primitivo plan, y determinó esperar en Oporto noticias, limitándose á conservar lo conquistado en cuanto le fuera posible.

A pesar de la seguridad que le daba su posición, Soult veía cada vez más insostenible su situación, pues sus enemigos crecían en audacia de un modo alarmante.

El 12 de Abril el general Silveira se atrevió á atacar la línea del Souza apoderándose de Peñafiel y si esta población pudieron reconquistarla después los franceses, fué tan sólo á costa de un sangriento y empeñado combate. Soult cogió entonces á sus enemigo algunos pliegos que le revelaron y le hicieron más cierta la tristeza de su situación. Por ellos supo la general insurrección de Galicia que le hacía imposible su retirada por aquel punto, y que el ejército inglés muy pronto dejaría de estar acantonado en Lisboa, pues reforzado notablemente iba á emprender un decisivo movimiento.

En vista de tan tristes noticias, Soult se afirmó más en su propósito de no acometer operaciones ofensivas y permanecer con sus tropas en Oporto.

El mariscal francés se propuso aprovechar aquella inacción forzosa á que le obligaban las circunstancias, para intentar la conquista moral del país, y con el objeto de lograrlo se valió de una política de dulzura y persuasión hasta entonces desconocida por los generales invasores.

Ordenó á sus tropas que observaran la más rígida disciplina y que trataran á los portugues con la consideración de amigos é hizo cuanto pudo para entrar en relaciones con personas ilustres de Portugal que tenían gran influencia en la opinión pública, á quienes pretendió convencer de que la invasión era un suceso de que debía felicitarse Oporto, pues indudablemente el emperador no tardaría en cumplir la promesa hecha en el tratado de Fontainebleau de constituir en estado independiente tal provincia con el título de *Lusitania Septentrional.* Además intentó seducirles pintándoles lo risueña que sería su situación constituyéndose en reino libre independiente de Francia, mientras que si se dejaban guiar por Inglaterra ésta aca-

baría por convertir Portugal en una de sus colonias.

No guiaba á Soult en tales maquinaciones únicamente el deseo de hacer agradable á los portugueses el poderío francés, sino que trataba de que se contituyera tal reino independiente para poder ceñir su frente con una corona. Aquella era la manía dominante de la mayor parte de los mariscales de Napoleón, antiguos soldados de la República que influidos por las tiránicas aficiones del que fué su amigo y ahora era su amo, se olvidaron pronto de aquella bandera que llevaba escrita el sublime lema de *Igualdad, Libertad y Fraternidad* y tras la cual habían marchado en sus verdaderos días de gloria.

Ellos veían que el árbitro de Europa creaba reyes de la nada y hacía soberanos de Estados tan importantes como Suecia y Nápoles á sus antiguos compañeros de armas Bernadotte y Murat, y lógicamente se creían con derecho á alcanzar tales honores en los países que conquistaban.

Como consecuencia de los ambiciosos deseos que dominaban á Soult y de la presión que naturalmente debia ejercer sobre un país que estaba bajo su gobierno, apareció una felicitación (á la que siguieron otras casi iguales) dirigida á Napoleón y firmada por doce vecinos de Braga en la que le pedían nombrara rey de Portugal á su general en Oporto, al que designaban con el pomposo título de «padre y libertador de Lusitania.»

Por entonces descubrióse un hecho de alguna gravedad que vino á demostrar el descontento que tanto en Francia como en su ejército existía contra Napoleón y sus interminables empresas.

El cansancio que la nación vecina experimentaba tras tan largas guerras que le esquilmaban y disminuían su población, y la indignación de gran número de militares franceses, antiguos soldados de la revolución, y de hombres ilustrados que miraban con malos ojos las aspiraciones tiránicas cada vez más crecientes del emperador, produjeron una sociedad secreta que tomó el título *de los Filadelfos* y que deseaba derribar á Napoleón por medio de una sublevación del ejército y restablecer en Francia el gobierno de la República.

La sociedad contaba con numerosos adeptos en todos los ejércitos franceses esparcidos por Europa y en especial entre la clase militar más ilustrada, y estaba segura de encontrar el apoyo de algunas espadas ilustres el día en que se diera el grito de insurrección á favor de la República. El mariscal Ney y el general Gouvion-Saint-Cyr, eran los jefes indicados para dirigir el movimiento.

De entre todos los ejércitos franceses, los que ocupaban la península ibérica eran los que principalmente estaban minados por la conspiración y en especial el que estaba en Portugal á las órdenes de Soult.

En Oporto los conspiradores traba-

jaban sin ningún cuidado y casi públicamente, tanto que el ayudante mayor D' Argenson abandonó la ciudad y marchó á Lisboa donde se encontraba Wellesley, el futuro duque de Wellington, preparándose á emprender operaciones contra los franceses para darle cuenta de la conspiración que, derribando al tirano europeo, devolvería la República á Francia y la paz al mundo.

La audacia de aquel conspirador que abandonaba sus filas para conferenciar con el enemigo y la misma importancia de las revelaciones, hizo desconfiar á Wellington de la verdad de lo dicho por D' Argenson, y creyendo que todo ello no era más que una treta de que se valía Soult en su apurada situación para retardarle en sus operaciones, contestó que á pesar de lo dicho no desistía en atacar al ejército francés y que únicamente haría un convenio con él para facilitarle la retirada, cuando hubiera dado el grito contra Napoleón.

A pesar de las seguridades algo fundadas que dió D' Argenson de que tal hecho se realizaría muy pronto, no llegó á verificarse, porque así que volvió á Oporto tuvo la indiscreción de comunicar su conferencia con Wellington al general Lefebvre que se fingió comprometido también en la trama y éste le redujo á prisión de la que pudo escapar al fin, pues sus correligionarios facilitaron su evasión y le embarcaron para Inglaterra. Posteriormente D' Argenson cometió la torpeza de ir á Francia en busca de su familia y allí le prendió la policía imperial siendo fusilado á las pocas horas.

A pesar de este fracaso, hasta mediados del año siguiente, 1810, se estuvo conspirando en los ejércitos franceses que ocupaban España en contra de Napoleón y á favor de la República.

Muy pronto tuvo Soult que olvidar las aspiraciones á la realeza y sus soldados el deseo de restablecer la República, ante el movimiento que contra ellos inició el ejército inglés.

Este que después de la desgraciada expedición de Moore había quedado muy reducido, apenas el Austria vino á aumentar el número de los enemigos del emperador y España demostró que á pesar de los reveses de la segunda campaña no cejaba en su empresa, fué notablemente reforzado por el gobierno inglés que no dudó en seguir adelante con tales aliadas.

Veinte mil hombres llegó á contar el ejército inglés en Lisboa y á su frente se puso como ya hemos dicho el vencedor de Roliza y de Vimeiro el futuro duque de Wellington que había vuelto á Portugal después de justificarse en Londres del asunto de la *Convención de Cintra*.

El 20 de Abril emprendió su movimiento hacia el enemigo, y contra los deseos de Cuesta y la Central que esperaban se dirigiera á Extremadura, encaminó sus tropas á donde se encontraba Soult.



El 2 de Mayo llegó á Coimbra llevando como auxiliares de su ejército ocho mil portugueses. Además obraban en combinación con él las tropas que mandaban Silveira y los generales ingleses Mackenzie y Beresford, las cuales ascendían á más de treinta mil hombres.

Wellington deseaba cercar por todas partes á los franceses, logrando que Oporto les sirviera de prisión, y para ello, al mismo tiempo que se dirigía á dicha ciudad, hizo emprender un movimiento envolvente por distintos puntos á las fuerzas que dependían de él.

Soult adivinó las intenciones de cerrarle la retirada que abrigaba su contrario; pero no se decidió á abandonar su posición por temor que se dijera que no había cumplido en todo lo posible las órdenes del emperador.

La vanguardia del ejército inglés arrojó de su posición avanzada al general Franceschi, que tuvo que retirarse á Oporto, y entonces Soult destruyó el puente sobre el Duero y además hizo retirar á la orilla que él ocupaba todas las barcas que existían en aquellas riberas, con lo cual cortaba la marcha del enemigo ante un río tan caudaloso y profundo. Pero Wellington encontró medios para pasar el Duero y envió al general Murray para que atravesándolo por Avintas atacara el flanco del enemigo al mismo tiempo que lord Paget haría igual movimiento por el frente cerca del puente destruido.

Efectuó este último la operación en la noche del 11 al 12 y con tan buena fortuna que cuando los franceses se apercibieron, ya estaban sus enemigos fortificados en la ribera que acababan de ocupar. Rompióse el fuego entre uno y otro ejército, pero al poco tiempo recibió Soult aviso de que por la orilla derecha, donde el combate se efectuaba, bajaba otra división inglesa que iba á envolverle por el flanco. Eran las tropas de Murray que con igual facilidad habían pasado el río por Avintas.

Soult al verse próximo á ser envuelto, no aguardó más y dió á sus soldados la orden de retirarse á toda prisa.

Una retirada con tan corta preparación y efectuada deprisa no podía menos de ser desastrosa. En Oporto dejó Soult sus enfermos que eran más de mil doscientos, cincuenta piezas de artillería y todos los bagajes. Tanta prisa se dieron los ingleses en aprovecharse de los resultados de su victoria y tan de cerca iban en seguimiento de sus enemigos, que cuando penetraron en Oporto, todavía encontraron á la retaguardia francesa y la batieron haciéndole muchos prisioneros.

Soult en aquella jornada se hizo acreedor á grandes censuras por su imprudente confianza y por lo mal guardado que tenía el Duero; pero en su retirada, emprendida sin tener punto seguro por dónde escapar y con el temible enemigo que le seguía tan de

cerca, demostró claramente su talento y serenidad.

Entre los dos caminos que tenía para escoger en su retirada, optó por el de Amarante, que era el más seguro, pero al llegar á Peñafiel supo que el general Loison, que guardaba la línea del Lamego, había sido derrotado por el inglés Beresford. No le quedaba entonces más recurso que tomar el camino más peligroso ó sea el de Braga, subiendo después por la orilla izquierda del Cavado para ir á la provincia de Orense, y por él siguió adelante, ostentando una serenidad y energía que le hacían honor y que sostuvo en parte la moral de sus comprometidas tropas.

Sirvieron de mucho á Soult los conocimientos de un contrabandista de la Vizcaya francesa que marchaba á su lado como guía y que supo hacerle escapar por la parte más montañosa, marchando por caminos abruptos solo frecuentados por la gente de su oficio.

Al meterse en las montañas, Soult, para marchar con más desembarazo por aquellos parajes solo conocidos de las águilas, inutilizó la artillería y las municiones y dejó abandonado el tesoro del ejército.

La retirada del ejército francés de Portugal fué exacta reproducción de la efectuada pocos meses antes por el indeciso Moore, y como ésta dejó tras sí una estela de incendios, rapiñas y crueldades.

Soult encontró los mayores obstáculos en la sierra. Los franceses se veían obligados á desfilar por caminos ásperos, teniendo á su izquierda espantosos precipicios en cuyo fondo mugían las aguas del Cavado, y á la derecha inaccesibles alturas desde cuyas cimas un paisanaje cada vez más audaz y envalentonado les acosaba con certeros disparos que iban dejando cubiertas aquellas breñas de muertos y heridos.

Muchas veces tenían que franquear torrentes desbordados arrojando en ellos grandes piedras, y bastaba un traspiés para que las espumosas aguas devoraran á algunos de aquellos soldados que no sabían á quién temer más, si á los enemigos ó á la naturaleza que parecía complacerse en presentarles toda clase de obstáculos.

Soult, á pesar de tal cúmulo de contrariedades, consiguió con su entereza sostener compactos á sus decaídos soldados, y así llegó hasta el puente del Saltador, donde bastó que se oyeran lejanos cañonazos para que todo el ejército se declarara en espantosa dispersión, pereciendo muchos soldados en el río por el afán que todos tenían en pasar pronto dicho puente.

El mariscal y sus oficiales pudieron con gran trabajo restablecer la calma, y ordenadas nuevamente las tropas llegaron á Montealegre, donde durante la noche divisaron en los montes lejanos las fogatas del ejército de Silveira, que suponiendo irían los franceses por Chaves, había corrido á cortarles la retirada; pero que ahora

ya no podía alcanzarles. A la mañana siguiente entró Soult con sus soldados en Galicia y se entregaron todos á las mayores muestras de alegría, como si se encontraran en un país amigo ó en la propia patria cuando no habían hecho más que apartarse de Scila para caer en Caribdis.

En tanto Soult conseguía retirarse con tanta perseverancia y no menores fatigas, veamos qué era de los otros ejércitos franceses que ocupaban Extremadura y estaban destinados á ayudarle en la conquista de Portugal.

Después que Cuesta con su ejército se retiró á las montañas de Andalucía á reponerse de la terrible derrota de Medellín, el mariscal Víctor se situó en Mérida proponiéndose observar allí lo que ocurriese en Portugal y al mismo tiempo tener en perpetua alarma á Badajoz. Entretanto el general Lapisse que estaba destinado á obrar también en combinación con Soult y Víctor en la conquista de Portugal, estaba acantonado en Salamanca y Ledesma con diez mil hombres, y únicamente se movió para hacer una tentativa contra Ciudad Rodrigo en el mes de Marzo. Dicho general pensaba conquistar tan importante plaza valiéndose de sus relaciones con algunos traidores que en ella se albergaban; pero la resuelta actitud del pueblo á quien capitaneaba sir Roberto Wilson, entusiasta por nuestra revolución y jefe de la legión lusitana residente en dicha ciudad, impidió la realización de tan miserables planes, y Lapisse, en vez de encontrar abiertas las puertas como esperaba, fué recibido á cañonazos.

Lapisse se vió pronto amenazado con la sublevación general del territorio que ocupaba, y como al mismo tiempo los de Ciudad-Rodrigo cortaron sus comunicaciones con Víctor, tuvo necesidad de levantar el campo y reunirse con éste, siéndole necesario para ello forzar el paso de Alcántara, cuya villa en venganza entregó á un horrible saqueo.

Así que se reunieron Víctor y Lapisse, decidieron llevar á cabo las órdenes recibidas del emperador para cooperar á la conquista de Portugal; pero era ya demasiado tarde y cuando en su avance llegaron á Castello-Branco, se atemorizaron con la proximidad del inglés Mackenzie y con el rumor que hasta ellos llegó de la retirada de Soult.

Volvieron sobre sus pasos los franceses, pero no fueron á situarse como anteriormente en Mérida, pues Cuesta animado por las derrotas de Soult en Portugal, había osado establecerse en Fuente del Maestre, el país estaba ya sublevado y además los ingleses amenazaban desde Castello-Branco, por lo cual, no creyéndose todavía seguros en Torremocha, fueron hasta Plasencia volando por completo, después de pasarlo, el famoso puente de Alcántara.

Hemos dejado al marqués de La Romana y su exiguo ejército cuando aventado éste por Soult al ir á entrar

en Portugal, tuvo que retirarse hacia Castilla mudando después de dirección y dirigiéndose á Asturias donde lo montañoso del terreno facilitaba la defensa.

Grandes penalidades tuvieron que sufrir los soldados de La Romana atravesando terrenos tan solitarios como montañosos y fríos; pero después de pesadas marchas lograron llegar á Ponferrada del Vierzo en donde supieron que no existían franceses en otro punto que en Villafranca, que estaba guarnecida por mil granaderos escogidos.

El haber encontrado los españoles abandonado en una ermita cercana á Ponferrada un cañón de á doce con municiones y atalajes, sugirió al ayudante Moscoso la idea de atacar á Villafranca, á lo que asintió La Romana, encargando su realización al arrojado general Mendizábal con mil quinientos hombres.

La guarnición de Villafranca á la vista del cañón de grueso calibre y de las tropas de Mendizábal, creyó que sobre ella venía un ejército entero y se encerró en el castillo de la población; pero tras un corto ataque se rindió quedando avergonzados aquellos mil granaderos al conocer que se habían entregado á tan escasas y mal armadas fuerzas sin combatir formalmente.

La toma de Villafranca fué un acto que animó mucho el entusiasmo patriótico que en aquellas regiones reinaba y dió prestigio en el país á La Romana que muy pronto se encargó de desvanecerlo por sí propio mezclándose en cuestiones mezquinas, cuya resolución no competían á un militar que sólo debe tener el más honroso de los encargos: defender á la patria.

Al llegar Romana á Oviedo, salieron á recibirle algunos descontentos con la Junta de la provincia, pertenecientes á clases privilegiadas, y de tal modo consiguieron apoderarse de aquel carácter ligero y tornadizo, que desde el primer momento el general se mostró frío y reservado con dicha corporación. Con el intento de mortificarla Romana, sin autoridad para ello, quiso examinar sus cuentas y como la Junta obrando legalmente se opusiera á ello, el general determinó disolver por un golpe de fuerza aquella corporación que él apellidaba rebelde, y por orden suya penetraron en el salón de sesiones el coronel don José Odonell con cincuenta granaderos, los cuales dispersaron á los vocales, efectuando con tal acto una caricatura del golpe de Estado de Napoleón en 18 de Brumario.

Romana coronó su ridículo triunfo con el nombramiento de una Junta más de su gusto; pero el enemigo se aprovechó de aquellas diferencias que debilitaban la defensa del territorio asturiano, y á las órdenes de Ney se propuso invadirle. Estaba tan ocupado La Romana en las mezquinas cuestiones de rivalidades y en ejercer arbitrariamente de autoridad suprema,

que tenía olvidado á su ejército, el cual á las órdenes de su segundo, don Nicolás Mahy, estaba cerca de Lugo. A tal punto llegó su distracción, que sólo supo marchaba Ney contra Oviedo cuando los franceses se encontraban á pocas jornadas de la capital. El marqués tuvo que embarcarse apresuradamente en Gijón, y en tanto Ney entró en Oviedo el 19 de Mayo encontrando la ciudad casi sin habitantes. Por tres días fué ésta entregada al saqueo; pero no pudo permanecer en ella Ney por mucho tiempo á causa de las alarmantes noticias que de Galicia recibía, y dejando á Kellermann de guarnición en Oviedo, salió apresuradamente para sofocar la insurrección de Tuy, auxiliar á Soult en su retirada y librar á Lugo de la amenaza de Mahy.

Este entretanto con su división, cuya vanguardia mandaba el heróico D. Gabriel Mendizábal, tropezó en Castro, á dos leguas de Lugo, con una columna francesa á la que derrotó obligando á retirarse apresuradamente á la ciudad. Quiso al día siguiente vengar tal derrota el gobernador de la plaza Fournier, general más versado en hablar en latin con curas y obispos, que en conocimientos militares y salió con todas sus tropas contra Mahy que formó su gente en dos columnas que mandaban Mendizábal y Taboada, estando apoyadas por doscientos jinetes que capitaneaba D. Juan Caro. Una estratagema de Mahy decidió el éxito de la acción, pues hizo creer al enemigo que tenía un regular cuerpo de caballería de reserva, colocando á gran distancia de la retaguardia algunos soldados montados en los caballos de los oficiales y las bestias que conducían los bagajes.

La infantería española se batió con gran serenidad y arrojo, y muy pronto se decidió la victoria en favor nuestro huyendo revueltos, jinetes y peones del ejército enemigo, y entrando en fuga en la más espantosa confusión con lo cual nuestro ejército, acercándose á él, pudo establecer, á pesar de su exiguo número, un asedio en regla.

Con esta victoria aumentóse exageradamente la fama de valor del ejército de Galicia, y se produjo tal entusiasmo en el país, que se cubrió de guerrillas que perseguían por todas partes á los franceses, ansiosas de medir las armas con ellos. Los hombres de más prestigio se valieron de su nombre y relaciones para insurreccionar al país, y además La Romana y la Junta central enviaron á Galicia jefes á propósito para tal lucha, que se pusieran al frente de las partidas. Entre los enviados por la Central figuraba el alférez D. Pablo Morillo que, algunos años despues, tanto había de distinguirse en las guerras de América, llegando á los más altos cargos de la milicia.

Aquellas fuerzas populares nacidas y organizadas al calor de la revolución con una audacia sin límites, acometieron empresas de que á primera

vista no parecían capaces. La ciudad de Vigo fué sitiada por el abad de Valladares, que no contaba entre sus tropas ni un solo soldado de línea, y tal era la eficacia con que se dedicó á tal empresa que los franceses se vieron en gran apuro, no decidiéndose á la rendición por la vergüenza de ser vencidos por un hombre que no pertenecía á la clase militar. Llegó por entonces al popular ejército D. Pablo Morillo que por sus relevantes servicios de alférez había sido ascendido á coronel, por lo que el abad de Valladares le transfirió el mando, y ante las ásperas intimaciones de un militar, los sitiados se decidieron á la rendición, aunque sólo llegaron á pedirla cuando vieron que una de las puertas de la ciudad caía bajo el hacha del valeroso Cachamuiña, que despreciando las balas enemigas disparadas casi á quemaropa y cubierto de heridas, estuvo por algunos tiempos haciendo astillas aquélla. Con la conquista de Vigo, hecha sin cañones ni obras de ingenieros y sin otros medios que los que proporciona un entusiasmo sin límites, quedaron en poder de los sitiadores unos mil trescientos franceses y ciento diez y siete mil francos en moneda francesa.

Mientras tal éxito alcanzaban las guerrillas, el abad de Couto continuaba el sitio de Tuy, aunque con escaso éxito por la mezquindad de sus fuerzas; pero cuando acudieron en su auxilio los vencedores de Vigo, el resultado aun fué peor, pues ausente Morillo por cuestiones de servicio, comenzaron á surgir diferencias entre los jefes de las guerrillas sobre quien debía ejercer el mando supremo, descuidándose con ello el asedio, de lo que se aprovecharon los sitiados haciendo continuas salidas en una de las cuales lograron apoderarse de la artillería que por primera vez tenían los patriotas gallegos.

La proximidad del general Hendelet con una fuerte columna de socorro, les hizo levantar el sitio y de este modo una empresa acometida con mayores medios que el asedio de Vigo, fracasó por la ausencia de un hombre enérgico y las mezquinas rivalidades entre los jefes.

Los naturales de la orilla derecha del Miño, habían levantado y disciplinado un buen golpe de gente que muy pronto con una victoria borró la mala impresión producida por el desastre de Tuy.

Tenían las tropas organizadas el título de division del Miño y estaban divididas en varios regimientos que alcanzaron gran renombre en el transcurso de la guerra. Al frente de uno de ellos, púsose el intrépido D. Pablo Morillo, y, por fin, el 7 de Mayo, á instancias de todo el país, tomó el mando de la división D. Martín de la Carrera, que hasta entonces había estado en Puebla de Sanabria recogiendo dispersos, y que era una especie de joven paladín de los descritos en libros de caballerías, célebre por su membruda complexión y por la

facilidad con que de un sablazo derribaba, sin duda, dos ó más enemigos.

Puesto al frente de la división y llevando además nueve cañones y alguna caballería, marchó Carrera hacia Santiago, y al llegar al campo llamado de la Estrella, cerca de dicha ciudad, se encontró con el general Mancune, que con tres mil infantes y trescientos caballos salía en su busca.

El ímpetu con que los españoles llevando su general al frente cargaron sobre los franceses fué tal, que éstos se desbandaron metiéndose en la ciudad revueltos con sus enemigos, siendo Morillo el primero de entre los suyos que penetró en Santiago.

Apoderáronse los españoles en dicha ciudad de gran cantidad de armamento y de un buen número de arrobas de plata labrada que habían recogido los franceses y en ella permanecieron por algún tiempo, teniendo por fin que retirarse ante las operaciones que emprendieron en combinacion Soult y Ney, á su vuelta de Portugal y Asturias respectivamente.

Las victorias alcanzadas por los soldados de la patria, en Galicia, demostraron una vez más la necesidad que había de que la guerra se compusiera por nuestra parte de pequeños combates y no de grandes batallas.

En los primeros la victoria nos era siempre fiel y en la segunda la desgracia se ensañaba con nuestras tropas. Para éstos era necesario lo que nosotros no teníamos, buenos generales, mientras que para aquéllos bastaba con lo que el pueblo español tiene de sobra: valor, audacia y fortaleza.

Las páginas más gloriosas de la epopeya de nuestra independencia no las escribieron con su sangre los soldados de profesión y los generales de carrera, sino aquellos ejércitos voluntarios llamados guerrillas y aquellos caudillos que surgían espontáneamente de la clase civil y se elevaban desde las más humildes capas sociales en que habían vivido.

Pronto vamos á ocuparnos de las guerrillas, forma eterna de nuestras guerras, sistema militar que será siempre el de los españoles y que en nuestras épocas de desgracia han impedido que las invasiones extranjeras se consolidaran en nuestro país.

Cierto es que la causa que determinó la evacuación de nuestro territorio por los franceses, fueron las últimas batallas ganadas por nuestros ejércitos al mando de Wellington; pero no es menos cierto que sin las guerrillas que entretuvieron y debilitaron al enemigo, la nación después de las espantosas derrotas que sufrimos en los campos de batalla, hubiera sucumbido á José llegando el auxilio de la Gran Bretaña demasiado tarde.

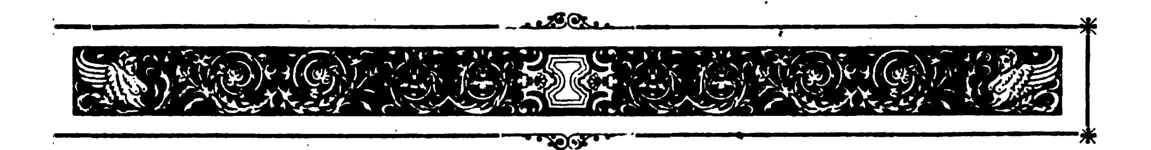
Las guerrillas, pues, salvaron España.

Habrá quien las desprecie siendo partidario exclusivo de los grandes ejércitos y de las batallas decisivas;

pero será por no considerar lo peligroso de este sistema, y que casi siempre los pequeños, valiéndose del número y de la tenacidad, acosan hasta debilitar el grande.

El león deshará con su garra cuantos animales tan fuertes como él se pongan á su alcance; pero no podrá librarse de morir bajo los incesantes ataques de un tropel de fieras avispas.

En nuestra guerra de la independencia aquel gran ejército creado por Napoleón, semejante á la más fuerte de las fieras, arrolló cuanto se opuso á su paso; pero no pudo librarse de aquel enemigo sútil que se escapaba entre sus garras para volver á herirle donde menos lo esperaba, y sucumbió, no en los campos de batalla, sino debilitado por los incesantes golpes de las guerrillas.



CAPITULO X

1809

ıs guerrillas.—Su nacimiento y desarrollo.—Su aspecto.—El lado sublime y el feo.—Generales y guerrilleros.—Como aparecieron los más ilustres guerrilleros.—Popularidad universal.—Víctor Hugo y el Empecinado.—Organización interna de las guerrillas.—Su historia es la de nuestra regeneración política.—La guerra en Galicia.—Levanta Mahy el sitio de Lugo.—Marcha atrevida del ejército.—Plan acordado por Soult y Ney.—La división del Miño.—Triunfo que alcanza en Puente San Payo.—Efecto que causa en Galicia.—Desastrosa marcha de Soult.—Le acosan las guerrillas y tiene que retirarse á Castilla.—Le sigue Ney.—Queda libre Galicia.—Huye Kellerman de Asturias.—Vergonzosa sorpresa de Ballesteros en Santander.—Arrojo de Porlier y del regimiento de la Princesa.—Conducta tiránica de Romana en la Coruña.—Es nombrado individuo de la Central y le sucede el duque del Parque.—La guerra en Aragón.—Se encarga Blake del mando del ejército aragonés.—Sublevación de algunas poblaciones francesas.—Batalla de Alcañiz.—Pánico de los franceses al verse derrotados.—Derrota de Blake en María.—Segunda derrota en Belchite.—Se retira á Cataluña.—Conspiración patriótica en Barcelona.—Escasas ventajas adquiridas por los franceses en España.—Resultado de la guerra de Austria.—Parangón de lo que vale un rey sin pueblo y un pueblo sin rey.

AL hablar de las guerrillas, despierta en la memoria de todo spañol un mundo de hermosos reuerdos. Ellas constituyen la parte ıás notable de la historia patria, son uestro arte militar, nuestra aureola e gloria y forman esa brillante epoeya de veinte siglos que canta el alor y la entereza del soldado español.

La historia de nuestro pueblo, con sus sangrientas é interminables guerras, es la voz que mejor hace la apología de ese sistema de guerrear innato en todos los españoles.

Hay naciones que pueden ser vencidas y hasta borradas del universal mapa político; que al sentir una invasión extranjera corren el peligro de

desaparecer como el peñasco de la costa bajo las enormes olas; que á pesar de su protesta armada acaban por agonizar bajo los piés de un ejército extranjero y victorioso; pero España jamás llegará á figurar entre tales naciones, porque así lo demuestran las diversas circunstancias, tanto halagadoras como tristes, por que ha pasado.

España es indomable é invencible, cuando trata de defender su independencia.

Tal suerte la debe al especial carácter de sus hijos, carácter que tiene su manifestación más propia en la guerrilla, ese sistema militar mediante el cual el tranquilo ciudadano se transforma en un instante en aguerrido soldado, y el médico, el alcalde ó el posadero de un lugar en victorioso general.

¿Qué importa que la nación se vea invadida por un ejército hasta entonces reputado de invencible? ¿Qué importa que los caminos se conmuevan bajo el peso de los cañones; que en el llano caracoleen grandes masas de caballería y que coronen las alturas regimientos que brillan á los rayos del sol como líneas de fuego?

Reina de pronto en la ciudad y en el campo, en la casa y la cabaña una inexplicable conmoción. ¡La patria está en peligro! Los amigos se encuentran y se saludan con gravedad como dominados por tenaz pensamiento, unos á otros se hacen misteriosas señas, palidecen de rabia cuando los mira de frente un soldado invasor y una noche se levantan mucho ante de que apunte el alba, abrazan á su esposa, dan un beso, que tal vez es el último, á sus hijuelos que duermen con la tranquilidad de la inocencia, descuelgan la vieja arma que sirvió á sus antecesores y parten veloces para formar ese algo que nace en el monte al día siguiente, misterioso y vago para los enemigos, pero que siembra la destrucción donde aparece; que es intangible como el espíritu y elástico como la nube, que corre como el fuego fatuo y se desvanece como la niebla, que se agiganta cuando lo desea como la bola de nieve que rueda por la ladera; que tiene la rapidez del vértigo y el ímpetu arrollador de la tromba, la astucia de la zorra y la nobleza del león y que en unas ocasiones al verse perseguida, se convierte en hormiga para esconderse en las profundidades de la tierra y en otras semejante á un mónstruo radiado se posa en una cumbre y explora el horizonte para extender después sus garras sobre el llano destrozando al descuidado enemigo.

Eso es la guerrilla.

Sus efectos son terribles para el enemigo. En la historia de nuestra patria así se encargan de manifestarlo los romanos que lucharon con Viriato y Sertorio y con cántabros y astures; los sarracenos que tuvieron que retroceder ante los reyecillos cristianos, verdaderos jefes de guerrilla; los monarcas austriacos que se defendieron de las masas populares amantes de

sus privilegios; Felipe, el primer Borbón que se vió acosado por los guerrilleros del Mediodía y sobre todo el ejército de Napoleón que dejó enterrados en nuestro suelo cerca de medio millón de combatientes.

La guerrilla es temible porque tiene su gestación en las entrañas del pueblo y éste encierra en su seno todas las fuerzas conocidas, desde el ímpetu de la fiera á la violencia brutal, pero sublime, de la tempestad.

Y sin embargo, ese organismo tan beneficioso para la patria en sus resultados, y que tanto puede, presenta siempre un aspecto miserable y mezquino.

La constituyen grupos de hombres que ostentan el conjunto más abigarrado y heterogéneo; entre el mendigo andrajoso y el rudo campesino, el culto burgués de la ciudad; el muchachuelo camina al lado del anciano; el traje nuevo roza con los harapos, las fuertes botas, las ligeras alpargatas y los piés desnudos huellan el suelo al mismo tiempo, y sobre los hombros pronto siempre á hacer fuego, figuran el trabuco tan descomunal como viejo, la escopeta de llave siempre descompuesta, el fusil antiguo, y cuando las armas escasean, el garrote duro y nudoso, que en las luchas cuerpo á cuerpo sirve para machacar el cráneo al enemigo.

Tal es el aspecto que presenta la guerrilla.

Ante esos hombres andrajosos y sucios como pordioseros, retrocedieron vencidas aquellas brillantes y gloriosas legiones á quienes coronó la victoria en Austerlitz y Jena.

Lo más hermoso, lo más sublime, siempre tiene en el mundo su lado feo, y la guerrilla no está libre de este defecto.

Nuestra historia contempóranea es la encargada de acreditarlo con sus sangrientas luchas. La guerrilla, ese organismo militar tan justamente celebrado, es la principal base de nuestras guerras civiles y la que más contribuye á que éstas se eternicen, y de contiendas regulares acaban de convertirse en luchas de fieras.

Considerada bajo este aspecto, la guerrilla ya no debe ser tan elogiada. Aquello que contribuye á la independencia de un pueblo, á librarle de la tiranía y á conquistarle la libertad, es acreedor á la veneracion universal; pero lo que facilita el que los hermanos se exterminen y que la nación se retuerza dolorida bajo los esfuerzos de los que la quieren hacer retroceder en su progreso, sólo debe excitar reprobación unánime.

Las guerrillas de patriotas de nuestra lucha por la independencia despertarán siempre tanta simpatía en el pecho de todo buen español, como serán odiadas esas otras guerrillas de las contiendas civiles en que seres fanáticos ó malvados deshonraban el organismo militar nacional, haciéndole servir para una causa tan reprobada y anacrónica en la época presente, como la del altar y el trono.

Mina, el Empecinado, D. Julián Sánchez, Romeu y todos los innumerables guerrilleros de la Independencia, serán siempre los verdaderos representantes de ese glorioso sistema de guerrear, propio de nuestro pueblo; pero el Trapense, Tristany y todos los demás caudillos de montaña que durante el presente siglo han batallado por el absolutismo, á pesar de emplear iguales medios que aquéllos no serán considerados por la futura historia más que como bandoleros en cuadrilla.

La guerrilla española será siempre igual y dará idénticos resultados, pero su gloria no consistirá principalmente en los éxitos sino en la bondad de la causa que defienda.

Como la guerrilla es hija del entusiasmo, no tarda en hacer su aparición en todas las revoluciones. En la guerra por la independencia apareció en muchas provincias antes de que en ellas se iniciase el levantamiento nacional.

Acababa de darse el general grito de guerra contra Napoleón, y ya corrían los llanos de Castilla guerrilleros tales como el Empecinado y el cura Merino.

De aquella lucha sublime salieron los generales más notables que produjo España en los primeros treinta años de este siglo.

Ni uno solo de los viejos militares procedentes de la célebre escuela de Puerto de Santa María, llegó ni con mucho á alcanzar los triunfos que dieron á la patria hombres que hasta el principio de la guerra no habían tenido en las manos otra cosa que el arado del labrador ó la vara del arriero.

Las revoluciones así como producen genios políticos más ilustres, dan vida también á los caudillos más esforzados. Una nación en calma es semejante á un aurífero río en cuyo fondo reposan desconocidas y olvidadas las partículas de rico metal; pero así que llega á ella la revolución, con sus nerviosas conmociones lo agita todo y hace salir á la superficie los seres que sin ella hubieran muerto ignorados, no dándose cuenta ni á sí mismos de las facultades con que les había adornado la naturaleza.

Aquellos generales franceses que en el pasado siglo, al frente de los ejércitos republicanos, no sólo defendieron las fronteras de su patria sino que penetraron hasta el corazón de las naciones enemigas, eran hombres salidos de las últimas capas sociales, sin estudios de ninguna clase y en quienes la inspiración y el talento suplía la ignorancia científica. En una época tan gloriosa, aparecieron en Francia generales jóvenes y afortunados, como Hoche, Marçau, Kléber, Desai y demás caudillos que se inmortalizaron en las campañas del Rhin, de Italia y de Egipto, y el mundo supo que los que sembraron el terror en los ejércitos reputados hasta entonces como los mejores de Europa, un año antes, eran sargentos de la guardia nacional, alumnos de Bellas Artes, modestos relojeros ó mozos de posada. Los mis-

mos mariscales del imperio, engalanados con títulos de un resucitado feudalismo y que Napoleón enviaba á nuestra nación para que sometieran por las armas á los españoles, tenían un origen igualmente modesto, no procedían de colegios aristocráticos y contaban por toda ciencia militar los importantes conocimientos adquiridos sobre el campo de batalla sirviendo en los ejércitos de la República.

Igual debía suceder en nuestra guerra por la independencia, que al fin no fué más que una gloriosa revolución con la que quedaba iniciada la regeneración política de España.

Los caudillos populares, los generales improvisados, los que salieron al campo á *matar franceses,* seguidos de dos ó tres amigos para mandar al poco tiempo miles de hombres, fueron los que dieron principal esplendor á la epopeya nacional.

Al comenzar la guerra había en España un buen número de generales encanecidos en la vida militar, avezados á la lucha, y rigoristas hasta el exceso en la disciplina y la organización del ejército y, sin embargo, ninguno de ellos dió á la patria una mediana victoria cuando operaban sin otro auxilio que su propia inspiración. A excepción de Castaños, cuya participación en el éxito de Bailén ya vimos fué algo problemática, los demás generales de renombre, como Cuesta, Blake, Cartaojal y otros, no hicieron más que cometer solemnes desatinos que provocaron las amargas lágrimas de la patria y las alegres carcajadas de los mariscales franceses que hasta entonces no creyeron tuvieran que habérselas con generales tan ineptos. Aquellos caudillos que años antes en la degenerada España borbónica, gozaban la fama de grandes tácticos y á quienes la nación sublevada con la mejor buena fe encomendó su suerte, se deshonraron colocando en una parte su ejército en infantil formación y sin reserva alguna, en otra haciendo formar en batalla á reclutas bisoños teniendo un caudaloso río á la espalda, y en todas ocasiones, huyendo con la mayor precipitación y desorden así que notaban que dos columnas enemigas operaban convenidas con el intento de envolverles, ó retirándose sin entrar en lucha mientras que los subordinados, cumpliendo sus órdenes, se dejaban matar en las posiciones avanzadas esperando un auxilio que nunca llegaba.

En cambio un labrador rudo que no ha conocido más armas que su fusil en la época que fué soldado raso en la campaña del Rosellón, sale un día del pueblo de Fuentecen acompañado de dos amigos, con la fe sublime de los héroes, dispuesto á exterminar á todos los invasores y desde aquel día, la patria tiene un caudillo que no duerme tranquilo si no se ha batido con fuerzas francesas diez veces mayores y las ha derrotado; y que poco á poco convierte su pequeña partida en fuerte división que da batallas campales y establece sitios y hace que el nombre

de Juan Martín el *Empecinado*, se haga tan grande que no sea capaz España para contenerlo y se extienda por todo el mundo; otro hombre del campo, allá en Navarra, donde mayor es la concentración de fuerzas enemigas y más cercana está la frontera que vomita invasores, cuando ve que un sobrino suyo cae prisionero de los franceses, reune á doce allegados y lanzándose al campo para detener correos y convoyes, acaba al poco tiempo por mandar regimientos de voluntarios provistos de artillería, por derrotar á los imperiales más de doscientas veces, por tener en perpétuo asedio una plaza tan fuerte como Pamplona, establécer aduanas en las fronteras, no dejar que por ésta pase ni el más pequeño auxilio para los contrarios y por lograr que el nombre de Espoz y Mina sea conocido y admirado desde Rusia hasta el Brasil; un médico de Toledo monta un día á caballo y enardece á sus clientes del campo, llegando á formar á los pocos meses un ejército popular del que es nombrado general; con él, impide que los soldados de Napoleón salgan más allá de las puertas de Madrid y que dejen de marchar por los llanos de la Mancha en grandes columnas, y toda la nación aclama á D. Juan Palarea como un héroe de la patria; un ganadero de Salamanca, reune á sus criados y á toda la gente del oficio y les incita á que las garrochas usadas hasta entonces en los toros, sirvan para destrozar á los verdugos de la independencia y á poco José Bonaparte oye con asombro las casi legendarias proezas que en los llanos de Castilla, llevan á cabo los temibles lanceros de D. Julián Sánchez; un hacendado aragonés se escapa cuando le conducen prisionero á Francia por sus hazañas en los dos memorables sitios de Zaragoza, y así que se ve libre, subleva á los bravios habitantes de la provincia de Huesca y se asombra el orbe al ver como don Mariano Renovales se libra de las innumerables columnas que le persiguen sin tregua y aprovecha todos sus descuidos para derrotarles; un rudo pastor de veinte años que no sabe ni leer, troca un día el cayado por la carabina y las Vascongadas se conmueven con los heróicos hechos de Jauregui, que llega á general; un rico joven de Sagunto, arma á su costa numerosas partidas y pone en jaque todas las fuerzas del intruso que ocupan el reino de Valencia, las destroza sin salir nunca vencido y la patria, después de un año de glorias, contempla dolorida como muere en la infame horca con la tranquilidad del mártir y la entereza del patriota, D. José Romeu, no derrotado sino vendido por la traición; un alférez oscuro se pone al frente del paisanaje gallego mal armado y sin cañones y con escasa pólvora conquista una ciudad tan importante como Vigo, dando á conocer el nombre de D. Pablo Morillo, que tan célebre debía hacerse en América; un sacerdote que no había pensado nunca en la guerra, ofendido por los groseros insultos

de los invasores, pide prestado un viejo trabuco y se embosca con su sacristán en los caminos para hacer fuego sobre los franceses que *vayan más majos* y acaba por ser el jefe de algunos miles de hombres que hacen ver que el cura Merino es el azote de los franceses en Castilla y así como todos estos héroes, salen otros muchos cuyo número es infinito como infinita es la indignación de un pueblo que lucha por su libertad y cuyos nombres no consignamos porque si bien sus actos fueron tan heroicos como los de sus compañeros, no consiguieron tanta fama á causa de la pequeña zona que sirvió de teatro á sus operaciones y de la escasez de las fuerzas puestas bajo su mando (1).

A más de trescientos ascendieron los guerrilleros que fueron apareciendo en las diversas provincias, y ni uno solo de ellos dejó de preocupar á los generales franceses que temían nuestra guerra popular tanto como despreciaban nuestros ejércitos regulares.

De ninguno de los generales antiguos, hicieron mención en buenos términos los mariscales franceses en sus conversaciones y escritos, y en cambio aquellos caudillos populares nacidos de la revolución, merecieron el elogio de los guerreros universalmente conocidos que igual principio habían tenido en su patria.

Los guerrilleros españoles no alcanzaron sólo los honores de la popularidad y la gloria en su patria, sino que Europa entera los admiró sin que de este tributo se libraran los mismos franceses.

Mina y el Empecinado, los dos caudillos que aun tenían las manos encallecidas por la esteva y que soñaban en volver á las labores agrícolas así que terminara la guerra, fueron sin disputa, durante el transcurso de éstos y muchos años después, los hombres más en moda en toda Europa, y sus apellidos los más nombrados por todos los pueblos cultos. Lo mismo en los regios salones de San Petersburgo y Viena que en los palacios de la aristocracia inglesa, se seguía con vivo interés la accidentada y gloriosa vida de aquellos dos rudos hijos del pueblo; las damas más elevadas buscaban sus retratos, y ansiosas de conocer al hijo de Idocín, pueblo navarro que cuenta once casas, y al de Fuentecén, lugar igual en importancia, y á los cuales llevadas de la imaginación y de lo portentoso de sus hechos, se representaban en un todo semejantes á los legendarios paladines de la Tabla Redonda.

Nadie como los mismos franceses procediendo con estricta justicia, se encargaron de hacer la apología de aquellos generales improvisados por las agitaciones de la revolución y por sus propios esfuerzos.

(1) Los que deseen conocer con extensión el nacimiento y desarrollo de las guerrillas, pueden consultar la ya citada obra de D. Enrique Rodríguez Solís, *Los guerrilleros de 1808*, notable por el caudal de datos que encierra, nuevos en su mayor parte.

Napoleón afirmó en varias ocasiones que aquel Mina había llegado á preocuparle, pues veía en él no sólo á un valiente guerrillero sino á un hombre de la madera de los grandes generales, y capaz con el tiempo de regir con sabiduría ejércitos regulares, predicación cuya certeza vino el tiempo á demostrar.

El Empecinado no mereció menores elogios de los invasores, pues nadie como ellos podía saber hasta dónde llegaba la audacia, el valor y la fortuna de tal caudillo.

El general Hugo, padre del eminente Víctor Hugo, fué encargado por José de perseguir á D. Juan Martín á causa de la celebridad que en las campañas de Italia había adquirido batiendo á las partidas de los Apeninos. El gran poeta del siglo se ha encargado de hacer el mejor elogio del Empecinado en pocas líneas, al hablar de las campañas de su padre. Dice así:

«Convoy que no llevara por escolta todas las tropas puestas á las órdenes del general Hugo, podía darse por interceptado; columna volante que marchase por la zona de operaciones del Empecinado, iba medio derrotada; tan penetrados iban los franceses que la componían del destino que les esperaba, que no pocas veces huyeron sin pelear, á la sola presencia del guerrillero.

»Mientras iba mi padre de Sigüenza á Guadalajara ó de Brihuega á Molina en busca del Empecinado, aparecía éste en Cuenca ó sorprendía la Casa de Campo de Madrid, esperando atrapar al mismo rey intruso que solía ir á ella en busca de solaz y descanso.

»El general Hugo, desorientado casi siempre respecto á las maniobras de su contrario, concluyó por sentirse desalentado, y después de cerca de dos años de continuas fatigas, de fracasos y disgustos, pidió su relevo y regresó á Madrid del que fué gobernador, para abandonarlo después á su rival que entró al lado de Wellington, el vencedor de los Arapiles.»

Tanta era la popularidad que alcanzó aquel caudillo y á tal punto llegó el entusiasmo que la nación sintió por él, que los patriotas tomaron para designarse el apodo de D. Juan Martín.

«Aquí todos somos empecinados,» decían los pueblos como contestación definitiva cuando los franceses les intimaban la rendición, y con el nombre de *empecinados* también designaban en sus partes los generales del Imperio á los españoles en armas.

Aquella sublime fama de que gozaba el heróico D. Juan Martín, debía hacerse extensiva á todos sus compañeros de igual categoría, pues el pueblo le daba tal renombre mirándolo como representante genuino de todas las guerrillas.

No podía ser más justo el renombre de tales caudillos, pues realizaban hechos dignos de figurar en libros de caballería andante. La audacia y la suerte de aquellos hombres no tenía límites y Europa se asombraba al sa-

ber que Mina con un pelotón de jinetes montados en bestias de labranza y armados con groseras picas fabricadas por ellos mismos, habían roto y deshecho en la batalla de Sesma los cuadros formados por las legiones francesas, tan celebradas por su valor y firmeza, y que los lanceros de D. Julián Sánchez, después de arrebatar á un fuerte destacamento enemigo los toros que llevaba para surtir Salamanca de carne fresca, habían tenido el atrevimiento de verificar con ellos una corrida cerca de los muros de la ciudad, lidiándolos con gran algazara á la vista de la asombrada guarnicion francesa.

Hazañas tan inconcebibles como ésta, llevaron á cabo tantas aquellos españoles esforzados, que su relación constituiría una hermosa é interminable epopeya.

La síntesis de las proezas de aquellos heróicos patriotas lo hizo el ilustre D. Salustiano Olózaga en 1858, en un trabajo en que terminaba diciendo con gran exactitud:

«No ha llegado aún, ni llegará en mucho tiempo, el día en que se haga el paralelo entre Viriato y nuestros más ilustres güerrilleros de la guerra de la Independencia. Estamos muy cerca todavía de este inmenso y magnífico cuadro, y no podemos verlo en toda su grandeza.»

Los generales populares que tanto asombro causaban, los que vencían á los primeros caudillos del mundo, demostraban en sus momentos de descanso, su verdadera naturaleza, y la de aquel movimiento revolucionario que les había sacado de la oscuridad. Aquellos hombres que no sabían ser vencidos y que causaban pavor á los generales más ilustres que habían recorrido victoriosos toda Europa, ignoraban las más rudimentarias formas de esa cortesía que se aprende, procedían en todos los asuntos con esa franqueza abrumadora propia de la *campechana* gente, no sabían lo más elemental en jefes que mandaban fuerzas y hasta algunos de ellos llegaron á altos grados del ejército sin lograr después de ingenuos y colosales esfuerzos, saber pintar la firma.

Para todos aquellos héroes lo importante era derrotar á los franceses y librar á la patria de todos ellos; obrando al revés de muchos generales de nuestros tiempos que se apresuran á noticiar al gobierno encuentros insignificantes como grandes batallas, se cuidaban muy poco de que el mundo tuviera noticia de sus proezas. Al normalizarse la guerra, las juntas de provincia exigieron á los guerrilleros les comunicaran el resultado de sus operaciones, y desde entonces comenzaron á llegar á estas, partes escritos en pedazos de papel arrugados y mugrientos, encontrados muchas veces sobre el campo de batalla ó en los caminos, y en los cuales en unas cuantas líneas y con un laconismo extremado se daba cuenta siempre de las más estupendas victorias que habrían bastado á enorgullecer á otros generales. No había en tan originales documentos lis-

tas de individuos que se habían distinguido y eran merecedores de premio. Todos eran iguales; todos habían cumplido con su deber, y por tanto era innecesaria la recompensa de la patria.

Aquellos partes estaban redactados en el estilo más original. Unos los encabezaban con una cruz y estaban en forma de carta; otros comenzaban con la fórmula *en nombre del Padre, del hijo*, etc., y únicamente cuando tiempo adelante los ilustres guerrilleros á fuerza de vencer franceses y rozarse con los ejércitos regulares de España, fueron enterándose de las costumbres militares, fecharon sus partes *en el campo del honor*.

Europa sonreía al conocer la ingenua manera de expresarse de aquellos hombres esforzados como los héroes cándidos é inocentes como los niños.

El mismo D. Juan Martín, mal de su grado, causaba regocijo á los patriotas ilustrados, cuando escribía en sus partes que él sabía siempre por donde iban los franceses sin que para ello tuviera que mirar *la mapa* y le costó gran trabajo conformarse á decir en sus comunicaciones que encontrando á los enemigos los había derrotado, pues era más de su gusto usar expresiones tales como *los he despachurrado, les solté buena paliza, los he jeringado*, etc.

Estas manifestaciones rudas en hombres tan populares y que tan grandes servicios prestaban á la patria, hacían ver el estado de oscuridad en que el régimen absoluto había tenido á una nación que tanto valía y la conveniencia de aquella revolución que daba vida á seres de tanto valer.

Las virtudes cívicas de guerreros tan esforzados se manifestaron superiores á todo encomio. Cuando la patria agradecida les colmó de honores y de simples guerrilleros pasaron á ser generales, no les turbó el orgullo y la soberbia, y siguieron luchando como antes y sufriendo toda clase de penalidades sin que distrajeran en sus necesidades ni un solo céntimo de las sumas que recaudaban para el tesoro nacional.

Aquellos hombres curtidos por las fatigas y rudos en el lenguaje; que ante su nombre, antes desconocido, llevaban títulos de generales y de brigadieres, y á quienes el gobierno central llamaba en sus comunicaciones excelentísimos señores, pasaban hambre cuando á uno solo de sus soldados les faltaba el pan, comían cuando había de qué entre los compañeros de armas, sin distinción alguna, é iban rotos y desabrigados en las estaciones más crudas, encontrando como único medio de equipo el aprovecharse muchas veces de las ropas de los que quedaban tendidos en el campo de batalla.

Cuando el Empecinado era ya general y á cada momento pasaban por su mano miles de duros enviados al gobierno español, anduvo por algún tiempo con el capote sobre las carnes, pues carecía de camisa por haber dado á un pobre la única que poseía.

Una de las ventajas más grandes con que contaban los ejércitos populares, era la ausencia completa de equipajes de campaña. Cada uno, desde el jefe al último soldado, podía contar únicamente con lo que llevara encima, y de este modo se facilitaba esa acelerada ligereza tan propia de la guerrilla.

Mina, que era nacido para general de ejército regular, había dado á sus guerrillas una acabada organización militar y contaba con algunos elementos propios de fuerzas regimentadas, pero los demás guerrilleros despreciaban tal sistema y hasta creían indigno escribir en las necesidades del servicio, confiándolo todo á la memoria.

En las fuerzas populares no existían más que combatientes y quedaban suprimidos el médico y el secretario si es que no se servían para desempeñar tales cargos algunos de los que se batían cuando llegaba el momento. Además se creía inútil el llevar á cuestas otra cosa que no fueran las armas.

El cura Merino era de los que más odiaban todos los deberes del jefe que fueran distintos del de combatir. Cuando se vió en la obligación de comunicar á la Junta sus operaciones y triunfos, tarea abrumadora, pues él jamás tenía quietas sus tropas y había día en que luchaba con los enemigos varias veces, se propuso llevar á cabo tal trabajo por sí mismo. El cura guerrillero presentaba un aspecto original del que se valieron los franceses para hacer ingeniosas caricaturas, pues iba siempre montado en un buen caballo llevando de las riendas otro igual para descansar al primero en las largas marchas é iba vestido con un largo levitón negro, botas altas y sombrero de copa, completando su equipo un sable, cuatro pistolas, un par de cuchillos, un trabuco y una escopeta. Dentro del alto sombrero llevaba siempre su despacho de campaña, consistente en algunos cuadernillos de papel y un tintero de cuerno, sucediendo en algunas ocasiones que una bala francesa venía á causar graves desperfectos en la secretaría.

Las fuerzas que tal aspecto aparente de desorden presentaban, tenían su principal probabilidad de éxito en esta misma condición. La defensa del país por las guerrillas era fructífera por ser espontánea é hija del sentimiento nacional, y resultaban inútiles todos los esfuerzos hechos por las juntas de provincia primero y después por la Central, para darles una organización regular, pues jamás adquieren éstas los organismos que nacen y mueren con las circunstancias y que desaparecen apenas se disipan los peligros nacionales.

Así que el último invasor abandona el territorio de la patria, desaparece el guerrillero; pero no hay cuidado que se retire mientras la nación esté ocupada por los enemigos. El no conoce la derrota ni el desaliento. Las victorias le envanecen y le declaran

más audaz; pero las derrotas no le arrancan otra manifestación de desaliento que el tradicional. «No importa,» frase sublime que hace la apología del pueblo español y sigue adelante no pensando nunca que ha de morir, porque la patria es inmortal y nadie mejor que él representa la patria.

La guerrilla es una institución grandiosa como lo es el pueblo en todas sus manifestaciones. Inútil es buscar fuera del pueblo el origen de aquellos organismos que salvaron la integridad de España en trances supremos. Las más altas clases sociales, ó corrieron á ponerse sumisas bajo el amparo de los invasores, ó se mezclaron en la causa nacional para retardar su triunfo con inexperiencias ó desaciertos, y el pueblo, sólo el pueblo salvó á la nación que estaba al borde del abismo.

Del pueblo español salieron en pasadas épocas caudillos tan esforzados como Viriato, Diaz de Vivar, Miguelot, Vallejo, Tamarit y otros; del pueblo surgieron á principios del siglo, los héroes que salvaron la patria y del pueblo nacerán siempre los hombres ilustres que saquen la nación de los precipicios en que la arrojen la ambición ó la cobardía de los poderosos.

Como las guerrillas fueron en nuestra guerra de la Independencia hijas del pueblo y de la revolución, necesariamente habían de dejar sentir su influencia en pró de la regeneración política de España. A excepción de unos pocos guerrilleros, hombres fanáticos y de escasas luces, todos los demás luchaban tanto por arrojar á los franceses como para implantar después en la nación los principios democráticos, y los más ilustres de entre ellos se distinguieron después en los períodos revolucionarios, en que un mundo antiguo luchaba con el nuevo, como decididos generales de la libertad.

El ya citado ilustre orador D. Salustiano Olózaga, decía con gran exactitud que la historia de los guerrilleros de 1808 al par que la historia de la guerra de la Independencia era la historia del principio de nuestra regeneración política, ó lo que es lo mismo, la unión en un solo sentimiento del amor á la patria y del amor á la libertad.

El edificio de nuestra regeneración política tiene dos cimientos que, aunque distintos en la apariencia, no por esto son menos sólidos y gloriosos: el uno es las Cortes de Cádiz, y el otro las guerrillas que hicieron propios los santos principios proclamados por aquéllas.

Por la importancia no sólo militar sino política de aquellas fuerzas populares, nos hemos detenido bastante en hacer una descripción, que siempre resultará ligera, de tales organismos que tanta gloria dieron á la patria.

Ocasión tendremos de hacer constar en el curso de este libro las hazañas militares de aquellos guerrilleros que quitaban el sueño á los primeros conquistadores de Europa y ahora, después de haber hecho, aunque á gran-

des rasgos la fisonomía moral de los ejércitos populares y sus caudillos, vamos á continuar la agitada relación de los hechos de la guerra.

. . . .

Hemos dejado á Mahy, general en jefe del ejército de Galicia, en ausencia del marqués de La Romana, empeñado en el sitio de Lugo después de desbaratar la guarnición francesa que le salió al encuentro. Estaba guardada la ciudad gallega por una alta muralla flanqueada por robustos torreones, defensa que si bien no era de gran importancia en una guerra del presente siglo, dificultó á Mahy la conquista que brevemente y al primer intento se había propuesto lograr.

A pesar de esto, es seguro que su gobernador Fournier se hubiera visto obligado á capitular por una sublevación del vecindario que andaba ya bastante alborotado y con deseos de ayudar á los sitiadores, á no haber sabido éstos á los cinco días que Soult con su ejército de Portugal venía en retirada hacia Lugo. Mahy, no queriendo empeñar batalla con un ejército tan desorganizado como el suyo contra las fuerzas que llevaba el duque de Dalmacia, superiores en número y organización á pesar de sus recientes desastres en Portugal, levantó inmediatamente el sitio y fué á situarse en Mondoñedo donde se le unió La Romana, que había desembarcado en Rivadeo después de su fuga precipitada de la capital de Asturias.

No permanecieron mucho tiempo en este punto, pues pronto supieron que Ney, volviendo de Oviedo, marchaba hacia ellos con intento de cogerlos entre dos fuegos en combinación con Soult, y para librarse de tal peligro hicieron una marcha atrevida pasando casi por junto á los enemigos en las cercanías de Lugo para ir á Orense y ponerse en comunicación con las fuerzas levantadas en las regiones de Tuy y Santiago.

La utilidad de esta operación era bien manifiesta, mas, á pesar de esto, el soldado que deseaba batirse por su patria y que siempre veía á su general huyendo de los enemigos, comenzó á murmurar de La Romana hasta el punto de designarle siempre con el nombre de Marqués *de las Romerías* á causa de las marchas y contramarchas que de continuo hacia emprender á su ejército.

Realmente Romana fué el general más insignificante de aquella guerra. Su mérito consistía en su fidelidad á la causa de la patria y su noble conducta en Dinamarca; pero en la Península no hizo otra cosa que huir del enemigo y si no sufrió derrotas tan sólo lo debió á que nunca tuvo el atrevimiento de empeñar una acción aun en circunstancias favorables y con enemigos inferiores. El ejército de Galicia, apenas quedaba por su ausencia encargado á jefes inferiores, alcanzaba regulares triunfos; pero así que volvía él á encargarse del mando, comenzaban las marchas, si algunas veces beneficiosas la mayoría inútiles

que acababan por aburrir y cansar al soldado.

Conociendo Soult y Ney los peligros que tendrían que arrostrar si Romana verificaba su unión con las tropas de Tuy y Santiago y con el intento de sofocar de un solo golpe la insurrección gallega, convinieron que el primero se dirigiera á Puebla de Sanabria en persecución del ejército del marqués, mientras que el segundo marchando contra las fuerzas que mandaba el intrépido Carrera, llegaría á Tuy, pudiendo entonces comunicarse ambos por la línea del Miño.

La división que llevaba este nombre y que en poco tiempo tanta fama había adquirido con sus triunfos ya no estaba mandada por D. Martín de la Carrera, pues por orden de la Central se había puesto á su frente el conde de Noroña, nombrado segundo comandante de Galicia.

Noroña, ante la proximidad de Ney, fué retirándose hasta Puente San Payo, donde tomó posiciones utilizando las obras de defensa y la cortadura del puente, hechas por Morillo en la ría cuando tenía sitiado á Vigo.

El 7 de Junio se efectuó tal operación y apenas había acabado de pasar el ejército el puente de barcas establecido en la ría, se presentaron los franceses en la orilla opuesta, rompiéndose el fuego por ambas partes.

Tenían los nuestros ochocientos hombres más que los enemigos, pero en cambio cuatro mil de sus soldados carecían de fusiles y estaban armados con lo que habían podido encontrar en su tránsito por los pueblos. Las posiciones que ocupaban los españoles eran inmejorables.

El centro de su línea estaba situado en una pequeña altura de la orilla que ocupaban y en la cual se habia levantado una batería que enfilaba el camino de Pontevedra, ocupado por los franceses; á la izquierda tenían la ría de Vigo en la que algunas lanchas cañoneras hacían un fuego certero al enemigo y la derecha estaba apoyada en un terreno que sobre escabroso tenía la defensa del río Caldelas. Además, el puente en este río, situado dos leguas más arriba, había sido cubierto por Cuadra, el jefe de la vanguardia y el valiente Márquez, coronel del regimiento de Lobera.

Hasta las tres de la tarde estuvieron batiéndose los franceses, intentando en vano atravesar el río y apoderarse de las posesiones enemigas, empeño que les costó mucha sangre. Al día siguiente volvió á reanudarse el combate, intentando Ney flanquear la izquierda española por un banco de arena que dejaba al descubierto la marea baja mientras que por la derecha se proponía pasar el río por el puente Caldelas y los vados de Sotomayor; pero todos sus esfuerzos resultaron inútiles ante la firmeza con que se batían los españoles. Muchos centenares de franceses cubrieron con sus cadáveres aquellos lugares y por fin el general francés perdida la esperanza de triunfo y conociendo que allí perece-

ría todo su ejército si continuaba el ataque, dió orden de retirada al amanecer del día 9, levantando el campo con la precipitación de un fugitivo.

La victoria de Puente San Poyo produjo el mayor entusiasmo en toda Galicia y vino á romper tan inesperada como radicalmente los planes concertados entre Ney y Soult.

Este en tanto se había internado en persecución de La Romana y no fué más afortunado que su compañero. Siempre en busca de un enemigo que se le escapaba, alejándose cuando él lo creía más cercano, pasó tres semanas Soult marchando en dirección á Oviedo por un terreno áspero que facilitaba mucho las operaciones de las guerrillas. El duque de Dalmacia era el general francés más predestinado á sufrir los terribles ataques de las fuerzas populares. El paisanaje fué siguiendo sus pasos y molestándole de tal modo, que cansado al fin de una lucha tan terrible y sin gloria con un enemigo invisible, pero que tantas bajas causaba en sus tropas, se decidió á abandonar Galicia para poder dar descanso á éstas, que estaban fatigadas por los desastres de Portugal y aquella guerra de montaña tan sangrienta como interminable.

Por el Monte Furado, llamado así á causa del tunel con que le perforaron los romanos, pasó Soult de Galicia á Castilla, y en venganza de los estragos que en sus tropas causaban las guerrillas de los hermanos Quiroga, desde la orilla del Sil hizo que el general Loison saqueara horrorosamente los pueblos de aquellos alrededores.

Romana, que huyendo de Soult había pensado ya ampararse de la frontera portuguesa, al ver como se retiraba su enemigo recobró la calma, y volviendo sobre sus pasos fué á dar descanso á sus tan fatigadas tropas en Puebla de Sanabria.

Gran sorpresa experimentó Ney al tener noticia de la retirada de su compañero, y enojado por aquella conducta de Soult así como juzgándose débil para sofocar por sí solo la insurrección de Galicia, determinó abandonar ésta dejando en su retirada rastros de vandalismo como el saqueo de Astorga.

Con esta evacuación, Galicia se vió libre de enemigos á los cinco meses de haber penetrado éstos en ella. El valor y patriotismo del pueblo gallego, rayó en aquella ocasión en lo heróico. Sin ejércitos que merecieran el nombre de tales, sin grandes generales y fiándolo todo á las guerrillas y á los caudillos salidos del pueblo, consiguió en poco tiempo lo que otras regiones por la fuerza de las circunstancias no alcanzaron en el transcurso de la guerra por más esfuerzos que hicieron. En aquellas provincias tan fuertes por sus montañas y bosques, como por el valor indómito de sus hijos que sienten con exageración el cariño á su tierra, los franceses sufrieron golpes de los más rudos, y buena prueba de ello fué que al contar Ney y Soult sus respectivos ejércitos al sa-

lir de Galicia, se encontraron con que éstos estaban reducidos á la mitad del número de soldados que tenían cinco meses antes.

Abandonada Galicia por los franceses, difícil les era sostenerse en Asturias á los generales Kellerman y Bonnet, cuyas tropas habían sufrido gran disminución por los refuerzos que se llevó Ney al marchar en socorro de Lugo.

Al ver lo difícil que se hacía la situación de los franceses en Asturias, los generales españoles de aquella región cobraron nuevos ánimos y se lanzaron desde las montañas en que estaban escondidos, á combatir á los invasores. Los generales Barcena y Worster, se dirigieron en combinación hacia Oviedo, pero Kellerman no juzgó prudente esperarlos y con gran precipitación abandonó la capital asturiana dirigiéndose á Castilla.

Ballesteros, que de simple capitán retirado y visitador de tabacos había sido ascendido de un golpe á mariscal de campo por la Junta de Asturias, que como la mayor parte de las autoridades de la época no era muy parca en materia de conferir empleos, se había encastillado con diez mil hombres en la histórica cueva de Covadonga, con el romántico empeño de imitar á Pelayo como si fueran iguales las circunstancias.

El general Bonnet le hizo desistir pronto de tan descabellado plan, cortándole toda comunicación é impidiéndole que le llegasen víveres, por lo que Ballesteros y sus tropas, aguijoneados por el hambre, tuvieron que abandonar la cueva y, viendo cerrado por los franceses el único camino, que era el de Cangas de Onís, emprender una cruel marcha por montañas en las que no había senda alguna, y sin otro norte que las cimas que por todas partes cubrían el horizonte.

El 26 de Mayo entró en Castilla, llegando á Valdeburón y desde allí se dirigió á Torre la Vega con el intento de sorprender á Santander, solo guarnecido por mil franceses.

Efectuó Ballesteros tan mal el movimiento, que la guarnición apercibida á tiempo, logró abrirse paso por entre sus tropas, dejándole solamente algunos prisioneros.

Ocupó el general con gran satisfacción la ciudad y tanto quebranto creyó haber causado á los franceses que se imaginaba dispersos y fugitivos, que aquella noche (10 de Junio) no tomó precaución alguna; dejando que su ejército descansara descuidado.

La guarnición francesa en tanto, reforzada con algunos destacamentos, volvió calladamente sobre Santander, y entrando en ella con la mayor facilidad sembró la confusión y el espanto entre los españoles que confiadamente descansaban no esperando tal ataque. La precipitación y el desorden en la fuga fué tal, que el mismo Ballesteros, acompañado del coronel del regimiento de la Princesa, D. José Odonell, en vez de ocuparse en rehacer sus tropas, se embarcó en una lan-

cha en la que á falta de remos, dos soldados bogaron con las culatas de sus fusiles.

Las pérdidas de los españoles, en una sorpresa tan completa, fueron de gran importancia. Casi todo el ejército salió desbandado de Santander, dejando gran número de prisioneros, y únicamente sostuvieron el honor de nuestra bandera, el intrépido joven D. Juan Díaz Porlier, llamado el *Marquesito*, porque se le suponía pariente de La Romana y guerrillero ya de gran fama, el cual con alguna gente se abrió paso á sablazos entre los enemigos, y el regimiento de la Princesa que abandonado tan cobardemente por su coronel Odonell, puso á su frente á un valiente oficial llamado Garvayo el que supo sacarlo de Santander en correcta formación llevándolo á Medina del Pomar, desde donde emprendió una marcha tan notable como la del conde de Alacha de que ya hablamos; pues cruzó toda Castilla y gran parte de Aragón pasando por los sitios en que más notada era la presencia de los invasores, llegando á Molina donde se encontraba el general Villacampa sin perder un solo hombre.

Libre ya Romana como primer comandante de Galicia de los cuidados de la guerra, se instaló en la Coruña donde reprodujo la arbitraria conducta que había seguido en Oviedo. Constituyéndose en suprema autoridad, quiso entender de todo, llegó hasta mezclarse en cuestiones de índole privada, y no contento con esto, quiso someter al país á un régimen militar suprimiendo las juntas populares á las que principalmente se debía el éxito de la guerra, y creando en su lugar gobernadores militares revestidos de las más omnímodas y absurdas facultades, tomando estas medidas con el objeto,—según él decía,—de hacer más fuerte Galicia para el caso que los franceses intentaran otra vez conquistarla. Verdaderamente era un sarcasmo que tales cosas hiciera un hombre á quien nada debía Galicia; contra un pueblo que tan gallarda muestra de patriotismo y valor acababa de dar arrojando por su propio y único esfuerzo á los invasores.

Cuando Romana se cansó de cometer atropellos y arbitrariedades, acordóse, por fin, que era general, y adoptó algunas disposiciones militares. Envió á Mahy á Asturias para que tomara el mando de dicha provincia, y él se dispuso á marchar á Castilla con diez y seis mil hombres y cuarenta cañones, dejando encargado á Ballesteros de reunir la gente dispersa en la sorpresa de Santander y con la cual debía incorporársele después.

Con un desastre como el de Santander, era verdaderamente extraño que Ballesteros siguiera desempeñando el mando de su división, pero Romana, en vez de castigarle, todavía lo ensalzó porque para someterle á un Consejo de guerra hubiera tenido que seguir igual suerte el coronel Odonell, tan culpable como aquél, y el marqués sentía por éste una gran amistad.

Aquello valió á Ballesteros el no ser arrojado del ejército y el seguir una carrera en que tan afortunado debía ser, llegando, como ya veremos, á los primeros puestos de la milicia.

A mediados del mes de Agosto todavía se encontraba Romana en Astorga sin decidirse á penetrar en Castilla, y allí le sorprendió el nombramiento que de su persona había hecho Valencia para que la representara en la Junta central por muerte del príncipe Pío. Satisfacía mucho más la ambición del marqués aquel nombramiento que el seguir al frente del ejército, por lo cual se apresuró á abandonar éste, pasando el bastón de mando á manos del duque del Parque designado para sucederle.

Abandonemos la afortunada región gallega que conseguía verse libre para siempre de los invasores, y pasemos á Aragón, donde no era tan grato el estado de la causa patriótica.

Rendida Zaragoza todo el reino aragonés experimentó el mayor desaliento, pues la pérdida de la capital era para él en los primeros instantes un golpe de muerte. Los franceses, conociéndolo así, enviaron á la conquista de los territorios que aun quedaban por la causa nacional, el ejército que mandaba Mortier, quedando en Zaragoza el de Junot. Interesaba á los invasores apoderarse de las principales poblaciones asentadas entre los Pirineos y el Ebro, para tener de este modo sometidos tales territorios, y contra ellas se dirigieron, apoderándose de Monzón y de Jaca fácilmente y ayudados por algunos frailuchos que gozaban de gran fama en el país por sus sermones extravagantes, y que, como otros muchos de su clase, estaban resueltamente de parte del intruso que les halagaba con promesas de volver la nación española al ser y estado que tenía antes de la revolución y que al mismo tiempo les llenaba el bolsillo.

No tuvieron los franceses igual éxito al intentar apoderarse de Mequinenza y Benasque, cuya posesión les interesaba por estar el segundo punto en los límites de Cataluña y el primero en la confluencia del Segre y el Ebro, siendo la llave del país. Durante el mes de Marzo intentaron los franceses diversas veces apoderarse de dichas poblaciones, pero todas sus embestidas resultaron infructuosas, pues la serenidad y la confianza había vuelto á renacer en el pueblo aragonés que se batía con el heroismo acostumbrado sin sentir ya desaliento por la pérdida de Zaragoza.

Pronto se convencieron los franceses de que así como Palafox decía que la toma de Madrid no representaba más que la pérdida de una ciudad, los aragoneses pensaban que por haberse rendido Zaragoza no se debía rendir Aragón. En todas partes encontraron los invasores fiera resistencia, ó cuando no, la solemne protesta de la ausencia. Cuando penetraron en Molina, no hallaron en dicha villa ni una sola persona, habiendo huido mujeres, ni-

ños y ancianos á los vecinos montes por no verles.

A pesar de esto que hacía presentir lo interminable que se haría la guerra en Aragón, el emperador, que tenía la manía de dirigir desde donde se encontraba todos los ejércitos de Europa, y que muy equivocadamente creyó que con la toma de Zaragoza tenía ya en su poder todo el territorio aragonés, dispuso que el quinto cuerpo pasase á Castilla para reunirse con Soult que debía operar contra el ejército inglés, y que únicamente quedase el tercer cuerpo, á las órdenes de Suchet.

Pronto debió conocer Napoleón lo equivocado que estaba al considerar Aragón completamente pacificado. El entusiasmo en los bravos aragoneses volvía á renacer con igual ímpetu que algunos meses antes, y contribuyó poderosamente á fomentarlo las disposiciones adoptadas por la Central para favorecer la resistencia de aquel heroico país.

Ordenó dicha autoridad que se formara un segundo ejército español de la derecha con el título de *Ejército de Aragón y Valencia*, que no alcanzó á reunir más de la mitad de las fuerzas que designó la Central para constituirles y á cuyo frente fué puesto el general Blake, en cuya ilustración y pericia se confiaba mucho á pesar de lo desastroso que había sido su mando en el Norte.

Proponíase dicho general, muy cuerdamente, emplear algún tiempo instruyendo y amaestrando sus tropas bisoñas, limitándose á conservar las líneas que formó hacia la parte de Morella; pero al recibir, por muerte de Reding, el mando del ejército de Cataluña y ver que al mismo tiempo se debilitaban las fuerzas francesas en Aragón con la marcha á Castilla del quinto cuerpo, cambió repentinamente de plan y se propuso aprovecharse del entusiasmo cada vez más creciente en el pueblo aragonés.

El haber disminuido en una mitad el número de invasores que ocupaba Aragón, dió grandes ánimos á los naturales, y la villa de Albelda fué la primera en insurreccionarse con éxito contra los invasores que la ocupaban. Siguió tal ejemplo Monzón y, armándose el vecindario, expulsó la guarnición francesa rechazando después las expediciones que envió Suchet para conservar un punto tan importante. La guarnición fugitiva, que ascendía próximamente á dos batallones, buscando en la orilla izquierda del Cinca un paso que no estuviera en poder de los españoles, vino á caer prisionera de los tercios de Perena y Bajet que desde Lérida habían acudido á fomentar la insurrección del territorio aragonés.

Tales hechos produjeron gran entusiasmo en el ejército de Blake y obligaron á éste á salir á campaña más pronto de lo que pensaba. Entró el general español en Aragón y su aproximación á Alcañiz hizo que el francés Laval, que ocupaba este punto, se replegara á las alturas de Hijar. Acaba-

ba Suchet de tomar el mando, y, apenas supo que Blake tomaba la ofensiva, se dirigió apresuradamente en busca de Laval, y una vez reunidos ambos, marcharon al encuentro del ejército español con el que se avistaron el 23 de Mayo en las cercanías de Alcañiz.

No había gran diferencia entre unas y otras tropas en el número y la calidad, pues la disciplina entre los franceses se había relajado bastante después de la toma de Zaragoza.

Comenzó el fuego en ambas partes y desde los primeros instantes los franceses demostraron empeño en apoderarse de la ermita de Fórnoles en la que se apoyaba la derecha de nuestro ejército, siendo rechazadas todas sus cargas y costándoles éstas grandes pérdidas. Excitóse Suchet ante una resistencia tan tenaz é inesperada y dirigió las tropas de refresco contra el centro, siendo tan furiosa su carga, que arrollaron la línea española llegando hasta las baterías; pero no pasaron de allí porque rehaciéndose los nuestros deshicieron la columna de ataque, siendo tan vigoroso su empuje, que los franceses tuvieron que retirarse dejando muchos cadáveres en el campo.

Blake debía haber terminado la victoria persiguiendo á los enemigos, pero se detuvo desconfiando de su caballería, que era de la peor calidad. Eso salvó á los franceses, que iban tan recelosos y desalentados, que bastó durante la noche una falsa noticia de aproximación de los nuestros para que se declararan en completa dispersión.

El mismo Suchet sintió tal azoramiento con su derrota de Alcañiz, que apenas llegó el 5 de Junio á Zaragoza, dispuso la reparación de fortificaciones en el monte Torrero, la Aljafería y demás puntos importantes, creyendo que Blake iba á llegar de un momento á otro á poner sitio á la ciudad.

Aquella victoria produjo tan mágico efecto en Aragón y entusiasmó de tal modo á sus habitantes, que las pequeñas guarniciones francesas se vieron acosadas de continuo por las guerrillas y las tropas populares que mandaban Perena y el coronel Gayan llevaron su atrevimiento hasta situarse á la vista de Zaragoza.

Blake, que en Alcañiz había tenido ocasión de ver el estado todavía deficiente de sus tropas, en quienes el valor suplía la instrucción, descuidó el aprovecharse de su triunfo y dedicóse á amaestrar sus tropas, hasta que por fin el clamoreo del país, cada vez más entusiasmado, le obligó á tomar otra vez la ofensiva dirigiéndose á Zaragoza. Llevaba Blake diez y siete mil hombres, perteneciendo más de una tercera parte de éstos á las guerrillas que se le habían unido, y el 12 de Junio emprendió la marcha, ocupando en el 13 su vanguardia á Botorrita.

Suchet no quiso estar á la defensiva, y creyendo adquirir más ventajas salió al encuentro de su enemigo, enviando antes al general Fabre á la

Muela y colocando la caballería en el Burgo, con lo cual formaba como un compás que abrazaba entre sus dos ramas nuestro ejército, y que tenía por eje Zaragoza. Pero esta combinación no surtió resultado, pues Blake con un hábil movimiento cortó á Fabre, que se vió obligado á retirarse á Plasencia del Jalón, y antes de que Suchet pudiera formarse otro plan, se presentó en María, pueblo situado á poco más de dos leguas de Zaragoza.

En la mañana del 15 se avistaron los dos ejércitos, que volvían á ser iguales como en Alcañiz, pues Blake sólo llevaba doce mil hombres, habiendo dejado retrasada en Botorrita la división de Areizaga que era la mejor de todas. Aquel descuido incalificable fué causa de la derrota de los nuestros.

El ejército español formado en columnas se situó sobre unas lomas, colocándose la caballería, que seguía siendo tan floja como en Alcañiz, á la derecha de la línea junto al río Huerva.

Ambos ejércitos estuvieron contemplándose sin que se cruzara un tiro hasta las dos de la tarde, hora en que habiendo recibido Suchet dos regimientos que esperaba de Tudela, dió la orden de ataque.

Este se reconcentró en nuestra izquierda en la que los de una y otra parte pelearon con denuedo si bien llevando ventaja los nuestros, hasta que una horrorosa tempestad que estalló, hizo suspender el fuego.

Cuando volvió á restablecerse el combate, la suerte fué adversa á nuestras armas. Suchet que en Alcañiz había conocido que el punto vulnerable de nuestro ejército era la caballería, dirigió sus tropas contra la derecha donde ésta se hallaba, y su plan no tardó en alcanzar completo éxito. Nuestra caballería se desbandó sin gran resistencia, y aunque Blake, ayudado por el marqués de Lazan y don Pedro Roca, sostuvo algún tiempo el centro y la izquierda, las fuertes embestidas que por el frente y el flanco dieron los franceses obligó á los nuestros á abandonar las lomas, dejando en los barrancos al retirarse quince piezas de artillería.

Muchos fueron los muertos y heridos que tuvo nuestro ejército en aquella triste jornada, pero aun fué mayor el número de los prisioneros, algunos de ellos de consideración, contándose entre éstos el general Odonojú, jefe de la caballería, que cayó en poder de los franceses cuando intentaba detener en la fuga á sus soldados.

Las tropas españolas, á excepción de la caballería, se batieron con gran valor, y únicamente debe arrojarse la responsabilidad de la derrota de María á Blake, que cometió la imprevisión de dejar en Botorrita á la división de Areizaga entregada á la inacción cuando eran lo mejor de su ejército.

El desastre de María no fué tan sentido por sus funestos resultados como por las grandes ventajas que hubiera reportado á la patria á con-

vertirse en una victoria. De salir triunfante nuestro ejército, Suchet se hubiera visto en la necesidad de evacuar inmediatamente Zaragoza, donde el vecindario esperaba con ansiedad el resultado de la batalla con el intento de sublevarse si esto era favorable á España.

Blake con los restos de su ejército, se retiró á Botorrita y allí se dedicó á recoger dispersos, pero muy pronto tuvo que abandonar tal ocupación ante el aviso de que la división Laval avanzaba contra él. Esta proximidad le puso en precipitada marcha hacia Belchite, pero á pesar de su diligencia perdió quinientos cazadores del batallón de Murcia que quedaron prisioneros del enemigo.

Con esta pérdida creció el desaliento en el derrotado ejército, y á pesar de ello Blake fué tan obstinado y tuvo tal exceso de confianza, que apenas llegó á Belchite se propuso aguardar á Laval y á Suchet que, con mayores fuerzas, venía tras él. Sólo se concibe que la vergüenza de la anterior derrota cegando á Blake y oscureciendo sus claras facultades, le hiciera tomar una resolución tan extraña como resistir á un enemigo victorioso con tropas decaídas y desmoralizadas por una reciente derrota.

Al llegar Suchet á los alrededores de Belchite, desplegó sus fuerzas en un llano plantado de huertas y olivares por el que se extendía el camino de Zaragoza. Las tropas de Blake eran otra vez iguales en número á los franceses, pues aunque se les había incorporado la división Areizaga existían en sus filas muchos claros á causa de la dispersión con que terminó la derrota de María.

Los franceses atacaron á un tiempo toda la línea formada por nuestro ejército y en ella cedió inmediatamente la izquierda que se acogió al centro. En tan desfavorable situación continuó el combate, hasta que una granada enemiga hizo estallar un cajón de municiones de los nuestros, causando su explosión terrible efecto en un escuadrón de caballería que huyendo á la desbandada por entre los infantes, los desbarató, siendo inútiles los esfuerzos de Blake y otros jefes por contener la dispersión que pronto se hizo general.

Más de qninientos españoles quedaron muertos sobre el campo de batalla, y, además, los franceses nos cogieron cuatro mil prisioneros, la artillería que quedaba del desastre de María, una bandera, todos los bagajes y gran cantidad de fusiles que los dispersos arrojaron al huir.

De tan espantosa derrota puede culparse á Blake por su excesiva confianza, pero debe hacérsele la justicia de que no fué él quien la causó y que se portó heróicamente, queriendo evitar la dispersión, retirándose de los últimos y corriendo gran peligro de caer en manos del enemigo.

Los franceses en el mismo día 18 en que se efectuó la batalla, avanzaron á Alcañiz. El ejército español fraccio-

nado y con más ó menos orden, dirigióse á distintos puntos. La división aragonesa que mandaba el marqués de Lazán dirigióse á Tortosa de donde había salido, y la de Valencia se retiró á Morella y San Mateo.

Suchet despachó á varias columnas en seguimiento de los fugitivos, apostó al general Musnier en Alcañiz y después de hacer un intento sobre la fuerte Mequinenza y de recuperar á Monzón, volvió á entrar en Zaragoza.

Así que Blake entró en Tortosa y se vió imposibilitado de seguir sus planes en Aragón, se fijó en Gerona, que ya hacía un mes estaba sitiada por los franceses y se defendía con aquella entereza que espacio tendremos para reseñar más adelante sin interrupción, pues no conviene dividir el relato de aquella epopeya que causó general asombro y demostró lo poco ciertas que resultan las reglas de la guerra ante el tesón de los héroes.

Mientras Blake estaba ocupado en la campaña de Aragón, ocurrieron en Barcelona hechos dignos de ser relatados. Dentro de esta plaza existían patriotas decididos que estaban dispuestos á entregarla á los españoles, aprovechando el menor descuido de la guarnición.

El marqués de Coupigny, gobernador interino de Cataluña, se entendía con ellos y entre él y los patriotas barceloneses se había convenido que en la noche del 16 de Mayo, mientras algunos buques españoles é ingleses hacían disparos para que la guarnición se fijara en la parte del mar, una fuerte división penetraría en la ciudad sorprendiendo la parte de tierra.

Tuvieron aviso los franceses de lo que se tramaba y evitaron la tentativa arrestando á los conspiradores más conocidos á los cuales ahorcaron el 3 de Junio. Aquellos desgraciados patriotas, supieron ir al suplicio con la mayor entereza, distinguiéndose entre ellos el doctor Pou, profesor de la Universidad de Cervera, y un joven dependiente de comercio llamado José Masana que al oir que un general francés le llamaba traidor, contestó con altivez:

—Aquí no hay más traidores que vosotros que con capa de amistad os habéis apoderado de nuestras fortalezas.

El cuadro que ofrecía España á los ocho meses de haberse efectuado en ella la tan temida invasión de Bonaparte con las mejores tropas del mundo, no podía ser más interesante á los ojos de Europa.

Después de tan tremendas batallas y de perder tanta sangre, los franceses no se habían apoderado todavía de una tercera parte del territorio español.

Todos sus esfuerzos resultaban inútiles. Ganaban grandes batallas, pero no podían sacar de ellas ningún resultado práctico; ponían sitio á las capitales y después de luchar muchas semanas solo conseguían hacerse dueños de montones de escombros, é inútilmente se movían de una á otra parte

con el deseo de sofocar la insurrección, pues siempre caminaban con enemigos al frente y á la espalda y el fuego de la revolución surgía del suelo apenas esto dejaba de sentir la presión de sus piés.

Nada definitivo conseguían los invasores en España. Se apoderaban de Madrid, pero surgía inmediatamente otra capital de la nación con su gobierno al otro lado de Sierra Morena; vencían en Aragón y en Extremadura, pero en Galicia se encargaban de derrotarles, y en todos los puntos, lo mismo en las regiones cuya posesión podían considerar incierta como en aquellas en que su poderío era mayor, surgían terribles guerrillas que les incomodaban con hazañas que eran como otros tantos crueles alfilerazos asestados á su orgullo militar.

¡Qué tremendo contraste ofreció entonces á los ojos del mundo aquella España abandonada de sus reyes, con deficientes medios de defensa y entregada á sus propios esfuerzos, al ser comparada con la poderosa Austria cuyo orgullo militar de potencia poderosa no tenía límites!

El 9 de Abril, declaró el gobierno austríaco, animado por el ejemplo de nuestra patria, la guerra á Napoleón, y éste, que como ya vimos, había salido apresuradamente de España y desde Enero esperaba en París aquel reto, con la rapidez del águila que tenía por emblema, atravesó el Rhin y uniendo á sus tropas las del rey de Baviera, venció á sus enemigos en Taun y Abensberg y un mes después de su salida de París penetraba en Viena triunfante.

Unas cuantas batallas bastaron para que quedara vencida una nación cuyos grandes ejércitos y generales de renombre no podían ser comparados con los nuestros, y el 12 de Julio, á los tres meses de comenzada la lucha, tuvo en Zuain que pedir la paz á su afortunado enemigo y rendir humillada las armas.

En tanto España, muchas veces vencida, luchaba siempre, y ni los más grandes contratiempos le hacían humillar la cabeza. Los mariscales franceses sentían hastío por las batallas, conociendo que éstas no representaban más que sangre derramada inútilmente sin ulteriores consecuencias.

¿En qué consistía, pues, aquella diferencia entre dos naciones que con tan desiguales medios de defensa contaban?

Como muy acertadamente dice un autor, en Austria peleaba un rey sin nación, y en España una nación sin rey.

La guerra de Austria contra Napoleón era una de esas luchas que se emprenden con frialdad y con el único objeto de dar pasto á la ambición de un rey y satisfacer su amor propio.

La guerra de España era una guerra popular, una guerra de revolución.

¡Ay de los Estados que intentan ba-

tir á un pueblo cuando al par que defiende su territorio intenta su regeneración política!

Contra la Francia revolucionaria del pasado siglo se embotaron las primeras espadas de Europa. Por la fatal ley histórica, la espada del gran guerrero debía romperse al levantarse sobre un pueblo en revolución, y éste era España.



CAPITULO XI

1809

Entrada de Wellington en España.—Conviene con Cuesta un plan de ataque.—Agrias manifestaciones de Wellington á la Central sobre subsistencias para su ejército.—Preparativos de los franceses.—Desacertado movimiento de Cuesta.—Batalla de Talavera.—Desaprovecha Wellington la derrota de los franceses.—Avanza Soult y le saca de su inacción.—Se retira al Tajo.—Le sigue Cuesta.—Derrota de los españoles en Puente del Arzobispo.—División que José hace de sus tropas.—El ejército de la Mancha.—Deplorable conducta de Venegas.—Batalla de Almonacid.—Retírase Wellington á Extremadura.—Ejército de Galicia.—Lo manda el duque del Parque.—Primera defensa de Astorga.—Batalla de Tamames.—Resultado del triunfo de los españoles.—Descabellado plan de la Central.—Eguia.—Areizaga.—Batalla de Ocaña.—Batalla de Alba de Tormes.—Situación de la Central.—Conducta de los reaccionarios.—Propone Calvo de Rozas la convocación de Cortes.—El Semanario Patriótico.—Enemigos de la Central.—Alboroto en Granada.—Destierra la Central á Montijo.—Decreto sobre convocación de Cortes.—Restablece la Central los Consejos en uno solo.—Maquinaciones del Consejo.—Disidencias entre la Central y la Junta de Extremadura.—La Junta de Valencia.—Conspiración en Sevilla.—Descúbrela el embajador inglés.—Se aprueban en la Central las proposiciones de Calvo de Rozas.—Comisión Ejecutiva.—Ambición del marqués de La Romana.—Decadencia de la Central.—Gobierno del rey intruso.—Apurada situación de éste.

La entereza que España manifestaba en su revolución, devolvió como ya dijimos su perdida confianza á Inglaterra para proseguir su lucha contra Napoleón é hizo que reforzara sus ejércitos en Portugal dando á su general Wellington la orden de que pasara sin tardanza á España así que hubiera arrojado á Soult.

Antes de que el ejército inglés entrara en nuestra nación, su gobierno, que con alguna justicia tenía poca confianza en la sabiduría y fortuna de los generales españoles, propuso á la Central que Wellington se encargara del mando en jefe de los ejércitos de ambas naciones, pero la Junta rechazó rotundamente tan humillante

proposición, manifestando que únicamente estaba dispuesta á que sus militares obraran siempre de concierto con los jefes británicos.

Viendo ya Wellington libre Portugal de franceses, levantó su campo de Abrantes y entró en España por Extremadura llegando el 8 de Julio á Plasencia.

A la presentacion en nuestro territorio de aquel nuevo elemento de lucha, siguió un general movimiento tanto entre los españoles como entre los franceses. Los ejércitos que mandaban Cuesta y Venegas, fueron á incorporarse con el de Wellington y la fuerza aliada alcanzó á constar de cien mil combatientes, siendo de estos sesenta mil españoles, veintidos mil ingleses y diez y ocho mil portugueses.

Ante tan temible concentración, no permanecieron inactivos los invasores, pues sus cuerpos de ejército primero, segundo, cuarto, quinto y sexto, puestos bajo las órdenes de Soult, Ney, Mortier, Víctor, Lapisse y Sebastiani, se acercaron para obrar de común concierto y á ellos se unió pronto el mismo José con los regimientos que formaban su guardia y la reserva que mandaban Jourdan y Desolles.

Tales preparativos hacian preveer que iba á inaugurarse en España una guerra en gran escala y una serie de operaciones preparatorias que terminarían con una gran batalla de cuyo éxito dependería que la causa nacional se estacionara ó que siguiera adelantando por el camino de la victoria.

Así que Wellington estableció sus tropas en Plasencia, pasó á Casas del Puerto para avistarse con Cuesta y conferenciar sobre la marcha que debían seguir las operaciones en la campaña próxima á inaugurarse.

En aquella conferencia examináronse varios planes, pero el que más gustó á ambos generales y predominó al fin, fué el de que el ejército español pasando el Tajo por Almaraz y Puente del Arzobispo, fuera á situarse delante del mariscal Víctor que estaba en Talavera mientras que el inglés atravesando el Tietar por Bazagona, formaría una línea protectora desde Oropesa á San Román y los portugueses mandados por Wilson se colocarían delante de ella hasta Escalona.

El propósito de los aliados era batir á Víctor, completamente aislado, antes de que recibiera refuerzos, y sin detenerse á consumar la victoria dirigirse á Madrid para lo cual amagaría á esta villa, escasa de guarnición, con un buen golpe de mano, el ejército de la Mancha que eludiendo el encuentro con Sebastiani cruzaría el Tajo por Fuentidueña.

El plan no era malo, pero su éxito más que del valor de los que tenían que llevarlo á cabo, dependía principalmente de la presteza y oportunidad con que se emprendiera, pues estando ya en marcha los ejércitos franceses y próxima la reunión de unos con otros, era fácil al avanzar encontrarse flanqueado por algún cuerpo enemigo

ó topar con dobles ó triples fuerzas de las que se esperara tuviera el contrario.

Los franceses, por su parte, anduvieron también indecisos en adoptar un plan de campaña, pues los presentados por los mariscales fueron muchos y á cual más distinto. La opinión de Soult, que era entre todos los generales franceses el más estimado por Napoleón, estuvo próxima á ser adoptada; pero por fin prevaleció la de José. Soult proponía que los franceses operasen en grandes masas sobre dos centros, uno á orillas del Duero en Toro, donde se encontraban sus tropas, y otro hacia el Tajo por la parte de Talavera; pero el rey intruso creía muy dudoso el éxito de operaciones en gran escala que, si buenas en el resto de Europa, habían resultado siempre inútiles en España, y no queriendo abandonar por segunda vez su corte, se manifestaba partidario de marchar directamente contra el enemigo, sin dejar por esto de cubrir Madrid.

Prevaleció, como dijimos, la opinión de José, el cual ordenó á Soult que se dirigiera inmediatamente á Plasencia para cortar la línea de comunicación del ejército inglés, á Víctor que se retirara á la confluencia del Alberche con el Tajo y á Sebastiani que fuera á incorporársele á Toledo á marchas forzadas.

José salió de Madrid el 23 de Julio con el intento de reunirse cuanto antes con Víctor y entretener en las orillas del Tajo á los aliados el tiempo necesario para que llegaran Soult y Sebastiani.

Estos aplazamientos por que los franceses tenían que pasar forzosamente antes de emprender las operaciones, hubieran podido ser empleados por los aliados con gran fruto y batir á sus enemigos aislados antes de que se efectuara la reunión; pero entre ellos surgieron altercados y disidencias que dificultaron mucho la acción militar. Estas alteraciones, tuvieron origen en algunas reclamaciones imperiosas á la Central, dirigidas por Wellington y muy propias de su carácter agrio, en las que amenazaba con abandonar inmediatamente á España sino se atendía mejor al sustento de su ejército.

La administración de la Central para la sustentación de los ejércitos era realmente defectuosa; pero hay que hacer constar que la Junta, desde el momento que Wellington entró en España, le envió comisionados especiales para que atendieran sus tropas en todo lo que el país pudiera dar de sí. La causa de aquel conflicto no estaba principalmente en la mala administración de la Central, sino en las enormes necesidades del soldado inglés, más caro á su patria que ninguno del mundo, pues consume al día lo que á un español le bastaría para alimentarse cuatro.

El mismo Wellington era quien mejor conocía este defecto importante de su ejército, pues en una ocasión

decía que «allí donde un ejército francés encuentra nada más que lo necesario, un ejército español nada en la abundancia y un ejército inglés se muere de hambre.»

La solicitud de la Central que hizo cuanto pudo por satisfacer á Wellington, acabó, aunque aparentemente, aquel conflicto, y los ingleses, en el día prefijado en el plan de operaciones, se pusieron en marcha, haciendo lo mismo Cuesta, y encontrándose ambos ejércitos el día 21 en las inmediaciones de Talavera.

La vanguardia de nuestro ejército tuvo al día siguiente algunas escaramuzas con la de los franceses, teniendo ésta que repasar el Alberche para no exponerse á nuevos ataques.

Víctor estaba situado en Cazalegas, llamado también Sotocochinos, pueblo situado entre el Alberche y el Tajo, y en donde él tenía su cuartel general. Los generales Villate y Lapisse, colocados en unas alturas que dominaban dicho pueblo, formaban la derecha, y la izquierda hasta la confluencia de los dos ríos la cubría el general Ruffin con una batería de catorce piezas. Todas las fuerzas de Víctor no pasaban de veinticinco mil hombres.

Wellington que vió desde el primer momento la apurada situación de Víctor, propuso á Cuesta el día 23 que ya que él por encontrarse en territorio español era el encargado de atacar, lo hiciera inmediatamente antes que el enemigo pudiera recibir el socorro de los suyos ó marchar á reunirse con ellos; pero el tozudo Cuesta, que haciéndolo todo mal no encontraba nada bien, no quiso bajo frívolos pretextos seguir tal consejo y únicamente prometió que lo pondría en práctica á la madrugada siguiente.

Irritado Wellington al ver que por tan incomprensible oposición iba á desbaratarse todo el plan y sabedor de que Víctor se disponía á levantar el campo y retirarse en busca de José y Sebastiani, volvió á hacer uso de la cuestión de subsistencias y manifestó á Cuesta que no daba un paso más allá del Alberche, si el gobierno español no atendía á los soldados ingleses tal como estos necesitaban.

No hizo caso de esto el general español, pues movido por su ignorancia ó tal vez por el deseo de ser él á quien se debiera únicamente el buen éxito de la campaña, avanzó el 27 contra aquel enemigo que el día anterior no había querido atacar cuando era más fácil derrotarlo y estando más lejanos los ejércitos de José que pudieran darle auxilio.

Tan ciega é impetuosamente fué Cuesta en persecución de Víctor, que llegó hasta Torrijos donde el mariscal francés le hizo conocer su imprudencia. Víctor sólo se había retirado para unirse con José y Sebastiani, reunión que se verificó el día 25 detrás del Guadarrama y aunque no pensaban acometer la empresa hasta que se moviera Soult cayendo por la espalda de los aliados, viendo la ciega temeridad

de Cuesta que no se detenía en su avance, determinaron marchar contra él para atajar sus precipitados pasos.

Es seguro que los franceses hubieran desbaratado á un general como Cuesta, á no tener éste la vanguardia mandada por jefes como Zayas y el duque de Alburquerque, que supieron entretener al enemigo y resistir todas sus cargas mientras el ejército español volvía sobre sus pasos con tanta precipitación como había avanzado.

Cuesta, que era tan ignorante y desacertado como orgulloso, al llegar en retirada por su única culpa frente á las líneas inglesas, quiso volver cara al enemigo que le perseguía y costó gran trabajo el hacerle desistir de tan inoportuno propósito y que pasara el Alberche para tomar buenas posiciones.

Aquel movimiento inoportuno de Cuesta y que pudo muy bien costarle la destrucción de su ejército, sirvió en cambio para atraer á los enemigos al lugar que ocupaban los aliados y hacerles aceptar una batalla que no deseaban hasta la decisiva llegada de Soult.

Los dos ejércitos enemigos tomaron posiciones para dar principio á la batalla. Wellington formó su línea en una extensión de tres cuartos de legua desde Talavera hasta más allá del cerro de Medellín, poniendo los españoles en la derecha y formando el centro y la izquierda con sus tropas, dando á éstas por resguardo el hondo cauce del Portiña entonces seco. Los dos extremos de su línea estaban apoyados en dos fuertes baterías que ocupaban la parte más alta del cerro de Medellín la una y la otra enfilaba el camino que conduce á un largo puente de tablas sobre el Alberche. Una división que se situó cerca de este río quedó encargada de formar una segunda línea detrás del ala izquierda del ejército para figurar como reserva y acudir á los puntos más necesitados de auxilio. Además se avisó á Wilson que con los portugueses se había adelantado amenazando Madrid para que volviera á ocupar su antigua posición en Escalona.

José, que mandaba como general en jefe las tropas francesas, apenas en la mañana del 27 vió la distribución que hacía Wellington, por consejo de Víctor que ejercía el mando efectivo, destinó á éste para que con el primer cuerpo atacara nuestra izquierda; á Sebastiani para que con el cuarto cuerpo, la reserva y la guardia del rey embistiera la derecha, y á la caballería quedó encomendado el cargar sobre el centro. El ejército francés tenía en aquellos momentos cincuenta mil hombres y el aliado cincuenta y tres mil, siendo de entre estos nueve mil de caballería.

En las últimas horas de la tarde de aquel día, que fué caluroso en extremo, se dirigieron las divisiones francesas á tomar sus respectivas posiciones proponiéndose sus jefes emprender el combate apenas apuntara el sol en la mañana siguiente. A pesar de

esto Víctor no pensaba esperar tanto, pues quería aprovecharse de las primeras sombras de la noche para apoderarse del cerro de Medellín, que consideraba como la llave de la línea enemiga. Estaba este monte defendido por el profundo foso natural que formaba el Portiña y en su cima tenía un antiguo castillejo del que se había aprovechado los artilleros ingleses, ventajas temibles en un combate en pleno día, pero sobre las cuales era fácil pasar con una fuerte y rápida sorpresa.

Hizo Víctor romper un fuerte cañoneo sobre la derecha que formaban los españoles y que contra ellos cargara la caballería, mientras que las divisiones de Ruffin y Villate marchaban ocultando su intención á apoderarse del cerro.

No coronó el éxito aquella acertada maniobra de Víctor. En la derecha las cargas de caballería desordenaban algunos cuerpos españoles, pero los demás permanecieron firmes lo mismo que la artillería, y los jinetes franceses tuvieron que retirarse cruelmente rechazados. En la izquierda, que era el punto verdaderamente importante, en los primeros instantes vencieron los franceses, si bien su triunfo fué de corta duración y acabaron por ser rechazados. En la carga, que fué intrépida y desesperada por parte de los franceses, un regimiento imperial llegó á posesionarse de la cumbre, arrojando por la falda opuesta á los ingleses, pero el general Hill, que era el encargado de defender la posición, rehizo sus fuerzas y volviendo caras atacó con tal firmeza que otra vez se hizo dueño del cerro.

Los franceses hasta bien entrada la noche, estuvieron haciendo esfuerzos para apoderarse de aquella posición que había sido momentáneamente suya; pero todos sus ataques resultaron infructuosos estrellándose ante esa estoica firmeza tan propia del carácter británico.

Aquella operación de Víctor al frustarse, vino á ser funesta para él, pues Wellington que hasta entonces había mirado con indiferencia el cerro de Medellín, al notar el empeño de los enemigos en posesionarse de él, fijó su atención en dicho punto y reconociendo su importancia reforzó á Hill con tropas escogidas, presintiendo que allí se libraría la parte más importante de la próxima batalla.

La noche la pasaron ambos ejércitos en una calma relativa, pero apenas amaneció el día 28 como si en el largo curso de un interminable día de verano no hubieran horas suficientes para librar una batalla, comenzó el cañoneo por ambas partes con los primeros resplandores del alba. Aquellos miles de hombres de tan diversas nacionalidades estaban ansiosos de emprender un combate que se tenía por decisivo.

El cerro de Medellín volvió á ser como en el crepúsculo anterior el punto de empeño de la batalla. Los franceses anhelaban apoderarse de él y se

valieron para ello de todos los medios. Las mismas divisiones de Ruffin y Villate lo atacaron unas veces por el frente y otras por el costado, tan pronto en grandes masas como fraccionadas en batallones, pero todos sus intentos resultaron vanos y aunque al ser rechazados se rehacían con furia, tenían que retirarse otra vez ante la firmeza de la infantería británica que ocupaba la cumbre y el horroroso fuego de la artillería que formaba una blanca aureola de humo en lo alto del monte y llenaba el espacio de rugiente hierro. La falda del cerro con un combate tan incesante y porfiado, quedó empapada en sangre y cubierta de muertos y heridos, pero por fin, los franceses horrorosamente diezmados y jadeantes por el calor y la fatiga, tuvieron necesidad de descanso, y á las nueve de la mañana se replegaron tras una formidable batería. No necesitaban menos reparar sus fuerzas los tropas que ocupaban el cerro y que habían tenido que resistir sin retroceder un paso tan furiosas cargas; así es que el combate se suspendió, sin que mediara en ello convenio, y durante tres horas se estuvieron contemplando inmóviles uno y otro ejército.

Los generales franceses estaban indecisos sobre la conducta que debían adoptar. José, impresionado con el horrible espectáculo que presentaba la falda del cerro literalmente cubierta de cadáveres franceses, no supo si ordenar la continuación del ataque ó la retirada, y consultó á sus generales sobre la conveniencia de esperar sin empeñarse otra vez en el combate la llegada de Soult. Jourdan aconsejó la suspensión de la batalla hasta que se recibieran refuerzos, pero prevaleció la opinión del pundonoroso Víctor que era allí el que realmente tenía el mando y que dijo conceptuaba como una mengua para las tropas de Napoleón, interrumpir un combate una vez empezado.

La batalla volvió á reanudarse por tercera vez, pero no limitándose á la toma del fuerte, cerro de Medellín, si no haciéndose general en toda la línea.

Sebastiani atacó por la derecha el punto donde se unían los ejércitos español é inglés y en donde había un un reducto todavía no terminado, pero se vió rechazado tantas veces como quiso avanzar por nuestros artilleros, que eran ayudados por la infantería de las dos naciones. Al fin, el regimiento del Rey se encargó de que no volviera más Sebastiani á atacar la derecha, y tan tremenda carga dió á sus tropas que las quitó diez cañones y las hizo numerosas bajas.

Los generales Ruffin y Villate en su interminable asalto en el cerro de Medellín, no fueron más afortunados por la izquierda. Durante la suspensión, Wellington había reforzado aquel punto, poniendo la caballería inglesa en la cañada del cerro, y sostenidas con dos divisiones españolas tan bravas como las de Alburquerque y Bassecourt. Los ataques de los franceses

aun resultaron más ineficaces que algunas horas antes.

En el centro fué donde no se decidió la victoria desde el primer instante á favor de los aliados, y el éxito estuvo por algunos momentos fluctuante. Los franceses en aquel punto fueron rechazados como en los dos extremos de la línea, pero demasiado ardorosa la guardia inglesa en perseguir á la caballería imperial, se alejó de la línea, y al ser rechazada por el grueso del ejército enemigo, volvió con tal desorden que trastornó el centro dejando un claro que hubiera podido ser fatal para nuestras armas. Con un buen golpe de gente sobre aquella abertura practicada en el punto más importante de la línea, los franceses hubieran convertido en completa victoria lo que ya estaba siendo para ellos triste derrota. Por fortuna, no les dió tiempo á aprovecharse de aquella oportunidad el sereno Wellington, que observaba la batalla desde lo alto de la vieja torre del cerro de Medellín y que al notar tan peligroso claro, envió inmediatamente un regimiento para cubrirlo. Este acudió tan á tiempo, que venían ya los franceses avanzando y estaban á poca distancia, y con tal bravura les acometió, que logró detenerlos mientras la caballería de la segunda línea avanzando por el frente y la artillería jugando por los flancos, lograron desbaratarlos repeliéndolos definitivamente.

Las baterías francesas supieron proteger con un acertado fuego la fuga de las columnas de ataque, debiendo éstas á tal auxilio el no quedar totalmente destrozadas.

Después de aquella desbandada restablecióse la calma, y ambos ejércitos, que estaban por igual cansados con un combate tan porfiado, siguieron ocupando sus posiciones y mirándose sin emprender ningún movimiento ni hacer un sólo disparo. La noche transcurrió sin ningún incidente, y á la siguiente mañana los franceses inútiles ya para continuar la batalla y conociendo que aun estaban á tiempo para salvarse, se declararon en retirada y con gran abatimiento y no menor precipitación pasaron el Alberche dándose por derrotados.

En el campo de batalla dejaron los franceses como tristes muestras de su desastre siete mil cuatrocientos hombres, entre ellos dos generales y diez y siete piezas de artillería. Casi fueron iguales las bajas que en sus filas experimentó el ejército inglés que soportó todo el peso de la batalla, y en cuanto al español, sólo tuvo unos mil doscientos hombres fuera de combate, quedando herido el general Manglano. A pesar de la participación poco importante que nuestro ejército tomó en la batalla, se hicieron acreedores á grandes elogios por su bravura en el segundo combate del día 28, el regimiento del Rey y la artillería, que tan repetidas veces supo rechazar á Sebastiani.

Cuesta, que siempre se había de distinguir con sus medidas extempo-

ráneas propias de su corazón duro tanto en las victorias como en las derrotas, quiso nada menos que diezmar á todos los regimientos españoles que al principio de la batalla en la tarde del 27 habían cejado ante la caballería francesa y ya llevaba fusilados cincuenta soldados infelices, cuando Wellington indignado ante tan improcedente crueldad, le arrancó el perdón de los restantes. De las faltas de aquellos soldados que se desbandaban muchas veces ante un fuerte ataque del enemigo, no se debía culpar á ellos solamente sino al mal ejemplo de sus generales, á su deficiente organización y á la costumbre que tenían de ser derrotados por la impericia de sus jefes. Además, ya que tan rigoroso se mostraba Cuesta en tales materias, debía haber comenzado por ordenar que le fusilaran á él mismo, pues no otra cosa merecía el caudillo loco y caprichudo que desatendía un acertado consejo de Wellington y después avanzaba, sin saber por qué, hasta Torrijos, exponiendo todo un ejército á que fuera totalmente destruido por fuerzas superiores.

Indudablemente Cuesta fué un general á quien á pesar de los buenos deseos que en muchas ocasiones demostró, la patria pudo considerar por su carácter, como una calamidad tan grande cual los franceses.

A pesar de esto, cuando llegó la hora de las mercedes, la Junta central olvidó las temeridades peligrosas de Cuesta en gracia al buen éxito de la batalla, y le condecoró con la gran cruz de Carlos III. A sir Arturo Wellesley quiso el gobierno español demostrarle su agradecimiento nombrándole capitán general de los ejércitos españoles, pero él, respetando las leyes de su país que le prohibían aceptar, rehusó tal título, y únicamente admitió la dignidad de Par á que le ensalzó Inglaterra y el título de lord vizconde de Wellington de Talavera, nombre con que es hoy conocido, unido á la dignidad de duque que luego alcanzó.

Más adelante la Regencia del reino, en 1810, para premiar el valor de los soldados que en la batalla de Talavera habían tomado parte, creó una cruz que recordara eternamente un hecho de armas tan glorioso como inútil.

Ningún resultado práctico tuvo para la causa española aquella derrota de los franceses. Lo más indicado después de ésta, era que los aliados marcharan tras las desalentadas fuerzas de José, á las que era fácil batir en un segundo combate y penetrar en Madrid, único objeto de la campaña, antes que Soult pudiera vencer la resistencia que le opondría una fuerte división en los pasos del Alberche y del Guadarrama; pero Wellington en vez de hacer esto, se metió en Talavera y nada emprendió por la poca confianza, según unos, que tenía en sus tropas, y según otros, y esta es la opinión más probable, por su poca armonía con Cuesta, cuyo carácter no era para marchar acorde con nadie.

La excusa que Wellington dió para no seguir adelante, fué la escasez de víveres en que estaba su ejército; pero esta disculpa resultaba ridícula, pues más apurada se haría su situación estando quieto en un país esquilmado por la permanencia de tantos miles de hombres, que si seguía avanzando por una tierra no cansada y que recibiendo á los libertadores con el mayor entusiasmo, se excedería en proporcionarles medios de subsistencia.

Sin ser perseguidos se retiraron los franceses hacia Madrid, y José el día 31 se situó en Illescas con el cuarto cuerpo y la reserva, destacando dos ejércitos, uno á Toledo amenazada por las tropas de Venegas, y otro al mando de Víctor á Maqueda y Santa Cruz del Retamar, para contener al general Wilson, á quien se suponía con mayores fuerzas y por tanto más peligroso de lo que realmente era.

Indudablemente influyó también en el ánimo de Wellington para no seguir la persecución de José, la proximidad de Soult que estaba ya cerca del puerto de Baños, en la cordillera que separa Castilla de Extremadura, y cuyo punto defendía el marqués del Reino con solo cuatro batallones. Una fuerza tan exígua no podía presentar resistencia seria á las numerosas tropas que traía Soult, y por esto Wellington pidió á Cuesta que enviase en auxilio del marqués la división de Bassecourt; pero antes de que ésta saliese para su destino, ya el mariscal francés había forzado aquel paso y entrado en Plasencia el 1.° de Agosto. Soult llegaba tan tarde en auxilio de sus compañeros por no haber recibido en Zamora, donde se encontraba, la orden de avanzar hasta el día 27 ó sea el mismo día en que comenzaba la batalla de Talavera.

Wellington, que por ciertos obstáculos que pudieran oponérsele en la marcha no se había determinado á avanzar, se veía ahora en peligro por su inacción, pues de un momento á otro sería atacado por Soult en Talavera y se vería entre dos fuegos siendo indudable que á sus espaldas se reharía el ejército de José.

Este peligro le hizo salir de su inacción el 2 de Agosto y dejando á Cuesta en Talavera con el encargo de contener á José y Víctor si se acercaban y proteger á los cinco mil enfermos y heridos que en dicho punto teníamos, fué á parapetarse con su ejército tras el Tajo.

Wellington pasó el río por Puente del Arzobispo y estableció su cuartel en Deleitosa, enviando una brigada á guardar el paso de Almaraz. Este movimiento produjo muy mala impresión entre los españoles, pues realmente no era más que una precipitada retirada; pero á Wellington, después de su inacción en Talavera, no le era ya posible tomar otra determinación pues resultaba tarde para avanzar á Madrid, y de permanecer quieto en aquella población se exponía á ser derrotado por Soult, que traía cincuenta mil

soldados aguerridos y completamente de refresco.

Cuesta, sin esperar á que Víctor ni ningún general francés le incomodara en Talavera, abandonó esta población y los heridos que en ella tenía y fué á incorporarse con Wellington, siguiendo con esto una conducta censurable, pues el no estar conforme con el movimiento emprendido por el general inglés no excluye que cumpliera lo que le había prometido de defender aquella población, no retirándose más que en caso apurado.

El día 5 pasó Cuesta el Tajo y marchó tras el ejército inglés en su movimiento, dejando en Puente del Arzobispo á Bassecourt y en Adrutar al duque de Alburquerque para que impidieran el paso á los franceses que ya se iban agolpando hacia dichos puntos.

Apenas se establecieron en los citados lugares las dos divisiones españolas, pusiéronse en comunicación los ejércitos de Víctor y Soult, y ansiosos de vengar la derrota de Talavera se dirigieron al Tajo para ir en seguimiento de los aliados fugitivos.

Mortier fué el encargado de forzar los dos pasos del río, y encontró tan desprevenidos á los españoles en Puente del Arzobispo que, haciendo pasar por un vado ochocientos caballos, los acuchilló por la espalda mientras que él cargaba por el frente desbaratándolos.

Los españoles perdieron allí artillería y equipajes y en su retirada fué acuchillándolos el enemigo más de dos leguas de camino.

Aquel desastre obligó á Cuesta, agobiado por los años y que conocía era cada vez más antipático á sus tropas, á presentar su dimisión del mando que le fué admitida, nombrando la Central para sucederle á D. Francisco Eguia, un general rancio tan inepto como su antecesor y del que tiempo tendremos para hablar.

Por fortuna para nuestra causa, los franceses, una vez posesionados del Tajo, no quisieron avanzar, pues temían que alejándose se sublevara Castilla, en la que las guarniciones eran escasas y además se habían recibido órdenes de Napoleón para no emprender ningún movimiento de avance hasta que llegaran algunos refuerzos entresacados de sus ejércitos del Norte.

Como se ve, la guerra de España costaba al emperador numerosos envíos de soldados que debilitaban sus ejércitos del resto de Europa sin que tan grandes sacrificios le produjeran decisivas ventajas.

Al detenerse en su avance los franceses, Soult fué destinado á Plasencia, Mortier á Talavera y Ney marchó á Salamanca para contener al duque del Parque que se adelantaba con el ejército de Galicia.

Al llegar este mariscal al puerto de Baños se encontró con un enemigo inesperado del que nadie se acordaba. Era el general inglés Wilson, quien después de correr perdido hasta Bejar

sin noticias de sus jefes, iba en busca de ellos camino de Plasencia.

Su fuerza era de cuatro mil hombres entre ingleses, portugueses y españoles y á pesar de lo exiguas que resultaban tales tropas dentro el ejército de Ney, se batieron con gran valor durante muchas horas, distinguiéndose por su arrojo los españoles que en ellas iban y que sabían sacar partido mejor que nadie de las luchas de montaña.

Los soldados de Wilson, acosados por todas partes por un enemigo tan superior, tuvieron al fin para salvarse que enriscarse en lo más fragoso de la sierra donde se dispersaron en pequeñas partidas.

Otro ejército mucho más importante, pues era el más lucido de todos los que tenía España, estaba en tanto sin dar señales de existencia. Era el ejército de la Mancha que desde esta región había marchado en pos de Sebastiani para situarse en la orilla izquierda del Tajo y cooperar á la campaña de Talavera.

Esta fuerza era, como ya hemos dicho, la mejor de todas las españolas y á pesar de esto no hizo nada, no reportó á la patria la más pequeña ventaja ni alcanzó la más insignificante gloria para sí mismo.

Mandaba dicho ejército el general Venegas y se componía de treinta y dos mil hombres en cinco divisiones, mandando la primera un militar tan conocido por su temerario valor y arrojo como el joven general D. Luis Lacy.

Venegas, al acercarse al Tajo, dividió sus tropas, enviando unas á Toledo y otra á Aranjuez

Posesionado de este último punto el 29 de Julio, fácil le hubiera sido á Venegas caer sobre Madrid, mal guarnecido desde la salida de José y commovido patrióticamente tanto por la ausencia de éste con las mejores tropas, como por la aproximación de Wilson á Navalcarnero; pero por un exceso de aquella prudencia tan especial que dominaba á muchos de nuestros generales, no salió de su inacción, que ni la victoria de Talavera logró alterar.

En tal situación permaneció Venegas inmóvil hasta que supo la retirada del ejército aliado á la orilla izquierda del Tajo. Entonces se propuso defender los pasos de este río por la parte de Aranjuez para impedir el avance de los franceses, y se fortificó en los tres puentes de la Reina, de las Barcas y Verde que el enemigo atacó con firmeza y simultáneamente.

El ejército de Venegas que hacía tiempo no se batía y deseaba con el mayor entusiasmo hacer algo por la patria, se portó en aquella jornada con gran brillantez, llegando á tal punto su decisión, que muchos soldados heridos de gravedad, así que en las ambulancias les hacían la primer cura, tomaban otra vez el fusil por su propia voluntad é iban á ocupar un puesto en el combate.

Los franceses fueron rechazados con grandes pérdidas y se dirigieron en-

tonces hacia la parte de Toledo, lo que hizo creer á Venegas que deseaban pasar el Tajo en aquella parte y envolverle por la espalda. En esta sospecha le confirmó la noticia recibida de haber pasado por dicho punto y por Añober el río. en el día 9, una fuerte división francesa, y marchó á su encuentro trasladando su ejército á Almonacid.

Venegas fundándose en las vagas noticias que le habían comunicado los patriotas del país, creía que aquel ejército francés no tendría más allá de catorce mil hombres, y se componía de treinta mil, pues eran los cuerpos de Sebastiani y de José que se habían reunido para avanzar.

Avistáronse españoles y franceses y trabóse la batalla en la madrugada del día 11 junto á Almonacid. En la primera carga que dió el enemigo, cejó nuestra izquierda, pero acudió en su socorro el valiente Lacy y pudo ganar el terreno perdido. En el centro se desordenó una división, inutilizando con ello el auxilio de las demás, y facilitando á los franceses el apoderarse, apenas cargaron, del castillo que era la posición más importante.

Así que ocurrió esta desgracia, Venegas no pensó más que en retirarse inmediatamente, pues de permanecer más tiempo sobre el campo, corría su ejército el peligro de ser destrozado totalmente. La retirada fué algo desastrosa, y en tal estado se encontraba el ánimo de los soldados, que bastó la voladura de un carro de municiones primeramente y después una falsa noticia de aproximación del enemigo en Manzanares, para que el ejército se declarara en completa dispersión. Sobre el campo de batalla de Almonacid quedaron unos cuatro mil hombres que por mitad pertenecían á ambos ejércitos.

Con esta batalla terminó la llamada campaña de Talavera, la más desigual, la más inútil y la más sangrienta de todas las que formaron aquella larga campaña. Ningún resultado práctico vinieron á sacar de ella ni los aliados ni sus enemigos, pues una vez terminada, todos quedaron en la situación que antes tenían.

Wellington, á quien la batalla de Talavera había dado grande prestigio, lo perdió por completo cuando los españoles lo vieron retroceder temeroso de empeñar otros combates con los franceses desde Jaraicejo hasta Badajoz, donde asentó su cuartel general, y en cuyos alrededores y frontera portuguesa puso todo su ejército.

La ya escasa simpatía con que entonces se miraba á Wellington, aumentaba á causa de sus disensiones con la Central sobre cuestión de subsistencias, motivo que amenazaba ser suficiente para un rompimiento y que el ejército inglés se retirara de nuestro territorio. Por fortuna llegó á Sevilla el marqués de Wellesley, hermano de Wellington, con el encargo de suceder á Frere en la representación de Inglaterra cerca de la Central y ésta para

convencer á los ingleses de que no era culpa suya, sino de la pobreza del país tras tan terrible guerra el que no estuvieran mejor asistidos, dió amplias facultades al marqués para atender al suministro de sus compatriotas, con lo cual no mejoró la situación de éstos tanto como ellos esperaban.

El desgraciado éxito de la campaña de Talavera produjo una especie de paralización en la guerra.

Toda España había mirado con la mayor confianza la reunión de los ejércitos aliados prometiéndose de sus operaciones las mayores esperanzas, y al verlos retirarse sin ser derrotados, surgió contra los ingleses ese odio tan propio del carácter español contra todo lo extranjero y el orgullo patrio que hacía renacer la confianza de que sólo salvarían á España sus propios hijos.

El ejército de Wellington quedó olvidado en Badajoz y la nación no fijó ya sus ojos más que en los guerrilleros que contaban sus días por estupendas hazañas y en el ejército de la izquierda, ó sea de Galicia y Asturias, que era tenido en gran concepto por sus triunfos.

Así que el marqués de La Romana se separó en Astorga de dicho ejército para ir á la Central, pasó éste á Ciudad Rodrigo para ponerse bajo las órdenes del duque del Parque que allí estaba. No iba el ejército completo, pues se había quedado una división á guardar los puertos de Manzanal y Fuencebadon y la que mandaba Ballesteros que estaba todavía en las montañas de Liebana rehaciéndose del desastre de Santander.

El cuerpo de ejército mandado por Ney fué el encargado de contener el avance de nuestro ejército de la izquierda y para ello se dividió en dos trozos, encargándose el mayor de seguir al del Parque, y el otro, que constaba de tres mil hombres y dos piezas de artillería, recibió la misión de atacar las divisiones españolas que quedaban á retaguardia.

Mandaba esta última fuerza el general Carrier, hombre jactancioso que al mismo tiempo que cumplir tal encargo, se propuso de paso rendir Astorga con sólo su presencia.

No tenía esta población otra defensa que una antigua muralla con torreones, desmoronada en muchas partes por el tiempo é incapaz de presentar una resistencia seria, pues carecía de fosos, estacadas y todas las demás obras necesarias en una fortificación.

A pesar de esta debilidad en la defensa, Astorga supo resistirse también como lo hacían en aquella época hasta los pueblos más pequeños.

Su gobernador, el coronel Santocildes, puso ocho cañones en las murallas junto con los mil doscientos reclutas que formaban la guarnición y además llamó á las armas al vecindario, que acudió en masa á los puntos de mayor peligro. Cuando los franceses atacaron por la puerta del Obispo, se encontraron con que hasta las mujeres y los niños tomaban parte en el

combate y tuvieron que retroceder ante tan insuperable resistencia. A las cuatro horas de combate Carrier se vió precisado á alejarse, conociendo que sus tropas eran insuficientes para rendir á un pueblo tan entusiasmado.

El otro cuerpo francés encargado de seguir al ejército de Galicia, iba mandado por el general Marchand por ausencia de Ney, que había tenido que pasar á Francia.

Llevaba Marchand tres mil hombres menos que el duque del Parque, y éste á pesar de tal inferioridad en su contrario, entretuvo á éste muchos días marchando y contramarchando por las orillas del río Agueda hasta que por fin le presentó la batalla en las cercanias de Tamames, tomando ventajosas posiciones en sus montañas.

Marchand habia retrocedido á Salamanca distante nueve leguas, pero al saber que su enemigo le aguardaba, volvió grandemente reforzado para poder igualarse con él y aun superarle llevando diez mil infantes, mil doscientos jinetes y catorce piezas de artillería.

Los franceses avanzaron en tres columnas y tal efecto causó su embestida en los nuestros, que ya parecía inmediata una de aquellas terribles derrotas á que tan acostumbrada estaba la nación.

Nuestra caballería se desordenó y llegaron á caer en manos del enemigo algunos cañones españoles; pero el duque del Parque supo remediar á tiempo el naciente desorden y además allí estaban D. Gabriel Mendizábal y D. Martín Carrera, dos de los soldados más valientes que ha tenido España, los cuales con intrepidez heróica se arrojaron sobre el enemigo, siguiéndoles entusiasmadas las tropas ante tal valor, y lo que empezaba ya á ser derrota se trocó en completa victoria. Este avance se verificó en la izquierda de nuestra línea, y el centro y la derecha supieron imitarlo tan á tiempo, que produjeron en el enemigo el desorden obligándole á retirarse.

Marchand volvió á Salamanca con mil quinientos hombres menos, y en cuanto á nuestro ejército tuvo la pérdida de setecientos, cuyo vacío llenó pronto con exceso, pues al día siguiente incorporósele Ballesteros con su división.

La victoria de Tamames causó tal efecto en el derrotado Marchand, que no intentó siquiera detener al ejército español en las orillas del Tormes, y apenas supo que el duque del Parque había pasado el río por Ledesma, se apresuró á abandonar Salamanca y á retirarse con precipitación.

La derrota de los franceses en Tamames, como alcanzada por el solo esfuerzo de los españoles, fué muy celebrada en toda España y dió mayores ánimos á los patriotas; pero muy pronto vinieron nuevas derrotas á borrar tan buena impresión, pues como dice cierto autor, en la guerra de la Independencia, nuestra patria parecía condenada á no alcanzar dos victorias seguidas.

La Junta central viendo que Wellington se obstinaba en no salir de sus acantonamientos en la frontera de Portugal y en no emprender operación alguna, proyectó, llevada de aquel patriotismo ciego que tantos desastres costaba, acometer la reconquista de Madrid contando únicamente para ello con los ejércitos nacionales.

Sólo un laudable deseo de librar cuanto antes la patria de enemigos y una confianza ciega en nuestros ejércitos podían disculpar el que el gobierno acariciara un plan tan descabellado y se apresurara á llevarlo á la práctica.

El plan consistía en valerse del aprieto en que á los franceses de Castilla había puesto el duque del Parque y dejando solo doce mil hombres del ejército de Extremadura para que vigilasen á Soult, enviar el resto, unido al ejército de la Mancha, para que con la mayor velocidad se dirigiera á Madrid, dando sobre él el golpe proyectado.

El encargado de verificar tan audaz movimiento era D. Francisco Eguia, incapaz para una empresa tal y aun para realizar otras de menos monta. El 3 de Octubre tenía ya Eguia reunidos en Daimiel cerca de cincuenta y dos mil hombres con cincuenta y cinco cañones, y cuando ya la Junta central y todo el país le creia marchando apresuradamente hacia Madrid y aun algunos optimistas suponíanle ya dueño de la capital, recibióse la noticia de que en vez de avanzar hacia el interior de la península, había retrocedido á Sierra Morena sin que le amenazara ningún peligro inevitable.

La más general indignación estalló contra aquel jefe, mucho peor que Cuesta, pues éste al menos si desacertado é ignorante, tenía al menos valor y sabia ir en busca del enemigo muchas veces con sobrado ardimiento.

Era Eguia, á quien los soldados conocían con el apodo de *Coletilla*, por ir peinado y aun vestido á la antigua con lo cual creía dar más viso á sus ideas rancias y reaccionarias, un hombre irresoluto que ocupaba todo el tiempo en anunciar con énfasis estupendos planes de campaña que nunca realizaba y que empleándose en tan inocente tarea dejaba siempre que se le adelantara el enemigo. Al situarse en Daimiel lo hizo con tanto aparato de fuerzas y cuidó con tal empeño que los franceses supieran el número de sus tropas, como si con esto pudiera hacerlos huir asustados, que cuando pensó moverse hacia Madrid, ya se habían interpuesto en el camino los cuerpos que mandaban Víctor y Sebastiani. Eguia no carecía de valor, pero tampoco andaba muy sobrado de arrojo y decisión, y buena prueba de ello fué, que apenas supo guardaban el camino los dos mariscales franceses, levantó su campo de Daimiel y se retiró á toda prisa á Sierra Morena, como si los enemigos fueran picándole encarnizadamente la retaguardia. Desde este punto escribió á la Central pi-

diendo nuevos refuerzos; pero indignada justamente la Junta, le destituyó, desapareciendo por entonces de la vida activa el inepto general Eguia, que más adelante debía figurar como uno de los más fanáticos genízaros de Fernando VII en las repugnantes épocas de reacción y como general en jefe del ejército carlista durante la primera guerra civil.

Para reemplazarle fué nombrado el general D. Juan Carlos de Areizaga, el cual había adquirido algún prestigio batiéndose valerosamente al frente de su división y á las órdenes de Blake en la batalla de Alcañiz.

Areizaga contaba con gran apoyo en Sevilla, pues era muy conocida su opinión de marchar cuanto antes sobre Madrid, y en la Central y personas que la rodeaban estaba muy arraigado el deseo de volver pronto á la corte, pues unos anhelaban tornar á sus vacías casas y el gobierno creía que le daría más lustre á los ojos de Europa el decretar desde la capital del reino que desde una capital de provincia. Lord Wellington, que por aquella fecha abandonó su ejército y estuvo en Sevilla para visitar á su hermano el marqués de Wellesley, conociendo lo imposible que era aquella empresa, aun siendo acometida con mejores elementos, intentó disuadir á las autoridades españolas de tan descabellado plan; pero sus consejos fueron desoídos, pues se fundaban las mayores esperanzas en Areizaga y se le creía un genio militar solamente porque con la seguridad que le daba su valor, decía que él llegaría á Madrid.

Areizaga era un ejemplar acabado del militar español de aquella época. Su valor en el campo de batalla llegaba á rayar en lo heróico, pero como táctico no tenía mérito alguno, y creía que las batallas únicamente las ganaba los que tenían mayor valor y cargaban á la bayoneta con más empuje.

El 3 de Noviembre emprendieron la marcha los españoles. Iba al frente, como explorador, el general D. Manuel Freire con un cuerpo de caballería; seguíale la vanguardia mandada por Zayas, y á ésta la apoyaba con la primera división el denodado don Luis Lacy. Iban allí los mejores soldados de España, los jefes de valor más indómito, pero entre ellos no marchaba ni el más mediano táctico.

Los franceses se fueron replegándose ante el avance del ejército español, y la vanguardia de éste, junta con la caballería de Freire, sostuvieron algunos choques en Dos Barrios y Ocaña, que resultaron ventajosos para nuestras armas, y obligaron á los enemigos á retirarse al Tajo por Aranjuez.

Areizaga, en vez de aprovecharse de estas ventajas y marchando en línea recta deshacer cualquier obstáculo que se le opusiera, se entretuvo en buscar pasos en el río que no estuvieran ocupados por el enemigo, con lo cual perdió un tiempo precioso y dió lugar á que les llegara á los franceses

grandes refuerzos. Además sobrevino un tremendo temporal, los caminos quedaron encharcados, y los rigores de la naturaleza contribuyeron mucho á abatir al soldado.

A tal estado llegó nuestro ejército por causa de tal dilación, que tuvo que deshacer los puentes que se habían ya tendido en Villamanrique y replegarse á Ocaña; sufriendo antes algunas pérdidas en un choque que el día 18 tuvo con la caballería enemiga cerca de Ontigola.

Los franceses fueron recibiendo tales refuerzos, que sus tropas, que al llegar Areizaga al Tajo sólo se componían de veinte mil hombres, contaban ahora cuarenta y ocho mil, cifra igual á la de nuestro ejército, pero cuya fuerza aumentaba la mayor disciplina de los soldados franceses.

Conociendo Areizaga que para pasar el Tajo necesitaba librar una gran batalla, prefirió presentarla en Ocaña.

Los franceses no deseaban acometer nuestro ejército hasta que llegara Víctor, que estaba operando por la de-echa de ésta; pero un ataque que ieron los españoles á la división La-l situada en una meseta cercana á aña, decidió el que comenzara la alla.

Las tropas francesas componíanse cuarto y el quinto cuerpo, manda- por Sebastiani y Mortier, de la rva capitaneada por el general lles y de la guardia del Rey á frente iba el mismo José.

llase Ocaña situada en un terreno llano y elevado á la entrada de la sierra que lleva su nombre. Las divisiones españolas fueron colocándose en los alrededores de la población tal como les plació á sus jefes, pues Areizaga no dió orden alguna y muchas tropas quedaron inactivas dentro de la población lo mismo que la caballería que por su propia voluntad se puso detrás de todo el ejército y en sitio donde no podía prestar auxilio alguno.

Areizaga, para imitar á Wellington en la torre de Talavera ó más bien á guisa de espectador que busca la mejor localidad para gozar bien del espectáculo, se encaramó al más alto campanario de Ocaña y allí estuvo con una inmovilidad estúpida contemplando todo el combate sin que diera ninguna orden al principio y cuando al fin se decidió á ello, tan sólo fué para acelerar más la derrota de los suyos.

La división del general Laval supo rechazar el ataque de las tropas españolas y con tanto ardor se empeñó en su persecución, que para que no quedara cortada hizo un avance general todo el ejército francés.

Al principio nuestra línea no pudiendo resistir tal carga fué cejando con orden; pero un ataque de Sebastiani contra la derecha la desconcertó de tal modo, que la obligó á formar cuadros

El intrépido Lacy que estaba desesperado al notar la nula dirección de nuestro ejército en aquella batalla,

viendo que las tropas francesas avanzaban arrollándolo todo, se dejó llevar de aquel valor heróico y temerario que le caracterizaba agarrando la bandera del regimiento de Burgos y sable en mano y seguido solamente de dos compañías se abrió paso al arma blanca entre las masas del enemigo, y arrollando cuanto se opuso á su marcha destructora llegó á tomar una batería.

Los franceses quedaron estupefactos é indecisos ante aquel inesperado arranque, y es seguro que de haber acudido nuevas fuerzas en auxilio de Lacy la victoria se hubiera declarado por nosotros; pero la caballería, que en aquel terreno llano podía haber hecho mucho, no se movió, y Zayas que ya iba á avanzar con su división para apoyar á su compañero, tuvo que permanecer quieto por orden de Areizaga, que al fin dió señales de existencia para cometer solamente un desatino.

El sublime esfuerzo de Lacy resultó por tanto inútil y el ejército español acabó de ser deshecho por la caballería que mandaba el general Merlin.

Pocas derrotas sufrimos tan vergonzosas y completas como la de Ocaña.

En los primeros momentos del desastre y sobre el mismo campo de batalla, la caballería francesa hizo rendir las armas á cinco mil hombres, y además los coraceros de Milhaud alcanzaron y rindieron á una división entera.

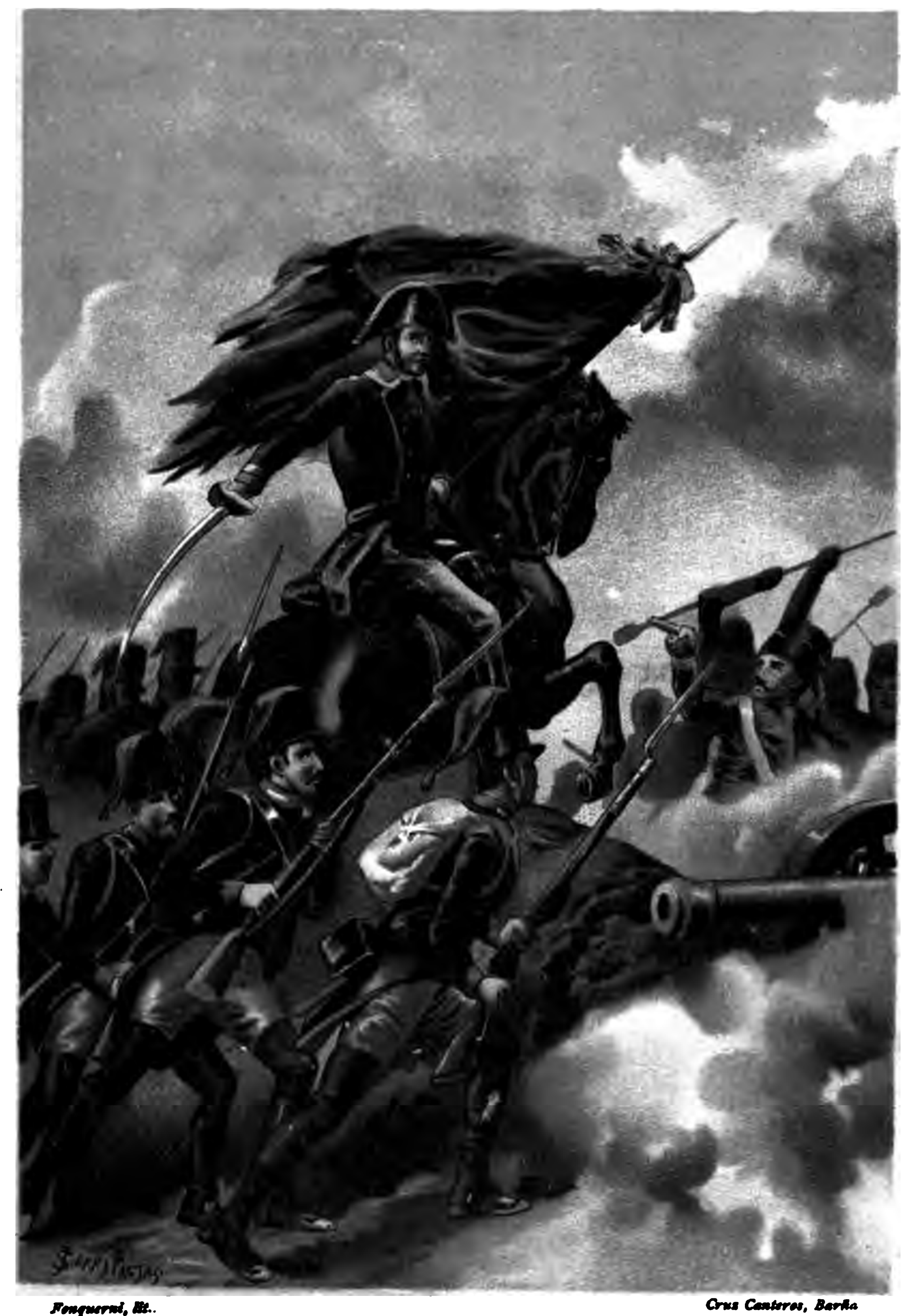
La dispersión de nuestro ejército llegó al mayor grado de vergüenza. Soldados y oficiales, no contentos con arrojar las armas para huir, se despojaron hasta de los uniformes para no ser conocidos, y apenas en la fuga marchaban cuatro juntos. Tal era el pavor de los que huían, que un par de jinetes franceses bastaron para hacer prisioneros á más de cien hombres, y los oficiales procuraban que no les siguieran soldados, para no llamar sobre sus personas la atencion de los enemigos.

Las pérdidas que sufrimos son las que mejor demuestran con cifras aterradoras hasta dónde llegó aquel desastre. En la batalla de Ocaña tuvo el ejército español cinco mil bajas entre muertos y heridos y trece mil prisioneros, apoderándose, además, los franceses de cincuenta cañones, treinta banderas y gran cantidad de víveres y municiones.

Esta derrota resultó más vergonzosa en comparación de lo que á los franceses les costó el causarla, pues no perdieron más que dos mil hombres entre muertos y heridos, á pesar de ser menos numeroso su ejército que el nuestro, por no haber llegado Víctor, y de ocupar peores posiciones.

A nadie se debia culpar de tan escandalosa derrota más que al general en jefe.

Los soldados lidiaron con gran valor, y si no hicieron más que batirse en retirada ante el primer empuje de los franceses, fué porque nadie les dió la orden de avanzar; los jefes superiores como Girón, Zayas y otros, estu-



Fonquerni, lit. *Cruz Canteros, Barña*

EL GENERAL LACY EN LA BATALLA DE OCAÑA.

vieron á la altura de la brillante reputación que habían adquirido como esforzados generales de división en todos los combates; del denodado Lacy nada hay que decir, pues en su historia militar la batalla de Ocaña constituye su mayor timbre de gloria, y en cuanto á la artillería, al principio del combate jugó con mucho acierto. Allí estaban reunidos los mejores defensores de la causa nacional y sólo faltó una cabeza, pues la batalla se dió al azar y sin que nadie la dirigiera.

La guerra de la Independencia fué la de las cosas ridículas, á fuerza de ser crueles. Al largo catálogo de generales ineptos y enfáticos que la patria iba formando, había que añadir un Areizaga, impasible espectador del combate de sus tropas; confuso, desorientado y mudo, que abrió la boca solamente para dar órdenes contradictorias y acelerar la derrota, y que al ver que los enemigos se acercaban; arrollándolo todo, á donde él estaba, se acordó de que su imprevisión había sido tanta, que ni punto de reunión había señalado á sus soldados para el caso de retirada.

Los fugitivos, fijándose en que de Sierra Morena habían partido para tan infausta operación, fueron acudiendo á este punto, pero uno á uno y tan lentamente, que después de dos meses apenas si llegaban á veinticinco mil hombres los dispersos vencidos.

La causa española recibió un rudo golpe con la derrota de Ocaña, y todos creían que Areizaga sería sometido á un Consejo de guerra que castigara enérgicamente su extraña conducta; pero eran tan anormales todas las cosas de aquella época, que la Central no le exigió la menor responsabilidad, y lo que fué más escandaloso, tardó algún tiempo en deponerle del mando.

José supo aprovecharse de tal derrota, y para dar mayor esplendor á su triunfo entró en Madrid con gran aparato de vencedor, llevando tras sí las largas filas de prisioneros que el pueblo contemplaba entristecido.

Parecía natural que José, aprovechando la victoria de Ocaña, se lanzase sobre Andalucía, último baluarte de la causa patriótica, pues que no guardaba ni un solo hombre.

El duque de Alburquerque, que con su división estaba en Puente del Arzobispo, al saber la derrota de Areizaga se retiró á Trujillo, no considerándose seguro.

Sin embargo, José temió que si avanzaba podía cortarle el paso este general, y sobre todo Wellington, y antes de comprometerse en una campaña con ellos y emprender la marcha á Andalucía, quiso batir al enemigo que tenía á sus espaldas, al envalentonado duque del Parque, que después de la victoria de Tamames le amenazaba por Castilla la Vieja.

El duque con su victorioso ejército, con objeto de ayudar á Areizaga en su plan, había avanzado el 23 de Octubre hasta Medina del Campo, en

busca del enemigo que la ocupaba.

Replegáronse los franceses á una altura inmediata, y á ella les siguió nuestro ejército, pero una parte de su línea cayó de improviso con gran empuje sobre la caballería española y la hizo retroceder poniendo en gran peligro la división que mandaba Ballesteros.

Este se portó entonces con gran bizarría, que hizo olvidar su anterior conducta en el desastre de Santander. Puesto á la cabeza de sus soldados, cargó con firmeza á los enemigos, y supo comunicar con este acto tal entusiasmo á toda la línea, que ésta por entero cayó sobre los franceses y los desbarató, hasta el punto que sobreviniendo la noche se declararon en retirada para ir en busca de nuevos refuerzos.

El ejército de Galicia permaneció sobre el campo de batalla algunas horas para hacer constar su triunfo, hasta que la necesidad de alimento y descanso le obligó á marchar al Carpio.

En aquella noche se esparció por ambos campamentos la noticia de lo de Ocaña, lo que cambió el espíritu y conducta de los dos ejércitos, pues el español, profundamente desalentado, emprendió la retirada, y el francés, fuertemente reforzado y con bastante entusiasmo le siguió al alcance.

El 28 se avistaron ambos ejércitos en Alba de Tormes. Esta población tiene su asiento en la orilla derecha del río cuyo nombre lleva y se comunica con la izquierda por medio de un puente de piedra. El duque, en vez de colocar su ejército por entero en una de las dos orillas que ofreciera mejores condiciones de defensa, formó sus tropas de modo que puso el río en medio.

Dentro de la población y en el puente quedaron casi todas las fuerzas españolas, y únicamente pasaron á la orilla izquierda dos divisiones mandadas por jefes tan valientes como Carreras y Mendizábal. Además el duque del Parque cometió la torpeza de ordenar á sus tropas que fueran las primeras en atacar, perdiendo con esto su buena posición.

Nuestra caballería, al primer choque, quedó completamente dispersa, y en la fuga atropelló á los infantes que arrastrados por el desorden se agolparon al puente dejando abandonados cinco cañones. El ala izquierda, á cuyo frente se pusieron Mendizábal y Carrera, supo contenerse en medio de aquella confusión y formando tres veces el cuadro obligó á retroceder á la caballería francesa, hasta que una segunda derrota que sufrieron nuestros jinetes obligó á los dos esforzados generales á pasar el río con sus tropas, si bien lo hicieron con gran calma y sin dejar de defenderse, teniendo que abandonar cuatro cañones antes de tocar en la orilla opuesta.

Sobrevino la noche y los franceses no pasaron de Alba de Tormes pues necesitaban descanso, pero cuando á la mañana siguiente fueron en busca del enemigo, no encontraron más que

numerosos rastros de fuga y no supieron cual seguir, pues el del Parque había ordenado á su ejército que se retirara en columnas y tomando muy diversas direcciones.

Esas columnas marcharon á Tamames, otras á Ciudad-Rodrigo y otras á Medina del Castañar, llevando todas el propósito de enriscarse en las inmediatas sierras donde debía efectuarse la reunión.

Cuando el duque del Parque pudo revistar sus tropas, encontró que le faltaban tres mil hombres la mayor parte de los cuales eran dispersos.

Los franceses, así que ganaron la batalla, quedaron dueños de Salamanca y restablecieron su línea del Tormes. En cuanto á Kellerman, muy satisfecho de su triunfo, se restituyó á Valladolid.

La derrota de Alba de Tormes vino á completar la desgracia y el abatimiento de la causa de la patria. Derrotados en Ocaña de un modo tan espantoso los ejércitos de la Mancha y Extremadura, inactivo Wellington, y retirado el ejército de Aragón en Cataluña para reponerse de sus fracasos, todas las esperanzas se cifraban en el de Galicia que tanta fortuna había tenido en muchas ocasiones y que casi podía asegurarse no había sido jamás completamente desbaratado.

Júzguese ahora el efecto que en España causaría la derrota de Alba de Tormes. Aquello fué el complemento del desastre de Ocaña, y por si la causa de la patria no estaba agobiada con bastantes dolores y necesitaba apurar más el cáliz de amargura para poner á prueba su heroismo, llegó la noticia de que Napoleón triunfante de Austria en la decisiva batalla de Wagram, la había obligado á firmar la paz el 14 de Octubre, y al mismo tiempo la de que Wellington, descorazonado y abatido por el mal aspecto que para su nación tomaban los sucesos, abandonaba las orillas del Guadiana y se trasladaba al Norte del Tajo.

En medio de tal cúmulo de tristezas que se sucedían con tan gran rapidez, la patria no desmayó y siguió adelante en su empresa, sin que por un solo momento pensara rendirse ante los esfuerzos combinados del poderío y de la desgracia. España perdía sus ejércitos en los campos y quedaba casi sin defensores; pero allá cerca de los Pirineos á pocas leguas de Francia tenía una ciudad que levantaba con gloria su bandera y la sostenía con una tenacidad nunca vista que rayaba en lo sobrenatural, pues echaba por el suelo todas las reglas fijas y matemáticas de la guerra. Aquella ciudad era Gerona, de cuya heróica defensa trataremos en el próximo capítulo.

Para ocuparnos de la parte militar de la guerra ó sea de la más ruidosa y que primeramente atrae la atención, hemos olvidado la parte política que se desarrollaba en el seno de la Junta central, á la que abandonamos á la muerte de Floridablanca.

La fracción de hombres apegados á

las ideas antiguas que dicho prócer acuadrillaba, á pesar de su muerte seguían predominando algunas veces en el seno del gobierno é imponiendo su criterio reaccionario en las cuestiones que necesitaban acuerdo.

El ilustre Jovellanos, ya dijimos que capitaneaba una fracción más avanzada que deseaba la regeneración política de la patria; pero el antiguo fiscal del Consejo de Castilla, si bien pensaba algo á la moderna, estaba educado á la antigua; tenía todas esas costumbres propias de los organismos públicos sedentarios é inútiles á los que él había pertenecido; todo lo examinaba con la mayor calma y circunspección; al igual que sus contrarios, creía que las más fútiles cuestiones merecían una discusión interminable y si alguna vez se movía más y demostraba mayor actividad y energía, tan solo era debido á las excitaciones de Calvo de Rozas y dos ó tres compañeros, que eran los únicos individuos de la Junta verdaderos hijos de la revolución que sabían interpretar las aspiraciones del pueblo.

A tal punto llegó en materia de política el apego que manifestaba la Central á que la nación continuara constituida como antes de empezar la guerra, que se oponía á la convocación de Cortes ó á quebrantar en lo más mínimo aquellas abrumadoras trabas que pesaban sobre la prensa; lo que producía gran disgusto en la nación y hacía que el mismo gobierno inglés llegara á interesarse en el asunto conociendo los peligros que tal conducta podía reportar, y dijera á la Junta en una nota que le dirigió en 20 de Julio, «que si se atreviera á criticar cualquiera de las cosas que se habían hecho en España, tal vez manifestaría sus dudas... de si no había habido algún recelo de soltar el freno... á toda la energía del pueblo contra el enemigo.»

Estas manifestaciones de un gobierno aliado, y sobre todo los desastres de la patria, hicieron arrepentirse de su despótica conducta á los reaccionarios individuos de la Central, y todos convinieron en que para defenderse de los enemigos era necesario fomentar el popular entusiasmo, y esto no se lograba sin dejar libre á la prensa y sin dar á la nación las instituciones que, sin comprenderlas, deseaba, conociendo sin duda que en ellas estaba la base de su regeneración política.

La cuestión de convocatoria de Cortes volvió á ponerse sobre el tapete. El primero en iniciarla ya vimos que fué Jovellanos cuando la Junta estaba en Aranjuez; pero tuvo que retirarse ante la oposición de los reaccionarios, aplazándose su discusión para época indeterminada. En todos los reveses que á partir de aquella época sufrió la patria, los centralistas liberales iniciaban la conveniencia de publicar cuanto antes la convocación de Cortes; pero siempre tropezaban con la oposición de Floridablanca, el antiguo ministro del absoluto Carlos III, que no podía poner en acuer-

do sus máximas políticas con aquello de que las Cortes fueran el fundamento de la monarquía, que él había reconocido siempre sin otro origen que el divino.

Muerto este rancio hombre de Estado y ablandados sus partidarios por las necesidades del momento, el fogoso Calvo de Rozas con gran firmeza y atrevimiento, en la sesión del 15 de Abril, propuso de nuevo que se convocase la nación á Cortes y que se diera ensanche á la imprenta para que pudiera tratar toda clase de cuestiones.

Algunos individuos se mostraron algo rehacios á la proposición del valeroso ex-intendente de Zaragoza; pero la mayoría se mostró favorablemente á ella y la admitió á discusión, aunque teniendo que someterla antes, según el sistema confuso y lleno de obstáculos de aquella época, al examen por separado de las diversas secciones en que se dividía la Junta para distribuir sus trabajos, con la cual se la aplazaba para algún tiempo.

Valiéndose de la tolerancia adoptada por la Junta en cuestiones de imprenta, se continuó en Sevilla la publicación del *Semanario Patriótico*, aquel periódico con el qué el ilustre Quintana inició meses antes en Madrid la prensa política española y contribuyó mucho á la educación del país, tratando en él toda clase de cuestiones, hasta las religiosas, que en aquella época eran las más respetadas por todos á causa de los graves peligros que traía aparejados el quebrantar los dogmas, aun en aquello que estaba contra la razón y el sentido común, y por ser ésta su parte más esencial. Como Quintana ocupaba la secretaría de la Central, encargáronse de redactar el *Semanario Patriótico* los señores Antillón y Blanco White, que eran de los mejores escritores de la época.

Como todos los gobiernos y más los de época revolucionaria y agitada, la Junta central tenía grandes enemigos que, bien por ambición, bien por odio, conspiraban contra ella. El deseo de elevación en unos y la venganza por ofensas más ó menos ciertas en otros, había hecho que se juntaran para formar un partido contra la Central los más diversos elementos, pues en él figuraban mezclados los amigos de la inquisición y del despotismo, con los partidarios de la libertad de imprenta y de las Cortes.

Entre los enemigos de la Central, los más conocidos eran el duque del Infantado, que estaba ofendido por la preferencia que se daba al general Venegas, su rival; D. Francisco Palafox y el conde de Montijo.

Estos dos eran los que realmente más trabajaban por derribar la Central, siendo el primero en tal empresa un instrumento sin conciencia del segundo.

D. Francisco Palafox, que algo debía figurar en la política hasta la terminación de la guerra, era un cumplido caballero, de trato sencillo y

afable, pero cuya debilidad intelectual rayaba en los límites de la simpleza.

Todos recordaban en aquella época su célebre parte á la Central cuando, á la entrada de Napoleón en España á fines de 1808, marcharon los ejércitos españoles á las provincias del Norte, mandando en ellos D. Francisco una división. Cuando Madrid estaba conmovido por la derrota de Lerin, circuló la noticia de que en Caparroso las tropas mandadas por dicho general habían alcanzado una gran victoria, por lo cual todos los patriotas se apresuraron á adquirir la *Gaceta* en la que tropezaron con un parte de Palafox, que decia así:

«Participo á la Junta que hemos *tomado* á Caparroso á las *once* de esta mañana, habiéndole evacuado los enemigos á las *ocho*. Voy corriendo á activar todo aquello y á que sigan las conquistas.»

Es indudable que con generales como D. Francisco Palafox que tales hazañas realizaban *tomando* poblaciones tres horas después de abandonarlas los enemigos, la patria podía descansar tranquila.

Dicho señor creía que el solo prestigio de su apellido que tan alto había puesto en Zaragoza su hermano don José, bastaba para aspirar al gobierno de España, y en ésta ilusión le mantenía el conde de Montijo, que no sabía vivir sin estar metido en conspiraciones y revueltas.

La sedición que habían preparado contra la Central debía estallar en Granada á donde el de Montijo se trasladó por tener en ella muchos partidarios.

Acompañóle en su viaje el general inglés Doyle, que no sabemos con qué intentos se había mezclado en la conspiración, y el conde dió principio al movimiento promoviendo ocultamente una de aquellas asonadas populares á que tan aficionado era, y que estalló el 16 de Abril, poniendo en grave peligro á las autoridades.

Pero el revoltoso instinto de Montijo sólo llegaba hasta aquí; únicamente podía ser autor, y aun oculto, de un motín, pues le faltaba energía para seguir una revolución con todas sus consecuencias, y buena prueba de ello fué que á pesar de que su regimiento esperaba que hiciera su presentación en el cuartel para seguirle y que el pueblo amotinado pedía ansiosamente su presencia, siguió escondido y dando muestras de arrepentimiento por su obra.

La Junta central hubiera castigado indudablemente con mano fuerte al autor del motín, pero aparecía mezclado en el asunto el inglés Doyle, general de una nación aliada, y esto bastó para que se apresurara á echar tierra al asunto, contentándose con ordenar á Montijo que saliera de Granada, lo que éste verificó dirigiéndose á Sanlúcar de Barrameda, donde continuó urdiendo tramas motinescas tan propias de su carácter. A pesar de esto, cesaron en realidad todos los trabajos contra la Central, pues los interesados



en derribarla se contuvieron al ver que tenía pendiente una resolución tan importante como la convocación de Cortes, y en vista de que la opinión pública se interesaba por dicha corporación, deseosa de evitar divisiones y disturbios que sólo redundarían en beneficio de los franceses.

Mientras tales cosas ocurrían, las secciones en que estaba dividida la Junta central, con una rapidez no acostumbrada en aquel organismo tan dado á las vacilaciones y la parsimonia, examinaron la proposición de Calvo de Rozas é inmediatamente pasóse á deliberar sobre ella en sesión plena.

En esta se manifestaron en toda su extensión las diversas y encontradas opiniones en que se hallaba dividida la Junta, siendo verdaderamente notable que las personas más interesadas por su nacimiento y su alcurnia fueran los que se declararan partidarios de una reforma general política que en parte lastimaba sus privilegios y que hombres desconocidos que apenas si debían nada á la sociedad antigua y que no tenían representación en aquel mundo corrompido de abusos que se trataba de destruir, fueran los que se excedieran en contrariar la regeneración del país, de la que debían salir ganando principalmente ellos.

Linajudos nobles ó altos funcionarios, como el presidente de la Central marqués de Astorga, el bailío D. Antonio Valdés, D. Gaspar de Jovellanos, D. Martín Garay, el marqués de Campo Sagrado y otros, votaron á fafor de la próxima reunión de Cortes y en cambio D. José García de la Torre, simple abogado de Toledo, D. Sebastian Jócano y D. Rodrigo Riquelme, oscuros magistrados de muy poca ciencia y D. Francisco Javier Caro, mero licenciado de Salamanca, se manifestaron contrarios á toda reforma.

De todos los votos, el más notable por su atrevimientos y espíritu avanzado, fué el del bailío Valdés que propuso el que las nuevas Cortes, salvo la religión y el derecho de Fernando VII al trono, estuvieran autorizadas para tratar todas las cuestiones y poner la mano en todas las instituciones y ramos, pues no había nada que dejara de estar viciado y corrompido necesitando pronta reforma.

Opinión era ésta muy avanzada atendidos el espíritu y circunstancias de la época, y buena prueba de ello fué que la Central, á excepcion de Calvo de Rozas y sus amigos, al tratar de la aprobación de una minuta basada en las mismas palabras de Valdés, conceptuó sus expresiones demasiado libres y peligrosas por el momento, y como en esto la apoyaba el embajador inglés, Frere, alegando razones de alta política, acordóse por fin anunciar en el decreto que se publicó con fecha del 22 de Mayo «el restablecimiento de la representación legal y conocida de la monarquía en sus antiguas Cortes, convocándose las primeras en el año próximo ó antes si las circunstancias lo permitiesen.»

Este decreto pecó de tardío en la oportunidad y vago en la expresión, pero fué la base de las inmortales Cortes de Cádiz, pues á él debieron el reunirse.

En él se disponía además que una comisión de cinco vocales de la Central se ocupase en estudiar los medios más adecuados en vista de las circunstancias para la convocación, elección y reunión de las Cortes, facultándola para que consultara á cuantas corporaciones y personas creyera competentes en el asunto.

Esto motivó que el decreto no fuera acogido con el júbilo y satisfacción que la Central esperaba. En él no se determinaba fijamente la fecha en que debía verificarse la convocatoria, y además se acudía al sistema de las consultas, completamente desacreditado, que se empleaba por lo general en aquellos asuntos cuya realización interesaba demorar. Tan desacertada disposición y el haber nombrado, para que formaran parte de la comisión, á dos enemigos furibundos de toda reforma, como Riquelme y Caro, hizo sospechar á todos los patriotas, con bastante fundamento, que el decreto de convocación de Cortes no había sido más que un pretexto para ganarse la Central las simpatías de la nación, sin que ni remotamente pensara llevarlo á la práctica.

Como si á la Junta no le bastara tal conducta para hacerse sospechosa á los ojos de los patriotas, la coronó con una medida tan fatal como restablecer los suprimidos Consejos que todas las personas ilustradas miraban como organismos nocivos que principalmente habían contribuido á la degeneración de la patria. La medida, á más de antipática, resultó infructuosa, pues la Central habíase propuesto atraerse con ella á los consejeros, y éstos siguieron mostrándose tan disgustados como antes por haberse restablecido los consejos formando uno solo.

A pesar de todo esto, la Junta tuvo una existencia bastante tranquila hasta fines del mes de Agosto, pues la regular marcha de la guerra y los relativos éxitos de nuestras armas la daban cierto arraigo y respeto ante el país.

Tal situación cambió repentinamente al concluir la desigual campaña de Talavera. Los enemigos de la Central cobraron nuevos ánimos en aquella ocasión y se desataron en ataques contra ella, achacándola todo el mal éxito de la campaña.

Tales enemigos se apoyaban con el enojo que los ingleses manifestaban contra la Junta y en las pasiones de los muchos descontentos que existían en Sevilla y se servían como de principal instrumento del inepto D. Francisco Palafox, que era individuo de aquella corporación, y el cual, movido por sus amigos, leyó en la sesión del 21 de Agosto un discurso en el que proponía á la Central que se disolviera, reconcentrando el poder para que lo ejerciera como regente en el cardenal de Borbón, con lo cual en su sen-

tir se acabarían los graves males que afligía á la patria.

Causó la mayor indignación en la Junta aquella inesperada proposición, y como varios de sus individuos apostrofaran con enérgicas expresiones á Palafox, éste, cuya escasez de seso era conocida por todos, se turbó, y no sabiendo cómo contestar en apoyo de sus razones, prometió que á la sesión próxima traería otro papel rectificando el primero.

Al día siguiente, como apoyando lo dicho por Palafox y dando á entender que obraba de concierto con éste, el restablecido Consejo presentó á la Junta una consulta en la que no se contentaba con atacar á la Central y enumerar los inconvenientes de estar gobernada la nación por un organismo tan numeroso, sino que se ponía en duda su legitimidad y la de las juntas provinciales como nacidas todas de una revolución y se terminaba pidiendo su abolición, el restablecimiento del orden político antiguo y el nombramiento de una Regencia conforme á la ley de Partidas.

De este modo pagaba el Consejo á la Central su restablecimiento, y era tan curioso como extraño un documento por el cual un organismo le negaba el ser y la legitimidad al que le había dado vida no conociendo que de este modo se atacaba á sí mismo.

La consulta del Consejo halló poco eco en la opinión por ser este cuerpo reaccionario mirado con malos ojos por la mayoría del país. Por entonces la Central, contra quien dirigían sus enemigos todos los elementos de que podían disponer, tuvo agrias contestaciones con la Junta provincial de Extremadura por cuestión de trámites y competencia para solicitar ciertos servicios de Wellington y su ejército. Movía á dicha Junta el revoltoso conde de Montijo que de Sanlúcar se había trasladado á Badajoz á continuar sus enredos, y la Central, que ya miraba con justa ojeriza á dicho personaje, lo mandó prender, por lo que tuvo que meterse prestamente en Portugal.

La Junta de Valencia no andaba tampoco en muy buenas relaciones con el gobierno. Como á otras provincias la Central envió á ésta un comisionado, siendo este el barón de Sabasona, que en vez de ocuparse en cosas serias y trascendentales se entretuvo en proveer las canongías y beneficios vacantes, cuyos productos la Junta provincial en vista de las circunstancias y con mejor acuerdo, había dedicado al sostenimiento de los hospitales militares. Estas desacertadas disposiciones de la Central fueron causa de que la mirara con poca simpatía la Junta de Valencia, pero á pesar de esto era tanta la animadversión que reinaba contra el Consejo por los intentos reaccionarios que demostraba, que dicha Junta dirigió al gobierno en 23 de Setiembre un manifiesto notable en el que clamaba contra tan anticuada y nociva institución y recordaba su conducta patriótica tan vacilante en los tiempos de Murat y los primeros de

José. Pedía además la Junta de Valencia que el Consejo dejara en adelante de entender en otros asuntos que en los pleitos civiles y terminaba señalando la necesidad de que la Central conservase la potestad legislativa, pero que la ejecutiva la encargara á una regencia compuesta de una, tres ó cinco personas, proposición muy acertada en parte, pues muchos de los males de aquella época provenían de el embrollo de poderes que existía dentro de dicha corporación, y que motivaba que sus decisiones no fueran prontas y enérgicas.

En estas manifestaciones siguieron á la Junta de Valencia otras provincias, demostrándose con ello cual era la opinión de gran parte del país.

Antes que tal exposición llegara á manos de la Central, ocurrieron en Sevilla hechos que demostraron la agitación de los descontentos que no cejaban en su tarea de derribar al gobierno por resentimientos personales, por odio á las tibias reformas que efectuaba ó por mezquina ambición.

Impacientes los conjurados, á cuyo frente figuraba el duque del Infantado (cuyo dudoso entusiasmo patriótico ya tuvimos ocasión de apreciar), porque la Central no se sometía al dictamen de Palafox y la consulta del Consejo, determinaron saltar sobre los obstáculos y fiándolo todo á la fuerza de las armas, pasar de las intrigas á los hechos revolucionarios. Proyectaban disolver la Junta, enviar desterrados á Filipinas á la mayor parte de sus individuos y crear una regencia restableciendo al Consejo real con todo su antiguo poder y el nuevo que ahora ambicionaba, y para ello ganaron con dinero, del que disponían en abundancia, á ciertos regimientos, así como también halagaron al pueblo prometiendo que así que triunfaran convocarían inmediatamente las Cortes; promesa villana, pues ni uno solo de los que la hacían pensaba ni remotamente en cumplirla por ser todos enemigos de la reforma política.

Debía estallar en Sevilla la revolución á mediados del mes de Setiembre, pero algunos días antes el duque del Infantado, que á pesar de su fiera presencia y aire imponente no pecaba gran cosa de arrojado, deseoso de ponerse á salvo si la conjuración abortaba, solicitó el auxilio del marqués de Wellesley, para que le escudara en tal caso y le reveló todo lo que se tramaba.

Conoció el embajador de Inglaterra los grandes perjuicios que se ocasionarían no sólo á España, si que también á su nación si aquella quedaba sin gobierno, tanto más cuanto que ninguno de los conspiradores ofrecía la menor garantía de capacidad, y deseoso de evitar tan grandes males, dió conocimiento de todo á la Central, si bien exigiendo de ésta que no castigase por tales tramas á sus enemigos.

Las medidas que la Junta tomó, unidas al desaliento que produjo en los conjurados ver que no contaban



D. LORENZO CALVO DE ROZAS.

con la protección de Inglaterra, hicieron que la conspiración abortara antes de dar su fruto.

La Central, viendo que la opinión de las juntas de provincia y aun la del mismo embajador de Inglaterra, era de que dividiera los dos poderes legislativo y ejecutivo para que éste dejara sentir más su influencia en las operaciones de la guerra que exigían pronta realización, determinó ocuparse seriamente de este asunto. Tres opiniones se manifestaron al tratar de tal materia en el seno de la Junta. Unos vocales se mostraban partidarios de que antes que otra cuestión se tratara de la remoción de toda la Junta ó de parte de ella, para que así pudieran entrar nuevos individuos y enmudecieran los descontentos que tachaban á los existentes de ambiciosos; otros querían una regencia escogida entre individuos ajenos á la Central, y los más deseaban que los regentes fueran individuos sacados de entre los mismos centrales.

Por más que á primera vista parezca interesada esta última opinión, era la más acertada y liberal, pues con ella se paraban los golpes de los reaccionarios que deseaban una regencia tan solo para hacer entrar en ella á sus mejores amigos que se encargarían de destruir la Central y sus reformas. Tanto era así, que Jovellanos que al principio se mostró partidario de que la regencia se compusiera de individuos ajenos á la Central, mudó después de parecer y se decidió por la opinión de los más, conociendo que en aquella cuestión le iba la vida á la Central.

Calvo de Rozas, que había vuelto de Extremadura, donde le enviaron sus compañeros para restablecer la armonía con la Junta de dicha provincia, fué el que se puso á la cabeza del último partido, el que atrajo á éste á Jovellanos y sus amigos, y el que supo sostener con su áspera y enérgica elocuencia todos los ataques que dirigían los reaccionarios.

Por fin después de acaloradas discusiones triunfó Calvo de Rozas, logrando que el 19 de Setiembre se aprobasen estos dos artículos que llenaron de gozo á todos los patriotas amigos de las reformas: Primero, la formación de una *Comisión ejecutiva* encargada del despacho de lo relativo al gobierno, reservando á la Junta los negocios que requiriesen plena deliberación, y segundo, fijar para el día 1.° de Marzo de 1810 la apertura de las Cortes extraordinarias.

Antes de que se publicaran dichos acuerdos, nombróse una junta presidida por Jovellanos para que redactara el reglamento por que debía regirse la comisión ejecutiva; pero mientras este trabajo se realizaba, los elementos reaccionarios se agitaron de tal modo y tales sospechas sembraron en la Central, que cuando aquel hombre ilustre presentó su obra y la de sus compañeros fué desechada por mayoría.

Encargóse á otra comisión el redactar dicho reglamento, procurando que

renovase á ser posible la cuestión de la Regencia, y claramente se vió que éstas eran las intenciones de los reaccionarios, cuando D. Francisco Palafox, siempre instrumento y juguete de los suyos, se levantó en una sesión á leer otro discurso escrito en el cual resucitaba las antiguas cuestiones y con términos tan insolentes que los elementos avanzados de la Junta protestaron enérgicamente y el general atemorizado como de costumbre, se prestó inmediatamente á retirar todo lo dicho.

Viendo los elementos rancios con que debilidad correspondía Palafox á sus deseos, escogieron como nuevo instrumento al marqués de La Romana, el cual era individuo de la comisión encargada de redactar el reglamento, y en el seno de ésta no hizo más que presentar débiles objeciones mientras que ante la Junta formuló un voto particular, si es que así podía llamarse á un discurso que leyó en la sesión del 14 de Octubre y en el que, después de hacer la apología de una regencia y la de su propia persona, terminaba diciendo que había *necesidad de desterrar hasta la memoria de un gobierno tan pernicioso como la Central.*

Romana demostraba tal estupidez en su discurso (que para honor suyo no debía ser obra de su pluma), que declarando ilegal á la Junta, la daba facultad para nombrar la Regencia con una comisión de cinco individuos y un procurador que hiciera las veces de las Cortes, pues la convocación de éstas debía prorogarse por tiempo indefinido.

A pesar de que los amigos de La Romana tuvieron cuidado en imprimir inmediatamente tan estupendo escrito y repartirlo por toda la península causando con ello algún quebranto á la Central, ésta no dirigió á su autor la menor reprensión, antes bien le nombró individuo de la Comisión ejecutiva.

Esta, conforme lo acordado, compúsose del presidente de la Central y seis individuos que serían reemplazados por sorteo cada dos meses. Los elegidos fueron además del marqués de La Romana, D. Rodrigo Riquelme, D. Francisco Caro, D. Sebastián Jócano, D. José García de la Torre y el marqués de Villel, todos ellos conocidos como furiosos partidarios de la reacción y enemigos de las reformas políticas y la soberanía del pueblo.

Esta elección hubiera causado mal efecto en los sanos elementos de la patria, pero esto se aminoró mucho al ir acompañada por una disposición que servía como de contrapeso al triunfo de los reaccionarios y que era el decreto por el que se convocaban las Cortes en 1.° de Enero de 1810 para empezar sus augustas funciones el 1.° de Marzo siguiente.

Este decreto fué publicado por las activas gestiones del incansable y enérgico D. Lorenzo Calvo de Rozas, el hombre más avanzado en ideas de entre todos los de su tiempo, decidido



demócrata, que en el largo transcurso de su vida jamás debilitó la fe en sus ideales y á quien se debió la pronta reunión de aquellas Cortes que tal progreso debían marcar en la Historia de nuestro pueblo. Calvo, á pesar de este triunfo, no cesó en sus trabajos y hostigó á la comisión encargada de estudiar la forma de convocación de las Cortes para que cuanto antes terminara su cometido, que se llevaba ya á cabo con actividad desde que salieron de dicha comisión para formar parte de la ejecutiva Riquelme y Caro, rémoras para todo progreso, entrando á sucederles D. Martín Garay y el conde de Ayamans.

La Comisión ejecutiva se ocupó inmediatamente en las funciones de gobierno y tuvo una corta época de tranquilidad; pero no tardó en llenarse de consternación y en quedar como aturdida y aplastada al tener noticia del espantoso desastre de Ocaña.

La Central, al ocurrir la derrota de Medellín, había tenido serenidad para remediar en lo posible tan grave mal; pero á la Comisión ejecutiva, después de lo de Ocaña, no le fué posible más que ordenar algunas vulgares medidas.

Para evitar mayores males, nombró al marqués de La Romana general del disperso ejército, cargo que no quiso aceptar por ser de ejecución tan poco lucida como difícil y ante tal negativa la comisión por toda providencia envió á Riquelme y al marqués de Campo-Sagrado á la Carolina para fomentar la pronta reorganización de las desordenadas tropas.

El nombramiento de la Comisión ejecutiva á pesar del carácter y opiniones de los que la compusieron, no impidió las maquinaciones de los ambiciosos.

Don Francisco Palafox, cuyo único ideal era ocupar un cargo importante, pues no creía su apellido merecedor de menos, ya que no pudo entrar á formar parte del gobierno de la nación quiso erigirse en lugarteniente del reino de Aragón, intentando esto en connivencia con el eterno agitador conde de Montijo que cautelosamente había abandonado la frontera portuguesa acercándose á Sevilla.

Supo esta aproximación el marqués de La Romana, y aunque él había sido antes de los que entraban en los manejos del de Montijo y apreciaban mucho sus agitaciones, desde que había visto satisfecha su ambición y formaba parte del gobierno, le consideraba como un personaje peligroso, por lo que instó á sus compañeros de comisión para que tanto el conde como Palafox fueran reducidos á prisión y registrados sus papeles.

Accedió á ello el gobierno en pleno y Montijo fué aprehendido en Valverde así como Palafox, produciendo gran impresión en toda España las detenciones de dos personajes tan conocidos.

Sin embargo, ninguna consecuencia tuvo aquel acto de rigor, á causa de las circunstancias que posteriormente sobrevinieron.

El marqués de La Romana, que tanta actividad y celo mostraba en perseguir á sus antiguos amigos que trabajaban para derribar á la Central, era el primero en conspirar contra ella. Aspiraba el marqués nada menos que á gobernar España por sí solo, como representante de Fernando VII, y en dicha ilusión le mantenía mucho su hermano D. José Caro, que gobernaba militarmente el reino de Valencia donde procuraba crear partidarios de su familia, para lo cual repartió con gran profusión en todos los pueblos el voto particular que á la Central presentó Romana el 14 de Octubre.

Caro influyó tanto en la Junta de Valencia, que ésta, á pesar de su patriotismo siempre puro, iba guiada por rutas cuya gravedad no comprendía en su ignorancia. Con objeto de preparar la nación favorablemente á las miras del marqués de La Romana, envió su hermano á nombre de la Junta de Valencia, una circular á las demás del reino, en la que después de hacer descaradamente la apología de los méritos de aquél y de los grandes servicios que había prestado á la patria, reproducía todas las proposiciones contenidas en su voto é indicaba la conveniencia de nombrarlo Regente.

Alarmóse la Junta central con aquel atrevido documento hijo de una ambición escandalosa, y á mediados de Setiembre envió una circular á las juntas en la que rechazaba todos los cargos hechos por la de Valencia, deshacía sus artificiosos argumentos y terminaba invitando á todos á que aguardaran para formar concepto la próxima reunión de Cortes. Este documento alcanzó bastante éxito, pues todas las juntas de provincia lo apoyaron contra las esperanzas de Caro, y en el seno de la de Valencia hubo individuos que, estando antes sumisos á dicho personaje, se rebelaron contra él comprendiendo el móvil que le guiaba.

El marqués de La Romana, en vez de manifestar á los patriotas de Valencia para que se tranquilizara esta ciudad, que él no aspiraba á los altos cargos á que le quería elevar su hermano, envió á dicha capital un tal Las Heras, hechura suya, el cual con plenos poderes de la Comisión ejecutiva procedió como un tirano atropellándolo todo. En el mes de Diciembre Las Heras, valido de su autoridad, prendió á D. José Canga Argüelles y á todos los demás patriotas de Valencia que se manifestaban contrarios á las opiniones de Caro, y los hizo embarcar enviándolos desterrados á Ibiza.

Las maquinaciones de La Romana y sus arbitrariedades desde el gobierno, habían convertido la Junta central en un hervidero de disputas, de chismes y de intrigas que deshonraba á aquel gobierno cuya muerte por consunción todos esperaban.

Aquel organismo era ya completamente inútil, pues ninguna disposición acertada y trascendental daba á conocer su existencia.

La Comisión ejecutiva no tomaba ninguna disposición enérgica propia

de las azarosas circunstancias del momento, y en cuanto á la Central, sólo á fuerza de repetidas excitaciones de sus pocos individuos ilustres y patriotas, consistió en aprobar que los fondos pertenecientes á encomiendas y obras pías se dedicaran á los gastos de la guerra, y además se hiciera una rebaja gradual en los sueldos de los empleados de la nación, librándose únicamente de esta regla los militares que estaban en campaña.

También propuso por entonces el infatigable Calvo de Rozas una cuestión tan importante como la libertad de imprenta. La Junta, por miedo á aprobar tal proposición, recurrió al interminable recurso de las consultas y fué pasando el proyecto de ley por una serie de secciones y aun por el mismo Consejo de Castilla, con lo cual antes cayó la Central que se dijo nada sobre su aprobación.

En Diciembre expidió la Junta los decretos indicando el modo y forma de verificar las elecciones de los diputados que debían formar la cámara popular. El mismo día en que tales decretos se publicaron, verificóse la remoción parcial de la Comisión ejecutiva conforme á lo prevenido en su reglamento, y al marqués de La Romana, Riquelme y Caro que salieron, reemplazaron el conde de Ayamans, el marqués del Villar y D. Félix Ovalle, que no debían gozar mucho tiempo del poder, pues la disolución de la Central se acercaba á pasos agigantados, y otros organismos nuevos y más en conformidad con el progreso y los deseos de la nación, debían sucederla ejerciendo la potestad legislativa.

Ya que hemos hablado de la marcha política y administrativa del Gobierno de España, digamos para terminar y aunque á la ligera algo sobre la gestión de José.

Aunque el rey intruso era de suave condición y poco amigo de crueldades, la continua y dura oposición de que era objeto le ponía algunas veces en gran excitación, durante la cual ordenaba medidas represivas impropias de su carácter apacible. Así se comprende que hombres como el duque de Granada, los poetas Cienfuegos y Sánchez Barbero, el abogado Argumosa, el librero Pérez y otras personas cuyo único crimen era ser fervientes partidarios de la causa patriótica, fueran arrancados de sus familias y conducidos entre bayonetas á Francia.

Publicó además José otros decretos tan destemplados como el que anunciaba que en caso de necesidad podría disponer de las cosechas de sus súbditos sin su anuencia, y el que ordenaba á los que tuviesen hijos sirviendo en los ejércitos españoles que presentasen en las filas francesas un sustituto ó entregasen al gobierno, como indemnización, una regular suma.

El nuevo rey, á pesar de sus deseos, pero por no contrariar á su hermano el emperador, que era enemigo de toda autoridad y soberanía que no fuese la suya, dejó de convocar las

Cortes en el plazo que ordenaba la constitución de Bayona.

De todos los muchos decretos que publicó José, los hubo buenos y malos, beneficiosos para el país y crueles para la desgracia.

De malo fué considerado con justicia el decreto por el cual se confiscaban y vendían públicamente los bienes de las personas que se habían declarado en favor de la causa patriótica, y el otro por el que quedaba privado de todo sueldo, retiro ó pensión el interesado que no hiciese una solicitud formal al soberano reconociendo su legitimidad.

José creía por estos medios asegurar su trono, y únicamente lograba, violentando la conciencia del país, hacerse más antipático á éste.

Mejores fueron el decreto por el cual quedaban suprimidas todas las órdenes militares y condecoraciones antiguas, excepción hecha de las militares y del Toisón de oro, y el decreto por el que se declaraban disueltas todas las órdenes monásticas.

El documento en que esto último se disponía se publicó en 18 de Agosto y causó la mejor impresión entre los elementos ilustrados del país. Napoleón, durante su estancia en España, había reducido los conventos á una tercera parte, y José, por la necesidad de mejorar su hacienda ó porque realmente, como persona de ilustración, era poco afecto á dichos institutos, los suprimió.

Los apuros pecuniarios en que continuamente estaba el gobierno intruso, movieron al conde de Cabarrús, ministro de Hacienda, á emplear medidas extraordinarias, tales como repartir un empréstito entre todas las personas acaudaladas de Madrid, y recoger la plata labrada de las casas particulares y del Palacio real.

Pero estos medios no bastaron á remediar la penuria del gobierno intruso, pues tenia éste tal desnivel entre los ingresos y los grandes gastos, que la falta de dinero era su principal obstáculo para acelerar la conquista; pues como decía Cabarrús: «hubiera sido más conveniente á José, que Napoleón enviara, para sentarle en el trono español, seiscientos millones y sesenta mil soldados que seiscientos mil hombres y sesenta millones, como así lo había hecho.»

Cabarrús, cuyo fuerte era el inventar un plan financiero cada día y ensayar los más diferentes sistemas de Hacienda, creó unos documentos de crédito llamados *cédulas hipotecarias*, que sustituían á los antiguos de toda especie y podían servir para la compra de bienes nacionales ó para adquirir inscripciones de la deuda pública que se formaba al interés del cuatro por ciento.

Esta medida disgustó á muchos, por ser en el fondo un privilegio, y además flaqueó por su base, á causa de que el gobierno carecía del crédito suficiente para que los tenedores de las cédulas tuvieran en él confianza.

Los *vales reales* dispuso el gobier-

no intruso que, para circular por las provincias ocupadas por los franceses, debían llevar su sello; pero como con esto se exponían los poseedores á que después no los reconociera el gobierno español y se vieran por ello en la alternativa de decidirse entre uno y otro, acordaron ponerse del lado de la nación, y los tales documentos huyeron de la circulación en Madrid y se aglomeraron en las regiones españolas.

No se desanimó por esto Cabarrús, y tras las cédulas hipotecarias creó otras llamadas de *indemnización* y *recompensa;* pero se abusó de éstas aumentando considerablemente las emisiones, y en breve perdieron toda estimación, pasando á ser valores nominales, por los cuales el Estado no tenía otro remedio, para cumplir sus mismas leyes, que enajenar los bienes nacionales.

El producto de éstos era destinado á la extinción de la deuda pública; pero como resultaba nulo por la clase de los valores con que se compraban, ni la deuda se disminuía, ni los bienes se vendían en realidad, ni circulaba el papel moneda.

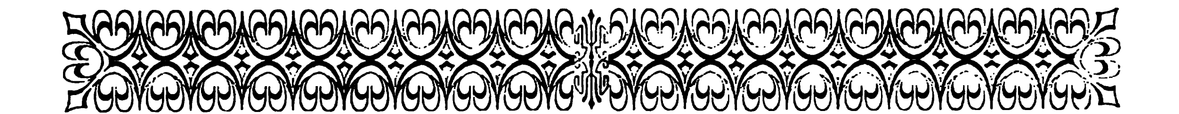
Con esto las escaseces de José aumentaron hasta el punto de que tuviera que impetrar de su hermano una regia limosna para sostenerse en el poder.

Napoleón prometió enviarle de su tesoro dos millones de francos todos los meses.

Espectáculo extraño fué aquel. Napoleón, que estaba acostumbrado á sacar los mayores recursos de naciones conquistadas, menos ricas que España, y atender con ellos á sus aventuradas empresas y á los gastos de Francia, tenía ahora que distraer los fondos de su imperio para ayudar á la conquista de un país que no era pobre y en el que tenía la flor de su ejército.

Aquella guerra de España tenía que hacer ver muchas cosas nuevas al hombre que se juzgaba omnipotente.

Al genio que había asombrado Europa, le tocaba ahora asombrarse con la resistencia de un pueblo que él creía en irremediable degeneración.



CAPITULO XII

1809

Ultimo sitio de Gerona.—D. Mariano Alvarez de Castro.—Su retrato físico y moral.—Descripción de Gerona.—Emprenden los franceses el sitio.—Sublime contestación de Alvarez.—Ataques á Montjuich.—El irlandés Marshall.—Defensas de Montjuich.—Auxilios que recibe Gerona.—Actos de heroismo.—Pérdida de Montjuich.—El gran día de Gerona.—Espantoso bombardeo.—Hambre y enfermedades.—Entereza del gobernador.—Inútil auxilio de Blake.—Impresión que la defensa de Gerona produce en toda España.—La Junta de Manresa.—Terrible escasez de víveres.—Horrorosa mortandad.—Enfermedad de Alvarez.—Se rinde Gerona.—Honrosa capitulación.—Muerte de Alvarez.—D. Mariano Renovales en el Roncal.—Sus triunfos.—Se retira al Cinca.—Guerrilleros en todas las provincias.—Mina el Estudiante.—Disidencias entre los guerrilleros y las juntas.

La aparición de los franceses en las cercanías de Gerona, fué anunciada al vecindario por un bando tan lacónico como enérgico. Nunca se había visto demostrar con menos palabras de lo que era capaz una ciudad próxima á ser sitiada y poseída de la sublime fuerza del heroismo.

«Será pasado por las armas el que profiera la voz de capitular ó de rendirse.»

Aquel bando lo firmaba el gobernador interino de la plaza, D. Mariano Alvarez de Castro.

¿Quién era Alvarez? Este nombre hoy tan universalmente conocido y rodeado de tan deslumbrantes esplendores de gloria, apenas si antes del último sitio de Gerona llamaba la atención entre los de aquellos innumerables generales que entonces gozaban de los honores de la fama y que no trajeron á su patria más que desastres.

Cuando Alvarez se encargó interinamente del mando de Gerona era ya un anciano de sesenta años; pero en su alma antes que apagarse se au-



EL GENERAL PALAFOX.



D. MARIANO ALVAREZ.

mentaba cada vez más aquel fuego que, si no en actos que le valieran un general renombre, se había manifestado ya en hazañas que le reputaron de bravo y sereno entre sus compañeros de armas.

Aunque descendiente de ilustre familia de Castilla, había nacido don Mariano Alvarez en Granada y entre sus antecesores figuraban un D. Ferrán Ruiz de Castro á quien por su inquebrantable adhesión á D. Pedro el Cruel, pusieron en su sepulcro como epitafio: *Aquí yace toda la lealtad de Castilla*, y una Antonia García, célebre plebeya de Toro, que se hizo de notar por sus proezas en las revueltas de la época de los Reyes Católicos.

Alvarez había ingresado á los diez y nueve años como cadete en el cuerpo de Guardias Españolas y en calidad de alférez asistió al malogrado y último sitio de Gibraltar donde llamó la atención de sus compañeros por su valor y fría serenidad. En la campaña contra la República Francesa figuraba ya como coronel y llevó á cabo actos que demostraban un arrojo sin límites, especialmente en una ocasión en que con solo una compañía de ochenta hombres rechazó á la bayoneta una columna de quinientos enemigos. Cuando los franceses comenzaron á ocupar con carácter de amigos nuestra península y hacerse dueños de sus principales plazas fuertes, Alvarez era gobernador del castillo de Montjuich en Barcelona y se resistió cuanto pudo llevado de su patriotismo á cumplir la orden del capitán general Ezpeleta, por la cual, la fortificación debía quedar bajo la custodia de los franceses. No queriendo el intrépido Alvarez seguir por más tiempo á las órdenes de unas autoridades que en perjuicio de la patria se dejaban guiar por los franceses próximos á declararse enemigos, se fugó de Barcelona, fué á incorporarse en Tarragona con los que defendían la causa española, y, con la división de Lazan, tomó parte en muchas acciones de guerra distinguiéndose especialmente en el sitio de Rosas.

El aspecto físico de Alvarez no hacía presentir de lo que era capaz aquel hombre á los sesenta años. Era de pequeña estatura, de faz morena y enjuta y de cuerpo endeble; pero tenía la mirada serena y firme, y en los instantes supremos se reflejaba en sus ojos el resplandor sublime de los héroes.

Los que conocieron al denodado defensor de Gerona dicen que en todos sus ademanes era grave, al par que firme, y además se mostraba siempre muy susceptible en su pundonor, irritable en su amor propio, y al mismo tiempo galante, caballeresco y desinteresado; atento con el humilde y altivo con el poderoso, y aunque de claro talento natural, bastante escaso de instrucción.

Cuando Alvarez se encargó del mando de Gerona, que todo hacía presentir sería difícil y exigiría un valor y entereza sin límites, el vecindario, y

aun la misma guarnición, acogió al futuro héroe con alguna frialdad, pues siempre las multitudes aprecian las condiciones morales guiándose por las físicas, y no podían adivinar una alma fuerte cual pocas veces se ha conocido dentro de aquel cuerpo endeble y enfermizo de un anciano. Las glorias militares bastante apreciables del nuevo gobernador, no eran estimadas en lo que merecían por aquel pueblo, que sólo creía pudiera residir un carácter fiero y majestuosamente enérgico como el de Alvarez, en un hombre joven, fuerte y de imponente presencia.

Pronto tuvieron ocasión los bravos defensores de Gerona, de apreciar hasta dónde llegaba el temple del hombre que tenían á su frente.

La aparición del ejército francés fué saludada con la enérgica proclama que ya transcribimos, y cuando algunas horas después le preguntaron á Alvarez cuanto tiempo creía posible la defensa de la plaza, contestó con naturalidad:

—Me resistiré doble tiempo que Zaragoza.

Estas palabras,—como dice un historiador,—parecieron entonces, que aun estaba reciente la sublime defensa de la capital aragonesa, una osadía casi sacrílega; pero el tiempo se encargó de demostrar que un hombre como Alvarez sólo hacia tales afirmaciones cuando tenía la seguridad de cumplirlas.

Ya que hemos retratado al heroico defensor de Gerona, ciudad á cuyo glorioso nombre irá siempre unido el de Alvarez, hagamos, aunque á la ligera, una descripción del lugar donde debía desarrollarse tan grandiosa y tenaz lucha.

Gerona, á pesar de su larga resistencia, no era una plaza fuerte tal como prescriben las leyes de la guerra; pero si no estaba al abrigo de inexpugnables fortificaciones, tenía en cambio una defensa de que no puede disponerse en todos los lugares y tiempos y que era el sublime valor de los seres que encerraba.

En Gerona se demostró cuán falsas resultan muchas veces las reglas del arte ante la sublime furia de un pueblo que guerrea por sus más caros ideales.

Cuando la inmortal ciudad catalana luchaba contra sus sitiadores, uno de los más grandes hombres de la época, el ilustre Carnot, cuyos conocimientos militares eran tan grandes que en los tiempos de la primera República Francesa, mereció se le llamara *El Organizador de la Victoria*, se ocupaba en escribir su libro *Defensa de las plazas fuertes*, que se publicaba en 1810 y en él decía, que en los tiempos modernos ninguna plaza bien atacada puede prolongar su defensa más allá de cuarenta días.

Antes de que el eminente ingeniero militar francés hubiera publicado su notable obra, ya se había encargado de refutar tal aserto la inquebrantable Gerona, prolongando su defensa cinco veces cuarenta días y

rindiéndose al fin, mas al peso de las enfermedades y á la falta de su cabeza, el insigne Alvarez, que á los ataques de sus sitiadores.

La situación de la plaza en la época que con su defensa asombró á Europa era la siguiente: colocada la ciudad en la cuesta de un monte, extendíase por las dos riberas del río Oñá, llamándose la parte de la izquierda el Mercadal. La de la derecha se prolonga hasta donde el citado río se confunde con el Ter y la une con el Mercadal un hermoso puente de piedra. La ciudad estaba rodeada de un muro de antigua construcción, reforzado con algunos torreones, de los cuales sólo eran defendibles los llamados Gironella, Santa Lucía y Santo Domingo y además tenía el apoyo de cuatro baluartes modernos que llevaban los nombres de Santa María, la Merced, Sarracinas y San Narciso, que cubrían la entrada y salida del Oñá y las confluencias y de los pequeños afluentes Güell y Gallingas.

De las siete puertas que daban ingreso á la ciudad, sólo cuatro estaban flanqueadas por tambores y el barrio del Mercadal no tenía otra defensa que una débil tapia de antigua construcción apoyada en algunos torreones semicirculares y protegida en la parte exterior por cinco baluartes modernos de no gran capacidad.

Estando dominada Gerona especialmente en su derecha por varias alturas, se habían construido en éstas algunos fuertes. El castillo de Montjuich que era el más notable de todos, no pasaba de ser un cuadrado de no grandes dimensiones, levantado en la cumbre del monte más al norte de la plaza y del que dependían cuatro torres construidas durante la guerra con la República tan ligeramente, que gran parte de los materiales que en ellas habían entrado, eran faginas y barro. De estas torres que figuraban como centinelas avanzados, la más importante era la de San Juan por asegurar la comunicación del castillo con la ciudad.

Al Sur de Montjuich y casi al Este de la plaza, estaban los fuertes de el Condestable, la Reina Ana y Capuchinos, todos ellos construidos bastante á la ligera, pues carecían algunos de foso, camino cubierto y otras de las ventajas más elementales que prescribe el arte de fortificación. En la parte llana y como defensa exterior estaba el fuerte de Bernouville que reunía buenas condiciones para la defensa.

No se crea por la relación de tales obras que Gerona reunía condiciones de buena plaza fuerte. La mayor parte de las defensas, como ya hemos dicho, habían sido construidas muy á la ligera durante las guerras anteriores; fiándose en la importancia de la plaza de Figueras, el gobierno había atendido muy poco á su seguridad y sólo por los dos ataques que poco tiempo antes la habían dirigido los franceses, se atendió un poco á reparar sus antiguos muros y á hacer á toda prisa algunas otras obras.

El general Marescot que los franceses enviaron para que la reconociera, dijo que la consideraba atendida su fortificación, de muy escasa importancia y bastante fácil de ser tomada.

Además, Gerona, con tan extenso recinto y bastantes fuertes, necesitaba una guarnición por lo menos dos veces mayor á la que tenía.

Esta componíase de cinco mil seiscientos setenta y tres hombres, y una vez comenzado el sitio el único refuerzo que á ella llegó fueron cien voluntarios de Olot.

Pero si la heróica ciudad tenía pocos soldados que la defendieran, contaba en cambio con el patriotismo y el entusiasmo de sus habitantes que se habían propuesto morir antes que ver en sus calles á los invasores. Todas las clases sociales, todas las edades, y todos los sexos, engrosaron las filas de los que se disponían á perder la vida por la patria.

Catorce mil habitantes tenía solamente Gerona, y, á pesar de tan exíguo número, pronto entraron en fuego organizadas por el coronel don Enrique Odonell, ocho compañías que tomaron el título de *Cruzada contra los franceses* compuestas de hombres de todas clases y profesiones.

Las mujeres, dignas émulas de las heroinas de Zaragoza, no queriendo permanecer inactivas mientras sus esposos y sus hermanos se sacrificaban por la patria, formaron la compañía llamada de *Santa Bárbara* que dividida en cuatro escuadras,estuvo ocupada durante todo el sitio en la peligrosa tarea de llevar municiones y alimentos á los sitios de combate y recoger los heridos muchas veces en los lugares donde con más persistencia rugía la metralla.

La autoridad suprema de la plaza ya hemos dicho que la tenía D. Mariano Alvarez de Castro con carácter de gobernador interino, y además figuraban como teniente de rey D. Julián Bolívar, militar esforzado que se había distinguido en los dos anteriores sitios de Gerona, y como jefes de la artillería é ingenieros los coroneles D. Isidro Mata y D. Guillermo Minali, debiéndose á este último las acertadas reparaciones hechas en las defensas de la ciudad.

El 6 de Mayo presentóse el ejército francés en las inmediaciones de Gerona, bajo el mando del general Reille, á quien reemplazó el 13 su compañero Verdier, que era el encargado de acometer el sitio. Con este general y posteriormente fueron llegando refuerzos que hicieron ascender el ejército sitiador á diez y ocho mil hombres, número de soldados aguerridos casi igual al de seres que contenía la población, incluyendo en él mujeres, ancianos y niños.

El 31 de Mayo acometieron los franceses la ermita de los Angeles, de la que desalojaron, por su superioridad numérica, á los defensores, á pesar de la tenaz resistencia de éstos. Una vez apoderados de este punto, pudieron

dedicarse á estrechar la plaza, que quedó totalmente circunvalada á principios de Junio.

Entre las avanzadas de la plaza y las del enemigo hubo en aquellos días frecuentes tiroteos que no produjeron resultado alguno, logrando únicamente molestar algo á los sitiadores en sus trabajos los paisanos de Montagut, que con gran audacia se acercaban á las líneas francesas para disparar sobre ellas.

Dos militares franceses de tanta reputación como los generales Samson y Taviel, fueron encargados del emplazamiento de baterías y de marcar las líneas de sitio, y en poco tiempo cumplieron el encargo, aprovechándose de las condiciones del terreno.

En tanto los franceses se disponían á emprender seriamente el sitio de Gerona, dentro de ésta se llevaba á cabo un acto tan ridículo como declarar generalísimo de las fuerzas españolas á San Narciso, patrón de la ciudad.

Denigrante resulta, para el esplendor de aquellos hechos tan gloriosos, un acto tan grotesco; pero la exactitud necesaria en la historia obliga á hacerlo constar, á más de que con él se demuestra el estado moral de aquella España que emprendía su revolución y sabía defenderse tan heroicamente de los enemigos de la patria, impregnado todavía del fanatismo que había imperado en épocas anteriores.

La ridícula proclamación del generalísimo hecha por Alvarez, no sabemos si obedeció á la religiosidad de éste ó al deseo de agrandar los bríos de un pueblo devoto con aquel acto de fanatismo; pero de todos modos el heroico gobernador hizo bien en no contar mucho con la protección de un habitante del cielo y procurar que la defensa de la plaza fuera lo mejor posible, pues á no haber desplegado él y sus subordinados tanto valor y energía, es indudable que San Narciso no hubiera sabido sostener á Gerona mucho tiempo contra sus sitiadores.

El 12 de Junio los enemigos intimaron la rendición, pero el inflexible Alvarez la desechó, diciendo además que en adelante se abstuvieran de enviar parlamentarios, porque los recibiría á cañonazos. Esta promesa la cumplió tantas veces como los enemigos enviaron emisarios á Gerona.

Los franceses, que tenían ya terminadas sus líneas de ataque, al recibir tal contestación rompieron en la noche del 13 al 14 un vivo bombardeo sobre la ciudad que prosiguió sin interrupción hasta el 25.

Todos los defensores de Gerona, tanto los soldados como los vecinos, corrieron á sus puestos, deseosos de medir sus armas cuanto antes con los sitiadores, distinguiéndose por su actividad y valor el intendente D. Carlos Beramendi, que en los momentos de descanso que le dejaban las funciones de su empleo, cogía un fusil é iba á ocupar su sitio en las murallas.

El día 14 una bomba incendió el hospital dejándolo totalmente conver-

tido en cenizas. Al mismo tiempo que los cañones franceses hostilizaban de tal modo la ciudad, dos baterías dirigían sus fuegos contra los fuertes que protegían á Montjuich, pues Verdier tenía especial empeño en apoderarse de este punto importante que era como la llave de la plaza. Las torres de San Luis y San Narciso eran las que sufrían especialmente los rigores del enemigo y tanto menudeó éste sus ataques, que apagados los fuegos de dichos fuertes y llenos sus muros de brechas, se vieron obligados el 19 á abandonarlos sus bravos defensores, corriendo igual suerte el 21 la torre de San Daniel que evacuaron los españoles tras larga lucha.

Los franceses, aprovechando las sombras de la noche, pudieron penetrar en el barrio del Pedret y desalojar de él á una guerrilla española; pero cuando ya se disponían á valerse de su triunfo levantando en dicho arrabal baterías á poca distancia de la plaza, se vieron atacados vigorosamente por la guarnición que haciendo una salida los rechazó destruyendo sus comenzadas obras.

Aquellos primeros ataques costaron á los franceses grandes pérdidas que les hicieron conocer lo difícil que era la conquista de Gerona y les obligó á esperar la llegada de Saint-Cyr, que con grandes refuerzos venía de Barcelona.

Con la llegada de dicho general, que estableció su cuartel en Caldas el 20 de Junio, ascendió el ejército sitiador á treinta mil hombres, á pesar de cuyo refuerzo no emprendió éste inmediatamente ninguna operación sobre Gerona, pasando los días restantes del mes en perseguir á los somatenes que le molestaban de cerca y que llegaron á apoderarse de un rico convoy y de ciento veinte caballos de artillería que de Barcelona enviaban á Verdier.

El 3 de Julio reanudaron los sitiadores sus ataques á Montjuich, que era el punto más importante de la plaza como ya dijimos.

Defendían este castillo novecientos hombres á las órdenes de D. Guillermo Nash y reinaba entre ellos tal entusiasmo, que todos estaban dispuestos á perder la vida entre aquellas murallas. A los primeros resplandores del alba en el citado día, los sitiadores comenzaron el ataque haciendo funcionar sus baterías, especialmente una llamada Imperial, situada á la izquierda de la torre de San Luis y compuesta de veinte piezas de grueso calibre y dos obuses. El continuo fuego de los cañones franceses durante todo el día, abrió ancha brecha en el baluarte del Norte; pero los defensores supieron remediar tal destrozo levantando nuevas obras de defensa tras las ruinas.

En aquel día ocurrió un episodio notable. El granizado fuego de la artillería enemiga derribó la bandera española que ondeaba en dicho baluarte arrojándola al foso. Al ver esto un subteniente llamado D. Mariano Montero, atravesando el espacio

que los cañones cubrían de rugiente hierro, se arrojó al foso y cogiendo la bandera, subió por la misma brecha tremolándola y volviendo á colocarla en su antiguo sitio, sin que causaran pavor á tan esforzado oficial las balas que se estrellaban á pocos pasos de él.

No tardaron los sitiadores en intentar el asalto de Montjuich. En la noche del 4 de Julio quisieron penetrar por la abierta brecha, pero fueron vanos todos sus esfuerzos, pues los nuestros supieron rechazarlos tantas veces como intentaron el ataque. El día 8 renovaron el asalto enviando contra el castillo algunos batallones formados en columna cerrada y que acometieron bizarramente mandados por el coronel Muff, que gozaba entre los suyos fama de valeroso. Por tres veces fueron repelidos los asaltantes, causando los nuestros grandes bajas en sus filas, especialmente con los cañones, que estaban cargados con balas de fusil; pero otras tantas hubieran vuelto á atacar los franceses cuyo despecho les daba grandes ánimos, á no haber sido alcanzado por un proyectil el bravo Muff, con cuyo accidente desmayaron sus soldados y tuvieron que retirarse.

Más de dos mil cadáveres entre ellos los de once oficiales, dejaron los asaltantes al pié de los muros de Montjuich, y esto fué el mayor testimonio de la resistencia tenaz de sus defensores que resultaba aun más notable teniendo en cuenta que mientras Muff atacaba las baterías francesas le apoyaban haciendo un fuego parabólico tan nutrido sobre el castillo que continuamente tenían en el aire siete bombas.

En aquella defensa distinguiéronse por su valor el jefe de la brecha don Miguel Pierson, y el que mandaba la reserva D. Blas Fournas; pero quien llamó especialmente la atención fué el muchacho Luciano Ancio, tambor apostado para señalar con golpes de caja los disparos de la artillería enemiga, y á quien un casco de granada arrancó parte de un muslo y de la rodilla. Cuando sus compañeros quisieron trasladarlo al hospital, el muchacho se opuso enérgicamente diciendo:

—No quiero que me muevan de aquí. Aunque herido en la pierna, tengo aun los brazos sanos para con los toques de caja librar de las bombas á mis amigos.

Una bomba de las muchas que arrojaron las baterías francesas, consiguió volar la torre de San Juan, algo importante por estar situada entre Montjuich y la plaza; pero los sitiados encontraron compensación á esta pérdida más adelante, destruyendo con uno de sus cañonazos la torre de San Luis, ocupada por los sitiadores.

En el primero de dichos puntos fuertes, la voladura produjo la muerte de la mayor parte de los españoles que lo guarnecían, salvándose solo algunos gracias al oportuno auxilio del valeroso intendente Beramendi, que atra-

vesó el nutrido fuego del enemigo para llegar á la torre.

El triste resultado que alcanzaron los franceses en el último asalto de Montjuich les hizo ver que esto no era, como al principio creían, una *miserable fortaleza* y que tenían que derramar mucha sangre para conseguir apoderarse de ella, por lo que levantaron contra dicho punto nuevas y terribles baterías á cuya construcción en vano se opusieron los españoles con frecuentes salidas.

Así que comenzó el sitio de Gerona, sus autoridades pidieron socorro á la Junta de Cataluña, y ésta, con la mayor presteza, preparó un convoy y alguna tropa que puso á las órdenes de Rodulfo Marshall, irlandés de gran valor que, como otros muchos de su nación, había venido á la península á batirse al lado de los españoles, seducido por la gloria de una causa que miraba con simpatía el mundo entero. Un pequeño incidente hizo que Saint-Cyr sorprendiera el convoy interceptándolo; pero Marshall, que se había propuesto llegar á Gerona á toda costa, supo abrirse paso con algunos de sus soldados y entró en la plaza, donde le esperaba una muerte gloriosa.

A principios de Agosto terminaron los franceses sus nuevas obras contra Montjuich, y en la noche del 3 al 4 quisieron apoderarse con un impetuoso asalto del rebellín del frente de ataque; pero los defensores supieron rechazarles, si bien con pocas esperanzas de poder sostenerse en aquel punto y teniendo que lamentar la pérdida de muchos compañeros y la de su jefe Grifols.

Al día siguiente resultaron inútiles todos los heroicos esfuerzos de aquellos bravos soldados, y los franceses llegaron á situarse en la cresta de la brecha.

Parecía natural que con tan sensible pérdida se rindieran ó retiraran los soldados que guarnecían Montjuich; pero aquellos esforzados guerreros se defendieron aun algunos días y el 10 todavía hicieron una vigorosa salida que causó grandes pérdidas á los franceses.

Se acercaba el momento de tener que abandonar el montón de escombros tan regado por la sangre francesa.

El gobernador del castillo, D. Guillermo Nash, viendo lo difícil de su situación, consultó á su superior Alvarez la conducta que debía seguir; pero éste, que conocía lo imperioso de las circunstancias y que al mismo tiempo no quería aconsejar á nadie la retirada, tardó en contestarle, procurando por este medio que la defensa se prolongara algunos días más.

En vista de tal silencio, Nash reunió un Consejo de guerra para acordar qué debía hacerse, y todos los oficiales se manifestaron conformes en evacuar pronto un puesto que era ya de todo punto insostenible. El 12 de Agosto al anochecer, se retiraron los bravos defensores de Montjuich, inutilizando antes toda la artillería y municiones.

Momentos antes de realizar la evacuación, recibió Nash pliegos de Alvarez en los que le estimulaba á continuar tan brillante defensa; pero ya estaba tomado el acuerdo de retirarse y los oficiales al penetrar en la plaza comparecieron ante Alvarez y le rogaron que si consideraba su conducta como una desobediencia los sometiera á un juicio para que se viera que habían cumplido con su deber en todo lo posible; pero el gobernador que podía apreciar como nadie el mérito de su conducta y que era tan justo como tenaz y valiente, los despidió elogiando su conducta.

Las ruinas de Montjuich bastaban para acreditar el valor de aquellos héroes que sostuvieron la defensa de una mala fortificación, cual jamás se habia visto. Un castillo tan débil, tan sólo fué ocupado por los enemigos después de un sitio de dos meses, de haber levantado diez y nueve baterías, abierto numerosas brechas y perdido junto á sus muros más de tres mil hombres. De los novecientos héroes que tal defensa realizaron, quinientos once soldados y diez y ocho oficiales perdieron la vida y entre los restantes que pudieron retirarse á Gerona, no iba ni uno solo sin heridas más ó menos graves.

Así que se vieron los franceses dueños de aquellas ruinas tan deseadas, creyeron que ya era sólo empresa de pocos días la rendición de la plaza y Verdier llegó á escribir al gobierno de Madrid anunciando que dentro de dos semanas á lo más estaria en su poder la indomable Gerona.

Guiábase el general francés al hacer tal afirmación por la importancia de la altura recién conquistada y lo difícil que le iba á ser á Gerona el defenderse bajo el terrible fuego de las baterías que en aquella establecería; pero muy pronto vinieron los hechos á demostrarle que en aquella tenaz ciudad resultaban falsas las más lógicas leyes de la guerra, pues tropezaban con un heroismo sobrenatural capaz de echar al suelo las más acertadas combinaciones.

Construidas por los franceses nuevas baterías en derredor de la plaza y en Montjuich, rompieron un espantoso fuego sobre la ciudad y especialmente contra las puertas de Francia y de San Cristóbal, la muralla de Santa Lucía y el cuartel de los Alemanes.

Los sitiados recibían con la mayor serenidad aquella lluvia de hierro y fuego que continuamente caía sobre la plaza y sólo pensaban en aumentar la defensa. Grandes cortaduras y no menores parapetos hicieron los defensores para evitar los asaltos; pero los franceses no llegaron á intentar éstos por entonces, pues estaban escarmentados de las luchas en las calles españolas y el recuerdo de Zaragoza latía aun fresco en su memoria.

La tenacidad de Alvarez, que quería prolongar la defensa hasta un límite imposible, lo aprovechó todo para la defensa. Las casas de alguna elevación, los desniveles del terreno y

la parte alta de los templos fueron utilizados como puntos desde donde se hostilizó á los sitiadores con gran perseverancia, llegando el enérgico gobernador á hacer que se reforzara la bóveda de la Catedral para colocar en ella dos cañones.

El número de defensores, bastante reducido en comparación con el que guardaba Zaragoza, no permitía como en esta ciudad las salidas frecuentes; pero á pesar de ello los gerundenses, ansiosos de pelear con el enemigo, no desperdiciaron cuantas ocasiones se le presentaron de luchar con éste cuerpo á cuerpo.

Menudearon las expediciones de tal clase en las que si no gran provecho consiguieron al menos mucha gloria y retardar los trabajos del enemigo estorbándolos, siendo al emprenderse una de ellas cuando Alvarez demostró hasta dónde llegaban sus propósitos de resistencia á los franceses.

—Si me veo rechazado ¿á dónde me retiro?—le preguntó el oficial encargado de una pequeña salida.

—Al cementerio,—contestó rotundamente el severo gobernador.

La situación de Gerona á los dos meses de sitio se iba haciendo ya algo difícil, pues aunque ni por un instante dejaba de estar defendida con tanto valor y tenacidad como el primer día, comenzaba en cambio á notarse en ella escasez tanto de víveres como de municiones.

Las autoridades de Cataluña procuraban atender todas las demandas de socorro que les había dirigido Alvarez y ya vimos como envió un convoy á las órdenes del irlandés Marshall aunque con escaso éxito. Para hacer nuevos envíos aguardaron á que el mismo Blake, comandante general del principado, fuera el encargado de conducirlos.

Después de iniciar con otras tropas algunas operaciones para distraer la atención del enemigo, salió Blake de Tortosa con la división Lazan, apresurando su marcha, en virtud de los continuos ruegos y excitaciones del coronel D. Enrique Odonell enviado por Alvarez para pedir el socorro.

Durante la marcha se agregaron á Blake los numerosos somatenes que pululaban por aquella región, y desde Vich, donde había establecido su cuartel general á fines de Agosto, pasó á Sant Hilari y ermita del Padró desde cuyos puntos se propuso llamar la atención del enemigo hacia otros parajes, para ocultar el verdadero por donde tenía que introducir el convoy.

El coronel Odonell el 30 de Agosto fué enviado con mil doscientos hombres hacia Bruñolas para distraer al enemigo, mientras que con dirección opuesta marchaba D. Manuel Llauder sobre la ermita de los Angeles. Al mismo tiempo los guerrilleros Rovira y Clarós distraían al enemigo por la orilla izquierda del Ter.

El general Saint-Cyr que tenía su cuartel en Forrells, avisado de los designios de Blake, se había concertado con Verdier para evitar la entrada



en Gerona del convoy, y reunido con dicho objeto sus fuerzas que antes estaban desparramadas por la comarca.

A pesar de esta precaución las tropas de Blake realizaron sus deseos, pues mientras Odonell atacando la posición de Bruñolas atraía hacia él casi todas las fuerzas enemigas que creyeron ser dicho punto el designado para introducir el convoy, Llauder se apoderó de la ermita de los Angeles.

Al día siguiente 1.° de Setiembre como si la naturaleza tuviera empeño en favorecer á los nuestros, densa niebla cubrió el campo hasta las tres de la tarde y esto facilitó la entrada del convoy que se verificó por donde menos esperaban los franceses.

Componíase éste de dos mil acémilas é iba guardado por cuatro mil infantes y dos mil caballos puestos bajo las órdenes del general D. Jaime García Conde. Este se dirigió á la plaza siguiendo la orilla derecha del Ter y al llegar á Salt arrolló la división de Lecchi que guardaba dicho punto dispersándola y pudiendo llegar á Gerona sin tropezar con otro obstáculo, ayudado por la salida de una columna gerundense mandada por D. Blas Fournas que distrajo la atención de los sitiadores por la parte de Montjuich.

Mientras García Conde llegaba á Gerona con el convoy, el intrépido D. Juan Clarós penetró con sus somatenes hasta San Medir, y D. Francisco Rovira con sus *miqueletes* se apoderó de Montagut, desalojando á la división westfaliana y matando á su general Hadelhn. Clavaron aquellos bravos catalanes tres cañones del enemigo, y lo persiguieron tenazmente hasta Sarriá, no pasando más adelante por haber acudido á contenerlos Verdier, que volvió á la izquierda del Ter para impedir la total derrota de los suyos.

El general García Conde, después de dejar el convoy en la plaza se retiró á Hostalrich con muy poca gente, pues de sus soldados se quedaron en Gerona tres mil trescientos, deseosos de correr todos los peligros de un sitio tan glorioso. Grande alegría recibieron los bravos defensores de la ciudad con aquella resolución heroica que venía á aumentar su número, pero pronto tuvieron que arrepentirse, pues con tal aumento de bocas el auxilio del convoy resultaba inútil.

Conseguido el objeto de auxiliar Gerona, el general Blake, que había estado en observación de los movimientos de sus subordinados, se retiró á Olot, con lo cual los franceses volvieron á ocupar el día 6 sus antiguas posiciones. La ermita de los Angeles se defendió bizarramente antes de ser ocupada por los sitiadores; pero todos los que la defendían fueron pasados á cuchillo á excepción de tres oficiales y el comandante Llauder que después de batirse valerosamente, al verse próximo á caer prisionero, se arrojó por una ventana.

Hasta el 11 de Setiembre se limitaron los franceses á los fuegos parabólicos y de flanco, y á hacer cada vez más fuertes sus obras de sitio; pero á

partir de dicho día redoblaron sus disparos sobre la plaza, y ensancharon tres brechas que tenían abiertas en Santa Lucía, San Cristóbal y los Alemanes al mismo tiempo que causaban grandes destrozos en el fuerte del Calvario que les incomodaba con sus descargas.

El día 15 dispuso Alvarez que don Blas Fournas saliera con una columna á destruir las obras de los sitiadores y retardar sus trabajos; pero á pesar de que arrolló las primeras fuerzas francesas que encontró y sus soldados se batieron con gran valor, vióse obligado á retirarse por no haberle apoyado otras tropas como había dispuesto Alvarez.

El continuo fuego de las baterías francesas acabó por hacer grandes las brechas del frente atacado y desmontar todos sus cañones, con lo cual creyeron los sitiadores que era ya llegado el momento de dar el asalto, si es que los españoles intentaban resistirse en su apurada posición.

Esperando que los sitiados no se mostrarían tan altivos y fieros como al principio, enviaron parlamentarios á la plaza para intimidar la rendición; pero el terrible Alvarez no era hombre capaz de olvidar lo que una vez asegurara, y antes de que llegaran á las murallas los recibió á cañonazos conforme había prometido.

Irritados por esta fiera firmeza, los franceses dispusieron un asalto general que comenzó á las cuatro de la tarde del 19 de Setiembre, tomando parte en él ocho mil hombres, divididos en cuatro columnas.

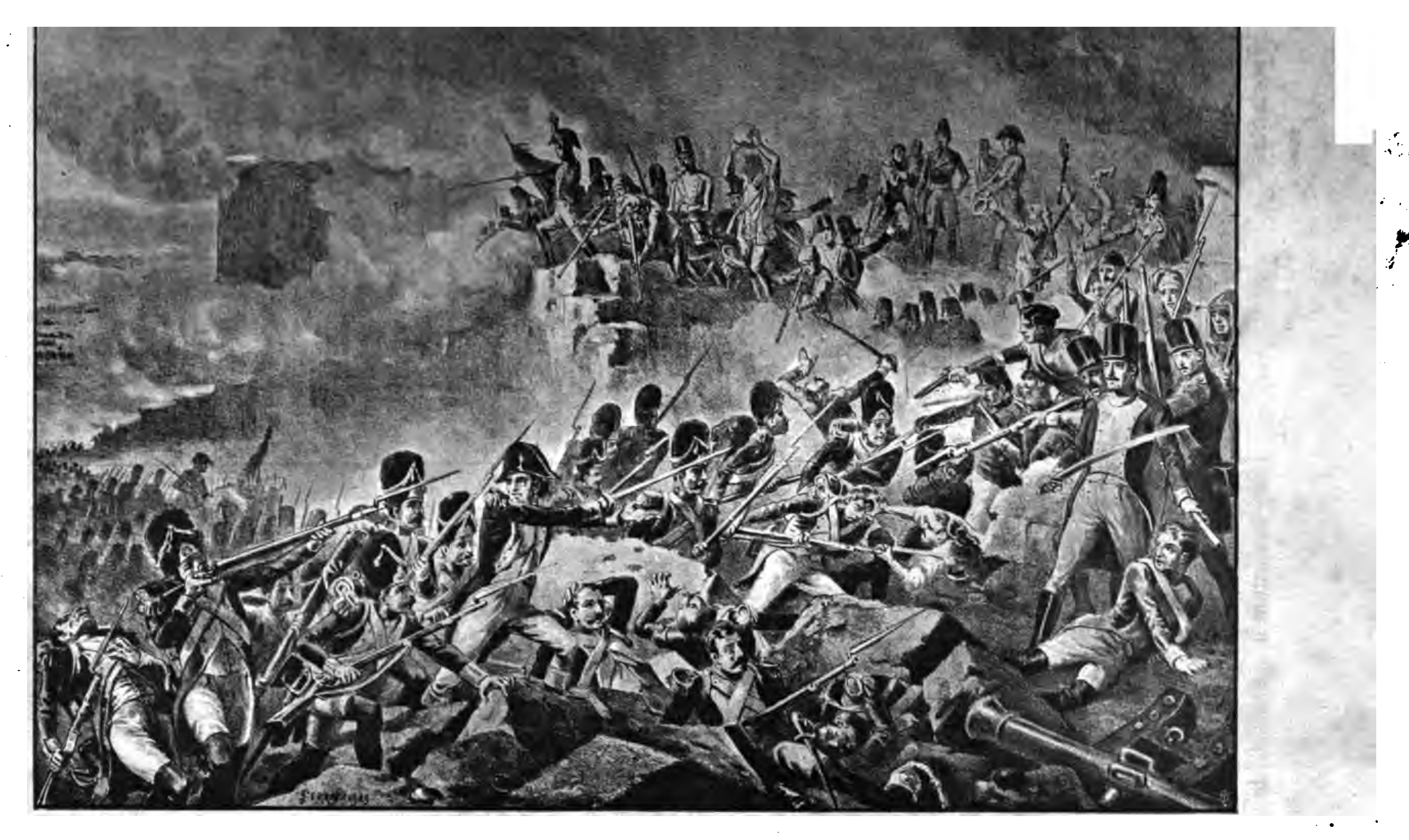
Aquel fué el gran día de Gerona.

Por fin, los franceses, que no querían aventurar un asalto hasta que la heroica ciudad estuviese agonizante por un continuo bombardeo, se aventuraban á emprender el ataque, creyendo próximo á morir aquel vigoroso cuerpo que todavía había de cubrirse de nuevas glorias.

Nunca como en aquella tarde se mostró hasta dónde llegaban el valor de los defensores de Gerona y sobre todo las rigurosas disposiciones de su gobernador, el sublime Alvarez, que, puesto á la cabeza de sus subordinados, marchó á los puntos de mayor peligro con aquella frialdad que nunca le abandonaba, envainado el sable y sin otra arma en la mano que el bastón de mando.

El heroismo de aquel grande hombre exaltando la imaginación de poetas é historiadores, ha hecho que en tan supremo trance le compararan unos con los héroes de Homero, otros con los paladines romancescos y alguno con Neptuno, hendiendo con serena faz los borrascosos mares.

Nosotros creemos que tales comparaciones rebajan el mérito del héroe de Gerona. En aquel gran día el sublime gobernador no era otra cosa que Alvarez, pero el Alvarez sobrenatural, el caudillo sin ejemplo, que no tiene precedentes en la historia y cuyo mérito es tan inmenso, que algún día, en los futuros siglos, se dudará si real-



El Gran día de Gerona

mente sus hazañas y su carácter entero existieron ó fueron hiperbólicamente aumentadas por la tradición patriótica.

Al ir á emprender los enemigos el asalto no quedaron en las casas más que los enfermos y los heridos.

Hombres y mujeres, niños y ancianos, seglares y clérigos, acudieron á los puntos de la muralla que Alvarez les tenia señalados, y era espectáculo nunca visto el que presentaba todo un pueblo, en la más lata acepción de la palabra, extendiéndose sobre los muros que envolvía la densa capa de humo producida por los disparos continuos de doscientos cañones. Las campanas tocaban á somatén, en los baluartes ondeaba bandera negra y en todos los puntos de la línea de defensa, como si estuviera dotado del dón de ubicuidad, aparecía aquel tenaz anciano siempre grave y sereno, dictando órdenes con voz tranquila y descollando entre la muchedumbre que le rodeaba, pues su mezquina figura parecía agigantarse en tales instantes con la dilatación de la grande alma que contenía.

La primera columna francesa se dirigió á la brecha de Santa Lucía y dos veces llegó á poner en ella el pié; pero otras tantas fué rechazada quedando tendidos muchos enemigos en aquellas ruinas. Igualmente experimentaron algunas pérdidas los españoles; pero la más sentida fué la del valeroso irlandés Rodulfo Marshall que mandaba como jefe aquel punto importante.

Momentos antes de espirar el heróico irlandés, mirando tiernamente con ojos empañados por la muerte á los rudos soldados que le rodeaban y que apenas si podían contener las lágrimas, exclamó:

—Muero contento por una causa tan sublime y una nación tan brava.

Otras dos columnas enemigas arrojáronse con bastante denuedo á entrar por las brechas de Alemanes y San Cristóbal que eran más anchas y por lo tanto de más fácil acceso. Defendíalas D. Blas Fournas con la tenacidad propia de su carácter no muy inferior al de Alvarez, y aunque en uno de los ataques los franceses consiguieron apoderarse de dichos puntos, los regimientos de Ultonia y Borbón se encargaron de desalojarlos á la bayoneta obligando á ambas columnas á retirarse.

La cuarta columna sufrió graves pérdidas por haber permanecido largo tiempo quieta al pié de la torre de la Gironella, desde donde se le hizo un fuego horroroso. Herido el jefe español que mandaba dicho punto, le reemplazó el intendente Beramendi que haciendo de jefe y de subalterno, demostró que valía aun más como militar improvisado que como funcionario público. Por fin la columna tuvo que retirarse é igual resultado alcanzaron las tropas encargadas de atacar los fuertes del Condestable y del Calvario.

Tres horas duró el asalto, en el que fué admirable la tenacidad de unos y

otros en el ataque y la defensa. Las brechas quedaron totalmente cubiertas de cadáveres y fué tal la excitación y el furor de que se hallaban poseídos los sitiados, especialmente los paisanos, que arrojaban muchas veces los fusiles por lentos en los disparos y agarrando grandes piedras del muro las arrojaban sobre las cabezas de los asaltantes.

Alvarez, durante aquel largo y sangriento combate, estuvo en los sitios de mayor peligro siempre en primera fila, llegando á tal punto su desprecio á la muerte, que sus soldados le rogaban encarecidamente se retirara, pues su vida era necesaria para la buena continuación de la defensa.

Dos mil hombres y algunos oficiales de graduación costó á Verdier el asalto del 19, siendo también muchos de los suyos prisioneros de los españoles.

Quedaron los invasores tan aterrados como en Zaragoza, al ver el resultado de su ataque y que de nada les valía la tan deseada posesión de Montjuich, y no queriendo exponerse en nuevos asaltos que poco á poco fueran devorándolos á todos, decidieron apartarse de aquellos muros y convertir el sitio en bloqueo, pues como decía Saint-Cyr, el tiempo, las calenturas y el hambre, se encargarían de hacer lo que las armas francesas no podían lograr.

El heroismo de Gerona obligó á Blake á enviarla nuevos socorros por lo que salió de Hostalrich con doce mil hombres y un convoy, apareciendo el día 26 en las alturas de La Bisbal.

Mandaba la vanguardia D. Enrique Odonell que desalojó al enemigo de los puntos que ocupaba desde Villa Roja hasta San Miguel, y al mismo tiempo salieron de la plaza para apoyarle cuatrocientos hombres mandados por el coronel Haro.

A Odonell seguía el general suizo Wimpffen con el convoy, compuesto de dos mil acémilas y ganado lanar; pero sea que el primero llevado de su ardimiento en el ataque se adelantara demasiado, ó que el segundo atrasara en su marcha, quedó un claro entre uno y otro en el que se interpuso Saint-Cyr imposibilitando la entrada del auxilio.

Mientras Odonell con sus tropas y unas ciento setenta acémilas penetraba en Gerona, Wimpffen y el convoy caían en poder de los franceses, perdiendo con esto Blake los dos mil hombres que formaban la escolta de la conducción. Los enemigos al apoderarse del convoy se ensañaron cruelmente con los que le conducían y especialmente con los arrieros, pues algunos de ellos fueron ahorcados y otros fusilados en Palau á vista de los defensores de la ciudad.

El desgraciado éxito del segundo convoy contribuyó á hacer mayor el hambre en la ciudad, cuya guarnición había sido aumentada con las tropas de Odonell. Este, deseoso de evitar en lo posible las molestias de

los sitiadores, abandonó Gerona en la noche del 12 de Octubre, y abriéndose paso por entre los franceses después de una marcha tan larga como atrevida, consiguió reunirse con el ejército á que pertenecía.

La situación de Gerona iba haciéndose intolerable. Solo para cuatro meses se había hecho acopio de víveres y el asedio duraba ya cinco siendo imposible el que entrara en la ciudad el más pequeño socorro.

El mariscal Augereau enviado por Napoleón para reemplazar á Saint-Cyr y que llegó á los alrededores de Gerona el 12 de Octubre, ordenó grandes trabajos con objeto de hacer mayor el bloqueo. Levantáronse nuevas líneas de asedio, se formaron fuertes reductos y baterías, y tanto cuidó de que á la plaza no llegara ni un solo hombre, ni el más pequeño pedazo de pan, que por la noche puso perros en todos los caminos y sendas para que delatasen con sus ladridos al que se aproximara, y en todos los puntos transitables de la montaña tendió cuerdas que remataban en campanillas que anunciaran la presencia de los que en ellas tropezaran en la oscuridad.

El paisano que en tales redes quedaba cogido era fusilado inmediatamente, con lo cual se atemorizaron los que por puro patriotismo ó por interés de lucro vencían mil obstáculos y llevaban algunos víveres á la plaza. Esta no recibió ya ni el auxilio individual.

El hambre en el interior de la ciudad llegó á tal punto, que se vió á muchos desgraciados caer en las calles muertos de inanición, sin que nadie pudiera prestarles ni el más leve auxilio. Todas las provisiones, tanto las públicas como las acopiadas en sus casas por los particulares, se habían consumido ya, y en los almacenes de la guarnición no quedaba otra cosa que trigo, que por la falta de molinos se tenía que machacar con piedras, almireces ó cascos de bomba, elaborando con la repugnante pasta un pan mal cocido, que no llenaba ni remotamente las necesidades de los defensores.

Las eternas huéspedas de todos los sitios, las fieles compañeras del hambre, hicieron pronto su aparición en Gerona, y terribles enfermedades comenzaron á cebarse con tal furia en los defensores, que en un solo día perdió la guarnición en los hospitales ochocientos hombres.

Con objeto de evitar tales horrores, hizo Blake una tercera tentativa para introducir en la ciudad un importante convoy; pero sus esfuerzos fueron vanos, y después de sostener con Augereau varios combates estériles, en los que se distinguió por su intrepidez D. Enrique Odonell, no solo tuvo que retirarse, sino que perdió las grandes provisiones de socorro que había tenido almacenadas en Hostalrich.

El hambre siguió desarrollándose durante el mes de Noviembre hasta un extremo espantoso, pues familias enteras perecían dentro de las casas y soldados que guardaban los puestos

importantes soltaban el fusil y caían heridos por la debilidad; á pesar de lo cual los franceses se limitaban al asedio, temiendo un asalto de aquellas murallas defendidas por esqueletos vivientes que sabían sacar fuerzas colosales de su abatido estado.

Primeramente se aprovecharon las carnes de caballo, mulo y jumento, bestias enflaquecidas y en los puros huesos, que aguijoneadas por un hambre tan terrible como la que sufrían las personas, se acometían con intento de devorarse; pero pronto faltaron estos animales, esquisitos en tal ocasión, y tuvo que acudirse á los perros, los gatos y hasta á los asquerosos ratones, que se cazaban en los lugares infectos con la mayor avidez.

La escasez de víveres, al mismo tiempo que la codicia de algunos hombres, miserable é indigna en aquellas circunstancias, hizo que los pocos alimentos que en la plaza quedaban se vendiesen á precios fabulosos. La carne, por disposición de la autoridad, se vendió públicamente, cuando la hubo, al precio de veintisiete cuartos la libra de vaca y cuarenta la de caballo ó mulo; pero en cambio los artículos no sometidos á tarifa, llegaron á un precio elevadísimo, costando la libra de bacalao treinta y dos reales, la de pescado del Ter treinta y seis, la de arroz treinta y dos, la medida de aceite veinticuatro, la docena de huevos noventa y seis, la libra de hueso cuarenta, una galleta ocho, una arroba de carbón cuarenta, moler una cuartera de trigo ochenta, pagándose por fin una onza de oro por cada gallina, una peseta por un gorrión, y hasta los asquerosos ratones fueron vendidos á cinco reales cada uno.

En una escasez tan terrible y general, los hospitales no sólo carecían de medicinas y alimentos, sino que hasta les faltaba la leña. Cuando no había con que atender á los sanos que velaban por la conservación de la ciudad, mal podían ser asistidos los enfermos y heridos; así es que ir al hospital, era para aquellos bravos defensores tanto como acelerar la marcha al cementerio.

Eran ya demasiados infortunios y calamidades los que pesaban sobre la heróica Gerona para que en ella no hubiera quien, á pesar de su patriotismo, deseara salir pronto de tan tremenda situación.

Unos pocos defensores que de tal modo pensaban, presentáronse á Alvarez cuando mayores estragos causaba el hambre y las enfermedades, para proponerle la rendición de la ciudad ó el salir de ella todos los defensores, abriéndose paso á la bayoneta por entre las filas francesas; pero el terrible gobernador se indignó ante tales propuestas y dirigiéndose al que había hablado enumerando la escasez de víveres en apoyo de sus razones, le dijo:

—¡Cómo! ¿Solo usted es aquí cobarde? Pues sepa usted que cuando no queden absolutamente víveres, nos comeremos á usted y á los de su

ralea y después... resolveré lo que más convenga.

Tras este rasgo de firmeza, el fiero Alvarez, por si en los soldados había echado raíces la idea de capitular ó abandonar la ciudad y no tenían el mismo ánimo para batirse, publicó un bando tan lacónico como expresivo que decía así:

«Sepan las tropas que guarnecen los primeros puestos, que los que ocupan los segundos tienen orden de hacer fuego en caso de ataque contra cualquiera que sobre ellos venga, sea español ó francés, pues todo el que huye hace con su ejemplo más daño que el mismo enemigo.»

Aquel tenaz heroismo de Gerona que pasaba ya de los límites conocidos, despertó la admiración de España y en todas sus provincias se levantó un general clamoreo para que el gobierno la sacara de tan angustiosa situación. Estos eran también los deseos de la Central; pero por desgracia no contaba con medios para lograrlo, pues sus ejércitos no se habían repuesto todavía de las derrotas de Ocaña y Alba de Tormes y lo único que pudo hacer fué infundir nuevos bríos á los infatigables defensores concediéndoles iguales gracias que á los de Zaragoza y provocar en Cataluña un levantamiento general á manera de cruzada para ir en auxilio de la heróica ciudad.

Encontró esta idea gran eco en todo el principado y con objeto de organizar las fuerzas de socorro, se reunió una Junta en Manresa compuesta de representantes de todas las clases y poblaciones importantes de Cataluña; pero ya era tarde para que Gerona pudiera sostenerse aguardando refuerzos.

El cuadro que presentaba ésta al terminar el mes de Noviembre, no podía ser más horrorizador. Las lluvias invernales habían venido á hacer más cruel la situación de los habitantes, pues desempedradas las calles, se estancaban en ellas las aguas y corrumpidas por las inmundicias, llenaban la atmósfera de malignos miasmas á los que se unían los producidos por la corrupción de los cadáveres que quedaban abandonados en las ruinas de las casas.

Pocos eran los edificios que permanecían en pié é intactos, pues casi todas las viviendas habían sido destruidas por el cañón francés, viéndose obligados sus escuálidos habitantes á acampar en las calles donde se respiraba un ambiente pesado que en mayor ó menor plazo producía la muerte. En el transcurso del mes de Noviembre de la guarnición solamente perecieron mil trescientos setenta y ocho hombres, sufriendo igual suerte casi todas las familias pobres.

Toreno dice que durante el sitio no se veían mujeres en cinta, que los niños perecían de hambre en el regazo de sus madres y que la naturaleza toda parecía muerta.

Más de diez mil personas habían ya perecido en el sitio, y para defender aquellos muros rotos por siete brechas

sólo quedaban unos mil hombres, si es que así podían llamarse aquellos seres débiles y macilentos que arrastraban penosamente su fusil y cerraban muchas veces los ojos para sustraerse á los efectos de continuos vahidos.

Los franceses no habían cesado de hacer fuego sobre la población, si bien evitando los asaltos que tan amargos recuerdos habían dejado en su memoria; pero así que Augereau tuvo noticia de los propósitos de la Junta de Manresa, redobló las hostilidades con objeto de que por pronto que se enviaran socorros á los defensores de Gerona llegaran ya tarde.

En la noche del 2 de Diciembre dieron los franceses un fuerte ataque con el que quedaron dueños del barrio del Carmen, levantando en él nuevas baterías que ensancharon aun más las antiguas brechas y abrieron otras nuevas. El 7 avanzaron más y pudieron ocupar el reducto de la ciudad y las casas de Gironella, por lo cual quedaron incomunicados con la ciudad los defensores de los fuertes que para mayor apuro sólo tenían ración de trigo para dos días.

En la tarde del mismo día, Augereau, deseoso de terminar una lucha que en su última parte le iba á ser tan ventajosa como fatal para los defensores, envió parlamentarios á Alvarez para que se rindiera, pero éste. tenaz siempre en sus promesas, los recibió á cañonazos según costumbre.

Encolerizado el general francés por aquella interminable resistencia, mandó á todas las baterías que circuían la ciudad rompieran fuego á la vez. A esta orden siguió una escena espantosa. Aquella población que había recibido ya veinte mil bombas y sesenta mil balas rasas, sufrió los continuos disparos de cuarenta baterías que con la continua nube de proyectiles que tenían en el espacio, recordaban las flechas del ejército de Jerjes en las Termópilas.

Las pocas casas que permanecían aun en pié vinieron al suelo, y algunas estaban tan quebrantadas que al primer estruendo del espantoso bombardeo se derrumbaron.

Para colmo de infortunio la defensa perdió el alma que le animaba. El firme Alvarez. fatigado por la vida de vigilancia y escaso descanso que llevaba tanto tiempo y preso de la cruel enfermedad, cayó, en fin, en cama y aquel fué el último día de Gerona.

La inmortal defensa de esta ciudad á más de varios detalles se distingue de la de otras poblaciones no menos heróicas por la fuerza especial que la animaba.

Zaragoza y Gerona fueron las dos ciudades que con mayor gloria y más titánicos esfuerzos sostuvieron la integridad de la patria.

Pero en la primera, el pueblo era quien hacía y prolongaba la defensa siendo sus jefes, lo mismo Palafox, que Calvo de Rozas y Lazan, simples intérpretes de sus aspiraciones; mien-

tras que en Gerona el único autor de la defensa, era un hombre, el inquebrantable Alvarez, que se hacía secundar por la guarnición y el vecindario en sus tenaces propósitos.

No es esto amenguar la gloria de los defensores de Gerona que se batieron con un valor superior al gigantesco que entonces se abrigaba en casi todos los pechos españoles; pero es indudable que aquéllos no hubieran prolongado tanto tiempo tan inconcebible resistencia á no estar regidos por la voluntad férrea de un hombre que sabía imponerse y comunicar á cuantos le rodeaban su serenidad y firmeza.

Alvarez se había propuesto morir entre las ruinas de Gerona y no encontraba límites á su defensa mientras tuviera un soplo de vida.

Cuando transcurrieron los cuatro primeros meses de defensa ó sea el doble del tiempo que se había resistido Zaragoza y que era el plazo marcado por él, le preguntaron si pensaba seguir en tal conducta mucho tiempo, á lo que contestó el héroe sonriendo:

—Ahora aspiro á defenderme otros cuatro.

A transcurrir por completo este plazo, el imperturbable general se hubiera tomado otra próroga, pues antes creía posible que se tragara la tierra á Gerona y su gobernador que él se rindiera á los franceses.

Cuando la enfermedad tendió en la cama aquel cuerpo de acero, la voluntad de Alvarez se manifestó claramente en los momentos de delirio, pues la única frase que entre quejidos de dolor salía de sus labios, era: *Yo no quiero rendirme.*

El día 9, Alvarez en quien la fiebre nerviosa iba en aumento, aprovechó un momento en que su inteligencia estuvo despejada para delegar solemnemente el mando en el teniente de rey de la plaza, D. Julián Bolívar.

Allí terminó la epopeya de Gerona, evaporándose aquel espíritu que había galvanizado la ciudad hasta en sus momentos más tristes y difíciles.

Bolívar, al encargarse del mando, congregó una Junta para acordar lo que debía hacerse en vista de las terribles circunstancias.

Había Alvarez acostumbrado á todos los suyos de tal modo á creer que Gerona jamás se rendiría á los franceses, que la Junta, unánimemente, á pesar de la imposibidad de continuar la defensa sentía repugnancia á la idea de capitulación; pero recibiéronse noticias de que la Junta de Manresa sólo conseguiría organizar refuerzos en un plazo algo largo atendidas las circunstancias y hubo necesidad de ceder á la fuerza de éstas.

La Junta comisionó á D. Blas Fournas para que pasase al campo enemigo y ajustase la capitulación con Augereau, recibiéndole muy atentamente este antiguo y caballeresco general de la República, que era el primero en admirar el heroismo de aquellos defensores.

La capitulación ajustada fué muy

honrosa para los sitiados, pues en ella se disponía que la guarnición saliera de la plaza con todos los honores militares y pasara á Francia como prisionera de guerra; que todos los habitantes fueran respetados; que las fuerzas francesas que entraran en Gerona permanecieran acuarteladas y no alojadas en las casas; que se depositaran en el archivo municipal todos los documentos del gobierno, no pudiendo nadie extraerlos de él, y que todos los vecinos quedaran libres de salir ó permanecer en la ciudad.

Reconocida la capitulación por ambas partes, entraron los franceses en Gerona el 11 de Diciembre, experimentando, al pisar aquellas calles, el mismo terror y admiración que los que se apoderaron de Zaragoza.

Los generales franceses no tuvieron por qué arrepentirse de la capitulación, reconociendo que la lucha en las calles de tal ciudad, á no haber sido ésta afligida por tan espantosa hambre, hubieran resultado tan terribles como en Zaragoza.

Alvarez, desahuciado por los médicos que no tenían la menor esperanza de conservarle la vida, volvió algo en sí el 23 de Diciembre, y los franceses, deseosos de alejarle pronto del teatro de sus glorias, que todavía les resultaba terrible permaneciendo en él tal hombre, sin atender á su triste estado, lo sacaron de la cama y lo condujeron á Francia.

Entonces abandonó el heroico gobernador la habitación de que se había servido durante todo el sitio, siendo verdaderamente notable que las bombas francesas que casi arrasaron la ciudad y destruyeron gran parte de la casa que habitaba Alvarez, respetaran la pieza en que deliraba, presa de atroz calentura, el hombre temido por los sitiadores.

De Francia volvieron otra vez á España al quebrantado Alvarez, como si con tales viajes pretendiera el gobierno francés extinguir la poca vida que á aquél le quedaba. Al encerrarle en un calabozo del castillo de Figueras, sin más lecho que un montón de paja, le separaron de los criados que le acompañaban y de su ayudante Satué.

Al día siguiente esparcióse por Figueras la noticia de que el general había muerto, exponiendo los franceses en una camilla su cadáver, que según afirmación de los que le vieron, tenía la cara hinchada y manchas cárdenas en el cuello como los reos á quienes se ahorca ó agarrota.

Nunca se han adquirido pruebas suficientes para afirmar de un modo cierto que la muerte que sufrió el defensor de Gerona fué violenta; pero el haberle separado sin motivo alguno de sus acompañantes sepultándolo en profundo calabozo, los innecesarios viajes que se le hicieron sufrir y más que todo el poco escrúpulo que el gobierno de Napoleón demostró siempre para librarse de los que le estorbaban, hacen creer que el heróico Alvarez fué vilmente asesinado cuando estaba moribundo por los mismos hombres

que días antes retrocedían ante los muros de la ciudad que él guardaba.

Existe además como prueba de mayor valor para afirmar el vil asesinato perpretado por los franceses, una información que abrió el intendente Beramendi de la que resulta que en la misma noche que el general perdió la vida, un fraile de Figueras, amigo de los invasores, dijo en medio de la calle que iba corriendo al castillo *para confesar al señor Alvarez porque debía en breve morir*.

La Junta central, durante el sitio de Gerona decretó premios y honores para los que la defendían y su firme gobernador, y más adelante las Cortes de Cádiz, ya que la muerte había privado á éste de toda recompensa, en muestra del agradecimiento de la patria, hicieron grabar en letras de oro en su salón de sesiones el nombre de D. Mariano Alvarez al lado de los no menos célebres Daoiz y Velarde.

En el largo período durante el cual Gerona con su notable defensa daba tal esplendor á la bandera nacional y los ejércitos españoles alcanzaban infructuosas victorias sufriendo en cambio espantosas derrotas que ya hemos reseñado en capítulos anteriores, otros hombres, poseídos de ciego entusiasmo por la causa de la patria y deseosos de vengar sus desastres, hacían la guerra de montaña y daban á conocer á los franceses los terribles efectos de las guerrillas en diversas provincias.

Después de las derrotas sufridas por Blake en María y Belchite, los dispersos se reunieron formando partidas que, reforzadas por el paisanaje, pululaban por todo Aragón batiéndose tan pronto cerca de los Pirineos como en la raya de Cataluña ó en la de Castilla la Nueva.

De todos las fuerzas españolas que se organizaron cercá de los Pirineos, la más peligrosa para los franceses y que prontamente llamó su atención fué la formada por el valiente D. Mariano Renovales.

Este militar que tan grandes servicios había prestado en los dos memorables sitios de Zaragoza, al terminar el segundo fué conducido prisionero de guerra á Francia como el resto de la guarnición; pero al llegar cerca de la frontera pudo escaparse y por caminos extraviados dirigirse al valle del Roncal donde pronto se le unieron otros oficiales fugitivos.

Son, tanto dicho valle como el cercano de Ansó, muy á propósito para una larga defensa, por lo quebrado del terreno y sus espesas selvas, y por esto Renovales decidió establecer en ellos su punto de refugio y de partida para todas las expediciones.

El general D'Agoult, que mandaba en Navarra, alarmado por aquel puñado de valientes españoles que el pavor le hacía considerar muy numerosos, envió contra ellos seiscientos hombres; pero súpolo con antelación Renovales y se apostó en el camino para sorprenderlos.

Dos días duró el combate entre los

franceses y los guerrilleros; pero aquellos por fin fueron derrotados en la roca de Undari y todos quedaron muertos ó prisioneros de Renovales, que con aquella hazaña adquirió un inmenso prestigio en el país.

Animado el general español á continuar en su empresa, buscó recursos en Lérida, trajo maestros armeros de Eibar y Plasencia para pertrechar á su gente, y fué pronto en busca de nuevas y más numerosas fuerzas francesas que contra él se dirigían, derrotándolas y persiguiéndolas hasta Lumbier.

Las hazañas victoriosas de Renovales animaron el país y pusieron en tal cuidado á los franceses, que los generales gobernadores de Zaragoza y Navarra entablaron correspondencia con él para ver si atacando su amor propio de caballero conseguían que se retirara, con cuyo objeto le recordaron que él había dado su palabra de honor de no escapar cuando lo conducían á Francia y que había faltado á ella fugándose.

Renovales contestó á esto, diciendo: «Si yo me evadí antes de llegar á Pamplona, advertid que se faltó por los franceses al sagrado de la capitulación de Zaragoza. Fuí el primero á quien el general Morlot, sin honor ni palabra, despojó de caballos y equipaje, hollando lo estipulado. Si al general francés le es lícita la infracción de un derecho tan sagrado, no sé por qué ha de prohibirse á un general español faltar á su palabra de prisionero.»

El valeroso Renovales, después de esta declaración que deshizo todas las artificiosas seducciones de los franceses, continuó sus correrías por las comarcas aragonesa y navarra, encontrando imitadores como D. Miguel Sarasa, rico hacendado que armó á su costa muchos hombres y que, después de felices expediciones, vino á formar la izquierda de Renovales colocándose en San Juan de la Peña, célebre monasterio, cuna, en los tiempos de la reconquista, del reino de Aragón.

Alarmados los comandantes franceses de Pamplona y Zaragoza por el crecimiento de aquellas fuerzas populares que llegaban ya á constituir un serio peligro, organizaron un buen número de columnas que, operando en combinación, fueron estrechando á Renovales contra el Roncal, donde debían darle el último golpe.

San Juan de la Peña fué el primer punto atacado. El valiente Sarasa defendió la posición con gran tenacidad; pero al fin, agobiado por fuerzas tan superiores, tuvo que retirarse el 26 de Agosto, apoderándose los franceses del monasterio é incendiándolo, sin respetar el archivo, en el que quedaron reducidos á pavesas importantísimos documentos de la historia de Aragón.

Dueños los invasores de tal punto, avanzaron por todas partes sobre los valles del Roncal y Ansó.

Renovales defendió sus posiciones con la bravura acostumbrada durante tres días; pero acosado por todas partes y no pudiendo resistir el ím-



petu de tan superiores enemigos, tuvo que retirarse parapetándose en cada peña ú obstáculo que encontraba al paso, hasta llegar á la villa de Urzainqui donde pensaba librar el último y decisivo combate.

Pero al llegar á tal punto uniéronse á las columnas francesas nuevas tropas de refresco y una división procedente de Oloron (Francia), y ante tan exorbitante número de enemigos á quienes no podía resistir ni un solo día con sus exíguas fuerzas, determinó Renovales que un patriota de la villa capitulase honrosamente librando de este modo á los valles de ser pasados á hierro y fuego, mientras que él se retiraba hacia el Cinca seguido de varios oficiales y de algunos soldados rusos desertores del ejército francés.

En las riberas de dicho río se encontró Renovales con Perena, Bajet y otros conocidos guerrilleros que mandaban importantes partidos, todos los cuales le reconocieron y aclamaron como jefe, prosiguiendo con tales fuerzas el intrépido defensor de Zaragoza sus expediciones contra los franceses.

Mientras Renovales verificaba tales hazañas en Navarra y Aragón, otros caudillos populares castigaban á los invasores de la patria en las restantes provincias.

En la de Cuenca el marqués de las Atalayuelas mandaba una guerrilla audaz que permanecía emboscada en la sierra, y hacía únicamente su aparición en el llano para destruir cuantos destacamentos franceses veía aislados ó entregados al descanso.

En la Mancha, Jiménez, Mir, Francisquete y otros, ponían en derrota cuantas fuerzas de poca consideración se atrevían á atravesar aquellas llanas y despejadas regiones.

En Extremadura, Ayesteran y Longedo alcanzaban notables triunfos sobre los invasores, y en cuanto á Galicia y Asturias no hay de que hablar, pues ya describimos las grandes pérdidas que á los franceses hicieron sufrir las guerrillas en aquellas regiones y cómo se distinguió el intrépido Porlier en tan patrióticas empresas.

Castilla la Vieja, por ser la región en que mayor era la ocupación francesa, produjo más partidas y guerrilleros que ninguna otra.

Merecieron especial mención, el fraile Delica que cerca de Toro hizo prisionero al general Franceschi; el intrépido Saornil, Cuevillas, Gómez, Tapia, el cura Merino, y sobre todo D. Julián Sánchez y el Empecinado.

Este último extendía de tal modo su fama y tanto renombre alcanzaban sus correrías, que á fines del mes de Setiembre le llamó la Junta de Guadalajara para que operara en dicha provincia y fuera el terror de los franceses.

Obedeció con gusto el Empecinado y dedicándose inmediatamente á la persecución y ataque de las fuerzas enemigas, tuvo con éstas choques muy

empeñados. Para vencer los franceses á un campeón que tanta alarma les producía, apelaron á ardides, y el 12 de Noviembre fingieron retirarse de Guadalajara y volvieron sobre ella cercándola por todos lados cuando supieron que el Empecinado con alguna gente estaba dentro.

No se aturdió por tal traición el heróico hijo de Fuentecén, pues siguió con los suyos recogiendo paños de las fábricas de la ciudad y cuando tuvo bastantes, rompió por medio de los franceses que le rodeaban y se retiró sin sufrir grandes pérdidas.

Algunos días después, el Empecinado se resarció de tal susto sorprendiendo él á su vez un fuerte destacamento enemigo en Mazarrulleque, en el que hizo un gran destrozo.

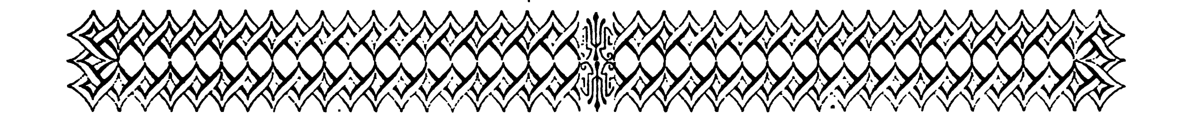
Por aquellos tiempos comenzaba á distinguirse en Navarra D. Francisco Javier Mina, llamado por los suyos el Estudiante y que era sobrino del después tan célebre D. Francisco Espoz.

Mina el Estudiante estaba cursando su carrera en la Universidad de Zaragoza cuando estalló el movimiento contra los franceses. Tenía diez y nueve años y se alistó en las fuerzas populares como todos sus compañeros de aula; pero enfermo de alguna gravedad, tuvo que retirarse á su pueblo, Idocin, en Navarra, de donde salió pronto para vengar un insulto que los franceses hicieron á su familia.

El recuerdo de Renovales y sus hazañas estaba aun reciente en el Roncal y toda Navarra y el fuego del entusiasmo no se había apagado todavia; así es que pronto vió Mina aumentadas considerablemente sus fuerzas. No tardaron los franceses en apercibirse con crueles golpes de la existencia de tan tremendo enemigo. Tiempo tendremos para reseñar las hazañas de aquel heróico joven, cuyo fin fué desgraciado, pero que dejó un continuador de sus glorias superior todavía á él.

El cuidado en que las guerrillas pusieron á los franceses y sus muchas y valiosas operaciones, llamaron sobre ellas la atención de las autoridades españolas que, llevadas del tradicional afán de regimentarlo y ordenarlo todo á estilo oficinesco, quisieron poner en práctica un reglamento militar al que se sujetaran aquellos caudillos que en los combates sólo atendían á su capricho y en las marchas á su inspiración.

Los populares soldados no quisieron obedecer ninguna de aquellas absurdas disposiciones y de aquí nacieron algunas disidencias entre ellos y aquellas autoridades que creían poder sujetar á reglas un sistema de guerrear semejante á las tempestades.



CAPITULO XIII

1810

Amenazas que dirige Napoleón á España.—Su nuevo casamiento.—Invade José las Andalucías.—Descuido de los nuestros.—Pasan los franceses Sierra Morena.—Derrotas de los españoles.—Entra José en Córdoba.—Conducta antipatriótica del clero.—El duque de Alburquerque.—Su acertada retirada á Cádiz.—Situación de Sevilla.—Se retira la Central á la isla de León.—Nuevo gobierno en Sevilla.—Entran los franceses en dicha ciudad.—Robos que cometen.—Se apodera Sebastiani de Granada y Málaga.—Se disuelve la Junta central.—Su testamento político á la Regencia.—Personas que componen ésta.—Juicio sobre la Central.—Junta de Cádiz.—La guerra en Aragón.—Suchet va en persecución de Mina el Estudiante.—Triste fin de éste.—Marcha Suchet contra Valencia.—Combate en Albentosa.—Atrocidades de D. José Caro en Valencia.—Sitia Suchet á Valencia y se retira á los cinco días.—Operaciones de D. Pedro Villacampa.—La guerra en Cataluña.—Toma el mando D. Enrique Odonell.—Batallas de Moyá y de Vich.—Augereau socorre á Barcelona.—Imprudente movimiento de los franceses sobre Reus.—Sitio y toma de Hostalrich.—Es reemplazado Augereau.—Sitia Suchet á Lérida.—Va á socorrerla Odonell y es derrotado.—Toma y saqueo de Lerida.—Conquista de Mequinenza.—La guerra en el Norte.—Luchas en Asturias.—Porlier.—Heróica defensa de Astorga.

Comenzó el año 1810 con las tremendas amenazas que Napoleón, vuelto ya de Austria, y con la sien orlada por los laureles de la victoria, formuló contra nuestra nación.

—«Me presentaré otra vez á la otra parte de los Pirineos,—dijo en un discurso al Senado francés;—y el leopardo británico huirá hacia el mar procurando evitar su afrenta y aniquilamiento.»

Como se ve, Napoleón seguía firme en su idea de demostrar que la guerra de España no era más que una lucha fomentada por los ingleses, y que una vez vencidos éstos, la nación hispana quedaría por completo sometida á sus piés. Repugnaba al prestigio del gran conquistador el que sus Estados conocieran que quien tan inquebrantable resistencia le presentaba era un pueblo casi sin ejércitos ni medios de

lucha, y para justificar aquélla, apelaba siempre á hacer constar la intervención de la Gran Bretaña, fantasma que jamás se apartaba de su cerebro.

A pesar de la aparatosa promesa que Napoleón hizo á su Senado, no pasó á la otra parte de los Pirineos, ni marchó en persona á sujetar aquella fiera que él creía leopardo y que no era sino el legendario león español.

El gran guerrero tenía sus motivos para no entrar nuevamente en España; pues á su sorprendente talento no pasaban desapercibidos los verdaderos caracteres de aquella guerra.

La experiencia estaba demostrando que España no podía ganarse como otras naciones europeas con un par de batallas, y por tanto resultaba audaz para el emperador exponer su inmenso prestigio militar en una guerra de tan problemático resultado. Aquella mágica aureola de gloria que rodeaba su figura hubiera desaparecido en parte si Europa llega á contemplar al vencedor de los primeros ejércitos del mundo, persiguiendo por muchos meses, sin ningún fruto, á las guerrillas españolas.

Asuntos también de carácter privado obligaron á Napoleón á no moverse de Francia. El soldado salido de la Revolución y tan ingrato á ésta, para afianzar su corona con un sucesor directo y entablar íntimas relaciones con las dinastías tradicionales, nada le pareció mejor que divorciarse de su esposa Eugenia Beauharnais, que no le daba descendencia, y unirse á cualquiera princesa rusa ó austriaca.

La pasión dominante en aquel hombre, confusa amalgama de buenas y malas cualidades, era la ingratitud, y no vaciló en llevarla hasta el seno de su familia, divorciándose de una esposa á quien tanto debía; pues el principio de su elevación, cuando no era más que un simple general de brigada, no tuvo otro origen que su casamiento con la viuda del general Beauharnais, que gozaba de gran influencia sobre Barras, el miembro más importante del Directorio.

A mediados de Diciembre de 1809, publicó Napoleón solemnemente su divorcio con Josefina, dejando á ésta el título y honores de emperatriz, y en Marzo del siguiente año, después de ciertos intentos de emparentar con la familia de los Czares, casó con la archiduquesa María Luisa, hija mayor del emperador de Austria José II, enlace con el que creyó Bonaparte asegurado su predominio sobre Europa y que, sin embargo, de nada pudo valerle en el momento de su caída.

No queriendo Napoleón cumplir su promesa al Senado, sino en parte, se contentó con enviar al otro lado de los Pirineos un cuerpo de treinta mil hombres que tenía situado en Bayona, con cuyo refuerzo, que atravesó la frontera á principios de 1810, llegó á contar el ejército francés en España con trescientos mil soldados de todas armas.

El intento de Napoleón, como ya

hemos visto por sus palabras, era destruir cuanto antes al ejército inglés que estaba ya en su retirada, situado en Portugal á la derecha del Tajo, y encaminadas á este fin fueron todas las órdenes que envió á sus mariscales de la Península; pero José, que deseaba dispersar cuanto antes á la Junta central, por creer que su trono estaría siempre vacilante mientras tuviera un gobierno la causa española, hizo que tales disposiciones se reformaran y que el ejército francés se dirigiera inmediatamente á invadir Andalucía.

Para efectuar tal invasión destináronse los cuerpos primero, cuarto y quinto del ejército francés, mandados por los mariscales Víctor, Sebastiani y Mortier, una fuerte reserva, y algunos regimientos españoles de reciente formación en los que no se tenía gran confianza por las continuas deserciones que los menguaban. El ejército invasor ascendía á cincuenta y cinco mil combatientes y lo mandaba el mismo José que después de las anteriores victorias iba aficionándose á la guerra, llevando como jefe de Estado Mayor al mariscal Soult, que era el verdadero encargado de dirigir la expedición.

El 19 de Enero de 1810 llegaron los franceses al pié de Sierra Morena, límite que les separaba de aquella Andalucía que traía á sus memorias el recuerdo de Bailén, y lugar tan decantado por su hermosura, que, según la narración de Estrabón, colocaron en él los antiguos los Campos Elíseos, residencia de los bienaventurados.

José, para hacer más segura tal invasión, tomó el camino por Santa Cruz de Mudela y Sebastiani se colocó á su izquierda en Villanueva de los Infantes para flanquearle por Montirón, mientras que Víctor guardaba la derecha, situándose en Almaden del Azogue para verificar la invasión por el camino llamado de la Plata.

No tenían los franceses que luchar con obstáculos tan insuperables como en el primer instante se los habían imaginado.

La Central, procediendo en este asunto tan descuidadamente como en otras cuestiones militares, después del mucho tiempo que estaba entablada la guerra no se había ocupado en aumentar con regulares fortificaciones la defensa natural que ofrecían Sierra Morena, ni tampoco á su espalda había construido plazas fuertes ni campos atrincherados que sirvieran de apoyo.

En tales obras se había pensado algo y aun se nombró una comisión de ingenieros militares que visitó la sierra y dió su informe; pero todos los trabajos propuestos quedaron en proyecto por no romper con la tradicional costumbre española de discutir y dictaminar mucho para no hacer nada y ni aun llegó á realizarse un segundo proyecto que se presentó de abandonar los montes Marianos y establecer en Jaen un campo atrincherado.

Influyó mucho para esto último, el

deseo de no oponerse á la opinión popular que consideraba Sierra Morena como una valla infranqueable para los franceses por poco que fuera defendida.

Pocas fuerzas tenía el gobierno español que oponer á tan poderosa invasión. De todo aquel gran ejército que poco tiempo antes invadía la Mancha y que tan desastroso fin tuvo en Ocaña, sólo quedaban unos veinticinco mil hombres dispersos de la triste jornada, que habían ido reuniéndose en varios puntos de la sierra.

Las obras de fortificación de Sierra Morena limitáronse á varias cortaduras y minas en los puntos más angostos y al emplazamiento de algunas baterías en los lugares que los españoles creyeron estratégicos. Con tan deficientes medios de defensa y tal escasez de combatientes, no eran de extrañar los tristes resultados que inmediatamente sobrevinieron.

El día 20 todas las columnas francesas se pusieron en marcha para atravesar la temible barrera, operación que los generales enemigos tenían como difícil y costosa y que se realizó en pocas horas y sin grandes sacrificios.

La reserva y el quinto cuerpo atacaron el Puerto del Rey y Despeñaperros, ambos de tan difícil paso como mal defendidos. El general Dessolles, que mandaba la reserva, atravesó el primer punto, mal guardado por la división Girón, y al mismo tiempo las tropas de Gazan atacaron el puerto del Muradel y encaramándose en las alturas, fueron á reunirse con aquél en las Correderas, quedando así á espaldas de los atrincheramientos que los españoles habían levantado en el collado de los Jardines lo cual obligó á los nuestros á retirarse precipitadamente, dejando á José expedito el paso de Despeñaperros.

Para empeorar todavía más la situación, tres minas que se habían hecho en dicho paso reventaron sin producir grandes destrozos en el enemigo, con lo cual el desaliento se hizo mayor y todos los defensores se precipitaron en desordenada fuga, que pronto se convirtió en dispersión general, quedando en poder de los franceses quince piezas de artillería y buen número de prisioneros.

El general en jefe español que era todavía Areizaga, el inepto caudillo de Ocaña, se salvó apelando también á la fuga, y seguido de algunos oficiales superiores no paró hasta pasar á la otra orilla del Guadalquivir.

José estableció su cuartel general en Andújar y no tardó en reunírsele Víctor que con su ejército había atravesado el camino de la Plata sin tener que extremarse en desalojar de sus posiciones las tropas de Copons y Zerain que se opusieron á su marcha.

No le fué tan fácil el paso al cuerpo que mandaba Sebastiani, pues encontró una defensa más tenaz y ordenada en la que le hizo la división mandada por D. Gaspar Vigodet situada en Montiron.

A pesar de la enorme diferencia numérica que existía entre las tropas de éste y las del enemigo Sebastiani, supo defenderse Vigodet por espacio de dos horas, y cuando al fin vióse forzado á retirarse, lo hizo ordenadamente, aunque al poco tiempo la fuga de un escuadrón de caballería introdujo la dispersión en todo su ejército, y ésta fué tan completa, que al anochecer entró el general español en Santisteban casi solo, marchando al día siguiente 21 á Jaen, donde se encontró con Areizaga, Girón, Lacy y otros jefes superiores, tan abandonados como él por los soldados.

Sebastiani continuó su marcha y el 29, cerca de Arquillos, tropezó con el general Castejón que retiraba algunas fuerzas libradas de la general derrota.

El valor de aquellas reliquias de nuestro ejército fué grande, pues por algunas horas sostuvieron un reñido combate con los franceses, hasta que por fin, desordenada su línea, fueron derrotados, quedando la mayor parte prisioneras de los enemigos sin librarse de tan triste suerte el mismo jefe Castejón.

Con pocas pérdidas lograron los invasores salvar la terrible cordillera que los nuestros consideraban como sepulcro de franceses. Mientras éstos entraban en Andalucía á costa de poca sangre, la causa nacional tenía que llorar la falta de seis mil soldados casi todos prisioneros de los enemigos, y la pérdida de los pertrechos militares salvados de la tremenda rota de Ocaña.

Satisfecho por tan felices resultados que estaban muy lejos de esperar, José ordenó á Sebastiani cruzase inmediatamente el Guadalquivir para caer sobre Jaen y deshacer los menguados restos de nuestro ejército que allí quedaban, mientras él con los demás cuerpos, extendía la línea de ocupación hasta Córdoba.

No tardaron en penetrar los franceses en ambas ciudades, pues el vecindario les abrió las puertas no oponiéndoles ninguna resistencia, antes bien ciertas clases sociales, y especialmente el clero y los frailes de aquella comarca, se desvivieron en agasajar á José y hacerse amigos de los vencedores, pues, en ellos veían un porvenir lucrativo que no podían esperar si seguían al lado de la causa nacional tan escasa de medios y tan dispuesta á emplear los bienes religiosos en las necesidades de la guerra.

En Jaen cogió el enemigo algunos cañones y otros aprestos que los españoles habían reunido en dicho punto para formar un campo atrincherado, y en Córdoba, al llegar José, salieron comisiones al camino para cumplimentarle, se echaron las campanas al vuelo, cantóse un *Te-Deum* y hubo fiestas públicas en celebración del triunfo logrado por los franceses.

José estaba encantado de un recibimiento tan halagüeño que en ningún punto de España se le había hecho, y al deseo de continuar gozando

de aquellos reales honores á que tan poco acostumbrado estaba, se debió el que se detuviera algunos días en Córdoba.

Influyó también en que el ejército francés no se moviera de aquella capital, la necesidad de apreciar desde dicho punto la resistencia que pudiera presentar Sevilla, y la incertidumbre en que estaban sobre la importancia y la situación del ejército del duque de Alburquerque, que era la única fuerza organizada que conservaba la causa nacional.

Aquel joven y esforzado general ocupaba las riberas del Guadiana antes de la derrota de Ocaña; pero al tener noticia de ella, se retiró hacia Talavera situando su cuartel en Don Benito. Tenía á sus órdenes ocho mil infantes y seiscientos caballos dependiendo además de él las brigadas de D. Juan Senen de Contreras y D. Rafael Menacho.

La Junta central apenas vió próxima la invasión de Andalucía expidió apremiantes órdenes á Alburquerque para que avanzase; pero presentándole planes unas veces contradictorios y otras descabellados. Al tener noticia el general de la entrada de los franceses en Andalucía, se dirigió apresuradamente á ésta enviando antes á las dos brigadas que de él dependían á Badajoz para que guarnecieran dicha plaza, siendo esta disposición contraria á las órdenes que le había comunicado el gobierno.

Alburquerque pasando el Guadalquivir por las barcas de Cantillana, llegó hasta Carmona donde se situó su vanguardia quedándose la retaguardia en Ecija.

Las ocho mil bayonetas de Alburquerque, era el único obstáculo que la Central podía oponer á los invasores, débil defensa que no mejoraba su angustiosa situación.

El desorden y la alarma en Sevilla no podían ser mayores. Conforme ordenaba el decreto que en 15 de Enero dió la Central disponiendo su traslación á la isla de León, comenzaron los individuos de la Junta desde el día 20 á abandonar la capital andaluza unos por el río y otros por tierra.

Los que emplearon para el viaje los barcos del Guadalquivir no corrieron peligro alguno, pero los que hicieron el viaje por tierra se vieron insultados á su paso por los pueblos y amenazados de muerte por una muchedumbre irritada que, como de costumbre, llamaba traidores á los que huían reconociendo la imposibilidad de la defensa contra un enemigo victorioso. En Jerez el obispo de Laodicea, el marqués de Astorga que tantos servicios había prestado á la patria y otros individuos de la Central, sólo por casualidad pudieron salvarse de los aceros que contra ellos blandía el vecindario enfurecido.

Apenas abandonó Sevilla el gobierno, los descontentos de siempre creyeron llegado el instante de satisfacer sus deseos de mando.

La Junta en la precipitación de su

viaje no se acordó de llevarse tras sí, tal como pedía Calvo de Rozas para evitar futuros desórdenes, al revoltoso conde de Montijo y á D. José Palafox, que estaba preso como ya dijimos, y éstos quedaron en la cárcel de Sevilla provocando con sus manejos una sublevación que estalló el día 24 por la mañana, cuando ya no quedaba en la ciudad nada de la Central.

La Junta de provincia apoyándose en el motín, se nombró á sí misma Gobierno supremo de la nación y admitió como vocales á D. Francisco Saavedra, eligiéndolo presidente, á Palafox y Montijo que el pueblo sacó de la cárcel y al marqués de La Romana que se había separado de sus compañeros los centralistas, retardando su viaje.

Quiso la nueva Junta tomar disposiciones militares y la primera fué nombrar al marqués de La Romana general en jefe del ejército de la izquierda que mandaba el duque del Parque, enviar á éste á Cataluña y hacer venir de allí á Blake para que se encargara de organizar las dispersas tropas del centro. Este movimiento de generales resultaba sobradamente ridículo, estando los enemigos tan cerca y siendo los ejércitos que se ponían bajo sus órdenes poco menos que imaginarios. La Junta de Sevilla en su afán de funcionar como Gobierno supremo, se mostraba dispuesta á hacer aún mayores disparates; pero los franceses fueron aproximándose á Sevilla y esto bastó para que aquellos revoltosos moderaran bastante su patriótico ardor.

En tanto Sebastiani continuaba en su avance desde Jaen, y cerca de Alcalá del Real tropezó con mil quinientos caballos, mandados por el general Freire, que habían logrado salvarse de la derrota de Sierra Morena. Sin el apoyo dicha fuerza de la infantería y muy inferior en número al enemigo, no pudo presentar á éste gran resistencia y quedó en gran parte prisionera. El parque de artillería española que estaba en Andújar y que al aproximarse los franceses tomó el camino de Guadix, tampoco se salvó, pues la caballería ligera mandada por el general Peyremont logró apoderarse de él.

Estas sensibles pérdidas produjeron gran impresión en toda Andalucía y fueron en mucha parte causa de que el vecindario de Granada, prestando atención á las excitaciones de tímidos y traidores, no hiciera ninguna resistencia al invasor.

También en Granada como en Córdoba, fué el clero la clase que más adicta manifestóse á los invasores, y llevó su desvergüenza hasta salir en masa á cumplimentar á Sebastiani, quien hizo poco caso de tan halagüeñas manifestaciones, pues impuso á la ciudad una fuerte contribución y recibió con muy ásperas palabras las felicitaciones de las autoridades españolas.

En tanto, el ejército de José había avanzado hasta Sevilla, sin encontrar

obstáculos hasta llegar á Ecija, donde sufrió el tiroteo de las guerrillas de la caballería de Alburquerque. Pero no fué de larga duración la hostilidad del bravo general, pues noticioso de que el jefe del Estado Mayor enemigo, Soult, enviaba una división por el Arrabal y Morón, para colocarse en Utrera á su retaguardia, cortándole la retirada á la isla gaditana y poniéndole en la alternativa de caer prisionero ó morir, replegóse á Jerez con tanta prisa como serenidad. El movimiento no pudo ser más á tiempo, pues cuando Alburquerque pasó por Utrera, vió ya cercanas las avanzadas del enemigo que iba á ocupar dicha población para cortarle la retirada. Tomó con esto el joven general la delantera á los invasores, y con una celeridad propia solamente de la infantería española, se trasladó á la isla gaditana, donde entró en los primeros días de Febrero, siendo su llegada muy celebrada por las autoridades de Cádiz, que tenían pocas tropas para guarecer la plaza. Puede decirse que al duque de Alburquerque y á la forzada y fatigosa marcha de su ejército se debió el que Cádiz se convirtiera en inexpugnable baluarte que salvó la independencia de la patria.

No quisieron los franceses perseguir á Alburquerque en su retirada, limitándose únicamente á enviar en su seguimiento algunos cuerpos de caballería ligera, que sostuvieron con él bastantes choques. El principal objeto de su atención era Sevilla, punto importante tanto por su renombre como por las riquezas que encerraba. Poco á poco y cautelosamente fueron acercándose á ella los franceses, como si recelaran encontrarse en Sevilla una nueva Zaragoza ó Gerona, y por fin Víctor se presentó en sus inmediaciones, disponiéndose á atacar las líneas que la guarnecían. Pero antes que tal hicieran, se presentaron en su campo el día 31 parlamentarios de la ciudad.

Esta no estaba en condiciones de defensa. La revoltosa Junta capitaneada por Montijo y Palafox había huido á la aproximación de los franceses; las líneas de fortificación, tan extensas y en las que tantos millones se habían inútilmente invertido, necesitaban unos cincuenta mil soldados que entonces no tenía la causa nacional ni en toda España; y lo que era más triste, la defensa en las calles, como en otras heróicas ciudades de España, resultaba imposible, pues á los sevillanos les faltaba en aquella ocasión ese sublime entusiasmo y esa sagrada ceguedad que conducen á los pueblos á un suicidio glorioso.

Propusieron á Víctor los comisionados de Sevilla, que en la capitulación se distinguiera dicha ciudad de las demás de España, por ser entonces capital de la nación, y que además se comprometiera el rey José á reunir Cortes cuanto antes; notable petición por lo inesperada y á la que se negó el mariscal francés, como era de esperar, limitándose á prometer el respeto á la guarnición, el vecindario, las for-

tunas y las opiniones; promesa que, como muchas de los invasores, no tardó en ser quebrantada.

El 1.° de Febrero entraron los franceses en Sevilla, algunas horas después de haber sido abandonada ésta por la escasa guarnición que al mando del vizconde de Gante tomó el camino del condado de Niebla, y por algunos de los patriotas más caracterizados por su entusiasmo y los puestos públicos que habían desempeñado.

Contentos los franceses con haberse apoderado tan fácilmente de una ciudad que tanto renombre gozaba desde que en ella se estableció la Central, se dedicaron á sacar los mayores frutos de su conquista, apoderándose á más de una enorme cantidad de fusiles, municiones y de doscientos cañones, de la magnífica fábrica establecida en ella, de gran porción de riquezas especialmente en tabacos y azogues y hasta de caudales públicos.

Responsable aparecía la Central de punible descuido al dejar tales riquezas en ciudad tan mal defendida; pero hay que tener en cuenta el apresuramiento con que salió de Sevilla y la desobediencia que merecieron sus posteriores órdenes por parte de los alborotadores constituidos en poder supremo.

Víctor, con el primer cuerpo de ejército, siguió adelante con gran presteza deseando aprovechar los recientes descalabros de los españoles y que éstos no tuvieran tiempo para rehacerse. El 5 de Febrero llegó á los alrededores de la isla Gaditana, que creía encontrar débil y desprevenida y por tanto muy dispuesta para que las armas francesas se apoderaran de ella con un repentino ataque; pero sus esperanzas resultaron fallidas, pues la oportuna llegada del duque de Alburquerque (general que sin ser un genio guerrero, se hizo notar mucho entre sus desacertados colegas de la época), había puesto Cádiz en estado de defensa y obligó á Víctor á detenerse quedando á la vista de aquella plaza que tan inexpugnable había de mostrarse y cuyo bloqueo comenzó aguardando mejores elementos para sitiarla.

Conociendo los franceses que Cádiz iba á ser el último baluarte de defensa de la causa española y que se necesitaban grandes esfuerzos para tomarla, dejaron tal empresa para más adelante y se dedicaron á la conquista de otros puntos importantes y á distraer la atención de los españoles, para después caer con más fuerza sobre aquella ciudad.

El mariscal Mortier con el quinto cuerpo y la reserva de Desolles, después de dejar una brigada guarneciendo Sevilla, marchó á Extremadura, que era la región más amenazadora de cuantas rodeaban Andalucía, reuniéndose con el segundo cuerpo que á las órdenes del general Reynier había avanzado desde las orillas del Tajo. Tan respetables fuerzas dirigiéronse á Badajoz con intento de tomarlo; pero la plaza, gracias á la previsión de Al-

burquerque, estaba bien guarnecida por las brigadas de Contreras y Menacho, y su gobernador y vecindario desecharon todas las proposiciones de rendición, viéndose obligado el jefe francés á retirarse á Llerena, donde estableció su cuartel general.

Por otro lado Sebastiani terminaba sus operaciones con gran éxito. Después de posesionarse de Granada quiso continuar sus conquistas en la costa y principalmente hacerse dueño de Málaga, punto importante en el que estaba adquiriendo alguna fuerza la insurrección popular.

El coronel D. Vicente Abello, natural de la Habana y hombre más notable como revolucionario que como militar, había alborotado la ciudad, contrarrestando la influencia del clero y las clases acomodadas que allí, como en otras ciudades de Andalucía, eran partidarios de la dominación extranjera.

Juntáronse á Abello algunos patriotas de tan humilde origen como puro entusiasmo distinguiéndose entre ellos el escribano San Millán y sus hermanos.

La Junta revolucionaria tomó determinaciones tan enérgicas como imponer á los pudientes de la ciudad una fuerte contribución para los gastos de la guerra, en la que le tocó satisfacer al duque de Osuna un millón de reales. También redujo á prisión á algunos individuos sospechosos de tibieza ó reputados traidores, entre los cuales sin que se supiera con qué fundamento, fué comprendido el anciano general Cuesta, que estaba en el puerto esperando ocasión para embarcarse con rumbo á las Baleares.

Sebastiani avanzó sobre Málaga el 5 de Febrero por el camino de Antequera. En el punto llamado Boca del Asno dispersó á una multitud abigarrada y mal armada que quiso oponerse á su paso, y en las inmediaciones de Málaga tropezó con Abello, que al frente de bandas tan numerosas como mal pertrechadas quiso disputarle el paso. Poco trabajo costó al mariscal deshacer una línea formada por tales enemigos, y perseguidos los españoles por los franceses entraron todos revueltos en Málaga donde continuó hasta el siguiente día el fuego en medio de un bárbaro pillaje y de las más espantosas violaciones. Así que Sebastiani quedó dueño de la población, la impuso una contribución de doce millones de reales, apoderándose también de los cincuenta mil duros arrancados por los revolucionarios al duque de Osuna. El coronel Abello logró escapar á Cádiz, donde sufrió larga prisión hasta que las Cortes lo libertaron; pero sus compañeros de la Junta fueron casi todos cogidos en Málaga y en Motril y ahorcados por orden de Sebastiani.

Con esta conquista, que no merece llamarse hecho de armas, quedó terminada la ocupación de casi toda Andalucía por los franceses. La invasión de una región tan importante fué verdaderamente deshonrosa para la causa

nacional por la facilidad con que los enemigos la llevaron á cabo.

En muchos puntos se demostró una debilidad y una cobardía extraña en aquella época de valor y heroismo, especialmente en Sevilla; pero hay que hacer constar también que el pueblo andaluz en otros puntos hizo ver buenos deseos y que su fácil sumisión tan solo fué debida á la falta de un hombre de valía y organizador que se pusiera á su frente. Si los habitantes de Granada, de Málaga y de otros puntos hubieran tenido un jefe de tales condiciones, es indudable que la historia patria se hubiera enriquecido con nuevos ejemplos de heroismo y bravura.

La invasión de Andalucía fué el último golpe para la agonizante existencia de la Junta central.

En la isla de León reuniéronse sus individuos fugitivos de Sevilla, y lo primero que acordaron fué abandonar el poder que la patria había puesto en sus manos. Los continuados desastres sufridos por nuestro ejército, los recientes alborotos de Sevilla, los peligros sufridos en su viaje y que la habian mostrado su impopularidad, y más que todo, el temor de que sus futuras disposiciones no fueran obedecidas, obligaron á la Junta á tomar tan decisiva determinación.

D. Lorenzo Calvo de Rozas al notar los generales deseos de sus compañeros, presentó una proposición en la que pedía se nombrase una regencia de cinco individuos que ejerciese el poder ejecutivo en toda su plenitud quedando á su lado la Central como cuerpo deliberante hasta que se juntasen las Cortes.

La Junta admitió inmediatamente la primera parte de la proposición, pero desechó la segunda, pues aquellos espíritus débiles, tan profundamente quebrantados, no querian seguir por más tiempo en una vida pública tan llena de azarosos contrastes.

Antes de disolverse la Central, en virtud de dicho acuerdo, aprobóse que ninguno de sus individuos pudiera formar parte de la Regencia y se creó un reglamento por el que debía regirse la nueva autoridad que tomaría el título de *Supremo Consejo de Regencia de España é Indias*. Además se aprobó un decreto por el que se hacía saber á la nación que en el próximo mes de Marzo se reunirían las Cortes y con eso, en el reglamento para la Regencia, después de los artículos relativos al orden interior, insertó uno muy notable por el que la nueva autoridad propondría necesariamente á las Cortes una ley fundamental que protegiese y asegurase la libertad de imprenta, y que entretanto se protegería de hecho esta libertad como uno de los medios más convenientes no sólo para difundir la ilustración general sino también para conservar la libertad civil y política de los ciudadanos.

Misterioso y extraño parece á primera vista que un cuerpo tan reaccionario como la Central, que en sus días de vida más próspera se había opuesto

á todas las reformas, se mostrara tan partidario de ellas á la hora de su muerte ó sea cuando más podía temer la responsabilidad futura; pero hay que tener en cuenta que en su seno estaban individuos tan demócratas como Calvo de Rozas y los pocos que le seguían, y que éstos supieron aprovecharse hábilmente del azoramiento y turbación de la Junta para arrancarle decretos que en épocas de calma hubiera siempre negado.

El decreto sobre reunión de Cortes era notable por su sentido liberal; pero la Regencia, una vez disuelta la Junta, cuidó de que tal documento se traspapelara y no fuera nunca conocido por la nación.

Conforme á lo dispuesto por la Central en sus últimas disposiciones, el 30 de Enero pasó á nombrar los individuos que compondrían la Regencia y que debían ser cuatro españoles europeos y uno nacido en las posesiones de Ultramar.

Los nombrados fueron D. Pedro Quevedo y Quintano, obispo de Orense, D. Francisco Saavedra, consejero de Estado y antiguo ministro en unión de Jovellanos, el general D. Francisco Javier Castaños, el almirante don Antonio Escaño y D. Esteban Fernández de León, aunque este último ocupó por poco tiempo tan elevado puesto, pues al averiguarse que, aunque hijo de ilustre familia de Caracas, no había nacido en América, fué sustituido por D. Miguel de Lardizábal y Uribe, natural de Nueva España.

Junto á esta nueva autoridad suprema que nacía en una isla sitiada por los enemigos y próxima á sufrir un tremendo bloqueo, formóse otra que de origen más sano y robusto como lo es siempre la elección popular, pudo atender mejor á la defensa de aquel rincón de España, arca santa donde se cobijaba la independencia nacional y cuna de la regeneración española. El ayuntamiento de Cádiz, atendiendo la petición de gran número de vecinos, dispuso la disolución de la Junta de defensa de la ciudad y la creación de otra más autorizada y popular.

Esta quedó constituida por elección indirecta el 29 de Enero, componiéndose de diez y ocho individuos, todos ellos personas de gran prestigio en el pueblo por su entusiasta patriotismo y que por pertenecer á diversas clases sociales eran una verdadera representación del vecindario.

A aquella popular corporación, que tomó á su cargo las funciones más difíciles y pesadas, debióse la única defensa heróica que en Andalucía se presentó á los invasores y el que la hermosa ciudad gaditana diera la seguridad necesaria á los hombres eminentes que en su seno y haciendo sonar sus voces por encima del estampido de la artillería enemiga, levantasen el grandioso monumento de la libertad.

Al caer para siempre la Junta central y desaparecer de la esfera pública, nada más propio que hacer un resu-

men de la conducta de aquella corporación que por tanto tiempo ejerció el gobierno supremo de España. Sus actos, que enumeramos ya intercalados en la relación de los hechos de la guerra, habrán logrado que el lector tenga concepto formado sobre tan inconsecuente gobierno, cuya debilidad le hizo tomar muchas veces las más contradictorias decisiones. Si algo hizo enérgico y con carácter regenerador propio de la época, fué tan sólo debido á la iniciativa de los contados individuos no reaccionarios que tenía en su seno; pero fuera de esto, se mostró siempre indecisa y débil, necesitando para tomar acuerdos de urgente oportunidad, interminables consultas y discusiones. En Hacienda, ramo corrompido que más necesitaba las innovaciones, no hizo absolutamente nada y si bien no gravó la Deuda pública con empréstitos pecuniarios, la aumentó grandemente con la desacertada y confusa marcha de la administración militar.

En la constitución del ejército no se dejó sentir tampoco mucho la mano de la Central.

Aquél siguió constituido como al comenzar el nacional levantamiento, y si algunas reformas se hicieron en él, fueron sólo debidas á las juntas de provincia, que de los alistamientos borraron privilegios y excepciones tradicionales que eran verdaderos abusos.

En el orden judicial no se verificó igualmente reforma alguna. Siguieron en pié las legislaciones civil y criminal con su carga de añejos abusos y los tribunales no sufrieron otra alteración que la de haberse reunido en uno todos los Consejos de última apelación.

La Junta central fué, en resumen, un gobierno que miró con miedo toda clase de reformas, como si temiera que al quitar las podridas vigas del edificio político viniera todo esto al suelo y la aplastara bajo sus ruinas. Gobernó *al día* (como ahora se dice), y se dió por muy satisfecha con encontrar medios para salvar las necesidades del momento.

En las relaciones internacionales fué donde la Central supo portarse mejor, pues se mostró siempre como un gobierno digno é independiente, y habló á toda Europa, sin excluir á las naciones amigas, con altivez y firmeza, aun en los instantes que mayores eran los males de la patria.

Su amor á ésta, ni por un instante puede ser puesto en duda; pues conocidas nos son ya las enérgicas contestaciones que dió á los invasores tantas veces como éstos pretendieron atraérsela; y ni por un solo día experimentó desmayo en vista de las desgracias que sufría la causa nacional.

La única causa de la impopularidad que acompañó su muerte, fué la fatalidad que pareció perseguirla en los asuntos militares. Si después de la campaña de Talavera se hubiera retirado, el aprecio de la nación hacia ella habría sido general; pero ocurrie-

ron en sus últimos tiempos espantosas derrotas, y la invasión de las Andalucías, y esto bastó para que su descrédito se agigantara; pues conocida es la facilidad con que los pueblos achacan á los gobiernos todas las desgracias.

Cayó, pues, la Junta central, á pesar de que no podía ser tachada más que en el orden político, muerta moralmente, y ya tendremos ocasión de ver como la Regencia, ó sea el organismo que la debía el poder, la mostró su gratitud y cómo procedió con sus individuos, que si reaccionarios, en general no lo eran tanto como los regentes, y además podían presentarse como dechado de honradez y desinterés.

Antes de seguir describiendo los sucesos, tanto políticos como militares que se desarrollaban en Andalucía, forzoso nos es trasladarnos á otras regiones de la península, pues en ellas con anterioridad y en la misma época, ocurrían hechos que reclaman nuestra atención.

Al emprender José la invasión de Andalucía, con objeto de impedir que las fuerzas españolas de otras provincias fueran en socorro de la Central, ordenó á los generales franceses que operaban en éstas hostilizaran á los ejércitos patrióticos para que de este modo, atendiendo á su propia seguridad, no pensaran acudir en socorro de la ajena.

José, temía más que á todas las regiones al reino de Valencia que, libre de enemigos, podía enviar sus tropas en socorro de Andalucía y estorbar un tanto sus planes, por lo que ordenó á Suchet, el general de Aragón, dirigiera una expedición contra dicho reino.

Suchet se dispuso á obedecer tales órdenes, pero antes tuvo que acudir á Navarra, en la que la insurrección iba muy en aumento. Muchas eran las guerrillas que incomodaban á los franceses en aquella región causándoles grandes pérdidas; pero entre todas se distinguía la mandada por el joven don Javier Mina el *Estudiante*, el cual por su audacia, su temerario valor, su actividad, y la severa disciplina que hacía guardar á sus subordinados, era como dice uno de sus panegiristas, «una de las mejores esperanzas de los patriotas y terror de los enemigos.»

A tal punto llegó la actividad que el joven Mina supo desplegar en la lucha contra los franceses, que pronto éstos no pudieron transitar por el territorio navarro más que en brigadas y divisiones, y aun así expuestos á ser exterminados en cualquier paso difícil ó al menor descuido. Los correos franceses y los convoyes, para viajar necesitaban grandes escoltas y aprovechar la estancia de Mina en lugares distantes, y el dominio de los invasores en Navarra quedó reducido al espacio que alcanzaban los cañones de Pamplona, y aun ésto no fué del todo cierto, pues muchas veces los guerrilleros audazmente llegaban en sus correrías hasta las puertas de la población.

Fueron tantas las hazañas de Mina el *Estudiante*, que su nombre se extendió en alas de la fama por toda la nación, y la Junta central para estimularle y demostrar que no despreciaba á los patriotas que tan heroicamente se portaban, le regaló una bandera que sirviera de enseña á aquellos grupos de valientes que, gracias al espíritu organizador de su jefe, ya no eran una guerrilla desordenada é informe, sino brillante regimiento constituido con arreglo á la más severa disciplina militar.

Aquella atención de la Central, animó aun más el fogoso entusiasmo del joven guerrillero, y de tal modo se hizo temer por los franceses con sus continuos ataques que eran otras tantas victorias, que en el mes de Enero el gobernador de Pamplona no tuvo inconveniente en tratar con él de igual á igual, considerando al humilde estudiante como un militar de alta graduación y proponerle el canje de prisioneros, al mismo tiempo que admitía en la plaza con todos los honores de costumbre á los parlamentarios que Mina le enviaba.

Recordando el odio inexorable y el desprecio con que los invasores trataban á los paisanos españoles levantados en armas, se podrá comprender hasta dónde llegaría el miedo que los franceses sentirían hacia Mina, cuando tales distinciones le guardaban.

La humillación que sufrían los franceses al tener que tratar de tal modo á un caudillo popular, y la audacia de éste que de tal modo combatía á los invasores en la misma frontera francesa, impulsaron á Suchet á ir cuanto antes con grandes fuerzas en busca del atrevido guerrillero, y no parar hasta que lograra su exterminio.

Al ver Mina que sobre él venían tan inmensas fuerzas, que no podía resistir, ni aun auxiliado por su conocimiento del terreno y la naturaleza de éste, determinó librarse por el momento de la cruel persecución y proseguir sus hazañas cuando ésta se debilitara, para lo cual enterró las armas de los guerrilleros y la bandera en lugar seguro, y declaró disuelta la partida hasta que las circunstancias permitieran su nueva reunión, ordenando á todos los individuos que esperaran la orden en sus casas.

Era tal la audacia de Mina que antes de retirarse á lugar seguro, quiso conocer personalmente á su perseguidor el general Suchet, y sabiendo que éste con su ejército pasaría por Olite en su marcha de Zaragoza á Pamplona, se presentó en la carretera á poca distancia del pueblo, vestido de aldeano y mezclándose en la turba de labriegos colocóse en primera fila sin importarle el ser conocido.

Los regimientos franceses marchaban llenos de coraje contra aquel guerrillero que á tales fatigas les obligaba y con las palabras que en mal español dirigían á los labriegos, daban á entender sus deseos de encontrarle pronto y hacerle prisionero.

Cuéntase que uno de los labriegos

que estaba cercano á Mina, le dijo:

—Joven ¿á dónde van tantas tropas?

—Pues, á coger á Javier Mina,—contestó con imperturbable serenidad el guerrillero, en cuyas facciones conocidas comenzaban á fijarse los que le rodeaban.

—Mucho sentiré que le prendan,—dijo el labriego.

—Más lo sentiré yo aun,—repuso el héroe con socarronería.

Suchet después de arreglar la administración francesa en Pamplona y de buscar en vano á aquel temible hijo de la guerra, volvióse á Zaragoza dejando al general Harispe encargado de la persecución de Mina si es que volvía á aparecer.

No tardó esto en realizarse. El *Estudiante*, viendo que con la partida de Suchet se habían disminuido un tanto las fuerzas francesas, convocó nuevamente á sus guerrilleros y á pesar de que Harispe contaba con tropas veinte veces superiores en número á las suyas, reanudó la campaña hostilizando á los enemigos con el acierto y saña acostumbrados.

Tres meses se sostuvo Mina burlando la persecución de los enemigos y escarmentándolos así que los veía descuidados. Su activa movilidad no tuvo límites. Cuando todas las columnas de Harispe confluían á un solo punto creyendo sorprenderle allí, aparecía Mina en lugares distantes derrotando las fuerzas francesas que encontraba desprevenidas, y si en alguna ocasión llegaba á verse cercado, desbandaba su partida, dejaba que cada individuo se buscara la salida por donde pudiera y á los dos días volvía á reunirla á espaldas del enemigo que iba apretando su círculo de bayonetas sin que en ellas lograra aprisionar aquel fantasma que siempre se escapaba.

Por fin la traición y un descuido de Mina dieron remate á aquella campaña tan pesada y desagradecida para los franceses.

El general Harispe y los gobernadores de Pamplona y Jaca prepararon una celada al joven caudillo, el cual el 1.° de Abril, después de una heróica resistencia, cayó en poder de sus enemigos, siendo conducido á Francia y encerrado en el castillo de Vincennes donde permaneció preso hasta 1814 en que volvió á su patria para salir inmediatamente de ella, huyendo de la asquerosa tiranía del rey por cuyos derechos tan denodadamente había combatido. Ya tendremos ocasión de relatar la última parte de la vida y el triste fin de tan heróico patriota, nacido para acometer las más colosales empresas; pero á quien la suerte no fué fiel en muchas ocasiones.

La causa de la patria perdió en Navarra con la prisión de Javier Mina, uno de sus más esforzados campeones; pero no por esto quedó huérfana de protectores, pues un oscuro labrador, tío del joven héroe, se encargó de continuar las hazañas de éste y de hacer

que el mundo conociera el nombre de un militar tan ilustre como D. Francisco Espoz y Mina.

Volvamos en busca de Suchet, que después de abandonar Navarra se preparaba en Zaragoza á verificar con gran premura la expedición contra Valencia, pues José desde Córdoba le había dirigido una comunicación ordenándole se diera prisa y asegurándole que la toma de dicha ciudad era fácil, pues dentro de ella existían elementos dispuestos á ayudar á los franceses.

El ejército que debía emprender la expedición constaba de catorce mil hombres y estaba partido en dos divisiones. La una mandada por el general Habert marchó por el camino de Morella y San Mateo con el intento de llegar á la costa y bajar por ella hasta Valencia, impidiendo de este modo cualquier ataque de los españoles por la parte de Cataluña; y la otra, á cuyo frente iba el mismo Suchet, tomó el camino recto de Teruel. Al encontrarse en este punto, recibió el general francés contraorden de París para que abandonara tal empresa y fuera á formalizar los sitios de Lérida y Mequinenza; pero Suchet creyó era tarde ya para desistir y fiado además en la facilidad de conquistar una ciudad tan importante como Valencia, siguió adelante.

El 2 de Marzo encontró la vanguardia del ejército de Valencia situada en Albentosa y aunque en el principio las guerrillas españolas mandadas por D. José Lamar alcanzaron grandes ventajas, envió Caro orden de retirada y los nuestros la hicieron tan precipitadamente que dejaron cuatro cañones de campaña en poder del enemigo.

Apoderóse Suchet de Segorbe y siguió adelante hacia Sagunto donde se reunió con Habert el día 3 marchando juntos á Valencia que avistaron el 5.

La hermosa ciudad del Turia estaba profundamente conmovida. Hacía un año ya que mandaba en ella como capitán general un hombre como don José Caro, santurrón, fanático, cruel y ambicioso, que en vez de ocuparse en fortificar seriamente la provincia y organizar sus fuerzas, se había dedicado á ejecutar las tramas de los reaccionarios y de los individuos de su familia y en satisfacer venganzas políticas y resentimientos personales con individuos honrados y patriotas que valían mucho más que él.

Al llegar la expedición de Suchet, un punto tan importante por su posición estratégica como Sagunto no estaba todavía fortificado, y á pesar de que la región valenciana no había sufrido hasta entonces seriamente la ocupación francesa, la autoridad militar sólo tenía organizados en armas once mil hombres y aun éstos de un modo bastante deficiente.

La llegada de Suchet dió motivo á Caro para satisfacer mayores venganzas y al mismo tiempo que ordenó algunas disposiciones propias de la situación y necesarias para la defensa,

envió á Játiva á la Junta de provincia por temor que se opusiera á sus interesados deseos y creó en su lugar una comisión de policía que ejecutó cuantas arbitrariedades quiso ordenar.

Gran número de individuos fueron detenidos y encerrados en la cárcel, sin que para ello hubiera que alegar motivo alguno; y además, Caro, hizo levantar en la plaza del Mercado una alta horca para colgar de ella á los traidores según él decía.

Las noticias de que dentro de la ciudad existían personas interesadas en entregarla á los franceses sirvieron á Caro para justificar sus actos que no eran más que atropellos; pues casi todas las víctimas, á juzgar por la conducta que habían seguido ante los infortunios de la patria, eran incapaces de traición. El proceder de Caro excitó justas murmuraciones en el vecindario de Valencia; pero no se pasó de aquí, pues se dejaron para más adelante las protestas, no pensando más que en los franceses que tenían á las puertas y en rechazar á Suchet tan gloriosamente como algún tiempo antes había sido repelido Moncey.

Suchet, cercando la ciudad, ocupó algunos puestos próximos á las murallas, como el Palacio Real, la calle arrabal de Sagunto y el edificio de San Pio V, é intimó después la rendición. Pronto la enérgica contestación de los defensores de Valencia, las muestras del entusiasmo que dentro de ésta reinaba y el gran acrecimiento de las guerrillas que le rodeaban hostigándole á todas horas, le hicieron conocer que la conquista de tal ciudad no era tan fácil como se la habían pintado; y después de permanecer inactivo durante cinco días, levantó el campo tomando el mismo camino y teniendo que defenderse de las audaces partidas que le acosaban.

Valencia, al ver retirarse al temible enemigo, se entregó á la más loca alegría; pero pronto vino á desvanecer ésta el sanguinario Caro con una de sus habituales atrocidades, haciendo ahorcar al coronel barón de Pozoblanco, que tachó de traidor convenido con los franceses. Era dicho militar natural de la isla de la Trinidad, y nada había en su conducta que hiciera sospechar la traición. Caro había sido gran amigo suyo, pero por cuestiones de índole particular, hacía tiempo que ambos se miraban con odio, é indudablemente al rencoroso general le pareció la ocasión propicia para vengarse de su enemigo, siendo ésta la opinión unánime de los valencianos que vieron en el de Pozoblanco una víctima más de las ruines pasiones del general.

Mientras Suchet permanecía á la vista de Valencia, el valiente brigadier D. Pedro Villacampa, aprovechando la debilidad de las fuerzas francesas que guardaban Aragón, se metió en Teruel el 7 de Marzo, y obligó al coronel Plique y su guarnición á que se refugiaran en el seminario, convertido en completa fortaleza. Sitióles estrechamente el jefe español, y

mientras continuaba el bloqueo se situó con algunas fuerzas en la venta de Malamadera, donde sorprendió un convoy enviado á Suchet, apoderándose de cuatro cañones y haciendo gran número de prisioneros. Sorprendió además Villacampa un fuerte destacamento de polacos situado en Alventosa, y ya estaban próximos á caer en su poder los defensores del seminario de Teruel, cuando los libertó Suchet que llegó á dicha ciudad el 12 de Marzo procedente de Valencia.

El 17 entró Suchet en Zaragoza con el pesar de que hubiera salido tan mal una expedición emprendida por su propia voluntad y desaprobada anteriormente por Napoleón, por lo que se apresuró á acometer inmediatamente el sitio de Lérida tal como se le había ordenado desde París.

Antes que Suchet se dispusiera á intervenir en Cataluña habían ocurrido en ésta sucesos de importancia, pues la pérdida de Gerona no logró quebrantar el ánimo de los bravos catalanes; antes bien les dió nuevos bríos para la lucha y aumentó el número de aquellas guerrillas audaces que interceptaban los correos y convoyes franceses y tenían Barcelona en contínuo bloqueo.

En 10 de Diciembre (1809), Blake ofendido de que la Central hubiese preferido á un dictamen suyo otro del Congreso Catalán, hizo repetidas veces dimisión del mando y por fin lo abandonó. Quería Blake organizar militarmente los cuarenta mil hombres que la región tenía en armas, desconociendo que el español nace guerrillero y tarda en cambio mucho á ser soldado, y el Congreso, con más certeza y conociendo mejor el espíritu popular, era partidario de que continuasen los somatenes ó guerrillas en la forma que hasta entonces tenían.

A Blake sucedieron interinamente los generales García Conde y Henestrosa hasta que por fin, fué nombrado en propiedad D. Enrique Odonell, el general más joven del ejército español. Tenía Odonell esa actividad y ese valor temerario tan necesario en los caudillos para conquistar voluntades, y la simpatía de que gozaba en Cataluña era inmensa, especialmente por sus últimas hazañas en el sitio de Gerona. Había que reconocer, sin embargo, que para el mando supremo de un ejército le faltaba una cualidad importante como era la calma, pues su carácter arrebatado y su desmedida afición á la gloria personal le hacían comprometerse en las empresas más imposibles y dedicarse más á combatir como soldado que á pensar como general.

Antes de que Odonell fuera nombrado para tan importante cargo, ya Augereau había emprendido las operaciones con objeto de limpiar de enemigos el camino de Barcelona á Francia y facilitar la comunicación.

El ejército español estaba concentrado en Vich y contra él marcharon las divisiones mandadas por Souham y Pino que ascendían á diez mil hom-

bres. Tras una serie de reñidos combates, consiguieron los franceses llegar á Vich y apoderarse de dicha ciudad; pero no pudieron seguir en su avance, pues se presentaron á cortarles el paso Odonell que ya tenía el mando en jefe y el general Porta.

El 14 de Febrero Odonell con ocho mil infantes y mil caballos presentó la batalla á los enemigos en Moyá y consiguió vencerlos obligándolos á la retirada. Pero el impetuoso Odonell no se contentó con esto y siguió su persecución hasta Vich, de la que intentó desalojar á los franceses el 19. La lucha duró más de seis horas y fué muy reñida. Desde los primeros instantes consiguieron los nuestros grandes ventajas; pero la izquierda mandada por Porta fué al fin flanqueada por los franceses y la línea española quedó deshecha á pesar de los esfuerzos de Odonell que, como de costumbre en tales casos y ciego de ira por el fracaso, sable en mano se batió en primera fila como un simple soldado.

Nuestro ejército con una pérdida de mil quinientos hombres tuvo que retirarse á Tona y Collsuspina.

Entretanto, realizaba Augereau su plan de establecer las comunicaciones entre Francia y Barcelona y socorrer la guarnición de esta plaza falta de toda clase de artículos á causa del contínuo bloqueo de las guerrillas.

Al frente de nueve mil hombres y con un gran convoy, salió Augereau de Gerona arrollando los audaces somatenes que, mandados por Clarós y Rovira, pretendieron oponerse á su marcha. Al pasar por Hostalrich intimó la rendición del castillo; pero su valiente gobernador Estrada le contestó despreciativamente y el mariscal tuvo que pasar adelante dejando algunas fuerzas ocupadas en bloquearle.

Al aproximarse Augereau á Barcelona, Duhesme, el gobernador de ésta, salió á Granollers con dos mil hombres para recibirle; pero los españoles supieron aprovechar tal ocasión y cayendo sobre él Porta y el marqués de Campoverde, lo derrotaron haciéndole muchos prisioneros. El número de éstos hubiera sido aun mayor á no presentarse Augereau, el cual indignado con Duhesme, así que llegó á Barcelona lo destituyó nombrando en su lugar al general Mathieu.

El mariscal, cumplido su objeto, regresó nuevamente á Gerona dejando en las inmediaciones de Hostalrich algunos batallones que reforzaron las tropas destinadas al bloqueo; pero no permaneció mucho tiempo en la conquistada ciudad, pues otra vez tuvo que volver á Barcelona para abastecer la guarnición y concentrar fuerzas en dicha capital con objeto de auxiliar á Suchet si á éste le era necesario en su expedición á Valencia.

Odonell por este movimiento de su contrario y por las noticias de la marcha de Suchet hacia Valencia, se vió obligado á replegarse el 21 de Marzo á Tarragona desde donde observando que varias divisiones francesas marchaban tras él y se situaban en Reus,

destacó á D. Juan Caro con seis mil hombres contra la guarnición que los franceses habían dejado en Villafranca del Panadés con objeto de cortar por este medio la comunicación de las divisiones con Barcelona y caer si era posible por su espalda mientras que él las atacaría de frente.

Caro supo ejecutar cumplidamente el movimiento apoderándose de Villafranca y haciendo prisionera su guarnición, y como él quedóse herido en la refriega, tomó el mando el marqués de Campoverde quien marchó sobre Manresa con intento de unirse á las fuerzas de Rovira y auxiliar á Hostalrich si era posible. Campoverde arrolló en Esparraguera la brigada de Schwartz y la fué persiguiendo hasta el puente de Molins de Rey.

Conociendo Augereau cuales eran los intentos del enemigo, deseando sobre todo asegurar su poder por el Norte y tener expeditas sus comunicaciones con Francia, dió orden de retirarse á Barcelona á las divisiones que estaban en Reus. Se apresuraron éstas á hacerlo, pero con tanta precipitación y tal falta de prudencia que advertido Odonell salió de Tarragona y fué picándoles la retirada hasta Villafranca sin que lograra aceptaran la batalla que él les presentaba.

Así que tuvo Augereau reunidas sus fuerzas, salió hasta Hostalrich con el deseo de terminar cuanto antes su conquista.

No era dicha villa punto de grande y larga resistencia por su fortificación. Estaba rodeada por antiguas murallas flanqueadas con ruinosos torreones y su principal defensa consistía en el castillo levantado al Oeste en un monte, cuya cumbre sustentaba seis cañones de grueso calibre que, dominando con sus disparos el camino de Barcelona, interrumpía la comunicación de los franceses.

Hostalrich tenía por gobernador á D. Juan de Estrada, hombre de tanta entereza y energía como Alvarez y que imitando el ejemplo de éste quería morir entre las ruinas de la plaza puesta bajo su mando antes que entregarla á los franceses.

A todas las proposiciones de rendición que éstos le hacían, contestaba siempre del mismo modo:

«Hijo Hostalrich de Gerona debe imitar el ejemplo de su madre.»

Los franceses conociendo que un hombre de tal temple no sería vencido con palabras por más dulces y halagadoras que éstas fueran, bloquearon el castillo para reducir á sus valientes defensores por el hambre; pero pasado un mes cansáronse de aquella operación que prometía ser larga y apelaron al bombardeo que comenzó el 20 de Febrero.

Los sitiados supieron contestar al fuego enemigo con tanto acierto que desmontaron algunas de sus piezas, y como al mismo tiempo algunas fuerzas de la guarnición hicieran vigorosas salidas, los franceses se vieron obligados á suspender las hostilidades y limitarse como antes al bloqueo

para rendir por hambre tan fuerte posición.

No tardó en hacerse sentir aquélla, pues los víveres escasearon tanto como en Gerona y lo que fué más terrible, comenzó á faltar el agua.

Era necesario en vista de lo apremiante de la situación tomar un acuerdo, y Estrada, que no aguardaba ningún auxilio, que conocía la imposibilidad de sostenerse en Hostalrich y que al mismo tiempo no quería entregar éste á los franceses, se puso en la noche del 12 de Abril á la cabeza de los mil doscientos hombres que le quedaban de la guarnición y saliendo del castillo impetuosamente rompió las masas sitiadoras, consiguiendo abrirse paso.

Para desgracia de Estrada en la retirada extravióse con tres compañías del grueso de la fuerza, y al perderse, fué á caer con sus soldados en poder de los franceses; pero su compañero, el coronel de artillería D. Miguel López Baños, consiguió salvarse con el resto que ascendía á ochocientos soldados y llegar á Vich que estaba entonces libre de invasores.

A pesar de la toma de Hostalrich, Napoleón depuso del mando á Augereau y lo reemplazó con el mariscal Macdonald, pues estaba muy enojado con él por sus infructuosas operaciones y especialmente por el imprudente movimiento sobre Reus. Augereau abandonó Cataluña, odiado por todos los naturales á causa de su bárbara conducta, pues llevado de la rabia á todos los que se batían sin ser militares, hizo levantar horcas en los caminos para que fueran colgados de ellas todos cuantos paisanos fueran cogidos con armas.

Este era el estado de Cataluña cuando Suchet, como ya dijimos, marchó al sitio de Lérida.

Se encuentra esta ciudad, célebre por su antigüedad y su historia, situada en forma de anfiteatro en la falda de una colina que corona un viejo castillo y al pié de la cual se extiende un gran llano. La población estaba ceñida por una muralla, en unas partes de pura construcción romana, y en otras reformada por obra moderna que no podía presentar gran resistencia á la artillería. Sobre el Segre que lamiendo sus muros corre de Noroeste á Sudoeste, tiene un hermoso puente de piedra; en la cumbre de la colina cuenta con el castillo que ya hemos citado, y además tenía el fuerte de Gardeny, situado en otra loma más baja á poca distancia de la población, un pequeño reducto avanzado en el camino de Aragón y dentro de su propio recinto un edificio tan fuerte como el que fué convento de los Templarios.

Tenía Lérida al comenzar el sitio, aproximadamente las fuerzas necesarias para su defensa y éstas consistían en cuatro mil quinientos infantes, trescientos artilleros y cuatrocientos jinetes, siendo su gobernador D. José González, aunque el mando lo tenía el general del distrito García Conde,



hombre de tanto valor como menguada inteligencia.

Muchas familias de los pueblos cercanos se habían refugiado en Lérida huyendo de los franceses, con lo cual, la población sufrió un aumento alarmante que García Conde no supo evitar.

La indecisión de este general á más de dejar crecer el peligro que siempre corre una plaza sitiada con el aumento de población, permitió, por no lastimar intereses del vecindario, que los alrededores de la ciudad siguieran embarazados con molinos, casas y arbolados, que dificultaban la certeza de los disparos de la plaza y prestaban buenos puntos de asedio á los sitiadores.

El 12 de Abril se presentó Suchet con veinte mil hombres ante Lérida después de haber dejado en Fraga al general Laval para asegurar la retirada.

En el mismo día la ciudad quedó circunvalada por los franceses que enviando algunos destacamentos á la otra parte del Segre cerraron la salida del puente. Hasta el día 22 nada hicieron contra la plaza los sitiadores, pues estuvieron ocupados en levantar trincheras; pero al día siguiente 23, tuvieron que tomar las armas ante la proximidad de Odonell, á quien había llamado en auxilio de Lérida García Conde.

Odonell, reuniendo todas las fuerzas que tenía en Tarragona, salió con gran celeridad el 22 en socorro de la ciudad sitiada, tomando para ello el camino de Montblanch, que era el más directo. Al siguiente día ya estaba en la llanura de Lérida, aunque con el ardor de la marcha se adelantó mucho con la división que él mandaba, dejando rezagadas las otras dos.

Suchet salió al encuentro de Odonell y éste, sin esperar la llegada de las restantes fuerzas, aceptó el combate. Resistió muy bien nuestra línea el primer empuje, pero al volver á la carga los franceses, ocurrió lo de siempre ó sea que volvió grupas la caballería española sin combatir con la contraria, y sembrando la confusión en la infantería produjo la derrota de la división. Era realmente extraño lo que ocurría con los cuerpos de caballería en todos los combates, desbandándose antes que sufrieran el ataque del enemigo y siendo los principales agentes de nuestras derrotas, por lo que creemos con Blake que fué quien principalmente experimentó las consecuencias de aquella especial conducta, que en el fondo de tal fenómeno había algo misterioso y nada limpio que la patria debía haber averiguado.

Aquella derrota costó á nuestro ejército la pérdida de cinco mil seiscientos hombres, entre ellos la de trescientos oficiales y el general Dupuy.

Animados los franceses por la victoria alcanzada y queriendo aprovechar la mala impresión que en los defensores de Lérida habría causado la derrota de Odonell, aquella misma noche asaltaron con gran furia los reductos del Pilar y San Fernando, con-

siguiendo tomar el primero después de un reñido combate.

Al día siguiente por la mañana Suchet intimó la rendición, haciendo ver á los sitiados la imposibilidad en que se encontraban después de lo ocurrido de que nadie les socorriese, pero aunque esto era verdad, García Conde contestó con breve laconismo:

«Esta plaza jamás ha contado para su defensa con socorro alguno de fuera.»

En vista de esta firmeza, los franceses se dedicaron con ahinco al sitio formal de la plaza, y seis días después ya tenían levantada la primera paralela á corta distancia de la plaza y rompían el día 7 un vivo fuego desde ella con cinco baterías que habían establecido. Al principio nuestra artillería logró acallarlas con sus disparos, pero el 10 volvieron á empezar reforzadas con otras dos nuevas que sostuvieron un contínuo y horrible fuego dirigido especialmente contra la puerta del Carmen, que era la parte más flaca del recinto.

Al quedar abiertas las brechas los artilleros españoles viéronse obligados á replegarse á las calles, siéndoles imposible el contestar á los disparos de los treinta y dos cañones franceses que redoblaban su fuego con gran furia.

Para mayor desgracia volóse en el castillo un depósito de bombas, incidente del que se aprovechó el sitiador para repetir la intimación que tampoco alcanzó ningún resultado. En vista de ello, al día siguiente seis mil hombres penetrando por las abiertas brechas se apoderaron de la calle Mayor y retrocedieron hasta el puente donde más grande era el número de defensores que en aquellos instantes se batían contra los sitiadores de tal parte que simulaban un ataque para distraerles de lo que sucedía dentro de la ciudad. Cogidos de tal modo por la espalda, sucumbieron casi todos, pero de una manera gloriosa, pues cargaron á la bayoneta mientras pudieron contra aquella masa enemiga que las cercaba por todas partes y la artillería disparó con metralla en todas direcciones. Cuando ésta agotó sus proyectiles, los que todavía lograban conservar la vida en aquel combate encarnizado luchando cuerpo á cuerpo se abrieron paso por el puente, ó se arrojaron al río. Desde aquel momento desecha la principal fuerza de los sitiados la defensa de Lérida se redujo á luchas aisladas en las calles.

Se demostró en aquella ocasión una vez más el gran valor personal de los españoles; pero la superioridad numérica de los franceses puso pronto término á la lucha, y de los defensores que no pudieron abrirse paso unos quedaron prisioneros y los más muertos.

Toda la población huyendo de la venganza del sitiador corrió á refugiarse al castillo y en los fosos de éste amontonáronse más de seis mil personas entre mujeres, ancianos y niños que esperaban ansiosos la llegada del nuevo día y temblaban al ver abajo la

ciudad alumbrada por los resplandores del incendio y conmovida por los gritos de la soldadesca desenfrenada que celebraba la victoria con robos, asesinatos y violaciones.

Cuando salió el sol, Lérida presentó un aspecto horrible, tanto que jamás en ciudad alguna se habrán mostrado las crueldades de la guerra de un modo tan espeluznante. Sus calles estaban atestadas de cadáveres, y para hacer ver hasta que punto llegó la mortandad en la lucha del día anterior, basta decir que uno de los regimientos, el de Huesca, pereció por completo sin que se salvara ni un solo soldado.

Los franceses rompieron un fuerte bombardeo sobre el castillo que se defendía, y la situación se hizo de imposible continuación, pues aquellos bravos españoles que no temblaban ante la muerte, se sentían conmovidos ante el espectáculo que presentaba la inocente muchedumbre acumulada en los fosos prorumpiendo en ayes de angustia cada vez que un proyectil enemigo estallaba sobre sus cabezas.

Aun desecharon los defensores una tercera intimación de Suchet, pero el feroz bombardeo que continuó y más que todo el hambre y la sed que comenzó á reinar entre los miles de seres acumulados en pequeño espacio y que hicieron morir de inanición á algunos niños y ancianos, decidieron á García Conde á rendirse capitulando con todos los honores de guerra.

A la capitulación del castillo siguió la del fuerte de Gardeny y los franceses en premio de la victoria tuvieron tres días de saqueo. Suchet quedó muy satisfecho de una conquista tan importante que á más de proporcionarle gran cantidad de armas, municiones y otros pertrechos, le aseguraba la comunicación entre Aragón y Cataluña.

A pesar de la valentía con que la guarnición de Lérida y su general habían sabido defenderla, era tal el concepto que en aquella época se tenía del valor español y tantos los sacrificios que se exigían á los soldados de la patria, que se levantó contra aquéllos un clamoreo general porque no habían continuado la defensa del castillo, y el mismo Odonell sumamente irritado, les trató de *traidores á la patria* en una orden general á su ejército y prohibió á sus tropas que en adelante alternasen con ninguno de los que habían figurado en aquella capitulación.

Injusto se mostraba el general de Cataluña con aquella orden, pues, si bien es verdad que García Conde y los suyos hubieran podido sostenerse por más tiempo en el castillo, había que tener en cuenta las circunstancias de que se vieron rodeados, el clamoreo de una gran masa indefensa é inocente que pedía en todos los tonos la terminación de la lucha, y sobre todo que por su noble y arrojada conducta durante el sitio, tan sólo podían ser tachados de débiles en el último instante, pero nunca de traidores.

Aquel proceder injusto de sus superiores fué lo que determinó á Gar-

cía Conde, hombre como ya hemos dicho de pocos alcances, á abrazar poco tiempo después la causa del invasor.

Mientras los franceses tenían establecido el sitio de Lérida, los guerrilleros de Aragón y especialmente el valiente D. Pedro Villacampa y don Francisco Palafox intentaron aliviar la plaza llamando la atención de los sitiadores hacia otros puntos, para lo cual sorprendieron importantes convoyes y atacaron á Alcañiz, pero todos estos esfuerzos resultaron vanos como ya hemos visto.

Posesionado Suchet de Lérida, dejó en ella una fuerte guarnición y dirigió sus tropas á Mequinenza, cuya conquista se le había ordenado y que era un punto importantísimo por su situación geográfica.

Está situada Mequinenza en la misma confluencia de los ríos Segre y Ebro, y éste corre por su frente y por el Sur, mientras que aquél extiende sus aguas por el Este. Rodean la villa un muro del tiempo de la dominación árabe y en una cumbre que la domina existe un antiguo castillo llamado el *Macho*, antiguo palacio de los marqueses de Aitona, aunque su principal defensa no estriba en las fortificaciones sino en el amparo que la dan los dos ríos.

La división de Musnier fué la encargada de establecer el sitio y el 20 de Mayo después de haber explorado el ánimo de la guarnición y ver que estaba dispuesta á la defensa, efectuó el primer ataque que no dió resultado alguno. La división Montmarie que acudió á reforzar el sitio, se extendió por la derecha del Ebro y abrió trincheras contra la plaza, al mismo tiempo que ésta era acometida por tres puntos distintos.

La escasa guarnición se defendió de los asaltos durante dos días, pero en la noche del tercero vióse obligada á refugiarse en el castillo que comenzaron á batir los sitiadores con diez y seis bocas de fuego.

Destruidas las viejas murallas y mermada la guarnición por el fuego enemigo, tuvo que entregarse ésta el 8 de Junio capitulando con todos los honores militares.

Con esta conquista quedaron en poder de Suchet todas las plazas de Aragón, pudiendo llamarse dueño del curso del Ebro hasta Tortosa, y para hacer mayores aún sus dominios, ordenó á sus tropas la ocupación del inexpugnable castillo de Morella, lo que logró el 13 de Junio sin resistencia por el descuido con que conservaba dicha plaza el capitán general de Valencia.

Mientras Suchet conseguía tales ventajas, veamos qué hacían los ejércitos franceses del Norte que, como el de Aragón, habían recibido orden de José para entretener las fuerzas españolas, mientras él verificaba la invasión de Andalucía.

La provincia de Asturias con la salida de Ballesteros para Castilla, que se llevó las tropas más bravas y bien



organizadas, quedó casi sin soldados pues solo tenía cuatro mil hombres en Colombres mandados por Llano Ponte, dos mil en las inmediaciones de Oviedo y los mil guerrilleros del intrépido Porlier, que como buen caudillo de montaña, no estaba nunca quieto y lo mismo bajaba á Castilla haciendo correrías desde León á la Rioja, que se guarecía en las fragosidades del Principado, huyendo de la persecución de enemigos superiores.

El general Bonnet jefe de la guarnición francesa de Santander, atacó las fuerzas españolas mandadas por Llano Ponte y valiéndose de la superioridad numérica, hizo retroceder hasta Infiesto. Causó este suceso tan gran alarma en Oviedo, que sus autoridades en unión del general Arce evacuaron la ciudad y fueron á colocarse al amparo del río Nalón, corriendo á protegerla el intrépido Porlier, que para ello tuvo que pasar audazmente por la costa rozándose con el enemigo que avanzaba, y entró por fin el 30 de Enero en Oviedo.

La conducta de Porlier fué imitada por otros jefes que recurrieron al mismo punto, con lo que sin pensarlo Arce ni las autoridades de Oviedo, se formó una línea española desde el puerto de Pajares hasta la boca del Nalón, que inspiró gran cuidado á Bonnet y le obligó, finalmente, á evacuar la capital asturiana retirándose á Pola de Siero.

Esta repentina retirada dió gran confianza á los españoles que tomaron por huída lo que sólo era un ardid, y volvieron á ocupar inmediatamente Oviedo colocando en el puente de Colloto la vanguardia mandada por don Pedro Bárcena.

Bonnet, que únicamente deseaba abandonaran los españoles sus puestos del Nalón y se reunieran todos en Oviedo para así desbaratarlos de un solo golpe, avanzó nuevamente, y arrollando las tropas de Bárcena, volvió á entrar en la ciudad el 14 de Febrero. Todos los jefes españoles se retiraron entonces al Narcea, quedando solo en las orillas del Nalón el valiente Porlier que no se movió de Pravia á pesar de la proximidad del enemigo.

El general Arce que era la autoridad que el marqués de La Romana había dejado después de disolver la Junta Suprema de Asturias, asustado de los progresos del enemigo y temiendo cargar con la responsabilidad de futuras desgracias, trasladó el mando á Barcia y después de reconstituir la antigua Junta se ausentó, no sin antes cobrar con pretexto de sueldos atrasados y en unión del consejero Leiva, el otro comisionado de La Romana, diez y seis mil duros, conducta censurable é indigna en una época en que hasta los españoles más humildes sacrificaban su peculio en interés de la patria.

La Junta restablecida instalóse en Luarca el 4 de Marzo y un socorro de dos mil hombres que recibió de Galicia, dióle ánimos para volver sobre Oviedo y arrojar de él á los franceses.

Tuvieron las tropas asturianas una fuerte refriega con la vanguardia francesa establecida en Peñaflor; pero al fin vencedoras pudieron penetrar en Oviedo si bien nuevamente tuvieron que abandonar la ciudad, pues reforzado Bonnet con algunos batallones que se le unieran en Cangas de Onís, volvió sobre ella por tercera vez y penetrando en sus calles el 29 de Marzo, hizo retirar á los españoles hasta el Navia y las montañas de Samiedo.

La Junta de Asturias esperaba muy justamente que la de Galicia le enviara grandes refuerzos; pero ésta por timidez nada hizo y en cuanto al general Mahy que mandaba sus ejércitos, no podía despojarse de ninguna de las cortas fuerzas que tenían en Lugo y Villafranca del Vierzo, esperando el resultado del sitio puesto á Astorga por los franceses.

Interesaba mucho á éstos la posesión de dicha plaza para asegurar la invasión de Portugal que Napoleón tenía proyectada, pues aquella era la principal llave del camino más recto para entrar en el citado reino.

Astorga, advertida por la brusca acometida que en Octubre del año anterior le habían dado los invasores, de que algún día se dirigirían contra ella para establecer formalmente su sitio, se habia preparado á resistir en tal trance reparando sus muros, fortificando el arrabal con cortaduras y estacadas y organizando el paisanaje. Su guarnicion ascendía á dos mil ochocientos hombres, y era tal el entusiasmo de aquellos bravos españoles, que con tales preparativos se creían ya invencibles, participando de la misma opinión el gobernador de la plaza D. José Santocildes, el mismo que meses antes tan bien había sabido defenderla.

Lo mismo este militar valiente y patriota, que sus soldados y el vecindario, estaban animados del sublime deseo de imitar las glorias de Zaragoza y Gerona, y sólo así se comprende que creyeran en la fortaleza de una población que tan pocas condiciones de defensa reunía.

A mediados de Febrero, el general Loison, con nueve mil hombres y seis cañones se presentó á la vista de la plaza y viendo que sus proposiciones de capitulación fueron desechadas con desprecio, se retiró con objeto de consultar á Junot que de vuelta de la guerra de Austria se encontraba en aquella región, organizando uno de los cuerpos que debían invadir Portugal.

A la vista de Astorga, quedaron varias fuerzas francesas con las que se estuvieron continuamente tiroteando los defensores de la ciudad hasta el 21 de Marzo, en que volvió el grueso del ejército á formalizar el sitio.

Componíase el ejército sitiador de veintiseis mil infantes y ocho mil jinetes, fuerza suficiente para tomar una población seis veces mayor que Astorga, y bajo el peso de su superio·

ridad numérica fué ocupando los arrabales de Santo Domingo y San Andrés, no sin tener para ello que reñir grandes y costosas batallas.

El 21 de Abril terminaron los sitiadores su batería de brecha y después de algunas tentativas infructuosas contra el fortificado arrabal de Reitibia, rompieron el fuego sobre la puerta de Hierro. Los continuos disparos de diez y nueve piezas de gran calibre emplazadas á cuarenta toesas de distancia del muro, arruinaron pronto éste por aquella parte é incendiaron además la catedral y algunas casas vecinas.

Junot, creyendo que tal bombardeo bastaría á someter una ciudad tan reducida, intimó segunda vez la rendición amenazando con un degüello general, pero su sorpresa fué grande al ver que le contestaron con el desprecio de costumbre.

Entonces ordenó un asalto por las brechas, al mismo tiempo que era atacado el fortificado arrabal. Las columnas de ataque eran tres veces superiores en número á los defensores, á pesar de lo cual la lucha duró un día entero, y los franceses no lograron poner los piés dentro de Astorga.

Aquellos bravos españoles comenzaban á realizar su deseo de ser dignos émulos de los defensores de Zaragoza y Gerona.

Al día siguiente fué rechazado con igual denuedo otro ataque de los invasores y todo parecía indicar que aquella lucha iba á ser larga y gloriosa para los sitiados, cuando la falta que repentinamente se notó de los artículos más necesarios para la resistencia, hicieron detener á ésta.

Solo veinticuatro disparos de cañón quedaban en toda la plaza y los cartuchos de fusil que había de repuesto en los almacenes, apenas si bastarían para una hora de fuego. Pólvora suelta no la había en la ciudad y socorros de fuera no había que esperarlos, pues el ejército de Mahy que estaba en Villafranca, al intentar un avance, había sido detenido por una división que envió Junot y que quedó en observación.

Había forzosamente que capitular, no por falta de entusiasmo y valor, que sobraban á todos los defensores de Astorga, sino por carecer de los elementos más necesarios para el combate, debiéndose esto al descuido con que el gobierno distribuyó las municiones de guerra, acumuladas inútilmente en determinados puntos, mientras en otros sentían cruelmente su necesidad.

A pesar de lo inevitable que por tal accidente resultaba la capitulación, hubo todavía quien protestó contra ella.

En la Junta de personas notables que se convocó para acordar la capitulación, un anciano de más de sesenta años, el licenciado Costilla, al tratarse de la necesidad de rendirse, se opuso á tal dictamen y levantándose gritó con voz balbuciente por la edad:

—Antes que entregarnos, ¡muramos todos como numantinos!

Junot, á quien ya comenzaba á inspirar temor la tenaz resistencia de Astorga, accedió á todas las bases de una capitulación honrosa que le presentaron los defensores, y entró en la ciudad el 23 de Abril, faltando inmediatamente á lo pactado y permitiendo á sus soldados los mayores excesos.

La defensa de Astorga demostró una vez más hasta dónde llegaba el valor y la tenacidad de los españoles en la defensa de la patria.

Una ciudad tan pequeña y de tan escasos defensores, detuvo ante sus tapias por espacio de un mes á los soldados que volvían de Austria, fresca todavía en su memoria la victoria de Wagram, y los cuales no pudieron entrar en ella sino después de perder tres mil de sus compañeros.

Los que se habían librado del plomo austriaco en tremendas batallas cuyos nombres quedarán eternamente en la historia del universo, fueron á morir en el foso de una oscura y humilde ciudad que poseía la sublime condición de que carecían las naciones que con tan poderosos ejércitos se rendían á Bonaparte.

CAPITULO XIV

1810

Descripción de Cádiz.—Sus fortificaciones.—Fuerzas de mar y tierra que la defienden.—Patriotismo del vecindario.—Intima Victor la rendición de la plaza.—Lacónica contestación de la Junta.—Altercados entre la Junta y el duque de Alburquerque.—Triste fin de este general.—Defensa de Matagorda.—Toman este castillo los franceses.—Disposiciones de la Regencia.—El condado de Niebla y la Serranía de Ronda.—El alcalde de Montellano.—Operaciones de los ejércitos del centro y de la izquierda.—Bárbaro decreto de Soult.—Digna contestación de la Regencia.—Examen de las personas que constituían la Regencia.—Su censurable conducta con los centralistas.—Se ensaña con el conde de Tilly y Calvo de Rozas.—Marcha antireformista de la Regencia.—Difiere la reunión de las Cortes.—Clamoreo del país.—Publica la Regencia el decreto de reunión.—Cuestiones que surgen.—La división de Cámaras.—Sistema de elección.—Los representantes de las provincias de Ultramar.—Los suplentes.—Elecciones en Cádiz.—Alarma de la Regencia.—Restablece los Consejos.—Señala fecha para la reunión de las Cortes.—Fernando en Valencey.—Su conducta miserable y rastrera.—El barón de Kolly.—Su audaz tentativa de libertar á Fernando.—Le delata éste.—Repugnantes cartas de Fernando á Napoleón.

La victoria completa de los ejércitos franceses en Andalucía, hizo que sus armas llegaran hasta la ciudad que debía ser el punto donde se iniciara la regeneración nacional. Así como la decoración escénica da idea del ambiente en que se agitan los personajes de un drama, así debemos describir el lugar donde iba á desarrollarse el hecho tal vez más importante y trascendental de la historia patria.

Nadie mejor y más acabadamente que el historiador Chao, ha descrito geográficamente la isla destinada á ser teatro de tan grandes sucesos y por lo mismo nos parece más acertado que hacer relaciones por nuestra cuenta, copiar las palabras de dicho autor en gracia á la claridad y la concisión.

«Si para dar una idea aproximada de la isla Gaditana fuese preciso buscar un objeto á que compararla, nos

parece que no hallaríamos otro que un hacha de leñador armada de su mango y con el hierro hacia el continente. Su longitud es de tres leguas y su mayor latitud de una y cuarto; el mango ó lengueta tiene sobre un tiro de honda por lo ancho en toda su extensión que es de unas seis millas. La ciudad particularmente denominada Isla de León ó San Fernando, está al principio de esta lengueta y Cádiz en su conclusión. Entre la isla, por su extensión mayor y el continente, queda un brazo de mar angosto y profundo que lleva el nombre de Río de Santi-Petri. La orilla de tierra firme sigue cierto trecho y se encorva luego aproximándose á Cádiz para formar el seno que se llama de la Caleta. Una calzada real que tiene en Madrid su origen da vuelta á este seno, y entrando en la isla por el puente de Suazo sobre el Río Santi-Petri, va á unir á San Fernando con Cádiz.»

Inútil es hablar de la hermosura de Cádiz, á quien popularmente se llama *tacita de plata*, flotante sobre las aguas del Océano. La extraordinaria limpieza observada en ella en todo tiempo y el hermoso golpe de vista que presenta, la han dado justamente tan envidiable fama que aun realza más la atrayente cultura de sus habitantes.

Cádiz era la plaza más atendida por el Estado en punto á fortificaciones. El gobierno español, comprendiendo el valor de una ciudad que era entonces el principal centro de nuestro comercio, había procurado ponerla á salvo de los golpes de mano de cualquier nación que la mirara con ojos codiciosos, fortificándola de tal modo, que podía pasar por una de las primeras plazas europeas.

Tanto de los fieros embates del mar como de cualquier ataque de los enemigos, estaba defendida la ciudad de Cádiz por un robusto muro cuyos baluartes hacían aun más inaccesibles los bancos de arena y los peligrosos escollos, y por la parte de tierra un ancho y profundo foso con contraescarpas revestidas. La entrada de la bahía en aquella parte, defendíanla por el Norte el castillo de Santa Catalina, y al Sudoeste el de San Sebastián, construido en una punta que avanzaba en el mar como un cuarto de legua.

Además, en la lengueta ó istmo al aproximarse los franceses, se verificó una obra de importancia, como fué cortarla profundamente á media legua de Cádiz, guarneciendo dicho punto, (que en adelante se designó con el nombre de la *Cortadura*), con una fuerte batería corrida.

En cuanto á la ciudad de San Fernando, su mejor defensa consistía en los caños de agua de mar y salinas que la circundan, pues inundando ésta, queda defendida por un foso natural de más de una legua de ancho por dos de largo. Además la gran esplanada que existe entre ella y el puente de Suazo, fué cubierta por tres líneas artilladas y se fortificó también dicho puente con reductos, cortaduras y ba-

terías avanzadas, erizando tales obras de cañones.

El seno de la Caleta lo defendían por la parte de la isla las baterías de la punta de la Vaca, primera y segunda Aguada, cerro del Moro y el castillo de San Lorenzo del Puntal, y por la parte opuesta los castillos de San Luis y Matagorda. Además, para ayudar á la defensa marítima, existía entre Rota y Santa María una línea de castillos y fuertes que resultaban inútiles y perjudiciales para la defensa de Cádiz por la parte de tierra.

Para impedir la entrada en el río de Santi-Petri, existía sobre un árido islote, en el que se cree estuvo en remotas épocas el famoso templo de Hércules, un castillo que con la ayuda de la batería de Urrutia, situada enfrente, imposibilitaba todo acceso tanto por tierra como por mar.

De la relación de tantas obras de defensa, se desprende la gran cantidad de tropas que eran necesarias para llenar su servicio, y este fué el mayor apuro en que se vieron al principio las autoridades de Cádiz que contaban con muy pocos soldados.

Tan grande era el descuido con que se guardaban las fortificaciones á causa de la escasez de defensores, que el 31 de Enero, cuando los franceses, enseñoreados de toda Andalucía marchaban hacia Cádiz, visitando el general Castaños las obras exteriores, vió con sorpresa que el importante puente de Suazo sólo estaba guardado por un viejo inválido.

Cuéntase que al notar el veterano la extrañeza del general, se cuadró y le dijo con resolución:

—No tenga cuidado V. E., que no dejaré pasar á nadie sin pasaporte.

Afortunadamente el duque de Alburquerque, con la hábil y acertada marcha que ya describimos, llevó su división entera á la heroica ciudad, y aunque los soldados á causa de tan rápida retirada llegaron en un estado deplorable, muy pronto las atenciones del vecindario les repusieron de tal fatiga y su número fué engrosando con los dispersos de Sierra Morena que á bandadas llegaban á la isla, hasta el punto de ascender muy pronto dicho ejército á quince mil hombres.

Wellington envió también un socorro de cinco mil hombres mandados por el general Graham, y el vecindario de Cádiz, que hacía tiempo había puesto en práctica la institución de la Milicia nacional, acabó de organizar algunos batallones populares de infantería y artillería, en los que figuraban todas las clases sociales y que llegaron á contribuir á la defensa de la plaza con ocho mil combatientes que desempeñaban los servicios más penosos en unión de la tropa de línea. Lo vistoso y brillante de sus uniformes, la gran variedad de éstos y más que toda esa tendencia de los pueblos meridionales á encontrar motivos de risa aun en las cosas más serias, hizo que tal milicia se designase públicamente con el título de ejército de *la Pava* y que sus batallones se titularan de *obispos*, *le-*

chuginos, *guacamayos*, *cananeos*, etc.; según el color de sus trajes.

Por la parte del mar defendían la ciudad dos escuadras, una inglesa y otra española, mandadas respectivamente por el almirante Purvis y el general D. Ignacio Alava. Una furiosa tempestad que estalló á principios de Marzo, cuando ya los franceses bloqueaban Cádiz, causó gran quebranto en ambas escuadras y especialmente en la española, pues la terrible fuerza de los elementos rompió las amarras y empujó á la costa de tierra firme á algunos buques que al varar en la orilla fueron destruidos por los franceses, que tuvieron la inhumanidad de disparar con bala roja incendiándolos.

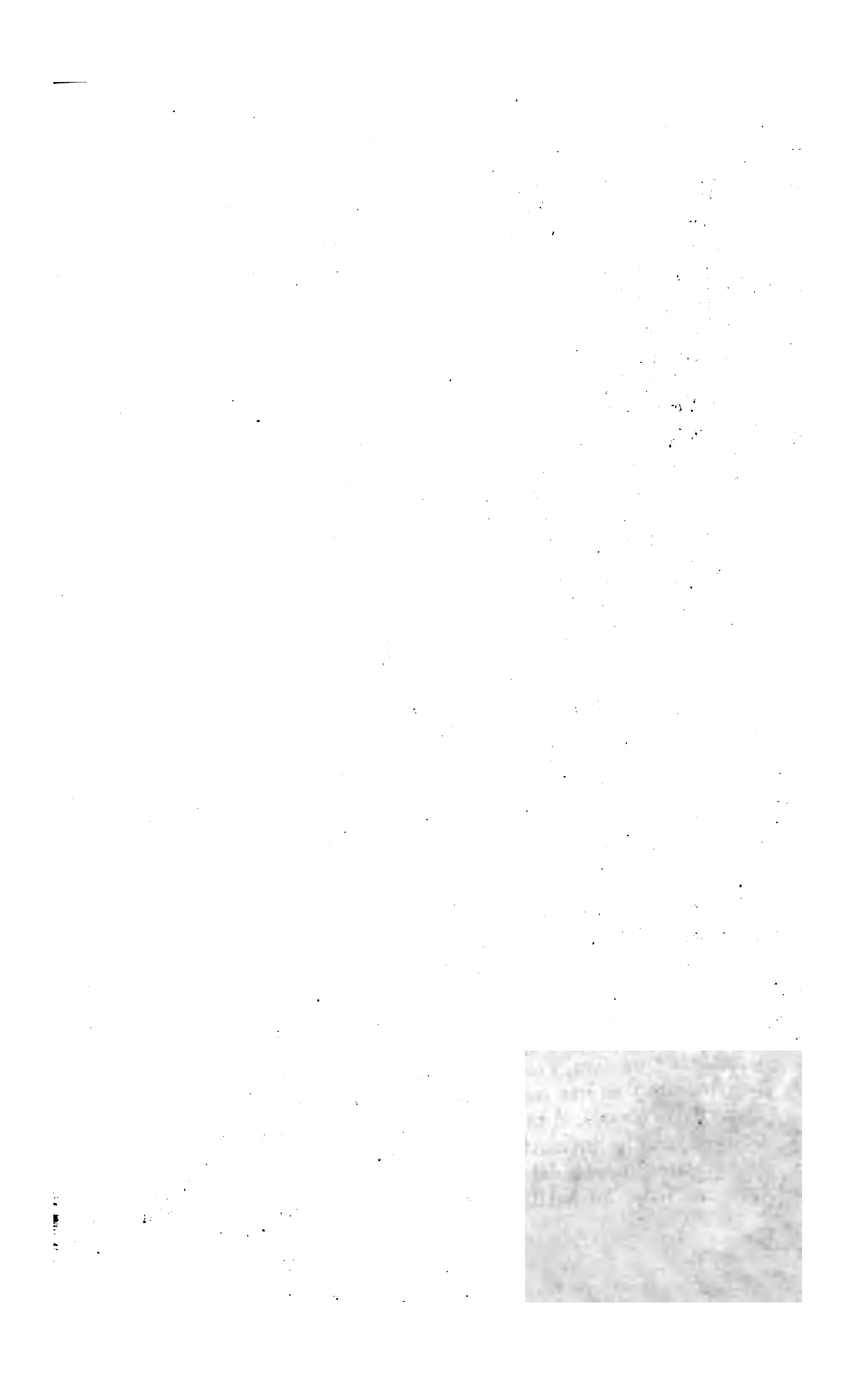
Además armóse una división de fuerzas sútiles compuesta de faluchos y lanchas cañoneras, que á las órdenes del intrépido D. Cayetano Valdés prestó grandes servicios, pues arrimándose á tierra y metiéndose en los caños de las salinas á favor de la marea alta, incomodaban á los franceses y les causaban grandes pérdidas haciéndoles fuego de flanco.

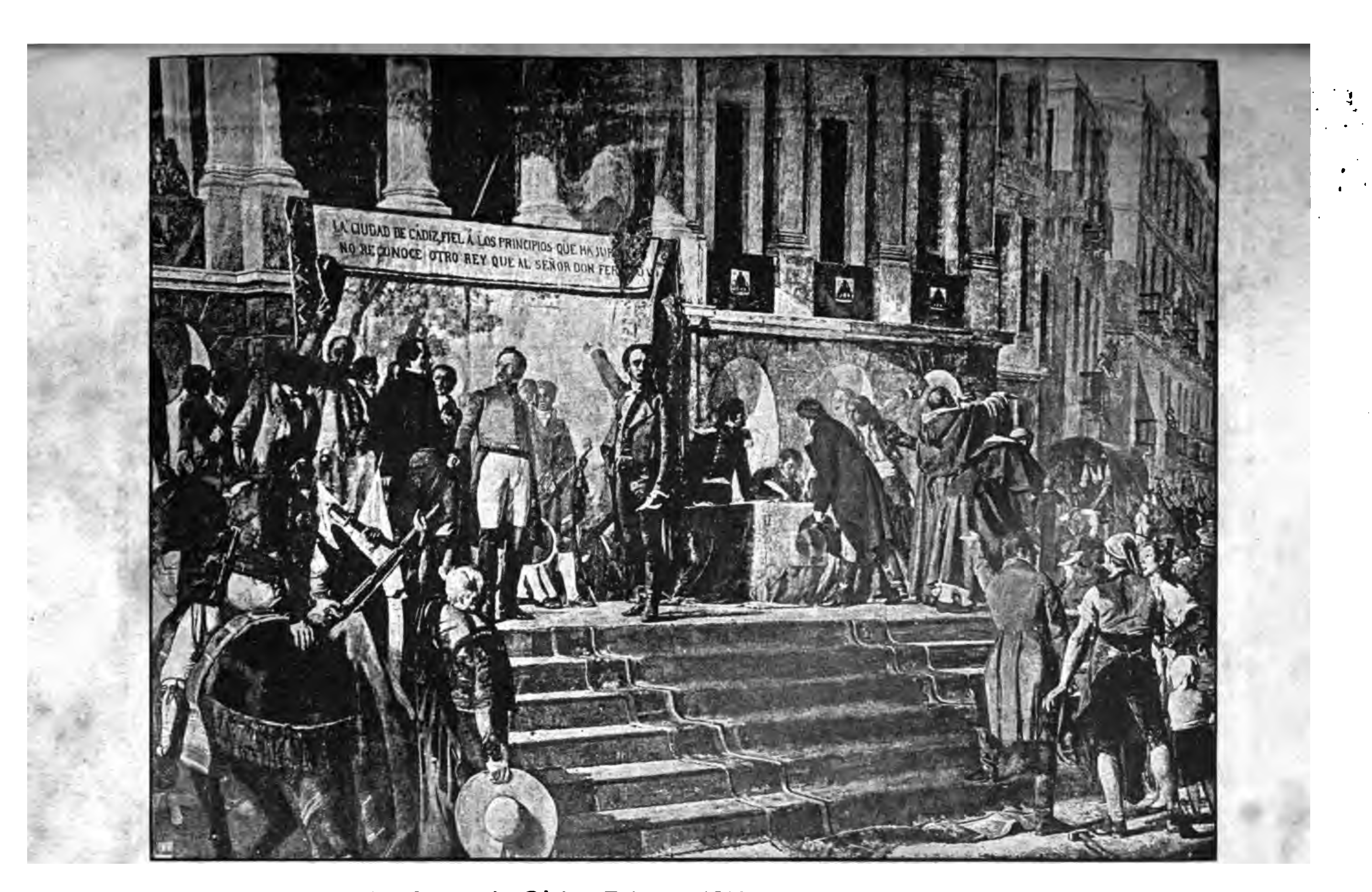
No estaban completas las fortificaciones antes descritas cuando se aproximaron los franceses. Faltaba terminar algunas líneas y además no se había llevado á cabo la proyectada defensa de la *Cortadura*, y como el tiempo apremiaba y no eran suficientes los brazos de los obreros, el vecindario de Cádiz en masa se presentó á llevar á cabo tal tarea, poseído del mayor entusiasmo. Todos los habitantes de la ciudad, tanto los naturales como los forasteros, así los ricos como los pobres, rivalizaron en prestar sus brazos á la patria y entre los grupos de mujeres y muchachos del pueblo viéronse las más encopetadas señoras y á los hijos de las más aristocráticas familias entregados á rudas faenas, así como próceres, cual al poeta duque de Hijar que con sus grandes cruces sobre el pecho marchaba entre la más humilde gente acarreando espuertas de tierra para las obras.

Produjo aquel entusiasmo,—que tan bien ha descrito Alcalá Galiano en sus memorias,—un espectáculo que pocas naciones habrán podido presenciar y que demostró una vez más que aquella revolución era realmente popular, pues tomaba parte en ella toda la nación. Tanta abnegación y entusiasmo del vecindario de Cádiz, borraban la mala impresión producida por la facilidad con que el resto de Andalucía se había sometido al invasor.

Cuando las autoridades de Cádiz tuvieron noticia de la aproximación de los franceses, creyeron conveniente inutilizar la línea de fortificaciones que existían entre Rota y Puerto Real, por resultar éstas más favorables al enemigo que útiles á la plaza, y las desmantelaron y destruyeron, aunque no tanto que dejaran de ser provechosas á los invasores, pues al llegar á ellas las ocuparon emplazando sus baterías.

El día 6 de Febrero, Víctor que estaba en Puerto de Santa María con





La Junta de Cádiz, Febrero 1810 (Cuadro de R. Rodríguez)

cincuenta mil hombres, intimó la rendición de Cádiz.

Reunióse para contestar la Junta de defensa, y cuando su presidente el gobernador D. Francisco Javier de Venegas, intentó formular una respuesta al despacho de Víctor, en la que, con extensos raciocinios se deshicieran las arrogantes manifestaciones del mariscal francés, el vocal señor García Salazar que iba á liar un cigarro de papel, le interrumpió diciendo:

—Para responder, bastan cuatro palabras dignas y enérgicas, que en este mismo papel me atrevo á escribir.

Y en el papel del cigarro extendió el original de aquella digna respuesta á la intimación de Víctor, que decía así:

«La ciudad de Cádiz, fiel á los principios que ha jurado, no reconoce otro rey que el Sr. D. Fernando VII.—Cádiz 6 de Febrero de 1810.»

En vista de esta contestación el mariscal Víctor que tenía plenas facultades de su soberano para la conquista de Cádiz y que conocía como dijimos lo imposible que era ya tomarla por sorpresa y con un decisivo combate, comenzó el asedio y buscó el apoderarse cuanto antes de los puntos desde donde mejor podía hostilizar á la plaza fijando inmediatamente su atención en el fuerte castillo de Matagorda.

En tanto ocurrían dentro de Cádiz importantes sucesos. La Regencia para atender á las imperiosas necesidades y gastos de la defensa, sólo podía contar con las contribuciones que se impusieran en el distrito de Cádiz y las flotas que llegaran á su puerto con caudales de América. Para lograr el cobro de las primeras, la Regencia tenía que acudir á la Junta de gobierno de la ciudad para gozar ésta de mayor prestigio entre los naturales, y esta circunstancia unida al deseo de descargarse de ocupaciones engorrosas para poder atender mejor á los asuntos importantes de la defensa nacional, hizo que la autoridad suprema encargara á la Junta de Cádiz la dirección del ramo de Hacienda, que con gran idoneidad podía desempeñar, ya que estaba compuesta en su mayor parte por personas dedicadas al comercio.

La escasez de caudales y las diferencias de apreciación que existen siempre en personas de profesión distinta, hicieron que se suscitaran algunas cuestiones entre la Junta y los militares, especialmente con el duque de Alburquerque, que terminaron al fin en agrios altercados.

Tanto crecieron las diferencias entre unos y otros y á tal punto llegaron los disgustos, que el duque ofendido del desprecio con que acogía sus reclamaciones aquella corporación, dimitió el mando del ejército y marchó á Londres nombrado embajador por la Regencia. Desde dicha capital sostuvo aun algunas polémicas con la Junta de Cádiz, y fué tal el efecto que la disensión produjo en su carácter pundonoroso é irritable, que á los pocos días perdió la razón y después la vida, desapareciendo de una manera oscura

y sin que la patria, que tanto le debía, se manifestara muy afligida por la pérdida de un general como el duque de Alburquerque, que merecía algo más que sus ineptos colegas.

Víctor comenzó sus operaciones como ya dijimos atacando el castillo de Matagorda. Situado éste en una punta de tierra firme y á dos mil toesas de Cádiz, el mariscal francés, lo primero que hizo, fué alejar con disparos de bala roja los buques que apoyaban el castillo por la parte del mar, y así que se hubo librado de ellos, levantó una línea curva y con treinta y seis piezas de gran calibre y algunos morteros comenzó á batirlo.

La guarnición, compuesta de españoles é ingleses, conservó con gran tesón la fortaleza y supo repeler cuantos asaltos intentaron los enemigos, pero el 21 de Abril una granada francesa incendió el almacén de pólvora, que al estallar arruinó el castillo, y los bravos defensores se vieron obligados á evacuarlo al día siguiente, no sin antes volar lo que quedaba en pié. Al retirarse la guarnición no pudo embarcar mil quinientos prisioneros franceses procedentes de la batalla de Bailén que estaban encerrados en el castillo y que por tan inesperada circunstancia volvieron á reunirse á los suyos.

El mismo día que Cádiz perdió Matagorda, llegó á la bahía procedente de Murcia el general Blake, que había abandonado el ejército de Cataluña, y que ahora estaba nombrado por la Regencia para reemplazar al duque de Alburquerque en el mando del ejército de la Isla.

Los franceses después de ganadas las ruinas de Matagorda, se detuvieron en tal punto entreteniéndose únicamente en el ataque al castillo de Puntales, porque á tan relativa inacción les obligaba la escasez de pertrechos de asedio, y la lentitud con que llegaban los convoyes á causa de las correrías de audaces guerrillas que ya empezaban á pulular por aquella parte de Andalucía.

La circunvalación y las obras de sitio de los enemigos fueron, pues, con gran lentitud, y la Regencia para distraer más la atención de los sitiadores y hostigarles con los ataques del paisanaje armado, dictó algunas acertadas providencias y envió comisionados á promover la insurrección, especialmente en el condado de Niebla y en la Serranía de Ronda donde más interminable podía hacerse la guerra de guerrillas á favor de la escabrosidad del terreno.

En el condado de Niebla operaba en unión de las partidas la pequeña guarnición de Sevilla, que como ya dijimos salió de dicha ciudad á las órdenes del vizconde de Gante, y en la Serranía se batían siempre con éxito guerrillas acaudilladas por patriotas tan entusiastas como D. Francisco González y D. Andrés Ortiz de Zárate (a) *el Pastor* y á quienes auxiliaba una Junta insurreccional establecida en Gimena.

A tal punto llegó la audacia de estos guerrilleros, que el 12 de Marzo se atrevieron á presentarse delante de Ronda, en cuyo socorro corrió parte de la guarnición francesa de Málaga, no pudiendo evitar que al primer ataque penetraran los españoles en las calles de la ciudad.

En la lucha de pequeñas acciones que se entabló en aquella parte de Andalucía, hubo también como en el resto de España actos heróicos que deben trasmitirse á la posteridad, siendo el más notable de todos, el llevado á cabo por D. José Romero, alcalde de Montellano.

Había ya dicho funcionario al frente de sus administrados, desbaratado el 14 de Abril una columna francesa que intentó penetrar en el pueblo por lo cual la misma fuerza aumentada con mil hombres más volvió á Montellano á los pocos días para vengar la afrenta. Grandes obstáculos tuvieron que vencer los franceses para llegar á la población, y una vez en ella, despues de batallar muchas horas en las calles, se vieron precisados á seguir el combate de casa en casa, pues en todas partes encontraban una resistencia tan tenaz como sangrienta. Cansados de esta, los invasores incendiaron el pueblo y pronto fueron pasto de las llamas todos los edificios excepto la iglesia y la casa del alcalde. En aquélla, algunos paisanos desde el campanario siguieron haciendo un mortífero fuego y Romero parapetado en su casa y ayudado por su mujer y sus hijos, supo demostrar de tal modo á los franceses su certera puntería, que éstos no se atrevieron á seguir atacándole de cerca y apelaron al cañón para derribar aquellas paredes para ellos inexpugnables.

Por fortuna los franceses tuvieron que alejarse en busca de nuevos refuerzos al ver la numerosa gente que de Puerto Serrano y otros puntos acudía para cercarles, y cuando Montellano quedó libre momentáneamente, tuvieron los vecinos que llevarse á Romero á viva fuerza, pues se negaba á retirarse á la sierra abandonando aquellas ruinas á pesar de que pronto iban á ser otra vez visitadas por los invasores, y á todas las objeciones que le hacían contestaba invariablemente:

—Alcalde de esta villa, este es mi puesto.

Mientras el paisanaje armado procedía de tal modo contra los invasores, los ejércitos del centro y de la izquierda procuraban obedecer las órdenes de la Regencia llamando sobre sí al enemigo y distrayéndolo de Cádiz.

El ejército del centro que estuvo mandado por Blake desde que abandonó Cataluña, al ser éste llamado á Cádiz, fué puesto á su frente el general Freyre, que amenazado por Sebastiani, se replegó á Cartagena y Alicante. Con este movimiento Murcia quedó completamente desamparada, y el enemigo pudo penetrar en ella el 23 de Abril, sin encontrar oposición alguna, sufriendo mucho el vecinda-

rio con las tropelías y saqueos de los invasores, que pronto tuvieron que retirarse en vista de las numerosas partidas que á su espalda se levantaban.

Más afortunado era en Extremadura el ejército de la izquierda. Mortier, después de su inútil tentativa sobre Badajoz, tuvo que replegarse á la provincia de Sevilla, y la junta de aquella ciudad se aprovechó de la retirada para extender sus guerrillas por las riberas del Guadiana y auxiliar el ejército mandado entonces por el marqués de La Romana que estaba distribuido también en ambas orillas, ocupando la izquierda las divisiones de D. Gabriel Mendizábal y D. Carlos Odonell (hermano de don Enrique, el comandante general de Cataluña), y la derecha las de Ballesteros y Senén de Contreras, apoyadas por las plazas existentes en la frontera portuguesa.

Algunos fueron los choques que las fuerzas sostuvieron con el enemigo; pero de todos salieron en bien nuestras armas, quedando derrotados por Ballesteros los soldados de Mortier, en Santa Olalla, Ronquillo, Zalamea, Aracena, Burguillos y Monasterio, y el general Reynier en Jerez de los Caballeros, por el bravo Morillo.

A tal punto llegaba la molestia que las guerrillas hacían sentir á los ejércitos franceses y tan grande fué el deseo de libertarse de tan pertinaces enemigos, que el 9 de Mayo y con el título de Reglamento, publicó el mariscal Soult un decreto tan bárbaro y cruel, que hacía dudar si estaba dictado para una guerra europea y por un general de una nación culta y civilizada.

Entre las bárbaras disposiciones de tal documento, descollaba la más feroz, que decía así:

«No hay ningún ejército español fuera del de S. M. C. D. José Napoleón; así todas las partidas que existan en las provincias, cualquiera que sea su número y sea quien fuere su comandante, serán tratados como reuniones de bandidos... todos los individuos de estas compañías que se cogieren con las armas en la mano, serán al punto jnzgados por el preboste y fusilados; sus cadáveres quedarán expuestos en los caminos públicos.»

Por aquella declaración de que en España no quedaban más ejércitos españoles que los franceses, no solo eran tratados como bandidos los heróicos patriotas que empuñaban las armas llevados del entusiasmo, sino que también los bravos soldados que en Bailén y otros gloriosos combates habían abatido las águilas imperiales, con lo que resultaba que éstas, á pesar de su gloria europea, habían sido vencidas por cuatro foragidos indignos de todo respeto, á juzgar por las expresiones de Soult.

Aunque el bárbaro decreto de éste lastimó en lo más profundo el honor de los buenos españoles, callóse la Regencia, y en todos sus actos procedió como si no tuviera noticia de tan ultrajantes disposiciones; pero en Agos-

to recibió la noticia de que los franceses comenzaban á aplicar las órdenes de Soult y fusilaban á cuantos españoles caían en sus manos, y entonces supo contestar dignamente, publicando el 15 de aquel mes un decreto en contraposición al del invasor, en que manifestaba, que por cada español que pereciera, serían ahorcados tres franceses, y que si el mariscal Soult, duque de Dalmacia, no reformaba su sanguinario decreto, sería considerado personalmente como indigno de la protección del derecho de gentes, y ahorcado por tanto, como un bandido, el día que cayera en poder de las tropas españolas.

La amenaza con que la Regencia contestó á las bárbaras disposiciones de Soult, y por otra parte el convencimiento de que por aquellos medios violentos sólo se llegaría á una guerra salvaje y horrible cual jamás se habría visto en Europa, movieron al mariscal á retirar y dejar sin objeto la ley dictada en un momento de obcecación y arrebato. Aquella amenaza de la Regencia que á pesar de su brusquedad resulta noble y digna atendidas las circunstancias precedentes, reportó un gran bien á la humanidad, pues impidió las represalias que entre todos los horrores anexos á la guerra, es el más repugnante.

Hemos tenido por necesidad que hablar del nuevo gobierno de España, la Regencia, y hora es ya de que nos ocupemos de las personas que lo constituyan y de sus actos. Cinco eran los hombres que componían tal Consejo, y sus caracteres no podían ser más diversos.

El obispo de Orense D. Pedro de Quevedo y Quintano, era tal vez el hombre más popular de aquella época. La energía con que se había negado á tomar parte en el Congreso de Bayona cuando Murat le invitaba á ello, y la entereza y valentía con que redactó su célebre documento de contestación que en realidad no era más que una protesta formulada en nombre de la patria, le habían dado un gran prestigio que todavía avaloraba la austeridad de sus costumbres; pero al lado de este mérito, tenía las malas condiciones de que su firmeza no fuera en el fondo más que una impertinente terquedad, de que pretendía entenderlo todo siendo mucho lo que ignoraba, y de que tenía tal afición al mando que llegaba á inmiscuirse en los asuntos sin reparar si eran de su incumbencia, convirtiéndose en un obstáculo para los actos del gobierno.

Don Francisco Saavedra, había sido en sus tiempos un buen ministro de la monarquía en unión de Jovellanos, pero en la actualidad los años y los achaques le habían debilitado el espíritu y la razón, y no pasaba de ser un rancio consejero de Estado, propio para examinar con la más meticulosa atención las cuestiones más ínfimas.

El general Castaños pavoneándose todavía con su éxito de Bailén, que ya vimos á quien correspondía, se portaba en el gobierno lo mismo que en la

tienda de campaña; todo lo sacrificaba á un chiste y parecía nacido para arrancar carcajadas de regocijo á cuantos le oían, aunque hablara de las cuestiones más importantes para la patria. Además no se interesaba en los asuntos públicos más que buscándoles el lado ridículo, y era materia dispuesta para que los astutos se aprovecharan de él y le impusieran su criterio.

En cuanto al general D. Antonio Escaño, no quería aparecer más que como un buen marino, y no ocupándose de otras cuestiones que las de su ramo, se dejaba guiar por sus compañeros en todas las demás, no permitiéndole su índole generosa y su noble carácter ver en muchas decisiones miras interesadas y contrarias á las aspiraciones del país.

El individuo más temible de la Regencia era D. Miguel Lardizábal y Uribe, muy despreocupado en cuestiones de conciencia, enemigo de toda reforma y furibundo reaccionario, encontró en el puesto que ocupaba grandes medios para satisfacer su espíritu de venganza, excitado por las burlas de que hasta entonces había sido objeto por ser tan contrahecho de alma como de cuerpo.

Cierta viveza intelectual y amor á las letras le dieron gran superioridad sobre sus cuatro compañeros (especialmente sobre Castaños, que le tenía por un dechado de sabiduría), y su influencia en el gobierno fué tal, que bien puede decirse emanaban de él todos los decretos y disposiciones que siempre fueron encaminados á batir las reformas y consolidar las vacilantes instituciones antiguas.

Aquella Regencia, compuesta por personas tales, inauguró su autoridad con un hecho deshonroso, pues mostró la mezquindad de los hombres elevados justamente en una época en que la grandeza de alma estaba á la orden del día, aun en las clases más humildes. La Regencia debía el sér á la Junta central, que por voluntad propia la había cedido su autoridad, y á pesar de esto uno de sus primeros actos fué ordenar el registro de los equipajes de los centralistas que iban á partir para sus respectivas provincias.

Un acto tal bastaba para deshonrar al nuevo gobierno. Era un espectáculo vergonzoso ver tratados como ladrones de la nación á los hombres que más se habían sacrificado por ella; á un potentado como el marqués de Astorga, que había despreciado sus cuantiosos bienes dejándoles en poder de los franceses para seguir la causa española; á personajes ilustres como Jovellanos y el bailío Valdés, y á patriotas como Calvo de Rozas y el conde de Tilly.

La más absoluta pobreza se notó en el registro de los equipajes de los centralistas, pues de éstos hubo algunos, como Jovellanos, que tuvieron que pedir prestado en Cádiz el dinero necesario para volver á sus hogares.

A pesar de esta demostración de honradez, que debía haber avergon-

zado á la reaccionaria Regencia, ésta, aconsejada por su Mefistófeles, que era el Consejo de Castilla, ordenó á las autoridades militares de las provincias libres que vigilasen de cerca á los centralistas que á ellas fueran á residir, impidiendo que se reunieran y como si esta arbitrariedad no fuera suficiente, se ensañó con el conde de Tilly y Calvo de Rozas, los dos individuos de la Central que más habían hecho por la patria trabajando sin descanso.

El primero fué reducido á prisión por orden de Castaños que vió propicia la ocasión para vengarse de él, pues le guardaba odio desde Bailén, donde tanto había contrastado la patriótica y firme actitud del revolucionario conde con la irresoluta y tímida del general, debiéndose al primero el éxito de la capitulación. Para realizar tal atropello, inventóse una conspiración que se decía fraguaban el de Tilly y el duque de Alburquerque, para pasar á América, especie cuya falsedad resaltaba inmediatamente, pues no era racional que estando ambos personajes comprometidos por igual, mientras al primero se le castigaba, permaneciera el otro desempeñando cargos públicos. El infeliz conde fué encerrado en el castillo de Santa Catalina de Cádiz, y allí murió al poco tiempo oscuramente y víctima de particular venganza, siendo un hombre que tanto se distinguió por su firme patriotismo y su amor á la revolución y las reformas.

En cuanto á Calvo de Rozas, inútil es decir las causas que le atrajeron el odio de la Regencia. Era el hombre que dentro de la Central había introducido con su presencia la levadura democrática, era el orador convertido en portavoz de las aspiraciones revolucionarias de la parte más sana del país, y como á esto se unía una actividad, una energía y un valor que al nuevo gobierno causaban miedo para el porvenir, de aquí á que éste se apresurara á inutilizarlo encarcelándolo á pretexto de sus cuentas como intendente de Aragón, cuentas que todavía no habían sido examinadas por nadie. El bravo defensor de Zaragoza, en premio á sus heroicidades por la patria fué encerrado también en un castillo de Cádiz, y no pudo salir de él hasta que más adelante, reunidas las Cortes, decretaron su libertad.

Aquellas repugnantes y arbitrarias medidas de la Regencia, fueron muy del agrado del Consejo de Castilla que al fin se vengaba de sus eternos enemigos los centralistas, y para agradecer á aquélla tales servicios y al mismo tiempo para alentarla en su conducta reaccionaria, la dirigió en 2 de Febrero una felicitación en la que aseguraba que todos los males de la patria provenían de haber permitido la Central la propagación de «principios subversivos intolerantes, tumultuarios y lisongeros al inocente pueblo,» y aconsejaba al gobierno que empleara precauciones y rigor contra los que propalaban la necesidad de las

reformas, pues la salvación del país, en concepto de dicha corporación, dependía de la conservación de las antigüas leyes y venerandas costumbres de la monarquía.

No necesitaba de tales excitaciones la Regencia, pues era partidaria de las antigüas doctrinas, lo suficiente para combatir todo intento de regeneración política.

Por de pronto, comenzó á hacerse olvidadiza del juramento que al aislarse le había hecho prestar la Central de reunir las Cortes en la forma prescrita por ella.

Pero no le valió tan estudiado olvido á la Regencia para librarse de cumplir lo que había jurado, pues así que transcurrió el mes de Marzo, que era el indicado por la Central para la reunión de Cortes, y la nación no vió preparativos para ello, levantóse un general vocerío contra el gobierno, pidiendo la pronta implantación de aquella institución que tan gratas esperanzas hacia concebir. Además, todos los comisionados de las juntas de provincia que residían en la isla gaditana, se presentaron á la Regencia para recordarle el cumplimiento de su compromiso, y la Junta de gobierno de Cádiz hizo lo propio, siendo su manifestación de gran peso, atendida la gran influencia que la daban las circunstancias.

Tuvo, pues, la Regencia y especialmente el rabioso obispo de Orense, que acatar el clamoreo de la nación entera, y para acallar esto, expedir un decreto á las provincias, para que sin perder tiempo se procediera á la elección de diputados, señalando el próximo mes de Agosto para que estos acudieran á la Sala donde inmediatamente comenzarían las sesiones.

Como se ve, la disposición era aun un tanto vaga, pues la reaccionaria Regencia, batiéndose hasta en la última trinchera, se hallaba el día cierto de la reunión de Cortes, proponiéndose por este medio diferirlas mientras pudiera; pero á pesar de esta omisión, el decreto fué acogido con júbilo en España entera.

Al llegar este esperado momento surgieron inmediatamente cuestiones que aun hoy son objeto de disensión y que en aquella época por necesidad debían ser objeto de grandes contraversias. La más importante fué si las Cortes debían formar una sola Cámara ó estar divididas en dos, una popular y otra privilegiada.

La situación de España en aquella época era verdaderamente excepcional. Ansiaba su regeneración, pero al intentar dar á ésta una forma determinada, se sentía vacilante é indecisa, pues tres siglos de despotismo habían borrado de su memoria el antiguo régimen representativo,. y por otra parte, la monarquía y la Iglesia la tenían hasta en aquel instante sumida en tal ignorancia, que desconocía en su exactitud las revoluciones efectuadas en otros pueblos, pues muy pocos españoles eran los que, salvando las trabas puestas por el Estado á la inte-

ligencia, lograban enterarse de lo que sucedía en el orden político más allá de las fronteras.

La Junta central había determinado en su último decreto, que las Cortes se reunieran en dos cámaras; pero dicho documento por los odios de la Regencia no llegó nunca á publicarse y á favor de aquella idea sólo había una ligera indicación en una nota del decreto publicado en 1.° de Enero por dicha Junta.

Esto bastó para que en algunas provincias comenzaran á elegirse representantes para la Cámara privilegiada; pero viendo la Regencia que las más no imitaban tal conducta, é indecisa sobre el partido que debía tomar, consultó á todas las corporaciones populares y personas ilustradas del país, que era lo mismo que buscar la opinión de España entera, y la respuesta fué tal como era de esperar, favorable á una Cámara única.

Cuando existía en cierto modo la ley de cartas, cuando en la Edad media barreras insuperables de preocupaciones y privilegios separaban unas clases sociales de otras y todas tenían sus propios y particulares intereses, se comprendía la división de las Cortes en los tres brazos real ó popular, militar y eclesiástico, y resultaba apropiada al espíritu de la época; pero á principios del siglo que gran parte de aquellas inmunidades de clase habían venido al suelo por su propio peso, que no existía el feudalismo que daba vida real á la nobleza y que la Iglesia había retirado por sí misma una parte de sus inmunidades en vista de lo ridículas que resultaban ante la opinión cada vez más libre, resultaba un verdadero anacronismo querer restablecer tan absurda constitución de la representación nacional.

Esa división de las cámaras entonces como ahora resulta ridícula é innecesaria en un estado unitario. Como dice cierto autor: «¿siendo el país uno por qué á de tener más de una representación? Contribuyendo todas las clases á la formación de la Cámara general ó popular ¿con qué justicia ha de haber alguna que tenga además el privilegio de una representación particular igual ó superior á aquélla?... La revisión de la Cámara privilegiada,—se suele decir,—da más fuerza á las leyes que de la popular emanen, sin reparar que tanta autoridad como se da á la una se quita á la otra...»

En las naciones sometidas al régimen unitario resulta tan inútil la división de cámaras como necesaria en las constituidas federalmente. Un Senado dentro del unitarismo resulta una reminiscencia feudal, una institución innecesaria cuando no perniciosa por ser rémora del progreso, mientras que en el federalismo tiene una misión tan importante como representar los intereses de los Estados confederados frente al Congreso que discute las leyes generales de la nación.

La irracionalidad de la división en dos cámaras de las primeras Cortes españolas, saltó inmediatamente á la

vista de la España de 1810 y la opinión general manifestóse á favor de la Cámara única y en contra de la Cámara privilegiada, influyendo en esto, como dice Toreno: «esa tendencia á una elevada y orgullosa igualdad que ostenta la jactancia española y que es manantial de ciertas virtudes.»

Además de la fuerza de la razón, se oponía al establecimiento de las dos cámaras el que el pueblo había perdido en la memoria el recuerdo del antiguo sistema representativo y el que la nobleza y el clero que eran los indicados para formar la Cámara privilegiada, si es que ésta llegaba á constituirse, gozaban entonces de menos prestigio que nunca, pues si bien algunos de sus individuos habían hecho bastante por la patria, la mayor parte permanecían indiferentes á la general lucha ó adoradores del éxito, corrían á ponerse á las órdenes de José.

Tan general era la opinión á favor de una sola Cámara, que hasta los más furibundos reaccionarios se mostraban enemigos de la asamblea privilegiada y hombres como Riquelme y Caro y organismos como el Consejo que por tantos medios se habían opuesto á la reunión de Cortes, mostraban su conformidad con que sólo existiera la Cámara popular. En cambio, Jovellanos y Garay que tanto habían trabajado dentro y fuera de la Central por la pronta convocación de las Cortes, se mostraban partidarios de la división de cámaras. Contrastes tan inexplicables como éste ha tenido mucho la historia política de nuestro pueblo. Además, había que tener en cuenta que estos dos ilustres patricios estaban como muchos políticos de épocas posteriores ciegamente apasionados de la constitución inglesa y exagerando sus ventajas con un cándido optimismo, querían aplicar lo que era en un pueblo obra de la tradición á otro que nacía á la vida de la libertad, más deseoso de destruir privilegios que de crearlos nuevos.

La Regencia de conformidad con la opinión nacional, dispuso la reunión de Cortes en una sola Cámara, según se prescribía en el texto del decreto expedido por la Central en Enero.

Apartóse también el gobierno algo de las antiguas costumbres en punto á sistema electoral.

Antiguamente verificábase la elección directamente por el pueblo ó se encargaban de ella los ayuntamientos; pero la Regencia cambió este sistema por otro más complicado y menos racional.

Para ser elector no se exigía más que tener veinticinco años y estar avecindado con casa abierta, y para ser elegible reunir iguales condiciones y haber nacido en la misma provincia que le enviara á las Cortes. Este sistema, en principio, era casi el sufragio universal, pero quedaba desvirtuado por el método indirecto que se empleaba para la designación de candidatos, pues ésta pasaba por tres grados y se sometía la opinión política del país al azar de una lotería. Los can-

didatos iban siendo nombrados primero por las juntas de parroquia, después por las de partido, luego por la de provincia, y, finalmente, de una urna se sacaba el nombre de uno de los tres que primero hubiera alcanzado mayoría absoluta de votos.

Además, como una transacción con el método de elección antiguo, la Regencia accedió á que las ciudades de antiguo voto en Cortes pudieran enviar sus diputados particulares elegidos por los ayuntamientos, por sólo aquella vez, concesión que se hizo extensiva con tal límite á las juntas de provincia, sirviendo ésta merced como de premio á los grandes servicios que habían prestado á la causa de la patria.

Los elegidos fueron revestidos de amplios y completos poderes para tratar todas las cuestiones y de absoluta libertad para disponer de su voto. En la convocatoria de Cortes decía la Regencia que aquéllas eran llamadas para restablecer y mejorar la constitución fundamental de la monarquía, «pero la nación que deseaba generales reformas y no consolidar y dar mayor fuerza á vetustos abusos, consiguió en los poderes de sus diputados, que éstos no sólo iban autorizados para tratar lo dicho en la citada convocatoria, sino cuantos asuntos se propusieran en la Asamblea con plena, franca, libre y general facultad *sin que por falta de poder dejasen de hacer cosa alguna, pues todo el que necesitasen le conferían los electores sin excepción ni limitación de ninguna clase.*»

Como se ve, la nación formulando unos poderes tan extensos y completos, deshacían con anticipación todas las cábalas de los reaccionarios para limitar las facultades de unas Cortes que cumpliendo la voluntad de la mayoría de los españoles, iban á dar principio á la revolución política reformando hondamente el orden social del país.

Otra cuestión tan importante y batallona como la de división de cámaras, fué referente á la representación que en las próximas Cortes habian de tener las posesiones ultramarinas de América y Asia. No fué en este asunto tan unánime la opinión como en la anterior, pues los elementos retrógrados se oponían á la representación ultramarina, presentándola como causa probable de la pérdida de gran parte de nuestras colonias que ya estaban poco unidas á la metrópoli. Al hacer tal oposición se apoyaban en pretextos tan ridículos como el que en las antiguas Cortes jamás habían tenido representación las provincias de Ultramar, que en éstas no existía un verdadero censo de la población, compuesta de gentes de diferente capacidad y también en que Inglaterra no había nunca concedido en su Parlamento un sitio á las colonias.

Este último argumento que resultaba el más serio, no podía ser citado en ocasión menos propia, pues estaba aun reciente la insurrección é independencia de los Estados-Unidos, que al libertarse de la metrópoli fueron

guiados especialmente por la dureza y el despego con que éstos los trataba.

Cuando se habla de colonias es verdaderamente inútil el señalar motivos que hayan influido definitivamente en su separación de la metrópoli. La independencia de las colonias es un hecho natural que fatalmente sucede así que éstas se encuentran en estado para poder regirse por sí mismas. Del mismo modo que es natural que el hombre al llegar á cierta edad se emancipe de la tutela del padre, las colonias así que tienen la suficiente cultura para entrar en la vida normal de las naciones, se separan de la metrópoli.

Un remedio que no cura absolutamente el mal sino que lo retarda y amortigua en parte sus efectos, es conceder á las colonias el mayor grado de libertad y autonomía, pues si al notarse en ellas signos de independencia se extreman las medidas de represión y rigor, sólo se consigue hacer más rápido el desenlace.

En 1810 las colonias españolas de América estaban en un estado de agitación que hacía presentir su próxima independencia. Excluirlas de aquella asamblea nacional, privarlas del derecho de contribuir á una obra en la que se interesaba la nación entera, hubiera sido impulsarlas á que rompieran más pronto los vínculos que las unían con España, y lo que importaba era interesarlas en la causa de la patria común que estaba en peligro y proporcionarles las reformas que apetecían, dándoselas al propio tiempo á la metrópoli.

Aventurado resultará decir que existiendo en España un régimen liberal, no se hubieran separado de nosotros las colonias americanas, es cierto que si la tendencia despótica de la monarquía no hubiera detenido con sanguinarias y vergonzosas reacciones la obra emprendida por las Cortes de Cádiz, las posesiones de Ultramar no se hubieran desligado tan pronto de la metrópoli.

En la época que estamos describiendo, la Junta central, al publicar su primer decreto sobre Cortes, se limitó á decir que la comisión encargada de la preparación de éstas juzgaría la parte de representación que debía tocar á América, y después en la convocatoria publicada en Enero concedió á las colonias una representación supletoria de veintiseis personas elegidas entre los naturales residentes en la península hasta que quedara definitivamente tratado dicho punto.

La Regencia, en esta cuestión, hay que convenir fué más justa que la Central, pues aunque no dió una representación muy numerosa á las colonias, dejó que los diputados fueran nombrados en ellas más directamente que en España y afirmó por tanto que aquéllas debían figurar en las Cortes por derecho propio. Cada uno de los ayuntamientos de aquellas apartadas regiones nombró tres personas de las cuales una sola, elegida por suerte, debía marchar á la capital de la pro-

vincia y allí reunidos los representantes de todos los municipios, elegir el diputado sin permitir la intervención de autoridad alguna. Este sistema de elección mucho más directo que el de España dió muy buenos resultados pues á él se debió el que los veintiocho representantes que á las Cortes vinieron de Ultramar, fueran hombres de tan reconocido saber y de tanto patriotismo.

Como lo largo y difícil del viaje imposibilitaba á los diputados de Ultramar de llegar á Cádiz en el plazo señalado para la apertura de Cortes y el estar muchas provincias de la península ocupadas por el enemigo podía causar igual retardo á algunos representantes españoles, acordóse para que las Cortes no nacieran incompletas el nombrar suplentes entre los naturales de los países sin representación que estuvieran en la Isla emigrados, pues estos eran tantos que no había región que dejara de tener allí muchos individuos.

En Cádiz recibióse muy bien la idea de los suplentes, confiando los reaccionarios que ellos serían los merecedores de tal distinción. Pero los tiempos habían cambiado mucho y los títulos nobiliarios ó las altas jerarquías no eran ya más que inútiles relumbrones que no alucinaban á aquel pueblo en revolución, y de aquí que con gran sorpresa de los privilegiados, la elección recayera en hombres de reconocido saber y patriotismo que no pertenecían á las clases elevadas y además eran partidarios de las reformas.

La elección de suplentes se verificó en Setiembre y fueron presididos por individuos de los Consejos de Castilla y de Indias siendo tal el número de los españoles refugiados en Cádiz que «de casi ninguna provincia de España,—según dice un testigo ocular,—hubo menos de cien electores y llegaron á cuatro mil los de Madrid, todos ellos sujetos de cuenta.»

La juventud, aquella juventud española que años antes vivía apartada de los sucesos públicos y llevaba una existencia insustancial y fanática, teniendo por toda fuente de ilustración los conventos ó las plazas de toros, se sentía ahora vivificada por el fuego revolucionario y tomaba parte en la lucha con el mayor entusiasmo, aconsejando calurosamente la elección de los hombres que admiraba y que eran siempre los partidarios de las reformas.

La Regencia se estremeció ante aquella elección que le hacía entrever el porvenir. Los seculares abusos iban á derrumbarse. Hasta entonces el reaccionario gobierno había mirado con malos ojos la reunión de Cortes; pero al llegar aquel momento sus pasiones se avivaron aun más; lo que antes era odio se trocó en miedo é inquietud, y para librarse de la tempestad nacional que iba á caer sobre las antiguas instituciones, intentó resucitar en vano aquella tradición en la que confiaba y que los españoles hacía tiempo despreciaban.

La Regencia confiaba en que así que se llegara á la elección de diputados la nación nombraría á las personas más linajudas y por tanto más reaccionarias y en tal seguridad accedió á la reunión de Cortes. Júzguese ahora cual sería su sorpresa ante el éxito de las elecciones en Cádiz. Llena de inquietud y buscando prontos medios para conjurar la próxima tempestad, nada le pareció mejor que rodearse de las tradicionales instituciones que en el antiguo régimen más prestigio gozaban, y de aquí que en 16 de Setiembre expidiera un decreto restableciendo todos los Consejos en la forma que antes tenían.

El temor ofuscaba á la Regencia y le hacia tener por muy importante y decisivo el auxilio que le pudieran prestar unas corporaciones odiadas en toda la nación por sus antiguos abusos y la dudosa conducta patriótica que al principio de la guerra habían observado con el invasor.

Pocas protecciones necesitaban aquellos cuerpos caducos para ensoberbecerse y pretender inmiscuirse en todo, llevados de una audacia sin límites, así es que el Consejo ó Cámara de Castilla, en vista del apoyo de la Regencia, pretendió nada menos que encargarse de examinar los poderes de los diputados y que su decano fuera el presidente por derecho de las Cortes, reservándose en éstas varios lugares para los individuos que designara de su seno.

La Regencia hubiera por su deseo accedido á estas absurdas peticiones; pero por fortuna estaba tan aturdida y asustada ante el próximo peligro que amagaba á su autoridad, que sin gran trabajo los primeros diputados electos que llegaron á Cádiz, consiguieron arrancarle la disposición de que el Consejo sólo examinara los poderes de seis de ellos y que éstos constituidos en comisión de actas, se encargarían de revisar los de todos sus compañeros. Para que no se enojara aquel maligno espíritu que aconsejaba á la Regencia, ésta dijo en el decreto que sólo por aquella vez se hacía tal concesión en atención á que las Cortes eran extraordinarias «sin intentar perjudicar los derechos que preservaba á la Cámara de Castilla,» salvedad que resultaba inútil.

Entretanto había pasado ya la época fijada por la Regencia para la apertura de Cortes, y en Cádiz estaban ya muchos diputados llegados de distintos puntos y que con su presencia recordaban la falsedad de las promesas del gobierno.

Tornóse á alzar gran vocerío en la nación viendo que transcurría el mes de Setiembre sin que el gobierno manifestara deseos de cumplir lo prometido, y á tal punto llegó la general protesta, que éste por apaciguar los ánimos justamente indignados, fijó definitivamente el 24 de Setiembre para realizarse el gran acontecimiento.

Todavía intentó la Regencia por el gastado medio de las consultas, diferir el para ella terrible momento de dar

vida á una nueva autoridad; pero era ya tarde y tuvo necesidad de ceder ante la opinión general.

Antes de entrar á describir en toda su extensión aquel sublime acontecimiento que se realizaba en un rincón de España y al estampido de los cañones enemigos, fuerza nos es hablar de otros sucesos importantes que ocurrían en la Península y de oscurecer tal epopeya de glorias en las luchas de la fuerza ó del pensamiento, consignando nuevas infamias del sér privilegiado, perteneciente á esa raza que se dice llamada por Dios para gobernar los pueblos.

Mientras la nación española hacía tales sacrificios por conquistar su independencia y libertad y devolver á su trono al *deseado* Fernando, éste con su hermano y su tío seguía tranquilo en Valencey llevando una existencia dulce y placentera, y dando únicamente señales de vida para desaprobar la lucha que los españoles sostenían á su nombre, y hacer coro á los altos funcionarios del Imperio cuando calificaban de bandidos y asesinos á los patriotas que derramaban su sangre en la península.

El palacio de Valencey era un excelente retiro para aquellas personas de sangre real, que como patrocinio de familia llevaban la noche en el alma y la estupidez maligna en el cerebro.

Fernando dedicaba su existencia á groseras aventuras amorosas que tuvieron gran resonancia y demostraron hasta qué punto la lujuriosa María Luisa había trasmitido fielmente su temperamento á su hijo; su hermano Carlos fanático en grado sumo pasaba los días entregado á ridículos actos de devoción, y el simple infante D. Antonio Pascual dedicaba sus ocios á trabajar maderas al torno, cuidando además que sus sobrinos no penetraran en la biblioteca de palacio que miraba con el mismo horror que si fuera una mina cargada con pólvora, pues los libros eran para aquel hijo de reyes botes de veneno que corrompían el alma é impulsaban á los hombres por el camino de la perdición.

Cuando Bonaparte contrajo matrimonio con la hija del emperador de Austria, aquellas testas reales idearon algo que fuera como un nuevo tributo de respeto y vasallaje á su «protector y amigo Napoleón,» y mandaron cantar en la iglesia de Valencey un *Te-Deum*, al que asistieron y en el que se distinguió Fernando, pues al fin de la ceremonia desde el altar mayor y volviéndose al público, grito varias veces: *¡Viva el emperador! ¡Viva la emperatriz!*

Por la noche iluminaron el palacio y mandaron fijar en su frontispicio rastreras inscripciones en las que loaban como súbditos al verdugo de los españoles, y por si esto no fuera suficiente, Fernando asistió á un banquete que la alta servidumbre de palacio celebró para conmemorar el matrimonio del emperador y donde pronunció el siguiente brindis:

A nuestros augustos soberanos el grande Napoleón y María Luisa su augusta esposa.

Pareciéronle aún mezquinas á Fernando estas serviles manifestaciones, y obsequió con regalos y gratificaciones á los oficiales y soldados de la guarnición de Valencey, repartió trajes y dinero entre los niños y niñas de la población, y prometió dotar á la primera huérfana virtuosa de la población que contrajera matrimonio.

A la vista de tales esplendideces, la pluma no sabe qué palabras escoger que mejor expresen la indignación, y el rostro se colorea por la vergüenza que causa el pensar no sólo que aquel hombre debía ser rey de España, sino que se llamara simplemente español.

Rayaba en los últimos límites del cinismo el gratificar á soldados pertenecientes al ejército que en la península derramaba la sangre de los españoles y constituía un cruel sarcasmo regalar trajes y dinero á los niños franceses, mientras tantos de la península morían de hambre y de frío en la lucha entablada por devolverle á él la corona, así como dotar huérfanas virtuosas en la nación enemiga, cuando tantas infelices doncellas lloraban en nuestra patria la pérdida de su honor víctima del desenfreno de la soldadesca napoleónica.

Jamás pueblo alguno habrá presentado un espectáculo tan extraño é irracional como lo ofrecía España, aquella heróica nación que en Zaragoza, en Gerona, y en otros mil puntos, asombraba al orbe batiéndose con tal heroísmo por los derechos de un hombre que entretanto adulaba cobardemente á los verdugos de su patria.

El príncipe de la conspiración del Escorial y del motín de Aranjuez, el que vendía á sus más fieles amigos en los trances apurados, el que fué el principal protagonista de los escándalos de Bayona y daba los más duros calificativos á los que por él perdían el sosiego ó la existencia; estaba en su verdadero carácter al realizar tales crímenes morales, y aun se retractaba más por completo cuando escribía á Mr. Berthemy, diciendo:

«Mi mayor deseo es ser hijo adoptivo de S. M. el emperador nuestro soberano. Yo me creo merecedor de esta adopción, que verdaderamente haría la felicidad de mi vida, tanto por mi amor y afecto á la sagrada persona de S. M., como por mi sumisión y entera obediencia á sus intenciones y deseos.»

No podía ya desear Bonaparte mayor degradación en el destronado príncipe.

El gobierno francés se apresuraba á publicar esta carta y otras tan miserables é indignas en el periódico oficial *El Monitor*, creyendo racionalmente que ellas bastaban para terminar la guerra en España, pues los patriotas al leerlas se convencerían de lo innecesaria que resultaba una lucha por un sér tan rastrero; pero reinaba en aquella época de excitación

una gran ceguera en los espíritus, y todos los españoles, si es que llegaban á conocer dichos documentos, los juzgaban obra del impostor Napoleón, que con tales falsedades pretendía desprestigiar al «querido Fernando,» al «infeliz prisionero de Valencey» á quien todos se imaginaban cargado de cadenas y sufriendo los más atroces tormentos.

A tal punto llegaba la general creencia de que Fernando permanecía en Valencey muy contra su voluntad y que sólo esperaba una ocasión propicia para escaparse, que entre algunas personas audaces se convino el proyecto de favorecer su fuga, dando lugar este plan á la mayor de las infamias que cometió en su vida el rey de España, con ser aquéllas muy numerosas.

Encargóse de tan dificilísima misión un caballero irlandés llamado Carlos Leopoldo, barón de Kolly, hombre que á la edad de treinta y dos años que entonces tenía, llevaba ya una larga existencia de aventuras, algunas romancescas por lo audaces.

No lo era menos la que ahora emprendía, pues tenía que luchar con la perspicacia de la policía francesa, siempre en aviso y con las numerosas precauciones que el gobierno imperial había establecido en Valencey.

Todo los obstáculos los despreció Kolly con su acostumbrado atrevimiento, y partiendo para Londres, donde se avistó con el gobierno inglés que era el que mayor empeño mostraba en libertar á Fernando y del que formaba parte el marqués de Wellesley, vuelto ya de su embajada en España, recibió de aquél los medios necesarios para acometer la empresa, junto con documentos que acreditasen su personalidad, y se dirigió á las costas de Francia, desembarcando en la bahía de Quiberón, en cuyas cercanías se situó una escuadrilla británica para tomar á bordo al príncipe, así que fuera rescatado.

Venciendo Kolly todos los obstáculos con su sagacidad característica, logró penetrar en el palacio de Valencey y hacer saber á Fernando el encargo que llevaba de facilitar su evasión, que por lo bien acertada no podía menos de tener feliz resultado.

A las pocas horas Kolly fué preso por la policía francesa.

¿Quién había delatado la presencia de aquel emisario que tan hábilmente sabia disfrazarse? El mismo Fernando se encargó de prestar este servicio á Napoleón y ayudar de tal modo á su policía.

Kolly fué encerrado en el castillo de Vincennes y allí permaneció hasta la caída de Napoleón. Cuando le devolvieron la libertad, Fernando reinaba ya en España, y como á éste le causaba alguna desazón el pensar que el irlandés podía dar á conocer algún día su infamia de Valencey, procuró corromperlo con favores y logró al fin que en sus *Memorias* le justificara, inventando una novela en la que aparecía que el autor había sido detenido

al pisar el suelo de Francia y que quien se presentó en el palacio fué un agente disfrazado de la policía imperial, que por semejante medio quería enterarse de las disposiciones del príncipe; pero que éste, con la sagacidad propia de su gran inteligencia (!) había sabido reconocerlo, por lo que le delató y se negó á seguir sus planes.

Tan ridícula patraña, que hacía honor á la imaginación viva de Kolly, valió á éste que Fernando le concediera el introducir harinas en Cuba con bandera extranjera, privilegio que le enriqueció en pocos años.

Fernando, al descubrir á Kolly, acompañó su delación con la siguiente carta al gobernador de Valencey, documento que no necesita comentarios, pues por más que la imaginación se esfuerce, no se puede concebir nada más miserable é indigno:

«Habiéndose introducido aquí una persona desconocida con pretexto de trabajar de tornero, se ha atrevido á seguida á proponer al señor Amezaga, nuestro primer caballerizo é intendente, sacarme de Valencey y entregarme algunas cartas que trae; en una palabra, llevar á cabo el proyecto y plan de esta horrible empresa.

»Nuestro honor, nuestro reposo, la buena opinión debida á nuestros principios, todo se hubiera visto comprometido si el señor Amezaga no se hallara al frente de nuestra servidumbre, y si no hubiera dado en esta ocasión peligrosa una nueva prueba de fidelidad hacia S. M. el emperador y rey, y hacia mí. Este oficial, cuyo primer paso fué informaros al momento del proyecto dicho, me dió cuenta inmediatamente después.

»Deseo vivamente informaros por mí mismo de que estoy impuesto en el asunto y tener esta ocasión de manifestar de nuevo mi *inviolable fidelidad* al emperador Napoleón, y *el horror que siento respecto á este infernal proyecto cuyos autores y fautores deseo que sean castigados según merecen.* Recibid los sentimientos de nuestro afecto.—*El príncipe Fernando.*»

Este representante genuino del carácter borbónico no dejaba perder ninguna ocasión para manifestar su sumisión de can obediente al grande hombre que le despreciaba y se complacía en contemplar la degradación de los reyes de sangre.

Sus cartas á Napoleón menudeaban, y en una de ellas, anterior á los sucesos antes narrados, llegó á felicitarle por sus victorias, ó lo que es lo mismo, á manifestar su agrado por las derrotas que sus ejércitos hacían sufrir á los españoles.

«Señor,—decía.—El placer que he tenido viendo en los papeles públicos las victorias con que la Providencia corona nuevamente la augusta frente de V. M. imperial y real, y el grande interés que tomamos mi hermano, mi tío y yo en la satisfacción de V. M. imperial y real, nos estimulan á felicitarle con el respeto, el amor, la sinceridad y reconocimiento en que

vivimos bajo la protección de Vuestra Majestad imperial y real.

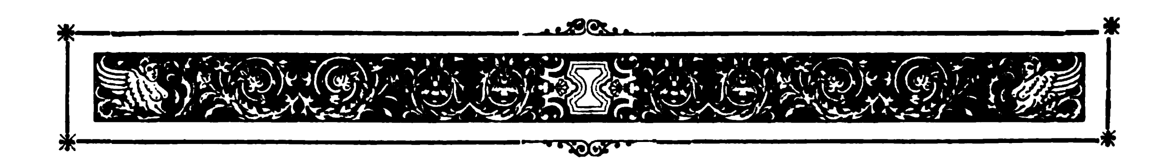
»Mi hermano y mi tío me encargan que ofrezca á V. M. su respetuoso homenaje y se unen al que tiene el honor de ser con la más alta y respetuosa consideración, señor, de Vuestra Majestad imperial y real el más humilde y más obediente servidor.—*Fernando*.»

¡Y el hombre que así procedía era el mismo por quien España reñía tan heróicamente y tanta sangre derramaba!

¡Y aquel sér debía ocupar pronto el trono de España!

¡Y aún gobiernan nuestra patria individuos de tal familia!

¿Dónde estás, dónde, dignidad española?



CAPITULO XV

1810

Los planes de Napoleón.—La invasión de Portugal.—Pónese Massena á su frente.—Sitio de Ciudad-Rodrigo.—Heróica resistencia.—Capitulación honrosa.—Operaciones de Massena antes de entrar en Portugal.—Estado de este reino.—Abusos del gobierno inglés.—Preparativos de Wellington.—Las líneas de Torres-Vedras.—Toman los franceses Almeida.—Decisión de Wellington.—Batalla de Busaco.—Entra Massena en Coimbra.—La recobran los ingleses.—Detiénese Massena ante las líneas de Torres-Vedras.—Auxilios que envía España á Portugal.—Indecisión de Massena.—Se retira.—La guerra en España.—Extremadura.—Victorias de los españoles.—Castilla.—Notables guerrilleros.—Estupendas hazañas de El Empecinado.—Galicia.—Apatía de Mahy.—Asturias.—Notables expediciones de Porlier.—Navarra y las Vascongadas.—D. Francisco Espoz y Mina.—Establece el orden entre los patriotas de Navarra.—Sus portentosas hazañas.—La guerra en Cataluña.—El Congreso catalán.—Disposiciones de Odonell.—Suchet sitia á Tortosa.—Criminal conducta de Caro en Valencia.—Avanza por fin hacia Tortosa y huye cobardemente ante Suchet.—Su fuga á las Baleares.—Apurada situación de Odonell.—Atrevida operación que emprende.—Victoria de La Bisbal.—Resultados que produce.—Expediciones desde Cádiz.—Lacy en Ronda y el condado de Niebla.—Blake en Murcia.—Guerra sin cuartel entre españoles y franceses.—Actos feroces que cometen éstos.

No abandonaba Napoleón su proyecto de invadir nuevamente Portugal. Aunque había permitido á su hermano José la expedición á Andalucía, tan solo fué para que éste completara aparentemente el dominio de España y poder demostrar de tal modo á la dócil Europa, que todo lo arrollaba en la península el poderío bonapartista; pero así que terminó la invasión de aquella parte de España, Napoleón dispuso la de Portugal, pues en su conquista cifraba la pacificación.

El emperador creía firmemente ó deseaba hacer creer, que la guerra de

España sólo era una guerra contra Inglaterra que había escogido nuestra nación como campo de operaciones, y siempre preocupado por esta idea, deseaba apoderarse de Portugal para poder arrojar al mar á Wellington y los soldados británicos, y quitar á su eterna enemiga todo punto de desembarco en las costas del Oeste.

Los más inmediatos y felices resultados se proponía Napoleón alcanzar de aquella invasión, pues en su concepto una vez vencidos los ingleses que tenían su apoyo y punto de retirada en Portugal, la nación española quedaría conquistada para siempre, pues falta del auxilio de Inglaterra, poca resistencia podría presentar con sus guerrillas y ejércitos nacionales.

Aquel grande hombre que tan buen golpe de vista había demostrado siempre al intervenir en la vida de otros Estados europeos, se equivocaba en todos los asuntos de España dando á conocer la más completa ceguera.

Siendo tan grande la preocupación que dominaba al emperador en lo referente á la próxima invasión, natural era que los preparativos y medios para llevar ésta á cabo, fueran de notable importancia. Ni para emprender las campañas contra naciones tan importantes como Rusia, Prusia y Austria, reunió Napoleón tantas fuerzas.

Tres cuerpos de ejército el segundo, el sexto y octavo, eran los destinados á formar el ejército de invasión que ascendía á sesenta y seis mil infantes y seis mil caballos. Lo mandaba el célebre mariscal Massena, hombre tan afortunado hasta entonces en todas sus empresas que era designado con el título de *hijo predilecto de la victoria* y á quien Napoleón desde las campañas de Italia había considerado como leal amigo y fiel compañero, teniendo que agradecerle grandes servicios que habían salvado su persona y su renombre.

Como generales puestos á sus órdenes figuraban caudillos renombrados como Ney, Junot, Reynier y Kellerman.

Aquel temible ejército tenía que efectuar la invasión del reino vecino por la parte de Castilla, atacando el ejército anglo-lusitano que mandaba Wellington y asegurando antes á su espalda grandes depósitos de provisiones para que las tropas francesas no sufrieran las escaseces propias de un país hóstil y en tanto él avanzaba, debían auxiliar sus operaciones, Sebastiani extendiendo sus correrías desde Murcia á Gibraltar y Soult manteniendo la alarma desde Extremadura. Además, un nuevo cuerpo que sería como la reserva del ejército invasor, debía situarse en Valladolid, y en Bayona quedaría una segunda reserva para los casos apurados á las órdenes de Caffarelli.

Púsose Massena en Salamanca al frente de su ejército y su primera operación fué mandar una parte de éste á la conquista de Ciudad-Rodrigo, plaza de la que deseaba apoderarse no sólo porque le cerraba el paso, sino

porque ofrecía para la invasión un buen punto de apoyo y un abrigo seguro en caso de retirada.

Ciudad-Rodrigo es una plaza que se halla situada á cuatro leguas de la frontera portuguesa, y aunque el gobierno español la consideraba como de segundo orden, no llega á ser ni aun de tercero por la conformación especial del terreno que la rodea.

Situada la ciudad en una altura á cuyo pié extiende su margen derecha el río Agueda, tiene por guarda una muralla construida en diversas épocas y bastante defectuosa y un castillo que aunque de tiempos algo remotos, era la obra que mejor podía contribuir á su defensa. El resistir un largo y apretado sitio le era imposible, pues la dominan las alturas cercanas del Calvario y San Francisco y el terreno que la rodea está tan cruzado por hondonadas y barrancos que el enemigo puede acercarse hasta á pocos metros de las murallas sin que le incomoden los tiros de los defensores.

La población de Ciudad-Rodrigo no pasaba en aquella época de cinco mil almas y tenía por guarnición igual número de soldados, á más de un cuerpo de milicianos en el que figuraban todos los vecinos aptos para empuñar las armas. Al aproximarse los enemigos, el denodado y audaz guerrillero D. Julián Sánchez se metió en la plaza con doscientos cuarenta de sus valientes lanceros y encargóse de los penosos servicios de avanzadas, salidas y descubiertas.

Era gobernador de la plaza D. Andrés Pérez de Herasti, viejo militar de aspecto venerable, paisano y gran amigo de Alvarez, el heróico defensor de Gerona, y con grandes deseos de imitar á éste en la resistencia de Ciudad-Rodrigo. Con una actividad inesperada á sus años, procedió á efectuar los preparativos de defensa y después de improvisar en la población que carecía de edificios á prueba de bomba seguros depósitos para la pólvora, despojó los alrededores de la plaza de cuanto pudiera servir al sitiador, fortificó el arrabal de San Francisco que se adelantaba por la parte de Castilla, levantó estacadas por la parte del río é hizo grandes cortaduras dentro de la ciudad así como atrincheró los edificios más fuertes.

Herasti, como buen militar, no se hacía ilusiones sobre el éxito de tal defensa y conociendo la necesidad de ser auxiliado por un ejército poderoso so pena de ser vencido, escribió á Wellington que tenía su cuartel general en Viseo, rogándole que viniera en socorro de la plaza ya que Massena era un enemigo que á ambos amenazaba por igual.

Desde el 25 de Abril comenzaron á llegar fuerzas francesas á los alrededores de Ciudad-Rodrigo, las cuales á principios de Junio ascendieron á cincuenta mil hombres.

La primera parte del sitio transcurrió con ligeras escaramuzas ó porfiados combates que emprendían los sitiadores y sitiados, distinguiéndose

en todas las salidas por su valor heroico el esforzado D. Julián Sánchez y sus audaces lanceros.

El 6.° cuerpo fué quien recibió el encargo especial de ceñir la plaza y el 8.° se situó en San Felices y extendió su caballería por ambas orillas del Agueda, para rechazar las fuerzas que fueran en auxilio de la plaza.

Aquella situación del ejército sitiador, dió motivo á D. Julián Sánchez para sus arriesgadas expediciones. El general inglés Craxfurd que desde Gallegos marchó á Ciudad-Rodrigo para conferenciar con el gobernador, al salir de la plaza sitiada para volver á su campo, fué escoltado por el intrépido guerrillero salamanquino y sus valientes lanceros y tal fué el golpe de enemigos que salió á cerrarles el paso, que el inglés á pesar de ser militar muy denodado, rogó á D. Julián Sánchez que volviera atrás, pues de lo contrario iban á caer todos en poder del enemigo.

No obedeció éste tales indicaciones y cargando gallardamente sobre los franceses, se abrió paso á golpes de lanza y condujo sano y salvo al jefe británico á su campamento tornando después á penetrar en la ciudad sitiada.

El 12 de Mayo intimaron de nuevo los franceses la rendición de la plaza, pero Herasti devolvió sin abrir el pliego en que tal proposición se le hacía y como su amigo Alvarez en Gerona, contestó que de allí en adelante recibiría á cañonazos á cuantos parlamentarios le enviaran los sitiadores. Estos, después de establecer dos sólidos puentes sobre el Agueda, comenzaron á principios de Junio el verdadero sitio de la plaza hostilizándola de cerca.

La guarnición hizo varias salidas para desbaratar las obras de los franceses siendo la más notable de todas la mandada por un oficial llamado Minayo, hombre de tanta serenidad como valor. A pesar de estos esfuerzos, no pudieron evitar los sitiados que las obras avanzasen cada vez más, hasta el punto de que fuera de las murallas no quedase espacio suficiente para que maniobrara la caballería española.

Esto hacía ya innecesaria la presencia en la plaza de D. Julián Sánchez y sus valientes lanceros que en otros sitios podían prestar más favorablemente sus servicios á la patria por lo que se decidió que abandonaran Ciudad-Rodrigo. El 22 de Junio por la noche salieron los audaces guerrilleros de la plaza, y con tal arrojo cargaron sobre los franceses, que pasaron las tres líneas de asedio guardadas por respetables fuerzas y desbaratando la caballería imperial que les iba en seguimiento, llegaron á reunirse con la división que mandaba D. Martín de la Carrera apostada en San Martín de los Trevejos, formando parte de la vanguardia del ejército inglés.

A pesar del gran destrozo que el heroico guerrillero causó al retirarse en las líneas enemigas, los franceses

á la noche siguiente atacaron la ciudad dirigiendo su embestida contra los arrabales de San Francisco y del Puente y los conventos de Santo Domingo, Santa Clara y Santa Cruz. Este último punto fué el atacado más porfiadamente, sosteniéndose la lucha durante tres horas, hasta que por fin los franceses tuvieron que retirarse, dejando el campo de combate cubierto de cadáveres.

Lo infructuoso que resultó dicho ataque hizo ver á Ney que mandaba el sitio, que Ciudad-Rodrigo como otras ciudades españolas no sería tomada jamás por el valor personal de los franceses y que era necesario apelar á la brutal superioridad que da la abundancia de artillería.

El 25 emplazaron los franceses siete baterías con cuarenta y seis piezas de gran calibre y rompieron un horrible bombardeo sobre la ciudad, con el intento de aterrarla.

Los débiles edificios comenzaron á desplomarse con gran estrépito; el torreón llamado del Rey quedó completamente destruido; pero ni uno solo de los defensores de la ciudad se intimidó ante aquella espesa é incesante lluvia de hierro.

Al tercer día de terrible bombardeo, los sitiadores, que se preparaban á marchar al asalto, intimaron nuevamente la rendición, pero el gobernador contestó á cañonazos como había prometido.

A pesar de esto no dieron los franceses el asalto, pues llegó entonces al campo enemigo el mariscal Massena que volvía de Madrid donde había marchado con el objeto de cumplimentar á José. Aquel guerrero que en tal inmortales batallas había consolidado su renombre, creyó que no era llegado todavía el momento de tomar con tan superiores fuerzas una plaza mezquina como Ciudad-Rodrigo y juzgando insuficientes las obras de asedio, mandó emprender otras nuevas antes de acometer el asalto.

A pesar de esto, mientras se acababan las obras de sitio, intentaron los franceses un ataque contra el arrabal de San Francisco, en el que fueron nuevamente rechazados.

El más frenético entusiasmo reinaba entre los defensores de Ciudad-Rodrigo. El corto vecindario auxiliaba en todos los trances á la guarnición; mujeres, niños y ancianos corrían á la muralla para llevar municiones ó ayudar al servicio de las piezas y una mujer del pueblo, llamada Lorenza, digna émula de las heroínas de Zaragoza, después de recibir dos balazos y de perder mucha sangre, permaneció en la brecha por mucho tiempo haciendo fuego contra los franceses. Para demostrar al mundo hasta dónde llegaba el heroismo de Ciudad-Rodrigo en la defensa de ésta, dos ciegos fueron también á formar entre los combatientes de las murallas y uno de ambos guiado por un perro que le servía de lazarillo, recorría los puntos de mayor peligro y cuando la granizada de balas pasaba silbando junto á

su rostro jovial y risueño, gritaba á sus convecinos:

—¡Animo, muchachos! ¡Viva Ciudad-Rodrigo!

Al encargarse Massena del mando del ejército sitiador, envió al gobernador de la plaza una honorífica intimación para que se rindiera creyendo que su firma halagaría el amor propio del jefe español y bastaría para decidirle á capitular; pero el enérgico Herasti contestó: «Después de cuarenta y nueve años que llevo de servicios, sé las leyes de la guerra, mis deberes militares y sé también que Ciudad-Rodrigo no se halla en estado de capitular.»

Massena, en vista de tan tenaz resistencia, activó las obras y tales fueron los ataques de las numerosas tropas francesas, que los sitiados, aunque defendiendo el terreno por palmos, tuvieron que abandonar el tan disputado arrabal, para dedicarse con más ahinco á la defensa de las abiertas brechas.

Estas tenían ya una anchura de veinte toesas y el continuo fuego de la artillería las agrandaba cada vez más y hacía imposible por momentos su defensa.

A pesar de lo apurada que iba siendo la situación, no cejaba el intrépido Herasti en su empeño de defender la plaza hasta el último instante, manteniéndole en tan firme resolución la esperanza de que el ejército inglés, que tan cercano estaba, se decidiría al fin á venir en su auxilio. Pero no tardó en recibir la noticia de que Wellington, en vez de avanzar, se retiraba al interior de Portugal y esto, unido á la imposibilidad de seguir resistiendo con cuatro mil hombres y una artillería deficiente á un ejército de cincuenta mil que se guarecía tras fuertes baterías, decidió al gobernador á capitular, para lo cual el día 10 se puso de acuerdo con las demás autoridades de la plaza.

El mariscal Ney, para tratar de la capitulación, solicitó la presencia del mismo Herasti, y cuando éste pasó al campo sitiador, los generales franceses le recibieron con los mayores honores y elogiaron su valor y firmeza en la defensa de la plaza, manifestándole que era inútil extender por escrito la capitulación, pues la concedían tan amplia y honorífica como los sitiados quisieran, quedando únicamente la guarnición prisionera de guerra.

Entraron al fin los franceses en Ciudad-Rodrigo, y aquella fué la única ocasión en que cumplieron sus promesas y no se ensañaron cruelmente con los vencidos.

Sólo puede censurarles el que á los individuos de la Junta de defensa los redujeran á prisión, conduciéndolos á pié á Salamanca, de donde fueron trasladados á Francia.

La defensa de aquella población la atrajo un dictado de heroica tan merecido como el que ostentan Zaragoza y Gerona. Sus escasos vecindario y guarnición, habían sostenido un cerco de sesenta y siete días, teniendo que

resistir los asaltos dados por un ejército de cincuenta mil soldados y sufrir el continuo fuego de cuarenta y seis cañones gruesos, que realmente pulverizaron las débiles fortificaciones.

El mismo Massena hizo la apología del valor y la entereza de los defensores de la plaza cuando decía en una relación á su gobierno: «No hay idea del estado á que está reducida la plaza de Ciudad-Rodrigo: todo yace por tierra destruido y ni una sola casa ha quedado intacta.»

Algunos años después, el gobierno español premió el heroismo de los españoles que en tal defensa tomaron parte creando una cruz con esta leyenda: «Valor acreditado en Ciudad-Rodrigo.»

La pérdida de dicha población produjo en toda España un general clamoreo, no por el descalabro que con ella había sufrido la causa patriótica, sino porque creían ver una traición de los aliados que hasta entonces eran considerados como amigos. El no haber acudido Wellington en socorro de Ciudad-Rodrigo, por más que así se lo rogaron encarecidamente no sólo los defensores de aquella sino también las autoridades de Badajoz y La Romana, hizo sospechoso al general inglés de traición con los españoles, y el que no le apellidó enemigo encubierto de la causa patriótica, por lo menos le tachó de cobarde. A pesar de aquella indignación general que entonces se manifestó contra el caudillo inglés, hay que reconocer que éste obró muy prudentemente en no salir de Portugal y en aguardar donde mejor le pareciera, á los franceses; pues si hubiera llegado á avanzar con el propósito de presentarles la batalla á la vista de Ciudad-Rodrigo, una derrota (que apreciando ciertas circunstancias resultaba probable), hubiera producido de un solo golpe la destrucción del ejército británico, la pérdida de Portugal y un descalabro para la causa española, más cruel que las anteriores y del que hubiera tardado mucho tiempo en reponerse.

Con la conquista de Ciudad-Rodrigo tenía ya Massena expedito el camino de Portugal, pero antes de entrar en éste, quiso alejar el peligro con que le amenazaba el ejército de Galicia mandado por Maluy que estaba situado en Astorga. Envió contra éste algunas fuerzas que obligaron al general español á retirarse y al mismo tiempo dirigió otras á Puebla de Sanabria, cuya posesión deseaba porque podía proporcionarle en la frontera un punto más de apoyo.

Tenía esta plaza por toda defensa una débil y vieja muralla y era su gobernador el patriota D. Francisco Taboada, quien, en vista de las pocas fuerzas con que contaba para guarnecerla, y puesto de acuerdo con el general portugués Silveira, la abandonó á la aproximación de los franceses. Dejaron éstos en ella una pequeña guarnición y se retiraron; pero revolviéronse entonces españoles y portugueses contra Puebla de Sanabria y se

apoderaron nuevamente de ella venciendo á los imperiales. Esto hizo que tornaran otra vez contra la plaza los invasores y enseñoreándose de ella á principios de Agosto, la aseguraron poniéndole una fuerte guarnición.

Entretanto había ya comenzado á efectuar Massena la invasión de Portugal. La situación de este reino al verificarse tal hecho era bastante excepcional. Como decían escritores de aquella época, Portugal no era más que una provincia de Inglaterra. Residente en el Brasil la fugitiva familia real, gobernaba el estado lusitano una regencia de la que formaba parte el embajador inglés sir Carlos Stuard que en todas las cuestiones manejaba á su antojo á los portugueses compañeros en autoridad. El general inglés Beresford mandaba los ejércitos de Portugal, su marina estaba á cargo del almirante Berkeley y en cuanto á Wellington, guiado por las instrucciones que le daba su gobierno, procedía como un verdadero virey en todos los asuntos de aquella desgraciada nación, que huyendo de la tendencia conquistadora de una nación guerrera, había caído en manos de otra no menos ávida de nuevos territorios y sumamente sagar para apoderarse con disfraces amistosos y dulces promesas de lo que las demás potencias no pueden lograr por medio de la fuerza. Los planes de campaña para Portugal se discutían en Londres sin consultar para nada á los generales lusitanos y no podían tomar las autoridades del país resolución alguna, sin antes solicitar el permiso del gobierno inglés.

Esta degradante dependencia excitaba la indignación de los patriotas portugueses que reconocían lo triste de su situación; pero el estar ya su honor empeñado en la lucha contra Napoleón y el no poder disponer de medios para hacer por sí propios la guerra, los obligaba á salir mal de su grado arrastrados por la Gran Bretaña y sin tener voluntad propia aun en los asuntos que eran de la exclusiva competencia de su país.

Teniendo en cuenta que Portugal no existía políticamente en aquella época y que era un estado feudatario de los ingleses, es como se comprende que permaneciera impasible é indiferente ante las desgracias de España. Estaban los portugueses tan interesados como nosotros en la lucha contra Napoleón y á pesar de esto después de la batalla de Talavera no prestaron el menor auxilio á España, pues la dependencia en que vivían les obligaba á permanecer simples espectadores de los sucesos que ocurrían en nuestra patria.

Como los ingleses esperaban hacía tiempo la invasión de Portugal después de las victorias que los franceses habían alcanzado en España, tenía Wellington pensado un plan de campaña que con anterioridad sometió al criterio del gobierno británico, el cual le dió su aprobación y esta fué la causa como ya dijimos de que dicho general no se arriesgara á ir en defensa

de Ciudad-Rodrigo y que prefiriera esperar á los enemigos en el terreno por él escogido.

Ascendía el ejército inglés en la península á cuarenta mil hombres, pero de estos había que descontar los que guarnecían Cádiz y muchos enfermos, con lo que quedaba reducido á veintiseis mil soldados aptos para operar. No eran dichas fuerzas suficientes para detener á un ejército como el de Massena, pero Wellington contaba con las tropas portuguesas y las milicias locales que hacían ascender sus tropas á ochenta mil hombres de no muy buena calidad y además tenía de su parte las ventajas que le proporcionaba el terreno escogido por el con anterioridad y reformado para hacer mejor la resistencia.

Ocupaba el ejército de Wellington el valle del Mondego y las cordilleras que lo limitan y además el general había tomado acertadas disposiciones para que la resistencia continuara hasta Lisboa y los franceses no pudieran cortarle la retirada por ninguna parte. El territorio que debía atravesar en su avance el ejército francés, estaba asolado de un modo horrible y no quedaban en él ni un molino que les pudiera proporcionar pan, ni una barca que les permitiera atravesar los ríos, estando además los labriegos que en masa abandonaron sus viviendas, obligados así que los invasores penetraran en Portugal, á concentrarse á su retaguardia y hostilizarles estrechándoles é impidiendo sus comunicaciones con España y el abastecimiento de víveres.

Tales precauciones obligaban á Massena á batirse no con un ejército sino con una nación entera.

Wellington, cuyo gran mérito militar consistía siempre en su acierto para tomar la defensiva, había tenido tiempo para formar el obstáculo ante el cual debía detenerse su enemigo. El obstáculo consistía en las famosas líneas de Torres-Vedras. Estas eran tres: una de ellas de siete leguas se extendía desde Alhandra situado en la margen derecha del Tajo hasta el mar cerca de Torres-Vedras, otra de una extensión casi igual corría tres leguas más abajo desde Quintela á la desembocadura del San Lorenzo y la última que ya no servía para la defensa de Lisboa pero que se había formado con objeto de proteger el embarque del ejército inglés si llegaba este triste caso, estaba en la desembocadura del Tajo apoyada en el castillo de San Julián. De estas tres líneas la segunda era la más fuerte y todas ellas reunidas contaban con más de ciento cincuenta baterías artilladas con seiscientos cañones.

Wellington, conociendo el valor de tal punto, aguardaba confiadamente al enemigo seguro del triunfo y de que aquél no podría pasar adelante.

—Hemos tenido gran fortuna,—decía el general Alava, comisionado por el gobierno español cerca de su persona,—en asegurar dos puntos como Cádiz y Torres-Vedras, que son inex-

pugnables. En ellos se estrellará el enemigo, y entretanto nosotros podremos prepararnos para llevar á cabo más grandes y trascendentales empresas.

El 21 de Julio comenzaron los franceses sus operaciones ofensivas. El mariscal Ney atacó el pequeño fuerte de la Concepción, que ocupaba el general inglés Crawford, jefe de la vanguardia, el cual se vió obligado, por la gran superioridad numérica del enemigo, á abandonar el castillejo, volándolo antes y á replegarse á la margen derecha del Coa para defender la plaza de Almeida.

A pesar de que el último movimiento no le había sido ordenado por Wellington, y que éste no tenía conocimiento de él, se atrevió á presentar la batalla al enemigo y fué derrotado, no siendo su destrucción más completa gracias á que la caballería francesa no atacó á tiempo, dejando escapar unos cuatro mil quinientos hombres.

Con esta derrota quedó Almeida totalmente desamparada y los franceses le pusieron sitio. Estaba considerada dicha plaza como una de las primeras de Portugal, pues aunque sus fortificaciones eran muy antiguas, estaban en cambio ampliadas con obras de construcción moderna. Su posición en una alta cumbre, á cuyo pié corre el río Coa, sirviéndole de foso, daba á la plaza un nuevo y notable medio de defensa.

La guarnición de la plaza componíase de cuatro mil hombres, y era gobernador de ésta el coronel inglés Cox, que todos esperaban sabría seguir en la defensa el glorioso ejemplo que acababa de presentar Ciudad-Rodrigo. Mucho tiempo le dieron los sitiadores para poder ultimar los preparativos de defensa, pues hasta el 15 de Agosto no abrieron las trincheras y hasta el 26 no empezaron sus baterías á disparar contra la plaza. En aquel mismo día las bombas francesas incendiaron algunas casas é hicieron estallar tres depósitos de municiones existentes en el castillo. Esto bastó para que el gobernador inglés considerara ya imposible la defensa, y en la mañana siguiente se rindió á los sitiadores con todos los honores de guerra.

La facilidad con que habían llevado á cabo aquella conquista, admiró á los franceses tan acostumbrados en España á perder meses enteros y ríos de sangre para hacerse dueños de montones de ruinas, y aun fué mayor su asombro cuando al entrar en la plaza vieron que los sitiados tenían más de cien cañones útiles en los baluartes y gran número de almacenes bien provistos.

Aquella capitulación, ocurrida al poco tiempo de haberse efectuado la heróica defensa de Ciudad-Rodrigo, deshonraba á los ingleses, si bien éstos pretendieron explicarla diciendo que el vecindario de Almeida, capitaneado por Bernardo de Costa teniente rey de la plaza, se había amotinado contra la guarnición británica pidiendo la pronta entrega de la po-

blación á los franceses para que ésta no sufriera mayores daños.

Este hecho que no suponía connivencia ni simpatía con los invasores, fué muy pronto seguido de otro tan alarmante para Wellington, como era el unirse á los franceses más de mil doscientos hombres de las milicias locales. Con esto se demostraba el descontento del pueblo portugués que no sentía ya el menor entusiasmo por la lucha emprendida, pués juzgando la invasión de la patria por los males y tropelías que en ésta se pudieran causar, aborrecía aun más á los ingleses que á los franceses, pues aquéllos estaban agobiando á Portugal con una adusta y abrumadora tiranía.

El pueblo portugués veía clara su situación en aquellos instantes, y le era indiferente que triunfara un ejército ú otro, pues si se libraba del despotismo napoleónico, en cambio aun vendría á caer más bajo la avasalladora influencia de Londres.

Aquellas muestras de descontento del pueblo lusitano alarmaron á la Regencia de Portugal, organismo dependiente de Inglaterra y la hicieron publicar un decreto en el que declaraba traidores á cuantos se unieran á los franceses, incluyendo por lo pronto en este número á algunos nobles ó personajes de importancia, que al igual de otros de su clase en nuestra patria, habían hecho causa común con los invasores.

Con la pérdida de Almeida decayó mucho el espíritu de ingleses y portugueses que comenzaron á hablar como de un suceso inmediato y lógico de la retirada y el embarque.

En aquella ocasión se demostró hasta dónde llegaba la firmeza de Wellington para llevar á cabo sus resoluciones una vez adoptadas. La gran confianza que tenía en sus planes y su tesón para esperar, contribuyeron entonces más que en ningún otro trance á formar su gloria de general ilustre.

El gobierno de Londres le escribió manifestándole que «vería con gusto la retirada del ejército inglés más bien que el que corriese el menor riesgo por cualquier dilación en el embarco;» y los mismos portugueses se manifestaron poco esperanzados del éxito de la campaña; pero á pesar de estas circunstancias que podían poner á cubierto su honor militar en caso de retirada, Wellington esperó, ó lo que es lo mismo, puso en práctica aquella condición de espectación impasible que años adelante valióle el inmenso triunfo de Waterlóo.

La decisión de Wellington aguardando al enemigo y no queriendo retirarse contra todos los consejos de su gobierno y la creencia del pueblo que él defendía, fué la que salvó á Portugal de caer en manos de los franceses y la que evitó á España que su situación se hiciera más grave.

El caudillo inglés recibió con su serenidad acostumbrada la noticia de la reciente pérdida y no se movió más que para establecer su cuartel general en Gorvea y extender su ejército des-

de las cercanías de Almeida hasta Guarda y Castellobranco.

Resultaba esta línea demasiado dilatada y á Massena le hubiera sido muy fácil el romperla por cualquier punto y destruirla en parte; pero tenían los ingleses la ventaja de que aquél luchaba con el desconocimiento completo del terreno y para orientarse tenía que servirse de guías portugueses, que ó le eran traidores ó sencillamente lo encaminaban rutinariamente por las vías más conocidas.

Por consejo de éstos el general francés tomó el camino de Viseo para dirigirse á Coimbra y el 22 ocupaba ya aquel punto, reconcentrando en él sus divisiones. Los ingleses fueron retirándose ante aquel avance, pero bajando por la ribera izquierda del Mondego, pasaron este río por Peña-Cova y otros puntos cercanos y fueron á interponerse en el camino de Coimbra, situándose en las asperezas de la orilla derecha. El ejército británico quedó entonces colocado en la siguiente forma: la brigada portuguesa que mandaba el general Pack, se situó en Criz; la de Crawford en Mortagao; la de Picton y Cole en la sierra de Busaco; en un llano de enfrente la caballería y avanzada en Meallada; la división Spencer para atender á Oporto en el caso que Massena se dirigiera á dicha ciudad.

El mariscal francés se regía completamente por las órdenes de Napoleón y, más que á conquistar territorios portugueses, atendía á destruir cuanto antes aquel ejército británico que era la eterna preocupación del emperador. Por esto, en vez de dedicarse á la conquista que siempre consideraba segura en caso de derrotar á Wellington, se dirigió directamente en seguimiento de éste á quien encontró en la sierra de Busaco en posición de batalla.

En las primeras horas del día 27, entablóse el combate que fué empeñado y sangriento. Al principio la división Reynier cargó á la bayoneta con tal empuje que consiguió enseñorearse de la altura que ocupaban los ingleses mandados por Picton; pero rehiciéronse éstos y conquistaron otra vez sus posiciones arrojando de ellas á los franceses que dejaron la pendiente cubierta de cadáveres.

En tanto Ney con sus fuerzas se dirigió contra un convento que guardaba la división Crawford y en el que se encontraba Wellington. Dejaron los ingleses con esa serenidad flemática propia de su raza, que llegaran los enemigos á la distancia de un tiro de pistola de su posición, y entonces rompieron sobre ellos un fuego tan certero y espantoso y con tal ímpetu cargaron á la bayoneta por el frente y los flancos, que los franceses huyeron á la desbandada, cuesta abajo en los primeros momentos y aunque después se hicieron fuertes en una pequeña aldea del llano é intentaron resistir, fueron nuevamente arrojados de tal posición y tuvieron que retirarse á gran distancia.

El combate descrito en los dos pun-

tos se verificó en muy poco tiempo y en el resto del día no hicieron ambos ejércitos más que tirotearse.

La victoria quedó por los ingleses sin que experimentaran grandes pérdidas á causa de la ventaja de su posición.

El ejército francés sufrió más en aquella jornada, pues perdió unos cuatro mil hombres entre ellos los generales Graindorge que fué muerto y Simón que quedó prisionero habiendo recibido heridas los de igual graduación Foy y Merle.

A pesar de la reciente victoria, Wellington tuvo que retirarse precipitadamente repasando el Mondego, pues supo que sólo tenía delante una parte pequeña del ejército francés para distraerle, mientras que el resto con Massena se había corrido por la derecha para tomar el camino de Oporto á Coimbra con el intento de coger á los ingleses por la espalda.

Cuando Wellington vino á advertir esta hábil operación de su enemigo ya no tenía tiempo más que para retirarse y así lo hizo enviando á la división Hill por el camino de Thomar mientras que él con el grueso de las fuerzas se dirigía apresuradamente á Coimbra. Pasó rapidamente por esta ciudad que recibió con tal visita graves daños, pues desmoralizada la soldadesca inglesa como tenía costumbre en todas las retiradas, cometió graves excesos que aun se hicieron mayores á la llegada de los franceses.

Abandonó Massena á Coimbra después de dejar en ella una fuerte guarnición; pero el coronel inglés Traut que había quedado á retaguardia sobre el Vonga con alguna milicia portuguesa cayó por sorpresa sobre la ciudad y consiguió apoderarse de ella haciendo prisioneros los cinco mil franceses que la guardaban.

No detuvo este desastre á Massena, que tenía verdadera ansia en avanzar contra Wellington y borrar con una completa victoria la derrota de Busaco y á pesar de las grandes lluvias que sobrevinieron siguió adelante por el camino de Leiría logrando en los días 9 y 10 de Octubre sorprender y causar algún daño en Alcoentra y Alenquer á los ingleses que iban á guarecerse en las líneas de Torres-Vedras.

Los franceses avanzaban con tal desconocimiento del terreno y tan ignorantes de los preparativos del enemigo, que Massena hasta algunos días antes no tuvo noticia de la existencia de las famosas líneas.

Quedó sorprendido el general francés á la vista de aquellas ignoradas é importantes obras de defensa y ocupó algunos días en examinarlas, no sabiendo en su repentina indecisión que partido tomar. Un consejo de generales que reunió acordó por fin no emprender el ataque de las líneas hasta que Napoleón enviara nuevos refuerzos y que entretanto se limitara el ejército francés al bloqueo de aquéllas.

En virtud de tal acuerdo Reynier

pasó á situarse en Villafranca de Xira á orillas del Tajo, Junot se puso en Sobral al pié de los montes, el cuartel general se estableció en Alenquer y Ney tomó posición á retaguardia en Otta.

Wellington formó sus fuerzas frente á las del enemigo, y á la derecha, en Alhambra sobre el Tajo, colocóse Hill; en Torres-Vedras Picton y en el centro el cuartel general y la división de Beresford.

El ejército inglés no tenía soldados suficientes para cubrir la línea y quedaban por tanto en ésta grandes claros; pero á fines de Octubre éstos fueron rellenados con las fuerzas de auxilio que envió Inglaterra y España.

Nuestra patria á pesar de que su situación era tan apurada como la de Portugal, envió en auxilio de ésta algunas fuerzas y de un modo tan noble y desinteresado pagó la indiferencia con que la vecina nación había mirado sus desgracias y el desvío de los ingleses después de la batalla de Talavera y durante el sitio de Ciudad-Rodrigo. El marqués de La Romana acudió desde Extremadura con ocho mil hombres que tomaron posición en dichas líneas y D. Carlos de España con una brigada pasó también la frontera yendo á proteger la villa de Abrantes fortificada por los ingleses.

La situación de Massena frente á las líneas se iba haciendo cada vez más difícil. Wellington de acuerdo con la Regencia publicó un decreto llamando á las armas á todos los hombres útiles de Portugal, y muy en breve se vieron los invasores acosados por todas partes por un enjambre de partidas.

Massena se había metido voluntariamente en una situación de la que le iba á ser difícil salir. A su derecha tenía el mar cuya costa estaba ocupada por tropas enemigas que tenían su apoyo en las fortificaciones de Peniche y Obidos; á la izquierda corría el Tajo; por el frente tropezaba con las formidables líneas y á la espalda sentía las milicias portuguesas de las provincias del Norte que se daban la mano con las de la Beira Baja y la columna mandada por el general España.

Con las milicias de Lisboa y otros puntos que se unió al ejército inglés, la primera y segunda línea llegaron á contar con ciento treinta mil defensores sin tener que incluir en dicho número la marinería inglesa que custodiaba la tercera línea.

Massena en una situación tan crítica se mostraba indeciso por primera vez en su vida. Un ataque general á las líneas lo juzgaba imposible, pues conocía el valor defensivo de aquellas obras; pero aun veía más difícil el permanecer en la posición que ocupaba, esperando los refuerzos de Francia, pues los enemigos que le rodeaban iban estrechándole cada vez más é impidiendo la llegada de las vituallas necesarias. La retirada era el único remedio de una situación tan angustiosa, pero el «hijo de la victoria» en

su orgullo militar hasta entonces no lastimado, sentía repugnancia de volver atrás teniendo el enemigo á la vista.

Por fin la fuerza de las circunstancias pudo más en Massena que la pasión personal y conociendo la gran responsabilidad que contraería ante su amigo Bonaparte si dejaba perecer de hambre á su ejército por conservar el terreno ganado, ordenó la retirada y en la noche del 14 al 15 de Noviembre levantó el campo para buscar posición más desahogada en la que esperar los refuerzos pedidos.

En tanto, Portugal era teatro de tales hechos, trabajaban los ejércitos españoles tanto para defender su territorio como para evitar que las fuerzas francesas que ocupaban á España pudieran marchar en auxilio de Massena.

Extremadura era por necesidad la provincia que mayor parte debía tomar, atendida su posición geográfica, en la empresa de distraer á los franceses para que no pudieran acudir en socorro de sus compañeros de Portugal.

No se seguía un plan concertado para hacer la guerra; por lo regular los jefes subalternos obraban por propia inspiración; pero casi siempre alcanzaban más éxitos operando del tal modo, que sometidos á generales más ó menos ineptos.

El 5 de Agosto salió La Romana de Badajoz con la división de Mendizábal para atacar las fuerzas francesas que estaban en Salvatierra. Huyeron éstas al aproximarse los españoles; pero el 11 volvieron sobre las posesiones que había tomado el general español el cual, desacertado como siempre, si no sufrió una derrota tan solo fué porque el intrépido D. Martín Carrera supo dar una brillante carga tan á tiempo que hizo perder á los enemigos las ventajas que llevaban alcanzada.

La Romana recibió un refuerzo regular con habérsele incorporado la fuerza de caballería que guiaba Butrón y una columna portuguesa mandada por Madden é inmediatamente fué en busca del enemigo con el que en 15 de Setiembre se encontró en Fuente de Cantos. Carrera y Butrón pelearon con la bizarría acostumbrada, pero los enemigos eran tan superiores en número que los esfuerzos de aquéllos hubieran resultado inútiles á no acudir Madden que con sus tropas, detuvo á los franceses y acabó por arrollarles.

Después de alcanzada esta ventaja se efectuó la marcha de La Romana para tomar parte en la defensa de las líneas de Torres-Vedras; pero las restantes fuerzas españolas, empeñando combates sin importancia, supieron entretener el cuerpo de ejército que mandaba Mortier é impedirle que fuera en auxilio de Massena, con lo cual hubiera puesto en gran aprieto á Wellington obligándole á distraer numerosas fuerzas.

En Castilla la guerra estaba reducida al mismo sistema que en Extre-

madura. No se daban en ella grandes batallas, ni lidiaban en una ú otra parte numerosos ejércitos, pero en cambio los franceses recibían mayores daños que cuando la guerra tenía un carácter más militar.

Las guerrillas cada día más numerosas y audaces, emprendían correrías por los países en que más fuerte era la dominación invasora, y no sabían los franceses cómo combatir de un modo fructuoso aquellos enemigos cuya rapidez y movilidad jamás podían imitar.

En la Mancha habían aparecido D. Francisco Abad (a) *Chaleco* y don Manuel Pastrana (a) *Chambergo*, que competían en valor y suerte con los antiguos guerrilleros Mir, Francisquete, Jiménez, etc., y en la provincia de Toledo comenzaba á hacerse notar el médico de Villalengua don Juan Palarea, que ya no debía desceñirse más la espada que las desdichas de la patria le pusieron al costado. También en Cuenca el atrevido Martínez San Martín sabia escarmentar á los franceses; pero de todos estos esforzados patriotas, nadie igualaba á D. Juan Martín el Empecinado, que regularmente escogía por campo de operaciones la provincia de Guadalajara.

Aquel guerrero popular tan atrevido como afortunado, llegaba en audacia á un límite inconcebible. Su activa movilidad no tenía límites. Cuando no encontraba en la ya citada provincia fuerzas francesas que destruir, se extendía por las cercanas y en especial dirigía sus correrías hacia Madrid, cuyas autoridades no sabían cómo librarse de aquel huésped incómodo que hacía su aparición cuando menos esperado era.

Madrid vivía en continuo bloqueo á causa de las correrías del Empecinado y para esto nada tenía de extraordinario el ir con algunos de sus guerrilleros á abrevar los caballos en la misma puerta de Toledo, llegando el 13 de Julio á meterse en la Casa de Campo, posesión real á orillas del Manzanares, donde solía pasear José casi todas las tardes.

Aquel audaz guerrillero llegaba hasta á obligar al rey intruso á que no diera un paso fuera de las puertas de Madrid sin ir acompañado de fuerte escolta de caballería. A pesar del empeño que los invasores demostraban en despreciar á los guerrilleros que llamaban *bandidos* y sobre todo en quitar importancia al Empecinado cuyo nombre comenzaba á hacerse popular en toda Europa, el embajador francés residente en Madrid se veía obligado á decir en su correspondencia: «nadie puede sin grave riesgo de caer en manos de ese hombre alejarse de las tapias de Madrid.»

Tan temible llegó á ser el Empecinado para el gobierno de José, que éste por fin se humilló á combatir directamente á tal enemigo y poniendo toda la atención en su exterminio comisionó á Hugo, el más fogoso y activo de los generales franceses, que en

las guerras de Italia había perseguido á las partidas de este país, para que al frente de tres mil hombres persiguiera á aquellas «cuadrillas de miserables bandidos.»

Intentó Hugo perseguir sin tregua al Empecinado; pero corrió siempre tras un fantasma impalpable que se evaporaba allá donde era buscado, y en cambio aparecía repentinamente á gran distancia. Cansadas al fin las fuerzas francesas y descontentas de aquel género de guerra tan escaso en glorias como abundante en fatigas, su general se dedicó á asegurar el país é impedir el tránsito al audaz guerrillero, con cuyo objeto fortificó á Brihuega y Sigüenza, y colocó grandes destacamentos en todos los puntos estratégicos. No sirvieron de gran cosa estas medidas; pues el Empecinado siguió corriendo la provincia, y antes bien le proporcionaron medios de ir derrotando y deshaciendo á los franceses atacando sus acantonamientos uno por uno. Jamás supo Hugo ciertamente dónde se encontraba su temible enemigo; pues tan pronto le veía caer sobre Sigüenza, Cifuentes ú otros puntos importantes, como corría á Burgos ó á Soria, para aparecer á los pocos días en las puertas de Madrid. Aquel temible caudillo parecía tener el don de ubicuidad, pues en poco tiempo hacía su aparición en los puntos más distintos, proporcionándole tal ventaja, la pasmosa movilidad de los mil quinientos infantes y seiscientos caballos que constituían toda su fuerza.

El general francés estaba desesperado y no sabía de qué medios valerse para vencer tan temible enemigo. Por fin creyó haber encontrado un pensamiento decisivo, y figurándose que trataba con uno de aquellos guerrilleros italianos que tenían más de bandidos que de patriotas, propuso el 7 de Diciembre al honrado D. Juan Martín, que abrazara la causa francesa prometiéndole en cambio á nombre del rey José todo cuanto deseara de honores y dinero. Ofendido rudamente aquel héroe, contestó á la infame proposición del modo más enérgico, y juró vengar el insulto haciendo á los franceses una guerra aún más cruel é incesante.

Las más estupendas hazañas llevó á cabo aquel caudillo de que tantas veces tendremos que ocuparnos y cuyo nombre es inmortal.

El país estaba entusiasmado con las heroicidades del hombre extraordinario salido de la última clase social, fiel representante de la grandeza del pueblo, y su retrato corriendo tanto como su fama, era venerado por todos los patriotas que casi llegaron á mirarle como un sér sobrenatural.

No ya sus éxitos como caudillo ni su bondad caballeresca, llamaban únicamente la atención de todos sino que se relataban sus hazañas personales, dignas, por lo estupendas y grandiosas, de un paladín de libros de caballerías.

España, que universalmente es conocida como patria de hombres esfor-



D. JUAN MARTIN EL EMPECINADO.

zados y de soldados valerosos hasta lo inverosímil, no ha tenido ningún hijo que sobrepujase en audacia y fortaleza al férreo D. Juan Martín.

Siempre el primero en el ataque, su sable era el terror de los franceses, y cuando la guerrilla veíase forzada á retirarse, él era el último en abandonar el campo, y con su cuerpo cubría á sus subordinados.

Su fiereza en el combate era aun mayor que su infantil bondad en la vida íntima, con ser ésta hasta censurable por lo exagerada. Aquel cuerpo de hierro desafiaba los mayores peligros, y para la diestra de D. Juan Martín era poca cosa salir de un combato habiendo dado muerte á cuatro ó cinco enemigos. En la época que tan encarnizadamente luchaba con las fuerzas del general Hugo, el Empecinado sorprendió una columna francesa y la derrotó hasta el punto que cada uno de sus individuos escapara por distinto lugar. Desbandóse también la guerrilla, saliendo cada partidario detrás de un francés fugitivo, y D. Juan Martín, completamente solo, partió en seguimiento del coronel que mandaba la columna y que escapaba á todo galope de su caballo. A cosa de media legua el oficial francés, viendo que era un hombre solo quien le seguía, paró su corcel, y blandiendo el sable le intimó la rendición. Contestóle el Empecinado con un tremendo sablazo, pero el francés era muy hábil en la esgrima, y á los pocos golpes consiguió desarmarle.

Al verse al descubierto y por completo á merced del enemigo, el guerrillero, con su nerviosa agilidad, saltó de su caballo al del contrario, y abrazándose al cuerpo de éste, vinieron los dos al suelo, donde rodaron forcejando un buen rato. Era el francés alto y robusto como un gigante, y consiguió al fin ponerse encima y sujetar á D. Juan Martín; pero éste, poseído de loca fiereza, le dió un tremendo bocado en la nariz quedándose con ella en la boca. Con el intenso dolor aflojó un tanto su presa el francés, y entonces el guerrillero logró darle la vuelta, y poniéndole la rodilla al pecho, le apretó el robusto cuello con sus nervudas manos.

Cuando el asistente de D. Juan Martín llegó al poco rato en seguimiento de éste al lugar del combate, el francés era ya cadáver.

Mientras el Empecinado llevaba á cabo tales hazañas, otros guerrilleros, si no con tan grandioso éxito con una actividad casi igual, trabajaban por la causa de la patria hostilizando en todas partes á los franceses.

El cura Merino, Crevillas, el Capuchino, Gómez, Príncipe y sobre todos el intrépido D. Julián Sánchez, derrotaban á los franceses en las provincias de Segovia, Avila, Soria y Salamanca, y los obligaban á no salir fuera de los muros de sus fortificaciones más que en grandes masas y aun exponiéndose á ser desbaratados.

En Galicia, el ejército patriótico no trabajaba con el éxito y actividad



de otras ocasiones. Las tropas que mandaba Mahy no salían de los puertos de Manzanal y Fuencebadon y sólo en dos ocasiones se adelantaron para ocupar por poco tiempo á León.

La falta de decisión y energía característica en Mahy y la anarquía política en que había dejado á las juntas gallegas el perturbador marqués de La Romana, eran causa de esta fatal ausencia de actividad más censurable en una región que antes tanto se había distinguido en la lucha nacional.

Asturias se mostraba más animada contra el invasor, pero sus esfuerzos resultaban muchas veces aislados, pues no existía en ella unidad de acción á causa de la ineptitud de sus autoridades.

Había cometido la Regencia el desacierto de nombrar para el mando en jefe del ejército asturiano, á D. Ulises Albergotti, anciano de apagadas facultades intelectuales é incapaz de toda actividad, el cual se dejó sorprender por los franceses en Navia, y sin oponer resistencia se retiró apresuradamente, no parando hasta Galicia. A causa de tal derrota, dióse el mando de Asturias á Mahy, esperando que el tener éste la dirección del ejército en Galicia y Asturias, habría más unidad en las operaciones. El nuevo general inauguró su autoridad organizando un plan al que hizo concurrir mil quinientos hombres de las tropas estacionados en el Vierzo, pero no causó éste tanto mal á los franceses como las expediciones que hizo por la costa el intrépido Porlier.

Este audaz guerrillero era el único en Asturias que sabía trabajar con fruto por la causa patriótica. En su primera expedición partió de Rivadeo escoltado por cinco fragatas de la armada inglesa y desembarcando en las inmediaciones de Santoña destruyó sus baterías, hizo considerable número de prisioneros y volvió sin contratiempo alguno á la Coruña, reforzada su gente con los patriotas de aquella población que se le unieron. En la segunda expedición tomó tierra entre Rivadesella y Llanes, marchó con gran rapidez, antes que se apercibiera el enemigo sobre Santander, y destruyendo varios destacamentos sembró la confusión entre los franceses que ocupaban aquel territorio obligándoles á vivir en perpetua alarma.

En las provincias Vascongadas y en Navarra, á pesar de ser las regiones más vigiladas por los enemigos, pues eran de continuo tránsito para Francia, luchaban honrosamente y con éxito guerrilleros tan conocidos como D. Francisco Longa en Alava, Jáuregui el pastor en Guipúzcoa y en Vizcaya D. Juan Arostegui con su temible partida de *bocamarteros* llamados así por ser su arma favorita el trabuco conocido vulgarmente por *bocamarta*.

Importantes eran las hazañas llevadas á cabo por tales caudillos, y justo por tanto el renombre que gozaban; pero no tardó en aparecer en las mis-



EL GENERAL ESPOZ Y MINA.

mas regiones quien debía sobrepujarles y poner su nombre á la envidiable altura del de el Empecinado. Al caer prisionero de los franceses Mina, el estudiante, el tío de éste D. Francisco Espoz y Mina, joven labrador de Idocin, reunió á doce compañeros de su sobrino y con ellos se lanzó á imitar las gloriosas empresas de éste. Tenía Espoz y Mina veintisiete años cuando tomó las armas para formar por primera vez en la partida de su sobrino, pero poseía un espíritu de observación tan fino y una inteligencia tan clara, que muy pronto adquirió una experiencia inesperada en su edad.

Dotado del instinto organizador y hombre al mismo tiempo de corazón recto y honrado que no podía presenciar con calma el menor atropello, sus primeros actos fueron encaminados al mismo tiempo que á derrotar franceses, á restablecer el orden en la causa patriótica que por aquella parte andaba algo alterado.

Era Espoz y Mina hombre tan benévolo y complaciente con la honradez y el mérito como enérgico y duro con la maldad y el delito, y como por aquel tiempo pululasen en Navarra guerrilleros que más que á defender la causa de la patria atendían á saquear y vejar á sus propios compatriotas, su primer acto apenas se vió jefe de partida, fué dirigirse á Estella donde se encontraban un tal Echevarría y tres cabecillas más que socolor de patriotismo procedían como bandidos y reduciéndolos á prisión los mandó fusilar á vista de sus atónitos soldados que arengados después en nombre del honor y de la patria por el joven caudillo se unieron á su partida.

Aquel atrevido hecho demostró hasta dónde rayaba la enérgica honradez y el temple de alma del nuevo campeón, que en muy pocos meses hizo su nombre popular en todo el mundo. A principios de Abril comenzó las operaciones y con tanta actividad supo moverse y tantos fueron los convoyes que apresó y los destacamentos y columnas que puso en fuga, que á los cuatro meses tuvo la inmensa honra de que el gobierno francés destinara á su persecución treinta mil hombres mandados por generales de renombre, cual si se tratara de la destrucción de un temible ejército.

La tremenda avalancha que cayó sobre las pequeñas fuerzas de Mina, movieron á ésta á desparramar su gente en las provincias de Aragón y Castilla con objeto de continuar en ellas la guerra con menos inferioridad numérica, y tanta era su osadía que habiendo recibido una herida en un encuentro marchó tranquilamente á su casa de Idocin para curarla y así que estuvo restablecido volvió á reunir en Navarra sus batallones que ya sumaban un total de tres mil hombres.

Desde aquel momento nada hubo en aquellas provincias que se le pudiera oponer. Estableció aduanas particulares en la frontera y con sus pingües productos armó y uniformó á su gente, tomó poblaciones fortificadas,

derrotó brigadas completas y obligó á los franceses cuando querían salvar un convoy á custodiarlo con divisiones enteras.

Tales fueron sus hazañas, que á pesar de la repugnancia que los franceses y aun las mismas autoridades españolas manifestaban en reconocer y respetar á los guerreros improvisados y salidos del pueblo, la Regencia al terminar el año 1810 le nombró comandante general de las guerrillas de aquellas provincias y los enemigos no tenían inconveniente en reconocer su poderío sin límites, llamándole «el rey de Navarra.»

En Cataluña los asuntos de la guerra habían hecho que se reuniera otra vez el Congreso antes congregado en Manresa y que ahora eligió para punto de residencia Tarragona. El 17 de Julio comenzó sus sesiones, y las medidas que tomó fueron muy acertadas, pues planteó un alistamiento militar en armonía con las costumbres de dicho país, que no se muestra favorable al servicio forzado; dictó reglas para que los tributos se cobraran con regularidad; destinó á los gastos de la guerra cantidades de origen eclesiástico que hasta entonces iban á perderse en la insaciable bolsa de Roma, y á pesar de que los tiempos no favorecían al crédito nacional, encontró medio para contratar un empréstito de medio millón de duros.

El capitán general D. Enrique Odonell hacía por su parte cuanto le era posible por mejorar las tan deficientes instrucción y disciplina de la tropa, causa de tantos desastres. Desprovisto de la preocupación de otros militares que no querían reconocer las ventajas de la guerra de guerrillas, adoptó este sistema y dividiendo sus fuerzas en pequeñas columnas, las movió en todas direcciones por el país, impidiendo el tránsito de convoyes y teniendo en continua alarma á las guarniciones de los pueblos fortificados. La primera división del ejército se estableció á la vista de Barcelona en la línea del Llobregat, teniendo por apoyo la célebre montaña de Montserrat, fortificada al efecto, la segunda se situó en Falset para estar en observación del ejército francés de Aragón, que intentaba caer sobre Tortosa; la tercera fué destacada á los Pirineos por el lado de Estevi, con el fin de detener alguna expedición que de Francia pudieran enviar por el valle de Arán y por la parte de Olot acampó una brigada de tropas ligeras para estar á la mira de los movimientos de los enemigos por la carretera de Francia. Odonell situó su cuartel general en Tarragona dispuesto á marchar con la reserva en auxilio de cualquiera de sus fuerzas que se viera comprometida, y además fomentó en el país la organización de guerrillas para impedir los progresos del enemigo y conservar la parte occidental de Cataluña.

Macdonald, que como ya dijimos, sucedió á Augereau en el mando de dicha región, limitó por el pronto todas sus operaciones á abastecer á Barce-

lona, empresa no muy fácil, pues había necesidad de escoltar con grandes fuerzas los convoyes y sostener reñidos encuentros para que pudieran pasar adelante. Durante los meses de Junio, Julio y Agosto, no acometió empresa de mayor importancia; pero pasado este tiempo, hizo cuanto pudo para romper la línea de enemigos y concurrir al sitio de Tortosa que había emprendido Suchet bajando desde Aragón.

Este mariscal, después de enseñorearse de dicho reino, juzgó no estaban redondeados sus dominios si no se apoderaba del Ebro hasta su misma embocadura, para lo cual, le era necesario conquistar á Tortosa. Además, conveníale adquirir dicha plaza, porque de tal modo podía conducir convoyes por el río hasta el corazón de Aragón y tener un punto de apoyo para marchar á la conquista de Valencia.

Con objeto de acometer dicha empresa, reunió el general francés en Mequinenza gran provisión de víveres y municiones y arreglando á prevención un tanto los caminos para el traslado de la artillería, fué haciendo avanzar sus fuerzas. De Alcañiz partió la división Laval compuesta de ocho mil infantes y mil caballos y fué á situarse en la margen derecha del Ebro, frente al puente de Tortosa extendiéndose hasta Amposta; de Lérida salió la de Habert que constaba de cuatro mil hombres y fué á situarse en García para poder acudir al campo de Tarragona ó caer si era necesario por Tivenys sobre Tortosa, y Suchet con la brigada París se adelantó á Mora y echó dos puentes sobre el río para la fácil comunicación de sus fuerzas en una y otra ribera.

Al estar Tortosa bajo tal amenaza, Odonell movió su ejército é hizo cuanto pudo para impedir que Suchet formalizara el sitio. La guarnición de aquella plaza hizo varias salidas vigorosas contra el campamento de Laval y la división segunda del ejército de Cataluña situada en Falset, sostuvo felizmente varios choques empeñados con las tropas del general Habert. Odonell llevado de su arrojo y deseos de pelear personalmente, se metió en Tortosa para animar con su presencia á los defensores y dispuesto á hacer de la plaza una segunda Gerona.

El 1.° de Agosto entró en la ciudad y el 3 dispuso ya una salida que en la primera parte tuvo completo éxito; pero luego se vieron los españoles forzados á retirarse en vista de los refuerzos que recibía el enemigo.

El apuro en que se hallaba Tortosa y la falta de auxilio de Valencia excitaron la opinión pública contra Caro, el gobernador de este reino más ocupado en tiranizar á sus subordinados y satisfacer venganzas personales que en atender á los intereses de la patria.

Ya antes de que llegara tal caso, la general protesta que contra él se levantó en vista de la indiferencia con que miraba la pérdida en Aragón y Cataluña de plazas tales como Lérida

y Mequinenza, movióle á enviar contra los franceses que ocupaban Morella á Odonojú con una expedición de cuatro mil hombres. Este general que había caído prisionero el año anterior en la desgraciada batalla de María y que era bastante tardo y rutinario en el obrar, intentó la conquista de Morella, pero no pudo lograrla y al volver en Julio por segunda vez, no solo fué rechazado, sino que los franceses lo derrotaron por completo en Albocacer.

Al amenazar Suchet á Tortosa, Odonell pidió encarecidamente á Caro que acudiese en su auxilio; pero éste si al fin se movió de Valencia, lo hizo lentamente por el camino de la costa. Llevaba Caro veinte mil hombres y á pesar de la superioridad de tal fuerza sobre la del enemigo, apenas le salió al encuentro Suchet en Calig con diez batallones se retiró vergonzosamente sin detenerse hasta Sagunto. El primero en emprender la retirada fué Caro que conoció en aquella ocasión era más sencillo y cómodo tiranizar y vejar á los habitantes de Valencia, que luchar en el campo con los enemigos de la patria.

Tal indignación produjo en Valencia aquella deshonrosa retirada que el pueblo comenzó á amotinarse tanto más cuanto que acababa de descubrir nuevos intentos de opresión en el cobarde tiranuelo, y éste temeroso por su vida huyó de la ciudad disfrazado de fraile y se embarcó con rumbo á las islas Baleares.

Al quedar de tal modo abandonado el mando de Valencia, se encargó de él D. Luis de Bassecourt que mandaba una columna volante en Cuenca y el cual era militar de bastante mérito. Su primera operación fué ponerse de acuerdo con Odonell para obrar en combinación.

La cobarde retirada de Caro no pudo verificarse en peores condiciones para Odonell. Cuando aquel auxilio se alejaba de Tortosa, Macdonald en cambio desligado momentáneamente del compromiso de abastecer Barcelona, pasó á Cervera amenazando caer sobre la primera división española que guardaba la línea del Llobregat.

Apurada iba á ser la situación de Odonell al verse quedar entre dos enemigos activos como Suchet y Macdonald, mas para salir de tal trance, el intrépido caudillo ideó una expedición que por lo atrevida é inesperada tenía grandes probabilidades de éxito. Con algunas tropas y artillería fué por mar á Villafranca y puesto al frente de la división de Campoverde subió hasta Esparraguera donde se le uniéron fuerzas de caballería, y descendiendo rapidamente por Mataró llegó hasta Pineda. En este punto destacó dos batallones á las órdenes de Fleires para que marcharan por el camino de la costa en tanto que él con el grueso de las fuerzas se dirigió por el de Tordera á Vidreras.

Al llegar á este punto escogió entre sus soldados poco más que un regimiento de caballería y cien infantes y

seguido de ellos se dirigió con una celeridad vertiginosa sobre La Bisbal cuya guarnición quería coger por sorpresa.

La operación tuvo un éxito completo. Rápidamente se apoderó Odonell de La Bisbal haciendo prisioneras las patrullas que encontró en sus calles, y aquella misma noche tuvo que entregársele la guarnición que al mando del general Schwartz se había hecho fuerte en el viejo castillo de la población. En tanto los dos batallones que mandaba Fleires, siguiendo el camino de la costa se habían apoderado por sorpresa de San Feliu de Guixols y Palamós. Aquella arriesgada operación pilló á los enemigos en el mayor descuido, pues jamás había llegado á imaginarse tal atrevimiento en el general cuya situación en Fortosa era tan apurada.

Los resultados inmediatos del triunfo, fueron la ocupación de tres pueblos y la adquisición de diez y siete cañones con cerca de mil trescientos prisioneros entre los que figuraban un general y sesenta oficiales.

Tal fué la resonancia que aquella hazaña tuvo en toda la nación, que el gobierno concedió poco tiempo después á D. Enrique Odonell el título de conde de La Bisbal con que en adelante fué conocido.

El resultado que el victorioso general se había propuesto lograr, no tardó en manifestarse. Pues no solo Macdonald vióse forzado á abandonar su actitud amenazante sobre la línea del Llobregat y retirarse á Barcelona, sino que animados los patriotas de la parte Norte de Cataluña por aquel éxito, recobraron su amortiguado entusiasmo y la guerra volvió á renacer en aquella parte con la fuerza de tiempos anteriores.

El barón de Eroles que por los méritos que contrajo en la defensa de Gerona había sido nombrado comandante general de las tropas del Ampurdán, llevó su audacia hasta acometer á los franceses en el campamento de Lladó, y en cuanto á Campoverde llegó á atravesar la frontera con su división y metiéndose en la Cerdeña francesa impuso contribución de guerra á los súbditos de Napoleón teniendo á la vuelta que sostener un reñido combate con Macdonald en Cardona.

Estas operaciones aunque de escasa importancia, eran de gran utilidad; pues dificultaban y entretenían al enemigo, y haciendo que en Barcelona escasearan los convoyes, le obligaban á dedicarse á escoltar éstos, imposibilitándoles el ocuparse en empresas de mayor trascendencia.

También la notable expedición del conde de La Bisbal, sirvió para que Suchet tuviera que paralizar el sitio de Tortosa durante los meses de Setiembre y Octubre. El ejército sitiador se veía de continuo falto de víveres; pues las columnas españolas que pululaban por ambas orillas del Ebro, impedían que llegaran los almacenados en Mequinenza, siendo el intrépido D. Pedro Villacampa quien con más

ahinco y suerte se dedicaba á esta tarea.

La crecida que las lluvias invernales hicieron experimentar al Ebro, facilitó á Suchet el enviar furtivamente los víveres á las tropas bloqueadoras y para limpiar por completo de enemigos los alrededores de Tortosa, hizo que el general Habert atacase la división española que estaba en Falset. Esta se resistió con tesón por algún tiempo; pero abrumada al fin por la superioridad numérica de los franceses, tuvo que retirarse.

Acudió por entonces Bassecourt en socorro de Tortosa, pero su imprevisión y demasiado ardor, malogró el éxito de la empresa. Salió de Peñíscola con nueve mil hombres y los dividió en tres cuerpos haciéndolos marchar por distintos caminos y mandando él en persona el del centro que tomó la ruta de Ulldecona. Al llegar á este punto avistóse con el enemigo; pero en vez de mantenerse á la espectativa y aguardar la llegada de las fuerzas restantes, llevado de su afán de pelear dió la orden de ataque, y se lanzó contra los franceses con solo tres mil soldados, confiando que no tardarían en llegar los demás batallones.

El denuedo y valor de los españoles no bastaron para batir al enemigo. Tres veces embistieron nuestros soldados, pero fueron rechazados por la gran superioridad numérica de los franceses, y tuvieron que retirarse á Vinaroz hasta donde conservaron el orden; pues desde este punto á Peñíscola corrieron á la desbandada acosados por la brigada Mussnier, y quedando gran parte prisioneros.

Mientras tal triunfo alcanzaban las tropas de Suchet, Macdonald introducía un importante convoy en Barcelona, y volvía á quedar libre por algún tiempo de tan enfadoso cuidado y útil por tanto para ayudar á su colega en el sitio de Tortosa.

Después de dejar guardada con quince mil hombres la carretera de Barcelona á Francia, y suficientemente aseguradas todas las poblaciones importantes del tránsito, salió con quince mil soldados hacia el Ebro, y llegó á Mora el 13 de Diciembre avistándose con Suchet, y conviniendo en que éste se encargaría del sitio de Tortosa, estableciendo su cuartel general en Cherta mientras que él cubriría los puestos de observación que hasta entonces ocupaba la división Habert.

Para mayor desgracia de la causa española, las operaciones sufrieron gran paralización por parte del ejército nacional; pues Odonell tuvo que marchar á las islas Baleares para atender á la curación de una herida recibida en la jornada de La Bisbal, y quedó en tanto encargado del mando con el carácter de intero, y como á general más antiguo D. Miguel de Iranzo, el cual se limitó á colocar sus fuerzas frente á los franceses.

Así terminó en Cataluña la campaña de 1810.

Para hacer más completo el cuadro

de la situación militar que presentaba España á fines de aquel año, réstanos hablar de Cádiz, en cuya ciudad, á más de sostenerse brillantemente los ataques del ejército sitiador, se organizaban expediciones dirigidas á diversos puntos y cuyo fin verdadero era llamar la atención de los franceses hacia otras partes, estorbándoles el asedio de la plaza.

Convenía al gobierno de Cádiz para distraer á los sitiadores, crear la guerra y la resistencia en puntos no muy lejanos, que necesariamente debieran preocupar al ejército bloqueador, y ninguna comarca parecióle más propia que la Serranía de Ronda, para la que adoptó el plan de construir en el espacio de costa que media entre el Mediterráneo y el Atlántico, una línea de puntos fortificados que tuviera su apoyo en Gibraltar y al mismo tiempo reconstruir en lo posible los castillos roqueros de la época de la dominación sarracena, que todavía quedaban en aquella tierra ocupando las más inaccesibles alturas y guarnecerlos con el paisanaje.

Necesitaba la Regencia un general tan inteligente como audaz para ponerlo al frente de la expedición, y lo encontró en el intrépido Lacy, el cual salió de Cádiz con las tropas á mediados de Junio y desembarcando en Algeciras avanzó á Gauzin, donde vió claramente no era tan fácil la empresa encomendada como la creía el gobierno español.

Ronda, que era el punto más importante, estaba bien fortificada por los franceses, y además, las fuerzas que ocupaban el país en unión de las numerosas columnas que habían destacado Víctor y Sebastiani, ponían á Lacy en situación apurada. Este convino el levantamiento del país con los principales patriotas de él, pero le fué imposible sostenerse más tiempo en aquella tierra, á pesar de que los ingleses enviaron en su auxilio una columna de ochocientos hombres, y se embarcó volviendo á tomar tierra en Algeciras, desde donde hizo un intento para salvar el sitiado castillo de Marbella; pero al fin tuvo que retirarse definitivamente á Cádiz, sin que su correría alcanzase más éxito que alarmar á Víctor, Sebastiani y Mortier, é impedir que éste último concurriera con su cuerpo de ejército á la conquista de Portugal.

No había transcurrido aun un mes, cuando Lacy se puso al frente de una segunda expedición, que tenía por objeto favorecer á los aliados en Portugal, impidiendo fueran allá nuevas tropas francesas. Enderezó su rumbo Lacy al condado de Niebla, cerca de los Algarves, y desembarcando en las inmediaciones de Huelva, púsose en combinación con los comandantes de los buques que le habían conducido, los que entraron éstos en el río Tinto mientras él se dirigía á Moguer. La guarnición francesa de este punto huyó á la aproximación de Lacy; pero luego grandemente reforzada tornó sobre sus pasos, mas como el general

había ya cumplido su encargo de entretener á los franceses y llamar su atención por aquella parte, se reembarcó á los tres días, siendo acogida esta determinación con gran disgusto por todos los patriotas del condado de Niebla, que habían recibido entusiastamente á la expedición, creyendo iba á quedarse con ellos y que ahora se veían expuestos de nuevo á las tropelías de los franceses.

En tanto Lacy verificaba estos trabajos, Blake por orden de la Regencia entretenía á las fuerzas invasoras por la parte de Murcia. El ejército nacional en esta provincia se había reorganizado notablemente, hasta el punto de que cuando Blake desembarcó procedente de Cádiz, encontróse con catorce mil infantes, dos mil caballos y buen número de guerrillas bastante disciplinados.

Al saber Sebastiani la marcha de Blake á Murcia, quiso adelantársele y repitió por segunda vez la expedición á aquel reino, pero el general español supo prepararse activamente para la defensa y después de llamar á las armas á toda la juventud del país, se situó con su ejército en las orillas del Segura.

El aspecto hostil que presentaba el país y las noticias de recientes insurrecciones en las provincias de su mando, movieron á Sebastiani á retroceder cuando ya estaba á cuatro leguas de Murcia, vengándose del fracaso con el cruel saqueo á que entregó cuantos pueblos le vieron retroceder.

Envalentonó tanto al ejército de Murcia aquella retirada y estaba tan animado Blake al ver á su contrario muy tareado en sofocar la insurrección que acababa de declararse en sus provincias, que seguro ya de la pericie de sus tropas que había estado adiestrando durante dos meses, avanzó hacia Granada, deseoso de hacer nuevas conquistas para la causa nacional por aquella parte.

El 2 de Noviembre presentóse en Cuellas, y dejando en esta población dos mil hombres, fué al día siguiente con siete mil á situarse en las lomas más cercanas que cierran una hondonada donde estaba la división de coraceros de Milhaud y unos dos mil infantes mandados por el general Rey.

Entró en el llano Freire con la caballería española y á su vista retrocedieron los coraceros hacia su infantería, en cuyo momento Blake comenzó á descender. Todo era favorable á nuestras armas; pero en aquel momento los jinetes españoles como de costumbre en aquella época, sin motivo alguno se desordenaron con azoramiento y el enemigo aprovechando tan suprema ocasión, cargó con denuedo y tal confusión produjo en los nuestros, que perseguidos subieron todos á las alturas debiéndose á la reserva que avanzó compacta para proteger la retirada, el que el número de prisioneros no fuera muy importante.

Este desgraciado suceso, si bien hizo terminar el entusiasmo insurrec-

cional que comenzaba á apoderarse de la provincia de Granada, no pudo impedir que la expedición tuviera el éxito deseado por el gobierno de Cádiz que era entretener á los mariscales franceses para que no pudieran ir á Portugal en auxilio de Massena ni á la isla gaditana para ayudar al ejército sitiador.

Antes de terminar el año 1810 ocurrieron todavía importantes sucesos militares en el sitio de la inexpugnable Cádiz.

Los franceses convencidos de que por el momento no les era posible un ataque formal y decisivo, se limitaron á conservar sus posiciones, no pudiendo evitar que Lacy en una salida que hizo les inutilizara todas las obras que tenían hechas por la parte del puente de Suazo.

Soult se convenció de la imposibilidad de tomar á Cádiz sin la ayuda de fuerzas sútiles que le apoyaran con sus fuegos en la bahía, y mandando venir de Francia algunas escuadras de calafates, comenzó á construir con cascos viejos en Sanlúcar y en Sevilla un buen número de lanchas cañoneras. Veintiseis de éstas así que quedaron terminadas, intentaron pasar desde el Guadalquivir á la bahía de Cádiz arrimadas á la costa para no ser vistas por las escuadras española é inglesa. Hasta Puerto de Santa María pudieron llegar sin que su presencia fuera notada; pero cuando quisieron doblar la punta del Trocadero para entrar en la Caleta, recibieron tal granizada de cañonazos que precipitadamente volvieron atrás. Más adelante los sitiadores, por tierra y á fuerza de brazos llevaron las cañoneras hasta Puerto Real ó sea al seno de la Caleta; pero no prestaron servicio alguno durante todo el sitio, pues las contuvo siempre la presencia de nuestros buques y los ingleses.

Así terminó en general la campaña de 1810. Fuera de las provincias de Valencia y Galicia, todo el resto de la nación bien podía decirse que estaba en poder de los franceses; pero no era menos cierto que éstos nada habían adelantado en cuanto á imponer su autoridad en las poblaciones que no estaban al inmediato alcance de sus bayonetas.

Ellos podían llamarse dueños de las Castillas, de Andalucía, de Cataluña y de las Vascongadas; pero para permanecer en sus dominios tenían que luchar todos los días y derramar su sangre. No encontraban frente á sus armas grandes ejércitos con quienes batallar, pero se veían acosados en toda España por más de doscientos guerrilleros, cada uno de los cuales por término medio era jefe de quinientos hombres, llegando alguno de ellos á mandar hasta tres mil. Aquellos doscientos patriotas eran otros tantos fantasmas cada vez más molestos que no dejaban conciliar el sueño del éxito á la dominación francesa.

Los invasores triunfaban, pero la guerra no se acababa nunca. Aquello,—como decía el general Hugo en

sus memorias,—era para la Francia, «como luchar con la fabulosa hidra de las cien cabezas.»

Considerando la tenacidad en la defensa nacional, acabó por exacerbar las pasiones hasta la fiereza, es como se comprende el estado de crueldad salvaje á que habían llegado en la guerra de aquel año franceses y españoles.

Guerrilleros é imperiales no se daban cuartel. En el campo de batalla se mataban con rabiosa complacencia; el que caía prisionero era fusilado á las pocas horas; el herido era rematado sin consideración á su debilidad; y el habitante del campo por la más simple sospecha de espionaje ó simpatía por una de las dos causas, perdía la vida inmediatamente.

Hubo en aquella lucha de represalias y guerra sin cuartel, detalles horribles y la excitación de las pasiones fué tal, que militares hasta entonces respetables, cometieron hechos que repugnarían aún al bandido más depravado.

Kellerman en Valladolid, cogió á un niño de doce años que llevaba ocultamente pólvora á los guerrillas, y para que confesara quienes eran sus cómplices, le mandó quemar á fuego lento las plantas de los piés y las palmas de las manos. Aquel niño que encerraba en el pecho el corazón de un héroe, se negó á declarar á pesar del cruel tormento, y si la sublimidad de su sacrificio admiró á los encargados de la ejecución; no conmovió al malvado gobernador que la había ordenado.

Hechos tan repugnantes aunque no tan crueles. ocurrieron muchos en aquella lucha tan grandiosa como terrible.

Apartemos la atención de tales horrores, y terminada la relación de las operaciones militares en 1810, vamos á ocuparnos de la guerra que se iniciaba en Cádiz, guerra de pensamientos, lucha de ideas, luminosa batalla de la que iban á salir rotas las cadenas que moralmente agobiaban al pueblo español durante dos siglos, y con la cual daba principio á la regeneración política de nuestra patria.



CAPITULO XVI

1810

Las Cortes de Cádiz.—El 24 de Setiembre.—Apurada situación en que nacieron las Cortes.—Entusiasmo que produce en la Isla la reunión de Cortes.—Maniobras de la Regencia para impedir ó empequeñecer la reunión de la Asamblea.—El juramento de los diputados.—Su primera sesión en el teatro.—Espectáculo sublime.—Influencia de las Cortes en la defensa nacional.—Empieza la sesión.—Conducta indigna de la Regencia.—Perplejidad de las Cortes.—Notable discurso de Muñoz Torrero.—Declaración de la Soberanía Nacional.—Sublimidad del primer debate que emprenden las Cortes.—Eminentes oradores que en él se dan á conocer.—Asechanzas de la Regencia contra las Cortes.—Sus preparativos mientras éstas celebran la sesión.—Intentan inútilmente un golpe de Estado.—Tienen que jurar fidelidad á las Cortes.—Resistencia terca del obispo de Orense.—Sus escritos á las Cortes.—Energía de éstas.—Sométese el obispo.—Siguen los reaccionarios sus tramas contra las Cortes.—Constitución interior de éstas.—Tratamiento que toma.—Intenta la Regencia el soborno de los diputados.—Desinteresada proposición del diputado Capmany.—Quedan excluidos los diputados de los cargos públicos.—Intentan los reaccionarios falsear la voluntad electoral.—Trabajos del ministro Sierra en Aragón.—El príncipe de Orleans Luis Felipe.—Sus relaciones con la Regencia.—Intenta hablar en las Cortes.—Su retirada á Sicilia.—Disensión sobre las sesiones secretas.—Descontento que á los liberales produce esta medida.

«Cargado el pecho de los españoles con el rencor de tres siglos de usurpaciones, violencias, ignorancia, superstición y barbarie; ver despertar con el sacudimiento nacional un rayo de esperanza hacia el bien; acordarse de los ultrajes recibidos y de repente verse quitar de encima esta montaña, caer al suelo las puertas de hierro y saltar fieramente á respirar el aire, ver la luz y andar el campo de la libertad. ¡Ah! la sensación que ocupó nuestro ánimo en el momento de tan gran mudanza, los que no la han sentido no sabrán imaginarla y los que la sentimos no la expresaríamos jamás.»

Así decía el gran Quintana recor-

dando el sublime día en que se efectuó la primera reunión de las Cortes de Cádiz.

El acontecimiento que el 24 de Setiembre se efectuaba en la isla gaditana, no podía ser más trascendental para la suerte de la nación, ni desarrollarse en circunstancias más extrañas.

Del mismo modo que muchos siglos antes, en un apartado rincón de Asturias, se reunían algunos hombres valerosos, que sin fijarse en el inmenso número de enemigos que al frente tenían y sin auxilio alguno, comenzaban la reconquista del territorio patrio, al par que seguían el democrático sistema electivo de sus antecesores los godos y á sus reyes caudillos les recordaban la tradicional máxima: *Rex eris si recte facias, si non facias non eris;* á principios del presente siglo, una porción de hombres hasta entonces desconocidos, pero que pronto debían ilustrar su nombre, convocados más que por las órdenes del gobierno por la aspiración nacional, se reunían en una pequeña isla lejana de las ciudades más importantes del Estado hispano y cercana al continente de la barbarie, y allí aislados por tierra del resto de España y bajo el incesante fuego de enemigos cañones, al par que dictaban las órdenes necesarias para la salvación de la tierra en poder del invasor, derribaban con potente empuje los abusos y las violencias que siglos de opresión y fanatismo habían ido amontonando sobre su patria é inauguraban el brillante período de la revolución todavía hoy no terminado.

Apenas si quedaba tierra española fuera de Cádiz que no hubiera sentido el peso del pié invasor.

Los ejércitos españoles rotos y dispersos en cien batallas por la impericia de sus generales, no existían realmente más que en nombre, las arcas nacionales no recibían más que exiguas cantidades que las necesidades del momento devoraban al instante sin quedar saciadas; el tirano de Europa ó sea el temible enemigo de la patria, se mostraba cada vez más poderoso, y todo contribuye á hacer más difícil la situación de aquel gobierno popular y fielmente nacional que en tales circunstancias nacía: pero cuadro tan triste y pavoroso, se animaba con la fe y el entusiasmo que reinaba en toda España, pues sin perder ni un instante la esperanza, desde Málaga á la Coruña y desde Huelva á Barcelona, todas las provincias se batían fieramente con el invasor, sacando los recursos de su propia miseria y entre el fragor de la lucha parecían decir á Cádiz: Guarda los representantes que te enviamos y que ellos nos den la libertad como nosotros devolveremos á la patria íntegro su territorio.

Aquel día tan esperado por toda la nación, fué acogido en Cádiz con una alegría sin límites. Jamás en fiesta alguna se ha visto el entusiasmo que se desarrolló en la isla gaditana el 24 de Setiembre de 1810.



Desde el amanecer comenzó á notarse el más vivo movimiento en el vecindario de Cádiz, compuesto en su mayor ó por aquel entonces, de gentes de las más lejanas provincias, embajadores ó comisionados de las naciones que miraban con simpatía nuestra insurrección contra el tirano europeo, y gran número de ingleses que habían acudido á la isla para presenciar con el afán del que contempla un espectáculo curioso, el duelo entablado entre un pueblo en la desgracia y el mayor poder del mundo; y la resurrección política de una nación que fué la primera en conocer la libertad.

Cádiz y San Fernando tenían sus calles y edificios adornados con tapices y banderas nacionales; el camino que unía á una ciudad con otra estaba cubierto á trechos con grandes arcos de triunfo, y por él transitada una multitud inmensa que con el rostro sonriente y satisfecho, se dirigía hacia la segunda población, llamándose entre sí con el grito de: ¡A las Cortes! ¡Vamos á las Cortes!

Los viejos marinos que habían estado en Trafalgar, iban revueltos con los inválidos de Bailén; la roja casaca del soldado inglés rozaba con el azul uniforme del soldado español y juntos marchaban por la larga calzada formando una orgía de colores y sonidos, la desenvuelta maja que quería ver de cerca á los diputados y el fraile que deseaba saber que era aquella novedad de las Cortes; el emigrado burgués de Madrid y el gañán del campo recién alistado en los ejércitos nacionales; el periodista que andaba repasando en su memoria todo cuanto recordaba del antiguo sistema representativo y de la moderna Convención y el estirado y grave británico que no sabía qué pensar sobre la importancia del nuevo régimen político de la nación aliada; y rompiendo trabajosamente por entre la masa humana, pasaban veloces los contrabandistas y chalanes montados en briosos corceles y llevando su amorío á la grupa y las calesas y carricoches en que iban las demás gaditanas, los opulentos banqueros y los ricos comerciantes y armadores y por entre cuyas ruedas correteaban dando cabriolas las turbas de muchachos que poseídos de una alegría loca, como si en su ignorancia infantil presintieran que se trataba de algo que dignificaba su porvenir, atronaban el espacio con sus incesantes gritos de *¡Vivan las Cortes!*

La ciudad de San Fernando ó de León, como entonces se llamaba, tenía á las nueve de la mañana sus calles atestadas por inmensa multitud y las tropas tendidas en la carrera que habían de seguir los diputados, apenas si podían conservar libre la circulación.

El punto de reunión para los diputados era la Casa Consistorial de la ciudad, y á ella fueron acudiendo los elegidos por las provincias, hombres desconocidos que llegaban de distintos puntos y que entonces se veían por primera vez para ir después juntos

toda la vida á través de los mayores errores y de las más borrascosas tormentas de nuestra política. De todos ellos, el más conocido era Quintana por su célebre *Semanario Patriótico* y haber desempeñado la secretaría de la Junta central, pero entre aquellos hombres oscuros que pronto iban á dejar de serlo elevando su nombre al par que se dignificaba el pueblo de que eran representantes, había un joven de aspecto enfermizo que pronto debía ser llamado Argüelles el Divino por su arrebatadora elocuencia; un muchachuelo á quien se había dispensado la falta de edad en gracia á sus grandes servicios á la patria y que llevaba el título de conde de Toreno; dos eclesiásticos Muñoz Torrero y D. Juan Nicasio Gallego, á los que estaban reservados la gloria política y la literaria y un buen número de individuos que aunque no tan eminentes debían hacer inmortales sus apellidos y atraerse la eterna gratitud de la nación.

El estado decadente, por no decir de general embrutecimiento, en que hasta entonces había permanecido España, tenía obscurecidos á aquellos hombres ilustres, algunos de los cuales contaban una regular edad; pero el largo silencio á que les obligaba la falta de libertad de pensamiento, había hecho que dedicaran muchos años al estudio y que llegaran á las Cortes con un conocimiento bastante exacto de las grandes conquistas que otros pueblos acababan de efectuar en el orden político y de las necesidades de nuestra patria, tan corroída por los abusos y las arbitrariedades.

No estaba, ni con mucho, completo el número de los diputados. La Regencia, como ya vimos anteriormente, hizo en los últimos instantes todo el daño que pudo á aquel organismo que comenzaba á inspirarle miedo. Más de treinta diputados de las provincias de Levante reunidos en Cartagena no pudieron embarcarse para Cádiz por falta de buque, pues el gobierno desatendió todas las demandas de aquellos representantes y hasta llegó á negarles la fragata de guerra *Prueba*, surta en aquel puerto, con el fútil pretexto de que estaba destinada á traer de las islas Baleares cuatrocientos soldados para el ejército que mandaba Blake. Estos diputados, entre los que figuraba el ilustrado sacerdote D. Joaquín Lorenzo Villanueva, representante por Valencia, que tanto se había de distinguir en las Cortes en favor de la libertad, sólo pudieron llegar á Cádiz tras innumerables peripecias cuando ya las sesiones de aquel cuerpo hacía tiempo habían comenzado.

Guiada por su perversa intención y su odio contra las Cortes, la Regencia en vez de ordenar que éstas celebraran sus sesiones lo más lejos posible del fragor de la lucha y más allá de la tercera línea de defensa de la isla, las colocó en la primera, donde mayor era la exposición y más cercano estaba el enemigo; pero llegaba á

tal punto en aquella época el desprecio á los peligros y tan necesario se creía para todo el valor personal, que aunque la mayoría de los diputados comprendieron el avieso intento de la Regencia, ni á uno solo se le ocurrió protestar comprendiendo lo improcedente que resultaba preocuparse de la seguridad de la vida cuando tantos españoles la perdían por la patria.

Había procedido también de tal modo la Regencia en la elección de los suplentes por las provincias ocupadas y tanto tardó en ordenar la votación, que ésta se había efectuado en Cádiz pocas horas antes del 24 de Setiembre, y muchos de los elegidos, recogiendo apresuradamente el testimonio de la votación, corrieron *apresuradamente* á San Fernando para reunirse á sus compañeros.

A las nueve y media de la mañana salieron las Cortes en procesión, yendo los diputados formados de dos en dos y cerrando la comitiva los individuos de la Regencia, el cuerpo diplomático y consular, los secretarios del despacho, los consejeros, los generales de mar y tierra y demás altos funcionarios.

Con una ovación inmensa fué acogida la cívica procesión por aquella imponente multitud. Entonces, como en los albores de la revolución francesa, gritó el pueblo por primera vez *¡viva la nación!* grito que derribaba en un solo momento el poderío absoluto de los reyes que hasta aquel instante eran los únicos que podían ser vitoreados en las fiestas patrióticas.

La comitiva atravesó las calles de la ciudad, conmovidas por el griterío y los continuos vivas á la Nación y á las Cortes, y llegó á la Iglesia Mayor recibiendo el homenaje de las tropas tendidas en la carrera que la tributó honores reales.

Una vez dentro de la iglesia, tomaron los diputados asiento en los escaños preparados al efecto; la Regencia situóse en el sitio llamado del Evangelio, bajo dosel, junto á una mesa, y teniendo al lado dos secretarios del despacho, y el cuerpo diplomático y demás altos funcionarios, colocáronse en las tribunas, invadiendo el resto del templo el pueblo.

El cardenal de Borbón dijo la misa y luego que fué cantado el Evangelio, el presidente de la Regencia, obispo de Orense, pronunció un breve discurso dirigido á los diputados y al pueblo, y acto seguido el secretario de Gracia y Justicia en medio del más absoluto silencio dió lectura á la fórmula del juramento de las Cortes que decía así:

«¿Juráis la santa religión católica apostólica romana, sin admitir otra alguna en estos reinos?

»¿Juráis conservar en su integridad la nación española y no omitir medio alguno para libertarla de sus injustos opresores?

»¿Juráis conservar á nuestro amado soberano el señor D. Fernando VII, todos sus dominios, y en su defecto á sus legítimos sucesores, y hacer cuan-

tos esfuerzos sean posibles para sacarle del cautiverio y colocarle en el trono?

»¿Juráis desempeñar fiel y lealmente el cargo que la Nación ha puesto á vuestro cuidado, guardando las leyes de España, sin perjuicio de alterar, moderar y variar aquellas que exigiese el bien de la Nación?»

—Sí, juramos,—contestaron á una voz todos los diputados.

Y entonces, añadió el secretario, la acostumbrada fórmula:

—Si así lo hiciereis, Dios os lo premie, y si no, os lo demande.

A continuación el maestro de ceremonias fué llamando de dos en dos á los diputados por el orden en que estaban colocados, y acercándose á la mesa presidencial se arrodillaron y pusieron la mano sobre los Evangelios.

Antes de celebrarse este acto, en una conferencia preparatoria que tuvieron los diputados, se dió lectura á la minuta del juramento y entre ellos hubo muchos que por lo mismo que deseaban para la nación numerosas reformas, no estaban conformes con tales restricciones.

La frase *«guardando las leyes de España»* se oponía á sus convicciones, pues lo que ellos deseaban era destruir por perniciosas gran parte de dichas leyes, pero se les argumentó que aquella restricción iba seguida del *«sin perjuicio de alterar, modificar, etc,»* y esto bastó para que se decidieran á admitir tal contradicción y á jurarla.

Terminados los actos religiosos, la comitiva volvió á emprender la marcha, y repitiéndose otra vez los vítores y aclamaciones del pueblo, se dirigió al teatro de la ciudad, lugar destinado para las sesiones de las Cortes.

Sublime y original espectáculo el que entonces se presentó á los ojos de todos. Jamás pueblo alguno ha ofrecido un aspecto semejante, ni han nacido de un modo tan raro sus instituciones políticas.

El cañón español tronaba en toda la línea, y al par que enviaba la muerte al enemigo de la patria, saludaba con sus estampidos la libertad que nacía; las baterías francesas contestaban con sus rugientes morteros, y hacían que el enrojecido hierro y la destrucción se cernieran en aquel ambiente cargado de vítores, músicas y gritos de alegría, y en un rincón de aquella árida isla, en el lugar hasta entonces destinado á las farsas y artísticas ficciones, reuníanse los futuros atletas del pensamiento político que iban á interpretar las aspiraciones alimentadas durante tres siglos por aquel pueblo inocente y oprimido que se agolpaba á las puertas del teatro, y derramaba lágrimas de gozo al ver realizadas sus esperanzas justamente en los instantes de mayor peligro para España.

La Convención francesa resulta grandiosa naciendo entre el estrépito de guerras nacionales y casi exhausta de recursos; pero sus hombres al deli-



Juramento de las Cortes de Cádiz (Cuadro de J. Casado del Alisal)

berar, no sentían rugir sobre sus cabezas el hierro enemigo como los patriotas de Cádiz ni tenían que emplear como único albergue un mezquino teatro en el único rincón libre de su patria. Además los patriotas franceses dirigían un pueblo más preparado á á la regeneración por una larga propaganda revolucionaria, que el pueblo español movido por un anhelo indeterminado del que en su ignorancia nose daba exacta cuenta.

Allí, en aquella mañana memorable, entre los rugidos de dos líneas de fuego y el inmenso clamoreo de un pueblo, no sólo nacía la libertad semejante al sér que ve la primera luz saludado por los quejidos que el dolor arranca á su madre, sino que se daba el golpe decisivo en favor de la independencia de la patria.

Aquellas Cortes con sus decisiones iban á causar más hondo quebranto á los invasores que la más grande de las victorias de nuestras armas. La causa nacional estaba en aquellos instantes en verdadero peligro. No producían este principalmente las derrotas que nuestros ejércitos habían sufrido, sino que Napoleón al principio y el gobierno intruso después, comprendiendo las necesidades de España, comenzaban á efectuar en ella reformas inspiradas en los sentimientos de progreso y libertad y esto hacía que la gran mayoría de los españoles miraran ya con menos antipatía la dominación extranjera que aunque injusta se dignificaba un tanto realizando las aspiraciones que agitaban á la nación.

Una época más de vacilaciones políticas en el gobierno español y la causa patriótica estaba perdida para siempre. Si las autoridades de nuestra patria hubieran seguido en 1810 ocupadas únicamente en hacer la guerra y dejando en pié y aun recrudeciendo los seculares abusos y la absurda organización política y social de España, es indudable que el pueblo cansado ya de una larga guerra cuyo fin no se columbraba en el porvenir y que bien examinada no representaba más que la lucha por los derechos de un hombre que tan vilmente se portó en Bayona, hubiera poco á poco enfriado su entusiasmo acabando por acoger ya que no con amor, con tranquila indiferencia el gobierno que al mismo tiempo que la paz le daba la libertad; pero en un período tan crítico, nacieron las Cortes en Cádiz, aquellas Cortes tan ansiadas que la nación que á pesar de su tradicional ignorancia, guiada por oculto instinto consideraba como la panacea de todos sus males, aquella nueva institución iba á levantar el estandarte de las reformas frente al que tremolaban los invasores, iba á proclamar idénticas doctrinas aunque más inspiradas en el dogma democrático y el pueblo solicitado por aquellos dos poderes rivales que trabajaban por la regeneración nacional volvió á su antiguo camino y se abrazó con entusiasmo á la bandera de la patria.

El gran mérito de aquellas Cortes,

que de modo tan original y extraño se reunieron por primera vez, no estriba únicamente en haber iniciado la regeneración política de España, sino en haber hecho revivir el espíritu nacional, decidiendo con ello el éxito de la épica lucha entablada con el invasor.

Aquel entusiasmo sin límites que se produjo el principio de la guerra espontáneamente y sin que nadie se encargara de impulsarle, había ido desvaneciéndose en el curso de la lucha; en 1810 estaba amortiguado de un modo alarmante y á las Cortes con sus reformas y atinadas decisiones tocó el fomentarlo nuevamente y sostenerlo á la misma altura en los años que todavía pasaron hasta la terminación de la nacional contienda.

Esto reconocíalo el pueblo que presenciaba el nacimiento de la nueva institución y de aquí que la acogieran con tan inmenso regocijo.

Entró la cívica procesión en el teatro, como dijimos, y la Regencia colocóse en el trono preparado en el escenario; los diputados tomaron asiento en los bancos del patio, el pueblo llenó el resto de éste y los invitados, entre los que además de los altos funcionarios y diplomáticos figuraban gran número de ingleses y las principales familias de Cádiz, se esparcieron por los palcos y demás localidades del piso alto.

Levantóse el presidente de la Regencia, obispo de Orense, y pronunció un discurso, en el que no hizo proposición alguna, ni vertió ideas importantes, limitándose á exponer en términos generales el estado de la nación al tomar el gobierno la dirección de los negocios públicos, su gestión en la marcha de éstos, las dificultades que había tenido que vencer (!) para reunir las Cortes y lo mucho que la nación esperaba de su prudencia y sabiduría, terminando por exhortar á los diputados á que cumpliesen bien y fielmente los cargos que las provincias les habían confiado.

Terminado el discurso y cuando todos esperaban que la Regencia iba á decir algo importante que sirviera de norma y guía á la nueva institución, los individuos del gobierno se levantaron y con gran prosopopeya salieron del salón seguidos de los ministros, manifestando que con tal retirada daban una prueba de que las Cortes quedaban libres y definitivamente constituidas.

Sorprendidos quedaron los representantes de la nación ante aquella inesperada ausencia, y como dice uno de los que presenciaron el hecho: «no es posible expresar el embarazo de los diputados en aquel momento.»

«De este modo,—dice el insigne Argüelles,—quedaron las Cortes solas, abandonadas á sí mismas, sin dirección, reglamento, ni guía alguna, á la vista de un inmenso concurso de espectadores de todas clases que ocupaban los palcos, galerías y demás avenidas del teatro. Un simple recado de escribir, con pocos cuadernillos de papel sobre una mesa, á cuya cabe-

cera estaba una silla de brazos y á los lados algunos taburetes, eran todos los preparativos y aparato que se había dispuesto para que volviesen á abrir sus sesiones, después de interrupción tan larga y desastrosa, las Cortes generales de una nación célebre por su antigua libertad y privilegios, por el tesón y esfuerzo con que procuró conservarlos muchos siglos, venerable y digna de respeto por sus mismas desgracias, después que la usurpación y el fanatismo confederadamente alteraron, depravaron, corrumpieron y aniquilaron al fin sus instituciones.»

El plan de la Regencia de desacreditar y hacer de corta vida aquella institución, de la que tanto esperaba la patria, había dado el último golpe, dejando abandonadas á las Cortes en el momento que más necesitaban de una guía.

Como gobierno de la nación, en aquel acto debía haber presentado á las Cortes un proyecto de reglamento ó al menos unas sencillas bases, por las que se rigiera en sus deliberaciones; pero esto era contrario á sus perversos intereses y nada le pareció mejor para matarlas que dejarlas abandonadas á sus instintos y á su ignorancia á la vista de un público inmenso que curiosamente esperaba en silencio el resultado que iba á producir la retirada de la Regencia.

Miráronse con intranquilidad unos á otros los diputados al efectuar aquel suceso, y en el semblante de todos se pintóse la duda que produce la indecisión sobre la conducta que debe seguirse.

Habrá que confesar que entre aquellos diputados había mucha ignorancia sobre los medios de constituirse las asambleas nacionales. Todos ellos venian á las Cortes animados de nobles propósitos, la mayor parte traían la cabeza atestada de teorías y planes políticos adquiridos en largos años de estudio, pero á ninguno se le había ocurrido pensar en una cuestión tan material como la organización de la asamblea.

No había entre ellos ni uno solo que con sus conocimientos pudiera servirles de guía. De las antiguas Cortes españolas muy poco se sabía, por no decir que nada absolutamente. Las actas de sus sesiones, compiladas en voluminosos libros, eran de muy costosa adquisición; sólo estaban en determinadas bibliotecas públicas, y no era fácil el conseguir permiso para su lectura, pues aquellas monarquías absolutas tenían especial cuidado en que la nación no las conociera y además de esto no podían sacarse de ellas grandes enseñanzas para el presente, pues reducíanse á las peticiones de los procuradores, seguidas de la contestación de la Corona.

En cuanto al modo de constituirse la representación nacional, en otros pueblos, de Francia y su Convención era lo que más sabían los diputados, por ser en aquella época casi reciente tal ejemplo, pero el patriotismo arrastraba á aquellos hombres á no imitar

nada de la nación vecina, y además obsesionados por los abusos y desórdenes de aquel poder revolucionario en su última época, aunque en el fondo muchos de ellos profesaban los principios políticos de los hombres que en él figuraron, tenian especial cuidado en desechar todo cuanto llevara la marca de las asambleas francesas.

Urgían los instantes en tan suprema ocasión, pues las Cortes que con tan inmensa aura popular nacían, podían desprestigiarse si demostraban vacilación é ignorancia ante la inmensa concurrencia que momentos antes las vitoreaba y que ahora permanecía silenciosa esperando la decisión de los abandonados diputados.

Estos, formando algunos grupos en el patio, discutían en voz baja y apresuradamente lo que convenía hacer, y como entre ellos había muchas cabezas privilegiadas destinadas á lucir su inteligencia en circunstancias aun más críticas que aquélla, pronto tomaron una resolución, y con paso tan firme como mesurado, dieron principio al sublime curso de sus sesiones.

Comenzaron por elegir como presidente al más anciano de los diputados, D. Benito Ramón de Hermida, y para secretario á D. Evaristo Pérez de Castro, y una vez constituida esta mesa accidental, procedieron los representantes á la votación de la definitiva, resultando del escrutinio con el cargo de presidente el diputado por Cataluña D. Ramón Lázaro de Dou, eclesiástico de gran ilustración y reelegido en el de secretario el Sr. Pérez de Castro, al que al día siguiente se le agregó el sabio abogado D. Manuel Luján para hacer de este modo más llevadero su trabajo.

Las Cortes acordaron que la presidencia no fuera perpetua, que se renovara por elección todos los meses y que en el mismo tiempo se reemplazara también al más antiguo de los secretarios, cuyo número ascendió pronto á cuatro.

Con esta decisión aquellos diputados tan temerosos de imitar á los revolucionarios franceses, se organizaban interiormente de un modo parecido al de la Convención.

Terminadas las elecciones, procedióse á la lectura de un documento que antes de partir había dejado la Regencia sobre la mesa y en el que manifestaba que deseando abandonar el mando, suplicaba á las Cortes nombrasen un nuevo gobierno adecuado á las necesidades de la nación.

Nada resolvieron por el momento las Cortes sobre este asunto, y únicamente declararon quedar enteradas.

Reinó después de esto un absoluto silencio. Había llegado ya el instante supremo. Constituidas las Cortes, era necesario en aquella primera sesión hacer algo, que resonando en toda España diera á entender que había llegado el instante de su regeneración y de poseer los derechos que naturalmente la pertenecían.

D. AGUSTIN ARGUELLES.

D. DIEGO MUÑOZ TORRERO.

Sonó una voz tranquila y solemne, pidiendo la palabra y todas las miradas de aquel inmenso y silencioso concurso, se fijaron en un sacerdote que acababa de ponerse en pié y cuyo grave semblante y modesto continente delataban al verdadero sabio humilde, sin afectación y tranquilo como su pensamiento.

Era D. Diego Muñoz Torrero, diputado por Extremadura y antiguo rector de la célebre universidad de Salamanca.

Un autor ilustre ha retratado aquella venerable é imponente figura, con tan pocas como acertadas palabras: «Hombre de vastos conocimientos, despreocupado, sin impiedad, cristiano en la más elevada apreciación de esta palabra, tan firme en sus creencias como tolerante con las ajenas, de costumbres austeras y bondad infinita, ha merecido que se le llamase el «Crisóstomo de nuestro siglo.»

En medio del más absoluto silencio comenzó á hablar Muñoz Torrero con esa tranquila elocuencia que da la grandiosidad del asunto y el exacto conocimiento que se tiene de él, y cada una de sus palabras, cayendo sobre aquellas atentas inteligencias, fué desgarrando densos velos, abriendo nuevos horizontes y dando cuerpo y forma á aspiraciones por todos sentidas pero en muy pocos explicadas.

Remontóse el eminente orador al origen de las sociedades, explicó el principio de la soberanía nacional, hizo la historia del sistema representativo en nuestra patria, pintó con pinceladas maestras los males y abusos actuales que agobiaban á la nación, y terminó encareciendo la necesidad de que como punto de partida y preliminar para la grande obra que iban á emprender las Cortes, se adoptaran las proposiciones que su amigo D. Manuel Luján traía escritas en una minuta y que iba á tener el gusto de dar á conocer.

Aumentóse con esto todavía más la expectación, y el público que estaba subyugado por aquella franca y firme elocuencia, redobló su atención al ver que Luján daba lectura á la minuta de proposiciones que decía así:

«1.ª Que los diputados que componen el Congreso y representan la nación española, se declaran legítimamente constituidos en Cortes generales y extraordinarias en las que reside la soberanía nacional.

2.ª Que conformes en todo con la voluntad general, pronunciada del modo más enérgico y patente, proclaman y juran de nuevo por su único y legítimo rey al señor D. Fernando VII de Borbón, y declaran nula, de ningún valor ni efecto la cesión de la corona, que se dice hecha en favor de Napoleón, no sólo por la violencia que había intervenido en aquellos actos injustos é ilegales, sino principalmente por haberle faltado el consentimiento de la nación.

3.ª Que no conviniendo queden reunidas las tres potestades, legislativa, ejecutiva y judicial, las Cortes se

reservan solo el ejercicio de la primera en toda su extensión.

4.ª Que las personas en quienes se delegara la potestad ejecutiva, en ausencia del señor D. Fernando VII, serán responsables de los actos de su administración con arreglo á las leyes: habilitando al que es actualmente Consejo de Regencia para que interinamente continúe desempeñando aquel cargo bajo la expresa condición de que inmediatamente y en la misma sección prestará el juramento siguiente:—¿Reconocéis la soberanía de la nación representada por los diputados de estas Cortes generales y extraordinarias?—¿Juráis obedecer sus decretos, leyes y constitución que se establezca según los santos fines para que se han reunido y mandar observarlos y hacerlos ejecutar?—¿Conservar la independencia, libertad é integridad de la nación?—¿La religión católica, apostólica, romana?—¿El gobierno monárquico del reino?—¿Restablecer en el trono á nuestro amado rey D. Fernando VII de Borbón?—¿Y mirar en todo por el bien del Estado?—Si así lo hiciereis Dios os ayude, y si no seréis responsables á la nación con arreglo á las leyes.

5.ª Se confirman por ahora todos los tribunales y justicias del reino así como las autoridades civiles y militares de cualquier clase que sean.

6.ª y última. Se declaran inviolables las personas de los diputados, no pudiendo intentar cosa alguna contra ellos sino en los términos que se establezcan en un reglamento próximo á formarse.»

Estas eran las proposiciones que de antemano habían preparado los tres diputados por Extremadura, Muñoz Torrero, Luján y Oliveros, comprendiendo que al comenzar las Cortes sus sesiones habría un momento de perplejidad en que los representantes no sabrían cómo empezar y convenía por tanto llevar anticipadamente algunas materias puestas en forma para la discusión.

Dichas proposiciones causaron honda impresión en los presentes, y fueron aprobadas tras una regular discusión con lo cual la revolución española dió su paso más atrevido y decisivo.

El dogma de la soberanía nacional no es en la época presente la última palabra de derecho político, pues hay partidos avanzados que más atinadamente hacen residir la soberanía, no en la nación, sino en el pueblo; pero en aquella época de monarquías absolutas y de completa carencia de derechos, era dicha declaración la más atrevida y decisiva que podía hacerse.

En el artículo segundo de la minuta se hacía del modo más explícito la declaración de dicha soberanía, pues se decía que la abdicación de Fernando VII resultaba falso, *no sólo por la violencia* que en ella había intervenido *sino principalmente por haberle faltado el consentimiento de la nación.*

La soberanía nacional sobrevenía inmediatamente como consecuencia de

estas palabras. Si el rey no podía abdicar sin el consentimiento de la nación, ésta indudablemente estaba sobre él y su soberanía era mayor á la de la corona.

Por si esta declaración no era suficiente, estaba la base primera que decía residía la soberanía nacional en las Cortes y que ésta debía reconocerse por todas las autoridades, prestando juramento al organismo que las representaba.

En cuanto á los demás artículos, todos eran acertados y venían á servir como de consolidación á los anteriores. La división de los tres poderes legislativo, ejecutivo y judicial, era una medida prudente y democrática que existe con mayor pureza en los países cuanto son más democráticos, y en lo referente al juramento forzoso de fidelidad que se exigía á las autoridades y la declaración de inviolabilidad de los diputados, eran medidas necesarias en aquella época en que muchos abusos que iban á desaparecer y muchas personas heridas en sus sentimientos reaccionarios, iban á crear una guerra sin tregua á las Cortes.

La discusión de aquellas proposiciones y la que después se suscitó sobre varios asuntos, fué tranquila, sublime y majestuosa.

Cada frase de los oradores abría nuevos horizontes á los oyentes, y había tanto que destruir y reformar en aquella desgraciada nación, por tan largo tiempo tiranizada, que á cada discurso presentábanse nuevas cuestiones, y aquel público subyugado y poseído del mayor asombro, seguía con ansiedad las palabras de los que peroraban, dándose entonces cuenta exacta de su situación y del envilecimiento en que hasta entonces habían vivido.

Los diputados estaban animados por la sublime ambición de poner al servicio de la patria sus conocimientos y estudios, y movidos por tan noble emulación, fueron revelándose un sinnúmero de hombres que en adelante habían de figurar entre los hijos ilustres de España.

Aquellas doce primeras horas de la revolución española produjeron más elocuentes oradores, políticos profundos y sabios eminentes, que habían podido crearse en dos siglos de tiranía.

El fuego de la libertad animaba aquellas lenguas sublimes y los discursos se sucedían sin tregua, todos grandiosos, patrióticos y levantados, formando su conjunto como el sumario de lo que aquella asamblea soberana se proponía realizar.

Los extranjeros que presenciaban el acto estaban asombrados de su grandiosidad, impropia de un pueblo que venía á la vida de la libertad sin preparación alguna, que pasaba del despotismo á la democracia casi sin transición y que nada recordaba ya de su antigua representación nacional.

La libertad nacía en aquellas Cortes con la gravedad serena y la fuer-

za del hombre formado, y sin esos desahogos y ridiculeces de los pueblos que están en la infancia política.

Una sublime prudencia reinaba en el debate; al par que por la libertad había que trabajar por la independencia de la patria, y como la causa nacional tenía por bandera el nombre de Fernando VII (injusticia tremenda que repugnaba á los hombres pensadores, pero en la que no hacía alto al pueblo, á quien entusiasmaba y enardecía el cautiverio de su rey), de aquí que al examinar los diputados en sus discursos lo ocurrido en las conferencias de Bayona, aunque usaron de grandes reticencias, corrieron un velo generoso sobre las miserias y viles cobardías de los Borbones.

A más de media noche terminóse aquella sesión, que duró unas trece horas, y en la cual, á más de las voces autorizadas de Muñoz Torrero, Luján y Oliveros, sonaron los elocuentes acentos de don José Mejía, orador florido, insinuante y muchas veces majestuoso, que representaba la provincia de Nueva Granada, de cuya Universidad en Quito había sido catedrático, y de D. Agustín Argüelles, el artista de la tribuna que en la historia forma á la cabeza de esa brillante pléyade de oradores que en el presente siglo descuellan en nuestra política y que si bien en muchas ocasiones han sido nocivos y fatales para España, en otras han dado lustre y renombre á á nuestra nación.

Contra la costumbre establecida hasta entonces en España en todos los cuerpos deliberantes, los discursos fueron pronunciados de viva voz, con lo cual ganaron los debates en rapidez y sublimidad, y en las siguientes sesiones continuó vigente tal costumbre, que hoy subsiste en todos los parlamentos del mundo, permitiéndose únicamente algún tiempo después que presentaran oraciones por escrito algunos diputados que tenían necesidad de hablar en nombre de sus comitentes y carecían por completo de facultades oratorias.

Cuando la sesión terminó, aquel inmenso público que en tan pocas horas tan grandiosas enseñanzas había recogido, y que comenzaba á mirar con veneración y respeto á representantes tan eminentes, tributó á éstos al salir del teatro una gran ovación inspirada por el júbilo que sentía.

Esta manifestación resonaba del modo más fatídico en el seno de la Regencia que en silencio devoraba en rabia al ver destruidos en pocas horas sus planes de mucho tiempo.

Cuando el gobierno de un modo tan inesperado abandonó las Cortes, retiróse con la satisfacción de que éstas iban á suicidarse con su indecisión, para lo cual, á pesar de lo enemigo que era de dar participación al pueblo, en dicho acto había procurado que la sesión fuera pública, con el propósito de que la gente de todas las provincias que residía en Cádiz viera por sus propios ojos la inutilidad de la nueva institución.

Reunida la Regencia en su palacio, ocultos emisarios y aun algunos de los diputados afectos al régimen antiguo, la enviaban de tiempo en tiempo avisos de lo que iba ocurriendo en las Cortes, y júzguese cuál sería su sorpresa y su rabia al conocer el giro acertado, sublime y majestuoso que iba tomando la sesión.

La facilidad con que aquellos diputados que ella creía confusos y desorientados, procedían á organizarse, la llenó de sorpresa, pero lo que le produjo una indignación sin límites, fué el conocimiento de las proposiciones de Muñoz Torrero, y la declaración de la soberanía nacional superior á la del rey.

Nunca había creído la Regencia que las Cortes se atreverían á tanto, y al conocer el entusiasmo con que el pueblo acogía aquellas declaraciones revolucionarias, experimentó inmenso anonadamiento del que la sacó el peligro que la amenazaba de tener que jurar forzosamente los principios políticos que tanta rabia la producían.

Deseoso de impedir esta prueba, trabajó cuánto pudo para derribar aquel poder que dentro de poco iba á dar al traste con el mundo antiguo, pero sus esfuerzos se estrellaron ante la general conformidad que reinaba con las opiniones de las Cortes.

El regente D. Miguel Lardizábal decía algún tiempo después en su *Manifiesto:* «Vimos claramente que en aquella noche no podíamos contar ni con el pueblo ni con las armas, que á no haber sido así, todo hubiera pasado de otra manera.»

Fácil es adivinar lo que hubiera sucedido á encontrar la Regencia algunas fuerzas á su devoción. Hubiera intentado un golpe de estado disolviendo aquel organismo que representaba la voluntad nacional, porque achaque propio de la reacción ha sido siempre el no detenerse ante las más sagradas consideraciones, siempre que ha podido contar con la fuerza; y á los regentes, con tal de destruir por el momento la revolución, les importaba muy poco que el enemigo común estuviera á las puertas, y que una contienda civil dentro de la Isla, no daría más resultado que la entrada de los franceses en ésta, con lo cual se perdía el último baluarte de la patria.

Por fortuna la Regencia, á pesar del omnímodo poder de que disponía, no pudo encontrar, por más que trabajó, ni un solo soldado, ni un hombre del pueblo que se conformara á marchar contra aquellas Cortes que contaban con el general apoyo de todos y estaban ya asentadas sobre las firmes bases de la popularidad y la confianza.

Inevitable les era ya á los regentes el prestar el juramento ante las Cortes, acatando su soberanía; pero todavía quisieron presentar una resistencia pasiva.

Pasaron las Cortes algunos recados á la Regencia para que se presentara

á jurar, pero las horas transcurrían sin que el gobierno se dispusiera á cumplir tal orden.

Entre el público que asistía á la sesión, hacíanse los más extraños comentarios, y si bien una reducida parte compuesta de amigos del gobierno manifestaban que éste sabría resistirse enérgicamente á jurar, poniendo á las Cortes en un conflicto, el resto protestaba indignado de aquella terquedad y deseaba que la asamblea castigara á los que tan abiertamente desobedecían la voluntad nacional.

Los diputados, en tanto, confiados en la seriedad del poder que representaban y en el apoyo que les prestaba la nación, seguían gravemente su debate, proponiéndose no levantar la sesión hasta que la Regencia llegara á prestar su juramento.

Aquella serena é inquebrantable energía que hacía presentir un rudo y decisivo correctivo en caso de abierta insurrección, y al mismo tiempo la entusiasta adhesión del pueblo á las Cortes, impuso por fin á la Regencia, y casi próxima la media noche se trasladó al salón de sesiones donde prestó el juramento con arreglo á la fórmula presentada por Luján.

De los cinco individuos que componían el Gobierno, sólo faltó el obispo de Orense, que era el más terco en sus resoluciones; pero las Cortes admitieron la excusa que presentaron sus compañeros fundada en lo avanzado de la hora y la poca salud del prelado que le había obligado á recogerse.

Con esto terminó la sesión, y al siguiente día fueron publicadas las célebres proposiciones leídas por Luján y que al ser aprobadas por las Cortes tomaron el título de *Decreto de 24 de Setiembre*.

Al ser conocido este decreto fuera de Cádiz, el mayor entusiasmo se apoderó de los pueblos españoles, y de todas partes, sin que la distancia ni la dominación enemiga sirvieran de obstáculo, comenzaron á llegar á las Cortes gozosas felicitaciones en que la nación demostraba su contento por las reformas adoptadas.

En la segunda sesión celebrada al día siguiente, se marcó más claramente la nula conformidad de la Regencia con los actos de las Cortes.

El obispo de Orense, siempre terco y tenaz, no contento con manifestar públicamente que en la noche anterior había dejado de acudir á las Cortes para prestar juramento, no por falta de salud, sino porque no estaba dispuesto en ninguna ocasión á acatar el principio de la soberanía nacional, hizo dimisión de la presidencia del Gobierno y del cargo de diputado por Extremadura, pidiendo permiso para retirarse á su diócesis, no por su edad y sus achaques, sino manifestando descaradamente que no quería prestar juramento al decreto del día anterior que nunca reconocería como legítimo. Conociendo las Cortes que el obispo estaba en su derecho al retirarse y que era arbitrario coartar su libertad, dióle el solicitado permiso, pero como

esta solución tranquila no era la que deseaban él y sus amigos, ganosos de producir un escándalo y de desprestigiar á la asamblea, al dar el terco prelado las gracias por el permiso que se le concedía, lo hizo en un documento en el que estemporáneamente disertaba sobre las reformas del decreto de 24 de Setiembre y particularmente sobre la soberanía nacional.

Era el obispo un tanto desaforado cuando manejaba la pluma contra sus enemigos y tenía gran afición á usar una sátira impertinente; así es que en el tal documento, después de censurar acremente á sus compañeros porque habían prestado juramento, calificaba de atentado el despojar á la Regencia de su autoridad suprema y de la facultad de sancionar las leyes de las Cortes, ya que representaba la autoridad real en toda su extensión y recordaba con pérfida intención lo ocurrido en la revolución francesa, terminando con asegurar tan enfática como ridículamente que España se sublevaría contra las Cortes al verle á él fuera del poder.

No estaba la Asamblea dispuesta á tolerar tales insultos, y aunque airada en el fondo, todavía procedió con cierta consideración al ordenar al obispo que prestara juramento, no ante ella, sino en manos del cardenal primado de Toledo.

Dió esto lugar á un nuevo documento, en el cual el de Orense no sólo se negaba rotundamente á prestar el juramento, porque él jamás podía comprender que la nación fuese más soberana que el rey, sino que decía además, se reservaba el derecho de reclamar contra todas las leyes y decretos que emanasen de las Cortes y fueran contrarias á lo existente.

Viendo las Cortes que el obispo estaba movido por toda la agrupación que formaban sus enemigos y que era necesario velar por la dignidad de una asamblea tan respetable y que aquél vejaba con tal descaro, le ordenó seca é imperiosamente que se atuviera al anterior mandato y que se abstuviera de escribir y hablar contra la soberanía de la nación, mandándole también que no saliera de Cádiz hasta nueva orden.

Como el obispo no pareciera muy dispuesto á someterse, las Cortes para que no se las tachase de arbitrarias hicieron que la misma Regencia nombrase un tribunal para juzgarle, que debía estar compuesto por mitad de eclesiásticos y seglares, con prohibición absoluta de que figurase en él ningún diputado porque no se tuviera la sentencia como interesada.

Causó gran temor tan firme actitud al bando reaccionario y tanto se asustaron del giro que tomaban las actuaciones así como de la unánime adhesión de la nación á las Cortes, que empezaron á dejar solo al obispo de Orense y éste, viendo ya que nadie estaba á su favor ni le defendía, se doblegó al fin y en el mes de Febrero (1811) accedió á presentarse á las Cortes para presentar juramento sin

reserva ni limitación alguna, con lo que quedó sobreseído el proceso y se permitió al prelado volver á su diócesis.

Esta fué la primera y principal resistencia que la reacción presentó á las Cortes así que comenzaron á cumplir el glorioso encargo que les había dado su patria; pero de ella salieron triunfantes, y la energía con que habían sabido contener al audaz obispo impuso á los demás enemigos que miraron de allí en adelante con tanto temor como respeto á la nueva institución.

No porque en la noche del 24 de Setiembre los cuatro restantes miembros de la Regencia jurasen fidelidad al célebre decreto, estaban conformes con él. Deseosos de conocer hasta dónde llegaban las aspiraciones democráticas y revolucionarias de las Cortes, se apresuraron á pedir á éstas explicaciones sobre la interpretación de dicho decreto, y lo hicieron en la siguiente forma:

«1.ª Cuáles eran las obligaciones anexas á la responsabilidad que imponía á la Regencia aquel decreto, y cuáles las facultades privativas del poder ejecutivo que se le había confiado.—2.ª Qué método había de observarse en las comunicaciones que necesaria y continuamente habían de tener las Cortes con el Consejo de Regencia.»

Estaban los diputados tan predispuestos contra todo lo que viniera de la Regencia, cuyas tendencias y doctrinas conocían, que aunque la tal consulta parecía á primera vista necesaria y acertada, pues en ella el gobierno ejecutivo quería conocer los límites de su poder para no extralimitarse, acordaron las Cortes que pasara al examen de una comisión de su seno, en la cual se dieron tantos dictámenes como individuos, pues cada uno entendía de distinto modo la separación de los poderes ejecutivo y legislativo y la relación que entre ellos debía reinar.

Puestos los dictámenes en conocimiento de las Cortes, suscitóse una larga y animada discusión, en la que predominó aprobándose por fin el dictamen de Muñoz Torrero, que era el más apropiado á las circunstancias, pues tenía en cuenta la situación de las Cortes y del país.

Decía dicho dictamen que «en tanto que las Cortes formasen acerca del asunto un reglamento, usase la Regencia de todo el poder que fuese necesario para la defensa, seguridad y administración del Estado,» que de la responsabilidad impuesta al Consejo de Regencia únicamente se excluía la persona del rey y que las relaciones entre las Cortes y el gobierno se sostendrían como hasta entonces por medio de mensajes ó asistiendo á las sesiones los secretarios de despacho siempre que fueran llamados.

Entretanto, cada día que pasaba resultaban menos fundadas las esperanzas que alimentaban los enemigos de las Cortes. Así como el obispo de

Orense manifestaba en uno de sus estrambóticos escritos que toda la nación se sublevaría contra las Cortes al verle á él fuera del gobierno, así sus demás amigos creían firmemente que al ver la marcha revolucionaria emprendida por la nueva institución no tardarían los pueblos en protestar y volver al regimen antiguo.

Pronto perdieron tales esperanzas. Los ayuntamientos, las corporaciones más respetables y los vecindarios en masa, aun de provincias las más lejanas, dirigían entusiastas felicitaciones á las Cortes animándolas á seguir el camino emprendido, y aquel gozo general redundaba en beneficio de la causa patriótica, pues toda la nación revivía en la lucha y parecía poseída de mayor valor y heroismo.

Vieron pues más imposible los enemigos de las Cortes hacer nada contra éstas que en la misma noche del 24 de Setiembre, y para desahogar su rabia contra la nueva institución fomentaron las murmuraciones y se valieron de los medios reprobados y miserables que más adelante diremos.

Hicieron hincapié los reaccionarios al atacar el decreto famoso en que el número de diputados presentes á aquella sesión no pasaba de cien, pues la mayor parte no habían llegado aun á Cádiz; pero pronto perdió toda fuerza tal argumento, pues las Cortes, cuando ya estaba completa la representación nacional, ratificaron aquel acto que tan general y entusiasta aprobación había merecido en toda España.

En tanto, los enemigos de las Cortes trabajaban fuera de ellas inútilmente por levantar protestas y crear obstáculos, aquéllas terminaban su constitución interior para hacer más fácil y rápido el cumplimiento de su misión.

Se constituyeron en la asamblea comisiones de guerra, hacienda y justicia, los tres ramos más importantes en aquellas azarosas circunstancias por que atravesaba la nación, las cuales, después de estudiar detenidamente las proposiciones ó expedientes que se le remitían, daban su dictamen á las Cortes en pleno, que discutían el asunto y lo sometían después á votación. Conforme fueron creciendo las necesidades de la nación, se nombraron nuevas comisiones, muchas veces para tratar de asuntos puramente accidentales y del momento.

También á las pocas sesiones formaron un reglamento interior, por cuyo exacto cumplimiento debía velar la mesa de la Asamblea, y se dictaron reglas de carácter puramente material para el orden y majestuosidad en las discusiones.

A imitación de las asambleas de países extranjeros y sobre todo de la Convención, construyóse una tribuna cerca de la mesa presidencial para que subiendo á ella los oradores pronunciaran sus discursos; pero pronto el uso dió á entender lo incómodo y poco natural de tal costumbre, por lo que permitióse á los diputados en adelante que hablaran en pié desde sus asientos, y únicamente utilizóse la tribuna

para la lectura de los informes de las comisiones.

Las votaciones comenzaron á efectuarse por el sistema de ponerse unos en pié y otros sentados según si aprobaban ó desechaban lo propuesto, y únicamente en las decisiones de gran importancia procedíase á la lectura de la lista de diputados, manifestando éstos su opinión con un *sí* ó un *no* pronunciado en voz alta.

Imitaron las Cortes en su constitución un tanto el ridículo ejemplo de la Junta central, acordando que la asamblea tuviera el tratamiento de majestad y la Regencia el de alteza, decisión que criticaron todos los hombres serios y de ideas avanzadas, pero que disculpa en parte el espíritu de la época que allá donde reconocía una soberanía tenía que rendirle los superficiales y ridículos honores propios de los palacios, y el entusiasta candor de aquellos revolucionarios que de este modo creían afirmar y hacer más popular el principio de la soberanía nacional. Hay que decir que muchos diputados nunca quisieron usar en sus discursos tal fórmula, por creerla impropia de asambleas populares, y que muy pronto cayó en olvido, no usándose más que en los actos de gran pompa oficial.

Hemos dicho antes que los enemigos de las Cortes, con el afán de desacreditarlas, acudieron á los medios más torpes y rastreros, y el más principal de ellos, fué validos de que ejercían el poder en el Consejo de Regencia, conferir empleos importantes y lucrativos á varios diputados para de este modo tenerlos á su devoción y poder emplearlos como instrumentos en sus maquinaciones.

Procuróse tener este plan en secreto, pero pronto se hizo público y su conocimiento produjo la mayor indignación tanto en las Cortes como fuera de ellas. Notábase que la Regencia, en su halago corruptor, se había dirigido especialmente á los diputados americanos, lo que hacía temer algún plan preconcebido que tuviera por base las posesiones ultramarinas.

La asamblea se embraveció de un modo alarmante para los reaccionarios al conocer aquellos intentos, que tan cruel ataque constituía contra su honor y dignidad.

Atemorizáronse los individuos de la Regencia ante la actitud de las Cortes, cuya justa cólera comenzaban á temer, y como excusa por sus actos dijeron que los empleos y mercedes las habían dado á dichos diputados antes que éstos alcanzasen tan honrosa investidura, sin que para esto justificaran el por qué habían permanecido tanto tiempo sin dar cuenta de dichos nombramientos ni hacerlos públicos.

Acogieron las Cortes con frialdad la excusa, y no cuidaron en disimular el enojo que sentían contra la Regencia, y que excitó al ilustre diputado por Cataluña, D. Antonio Capmany, tan correcto y erudito escritor como orador mordaz y satírico, á pronunciar un

notable discurso cuyos extremos compendió después en la siguiente proposición:

«Ningún diputado, así de los que al presente componen este cuerpo, como de los que en adelante hayan de completar su total número, podrá solicitar ni admitir para sí ni para otra persona, empleo, pensión y gracia, merced ni condecoración alguna de la potestad ejecutiva, interinamente habilitado, ni de otro gobierno que en adelante se constituya bajo de cualquiera dominación que sea; y si desde el día de nuestra instalación se hubiese recibido algún empleo ó gracia sea declarado nulo.»

Tan exactamente interpretaba esta proposición los generales deseos de las Cortes, que la aprobaron sin vacilar y únicamente hicieron en ella una modificación para añadir,—pues aun les parecía poco lo propuesto por Capmany,—que «la prohibición se extendía á un año después de haber los actuales diputados dejado de serlo.»

Aparte de las razones políticas que en pro ó en contra de dicha medida podían alegarse, había que convenir en que ésta fué una de las más honrosas que tomaron dichas Cortes. Con ella quedaba el poder legislativo, ó sea el más importante y sagrado de todos, completamente independiente del ejecutivo, y se evitaba ese escandaloso espectáculo que hoy presentan la mayor parte de las Cámaras de Europa, en las cuales más de una tercera parte de diputados dependen por empleos ó por el deseo de alcanzar honores y dignidades del gobierno que los usa como instrumentos y los mueve á su voluntad en materia tan grave como la aprobación de las leyes.

Con esa medida y el no permitir que los ministros ó secretarios de despacho fueran diputados, aquellas Cortes, que nacían sin precedentes y que no estaban aleccionadas por la experiencia, establecían el régimen representativo en toda su pureza, hacían una real y verdadera separación de los poderes y no caían en ese parlamentarismo falso y nocivo en que han incurrido todos los gobiernos posteriores y que es uno de los principales males de la nación y la base de todas las corrupciones.

Aunque la asamblea nacional estaba tan pronta á detener con acertadas medidas todas las maquinaciones de sus enemigos, no por esto cejaban ellos en atacarla, y firmes en su propósito intentaron viciar en su origen la representación nacional, obrando á estilo de los modernos ministros de Gobernación que validos de su poder falsifican la voluntad de los electores.

El ministro de Gracia y Justicia, D. Nicolás María Sierra, para ganar votos en las Cortes y ejercer sobre ellas influencia, dirigió por sí y sin consultar á nadie una real orden á la Junta de Aragón, de cuyo reino era natural, mandando que procediese á la elección por sí y sin consultar la voluntad de los electores de todos los

diputados por aquella región, enviándola al mismo tiempo una lista de candidatos que habían de ser los designados.

En dicha lista no había olvidado Sierra poner su nombre y los de don Tadeo Calomarde, después célebre ministro, del despotismo y entonces oficial mayor de Gracia y Justicia, del ministro de Estado Bardaxí y de otros amigos que estaban por completo á su devoción.

Cumplió la Junta lo mandado por el ministro y al manifestárselo á la Regencia, los individuos de ésta se extrañaron de oir referirse á una real orden que no recordaban. Aclaróse entonces el abuso llevado á cabo por Sierra y que le hacía acreedor á severo castigo por haberse extralimitado en la confianza que la nación le tenía prestada; pero los regentes por única providencia anularon las elecciones celebradas y mantuvieron al autor de tal delito en el cargo que desempeñaba, lo que produjo general escándalo.

La carrera que seguían las Cortes estaba sembrada de obstáculos, casi todos debidos á la Regencia, ya intencionada ó inocentemente.

A esta última clase pertenecía el que le acarreó con el imprudente llamamiento de un príncipe extranjero que entonces andaba errante por Europa y á quien el porvenir debía elevar al trono de Francia.

Cuando España se levantó en armas contra el invasor y se habían efectuado las renuncias de Bayona, varios soberanos, como ya dijimos, hicieron constar sus derechos á la corona hispana por si ésta quedaba vacante, siendo uno de ellos el príncipe Leopoldo de Sicilia, que se estableció en Gibraltar esperando próximos acontecimientos.

Con él vino á la península el príncipe francés Luis Felipe, duque de Orleans, que en las guerras de la República se había batido contra los reyes coaligados á las órdenes de Dumoriez, y al retirarse á sus Estados el príncipe siciliano, él se trasladó á Londres, apareciendo al poco tiempo en Menorca, desde donde pidió se le señalara un puesto en los ejércitos españoles.

Tanto insistió en tal petición el príncipe francés, que al fin la Junta central accedió á ello, pero Luis Felipe, así que sus compatriotas efectuaron la invasión de las Andalucías, creyó perdida para siempre nuestra causa y se retiró á Sicilia.

Al instalarse la Regencia, tuvo conocimiento de que el príncipe gozaba de gran prestigio en el Rosellón y deseosa de valerse de él en la lucha contra Francia, envióle un emisario especial con una fragata de guerra, para ofrecerle el mando de un ejército español que debía formarse en Cataluña.

Accedió el Orleans y al poco tiempo desembarcó en las playas de Tarragona; pero D. Enrique Odonell recibióle muy friamente. Y como además

acababa de ocurrir la toma de Lérida por los franceses, y la derrota de nuestras tropas, creyó que allí nada le quedaba ya que hacer y se dirigió á Cádiz para reclamar á la Regencia el cumplimiento de la invitación.

Encontróse el gobierno en gran compromiso, pues además de no tener ejército alguno que confiarle, tropezaba con la hostilidad que los generales españoles manifestaban al príncipe, con la antipatía que á pesar de sus buenas cualidades inspiraba al pueblo, únicamente por ser francés, y con la oposición de los ingleses que llevaban á mal se diese á Luis Felipe ningún mando.

Excusóse la Regencia con estas razones y más que todo con la próxima reunión de las Cortes, cruzándose de este modo una viva y agria discusión por escrito entre el desairado príncipe y el gobierno, y que la asamblea al instalarse cortó, mandando á los regentes le despidieran cortesmente.

Así que Luis Felipe supo esta decisión de la Corte, presentóse en la mañana del 30 de Setiembre á las puertas de su salón de sesiones, vestido con uniforme de general español, y pidió con gran insistencia á la comisión que salió á recibirle y enterarse del objeto de su visita, se le permitiera entrar y hablar en la barra para exponer sus agravios.

Negose la asamblea, aunque de la manera más cortesmente posible á acceder á los deseos de Orleans, y éste, despechado, se retiró, y tres días después embarcóse para Sicilia, atribuyendo aquel fracaso más que á la informalidad de la Regencia á las maquinaciones de los ingleses.

Veinte años después aquel príncipe que se contentaba con mandar algunas fuerzas españolas, era elevado al trono de Francia por una revolución en París, se le conocía en toda Europa por el «rey de las barricadas,» y el incomprensible Lafayette le presentaba al pueblo como *la mejor de las repúblicas posibles* (!)

Aunque la Regencia y las Cortes no procedieron con gran corrección en dicho asunto, hay que reconocer que obraron con acierto, pues Luis Felipe en nuestras filas no habría producido ninguna ventaja á la causa española, y en cambio hubiera encarnizado la guerra haciendo más sanguinarios y vengativos á los generales franceses.

Cuando ocurría el incidente antes narrado, las Cortes habían tomado ya una decisión que justamente les valió algunas censuras.

Importantes asuntos de gran trascendencia para el porvenir de la patria, y de que más adelante hablaremos, moviéronlas á acordar la celebración de sesiones secretas después de las públicas, método perjudicial, pues el misterio mata parte de esa confianza popular que toda institución debe poseer para considerarse fuerte.

Los periódicos más liberales de la época fueron los que con mayor empeño atacaron aquella decisión, y hasta el gran Quintana decía á las

Cortes, sobre este asunto, en *El Semanario patriótico:*

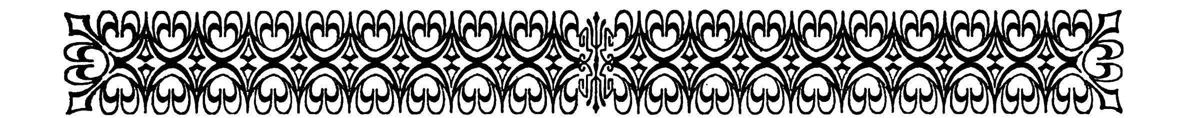
«El misterio engendra la sospecha y la sospecha mata la confianza... ¿Os cansáis, por ventura, de la que la Nación os ha dado?»

La aceptación de las sesiones secretas produjo en las Cortes una gran disensión en la que el marqués de Villafranca, D. Agustín Argüelles, y D. Manuel Luján, defendieron las sesiones públicas alegando que éste era el medio más acertado para adquirir la confianza nacional; pero D. Lázaro Dou y D. Antonio Capmany sustentaron lo contrario, diciendo que la confianza nacería, no de la publicidad, sino de las providencias que la asamblea tomara favorables á la causa nacional, y al fin éste fué el criterio que prevaleció.

Examinando las actas de las sesiones secretas de las Cortes de Cádiz, se conocen los graves asuntós que en ellas se trataban, y á la verdad, aunque siempre es censurable el secreto con instituciones de tal clase, se comprende que en aquella época los diputados se decidieran por él, pues en un pueblo tan impresionable y agitado como era el español entonces, muchos asuntos que en el misterio encontraron de fácil y decisiva terminación, á hacerse públicos hubieran producido grandes conmociones é inmensos desalientos.

Como si todo se hubiera conjurado contra la nueva institución, á los ataques de sus enemigos unióse un hecho importantísimo y triste hacía tiempo esperado, y que la casualidad hizo suceder justamente cuando las Cortes más necesitaban fijar su atención en los asuntos de la península.

La insurrección de las provincias de América, se interpuso como un obstáculo insuperable al principio del camino de las Cortes.



CAPITULO XVII

1810-1811

La insurrección de las Américas.—Causas que la produjeron.—Abusos de las autoridades españolas. —Tentativa de Picornell y Miranda en Venezuela.—Sublevación de Caracas.—Cautelosa conducta de los revolucionarios.—Insurrección de Buenos Aires, Nueva Granada y otras provincias.— Efecto que la noticia causa en España.—Providencias del gobierno.—Tratan las Cortes el asunto de América.—Decreto que dan.—Sublevación de Paraguay, Tucuman, Chile y Méjico.—Sucesos que ocurren en este último país.—El cura Hidalgo de la Costilla.—Sus astucias.—Son derrotados los insurrectos y se restablece momentáneamente la calma.—Nuevas concesiones que hacen las Cortes á los americanos.—Discusiones políticas en las Cortes.—La libertad de imprenta.—Sublime discusión.—Triunfa la libertad.—Ley de libertad de imprenta.—Su examen.—Sus defectos hijos de las circunstancias de la época.—Juntas de censuras.—Los partidos de las Cortes.— Liberales y serviles.—D. Agustín Argüelles.—El partido americano.—D. José Mejía.—Indignas maniobras de la Regencia contra las Cortes.—La admiten éstas la dimisión.—Nombramiento de nueva Regencia.—Juramento.—Escándalo promovido por el marqués del Palacio.—Término de la cuestión.—Juicio sobre el gobierno de la primera Regencia.—Alarma que producen las noticias del casamiento de Fernando.—Proposición del diputado Capmany.—Notable debate.—Discurso de García Herreros.—Decreto de las Cortes sobre dicho asunto.—Gestión de las Cortes en el ramo de guerra.—Otras disposiciones que dictan.—Nombran una comisión para que redacte el proyecto de Constitución.—Publicación del *Diario de las Cortes*.—Organización interna de la asamblea.—Frase notable de García Herreros.

LA alteración revolucionaria de nuestras posesiones de América, tuvo su principio con la llegada á éstas de las noticias de la invasión de las Andalucías por los franceses y la inesperada y rápida disolución de la Junta central.

Aquella revolución, que si bien era improcedente é inesperada atendidas las circunstancias de la época, se consideraba como de fatal y necesaria realización en plazos más ó menos lejos por todas las personas ilustradas, venía ya preparada hacía mucho tiem-

po por causas de que pronto hablaremos.

Ninguna nación del mundo poseía á principios de siglo tan grandes Estados en América como España

Mil novecientas leguas abrazaban las posesiones españolas en América, «extensión maravillosa,—como dice Toreno,—cuando se considera que sus habitantes obedecieron durante tres siglos á un gobierno que residía á enormes distancias y que estaba separado por procelosos mares,» y su población componíase de trece millones y medio de seres pertenecientes á varias razas, siendo los más reducidos en número los europeos.

Injustos y apasionados al tratar de la dominación española en la América algunos escritores extranjeros, han tachado nuestra patria de haber procedido de un modo brutal y arbitrario en la colonización de aquellos países.

Los colonizadores españoles es verdad que no procedieron en América como modelos de suavidad y contemplanción con los naturales; pero hay que tener en cuenta que excesos y abusos como los que entonces se ejecutaron, acompañan siempre á toda conquista aunque esto sea de un país civilizado, y que la misma Inglaterra, que es la que mayor empeño ha tenido en denigrar á nuestra nación, ha procedido en sus posesiones como en épocas bastantes recientes, más atropellada y brutalmente.

América, en los tres siglos que permaneció unida á España, encontróse política y socialmente en el mismo estado que la península. No existiendo ni sombra de libertad en la metrópoli, mal podía haberla en las colonias y el régimen despótico y absoluto que imperaba en aquélla, debía producir también sus fatales consecuencias en las posesiones ultramarinas.

Sin embargo, hay que confesar que aquellos gobiernos absolutos que dirigían á España, atendido el estado de la época eran modelos de buena administración colonial. Las leyes dictadas por el Consejo de Indias estaban inspiradas en el buen deseo de proteger á los indígenas del país de los abusos de las autoridades, y en cuanto al gobierno, cuidaba mucho de difundir la ilustración en aquellas apartadas regiones, creando universidades tan renombradas como las de Lima y Santa Fe, y formando jardines botánicos, escuelas de química y mineralogía á estilo de Alemania y que con el conocimiento que tenían los que los dirigían de todos los adelantos efectuados en Europa, asombraron al sabio Humboldt en su viaje á América el cual aseguró que «ningún gobierno ha sacrificado sumas tan crecidas para perfeccionar el estudio de los vegetales, como el español.»

La población de aquellas apartadas provincias españolas componíase de tres clases que vivían completamente separadas y en perpetuo antagonismo, como si imperara la más cruel y arbitraria ley de castas. Eran éstas la de los criollos ó sea los nacidos de las fa-

milias europeas que fueron á establecerse en aquellos territorios; la de los indios, primitivos pobladores de estos y que en realidad eran los que más sufrían la tiranía de las autoridades representantes de la metrópoli y la de los negros, compuesta de infelices africanos á quienes el vil y cruel tráfico de carne humana, arrancaba de las selvas en que gozaban de libertad para llevarlos á las playas americanas donde, agobiados bajo el peso de la cadena de esclavitud y heridos por el látigo señorial, tenian que dedicarse á los más rudos y penosos trabajos.

Ninguna de estas dos últimas clases, podía ofrecer un peligro para la dominación de España en aquellas regiones.

Los indios estaban todavía como asombrados desde los tiempos de la conquista, y en cuanto á los negros sufrían con paciencia todas las vejaciones de que eran objeto, y odiaban más á sus señores del país que á las autoridades enviadas por la metrópoli, que algunas veces las protegían. En cambio, los criollos, ó sea, los descendientes de los antiguos españoles, mostraban cada vez mayores deseos de emanciparse del poder de España, cumpliendo así la eterna ley histórica que hace se separe de la metrópoli toda colonia que está á su mismo nivel intelectual y político.

La civilización europea que en dichas provincias imperaba con toda extensión, y la nueva Era que las habían abierto los reinados de Fernando VI y Carlos III con el reglamento sobre comercio, impregnado de cierto espíritu liberal y alguna reforma establecida en el orden administrativo del país, habían cambiado totalmente el aspecto de éste.

Estaba la autoridad suprema en las provincias americanas, encomendada á vireyes ó capitanes generales, que en sus funciones no tenían más cortapisa que la dependencia del Consejo de Indias y del rey. Como contrapeso á aquel poder militar, absoluto y muchas veces arbitrario, sólo existían las audiencias que á más de entender en todo lo judicial, tenían también ciertas facultades gubernativas. Dependientes de estas audiencias (de cuyo fallo podía apelarse ante el Consejo de Indias) estaban los alcaldes mayores y los ordinarios, que eran como jueces y administradores de los pueblos y al mismo tiempo presidentes de los ayuntamientos. Estos funcionarios como en España, eran nombrados por el sufragio de sus administrados y de aquí que aun en los tiempos de mayor despotismo, respetaran los derechos del pueblo que los elegía; pero el afán de enriquecerse durante los cinco años que duraba su magistratura, hacíales cometer los mayores abusos.

Era entre estos, el más inícuo, el llamado de *los repartimientos*, que consistía, so pretexto de avivar la actividad de la población indígena con el acicate de la necesidad, en obligar al infeliz indio á que tomara al principio de cada año cierta cantidad de

mercancías, casi siempre innecesarias para él, fijando su precio de un modo exorbitante, y obligarle á que hiciera real éste, con productos del país, cuyo valor tasaba el alcalde á su capricho.

Tan agobiados tenía este abuso á los indios, que era la principal causa de la pobreza del país y por esto deseoso de remediar tan grave mal, don José de Galvez, que conocía perfectamente el estado de América cuando Carlos III le confió el ministerio general de Indias, una de sus primeras providencias fué la abolición, no sólo de los repartimientos sino de los alcaldes mayores, reemplazando estos funcionarios en el orden administrativo con intendentes de provincia y subdelegados en los partidos.

Alarmó esta reforma á los que medraban á la sombra de los abusos y pretendieron desvirtuarla por mil medios; pero pronto tocaron los pueblos los beneficios que aquélla entrañaba, y la acataron contentos, al mismo tiempo que ganaba el erario público, pues la recaudación era más segura y estaba más vigilada con el nuevo orden administrativo.

En aquella época, redujéronse también el gran número de contribuciones que pesaba sobre los americanos. No quedó más que la alcabala, el impuesto sobre los productos de las minas de oro y plata, y el llamado *tributo* á que únicamente estaban sujetos los indios en sustitución de la alcabala, pero que siempre se prestaba á arbitrariedades por no estar su reparto sujeto á ninguna regla fija.

Con todas estas reformas, con los innumerables centros de enseñanza que se establecieron en el país y los reglamentos que para el comercio americano dió Carlos III, nuestras posesiones entraron en un período de actividad y grandeza que hacían presentir tiempos felices.

Poco tiempo después, es cuando se realiza la sublevación contra la metrópoli de aquellas colonias favorecidas. Fenómeno es este que no se explican algunos.

¿Cómo es,—dicen,—que la América viene á sublevarse cuando más tenía que agradecer á la nación que cuidaba por su prosperidad? ¿Por qué no levantó su protesta armada en los tiempos de opresión y despotismo? ¿Cómo aguardó á emanciparse en la época que menos motivo tenía para ello?

No era un fenómeno inexplicable aquella revolución inesperada; antes bien podía calificarse de consecuencia legítima, de hechos acaecidos poco tiempo antes, y más todavía de la natural tendencia de todo pueblo colonial á constituir en nación independiente el país que le sustenta, así que éste está en condiciones para ello é iguala en cultura á la metrópoli.

El criollo educado á la europea, conocedor perfecto de la decadencia nacional que sufría la España del siglo XVIII, y convencido de que su país estaba en condiciones para emanciparse, esperaba impaciente ocasión

para realizar sus propósitos y suspiraba para alcanzar la plenitud de los derechos, y desempeñar los puestos públicos que en América sólo estaban reservados á los españoles.

Ocurrió en esto, la insurrección y emancipación de las colonias inglesas del Norte de América. Todos los súbditos que España tenía en aquella apartada región, siguieron con vista ansiosa la marcha del grandioso drama que se desarrollaba á orillas del Delaware, y en cuya escena brillaba la inmortal figura de Washington, y aprendieron contemplando tan sublime epopeya, el medio de crear naciones independientes y prósperas, en los terrenos del Nuevo Mundo.

Carlos III unido á Francia y en su afán de hostilizar á Inglaterra, prestó grandes auxilios á los insurrectos americanos, á los grandes hombres que creaban la forma de gobierno republicana federal, potente maza que ha demolido muchos tronos y en plazo próximo derribará los que aun quedan en pié, y en su afán político de dañar á la nación eterna enemiga, no reparó que al apoyar aquella rebelión que sustentaba la bandera tan sublime, al par que favorecía la causa política que algún día debe derribar sus sucesores, atizaba la hoguera de la emancipación que pronto iba á consumir sus dominios de América.

Los españoles que aun dudaban temerosos del resultado de una revolución contra el dominio español, se animaron al contemplar el éxito alcanzado por sus hermanos del Norte en la lucha contra Inglaterra, potencia mucho más fuerte que España, y á tal punto llegó el entusiasmo y la decisión de aquellos hombres deseosos de independencia, que según asegura Jefferson en sus cartas, ya entonces hubo en nuestras posesiones muchos que solicitaron el auxilio de la joven república de los Estados Unidos para declararse en abierta rebelión á la metrópoli.

Sostúvose aún en los límites legales el general deseo de emancipación, y en esto ocurrió la revolución francesa que después de conmover Europa entera con su tremendo sacudimiento, hizo llegar á través de los mares su ardiente respiración hasta la América española, donde á su caricia se inflamaron aún más aquellas cabezas en las que se agigantaba el deseo de libertad.

Por si esto no era suficiente, aumentábanse los generales deseos de emancipación con las incesantes arbitrariedades, despojos y atropellos que realizaban las autoridades españolas, deseosas nada más de llenar sus arcas y volver cuanto antes á la península y lo impunes que tales delitos quedaban tanto por la apatía del gobierno de España, como por la enorme distancia que entre ésta y sus colonias existía, y que impedía la prontitud y eficacia del castigo.

Varios y poderosos agentes aceleraron por entonces la insurrección de nuestras posesiones. Los Estados Uni-

dos, en la pujanza de la juventud y animados por la ambición de extender sus dominios hasta más allá del istmo de Panamá, agitaban las provincias ultramarinas con la esperanza de alcanzar algún despojo de la insurrección; Bonaparte, deseoso de castigar á aquella España que tan rebelde se le mostraba, enviaba agentes secretos á América para fomentar el espíritu revolucionario; José, el rey intruso, ayudaba á su hermano en tan triste obra, y hasta la misma Inglaterra, nuestra aliada, acordándose de que la península había ayudado á la emancipación de sus colonias del Norte, en justa venganza hacía cuanto podía ocultamente para perjudicar en América á la misma nación que auxiliaba en Europa.

Cuando Napoleón efectuó la traidora invasión de España, produjose en nuestras colonias una reacción patriótica. Los mismos criollos acordáronse que llevaban sangre española en las venas, y conmovidos por aquel interés que nuestra patria despertaba en todo el mundo luchando sola contra el primer poder de Europa, ayudaron á la causa nacional con cuantiosos donativos de que ya hemos hablado, é hicieron mayores promesas para el porvenir; pero este entusiasmo calmóse prontamente, las antiguas aspiraciones de independencia volvieron á abrirse paso, y la revolución estalló por fin en la América española.

España, agradeciendo los socorros con que la habían favorecido las colonias, dió el primer ejemplo en el mundo de una metrópoli que ponía á las colonias á su mismo nivel; pero tales ventajas eran ya infructuosas y no podían evitar una revolución que tenía por causa todos los motivos antes enumerados y que era tan inevitable atendido el estado de los ánimos.

La primera de nuestras posesiones americanas en dar el grito insurreccional fué Venezuela, el 19 de Abril.

En esta provincia era donde más arraigo tenían las ideas revolucionarias. Ya en 1796, así que España emprendió su guerra con los ingleses, habían querido sublevarla el fogoso D. Juan Mariano Picornell, de quien ya hablamos al principio de esta obra, por su atrevida conspiración republicana de Madrid, y D. Antonio Miranda, hijo del país, antiguo oficial del ejército español y después uno de los buenos generales de la revolución francesa que á las órdenes de Dumoriez derrotaron á los reyes coaligados y que quedó cuando la traidora fuga de éste, con el mando en jefe de las victoriosas tropas republicanas.

Eran ambos revolucionarios dos corazones ardientes, dos caracteres fogosos nacidos para la lucha y capaces de las más difíciles empresas; pero Picornell, como español que á la fuerza había sido conducido á Venezuela para ser encerrado en una fortaleza y salir de ella del modo original que ya vimos, no tenía grandes conocimientos en el país, y en cuanto al esforzado Miranda, aunque la fama de sus

proezas en Francia había atravesado los mares hasta llegar á ser conocida por sus conciudadanos, había salido de Caracas muy joven, y no contaba en su país con prestigio más que entre las clases ilustradas que estaban al tanto de los sucesos de Europa.

Con tales dificultades no era extraño que abortara la conspiración, pero en Venezuela siguió latente el espíritu insurreccional y sólo bastó la noticia de la invasión de las Andalucías por José y la disolución de la Junta central, para que inmediatamente se sublevara la capital Caracas.

El 19 de Abril se amotinó el vecindario de la ciudad, uniósele en breve la tropa, que aunque mandada por jefes españoles tenía muchos oficiales hijos del país y los soldados en su totalidad indígenas; y el cabildo (nombre que allí se daba al ayuntamiento), asociándose á algunos patriotas de prestigio, se erigió en potestad suprema hasta que se reuniera un congreso que convocó. El capitán general Emperán, hombre de poco ánimo, no opuso resistencia alguna, y en unión de los individuos de la audiencia y otras autoridades españolas se dejó embarcar en el puerto de la Guaira.

Toda la provincia de Venezuela siguió el ejemplo de Caracas á excepción de Coro y Maracaibo, fieles á España por la firme energía que desplegó su gobernador D. Fernando Myares.

La autoridad revolucionaria que se erigió en Caracas, procediendo con gran cautela y conociendo que todavía no estaba el país en estado de separarse abierta y rudamente de España, declaró que no intentaba emanciparse de ésta y que únicamente había tomado tal actitud, en vista de que casi toda la metrópoli estaba en poder de una dinastía extranjera y tiránica, añadiendo que sólo haría uso de su soberanía hasta que volviese á su trono Fernando VII ó se constituyera un gobierno legal votado por las Cortes españolas próximas á reunirse y á las que concurriesen verdaderos representantes de las provincias americanas.

Con esta declaración y el usar el nombre de Fernando VII, muy querido por el populacho ignorante que le creía prisionero en Valencey y sufriendo los mayores tormentos, los revolucionarios aseguraron el primer empuje de la insurrección y se propusieron entretanto efectuar reformas que identificaran á todos con aquel movimiento.

El tributo de los indios quedó abolido, repartiéronse los principales empleos entre los naturales, y abriéronse los puertos á los extranjeros, con cuya medida los frutos crecieron en valor y la agricultura principal, fuente de riqueza del país, experimentó grandes ventajas.

Los nuevos mercados que entonces se abrieron al comercio inglés, obligaron al gobierno británico á no prestar ninguna ayuda á España en los asuntos de América.

En Buenos Aires pidió el pueblo la

reunión de un congreso como en Venezuela y el capitán general Hidalgo de Cisneros, creyendo que aquella medida aun sería beneficiosa para España, accedió á ello; pero así que la asamblea quedó constituida comenzó por deponer al inavertido gobernador, creando para que ejerciera la suprema autoridad, una junta á estilo de la de Caracas y á imitación de las de nuestra patria en 1808.

En Nueva Granada fueron también depuestas las autoridades españolas y sustituidos por una junta de naturales del país, siendo verdaderamente notable que todos estos levantamientos ocurridos casi al mismo tiempo en regiones distantes entre sí, se verificaran espontáneamente sin previo acuerdo y como producto natural del sentimiento que animaba al pueblo y á la tropa.

En el Perú hubo también alguna agitación; pero al fin se mantuvo fiel á España, gracias á la prudencia y la energía de su virey, D. José Fernando Abascal, y más todavía á que estaban recientes en la memoria los recuerdos de las inauditas crueldades que acompañaron la sublevación del indio Tupac Amaro y á que los criollos temían que la población indígena de los campos, se aprovechara de la revolución para cometer hechos vandálicos á que tan inclinada era por su carácter.

Montevideo se mostró propensa á seguir el ejemplo insurreccional de las demás provincias; pero á tiempo llegó la noticia de haberse constituido en España un poder central con el nombre de Regencia y esto fué lo que la contuvo.

No podían haber elegido nuestras posesiones de América momento más propicio para que prosperara su revolución. Nada podía hacer para atajarla aquella España cuya situación era bastante triste. Los pocos soldados que tenía, necesitábalos para defender la integridad nacional en la península y en cuanto á medios pecuniarios, sus arcas estaban de continuo agotadas y apenas si lo que el Erario percibía bastaba para cubrir la tercera parte de los gastos de guerra.

Al constituirse la Regencia, envió comisionados á las diferentes provincias de América para darlas cuenta de la creación del nuevo gobierno de los patrióticos deseos de éste y al mismo tiempo hacerles entrega de la convocatoria para las Cortes á las que debían enviar sus diputados, ya que se había establecido la igualdad de derechos entre los españoles de la península y de ultramar.

Todos esperaban el eco de la explosión de júbilo que aquellas comunicaciones iban á producir en las posesiones españolas de América, y júzguese cual sería el desencanto, la sorpresa y la indignación que experimentarían los españoles al recibir en 4 de Julio la noticia de la revolución de Caracas.

Quedó la Regencia tan confusa como indecisa al recibir tal noticia, y no

sabiendo que decisión adoptar, consultó á su inseparable compañero el Consejo, quien se decidió por el envío de una expedición militar tan importante como lo permitían las angustiosas necesidades de la patria. Dicha expedición no debía usar de la fuerza más que en último extremo y procurar ante todo someter á los insurrectos por medio de la persuasión.

Optimista en grado sumo se mostraba el Consejo al creer posible la sumisión de un pueblo en revolución por tales medios, y aun se presentó más confiado al creer que bastaba para ello el enviar al frente de la expedición un consejero respetable.

Fué designado para cumplir esta misión el individuo del Consejo Real D. Antonio Cortavarria, magistrado integérrimo, pero hombre sobrado débil y que además de tener todos los inconvenientes propios de una edad avanzada, nada sabía de negociaciones diplomáticas ni había estado nunca en América.

Partió Cortavarria para Venezuela con algunos buques de guerra, y á Buenos Aires donde la Regencia había enviado instrucciones para contrarrestar las influencias é intrigas que la infanta doña Carlota sembraba contra España desde el Brasil con el propósito de crearse un trono, fué destinado como virey del Río de la Plata, D. Francisco Javier de Elío, quien salió para dicho punto con quinientos hombres, una fragata de guerra y una urca, encargándole también el gobierno que evitase en lo posible el uso de la fuerza.

Si la elección de Cortavarría fué desacertada por la blandura de su carácter, la de Elio lo resultaba todavía más, por el genio brusco y despótico de este general y por ser antiguo y personal enemigo del intrépido Liniers, que era el caudillo que en aquella región haciendo los mayores esfuerzos y con medios casi nulos, sostenía con honra la bandera española.

En tal estado se encontraba la insurrección de nuestras posesiones de América al instalarse las Cortes.

Los enemigos de la revolución en España atribuyeron la actitud de América á la demasiada libertad que la habían concedido los reformadores y á la nivelación de derechos decretada por la Junta central en su manifiesto á los españoles de las colonias.

Este documento como todos los de carácter público que daba á luz aquella corporación, era debido á la pluma del gran Quintana que, llevado de sus aficiones, poetizaba hasta los más áridos asuntos de gobierno, y daba un sello especial á todos los manifiestos de la Junta.

En él decía á los americanos: «Desde este momento vuestros destinos ni dependen de los vireyes ni de los gobernadores; están ya en vuestras manos.»

Por más intencionada interpretación que los reaccionarios españoles quisieran dar á estas palabras, siem-

pre les era imposible justificar que la regeneración política de nuestra patria, fuera culpable de la emancipación de América. Esto era un hecho natural y preciso atendidas las leyes históricas y que un día ú otro debía ocurrir, y á la España después de hacer lo posible para impedir tal desmembración, sólo le tocaba continuar en buena armonía con aquellos pueblos que son sus hijos y envanecerse como hoy puede hacerlo, con la gloria de haber fundado numerosas nacionalidades en el continente americano, en las cuales suena nuestra armoniosa lengua, imperan nuestras costumbres y luce la antorcha de la civilización con más intensidad que en otros puntos.

Además, España so pena de ponerse en contradicción con los principios que estaba sustentando, no podía ahogar con la fuerza la voluntad unánime de los pueblos que á semejanza de la metrópoli querían gozar de absoluta libertad y gobernarse por sí propios, sin la influencia de poderes ajenos al país.

Las Cortes á la vista de los sucesos de América, trataron de tomar una decisiva resolución. Propusieron los reaccionarios que se dejara nulo y sin efecto el decreto concediendo la igualdad de derechos á los americanos; pero esta medida sólo hubiera contribuido á hacer mayor la insurrección en aquellas regiones y al mismo tiempo desautorizar el tal vez único acto acertado del anterior gobierno, y las Cortes después de la empeñada discusión que se promovió en sesión secreta, publicaron el decreto de 15 de Octubre, ratificando dicha igualdad de derechos y concediendo amplia amnistía á cuantos hubieran tomado parte en la revolución americana.

Acertada en sumo grado fué la conducta adoptada por las Cortes, que fiaron más en la tolerancia y en la persuasión que en la fuerza de las armas. La nación que tan heróicamente se batía por su independencia, no podía emplear la fuerza contra regiones que se ponían en revolución por alcanzar lo mismo; y España constituyéndose á su gusto por la voluntad del pueblo, no debía impedir so pena de parecer inconsecuente, que esta voluntad se cumpliera en aquellos países que deseaban gozar de vida propia.

Tenían esperanza las Cortes en el éxito de estos decretos, pero existía el fundado vuelo de que la gran distancia que mediaba entre la península y las colonias, haría que aquéllos llegasen demasiado tarde para apagar la hoguera revolucionaria.

Así era efectivamente; pues desde que la noticia de la insurrección salió para España, habían ocurrido en ésta notables sucesos.

Tras la insurrección de Buenos-Aires se habían sublevado el Paraguay y Tucumán primero y después Chile y el importante imperio de Nueva España ó de Méjico.

Estaba esta vasta región muy conmovida de algún tiempo antes, pues

era el país donde más hombres ilustrados trabajaban por la emancipación.

Ya en Setiembre del año anterior (1809) el virey de aquel dilatado imperio, D. José Iturrigaray, se hizo sospechoso de infidelidad á España permitiendo la creación de una junta popular que no tenía aparente objeto, por lo cual los europeos residentes en el país se sublevaron contra él y lo prendieron como presunto traidor.

La Junta central con objeto de tranquilizar al país dió el vireinato, aunque accidentalmente, al arzobispo Lizana, creyendo que su carácter sacerdotal causaría grande respeto en un país tan fanático, y la Regencia nombró después para sucederle, á don Francisco Javier Venegas, hombre verdaderamente notable entre todos aquellos vireyes, que por lo regular eran ancianos é ineptos.

Cuando salió de España este funcionario ya se había dado en Méjico el grito de insurrección en las minas de Guanajuato.

El cura del reducido lugar de Dolores, D. Miguel Hidalgo de la Costilla, hombre de regular talento y gran instrucción, sagaz, atrevido y ambicioso, fué el primero en sublevarse contra España.

Conociendo el fanatismo de los indígenas y el gran prestigio que le daba su carácter sacerdotal, buscó algunos indios y mulatos que le fueran afectos, y puesto á la cabeza de éstos, penetró el 16 de Setiembre en su feligresía de Dolores, dando gritos de ¡Viva Fernando VII y mueran los *gachupines!* nombre que allí se daba á todos los europeos.

Uniéronse á su partida todos los indios de la comarca y el regimiento de milicias de la Reina formado de criollos, y entonces el cura Hidalgo para exaltar más aquellas turbas de fanáticos tomó por bandera el estandarte de la Virgen de Guadalupe, la más venerada por los indígenas.

Después penetró sin encontrar obstáculos en la ciudad de Guanajuato, de donde se extendió á Valladolid, pasando mucho tiempo á la espectativa amenazando á Méjico la capital.

En aquella inercia el astuto Hidalgo para que no decayera el espíritu y entusiasmo de sus abigarradas tropas, á las que enardecía valido del fanatismo, preparó una ridícula farsa como fué hacer correr entre los indios la noticia de que Fernando VII se había escapado de Valencey y acababa de llegar á Méjico para ocuparse de la protección de sus fieles indios contra los españoles que querían despojarlo de la corona. Para dar más cuerpo á esta falsedad se valió de una joven de dudosos antecedentes que tenía algún parecido con el cautivo monarca.

Dicha mujer vestida de general español y montada á caballo, revistó las tropas insurrectas seguida por Hidalgo que la tributaba todos los honores reales, y á su vista los indios tan fanáticos en religión como en respetar al rey, se arrojaron al suelo é hicieron

mil extravagantes demostraciones de gozo y de respeto jurando no dejar vivo ni un solo *gachupín*.

En tanto, llegó á Méjico el virey Venegas, y con su presencia contuvo las maquinaciones revolucionarias que existían en la capital y activó grandemente las operaciones de resistencia.

Las tropas que mandaba Hidalgo no tenían organización alguna y estaban mal armadas; pero en cambio se componían de un número de hombres respetable.

Estaban los insurrectos acampados á catorce leguas de Méjico y el coronel Trujillo que con mil quinientos hombres salió á batirlos, los encontró en el monte de las Cruces donde logró causarles gran daño; pero tuvo después que retirarse á la capital para evitar que durante la noche le cercara aquella inmensa muchedumbre.

Fué Hidalgo en su seguimiento y de seguro que hubiera puesto con gran aprieto á Méjico escasa de defensores, si no le hubiera ido al alcance con tres mil hombres Calleja, el comandante de la brigada de San Luis del Potosí.

Varios choques tuvieron los españoles con los insurrectos, pero por fin en Enero de 1811 sobre el puente de Calderón situado en la provincia de Guadalajara, consiguieron los nuestros desbaratarlos y ponerlos en dispersión.

Hacia la costa del mar del Sur, habíase sublevado también un clérigo llamado Morelos, hombre ignorante, de carácter fiero y depravadas costumbres; pero por fin fué derrotado y cayó en poder de los españoles.

Como en las otras provincias americanas la lucha era puramente política, no fué tan cruel y sanguinaria como en Méjico, donde los sacerdotes para manejar mejor á los fanáticos indios la dieron carácter religioso.

En tanto, los diputados americanos pedían en las Cortes que como consecuencia de la declaración de igualdad de derechos y con objeto de evitar que los insurrectos tuvieran ningún pretexto para seguir enarbolando bandera de rebelión, se diese á América el número de diputados que la correspondiera por el censo de población, los mismos beneficios comerciales é idéntico régimen administrativo en lo interior.

Opusiéronse á esto algunos diputados peninsulares; pero por fin el 9 de Febrero de 1811 declararon las Cortes que «la representación americana, en las Cortes que en adelante se celebrasen, sería enteramente igual en el modo y forma á la que se estableciese en la península, debiéndose fijar en la constitución el arreglo de esta representación nacional sobre las bases de la perfecta igualdad conforme al decreto de 15 de Octubre.»

Al mismo tiempo que esto se decretaba, acordóse que los naturales de las colonias pudieran sembrar y cosechar cuanto quisieran sin exceptuar la viña y el olivo que hasta entonces les estaba prohibido, y que los americanos

tanto criollos como mestizos é indios, tenían derecho á desempeñar toda clase de cargos públicos sin restricción de ningún género.

Al poco tiempo se completaron todas estas reformas, prohibiendo los *repartimientos* donde la tradición y la práctica los hacían subsistir, y eximiendo á los indios del tributo que pagaban, y especialmente á los del Perú del trabajo forzado en las minas llamadas *mita*.

Nada más podían hacer las Cortes en favor de las provincias de América. Estas quedaban completamente igualadas con la metrópoli, y con nada podían ya justificar los insurgentes americanos su sublevación. Pero era imposible que tales medidas surgieran efecto, porque llegaban muy tarde. Las verdaderas revoluciones,—como dice cierto escritor,—sólo se matan con reformas antes de que nazcan.

Mientras ocurrían todos los sucesos antes narrados, y al mismo tiempo que las Cortes en sesiones secretas procuraban encontrar solución á los conflictos de América, públicamente se dedicaba tan augusta asamblea á la importante tarea de la reforma política de la nación.

Apenas pusieron mano en tal obra, una importante cuestión surgió inmediatamente dividiendo á las Cortes en dos bandos que representaban las ideas regeneradas, y los torpes deseos de volver al pasado con todos sus abusos y tiranías.

En el decreto de 24 de Setiembre, habíase asentado el principio de la soberania nacional, este principio debía tener su principal base y fundamento en la opinión del país, y la opinión pública ni se desarrolla, ni se educa, ni se fortalece, si falta la libertad para la emisión del pensamiento.

Surgía pues de aquella declaración, la inevitable consecuencia de declarar la libertad de imprenta y echar abajo todas aquellas trabas ignominiosas con que la Inquisición y la Iglesia por un lado y la Monarquía por otro, habían ido encadenando durante siglos enteros, el luminoso cerebro del pueblo español.

Las Cortes sin la libertad de imprenta y el auxilio del folleto y del periódico, iban á agitarse en el vacio y á trabajar en vano, sin lograr que el espíritu reformista penetrara en el pecho de la nación y diera fuerza y vigor al nuevo orden político.

La voz del diputado, por más elocuente que fuera, moriría bajo la bóveda del salón de sesiones, no pasaría más allá de sus paredes, mientras que con el auxilio de la libertad de imprenta la más modesta idea volaría en alas de la publicidad por todos los ámbitos de la nación española, y el pueblo iría educándose insensiblemente, y adquiriendo las costumbres cívicas de los estados que gozan la vida de la libertad.

Sin la libertad de emisión del pensamiento no podía existir la prensa política, y todos aquellos diputados que se reunían en la isla de León sabían

perfectamente que tal prensa era el complemento indispensable de todo sistema representativo.

«Cuarto poder del Estado» la habían llamado ya entonces en Francia, y un ilustre ministro inglés Mr. Canning, decía: «Cuando está presente el parlamento gobernamos con él; pero esto dura seis meses, y los otros seis para el gobierno á la prensa.»

El primero en pedir la libertad de imprenta fué D. Agustín Argüelles que ya comenzaba á manifestarse como el campeón más ilustre de las reformas y llamaba con su arrebatadora elocuencia la atención de todos desde la primera sesión de las Cortes.

No podía negarse que la libertad de escribir existía de hecho en España desde que se inició el levantamiento, pues las autoridades aun las más reaccionarias habían tenido necesidad de tolerar toda clase de publicaciones, con tal que combatieran la usurpación francesa.

Ya vimos como el ardiente Calvo de Rozas intentó muchas veces en el seno de la Junta central elevar aquella tolerancia á la categoría de ley y si bien al fin logró que esta corporación al disolverse dejara en su testamento político muy encargado á la Regencia que diera libertad á la imprenta, esta autoridad cuyas ideas y aspiraciones ya conocemos, se cuidó muy bien de no cumplir lo ordenado.

En la cuarta sesión de las Cortes dijo Argüelles algunas palabras para demostrar la necesidad de una ley que diera libertad y garantías á la emisión del pensamiento y la proposición fué acogida con calor, decidiéndose á petición del diputado Pérez de Castro el nombramiento de una comisión que propusiera los medios de plantear dicha ley.

El 8 de Octubre ó sea doce días después, presentó su dictamen dicha comisión y así que éste quedó impreso, procedióse á su discusión á pesar de los obstáculos que opusieron los reaccionarios temerosos de aquella reforma más que de ninguna otra.

Pocas discusiones ha tenido el Parlamento español tan sublimes y brillantes como la que entonces se entabló. Los dos bandos políticos que después por tan largos años debían exterminarse en los campos de batalla de las guerras civiles y cubrir la patria con un velo de sangre, riñeron entonces su primer pelea, puramente intelectual, pero no por esto menos difícil y decisiva y de ella la luz salió triunfante de la oscuridad y la voz nacional libróse de la mordaza histórica que pretendía conservarle la reacción.

El público que asistía á las Cortes, cada vez más numeroso y atento, seguía ansiosamente aquel debate en los cinco días que duró, y en cuanto á los extranjeros residentes en Cádiz, (especialmente á los ingleses) era tal el efecto que les causaban aquellos representantes de un pueblo que hasta entonces aparecía como el más ignorante y degradado de Europa, y tal su

sorpresa ante aquella elocuencia, aquel patriotismo y aquella grandiosidad de ideas y firmeza de propósitos, que al oído tomaron muchos fragmentos de los magníficos discursos que en defensa de la libertad de imprenta se pronunciaron, servicio muy importante, pues de este modo se conservan las muestras oratorias de nuestro renacimiento político, que de otro modo se hubieran perdido, pues entonces todavía no empleaba el congreso español el auxilio de la taquigrafía.

Hé aquí algunos fragmentos de aquella brillante discusión en la que tomaron parte tanto los hombres más esclarecidos del partido que deseaba la regeneración política nacional, como los más ilustrados del bando reaccionario.

Don Agustín Argüelles.—Cuantos conocimientos se han extendido por Europa han nacido de la libertad de imprenta y las naciones se han elevado á proporción que ha sido más perfecta. Las otras oscurecidas por la ignorancia y encadenadas por el despotismo, se han sumergido en la proporción contraria. España (siento decirlo), se halla entre las últimas. Fijemos la vista en los postreros veinte años, en ese período henchido de acontecimientos más extraordinarios que cuantos presentan los anteriores siglos, y en él podremos ver los portentosos efectos de esa arma á cuyo poder casi siempre ha cedido el de la espada. Por su influjo vimos caer de las manos de la nación francesa las cadenas que la habían tenido esclavizada. Una facción sanguinaria vino á inutilizar tan grande medida y la nación francesa ó más bien su gobierno, empezó á obrar en oposición á los principios que proclamaba... El despotismo fué el fruto que recogió... Hubiera habido en España una arreglada libertad de imprenta y nuestra nación no habría ignorado cuál fuese la situación política de la Francia al celebrarse el vergonzoso tratado de Basilea. El gobierno español dirigido por un favorito corrompido y estúpido, incapaz era de conocer los verdaderos intereses del Estado, abandonóse ciegamente y sin tino á cuantos gobiernos tuvo la Francia, y desde la Convención hasta el Imperio, seguimos todas las vicisitudes de su revolución, siempre en la más estrecha alianza, cuando llegó el momento desgraciado en que vimos tomadas nuestras plazas fuertes y el ejército del pérfido invasor en el corazón del reino. Hasta entonces á nadie fué lícito hablar del gobierno francés con menos sumisión que del nuestro, y no admirar á Bonaparte fué de los más graves de los delitos. En aquellos días miserables se echaron las semillas cuyos amargos frutos estamos cogiendo ahora.

Extendamos la vista por el mundo: Inglaterra es la sola nación que hallaremos libre de tal mengua. ¿Y á quién lo debe? Mucho hizo en ella la energía de su gobierno, pero más hizo la libertad de la imprenta. Por su medio

pudieron los hombres honrados difundir el antídoto con más presteza que el gobierno francés su veneno. La instrucción que por la vía de la imprenta logró aquel pueblo fué lo que le hizo ver el peligro y saber evitarlo...

El Sr. Morros (diputado eclesiástico).—Yo creo que la libertad de imprenta que se pide, es opuesta á la religión católica, apostólica, romana y sería atacarla cuanto se acordase por las Cortes contra los cánones que prohiben la publicación de ninguna obra sin la licencia de un obispo ó concilio.

Don José Mejía.—Empiezo recordando que la libertad de que se trata, se limita á la parte política y en nada se relaciona con la religión ni con la potestad de la Iglesia.

En las naciones en que no se ha permitido la libertad de imprenta, el arte de imprimir ha sido perjudicial porque ha quitado la libertad primitiva que existía de escribir y copiar libros sin particulares trabas, y si bien entonces no se esparcían las luces con tanta rapidez y extensión á lo menos eran libres, y más vale un pedazo de pan comido en libertad, que un convite real con una espada que cuelga sobre la cabeza, pendiente del hilo de un capricho.

El Sr. Rodríguez Bárcena (eclesiástico).—Yo amo la libertad de imprenta; pero como reconozco sus males, la quiero con jueces que sepan de antemano separar la cizaña del grano. Nada aventura la imprenta con censura previa en las materias científicas que son las que más importa ejercitarse.

Don Juan Nicasio Gallego.—Si hay en el mundo absurdo en este género, es el de asentar como lo ha hecho el preopinante, que la libertad de imprenta puede existir bajo una previa censura. *Libertad* es el derecho que todo hombre tiene de hacer lo que le parezca, no siendo contra las leyes divinas y humanas. *Esclavitud* por el contrario existe donde quiera que los hombres están sujetos sin remedio á los caprichos de otros, ya se pongan ó no, inmediatamente en práctica.

¿Cómo puede, según eso, ser la imprenta libre quedando sometida al capricho, á las pasiones ó á la corrupción de uno ó más individuos? ¿Y por qué tanto rigor y precauciones para la imprenta, cuando ninguna legislación las emplea en los demás casos de la vida y en acciones de los hombres no menos expuestas al abuso?

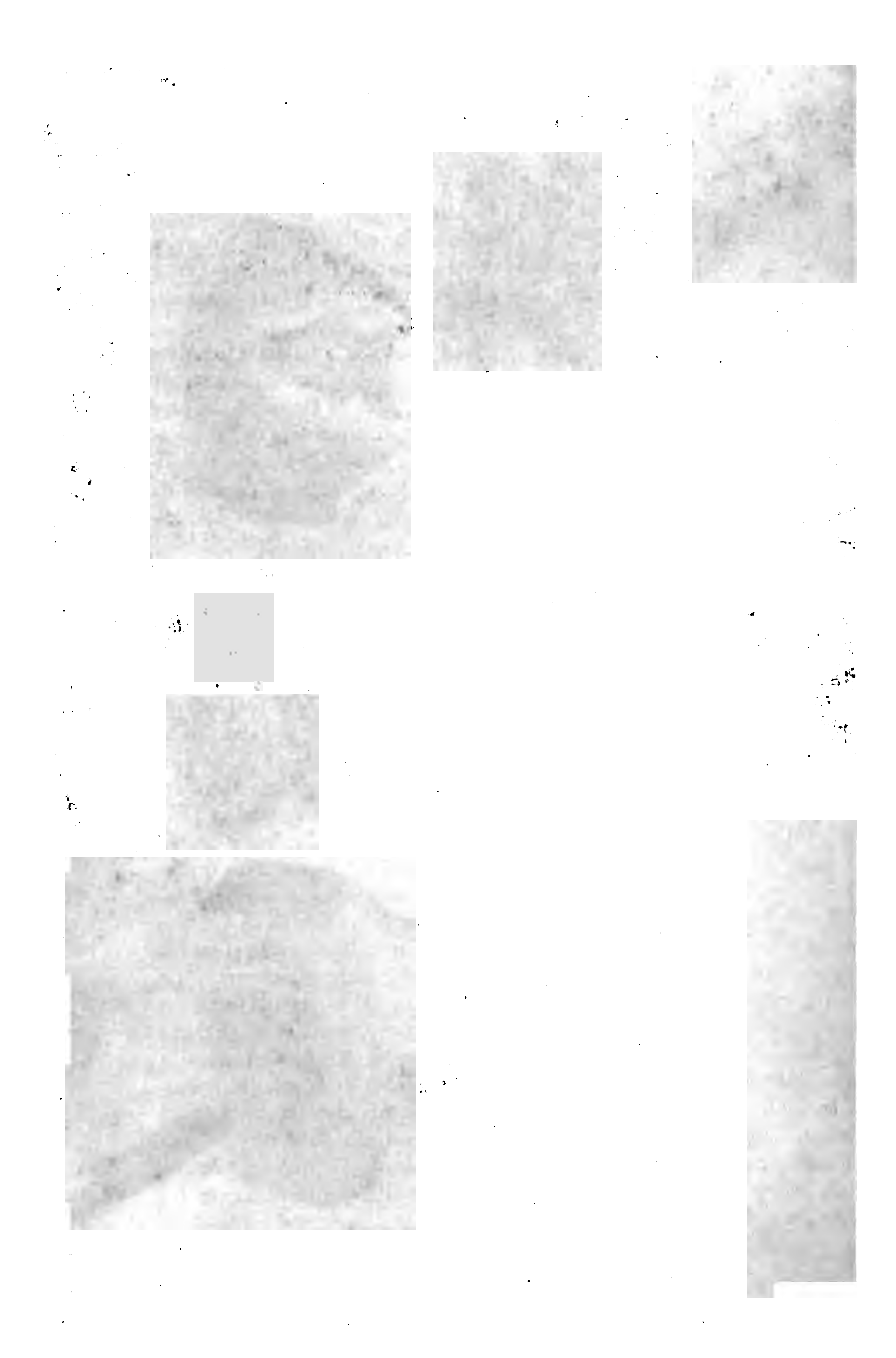
Cualquiera es libre de proveerse de una espada ¿y dirá nadie que se le deben atar las manos no sea que cometa un homicidio? Puedo en verdad salir á la calle y robar á un hombre, más ninguno llevado de tal miedo, aconsejará que se me encierre en mi casa. A todos nos deja la ley libre el albedrío, pero por horror natural á los delitos y porque todos sabemos las penas que están impuestas á los criminales, tratamos cada cual de no cometerlos...



D. JUAN NICASIO GALLEGO.

D. ANTONIO CAPMANY.

CONDE DE TORENO.



Otros diputados ilustres como Luán, Pérez de Castro y Oliveros hablaron también en favor de la libertad de imprenta, manifestando el primero que los dos encargos que más especialmente le habían hecho sus electores de Extremadura, eran que las sesiones de las Cortes fueran públicas y que se concediera la libertad de imprenta.

Don Antonio Oliveros con su carácter de sacerdote, tenía más autoridad para rebatir los argumentos de sus colegas, que, escudándose en la religión combatían la libertad de imprenta y en la parte más interesante de su discurso decía:—«¡Qué de horrores no vimos en tiempo de Godoy! ¡Cuánta irreligiosidad no se esparció! ¿Y había entonces libertad de imprenta? Si la hubiera habido, no se hubieran cometido tantos excesos ni perpetrado tantos delitos sumidos en la impunidad del silencio por miedo á la censura pública. ¿Ciertos obispos hubieran osado manchar los púlpitos de la religión, predicando los triunfos del poder arbitrario? ¿Hubieran contribuido á la destrucción de su patria incensando impiamente al ídolo de Baal, al malaventurado valido?»

Muy pocos fueron los diputados reaccionarios que después de estos discursos, intentaran todavía oponerse á la libertad de imprenta y únicamente Morales, Gallego y Creus aun quisieron hacer una oposición seria. Pero la batalla estaba ya ganada por la libertad, y por si faltaba todavía un golpe para anonadar á los reaccionarios, levantóse D. Diego Muñoz Torrero, quien con aquella tranquila y convincente elocuencia que daba más valor á la poderosa fuerza de sus raciocinios, dijo así:

«La materia que tratamos tiene, según la miro, dos partes: la una de *justicia*, la otra de *necesidad*. La justicia es el principio vital de la sociedad civil, é hija de la justicia es la libertad de la imprenta. El derecho de traer á examen las acciones del gobierno, es un derecho imprescindible que ninguna nación puede ceder sin dejar de ser nación.

¿Qué hicimos nosotros en el memorable decreto de 26 de Setiembre? Declaramos los decretos de Bayona ilegales y nulos. ¿Y por qué? porque el acto de renuncia se había hecho sin el consentimiento de la nación. ¿A quién ha encomendado ahora esa nación su causa? A nosotros, nosotros somos sus representantes y según nuestros usos y antiguas leyes fundamentales, muy pocos pasos pudiéramos dar sin la aprobación de nuestros constituyentes. Mas cuando el pueblo puso el poder en nuestras manos, ¿se privó por eso del derecho de examinar y criticar nuestras acciones? ¿Por qué decretamos, en 24 de Setiembre la responsabilidad de la potestad ejecutiva, responsabilidad que cabrá solo á los ministros cuando el rey se halle entre nosotros? ¿Por qué nos aseguramos la facultad de inspeccionar sus acciones?

Porque poníamos *poder* en manos de *hombres* y los hombres abusan fácilmente de él si no tienen freno que les contenga, y no había para la potestad ejecutiva freno más inmediato que el de las Cortes.

Mas ¿somos por acaso infalibles? ¿Puede el pueblo que apenas nos ha visto reunidos poner tanta confianza en nosotros que abandone toda precaución? ¿No tiene el pueblo el mismo derecho respecto de nosotros, que nosotros respecto de la potestad ejecutiva en cuanto á inspeccionar nuestro modo de pensar y censurarle?...

Y el pueblo ¿qué medio tiene para esto? No tiene otro sino el de la imprenta, pues no supongo que los contrarios á mi opinión le den la facultad de insurreccionarse, derecho el más terrible y peligroso que puede ejercer una nación.

Y si no se le concede al pueblo un medio legal y oportuno para reclamar contra nosotros, ¿qué le importa que le tiranice, uno, cinco, veinte ó ciento?...

El pueblo español ha detestado siempre las guerras civiles, peroquizás tendría que venir á ellas. El modo de evitarlo es permitir la solemne manifestación de la opinión pública. Todavía ignoramos el poder inmenso de una nación para obligar á los que gobiernan á ser justos. Empero prívese al pueblo de la libertad de hablar y escribir ¿cómo ha de manifestar su opinión? Si yo dijese á mis poderdantes de Extremadura que se establecía la previa censura de la imprenta ¿qué me dirían al ver que para exponer sus oposiciones tenían que recurrir á pedir licencia?...

Es, pues, uno de los derechos del hombre en las sociedades modernas, gozar de la libertad de la imprenta, sistema tan sabio en la teoría como confirmado por la experiencia. Véase Inglaterra; á la imprenta libre debe principalmente la conservación de su libertad política y civil y su prosperidad.

Inglaterra conoce lo que vale arma tan poderosa; Inglaterra por tanto ha protegido la imprenta; pero la imprenta en pago ha conservado la Inglaterra.

Si la medida de que hablamos es justa en sí y conveniente, no es menos *necesaria* en el día de hoy. Empezamos una carrera nueva, tenemos que lidiar con un enemigo poderoso, y fuerza nos es recurrir á todos los medios que afiancen nuestra libertad y destruyan los artificios y mañas del enemigo. Para ello indispensable parece reunir los esfuerzos todos de la nación, é imposible sería no concentrando su energía en una opinión unánime, espontánea é ilustrada, á la que contribuirá muy mucho la libertad de la imprenta y en lo que están interesados no menos los derechos del pueblo que los del monarca...

La libertad sin la imprenta libre, aunque sea *el sueño del hombre honrado*, será siempre un sueño.

La diferencia entre mí y mis con-

trarios, consiste, en que ellos conciben que los males de la libertad son como un millón y los bienes como veinte; yo, por lo opuesto, creo que los males son como veinte y los bienes como un millón. Todos han declamado contra sus peligros. Si yo hubiera de reconocer ahora los males que trae conmigo la sociedad, los furores de la ambición, los horrores de la guerra, la desolación de los hombres y la devastación de las pestes, llenaría de pavor á los circunstantes. Mas por horrible que fuese esta pintura ¿se podrían olvidar los bienes de la sociedad civil á punto de decretar su destrucción? Aquí estamos hombres falibles, con toda la mezcla de bueno y de malo que es propia de la humanidad, y sólo por la comparación de ventajas é inconvenientes podemos decidirnos en las cuestiones... Un prelado de España y lo que es más inquisidor general, quiso traducir la Biblia al castellano. ¿Qué torrente de invectivas se desató contra él?... ¿Cuál fué su respuesta? *Yo no niego que tiene inconvenientes ¿pero es útil pesados unos con otros?*

En el mismo caso estamos. Si el prelado hubiera conseguido su intento á él deberíamos el bien; el mal á nuestra naturaleza.

Por fin, creo que haríamos traición á los deseos del pueblo y que daríamos armas al gobierno arbitrario que hemos empezado á derribar, si no decretásemos la libertad de la imprenta...

La previa censura es el último asidero de la tiranía que nos ha hecho gemir por siglos. El voto de las Cortes va á desarraigar ésta, ó á confirmarla para siempre.»

Con los extractos de todos estos discursos, resulta pálida y débil la descripción de aquel debate memorable, que con solo cuatro sesiones destruía la mordaza que durante tres siglos había impedido la difusión del pensamiento español.

Raudales de elocuencia que hacían aun más notables las circunstancias del momento y el estado nacional brotaron de aquellos labios hasta entonces mudos por la general y fanática represión que reinaba en España, y al fin venció la libertad, y el cerebro de nuestro pueblo con un gigantesco estremecimiento, arrojó de sí para siempre aquella inmensa mole que sobre el gravitaba y con la cual las instituciones nocivas habían pretendido sumir á nuestra patria en un perpétuo envilecimiento.

En la cuarta y última sesión de dicho debate, aprobóse el primer artículo del proyecto presentado, que decía así:

«Todos los cuerpos y personas particulares de cualquier condición y estado que sean, tienen la libertad de escribir, imprimir y publicar sus ideas políticas, sin necesidad de licencia, revisión y aprobación alguna anteriores á la publicación, bajo las restituciones y responsabilidades que se expresan en el presente decreto.»

Con estas memorables palabras la

inteligencia española quedaba libre de la más repugnante de las tiranías, cual es la esclavitud de someter los productos de la razón propia á la razón ajena siempre interesada por determinadas ideas, antes de darlos á conocer á la general masa.

La discusión de todo el proyecto, no terminó hasta el 5 de Noviembre.

De veinte artículos componíase dicha ley. El primero que ya conocemos y que era el más importante, fué aprobado por setenta votos contra treinta y dos, ó más bien, contra veintitres, pues nueve de aquellos declararon que sólo desechaban la libertad de imprenta por entonces.

El resto del proyecto, trataba de los delitos de imprenta, de las penas con que debían ser castigados y los trámites del juicio.

Los diputados partidarios de la libertad conociendo el estado intelectual de la nación y el gran fanatismo que todavía reinaba en las masas, transigieron en la libertad de imprenta al tratar de la cuestión religiosa, y en uno de los artículos establecieron que los impresos que versaran sobre materias de religión, fueran sometidos á la previa censura de los ordinarios eclesiásticos.

El 10 de Noviembre promulgóse el decreto de libertad de imprenta y apenas se hizo pública tal ley, semejante al río que comprimido largo tiempo por la compuerta, apenas se levanta ésta salta atropelladamente como si le faltara tiempo y espacio para esparcir sus aguas, la inteligencia española tantos años reprimida, se apresuró con una actividad nunca vista á dar cuenta de su existencia; las prensas de imprimir no tuvieron descanso noche y día y la aparición de libros, folletos y periódicos, se sucedió con pasmosa rapidez no sólo en Cádiz, sino en todas las provincias libres de la ocupación enemiga.

El decreto en cuestión, fué acogido con gozo dentro de España y con satisfacción fuera de ella, extrañándose únicamente las personas ilustradas de que en dicha ley se respetara todavía la previa censura en lo referente á las obras religiosas.

El establecer dicha traba en materias de religión y entregar la previa censura á los eclesiásticos, era lo mismo que prohibir del modo más absoluto que nadie escribiera una sola palabra contra aquel catolicismo, principal causa de la decadencia nacional; pero había que tener en cuenta la situación en que se encontraban los liberales de las Cortes, obligados á luchar con enemigos temibles y poderosos y mirados por un pueblo que aunque ansioso de la regeneración no se habían emancipado de la preocupación religiosa y era fanático por tradición.

Hubiera entonces resultado impolítico el ampliar la libertad de imprenta á las materias religiosas, tal como lo propuso el diputado Mejía y otros representantes tan ilustres como de ideas avanzadas á sus tiempos.

Estas consideraciones son reconocidas por todos los autores al hablar de las Cortes de Cádiz, y el señor Chao, escritor que hasta el presente es el que ha tratado con criterio más avanzado la historia general de nuestra patria, exclama así al tratar dicha cuestión: «¿Qué se había hecho para emancipar la inteligencia del pueblo de tres siglos de Inquisición? ¿Había sufrido menoscabo alguno en su terrible poder? Conquista y grande era, sin duda, arrancar de manos de la Inquisición la censura, para entregarla á los obispos, entre quienes había algunos ilustrados.»

Otra de las críticas que los hombres de ideas avanzadas dirigieran á las Cortes, fué que en dicho decreto no se sometieran los delitos de imprenta al jurado, tribunal que todos consideraban más propio que los jueces ordinarios.

Así pensaban también muchos de los diputados, pero tropezaban con el inconveniente de que los magistrados eran más ilustrados y de criterio más liberal que la gran masa del pueblo un tanto fanático y fácil de manejar por el clero y demás elementos reaccionarios, y para asegurar más la reforma conquistada, desecharon el jurado por creer peligroso el confiar tan difícil magistratura á un país que estaba entonces al principio de su educación política.

Deseosos por otra parte de no entregar completamente la suerte de la imprenta á los tribunales ordinarios, crearon una institución que en épocas posteriores no ha tenido imitación. En todas las capitales formáronse unas *Juntas de censura* que más bien debían haberse llamado *de calificación*, las cuales tenían el encargo de examinar y calificar los impresos publicados y denunciados, quedando los tribunales ordinarios únicamente facultados para aplicar las penas con arreglo á los grados de delito que apreciaba la Junta.

Todas estas Juntas dependían de una llamada Suprema que residía cerca del gobierno compuesta de nueve individuos nombrados por las Cortes, encargándose éstos de designar los que habían de formar las de las capitales.

El clero tenía su representación en dichas juntas y se designaron tres de sus individuos para formar parte de la Suprema y dos en cada una de las de provincia, número que á todos pareció excesivo, pero con el cual se propusieron las Cortes acallar á los reaccionarios que protestaban de la libertad de imprenta é impedir que las juntas se compusieran en absoluto de clérigos como hubiera sucedido á no establecerse tal restricción. Por esto dice un autor: «que en toda revolución para la cual no está el pueblo convenientemente preparado, ó que el mismo no hace, tiene que incurrir el legislador en graves inconsecuencias y caminar á través de continuos riesgos.»

Desde la primera sesión que cele-

braron las Cortes, en el seno de éstas, comenzaron á marcarse los diversos partidos que la componían y que en las sucesivas discusiones fueron delineando aun más sus diferencias.

Dos eran los grupos más importantes. Llamábase al de los amigos de las reformas el partido de los *liberales*, nombre que les dió el pueblo al notar que en sus discursos aplicaban con frecuencia este calificativo á sus ideas y doctrinas.

El otro grupo ó sea el de los partidarios del antiguo régimen, como no se proponía ninguna novedad, estuvo mucho tiempo sin calificación; pero por fin, un ingenioso poeta, D. Eugenio Tapia, en una composición satírica retratando á uno de sus diputados, lo llamó *ser-vil* epíteto que pronto se hizo popular y con él fueron designados todos los que en las Cortes defendían lo tradicional con sus degradantes abusos.

El partido liberal era el que tenía en aquella asamblea los hombres más ilustres y las voces más elocuentes. Figuraban en él, el *divino* Argüelles, García Herreros, orador tan ingenioso como mordaz y abogado de mucha valía, Calatrava, el joven conde de Toreno, Pérez de Castro, Luján, el erudito Capmany, Díaz Caiseja, Aguirre, Golfín, Porcel y el célebre geógrafo Antillón, y los eclesiásticos Muñoz Torrero, cuyo retrato ya hicimos, Nicasio Gallego, uno de nuestros primeros poetas, Espiga Villanueva, hombre de vastos y profundos conocimientos y Ruiz Padrón que en sus mocedades y durante su estancia en los Estados Unidos había contraído estrecha amistad con el célebre Franklin.

Entre los diputados liberales que nunca hicieron uso de la palabra, bien por falta de facultades oratorias ó por confianza en los compañeros que llevaban la voz en todas las cuestiones, distinguíase D. Fernando Navarro, representante por Tortosa, el cual había cursado muchos años en la Sorbona de París, poseía con entera perfección todas las lenguas modernas, las orientales y las clásicas, estaba familiarizado con los conocimientos de su época, y era en toda la acepción de la palabra lo que vulgarmente se llama un *pozo de ciencia*.

A la cabeza de este grupo, y con todos los honores de caudillo, á pesar de sus pocos años, figuraba D. Agustín Argüelles. Entre los diputados liberales habían muchos que le sobrepujaban en ciencia, pero ninguno llegaba ni con mucho á poseer sus sobresalientes cualidades oratorias, facultad tan preciosa y decisiva en las asambleas, y más en los pueblos como el nuestro que llevado de su naturaleza artística, se siente en todas ocasiones más atraído por la belleza de la forma que por la profundidad de los pensamientos. Además Argüelles tenía sobre sus compañeros la superioridad de conocer como ninguno la marcha y los ardides de los debates parlamentarios, pues le habían aleccionado en esto sus estudios en Inglaterra.

Su vida, hasta entonces, había sido humilde, y antes de abrirse las Cortes nadie hubiera conocido en él al hombre que por muchos años había de ser la primera figura de la política española, y el adalid más popular de la libertad.

Nacido en Rivadesella, pequeño puerto de la costa asturiana, había estudiado desde muy joven el Derecho en la Universidad de Oviedo, donde se hizo notar, tanto por sus profundos conocimientos de las literaturas clásicas, como por la elocuencia y forma artística con que manifestaba siempre sus ideas. Cuando tuvo necesidad de atender con sus conocimientos á su subsistencia, fué á Madrid y entró en la secretaría de interpretación de lenguas, á cuyo frente estaba el célebre literato D. Leandro Moratín, pasando poco después, en 1805, á las oficinas de la consolidación de Vales Reales que dirigía D. Manuel Sisto Espinosa, iniciador, á principios de siglo, de la desamortización eclesiástica que dió principio por la venta de bienes de obras pías. Tal confianza mereció el joven empleado á su superior, que éste recomendólo á Godoy cuando el ministro universal intentaba romper extemporáneamente con Napoleón y aliarse con Inglaterra.

Partió Argüelles para cumplir dicha comisión que esterilizó el mismo Godoy con sus vacilaciones políticas; pero el joven aprovechó su estancia en Londres estudiando la constitución y el régimen representativo de Inglaterra y trabando amistad con los hombres más eminentes de aquella nación. Al llegar los comisionados de la insurrección asturiana y gallega solicitando la protección del gobierno británico para luchar con Bonaparte, unióse á ellos Argüelles y les prestó valioso auxilio en sus gestiones, regresando en su compañía á España donde comprendido en el alistamiento general, tuvo que servir como soldado.

No había nacido Argüelles para la vida de las armas. Su organismo enfermizo y su carácter dulce y tranquilo le alejaban de la movida y fatigosa existencia militar, pues en él sólo había valor, energía y audacia para esas reñidas luchas del pensamiento, muchas veces más terribles y de peores consecuencias que las que se entablan sobre los campos de batalla.

Obtenida la licencia de sus superiores, trasladóse Argüelles á Sevilla para restablecer su salud y de allí á principios de 1810 pasó á Cádiz que era entonces el verdadero cerebro de la nación.

No había escrito hasta entonces el ilustre joven ningún libro que le granjeara el aprecio popular; no había llevado á cabo ningún acto que ilustrara su nombre, y á pesar de esto, era tanta la atracción que causaba su mágica palabra y tan grandes las simpatías que despertaba su carácter, que todos los asturianos residentes en Cádiz al verificarse las elecciones de su-

plentes por las provincias ocupadas, votáronlo como diputado á pesar de que él no hizo ninguna gestión por conseguir tal honor.

Tenía al abrirse las Cortes treinta y cuatro años y al fuego y entusiasmo de la juventud unía la prudencia y el saber de la madurez. La incesante lectura de los clásicos griegos y latinos que escribieron en el seno de grandes é inmortales repúblicas, le habían saturado de espíritu democrático dándole aquella grandiosa elocuencia propia de los antiguos tribunos.

Su palabra era brillante sin pesar, nada de supérflua; tenía inesperados y arrebatadores arranques, y la seducción de sus discursos era aumentado por una voz sonora y simpática, un rostro noble, expresivo y franco, una estatura elevada y bien proporcionada y ademanes sueltos y naturalmente artísticos.

Cada discurso suyo producía honda impresión en el público que concurría á las Cortes, y á tal punto llegó aquélla, que el pueblo sencillo é ignorante hasta entonces no acostumbrado á otras muestras de elocuencia que los estúpidos sermones de los predicadores garrulos de la época, comenzó á mirarle como un sér superior y llevado de su admiración le apellidó *el divino*.

En el partido antireformista ó servil, había también hombres que se hacían notar por su ilustración, aunque no eran tan numerosos como entre los liberales. Por su saber en materias religiosas, por su verbosidad, ó sencillamente por su buena fe, sobresalían Gutiérrez de la Huerta, Valiente, Morales Gallego, Borull, Aner y los clérigos Creus, Inguanzo y Cañedo.

A pesar de que todos ellos defendían el régimen tradicional, se mostraban conformes con los liberales en punto á poner trabas al poder absoluto de los reyes, tanto porque como la generalidad de la nación odiaba el predominio de los validos ó favoritos reales, como porque temían que una vez vuelto á España Fernando VII, él ó sus ministros, aprovechando el estar iniciada la venta de bienes eclesiásticos, se aprovecharan de sus productos en perjuicio de la nación.

Lo que diferenciaba á ambos partidos y les hacía reñir las parlamentarias batallas, era la apreciación de los límites que debían ponerse al poder real.

Entre los bandos liberal y servil existía un partido intermedio que se denominaba con propiedad *americano*, pues estaba compuesto de los representantes de las provincias americanas, que si bien en las cuestiones de reforma política votaban siempre con los liberales, en los asuntos de particular interés se inclinaban indistintamente y según su conveniencia ya á unos ya á otros.

Arbitros por este medio de facilitar con el número de sus votos el éxito de las deliberaciones, se valían de tal

circunstancia y en pago de su auxilio exigían concesiones muchas veces imposibles, manifestando que por este medio querían conseguir para su país lo mismo que deseaban sus compatriotas los insurrectos americanos.

Descollaban en este grupo, Leiva, Morales Duarez, Feliu, Gutiérrez de Terán y los eclesiásticos Alcocer, Arispa, Larrazabal y Gordon y Castillo.

A la cabeza del partido *americano*, y con tantas preeminencias como Argüelles al frente del liberal, figuraba D. José Mejía, tan ilustrado y elocuente como astuto y flexible, y hombre,—según manifiestan los que le conocieron,—propio para acaudillar una parcialidad que nunca obraba sino como auxiliar y movido por la necesidad de sus particulares intereses. Tenía Mejía tal serenidad en la tribuna y con tal desembarazo dominaba la oratoria, que sin turbación alguna y siempre con elocuencia, sostenía al fin de un discurso todo lo contrario de lo manifestado al principio, y sabía amoldar siempre sus palabras al estado de ánimo en que se encontraban las Cortes. Su elocuencia no era severa y monótonamente grandiosa como un paisaje de Castilla, sino florida; risueña y gigantesca como una de las selvas de su patria. Muchas veces á las Cortes que le oían con prevención teniéndole por un hombre peligroso, las cautivaba y sometía de repente con alguna de aquellas brillantes imágenes á que tan aficionado era, y cuya valentía y belleza eran después celebradas por todos.

Al discutirse la cuestión americana, Mejía decía así, en un arranque oratorio: «Estas Cortes pueden considerarse como un coloso que sentado un pié en Europa y otro en América, lucha á cuerpo partido con el poderoso tirano del continente: el punto de apoyo está allá en la hermosa región americana, y si éste falta, la nación se sumerge miserablemente en el Océano.»

Mientras las Cortes se ocupaban en la discusión de la libertad de imprenta, trataron también de la conveniencia de reemplazar á los individuos que formaban la Regencia, lo que se acordó por fin no sólo atendiendo á lo conveniente de anular autoridades que en el fondo se creían superiores á la representación nacional, sino para castigar las malvadas maniobras de los regentes contra la asamblea.

De éstas la que más indignación causó fué la orden dada por el gobierno al jefe de la plaza de Cádiz, para «que se vigilase sobre los que hablaban mal de las Cortes.» Nadie se mostraba hóstil en la isla sitiada á la nueva institución, antes al contrario, todos la tributaban los mayores honores y no había razón para dictar tan inesperada orden; pero lo que los regentes proponíanse con ella era hacer ver á las provincias que las Cortes no eran del agrado del pueblo y que había en Cádiz una gran masa que protestaba de ellas. Además la orden en

cuestión estaba concebida en términos tan vagos y con tal malignidad, que hasta hacía sospechar había sido dictada por las Cortes temerosas del odio popular.

Indignóse no sólo la asamblea, sino el vecindario de la isla ante tan malvado proceder, y no queriendo las Cortes sufrir pacientemente por más tiempo los ataques de sus enemigos, admitieron la dimisión que la Regencia había dejado sobre la mesa en la primera sesión y procedieron al nombramiento de otra compuesta solamente de tres individuos que debían presentarse el 28 de Octubre á prestar juramento.

Fueron los elegidos el general Blake y el jefe de escuadra D. Gabriel Ciscar por la península, y el capitán de fragata D. Pedro Agar por las posesiones ultramarinas. Los tres eran personas que gozaban de gran reputación por su ciencia y patriotismo y especialmente Ciscar que tenía mucho renombre como autor de importantes obras de astronomía y navegación.

El nombramiento de Blake no dió lugar á discusiones, pues su nombre resonaba desde principios de la guerra, y aunque sus desgracias habían sido muchas, todos le consideraban como el general más entendido del ejército español; pero los de Ciscar y Agar fueron acogidos con extrañeza y frialdad, á causa de ser poco conocidos; pero pronto se convenció la nación del acierto de las Cortes. Ciscar era, como ya hemos dicho, un sabio marino que hasta entonces había permanecido aislado de la vida pública y aun un tanto de la social, dedicado en absoluto al estudio de las ciencias exactas y al cultivo de la literatura, siendo tan notable como original que aquel astrónomo y navegante empleara algunos de sus ocios en escribir poesías bastante aceptables. Estaba dotado de un carácter firme y de esa energía propia del que vive en lucha continua con los elementos, y ardientemente apasionado de la justicia, era de carácter tan caballeresco como de inmaculada honradez. Su único defecto para el gobierno consistía en habēr pasado la mayor parte de su vida en el mar, y no conocer las miserias de los hombres y los sinsabores del gobierno. Don Pedro Agar era menos conocido aún que su compañero; pero como éste, se había dedicado á los más serios estudios científicos y gozaba también la estimación de cuantos le conocían como honrado á toda prueba.

Los dos marinos pertenecían al partido liberal, y de aquí que las Cortes, seguras de su imparcialidad y adhesión al nuevo régimen, los llamasen á ocupar al primer puesto de la nación.

Al nombrarse la regencia sólo Agar se encontraba en Cádiz, estando sus dos compañeros en Murcia, y como no juzgasen conveniente las Cortes que hasta que éstos llegaran gobernase solo una de los regentes, designó para desempeñar sus cargos con

carácter de interinos al marqués del Palacio y al consejero D. José María Puig.

Este y Agar prestaron el juramento consabido ante las Cortes en la forma acostumbrada; pero el marqués del Palacio, que como tan inepto general se había mostrado en Cataluña, dijo que juraba «sin perjuicio de los juramentos de fidelidad que tenía prestados al Sr. D. Fernando VII.»

Estas imprudentes palabras levantaron en la asamblea una verdadera tempestad, y queriendo el marqués explicarlas pasó á la barra, donde todavía, embrollándose, hizo más impertinentes sus declaraciones y excitó las muestras de enojo de los diputados.

Presidía aquella sesión D. Luis del Monte, hombre de carácter fiero y de gran talento, el cual no pudiendo consentir que el inepto marqués inconscientemente siguiera insultando al Congreso, le mandó callar y envióle arrestado al cuerpo de guardia de las Cortes. La indignación de éstas reconocía por principal causa el conocer que aquel ataque indirecto no podía ser nacido de la menguada inteligencia del marqués, sino sugerido por el bando servil, y daba más valor á esta creencia el conocimiento de que aquél tenía un hermano fraile, hombre osado y reaccionario que había sido el consejero del terco obispo de Orense.

En sustitución del de Palacio, nombróse regente interino al general marqués de Castelar, y éste con Agar y Puig pusiéronse ante las Cortes las bandas amarillo-rojas (los mismos colores del pabellón nacional), distintivo acordado para los individuos de la Regencia.

Los regentes propietarios Blake y Ciscar no llegaron á Cádiz hasta el 4 de Enero de 1811.

El desacato del marqués de Palacio si bien á las sesiones siguientes y más fríos ya los ánimos, no pareció tan grave á las Cortes, hizo que se le tuviera por mucho tiempo arrestado en su casa y que se sometiera su conducta al fallo de una comisión de magistrados.

El general conocimiento que se tenía del limitado alcance del marqués y la sumisión y arrepentimiento que demostraba en su encierro, hicieron mirar con más benevolencia aquella extemporánea profesión de fe monárquica, y el 22 de Marzo del año siguiente, con arreglo al dictamen de la comisión nombrada, se dió fin al asunto con el juramento que el de Palacio hizo ante las Cortes lisa y llanamente como en desagravio por todo lo anterior.

Abandonó el poder la primera Regencia con gran pesar de los reaccionarios y completa indiferencia de la generalidad de la nación.

Digna de castigo era por sus incesantes asechanzas contra la representación nacional; pero hay que hacer justicia á su gestión puramente administrativa, y enaltecer su interés por la causa de la patria. El ejército que

encontró desbaratado y sin fuerzas, llegó á elevarse en número á setenta mil hombres, bien que en este punto más hizo el entusiasmo y actividad de los pueblos que la gestión del gobierno. Además, según el plan presentado por el general Blake, creó el cuerpo de Estado mayor, y llevó á cabo algunos trabajos beneficiosos en el ramo de marina.

Los gastos que para atender á las necesidades públicas hizo la Regencia, fueron atendidos por la Junta de Cádiz que, como ya dijimos, estuvo encargado de la Hacienda pública hasta el 31 de Octubre en que se rescindió el contrato. Dicha Junta percibió en el desempeño de su encargo trescientos cincuenta y un millones de reales de cuya inversión al terminar dió exacta y honrada cuenta.

Los recursos propios resultaban insuficientes para atender á las necesidades de la patria, y por otro lado Inglaterra pasado ya el primer entusiasmo que sintió por España y en vista de lo interminable que se hacía la guerra, mostrábase cada vez más parca en dar auxilios pecuniarios.

La rapacidad británica imponiéndose al interés patriótico, deseaba que España se encontrara en apurada situación para arrancarla concesiones favorables, y así lo dió á entender cuando su gobierno propuso que á cambio de auxilios pecuniarios permitiera la Regencia el comercio directo desde los puertos de Inglaterra á los de la América Española, bajo un derecho de 11 por 100 sobre factura, privilegio que sólo debía existir mientras durase la guerra con Francia.

No quiso admitir nuestro gobierno tal proposición que envolvía la muerte de nuestro comercio con América; pero esto no fué obstáculo para que las Cortes en sus primeras sesiones y como una muestra de agradecimiento (cualidad tan propia del carácter español), decretasen la elección de un monumento á Jorge III, rey de Inglaterra, como prueba de reconocimiento por los grandes servicios que esta nación había prestado á la nuestra.

Fuera de todos estos actos y de la supresión del odioso tribunal de Seguridad Pública, nada hizo la Regencia que tuviera carácter reformador; antes al contrario, cometió el desacierto de restablecer los Consejos en su antigua planta.

Otro de sus actos importantes fué favorecer algunas tentativas secretas que se hicieron para libertar á Fernando VII y de las cuales la más importante fué la de Kolly, pero ya vimos el éxito que ésta alcanzó y que una vez más llenó de oprobio al monarca español.

Los rumores que circularon acerca del casamiento de Fernando con una princesa de la familia Bonaparte, tomaron tanto cuerpo, que llegaron á alarmar á aquellos diputados, que como hombres de más ilustración que el pueblo, conocían no eran falsas las degradantes epístolas firmadas por el rey que aparecían en el *Monitor* y en

las cuales, como el mayor honor que podía ambicionar, suplicaba al emperador le permitiera emparentar con él por medio de un matrimonio.

Alarmáronse Capmany y Borrull, diputados de contrarias opiniones, pero igualmente interesados por la causa nacional, y presentaron á las Cortes, el 10 de Diciembre, dos proposiciones siendo la del diputado liberal la más explícita.

Decía así: «Las Cortes generales y extraordinarias, deseosas de elevar á ley la máxima de que en los casamientos de los reyes debe tener parte el bien de los súbditos, declaran y decretan: Que ningún rey de España pueda contraer matrimonio con persona alguna de cualquiera clase, prosapia y condición que sea, sin previa noticia, conocimiento y aprobación de la nación española representada legitimamente en las Cortes.»

Esta proposición fué acogida con verdadera unanimidad por todas las fracciones del Congreso, y los serviles, sin reparar que con ello defendían un principio de soberanía nacional, fueron los que más se extremaron en poner tal cortapisa á la autonomía de los reyes.

Borrull, que era de los que más se distinguían defendiendo el regimen monárquico absoluto, pidió la aprobación de la proposición, apoyándose en los fueros de Sobrarbe y de Castilla que prohibían á los reyes resolver en ningún asunto grave sin conocimiento y aprobación de las Cortes so pena de ser nulo y de ningún valor cuanto hiciesen.

El diputado Valiente, absolutista aun más furibundo que Borrull, se adelantó á decir que si Fernando se casaba sin consentimiento de la nación España no debía admitirlo por rey, y otros diputados de la misma bandería hicieron declaraciones igualmente radicales.

Por el partido americano, habló el diputado del Perú D. Dionisio Inca Yupangui descendiente en línea recta de la real familia de los Incas, cuyo rostro llamaba la atención del público de las Cortes por conservar con gran exactitud los rasgos de origen indio. Este declaró como órgano de la América y sus deseos, que sin la libertad del rey Fernando en medio de un pueblo y la completa evacuación de la península por los franceses, jamás oiría su país proposición alguna de Napoleón, ni dejaría de sostener las resoluciones de la asamblea nacional.

Poco les quedaba que hacer á los liberales para lograr se aprobase la proposición, pero como á aquellas voces se unieron las de Argüelles, Oliveros, Gallego y García Herreros, siendo el discurso de este último el más notable de todos.

—«Los que se escandalizan,—decía dicho orador, tan elocuente como desenfadado,—de oir que la nación tiene derecho sobre las personas y acciones de sus monarcas y que puede anular cuanto hagan durante su cautiverio, repasen los juramentos de leyes

que he citado (1). Lean las leyes fundamentales de nuestra monarquía desde su origen y si aun así no se convencen de la soberanía de la nación de que ésta no es patrimonio de los reyes, y de que en todos tiempos la ley ha sido superior al rey, crean que nacieron para esclavos y que no deben ser miembros de esta nación, que jamás reconocerá otras obligaciones que la que ella misma se imponga.»

La discusión dió por resultado al siguiente decreto que redactó Pérez de Castro y que fué aprobado en la sesión de 1.° de Enero de 1811.

«Las Cortes generales y extraordinarias en conformidad de su decreto de 24 de Setiembre del año próximo pasado, en que declararon nulas y de ningún valor las renuncias hechas en Bayona por el legítimo rey de España y de las Indias el señor D. Fernando VII, no sólo por falta de libertad sino también por carecer de la esencialísima é indispensable circunstancia del consentimiento de la nación, declaran que no reconocerán y antes bien, tendrán por nulo y de ningún valor ni efecto, todo acto, tratado, convenio ó transacción de cualquiera clase ó naturaleza que hayan sido ó fuesen otorgados por el rey, mientras permanezca en el estado de opresión y falta de libertad en que se halla, ya se verifique su otorgamiento en el país enemigo ya dentro de España, siempre que en éste se halle su real persona rodeada de las armas ó bajo el influjo directo ó indirecto del usurpador de la corona; pues jamás se considerá libre la nación ni le prestará obediencia hasta verse entre sus fieles súbditos en el seno del Congreso nacional que ahora existe ó en adelante existiese ó del gobierno formado por las Cortes. Declaran asimismo que toda contravención á este decreto será mirado por la nación como un acto hostil contra la patria, quedando el contraventor responsable á todo el rigor de las leyes. Y declaran por último, las Cortes, que la generosa nación á quien representan, no dejará un momento las armas de la mano, ni dará oídos á proposición de acomodamiento ó concierto de cualquier naturaleza que fuese, como no preceda la total evacuación de España y Portugal por las tropas que tan inícuamente las han invadido; pues las Cortes están resueltas con la nación entera á pelear incesantemente hasta dejar asegurada la religión santa de sus mayores, la libertad de su amado monarca, y la absoluta independencia é integridad de la monarquía.»

Como se ve, éste decreto contenía máximas democráticas poco veladas, pero era tanta la unión de los españoles en los asuntos patrióticos que todos los diputados votaron unánimemente el documento, siendo los absolutistas los primeros en aprobarlo.

Los enemigos de las Cortes criticáronlas al principio, porque ocupándose exclusivamente de asuntos políticos,

(1) García Herreros citaba leyes de *Las Partidas*.

olvidaban los de la guerra; pero pronto renunció la nueva institución á tales motivos de censura, dedicándose exclusivamente á reforzar la defensa nacional. Gracias á sus gestiones, el ejército español experimentó el aumento de ochenta mil hombres, y la fabricación de armas y municiones tuvo un activo impulso.

Otra de las reformas que llevó á cabo el célebre Congreso, fué la suspensión del nombramiento para las prebendas eclesiásticas, «excepción hecha de las de oficio y las que tuviesen aneja cura de almas;» pero uno de los actos que más enaltecieron á aquellas Cortes, y que vino á demostrar la honradez de sus diputados y el interés que se tomaban por evitar sacrificios al pueblo, fué la aprobación que en 1.° de Diciembre hicieron de la propuesta de Argüelles para la rebaja de sueldos.

En dicha proposición marcábase que ninguno de los sueldos de los funcionarios públicos pudiera exceder anualmente de cuarenta mil reales, á excepción de los que percibían los embajadores y los primeros magistrados de la nación.

Como los anteriores gobiernos se habían ensañado injustamente en numerosas é ilustres personas, inocentes de todo delito y únicamente víctimas de odios personales ó de venganzas políticas, las Cortes decretaron una visita general de cárceles, y merced á tan acertada medida recobraron la libertad muchos patriotas esclarecidos como Calvo de Rozas y otros que se habían hecho acreedores al odio ruin de las pasadas autoridades por su indiscutible patriotismo y su amor á las reformas.

El 25 de Diciembre, el diputado Oliveros, pintando la necesidad que existía de que España tuviera cuanto antes un Código fundamental político, pidió el nombramiento de una comisión que se encargara de redactarlo.

Esperaban los liberales que sus enemigos harían gran guerra á esta idea; pero contra lo que temían, los serviles sólo hicieron una oposición débil y al fin quedó nombrada la comisión en la que entraron representantes de todos los partidos, siendo los reformadores en mayoría (1).

En Febrero de 1811 suspendieron las Cortes sus sesiones para trasladarse á Cádiz, donde volvieron á abrirlas el 24 de dicho mes. Desde el principio de las Cortes que los diputados habían deseado tal traslación conociendo era Cádiz lugar más á propósi-

(1) Los encargados de redactar el proyecto de Constitución, fueron D. Diego Muñoz Torrero, D. Agustín Argüelles, D. José Pablo Valiente, D. Pedro María Ric, D. Francisco Gutiérrez de la Huerta, D. Evaristo Pérez de Castro, D. Alonso Cañedo, D. José Espiga, D. Antonio Oliveros y D. Francisco Rodríguez de Barcena como peninsulares; y D. Vicente Morales Duárez, D. Joaquín Fernando de Leiva, D. Antonio Joaquín Pérez, D. Andrés de Jáuregui y D. Mariano Mendida como americanos. Posteriormente se unió á la comisión D. Antonio Ranz Romanillas, consejero de Hacienda, que por encargo de la Central se había ya ocupado en Sevilla de estudiar el asunto.

to para las deliberaciones que la Isla de León; pero tuvieron que detenerse á causa de la fiebre amarilla que reinaba en aquella ciudad y que desde el mes de Setiembre al fin del año, estuvo causando numerosas víctimas.

Como á principios del siglo esta cruel epidemia había devastado Andalucía, ignorábase si era un recrudecimiento de la anterior ó si había sido importada por los barcos que llegaban de América; pero esta última suposición parecía la más cierta, pues cuando las autoridades de Cádiz establecieron rigurosamente las cuarentenas marítimas, aminoróse el contagio y las Cortes pudieron trasladarse á ella con menos peligro.

Destino extraño el de aquella asamblea que se entregaba á la inmortal tarea de la regeneración española sin gozar de un minuto de calma, amenazada á todas horas por las maquinaciones de sus enemigos, las bombas de los invasores y el cruel azote de terrible enfermedad.

A los pocos días de abiertas las Cortes, en la sesión del 5 de Octubre, el diputado Oliveros había propuesto la publicación de un diario en que se insertasen los discursos pronunciados por los diputados para conocimiento y mayor ilustración del pueblo. Aunque á todos pareció buena la idea quedó ésta olvidada hasta que en 11 de Noviembre acordóse que las Cortes por su propia cuenta publicasen dicho diario.

Nombróse director del *Diario de las Cortes*, al sabio religioso fray Jaime de Villanueva, hermano del diputado D. Joaquín Lorezo Villanueva y autor de concienzudas obras que gozaban de general renombre. Bajo sus órdenes pusiéronse seis taquígrafos redactores y cuatro escribientes y además se nombró una comisión de diputados compuesta por Argüelles, Capmany y Creus para que examinasen las cuartillas antes de entregarlas á la imprenta é hicieran en ellas correcciones puramente literarias.

También se acordó á los pocos días que antes de abrirse la sesión se diera lectura al acta de la anterior y se procediera á su aprobación.

El 1.° de Octubre presentó la comisión nombrada para redactar un proyecto de reglamento el trabajo encargado, y después de muchas enmiendas y de algunas discusiones, quedó definitivamente aprobado el 26 del mismo mes, comenzando á regir aunque con el carácter de interino.

En el curso de sus sesiones en la Isla de León, las Cortes aprovecharon todas las ocasiones para dar á entender su carácter democrático y que el pueblo comprendiera que existía en él una soberanía superior á la de los reyes.

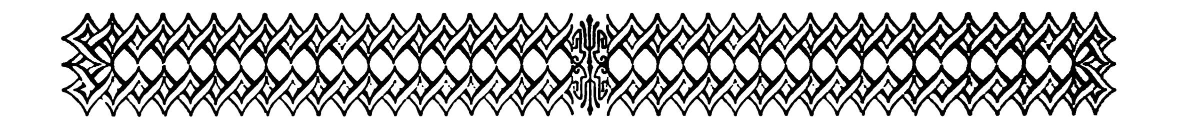
El 28 de Diciembre ocurrió en el salón de sesiones una escena digna de mención y que dió fin á todas aquellas degradantes y ridículas muestras de vasallaje que todavía quedaban como recuerdo de los ominiosos tiempos de feroz absolutismo.

Según una antigua costumbre, en todos los pleitos cuando alguna de las partes presentaba una segunda suplicación, debía notificarse ésta al rey.

En dicho día presentóse ante las Cortes como representante de la Soberanía, un escribano de Cámara á hacer la mencionada notificación y al dar lectura á ella desde la barra, se arrodilló como era costumbre hacerlo ante el monarca.

Levantáronse varios diputados á protestar contra aquella añeja costumbre y el democrático García Herreros, con voz tonante y elocuente ademán, como si el pueblo hispano por tantos siglos vejado al recobrar su dignidad hablara por su boca, gritó al curial:

—En pié, ciudadano, en pié. Un español sólo debe arrodillarse ante Dios.



CAPITULO XVIII

1811

La campaña de Portugal.—Actitud de Massena.—Indecisión de Wellington.—Llegada de auxilios para Massena.—Vuelve Foy de su arriesgada expedición.—Muerte del marqués de La Romana. Se decide Massena á retirarse.—Hechos vandálicos que cometen los franceses en la retirada.—Soul en Extremadura.—Se apodera de Olivenza.—Pone sitio á Badajoz.—Acude Mendizábal en socorro de la plaza.—Derrota que sufre.—Gloriosa muerte del gobernador Menacho.—Cobardía del nuevo gobernador.—Entrega Badajoz á los franceses.—Heróica defensa de Campo-mayor.—Vuelve Soult apresuradamente á Andalucía.—El ejército de Cádiz.—Expedición que se encarga á Peña para que levante el sitio.—Batalla de Chiclana.—Conducta culpable de Peña.—Incidentes que ésta produce.—Resuelven los franceses bombardear á Cádiz.—Nueva expedición.—Sale Castaños para Extremadura.—Se une á Beresford.—Toman á Olivenza.—Pretende Wellington el mando de las provincias limítrofes á Portugal.—Enérgica negativa de la Regencia y de las Cortes.—Combate de Fuentes de Oñoro.—Se retira Massena y le destituye Napoleón.—Reunión en Extremadura del ejército aliado.—Batalla de la Albuera.—Incidentes del combate.—Efecto que produce la victoria de los aliados.—Canta el triunfo lord Byron.—Resultados de la batalla.—Nuevo é infructuoso intento de conquistar Badajoz.—Inútil expedición de Blake.—Posición que toma Wellington.—Fin de la campaña.

Al comenzar el año 1811, la atención de Europa entera y la del ambicioso emperador, no se fijaban como poco tiempo antes en todas las regiones españolas, sino que se concentraba en dos puntos de la península ibérica, en los cuales se había localizado concentrándose, aquella lucha gigantesca entre el primer ejército del mundo y el pueblo más tenaz y valeroso de la tierra. Estos dos puntos eran la Isla Gaditana y Torres-Vedras.

Ya hemos visto parte de lo sucedido en Cádiz y la formación y desarrollo de aquellas Cortes, que al mismo tiempo que se dedicaban á regenerar políticamente el país, sabían deshacer

enérgicamente todas las ocultas maquinaciones de Napoleón; hora es, pues, ya, de que abandonando los lugares donde tan grandes combates del pensamiento se reñían, volvamos á los campos de batalla ó lo que es lo mismo volvamos en busca del mariscal Massena á quien dejamos en el vecino reino, asombrado, inmóvil é indecisivo ante las formidables líneas de Torres-Vedras.

Cuando el mariscal francés, acosado por la continua hostilidad del enemigo y la carencia de víveres, vióse obligado á levantar el campo frente á la primera línea de Torres-Vedras y volver sobre sus pasos, no se retiró más allá de Santarén, posición que juzgó la más conveniente para esperar, y colocando la cabeza de su ejército en dicho punto extendió el resto hasta Leiria.

Al principio no quiso seguir Wellington á su enemigo en tal retirada. Guiado por su habitual prudencia, creyó que aquélla no era más que un ardid para sacarlo de sus fuertes posiciones y batirlo con más esperanza de éxito, por lo que contentóse con enviar en seguimiento de Massena dos pequeñas divisiones. Al fin, salió con la mayor parte de sus tropas tras las huellas del francés, y figurándose equivocadamente que las fuerzas enemigas posesionadas de Santarén, que constituían la cabeza del ejército de Massena, eran la retaguardia de éste que ya iba en huida, intentó atacarlas; pero pronto conoció la verdad y tuvo que desistir y retirarse á Cartaxo, donde estableció su cuartel general.

Wellington por no tener más tropas en la inacción y deseoso de asegurar aún más su ya formidable defensiva, atrincheró los acantonamientos de sus tropas, fortificó aún más las líneas que tenía á su espalda y siempre con el propósito de hacer más formidables sus obras de resistencia, comenzó otra línea desde Aldea-Gallega hasta Setubal á la otra orilla del Tajo, en combinación con una línea de fuertes existente entre Almada y Trafaria.

La situación de Massena se iba haciendo cada vez más crítica y su alarma no tenía límites al ver que transcurría el tiempo sin que llegara por el punto señalado socorro alguno de hombres ni de víveres. Además, hacía crecer su desasosiego la carencia absoluta de noticias, pues su comunicación con España la tenían cortada por una parte los audaces guerrilleros de Castilla y por otra el general portugués Silveira que estaba ocupado en bloquear la plaza de Almeida.

Wellington cometió una grave torpeza no auxiliando á dicho general que entregado á sus propias fuerzas, vióse en la imposibilidad de conquistar en poco tiempo la plaza, con lo cual al llegar los refuerzos para Massena encontraron expedita la frontera portuguesa por este punto.

El noveno cuerpo francés mandado por el general Drouet, no encontró

ningún obstáculo serio que se opusiera á su marcha por la parte de Ciudad-Rodrigo y entró en Portugal custodiando un gran convoy de víveres y pertrechos. Ante la aproximación de tan superior enemigo, vióse Silveira en la necesidad de levantar el bloqueo de Almeida y retirarse con su división, sufriendo á pesar de su celeridad algún descalabro en la marcha y evitándole únicamente el que éste fuera mayor la proximidad del ejército de Wellington.

Reunióse Drouet á Massena en Espinal, y el primero fué después á situarse con sus tropas en Leiria, extendiéndose hasta la costa para cortar la comunicación de Wellington con sus fuerzas que operaban en la parte Norte de Portugal.

Con la llegada de Drouet recibió el ejército de Massena un refuerzo de catorce mil infantes y dos mil caballos, que á los pocos días se vió aumentado con el regreso del intrépido é ilustrado general Foy que con tres mil hombres había ido desde el corazón de Portugal á Francia, salvando mil peligros en tan larga expedición, para pedir instrucciones á Napoleón en nombre de aquel mariscal.

Ocurrió esto á principio de Febrero y á pesar de que nada tenía ya que esperar de su gobierno Massena, no se movió hasta Marzo. Wellington permaneció á la espectativa, porque esperaba próximos envíos de tropas en Inglaterra para llenar los huecos que en su ejército habían dejado las fuerzas españolas llamadas á Extremadura por la Regencia.

Al ir á emprender la marcha para España estas tropas, su general, el célebre marqués de La Romana, falleció repentinamente en Cartaxo víctima de un aneurisma. La muerte de este general no fué muy sentida, pues toda la nación se había ya convencido de que aunque buen patriota y excelente soldado, no pasaba de ser un ínfimo caudillo y un perturbador por costumbre. El prestigio que había adquirido su nombre en la célebre retirada de Dinamarca, se encargó de desvanecerlo él mismo apenas llegó á la península con sus desaciertos y arbitrariedades, y á su muerte era mirado por todos sus compatriotas con indiferencia. A pesar de esto, las Cortes deseosas de estimular á los que se batían por la patria, olvidando todo lo desfavorable y recordando únicamente lo que honraba al muerto general, mandó grabar sobre su sepulcro esta inscripción: «Al general marqués de La Romana, la patria reconocida.»

En los primeros días de Marzo, el mariscal Massena vióse obligado á tomar una resolución definitiva. Los víveres para su ejército se hacían cada vez más escasos y el enemigo iba aumentando por momentos sus fuerzas. Esto le hizo desechar todo plan de ataque, y por fin se decidió á continuar su retroceso y dirigirse á España.

Al principio Massena emprendió su retirada hacia Coimbra, pero por

esta parte le habían cerrado el camino los enemigos así como por todo el curso del Mondego cuyos puentes había cortado, y vióse en la necesidad de tomar la vía de Ponte de Murcella que era la más larga y penosa.

Wellington, siempre guiado por su habitual prudencia, no hizo caso de los primeros movimientos del enemigo y únicamente atendió á guardar sus líneas, hasta que por fin convencióse de que los franceses iban en retirada.

Aunque demasiado tarde ya, fué en seguimiento de Massena, cuyo ejército durante la retirada intentó sin éxito alguno detener á los perseguidores, aprovechando cuantas posiciones de importancia encontró en el camino.

Por fin lograron los franceses pisar el suelo español sin experimentar grandes pérdidas, debiendo esto más que á sus propios esfuerzos á la parsimonia y prudencia de Wellington, que aunque poseía sobresalientes cualidades militares carecía en cambio del genio y la audacia que en tan alto grado tenía su enemigo Massena.

En dicha retirada éste se acreditó una vez más de eminente general, y su gloria, que fué mucha, la compartió con su bizarro compañero Ney encargado de cubrir la retaguardia. Mayor hubiera sido la honra alcanzada si ambos llegaran á evitar los espantosos desmanes que acompañaron á aquel movimiento. Ni los estragos que en país conquistado causan las hordas salvajes pueden compararse á los que produjeron los franceses en su huida hacia España.

La soldadesca desmandada abandonó en gran parte sus banderas para alejarse á veinte ó treinta leguas é ir en grandes cuadrillas cometiendo horrendos crímenes y los más inauditos atropellos. Los habitantes de la campiña de todos sexos y edades eran pasados á cuchillo por aquellas bandas de desalmados, y aldeas enteras quedaban reducidas á montones de escombros cubiertos de cadáveres, cuyo olor atraía á los lobos que en grandes manadas bajaban de los montes.

Aquellos desertores que se daban el título de «Décimo cuerpo de operaciones» marcaron su paso por el país, con la más horrorosa devastación, y la tea incendiaria puesta en sus manos no perdonó ni la más humilde cabaña ni el más pequeño bosque.

No eran menores los excesos de las tropas que aun seguían á sus jefes. A pesar de que estos hacían esfuerzos para evitar el desorden, los soldados, en la desesperación que les producía aquella veloz retirada, cometían grandes crueldades no sólo con los seres racionales que encontraban á su paso, sino con las bestias más inofensivas. Quinientos jumentos que les habían servido de acémilas, fueron después encontrados por los ingleses en medio del camino, desollados vivos.

Las violaciones y los asesinatos en los pueblos del tránsito fueron innumerables y no parecía sino que aquellos hombres que vestían el uniforme

de un pueblo civilizado, estaban poseídos de la salvaje locura del crimen y la destrucción.

Hay que reconocer que Massena fué impotente para evitar que sus desmoralizadas tropas cometieran tales desmanes y que más que á él puede culparse á Wellington, que persiguiendo tan prudente y pausadamente á los franceses daba lugar á que se detuvieran en el camino para dar rienda suelta á su furor.

Después que salieron los franceses de Portugal, dirigióse Wellington á Almeida, á cuya plaza dió una fuerte embestida y después pasó á Extremadura donde ya estaba la división Beresford con el encargo de socorrer á Campo-mayor y recobrar á Olivenza y Badajoz.

Mientras ocurrían en Portugal los sucesos antes narrados, en Extremadura sucedían otros no de menos importancia.

El gobierno nacional había llamado, como ya dijimos, las tropas españolas que formaban en el ejército de Wellington, al notar los preparativos que hacían los franceses en Andalucía y Extremadura. Había ordenado Napoleón al ejército que ocupaba las Andalucías se dirigiera á la margen izquierda del Tajo con objeto de comunicarse por Abrantes con Massena y entrar en Portugal para socorrerlo, si es que era preciso.Soult, que mandaba dicho ejército, creyó que esta última operación, si llegaba á efectuarse, resultaría arriesgada dejando á espaldas dos plazas tan importantes como Badajoz y Olivenza, y pidió permiso al emperador para atacarlas, concediéndoselo éste.

Salió el mariscal de Andalucía, después de dejarla bien asegurada, y se presentó frente á Olivenza llevando veintidos mil infantes, cuatro mil quinientos caballos y cincuenta cuatro piezas de artillería, con gran abundancia de pertrechos de sitio.

La fortificación de Olivenza había sido importante en otros tiempos, pero desde el gobierno de Godoy estaba abandonada. Su gobernador era el mariscal de campo Herk, hombre valiente pero de poca firmeza.

El arrojado D. Gabriel Mendizábal que había sucedido á La Romana en el cargo de comandante general del distrito, cometió la disculpable torpeza de aumentar la guarnición de dicha plaza con tres mil hombres, que sólo sirvieron para hacer en ella más escasos los víveres y las municiones.

El 11 de Enero, ordenó Soult el primer ataque, que no tuvo resultado, y le obligó á abrir una segunda trinchera artillada con cañones de grueso calibre, que rompieron el fuego el día 20.

Causaron sus disparos gran estrago en la población, y esto unido á la escasez de municiones que sufrían los sitiados, les obligó á rendirse á los dos días.

Quedó el enemigo dueño de Olivenza, y el general Ballesteros, que estaba en el condado de Niebla, co-

nociendo que su intento era dirigirse inmediatamente sobre Badajoz, se propuso llamar la atención de Soult y entretenerle, lo que no pudo lograr, pues el 26 de Enero ya estaban los franceses ante la capital de Extremadura.

Está situada Badajoz en la ladera meridional de un cerro cuya base baña el Guadiana. Coronaba entonces dicho cerro un antiguo castillo hoy arruinado, y guardaba la ciudad una fuerte muralla reforzada con foso y obras exteriores. Contaba la muralla con ocho baluartes, dos semibaluartes y además varios hornabeques y medias lunas. Tiene Badajoz cinco fuertes exteriores; el situado al extremo del largo puente sobre el Guadiana; el de San Cristóbal colocado en la cumbre de un empinado cerro y en la confluencia del Gébora con el ya citado río; el de Pardaleras sobre otra altura; el de la Picuriña, entonces de construcción reciente, y el fuerte rebellín llamado de San Roque.

En el recinto de la ciudad no había fuente alguna, y el vecindario se surtía de agua en pozos, aljibes y cisternas.

Era gobernador de la plaza D. Rafael Menacho, militar de grandes bríos y tenaz en sus resoluciones, que además contaba para la defensa con una guarnición numerosa y el vecindario, que se mostraba poseído del mayor entusiasmo.

Al llegar los franceses frente á Badajoz abrieron inmediatamente trinchera y levantaron cinco baterías á la izquierda del Guadiana, cuyos cañones rompieron el 28 un vivo fuego sobre la ciudad.

Menacho y sus subordinados hicieron varias salidas, aunque con escaso éxito, y Mendizábal, reuniendo á sus tropas, las que acababan de llegar de Portugal, logró el 6 de Febrero introducirse en la ciudad, rompiendo las líneas enemigas con una brillante carga que dió nuestra caballería, mandadada por el intrépido D. Martín de la Carrera.

Dejó Mendizábal reforzada la guarnición de Badajoz hasta hacerla ascender á nueve mil hombres, y después salió de la plaza, situándose en la margen derecha del Guadiana, apoyando una de las alas de su ejército en el fuerte de San Cristóbal, para tener asegurada su comunicación con las plazas portuguesas de Yelbes y Campomayor, pero sin atrincherarse, como le había aconsejado el prudente Wellington.

Necesario le era á Soult, para tomar Badajoz, destruir aquel enemigo que se interponía entre él y la plaza, y deseando aniquilarle de un solo golpe y á poca costa, mandó mil quinientos hombres á que cruzasen el río por la parte de Montijo, para caer por la espalda sobre el ejército de Mendizábal, mientras él lo atacaba de frente.

A tiempo supo el caudillo español aquella maniobra del enemigo; pero no quiso eludir el encuentro, y se dispuso á empeñar el combate con los

ocho mil infantes y mil doscientos caballos que constituían todas sus fuerzas.

Igual número de franceses, aunque con doble caballería, pasó el río Gebora en la mañana del 19, aprovechando una espesa niebla, mientras que el general Girard, valiéndose también de esta ventaja, se interponía entre las fuerzas españolas y el fuerte de San Cristóbal.

Quedó nuestro ejército cercado y entre dos fuegos, y la sorpresa que experimentó al descubrirlo produjo una inmensa confusión.

La caballería portuguesa, que iba unida á la nuestra, se puso inmediatamente en fuga, lo que produjo gran desorden entre los jinetes españoles, y obligó á Mendizábal á formar la infantería en dos cuadros, en la altura de la Atalaya.

Atacados éstos por fuerzas tan superiores por el número como briosas por el éxito, quedaron en breve deshechos y dispersados, dejando sobre el campo ochocientos hombres entre muertos y heridos, y gran cantidad de municiones, artillería, fusiles y bagajes. Además, el enemigo hizo tres mil prisioneros, contándose entre éstos el general Virües.

Unicamente se libraron de caer en poder del enemigo algunas pequeñas fuerzas que dirigieron con gran acierto D. Carlos España, Butron y, sobre todos, Morillo, que en aquella triste jornada hizo prodigios de valor y serenidad.

Para conseguir tan importante victoria, sólo necesitaron los enemigos una hora y la pérdida de cuatrocientos hombres, y con aquello se demostró una vez más que los militares como Mendizábal, dechados de valor personal, pero sin otras prendas de menos brillo y más utilidad, eran tan necesarios al frente de una división subalterna, como fatales mandando por su cuenta y riesgo un ejército.

Soult quiso aprovechar la impresión que esta jornada había producido en Badajoz, é hizo á Menacho nuevas proposiciones de capitulación que fueron rechazadas con tanta entereza como las anteriores.

Aquel valiente gobernador, cuyo ánimo crecía conforme arreciaba el peligro, se dispuso á convertir la ciudad en una tumba de enemigos, é hizo en el recinto de la ciudad una red de zanjas, barricadas y baterías de tierra, para prolongar la defensa en las calles cuando ya no fuera posible sostenerse en las murallas.

Todo hacía esperar que la defensa de Badajoz iba á igualar á las de Zaragoza y Gerona, cuando la desgracia hizo desaparecer aquel vigoroso espíritu que la animaba.

Don Rafael Menacho, cuando estaba contemplando desde la muralla y completamente al descubierto una salida que llevaban á cabo sus soldados, fué destrozado por una bala de cañón.

La más viva consternación apoderóse de los defensores de Badajoz al perder tan inesperadamente al valien-

te gobernador, en quien todos tenían puesta su confianza, y agitóles el presentimiento de que pronto iba á cambiar la actitud de la ciudad.

Sucedió á Menacho en el mando de la plaza el mariscal de campo Imaz, el cual, cuando en los muros no había aun brecha abierta, todas las baterías podían contestar al vivo fuego de los cañones franceses, existían aun en los parques municiones en abundancia y estaban útiles ciento setenta piezas, se prestó á una capitulación justamente en el mismo momento que el telégrafo óptico desde la fronteriza plaza de Yelbes le avisaba la retirada de Massena de Portugal y la pronta llegada de socorros.

Nada importó al nuevo gobernador que el anciano y valiente general García y otros jefes se opusieran á una rendición tan inmotivada, pues haciendo uso de la facultad que le conferían las leyes militares para resolver según su propio criterio, en el mismo día ajustó la capitulación con los franceses y éstos entraron el 11 de Marzo en Badajoz, después que los sitiados salieron por la apenas abierta brecha y depusieron sus armas con todos los honores de guerra.

Así que los invasores quedaron dueños de la plaza, Mortier y Latour-Maubourg marcharon á apoderarse de otros puntos cercanos á Badajoz y no de menos importancia.

Alburquerque y Valencia de Alcántara quedaron muy pronto en su poder, pero no les fué ya tan fácil posesionarse de Campo-mayor, defendida por el portugués José Joaquín Talaya. En el cerco de esta población, que apenas si tenía obras de defensa, tuvo Mortier que emplazar sus baterías á medio tiro de sus muros, y á pesar del terrible y continuo fuego de aquéllas, sólo se rindió cuando no tuvo ya ninguna esperanza de socorro. Aquellos soldados franceses, victoriosos de los primeros ejércitos del mundo, no pudieron ocultar su despecho y su vergüenza cuando vieron salir por las brechas de Campo-mayor, con todos los honores de guerra, á unos pocos grupos de paisanos armados, que eran los que tan heroicamente habían sostenido por algunos días el empuje de los célebres imperiales.

No podía quejarse Soult del éxito de su campaña en Extremadura, pero se vió imposibilitado de seguir adelante, pues graves sucesos le llamaron otra vez á Andalucía.

Así que las autoridades de Cádiz supieron que Soult marchaba con el grueso de su ejército á Extremadura y abandonaba Sevilla, concibieron el proyecto de atacar al mariscal Víctor que quedaba completamente solo ocupado en el sitio de la Isla y se propusieron llevar inmediatamente dicho plan á la práctica.

Para esto, nada pareció mejor que enviar una expedición que lo atacara por la espalda y en la que muchos militares, tanto ingleses como españoles, grandemente entusiasmados, se apresuraron á tomar parte.

Para ir preparando la situación, salió de Cádiz alguna tropa que desembarcó en Algeciras y uniéndose á las guerrillas que pululaban por la serranía de Ronda, formó un cuerpo titulado primera división del cuarto ejército al mando de D. Antonio Begines de los Ríos. Esta fuerza auxiliada por la que mandaba el mayor inglés Brown gobernador de Tarifa, cayó el 29 de Enero sobre Medina Sidonia y derrotó á su guarnición francesa haciéndola muchos prisioneros.

Con este golpe y en poder ya de los españoles la plaza, quedaba ya preparada la expedición. Púsose al frente de ésta el general D. Manuel de la Peña, que gozaba en Cádiz de algún prestigio, no por sus conocimientos militares que eran bien escasos, sino por el valor y el entusiasmo que había acreditado en la gloriosa batalla de Bailén. A las tropas españolas acompañaba en la expedición una pequeña división inglesa mandada por el viejo general Greham, lo que fué muy del gusto de la Regencia, pues conocía el carácter dócil de Peña y la conciencia que tenía de su inferioridad, lo que indudablemente haría que siguiera los consejos de su compañero el jefe británico, tenido con justicia por uno de los más acertados militares de la época.

El general Zayas, que quedaba como gobernador de Cádiz y el marino D. Cayetano Valdés, debían contribuir al buen éxito de la expedición; el primero echando un puente de barcas sobre el Sancti-Petri para ponerse en comunicación con los fuertes exteriores y ayudar á aquélla si lo necesitaba, y el segundo hostilizando con la escuadrilla de pequeños buques que mandaba todos los puntos al descubierto que ocupaban los franceses á lo largo de la costa.

Salió la expedición á fines del mes de Febrero, y desembarcando en Tarifa y Algeciras el 2 de Marzo, se reconcentró en Casas Viejas, ascendiendo sus fuerzas á once mil doscientos infantes, ochocientos caballos y veinticuatro piezas de artillería.

Distribuyó Peña su gente en tres divisiones que puso bajo el mando del brigadier Lardizábal, del príncipe de Anglona y del general Graham, quedando la caballería regida por don Santiago Wittingham, comerciante en Gibraltar al principio de la guerra, y ahora mariscal de campo del ejército español.

La expedición llegó al puerto de Facinas donde resolvieron los jefes tomar el camino de Casas Viejas; pero al llegar Peña á las alturas que dominaban este punto, por ponerse más pronto en comunicación con la Isla ó porque juzgó más favorable otro camino, tomó el de Veger, renunciando al apoyo que pudieran prestarle desde la serranía de Ronda ó Gibraltar y Tarifa.

En las primeras horas del día 5 de Marzo llegó el ejército á lo alto del cerro de Cabeza del Puerco, situado á dos millas de Chiclana, hacia donde

avanzó la vanguardia y parte del centro, quedando en la cumbre el resto con la reserva, y permaneciendo la caballería á su derecha.

El mariscal Víctor experimentó inmensa sorpresa ante aquel enemigo inesperado, y no sabiendo ciertamente el punto por donde iban á atacarle, reunió á toda prisa diez mil hombres, y se situó en la avenida de los dos caminos de Casas Viejas y Veger, hasta saber ciertamente cual era el que llevaban nuestras tropas. Cuando supo la posición del enemigo, establecióse en los pinares de Chiclana colocando al centro la división Laval, á la izquierda la de Ruffin, y á la derecha la de Villate, cubriendo de este modo las obras de sitio frente á la Isla.

Como por este punto quería la vanguardia española establecer la comunicación con Cádiz, allí fué donde primeramente se entabló el combate, por lo que éste recibió el nombre de batalla de Chiclana.

El brigadier Lardizábal cuyas tropas al principio contuvieron los franceses, arrolló por fin con una brillante carga á la bayoneta que dieron los regimientos de Murcia, Africa y de Guardias españolas á los soldados de Villate, á pesar de que éstos estaban al amparo de los bosques de pinos. Fueron entonces atacadas por la espalda las líneas enemigas que bloqueaban la Isla por la izquierda, y una vez ahuyentados los franceses, quedó franca la comunicación de los nuestros con Cádiz, aunque con gran sorpresa notaron que estaba cortado el puente de barcas que se había convenido, echaría Zayas sobre el Sancti-Petri.

Cumplió el gobernador este encargo desde el día 2 de Marzo y aun hostilizó las líneas para llamar su atención y facilitar que Peña las sorprendiera por la espalda; pero así que el puente flotante estuvo establecido, en la noche del 3, cayó sobre él una gran fuerza de tiradores franceses y los que le guardaban viéronse obligados á cortarlo, quitando algunas barcas para impedir que los sitiadores penetraran por este medio en la inexpugnable Isla.

Como hacía dos días que se ignoraba el paradero del ejército de la Peña y éste no había hecho desde Medina Sidonia las señales convenidas, juzgóse innecesario reconstruir el puente que era un continuo peligro para la defensa de la Isla, y de aquí que la vanguardia expedicionaria no encontrara abierta la comunicación con Cádiz.

Así que Peña vió vencedor á Lardizábal, ordenó á Graham que se acercara al campo de la Bermeja para dar más fuerza á aquél, dejando en el cerro de la Cabeza del Puerco la división que mandaba Begines.

Apenas se efectuó esta orden, la división Laval marchó contra la inglesa que mandaba Graham, al mismo tiempo que Víctor, al frente de la división Ruffin, se dirigió contra el cerro, llave de la batalla, desalojando al poco rato á sus defensores que se refugiaron en

el grueso del ejército y cortando de este modo á las tropas que aun estaban en Casas Viejas.

El intento de los franceses era, apoderándose del cerro, acorralar nuestras divisiones contra el mar. Peña, ignorante ó irresoluto, no hizo nada para evitar que ocurriera tal desgracia, pero Graham á cuyo golpe de vista no escaparon las intenciones de Víctor, no quiso esperar órdenes de su superior, y volviendo sobre sus pasos rápidamente, á pesar de que su división era muy corta en número, la repartió en dos trozos, dirigiendo uno contra Laval y otro contra Ruffin.

Al mismo tiempo el mayor Brown empeñó un furioso combate con las fuerzas que ocupaban el cerro, y con tal empuje se batieron ingleses y franceses que en la hora y media que duró aquel combate se produjeron tantas víctimas como en una gran batalla. Por fin, los ingleses, después de una tenaz carga á la bayoneta, quedaron dueños del cerro, costándoles mil muertos aquella disputada conquista. De los franceses cayeron prisioneros cuatrocientos, entre ellos el general Ruffin, que murió de las heridas á las pocas horas, y quedaron sobre el campo dos mil muertos, siendo uno de ellos el general Rousseau.

Aquella victoria que tanta sangre costaba á los aliados, hubiera sido mayor á perseguir á los derrotados la caballería de Wittingham y ser otra la actividad de Peña.

Este, aunque estuvo oyendo el cañoneo de Cabeza del Puerco, no se movió de las orillas del Sancti-Petri, ni dió orden alguna, y si hubo regimientos españoles que acudieron en socorro de Graham, fué sólo por inspiración propia y faltando á la subordinación en vista del peligro.

Siguió Peña á la margen del río hasta que quedó restablecido el puente de barcas y pasó por él Zayas con parte de la guarnición de Cádiz, pero cuando esto ocurrió ya casi había terminado el combate.

Quedó Graham tan enojado del abandono en que le había dejado Peña y tan terribles pérdidas habia causado á sus tropas, que no quiso continuar la expedición y se metió en la Isla, dispuesto á no tomar parte en otra operación que no fuera puramente la defensa de Cádiz, que era el encargo que tenía de su gobierno.

Peña, al ver así mermadas todas sus fuerzas se vió en la precisión de seguir su ejemplo y entrar también en la Isla, con lo cual quedó sin producir ningún fruto aquella victoria que llevada adelante hubiera obligado á Víctor á evacuar sus líneas y levantar el sitio de la Isla.

Las fuerzas españoles concentráronse en Sancti-Petri, excepto la división Begines que volvió á Medina Sidonia, en compañía de los patriotas de Ronda, rechazando antes una fuerza francesa que salió á cortarle el paso.

Valiéndose de esta inacción de los aliados, pudo Víctor, apoyado en la división Cassagne que no había toma-

do parte en el combate, dirigirse á Puerto Real, donde concentró sus tropas y volvió otra vez á ocupar las líneas de asedio.

La conducta observada por Peña, fué objeto en general de agrios comentarios. Las Cortes ocupáronse de ella en sesión secreta y con el deseo de dar una satisfacción al país justamente irritado, acordaron ordenar á la Regencia que averiguase de un modo imparcial todo lo sucedido para castigar á los delincuentes si es que los había.

Al mismo tiempo la Asamblea, juzgando que no se debía esperar el fallo de la Junta de generales nombrada con objeto de hacer la información pedida para premiar á los que patentemente se habían distinguido en la batalla, acordó declarar que quedaba satisfecha «de la conducta militar de la oficialidad y tropas del cuarto ejército,» dando las gracias especialmente á los aliados que tanto sacrificio habían hecho por alcanzar la victoria.

En sesión secreta acordaron las Cortes agraciar á Graham con la grandeza de España y el título de duque del Cerro de la Cabeza del Puerco; pero aunque el general manifestóse al principio dispuesto á aceptarlo, lo rehusó después aparentamente por no lastimar á su superior Wellington que no había adquirido todavía tal distinción; pero en realidad porque en su carácter algo arrebatado guardaba rencor al gobierno español por la blandura con que trataba á Peña.

La Junta de generales que debía juzgar á éste, manifestó que no había motivo alguno por el que se pudiera proceder contra él, y en vista de ésto, la Regencia lo premió con la cruz de Carlos III, manifestándole también las Cortes que estaban satisfechas de su conducta.

Algo injustas se mostraron tanto la Regencia como la asamblea al premiar á un general que aunque no digno de gran castigo era el verdadero culpable con sus desaciertos del escaso éxito de la expedición; pero el gobierno de aquella época, empeñado en una lucha tan desigual con el invasor, no juzgaba político sentenciar á los que se batían por la patria, y antes bien aprovechaba toda ocasión para premiarles, deseando que esto sirviera de estímulo á todos los soldados españoles.

Estas demostraciones del gobierno sólo sirvieron para hacer crecer el odio que mútuamente se profesaban la Peña y Graham, y á tal punto llegó el encono que entre ambos reinaba, que la Regencia vióse obligada á prescindir de sus servicios, reemplazando á Graham con el general Cook y á Peña con el marqués de Coupigny, el esforzado compañero de Reding en Bailén y que hasta entonces había permanecido en el ejército de Cataluña.

Después de esta expedición tan ruidosa como ineficaz, la Isla vino á quedar en el mismo estado que anteriormente y únicamente produjo aquélla el que revivieran los antiguos odios

entre los soldados ingleses y españoles, odios que había comenzado dos años antes con la desastrosa retirada de Moore y la infructuosa batalla de Talavera.

Trece meses de sitio llevaba ya la isla sin que los franceses hubieran adelantado ni tan solo un palmo de terreno, y por hacer algo que causara impresión en los animosos sitiados, volvieron á bombardear á Cádiz como ya lo habían hecho á mediados de Diciembre del año anterior. Como entre sus baterías y Cádiz existían tres mil toesas, distancia enorme para la artillería de entonces, los sitiadores con objeto de dar más alcance á sus bombas, las rellenaron de plomo dejándoles poca pólvora, y aun así apenas si desde la batería más cercana á la ciudad, lograron hacer caer unas pocas en la plaza de San Juan de Dios y sus inmediaciones, no reventando ninguna al tocar el suelo.

El éxito problemático de la última expedición no desanimó á la Regencia, deseosa de emplear las fuerzas de que disponía y que resultaban excedentes para la defensa de la Isla, y con objeto de auxiliar á Badajoz, pues todavía no tenía noticias de que ésta se había rendido á los franceses, preparó otra que al mando de Zayas debía salir para el condado de Niebla, donde operaría de acuerdo con Ballesteros.

El 18 de Marzo, salió de Cádiz la expedición compuesta de cinco mil hombres, y al día siguiente desembarcó en las inmediaciones de Huelva, logrando arrojar al enemigo de Moguer. Volvió éste en mayor número contra Zayas, hasta que por fin el general español, no pudiendo seguir una lucha desigual, se reembarcó á fines de mes, volviendo á Cádiz sin otro resultado que haber alarmado bastante á los franceses que ocupaban aquella provincia, como algún tiempo antes lo había hecho ya Lacy.

Al mismo tiempo que partía tal expedición, salió de Cádiz con dirección á Extremadura el general Castaños, enviado por la Regencia para que tomara el mando del quinto ejército, á quien la inexperiencia de Mendizábal tan gran derrota había hecho sufrir en las inmediaciones de Badajoz.

Reorganizó Castaños los restos de aquel desgraciado ejército, y los puso á las órdenes de los generales Morillo y España, que eran los que mejor se habían portado en las anteriores jornadas, encargando la caballería al conde de Penne Villemur.

Con estas fuerzas fué el ex-regente ocupando á Alburquerque, Valencia de Alcántara y Campo-mayor, que habían sido abandonados por los franceses ante la aparición de Beresford, destacado por Wellington como ya dijimos, con dos divisiones inglesas, una portuguesa, una brigada de caballería y gran golpe de artillería.

Púsose de acuerdo Castaños con el general inglés, para la conquista de Olivenza, y el 9 de Abril pusieron sitio á esta plaza, que se rindió el 15,

cuando ya tenía abierta brecha. Latour-Maubourg que en ausencia de Mortier había quedado al frente del ejército francés en Extremadura y que contaba con escasas fuerzas, no pudo impedir tal conquista, y ante la presencia de las tropas aliadas, vióse obligado á situarse en Guadalcanal, al otro lado de la sierra, con el propósito de meterse en Andalucía así que se viera atacado.

Llegó en tanto Wellington á Extremadura, y el 22 de Abril hizo un reconocimiento sobre Badajoz, que deseaba conquistar. Comprendió que la toma de esta plaza era operación en la que se necesitaba emplear muchos días, y dejando encargada esta empresa á Beresford, volvió á las orillas del Coa, donde tenía asentados sus reales, y desde allí dirigió la expulsión de los últimos restos del ejército de Massena que aún quedaban en Portugal.

Creía Wellington que para seguir adelante sus operaciones necesitaba el mando supremo en todas las provincias españolas limítrofes á Portugal, pretensión que ya su hermano el marqués de Wesllesley, ministro de Inglaterra, expuso á la Regencia á últimos de Marzo.

Transmitió esta petición el gobierno á las Cortes, y al mismo tiempo los tres regentes que lo componían, fundándose en varios argumentos que expuso el general Blake, manifestaron que si se daba á Wellington el mando que solicitaba, dimitirían ellos sus cargos por creer que esto constituiría un ultraje al honor nacional.

Asintieron las Cortes á la conducta de los regentes, y alabando su firmeza y patriotismo, negaron á Wellington el poder que solicitaba.

Si militarmente considerado hubiera podido reportar algunas ventajas á la causa nacional lo solicitado por Wellington, apreciado bajo el punto de vista político era deshonroso, pues se juzgaba á nuestra patria como incapaz de gobernarse por sí misma.

Además gran parte de nuestras provincias, á semejanza de Portugal, se habrían convertido con dicha autorización en verdaderos feudos de Inglaterra.

La enérgica determinación de la Regencia, que dió á las Cortes como una norma en dicho asunto, fué muy digna de alabanza; pero hay que hacer constar que no fué sólo el patriotismo quien inspiró aquella negativa, sino razones de índole particular, pues Blake como irlandés de origen y poseído de las preocupaciones de nacionalidad, detestaba á los ingleses, y en cuanto á Ciscar y Agar, cual buenos marinos, miraban con poca simpatía á los generales de tierra.

Cuando Wellington llegó á su campamento en las márgenes del Coa, vió que Massena estaba haciendo preparativos para auxiliar la plaza de Almeida sitiada por los aliados.

Tenía ya reunidos el mariscal los restos de un ejército que formaban un total de cuarenta mil infantes y más

de cinco mil caballos y el general inglés sólo contaba con treinta y cinco mil peones, mil quinientos jinetes y cuarenta y tres cañones.

Estableció Wellington sus fuerzas entre los ríos Turones y Doscasas en un espacio de dos leguas, colocando como centro la sexta división frente á Alameda, la quinta como izquierda junto al fuerte de la Concepción, y las primera tercera y séptima como derecha en Fuentes de Oñoro, teniendo cerca la caballería y á poca distancia en Navavel como puesto avanzado al valiente cuerpo de lanceros del célebre D. Julián Sánchez.

Como Wellington mostrábase resuelto á cambiar de táctica y en vez de los sabios movimientos que tantos resultados le habían dado, tomar ya la ofensiva, esperaban todos una gran batalla.

En los días 3 y 4 de Mayo entabláronse empeñados combates por querer ambos ejércitos apoderarse de Fuentes de Oñoro, pueblo situado en una hondonada junto al Doscasas. Pero estos combates sólo fueron inútiles alardes de valor, y al fin después de perder los ingleses cuatro mil quinientos hombres (en su mayor parte prisioneros), y de haber sido algo mayores las bajas de los franceses, retiróse Massena honrosamente aunque con aspecto de derrotado.

Con esta retirada quedaron abandonados los franceses que defendían á Almeida; pero su gobernador el valiente general Brennier, antes de evacuar la plaza, voló todas sus fortalezas y después salió con la guarnición abriéndose paso entre los sitiadores.

El éxito de la campaña de Portugal, produjo gran irritación á Bonaparte. Creyendo culpables á los generales que la habían dirigido, destituyó á Junot y Loison y hasta el mismo Massena, su íntimo amigo, *el hijo predilecto de la victoria*, fué separado del mando reemplazándolo con el mariscal Marmont, duque de Ragusa.

El nuevo general en jefe comenzó por replegar todas las fuerzas sobre el Tormes, y después envió á Drouet á Extremadura con los once mil hombres que constituían el noveno cuerpo.

Tuvo noticia Wellington de que al mismo tiempo Soult se disponía á marchar también á dicha región para levantar el sitio que Beresford tenía puesto á Badajoz, y salió con dos divisiones hacia este punto.

El 4 de Mayo había acometido Beresford el sitio de Badajoz, y para tal empresa, además de los cinco mil hombres de su ejército, contaba con la división mandada por D. Carlos España, las pequeñas fuerzas que acaudillaba Castaños, las más poderosas que regía Ballesteros y la expedición que desde Cádiz por el condado de Niebla había conducido el mismo regente Blake previa autorización de las Cortes, pues estaba prohibido á los individuos del gobierno mandar personalmente fuerza armada.

Las fuerzas de Ballesteros y Blake, reunidas en Frejenal y Monasterio,

ascendían á doce mil hombres con doce piezas de artillería.

En tanto, Soult que veía otra vez tranquilas las Andalucías y á Víctor, hostilizando sin contratiempo la sitiada Cádiz, salió el 10 de Mayo de Sevilla para auxiliar á la guarnición de Badajoz, llevando veinte mil infantes, cinco mil caballos y cuarenta cañones.

Al saber Beresford que se aproximaba Soult y ver que en el sitio se había adelantado muy poco por falta de ingenieros hábiles y escasez de útiles de asedio, levantó aquél y llamó á consejo en Valverde de Leganés á los generales españoles.

Allí se acordó el plan de la célebre batalla de la Albuera, que iba á ser dirigida por generales de las cuatro naciones en guerra; españoles, ingleses, portugueses y franceses.

Ya antes de esto y encontrándose en Yelbes Wellington, había enviado á Castaños una memoria en la que formulaba su opinión sobre la cercana campaña y la conducta que debían seguir los aliados, indicando que siempre que varios cuerpos de diferente nacionalidad presentaran unidos la batalla á los franceses, debía tomar el mando en jefe el general más antiguo y de mayor graduación. Favorecía esto á Castaños, que de todos los generales era el que mejor reunía dichas condiciones; pero el ex-regente rehusó este obsequio que en su honor hacía el caudillo inglés, y reformó la propuesta diciendo que debía tomar el mando el general que concurriera á la batalla con mayores fuerzas, alteración que gustó mucho á todos y que vino á demostrar la delicadeza é imparcialidad del militar español.

En virtud de esta reforma correspondía el mando supremo del ejército aliado de Extremadura al general Beresford, pues de los treinta y un mil hombres que constituían aquél, sólo quince mil eran españoles.

En el consejo celebrado en Valverde de Leganés, acordaron los generales aliados presentar la batalla á Soult en las inmediaciones de la Albuera, y allí fueron concentrando todas las tropas.

Tenía este lugar la ventaja de ser como el nudo de los caminos de Andalucía, Madrid y Portugal, y de que en caso de derrota podían los aliados retirarse seguramente por la vía de Valverde para ir á ponerse al amparo de Wellington. Los franceses en cambio, caso de ser derrotados, no tenían más punto de escape que el camino de Santa Marta para volver á Andalucía, pudiendo cerrarles esta ruta cualquier cuerpo apostado en Sierra-Morena.

Soult, por su parte, tenía el atrevido plan de arrojar á los aliados contra el Guadiana y Badajoz, y allí acabar de exterminarlos.

Considerado topográficamente el terreno elegido para la batalla, reunía grandes ventajas, pero no menores inconvenientes.

La Albuera, pueblecito que entonces apenas si contaba cincuenta vecinos, está situado en el camino que va desde Sevilla á Badajoz, al pié de una

loma y á la izquierda de un riachuelo que lleva el mismo nombre, y que está formado por los arroyos Nogales y Chicapierna que se unen un poco más arriba. Frente al pueblo hay dos puentes, uno viejo y otro nuevo que sirve para el paso de la carretera. El terreno por ambas orillas es llano y despejado, y únicamente tiene cierto declive á las riberas de los arroyos. A la derecha de la Albuera existe una dehesa llamada de la Natera, que cubre hasta corta distancia la carretera y la orilla del riachuelo, siendo éste el punto por donde los franceses intentaron el ataque. En la orilla izquierda el terreno es árido y va elevándose hasta formar unas lomas en cuyas cumbres se extendió el ejército aliado.

Las fuerzas expedicionarias llegadas de Cádiz se colocaron en la derecha formando dos líneas. En la primera, que llegaba al camino de Valverde, estaban Lardizábal y Ballesteros, y la segunda la mandaba Zayas. La caballería distribuyóse también en dos líneas, estando mandada por el conde Penne Villemur.

El ejército anglo-portugués seguía la misma alineación. El general Stewart, con la segunda división, continuaba la linea formada por Ballesteros y cerraba la izquierda la división de portugueses que mandaba el inglés Hamilton. El pueblo de la Albuera fué ocupado por las tropas ligeras á las órdenes del general Alten, la artillería británica se situó en línea sobre el camino de Valverde y el grueso de la infantería inglesa avanzó cerca del arroyo Chicapierna, de donde fué replegándose al atacar el enemigo.

En esta formación ya el ejército, llegó Castaños con seis cañones y la división de infantería de D. Carlos España, yendo á colocarse á ambos costados de la fuerza que mandaba Zayas, y tras él arribaron las dos brigadas de la cuarta división británica que mandaba el general Cole.

Amaneció el día 15 de Mayo oscuro y lluvioso y los aliados, poseídos de la fiebre de combatir, esperaron con impaciencia que hiciera su aparición el enemigo que estaba cercano.

Desde el amanecer que estuvieron tiroteándose las avanzadas de caballería de ambos ejércitos.

El carrascal ó dehesa de la Natera ocultaba el enemigo á la vista de los aliados y no se sabía ciertamente por dónde iba éste á iniciar el ataque.

A las ocho de la mañana aparecieron por fin avanzando por el llano dos regimientos de dragones, mandados por el general Briche, con una batería ligera, al mismo tiempo que el general Gondinot, con gran golpe de infantería, parecía querer acometer por el puente el pueblo de la Albuera. Aquellas primeras fuerzas enemigas, al hacer su aparición, fueron saludadas con un vivo cañoneo de las baterías españolas.

Encontrábanse en aquel momento almorzando al abrigo de un ribazo, cerca del pueblo y entre la primera y

segunda línea, los generales Castaños, Blake y Beresford con sus respectivos estados mayores y observando las maniobras del enemigo, opinaban casi todos que éste atacaría á los aliados por el frente ó la izquierda. Entre los que allí se hallaban figuraba el coronel Bertoldo Schepeler, ilustrado militar alemán que había venido á España á servir como voluntario la causa de la libertad y el cual, creyendo que Soult haría todo lo contrario de lo que opinaban sus compañeros de armas, tenía la vista fija en la derecha y estaba de pié como husmeando la aparición de los enemigos por esta parte.

De repente, por entre el espeso ramaje del carrascal, vió relucir miles de bayonetas y exclamó: ¡Por la derecha vienen!

Efectivamente Soult, mientras fingía un ataque por el centro y la izquierda, dirigía el grueso de sus fuerzas contra la derecha de la línea formada.

Hízose entonces preciso cambiar rápidamente el orden de la batalla, operación algo difícil y más para nuestras tropas, que aunque valientes hasta la temeridad, no tenían la práctica de evolucionar rápidamente en casos apurados.

Sin embargo, el movimiento se llevó á efecto con bastante serenidad y precisión, pasando una parte de los que formaban la segunda línea á cubrir el flanco derecho de la primera, con lo cual quedaron frustrados las esperanzas del caudillo francés.

Llegó el terrible momento del choque y mientras la mayor parte del ejército francés cargaba sobre nuestra derecha, Goudinot y Briche, conforme á las primeras órdenes, atacaban al centro y la izquierda.

El intrépido general francés Girard, era quien mandaba las columnas que debían atacar nuestra derecha y aunque vió que los aliados habían sabido prevenirse á tiempo, juzgó que era ya imposible retroceder y siguió adelante.

El general Zayas estaba encargado de recibirle, y con la audacia y el valor que le caracterizaban, en vez de esperar, avanzó á contener el impetuoso empuje de los franceses, mientras acudían á sostenerlo Ballesteros y Lardizábal.

El choque fué terrible. A menos distancia de un tiro de pistola, comenzaron á disparar los cañones, y los infantes de la primera línea se acometieron furiosamente á la bayoneta. Sostuvieron el choque á pié firme los españoles, y las columnas francesas después de porfiado combate, viéronse obligadas á retirarse, con lo que quedó la victoria por los nuestros.

En vano los batallones enemigos volvieron á empeñar el ataque, pues una y otra vez fueron rechazados.

Al mismo tiempo el cielo hasta entonces encapotado, dejó paso á un furioso aguacero, pero no por esto se debilitó la batalla, antes bien pareció recrudecerse más, conforme aumentaban los rigores de la naturaleza. Los

regimientos bajo aquella inmensa sábana de agua que arremolinaba el viento y entre espesas nubes de asfixiante humo, se buscaban para exterminarse con fiera saña.

A los ataques de la infantería francesa contestaron nuestros mermados batallones mandados por Zayas cargando á la bayoneta.

En aquel instante la caballería enemiga mandada por Latour-Maubourg, aprovechándose de la confusión y del humo, deslizóse sin ser visto por los flancos de la derecha y cayó por la espalda sobre la brigada inglesa de Colbourne, desbandándola y haciéndole ochocientos prisioneros.

Ya se retiraban los jinetes franceses orgullosos de este triunfo, cuando fueron vistos por nuestros infantes que se arrojaron sobre ellos con gran furia.

Terrible y empeñado fué el combate entre la infantería española y la caballería enemiga compuesta en su mayor parte de los célebres lanceros polacos; pero al fin los prisioneros ingleses quedaron rescatados, los jinetes franceses se desbandaron, y nuestros soldados, de tan pobre aspecto, supieron dejar tendidos sobre el campo á casi todos aquellos fieros y vistosos lanceros del Vístula que Napoleón consideraba como lo más escogido de sus ejércitos.

Peleábase en tanto con gran braveza en toda la línea, y los aliados llevaban hasta entonces la mejor parte, pues las columnas francesas no adelantaban ni un solo paso, antes bien tenían que replegarse á cada momento para rehacer su orden.

Unos treinta jinetes polacos de los que á las órdenes de Latour-Maubourg habían caído sobre la brigada de Colbourne, enardecidos por el triunfo alcanzado, en vez de retroceder siguieron adelante, y salvando la primera línea del ejército aliado, comenzaron á caracolear frente á la segunda haciendo disparos.

Produjo ésto la mayor confusión. Los ingleses de la segunda línea creyendo que la primera había sido rota por los franceses, comenzaron á hacer descargas cerradas que venían á recibir por la espalda sus mismos compatriotas.

Esta confusión hubiera podido ser fatal para los aliados, mas por fortuna estaba Blake en las filas que de tal modo eran hostilizadas por los aturdidos ingleses, y haciendo volver á aquellas la cara á la retaguardia pronto sacó de su error á la infantería británica.

A los pocos instantes aquellos atrevidos polacos que en tan corto número habían producido tan inmensa alarma, quedaron tendidos en el campo á excepción del valiente oficial que los mandaba, el cual quedó prisionero.

Cargaron otra vez las columnas francesas, y Zayas y los suyos volvieron á salir á recibirlas, oponiendo unas bayonetas á otras, y del choque no sacaron los enemigos otro resultado que retirarse tan desordenados como la vez anterior.



No decaía por esto la contienda. Aquello no era ya una batalla con movimientos calculados y estratagemas inesperadas, sino una lucha brutal y grandiosa que entablaban dos prolongadas masas de hombres y cañones, que se acometían y chocaban sin lograr nunca quebrantarse.

Los regimientos se fusilaban á quemarropa, las baterías ligeras hacían fuego casi á boca de jarro, las líneas de bayonetas corrían unas contra otras buscándose, el humo no permitía ver otra cosa que el relampagueo del acero y el fogonazo de la pólvora, sobre el bramido de los cañones resaltaba el inmenso vocerío formado por quejidos de dolor, maldiciones y gritos de mando y como si tales horrores no bastaran, completaban el cuadro un vendaval furioso que parecía querer arrastrar lejos á los combatientes y una lluvia torrencial que enlodaba la tierra ya empapada en sangre.

Después de dos horas de tan terrible combate, quiso Soult dar un golpe decisivo y extendiendo sus reservas para detener á los fugitivos, formó todo su ejército y después de excitarles á morir peleando le hizo cargar por última vez sobre la derecha.

Pero al mismo tiempo la brigada portuguesa que mandaba Harvey, y la inglesa de Cole se dirigieron á flanquear á los que avanzaban.

El intrépido Zayas á la vista de este movimiento, formó los ya mermados batallones españoles en columna cerrada y avanzó con ellos á la bayoneta contra las masas francesas que se acercaban.

Llegaron los franceses como hasta diez pasos de los nuestros, pero al verse ya flanqueados por los portugueses de Harvey, y al frente aquel movible muro de hombres que avanzaban con la resolución de morir antes que retroceder, sintiéronse acometidos de repentino pavor, y arremolinándose á pesar de los golpes y mandatos de sus jefes, se dieron á la fuga y cayendo unos contra otros ó empujándose por escapar antes, bajaron desordenadamente cuesta abajo.

Gran fortuna fué para los franceses el que su caballería tuviera mucha superioridad numérica sobre la aliada, pues á esto debieron su salvación ya que ella pudo cubrir en parte aquella desordenada fuga, é impedir que los españoles pasaran á cuchillo todo el grueso del ejército.

Salvaron los franceses en confuso tropel los arroyos y fueron á situarse en las eminencias de la otra orilla, donde se pusieron al abrigo de una reserva que no había entrado en acción.

A las once de la mañana no quedaba en aquel campo cubierto de sangre y cadáveres, nada que resistiera las armas de los aliados.

La derrota de los franceses era un hecho. Permanecieron aun estos todo el resto del día al otro lado de los arroyos; pero al amanecer del día siguiente, levantaron sigilosamente el campo y emprendieron la retirada hacia Lle-

rena donde se detuvieron al ver que únicamente les perseguía hasta allí la caballería ligera de los aliados.

Estos, á pesar de su triunfo, no se encontraban en estado de perseguir á los franceses. La victoria habíales costado grandes pérdidas aunque éstas no fueron tan grandes como las sufridas por los enemigos.

Las tropas inglesas perdieron unos cuatro mil hombres contándose entre estos los generales Houghton y Myers que quedaron sobre el campo. También fueron heridos Stewart, Cole y otros oficiales de alta graduación.

Los portugueses sufrieron cerca de cuatrocientas bajas y el ejército español perdió entre muertos y heridos, unos mil quinientos hombres contándose entre los últimos el general don Carlos España.

Entre los muertos figuraba el ayudante primero de Estado mayor don Emeterio Velarde, el cual al espirar sobre el campo de batalla decía á los soldados:—Nada me importa morir, si ganamos la batalla.

Los franceses perdieron más de ocho mil hombres en su mayor parte muertos. Entre éstos figuraban los generales Pepin y Werlé, y quedaron heridos los de igual graduación Gazan, Maransin y Bruyer.

El quebranto sufrido por ambas partes y los muchos militares de graduación que quedaron muertos y heridos, son datos que demuestran claramente lo terrible de aquel combate que sólo duró algunas horas.

Tal fué la célebre batalla de la Albuera, triunfo completamente estéril, pero que á pesar de no producir ningún resultado práctico, causó gran impresión en toda Europa.

El parlamento británico aunque no tenía costumbre de cumplimentar á otras tropas que á las inglesas, rompió por aquella sola vez la tradición, y declaró solemnemente «reconocer altamente el distinguido valor é intrepidez con que se había conducido el ejército español del mando de S. E. el general Blake en la batalla de la Albuera.»

Las Cortes correspondieron á tal homenaje, dando las gracias á las tropas aliadas é hicieron extensiva la felicitación al ejército español «que había merecido bien de la patria.» Además decretaron para más adelante, la construcción de un monumento sobre el campo de la Albuera, que perpetuara la memoria de tan lisonjero hecho de armas.

Como una prueba del entusiasmo que dicha batalla despertó lo mismo entre españoles que ingleses, basta decir que el célebre poeta lord Byron, que por entonces estaba en Cádiz atraído por la grandiosidad de nuestra guerra que él quería contemplar de cerca, insertó en el Canto primero de su célebre poema *Childe-Harold* que en aquella época escribía, una inspirada estrofa en la que aseguraba que la batalla de la Albuera, era asunto digno de celebrarse en las leyendas populares y los romances heróicos de nuestra patria.



Realmente dicha batalla fué notable, no sólo por el éxito y el fiero valor con que lucharon los combatientes, sino por la heterogeneidad de las tropas vencedoras que hasta entonces no se conocían de haberse batido juntas, ni verdaderamente obedecían á una dirección común.

La más grande ventaja que reportó á los aliados la batalla de la Albuera, fué que restableció entre ellos la confianza é hizo cesar aquellos resentimientos que reinaban entre españoles é ingleses los cuales desde entonces quedaron unidos por el lazo de la victoria.

Se esperaba por todos que los vencedores después del triunfo, perseguirían á los franceses y que sobre la marcha les harían levantar el sitio de Cádiz, y de esta misma opinión eran tanto Beresford como los generales españoles.

Pero Wellington llegó á las márgenes del Guadiana con las dos divisiones que había sacado del campamento del Coa, y trastornó las combinaciones de aquellos, pues su único pensamiento, por entonces, era dedicarse á la conquista de Badajoz.

Dispúsose el ejército aliado á realizar este plan, y después de cercar por todos lados dicha plaza, el 25 comenzó á batir con cañón el fuerte de San Cristóbal. Creyendo que eran ya practicables las brechas abiertas en sus muros, el 1 y el 2 de Junio, se dirigieron contra él dos asaltos que no dieron resultado, siendo imposible continuar el sitio por falta de los pertrechos necesarios y porque llegaron noticias de que Marmont, Soult y Drouet se acercaban con tres cuerpos respetables á socorrer á la ciudad.

Mandó Wellington levantar el sitio, y repasando el Guadiana fué á colocarse con sus tropas en Yelbes y Campo-mayor, donde no se atrevieron á ir á buscarle los franceses.

No podía soportar Blake la orgullosa superioridad de Wellington y al mismo tiempo estaba irritado porque sin medios para ello había acometido el sitio de Badajoz. Deseoso, pues, de emanciparse de tal férula, y de hacer por su parte algo de más importancia, propuso al general inglés una expedición importante, que consistía en caer de improviso sobre Sevilla, casi sin defensa por la reciente salida de Soult.

Aprobó Wellington este plan y el regente se puso en marcha por dentro de Portugal, llevando las divisiones de Ballesteros y Girón y la caballería de Villemur, con el intento de cruzar el Guadiana por Mortola.

Era necesario en una expedición tan atrevida, gran celeridad para caer sobre Sevilla antes que el enemigo se apercibiera del tal movimiento; pero Blake, en vez de marchar apresuradamente, se entretuvo en batir la villa de Niebla no llevando cañones, ni aun escaleras.

Esta infructuosa detención sólo sirvió para que Soult se apercibiera del plan, y dirigiéndose al condado de

Niebla con gran celeridad, le obligara el 6 de Julio á repasar el Guadiana.

Marmont en tanto, guardaba la orilla derecha de este río; pero para mantenerse en tal posición, tenía que luchar con la escasez de víveres que enviaban de Madrid y sufría los continuos ataques de las guerrillas, principalmente de la columna que mandaba el intrépido Morillo, por todo lo cual vióse obligado á retroceder hasta el Tajo, dejando antes fortificado el castillo de Medellín y apostada en Trujillo la división que mandaba Foy.

Wellington, en vista de este movimiento, después de dejar una división en la frontera de Portugal en observación de Badajoz, trasladóse con el resto del ejército á Castello-Franco, poniéndose de este modo dentro del vecino reino, frente á la nueva posición de Marmont. Cooperando á este movimiento Castaños con la reducida división que mandaba, situóse en Valencia de Alcántara, con el propósito de meterse en Portugal así que se viera atacado en su avanzada posición.

Quedaron, pues, los ejércitos aliado y francés casi en la misma situación que antes de comenzar la campaña y entrar Massena en Portugal.

Con ella nada había ganado España y tenía que lamentar la pérdida de Badajoz.

Pero había que reconocer que los planes de Wellington y su sagacidad militar acaban de producir, casi sin combate, la completa destrucción del ejército de Massena, compuesto de las mejores tropas francesas.

Además, el prestigio militar del Imperio había sufrido un rudo golpe, primero con la campaña de Torres-Vedras, y después con la batalla de la Albuera.

Los franceses seguían apoderados de nuestro suelo, pero la confianza revivía en la atemorizada Europa, y todas las naciones se afirmaban en la creencia que España iba á ser la tumba del mayor y más tiránico poderío del continente.

CAPITULO XIX

1811

La guerra en Galicia.—Operaciones de Santocildes.—Victorias del ejército de Galicia.—Freire en Murcia.—Vence á los franceses.—Conducta de Bassecourt en Valencia.—Sitio de Tortosa.—Traición del conde de Alacha.—Castigo que se le impone.—Desórdenes en Tarragona.—El marqués de Campoverde, capitan general.—Ordenes de Napoleón á Suchet.—Macdonald incendia Manresa.—Como contestan los catalanes á tal acto de barbarie.—Original conquista del castillo de Figueras.—Tres jóvenes patriotas.—Otras ventajas sobre los franceses.—Suchet marcha contra Tarragona.—Incidentes del sitio.—El gobernador Senen de Contreras.—Terrible asalto.—Saqueo de la plaza y horrorosa matanza.—Resuelta contestación de Contreras.—Desaliento que la pérdida de Tarragona causa en Cataluña.—Toma Lacy el mando del Principado.—Sorprendente marcha del brigadier Gasca.—Conquista Suchet la montaña de Montserrat.—Ríndese el castillo de Figueras.—No se abate por esto Cataluña.—Energía y actividad de Lacy.—La guerra en Valencia.—Expedición de Blake.—Es desalojado Freire de Venta del Baul.—Ridícula conducta del marqués del Palacio en Valencia.—Invade Suchet la provincia de Valencia.—Sitia el castillo de Sagunto.—Firmeza de su gobernador Andriani.—Suchet derrota á Blake.—Ríndese Sagunto.—Conquistas de Lacy en Cataluña.—Decaen sucede á Macdonald.—El Empecinado se apodera de Calatayud.—Hazañas de Mina en Aragón.—Expedición de Ballesteros á la serranía de Ronda.—Sitio de Tarifa por los franceses.—Se retiran.—Objeto de estas últimas operaciones.

En la campaña de Extremadura ya narrada, notóse la inercia de las provincias cercanas á dicha región, pues á haber cooperado éstas á las operaciones del ejército aliado, otra hubiera sido la suerte sufrida por los franceses.

Ni Galicia ni la Andalucía, excepción hecha de Cádiz, supieron ayudar á los ejércitos inglés y español en sus movimientos, y únicamente sus fuerzas se limitaron á efectuar pequeñas expediciones ó más bien correrías, que no inquietaron más que á los peque-

ños destacamentos que los enemigos tenían en observación de dichas provincias.

Por fortuna en Galicia pronto cambiaron favorablemente los asuntos de la guerra con la separación del indeciso Mahy del mando militar, siendo reemplazado con D. José María Santocildes, ilustre defensor de Astorga, y el cual apenas se puso al frente del ejército, procedió con la mayor actividad á limpiar de enemigos todos los territorios de su jurisdicción que aun estaban ocupados por los invasores.

Asturias era la única región de aquella parte de España que todavía estaba en poder de los franceses, si bien para ello tenían que sostener diarioscombates con el intrépido D. Juan Diaz Porlier, *el Marquesito*, caudillo que con sus audaces y rápidas correrías, atraía sobre sí todo el peso de la persecución enemiga.

Emprendió Santocildes una operación para librar á Asturias de franceses, y que consistía en avanzar todo el ejército de Galicia á Castilla, mientras que la división de Losada se dirigía contra Oviedo á principios de Junio, ó sea cuando ya Marmont había salido para Extremadura. Todos los franceses que ocupaban la región asturiana y los que guarnecían Astorga, al ver venir fuerzas tan superiores y decididas con el propósito de envolverlos, abandonaron rápidamente sus puestos para refugiarse unos en León y otros en Benavente, con lo que quedó libre el territorio.

Fué en su persecución el ejército de Galicia hasta llegar á las orillas del Orbigo, donde salió á recibirles muy confiado en sus fuerzas el general francés Volletaux, que el 23 de Junio atacó en Cogorderos la división que mandaba D. Francisco Taboada. Resistió ésta por muchas horas el empuje de los enemigos y llegando en su auxilio la brigada asturiana de Castañón, los derrotó siendo tan grande la pérdida que les hizo sufrir, que hasta quedó muerto sobre el campo el mismo general Valletaux.

Santocildes que llegó poco después hizo más adelante un reconocimiento á lo largo de la ribera del Orbigo y y consiguió derrotar nuevamente el enemigo con lo que demostróse la instrucción y pericia adquirida por el ejército gallego.

Estas victorias produjeron gran resonancia en el país y despertando el adormecido espiritu público, llevaron nuevas fuerzas á las filas patrióticas llegando á constar al poco tiempo el ejército de Galicia de diez y seis mil hombres aptos para el combate.

Igual indiferencia que al principio en Galicia, hubo también en Murcia y Granada mientras se efectuaba la campaña de Extremadura. De esta inacción sacó Sebastiani á los murcianos, amenazándoles con una nueva expedición á su provincia.

Al abandonar Blake aquel reino para ir á ocupar su puesto en la Regencia quedó á su frente el general Freire el cual sabiendo la aproximación

del enemigo, se retiró de Lorca hacia la costa; pero después, en vista de que Sebastiani por encontrarse enfermo había tenido que replegar su ejército á Baza y Guadix, retrocedió en su marcha y fué á situarse en el punto llamado Venta del Baul.

Desde allí destacó Freire la división de La Cuadra por el camino de Ubeda á la que salieron á recibir las guarniciones francesas de Jaen y Andújar, que temían fueran aquellas tropas españolas á envolver por la espalda á Sebastiani. El primer choque efectuóse en la misma ciudad de Ubeda el 15 de Mayo, y los franceses fueron rechazados por tres veces con grandes pérdida, no siendo más afortunados en el segundo combate que se entabló en la Venta del Baul y tras el cual tuvieron que retirarse á Guadix maltrechos y con gran prisa.

Al mismo tiempo había enviado Freire por la izquierda y camino de Granada al conde Montijo, el cual llegó hasta muy cerca de la ciudad morisca y puso en tal cuidado á Sebastiani que éste practicó obras de defensa en las calles y hasta llegó á fortificar el histórico alcázar de la Alhambra.

Vino el general Drouet con el cuarto cuerpo á sacar á Sebastiani de tan apurada situación, y éste, que estaba cada vez más doliente y falto de salud, aprovechó tal llegada que aseguraba, por el momento, la posesión de la provincia, para retirarse á Francia con objeto de restablecerse, dejando al frente del gobierno al general Leval.

Aun había sido mayor la inacción patriótica en Valencia. El general Bassecourt, deseando hacerse popular y revestir su autoridad de mayor prestigio, reunió un congreso de diputados de aquella región que al igual del creado tiempo antes en Cataluña se ocupara en crear recursos y levantar nuevas tropas.

Cumplió este encargo dicha corporación, pero poco después, y en uso de la soberanía que poseía, quiso entrar en el examen de la conducta política y militar del general, y esto bastó para que Bassecourt se apresurara no sólo á declarar disuelto el congreso, sino á encarcelar á D. Nicolás Gareli y otros vocales que en las sesiones más se habían extremado en criticarle.

Produjo esta medida arbitraria, generales protestas, y las Cortes pusieron en libertad á los encarcelados y separaron del mando á Bassecourt, publicando además un reglamento para las Juntas de provincia que marcaba todas sus facultades con el propósito de evitar futuros conflictos.

Cuando las autoridades de la región valenciana se entretenían en tales disputas, era justamente cuando más necesitada estaba la sitiada Tortosa de un pronto socorro.

Estaba ésta bloqueada hacía mucho tiempo por Suchet y Macdonald, generales franceses de Aragón y Cataluña; pero desde que el activo Odonell, conde de la Bisbal, que era quien daba

algún impulso á la defensa del Principado, tuvo que marchar á las Baleares para atender á la curación de sus heridas, los enemigos cobraron mayores bríos y dicho bloqueo se convirtió en sitio apretado y formal.

De gran importancia era la posesión de Tortosa para las operaciones de la guerra; pues á más de guardar la desembocadura del Ebro, su posición entre Valencia y Cataluña la hacía ser el centinela avanzado de una de estas dos regiones sobre la otra.

A pesar de la importancia estratégica de dicha ciudad, su fortificación no podía ser más mezquina y defectuosa. Por la parte de Valencia, el Ebro invadeable era su defensa mejor; pero del lado de tierra tenía una fortificación irregular y falta de todo plan, como obra de los diversos pueblos que en remotas épocas la habían poseído. Según cierto autor, «diríase que Tortosa había ido levantando lienzos de muralla según se vió sucesivamente acometida por este ó el otro lado.»

Además de los cinco frentes que poco más ó menos venía á formar su recinto amurallado, tenía como obras avanzadas el castillo de San Juan, que era como una verdadera ciudadela, y los fuertes de la Tenaza y de Orleans cuyos alrededores fueron limpiados de arboleda, con objeto de que sus fuegos no encontraran obstáculo al hostilizar al enemigo.

Era gobernador de la plaza el conde de Alacha, célebre por su notable retirada desde Tudela de Aragón á la sierra de Cuenca, de la cual ya hablamos; pero que inspiraba poca confianza á los que le observaban de cerca, á causa de su carácter ductil y el decaimiento que le producían las continuas enfermedades. Figuraba como su segundo el coronel del regimiento de Soria D. Isidoro Uriarte, y la guarnición de la plaza componíase de siete mil hombres á los que todo el vecindario estaba dispuesto á ayudar en la defensa.

Suchet, para cerrar las líneas de sitio, ordenó el ataque de las alturas existentes por la izquierda del río, de las cuales tras porfiada lucha fueron arrojados los españoles, así como de otras situadas á corta distancia del fuerte de Orleans.

Tras esto, comenzaron los franceses á levantar trincheras, llegando á estar pronto estas á treinta y tres toesas de los muros.

Hicieron varias salidas los sitiados para impedir la continuación de las obras, siendo protegidos por los fuegos de la plaza y del fuerte de Orleans. En la última de aquéllas lograron los españoles, con un impetuoso ataque á la bayoneta, rechazar al enemigo de la segunda y la primera paralelas, pero cargó aquél grandemente reforzado, y los sitiados tuvieron que retirarse á la ciudad, sin otro resultado que haber destruido algunas de las obras.

Enfurecidos los franceses por aquel principio de derrota que los sitiados

les habían hecho sufrir, rompieron con sus baterías un fuego tan graneado y terrible que á los pocos días lograron desmontar todos los cañones del frente de la plaza por ellos atacado y se posesionaron de la cabeza del puente sobre el Ebro. Además la brecha en el baluarte de San Pedro, punto del continuo ataque, estaba casi practicable.

El gobernador Alacha, herido en una de las salidas y martirizado por la gota, mostrábase decaído hasta un límite vergonzoso. Comprendiendo su estado, había hecho entrega del mando á su segundo Uriarte, pero á pesar de esto seguía interviniendo en todo para desgracia de la causa patriótica.

No era Uriarte hombre apto para el difícil cargo que desempeñaba. Soldado valiente cuando marchaba delante de su regimiento, faltábale esa fortaleza de ánimo y esa serenidad grandiosa, necesarias en el gobernador de una plaza cuyo vecindario levanta un concierto de alaridos y quejas á cada destrozo causado por los enemigos.

No podía resistir Uriarte las protestas de los habitantes de Tortosa que sufrían nuevo decaimiento con cada bomba que enviaban los sitiadores, y buscando algo que le fortificara en su irresolución convocó un Consejo de oficiales cuya mayoría decidióse por pedir al enemigo una tregua de veinte días. Equivalía esto á manifestar claramente al enemigo la necesidad de descanso que sentían los defensores de la plaza, y únicamente sirvió para que los franceses se extremaran más en sus imposiciones de rendición.

Rechazó Suchet la propuesta del Consejo, y para hacer más crítica la situación de sus decaídos enemigos, en la noche del 1 al 2 de Enero (1811) levantó otra batería á solo diez toesas del tan combatido baluarte de San Pedro, abriendo en él dos nuevas brechas.

Uriarte dudaba entre atender al vecindario que deseaba la rendición ó á los soldados que ansiaban continuara la defensa, decidiéndose al fin porque la ciudad se entregara, mientras que la guarnición se encerraría en los fuertes donde haría continuar la resistencia. Pero el débil Alacha, que indudablemente estaba ya en tratos con los sitiadores, dijo resueltamente que quería entregar Tortosa, por lo que mandó enarbolar bandera blanca.

Desobedecieron los soldados españoles llevados del patriotismo la orden del gobernador y continuaron haciendo fuego sobre los sitiadores.

Entonces... ¡vergüenza da decirlo! el cobarde ó traidor Alacha llamó en su auxilio á Suchet, diciéndole que su deseo era capitular; pero que no podía hacerlo en vista de la insubordinación de sus tropas, si los franceses no iban á socorrerle.

Acudió entonces Suchet seguido de su numeroso Estado mayor y de una fuerte escolta á las cercanías del castillo, cuyas avanzadas desarmó manifestando que por convenio mutuo ha-

bían terminado las hostilidades, y el miserable gobernador le abrió las puertas, manifestando su contento por aquel socorro. Acto era aquel en apariencia muy arriesgado para Suchet, pues se exponía á morir á manos de las tropas, nada dispuestas á la rendición; pero esto mismo hace creer que entre Alacha y el general francés habían mediado tratos anteriores que hacían creer al último en la seguridad del éxito.

Los soldados españoles, indignados ante la inesperada traición del gobernador, corrieron á las armas, pero Suchet y sus oficiales supieron convencerles con falsas promesas, y el acta de capitulación se extendió á toda prisa quedando en virtud de ésta prisioneros de guerra los cuatro mil hombres que todavía componían la guarnición.

Aquella traidora rendición produjo en Cataluña eco profundo. Los patriotas, justamente indignados, pidieron venganza contra los malos españoles, y un Consejo de guerra que se reunió en Tarragona condenó al conde de Alacha á la pena de ser degollado, sentencia que se cumplió ejecutando una estatua del culpable, pues el traidor caminaba á aquellas horas hacia Francia prisionero de guerra en compañía de sus soldados.

No fué Alacha realmente traidor, porque á ello le impulsaron sus ideas y sentimientos. Hombre de capacidad nula, dejábase guiar por los que tenía más cerca y era materia dispuesta lo mismo para el bien que para el mal. En su célebre retirada de Tudela, cumplió como bueno porque tenía á sus órdenes excelentes oficiales que le aconsejaban, y en la defensa de Tortosa portóse como traidor porque estaba rodeado de hombres cobardes ó malvados.

Cuando al terminarse la guerra volvió Alacha á España, fué sometido á un tribunal que examinó su conducta militar y éste le absolvió aunque en castigo vino á demostrar su absoluta incapacidad.

La conducta de Alacha excitó la suspicacia del pueblo de Tarragona, amigo de sospechar exageradamente como todos los pueblos que están en revolución, y comenzó á mirar en cada general un traidor para el porvenir. Llevado de estas ideas, pidió la separación del general Iranzo y que fuera sustituido por el marqués de Campoverde, muy popular á causa de su conducta como jefe de división.

Para realizar los deseos del pueblo reunióse un Consejo de generales que acordó dar el mando á Campoverde, aunque solo fuera interinamente y hasta que el gobierno resolviera lo más conveniente; pero pocos días después susurróse que iba á encargarse del gobierno militar D. Carlos Odonell, hermano del conde de la Bisbal; alborotóse el pueblo con tal noticia y esto bastó para que él favorecido con el amor de las masas para evitar futuros disturbios y con la conformidad de todas las autoridades de la región,

tomara dicho mando con carácter definitivo.

Comenzó Campoverde, para corresponder al afecto del pueblo, por convocar en Tarragona un nuevo congreso del Principado, el cual á los pocos días de haber abierto sus sesiones se disolvió á consecuencia de los numerosos choques que tuvo con la Junta provincial, si bien antes de retirarse nombró otra junta encargada únicamente de los asuntos económicos.

Excelente efecto produjo en Cataluña el nombramiento de Campoverde para el mando supremo. Tanto el ejército como el paisanaje armado volvieron á estar animados por firme confianza, y gracias á este entusiasmo, pudo evitarse que Macdonald se apoderara con un repentino y furioso ataque de Tarragona cuando regresaba á Barcelona después de conquistada Tortosa.

En vista de la enérgica resistencia de los tarraconenses, tuvo el mariscal francés que desistir de su intento y seguir adelante hacia Lérida donde debía concertar con Suchet la continuación de las operaciones.

Este último general, después de dejar asegurada Tortosa con una fuerte guarnición y de conquistar algunos puntos cercanos, dirigióse á Aragón donde aprovechando su ausencia, se habían metido numerosos guerrilleros entre ellos los audaces Mina, el Empecinado y Villacampa. Dedicóse Suchet á perseguirlos sin lograr ningún resultado, hasta que Napoleón le ordenó volver á Cataluña para continuar el plan que había tenido por principio la conquista de Tortosa.

El emperador estaba tan satisfecho de Suchet y su conquista, que le encomendó á él exclusivamente la toma de Tarragona, ofendiendo con ésto á Macdonald que únicamente quedó encargado del terreno comprendido entre Barcelona y la frontera.

Con esta decisión, gran parte del ejército de Cataluña quedó á las órdenes de Suchet, y Macdonald que se avistó con él en Lérida, tuvo que dejarle los mejores de sus soldados, retirándose después lleno de coraje á Barcelona y llevando únicamente la división Arispe compuesta de unos diez mil hombres.

Al llegar á Manresa, Macdonald enojado porque los campanarios ante su proximidad habían lanzado al viento el toque de somatén y el vecindario en masa dejaba abandonadas sus viviendas, halló ocasión para desahogar el coraje que le produjo lo ocurrido en Lérida, y dió á sus soldados orden para que prendieran fuego á la población, mientras él contemplaba tan terrible espectáculo desde una altura cercana.

Más de ochocientas casas, numerosas fábricas y algunos templos desaparecieron bajo las llamas, encargándose la soldadesca de saquear cuantos edificios fueron respetados por el fuego.

Iban en seguimiento de Macdonald las tropas de Sarsfield y el barón de Eroles, y al ver acto tan bárbaro y

criminal, poseídas de indignación, cargaron sobre la retaguardia francesa y la deshicieron, no cesando en hostilizar al grueso de la división hasta las mismas puertas de Barcelona y haciéndola experimentar la pérdida de mil hombres.

Causó tanta indignación en toda Cataluña el incendio de Manresa, que Campoverde publicó una alocución, en la que, después de relatar todos los actos bárbaros ejecutados por Macdonald y sus soldados, ordenaba tanto á las tropas españolas como al paisanaje armado, que en adelante no se diera cuartel «á ningún individuo de cualquiera clase del ejército francés que aprehendieran dentro ó en la inmediación de un pueblo que haya sufrido el saqueo, el incendio ó el asesinato de sus vecinos,» y terminaba así el general español: «adoptaré y estableceré por sistema en mi ejército el justo derecho de represalias en toda su extensión.»

No sabía bien Macdonald á lo que le exponía un declaración tal, hasta que poco á poco fué tocando las consecuencias. Los franceses viéronse imposibilitados de dar un solo paso fuera de los recintos que guardaban, pues de lo contrario, siempre salía de oculto sitio una bala, ó brillaba ante sus ojos un cuchillo que daba fin á su vida, y de este modo las filas invasoras en Cataluña experimentaban diariamente gran merma.

Antes de que Macdonald volviera de Lérida y efectuara en Manresa tal acto de barbarie, Campoverde intentó apoderarse por sorpresa de Barcelona, animándole á ello la debilidad numérica de su guarnición; pero el general Mathieu gobernador de la plaza, tenía mucha vigilancia y supo evitar el peligro mandando después ahorcar algunos vecinos que estaban en inteligencias con las autoridades españolas y que vinieron á aumentar el largo catálogo de los mártires por la causa patriótica.

Pero al mismo tiempo que quedaban frustradas las esperanzas de los nuestros en la conquista de Barcelona, adquiría España una plaza de gran importancia, siendo mucho más digna de encomio esta adquisición por los medios originales que para ello se emplearon y que vinieron á demostrar hasta dónde llegan los hombres cuando como los de aquella época están animados por el patriotismo y la abnegación.

Tres muchachos, cuya edad respectiva no pasaba de veinte años, los dos hermanos Ginés y Pedro Pou, y el otro su cuñado Juan Marqués, llevados de la imaginación y el entusiasmo juvenil que para nada encuentra obstáculos, concibieron el proyecto de apoderarse del inexpugnable castillo de Figueras por sí mismos y sin contar con extraños auxilios.

Por efecto del tráfico á que se dedicaban, eran amigos del guarda-almacén de la fortaleza, y en una visita que hicieron á las murallas después de un almuerzo á que les convidó aquél,

concibieron el grandioso proyecto de apoderarse de la plaza y devolverla á España.

Entendiéronse los tres jóvenes patriotas con Campoverde, que les apoyó, aunque juzgando irrealizable aquella idea, y después entraron á servir como criados de su amigo el guarda-almacen francés. Comenzaron los muchachos por tomar en cera el molde de las llaves de la poterna, cuya guarda tenía muy descuidada el gobernador del castillo que confiaba en la inexpugnabilidad de éste y en la debilidad de las fuerzas españolas, é hicieron construir en Olot otras iguales conforme al modelo.

Arriesgada era la empresa, corríase gran riesgo en ser descubierto, y la vida se perdía ciertamente en tal caso; pero los tres patriotas no se arrepintieron ni una sola vez del compromiso que voluntariamente habían contraído y así que tuvieron las llaves conviniéronse con los brigadieres Martínez y Rovira que operaban con sus fuerzas por aquellas cercanías.

En la noche del 10 al 11 de Abril salió Ginés Pou á dos leguas de Figueras, donde encontró las tropas de Martínez y las condujo con gran cautela á la puerta del foso que comunica con el almacén principal donde esperaba su hermano Pedro, mientras el cuñado Juan Marqués estaba de observación paseándose por la plaza de armas.

Tras esta fuerza penetró en los subterráneos del castillo la partida del brigadier Rovira, no sumando ambos cuerpos más allá de ochocientos hombres.

Salieron los españoles de los almacenes, derramáronse cautelosamente por las murallas, se apoderaron de los puntos principales, y en menos de una hora quedó prisionera la guarnición francesa.

Al amanecer del día siguiente, la sorpresa que experimentaron los habitantes de Figueras fué grande, al ver ondear en lo más alto del castillo la bandera española en sustitución de la francesa.

Los tres muchachos que tanto habían contribuido á tan importante conquista no quisieron admitir ninguna de las muchas recompensas que les ofrecieron las autoridades españolas, conducta aun más noble si se tiene en cuenta que los franceses no olvidaron los nombres de los que les habían hecho perder castillo tan precioso, y que tiempo adelante cuando lo recobraron, Juan Marqués que tuvo la desgracia de caer en sus manos pagó en la horca su patriotismo y su valor.

Al mismo tiempo que quedaba por España el castillo de Figueras, el barón de Eroles adquiría también los fuertes de Olot y Castellfollit, hasta entonces en poder de los franceses.

Aterraron de tal modo á los invasores estas inesperadas conquistas, que Macdonald escribió á Suchet diciendo que si no acudía pronto en su auxilio, podía darse por perdida Cataluña. Campoverde no supo sacar grandes

[illegible]

[illegible] en Reus, [illegible] objeto [illegible] desaparecieran con [illegible] de los somatenes.

El 4 de Mayo [illegible] Suchet la primera [illegible] á Tarragona, y á pesar de la resistencia de los puestos avanzados, la plaza quedó sitiada por todos lados.

Campoverde, que estaba en Mataró, fué por mar apresuradamente en socorro de la plaza y entró en ella con dos mil hombres, dejando á la parte de fuera á Sarsfield con el resto de las tropas para que hostilizara á Suchet.

Este, desde el primer momento, co-

[illegible] camente arreglados, que son restos del recinto de defensa construido en remotos tiempos, según unos por los fenicios y según otros por los celtas.

Aunque de forma bastante irregular el recinto, se reconocen en él tres frentes reforzados por baluartes que se unen entre sí con cortinas de muralla,



noció que para conquistar la ciudad era preciso antes apoderarse del fuerte del Olivo y comenzó á batirlo tan furiosa como tenazmente.

Con mucho valor se resistió la guarnición del fuerte, pero á pesar de esto los franceses quedaron dueños de algunos de sus parapetos, y aunque los defensores los rechazaron al principio con una salida impetuosa, los extranjeros arrolláronlos al fin y al poco tiempo lograron desmontar todos nuestros cañones y abrir brecha en los muros.

Dieron los franceses un asalto en la noche de aquel mismo día, pero los sitiados los rechazaron con gran valor y hubieran conseguido un completo triunfo á no ser por dos incidentes fatales que produjeron la toma de la fortaleza. Durante el asalto los soldados franceses descubrieron que por los desaguaderos del acueducto del fuerte podían introducirse sin ser sentidos dentro de éste y así lo efectuaron, derramándose en gran número por las murallas, de lo que no se apercibieron hasta muy tarde los defensores. Al mismo tiempo una de las columnas de ataque francesas, se encontró al marchar contra el fuerte con las tropas de relevo que enviaba la ciudad y cuya operación se efectuaba cada ocho días. Inferiores los españoles en número, corrieron á la fortaleza á refugiarse; pero revueltos con ellos entraron gran número de franceses que volvieron á abrir las puertas para que penetraran el resto de sus compañeros.

Acorralados los defensores del fuerte, y teniendo que luchar por un lado con los que se habían apoderado de las puertas y por otro con los que se introducían por el acueducto, supieron vender caras sus vidas, y, según el testimonio del mismo Suchet, murieron luchando como leones y disputando palmo á palmo el terreno.

Más de mil españoles perecieron en aquella desesperada resistencia.

Así que los franceses quedaron dueños del fuerte del Olivo, comenzaron el verdadero ataque contra la plaza, levantando la primera paralela á ciento ochenta toesas del frente del recinto que guardaba al arrabal con los baluartes Francolí y Orleans. Efectuaron los sitiados muchas salidas para evitar la continuación de las obras, pero á pesar de esto, los franceses levantaron otra paralela sólo á treinta toesas.

La pérdida del fuerte del Olivo y las hostilidades de los sitiadores obligaron á los generales españoles á reunirse en consejo, acordando en él que Campoverde saliera de la plaza para ponerse al frente de las tropas de Sarsfield, que éste entrara en Tarragona para encargarse de la defensa del arrabal que iba á ser atacado, y que el gobernador D. Juan Caro marchara inmediatamente á Valencia para activar el envío de refuerzos, quedando encargado del mando D. Juan Senen de Contreras.

Era éste, por su valor y su firmeza, hombre muy propio para encargarse

de la defensa de una plaza, y su único defecto consistía en ser de carácter un tanto levantisco y encontrar siempre motivos de crítica en todas las disposiciones de sus superiores. La mejor prueba del patriotismo que le animaba, la dió al admitir el mando de una plaza que había perdido, con el fuerte del Olivo, su principal defensa y que en breve tendría que sucumbir.

El 7 de Junio comenzaron los franceses á batir en brecha el baluarte del Francolí, y cuando iban ya á dar el asalto, el gobernador, en vista de la imposibilidad de sostenerse en él, ordenó á sus defensores que se retiraran con la artillería.

Siguieron pues los franceses avanzando sus obras de sitio, sin que pudieran impedirlo los sitiados con sus salidas impetuosas, y el 21 tuvieron ya levantada la tercera paralela y comenzaron á batir los baluartes de Orleans, San Carlos y Fuerte Real, en los que abrieron grandes brechas. Dieron los sitiadores un furioso asalto y se apoderaron de los tres puntos, con cuya conquista quedó por completo en su poder el arrabal, á cuyos habitantes hicieron objeto de las más crueles violencias.

Después de conseguida tal victoria, que militarmente hacía imposible la continuación de la defensa de Tarragona, brindó Suchet al gobernador con una honrosa capitulación; pero el firme Senen de Contreras se negó terminantemente y el sitio tuvo que continuar, abriendo los franceses la primera paralela contra el débil muro que circuía la población.

Nada podía hacer entretanto Campoverde para auxiliar á Tarragona por carecer de medios; pero al fin llegó de Valencia la solicitada división que unida en Igualada á otras tropas, sumó un total de diez mil quinientos hombres. Puesto Campoverde al frente de esta fuerza marchó en auxilio de la ciudad sitiada; pero lo hizo con tanta parsimonia, que hasta el 25 nada pudo intentar contra los enemigos, y aun entonces Miranda, el jefe de la división valenciana, se vió imposibilitado de atacar de improviso y por sorpresa los campamentos franceses, por causa de desconocer el terreno.

Revolvióse Suchet contra Campoverde así que se apercibió de su presencia, pero este retiróse hacia Vendrell con lo cual Tarragona quedó privada de socorro.

Al día siguiente presentóse en el puerto una escuadra procedente de Cádiz que conducía mil doscientos ingleses, pero sus jefes en vista de lo adelantado que estaba ya el sitio, mostráronse poco entusiasmados en cooperar á la defensa aunque dijeron que si el gobernador de la plaza les mandaba desembarcar, lo harían inmediatamente.

Contreras en vista de su frialdad, lo dejó á su arbitrio, y los ingleses permanecieron en sus buques contemplando indiferentes la marcha del sitio.

Inspiraban poco cuidado á Suchet

los auxilios que á la plaza vinieran de fuera, así es que dedicaba toda la actividad de sus tropas á las obras de sitio. Terminada la última paralela, rompió el fuego de brecha en las primeras horas del día 28 contra la batería de San Juan que quedó aportillada y en disposición de ser acometida.

A las cinco de la tarde dieron los franceses el asalto. Nada le restaba ya á la defensa de Tarragona una vez tomado aquel punto.

Senen de Contreras, dispuesto á disputar al enemigo hasta el último palmo del recinto de la plaza, dejó de ser gobernador para convertirse en soldado, y espada en mano púsose tras la brecha con dos batallones de granaderos provinciales y el regimiento de Almería.

Pocas veces se habrá visto una resistencia más fiera y tenaz que la que opuso aquella masa de hombres completamente al descubierto y que ponían sus pechos en sustitución del derruido muro.

Las columnas de ataque francesas mucho más numerosas, eran rechazadas ó derribadas al foso tantas veces como intentaban pasar sobre la brecha, y ésta atronadora, relampagueante y envuelta en denso humo, semejaba el cráter de un volcán.

Los franceses á pesar de su entusiasmo y de reconocer que aquello no era más que la agonía de la ciudad sitiada, llegaron á vacilar y á desobedecer á los jefes que querían arrastrarles contra aquel terrible boquete en que tantos compañeros habían encontrado la muerte.

Para reanimar á los asaltantes é impedir que el miedo diera sus resultados, fué preciso valerse de la reserva, que los mismos ayudantes de Suchet echando pié á tierra formaran á la cabeza de la columna de ataque y que el batallón de honor de ésta fuera compuesto exclusivamente de oficiales.

Acometieron en tal forma los sitiadores aquella espantosa boca de la muralla que devoraba cuantos hombres se ponían á su alcance; pero los claros en las filas francesas se rellenaban continuamente, y llegó momento en que cada defensor de la brecha tuvo frente á sí veinte atacantes. Por fin la brutal fuerza del número venció al valor de aquellos heróicos soldados.

Los franceses penetraron en el baluarte de San Pablo, el bravo Senen de Contreras cayó prisionero después de recibir un bayonetazo en el vientre, y el regimiento de Almansa siguió combatiendo en las calles y especialmente en las cortaduras de la Rambla hasta que acosado y envuelto por todos lados tuvo que rendirse. El paisanaje se batió valerosamente de casa, en casa, y en las gradas de la Catedral murió matando al pié de los cañones; pero aquella inmensa nube de enemigos lo llenaba todo y en muy poco tiempo quedaron dueños de la ciudad entregándose después á las más horribles violencias.

Poseídos de la furia de la destruc-

ción, quemaron las casas después de saquearlas, asesinaron cuantos seres se pusieron á su alcance y las mujeres sin excepción de edades fueron objeto de las más brutales violencias.

Ni los ancianos ni los niños fueron respetados por el hierro del furioso vencedor y ascendieron á cuatro mil las víctimas de aquella salvaje y sangrienta fiesta á que se entregaron los soldados de una nación que según ellos venían á civilizarnos.

Un hermano del marqués de Campoverde murió heróicamente en las gradas de la Catedral mandando al paisanaje, y los generales Courten y Cabrery quedaron prisioneros de guerra así como la guarnición que incluyendo los enfermos y heridos que estaban en los hospitales, ascendía aún á siete mil ochocientos hombres.

D. Juan Senen de Contreras que como ya dijimos recibió un bayonetazo en el vientre, fué conducido en unas angarillas á la presencia de Suchet, el cual, con mucho coraje, le dijo que merecía ser fusilado inmediatamente por haber prolongado la defensa más allá de lo que permitían las leyes de la guerra.

—Ignoro que leyes son esas,—contestó el firme don Juan,—que prohiben resistir el asalto; además yo esperaba socorros. En cuanto á mi persona debe ser inviolable como la de los demás prisioneros y la respetará el general francés, pues de lo contrario, el oprobio será suyo y mía la gloria.

Ante esta entereza, endulzó su acento Suchet y alabando el valor de Senen de Contreras le hizo halagadoras proposiciones para que se pusiera al servicio del rey José; pero las rechazó rotundamente por lo que fué conducido prisionero á un castillo de los Países-Bajos de donde se escapó al poco tiempo, siendo digno de mención que este valiente caudillo se negara siempre á dar palabra de no fugarse.

La defensa de Tarragona, honró tanto á Contreras como desfavoreció á Campoverde que hizo muy poco por evitar la pérdida de la plaza.

Suchet para captarse las simpatías del pueblo con muestras de religiosidad, celebró en Reus el triunfo sobre Tarragona con una función de iglesia en la que él iba bajo palio; pero esto solo sirvió para hacerle más aborrecible á los ojos de la multitud que juzgaba aquello una profanación.

La toma de Tarragona causó en Cataluña la más profunda impresión, y como en todas las desgracias se ha de buscar siempre uno á quien hacer responsable, Campoverde fué señalado como el causante de tan tremenda pérdida con lo que perdió su antigua popularidad.

Convocó este general un Consejo para acordar las medidas que debían tomarse, y resolvieron sus individuos evacuar Cataluña, decisión absurda, pues aun quedaban en el Principado puntos importantes que podían servir de centro de operaciones.

La noticia de este acuerdo produjo gran deserción en el ejército, pues siendo la mayor parte de los soldados catalanes, y no gustándoles la reglamentación de los cuerpos regulares, parecióles la ocasión propicia para marcharse á los somatenes y guerrillas que emprendían operaciones más en conformidad con su carácter y que además nunca abandonaban el territorio del Principado.

Suchet después de gozar su triunfo dirigióse en seguimiento del ejército de Campoverde, cometiendo en el camino las mayores tropelías; pero al ver que los españoles se internaban demasiado, volvióse á Tarragona para dejarla más asegurada. Entonces Campoverde dirigióse á la costa, y en Arenys de Mar despachó á la división valenciana con destino á su punto de partida, que es lo que desde la pérdida de Tarragona venía solicitando,

El 9 de Julio, Campoverde hizo entrega del mando al general D. Luis Lacy con quien se encontró en Vich, y que iba enviado por la Regencia para reemplazarle.

La primera operación de Lacy, fué retirarse á Solsona con la Junta provincial que durante el sitio de Tarragona había permanecido en Montserrat, y al amparo de las fortalezas de Cardona y de Seo de Urgel dedicarse á la reorganización del ejército que no podía hallarse en peor estado.

Para llevar á cabo tal reforma comenzó por despedir un regular excedente de oficiales, y unos quinientos soldados de caballería que estaban desmontados y que puso bajo las órdenes del brigadier D. Gervasio Gasca, valiente militar, el cual efectuó una sorprendente marcha digna de ser relatada. Faldeando los Pirineos, salvando grandes torrentes y perseguidos continuamente por las guarniciones francesas del tránsito, fueron los expedicionarios hasta Navarra donde se juntaron con Mina, quien les dió guías para que cruzaran el Ebro por vados desconocidos, y desde allí emprendieron la marcha para Valencia, á cuyo ejército se incorporaron sin haber sufrido gran pérdida en el número. Ciento ochenta y seis leguas siempre por país enemigo, anduvo la expedición, sin que los franceses lograran desbaratarla en los muchos combates que con ella entablaron.

Entretanto Suchet, después de demoler las obras exteriores de Tarragona, se dirigió á la célebre montaña de Montserrat, donde aun ondeaba la bandera patriótica, proponiéndose después de tomarla el marchar contra Valencia.

Conocida es ya la fragosidad de la citada montaña, que es una de las curiosidades más notables que la naturaleza ofrece en España, y por lo tanto bastará el que digamos que los españoles, tanto por su posición á siete leguas de Barcelona y sobre las carreteras de Zaragoza y Madrid, como por lo abrupto y angosto de todos los caminos que dan acceso á sus cumbres, la habían empleado desde el principio

de la guerra como lugar de depósito y centro de operaciones, asegurando más su posesión con cortaduras y otras obras de defensa.

Al ser tomada Tarragona por los franceses, y tener que retirarse el ejército y la Junta al norte de Cataluña, quedó encargado de la defensa de Montserrat el barón de Eroles con unos tres mil hombres, en su mayor parte pertenecientes á los somatenes.

Suchet presentóse ante aquella posición el 25 de Julio, llevando además de sus tropas, nuevas fuerzas mandadas por el general Abbé y por Mathieu, gobernador de Barcelona.

Los españoles defendieron bizarramente todos los caminos de la montaña, pero algunos tiradores enemigos que por ser de la Navarra francesa estaban habituados á la guerra en los montes, se deslizaron por las quiebras de las alturas, y comenzaron á hostilizar á los nuestros por la espalda con un certero fuego. A pesar de esto no se rindieron los bravos defensores y uno por uno fueron muriendo al pié de sus cañones.

En la defensa del monasterio que está situado en una esplanada á la mitad del declive de la montaña, repitióse la misma escena. Cuando el grueso de las fuerzas francesas llegó al convento, ya hostilizaban á los españoles desde las alturas los tiradores enemigos y aun algunos se habían introducido dentro del edificio; pero á pesar de esto los nuestros lucharon con tanto denuedo, que las primeras columnas fueron rechazadas, siendo necesario para que vencieran, recibir el auxilio de las tropas de Abbé.

Después de haberse enseñoreado Suchet de Montserrat, dejó para su guarda al general italiano Palombini con numerosas fuerzas y se alejó de aquel lugar en busca de nuevos triunfos, é indeciso entre marchar seguidamente contra Valencia ó auxiliar á Macdonald en el asedio del castillo de Figueras.

No necesitó su compañero de tal auxilio. pues la fortaleza inexpugnable estaba ya entonces próxima á rendirse, no por los ataques de los enemigos, sino por las crueldades del hambre. Era gobernador del castillo el brigadier Martínez, quien contestó enérgicamente á cuantos halagos y seducciones intentaron hacerle los franceses para que accediera á la capitulación; pero la falta de víveres fué debilitando pausadamente la entereza de los defensores.

Agobiados por la escasez de alimento, mataron todos los caballos para sustentarse, y cuando este recurso se agotó, apelaron á los animales inmundos; pero pronto ni de éstos pudieron disponer, y se vieron precisados á entregar la fortaleza. Quiso antes Martínez y los suyos abrirse paso á viva fuerza; pero los sitiadores formaban una triple y espesa línea, y tuvieron que desistir, resignándose por fin á rendirse, como así lo efectuaron el 19 de Agosto. Dos mil hombres quedaron

prisioneros de guerra en aquella capitulación.

Contra lo que esperaban los franceses, no abatieron estas sensibles pérdidas el entusiasmo de los catalanes.

El intrépido Lacy de cuyo valor ya hemos hablado en varias ocasiones, era un caudillo á propósito para una lucha tan desigual como aquella, y su actividad durante el descanso era tan grande como su arrojo en la pelea. Organizó batallones, hizo continuos llamamientos á sus paisanos los catalanes, para que acudieran á las armas, y se metió en la Cerdeña francesa, donde derrotó una brigada enemiga, cobró contribuciones y esparció la más tremenda alarma entre los súbditos del poderoso emperador.

Los somatenes comenzaban á pulular por todo el Principado, más numerosos aun que durante el primer entusiasmo que se produjo al comenzar la guerra; no pudo andar por el territorio catalán un solo oficial francés sin ir acompañado de inmensa escolta; y el invasor volvió á considerar cada peña y cada árbol como abrigo de un trabuco español que le esperaba para enviarle la muerte.

Lacy exclamaba así en unas de sus concisas proclamas que enardecían á aquellos valientes catalanes: «¿No hemos jurado ser libres ó envolvernos en las ruinas de nuestra patria? Pues á cumplirlo.»

Suchet como todos los generales franceses, desconocía el verdadero carácter de nuestro pueblo; así es, que creyendo ya sojuzgada toda Cataluña con la conquista que había llevado á cabo, se dirigió á Valencia, deseoso de engrandecer el catálogo de sus victorias.

Al mismo tiempo que el mariscal emprendía esta operación, el gobierno español fijábase también en Valencia como punto á propósito para batir á los enemigos, y enviaba á dicho reino una expedición á cuyo frente iba el regente Blake, deseoso de hacer la guerra completamente solo y sin estar sujeto á la orgullosa superioridad de Wellington.

Formaban dicha expedición, además de las tropas que Blake había llevado al condado de Niebla, los cuerpos de ejército segundo y tercero y las guerrillas á ellos agregadas.

El 31 de Julio desembarcó la expedición en Almería, y desde allí subió hasta la Venta del Baul, donde estaba posesionado Freire, siguiendo adelante con dirección á Valencia.

Soult así que supo el desembarco de Blake en Almería y su marcha hacia donde estaba Freire, temió por la seguridad de Granada, y dirigióse en auxilio del general Godinot, que era quien la gobernaba desde la partida de Sebastiani.

Ordenó Soult á Godinot que en la noche del 6 al 7 de Agosto cayera sobre la derecha de Freire, consistente en la división de Cuadra acampada en Corohalcon, y á Leval le mandó que fuera contra el centro ó sea la Venta

del Baul á donde él también concurriría.

Supo Freire á tiempo los propósitos del enemigo, pero no se movió de sus ventajosas posiciones y limitóse únicamente á reforzar su derecha con la división de Zayas y la caballería, fuerzas á cuyo frente, por ausencia momentánea de este bravo general que acababa de cubrirse de gloria en la Albuera, se puso D. José Odonell.

Marchando éste hacia el punto donde iba destinado, supo que Cuadra acababa de cejar en su posición y él, en vez de replegarse y dar cuenta de lo ocurrido á Freire, aguardó á los enemigos en unas alturas situadas á la derecha del Barbate, ascendiendo su fuerza á unos cinco mil hombres.

Al entablar Godinot el combate con las tropas de Odonell, valióse de la artillería, arma de que carecía su contrario, y no le fué difícil derrotarlo, pero tan completamente, que le hizo mil prisioneros y que dejara sobre el campo más de quinientos hombres entre muertos y heridos. Aquella valiente división, que tanto se había distinguido en la Albuera, fué tan oscuramente sacrificada por un general audaz é inepto.

Atacado al mismo tiempo Freire en sus posiciones del Baul, resistía valientemente á los franceses y no les dejaba avanzar un paso; pero supo en esto la derrota sufrida por Odonell y para no quedar envuelto por un flanco levantó de noche el campo cautelosamente y tomando el camino de Murcia no se detuvo hasta Caravaca, donde se le unió la división de Cuadra.

Los españoles en esta retirada sufrieron mucho, tanto por la escasez de víveres como por la persecución del enemigo que les seguía desde muy cerca; mas por fortuna los franceses tuvieron que detenerse y retroceder ante las noticias nada agradables que llegaron de Extremadura y la aparición de Ballesteros en la serranía de Ronda.

Por los anteriores sucesos, Freire fué depuesto, reemplazado por Mahy el general de Galicia, y sometido á un Consejo de generales que examinaron su conducta y al fin lo absolvieron, como también á Cuadra y Odonell que eran los verdaderos culpables de lo ocurrido.

Entretanto Blake llegó á Valencia, que militarmente considerada no podía estar en peor estado. Era su capitán general el marqués de Palacio, aquel fanático, casi idiota, que tal escándalo había producido en las Cortes al jurar como regente sustituto y que como militar y como hombre no sabía hacer cosa alguna sin consultarla antes á los teólogos.

Al tal general, apenas tomó posesión del mando, parecióle muy mundano y vulgar el confiar la defensa de las ciudades á los cañones y las bayonetas, y aconsejado sin duda por sus amigos los frailes, fortificó Valencia verificando una procesión todos los días, é hizo sus murallas inexpugna-

bles con solo pasear por sus alrededores la Virgen de los Desamparados, muy venerada por el vecindario.

Pero Blake, que en su interior era un gran impío, pues no creía en lo de «fíate de la Vírgen y no corras,» se dedicó á efectuar en poco tiempo lo que el marqués de Palacio no había pensado hacer. Avitualló y fortificó algunos puntos, ejercitó militarmente á los patriotas, reforzó los debilitados regimientos y no pudo hacer ya más porque Suchet cayó sobre la región valenciana antes de lo que todos esperaban.

Instigado continuamente por las órdenes del emperador, el mariscal se dió la mayor prisa en dejar aseguradas sus espaldas y marchar sobre Valencia, advirtiendo antes á los ejércitos franceses de las cercanas provincias que cooperaran á sus planes.

Veintidos mil hombres llevaba Suchet formados en tres cuerpos que marchando por diferentes caminos fueron á reunirse á Villareal.

Suchet empezó la campaña dirigiendo sus ataques sobre la población de Murviedro ó Sagunto, que se levanta sobre el mismo terreno donde estuvo asentada la célebre ciudad de la antigüedad que tal muestra de sublime heroismo dió al mundo.

No tiene Sagunto otra defensa que el antiguo castillo que se eleva sobre la montaña en que ella se apoya, y el cual es poco útil por su misma magnitud, pues tiene una milla de largo y más que fortaleza es un campo atrincherado. Poco tiempo antes de la llegada de Suchet habíase pensado hacer en él reformas, pero la rápida aparición del enemigo no dió lugar á ello.

De la defensa de la plaza estaba encargado el coronel de Estado mayor don Luis Andriani, militar valiente y gran patriota, que influenciado por los recuerdos históricos de aquella población, estaba dispuesto á morir defendiéndola como los antiguos saguntinos.

La guarnición componíase de mil novecientos hombres, en su mayor parte reclutas que por primera vez cogían un fusil, y de las diez y siete piezas de artillería con que contaba, sólo tres llegaban á ser del calibre doce.

Con tales medios no podía dar grandes resultados la defensa de Sagunto, pero á pesar de esto Andriani tomó cuantas disposiciones pudo para hacer una larga resistencia y dividió el extenso castillo en cuatro secciones ó plazas que tomaron los nombres de Dos de Mayo, San Pedro, la Ermita y el Palomar.

Tan débil é insignificante consideraba Suchet dicha fortificación, que así que la tuvo cercada, sin hacer otro preparativo de asedio, la mandó escalar el día 28 de Setiembre á las dos de la madrugada por algunos boquetes existentes en la plaza de San Pedro, la del Dos de Mayo y el baluarte de los Estudiantes.

Los defensores apercibiéronse de la

sorpresa que intentaban los franceses, y en la oscuridad de la noche entablóse una lucha tenaz en la que apenas si se hizo uso de las armas de fuego riñendo españoles y franceses cuerpo á cuerpo. Fué tal el valor de los nuestros, que los asaltantes huyeron al fin, y entonces entre aquellos reclutas que guardaban el castillo hubo muchos que se descolgaron por las mismas cuerdas y escaleras que habían traído los franceses y á bayonetazos fueron acosando á estos monte abajo.

Muchos cadáveres, setenta escalas y doscientos fusiles fueron los despojos que quedaron sobre el lugar del combate en testimonio de la derrota de los franceses.

Aquel descalabro produjo á Suchet más coraje que la pérdida de una batalla, pues no podía comprender tal resistencia en unos soldados bisoños y una fortaleza que sólo tenía de tal el nombre. Deseoso de vengar la derrota el mariscal, apenas hubo alejado á los generales Obispo y Odonell que se le acercaron con algunas fuerzas y tuvo conquistados el castillo de Oropesa y la torre del Rey que hasta entonces impedían su comunicación con Cataluña por la parte de la costa, dispuso serias obras de ataque contra el castillo de Sagunto.

A ciento cincuenta toesas de la plaza del Dos de Mayo, levantaron los franceses una batería de brecha que el 17 de Octubre rompió el fuego arrojando en solo aquel día quinientas balas rasas y setecientos proyectiles huecos, que desmontaron la mayor parte de nuestras piezas y abrieron en el muro un boquete practicable.

En las últimas horas de la tarde, los franceses dispusiéronse al asalto y el intrépido gobernador Andriani, poseído de fogoso entusiasmo, arengó á sus soldados recordándoles el heroismo de los antiguos saguntinos sobre cuyas tumbas iban ellos á combatir.

Ocho compañías de granaderos del Vístula, tropa la más escogida, formaron la primera columna de asalto siendo apoyadas por dos mil hombres y numerosa artillería.

Bajo un nutrido fuego que causaba muchos claros en sus filas, llegaron los franceses al pié de la brecha, pero no pudieron pasar de allí, pues cuantos lograron poner el pié en su cima perecieron inmediatamente. Aquellos soldados escogidos del ejército francés se batían como fieras, pero los defensores no desmerecían en valor, y tanta era su tenacidad en guardar la brecha que al fin los asaltantes tuvieron que retirarse después de haber perdido quinientos hombres.

Más enfurecido aún Suchet en vista de tal resistencia, aumentó en la batería de batir brecha el número de piezas hasta veintidos, y tal fuego rompieron éstas al día siguiente, que á las pocas horas el boquete quedó muy dilatado y hicieron en los muros dos aberturas más.

Los sitiadores llegaron á colocar sus baterías á tres toesas del castillo, y la situación de los defensores de

menzó á ser de todo punto insos-
. pues estaban imposibilitados
onerse de las pérdidas sufridas,
rar los viejos muros que venían
. cada disparo.
ntó Blake ir en socorro de los
unto, pero su expedición no
ito. Con un ejército de veinti-
nil hombres, en su mayor parte
ates de los más rudimenta-
nocimientos que debe poseer
dado, marchó contra Suchet
propósito de presentarle la ba-

bió el general francés con al-
traso la noticia de que mar-
Blake contra él, y en la impo-
d de levantar el sitio, pues de
corría el peligro de perder la
ía, determinó esperarle en el
comprendido entre el mar y
ras que ocupan el monasterio
cti-Spiritus, en cuya posición
aron las divisiones de Habert
spe.
5 á las ocho de la mañana co-
la batalla. Desde el primer
to las columnas españolas lle-
gran ventaja sobre las francesas
eron retroceder á estas arro-
s de sus posiciones. Los nues-
oderáronse de una altura en la
ontamente se estableció una ba-
ue con sus fuegos iba á decidir
ria; pero Suchet, que conocía la
ncia de aquella posición, lanzó
ella numerosas columnas que
lo á la bayoneta una y otra vez
an tenacidad, lograron al fin arrojar de ella á los regimientos españoles aunque sin desordenarlos.

Continuó entonces el combate en la llanura y los nuestros resistieron con serena firmeza las cargas de la caballería enemiga hasta que la pérdida de los generales Caro y Loy que cayeron heridos y prisioneros, introdujo el desaliento y el desorden en las filas españolas. Al mismo tiempo cargaron los enemigos con gran furia y deshicieron el ya quebrantado centro, mientras que la izquierda sufría igual suerte por un descuido de Miranda. Sólo el valiente Zayas que mandaba la derecha, se sostuvo firme sobre el campo, hasta que viendo desbandado el resto del ejército y en peligro su división de ser envuelta y hecha prisionera, fué retirándose en orden y sosteniendo los ataques que le dirigía todo el ejército enemigo concentrado sobre él.

Retiróse el derrotado ejército á las orillas del Turia y allí notó la pérdida de cinco mil hombres de los cuales sólo novecientos habían quedado muertos ó heridos, estando los restantes prisioneros ó dispersos.

Todos atribuyeron justamente la pérdida de la batalla á la irresolución de Blake, que sobre el campo de combate no supo poner en práctica el plan que llevaba concebido.

Después de un desastre tan considerable que desvanecía la última esperanza de socorro, era forzosa la rendición del castillo de Sagunto. Suchet que estaba admirado del valor de aque-

llos soldados que tan tenazmente guardaban una fortaleza indefendible, autorizó á su gobernador para que enviara un oficial al campo de batalla y se enterara del resultado del combate tan desfavorable á los españoles.

Volvió el comisionado y entonces el esforzado Andriani en vista de lo ocurrido, del estado del castillo contra el cual seguían las hostilidades, de la falta absoluta de víveres en que estaba la guarnición y de lo fatigada que ésta se encontraba por carecer de relevo y verse obligada noche y día á permanecer sobre los muros, determinó [illegible]

[illegible]

rra y el mal éxito de la ex[illegible] que algún tiempo después co[illegible] en persona, se limitó á exte[illegible] tropas por la izquierda d[illegible] mientras llegaban los refue[illegible] creía necesarios para batir [illegible]ción que, aunque no tenía ventaja militar, albergaba [illegible] mero de tropas y un vecindario [illegible]siasta.

En tanto que ocurría en [illegible] Valencia todo lo anteriormente [illegible] en Cataluña iba [illegible] la resistencia merced [illegible] y á sus acertadas [illegible]

[illegible]

bre la frontera, de acuerdo con el gobernador de la Seo de Urgel, y después de batir una columna napoleónica en Puigcerdá, entró en Francia por el valle de Querol y derrotó la guarnición de Marens, quemó el pueblo en venganza del incendio de Manresa, é impuso fuertes contribuciones de guerra á otros poblados cercanos, retirándose luego tranquilamente á España.

En esto, Macdonald, que sin duda había caído en desgracia con el emperador, y que al mismo tiempo estaba aburrido de aquella guerra interminable, fué reemplazado por el general Decaen, de quien esperaba Napoleón que haría grandes hazañas para alcanzar la categoría de mariscal.

La primera operación de Decaen fué conducir en Diciembre un convoy á Barcelona, sin que pudieran impedírselo los españoles, pero al volver hacia Vich lo esperaron éstos en las alturas de la Garriga, y allí fueron los franceses batidos por completo, teniendo que retirarse desordenados y perseguidos á Granollers.

Estas operaciones de Lacy, que eran todo lo extensas que permitían el número y calidad de sus tropas, fueron de alguna utilidad para Valencia; pero aun resultaron más favorables las del reino de Aragón. Campeaban en esta parte los esforzados guerrilleros el Empecinado y Durán, los cuales cumpliendo las instrucciones de Blake, juntáronse en Ateca el 24 de Setiembre y determinaron llamar la atención de Suchet atacando Calatayud.

Los bravos guerrilleros con un rápido y furioso ataque desalojaron á los franceses de los castillos existentes en la altura que domina á Calatayud, y los obligaron á encerrarse en el fortificado convento de la Merced. Una columna que de Zaragoza fué en auxilio de éstos quedó derrotada por los españoles, y al fin la guarnición tuvo que rendirse permaneciendo prisioneros los soldados, y dejando á los oficiales que se retiraran libres á Francia, si bien empeñando su palabra de honor de no volver jamás contra España.

Enojóse el general Musnier, gobernador de Zaragoza, al ver que dos guerrilleros sin auxilio de fuerzas regulares habían realizado tal conquista, y después de reunir cuantas tropas tenía en las orillas del Ebro y de pedir socorro á Navarra, el 6 de Octubre llegó á la vista de Calatayud, gozoso porque valido de la superioridad de sus fuerzas iba á destruir las temidas guerrillas. Pero llegó demasiado tarde, pues ya se habían alejado los españoles llevándose los prisioneros, pero así que Musnier se retiró, volvieron otra vez los guerrilleros á posesionarse de Calatayud.

Musnier recogió en Zaragoza un refuerzo de diez mil hombres que le enviaba Suchet, mandado por Severoli, y con tal fuerza retornó á Calatayud de donde por segunda vez se alejaron los guerrilleros por caminos

distintos, según era su táctica para evitar la persecución.

Por entonces pasó también Mina á Aragón á hostilizar á los franceses. Estaba este intrépido guerrillero sitiando á Ayerbe cuando fué atacado por una columna francesa muy superior á sus fuerzas. A pesar de esto, el caudillo navarro, después de levantar el cerco, la esperó á pié firme, y en vista de que los enemigos no querían iniciar el ataque, los suyos se arrojaron sobre ellos, á la bayoneta, con tal ímpetu, que inmediatamente se declararon en retirada y tuvieron que formar el cuadro varias veces para librarse de las cargas de la poca caballería que llevaba Mina.

Perseguidos sin descanso los franceses, tuvieron al fin que rendirse en Plasencia del Gallego, salvándose únicamente tres de caballería que á todo escape pudieron meterse en Huesca. Causó tal terror en la guarnición de esta ciudad la presencia de Mina, que inmediatamente dejó abandonada la plaza.

No se detuvo el guerrillero mucho tiempo en Huesca, y se apresuró á volver á su patria una vez que había cumplido su plan de llamar la atención de las fuerzas francesas de Navarra hacia Aragón.

Hizo Musnier toda clase de esfuerzos para salvar los prisioneros que se llevaba Mina; pero éste burló todos sus movimientos y atravesó Aragón, Navarra y Guipúzcoa, siempre á la vista de columnas y guarniciones francesas, no parando hasta Motrico, donde dejó embarcados á aquéllos en una fragata inglesa.

Después de la partida de Mina, todavía siguieron en Aragón haciendo importantes correrías y hostilizando grandemente á los franceses el Empecinado, Durán, Amor y otros valientes guerrilleros. Estas operaciones produjeron á la causa patriótica la inmensa ventaja de que entreteniendo á la división Severoli en las orillas del Ebro, no la permitieran ir á reunirse con Suchet que la esperaba ansiosamente para emprender inmediatamente el sitio de Valencia.

No podía este mariscal recibir tampoco socorros de Andalucía por el estado en que se hallaba la guerra en esta región.

La presencia de Ballesteros en la serranía de Ronda y la derrota que hizo sufrir al general Rignoux, alarmó en gran manera á Soult que despachó varias columnas para que persiguieran sin tregua á aquella expedición.

No pudiendo Ballesteros luchar con fuerzas tan superiores, púsose al amparo de Gibraltar, y entonces los franceses para sacarle indirectamente de tal abrigo y comprometerlo á una batalla campal, fueron á poner sitio á Tarifa.

Esta plaza tan célebre en la historia por la entereza de su gobernador Guzmán el Bueno, no era en los instantes que la sitiaron los franceses una población capaz de gran defensa. Sus muros antiguos y carco-



midos no podían resistir á los cañones franceses, más á pesar de esto los dos mil quinientos soldados que la guarnecían dispusiéronse á luchar hasta morir con fuerzas tan superiores como las que sobre ellos venían.

El general Copons fué el encargado de organizar la defensa y en ello le ayudó el coronel inglés Skerret.

Las calles fueron cortadas, se levantaron en ellas trincheras, abriéronse troneras en las casas y se hicieron todos los preparativos propios de una población que piensa resistir mientras le quede fuerza para ello.

El 19 de Diciembre presentáronse los franceses á la vista de Tarifa y el 29 rompieron el fuego contra los muros con nueve piezas de artillería que abrieron ancha brecha junto á la puerta del Retiro.

A las nueve de la mañana del día 31 dieron los sitiados el asalto con veintitres compañías que eran apoyadas por el resto de las fuerzas.

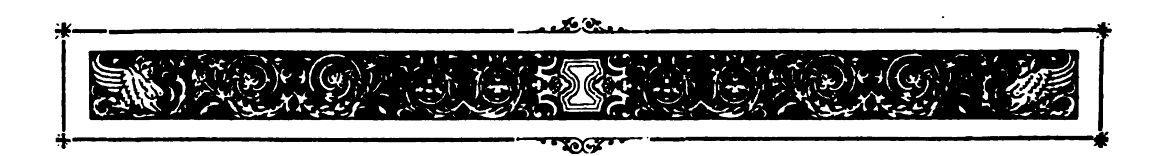
Rechazaron los sitiados con sereno valor el furioso asalto de los franceses y los hicieron retroceder con grandes pérdidas.

Un fuerte temporal de lluvias estalló aquel mismo día, y de tal modo encenagó las líneas de sitio de los franceses, que Leval que los mandaba viendo imposible la continuación de las operaciones, dió orden de retirarse camino de Veger. En dicha expedición perdieron los invasores más de dos mil quinientos hombres, con toda la artillería y gran parte de los equipajes.

No puede negarse que en todas las provincias las tropas nacionales hicieron esfuerzos para evitar que fueran más fuerzas francesas á ayudar á Suchet en la conquista de Valencia.

Pero á pesar de tal actividad no se consiguió más que retardar el triste suceso y al fin la única provincia de que los franceses no habían logrado apoderarse todavía, cayó por completo en poder del enemigo.

Bien es verdad que poco tiempo pudo gozar Suchet y los suyos de la conquista de la hermosa Valencia, operación que no tardaremos en relatar unida á otras de la guerra.



CAPITULO XX

1811-1812

La guerra en Extremadura.—Wellington sobre Ciudad-Rodrigo.—Le ataca Marmont.—Retírase Wellington á Portugal y vuelve inmediatamente sobre Ciudad-Rodrigo.—Notable sorpresa de Arroyomolinos.—Asalto de Ciudad-Rodrigo.—Se apodera de ella Wellington.—Satisfacción de las Cortes y el Parlamento inglés.—Honores concedidos á Wellington.—Mal estado del ejército de Galicia.—Absurdas reformas que en él hace Abadía.—Invaden nuevamente los franceses Asturias.—Situación de Valencia.—Inacción de las autoridades españolas.—Ataca Suchet nuestra línea.—Queda cortada ésta é imposibilitado de volver á Valencia una parte del ejército.—Estado en que habían puesto al vecindario de Valencia los gobernantes españoles.—Intenta Blake salir con su ejército de Valencia.—Amotínase el vecindario.—Bombardeo de la ciudad.—Capitula Blake.—Abusos y tropelías del vencedor.—Muerte heróica de D. Martín de la Carrera en Murcia.—Los guerrilleros.—Hazañas de Porlier.—Correrías del Empecinado.—Mina en Navarra.—Importante sorpresa de un convoy en Arlabán.—Asechanzas de los franceses contra Mina.—Bárbaro decreto de Bessieres.—Fusilamiento de españoles.—Fiera contestación de Mina.—Situación del rey José.—Sus amarguras.—Cartas á Napoleón.—Intenta un arreglo con las Cortes de Cádiz.—No alcanza resultado.

Después del brillante éxito que las armas aliadas alcanzaron en la Albuera, proponíase Wellington rendir por hambre á Ciudad-Rodrigo, que estaba bastante escasa de provisiones, para lo cual establecióse en Fuenteguinaldo, formando una línea que desde dicho punto se extendía por Rodón, Espeja y el Carpio hasta el Azaba inferior. No contaba para esta empresa con más fuerzas importantes que el ejército inglés, pues del español sólo tenía á sus órdenes los guerrilleros de D. Julián Sánchez y la pequeña columna de D. Carlos España.

Así que vió Marmont la posición que tomaba su enemigo, se propuso el

batirle, para lo cual el 13 de Setiembre salió de Plasencia, poniéndose antes de acuerdo con Suham y Dorsenne y dejando tomadas á su espalda grandes precauciones para el caso de retirada.

Con sesenta mil hombres y mucha artillería atacó el francés el 25 las posiciones de Wellington.

En la parte inferior del Azava, que ocupaba la división de Graham, los franceses lograron al principio un pequeño triunfo, pues desalojaron de sus posiciones á las tropas británicas; pero éstas resolviéronse y recobraron lo perdido después de un tenaz combate.

El grueso del ejército francés cayó sobre los ingleses posicionados en las alturas, entre Fuenteguinaldo y Pastores. Resistieron éstos el ataque con gran serenidad; pero como Wellington no podía socorrerles en la posición en que estaban, les mandó retirar, lo que efectuaron formando cuadros que no logró romper la caballería francesa.

Llevó en retirada Wellington á su ejército en busca de más favorables posiciones hasta Alfayates, pueblo ya de Portugal, donde sostuvo varios choques con la vanguardia francesa; pero Marmont, que había conseguido su objeto de librar á Ciudad-Rodrigo del asedio, no quiso empeñarse en una batalla de dudoso resultado y se retiró á Plasencia, marchando los generales de división á sus acantonamientos respectivos.

Al verse Wellington libre de enemigos volvió otra vez sobre Ciudad-Rodrigo y estableció su cuartel general en Frejenada, dedicándose á reunir los medios necesarios para formalizar el sitio de aquella población.

Por entonces sufrieron los franceses un gran descalabro al que contribuyeron nuestras tropas.

El general francés Girard, deseoso de privar á los ingleses de recursos, habíase extendido desde Cáceres hasta las Brozas con una división de cinco mil hombres. Pensó Castaños en destruir aquella fuerza, y consultando antes con Wellington, púsose de acuerdo para efectuar un movimiento combinado con el general Hill que tenía su división acampada en Alem-Tejo.

El 24 de Octubre juntáronse en Aliseda los catorce mil hombres que mandaba Hill y los cinco mil que dirigía Siron, el segundo de Castaños.

Supieron estas fuerzas marchar con tan cautelosa presteza, que en la madrugada del 28 llegaron sin ser notadas á una ondanada cerca de Arroyomolinos donde se encontraba la división de Girard.

La niebla espesa de aquel día favoreció la operación, y cuando á las ocho de la mañana las tropas francesas saliendo del pueblo emprendieron la marcha, viéronse envueltas repentinamente sin que la sorpresa dejara al jefe enemigo tomar disposición alguna.

Acometidos por todas partes los franceses sólo pensaron en huir y produ-

jose en sus filas la más espantosa confusión. Unicamente lograron salvarse Girard con un exiguo grupo y la pequeña brigada que iba de vanguardia muy avanzada y no supo lo ocurrido hasta llegar á Mérida, quedando el resto de la división dispersa ó prisionera. Más de cuatrocientos franceses quedaron tendidos en el campo y el número de prisioneros pasó de mil quinientos, figurando entre éstos el general Brun, el duque de Aremberg y muchos oficiales de gran graduación. El general Daubrousi fué muerto en la pequeña refriega que se originó al iniciarse la sorpresa y los aliados recogieron como testimonio de su victoria dos banderas, más de tres mil fusiles y todo el bagaje de la división.

Tal pavor causó la noticia de este suceso en la guarnición de Badajoz, que durante dos días tuvo las puertas de la ciudad cerradas temerosa de que los vencedores aliados vinieran á ponerla sitio.

Estos no pensando en sacar más frutos de su triunfo, volvieron á sus acantonamientos; pero esto sirvió de mucho á Wellington para la reconquista de Ciudad-Rodrigo.

Así que el caudillo inglés hubo reunido en Frejenada y Almeida los materiales necesarios para emprender el sitio, llamó la división de Hill y las columnas de D. Julián Sánchez y don Carlos España, y el 8 de Enero de 1812 se presentó á la vista de Ciudad-Rodrigo.

Las defensas de esta plaza estaban en mejor estado que cuando la poseían los españoles, pues los ingenieros enemigos extremáronse en su reparación y habían fortificado el convento de Santa Cruz en las afueras y construido un reducto sobre el cerro de San Francisco que llevaba el nombre de Renaud, gobernador de Ciudad-Rodrigo, que poco tiempo antes había hecho caer prisionero D. Julián Sánchez con una de sus hábiles estratagemas.

Componíase la guarnición de la plaza de dos mil hombres y á pesar de que todos ellos estaban dispuestos á hacer los mayores esfuerzos en la defensa, costó muy poco tiempo á los ingleses el apoderarse de Ciudad-Rodrigo.

En la misma noche del día 8 los sitiadores se apoderaron del reducto Renaud y establecieron en él tres grandes baterías que hostilizaron sin tregua á la plaza. El 13 Graham se hizo dueño del convento de Santa Cruz y los cañones maniobraron tan acertadamente contra los muros, que en éstos quedaron abiertas el 19 dos grandes brechas.

No pensaba Wellington todavía en dar el asalto, pero recibió noticias de la aproximación de Marmont y al mismo tiempo del peligro en que estaba Valencia, y esto le decidió á acelerar dicha operación hasta el punto de efectuarla en la misma noche del 19.

Cinco columnas asaltaron las dos brechas y aunque los franceses se defendieron bravamente, la infantería

británica sólo tardó media hora en apoderarse de la ciudad, aunque tan completo triunfo costó la pérdida de mil trescientos hombres y la muerte de los valientes generales Crawfurd y Mackinson.

Las Cortes recibieron tal satisfacción con esta conquista, que después de dar solemnemente las gracias al ejército inglés premiaron á Wellington con el título de duque de Ciudad-Rodrigo, y en cuanto al parlamento inglés concedió varios honores á sus tropas y ordenó se erigiera un monumento á la memoria del infortunado Crawfurd.

Esperábase que á esta importante conquista hubiera concurrido el ejército español de Galicia; pero éste estaba mal dirigido desde que Santolcides había sido separado del mando por diferencias con Castaños y reemplazado por el general Abadía que gozaba de alguna fama de organizador, no siendo en realidad más que un severo ordenancista.

Sin que las circunstancias lo exigieran, ni fuera de ninguna necesidad, empeñóse Abadía en reorganizar su ejército y para ello nada le pareció más propio que hacer puramente á capricho las más injustificadas traslaciones.

No dejó ni un solo regimiento sobre su antigua planta y no sólo los jefes oficiales, sino hasta los sargentos y los cabos fué pasándolos de unos cuerpos á otros, con cuya reforma perdióse el espíritu de compañerismo y presentaron nuestras tropas el conjunto más abigarrado en punto á uniformes.

Después de realizada esta reforma y muy satisfecho de ella, como si acabara de salvar la patria, marchóse Abadía á la Coruña para descansar y dejó al frente del ejército al marqués de Portago, tan buen soldado como inhábil general.

Los franceses aprovecháronse de este desorden introducido por el organizador Abadía en nuestro ejército, para realizar nuevamente la invasión de Asturias.

El general Bounet con doce mil hombres que dividió en dos cuerpos, uno de los cuales mandaba él y el otro el coronel Gautier, emprendió esta operación, sin encontrar gran resistencia en los puertos de la Ventana y de Pajares que tenían fortificados los españoles.

El general Losada, que mandaba en Asturias, conoció que el enemigo deseaba cortarle la comunicación con Galicia y para burlar este propósito no opuso más que una corta resistencia en el puente de los Fierros, verificando inmediatamente su retirada á las orillas del Narcea, mientras los franceses entraban en Oviedo.

Mientras que con tan diverso éxito continuaba la guerra en Extremadura y las provincias septentrionales, tocaba ya á su desenlace la campaña en Valencia, tan desfavorable para nuestras armas después de la batalla perdida por Blake y la rendición del castillo de Sagunto.

El ejército francés, mandado por Suchet, mientras llegaban los refuerzos pedidos á Aragón, fortificaba las líneas desde el Grao ó sea desde la orilla del mar hasta el pueblo de Paterna.

Los defensores de la ciudad aprovechaban en tanto este período de calma para construir algunas fortificaciones, sino muy útiles, al menos de algún resguardo para Valencia. La más principal de éstas fué la construcción de un extenso terraplén resguardado con fosos y flancos que partiendo del baluarte de Santa Catalina, iba siguiendo la ribera derecha del Turia por Monte Olivete y terminaba cerca del mar con una gran cortadura.

Pero á los defensores faltóles el realizar otras obras importántes, como era fortificar los edificios principales é inundar la huerta con las aguas de la espesa red de acequias que la cruzan.

Durante mes y medio que duró la inacción de los franceses, redujéronse á esto los trabajos de los españoles, descuidando Blake, que siempre se mostraba más militar que patriota, el fomentar la organización de guerrillas y armar el pueblo contra los invasores.

En ninguna ocasión como aquella demostró Blake aquella tendencia puramente militar y profesional, que era la principal causa de todos sus descalabros. Las circunstancias no permitían á dicho general otra conducta que defenderse dentro de Valencia; pero su caída hubiera tardado más y se hubiera revestido de mayor gloria á valerse del entusiasmo popular y fomentar guerrillas, que atacando por la espalda á Suchet, le hubiera impedido por algún tiempo el recibir refuerzos.

El 25 de Diciembre recibió Suchet un auxilio de catorce mil hombres, y con esto, su ejército se elevó á la respetable cifra de treinta y cuatro mil combatientes, apoyados por un gran tren de artillería.

El mismo día Suchet echó tres puentes sobre el Turia, y á la mañana siguiente atacó nuestro ejército.

La línea de defensa que formaban nuestras tropas, fué quebrantada por diversas partes. Mandaba la extrema izquierda el bravo D. Martín de la Carrera, que rechazó al principio las fuerzas de Arispe; pero auxiliado éste con mayor número de tropas, hizo cejar al jefe español, y cortándole la retirada á la ciudad, obligóle á marchar camino de Alcira.

Mahy ocupaba el pueblo de Manires, pero á los primeros ataques de la división Musnier, fué perdiendo terreno, no imitando en esto al intrépido Zayas, que se defendió tenazmente en Mislata contra Palombini y que hubiera restablecido el orden de la batalla en favor nuestro á ser auxiliado convenientemente.

Con este ataque quedó dividido en dos mitades el ejército español, la una compuesta de las tropas de Mahy, Carrera, Villacampa y Obispo, y la

otra de las de Blake, Zayas, Lardizábal y Miranda.

Estos dos trozos de nuestro ejército quedaron cortados por los franceses y sin ninguna comunicación, viéndose obligado Mahy y sus compañeros á retirarse á las riberas del Júcar, mientras que los enemigos cargando sobre Blake y los suyos, les hicieron encerrarse dentro del recinto de la ciudad recién fortificada.

Procedieron entonces los franceses á sitiar por todos lados la ciudad, lo que consiguieron pasando la división de Habert á la derecha del Turia por un puente tendido en su desembocadura, después de alejar á cañonazos los pequeños buques que desde el puerto del Grao pretendían impedirlo.

La situación de Valencia no podía ser más apurada. Para defender una ciudad como aquélla, sin fortificaciones serias y casi abierta al enemigo, necesitábase como en Zaragoza del loco entusiasmo popular y la principal misión de Blake había sido matar ese espíritu que consideraba ofensivo al prestigio del ejército.

No quedaba, pues, á Valencia más que el auxilio de éste y el soldado estaba decaído y desilusionado con las derrotas sufridas.

Ninguna ciudad como Valencia había sufrido tan rudos ataques por parte de las autoridades españolas. Pueblo entusiasta y heroico como había demostrado en su primera defensa contra Moncey, estaba dispuesto á sacrificarse no sólo por la integridad de la patria sino por la regeneración política nacional; pero desde el principio de la guerra había tenido á su frente los gobernantes más ineptos y fanáticos que con crueles medidas preventivas de que ya hablamos, ahogaron su actividad y su iniciativa.

No es, pues, de extrañar que aquella ciudad que tres años antes se había levantado unánimemente contra el invasor, se mostrara ahora un tanto fría ante las tropas sitiadoras de Suchet.

Los reaccionarios que tanto habían contribuido á desvanecer su patriotismo, aparecían ante tales resultados traidores á los intereses de la nación.

En vista del estado de la ciudad, convínose en convocar un consejo de generales que acordara los medios más convenientes para poner en salvo el ejército encerrado por los enemigos en el recinto de la ciudad. Pero Blake miró con bastante indiferencia este medio que era el único para salir con honor de la contienda, y hasta la noche del 28 al 29 no pensó en ponerlo en práctica.

Tratábase de que el ejército valiéndose de la oscuridad de la noche, sorprendiera las líneas enemigas y rompiéndolas se alejara de Valencia donde su rendición era inevitable.

Rompió la marcha la vanguardia compuesta de un corto número de tropas, mandadas por el coronel Michelena, el cual tomó el camino de Burjasot y con gran severidad burló á los enemigos que estaban situados

junto á la acequia de Mestalla, haciendo pasar á sus soldados por franceses, y después de hacer prisionera en Beniferri una patrulla de imperiales llegó al amanecer sin ningun tropiezo á Liria.

Tenía que seguirle la división de Lardizábal, pero este general irresoluto y en vista de los obstáculos que habían que salvar se detuvo en el camino, y Blake al verle parado á pesar de las excitaciones del intrépido Zayas, imitó tan fatal ejemplo y no hizo nada por salir de tan crítica situación.

Al fin repitió Blake su inercia, pero fué para ordenar el regreso á la ciudad y que cada cuerpo ocupara la posición que antes tenía.

Era tal la imprevisión del caudillo español y tan grande su azoramiento, que ni tan sólo había provisto á sus tropas de las herramientas necesarias para escapar á través de aquella vega, surcada por todas partes con acequias y anchos canales de riego.

Apercibióse el pueblo de Valencia del intento de retirada del ejército, y profundamente indignado al saber que Blake quería dejar la ciudad indefensa ante los franceses y que se iba á celebrar una junta de autoridades para tratar de la capitulación, se amotinó y deseando continuar la defensa nombró algunos comisionados para que fueran á examinar el estado de la línea. Pero Blake que era enemigo de toda manifestación popular, y que además deseaba la capitulación, prendió á dichos comisionados y disolvió la Junta popular amenazando con crueles castigos á los amotinados si volvían á reunirse.

El general español demostró una ineptitud grande al sofocar un movimiento popular que tanto podía haber contribuido á evitar á la patria el vergonzoso espectáculo que algunos días después presentó la tercera capital española, rindiéndose al invasor casi sin defenderse. Con aquella represión de Blake apagóse el entusiasmo en el pecho de los valencianos, y éstos comenzaron á mirar con indiferencia los sucesos.

Suchet, entretanto, fué apretando cada vez más el sitio. Levantó fuertes reductos, abrió paralelas y fué batiendo la ciudad con un continuo fuego de sus baterías por la parte de Monte Olivete y San Vicente.

Aquellas obras exteriores realizadas por Blake y en cuya eficacia tanto confiaba, resultaron al fin de imposible defensa y las tropas tuvieron que replegarse al interior del recinto, lo que facilitó á los sitiadores el emplazar sus cañones á corta distancia de Valencia, y romper sobre ella el 5 de Enero de 1812 un terrible bombardeo.

A causa de la especial construcción de la ciudad y de la apatía que hasta entonces habían demostrado las autoridades, sufrió Valencia más de lo que esperaban los sitiadores. Débiles las casas, estrechas las calles, los depósitos de pólvora sin blindajes ni establecidos en puntos seguros, y el vecindario inerme, sin abrigo para las

bombas, causó el fuego de los enemigos los más grandes destrozos.

Estaba Valencia en aquella ocasión dividida en dos bandos. Uno formado por los generales y las autoridades, deseaba capitular, y el otro compuesto del pueblo que era quien principalmente sufría las terribles consecuencias del sitio, y que á pesar de esto deseaba continuase la resistencia.

Blake, con medidas de fuerza, volvió á reprimir las manifestaciones del pueblo, y aunque desechó cuantas proposiciones de rendición le hizo el sitiador, todos vieron que la capitulación de Valencia resultaba próxima é inevitable.

Zayas era el general que con más actividad y fe se dedicaba á la defensa de la plaza y en la lucha por conservar los arrabales de San Vicente y de Cuarte, distinguióse notablemente y demostró una vez más su valor. Suchet no tardó en apoderarse de dichos arrabales y del poblado de Ruzafa, avanzando entonces de tal modo las líneas de asedio, que sus cañones en algunos puntos llegaron á estar á quince metros de los muros de la ciudad.

Cinco baterías nuevas iban á abrir anchas brechas, y en esta crítica situación Blake ofreció á Suchet capitular si le dejaba alejarse libre de la ciudad con su ejército. Negóse el enemigo á aceptar esta condición, y entonces el Regente español tuvo que someterse al tratado de rendición que quiso dictar el caudillo vencedor.

La capitulación se hizo sin conceder á los vencidos otra ventaja que los honores de guerra y un canje de dos mil prisioneros, canje que no llegó á verificarse, pues más adelante se opuso á él la Regencia española, en vista del mal trato que los franceses daban á los soldados españoles vencidos.

Firmóse la capitulación por ambas partes el 9 de Enero y en el mismo día tomaron posesión los franceses de las fortificaciones de Valencia é hizo Suchet solemnemente su entrada en la ciudad, revistiendo dicho acto de cierto aparato religioso, al que el mariscal era muy aficionado.

Cayeron prisioneros del vencedor unos diez y seis mil españoles que fueron conducidos á Francia, así como Blake que quedó encerrado hasta la caída de Napoleón en el castillo de Vincennes.

Suchet en la capitulación había prometido respetar la religión, la propiedad y la seguridad personal de los vencidos, sin que éstos pudieran ser perseguidos por su conducta anterior; pero á pesar de ello, en la marcha de los prisioneros á Francia, fueron fusilados unos doscientos que se quedaban rezagados en el camino y por instrucciones del gobierno de París partieron también cautivos á la vecina nación mil quinientos frailes, siendo fusilados en Sagunto siete individuos de órdenes monásticas que se habían distinguido por su adhesión á la causa patriótica.

Encontraron los vencedores en Va-

lencia una acogida que estaban lejos de esperar. La mayoría del vecindario los miró con prevención como á invasores; pero otra parte que estaba cansada de las tropelías y barbarie fanática de los capitanes generales españoles acogiólos con alegría, mientras que las autoridades y las clases privilegiadas, gente escéptica incapaz de entusiasmo y adoradora del éxito, les prodigaba los mayores honores.

El alto clero sobre todo y el arzobispo Company, que durante el sitio había estado escondido en Gandía, se excedieron en tributar homenajes á Suchet.

Tal alegría recibió Napoleón con la conquista de Valencia, que nombró á aquél duque de la Albufera, dándole la propiedad de este rico y extenso lago, y á los demás jefes y soldados que constituían el ejército concedióles una recompensa de doscientos millones de francos en bienes nacionales de dicha provincia, medida que perjudicó á los acreedores de la Hacienda de José, pues les quitaba la mejor garantía para sus créditos.

Suchet, cada vez más envanecido con el éxito de sus conquistas, pensó inmediatamente en caer sobre las plazas de Alicante y Cartagena, únicas de importancia que en aquella región quedaban al gobierno nacional.

Una división francesa que le envió en auxilio Marmont hizo una tentativa sobre Alicante; pero lo escaso del éxito demostró á Suchet la gran necesidad de tiempo y fuerzas para realizar tal empresa y entretanto dedicóse á ensanchar sus dominios por la parte de la costa, apoderándose de Denia que había abandonado su gobernador.

Una adquisición de importancia hizo también Suchet por la parte septentrional de la costa y fué ésta la posesión de Peñíscola, fuerte castillo situado en un promontorio que se adelanta en el mar ciento veinte toesas y está unido á tierra únicamente por una lengüeta fortificada entonces con reductos y cortaduras.

El gobernador de dicha plaza, García Navarro, podía haberse cubierto de gloria defendiéndola con éxito durante muchos meses, pero prefirió deshonrarse y la vendió el 4 de Febrero á los enemigos.

Ya vimos como las tropas españolas mandadas por Mahy, después de ser cortado por los franceses su regreso á Valencia, retirándose al Júcar. Desde allí aquel pequeño ejército comenzó una serie de marchas sin propósito alguno, y tanto en el tiempo que lo mandó Mahy como en el que estuvo bajo las órdenes de D. José Odonell, no hizo nada para evitar las nuevas conquistas de los franceses.

El general Soult, hermano del mariscal del mismo nombre, deseoso de alcanzar triunfos que le igualaran al afortunado Suchet, propúsose destruir aquel resto del ejército de Blake para lo cual fué en su seguimiento penetrando en Murcia el 26 de Enero.

Estaba en la tarde del mismo día Soult en el palacio episcopal, gozando



con su Estado mayor de las delicias de espléndido banquete, cuando el bravo D. Martín de la Carrera, que con alguna caballería andaba por cerca de Murcia, penetró al galope por sus calles sembrando la confusión y la alarma entre los franceses.

No llevaba Carrera más que cien jinetes, habiendo enviado el resto de sus soldados, dividido en varios grupos, que penetraran en la ciudad por otros puntos y cayeran por la espalda sobre los franceses.

Por desgracia estas fuerzas dejaron de cumplir el mandato de su jefe y no acudieron, por lo que el intrépido Carrera tuvo que sufrir el ímpetu de sus numerosos enemigos, ya vueltos en sí.

No cabía comparación entre el número de los franceses y el de los españoles; pero á pesar de ello, éstos se resistieron bravamente sin huir y cada vez se enfrascaron más en la pelea esperando inútilmente el auxilio que les daría la aparición de sus compañeros. Uno á uno fueron cayendo todos los soldados españoles después de luchar cuerpo á cuerpo con cuatro y cinco franceses, y al fin el valeroso don Martín de la Carrera se vió completamente solo y cercado por seis coraceros franceses en la plaza Nueva. Aquel brazo de atleta defendióse á golpes de sable, y es probable que de este modo hubiera al fin logrado ponerse en salvo, pues su fuerza y vigor eran sorprendentes; pero uno de los enemigos le disparó un pistoletazo á quemarropa y el héroe cayó muerto al suelo.

Así pereció víctima de la indecisión cobarde de sus subordinados, aquel paladín, tan célebre por su valor y fortaleza casi legendarios, como por su amor á la patria y á la libertad.

Tan triste fin fué lamentado por la nación entera, y para perpetuar su recuerdo, púsose su nombre á la calle de San Nicolás, donde después de recibir la herida fué á exhalar el último suspiro.

Mientras tal era á fines de 1811 y principios del siguiente año la suerte de nuestros ejércitos, las guerrillas seguían haciendo en los enemigos los mayores estragos y produciendo hechos asombrosos que causaban la admiración del mundo entero.

De entre aquel tropel de caudillos de montaña que ilustraban su nombre con magníficas hazañas, tres eran los que seguían sobresaliendo de un modo sorprendente: Porlier, el Empecinado y Mina.

Porlier que había ya conseguido tener organizados bajo sus órdenes cuatro mil hombres, hacía continuas correrías por el país ocupado por los enemigos y causaba en éstos gran estrago volviendo siempre á Potes donde tenía establecido su centro de operaciones.

Cuando menos lo esperaban los franceses, arrojóse sobre Santander y después de derrotar á la guarnición y pasarla á cuchillo hasta el punto de que sólo consiguieron salvarse cien hombres, arrasó las fortificaciones y fué

el dueño de aquella región hasta que volvieron los invasores con mayores fuerzas.

El Empecinado que había salido al campo tres años antes «para matar franceses» seguido únicamente de dos amigos, mandaba ya tres mil hombres que obedecían todas sus órdenes con un respeto rayano al fanatismo. Sus correrías abarcaban todas las provincias del centro de España, y lo mismo se batía en las dos Castillas que pasaba á Aragón y aun algunas veces á Valencia. En Sacedon y en Priego venció fuerzas enemigas muy superiores á las suyas, y unido con D. Pedro Villacampa atacó el fuerte de Auñon en la provincia de Guadalajara, único que conservaban los franceses en la línea del Tajo y arrolló á los seiscientos hombres que lo guarnecían si bien una fuerte tempestad que sobrevino impidió la persecución de éstos y dió tiempo para que acudieran socorros de varios puntos que le obligaron á retirarse. Estas correrías de D. Juan Martín le atrajeron nuevamente la tenaz persecución de los franceses y otra vez tuvo que hacer uso el intrépido guerrillero de aquella prodigiosa movilidad que tan pronto la hacía aparecer en Guadalajara como en Aragón ó á las puertas de Madrid.

Los hechos de Mina en Navarra y las Vascongadas, colocaban á la más envidiable altura el nombre de aquel hasta poco antes oscuro labrador, que aparecía adornado con todas las facultades de un ilustre militar.

En el mes de Mayo ejecutó, aquel activo guerrillero, una operación que tuvo en toda España la más grande resonancia y que consistió en la sorpresa que hizo en Arlabán de un importantísimo convoy que salió de Vitoria y en el cual debía ir el mariscal Massena que se retiraba á Francia después de su desgraciada expedición á Portugal.

Nadie como su mismo autor en el compendio de su vida (1) relata aquella fructífera operación que causó el mejor efecto en los patriotas y demostró al enemigo hasta dónde llegaba la audacia de los guerrilleros españoles. Al mismo tiempo dejamos que el ilustre caudillo cuente por sí mismo la célebre sorpresa de Arlaban, porque con sus palabras retrata su carácter mejor que lo podría hacer el escritor más experto.

«Sabía yo con anticipación que el mariscal Massena había llegado á Vitoria, y que á su paso para Francia debía acompañarle un crecido convoy. Había tomado mis medidas para que no me faltase á hora precisa el aviso de la salida, para no perder la buena coyuntura de sorprenderlo, y en aquellos días me veía obligado á excusar los encuentros con las tropas francesas de Navarra; así es que en esta ocasión hube de aparecer tímido por no haber aceptado el desafío que me hacían seis

(1) «Memorias del general D. Francisco Espoz y Mina, escritas por el mismo.» Libro publicado por su viuda la condesa de Espoz y Mina, en Madrid, 1851.

mil hombres reunidos contra mí; y dejando colocados mis batallones en posiciones adecuadas al intento, me dirigí á la provincia de Alava á esperar las últimas comunicaciones de mis confidentes.

»Situado convenientemente, el 21 recibí el aviso fijo de que el 25 saldría el convoy de Vitoria añadiéndome que iban incorporados á él muchos prisioneros españoles. Expedidas con la celeridad del rayo las órdenes á los batallones, después de una marcha de dos días y una noche, con poca detención, fueron llegando sucesivamente antes de amanecer el 25 sin que supiese uno de otro el puerto de Arlaban en el cual tenía yo designado el punto que cada uno de los cuerpos debia de ocupar. Emboscados á uno y otro lado del puerto y en el mayor silencio aguardamos á los pasajeros; previne que nadie se moviese hasta que yo diese la señal por un tiro de pistola y que al oirlo se acometiese según mi táctica de costumbre cuando era acción premeditada, es decir, á la bayoneta precedida de una descarga cerrada.

»Llegó el convoy á nuestro frente, pasó la vanguardia, y al emparejar el centro, hice la señal; se acometió, entró el desorden en aquel aparato de viaje, se convirtió en confusión, parte de la escolta huyó, la otra se hizo fuerte, se rehizo la que huía, volvió al combate y el resultado fué tan horroroso para los franceses como glorioso para mi división. No hubo individuo de ésta que no hiciese por sí alguna notable hazaña, y á mí me tocó la de rendir prisionero al coronel Laffite, después de haber ejercitado mi sable en la acción contra otros enemigos.

»El mariscal Massena debió su salvación á la casualidad de haber retardado su salida, sea por alguna indisposición en su salud ó por no mezclarse en el tropel de tanto equipaje como llevaba el convoy, y tuve un verdadero pesar de esta ocurrencia, porque en mi empeño de encontrarme con él entraba como causa primera el deseo de habérmelas cara á cara y si me fuera posible brazo á brazo con uno de los más grandes capitanes que Napoleón contaba en su ejército, pues yo creía que estos hombres tan celebrados sobre su extremada ciencia militar adquirida por sus estudios y por la constante práctica que llevaban en tantos años, tendrían un valor personal que competiría con su saber; y á más entraba también, lo confieso, algo de amor propio y deseo de que sonare el nombre de Massena vencido por la estrategia particular de guerra que yo había aprendido en el campo en el poco tiempo que llevábamos de contienda, muy distinta sin duda de la suya, sentada sobre otros principios más sublimes del arte que yo no había tenido lugar de estudiar, y de que acaso el mismo Massena, sus compañeros y todos los individuos del ejército francés, me hacían incapaz de comprender.

»Pero si bien faltóme el hacer mi prisionero á un mariscal del Imperio, logré hacerle ver que mi división sabía guerrear por la libertad é independencia de la patria. Apenas de la escolta, que pasaría de mil doscientos hombres, volverían con salud á Vitoria á dar noticia de su desdicha cuatrocientos; murieron muchos, se hicieron prisioneros, se rescataron los que llevaban nuestros, que pasarían de mil entre españoles é ingleses; se cogió un rico botín, de que se aprovecharon todos los que tuvieran bastante serenidad para ocuparse de esto, y tocó algo á la caja común para socorrer las necesidades de la división. Como no me era posible conducir tanto coche y carro como quedó en nuestro poder, permití que siguiesen su marcha, especialmente aquellos que iban ocupados por señoras; y con las cargas fáciles de atravesar caminos de herradura, el mismo día me alejé cuatro leguas del campo de batalla al pueblo de Zalduendo y de allí me dirigí á Estella.»

Esta notable sorpresa realizada casi á las puertas de Francia por el audaz guerrillero, causó en los enemigos profundo efecto y más de doce mil hombres fueron destinados únicamente á la persecución de aquél.

Más de un mes fueron sin descanso tales fuerzas en persecución de Mina, pero éste las sobrepujaba en movilidad y al fin fatigadas, tuvieron que desistir de su empeño y los generales franceses, para intentar su exterminio, tuvieron que valerse de medios inmorales.

Pusieron aquéllos á precio la cabeza de Mina y las de sus principales compañeros ofreciendo por la del jefe seis mil duros, cuatro mil por la de Cruchaga, su intrépido segundo, y dos mil por las de los restantes jefes.

Pero esta medida no tuvo éxito, pues tanto en las filas de Mina como en los pueblos de Navarra, no existia un solo traidor que osara atentar contra la vida de aquellos heróicos defensores de la patria.

Entonces el gobernador francés de Navarra acudió á medios aun más reprobados é intentó preparar á Mina una emboscada queriendo seducirle con halagüeñas promesas y por mediación de algunos amigos que el guerrillero tenía en Pamplona. Mina, para librarse un tanto de la cruel é incesante persecución de que era objeto, fingió dar oídos á las proposiciones del enemigo y llegó á celebrar con los comisionados de éste una reunión en León para tratar de un arreglo que terminara la guerra en la provincia.

Al llegar al punto de la cita, notó Mina la ausencia de uno de los comisionados, por lo que sospechó la existencia de alguna trama contra su persona, en cuya idea vino á confirmarle un aviso que le enviaron los amigos fieles de Pamplona, rogándole que inmediatamente se pusiera en salvo pues iban tropas á prenderle. Redujo á prisión Mina á los cuatro restantes co-

misionados y con ellos se alejó donde le tenían cercado, dejándolos después en libertad así que se vió distante de sus enemigos.

La buena suerte de Mina, causó nueva irritación á los franceses que, en venganza, comenzaron á poner en práctica todas las crueldades ordenadas por Bessieres en su bárbaro decreto dictado para vengar la vergüenza de Arlaban. En dicho decreto quedaban responsables de los actos que cometiesen los soldados de Mina, sus padres, hermanos, hijos y sobrinos y además se establecía que el que abandonara su domicilio sin permiso de la autoridad francesa sufriría el secuestro y la pérdida de sus bienes, siendo además arrestados todos sus parientes; y que el que resultara sostener correspondencia con los *brigantes* (nombre que los invasores daban á los guerrilleros), sería fusilado inmediatamente, extendiéndose tal prohibición hasta para escribir á gentes pacíficas que habitaran en pueblos ocupados por los españoles, bajo la pena de sufrir diez años de presidio.

Este decreto feroz é impropio de un militar de nación civilizada alcanzó exacto cumplimiento por parte de los subordinados de Bessieres, y al poco tiempo cuarenta infelices campesinos eran inhumanamente fusilados en montón en la ciudadela de Pamplona, y no tardaron en seguir igual suerte catorce españoles más, acusados de proteger á los guerrilleros.

Experimentaron la mayor indignación los bravos defensores de la patria ante aquellas disposiciones bárbaras de los franceses, y el alma noble y sencilla de Mina cansada ya de sufrir las atrocidades de aquel enemigo que iba de continuo en busca de su madre para sacrificarla y que acababan de quemar vivo á un tío suyo, dió un decreto tan feroz como el de Bessieres y en cuyo preámbulo justificaba las siguientes disposiciones, diciendo así:

»Navarra es el país del llanto y amargura; se vierten lágrimas continuas por la pérdida de sus mejores amigos; padres que ven sus hijos colgados de una horca por su heroicidad en defender la patria; éstos á sus padres consumidos en la prisión, y por último espirar en un palo sin más delito que ser padres de tan valientes defensores. Un espíritu de moderación propio del carácter y educación de los navarros ha hecho observar en los voluntarios un sistema diametralmente opuesto al de los tiranos; tan decididos como bravos en el campo han sido blandos y generosos con el enemigo rendido; la mesa de los jefes ha sido franca para muchos oficiales prisioneros, y el simple soldado ha percibido la misma ración diaria que un voluntario; la oficialidad francesa á quien le cupo la suerte de prisionera, publica el valor de estos soldados con las armas en la mano y su amistad con el que las depone: en esto ha llenado los deberes de un militar, cuando ellos han olvidado hasta las primeras impresiones de la razón.

»Alcaldes, pudientes, sacerdotes han sufrido el saqueo más bárbaro y después han sido conducidos á Francia ó perecido víctimas de su ferocidad; lloro la suerte de algunos oficiales ahorcados ó pasados por las armas y es continuo mi dolor por igual desgracia de muchos voluntarios. Continuamente he pasado á los generales franceses de la Navarra los oficios más enérgicos capaces de reprimirles y hacerles entrar en orden; no he perdonado diligencia alguna por reducir la guerra á su debida comprensión; estoy justificado de mis procedimientos y si fuese necesario convencería al público de la necesidad y justicia del presente decreto: algunos habitantes se resistirán de la providencia y por su interés ó debilidad querrán graduar de violenta la medida. Una seria meditación sobre el estado del país, conferencias continuas, razones poderosas á beneficio de la causa pública, han decidido mi corazón. Para colmo de mi convencimiento y última declaración de la iniquidad francesa y perfidia de algunos malos españoles, he visto doce paisanos fusilados en Estella, diez y seis en Pamplona, cuatro oficiales y treinta y ocho voluntarios pasados por las armas en dos días; he sufrido por deferencia las muchas prisiones y continuos asesinatos del enemigo en eclesiásticos, soldados y paisanos; pero se ha completado la medida y no puedo suspender la siguiente resolución:

Artículo 1.° En Navarra se declara guerra á muerte y sin cuartel, sin distinción de soldados ni jefes, incluso el emperador de los franceses.»

Los restantes artículos que ascendían á veintitres, establecían que todos los franceses que fueren aprehendidos tanto con armas como sin ellas serían ahorcados y colgados en los caminos públicos sin despojarlos de los uniformes; que igual suerte sufrirían todos los que auxiliaren á los invasores ó los dejaran escapar; los que murmuraran contra el decreto juzgándolo enérgico con exceso, y los que escondieran en su casa á un enemigo, disponiéndose además que dicha casa fuera entregada á las llamas. Pamplona quedaba como una ciudad completamente sitiada y todos los navarros imposibilitados de ir á ella ni enviarla víveres, incurriendo los que contravinieran esta disposición en la pena de horca. Además de éstas, el decreto contenía otras disposiciones, todas á cual más terrible y que constituían una enérgica respuesta á las bárbaras tropelías de los franceses.

No tardaron éstos en arrepentirse de su conducta, pues los españoles pusieron en práctica el decreto de Mina y la guerra tomó un carácter horrible que espeluznaba á los mismos soldados y que quitaba á los combatientes su carácter de hombres para hacerlos aparecer como fieras. Pueblos enteros eran entregados á las llamas, ya por los franceses ya por los mismos españoles, y los campos estaban tan empapados de sangre, que

los más apartados caminos aparecían orlados por horcas y cadáveres.

Nadie como el rey José, cuyo carácter ya conocemos, lamentaba el aspecto salvaje que tomaba la lucha; pero á él le era más imposible el evitarlo que al último de los generales franceses.

Napoleón seguía teniéndolo en una dependencia degradante. Rey titulado de España, no tenía el mando de sus ejércitos ni podía disponer nada en ellos, llegando su inferioridad hasta no poder entender en el régimen económico de sus provincias.

Todo cuanto en España se hacía discutíase antes en París y el gobierno de Madrid era únicamente un brazo ejecutor, lo mismo en planes de campaña que en disposiciones políticas ó de carácter económico.

Parecióle, sin duda, á Napoleón que no era suficiente aun la dependencia afrentosa en que tenía á su hermano, y ya vimos como en 1810 expidió un decreto estableciendo los gobiernos militares independientes, que al par que facilitaban el primitivo plan de anexión de gran parte de nuestras provincias á Francia, hacían ilusoria la autoridad y la corona de José.

Quejóse éste con justa amargura de tal disposición y envió á París como sus portadores, primero al ministro Azanza y después al marqués de Almenara, los cuales volvieron convencidos del propósito que abrigaba el emperador de hacer con el tiempo de España una provincia de Francia.

Los guerrilleros españoles, en los numerosos convoyes de que se apoderaron encontraron cartas de José, dirigidas á su hermano y á su esposa que se encontraba en Francia, en las cuales demuéstrase la amargura que sufría el rey intruso, su disgusto por la crítica actitud en que la había colocado la loca imaginación de su hermano, y el afecto que ingénua y espontáneamente demostraba profesar á España aquel hombre sencillo digno de mejor suerte.

Interesante es conocer algunos fragmentos de dichas cartas, para poder apreciar los sentimientos de aquel Bonaparte, que fué el único individuo apreciable de su familia, y al cual el pueblo español calumniaba y escarnecía porque veía en él un principal símbolo de la traidora invasión.

«Yo no seré nunca,—decía á su hermano Napoleón,—sino aquello que mi conciencia me sugiera que debo ser, y es vuestro hermano y mejor amigo, el aliado más firme y seguro y un buen francés sobre el trono de España. Estoy convencido de que los verdaderos intereses de la España y de la Francia reclaman una íntima alianza, la unión más estrecha entre ambas naciones en igualdad de beneficios, no la dependencia de la una á la otra. La España, dominada por la Francia, será su enemiga á la primera ocasión, y unida con lazos de amistad será tan fiel como yo lo seré á vuestra majestad. Yo pretendo enlazar esta comunidad de intereses y para

esto es preciso que prontamente se haga conocer á la parte más débil, que la más fuerte no pretende hacerla su esclava...

»Yo no quiero sino aquello que exige mi deber y lo que este deber exige es que gobierne á los españoles como nación *libre é independiente*... La dicha mayor de un gran pueblo es el goce de su independencia, como la mayor satisfacción de un hombre es el sentimiento de su buena conducta.

»Yo me encuentro en el segundo período de lo que un hombre puede vivir en el mundo, y á mi edad ya no cambio de principios. Si vuestra majestad no piensa del mismo modo, mi corona mal asegurada está á vuestra disposición.»

Un año después escribía José á su esposa una carta en la que demostraba tener bastante instinto de observación y conocer el verdadero carácter de nuestro pueblo.

«No conocen esta nación,—decía. —Ella es un león que la razón conducirá como por la mano; pero no la reducirá la fuerza, aunque se pongan en acción para ello un millón de soldados. Todos son aquí soldados si quieren gobernarles militarmente; todos serán amigos si se conviene en la independencia nacional, en las libertades de la nación, y en su constitución y en sus Cortes. Esta es la verdad: que elijan.

»El tiempo probará lo que digo. Conserva esta carta porque es profética. Si se piensa de otra manera, si se quieren establecer gobiernos militares, y yo no soy propio para sufrirlo; no quiero ser testigo del derrame de sangre entre españoles y franceses, me lavo las manos, y no me queda más arbitrio que retirarme. Nada se adelantará ni menos conseguirá por medio del rigor y yo menos que ningún otro.»

Por estas declaraciones se ve que el rey intruso estaba dispuesto á retirarse antes que seguir representando un papel poco digno; pero á pesar de que esto era su mayor aspiración, deteníanle por un lado los intereses de los españoles que se habían comprometido por seguir su causa y él por su afecto paternal que profesaba á su ilustre hermano, y del que éste se valía para manejarle á su gusto.

Queriendo José salir de tan anormal situación, pensó en avistarse personalmente con Napoleón, y aprovechando el nacimiento del rey de Roma salió para París acompañado de los ministros Ofarril y Azanza, y escoltado por dos mil hombres, costándole el llegar de Madrid á la frontera, cerca de veinte días y no pocos sobresaltos, producidos por las guerrillas de que el país estaba infestado.

Poco tiempo permaneció José en la capital de Francia, y retornó á Madrid sin otro provecho del viaje que protestas ambiguas y el auxilio mensual de un millón de francos.

Dejó José encargado á su hermana el conseguir de Napoleón una respuesta decisiva, pero ésta por toda

contestación, le escribió poco tiempo después:

«El emperador sólo quiere sumisión y no que sus hermanos se tengan, respecto de él, por reyes independientes.»

Aquel auxilio mensual de un millón de francos concedido por Napoleón, tenia principalmente el objeto de remediar la terrible carestía de víveres que reinaba en Madrid y que procedía de la devastación que la guerra producía en los campos. La fanega de trigo que normalmente costaba treinta reales llegó á elevarse á cien, y con el objeto de evitar los efectos del hambre, formáronse en la capital grandes pósitos, y para llenarlos arrebatóse á los cosecheros á la fuerza el producto de sus campos, dándoles en cambio un precio fijado arbitrariamente y que dejaba á los mismos productores sin medios de acudir á su sustento.

Esta medida violenta no podía remediar la carestía, tanto más cuanto que ella era procedente de la devastación de los campos y las crueldades de la guerra.

Tan apurada llegó á ser la situación de José, que le obligó á tomar una medida violenta. En vista de que su hermano no pensaba restituirle su libertad de acción sacándole de tan degradante dependencia, y de que su estado actual no tenía próximo remedio, intentó concertarse con el gobierno nacional de Cádiz y ajustar un tratado que terminara la guerra.

Para cumplir esta comisión designó á un canónigo de Sevilla hermano del general La Peña, el cual hizo á la Regencia en nombre de José todo género de ofrecimientos, tanto á favor de la independencia de España como de su libertad política, si las Cortes le reconocían por rey.

La Regencia, como era de esperar, rechazó enérgicamente aquella proposición que, atendido el estado de la nación, resultaba insensata, añadiendo que «ni sus individuos, ni la representación nacional, ni José, tenían fuerza ni poderío para llevar á cima cada uno en su caso, negociación de semejante naturaleza. Porque á las Cortes se las respetaba y obedecía en tanto que hacían rostro á la usurpación é invasión extranjera; pero que no sucedería lo mismo si se alejaban de aquel sendero indicado por la nación.»

Fracasaron con esta declaración los intentos de avenencia acariciados por José.

No podía éste haber escogido peor ocasión. El país mostrábase cada vez más entusiasmado por la continuación de la lucha, y no deseaba tratados que hicieran terminar la guerra por la condescendencia de los enemigos, sino que ansiaba la continuación de aquélla, que tan íntimamente iba ligada á su regeneración política, y deberse á sí propio el triunfo que simbolizaba los dos ideales para el más sagrados: la restauración de la patria y la adquisición de la libertad.



CAPITULO XXI

1812

Estado moral de Cadiz.—Entusiasmo de sus habitantes.—Rasgos de desinterés y valor.—El bombardeo.—Cantos populares.—Abren las Cortes sus sesiones en Cádiz.—Local que ocupan.—Entusiasmo del público con los diputados liberales.—Desvío con los reaccionarios.—El canónigo Ostolaza.—La Hacienda pública.—Su lamentable estado.—Memoria del ministro Canga Argüelles.—Acuerdos que en su consecuencia toman las Cortes.—Arbitrios que crean.—Reconocimiento de la deuda pública.—Reglamento para las juntas de provincia.—Memoria del ministro de la Guerra.—El cuerpo de Estado Mayor.—La orden militar de San Fernando.—Supresión de la tortura y demás tormentos empleados en los procedimientos judiciales.—Discusión sobre señoríos.—Abusos y crueldades de los privilegios señoriales.—Origen de éstos.—Extensión que tenían en España.—Declaraciones del diputado Lloret.—Vuelve á presentar una proposición contra señoríos el diputado Alonso López.—Sublime arranque de García Herreros.—Rasgo de desprendimiento del conde de Toreno.—Decreto que dan las Cortes suprimiendo los señoríos.—Grandeza de aquel Congreso.—Medidas que toma para favorecer la cultura del país.—La España literaria.—Periódicos de Cádiz.—Literatos célebres.—El arte dramático bajo los cañones franceses.—Entusiasmo que en el pueblo despertaban entonces las doctrinas republicanas.

Magnífico y consolador para la causa de la patria era el aspecto moral que presentaba la ciudad de Cádiz cuando más rigurosamente la tenían sitiada los franceses.

La heróica y culta población, orgullosa de tener en su seno la representación nacional, que como ya dijimos se había trasladado á ella á principios del año desde la ciudad de San Fernando donde había inaugurado sus sesiones, sufría con la mayor indiferencia la agresión de los sitiadores que nunca resultaban tan temibles como ellos deseaban.

Aquel vecindario encerrado en un rincón de España, batido por las olas del Océano y atronado de continuo por los disparos de los cañones franceses, sentíase poseído de una sublime

entereza y todas las clases sociales que la componían rivalizaban en hacer sacrificios por la patria.

Jóvenes apenas salidos de la adolescencia y pertenecientes á las más acomodadas familias, abandonaban el regalo de sus casas y como simples voluntarios marchaban en aquellas expediciones á los territorios ocupados por los franceses, empresas que regularmente no ofrecían otro porvenir que una muerte segura, y los hombres maduros que hasta entonces no habían conocido otra vida que la de escritorio ó la de los negocios, vestían el uniforme de la milicia cívica y en las posiciones avanzadas compartían los más rudos servicios con las tropas de línea y aun muchas veces hacían el sacrificio de la vida.

Aquella población entusiasta aprovechaba todas las ocasiones propicias para servir la causa de la patria y, cuando no con la existencia, contribuían con su bolsa á remediar los males que causaba la guerra.

Todas las gaditanas, desde la encopetada señora á la modesta obrera, trabajaban sin cesar para los soldados que se batían por la santa causa de España, y cuando no hacían hilas y vendajes para los heridos, cosían uniformes con destino á las tropas que volvían de las expediciones hambrientas y desnudas.

Lo mismo los más pobres que los ricos se mostraban dispuestos á ayudar con sus bienes á los que se batían contra los invasores. Unos anunciaban en los periódicos que estaban dispuestos á tomar como criados ó dependientes en sus establecimientos á cierto número de inválidos de la guerra, aunque sus heridas no les permitieran trabajar; otros ofrecían valiosos premios al militar que más hazañas realizara; y muchas jóvenes de alta clase que estaban próximas á contraer matrimonio se negaron á éste exigiendo á sus prometidos que antes fueran á luchar por la patria y se hicieran de este modo dignos de poseer su mano.

Los donativos al ejército menudeaban, sin que los patriotas que tales sacrificios hacían quisieran manifestar la procedencia.

Cuando el general Ballesteros iba á salir de Cádiz al frente de la última expedición, recibió una respetable cantidad para gastos de sus tropas sin que el criado que la entregó quisiera manifestar el nombre del donante.

Enternecido Ballesteros ante tan noble desinterés, exclamó:

—¿Y podrá sucumbir una nación donde hay tal patriotismo? Estoy convencido de que aunque pereciéramos cuantos generales y soldados existimos, no por eso sería España subyugada.

Para esta misma expedición la editora de *El Robespierre Español*, periódico republicano, entregó á Ballesteros una magnífica silla de montar como premio al mejor soldado, manifestando que su deseo era *que el valiente subordinado del sublime Ballesteros que llegue á usarla, mate en su nom-*

bre tres docenas de esclavos de Napoleón.

Los que por su escasez de fortuna no podían contribuir de este modo á las necesidades de la patria, estaban pronto á prestar el auxilio de sus brazos en todos los accidentes de la defensa de Cádiz, y entre los muchos que tal hicieron causó general admiración el albañil Juan Romero, que cuando más nutrido era el fuego que dirigían los franceses contra el castillo de Puntales, montado en un andamio y á pecho descubierto comenzó á reparar los destrozos de los muros, sin que le distrajeran de su tarea las balas de cañón que se estrellaban no lejos de su cabeza.

Aquella heróica población en que tales hechos se veían, no se revestía en la resistencia de un aspecto trágico; sino que llevada del carácter meridional, hacía las cosas más sublimes con la risa en los labios y poseída de la mayor alegría.

Defendido Cádiz de los enemigos en parte por la naturaleza, únicamente su población temía al bombardeo, y ya dijimos que los franceses al ver la imposibilidad de tomar la Isla por medio de asaltos, dedicáronse á hostilizarla con sus morteros y obuses.

Como la distancia existente entre Cádiz y las baterías francesas era muy enorme para la artillería de aquella época, con objeto de que llegaran las bombas á la ciudad, los sitiadores las rellenaban de plomo y poníanles una larga espoleta con lo cual aunque caían en la Isla no estallaban ó la explosión carecía de fuerza.

El escaso éxito de este invento de los franceses fué objeto de generales burlas, y como entonces usaban las señoras un peinado cuyos rizos se hacían con pedacitos de plomo, la musa popular encontró pronto asunto para su espíritu jocoso y produjo esta copla que los españoles cantaban con sorna mirando las baterías sitiadoras:

Con las bombas que tiran
Los fanfarrones
Se hacen las gaditanas
Tirabuzones.

Cesaron pronto los franceses en el bombardeo al ver su escaso éxito; pero después de la derrota que en la batalla de Cerro de la Cabeza del Puerco, les hizo sufrir la expedición mandada por Graham y La Peña, desearon vengarse de los españoles y volvieron á hacer jugar sus morteros contra la ciudad.

Esta vez sus disparos resultan más acertados, pues las granadas estallan al tocar el suelo; pero sucede que sólo una de éstas sólo logra matar un perro y desde entonces las turbas de muchachos y de mujeres cada vez que ven un proyectil enemigo que surcando el espacio vuela hacia la ciudad, cantan á coro y con aire de mofa:

Murieron tres mil franceses
En la batalla del Cerro,
Pero han logrado en desquite
Que una bomba mate un perro.

Contra pueblos que de tal modo acogen los ataques de los enemigos



nada puede un ejército por poderoso que sea. Ciudades como Zaragoza y Cádiz que saludan con cantos y carcajadas los cañonazos de los sitiadores, son invencibles y muestran un temple de alma que sólo puede encontrarse en pechos españoles.

En esta ciudad inexpugnable y en el seno de un pueblo tan heróico como original, establecióse el Congreso el 24 de Febrero de 1811.

Las sesiones de las Cortes en su primer período se habían desarrollado en el patio de un teatro de San Fernando, y en Cádiz iban á verificarse en una iglesia; el oratorio de San Felipe Neri. Escogieron los diputados este edificio por sus buenas condiciones acústicas, pero éstas desaparecieron pronto, pues la voz de los oradores era muchas veces ahogada por las campanas de la iglesia, que tocaban todos los días á pesar de las justas reclamaciones de los diputados y el público.

Para los clérigos era más importante y necesario que la regeneración de la patria el llamar con aturdidos campaneos las viejas devotas á las oraciones del día.

La iglesia de San Felipe Neri es pequeña y de forma oval, pudiendo considerarse como uno de los mejores templos de Cádiz. Encargaron las Cortes las obras necesarias para su instalación á un teniente de ingenieros de marina llamado Prats, y éste cubrió todos los altares con un velo como se hace en Semana Santa, y en el mayor puso la mesa presidencial con un dosel que cubría el retrato de Fernando VII, y bajo el cual estaba vuelto á la pared un trono vacío, al que hacían guardia, durante las sesiones, dos guardias de Corp.

En el resto de la iglesia, construyóse un anfiteatro para los diputados, compuesto de tres órdenes de asientos y dividido por cuatro pasillos para facilitar la entrada, siendo la de los representantes por la puerta de la sacristía, y quedando cerrada la principal con prohibición de ser abierta, fuera de los casos de gran solemnidad ó recepción de personajes elevados. Frente al anfiteatro estaba la barra ó barandilla, adornada con dos grandes leones de bronce, y desde la cual hablaban las personas que, sin ser diputados, eran convocadas por las Cortes.

Las dos galerías altas con barandilla de hierro hasta el pecho, que abrazaban todo el recinto interior de la iglesia, fueron utilizadas como tribuna pública para hombres, pues á las mujeres les fué vedada la asistencia á las sesiones. En la capilla del Sagrario levantóse un tablado que ocuparon los taquígrafos y periodistas.

Al abrirse, en 24 de Febrero, la primera sesión que las Cortes celebraban en el nuevo local, y antes de leerse el acta de la anterier ó sea la última verificada en la Isla de León, el presidente de aquel mes, que lo era don Antonio Pérez, canónigo mejicano, pronunció un elocuente discurso, ha-

ciendo el resumen de los trabajos realizados por las Cortes en los ciento cincuenta días que llevaba de existencia, demostrando lo injustos que eran todos los ataques dirigidos contra la nueva institución por los interesados en que España permaneciera en su primitivo y degradante estado.

Más numeroso todavía que en la Isla de León, resultaba en Cádiz el público que acudía á las Córtes ansioso de escuchar los discursos de sus oradores favoritos, que eran los liberales.

Las oraciones de Argüelles y Muñoz Torrero eran objeto de delirantes ovaciones y con éstos compartían tal gloria García Herreros, Calatrava, Toreno, Mejía, Golfín, Oliveros, Gallego, Capmany, Antillón Villanueva y otros ilustres y elocuentes campeones de las nuevas doctrinas.

Los aplausos no bastaban muchas veces á aquel fogoso público para demostrar su entusiasmo, y prorumpía en ardorosos vivas á pesar del cuidado que la presidencia ponía en evitar tales manifestaciones.

Tan grande como era el entusiasmo del público por los oradores liberales, resultaba su desvío ó desprecio para con los diputados pertenecientes al bando servil.

De todos éstos, el que mejor provocaba las risotadas del público y de más burlas se hacía objeto, era el tan tristemente célebre D. Blas Ostolaza, clérigo desvergonzado y audaz, genuina representación del partido á que pertenecía, y odiado, no solamente por sus ideas políticas llevadas á un fanatismo bárbaro, sino por que para nadie era un misterio su vida crapulosa y los crímenes que cometía, impulsado por sus bestiales pasiones en seres inocentes puestos bajo su dirección.

El tal clérigo distinguióse desde las primeras sesiones de las Cortes en Cádiz por sus ademanes provocativos, sus frases chocarreras y la insolencia de sus discursos. Basta decir que en uno de éstos, quejándose de que los diputados no atendían sus desatinos, recitó una fabulilla del león, el tigre y el asno, y terminó diciendo:

—Algunos diputados, á quienes observo faltos de crianza, que hagan la aplicación.

Ofendidos los del bando *servil* con aquel público que jamás les tributaba un aplauso, dieron á los concurrentes á las sesiones el nombre de *galerios*, y aun les calumniaron diciendo que eran gente pagada por los liberales; mas de tales insultos, tuvieron aquéllos numerosas ocasiones para vengarse.

La parte más importante de la población reglamentó su existencia con arreglo á las sesiones de las Cortes. Estas duraban desde las diez de la mañana á las dos de la tarde, y una vez terminaban, el numeroso público salía del edificio, y revuelto con los diputados, iba á las inmediatas calle Ancha ó plaza de San Antonio, para tomar el sol, formando corrillos y discutir acaloradamente los asuntos de la guerra ó comentar los discursos pronunciados en las Cortes.



A los dos días de estar reunida la Asamblea en Cádiz, pasó á tratar el asunto importantísimo de la Hacienda pública, que hacía tiempo estaba reclamando atención.

Era ministro de Hacienda D. José Canga Argüelles, ilustre asturiano de gran capacidad y saber, educado en la escuela económica de Campomanes y Jovellanos, gran liberal y ardiente patriota, como ya lo había demostrado durante los sucesos ocurridos en Valencia después del alzamiento de esta ciudad en 1808.

Dicho ministro dió lectura ante las Cortes de la memoria que había escrito sobre el estado de la Hacienda española, y en toda ella demostró sus vastos conocimientos, así como el precario estado del Tesoro nacional. La deuda pública ascendía en aquella época á la enorme cantidad de más de siete mil ciento noventa y cuatro millones de reales, y los réditos vencidos á la no menos importante de doscientos diez y nueve millones, no entrando en esta cifra las grandes deudas contraídas por el Estado desde el principio de la guerra.

El presupuesto anual de gastos de la nación, sin incluir en él los réditos de la deuda, lo calculaba Canga Argüelles en mil doscientos millones de reales, y los ingresos que el Tesoro percibía en solo doscientos cincuenta y cinco millones, desnivel tremendo cuya enormidad asusta.

«Tal es,—decía el ministro en su memoria,—la extensión de los desembolsos y de las rentas con que contamos para satisfacerlos, calculadas aproximadamente por no ser dado hacerlo con exactitud por la falta á veces de comunicaciones entre las provincias y el gobierno y por las ocurrencias militares de ellas..... Si la santa insurrección de España hubiera encontrado desahogados á los pueblos, rico el tesoro, consolidado el crédito y franqueados todos los caminos de la pública felicidad, nuestros ahogos serían menos, más abundantes los recursos y los reveses hubieran respetado á nuestras armas; pero una administración desconcertada de veinte años, una serie de guerras desastrosas, un sistema opresor de hacienda y sobre todo la mala fe en los contratos de ésta y el desarreglo de todos los ramos, sólo dejaron en pos de sí la miseria y la desolación, y los albores de la independencia y de la libertad rayaron en medio de las angustias y de los apuros..... A pesar de todo hemos levantado ejércitos, y combatiendo con la impericia y las dificultades, mantenemos aun el honor del nombre español y ofrecemos á la Francia el espectáculo terrible de un pueblo decidido que aumenta su ardor al compás de las desgracias.»

Tenían, pues, las Cortes que ocuparse con ahinco de este importante asunto, tan transcendental para la vida de la patria y la continuación de la lucha.

Para la resolución del conflicto financiero en que se encontraba el Es-

tado, tenía el Congreso las ventajas de que el ministro, para llamar la atención de las Cortes y hacer el asunto de más urgente resolución, había calculado los gastos en su grado máximo y los ingresos en el mínimo; de que en éstos no estaban incluidas las remesas de las provincias de América, que aunque no tan cuantiosas como en pasadas épocas, todavía representaban sumas importantes; y de que teniendo la guerra un carácter nacional tan puro y estando interesado en ella todo el país, podía exigirse á los acreedores públicos larga espera en el cobro de sus intereses.

Al día siguiente de haber dado lectura Canga Argüelles á su memoria, pasaron las Cortes á la discusión de los presupuestos, aprobándose el de gastos, pues á pesar de la enormidad de su cifra no había en él nada de superfluo, ya que las necesidades de la guerra lo consumían por entero, sin quedar con esto saciadas.

Al tratar del presupuesto de ingresos, la Asamblea lo hizo ya con más detención. No había propuesto el ministro de Hacienda nuevas medidas para realizar la pública cobranza, creyendo que en el estado anormal y revolucionario que atravesaba el país sería peligroso establecer reformas, y únicamente para aumentar los ingresos expuso un proyecto de modificación en la contribución de guerra que había establecido la Junta central años antes, pero sin llegar á plantearla en muchas provincias.

Dicha corporación tomó en su tiempo por base de la contribución el capital; pero Canga Argüelles propuso á las Cortes, y éstas así lo aceptaron, que el impuesto recayera sobre los productos que alcanzaran los capitalistas. Esta medida, como pronto pudo verse, tropezó con el obstáculo de lo difícil que era conocer los productos de muchos capitales dedicados á diversas explotaciones.

Otra modificación de importancia que se propuso en aquella ocasión fué el impuesto progresivo sobre las utilidades, desde cuatro mil reales en adelante, medida justa que, gravitando especialmente sobre los grandes capitales, al mismo tiempo que hacía contribuir á los gastos del Estado en más escala á los poderosos que á los humildes moderaba también la excesiva acumulación de riqueza en los privilegiados de la fortuna.

Una comisión que entendió en todas estas reformas presentó su informe á las Cortes en la sesión del 24 de Marzo y éstas aprobaron sus tres bases que eran: primera, que se llevase á efecto la contribución extraordinaria de guerra impuesta por la Central; segunda, que se fijase la base de esta contribución con relación á los réditos ó productos líquidos de las fincas, comercio é industria; y tercera, que la cuota correspondiente á cada contribuyente fuese progresiva al tenor de una escala que acompañaba á la ley.»

Tales medidas con su novedad causaron disgusto á los ricos, pero los di-

putados consideraban que no eran estos lo que mayores sacrificios hacían por la patria, siendo en cambio los más obligados á ello, pues al defenderla guardaban sus intereses de la rapacidad francesa.

Además, las Cortes crearon algunos arbitrios, sobre la plata de las iglesias, los coches particulares y la confiscación de los bienes de franceses y españoles afrancesados; pero sus productos fueron nulos al erario y únicamente sirvieron para que algunos efectuaran vejaciones y robos.

Otro de los asuntos que trató Canga Argüelles, fué el resucitar el crédito nacional ya moribundo, y para ello propuso á las Cortes el reconocimiento de toda la deuda pública, aceptándolo así la Asamblea aunque con excepción de la que correspondía á las naciones que en aquella ocasión eran enemigas de España.

Ocupáronse también las Cortes en sus primeras sesiones, de reglamentar la autoridad gubernativa confiada á las juntas de provincia, y para ello en el mes de Marzo acordaron un reglamento que debía regir hasta la publicación de la Constitución. En dicho reglamento establecióse que las juntas se compusieran de nueve individuos, elegidos del mismo modo que los diputados y que debían ser reemplazados por terceras partes cada tres años. El intendente de la provincia ó el capitán general, eran presidentes por derecho de dichas juntas y las atribuciones de éstas se extendían á toda la administración tanto civil como militar, aunque estándoles vedada la recaudación de fondos.

En la sesión del 1.° de Marzo, el general D. José Heredia, ministro de la Guerra, dió lectura á su correspondiente memoria, documento notable por la claridad con que se exponían las causas de los desastres sufridos por nuestros ejércitos y se proponían las medidas que era necesario adoptar para evitarlos. Las derrotas de los españoles estaban justificadas con la relación de las insuperables dificultades que se oponían á una resistencia militar y científica contra un enemigo como Bonaparte, después de haber éste privado anticipadamente á la nación de los elementos más principales de defensa, no dejándola un instante de reposo para crearlos de nuevo ni para suplirlos imperfectamente.

En dicha memoria pintaba el ministro tan maestramente el estado militar de España, que no podemos menos de transcribir algunos fragmentos:

«Bastará,—decía,—observar el estado decadente de la monarquía en aquellos aciagos días en que el tirano de la Europa so color de amigo ocupó las principales plazas de nuestras fronteras... en que debilitadas las autoridades civiles y militares faltando el apoyo de la suprema que desapareció con la insurrección, los cuerpos militares tuvieron que substraerse del compromiso de sus destinos y aun dislocarse para procurar su reunión en aquel paraje donde su celo por la

causa común ó la casualidad, los llamaba á la defensa de la patria. Así que por un efecto de tan desgraciadas circunstancias, desapareció necesariamente el único resto de la disciplina de los cuerpos veteranos. Se crearon muchos nuevos, y se prodigaron empleos militares de todas clases hasta la más elevada graduación, en tal punto que ofreciéndose mayores obstáculos para restablecer la disciplina no se ha logrado todavía conseguirlo... Es menester convenir que los pueblos en cuyo territorio se acantona un ejército, han de sufrir mucho por necesidad sin que el jefe lo pueda remediar cuando falta todo género de recursos y falta la disciplina. Todo el mundo desea alejar al ejército y al general, y de aquí las frecuentes quejas tachando su inacción si obra circunspecto porque sus fuerzas no se hallan en estado de combatir; ó su precipitación si hostigado se arroja sobre el enemigo y malogra una acción; hallándose en ambos casos comprometida ó desgraciada su reputación... Toda plaza de guerra es un arma que si no se halla bien montada y en mano diestra se convierte contra el mismo país que ella defiende. Ya hemos dicho, que por el lado de la frontera cuando comenzó esta lucha terrible, no había en nuestro poder más que las de un orden inferior ó secundario; aquellas que por un error político de los reinados anteriores ó por mal entendida economía yacían más de un siglo abandonadas y sin dotación si se exceptua la de algunos reparos muy pasajeros al tiempo de la última campaña. Con todo, el mundo admirará siempre las defensas de Zaragoza, Ciudad-Rodrigo, Hostalrich y Astorga; pero sobre todo la de Gerona en que hemos visto propasados todos los límites prescritos por el arte con tanta mayor gloria de sus defensores... Es menester convencernos: primero, de que sólo con ejércitos disciplinados se contrarresta á los que tengan esta circunstancia; segundo, de que no puede haber ejércitos disciplinados, si no están completamente armados, equipados y asistidos de todo lo necesario; y tercero, de que nada se conseguirá si no hay una inflexible severidad en la observancia de las leyes militares, una gran equidad en los premios y una total confianza en las personas encargadas del mando. Para realizar estos principios el primer resorte es el dinero...» etc.

Esta memoria de la cual por su mucha extención sólo hemos copiado ligeros fragmentos, causó bastante impresión en las Cortes y aunque algunos diputados no se manifestaron conformes con ciertas ideas formuladas por el ministro, todos estuvieron acordes en restablecer en el ejército la mayor uniformidad y disciplina, pues la falta de éstas era lo que principalmente había producido todas las derrotas.

Con el fin de contribuir á esta organización, las Cortes confirmaron por medio de decreto el cuerpo de Esta-

do Mayor creado por la Regencia y que estaba dando excelentes resultados.

La Asamblea hizo tal manifestación para defender dicho cuerpo, formado de jóvenes inteligentes, de las censuras que le dirigían los militares viejos, rutinarios y enemigos de innovaciones, pero con los resultados que produjo no tardaron tales enemigos en convencerse de su utilidad.

Como las Cortes deseaban poner un límite al afán demostrador por el gobierno en premiar con grados las más pequeñas acciones de los militares y como al mismo tiempo querían que éstos no carecieran de recompensa siempre que por sus actos se hicieran acreedores á ella, buscaron el medio de realizar tal propósito y para ello se puso á discusión el proyecto que presentó la comisión de premios y consistía en la creación de una orden militar destinada á remunerar todos los hechos heróicos que realizaran los militares desde el general en jefe al último soldado.

Modificaron las discusiones algunas partes del proyecto de la comisión y por fin en Agosto, publicóse el decreto creando la orden nacional que tomó el título de San Fernando, estableciéndose que la concesión de tal cruz debía ir precedida de una sumaria información en juicio abierto y contradictorio en el que declarasen cuantos oficiales ó soldados estuviesen enterados del hecho ó lo hubieran presenciado. Esta orden militar, la más respetable de todas las españolas, mantúvose hasta 1814 en toda su pureza; pero al volver Fernando VII á España y entronizarse la reacción, el soberano que tenía especial empeño en deshonrar todas las grandes obras de las Cortes, la prodigó con una profusión absurda y con ella fueron agraciados muchos extranjeros que nada habían hecho por nuestra patria y hasta algunos franceses que años antes se batieron contra los ejércitos españoles.

Un asunto de importancia que llamó al poco tiempo la atención de las Cortes fué también la reforma del procedimiento judicial que tenía aun como legítimas todas las bárbaras pruebas propias de la feroz Edad media. Esperaban los diputados liberales que la comisión encargada del proyecto de Constitución realizaría tal reforma; pero como la importancia que revestía la redacción de tal código político la hacía retardar más de lo que deseaba la general impaciencia, don Agustín Argüelles no quiso esperar y en la sesión del 2 de Abril pidió en un elocuente discurso la supresión de la tortura y demás tormentos crueles é infamantes á que sometían los tribunales á los procesados cuando les tomaban declaración.

Tan humanitaria proposición fué como era de esperar acogida con agrado por toda la asamblea y unicamente algunos rancios magistrados, entre ellos el señor Hermida, diputado *servil*, se atrevieron á defender la tortura aun-

que embozadamente y diciendo que en ciertos casos resultaba necesaria.

Fácil fué á los oradores liberales demostrar lo absurdo de aquellas pruebas que no sólo resultaban crueles y atentatorias contra la dignidad humana, sino completamente ineficaces, pues la mayor parte de los infelices que sufrían el tormento declaraban cosas falsás y asentían á cuanto les preguntaban los magistrados, con tal de librarse pronto del dolor físico.

Hay que manifestar que en la época que las Cortes trataban tal asunto, la civilización y la creciente cultura de los pueblos habían hecho caer en desuso tan terribles pruebas, que solo algunos magistrados crueles usaban, pero regían en todo su vigor, los tormentos llamados *apremios* establecidos veinte años antes por el superintendente de policía Cantero.

Las Cortes en decreto publicado el 22 de Abril borraron de las leyes patrias aquella institución feroz que deshonraba á la humanidad y prohibieron en absoluto que se causara el menor dolor físico á los procesados. Aquellos hombres honrados y humanitarios que votaban tal ley, estaban lejos de imaginarse que tres años después volvería á España la reacción con Fernando VII y resucitaría tan salvaje procedimiento para aplicarlo á alguno de los que habían legislado su supresión.

Otra reliquia de los tiempos feudales, que quedaba en pié y para cuya extinción no quisieron aguardar las Cortes á la publicación del código político, fué la de los señoríos jurisdiccionales, impropios de todo país civilizado y regido por la libertad.

Los tales señoríos habían ido poco á poco apoderándose de todo y pasaban lo mismo sobre la propiedad que sobre las personas. Nadie podía edificar ó cultivar en determinados terrenos, aunque le fueran propios, sin permiso del señor, que á cambio de la concesión exigía grandes recompensas. La caza ó la pesca podía prohibirla el señor en ciertos lugares é igualmente interceptar los caminos ó los puentes para exigir á todo transeunte el derecho de peaje y pasaje.

El infeliz vasallo no podía moler y cocer su pan más que en el molino y el horno señoriales, teniendo para ello que pagar crecidos derechos; vivía encadenado al campo donde había nacido y á la sombra del castillo que lo dominaba, no pudiendo trasladarse á otro punto sin permiso del señor; y faltándole la aprobación de éste, le era imposible vender ó comprar, tomar esposa, ni casar á sus hijos con seres que no pertenecieran al señorío. Si deseaba testar, solo podía hacerlo á favor de los hijos herederos directos, pues fuera de éstos, era el señor quien heredaba á su vasallo en muerte, habiéndole antes en vida saqueado bajo mil irritantes y absurdos pretextos.

Tenían los señores sobre los que poblaban sus dominios, el derecho de administrar la alta y baja justicia, y lo hacían por medio de jueces llama-

dos Bailíos ó Senescales, que juzgaban á capricho sin sujeción á ley alguna, no pudiendo apelarse sus fallos, y en ciertas ocasiones llegaban á aplicar al sentenciado hasta la pena de muerte, que para esto los señores llevaban el título de *horca* y *cuchillo*. ¡Júzguese cuán innumerables serían los crímenes cometidos en los inocentes y los humildes á la sombra de tan crueles privilegios!

La mayor parte de los productos que daban los campos con el trabajo de los vasallos, la acaparaba el señor del territorio, y á tanto llegaba su poder, que hasta hacía sentir su influencia en el seno de la familia, y... ¡rabia causa el decirlo! podía gozar de las primicias de todo matrimonio que se contrajera en su jurisdicción, privilegio que constituía el llamado *derecho de pernada*.

La moral, más creciente conforme avanzaba el progreso, hizo caer en desuso la práctica de este vergonzoso privilegio; pero el infeliz vasallo para no ver deshonrado su tálamo desde la primera noche y evitar á su esposa la más cruel de las afrentas, tenía que comprar la virginidad de ésta pagando respetables sumas al señor, que no siempre era un noble dedicado á las armas, pues los monasterios tenían también señorío jurisdiccional, y no eran sus abades los que más rehacios andaban en hacer valer un derecho tan halagüeño á sus pasiones.

Venían establecidos estos privilegios desde los tiempos feudales. Unos habían sido concedidos á aquellos héroes bandidos de la Edad media, en recompensa de los servicios que prestaban á la causa de Dios, degollando centenares de sarracenos de todos sexos y edades y quemando pueblos enteros después de robarles; otros se los habían procurado los mismos nobles exigiéndoselos á los reyes siempre que éstos necesitaban de sus auxilios en las guerras que acometían; y algunos tenían todavía un origen menos digno, pues habían sido concedidos por los soberanos á cambio de cierta clase de servicios que únicamente pueden llevarse á cabo cuando se ha perdido toda noción de la dignidad.

Hay que manifestar, sin embargo, que en España el feudalismo y los privilegios señoriales con resultar tan nocivos para los intereses del país, no llegaron á ser tan extensos y crueles como en otros países (entre ellos Francia y Alemania), donde hubieron señores que mandaban abrir el vientre á un vasallo, para calentarse dentro de él los piés ó hacían permanecer en las noches de invierno á una docena de súbditos metidos en los fosos del castillo y con agua hasta la cintura, apaleando ésta sin cesar para que las ranas con su canto no turbaran el sueño del ser privilegiado.

El tener los señores españoles que estar en lucha continua con los sarracenos ó con el rey, no les dejaba tiempo para imitar en tan originales placeres á sus colegas del otro lado de los Pirineos, y cuando terminado el

período de lucha con los alarbes, podían haber cometido los criminales abusos propios del feudalismo en otras regiones, tropezaron con los reyes Católicos primero, y después con el cardenal Cisneros, que deseosos de establecer la monarquía absoluta y despótica en toda su pureza, quisieron destrozar aquellos tiranuelos, que unidos formaban un Estado dentro del Estado nacional, y para ello, se apoyaron en los pueblos, concediéndoles fueros y cartas-puellas con más profusión que hasta entonces se había hecho.

Pero á pesar de esto, aun había en España en 1811 quienes administraban justicia como señores de horca y cuchillo, y la población de los campos no podía volver la vista en derredor sin tropezar con argollas, picotas y demás artefactos, que recordaban el cruel feudalismo.

Tanta era la opresión que á sus vasallos hacían sentir los señores y tal el miedo que éstos inspiraban, que era entonces muy popular el antiguo refrán castellano:

En lugar de señorío
No hagas tu nido.

Cuando las Cortes acometieron la discusión sobre los señoríos, el diputado D. Juan Polo fué el que mejor pintó en un concienzudo discurso el verdadero estado de España.

—«Por los datos estadísticos que han podido reunirse,—decía dicho diputado,—aunque no completos, he visto que de veinticinco mil doscientos treinta pueblos, granjas, cotos y despoblados que tiene España, los trece mil trescientos nueve son de distintos señoríos particulares, con la circunstancia de que de cuatro mil setecientas diez y seis villas que se cuentan en las provincias de la península y son los pueblos de mayor número de habitantes después de las ciudades, sólo las mil setecientas tres son de realengo, y las tres mil trece restantes, de señoríos: los mismos datos nos han demostrado que en muchos pueblos los pechos y gabelas que se pagan á los señores, exceden á las contribuciones ordinarias, y que los privilegios privativos y prohibitivos entorpecen el trabajo é impiden los progresos de la agricultura y de la industria.»

Triste situación la de los infelices labriegos que tenían la desgracia de nacer en jurisdicción de señorío. Después de pagar la contribución al Estado, venían obligados á satisfacer al señor sus derechos siempre más crecidos que aquella y mientras morían de hambre, ó bajo la presión del despotismo señorial, veían como eran más felices los habitantes de cualquier pueblo inmediato que era libre, y por tanto sus vecinos no conocían más que un tributo único.

Y no hay que pensar que tan triste situación era la de los menos, pues ya hemos visto como se encontraba dividida la propiedad española. Además existe el dato de que constando nues-

tra nación de cincuenta y cinco millones de aranzadas de tierra, treinta y siete millones y medio pertenecían á los señoríos, quedando libres de tal jurisdicción únicamente los diez y siete y medio millones restantes.

El día 30 de Marzo dió principio en las Cortes la discusión para adoptar una reforma tan digna de aplauso y regeneradora, como era la extinción de los señoríos.

El que propuso tan importante asunto fué D. Antonio Lloret, diputado por Valencia y natural de Alberique, pueblo que, desde mucho tiempo antes, venía sosteniendo frecuentes pleitos con los duques del Infantado por cuestión de señorío. Hombre muy versado en el asunto que trataba y poseído de la justicia y necesidad de lo que defendía, el diputado Lloret pronunció un notable discurso que las Cortes oyeron con religioso silencio y en el cual apoyó todas sus afirmaciones con datos auténticos y documentos de todas épocas. Para dar mayor fuerza á sus palabras leyó parte de un documento publicado en el siglo anterior contra los derechos señoriales de la Colegiata de San Juan de las Abadesas, y en el cual decía así:

«Ellos (los señores alodiales del principado de Cataluña), se reservaban y obligaban á sus enfitentes y hombres propios, á no mudar de domicilio ni casar su familia sin licencia del señor; á entregar los hijos y mujeres para su servicio; á llevar sus quejas ante su tribunal; *á franquearles la cama en la primera noche de las bodas* y á otros escándalos y vejaciones que vulgarmente llamaron los *malos usos*. Estas son las posesiones de jurisdicción que alegan los señores alodiales contra el rey y sus súbditos.»

Después de leído este párrafo, el diputado por Valencia, para afirmar más lo manifestado, dijo así de palabra:

—La villa de Verdú en Cataluña, paga anualmente á su señor jurisdiccional, que es el real monasterio de Poblet, setenta libras catalanas por el *derecho de pernada* y este recibo se exhibe todos los años en la cuenta de propios.»

Conocidos eran de todos, los absurdos derechos de los señores, y los abusos que estos cometían; pero se ignoraba que los frailes hicieran valer aun entre los derechos sobre sus vasallos, el de *pernada* y menos aun que estos siervos de Dios y bienaventurados anacoretas, tal vez hastiados de disfrutar en el territorio de su jurisdicción de las primicias de las doncellas en la noche de bodas, hubiesen espiritualizado el inmaculado derecho conmutándolo por una indemnización pecuniaria.

El diputado Lloret acabó su discurso formulando la proposición de que se reintegraran al Estado todas las jurisdicciones tanto civiles como criminales, y en ello le apoyaron otros oradores, pasando el asunto al estudio de la comisión de Constitución.

Tardaba ésta, agobiada por nume-

rosas ocupaciones, á dar su dictamen, y en vista de ello D. José Alonso López, diputado por Galicia, región la más oprimida por los señoríos, volvió á presentar la proposición contra éstos pidiendo además que «se desterrase sin dilación del suelo español y de la vista del público el feudalismo visible de horcas, argollas y otros signos tiránicos é insultantes á la humanidad que tenía erigido el sistema feudal en muchos cotos y pueblos...»

Dicho diputado, para dar más urgencia á la resolución de su propuesta, pintaba las demasías de los señores, y sus palabras arrancaron extraordinarios aplausos, sobre todo cuando describió la vida del labrador que era el sér más vejado y oprimido por la institución feudal.

—«Este hombre,—dijo,—paciente, sobrio, humilde y constantemente afanado en la ocupación á que le destinó su suerte, jamás muere rico, nunca deja tras sí más que deudas y angustias á su familia, y siempre gime afligido y extenuado con miserias y trabajos... Sí; no es el gozo el que penetra en la humilde choza del cultivador, porque sus cargas señoriales le abruman, le empobrecen y le desesperan; no es el contento el que hace palpitar el corazón de su virtuosa prole, porque el vasallaje y el tirano desdén de sus señores, la desprecian, la humillan y la corrompen...»

El diputado gallego terminó su discurso proponiendo, que para la extinción del feudalismo, se instruyese expediente por el Consejo de Castilla y por los intendentes de provincia; pero como atendiendo á lo dificultosa y tarda que resultaba la tramitación de todos los asuntos en manos de dicha corporación, era dar largas interminables á la reforma, el fogoso García Herreros, que era el diputado de ideas más democráticas y más revolucionario en los procedimientos, levantóse de su asiento y enérgicamente dijo así:

—Todo eso es inútil... En diciendo *abajo todo; fuera señoríos y sus efectos*, está concluido... No hay necesidad de que pase al Consejo de Castilla, porque si se manda que no se haga novedad hasta que se terminen los expedientes, jamás se verificará. Es preciso señalar un término, como lo tienen todas las cosas, y no hay que asustarse con la medicina, porque cuando apunta el cáncer hay siempre que cortar un poco más arriba.....

Este arranque enérgico del hombre que bien puede ser considerado como el Dantón de aquella Asamblea, produjo en las Cortes profunda conmoción y todos los diputados se sintieron como animados por una corriente eléctrica.

Conociendo García Herreros el efecto que había causado en sus compañeros y deseando que éstos se decidieran con franqueza por su proposición, dijo intencionadamente:

—Sin embargo, si las Cortes creen que el asunto merece mayor meditación.....

—¡No! ¡no!—gritaron muchos diputados.—Ya está meditado y discutido hace algunos siglos.

El joven conde de Toreno, que entonces conservaba pura su fe política y era resuelto liberal, dijo levantándose entusiasmado:

—Yo, dueño de varios señoríos, pido al señor García Herreros que fije las proposiciones que ha indicado, y ruego al Congreso encarecidamente se digne aprobarlas desde luego.

Formuló inmediatamente el diputado por Soria su proposición, que consistía en la reincorporación á la Corona de todos los señoríos, jurisdicciones, posesiones, fincas y todo cuanto se hubiese enajenado ó donado, reservándose á sus poseedores el reintegro á que tuviesen derecho conforme á lo que resultare del examen de los títulos de adquisición y de las mejoras, pero sin que estos juicios pudieran suspender en modo alguno los efectos del decreto.

El conde de Toreno modificó por su parte la proposición, diciendo que la incorporación se hacía *á la Nación y no á la Corona*.

Protestaron de esta proposición los Grandes de España y demás nobles que estaban en Cádiz, pero lo hicieron con un aire tan altanero y exageraron de tal modo sus derechos, que ya de por sí eran absurdos, que hasta los diputados que les eran afectos no se atrevieron á salir en su defensa y los periódicos hicieron sus palabras objeto de burla y sobre todas ellas la expresión de que los señores feudales lo eran *por derecho natural* y no por concesiones de los reyes.

La discusión sobre los señoríos fué larga y detenida, no terminando hasta fines del mes.

García Herreros fué el primero en hablar apoyando su proposición, y con aquella elocuencia nerviosa que aun hacía más conmovedora su imponente figura y su atezado rostro, produjo honda impresión en el auditorio. En el discurso que pronunció hay párrafos que no desdeñaría el mejor orador de nuestros días y todo él demostró el temple de aquella alma inflamada por la revolución.

—«¿Qué diría de su representante, —exclamaba,—aquel pueblo numantino (1) que por no sufrir la servidumbre quiso ser pábulo de la hoguera? Los padres y tiernas madres que arrojaban á ella sus hijos, ¿me juzgarían digno del honor de representarlos, si no lo sacrificase todo al ídolo de la libertad? Aun conservo en mi pecho el calor de aquellas llamas y él me inflama para asegurar que el pueblo numantino no reconocerá ya más señorío que el de la nación. Quiere ser libre y sabe el camino para serlo.»

El bando *servil* tenía necesariamente que rebatir una proposición que tan de cerca hería los intereses de los que de él formaban parte; pero era tan justa la reforma que se discutía,

(1) García Herreros era diputado por Soria, que está sobre el mismo terreno que ocupaba la antigua Numancia.

que ninguno de los diputados reaccionarios de algún viso dejó oir su voz, protestando únicamente D. Lázaro Dou y el cínico clérigo Ostolaza, que hicieron uso de la palabra en contra de lo propuesto.

Fácil les fué al ilustrado canónigo Villanueva, al secretario del Congreso Lujan y á D. Agustín Argüelles el rebatir todos sus argumentos, y el discurso de este último fué tan elocuente y de tal modo entusiasmó al auditorio, que, según se lee en el *Diario de las Cortes, el extraordinario aplauso con que lo acogió el público obligó al presidente á levantar la sesión.*

Por fin el 4 de Agosto quedó aprobado el decreto sobre señoríos, cuyos principales artículos eran así:

1.° Quedan desde hoy mismo incorporados á la Nación todos los señoríos jurisdiccionales de cualquiera clase y condición que sean.

. . . .

6.° Quedan abolidos los dictados de vasallos y vasallaje y las prestaciones así reales como personales que deban su existencia á título jurisdiccional, á excepcion de las que procedan de contacto libre, en uso del sagrado derecho de propiedad.

. . . .

9.° Quedan abolidos los privilegios llamados exclusivos, probativos y prohibitivos que tengan el mismo origen de señorío, como son los de caza, pesca, hornos, molinos, aprovechamiento de aguas, montes y demás, quedando á libre uso de los pueblos.

Este decreto causó el mayor júbilo en toda España y especialmente en las regiones de Galicia y Valencia, donde el dominio de los señoríos era más gravoso y pesaba por completo sobre el infeliz trabajador del campo.

Con él rompiéronse las cadenas que unían á innumerables miles de españoles á los castillos arruinados, recuerdos de una época de barbarie, y desapareció para siempre la esclavitud de los blancos que llevaba el nombre de vasallaje.

Al poco tiempo de realizada esta reforma que tanto agradecía la nación, los encargados de redactar el proyecto de Constitución dieron cima á su trabajo y lo presentaron á las Cortes precedido de una brillante introducción, obra de la galana pluma y la vasta erudición de Argüelles; pero asunto es este de importancia que trataremos con detención en el próximo capítulo.

Aquella augusta asamblea no daba tregua á sus trabajos y se ocupaba de los asuntos más diversos siendo sus decisiones siempre acertadas. En sus sesiones lo mismo se trataban las cuestiones más graves y decisivas para el porvenir de la patria, que de asuntos meramente de localidad y sin resonancia más allá de los muros de Cádiz.

Con la olímpica serenidad de aquellos senadores romanos que sentados en sus sillas de marfil se ocupaban de

los asuntos de la patria teniendo tras sí á los galos de Breno con la espada en alto y ávidos de derramar sangre, los diputados de Cádiz, al espantoso arrullo de los cañones franceses, trataban toda clase de cuestiones con la tranquilidad del que vive en plena paz y en lugar seguro.

Aquellos inmortales legisladores no solo dirigían la guerra, sino que dedicaban toda su atención á la regeneración política de la patria; de una patria que no sabían ciertamente si subsistiría en la lucha y menos todavía si los enemigos que estaban á las puertas llegarían á pisar el recinto sagrado de la Isla y barriendo la representación nacional borrarían el último vestigio de gobierno español.

¡Sublime valor el de aquellos legisladores! Por esto dice el historiador Marliani que no conoce apostolado más grande que el de las inmortales Cortes de Cádiz.

Entre las apremiantes atenciones del despacho de asuntos tan importantes como los de la guerra ó los políticos encontraban siempre aquellos diputados espacio suficiente para tratar del establecimiento de mejoras para la patria.

En una de sus sesiones acordaron las Cortes la creación de un Montepío para las familias de los militares y paisanos que murieran en la lucha contra el invasor, y en otra determinaron auxiliar al ilustre matemático don José Mariano Vallejo para que imprimiera su *Tratado completo del arte militar* y los *Elementos de Matemáticas* obra conocidísima que sirve como de base á aquélla.

En medio del fragor de sus ardorosas discusiones políticas aprobó la asamblea la creación de una Academia Militar Patriótica para niños de doce á catorce años, y el 21 de Diciembre cuando mayor era el bombardeo de los enemigos y las granadas francesas volaban rugiendo hacia Cádiz, acordó las bases de un público certamen para proveer la plaza de Director de Pintura de la Academia de Bellas Artes.

Esto demuestra hasta dónde llegaba el ahinco con que aquellas Cortes ilustradas y revolucionarias se dedicaban á favorecer la cultura y el progreso del país.

Esta conducta, que á estar el país libre hubiera dado magníficos resultados, ejercía su influencia en Cádiz que con ser antes ciudad célebre por lo culta, presentaba ahora un aspecto sorprendente por el homenaje que en ella se rendía al pensamiento.

La libertad de imprenta por un lado, el acumulamiento en un solo punto de los hombres más ilustres de España y el entusiasmo que la revolución despertaba por otro, circunstancias todas que influían mucho en la ciencia y la literatura, habían convertido á Cádiz en otra Atenas donde cerebros privilegiados se encargaban cada día de dar nueva y gallarda muestra de su poder.

El número de periódicos que se publicaban en Cádiz era respetable.

A la cabeza de todos ellos en importancia figuraba el *Semanario Patriótico* cuyo nacimiento en Madrid ya vimos á raíz de la victoria de Bailén y en el cual publicábanse los notables escritos del gran Quintana que lo dirigía, ayudado en diversas épocas por escritores tan notables como D. Isidro Antillón, D. José María Blanco (Blanco White) y D. Alberto Lista el clásico poeta.

El Conciso, que tal título llevaba por lo reducido de su tamaño, fué fundado por Ogirando, literato que se había dado á conocer con algunas obras dramáticas traducidas del francés con gran corrección y el cual tenía por principal redactor al distinguido poeta D. Francisco Sánchez Barbero que 1809 al apoderarse Napoleón de Madrid había sido encarcelado en venganza de sus versos contra los invasores y conducido después á Francia logrando fugarse al llegar á Pamplona desde donde atravesó toda España á pié y sufriendo las mayores fatigas y peligros hasta llegar á Cádiz.

Dicho periódico, al abrirse las Cortes, comenzó á publicar un gracioso suplemento titulado *El Concisín* diciendo era el hijo de *El Conciso* que relataba á su papá todo lo que ocurría en el Congreso; originalidad algo inocente, pero que en aquella época de relativo candor político causó gran efecto.

La Gaceta de la Regencia estaba dirigida por el sabio erudito y diputado Capmany y el *Diario de las Cortes* por el no menos ilustrado Fray Jaime Villanueva, hermano del diputado liberal del mismo apellido.

El Redactor General tenía por director á un tal D. Pedro Daza, gran patriota y muy aficionado al periodismo, aunque sus facultades no le permitían escribir nada notable, por lo que buscó el auxilio de Alcalá Galiano que, aunque jovenzuelo, llamaba ya la atención por su talento y su facilidad de palabra. Lo más buscado por el público gaditano en este periódico era una sección titulada *La calle Ancha*, en la cual se relataban todos los chistes y noticias que circulaban por dicha calle, centro de desocupados y principal arteria de la ciudad.

Todos estos periódicos defendían las ideas liberales, y á ellos se unía en las polémicas contra los reaccionarios *El Robespierre Español*, publicación republicana que usaba en todos sus escritos del lenguaje grandilocuente y afectado de los periodistas de la Revolución Francesa y que tenía más lectores y adeptos de lo que era de esperar atendido el carácter monárquico que ostentaban todos los revolucionarios á causa de la general ignorancia que reinaba en el pueblo y del concepto equivocado que se tenía de aquel rey á quien las circunstancias hacían aparecer como un martir.

El partido servil ó reaccionario tenía *El Procurador de la Nación y del Rey*, periódico dirigido por el marqués de Villa Panés, personaje estra-



D. MANUEL QUINTANA.

falario y loco, tanto en figura como en acciones, y en el cual colaboraban con escritos rabiosos y ridículos toda la caterva de frailes que miraban con verdadero odio á las Cortes por sus medidas regeneradoras.

También se publicaban á favor de la reacción unas *Cartas* firmadas por *El Filósofo Rancio*, nombre que usaba el padre Alvarado, el cual, por tener cierta facilidad literaria y hacer uso de los absurdos argumentos que enseña la práctica del escolasticismo, era considerado entre los suyos como un talento colosal. Para hacer la apología del saber y la cultura de dicho fraile, basta decir que años antes, en un certamen público de filosofía, se ofreció á sostener la siguiente tésis: «Más queremos errar con San Clemente, San Basilio y San Agustín, que acertar con Descartes y Newton.»

Además de todas estas publicaciones aparecieron otras como *El Diario Mercantil*, *El Telégrafo Americano*, *El Revisor Político*, *El Observador*, *El Centinela de la Patria*, *El amigo de las Leyes*, *El Censor General*, *El Periódico Militar*, *El Diario de la Tarde* y *El Imparcial*; este último tachado de afrancesado.

Era realmente original el aspecto que presentaban los periódicos liberales al hacer la propaganda de sus ideas. Para que estas no repugnasen á la masa general ignorante y fanática y á las personas timoratas, aseguraban que el nuevo régimen no había tomado nada absolutamente de la Revolución Francesa ni de otra nación, y que en todas las reformas que establecía no se guiaba más que por las antiguas leyes del país.

A tal punto llegó el deseo de hermanar la revolución con las antiguas ideas, para que no sufrieran alarma ciertas clases y la libertad fuera bien acogida por todos, que se publicó un folleto titulado *El Tomista en las Cortes*, en el cual intentábase demostrar que, las doctrinas liberales, estaban inspiradas en la filosofía de Santo Tomás de Aquino (!!)

Al mismo tiempo que los hombres de talento reuníanse en las redacciones de los periódicos, existían tertulias literarias que les atraían, y en las cuales hacían gala de su ingenio.

De todas estas la más notable resultaba la que se verificaba en casa de Quintana, aquel grande hombre que representa como nadie el principio de nuestra revolución y que impetuoso y entusiasta como Tirteo y magnífico como Herrera, fué la trompeta encargada de despertar al león español del sueño del despotismo.

Este era el sol de aquella brillante constelación literaria, y á su alrededor giraban D. Juan Nicasio Gallego, que acababa de demostrar en las Cortes era tan buen orador como viril poeta; D. Cristóbal Beña, militar que en los ratos que no empuñaba la espada escribía fogosos versos y marciales canciones patrióticas que pronto entonaba el pueblo entusiasmado. Don Francisco Sánchez Barbero de

quien ya hablamos; D. Francisco Martínez de la Rosa que acababa de llegar de Inglaterra y era una de las mejores esperanzas de la literatura: don Mariano Cardedera, más político que escritor, á pesar de los triunfos que como á tal había alcanzado; don Eugenio Tapia, poeta satírico y loco, admirador de Quintana de quien no se separaba ni un instante y D. Juan Bautista Arriaza, autor de himnos nacionales y de todas las sátiras que corrían por Cádiz, pero que oscurecía tales méritos con su afán de decir chistes, aunque estos hirieran moralmente á los más respetables amigos. Este defecto le enemistó por algún tiempo con el grave y virtuoso Quintana.

Con estos hombres ilustres, algunos de los cuales nacían entonces á la vida pública y tanto habían de brillar en el porvenir, compartían el aura popular otros no menos notables, como eran D. Bartolomé Gallardo, hombre célebre por su pasmosa erudición y sus extravagancias bibliomanas, del que más adelante tendremos ocasión de hablar; D. Antonio Saviñón, autor dramático muy celebrado por sus traducciones; D. Pablo Jérica, poeta notable en el género epigramático; don Santiago Jonama, de tanta ilustración como rareza de carácter; el duque de Hijar, autor de versos apreciables y D. Angel Saavedra, duque de Ribas, entonces joven militar que había dado su sangre por la patria y en quien nadie adivinaba al futuro autor de las hermosas *Leyendas* y el *Don Alvaro ó la fuerza del sino*.

El sabio D. Antonio Capmany, llevado de sus rarezas de carácter, vivía un tanto aislado de este mundo literario, y movido por su afán anti-francés que en todos los escritos le hacía encontrar galicismos, las horas que sus ocupaciones en las Cortes le dejaban libres pasábalas en los puestos de libros, llamando la atención del público con sus comentarios en alta voz sobre las faltas de lenguaje cometidas por los autores.

Este raro é ilustre hombre llamó mucho la atención en aquella época por una carta que escribió á un amigo de Sevilla calificando á los individuos de la Regencia con términos crueles y exagerados, y ridiculizando á los soldados ingleses que guarnecían á Cádiz por sus costumbres, trajes y afición á los bailes de gitanas. Dicha carta fué interceptada por los franceses y publicada en sus periódicos de España, lo que produjo alguna indignación contra el autor. Para fortuna de éste, las Cortes teniendo en cuenta su carácter y los servicios que prestaba á la patria, no le inquietó en lo más mínimo; pero esto dióle brios para emprender una polémica literaria con Quintana, al que sin motivo llenó de injurias, de las cuales, en vista del desprecio con que eran acogidas, voluntariamente se retractó.

En una ciudad donde estaban reunidos los hombres más ilustres de España y tal culto se rendía á la litera-

tura, natural resultaba que existiera el arte teatral y aun en estado tan floreciente como en tiempo de paz. Además aquella gran población encerrada en una pequeña isla necesitaba distracciones para poder sobrevellar las fatigas de un sitio tan duradero.

Los clérigos habíanse opuesto alegando enojosas razones, á la apertura del teatro; pero la energía del gobernador de Cádiz, el instruido marino Villavicencio, pudo más que ellos, y al fin se abrió dicho centro de recreo é ilustración, y el público acudió á él todas las noches, aunque siempre con el temor de que una granada francesa viniera á interrumpir la representación, pues el coliseo estaba situado en la zona de la ciudad á que alcanzaban los cañones enemigos.

La compañía que durante el sitio actuó en dicho teatro estaba compuesta por los primeros actores que entonces contaba España, notándose únicamente la ausencia del gran Isidoro Maíquez que, aunque buen patriota y un tanto comprometido en la jornada del 2 de Mayo, se había dejado halagar demasiado por el rey intruso y su corte y permanecía en Madrid donde el hambre no daba lugar á ocuparse de funciones teatrales.

Gran número de obras representábanse en el coliseo de Cádiz, tanto del antiguo teatro clásico como de origen más moderno; pero aunque las inspiraciones de Lope de Vega, Calderón, Tirso y Rojas eran acogidas con gran aplauso, éste no podía compararse con el que alcanzaba un comedión de efecto titulado *Las Vísperas Sicilianas,* pues según manifiesta un testigo presencial el entusiasmo patriótico de los espectadores era tanto que «el teatro se venía abajo cuando al sonido de la campana se arrojaban los sicilianos acaudillados por Juan de Prócida sobre los franceses y hacían en ellos horrible destrozo.»

Pronto los ingenios que estaban en Cádiz dieron obras nuevas para el teatro y el pueblo aplaudió la tragedia *Oscar*, del ilustre poeta y diputado D. Juan Vicasio Gallego, y *La Viuda de Padilla* de D. Francisco Martínez de la Rosa, que por el sentimiento liberal de que se hallaba impregnada alcanzó un éxito deslumbrador. Dicho poeta para probar la variedad de su talento, tras una tragedia tan entonada escribió la comedia *Lo que puede un empleo*, que durante muchas noches hizo las delicias del público el cual creía adivinar en sus tipos algunos personajes del bando servil y en especial al célebre clérigo Ostolaza.

Las aspiraciones políticas de aquel pueblo ilustrado que por desgracia estaba á mucha más altura en punto á cultura que el resto de España, se revelaron en el teatro con la aprobación que concedió á las obras.

El duque de Hijar escribió una obra alegórica titulada *El templo del Destino*, que fué oída con desagrado por los muchos pensamientos monárquicos en que abundaba y que oscurecían el mérito de sus buenos versos.

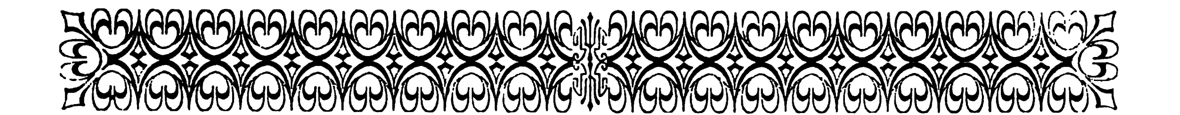
En cambio poco después, el ilustre D. Antonio Saviñón alcanzó un verdadero triunfo, poniendo en escena la traducción de la tragedia de Alfieri *Bruto primo*, con el título en castellano de *Roma libre*; «extremándose alguna vez más que el autor en varias doctrinas republicanas.»

Cuando al finalizar el primer acto de la tragedia era expelido Tarquino del trono y proclamada la República, el pueblo romano gritaba:

—¡Este es el primer día que vivimos!

—Cópielo el mundo y vivirán los pueblos!—contestaba Bruto con sublimidad y aquel público aplaudía al autor republicano, con tanto entusiasmo como por la mañana vitoreaba á los oradores revolucionarios de las Cortes.

El que un público como aquél desechara unas obras por sus pensamientos monárquicos y se entusiasmara con otras por su espíritu republicano, demuestra la honda huella con que iba marcando su paso el progreso y los adelantos efectuados por la revolución en tan poco tiempo.



CAPITULO XXII

La Constitución

La comisión encargada del proyecto de Constitución.—Presenta sus trabajos á las Cortes.—Procédese inmediatamente á su discusión.—Sublime aspecto que toma ésta.—Relación compendiada de las materias sobre que versaba la Constitución.—Sistema obstruccionista que oponen los reaccionarios.—Extraño preámbulo de la Constitución.—Declaración de la soberanía nacional.—Absurdo artículo contra los españoles originarios de Africa.—Declaración religiosa.—Razones que la justifican en parte.—Discusión sobre la división de Cámaras.—Nuevo Consejo de Estado, —Sistema electoral.—Honrada declaración de los diputados.—Desacertado acuerdo sobre reelecciones.—Discusión sobre el veto real.—Disposiciones sobre las facultades del rey.—Restricciones á su autoridad.—Orden seguido en la sucesión monárquica.—Reformas de la Constitución en el orden judicial.—La autoridad en los municipios y provincias.—El ejército y la marina.—La instrucción pública.—Título sobre reforma de la Constitución.—Jura y proclamación de ésta. —Interesante espectáculo que ofrece Cádiz.—Verdadero valor de la Constitución.—Infundadas críticas que se le han dirigido posteriormente.—Ruidoso manifiesto del ex-regente Lardizabal.—Procesamiento de éste y del decano Colón.—El diputado Valiente y el pueblo de Cádiz. Tentativas de la Infanta María Carlota para ocupar la Regencia.—Son desechadas sus pretensiones.—Nombramiento de nueva Regencia.—Juicio sobre la antigua.—D. Bartolomé José Gallardo.—Ira reaccionaria que provoca su «Diccionario crítico-burlesco.»—Alegría de Cádiz á pesar del bombardeo.—La Marsellesa española.

No podía ser tachada la comisión encargada de redactar el proyecto de constitución de premiosa en el cumplimiento de su deber. Tarea difícil de por sí era redactar la primer ley fundamental del Estado, armonizando en ella ciertos intereses de las instituciones que, aunque nocivas, todavía tenían cierto arraigo en la nación, con los de esta misma; pero aun resultaba aquélla más penosa en la necesidad de rebuscar los vestigios de las pasadas libertades españolas para dar más solidez en la opinión al nue-

vo código político, habiéndose aquellos esparcido y perdido durante los siglos de tiranía.

Argüelles fué el alma de aquella comisión y él trabajó más que ningún otro individuo en la redacción del proyecto, debiéndose también á su pluma el discurso preliminar de la Constitución, obra maestra de saber y pureza de estilo.

La comisión presentó á las Cortes sus primeros trabajos en 18 de Agosto y los últimos el 26 de Diciembre.

La lectura en el Congreso del prólogo escrito por Argüelles y de la primera parte del proyecto de Constitución fué interrumpida por rumores de aprobación, tanto de los diputados como del público, que veían en aquellas páginas realizadas sus aspiraciones.

Tanta fué la impresión que causó en la asamblea aquella lectura, que hasta los representantes más reaccionarios sintiéronse momentaneamente entusiasmados, y el presidente D. Juan José Guereña, á pesar de ser poco afecto á las reformas, influenciado por la opinión general, señaló la apertura de la discusión para de allí á siete días, marcando tan breve plazo para que el proyecto quedara impreso y fuera examinado por los diputados.

Duraron los debates cinco meses ó sea desde el 25 de Agosto al 23 de Enero de 1812, y á pesar de su gran proligidad, no decayeron ni un solo instante y todos los discursos fueron graves y solemnes, constituyendo su conjunto el mejor timbre de gloria de aquella institución que acometía la difícil y sublime tarea de regenerar la patria.

En dicha discusión vino á demostrarse una vez más lo falsas que eran las apreciaciones de los reaccionarios, que consideraban la ilustración como poco difundida en España, pues los muchos diputados que en aquella tomaron parte demostraron una capacidad sorprendente y una oratoria que sobrepujaba á ésta.

Los dos partidos que sintetizaban las diversas aspiraciones del país en aquella ocasión suprema riñeron empeñada é interminable batalla é hicieron uso de cuantas armas morales les proporcionó su inteligencia.

El partido antireformista ó *servil* valióse para expresar sus opiniones de Borrull, Iguanzo, Cañedo, Gómez Fernández, Dou, Guereña, el obispo de Calahorra, Mendiola, Fernández Leiva, López de la Plata y hasta del ridículo Ostoloza y el inquisidor Riesco, y en cuanto á la agrupación liberal tuvo por portavoces á oradores tan esclarecidos como Argüelles, Muñoz Torrero, Calatrava, Lujan, Toreno, Capmany, Gallego, Oliveros, García Herreros, Pérez de Castro, Espiga y Villanueva.

Todo cuanto en materias políticas y de derecho sabía la humanidad á principios del presente siglo fué expuesto por tales diputados en aquellas memorables sesiones, cuya relación no se puede leer sin experimentar la emo-

ción propia del que se encuentra ante un espectáculo sublime.

La comisión encargada de redactar el proyecto había agrupado los artículos en capítulos y éstos en títulos.

En la imposibilidad de insertar íntegra la citada obra, que es como la piedra angular del edificio de nuestra revolución, vamos á exponer, aunque sólo sea á la ligera, el texto de aquélla.

El primer título trataba de la nación española y de los españoles; el segundo del territorio de la Españas, religión, gobierno y ciudadanos españoles; el tercero de la formación de las Cortes y de sus atribuciones; el cuarto del rey y sus facultades; el quinto de los tribunales y de la administración de justicia en lo civil y criminal; el sexto del gobierno interior de las provincias y de los pueblos; el séptimo de las contribuciones; el octavo de la fuerza militar nacional; el noveno de la instrucción pública; y el décimo de la observancia de la constitución y modo de proceder para hacer variaciones en ella.

Por esta enumeración de las materias de los títulos se demuestra el espíritu liberal que predominaba en la Constitución.

Viendo los antireformistas que llegaba por fin el momento por ellos tan temido y que la Constitución iba pronto á ser un hecho, intentaron por todos los medios el evitarlo y para ello hicieron uso principalmente del obstruccionismo.

El diputado reaccionario D. José Pablo Valiente, que formaba parte de la Comisión constitucional, negóse á firmar el proyecto después de haberlo aprobado en el seno de dicha Comisión, creyendo iba retardar por este medio indefinidamente el debate. Al mismo tiempo, pareciéndoles que Guereña no era un presidente bastante enemigo de las reformas, lograron reemplazarle con D. Ramón Giraldo que creían por completo á su devoción.

Pero todos sus proyectos resultaron frustrados, pues la negativa de Valiente no impidió que comenzara el debate, y en cuanto á Giraldo, así que ocupó la silla presidencial declaróse decididamente en favor de las reformas é hizo cuanto pudo para evitar obstáculos á la discusión.

El partido reaccionario conoció pronto que son inútiles las maquinaciones, por hábiles que éstas aparezcan, cuando se oponen á las generales aspiraciones del país.

Natural resultaba que unas Cortes que en su primera sesión habían ante todo declarado la soberanía nacional, legislasen á nombre de ésta; pero muy al contrario la Constitución llevaba este extraño preámbulo:

«En nombre de Dios Todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, autor y supremo legislador de la Sociedad.»

Este encabezamiento, más propio de un auto de la Inquisición que de un documento que emancipaba al pueblo español de la opresión de los reyes y de la teocracia, resulta extraño tanto más si se considera que casi todos los

diputados liberales eran discípulos de Voltaire, aunque no claramente, y que entre ellos hasta los había con tendencias al ateísmo; pero si se estudia la época en que tal declaración se hacía, compréndese mejor el motivo de tan estrambótica manifestación.

Aquellos diputados que tales palabras dejaban pasar sin protesta, consideraban que no era todo el pueblo español como la multitud culta é ilustrada que se albergaba en Cádiz, y que más allá de la isla gaditana existía una nación ignorante y fanática sometida á la dirección del clero y á quien era necesario dar la libertad, para que la admitiera, envuelta en cierto ambiente religioso.

Causa verdadera lástima el pueblo de aquella época, tan heroico como degradando intelectualmente, que no podía deberse la libertad á sí mismo, teniendo que agradecerla á la Santísima Trinidad.

Tras una invocación de tal carácter, venía á poco el artículo tercero, declarando que «la soberanía reside esencialmente en la nación y por lo mismo pertenece á ésta exclusivamente el derecho de establecer sus leyes fundamentales y de adoptar la forma de gobierno que más le convenga,» manifestación democrática incompatible con el legislar en el nombre del celeste triunvirato y que echaba al suelo la protección política de éste.

Dicho artículo promovió una agitada discusión entre los dos partidos que con él debatían las doctrinas fundamentales de su credo político, y por fin fué aprobado por ciento veintiocho votos contra veinticuatro, aunque antes tuvo que suprimirse la parte del derecho de la nación *á adoptar la forma de gobierno que más le convenga*, por creer la mayoría de aquellos especiales revolucionarios y fervientes patriotas que envolvían una amenaza á la monarquía y una contradicción con el reconocimiento de Fernando VII por rey de las Españas.

El artículo que trataba de la demarcación del territorio nacional, era también de gran trascendencia, pues en él estaban comprendidas las posesiones americanas que seguían en abierta rebelión contra la metrópoli. A pesar de esto último, la Constitución las declaraba parte integrante de la nación, tanto como legítima consecuencia de lo anteriormente expuesto, como por ser las medidas de generosidad y benevolencia las más adecuadas para sofocar tan terribles insurrecciones.

Tan laudable conducta con los habitantes de las colonias, oscurecíase después en el artículo veintidos que era una tremenda inconsecuencia de todo lo anteriormente expuesto. Trataba este artículo de las condiciones necesarias en los españoles para gozar el derecho de ciudadanía y decía así una de sus partes:

«A los españoles que por cualquiera línea traen origen del Africa, para aspirar á ser ciudadanos, les queda

abierta la puerta de la virtud y del merecimiento; y en su consecuencia, las Cortes podrán conceder carta de ciudadano á los que hayan hecho servicios eminentes á la patria, ó á los que se distingan por sus talentos, su aplicación y su conducta; bajo condición, respecto de estos últimos, de que sean hijos de legítimo matrimonio, de padres ingenuos, de que estén ellos mismos casados con mujer ingenua y avecindados en los dominios de España y de que ejerzan alguna profesión, oficio ó industria útil, con un capital propio, suficiente á mantener su casa y educar sus hijos con honradez.»

Irritante y antiliberal resultaba este artículo, no solo por su contradicción con el resto de la ley que se discutía, sino porque venía á establecer la división de castas que es y ha sido el más negro borrón de la humanidad.

No podía pasar sin protesta tal artículo en el seno de una asamblea como aquélla, en la cual no solo se reunían grandes inteligencias, sino nobles y levantados corazones incapaces de transigir con la injusticia y el degradante privilegio; así es que fueron muchos los oradores que esgrimieron el arma de su elocuencia contra tan arbitraria declaración.

El querer que la diferencia de color y raza y la esclavitud de los padres pesarán sobre ciertos seres como una eterna maldición y que á pesar de todo su talento no pudieran gozar de los mismos derechos que el más obtuso habitante de la península, era un deseo propio de la Edad media y no del Congreso de un pueblo en revolución, justamente años después que la vecina nación había esparcido por toda Europa, como dogma irrebatible, la igualdad entre todos los humanos.

—Ni aun entre los griegos,—decía el diputado Alcocer protestando de dicho artículo,—que fueron los más rígidos en esta materia del derecho de ciudad, se requería el origen remoto, bastando el próximo; esto es, nacer de padres naturales.

El conde de Toreno fué quien más enérgicamente y con mayor copia de razones rebatió el proyecto, y en una parte de su elocuente discurso exclamaba así:

—Supongamos que un habitante libre de San Salvador del Congo atraído por la dulzura de las costumbres europeas, se adhiere á los católicos de quienes es aquella colonia, perteneciendo á la nación portuguesa; recibido el bautismo se traslada á Portugal y después, ó con bienes que tuviese, ó con otros que hubiese adquirido, para otro punto de la península, donde en vida cristiana, con su aplicación, conducta y trabajo subsiste por espacio de diez años. En esta época es ya español según la ley, y este español sin embargo no es ciudadano; se casa, tiene hijos que llegan á la mayor edad; y sin embargo este español y sus hijos no son ciudadanos. ¿Qué causa hay pues? ¿Qué urgentísimos motivos existen para que estos origi-

narios del Africa sean excluidos de los más preciosos derechos del hombre libre? ¿Qué *causa leonis*, plaga ó constelación infausta cobija al Africa, que no cubre á la Europa, á la América y al Asia? Los originarios del Africa española no son ciudadanos; vendrá un francés y éste será ciudadano: aquellos no, éstos sí...

Los diputados liberales, entre ellos Argüelles, que había redactado el proyecto, defendieron el artículo aun á riesgo de ponerse en contradicción con las doctrinas políticas que profesaban, y su principal argumento fué que estando los españoles procedentes de Africa en un estado tan degradante de ignorancia, resultaba peligroso para el bien de la nación el concederles los derechos de ciudadanía. Apoyáronles en esta opinión los reaccionarios, por espíritu de partido, y gran parte de los diputados americanos que, como buenos criollos, no querían se igualaran con ellos en derechos los coloniales de raza negra, y al fin se aprobó el artículo, aunque haciendo en él algunas modificaciones, tales como cambiar la fórmula de «*A los españoles que por cualquiera línea traen origen del Africa*» por la de «*que por cualquiera línea son habidos y reputados por originarios de Africa*» y suprimir la ofensiva declaración de «*capital propio suficiente para mantener su casa y educar sus hijos con honradez*.»

El artículo doce del proyecto, decía así: «La Nación Española profesa la religión católica apostólica romana única verdadera con exclusión de cualquiera otra.»

Era tal la exaltación religiosa en aquella época, de la inmensa mayoría de los españoles, que á casi todos los diputados pareció débil la declaración y no bien manifestado el que quedaba prohibido otro culto, por lo cual devolvióse el artículo á la comisión para que lo reformara, lo que ésta hizo añadiendo que «perpetuamente sería la de la nación y que ésta la protegería con leyes sabias y justas prohibiendo el ejercicio de cualquiera otra.»

Esta nueva declaración nada nuevo venía á añadir y únicamente constituía una redundancia; pero aquellos buenos católicos quedaron satisfechos creyendo ya asegurado para siempre el catolicismo en España y cerradas todas las conciencias á la luz de la razón.

Justamente censurada fué y ha sido esta disposición por hombres eminentes tanto españoles como extranjeros; pero hay que tener en cuenta que aquellos ilustres diputados que habían emancipado su conciencia de los absurdos políticos todavía seguían sometidos á la tiranía religiosa, y que los atletas más notables del partido liberal eran en su mayoría sacerdotes y por tanto enemigos declarados de toda reforma que viniera á atacar por su base el poderío de la Iglesia.

Hombres había indudablemente en aquellas Cortes que no estaban confor-

mes con tal artículo; pero del mismo modo que al ser leído el extravagante preámbulo, callaron al conocer el artículo doce, comprendiendo cual era el estado moral del país y que una protesta de su parte á más de resultar inútil por la exigüedad del número de los que la sostendrían, sólo contribuiría á dar armas á los reaccionarios para hacer que el pueblo fanático é ignorante odiase la Constitución.

Las raíces que en tres siglos de poderío había extendido sobre el suelo nacional la teocracia no podía cortarse en un solo día, y además la declaración de que el Estado protegería la religión *«con leyes sabias y justas»* daba á entender que el nuevo régimen no estaba dispuesto á tolerar por más tiempo los tradicionales y absurdos abusos de la Iglesia.

De todas las discusiones que fueron produciendo las diversas partes de la Constitución, resultó la más empeñada la que se entabló sobre los títulos tercero y cuarto, que trataban de las atribuciones y facultades de las Cortes y del rey.

Como Argüelles al escribir el discurso preliminar y los demás diputados liberales que figuraban en la comisión al redactar el proyecto, habían tenido especial empeño en hacer aparecer el nuevo régimen únicamente como una continuación de las antiguas libertades, los reaccionarios al discutir el modo de estar formadas las Cortes, se valieron de sus propios argumentos para atacarlos en sus propósitos de establecer una Cámara única. Los antireformistas ya vimos que antes de reunirse las Cortes deseaban que éstas estuvieran divididas en los antiguos tres brazos, así es que al ver como los liberales hacían hincapié en el régimen político de la Edad media, volvieron otra vez á pedir en sus discursos el restablecimiento de la representación nacional dividida en tres Cámaras.

Los diputados Borrull, Inguanzo y Cañedo fueron los que con más ahinco atacaron el artículo que establecía la Cámara única, distinguiéndose en la defensa de éste Argüelles, como ponente, y Giraldo y el conde de Toreno.

Este último sobre todo fué el que más se hizo notar, atacando el proyecto presentado por lo antireformistas de constituir una Cámara privilegiada de nobles y prelados frente á la popular.

—Esta Cámara,—decía el joven orador,—se ha de componer de todos los nobles ó de solo los grandes; si de todos los nobles ¿cómo se ha de hacer la elección? Si es con igualdad en todas las provincias ¿no se tendrán por agraviadas las del Norte que abrigan un número infinitamente mayor de nobles que las del Mediodía? Si al contrario se les da una representación con arreglo á la nobleza que tienen, ¿no se quejarán éstas de la preponderancia que necesariamente han de tener las otras en la Cámara alta? Además, ¿cómo ha de verificarse la elección? ¿cómo se ha de saber los que son no-

bles y los que no lo son?... Si la representación no se compone sino de grandes, ¿dónde han de ser representados los demás nobles? No en la Cámara baja que debe componerse de gente de la plebe según los señores preopinantes; tampoco en la alta, pues entonces les está prohibida la entrada. ¿Y qué delito han cometido para esta nulidad política? ¿Y qué representación cabrá á la América si la Cámara es solo de grandes? Ya sabemos que allí apenas se conocen grandes.

Estos argumentos que todavía reforzaron más otros oradores y al mismo tiempo la opinión pública que se mostraba contraria al establecimiento de una Cámara privilegiada, decidieron á casi todos los diputados por la permanencia de la Cámara única y el artículo en que así se consignaba fué aprobado por ciento doce votos contra treinta y uno.

En sustitución de la alta Cámara, creóse un nuevo Consejo de Estado compuesto de cuarenta miembros inamovibles, de los cuales cuatro eran nombrados por la nobleza, otros tanto por el clero y los restantes escogidos por el rey de una triple lista que le presentaría el Congreso, guiándose al hacer su elección por los servicios que hubieran prestado á la patria ó la sabiduría que tuvieran acreditada.

A dicho organismo le estaban vedadas las funciones legislativas, y todos sus trabajos se reducían á aconsejar al soberano en los asuntos graves y especialmente para dar ó negar la sanción á las leyes, declarar la guerra ó ajustar los tratados internacionales. También estaba facultado el Consejo para proponer en terna la provisión de los beneficios eclesiásticos y de las vacantes en el cuerpo judicial.

La creación de este cuerpo, á pesar de ser de utilidad algo discutible, agradó á todos los diputados, pues los reaccionarios vieron en él una distinción tributada á la aristocracia y los liberales un freno para las aspiraciones ilegales del poder ejecutivo, pues aunque la Constitución establecía que el soberano no venía obligado á seguir las indicaciones del Consejo, confiaban en que aquél nunca llegaría á despreciar lo que éste le manifestara ni á mostrársele en abierta oposición.

Otro de los puntos que trataba la Constitución era el método de efectuarse la elección de los diputados. Cada uno de éstos debía ser nombrado por circunscripciones que contuvieran setenta mil almas y su elección se haría por sistema indirecto, pasando por los tres grados progresivos de que ya hablamos al tratar de la reunión de las Cortes; primero eran votados los compromisarios ó electores fundamentales, éstos designaban á los de parroquia y los de partido y los últimos nombraban los diputados que correspondían á la provincia.

No era este sistema muy democrático, pues la voluntad de los electores se torcía al pasar por tales trámites; pero poseía la ventaja de que su base no podía ser más popular, pues para

llegar á compromisario, sólo se necesitaba tener veinticinco años, ser vecino del lugar donde se verificaba la elección y gozar los derechos de ciudadanía. No era menos amplia la Constitución en punto á las condiciones necesarias para ejercer el cargo de diputado, pues para ello bastaba ser mayor de edad y haber nacido en la provincia que iba á representar ó residido en ella siete años. Más adelante se estableció que los diputados para seguir ejerciendo su cargo gozaran cierta renta procedente de bienes, siendo verdaderamente notable que mientras los liberales asintieron á esta injusta determinación, los reaccionarios y especialmente Borrull, protestaron de ella, diciendo que por este medio sólo los ricos llegarían á poder representar la nación, lo que constituiría un irritante privilegio.

Los altos funcionarios del Estado quedaron excluidos de poder representar á la nación en las Cortes sopena de perder sus cargos, y tal prohibición hízose extensiva en parte á los empleados públicos que no podían ser elegidos por las provincias donde prestaban sus servicios.

A los ministros se les permitía que asistieran á las sesiones de las Cortes y aun hacer en ellas uso de la palabra, pero obligándoles á que abandonaran el local de la Asamblea apenas se iniciare una votación.

Firmes además las Cortes en el acuerdo que algún tiempo antes habían tomado á propuesta de Capmany, insertaron en la Constitución un artículo estableciendo que «no pudiesen los diputados admitir para sí, ni solicitar para otro, empleo alguno de provisión real, ni ascenso sino los de escala durante el tiempo de su diputación, ni tampoco pensión ni condecoración hasta un año después.»

Este artículo podía producir algún perjuicio á la nación, privándola por cierto tiempo de hábiles y leales servidores; pero en cambio tenía la notable ventaja de aumentar el prestigio honrado de las Cortes y fomentar la moralidad política, tan excesiva en los hombres públicos de aquella época como escasa en la mayor parte de los que les han sucedido hasta el presente.

La Constitución establecía que las Cortes debían reunirse todos los años en la capital de la nación y en determinado día, sin necesidad de convocatoria real, y cada legislatura duraría tres meses, á no pedir el soberano una prórroga que podría ser de un mes más.

Correspondía la iniciativa de las leyes únicamente á los diputados y contra las resoluciones acordadas precipitadamente se tomaban varias y acertadas disposiciones.

El tiempo que duraría la diputación debía ser de dos años y se renovaría ésta por entero, sin que fuese válida la reelección.

Argüelles, comprendiendo los peligros que corría el nuevo régimen al prohibirse la reelección de los diputa-

dos, había consignado en el artículo ciento diez del proyecto que «podrían ser reelegidos los diputados para las Cortes sucesivas, pero no se les obligaría á aceptar el cargo.»

Votóse este artículo en la forma expresada y sólo fué desechado por una mayoría de dos votos. La mayor parte de los diputados estaban resentidos por las murmuraciones de los reaccionarios que les acusaban de querer vincular perpetuamente en sus personas el encargo de representar á la nación. Este mal entendido sentimiento de dignidad los movió á pedir que los diputados no fueran reelegibles, acuerdo que originó grandes males, como más adelante veremos, y que dos años después fué la principal causa de la pérdida momentánea de la libertad y el eclipse de la revolución.

Aunque sea triste el confesarlo, debe decirse que en aquella época no había en España suficiente número de personas ilustradas y amantes de la libertad para sustituir á los actuales diputados, y de aquí que las segundas Cortes estuvieran compuestas en su mayoría de reaccionarios que en vez de sostener las conquistas revolucionarias se apresuraron á anularlas.

Las Cortes en aquella Constitución se reservaban injustificadamente facultades que, posteriormente en tiempos de política doctrinaria, han pertenecido al poder ejecutivo. Estas eran la ratificación de los tratados de alianza ofensiva y defensiva, de subsidios, de comercio, las ordenanzas para los ejércitos de mar y tierra, la enseñanza pública y en particular la del príncipe heredero de la corona.

Era tanta la unanimidad de los diputados en considerar estos asuntos como muy importantes para la nación y que á nadie más que á ella correspondía tratarlos, que ninguno de los antireformistas mostró oposición á dichos artículos.

Establecía además el nuevo Código político que el rey pudiera oponer su voto á las Cortes hasta por tercera vez, pero que después éstas quedaban facultadas para dar á sus decisiones el carácter de leyes aun cuando les faltaran la sanción real.

Al tratar este punto importantísimo, volvióse otra vez al artículo quince, cuya discusión se había aplazado para dicho lugar y que decía así: «La potestad de hacer las leyes reside en las Cortes con el rey.»

No podía ser más absurda esta amalgama que ingería al poder ejecutivo en las funciones del legislativo, y muchos diputados protestaron de ella, especialmente el conde de Toreno que la combatió en un elocuente discurso, pidiendo se borrara la frase *con el rey*.

Decía el joven y fogoso orador que el veto en vez de ser como algunos pretendían el lazo de unión entre los poderes legislativo y ejecutivo era el medio de separarlos, creando entre ambos un cruel antagonismo, y que si el rey insistía en poner el veto á las leyes, el conflicto resultaría grande,

porque siendo las Cortes expresión de la voluntad nacional, el soberano quedaría en abierta oposición con ésta y por tanto divorciado de su pueblo. En cuanto á lo que manifestaban algunos diputados de que el veto serviria para remediar los males que pudiera ocasionar la precipitada aprobación de ciertas leyes, Toreno oponia que más práctico y racional era fijar en el Congreso cierto espacio de tiempo entre su discusión y aprobación, mientras que el veto era un perpetuo peligro, pues más probabilidad existía de que el rey propendiese al absolutismo que las Cortes á la democracia.

—¿De qué tenemos más ejemplos en España?—exclamaba el orador,—¿De qué acabamos nosotros de ser víctimas? ¿No es probable que en una nación donde hay espíritu público, en donde el rey concede los empleos, tiene á su disposición la fuerza armada y en su favor todo lo que obliga á los hombres á alucinarse y rendirse ante su poder; no es probable digo, que el rey, si quiere, pueda abusar con más facilidad y dar al través con la libertad? ¿Por ventura la história no corrobora esta verdad en todas las naciones antiguas y modernas? ¿Cómo acabó en Aragón y como feneció en Castilla?...

Más adelante en el curso de su peroración exclamaba indignado el elocuente conde:

—¿No es un absurdo que sólo una voluntad detenga y haga nula la voluntad de todos?...

Este homenaje que al sentido común tributaba el orador, á pesar de su incontrastable fuerza, no logró vencer la obstinación de los diputados empeñados en poner trabas á la voluntad nacional que ellos representaban.

Los liberales, exceptuando á Toreno y unos pocos, sostenían el veto suspensivo. Causan lástima aquellos revolucionarios que deseaban avanzar en el camino del progreso; pero que á cada paso se detenían como asustados y, haciendo grandes esfuerzos, pretendían armonizar las absorbentes aspiraciones de la monarquía con los intereses de la libertad aun á trueque de ponerse en contradicción con sus doctrinas.

A pesar de la elocuente y razonada oposición antes mencionada, fué conferida al monarca la facultad del veto, contrastando esta decisión con el nombramiento para los interregnos parlamentarios de una comisión permanente á semejanza de la establecida por las Cortes aragonesas. Aunque las atribuciones de esta comisión no estaban bien determinadas, quedaba facultada para fiscalizar los actos del poder ejecutivo, pues tal daba á entender su encargo de velar por la observancia de la Constitución. Además podía convocar á Cortes extraordinarias en casos tales como quedar vacante la corona, abdicación ó imposibilidad del rey, ó algún accidente extraordinario, no pudiendo en este último caso la asamblea tratar de otro asunto que el que hubiera promovido la reunión.

El título IV de la Constitución versaba sobre la autoridad ó inviolabili-

dad del monarca, del orden de sucesión en la corona, y del sistema general de administración. El rey tenía el pleno ejercicio del poder ejecutivo, pero debía someterse al poder legislativo, superior al suyo, pues estaba obligado á presentarse ante las Cortes á dar cuenta de sus actos.

La facultad que la Constitución concedía al monarca de declarar la guerra y hacer la paz, pareció con razón, á algunos diputados, excesiva en extremo y opuesta al principio de la soberanía nacional. Calatrava y el conde de Toreno se opusieron durante cuatro sesiones á tal determinación, sosteniendo que las Cortes, como representación de la nación, debían entender en tan transcendental materia, pero el Congreso, al votar, mostróse favorable al proyecto y quedó por tanto desechada la proposición de aquellos diputados.

Junto á las facultades excesivas concedidas al poder ejecutivo, puso la Constitución las restricciones. Quedaba por ellas prohibido al rey el impedir la reunión de Cortes en los días señalados, é igualmente suspenderlas, disolverlas ó embarazar sus disensiones, y se le amenazaba en caso contrario con la pena de ser declarado traidor á la patria, tanto él como los que le aconsejasen ó prestasen su auxilio. Igualmente le quedaba vedado el ajustar alianzas ofensivas ó tratados de comercio, sin autorización de las Cortes; el atentar á la libertad individual, en cuyo caso sería castigado igualmente el juez que ejecutase la orden, el contraer matrimonio y el ausentarse de la nación sin permiso del Congreso, entendiéndose, en caso contrario, que tácitamente renunciaba la corona. El príncipe de Asturias como heredero del trono, quedaba también comprendido en tales prohibiciones.

El orden de sucesión al quedar el solio vacante, fué asunto que se discutió en sesión secreta, por creer que así lo exigían las circunstancias que atravesaba la nación.

El método adoptivo para la sucesión fué el ordinario, prefiriendo siempre la línea recta á los varones de otras ramas y en dicha línea el varón á la hembra. Además estableciose que cuando una mujer ocupase el trono, no pudiera casarse sin permiso de las Cortes y que su marido no ejerciera ninguna autoridad sobre el reino.

Con estas disposiciones quedaba abolida solemne y cumplidamente la ley Sálica, introducida en España por Felipe V y después anulada en secreto en la parodia de Cortes celebradas en 1789.

En la discusión secreta que se promovió al tratar tal cuestión, notóse que los que mayor ardor y vehemencia mostraron al pedir la anulación de la ley Sálica fueron los diputados antireformistas, algunos de los cuales, veinte años después, habían de defender entre el fragor de una sangrienta guerra civil los derechos á la corona del titulado Carlos V, fundándolos en la misma ley favorable á los varones.

que ellos se mostraron más dispuestos que nadie á anular.

Las Cortes se reservaron el derecho de señalar al principio de cada reinado y conforme á la situación del tesoro público, la dotación de la casa real, sin tener en cuenta para ello los bienes que los monarcas hubiesen heredado de sus antecesores.

En la nueva Constitución el poder ejecutivo para llenar sus funciones, quedó dividido en siete ministerios, siendo éstos de Estado ó relaciones extranjeras, de la Gobernación interior de la península, de Ultramar, de Gracia y Justicia, de Guerra, de Hacienda y de Marina. Todos los ministros quedaban responsables ante las Cortes de los decretos que refrendaran con su firma, sin servirles de excusa el mandato del rey, y al mismo tiempo establecíase que fuera nula toda providencia que no apareciera suscripta por el ministro del ramo. La organización de los tribunales superiores, ocupaba en la Constitución un título que se dividía en tres partes, tratando éstas: de reglas generales, de la administración de justicia en lo civil y de la misma en materia criminal. Dichos tribunales quedaban excluidos de tratar los asuntos económicos y gubernativos como hasta entonces lo habían hecho, y se les declaraba inamovibles, no pudiendo sus individuos ser desposeídos de su cargo más que por causa probada y sentenciada, con lo que quedaba el poder judicial algo independiente de los demás.

Establecíase que ningún español podría ser juzgado sino por el tribunal competente; pero esta reforma notable quedó incompleta al dejarse en pié los fueros eclesiástico y militar. García Herreros y Calatrava pidieron repetidamente la anulación de éstos, pero sus palabras fueron desoídas y se aprobó la continuación de aquel privilegio con el cual subsistía la injusta ley de clases y se hacía patente el tremendo absurdo de que la justicia no debía ser la misma para todos los seres.

El Tribunal Supremo quedaba facultado para juzgar á los ministros cuando las Cortes los sujetasen á proceso, intervenir en las causas de separación de altos funcionarios y en los asuntos concernientes al real patrimonio.

Como organismos del poder judicial establecíanse las audiencias, en los distritos que las Cortes señalarían, los jueces de primera instancia, que estarían en todos los distritos únicamente para lo contencioso, y los alcaldes, que serían nombrados por los pueblos con facultad de tratar las cuestiones económicas. Además reconocíase el derecho á todo español para terminar sus cuestiones por medio de árbitros nombrados por ambas partes y se dió á los alcaldes el carácter de jueces conciliadores, no pudiendo entablarse ningún pleito sin antes hacer constar que se había acudido en vano á la conciliación.

Como se ve, estas disposiciones es-

taban inspiradas en un deseo laudable, como era evitar en lo posible los litigios, causa casi siempre de sinsabores y ruinas.

La misma aspiración se delataba en los artículos que trataban de materia criminal. Ningún ciudadano podía ser preso sin una previa información sumaria del delito y una orden del juez que sería leída á aquél en el acto de prenderle; se le haría prestar declaración en el término de veinticuatro horas y no podría ser conducido á la cárcel si presentaba fiador en los términos prescritos por la ley. Los funcionarios judiciales debían hacer frecuentes visitas á las cárceles, obligando á que comparecieran ante su presencia todos los que en éstas estuvieran encerrados para que manifestaran sus reclamaciones ó quejas; y quedaba prohibido terminantemente el emplear con los procesados las pruebas de tormento ó apremio, así como la confiscación de sus bienes. Además establecióse que la vivienda de ningún ciudadano no pudiera ser allanada más que en los casos prescritos por la ley.

En cuanto á la importante cuestión del jurado para toda clase de delitos, las Cortes no se atrevieron á tratarla y se contentaron con manifestar, en uno de los artículos, que más adelante se determinaría la época en que debían funcionar los jueces de hecho y de derecho.

Los ayuntamientos quedaban encargados del gobierno interior de los pueblos y las diputaciones provinciales del de las provincias. Los primeros debían ser nombrados por los vecinos que constituyeran el Municipio y las segundas por los electores del partido, debiendo renovarse por mitad aquéllos todos los años y éstas cada dos.

Innecesario es que queramos demostrar la importancia de tal medida. El Municipio es el principal elemento constituyente de la nación y si no goza de libre y robusta vida, mal puede ésta prosperar ni hacer progresos. Además, con tales medidas, quedaban abolidos los regidores perpetuos, cargos vinculados en ciertas familias que á la sombra del privilegio medraban, saqueando á sus conciudadanos.

En cuanto á las diputaciones provinciales, ventaja fué y no pequeña la que produjo su establecimiento, pues después del luctuoso período de absorbente tiranía, dió cierta personalidad á las regiones; pero si para aquella época de atraso político tales disposiciones suponían un progreso, para la actual son inútiles y nocivas, pues la nación sólo puede gozar de vida próspera y estar asentada sobre sólidas bases disponiendo provincias y municipios de una completa autonomía, tanto en el orden político como en el administrativo.

Además la reforma quedaba bastante desvirtuada con la concesión que se hacía al rey de poder suspender las diputaciones provinciales dando después cuenta á las Cortes.

En lo referente á la hacienda pública, disponíase que todo impuesto

no votado en Cortes fuera nulo, así como se ordenaba la presentación anualmente de los presupuestos, que sólo existiera una tesorería para todo el reino, que la hacienda estuviera independiente de los demás ramos y que no quedaran aduanas más que en las fronteras y costas, retardándose la ejecución de esta reforma para cuando determinaran las Cortes ó sea al finalizar la guerra.

El Congreso debía fijar todos los años el contingente de los ejércitos de mar y tierra, y se hacía obligatorio el servicio militar para todos los españoles, quedando abolidas para ser oficial las pruebas de nobleza que antes se exigían con mengua de los guerreros valerosos pertenecientes á la clase popular.

En cada provincia creóse la milicia nacional como salvaguardia de la libertad en tiempos de paz y auxiliar del ejército en los de guerra, quedando el poder ejecutivo privado de emplear tales fuerzas fuera de su territorio sin previa autorización de las Cortes.

La instrucción pública ocupaba otro título de la Constitución. En él ordenábase el establecimiento de escuelas de primeras letras en todos los pueblos de la nación, y asimismo de universidades y de una dirección que reglamentara la enseñanza y velara por su fomento. Este título terminaba con una reforma tan laudable como la libertad de la imprenta suficientemente amplia para entonces y capaz de fomentar la ilustración, así como de guardar al nuevo régimen de ataques encubiertos. Establecíase además que en las universidades se explicara la Constitución á los escolares y que desde 1830 para alcanzar los derechos de ciudadanía, fuera necesario saber leer y escribir.

El último título de la Constitución estaba dedicado exclusivamente á consignar los medios de conservar dicha ley fundamental.

Al principio de cada legislatura las Cortes debían pasar revista á los actos del poder ejecutivo durante el interregno parlamentario y examinar si se habían infringido los preceptos constitucionales, para lo cual se concedía á todo ciudadano el derecho de petición.

En cuanto á la reforma constitucional establecíase que hasta ocho años después no pudiera alterarse su texto y espíritu, y aun al cumplirse dicho plazo debía procederse á la revisión con expreso mandato de las provincias.

Los reaccionarios, que deseaban matar aquel régimen liberal que nacía tan contra sus deseos, opusiéronse á esta disposición por creer el plazo demasiado largo; los liberales avanzados protestaron también por creerlo corto, y los diputados americanos porque en las próximas Cortes esperaban ser más numerosos y por medio de una reforma constitucional lograr la emancipación de las colonias ó por lo menos apresurarla.

Pero á pesar de esta oposición el título fué aprobado y con esto terminó la discusión de aquella ley que tan por completo venía á cambiar la faz política de la nación.

El 23 de Enero de 1812 quedó totalmente aprobada la Constitución y las Cortes fijaron los días 18 y 19 de Marzo para las solemnidades de su jura y promulgación.

Hermoso espectáculo el que moralmente ofreció Cádiz en aquellos dos días que perpetuamente recordarán un suceso memorable.

Leído en sesión plena de las Cortes uno de los dos ejemplares que debían ser firmados por los diputados, preguntó un secretario en medio del más absoluto silencio.

—¿Es esta la constitución que las Cortes generales y extraordinarias han sancionado?

Contestaron afirmativamente los diputados y el numeroso público que llenaba las galerías prorumpió en murmullos que demostraban su satisfacción.

Acto seguido el presidente pronunció un largo discurso congratulándose del hecho que las Cortes estaban efectuando y fué tal la impresión que sus palabras causaron en los oyentes que según se lee en el *Diario de Sesiones* «El brillante y numerosísimo concurso de españoles de todas clases y provincias que ocupaban la galería y los palcos, testificó con repetidas palmadas y afectuosos vivas las dulces y patrióticas emociones que habían experimentado sus leales corazones al oir la antecedente arenga.»

Inmediatamente procedióse á la firma de los dos ejemplares de la Constitución, uno de los cuales debía quedar guardado en el archivo de las Cortes y el otro entregado á la Regencia. Entre aquellos diputados que escribían su nombre al pié de tan importante obra política, los había de países tan lejanos como el Perú y Filipinas.

Al día siguiente, 19, preferido por ser el aniversario de la subida al trono de Fernando VII, procedióse á la jura y promulgación de la Constitución.

Reunidas las Cortes, un secretario ocupó la tribuna y dijo así:

—¿Juráis guardar la Constitución política de la monarquía española que estas Cortes generales y extraordinarias han decretado y sancionado?

Puso entonces el presidente una mano sobre los Evangelios y contestó: —Sí, juro.—Después fueron jurando en el estrado presidencial de dos en dos todos los diputados, mientras el secretario recitaba la tradicional fórmula:—Si así lo hiciereis, Dios os lo premie, y sino os lo demande.

Al poco rato penetró en el salón de sesiones la Regencia acompañada de una comisión de diputados que había salido á recibirla, y seguida de una numerosa comitiva formada por grandes de España, embajadores de las naciones aliadas y jefes militares de gran graduación, tanto de nuestro ejército como extranjeros.

Juró entonces la Regencia y el

presidente la recomendó el puntual cumplimiento de la Constitución, á lo que contestaron los regentes que todos sus esfuerzos se dirigían á observarla y hacerla ejecutar.

Después Cortes y Regencia salieron en procesión, encaminándose á la iglesia del Carmen, para conmemorar el suceso con una solemnidad religiosa, pues la Catedral se hallaba en punto muy expuesto á los tiros de las baterías francesas.

Las calles rebosaban un gentío inmenso, y las tropas formadas en la carrera tenían que hacer grandes esfuerzos para conservar libre el paso á la comitiva. Los diputados iban formados de dos en dos, y cerraban la marcha el presidente de las Cortes que llevaban á ambos lados á los regentes.

Por una rara coincidencia, aquel día, aniversario de la subida al trono de Fernando VII, era el del santo del intruso rey José, y al mismo tiempo que los cañones franceses disparaban en honor de su soberano, las baterías españolas saludaban con atronadores estampidos el nacimiento de la Constitución.

Desde las primeras horas de la mañana que el cielo estaba encapotado y con señales de una próxima y fuerte tempestad, y al salir la procesión de las Cortes se desató furioso el viento y comenzó á caer sobre Cádiz una lluvia torrencial.

A pesar de esto, la inmensa muchedumbre siguió impavida en su sitio y aquellos hombres ilustres que acababan de dar á su patria un monumento político digno de veneración en aquella época, pasaron graves y tranquilos por las calles de la ciudad bajo el agua de las nubes, las bombas de los franceses y aclamados por el pueblo que á cada estampido de los cañones contestaba con vivas á España y la Constitución.

Una vez en la iglesia del Carmen la comitiva, luego de presenciar otras solemnidades religiosas, oyó el *Te Deum* cantado por el cardenal de Borbón, y después se disolvió volviendo las Cortes y la Regencia á sus respectivos locales.

Los embajadores de las potencias aliadas, las corporaciones, los tribunales, la oficialidad del ejército y la armada, los comerciantes más renombrados, los literatos y artistas más distinguidos y cuanto en resumen encerraba Cádiz de más notable y respetado, fueron en diversas comisiones al palacio de la Regencia para felicitar á ésta por el nuevo régimen político adoptado por la nación.

Un grupo de diputados comisionado por las Cortes fué también á dicho punto para entregar al gobierno el ejemplar firmado que le correspondía y á la vuelta el obispo de Mallorca que había presidido la comisión exclamó así, dirigiéndose al Congreso y con la más profunda emoción:

—Señor: Acabamos de cumplir el encargo que V. M. se ha dignado confiarnos. A nombre de V. M. he-

mos presentado á la Regencia del Reino la Constitución política de la monarquía española que V. M. ha firmado en este día y el Soberano Decreto con que se sirve mandar su observancia y puntual cumplimiento. La Regencia ha recibido con el mayor respeto y entusiasmo entrambos documentos y ofrecido guardar las sagradas instituciones contenidas en el inestimable Código de nuestra regeneración política en el más firme garante de nuestra libertad y hacerlas guardar en los vastos dominios españoles.

. . . .

«No lo hemos extrañado, señor, porque á la verdad ¿quién no ha de sentirse conmovido en un día tan feliz? En el único plausible y venturoso día que haya visto nuestra nación, la ínclita, la invicta España, en un día que eterniza la memoria y la inimitable beneficencia de V. M.

. . . .

»Yo quisiera decir más, pero ¿á qué, siendo ya tan tarde causar á V. M. y á tan respetable público? Conténtome, pues, con exclamar: ¡Loor eterno, gratitud eterna al Soberano Congreso Nacional! ¡Reconocimiento perdurable á los señores individuos de la anunciada comisión! ¡Ya feneció nuestra esclavitud! Compatriotas míos en las cuatro partes del mundo, ya hemos recobrado nuestra dignidad y nuestros derechos. ¡Somos españoles! ¡Somos hombres libres!»

Este último período de la arenga produjo honda emoción en el público y la sesión terminó con frenéticos vivas á la libertad é interminables salvas de aplausos.

Por la tarde procedióse á la publicación de la Constitución, y de las Casas Consistoriales salió una lucida comitiva presidida por el gobernador de Cádiz, que era el insigne marino don Cayetano Valdés, y compuesta de los magistrados de la audiencia, los cuatro reyes de armas, gran número de conocidos militares y el Ayuntamiento; yendo precedida por los timbaleros de la ciudad, los alumnos de la escuela de Caballería y fuertes piquetes de todos los batallones de Voluntarios y Milicia Urbana.

Llegada la comitiva á la plaza de la Aduana, entró el gobernador Valdés en el palacio de la Regencia para saludar á sus individuos y recoger el ejemplar de la Constitución, y una vez entregado éste subieron todos los invitados á un gran tablado levantado en el centro de dicha plaza y sobre el cual se destacaba un retrato de Fernando VII cubierto con negro crespón.

Al descubrir Valdés el retrato, sonaron los clarines, presentaron las tropas las armas, y la multitud que presenciaba el acto sufriendo la fuerte lluvia prorumpió en un atronador viva. Acto seguido uno de los reyes de armas dió lectura á la Constitución en medio de un completo silencio sólo interrumpido por los lejanos cañonazos.

Al terminar la lectura, volvieron á reproducirse las estruendosas aclamaciones, y Valdés tornó á cubrir el retrato del monarca repitiéndose todo aquel acto en otros tres puntos de la ciudad.

A pesar de que el temporal no cesaba, la animación ni un solo instante llegó á debilitarse y el pueblo ocupó las calles dando vivas y entregándose al más loco regocijo hasta altas horas de la noche.

Los periódicos de Cádiz celebraron el suceso con notables y entusiastas artículos, llamando entre todos la atención pública *El Diario Mercantil*, con una sátira anónima dirigida al rey José, que pronto se hizo popular, y en cuyos versos se adivinaba la mordaz musa del poeta Arriaza (1).

Inútil es que encarezcamos el entusiasmo con que las provincias aco-

---

(1) Como una muestra de los sentimientos que animaban en aquella época á los españoles y de la tranquilidad con que llevados del patriotismo calumniaban á sus enemigos, reproducimos la citada poesía, tanto por su mérito satírico como porque la hace digna de figurar en la historia la inmensa popularidad que entonces alcanzó.

«Al ínclito señor Pepe, rey (en deseo) de las Españas, y (en visión) de sus Indias.

Salud, gran rey de la rebelde gente,
salud, salud, Pepillo diligente
protector del cultivo de las uvas
y catador experto de las cubas;
hoy te celebra mi insurgente mano
desde el grandioso emporio gaditano;
y sin quebrarme mucho la cabeza
al momento tropieza
mi pluma con tus raras cualidades;
no llenaré el papel de vaciedades,
como hacen á tu lado esos señores,
necios aduladores
de tu persona y derrengado trono,
que te dejan corrido como un mono,
celebrando virtudes que no tienes,
y coronan tus sienes
con laureles de Marte, ó bien de Apolo,
cuando al tirso de Baco aspiras solo.
Y si ellos alabaran tu constancia,
que viendo perecer á España y Francia,
con tal que á tí la china no te toque,
no te conmueves más que un alcornoque.
si ensalzara su fértil fantasía
la extraña y paternal *filantropía*,
que en tus queridos súbditos se estrena
ahorcando cada día una docena...
si hablaran del ardor con que apadrinas.
. . . .
y frailes que prediquen tus virtudes,
en tal caso no dudes
que pudieran charlar de tí sin fin
Estala, Arribas, Suelto, Moratín.
En elogiarte cuerdo,
se presenta á mis mientes el recuerdo
de tu triunfante entrada
en la española corte consternada ..
Mas no comprendo yo por qué motivo
te recibió con rostro tan esquivo.
Ibas muy serio, á modo de bamboche
arrellenado en el pomposo coche,
y tus largas orejas recreabas
con la alegre algazara que escuchabas
en francés, en tudesco, en italiano,
en todo idioma excepto el castellano,
del lucido tropel de sarteneros,
roncos amoladores, tahoneros,
cuya lengua á porfía
vive le roi con alta voz decía.
Mas dudo mucho que tus ojos reales
diesen de su placer grandes señales,
al ver el fiero ceño
del diabólico pueblo madrileño;
al que, á pesar de tus dragones fieros,
tus húsares, gendarmes, coraceros,
ruido de sable, estruendo de cañon
no puedes reducir á la razón.
Y si por fin, el resto de la España,
por la fuerza o la maña
á tu partido reclutar pudieras,
de tan agrio desdén te repusieras;
más se obstina esta gente endemoniada
en que no quiere ser *regenerada*.
Y luego esos ingleses testarudos,
que si nos ven desnudos
envían ropa... ¡faltan los fusiles?
ellos los traen á miles.
pregúntale á *Massena*,
si recibió en París la enhorabuena
cuando antaño volvió de Portugal,
y después de aquel chasco tan fatal
el tío *Mina*, y otros bergantones
por poco no le dejan sin calzones.
Pero, ya digo, somos tan paletos
que no pueden entrarnos los decretos,
en que por nuestro bien te despepitas,
y en sosiego ponernos solicitas.
Mas porque no se diga que te arredras,
predicaste en *Logroño*, y á las piedras
tus elocuentes frases ablandaran,
si sentido las piedras albergaran:
y tanta mella hicieron tus sermones,
como en *Cadiz* los nuevos *morterones*,
ó las arengas que *El Censor* predica,
contra la santa ley, que hoy se publica (1).
Abandona á tu suerte miserable
esta ralea tosca, detestable,
que en vez de respetarte,
y con rendida sumisión nombrarte
el *rey José*, se empeñan ellos y ellas
en que te han de llamar *Pepe Botellas*;
pues saben, viejos, mozos, niños, niñas,
que eres el gran patrón de nuestras viñas,
y que cuando te encierras
con tus amigas, coges unas *perras!!*
de aquellas *perras* que se llaman *monas;*
que quien las coge alegres, quien *lloronas;*
otro la echa de guapo y alborota;
más la tuya es pacífica, es *devota;*
dígalo aquella noche, que te hallaron
hecho una *cuba* y luego te tumbaron
en tu lecho imperial sin aparato,
y de allí á corto rato
de la cama saltastes en camisa,
pidiendo te dijeran una misa.
¡Quiéres, gran Pepe, mejorar de suerte,
y tus días desde hoy mas hasta la muerte

(1) «Hoy se publica en Cádiz *La Constitucion Española* á despecho de los *franceses* y de los *serviles*.»

gieron la promulgación del nuevo Código político. Hasta en las regiones más afligidas por la ocupación francesa, los patriotas celebraron de diversos modos el nacimiento de la Constitución, y sobre las Cortes llovieron miles de felicitaciones que demostraban un entusiasmo sin límites. Se acuñaron medallas conmemorativas de tan grandioso suceso, se hicieron importantes donativos á los menesterosos y apenas si quedó español que supiera escribir, sin enviar al Congreso la manifestación de su contento.

¡Contraste tremendo el que ofrece esta conducta de la nación con la que siguió dos años después!

La obra de los diputados de Cádiz ó de los *doceañistas*, como en adelante se les llamó, merecía tales demostraciones de contento. La Constitución de 1812, examinada hoy en que el progreso político tanto ha avanzado y de tal modo ha cambiado el estado nacional, resulta defectuosa y la crítica puede cebarse en casi todos sus títulos; pero teniendo en cuenta la época en que se redactó, las circunstancias por que atravesaba la patria y el general atraso de ésta, es digna de las mayores alabanzas y de que se la haga la justicia de considerarla (excepción hecha de su preámbulo y de dos ó tres artículos), como más liberal y de espíritu más democrático que casi todas las constituciones que posteriormente han formado los partidos españoles al ocupar el gobierno de España.

La crítica más acerba que se la dirigió y que aun hoy le afean los monárquicos que se llaman liberales, fué por haber constituido una sola Cámara, reforma en la que aquellas Cortes procedieron lógicamente.

En los Estados constituidos bajo la forma unitaria, sólo una Cámara debe existir, pues únicamente en las naciones federales tiene razón de ser la doctrina bicameral, ya que el Senado posee una representación tan importante como la de los intereses de las Regiones ó pequeños Estados frente á los intereses generales de la nación sintetizados por el Congreso.

¿Qué fin llena una segunda Cámara en un estado unitario? ¿Qué intereses representa fuera de los de privilegiadas clases, que en vez de contribuir á la prosperidad de la nación, son su más tremenda rémora? Un Senado en una nación unitaria, así se le quiera dar la forma más democrática, no es más que, como dice el ilustre Pí y Margall, «un abigarrado conjunto de clases y categorías sin ningún fin político.»

Otro de los defectos graves que algunos han pretendido encontrar en dicha ley es la igualación de derechos que establecía entre los españoles de la península y los de Ultramar, reforma á la que atribuyen la pérdida de las

cumplir tranquilo, alegre y satisfecho?
pues óyeme un consejo de provecho.
Pide a tu hermano, pídele de veras,
te libre pronto de estas gentes fieras
que aburren tu paciencia
y se burlan de su alta omnipotencia;
sino... lo estas palpando,
un día de tu trono vas rodando;
y acaba tu gobierno en la Península
como el de Sancho remató en la Insula.

Américas. Error es este que no merece refutación, pues ya dejamos demostradas claramente las causas que produjeron la emancipación de aquellas apartadas regiones y bien puede asegurarse que á haber llegado algunos años antes las Cortes de Cádiz con sus reformas y no sobrevenir después los períodos de repugnante reacción, aun permanecerían muchas de aquéllas unidas á la metrópoli, aunque no por esto debería afirmarse que para siempre, pues volvemos á repetir que el porvenir de todas las colonias en más ó menos lejano plazo es la emancipación.

Hay quien ha dicho que á haber tenido la Constitución menos carácter democrático, conservando al rey mayores facultades y estableciendo las dos Cámaras, no hubiera sido anulada por Fernando VII á la vuelta de Bayona. Esta afirmación no puede ser más cándida. Aunque la Constitución hubiera sido lo más restringida posible en punto á libertad política y concedido los mayores privilegios á la Iglesia y la grandeza, habría caído del mismo modo, pues el poder absoluto de los Borbones no podía sufrir sin sublevarse la menor cortapisa á su despótica autoridad.

Además, si las Cortes no habían de efectuar con su Constitución hondas é importantes reformas en aquel país degradado, tan necesitado de ellas, ¿qué objeto debía, pues, tener su reunión y cómo hubieran correspondido á la confianza de la patria que las daba su representación para que en cambio la reportara el bienestar que produce la posesión de indestructibles derechos?

Se busca por muchos con interés la causa de la caída estrepitosa del régimen que tan general entusiasmo había producido en el país, y aquella no puede ser más sencilla.

La Constitución de 1812 cayó porque no había tenido tiempo de arraigarse en el país. Producida por hombres ilustrados que estaban al corriente de todos los adelantos de su época, alcanzó el aplauso de aquel pueblo que albergaba Cádiz, formado por lo más selecto intelectualmente de toda la nación; pero cuando terminada la guerra la atención de todos los españoles convergióal nuevoCódigo, vióse pronto que existía un tremendo desnivel entre la ley y los que tenían que vivir á su amparo, y que las clases populares, educadas por el clero en la escuela del despotismo, no tenían suficiente capacidad para comprender ni remotamente las ventajas que las reportaba la Constitución.

No tuvo, pues, ésta inmediatamente de parte del pueblo ese fuerte apoyo que produce la razonada convicción; faltóle tiempo para que los españoles se capacitaran de sus ventajas y fácil fué á la tiranía derribar lo que no contaba con otros defensores que las clases ilustradas, por desgracia siempre las menos numerosas.

Sin embargo, aquella obra brillante sólo cayó momentáneamente para res-

plandecer después con mayor fuerza; y aunque hollada por el tiempo y los sucesos, y reformada por las necesidades políticas hasta perder su primitivo lema, sus más importantes principios han llegado hasta nosotros y viven y vivirán, porque constituyen el lema de los pueblos ganosos de pulverizar hasta los últimos átomos de tiranía y sentarse al sublime festín de la democracia universal.

Irritados los reaccionarios al ver terminada ya la obra á cuya realización tanto se habían opuesto, procedieron á atacarla del modo que mejor les dictó su enojo.

Algún tiempo antes de terminarse la discusión de la Constitución, el exregente Lardizábal publicó un documento titulado: «*Manifiesto que presenta á la nación el Consejero de Estado D. Miguel de Lardizábal y Uribe, uno de los cinco que compusieron el supremo consejo de Regencia de España é Indias, sobre su política en la noche del 24 de Setiembre de 1810.*»

En dicho documento era donde se hacía la afirmación de que ya hablamos y que decía al tratar de la reunión de las Cortes que «las cosas hubieran pasado de otra manera á contar la Regencia con el apoyo del ejército y el pueblo.»

Produjeron estas palabras como era de esperar el mayor escándalo en toda la nación, y las Cortes no pudieron menos que ocuparse de tal documento, siendo Argüelles en la discusión que se produjo el que con mayor encono lo combatió.

—Este libelo,—dijo,—contiene dos partes. La primera abraza las opiniones de un español que como ciudadano y estando en el goce de sus derechos ha podido y ha debido manifestarlas, y está bien que diga lo que quiera y sostenga su opinión hasta cierto punto. Pero la otra parte no es opinión, son hechos que atacan á la nación, á las Cortes y á la causa pública... ¿Qué quiere decir que si el consejo antiguo de regencia hubiera podido disponer del pueblo ó de la fuerza armada en la noche del 24 de Setiembre, las cosas no hubieran parado así?... Si ese autor se reconoce tan impertérrito ¿por qué no tuvo valor en Bayona? (1)... La grandeza de los hombres se descubre en las grandes ocasiones. En los peligros está la heroicidad...

Muchos diputados se adhirieron á lo manifestado por Argüelles y después de largo y vivo debate, acordóse que Lardizábal fuera arrestado y conducido desde Alicante, donde se encontraba, á Cádiz, para formarle causa.

Al mismo tiempo susurróse que en una imprenta de la ciudad se estaba trabajando para la publicación de un manifiesto que llevaba por título: «España vindicada en sus clases y jerarquías» y que era una acre censura contra todos los actos realizados por las Cortes excitando contra éstas á los

(1) Lardizábal había figurado en la asamblea reunida por Napoleón en Bayona en 1808.

clérigos y los nobles y negándolas que tuvieran autoridad para tratar otras cuestiones que las de hacienda y de guerra. La redacción de este documento atribúyese á un oficial de la secretaría del Consejo Real, pero pronto se supo que era obra del mismo decano del Consejo D. José Colón.

Conociendo las Cortes que aquel documento estaba relacionado con el de Lardizábal y que ambos eran obra de alguna secreta conspiración contra el Congreso, nombraron un tribunal compuesto de cinco jueces y un fiscal para que juzgasen á ambos procesados, pudiendo proceder en ello breve y sumariamente con amplias facultades.

Promovióse con este motivo una empeñada discusión en las Cortes que aun vino á hacer más difícil un incidente ruidoso promovido por un discurso del diputado Valiente.

Este era mirado con gran antipatía por el vecindario de Cádiz, tanto por sus ideas reaccionarias, como por creerle el introductor en la ciudad de la fiebre amarilla á su llegada de América. Además su tenacidad en no firmar el proyecto de Constitución á pesar de ser miembro de la comisión y el desvío que mostraba á las Cortes asistiendo á muy pocas de sus sesiones, había producido gran disgusto en el público de éstas, que deseaba llegara ocasión para mostrarle su hostilidad.

En la citada discusión Valiente pronunció un destemplado discurso contra los liberales, y como el público de las galerías acogiese sus palabras con murmullos, volvióse á él y le dirigió furiosos insultos, entre los cuales el que más impresión causó, fué el asegurar que los asistentes á las sesiones eran *gente pagada*.

Al decir esto el diputado, promovióse un espantoso tumulto. Aquel público que con tanta prevención miraba á Valiente, prorumpió en denuestos contra él y le enseñó los puños con aire amenazador, al mismo tiempo que los demás diputados protestaban ruidosamente de la insolencia de su compañero, todo lo cual obligó al presidente á levantar la sesión y despejar el salón.

Colocóse entonces el pueblo á la puerta de las Cortes en actitud amenazante y fué necesario para que Valiente pudiera salir del local sin ser víctima de las iras populares, que acudiera el mismo gobernador de Cádiz con un fuerte piquete de soldados.

Resguardado por las bayonetas, pudo atravesar el insolente provocador por entre la muchedumbre airada que rugía deseando vengarse, y así logró llegar al puerto donde fué embarcado en una fragata de guerra que más adelante le condujo á Tánger, pues el vecindario de Cádiz no se mostraba dispuesto á olvidar la ofensa recibida.

Con este incidente exasperóse aun la opinión pública contra los reaccionarios y pidió los más tremendos castigos para los delicuentes contra las

Cortes. Lardizábal encerrado en el castillo de Santa Catalina corrió el mayor peligro, pues el fiscal de la causa llegó á pedir su cabeza como castigo de su delito. Por fin se le sentenció á perpetuo destierro de España y sus colonias y á que su manifiesto fuera quemado por mano del verdugo; pero él apeló de esta sentencia y al fin pasado el tiempo y ya más calmados los ánimos, tanto él como el decano Colón, salieron del peligro mejor que habían imaginado.

Otros incidentes alteraron posteriormente á las Cortes y causaron alarma á los liberales. Entre las diferentes personas que al ocurrir los sucesos de Bayona y quedar vacante por el momento el trono de España solicitaron éste, figuraba doña María Carlota, hija de Carlos IV y María Luisa, que estaba casada con el príncipe heredero de Portugal y residía en el Brasil en unión de la familia real lusitana.

Esta princesa, tan ambiciosa como amiga de intrigas, había logrado reunir un respetable partido de españoles pertenecientes todos al bando reaccionario que le ayudaban en sus propósitos. Con el fin de asegurar su subida al trono caso de que á su hermano Fernando VII le fuera imposible, logró que las Córtes impulsadas por los reaccionarios excluyeran de la sucesión á la ex-reina de Etruria, á la archiduquesa de Austria María Luisa y al pequeño infante don Francisco. Para hacer tal distinción contra las dos citadas princesas existían las poderosas razones de haberse manifestado la primera muy amiga de los franceses y la segunda estar casada con el tirano Bonaparte; pero no había motivo alguno para proscribir á don Francisco, niño de pocos años, á pesar de lo cual aquellos diputados tan monárquicos y amigos de la legitimidad, prestándose á un amaño, le hicieron sufrir tan injusta anulación.

Una vez preparado así el terreno en favor de la infanta María Carlota, ésta escribió una carta á las Cortes algo extravagante, pues hablaba á la augusta Asamblea como pudiera hacerlo á una amiga y después de darlas cuenta (que nadie le había pedido) sobre los asuntos de las colonias de América, terminaba rogando que nada dijeran á su marido, pues con éste convenía *guardar el secreto.*

Extrañado quedó el Congreso ante aquella singular misiva y por toda contestación díjole que en adelante si tenía algo que manifestar se entendiera con la Regencia. A pesar de este desaire, los reaccionarios dirigidos por la infanta volvieron otra vez á sus maquinaciones ambiciosas.

En la sesión del 8 de Diciembre, el diputado Laguna, hombre de escasa capacidad que hasta entonces nunca había hecho uso de la palabra, pronunció un discurso para pedir «se eligiese una nueva Regencia compuesta de cinco personas, de las que una fuese la persona real á quien tocase,» con cuya indicación aludía directamente á la infanta Carlota.

Desechóse inmediatamente tal propósito, pero á los pocos días el diputado Vera y Pantoja, más desconocido aun y nulo que el anterior, presentó una exposición á las Cortes que todos conocieron no habia sido escrita por él y en la que pedía, primero, que se nombrase una Regencia y presidente de ella á una persona real, concediéndole el ejercicio pleno de las facultades asignadas al rey en la Constitución; segundo, que en el término perentorio de un mes, después de elegir dicha Regencia, se finalizasen las discusiones de la Constitución y se disolviesen las Cortes; tercero, que no se convocasen otras nuevas hasta el año 1813.

Comprendieron entonces los liberales que no cesarían los antireformistas en su intento si no se adoptaba una pronta resolución y Argüelles pidió, aprobándolo así el Congreso, que en la nueva Regencia que se nombrara para gobernar el reino con arreglo á la Constitución, no se pusiera ninguna persona de familia real y que las Cortes eligieran una Comisión de su propio seno para que propusiese las medidas que convenía tomar en tanto se organizaba el gobierno.

Era necesario renovar prontamente la Regencia, tanto porque así debía verificarse con arreglo á la nueva Constitución, como porque hacía tiempo se hallaba incompleta por la continua ausencia del general Blake que terminó con la capitulación de Valencia y su conducción á Francia en calidad de prisionero de guerra.

Mucho calor demostraron las Cortes al tratar de la elección del nuevo gobierno. Realmente aquella elección revestía importancia por el gran interes que sentían liberales y reaccionarios, pues los unos veían en ella el medio de sustentar firmemente la Constitución y los otros el de destruirle.

A pesar de que aquella elección de gobierno considerada racionalmente resultaba un tanto ridícula, pues ocupada toda la península por los franceses apenas si quedaba España que gobernar, las Cortes la llevaron á cabo con un empeño tal que permanecieron reunidas á puerta cerrada, cerca de veinticuatro horas.

El 21 de Enero quedaron elegidos los cinco individuos que debían componer la Regencia y que fueron: el duque del Infantado, teniente general; don Joaquín Mosquera Figueroa, consejero de Indias; D. Juan María Villavicencio, teniente general de la armada; D. Ignacio Rodríguez de Rivas, del Consejo real, y D. Enrique Odonell conde de la Bisbal, teniente general.

Alcalá Galiano testigo presencial de aquel suceso, dice así hablando de la satisfacción con que fué acogido por el público el nombramiento: «Era cosa de ver las enhorabuenas que recibían los nuevos regentes y las esperanzas y los temores que reinaban sobre su modo de gobernar, cuando faltaba un estado en que pudiesen acreditar sus dotes de gobierno, y era

lo más probable que no llegase á haberle.»

De todos los regentes el único que resultó escogido con frialdad por el pueblo, fué el duque del Infantado, cuya dudosa conducta patriótica ya conocemos.

Las Cortes dieron á la Regencia un reglamento redactado por el diputado Vega, muy versado en tal materia por el estudio que había hecho de los ministerios en Inglaterra. De tres capítulos componíase dicho reglamento; el primero trataba de las obligaciones y facultades de la Regencia, que eran las mismas señaladas al rey por la Constitución; el segundo, del modo con que la Regencia debía acordar sus providencias con el Consejo de Estado y los ministros y de la Junta que éstos debían formar entre sí; y el tercero, de la responsabilidad de la Regencia y de los ministros.

En el cargo de presidente de la Regencia debían turnar todos los individuos de ésta, no pudiendo desempeñarla cada uno más de seis meses.

La antigua Regencia dejó el poder sin que la acompañara en su caída el odio de nadie. La desgracia se había ensañado en la mayor parte de sus empresas, pero no por esto se debe desconocer su patriotismo y que en todos los asuntos procedió con la mejor buena fe.

Con una gran fuerza de voluntad, trabajó cuanto pudo por evitar los progresos de los invasores, y si éstos alcanzaran tantas ventajas en Cataluña y Valencia, no fué por incuria de la Regencia; pues buena prueba de lo contrario presenta el haber caído uno de sus individuos envuelto en aquellas ruinas perdiendo su libertad y su prestigio militar.

Antes de trasladar nuestra narración á los campos de batalla y hacer el relato de las victorias que en 1812 lograron los ejércitos aliados, vamos á ocuparnos de algunos sucesos ocurridos en Cádiz hasta mediados de dicho año.

La libertad concedida por la Constitución á la imprenta fomentó la publicación de periódicos y folletos; pero los que más se excedieron en aprovecharla fueron los reaccionarios, que comenzaron á escribir con el mayor desenfreno para desprestigiar de este modo dicha reforma.

Con este objeto un presbítero llamado Cardeñoso publicó un folleto titulado *Diccionario razonado manual*, obra de escaso valor literario, pero que los antireformistas se encargaron de encomiar por las censuras insolentes contra los liberales en ella contenidas.

Decidieron los amigos de las reformas contestar por igual medio á sus enemigos y eligieron para ello al reputado escritor D. Bartolomé José Gallardo, célebre por su pasmosa erudición y que había ayudado en Sevilla á Quintana en la redacción de *El Semanario Patriótico*.

El día 17 de Abril apareció la obra de Gallardo, titulada: *Diccionario crítico-burlesco del Diccionario razonado*,

que era un libro notable, más todavía que por su estilo apreciable y por la sátira de sus ataques, por las afirmaciones revolucionarias que contenía y las atrevidas críticas de las clases parásitas del Estado y especialmente del clero y órdenes religiosas.

Realmente Gallardo mostró en aquella ocasión un valor audaz al verter tales ideas en el seno de una sociedad que no estaba preparada para recibirlas.

Acogieron con el más escandaloso vocerío tal obra los reaccionarios y se extremaron en llamar á su autor impío y hasta plagiario, llegando á tal punto su furor, que un oficial de Guardias de Corps fué espada en mano arrancando todos los carteles que anunciaban el *Diccionario*, y un tal Jaramillo que se apellidaba *madrileño honrado*, desafió desde los periódicos para el dia 24, frente á la parroquia de San Antonio, al *infame libertino, hereje, apóstata y maldito Gallardo*. Se imprimió una petición á las Cortes demandando el castigo de Gallardo y que su obra fuera quemada por el verdugo, y los curas desde el púlpito lanzaron toda clase de anatemas sobre el audaz escritor.

Como D. Bartolomé Gallardo era bibliotecario de las Cortes, viéronse forzadas éstas para evitar equivocadas interpretaciones á tomar parte en el asunto y enviaron la obra á la Junta de Censura, la cual la calificó de subversiva, ordenando su secuestro y la prisión del autor; pero éste, antes que le comunicaran la orden, se constituyó preso en el castillo de Santa Catalina, donde fué muy visitado por sus amigos y admiradores. Salieron algunos periódicos á la defensa de Gallardo y tan favorable se mostró á éste la opinión pública, que antes de tres meses dicho escritor fué puesto en libertad y encarcelado en cambio el tal Jaramillo, hasta que se retractó de sus insultos.

Por aquella época la literatura enriquecióse con nuevas obras, siendo de entre éstas las más notables una nueva edición de la *Filosofía de la elocuencia* de Capmany; una notable traducción del libro de Mably *De los deberes y derechos del ciudadano*, hecha concienzudamente por la marquesa de Astorga, y una versión española del tratado del suizo Delolme sobre *La Constitución inglesa*.

A pesar de los rigores del sitio y del continuo bombardeo de los franceses, el vecindario de Cádiz no perdía ocasión de distraerse con populares diversiones.

El 2 de Mayo fué conmemorado con fiestas hípicas, organizadas por la Escuela Militar de Caballería, y bailes públicos. Sin duda para vengarse de este regocijo de la ciudad sitiada, los franceses redoblaron su bombardeo, logrando hacer caer en los alrededores del convento de San Francisco más de cien proyectiles.

Como las bombas francesas alcanzaban una parte de la ciudad, el vecindario de estas calles trasladóse al

otro extremo, con lo cual aglomeróse la gente en un reducido espacio, durmiendo en los paseos y á la intemperie centenares de familias.

Afortunadamente llegaba ya el verano y la benignidad de la estación permitía este género de vida.

Aquellas contrariedades no amenguaron ni un solo instante el buen humor del pueblo gaditano. En los puntos fuera del alcance de las bombas se organizó una animada feria con vistosos tablados para los coros que entonaban canciones patrióticas; construyóse un nuevo teatro y hasta se dió principio á las obras para la construcción de una plaza de toros.

Aquel pueblo tenía la convicción de que aquel sitio iba á resultar interminable y procuraba sobrevellar sus fatigas con la mayor alegría posible.

En las serenas noches del verano, cuando el oscuro azul del cielo se veía rasgado por los regueros de fuego de las bombas y al arrullo del Océano se unía el lejano crugir de los cañones franceses, el pueblo gaditano se entusiasmaba cantando en las plazas el himno titulado: *¡A las armas!* escrito por el poeta militar D. Cristóbal Beña y que era como sigue:

A las armas corred, españoles,
de la gloria la aurora brilló;
la nación de los viles esclavos
sus banderas sangrientas alzó.

¿No escucháis en los campos vecinos
los infames franceses bramar?
¿No los veis con frenética furia
los hogares del pobre talar?

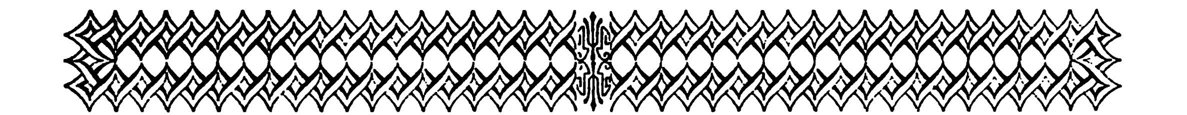
Los fuertes aceros,
patricios guerreros,
al punto empuñad:
marchad, sí, marchad.

Resuene el tambor,
veloces marchemos,
y la sangre española venguemos
derramada con ciego furor.

La música de aquel himno, debía causar honda impresión en los franceses, que hacían fuego desde la orilla opuesta, pues era la de *La Marsellesa*.

Ellos la habían cantado antes, en su época de gloria y esplendor, cuando bajo las victoriosas banderas republicanas corrían á derribar los monarcas de Europa; pero ahora no podían entonarla honradamente, pues se habían envilecido sirviendo al tirano de 18 de Brumario.

En aquella época, España solamente tenía derecho á cantarla, pues era un pueblo en revolución y *La Marsellesa* será eternamente el himno entonado por la humanidad al regenerarse.



CAPITULO XXIII

1812-1813

Operaciones de Wellington.—Sitio y conquista de Badajoz.—Vandalismo de los soldados ingleses.—Desgraciada acción de Bornos.—Avanza Wellington sobre Salamanca.—Batalla de los Arapiles.—Sus consecuencias.—Abandona Madrid el rey José.—Entrada de los aliados en la capital.—Jura de la Constitución.—Penosa retirada de José por la Mancha.—Júbilo que produce en Cádiz la victoria de los Arapiles.—Levántase el sitio de la Isla.—Combate en el puente de Triana.—Heroismo de D. Juan Downe.—Desgraciada acción de Castalla.—Resultados de ésta.—Renovación parcial de la Regencia.—Llega á Alicante una expedición anglo-siciliana.—Ataca Wellington el castillo de Burgos.—Avanza José desde Valencia.—El inglés Hill evacua Madrid.—Retírase Wellington á Portugal.—La guerra en Cataluña.—Hazañas de los españoles.—El intrépido Manso.—Plan de Napoleón.—Guerrilleros en Valencia.—El mártir Romeu.—Operaciones del Empecinado.—Triunfos de otros guerrilleros.—Feroces represalias.—El malvado Boquica.—Wellington se traslada á Cádiz y después á Lisboa.—Confiérese al duque el mando del ejército español.—Oposición del general Ballesteros.—Los propósitos de Rusia y sus relaciones con España.—Ajustan ambas naciones un tratado de alianza.—Empieza la guerra entre Francia y Rusia.—Terrible campaña de Rusia.—Espantosa retirada.—Oscurécese el astro napoleónico.—Desertores españoles.—El regimiento imperial Alejandro.—Los soldados españoles en Rusia juran la Constitución sobre el Neva helado.—Noble conducta del Czar.

Tenía Wellington en sus meditados planes, el propósito de seguir adelante después de una conquista como la de Ciudad-Rodrigo, y con tal intento dirigióse sobre Badajoz á la que acometió el 16 de Marzo.

El día 25 quedó terminada la primera paralela, é inmediatamente comenzaron á disparar desde ella contra los muros de la plaza veintiocho cañones, que causaron destrozos de consideración. Aquella misma noche asaltaron los aliados el fuerte de la Picuriña, y después de reñido combate quedaron dueños de él, pudiendo establecer inmediatamente una segunda

paralela á poco más de cien toesas de la plaza.

Pronto quedaron abiertas las brechas y como llegó la noticia de que Soult había salido con dirección á Extremadura para auxiliar á Badajoz, los ingleses apresuraron el asalto aun sin estar en condiciones para ello.

En ninguna ocasión como en aquella mostraron los ingleses el valor tranquilo y tenaz que les caracteriza.

Sufriendo centenares de bajas en sus filas, los regimientos británicos entraron á la bayoneta por las abiertas brechas, y una vez posesionados de ellas las conservaron á pesar de las desesperadas acomeitdas de los sitiados. Estos se batían poseídos de loco furor. Sabían que Soult iba á llegar de un instante á otro en su auxilio, y se defendían desesperadamente para sostener la plaza hasta la aparición del mariscal; pero por fin su empuje quedó quebrantado ante aquella indestructible firmeza de los ingleses.

Dichos combates produjeron el que la guarnición francesa quedara reducida á ochocientos hombres y entonces ésta no pudo menos de rendirse y entregar Badajoz quedando ella prisionera de guerra.

Esta victoria en tan corto tiempo, pero tan disputada por ambas partes, costó al ejército británico la pérdida de cuatro mil novecientos soldados, habiendo caído la mayor parte de ellos en el temerario asalto de las brechas.

Tan notable y completa victoria fué oscurecida por los mismos soldados ingleses, pues apenas penetraron en la ciudad se entregaron al más brutal vandalismo. Nada pudieron sobre ellos las exhortaciones de los jefes y al fin vióse Wellington obligado á hacer entrar las tropas de reserva en Badajoz, y con ellas y á fuerza de golpes pudo reducir al orden á sus subordinados poseídos del desenfreno.

Aquel era el defecto más capital del ejército inglés y Wellington era el primero en reconocer y lamentar la escasa moralidad de sus soldados. Gente brutal esta y reclutada entre las clases más corrompidas de Inglaterra, aprovechaba todas las ocasiones para dar rienda suelta á sus instintos hasta el punto de que los pueblos españoles temieran más la presencia de los aliados que la conquista de los franceses.

A pesar de los hechos vandálicos cometidos en Badajoz, las Cortes se apresuraron á solemnizar dicha conquista y dieron las gracias al ejército inglés además de conceder á su general la cruz de San Fernando.

Soult, que á toda prisa se dirigía en auxilio de Badajoz, no pasó de Villafranca de los Barros, pues allí tuvo noticia de la conquista de aquella plaza y al mismo tiempo supo que Villemur había aprovechado su ausencia para amenazar á Sevilla, lo que le obligó inmediatamente á retroceder.

Marmont, por la posición que ocupaba, hubiera podido acudir más á tiempo en socorro de Badajoz, pero

guiado por sus rivalidades con aquel mariscal prefirió dirigirse contra Ciudad-Rodrigo y Almeida, donde le rechazaron obligándole á volverse apresuradamente á Salamanca.

Así que Wellington se vió dueño de Badajoz acantonó su ejército entre los ríos Agueda y Coa y ordenó á Hill la destrucción de todos los pasos del Tajo para impedir por este medio la comunicación del ejército francés de Andalucía con el de Castilla.

Habían sustituido los invasores el destruido puente de Almaraz con uno de barcas cuyos extremos estaban guardados por dos fuertes. De uno de éstos apoderóse Hill por asalto en la madrugada del 19 de Mayo, y esto fué suficiente para que la guarnición del de la orilla opuesta lo abandonara, dejando á los ingleses dueños del puente que fué quemado, así como arrasados los fuertes.

Soult, ante este hecho, conoció inmediatamente las intenciones que el enemigo tenía de aislarle del resto de España, y como al mismo tiempo Ballesteros con su división le hostilizara por diversos puntos, trató de asegurar su línea del Guadalete fortificando á Bornos.

Contra este punto dirigiéronse las tropas españolas y seguramente Ballesteros hubiera alcanzado una completa victoria, á no ser por la flojedad de nuestra caballería que, como ya era costumbre en ella, se desbandó apenas iniciada la batalla. En ésta, que terminó con una regular derrota de nuestras tropas, hubo ejemplos de heroismo, distinguiéndose el príncipe de Anglona que, merced á su serenidad, salvó el ejército en la retirada, y el esforzado D. Rafael Cevallos Escalera quien, á pesar de estar herido, al frente de un batallón de granaderos, cuando ya se había perdido toda esperanza de triunfo, avanzó denodadamente á contener el empuje de los enemigos, y recobrando por sí mismo un cañón para no perderlo se asió á su cureña y allí le alcanzó la muerte defendiendo valientemente su conquista.

Unos mil quinientos hombres entre muertos y prisioneros costó á la división de Ballesteros aquella derrota.

En tanto que esto pasaba en Andalucía, Wellington levantó su campamento de Fuente-Guinaldo y el 13 de Junio emprendió el avance llevando sus tropas divididas en tres columnas. La del centro, que mandaba el mismo duque, marchó por San Muñoz; la de la derecha, á cuyo frente iba Graham, tomó el camino de Tamames; y la de la izquierda, regida por Picton y en la que iba la brigada de D. Carlos España, siguió el de Sancti-Spiritus.

Al aproximarse los aliados á Salamanca, abandonaron ésta los franceses, dejando sólo alguna fuerza para la defensa de las tres fortificaciones que habían construido sobre el paso del Tormes. Los ingleses atravesaron éste por los vados del Canto y de San

Martín y el 17 entraron en Salamanca, cuyo vecindario se entregó á las mayores demostraciones de contento al llegar sus libertadores. Los tres fuertes sobre el Tormes fueron sitiados, y así que se recibieron de Almeida los pertrechos necesarios, quedaron en poder de los aliados que penetraron en dos de ellos por asalto, capitulando el tercero.

Marmont, que acudió en socorro de dichas guarniciones, permaneció tres días en presencia de los ingleses, sin intentar combate, y en la noche del 27 se retiró calladamente hacia Toro y Tordesillas, saqueando y quemando sus tropas cuantos pueblos encontraron al paso. Aquel ejército que no había osado atacar á los aliados y huía cobardemente, se ensañó en cuantos españoles encontró á su paso, siendo innumerables los asesinatos y vejaciones perpetrados en infelices labriegos.

Fué Wellington en persecución de los enemigos y después de muchos movimientos estratégicos en que el general británico y el francés demostraron sus deseos el uno de acometer y el otro de evitar el combate, aunque sin alejarse de aquella región, vinieron ambos ejércitos á encontrarse en el pueblo de los Arapiles cerca de Salamanca.

El verdadero centro de la batalla que se entabló, fueron dos colinas que se llamaban el *Arapil Grande* y el de *Las Fuentes*, lugares que en remotos tiempos habían sido testigos de otros combates, pues el Romancero dice:

> En el Carpio está Bernardo
> y el moro en el Arapil,
> como el Tormes va por medio
> no se pueden combatir.

Desde la ventana de una pobre casa de campo y con el auxilio de un modesto anteojo, dirigió Wellington la batalla.

Constaba cada uno de los ejércitos aproximadamente de unos cuarenta y siete mil hombres.

Los ingleses posesionáronse únicamente del Arapil Pequeño ó de Las Fuentes, dejando el Grande, que era más importante, completamente abandonado, descuido de que se aprovecharon los franceses, pues una división mandada por el general Bonnet salió de repente de un espeso bosque y se posesionó de aquella posición.

Conoció Wellington á tiempo el yerro que había cometido, y deseando evitar sus desgraciadas consecuencias, se dispuso á retirarse cuando ya eran las diez de la mañana.

Ufano Marmont por su superior posición y deseando incomodar al enemigo en su retirada, prolongó imprudentemente su izquierda, lo que visto por Wellington le hizo cambiar inmediatamente de plan.

Con el buen golpe de vista propio de los grandes generales, comprendió el partido que podía sacarse de aquella imprudencia del enemigo y en vez de seguir retirándose, reforzó su de-

recha con la tercera división mandada por el general Packewhan y mucha caballería, y formándola en cuatro columnas la arrojó de modo que envolviera á los franceses en las alturas que ocupaban por la parte de Miranda, mientras que otras fuerzas inglesas acometían por el frente teniendo como reserva la sexta y séptima división con la española que mandaba D. Carlos España.

Esta disposición de Wellington alcanzó completo éxito. Packewhan arrolló á los enemigos y deshizo toda la izquierda francesa; mas á pesar de esto no fué posible apoderarse del Arapil Grande, pues los que lo ocupaban defendiéronlo con gran bizarría de los asaltos de los ingleses.

A las cuatro y media de la tarde todavía estaba indeciso el resultado de la batalla que tanta sangre costaba ya. Marmont, viendo su izquierda arrollada y el centro en gran peligro, dispúsose para entusiasmar á sus soldados á tomar personalmente parte en el combate; pero con tan mala fortuna, que no tardó en recibir un balazo en el costado derecho. Su segundo, Bonnet, á los pocos instantes sufrió igual suerte y al fin quedó encargado del mando el general Clausel.

Este reforzó la desbaratada izquierda y reanimadas las tropas defensoras del Arapil Grande, derrotaron á la cuarta división inglesa que las atacó. Fué en auxilio de ésta la sexta división, y á pesar de la desesperada resistencia de los franceses, pudo más la tenacidad británica y al fin los aliados quedaron dueños del Arapil.

Todavía se sostuvo firme la derecha enemiga hasta el anochecer, á cuya hora se retiró todo el ejército francés en buen orden. Fué Wellington en su persecución; pero ésta resultó imposible á causa de la oscuridad de la noche.

Pasaron los franceses el río el 23 y aun alcanzaron los aliados su retaguardia, haciéndola prisioneros tres batallones.

La batalla de los Arapiles costó tanta sangre á los vencedores como á los vencidos. Estos dejaron en poder de los enemigos dos águilas, seis banderas, once cañones y siete mil prisioneros. Ya hemos dicho que entre sus heridos lo fueron Marmont y Bonnet y entre los muertos contáronse los generales Ferey, Thomieres y Desgraviers.

La pérdida de los ingleses ascendió á más de cinco mil quinientos hombres entre muertos y heridos.

Las Cortes en recompensa de aquella gloriosa jornada concedieron el Toisón de Oro á Wellington, y el Parlamento inglés no anduvo parco en dar gracias y mercedes á los vencedores.

Persiguieron éstos á los franceses hasta Valladolid, y allí juzgándolos ya bastante destrozados torcieron en busca del rey José, que el 21 había salido de Madrid con diez mil infantes y dos mil caballos para reforzar á Marmont. Así que el intruso tuvo no-

ticia de la derrota de los Arapiles, dirigióse á Segovia, y sabedor después de que Wellington marchaba contra él, retrocedió apresuradamente á Madrid para preparar su evacuación.

El 11 de Agosto entró en la capital, y al día siguiente no quedaban ya en ésta más franceses que los enfermos y los heridos, y unos dos mil hombres destinados á su custodia para evitar cualquier agresión de parte del pueblo que se mostraba conmovido por aquella repentina fuga de los enemigos.

El hambre más espantosa reinaba en Madrid por efecto de la escasez de las cosechas y de las dificultades que los accidentes de la guerra oponían al comercio.

Centenares de seres morían diariamente de hambre en la capital; pero á pesar de esto aquel pueblo patriota salió con el mayor entusiasmo á recibir á los aliados que se presentaron precedidos por las célebres guerrillas castellanas á cuyo frente iban el Empecinado y otros renombrados caudillos populares.

La multitud, que se creyó para siempre libre de franceses, aclamó con el mayor entusiasmo á los defensores de la patria, y era tanta la miseria que reinaba en Madrid que mientras unos vitoreaban á Wellington y los vencedores de Arapiles, los más gritaban: *¡Viva el Empecinado y el pan á peseta!* precio que en aquella época de miseria suponía una baratura fabulosa.

Wellington (según dice un historiador), *con toda la cortesía compatible con la aspereza del carácter inglés y el orgullo especial de Su Gracia*, correspondió á los homenajes de cariño del pueblo y mandó publicar un bando lacónico y un tanto rudo en el que recomendaba á los madrileños guardaran el orden, y noticiaba que al día siguiente 13 de Agosto iba á ser jurada la Constitución.

El acto de la proclamación y juramento de ésta, resultó magnífico, siendo digno de notar que fué presidido por el general D. Carlos España, el mismo que años después se mostró como uno de los más crueles verdugos de la libertad.

El mismo día 13 emprendieron los ingleses el sitio del Retiro en el que se habían hecho fuertes los dos mil franceses que todavía albergaba Madrid; pero estos se rindieron al siguiente día dejando en poder de los aliados gran cantidad de armas, municiones y vestuario. Solamente cañones, se encontraron ciento ochenta y nueve.

Las tropas que escoltaban á José y su fugitiva corte no se detuvieron en las orillas del Tajo sino que, dando ya por perdida la esperanza de volver á aquella región, fueron recogiendo todos los destacamentos que encontraron al paso y prosiguieron la marcha con dirección á Valencia.

Infinitos fueron los tormentos sufridos por los franceses en su retirada por las áridas llanuras manchegas, todavía más terribles á causa del calor



propio de la estación. Para colmo de su desventura, el vecindario de todos los pueblos, llevado de su entusiasmo patriótico, retirábase en masa ante la aproximación de los enemigos, no sin antes destruir las fuentes y cegar los pozos para privarles del agua tan necesaria en dichas regiones. Basta decir que el mismo José sufrió muchos días el hambre y la sed. El insigne Víctor Hugo cuenta en sus Memorias que su hermano Abel, que á pesar de sus pocos años pertenecía á la guardia de honor del intruso, cuando en dicha retirada iba á comer dos huevos que había tenido la suerte de encontrar, vióse obligado á regalarlos al rey que fué el único, entre tantos miles de seres, que pudo cenar aquella noche.

Mientras sufriendo tan tremendas fatigas iba José hacia Valencia, sucesos importantísimos ocurrían en Andalucía y especialmente en la sitiada Cádiz.

Al tener noticia el vecindario de ésta de la victoria de los Arapiles entregóse al más loco entusiasmo y las músicas recorrieron las calles entonando himnos patrióticos.

Los sitiadores, irritados por aquellas demostraciones de júbilo, redoblaron el bombardeo; pero esto no hizo cesar la alegría, pues la caída de cada proyectil era saludado con risas y algazara, y hasta se cuenta que el intrépido fraile que desde lo alto de la torre de San Francisco avisaba con campanadas los fogonazos de las baterías francesas, á cada disparo de éstas, contestaba á guisa de saludo con ciertos *cortes que suenan algo á sastrería.*

En los últimos días del mes de Agosto súpose en Cádiz la entrada de los aliados en Madrid y la jura de la Constitución en la capital, lo que renovó el anterior entusiasmo especialmente entre los madrileños y demás forasteros que con aquella noticia veían acercarse el momento de regresar á sus hogares.

Los sitiadores hacían cada vez más nutrido su bombardeo, pero esto no logró evitar la general alegría ni menos los festejos con que aquel pueblo entusiasmado celebró tan grandes victorias.

En los tablados de la música cantóse entonces un himno escrito por el poeta Arriaza que no tardó en hacerse popular, especialmente la parte que decía así:

Ved cual entre polvo y humo,
por los campos de Castilla,
va la bárbara gavilla
que era un tiempo su opresión.
¿Quien los bate y los humilla
con el rayo de victoria?
La trompeta de la gloria
dice al mundo *Velintón.*

De un momento á otro esperaban los gaditanos que los franceses evacuasen sus líneas de asedio, y efectivamente no tardó mucho en realizarse este fausto suceso.

El la noche del 24 al 25 de Agosto después que las baterías cesaron de hacer fuego sobre la plaza, resonaron los estampidos de repetidas explosiones, y en las primeras horas de la mañana

viéronse arder por varios puntos las obras de las líneas enemigas.

Inútil es manifestar la inmensidad del contento que sintieron los gaditanos al ver llegado el anhelado instante.

Catorce meses había durado el sitio sin que Cádiz flaqueara ni un solo instante, y podía haberse prolongado aquél años enteros, que las ventajas del terreno por un lado y el entusiasmo de los defensores por otro, hubieran logrado que nunca llegara á ondear el pabellón extranjero sobre los muros de la heróica ciudad.

En la tarde de aquel mismo día la multitud entusiasmada trasladóse por mar y por tierra al sitio que ocupaban las líneas enemigas, y con la mayor alegría fué pasando revista á todos los objetos que dejaron los franceses al retirarse.

Allí habían quedado abandonados los famosos obuses de Villantroys, y la multitud, como si se tratara de seres animados, golpeó sus bronces y les dirigió las mayores injurias.

La poesía y el arte solemnizaron con magníficas obras aquel fausto suceso y tal es sin embargo la naturaleza humana que, á los pocos días, el verdadero vecindario de Cádiz se sentía fastidiado por la monótona existencia propia de la paz y echaba de menos la azarosa vida del sitio con todas sus peripecias.

Al alejarse los sitiadores de Cádiz, emprendieron también la retirada las tropas francesas que guarnecían el Guadalete y la Serranía de Ronda, y en la noche del 27 evacuaron Sevilla. No efectuaron esta operación tan aprisa que dejara de ser alcanzada su retaguardia en Triana por las tropas que mandaba el general Cruz Mougón.

Los españoles empeñaron un recio combate en la cabeza del puente con las fuerzas francesas que todavía guardaban la ciudad. En dicho combate ocurrió un suceso digno de consignarse. El escocés D. Juan Downie (1), hombre de gran valor, á quien el gobierno español había nombrado brigadier, llevado de la impaciencia del entusiasmo, así que se verificó el choque en el puente de Triana, arrojóse el primero sobre los enemigos, que lo hirieron por dos veces. A pesar de esto,

(1) Era Downie, por su figura seca y amojamada, sus lacios mostachos, su carácter caballeresco y cierta locura cuerda, el más fiel recuerdo de don Quijote. Al principio de la guerra había organizado una legión, que tituló de *Leales Extremeños*, y los vistió á la antigua, con calzas, ropilla y jubón de los colores nacionales, dándoles por armas lanzas y espadas, pues él era partidario de que los españoles, para vencer mejor á los franceses, debían llevar uniformes á la antigua usanza. El valor con que sus tropas en tal vestimenta y armamento se batían con los enemigos era grande; pero en la sorpresa de Arroyo-Molinos, convencióse Downie de que los bonetes con pluma era mala defensa para los pesados sables franceses, y accedió por fin á que sus soldados se vistieran como los demás, y aun él llegó á ponerse un modesto uniforme de brigadier, aunque para no transigir del todo, encajóse sobre él una descomunal faja de colorines. Tales extravagancias y su temerario valor, hicieron á Downie muy popular, y al saberse el lance de la espada de Pizarro en el puente de Triana, don Cristóbal Beña le dedicó una hermosa imitación de Ossian, titulada: *Al heroísmo*, en la que ensalzaba la bravura de aquel hijo de Fingal.



volvió á meter su caballo por uno de los huecos que los franceses habían practicado en dicho puente, pero esta vez recibió un balazo en la mejilla izquierda, que le arrancó el ojo. Derribado del caballo y sufriendo los más atroces dolores, tuvo la serenidad suficiente para pensar en la grande y pesada espada que llevaba, la cual había pertenecido al ilustre Pizarro, y era regalo de la marquesa de la Conquista, descendiente del descubridor del Perú, y no queriendo que prenda tan preciosa quedara en poder de los franceses, mientras bregaba con éstos que iban á hacerle prisionero, la arrojó á los suyos, que estaban á la otra parte del muro.

El bravo Downie solo fué prisionero de los imperiales por pocas horas, pues acosados éstos en su retirada por los españoles, lo abandonaron en el camino de Carmona, y allí fué encontrado por los suyos en el estado más lastimoso, pues lo habían llevado arrastrando á este valiente campeón, rara mezcla de heroismo y ridiculez.

La evacuación de Andalucía fué seguida por la retirada de los franceses de Extremadura, yendo Drouet á reunirse con Soult.

Visible resultaba la trascendencia de la batalla de los Arapiles. De todos los combates de aquella larga guerra, ninguno produjo tan grandes resultados. Todas las fuerzas francesas en la península experimentaban las consecuencias de aquella derrota; pues Marmont huía hacia Burgos; José había abandonado su corte y marchaba á Valencia fugitivo; Soult había levantado el sitio de Cádiz; y las Castillas, las Andalucías y Extremadura, antes tan abrumadas por los enemigos, quedaban ya libres de éstos.

La dirección que en su retirada tomaban todos los cuerpos franceses era la de Valencia, pues en esta región su causa se sostenía más felizmente que en el resto de España.

El general Odonell, que mandaba las fuerzas españolas en aquella parte, intentó hacer más grave la situación de los franceses atacando algunas divisiones del ejército de Suchet, que, á las órdenes de Arispe y de Delort, estaban en Alcoy, Ibi y Castalla.

En este último punto verificóse el encuentro en la mañana del 21 de Julio, y al principio la suerte protegió nuestras armas. Las tropas de los coroneles Mesclop y Delort, fueron desalojadas de sus posiciones; pero nuestros soldados, en vista de tal éxito, se entregaron á una ciega confianza, y entretanto, de unos olivares vecinos salió gran golpe de caballería francesa, que pillándolos descuidados, los desbandó y acuchilló como quiso.

Sin detenerse tras este triunfo, marcharon los franceses á Ibi, y desde allí desalojaron al general Rocha, obligándole á retirarse, aunque sin poder derrotarle.

El descalabro de Castalla fué sensible no sólo por el número de prisioneros que cayeron en poder de los franceses y que se elevó á tres mil,

sino por coincidir con la brillante victoria de los Arapiles y enturbiar un tanto la alegría que ésta produjo.

Enojada la opinión popular por aquella derrota inesperada, acusó á Odonell de impericia y cobardía y á tal punto llegó el clamoreo contra él, que las Cortes después de accidentados debates y deseosas de dar una satisfacción á la nación, mandaron á la Regencia que hiciese formar sumario sobre todo lo ocurrido en Castalla, empezando por examinar la conducta del general en jefe.

Esta medida que aunque constituía una intrusión del poder legislativo en el ejecutivo, resultaba justa y necesaria apreciando las circunstancias, tuvo inmediatamente sus consecuencias.

El regente D. Enrique Odonell, conde de La Bisbal y hermano del general contra quien se dirigía tal procedimiento, dióse por ofendido á causa de las palabras que algunos oradores pronunciaron en las Cortes llevados del calor de la discusión, y dimitió su puesto en la Regencia aunque creyendo no le sería admitida tal renuncia. Aceptáronsela inmediatamento las Cortes, y para reemplazarle nombraron á D. Juan Pérez Villamil, que en 1808 había inspirado al alcalde de Móstoles el famoso parte que puso en conmoción á media España. Era Villamil jurisconsulto acreditado y escritor bastante aceptable á quien muchos creían amigo de las reformas á juzgar por algunas de sus producciones; pero así que ocupó el elevado puesto de regente manifestóse como uno de los mayores enemigos de la libertad.

El más principal de los cargos que contra Odonell se hacían, era el haberse comprometido en la acción de Castalla, sin esperar el refuerzo de la expedición anglo-siciliana que iba á hacerse á la vela en Palermo.

Esta llegó poco después de la derrota al puerto de Alicante, y constaba de seis mil hombres mandados por el general inglés Maitland y de la división Wittingham que se le unió en las Baleares y la formaban cuatro mil quinientos.

Suchet ante la presencia de los aliados, replegó temeroso sus tropas sobre Jativa; pero observando que éstos en vez de avanzar permanecían encerrados en Alicante, recobró la confianza y dedicóse á facilitar la llegada de José y Soult que uno tras otro entraron en Valencia á principios de Setiembre.

Mientras esto sucedía en las provincias de Levante, Wellington salió de Madrid con dirección á Arévalo, punto de reunión de todas sus fuerzas, y desde allí dirigióse contra los franceses que ocupaban á Burgos, después de haber recobrado Valladolid para tener que evacuarla á los pocos días.

Antes de llegar á Burgos, unióse á Wellington el general Castaños con diez y seis mil hombres que prestaron buenos servicios en el sitio del alto castillo que domina á dicha ciudad.

Posesionados los franceses de Bur-



gos, procedieron al sitio de dicha fortaleza, muy apreciada en tiempos antiguos, aunque en el presente carecía de gran importancia á pesar de las reformas y mejoras que en ella habían hecho los franceses, pues estos juzgábanla de gran valor por su situación.

Protegíanla dos líneas de reductos alrededor del cerro y en una vecina altura que lo dominaba y que se llamaba de San Miguel, habían construido los franceses un gran hornabeque.

Por este punto comenzaron los aliados el ataque y en la noche del 19 de Setiembre se apoderaron de él aunque á costa de mucha sangre. Grandes pérdidas sufrieron también para apoderarse del recinto exterior, lo que efectuaron el 4 de Octubre y cuando desde éste se disponían á cañonear la fortaleza, faltáronles municiones gruesas. Como al mismo tiempo comenzaron los temporales del invierno, vióse obligado Wellington á ordenar la retirada que se efectuó el 22 por la mañana sin que estallara la mina abierta en el hornabeque de San Miguel para volarlo.

En tanto que esto sucedía, José apenas llegado á Valencia celebró un consejo con los mariscales Soult, Jourdan y Suchet, y de aquél resultó al marchar contra el enemigo con todas las fuerzas reunidas.

El inglés Hill, que guardaba el paso del Tajo entre Aranjuez y Toledo, al ver venir tan superiores fuerzas á las que no podía oponer resistencia, se retiró á Madrid, abandonándolo á los pocos días, después de recoger los almacenes de los franceses, destruir las obras del Retiro y volar la célebre fábrica de porcelana china. Esta última destrucción tan innecesaria como poca justificada, causó gran indignación en los españoles.

Hill tomó el camino de Guadarrama con dirección á Alba de Tormes para unirse al ejército de Wellington.

Éste, amenazado por el gran ejército que sobre él venía y estrechado por las fuerzas francesas del Norte, fué retirándose hacia Portugal, á donde llegó á mediados de Noviembre.

Entre el ejército aliado y el francés, existía gran diferencia númerica, pues este último tenía una superioridad de más de veinte mil hombres.

Tomaron las tropas inglesas cuarteles de invierno en la sierra de Baños, y los cuerpos españoles que los habían acompañado hasta entonces, volvieron á su país, regresando los de Galicia por dentro de Portugal á su región, las de Extremadura á Cáceres y los guerrilleros de Porlier á Asturias.

El ejército francés viendo ya en retirada al enemigo, se diseminó, esparciéndose los cuerpos por ambas Castillas, mientras que José volvía por última vez á su abandonado palacio de Madrid.

En la retirada de los aliados acaeció un hecho digno de mención, como

fué la defensa del castillo de Alba de Tormes por su gobernador el valiente Miranda Cabezón, que solo lo abandonó cuando estuvo convencido de lo imposible que era seguir sosteniéndose en él.

Tal fué el final de aquella vasta campaña, que si no limpió el territorio nacional de enemigos, produjo resultados tan importantes como el levantamiento del sitio de Cádiz, y que el prestigio bonapartista quedara profundamente quebrantado.

En Cataluña continuaba la guerra sin que decayera un momento el entusiasmo de los patriotas. Lacy, Sarsfield y Eroles, derrotaron á los enemigos en Villaseca, San Feliu de Codinas y Altafulla, y el segundo de dichos generales, después de su triunfo, penetró en Francia y después de imponer una fuerte contribución á varios pueblos, regresó con ganados y otras presas.

El barón de Eroles penetró en Aragón y sostúvo en Roda un combate con Bourke, obligándolo á refugiarse en Barbastro, después de haberle causado una pérdida de más de mil hombres.

Otros caudillos notables tenía el Principado, como Rimbau, Milans, Rovira, Fábregas y algunos menos conocidos; pero de todos, el que más se distinguía, era el general D. José Manso, en el que no se sabía que admirar más, si su pericia como jefe ó su valor heroico como combatiente.

Era tal su firmeza en la lucha, que en cierta ocasión, para esperar el paso de los franceses y derrotarlos, estuvo una noche entera metido hasta la cintura en una laguna helada, y otra vez en un combate que sus tropas empeñaron en las cercanías de Barcelona, él solo luchó con cinco franceses y les dió muerte.

Manso era la inteligencia más clara de entre todos los caudillos que hacían la guerra á los franceses en Cataluña, y á pesar de su graduación inferior á la de Lacy y otros, bien puede asegurarse que él era quien dirigía las operaciones de nuestros ejércitos.

Cuando operaba con su pequeña división separadamente, no transcurría semana que dejara de derrotar á los enemigos y sus hazañas fueron tan numerosas y estupendas, que bien puede su heroica figura ponerse al nivel de las de Mina y el Empecinado.

A las hazañas de los caudillos catalanes contra los invasores, uníanse las del comodoro inglés Codrington, el cual con una pequeña escuadra tenía en continua amenaza todos los puntos de la costa, llegando á apresar é incendiar á la misma vista de los franceses varios buques de dicha nacionalidad que estaban anclados en el puerto de Tarragona.

Deseoso el emperador de reprimir con mano más fuerte á los patriotas del Principado y queriendo al mismo tiempo poner en práctica su antiguo pensamiento de incorporación á Francia de todas las provincias españolas limítrofes con ésta, dividió Cataluña



EL GENERAL D. JOSE MANSO.

en cuatro provincias tituladas del Ter, de Montserrat, de las Bocas del Ebro y del Segre, cuyas capitales eran Gerona, Barcelona, Lérida y Puigcerdá, y las anexionó á su Imperio, enviando á ellas prefectos y toda clase de funcionarios civiles, bien contra la opinión de sus generales que conociendo la clase de enemigos con que luchaban, le decían que lo que debía enviar eran hombres y bayonetas y no empleados.

Con este arreglo administrativo y poner todo el Principado bajo el mando supremo de Suchet, que era entonces el general á quien más simpatía profesaba el emperador, creyó éste que Cataluña quedaba para siempre conquistada.

En Valencia, pasado el primer desaliento que produjo la pérdida de la capital, los patriotas volvieron á su primitivo entusiasmo y los restos del ejército, mandados todavía por Odonell, se reorganizaron en Murcia. La región valenciana, como las demás españolas, hervía en audaces guerrillas que eran la continua pesadilla de los franceses. De entre todas éstas, distinguíase la llamada del Fraile por acaudillarla el franciscano Nebot, guerrillero atrevido que á semejanza del Empecinado en Madrid llegaba muchas veces hasta las mismas puertas de Valencia.

Pero de todos los caudillos populares de dicha región, el más célebre fué D. José Romeu, heroico joven perteneciente á una de las más ricas y distinguidas familias de Sagunto.

Guiado por un noble entusiasmo y por su ardiente amor á la patria, alistóse en las milicias del país y estuvo en todas las operaciones de guerra ocurridas en la región hasta la pérdida de Valencia. Entonces dedicóse á la organización de partidas y á la guerra de montaña, para la que poseía sobresalientes facultades, y tantas fueron sus hazañas, que el gobierno español le dió el empleo de teniente coronel de los ejércitos nacionales y Suchet dedicó á su persecución todas las tropas que tenían en la provincia, poniendo además á precio su cabeza.

Nunca hubieran los franceses logrado vencerle, pero la traición pudo más, y un mal español lo entregó á los imperiales mientras dormía. Conducido á Valencia, Suchet, que sentía admiración por aquel joven caudillo que había demostrado ser invencible, intentó atraerlo á su bando ofreciéndole las mayores distinciones y la restitución de la cuantiosa fortuna que había perdido; pero el firme Romeu desechó tales seducciones y entonces el mariscal, llevado de la ira, le condenó á morir en la horca, sin atender á que no era un paisano cogido en armas, sino un militar español á quien amparaban las universales leyes de la guerra.

Mostró Romeu la mayor entereza en la capilla, y á la vista de la horca, exclamó así:

—¡Oh patíbulo afrentoso! Hoy va un patriota mártir á redimirte con su sangre.

El valiente guerrillero murió gritando: ¡Viva la patria! Tenia entonces treinta y tres años, había vencido en menos de dos años cuarenta veces á los enemigos, y dejaba en la mayor miseria á su mujer y sus hijos, acostumbrados antes de la guerra al regalo que proporciona una importante fortuna.

El Empecinado continuaba en tanto realizando sus estupendas hazañas en Castilla. El segundo de dicho guerrillero llamado D. Saturnino Albuin (a) *El Manco*, impulsado por su codicia, pasóse á los franceses y levantó una partida llamada de *contra-empecinados*, con la cual, y ayudado por los invasores, preparó una emboscada en Rebollar de la Sierra á su antiguo jefe, de la cual éste se pudo salvar arrojándose por un despeñadero cubierto de nieve, costándole la caída la fractura de un brazo.

En el mes de Mayo, ya repuesto de tal accidente, penetró el Empecinado en Cuenca, obligando á su guarnición á fortificarse en varios edificios, y después de apoderarse de los almacenes de los franceses, retiróse á Cifuentes.

En otras regiones no era menor la suerte de los defensores de la patria. Ballesteros derrotó al general Marrasin en Cartama, y el intrepido Morillo avanzando por la Mancha entró en Ciudad Real, y solo se retiró de Extremadura después de haber derrotado en varios encuentros al enemigo.

No era menor la actividad de los españoles en las provincias de Santander y Vascongadas.

El valiente D. Mariano Renovales, así que tuvo organizados tres batallones y un escuadrón, extendió sus expediciones por la costa en combinación con la escuadra inglesa que cruzaba el Cantábrico. También fué ésta aprovechada por el intrépido guerrillero Jáuregui (a) *El Pastor*, el cual tomó á Lequeitio y algunos otros fuertes de la costa.

Enfurecidos los invasores por estos reveses, descargaron su rabia contra las juntas patrióticas, y habiendo hecho prisionera á la de Burgos en el pueblo de Grado, pasaron por las armas á todos sus individuos en Soria, y colgaron sus cadáveres en la horca.

El cura Merino para vengar este atropello, fusiló veinte prisioneros franceses por cada vocal, represalia que dió por resultado la matanza de ciento diez hombres.

El insigne D. Francisco Espoz y Mina, continuaba en las provincias del Norte sus asombradas hazañas. En unión de Longa y á presencia de D. Gabriel Mendizábal, general en jefe del ejército á que él estaba agregado, derrotó en Sangüesa al gobernador militar de Pamplona, causándole pérdidas de gran importancia.

Este triunfo valióle el que se destinaran á su persecución más de veinte mil hombres, peligro del que supo salir Mina con hábiles movimientos y estratagemas, y un rasgo de aquella audacia tan propia de su carácter.



Cuando más perseguido era, dirigióse á Arlabán, y á pesar del castillo que escarmentados habían levantado los franceses en dicho paso, sorprendió otro convoy, y de los dos mil hombres que formaban su escolta, seiscientos quedaron tendidos sobre el campo, y del resto muy pocos se salvaron de caer prisioneros.

Entre las personas que iban en el convoy y quedaron prisioneras, figuraban algunas señoras y cinco niños, que fueron tratados por la división y su jefe, según éste manifestaba en su parte á la Regencia, «con el cariño y la compasión que dictan la religión, la humanidad, edad tan tierna y suerte tan desventurada...» Más adelante añadía así en dicho documento: «Los niños por su candor, tienen sobre mi alma el mayor ascendiente y son la única fuerza que imprime y amolda el corazón guerrero de mi segundo Cruchaga.»

Con estas palabras se demuestran cuales eran los sentimientos de aquellos hombres valientes y sencillos, á los que los franceses pintaban como fieras sanguinarias y fusilaban sin consideración lo mismo que si se tratara de salvajes feroces.

El prestigio cada vez más creciente del *Pequeño rey de Navarra*, como llamaban los franceses á Mina, hizo que á su lado fueran agrupándose los españoles entendidos en materias administrativas que antes vivían en Pamplona, y con ellos completó el guerrillero su sistema económico, con el que cubría las necesidades de su ejército.

Los secuestros de los bienes pertenecientes á los afrancesados, las presas hechas al enemigo y los productos de las aduanas en la frontera, le proporcionaban cantidades suficientes para atender al sustento de su división, sin que ésta fuera gravosa á los pueblos ni á su vecindario patriótico.

El cuadro hermoso que presentaban las hazañas de todos los guerreros populares, resultaba aun más brillante en vista de que muy rara vez era oscurecido por el egoismo y la traición.

Entre los trescientos guerrilleros de nombradía que produjo la epopeya de nuestra independencia, dos sólo fueron los que, volviendo sus armas contra la patria, pasaron al lado de los franceses.

De uno de ellos, Albuin *El Manco*, ya hemos hablado, y en cuanto al otro, era el guerrillero catalán Pujol, conocido por *Boquica*, hombre valeroso, pero feroz y sanguinario en extremo.

Boquica, según la expresión de un autor, fué uno de esos seres repugnantes que aparecen en las revoluciones del mismo modo que ciertas aves en los días de tormenta.

Luchando á favor de la patria, prestó á ésta muy buenos servicios; pero como sólo había tomado las armas para satisfacer sus feroces instintos y las autoridades españolas le censuraban sus desmanes, pasóse á los franceses, donde pudo con más libertad cometer toda clase de barbaries. Este misera-

ble mandaba una banda de asesinos tan sanguinarios como él, y sembraban el terror en los pueblos rurales. El general Mathieu, gobernador de Barcelona, deshonró el uniforme francés nombrando á Boquica capitán del ejército imperial.

A la terminación de la guerra entró dicho bandido en la vecina nación; pero el barón de Eroles, que no podía olvidar la manera alevosa como había dado muerte á uno de sus ayudantes, lo reclamó á las autoridades francesas y fué conducido á España para morir acosado como una fiera y herido por mil lados, á manos del vecindario de Figueras, todavía conmovido por los crímenes de aquel terrible malvado.

Volvamos al ejército aliado que dejamos establecido en la raya de Portugal.

Así que Wellington dejó en seguridad á su ejército, trasladóse á Cádiz con el propósito de acordar con el gobierno español el próximo plan de campaña.

El general británico fué objeto de las más entusiastas ovaciones, y las Cortes en su sesión del 30 de Diciembre le concedieron la gran distinción de que tomara asiento entre los diputados.

Las conferencias que entonces se celebraron en Cádiz dieron por resultado una organizacion más racional de nuestros ejércitos y el que se determinaran las facultades de las autoridades militares y las civiles para evitar los conflictos que venían ocurriendo.

Terminada su misión en Cádiz, trasladóse Wellington á Lisboa para ponerse también de acuerdo con el gobierno portugués. El general británico hacía tales preparativos en la seguridad de que la próxima campaña iba á ser la última y decisiva, pues tenía ya noticias de lo que estaba ocurriendo al Norte de Europa.

Antes de hablar de esto, veamos lo qué sucedía en las Cortes apenas se ausentó de Cádiz el duque de Wellington. La mayor parte de los diputados deseaban que éste se encargara de la dirección de los ejércitos españoles. Los que tal deseaban eran los mismos que antes se habían opuesto á ello cuando el duque hizo tal petición por conducto de su hermano el embajador Wellesley; pero entonces el general todavía no era conocido más que por algunas victorias sin transcendencia, y ahora las conquistas de Ciudad-Rodrigo y Badajoz y el el triunfo de los Arapiles, le recomendaban como gran general y hombre de fortuna.

Al presentarse en el Congreso la proposición para que Wellington asumiera la dirección de los ejércitos nacionales, sólo hicieron alguna oposición los diputados catalanes por creer que la medida iba contra sus intereses; pero al fin aprobóse éste y el general sólo tardó en aceptarla hasta que recibió el beneplácito del gobierno inglés.

Opúsose á esta distinción el general Ballesteros alegando extemporá-



neas razones de patriotismo, y á tal punto llegó su protesta, que se temió una insubordinación; pero el gobierno cortó de raíz el peligro, enviando al general español de cuartel á Ceuta.

Fijemos la mirada en Rusia donde comenzaba á desarrollarse el trágico epílogo de la epopeya bonapartista, y el coloso de Europa recibía el golpe de misericordia en su poder militar tan quebrantado en España.

Desde que se constituyó la Regencia española, que el Czar Alejandro I venía por medio de agentes secretos animándola á persistir en su conducta, prometiendo que Rusia por su parte no tardaría en declarar la guerra á Napoleón.

Realmente el Imperio francés y el Czarino ruso por su misma grandeza, eran dos gigantescos poderes que se excluían de Europa y no podían menos de chocar en breve plazo. En las conferencias de Erfurt ya había dado á entender Alejandro algo de su posterior conducta; pero Napoleón cegado por los destellos de su propia gloria no pudo apreciar tales detalles.

El gobierno español, envió á Rusia un embajador con carácter público y el Czar no sólo lo admitió dándole las mayores pruebas de afecto, sino que por su conducto ajustó con nuestra nación un tratado de paz, unión y alianza siendo su texto un documento que bien merece conocerse, pues en él un soberano, el más autócrata de la tierra, reconocía y respetaba el sistema constitucional que regía en España.

Decía así en su parte más importante:

«Artículo primero: Habrá entre Su Majestad Católica, el rey de España y de las Indias y S. M. el Emperador de todas las Rusias, sus herederos y sucesores, y entre sus monarquías, no sólo amistad, sino sincera unión y alianza.

»Artículo segundo: Las dos altas partes contratantes en consecuencia de este empeño, se reservan el entenderse sin demora, sobre las estipulaciones de esta alianza y el concertar entre sí todo lo que pueda tener conexión con sus intereses recíprocos y con la firme intención en que están, de hacer una guerra vigorosa al emperador de los franceses, su enemigo común y prometer desde ahora vigilar y concurrir sinceramente á todo lo que pueda ser ventajoso á la una ó á la otra parte.

»Artículo tercero: S. M. el Emperador de todas las Rusias reconoce por *legítimas las Cortes generales y extraordinarias reunidas actualmente en Cádiz y la Constitución que éstas han decretado y sancionado.*

»Artículo cuarto: Las relaciones de comercio serán restablecidas desde ahora y favorecidas recíprocamente. Las dos altas partes contratantes proveerán los medios de darles todavía mayor extensión.

»Artículo quinto: El presente tratado será ratificado y las satisfacciones serán canjeadas en San Petersburgo en el término de tres meses

contados desde el día de la firma ó antes si ser pudiese.

»En fe de lo cual, nos los infrascritos, en virtud de nuestros plenos poderes, hemos firmado el presente tratado y hemos puesto en él los sellos de nuestras armas. Hecho en Veliki-Louki á 8 (20) de Julio del año de 1812. *Francisco de Zea Bermúdez. El conde Nicolás de Romanzoff.*

»Por tanto, penetradas las Cortes generales y extraordinarias de la más viva satisfacción por contar entre sus generosos amigos á tan grande y augusto Príncipe, que llevado del deseo de la verdadera gloria ha resuelto tomar parte en la noble empresa de libertar el continente europeo de la tiranía con que está empeñado en sojuzgarle el emperador de los franceses, han venido en ratificar por unanimidad el referido tratado. Lo tendrá entendido la Regencia del reino haciéndolo imprimir, publicar y circular. *Andrés Angel de la Vega Infanzon*, presidente; *Juan Nicasio Gallego*, diputado secretario; *Juan Bernado O'Garan*, diputado secretario. Dado en Cádiz á 2 de Setiembre de 1812.—A la Regencia del Reino.»

No necesitó grandes motivos Napoleón para dirigirse hostilmente contra la Rusia. Los preparativos militares de ésta y las noticias que le daban sus agentes secretos, hiciéronle ver que Alejandro deseaba la guerra contra él y queriendo que Francia fuera la que diera el primer golpe, tomó por pretexto un ukase del Czar que destruía en parte el bloqueo continental contra Inglaterra y encaminó sus siempre victoriosos ejércitos hacia Alemania.

El 9 de Mayo salió Napoleón de París y se detuvo en Dresde donde fueron á cumplimentarle humildemente los más principales soberanos de Alemania. De más de seiscientos mil hombres constaba aquel gran ejército que iba á invadir la Rusia, y entre tan enorme cantidad de tropas procedentes de diversos países, marchaban algunos regimientos españoles, reliquias de la división de La Romana en Dinamarca ó formados á la fuerza con nuestros soldados prisioneros en los depósitos de Francia.

En la noche del 23 de Junio, pasaron el Niemen las primeras tropas francesas y quedó abierta la campaña que fué tan rápida como terrible.

Avanzó el gran ejército sin encontrar ningún obstáculo serio; antes bien, parecía correr tras un fantasma, pues por ninguna parte aparecía el ejército ruso y el vecindario en masa evacuaba aldeas y grandes poblaciones dejando á los franceses que se agitaran en el vacío y confiando en que los rigores de la naturaleza serían la mejor defensa de la patria.

Apodérase Napoleón de Moscou, la santa ciudad rusa que encuentran los franceses solitaria y abandonada; pero á las pocas horas ocultas manos prenden fuego á la población, van por el espacio ardientes globos que queman cuantos edificios tocan, y el mismo emperador se ve precisado á escapar

del suntuoso palacio del Kremelín para no ser víctima de las llamas.

Los rusos poseídos de ese ardor patriótico que hace olvidar las mayores preocupaciones, queman su ciudad sagrada para dejar de este modo sin abrigo á los invasores.

Asómbrase Napoleón á la vista de aquella grandiosidad mil veces más sublime que la suya, y comienza á atemorizarse ante las semi-salvajes tribus del Norte, innumerables como las bíblicas arenas, que bajan aullando su canto de guerra y blandiendo sus lanzas; y al mismo tiempo le alarma el cruel invierno propio de aquellas regiones y la falta de abrigo para sus tropas.

A las lanzas de los cosacos podía oponer Bonaparte los cañones y bayonetas de su ejército; pero contra el frío y la nieve, contra aquella naturaleza semejante á una inmensa tumba no puede oponer nada, su genio se oscurece y al fin tiene que declararse impotente dando á su gran ejército la orden de retirada.

Aquellas tropas acostumbradas á vencer en todas ocasiones á ir siempre hacia adelante, se aterrorizan al emprender la retirada y ver que su ídolo duda y tiembla como cualquier mortal. La más cruel incertidumbre se extiende por las filas y la retirada no ofrece el aspecto de un ejército ordenado, sino el de una inmensa masa de hombres que se empuja corriendo azoradamente revuelta con cañones, furgones y carruajes y que se dispersa apenas oye un lejano cañonazo.

Las órdenes de Napoleón son desoídas, él mismo es atropellado en la fuga de sus soldados y basta un pequeño pelotón de cosacos para hacer prisioneras á divisiones completas.

Perseguido Bonaparte hasta el Beresina restituyóse á París con las reliquias de su ejército que semejaban ya huesos desparramados de gigantesco esqueleto, y aunque él se propuso remediar tal catástrofe, pronto notó que había perdido la cualidad más importante, cual era la confianza que inspiraba á los suyos. Los soldados franceses eran ahora los primeros en censurarle y no le consideraban ya más que como un general vulgar expuesto á errores y á imprudencias.

La campaña de Rusia después de la guerra de España, eclipsaba para siempre la buena estrella de Napoleón.

En aquella retirada desastrosa muchos de los soldados españoles que forzosamente iban en el ejército napoleónico al verse un tanto libres y saber que Rusia era aliada de España, abandonaron sus banderas y se presentaron á los moscovitas siendo muy bien recibidos por el Czar.

D. Alejandro Odonell, comandante del regimiento de Hibernia que con su batallón había sido hecho prisionero en España en 1809 y obligado después á servir en la campaña de Rusia, desertó en Wilna y con trescientos soldados españoles presentóse al general ruso Saint-Prieste que mandaba la vanguardia del ejército imperial.

Aquel acto causó gran satisfacción en el Czar Alejandro I, que acantonó á nuestros soldados en la plaza de Mezuel, disponiendo después de acuerdo con el embajador de España D. Eusebio de Bardají y Azara la creación de un regimiento español que inmortalizara el valor heroico de nuestra patria al emprender la lucha con Napoleón. Pasaron Odonell y los suyos á San Petersburgo y allí con cinco mil españoles más desertores del ejército francés, formóse un regimiento al que por mandato de nuestra Regencia púsose el título de *Imperial Alejandro* como tributo á la deferencia que el Czar tenía con nuestra patria.

La bandera del regimiento fué bordada por las emperatrices Isabel Alexowna y María Fedorowna, esposa y madre de Alejandro I, y éste fué nombrado coronel honorario del regimiento que se equipó y armó en los parques imperiales.

Hasta 1814 permaneció el regimiento Imperial Alejandro en San Petersburgo, llamando la pública atención por su disciplina y buen comportamiento, y al ocurrir en dicho año la caída de Napoleón, regresó á España donde más adelante se distinguió por sus servicios á la libertad.

Durante su estancia en la capital rusa, verificóse un acto conmovedor que demostró el aprecio que universalmente había adquirido la obra de las inmortales Cortes de Cadiz (1).

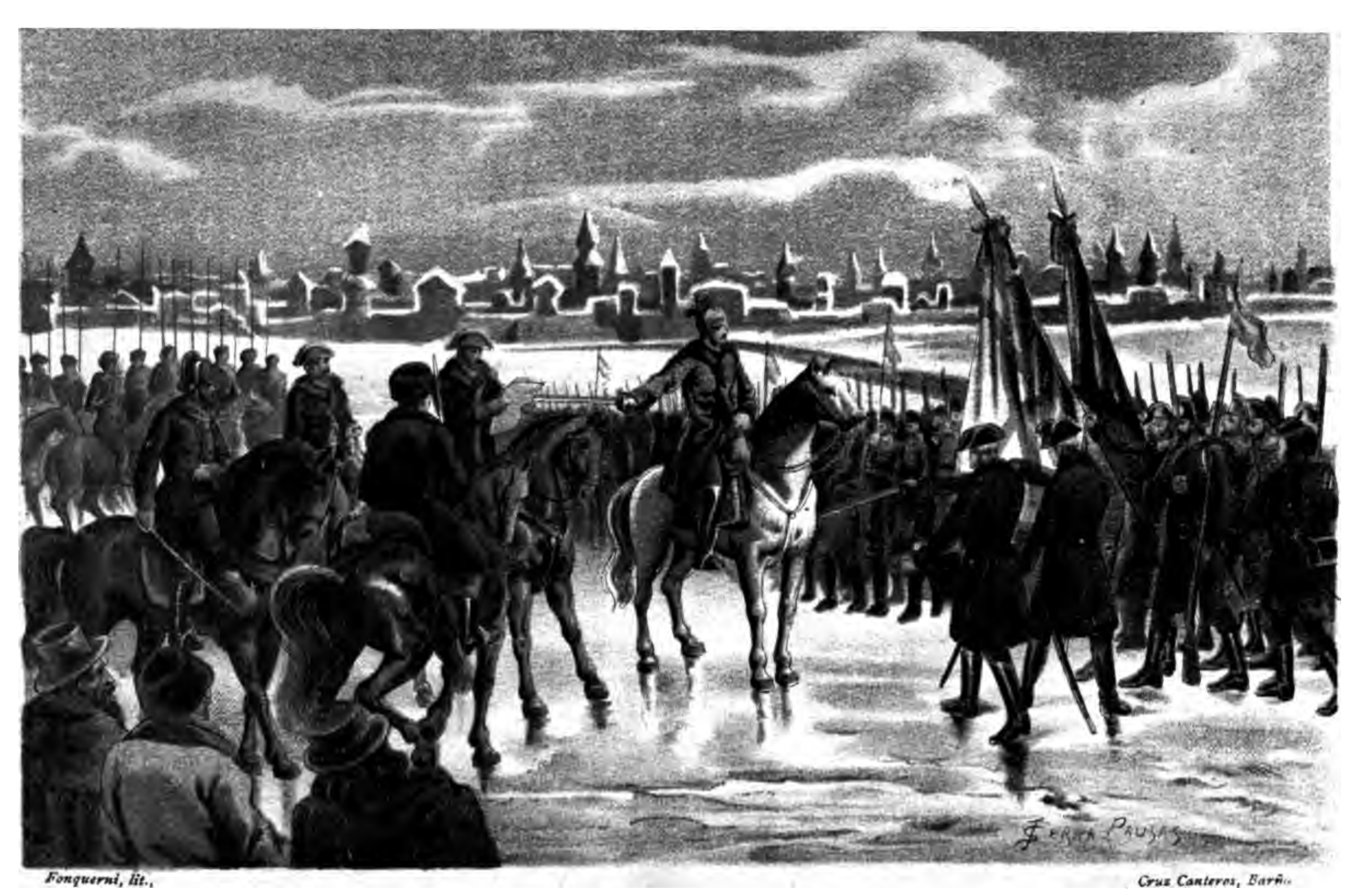
En una mañana del mes de Enero de 1813, formó el regimiento en columna cerrada y con las banderas al frente, sobre el Neva helado. Presentóse ante él, el Czar á caballo, seguido de un brillante Estado mayor y dijo á los soldados que su patria se había dado una Constitución decretando que la jurasen y obedeciesen todos los españoles de ambos hemisferios y que siendo ellos españoles y él su coronel honorario, iban todos á prestar el correspondiente juramento del nuevo Código político.

A continuación el Czar en correcto castellano dió lectura á los principales artículos de la Constitución y cuando leyó el segundo ó sea que «la nación española es libre é independiente y no es ni puede ser patrimonio de ninguna familia ni persona» las filas se conmovieron y aun se escucharon sollozos de alegría mal contenidos.

Terminada la lectura Alejandro I hizo presentar las armas y agitando su espada gritó:—¿Juráis fidelidad y obediencia á la Constitución española?

La contestación fué conmovedora. Muchos sintieron que por sus mejillas curtidas por el humo de la pólvora rodaban gozosas lágrimas y otros locos de alegría, prorumpieron en vivas arrojando al alto sus morriones, é hicieron toda clase de demostraciones de contento.

(1) Este hecho no mencionado por ningún historiador, no por esto es menos cierto. El distinguido escritor y ex-ministro de la Guerra, don Nicolás Estévanez, lo describe en uno de sus notables artículos y asegura lo oyó relatar de joven á un veterano que fué testigo presencial.



Fonquerni, lit. *Cruz Canteros, Barña.*

EL CZAR DE RUSIA HACIENDO JURAR LA CONSTITUCION DE 1812 AL REGIMIENTO ESPAÑOL, IMPERIAL ALEJANDRO.

Aquellos soldados habían dejado una patria envilecida por los reyes y á punto de caer esclavizada del todo á los piés del invasor, y ahora después de algunos años al otro extremo de Europa, sobre las heladas aguas de un río y bajo un cielo ceniciento que no era el risueño de España, la encontraban otra vez, pero era para verla grande y deslumbradora con los resplandores de la libertad.

Raro y sorprendente espectáculo el que aquella mañana se ofreció sobre los hielos del Neva.

Unos soldados que tras mil peripecias y derramar la sangre en diversos países bajo banderas que no eran las suyas, recibían la visita de la patria á muchas leguas de ésta, y un soberano despótico que llevado de su respeto y afecto al gobierno de la nación aliada, les hacía jurar un código político casi democrático de que aun hoy á pesar del progreso de los tiempos carece el pueblo ruso.

Aquello era el triunfo más hermoso de la joven Constitución.

Pero lo que el déspota de Rusia respetaba, pronto debía ser destruido por el reyezuelo miserable que á ella debía el afianzamiento de su corona.

CAPITULO XXIV

1812-1813

Trabajos de las Cortes.—Leyes orgánicas.—Acuerdan la fecha de reunión de las nuevas Cortes.—Decreto sobre terrenos baldíos.—Sus efectos.—El sargento García.—Sus portentosas hazañas.—Honores que se le tributan en Cádiz.—Supresión del *Voto de Santiago*.—Brillante debate que precede á esta reforma.—Discurso del diputado Ruíz Padrón.—Declaran las Cortes á Santa Teresa patrona de las Españas.—Discusión sobre la Inquisición.—Historia de este odioso tribunal.—Crímenes que comete en España.—Su manera de enjuiciar.—Maniobra de los reaccionarios para restablecer la Inquisición.—Risible espectáculo que ofrecen en las Cortes.—Proposición de Gallego.—Informe de la comisión constitucional.—Notable debate.—Palabras de Calatrava.—Queda abolida la Inquisición.—Reforma de las órdenes religiosas.—La vida monástica como principal causa de la decadencia española.—Estado de la Iglesia á principios del siglo.—Medidas de las Cortes.—Añagazas que emplean los frailes.—Decreto sobre órdenes monásticas.—Censurable conducta de la Regencia.—Antagonismo entre ésta y las Cortes.—Planes reaccionarios del gobierno.—Intenta éste con los antireformistas un golpe de fuerza contra el Congreso. Energía de los diputados.—Protesta de la clerigalla.—Entereza de las Cortes.—El Nuncio Gravina.—Su destierro.—Sucesivas reformas que efectúan las Cortes.—Tratan de mejorar la Hacienda pública.—Reformas que efectúan en este ramo.—Arreglo de la deuda pública.—Delitos de infidelidad á la patria.—Varios decretos sobre esta materia.—Tratos con Inglaterra para la pacificación de América.—Nulo resultado.—Alianzas que ajusta España con Suecia y Prusia.

Así que la Constitución quedó promulgada, las Cortes, que no descansaban en la tarea de regenerar el país, trataron de completar sus trabajos dictando leyes orgánicas que fueran como el complemento y la salvaguardia del nuevo código político.

El Consejo de Estado, el Tribunal Supremo de Justicia, las Audiencias y los jueces de primera instancia, recibieron reglamentos bastante detallados, así como también los otros tribunales superiores de Guerra y Marina, Hacienda y Ordenes militares, estan-

do dichas leyes orgánicas inspiradas en el mismo espíritu que había presidido en la formación de la Constitución.

Los diputados reaccionarios, siempre impulsados por sus propósitos de dificultar las reformas, intentaron impedir éstas promoviendo la disolución pronta de las Cortes según prevenía la Constitución y la convocación de otras nuevas con arreglo á ésta. La idea agradaba á algunos liberales, pero la mayoría comprendió cuál era la intención que guiaba á los antireformistas, y para impedirla, logró que la comisión constitucional, al dar el informe, dijera que las próximas Cortes debían reunirse en el próximo año de 1813, y no en Marzo, como prevenía la ley, sino en Octubre, permaneciendo hasta tal época reunido el actual Congreso en el ejercicio de sus funciones. El Congreso aprobó la propuesta de la comisión, y quedaron con esto frustrados en parte los planes de los reaccionarios.

Una reforma muy importante vinieron á efectuar las Cortes, que tuvo gran transcendencia para la riqueza pública.

Existían en todas las provincias españolas muchos terrenos baldíos, ya realengos, ya de propios y arbitrios de los pueblos, los cuales se hallaban incultos hacía mucho tiempo, y por tanto inútiles para la producción.

Muchos diputados pensaron en que dichos terrenos debían pasar á la propiedad particular, pues de este modo entrarían en la general circulación y recibiría un aumento la riqueza del país. Esta reforma proporcionaba dos grandes ventajas, como eran ayudar al Gobierno al pago de la Deuda Nacional y dar un medio de premiar á aquellos que más se distinguieran en el servicio de la patria.

Algunos individuos del Congreso, sin pararse á apreciar la grandeza y utilidad de tal plan y llevados al mismo tiempo de sus pasiones, intentaron oponerse vaticinando que no se alcanzaría el objeto deseado; pero por fin la asamblea aprobó la reforma, siendo los más amantes de la propiedad inmutable los que con más entusiasmo la votaron, pues el tinte patriótico que se la había dado les hacía olvidar que atacaba por su base las doctrinas que sustentaban.

En el mes de Enero de 1813 publicóse el decreto, algunos de cuyos artículos son tan dignos de mención que no podemos menos de reproducirlos:

«Artículo segundo: Se empleará la mitad de los baldíos y realengos en el pago de la Deuda Nacional, prefiriendo los créditos que tuviesen los vecinos de los pueblos en cuyo término se hallasen los terrenos.

»Artículo tercero: Se distribuirán en suertes, con el nombre de *premio patriótico*, las tierras restantes de los mismos baldíos ó las labrantías de propios y arbitrios, entre los oficiales de capitán abajo y entre los sargentos, cabos y soldados rasos que hubiesen servido en la guerra de la Independencia y se hubiesen retirado con do-

cumento legítimo que acredite su buen desempeño.

»Artículo cuarto: Se repartirán gratuitamente y por sorteo las tierras entre los vecinos que las pidiesen y no gozasen de propiedad.»

Esta disposición fué tal vez la más revolucionaria de cuantas tomaron las Cortes de Cádiz y su ejecución quedó encomendada á las Diputaciones Provinciales. Las personas interesadas en que no alcanzara cumplimiento la hicieron objeto de muchas censuras; pero la nación ilustrada reconoció que, además de representar una satisfacción tan noble como la de dar recompensas á los que habían sufrido fatigas y derramado su sangre por la patria, envolvía un interés tan grande como el de animar la general circulación, dando nuevas fuerzas á la riqueza española y volviendo á su antiguo ser tierras laborables hasta entonces estériles.

En las sesiones del mes de Febrero ofrecieron las Cortes un espectáculo conmovedor que venía á demostrar la sublimidad de aquella lucha sostenida con tanto tesón por la integridad de la patria.

Después de los honores que el Congreso tributó al victorioso lord Wellington, inteligencia directora de aquella guerra, tocó otorgar iguales distinciones al sargento Antonio García, natural de Asturias y que apenas si contaba veintidos años; honrando en su persona al ejército español y á la nación que tales soldados producía.

¿Quién era aquel desconocido que con tal solemnidad recibían las Cortes?

Había salido de su lugar casi un niño para tomar las armas en defensa de la patria, y en la acción de Betanzos recibió un balazo, así como en la de Oviedo una estocada. Asistió después á los combates de Navia, la Caridad y Mondoñedo, siendo herido otra vez de bala y cuando apenas si se encontraba repuesto, recibió tres estocadas en la batalla de Lugo. Tomó parte en la de Vivero, y en la ocurrida de Betanzos sufrió una tremenda cuchillada. De la batalla de la Coruña en la que se distinguió notablemente, pudo salir ileso, pero no así en la de Santiago, pues recibió una herida en la frente. Batióse después en Valdeorras y Moraella, y en el combate de Villafranca del Vierzo, recibió otro balazo. En Alba de Tormes, Bañobares, Ciudad-Rodrigo y Olivenza demostró una bravura sin límites y posteriormente quedó prisionero en la acción de Llerena, siendo fusilado por los franceses en unión de otros compañeros. A pesar de las cuatro balas que penetraron en su cuerpo, todavía conservó la vida, y un pastor, que por curiosidad examinó él montón de cadáveres, al notar que uno de los fusilados no había muerto, lo cargó sobre sus hombros y conduciéndolo á lugar seguro cuidó sus heridas hasta que éstas quedaron cerradas. Apenas se vió el intrépido García restablecido presentóse al general Ballesteros y alistado en su división combatió en la ac-

ción de los Castillejos, tomando después parte en la de Frenegal, de la Sierra donde le alcanzaron una bala y dos estocadas. En el combate de Higuera de Frenegal portóse con el valor acostumbrado, y el de la Palma hizo un prisionero y cogió un hermoso caballo que entregó á Ballesteros. En la célebre batalla de la Albuera recibió una profunda estocada y al poco tiempo ya estuvo en disposición de tomar parte en las acciones de Puebla de Guzmán, Usagre, Zujar, Collar de Baza y en la batalla de Murviedro donde una bala le atravesó el pecho y una espada un muslo. Después combatió en Alaguas bizarramente y fué uno de los bravos jinetes que á las órdenes del heróico é infortunado D. Martín de la Carrera, penetraron por sorpresa en las calles de Murcia, pudiendo abrirse paso y escapar á fuerza de sablazos.

En esta hoja de servicios tan asombrosa todavía existía un hecho que casi resulta increíble por lo heróico. En una de las citadas acciones, García peleó solo *¡contra diez y seis enemigos!* y logró arrancarles una bandera española que habían arrebatado.

Aquel joven bien podía ser considerado como la personificación de la gloria nacional, pues sobre su cuerpo, con las honrosas cicatrices de treinta heridas, estaba escrita la epopeya de nuestra independencia.

La nación debía glorificar á tan asombroso héroe, pues así como el revolucionario Marat al ceñirse el laurel decía que el pueblo se coronaba en su cabeza, España hacía la apoteosis de su valor al tributar los mayores honores á aquel joven soldado.

Había acudido García á Cádiz para reclamar de la Regencia la gracia de inválido, y el gobierno le premió con el grado de sargento primero, honor que á todos pareció mezquino y más en aquella época que con tanta facilidad se prodigaban los empleos militares.

Deseosas las Cortes de dar mayor recompensa á aquel héroe que en tan diversos lugares de la península había derramado su sangre, acordaron proponerle alférez efectivo con una pensión de seis mil reales y que se presentase en el salón de sesiones para recibir de manos del presidente el documento en que se comunicaba á la Regencia tal proposición. Además quería el Congreso que previa la justificación debida, se concediera á García la cruz de San Fernando por el acto ya citado de rescatar la bandera.

En la sesión del día 16 de Febrero presentóse el bravo soldado ante los representantes de la nación. Era pequeño de cuerpo, tenía el rostro desfigurado por varias cicatrices y llevaba un dormán amarillo y casco de caballería.

Lo mismo los diputados que el público de las galerías, no pudieron contener las lágrimas ante aquel soldado casi niño que tantos servicios había prestado á la patria y que llevado de su sencillez miraba á todas partes co-

mo asombrado de verse objeto de tan conmovida curiosidad.

El pueblo, que se agolpaba á las puertas de las Cortes, daba vivas al modesto héroe con tal frenesí, que parecía comprender se honraba á sí mismo aclamando al sér privilegiado que de él procedía.

El presidente, tan conmovido como el público, exclamó así al entregar á García el documento para la Regencia:

—Ya que vuestra salud no os permite continuar en la penosa carrera en que habéis conseguido tanta gloria, en el seno de vuestra familia y en el país de vuestra cuna, continuad desplegando nuevos sentimientos de esta especie y refiriendo á vuestros conocidos y vecinos la historia verdadera de vuestros sucesos, contribuyendo con vuestro ejemplo á entusiasmar más y más el calor patriótico de vuestros conciudadanos. Decidles, si es posible, la noble emoción que en este momento disfruta vuestra alma al contemplar que todo el público está gozando con vuestras satisfacciones; decidles que nada puede igualar á este efecto encantador del patriotismo y de la virtud; finalmente, asegurad á los jóvenes que estos premios son inagotables y que los obtendrán cuantos imiten vuestras heroicas acciones. Y ahora acercáos á recibir las credenciales de la recompensa que la patria os ha señalado.

Después de intentar desde la barra proferir algunas palabras de agradecimiento con voz conmovida, salió García del salón, siendo aclamado nuevamente por el pueblo que lo condujo en triunfo hasta el palacio de la Regencia.

Wellesley, el embajador de Inglaterra, deseoso de honrar por su parte al heroico joven, le regaló el nuevo uniforme de alférez y un magnífico sable, y lo más selecto del vecindario gaditano dió en su honor una función en el teatro, á la que asistió el valeroso soldado.

Uno de los actores dió lectura á un soneto que terminaba así:

Y cuando la francesa alevosía
oprimir quiera nuestro suelo santo,
firme España dirá ¡¡Vive aún García!!

Al acabar la lectura de estos versos, las señoras agitaron los pañuelos y vertieron lágrimas; los hombres, puestos en pié y descubiertos saludaron al héroe con los sombreros y en mucho tiempo no cesaron los estruendosos vítores.

Aquellas demostraciones tenían gran transcendencia, pues eran la mejor demostración del espíritu revolucionario que animaba al pueblo español.

Hasta entonces sólo se había enaltecido al magnate y al poderoso; sólo el noble era considerado héroe y las mayores hazañas quedaban oscurecidas si es que las realizaba un hijo del pueblo. Por primera vez se veía tributar tales honores á un pobre campesino que había abandonado sus labores para empuñar las armas, y aquel sis-



tema político, que abolía en el ejército las absurdas pruebas de nobleza y dejaba franco el camino de la gloria al mérito, obraba lógicamente al encumbrar á aquel sér que, herido en mil partes, pero siempre con vida y ansioso de pelear, era la fiel representación de España.

Para terminar la relación de los sucesos que originó en Cádiz la presencia del bravo García, diremos que conociendo el vecindario la pobreza del héroe que le impedía atender cumplidamente al cuidado de sus heridas, inició una suscrición que en pocas horas ascendió á más de diez mil reales y que ya repuesto de aquéllas, á fines de Abril partió otra vez al ejército, pues los campos de batalla atraían á aquel invencible guerrero.

Uno de los asuntos que atrajeron la atención de las Cortes en aquel período legislativo, fué el tributo llamado *Voto de Santiago*, contribución que se pagaba al clero de la iglesia de Santiago de Galicia por todos los labradores que poseyeran más de una yunta. Este privilegio venía á aumentar las muchas y pesadas cargas que gravitaban sobre los infelices cultivadores de la tierra y además tenía el defecto de ser *falso é ilegítimo*, según sentencia dada en Consejo pleno en 1628, á pesar de lo cual los canónigos de Santiago seguían cobrándolo, pues la Iglesia, en materia de exprimir el bolsillo de los fieles, no repara en mentiras de mayor ó menor monta.

Según la tradición clerical, el privilegio fué concedido por el rey don Ramiro I á la iglesia de Santiago en gratitud á la ayuda que dicho apóstol le había prestado en la fabulosa batalla de Clavijo.

Los diputados que propusieron la abolición de dicho tributo, dejando á un lado lo absurdo de su origen que demostrado quedaba, se apoyaban en que siendo don Ramiro I rey de León, sólo á los habitantes de este reino podía haberles impuesto dicho *Voto*, siendo por lo tanto improcedente que lo pagaran todos los labriegos de España. Además, como todo argumento en favor de la autenticidad de dicho privilegio, sólo existía un pergamino ó diploma fechado por el citado rey en Calahorra el año 724, documento que todas las personas versadas en conocimientos históricos declaraban unánimemente como apócrifo.

Treinta y seis diputados de los más notables pidieron la supresión del *Voto* y el asunto púsose inmediatamente á discusión. El clérigo D. Simón López negó á las Cortes facultades para tratar de derechos de la Iglesia, pues en su concepto sólo á ésta y al Papa correspondía el ocuparse de ellos; pero esta ridícula teoría fué acogida con desprecio y á continuación el sabio canónigo D. Joaquín Lorenzo Villanueva pronunció un notable discurso, en el que al mismo tiempo que dió á entender sus vastos conocimientos históricos, demostró la falsedad é ilegitimidad del *Voto de Santiago*.

Pero de todos los oradores, el que

dió más tremendo golpe al abusivo privilegio fué otro clérigo, D. Antonio Ruíz Padrón, hombre de gran ilustración que, á pesar de su religiosidad, no se detenía ante ésta cuando se trataba de hacer reformas y anular tradicionales abusos.

—El *Voto de Santiago*,—decía en uno de los períodos de su discurso,—es una gabela que trae su origen de la ficción más absurda y extravagante que presenta la historia de los siglos y que ha causado en la de España un trastorno que ha hecho necesaria la ilustración de muchas épocas para corregirlas, y un trabajo infinito á nuestros sabios críticos para descubrir la verdad y dar en tierra con esa patraña indigna de una ilustre nación.

. . . .

«No es necesario más que leer el famoso pergamino que inserta el *Voto* y el privilegio, que tanto ruido ha hecho, para convencerse á primera vista que es una fábula sostenida por el interés de algunos, por la ignorancia y credulidad de muchos, y á costa del trabajo y sudor de los labradores. Pero aun hay más; la cronología es en la historia lo que el álgebra en la geometría: la guía que fija los puntos que nos conducen á la manifestación de la verdad de los hechos, y no hay un solo historiador de nombre que ponga el reinado de Ramiro I antes de la era de 800, esto es, ocho años después de la data del privilegio, pues en 783 reinaba aun D. Alfonso II, llamado *el Casto*.

. . . .

»En este decantado privilegio se ven las firmas de la reina Urraca; de Dulcio, arzobispo de Cantabria; de Salomón, obispo de Astorga; de Pedro, obispo de Iria, y otros muchos prelados que omito por no ser molesto; pero en cada firma ó inscripción no se ve sino un torpe anacronismo. La mujer de Ramiro I no fué Urraca, sino Paterna. Ni hubo tal Dulcio, ni tal Silla de Cantabria se conoció jamás en nuestra historia eclesiástica, ni se usaba en España en aquella época el título de Arzobispo, sino el de Metropolitano. No se halla en la cronología de los obispos de Iria, de aquel tiempo, ningún Pedro, y el Salomón, obispo de Astorga, no aparece en la historia de esta Iglesia hasta un siglo después. Tantos errores y anacronismos prueban más suficientemente la falsedad de tal privilegio.»

El ridículo D. Blas Ostolaza intentó defender el *Voto*, aunque sin exponer á su favor ningún argumento serio, y como en la sesión siguiente Toreno y Capmany todavía reforzaron con nuevos datos las razones expuestas por Villanueva y Ruíz Padrón, el *Voto* fué abolido con gran contentamiento de la población de los campos, que experimentó un alivio tan grande como con la supresión de los señoríos.

¡Conducta especial y contradictoria la de aquellas Cortes! La misma Asamblea que con tal sublimidad se dedicaba á debatir reformas transcendentales que regeneraban al país, empequeñecíase tratando en sus sesiones

sobre el santo que debía ser considerado como patrón de las Españas. Los carmelitas descalzos de Cádiz pidieron al Congreso que así como Santiago era el patrón nacional, fuera nombrada patrona Santa Teresa de Jesús. Pasó tan *importante* asunto al estudio de una Comisión y al fin concedióse á la célebre escritora mística el honor solicitado, sin que ningún diputado osara hacer la menor objeción por no atraer sobre las Cortes el odio de la clerigalla ignorante y el populacho fanático.

Actos ridículos como éste resultaban propios de una asamblea, que ó por no tener suficiente valor revolucionario para romper con las preocupaciones ó por conocer que el país estaba más ligado á las antiguas creencias que al nuevo régimen, tenía que vivir transigiendo de continuo con los absurdos y dedicándose á la difícil é ingrata tarea de armonizar el pasado con el presente ó lo que es lo mismo la tradición con la revolución.

Pero si las Cortes se empequeñecieron tratando tal asunto, pronto volvieron á su antigua senda y tornaron á adquirir su primitiva grandeza, introduciendo el espíritu de la reforma en dos instituciones que eran las llagas más crueles y asquerosas que atormentaban el casi agonizante cuerpo nacional.

Las tareas de aquel Congreso resultaban infructuosas si no dirigían la piqueta reformista contra la Inquisición, deshonra de España, y con un valor notable si se tiene en cuenta las circunstancias de la época, las Cortes de Cádiz atacaron por su base aquella bárbara institución que á principios del presente siglo ya se retiraba voluntariamente como avergonzada de sí misma y reconociéndose vencida al fin por el espíritu de progreso é ilustración que tantas veces había querido aniquilar.

El *Santo Oficio de la Inquisición*, ese tribunal bárbaro del cual no se encuentra semejanza ni aún en los pueblos más salvajes y sanguinarios, era un digno producto del pontificado romano que pretendía sojuzgar el mundo á nombre del filósofo que pasó su vida predicando la paz, la caridad y el amor entre todos los humanos.

Cuando en el siglo XII los pueblos fueron despertando del abrumador letargo intelectual que caracteriza á la Edad media y en Italia comenzaron, al par de las contiendas civiles, á manifestarse tendencias contra ciertos puntos del dogma católico, los papas comisionaron á varios nuncios y legados para perseguir á hierro y fuego á los herejes y especialmente á los albigenses. El avasallador poder de los pontífices, quería evitar por este medio el espíritu de Reforma que ya presentía y que con tanto vigor debía presentarse tres siglos después. Los individuos de la Iglesia hicieron gran uso de aquella arma que el Papa ponía en sus manos, especialmente en Alemania y Francia.

En España no entró la Inquisición hasta mediados del siglo XIII, ó sea

cuando la agitación albigense se extendió por las provincias francesas fronterizas á nuestra nación. En dicha época, Inocencio IV ordenó á los inquisidores del Languedoc enviaran á los dominicos de España y en especial al llamado Raimundo de Peñafort, la bula en que Gregorio IX mandaba á sus subordinados perseguir á los herejes como á fieras. Con esto, quedó establecida la Inquisición en todos los Estados aragoneses, pero no se extendió por el resto de la península, hasta en los tiempos de los reyes Católicos, esos fanáticos soberanos tan celebrados en todas ocasiones y sobre cuya bondad tanto queda que decir todavía á la crítica histórica.

Llamaban en esta época la atención de los codiciosos las muchas riquezas atesoradas por los judíos, los cuales en aquellos tiempos de guerras y conquistas se dedicaban á las viles profesiones del comercio y de la industria, mientras los españoles sólo pensaban en la gloria de las batallas y en cortar cabezas de moros.

Avariento Fernando V y conocedor de que una persecución religiosa podría hacerle dueño de incalculables riquezas, dió á entender sus malévolos propósitos contra los judíos, pero estos, viendo la tormenta que los amagaba, abjuraron precipitadamente de sus creencias y para ponerse á cubierto de todo ataque, pidieron el bautismo con lo cual más de cien mil familias constituyeron la clase que entonces se llamó de *Cristianos nuevos*.

Viendo el Rey Católico que los sagaces judíos conocían sus intentos y á tiempo ponían á cubierto sus personas y sus riquezas, pensó en la Inquisición que se encargaría de hacer patente la falsedad de aquellas conversiones, y apoyado el soberano por Sixto IV que quería tener á España tan supeditada al pontificado como más adelante lo logró, vino á nuestra patria el *Santo Oficio* con el mismo objeto que el ladrón que se asocia con otro para apostarse á la orilla de un camino.

Por esto dice Segur que «inventóse la Inquisición para despojar á los ricos de su caudal y á los poderosos de su predominio.»

En 2 de Setiembre de 1477 los Reyes Católicos, esos tan encomiados soberanos bajo cuyo gobierno empieza España á rodar por la pendiente de miseria que termina en parte con Carlos II, establecieron la Inquisición en toda España y nombraron inquisidor general á fray Tomás de Torquemada, hombre astuto, rígido y sombrío como el rey á quien servía de confesor y además feroz y sanguinario como la más enfurecida fiera.

Habilitó inmediatamente Torquemada lóbregas mazmorras que quedaron colmadas de infelices seres, y á los pocos días ya chisporroteaban las hogueras de la fe y morían en sus llamas seis desgraciados á los que siguieron en el resto del mismo año doscientos noventa y ocho más.

Aterróse España ante aquella brutal

institución y tal es el escándalo que produjo que hasta el mismo Papa pareció arrepentirse de su obra; pero el instrumento revolvióse contra el mismo que lo había fabricado y el Pontífice tuvo que callar al fin, quedando la Inquisición más dueña de nuestra patria que los mismos reyes. El pueblo español siempre generoso, valiente y enemigo de la injusticia, intentó repetidas veces acabar con los hombres que formaban el bárbaro tribunal, y el feroz Torquemada vióse obligado á presentarse en público, siempre armado, revestido de hierro y guardado por cincuenta familiares á caballo y doscientos á pié.

Nada podía oponerse ya al poderío de aquel hombre satánico. Intentaron los reyes católicos llevados de su codicia, conceder á los judíos la permanencia en España á cambio de una cantidad de importancia en aquella época, y apenas lo supo el audaz Torquemada, compareció ante la presencia de los soberanos armado de un tremendo crucifijo y con ademanes de energúmeno les gritó:

—Judas fué el primer vendedor de su maestro por treinta dineros; vuestras altezas tratan de negociarlo por treinta mil ducados; aquí está, cogedlo y vendedlo al punto.

No fué necesario más para que aquellos reyes fanáticos olvidando el dinero ofrecido y pensando al mismo tiempo que mayores riquezas proporcionaría la expulsión, arrojaran de España á los industriosos judíos de cuya rápida marcha se resintió la prosperidad nacional durante siglos enteros.

Bajo el mando del inquisidor Deza, digno sucesor del salvaje Torquemada, hubo conatos de sublevación popular lo que dió motivo á que las *santas* hogueras consumieran algunos miles de cuerpos.

Aragón fué el Estado de aquella unidad nacional que más firmemente resistió el establecimiento de la Inquisición, y sus Cortes llegaron á enviar diputados al Papa para que suprimiera el odioso tribunal; mas en vista de que nada se logró, alborotóse el pueblo de Zaragoza y dió de puñaladas al inquisidor general Pedro Arbués en la misma catedral. Era Arbués un sér tan fanático y feroz como todos sus antecesores y había mandado á morir en las llamas algunos miles de seres, á pesar de lo cual unos años después de su justa muerte, la Iglesia, esa institución que desprecia y llama muchas veces impíos á los hombres que en bien de la humanidad han realizado las mayores conquistas científicas, canonizó al *santo* asesino y hoy lo venera en los altares así como á Pedro de Castelnau inquisidor en Francia y Pedro de Verona en Italia, dignos compañeros del inquisidor de Zaragoza.

Mucho podríamos decir de aquel espantoso tribunal que cuando no tuvo moros ó judíos que perseguir, ocupóse en asuntos políticos ó en satisfacer pasiones personales y que llevó á

sus mazmorras olvidándose de la cuestión religiosa, lo mismo á la mujer hermosa que se resistía á livianas proposiciones, al padre ó al marido firmes en defender el honor de su familia que al patriota que lamentaba las desgracias de la nación y protestaba contra la tiranía de los reyes ó las arbitrariedades de sus favoritos.

Ya no se ocupaba el *Santo Oficio* en cuestiones de fe, y católicos viejos y rancios sufrían horribles torturas en sus cámaras de tormento, ó iban á la hoguera por iniciar solamente en sus conversaciones las inmoralidades del clero y la nobleza.

La mejor demostración de lo que fué aquel vergonzoso tribunal, es el catálogo de sus obras.

Torquemada desde 1481 á 1498, quemó vivos á 10,220 españoles; en efigie 6,480 y condenó á cárcel ó á galeras á 97,181.

Deza, segundo inquisidor general desde 1498 á 1507, solicita y logra de los reyes la expulsión de todos los moriscos de entrambos sexos de más de catorce años, con cuya expulsión y la de los judíos, mengua la población de España en más de dos millones de individuos, y como si con esto no hiciera bastante daño á nuestra nación, quema vivos á 2,592 españoles; en efigie 829 y envía á galeras á 32,925.

El cardenal Cisneros, tercer inquisidor general desde 1501 á 1517, quemó vivos á 3,564; en efigie 560 y condenó á galeras á 21,855.

El cardenal Adriano, cuarto inquisidor general desde 1517 á 1521, quemó vivos á 1,620; en efigie 550 y condenó á galeras á 21,855.

En el interregno de 1521 á 1523, fueron quemados vivos 824; en efigie 112 y condenados á cárcel ó galeras 4,481.

Alfonso Manrique, quinto inquisidor general desde 1523 á 1545, quemó vivos á 2,250; en efigie 1,125 y envió á galeras á 11,250.

Tabero, sexto inquisidor general desde 1545 á 1555, quemó vivos á 840; en efigie 520 y condenó á galeras á 6,620.

Durante el mando de Loaisa, séptimo inquisidor general, fueron quemados vivos 1,320; en efigie 660 y condenados á galeras 6,000.

Bajo el reinado de Felipe II, fueron quemados vivos por la Inquisición 3,990 españoles; en efigie 1,845 y condenados á galeras 18,450.

En el reinado de Felipe III, fueron quemados vivos 1,840; en efigie 692 y condenados á galeras 10,276.

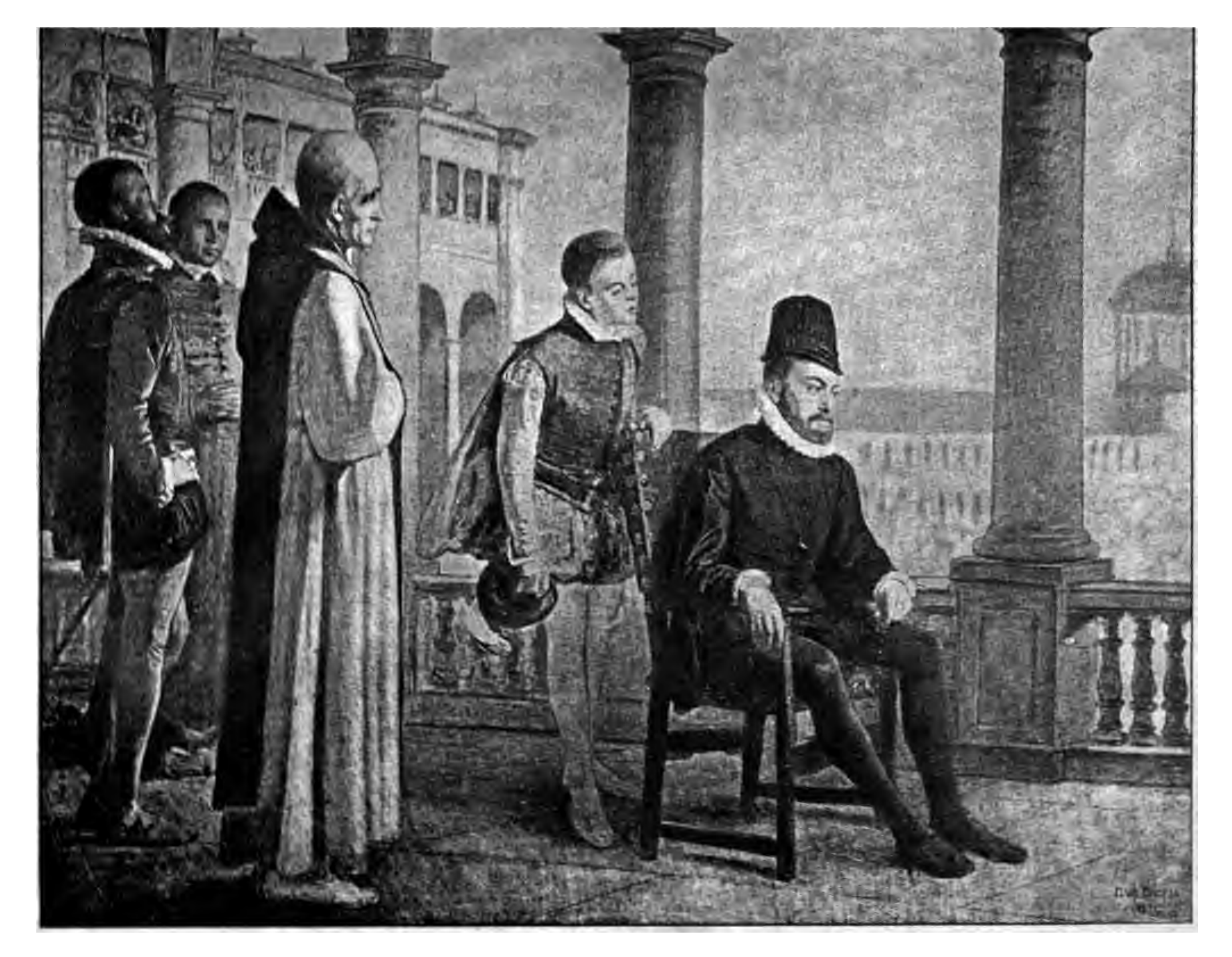
En el de Felipe IV, fueron quemados vivos 2,852; en efigie 1,428 y condenados á galeras 14,080.

En el de Carlos II, fueron quemados vivos 1,630; en efigie 540 y condenados á galeras 6,512.

Durante el reinado de Felipe V, fueron quemados vivos 16; en efigie 750 y condenado á galeras 9,120.

En el de Fernando VI, fueron quemados vivos 10; en efigie 6 y condenados á galeras 170.

En el de Carlos III, fueron quema-



Felipe II presenciando un auto de fe (Cuadro de D. Valdivieso)

dos vivos 4 y condenados á cárcel 56.

En el de Carlos IV, fué quemado en efigie uno y condenado á cárcel 42.

El total de esta reseña demuestra que la Inquisición en España quemó vivos ¡34,748 españoles!; en efigie 17,689 y envió á sufrir en cárceles ó galeras 287,974 individuos.

En dicha estadística demuestran las cifras de un modo elocuente, como la brutal institución iba perdiendo cada vez más terreno ante los adelantos de la época y especialmente desde la extinción de la fanática dinastía de Austria. Por esto dice el incomparable Larra *(Fígaro)*, que «la Inquisición no la mató el golpe airado de una revolución, sino que murió de vejez.»

No solo produjo el Santo Oficio los tremendos males antes expresados, sino que esclavizando los cerebros por medio del terror, impidió que la inteligencia española, siempre tan brillante, pensara ni hiciera conquistas en el campo de lo desconocido.

Solo el cultivo de la literatura y aun con ciertas restricciones fué permitido á los ingenios españoles, y de aquí esa edad de oro del arte español tan ensalzada por los admiradores del pasado y que no es en realidad más que el manto lujoso y deslumbrante con que cubre sus miserias una época enflaquecida y sin vida.

Ninguno de aquellos brillantes ingenios se atrevió á decir nada contra el tribunal infame siempre sediento de sangre, y hasta el gran Quevedo, que fué el criterio más audaz de su época, solo tuvo la osadía de decir:

Con la Inquisición...
¡Chitón!

O lo que es lo mismo; callemos puesto que la verdad no puede decirse.

Las Comunidades de Castilla tenían el intento de abolir el odioso tribunal y á no caer vencidas en Villalar, lo hubieran realizado; pero tras esta derrota, cobró aquél mayores vuelos, y desde Felipe II, que con el rosario en la mano asistía complacido á los espantosos autos de fe, hasta el imbécil Carlos II que hacía observaciones tan sabias y profundas, como que los condenados al sentir sus carnes chamuscadas por el fuego lanzaban horrorosas blasfemias, prueba clara de que el demonio los poseía, todos los monarcas de la casa de Austria prestaron el mayor apoyo á la Inquisición.

Felipe V fué el primero que quebrantó el poder omnipotente del Santo Oficio, pues no vaciló en prender y encarcelar al inquisidor general Mendoza por cuestiones políticas.

La comisión nombrada por las Cortes para dictaminar sobre la Inquisición, hacía una descripción completa del absurdo sistema que ésta usaba en los procesos.

—«Los reos,—decía,—son conducidos á la prisión sin haber visto antes á sus jueces; se les encierra en apo-

sentos oscuros y estrechos y hasta la ejecución de la sentencia jamás están en comunicación; se les pide la declaración cuando y como parece á los inquisidores; en ningún tiempo se les instruye ni del nombre del acusador, si lo hubiere, ni de los testigos que deponen contra ellos, leyéndoles truncadas las declaraciones, y poniéndose en tercera persona los dichos de aquellos que los han visto ú oído... El proceso nunca llega á ser público, y permanece sellado en el secreto de la Inquisición; se extracta de él lo que parece á los inquisidores, y con ello solo se hace la publicación de probanzas y se invita al tratado como reo á que haga por sí ó por el abogado que se le ha dado su defensa y ponga tachas á los testigos; mas ¿qué defensa puede hacer con unas declaraciones incompletas y truncadas? ¿qué tachas puede poner á unas personas cuyo nombre ignora?... En el tribunal de la Inquisición siempre acompaña á la prisión el secuestro de todos los bienes y se atormenta y gradúa el tormento, por indicios cuya suficencia se deja á la conciencia de los inquisidores que asisten y presencian el tormento.»

Aquella institución resultaba tan bárbara en su sistema de procesar como en sus castigos.

A pesar de lo necesaria que resultaba la supresión del Santo Oficio, esta medida tropezó con muchos obstáculos.

Antes que llegaran las Cortes á tratar sobre la Inquisición, ya era ésta discutida por aquellos apasionados periódicos que se publicaban en Cádiz.

El Censor y *El Procurador de la Nación y del Rey* defendían al Santo Oficio, pero frente á ellos levantábanse para atacarla *El Tribuno* y *el Robespierre Español*, y contra las *Cartas del filósofo rancio*, tan celebradas por la turba reaccionaria, publicábase un folleto notable titulado: *La Inquisición sin máscara.*

Deseaban los reaccionarios, aprovechándose del escándalo que ellos mismos habían promovido al publicarse el *Diccionario crítico-burlesco* de Gallardo, lograr que las Cortes tuvieran que reconocer para siempre la legalidad de la Constitucion, y para ello tramaron un plan que inmediatamente pusieron en práctica.

En la noche del 21 de Abril, fueron los reaccionarios más agitadores recorriendo los conventos de Cádiz y reclutando frailes para que asistieran á la sesión de las Cortes del día siguiente, siendo notable que el Guardián de uno de aquéllos despidiera con malos modos á los visitantes y les dijera:—Por mi dictamen la Inquisición debe desaparecer.

Cuando al día siguiente entraron los diputados en el salón de sesiones, extrañaron que las galerías del público donde rara vez veíase un religioso, estuvieran ocupadas por un sinnúmero de frailes de toda clase de hábitos que mostraban en su porte la decisión con que iban á ayudar al convenido plan.

Con torvo ceño y cierta insolencia contemplaba la falange frailuna las Cortes reunidas, hasta el punto de que como dice un diputado de aquella época: «una Junta ó consejo general de Inquisición, no hubiera mirado con más abominación y escándalo, deliberar á un conciliábulo de albigenses.»

Apenas leída el acta de la sesión anterior, levantóse el diputado don Pablo Riesco, inquisidor de Llerena, y fanático tan furibundo como escaso de ilustración, el cual pidió lisa y llanamente á las Cortes el restablecimiento del Santo Oficio, que desde 1808 estaba tácitamente suspendido.

Produjo esta petición un animado debate sobre si debía procederse inmediatamente á su discusión ó dejarla para más adelante que era lo que deseaban los liberales; pero levantóse á contestar á éstos el reaccionario Gutiérrez de la Huerta, y con una ironía de mal género comenzó á decir así:

—La materia de Inquisición se dice que es muy obscura, y no he visto cosa más clara, pues hay una infinidad de escritores que no debiendo ser más que meros escribientes, han penetrado el santuario del secreto de la Inquisición...

El orador ya no pudo decir más, pues la frailería de las tribunas seducida por tanto ingenio y sobre todo por aquello de llamar *meros escribientes* á los escritores liberales que eran los hombres más ilustrados de España, aplaudió furiosamente y se entregó á las más incultas demostraciones de entusiasmo hasta el punto de verse obligado el presidente á amenazar con despejar las galerías si no guardaban silencio.

Resultó tan ridícula aquella escena, que hasta quedaron avergonzados de ella los mismos reaccionarios que la habían preparado, y el ilustre D. Juan Nicasio Gallego aprovechó tal impresión para desbaratar los planes de los anti-reformistas que deseaban fuera restablecida por sorpresa la Inquisición. Para ello, recordó que ya mucho antes las Cortes á propuesta suya habían decidido «que ninguna proposición que tuviera relación con los asuntos comprendidos en el Código político fuese admitida á discusión sin que examinada previamente por la comisión constitucional se viese que no era de modo alguno contraria á ninguno de sus artículos aprobados.»

Quedaron con esto obligados los reaccionarios á desistir por el momento de sus propósitos, y los liberales tuvieron confianza en el dictamen de la comisión citada, pues ésta se hallaba formada por los más distinguidos del partido reformador.

Pidió dicha comisión datos para estudiar el asunto á diversos puntos de España, llegando éstos con mucho retraso por estar los más importantes en los archivos de Madrid y dificultar las comunicaciones los accidentes de la guerra. Pero aquellos diputados no necesitaron de grandes pruebas, para pedir la supresión del Santo Oficio.

Argüelles, que era el alma de la co-

misión constitucional, decía así al hablar de los trabajos de ésta para formar su dictamen: «En rigor no era necesario para formar el proceso á la Inquisición ni esta formalidad ni la superabundancia de pruebas que se reunieron, no. El horror y espanto que había difundido por todas partes en el antiguo y el nuevo mundo; el grito de la humanidad, de la ilustración y la filosofía de muchos siglos; el espíritu y las costumbres de la presente era, la acusaban y pedían justicia contra su cruel y sanguinario imperio. Tres millones de infelices víctimas sacrificadas en España, por no hablar de otras naciones; el despojo de innumerables familias reducidas á la mendicidad y á la ignorancia con la bárbara ley de la confiscación, por lo que ellas no habían hecho, dicho, ni aun imaginado; tantas obras útiles y escritos preciosos, frutos del ingenio, del saber y la aplicación de varones ilustres y personas eminentes en ciencia, en literatura, en industria, en artes, arrojado todo al fuego, aniquilado ó destruido de mil maneras, formaban el cuerpo del delito y los tremendos cargos en que la acusación se fundaba. Sus directorios, sus instrucciones y cartillas, sus reglamentos, toda su legislación incluyendo también su bulario; sus horrendas cárceles, sus potros y otras maneras de desconyuntar y martirizar á los que excitaban su encono y rabia; y por fin sus hogueras y los monumentos en que conservaba vivo y daba notoriedad á este cúmulo de atrocidades y absurdos, la dejaban convicta y confesa, y sólo se necesitaba pronunciar el fallo que desagraviase, ya que indemnizar no fuese posible, á la ofendida humanidad, á la moral y justicia pública al decoro y dignidad de la magistratura suprema del Estado.»

El 8 de Diciembre de 1812 presentó la comisión su dictamen que contenía los siguientes términos:

«Primero. La religión católica, apostólica romana, será protegida por las leyes conforme á la Constitución.

»Segundo. El Tribunal de la Inquisición es incompatible con la Constitución.»

Hasta el 23 de Enero duraron los debates y éstos fueron nuevamente, un claro ejemplo de la ilustración y elocuencia de aquellas Cortes.

Los más notables diputados del bando reaccionario pronunciaron discursos en apoyo de la Inquisición distinguiéndose entre aquellos, como más elocuentes é intencionados, Borrull é Ingüanzo, que para defender tan odioso tribunal valiéronse de toda clase de recursos.

D. Pablo Riesco, en su calidad de inquisidor, salió á la defensa de la institución con un interminable discurso cuya lectura duró dos sesiones enteras y que las Cortes escucharon con sublime paciencia. El inquisidor de Llerena por todo apoyo, citaba bulas de pontífices y decretos de reyes á favor de la Inquisición, como si las órdenes inspiradas por el deseo de do-

minio universal de un mapa ó por la miserable codicia de un soberano, tuvieran que ser eternamente respetadas por los pueblos, y cuando dió fin á esta clase de argumentos, demostró el origen divino del Santo Oficio, diciendo que Dios fué el primer inquisidor al arrojar á los ángeles rebeldes del cielo, que también lo fueron Moisés al castigar á los hebreos en el desierto y San Pedro al dar muerte á Ananio y Saphira, y que los sucesores del primer apóstol ó sean los Papas, habían trasmitido á Santo Domingo y su orden su divino derecho para castigar.

Recibieron con la mayor calma las Cortes estos ridículos disparates, y el bando liberal hizo la crítica del repugnante tribunal, siendo notable que los oradores que más se extremaron en atacarlo fueran todos eclesiásticos, como Muñoz Torrero, Ruíz Padrón, Villanueva, Oliveros y Espiga.

Ruíz Padrón y Villanueva fueron los que con más elocuencia combatieron el Santo Oficio; pero de todos los discursos, causó más honda impresión el del ilustre jurisconsulto Calatrava, que habló antes de procederse á la votación y terminó diciendo así:

—Pero basta ya, y concluyo aprobando el dictamen y el Congreso no puede menos de aprobarlo también. Declarada ya por el Congreso la incompatibilidad de la Inquisición con la Constitución, no queda más alternativa que, ó quemar la Constitución ó abolir el *Santo Oficio*. Por mi parte yo lo juro ante el Congreso y á la faz de la Nación, yo me expatriaría si la Inquisición se restableciese. Soy y quiero ser católico, apostólico, romano, pero quiero ser libre. Deseo cumplir con mis deberes cristianos, pero no quiero ser el juguete de un déspota ni la víctima del fanatismo.

El dictamen de la Comisión fué aprobado por noventa votos contra sesenta, números que bien puede decirse representaban el verdadero estado de la opinión española en aquella importante cuestión.

Comprendiendo los diputados liberales que la abolición del *Santo Oficio* iba á ser empleado por los reaccionarios para tildar de herejes á las Cortes y hacerlas odiosas á la muchedumbre fanática, acordaron restablecer una ley de las Partidas para las causas llamadas de *Fe*, en las que podrían entender los obispos con sujeción al derecho canónico y al común, aunque quedando á cargo de la justicia civil la imposición y ejecución de las penas.

Cuando terminó la ya citada discusión, á propuesta del diputado Gutiérrez Terán, acordóse que la Comisión constitucional «redactara un manifiesto en el que se expusieran los fundamentos y razones que habían tenido las Cortes para abolir la Inquisición y crear los tribunales protectores de la religión y que dicho manifiesto y el decreto de abolición se leyeran tres domingos consecutivos en todas las parroquias de España antes del ofertorio de la misa mayor.»

Además, ordenaba el Congreso que en el término de tres días á contar desde aquél en que recibieran el decreto, todas las iglesias hicieran desaparecer los signos que en ellas existieran de los castigos y penas que imponía la Inquisición, y que la Comisión constitucional propusiera el destino que debía darse á los archivos del extinguido tribunal.

Estas medidas tenían el apreciable objeto de ilustrar al pueblo sobre los motivos que el Congreso había apreciado para extinguir la Inquisición, y no tardaremos á ver el efecto que produjeron en los reaccionarios y los conflictos á que dieron lugar.

Tras la abolición del Santo Oficio, tuvieron las Cortes que ocuparse de otro asunto de tanto interés para la nación, cual era la reforma de los conventos y monasterios.

Inútil es que encarezcamos la importancia de dicha cuestión, ya que sabido es que el desarrollo de la vida monástica en nuestra patria fué la principal causa de la decadencia de ésta.

En nuestra historia pasma la rapidez con que en los siglos XVI, XVII y aun parte del XVIII fué España cayendo en la más repugnante degradación y como disminuyó la población nacional hasta tocar en un límite alarmante.

Los historiadores de nuestra patria han pretendido demostrar por diferentes causas el tremendo descenso de la población en aquella época, en que llegó á estar la península solamente habitada nada más que por nueve millones de seres. Dejando á un lado las expulsiones de judíos y moriscos, medidas dictadas por el fanatismo y que tanto daño causaron á la nación, unos han pretendido justificar la despoblación con la emigración continua á las Américas, argumento falto de base, pues en la actualidad marcha á las regiones ultramarinas mucha más gente de las provincias de las costas, impulsada por el hambre, á pesar de lo cual, la nación española no disminuye, antes bien, va creciendo paulatinamente.

Otros han creído encontrar la causa de la despoblación y la ruina nacional en las continuas guerras, error manifiesto, pues en el siglo presente España ha sostenido luchas aunque no tan interminables más sangrientas y costosas.

¿Dónde está pues la verdadera causa de aquella decadencia tan espantosa? Indudablemente reside en el fanatismo que en aquellas épocas dominaba nuestra patria; en el influjo que la teocracia ejercía sobre España y en aquella terrible tendencia que dominaba al pueblo á abrazar la vida monástica.

Rara era en aquellos tiempos la familia que no deseaba ganar el cielo cercenando á sus hijos los afectos más humanos y respetables y encerrándolos en los conventos; y al mismo tiempo, todos los hombres de alguna capacidad no viendo ante sus ojos más que dos medios de vivir que eran las armas y la existencia monástica, abra-

zaban esta última é iban á engrosar aquella inmensa falange de autómatas del Papa que encerrada en suntuosos edificios cubría toda la superficie de la nación.

Nadie se escapaba de pagar el tributo de sangre al fanatismo y á la teocracia. Las familias nobles consecuentes en su sistema de los mayorazgos, impedían á sus demás hijos el gozar de la vida vulgar; á los varones que tenían la desgracia de no haber nacido los primeros, si no querían ceñir la espada del soldado les vestían el hábito del fraile, y á las hembras las enviaban á los conventos para que semejantes á flores nacidas en oscura caverna que no pueden lucir sus colores ni exparcir sus perfumes, fueran á angostar su juventud y su gracia bajo los tétricos claustros entregadas á la más monótona existencia. En cuanto al pueblo, la vida monástica era para él un camino de engrandecimiento y gloria, así es que se consideraba muy feliz con que sus hijos entraran en un convento siempre con la esperanza de que por este medio se rozarían con los seres de esfera superior y hasta con la de que con el tiempo llegaran á confesores y directores de los reyes y los príncipes.

Aquella tendencia á la vida monástica fué la más terrible y debilitadora enfermedad que experimentó nuestra nación.

Cada vez más escasos los matrimonios y mayores las profesiones monásticas, el número de los nacidos fué menor y la población de España fué descendiendo con una rapidez aterradora.

Diez y ocho millones de habitantes tenía España en el siglo XV ó sea los que actualmente posee según los datos oficiales, de lo que resulta que en cuatro siglos no ha hecho ningún progreso gracias al fanatismo de la Iglesia. Siguiendo la progresión normal de la población en todas las naciones, España á no tener el celibato eclesiástico y monástico, hubiera contado á fines del siglo XVII con veintiocho ó treinta millones de habitantes que hoy habrían aumentado á cuarenta ó cuarenta y cinco sin perjuicio de dejar bien poblada la América que por el fanatismo religioso de nuestro pueblo y la barbarie que esto producía, dejamos más despoblada después de trescientos años de dominación que cuando la conquistamos.

Cuando en los tiempos del necio Felipe III quedó definitivamente constituida la unidad católica, el culto religioso llegó á tener consagradas á su servicio la enorme cifra de trescientas mil personas entre clérigos, frailes y monjas. Para cumplir todos estos seres los deberes de su profesión veíanse obligados á conservar el más riguroso celibato y no poner en práctica la máxima de *creced* y *multiplicaos* con lo cual resultaba según los cálculos de uno de nuestros más sabios estadistas (1) que perjudicaban el au-

---

(1) D. Pascual Madoz, el cual en su *Estadística*

mento de la población de la península en más de ocho millones de seres cada siglo. Teniendo en cuenta que esta situación anormal producida por la teocracia ha subsistido en nuestra patria por espacio de tres siglos, bien puede afirmarse con convicción que el clero y las órdenes monásticas han quitado á nuestra nación con su celibato ¡treinta y dos millones de pobladores! que unidos á los existentes hubieran hecho de España una de las primeras naciones del mundo.

Y no cabe argüir contra esto la corrupción en que vivían las órdenes monásticas en sus tiempos de preponderancia y la facilidad con que los religiosos de ambos sexos se entregaban á actos contrarios al celibato, pues aunque sea sobradamente cierto que aquellos, con gran complacencia del escándalo, buscaron de continuo la satisfacción de sus instintos, no es menos verdad que guiados por la hipocresía propia de la época, procuraron que el fruto de sus amoríos no fuera á enriquecer la población nacional y los subterráneos de los conventos llenáronse en aquellos tres siglos de seres pasados rápidamente de las sombras del claustro materno á la oscuridad de la muerte.

Para apreciar cuál era el estado de España en aquella época de despoblación y decadencia, baste decir que en el reinado del imbécil Carlos II existían en nuestra patria nueve mil ochenta y ocho conventos de frailes y dos mil de monjas, los cuales acaparaban toda la riqueza de la nación.

A fines del pasado siglo y principios del presente, para una población de diez millones quinientos mil habitantes, tenía España *ciento treinta y cuatro mil quinientos clérigos y cuatro mil conventos*, con cerca de *cien mil religiosos* de ambos sexos, los cuales poseían, según el ilustre Cabarrús, la enorme suma de *treinta y dos mil quinientos millones* de reales en propiedad territorial, que les producían la renta anual de *quinientos millones* de reales, á la que había que añadir otra de *ochenta y dos millones* procedentes del producto de casas y ganados, lo que sumaba un total de *quinientos ochenta y dos millones*, á los que había todavía que agregar *cien millones* que anualmente producían las misas, sermones, rosarios, diezmos, etc.

De esta apreciación resultaba que cada individuo de la Iglesia gozaba una renta de ocho mil reales, canti-

---

de España hace el siguiente cálculo que no puede ser más cierto:

Suponiendo que un célibe se hubiese casado á los 25 ó 30 años, podía tener. . . 2 hijos

Estos á los 25 años á dos hijos cada uno.	4	»
Estos cuatro á los 26.	8	»
Estos ocho.	16	»
Estos diez y seis.	32	»
Total. . . .	62	»
Rebajando por los que mueren antes de los 25 años.	10	»
Restan. . . .	52	»

Resulta de esto que cada célibe perjudica en cien años á la población en 52 habitantes, y que el celibato de clérigos frailes y monjas ha privado á la patria de más de ocho millones cuatrocientos mil habitantes en solo un siglo.



dad que teniendo en cuenta la miseria de la época y la escasez de dinero, equivalía á más de un doble en la actualidad, debiendo también apreciarse que la situación de clérigos, frailes y monjas resultaba más desahogada que la del resto de los españoles, pues, como célibes, no tenían familia que sustentar.

Para que formase contraste con esta riqueza y abundancia de las legiones del fanatismo, la nación, según el cálculo del eminente Campomanes, tenía ciento setenta mil mendigos, ó sea uno por cada sesenta y un habitantes.

Contra esta monstruosa situación habían protestado todos los hombres eminentes del siglo XVIII, como Campomanes, Floridablanca y Jovellanos, á los cuales no se podía tachar de irreligiosos, pues eran católicos á macha martillo; pero á pesar de esto, el influjo de la Iglesia, cada vez más rica y poderosa, pudo más que tales reclamaciones y continuó aquel largo y escandaloso abuso que constituye la principal deshonra de nuestra historia.

Cuando Napoleón, después de la fácil conquista de Madrid, dió desde Chamartín sus célebres decretos, redujo en ellos el número de conventos, y posteriormente el rey José los suprimió por completo en todas las provincias donde dominaban sus ejércitos, tomando esta medida no por ideas religiosas, pues ya vimos que los Bonapartes tenían cierta predilección por la Iglesia, sino para castigar á las órdenes monásticas que en algunos puntos se habían puesto frente á los invasores. Buena prueba de esto último, es que en ciertas provincias donde el obispo y los frailes se manifestaron partidarios del intruso los decretos no se cumplimentaron y siguieron como siempre las comunidades religiosas.

Al quedar libres de la dominación francesa, por la retirada de Soult, las provincias de Andalucía, las Cortes creyeron propicia la ocasión para proceder á la reforma de las comunidades religiosas, ya que suprimirlas no les era posible, como querían algunos diputados, á causa del estado embrionario en que todavía se hallaba la opinión revolucionaria del país.

Con este propósito ordenaron que los frailes hasta entonces fugitivos no pudieran entrar en sus conventos mientras ellas no dieran su permiso y terminaran la reforma anunciada, para lo cual mandaron á los funcionarios de Hacienda se incautaran por el momento de los monasterios y sus bienes y los administraran.

Causó esta medida la mayor indignación en los reaccionarios, y con el intento de desprestigiar á las Cortes y obligarlas á que cuanto antes tomaran una resolución se valieron de toda clase de añagazas.

En Sevilla, los frailes, momentos antes de amanecer, se tendían en las calles y allí permanecían hasta que la gente los despertaba de su aparente

sueño, haciendo así creer que dormían al raso por impedirles las Cortes que entraran en sus primitivas viviendas.

Estas lagoterías frailunas hacían llorar de pena á las sensibles beatas y producían la indignación contra el gobierno en el populacho fanático, sin que á nadie se le ocurriera pensar dónde habían dormido aquellos socarrones en la larga época que la ciudad estuvo dominada por los franceses y existía la prohibición contra las órdenes religiosas.

Estas teatrales, ridículas y falsas muestras de necesidad que siempre se han mostrado amigas de emplear las gentes de la Iglesia menudearon tanto en diversos puntos de la península, que al fin las Cortes, deseosas de evitar ulteriores consecuencias, procedieron con gran actividad á la reforma de las órdenes monásticas y en 18 de Febrero se promulgó el siguiente decreto que, atendido el arraigo que todavía tenían los frailes y el fanatismo que reinaba, resultaba bastante radical y atrevido.

«Artículo 1.° Se permitirá la reunión de las comunidades consentidas por la Regencia en Junio pasado, muchas de las cuales habían sido disueltas, extinguidas ó reformadas, con tal de que los conventos no estuviesen arruinados, prohibiendo toda petición de limosna para reedificarlos.

Art. 2.° Rehusar la conservación ó restablecimiento de los que no tuviesen doce individuos profesos.

Art. 3.° Impedir que en cada pueblo haya más de un convento del mismo instituto.

Art. 4.° Prohibir que se restablezcan más conventos y se den nuevos hábitos hasta la resolución del expediente general sobre órdenes monásticas.»

Hacía ya algún tiempo que las Cortes comprendían la poca confianza que podían abrigar respecto á la Regencia, en todo lo que se refiriera á la ejecución de decretos que contuvieran reformas poco gratas al partido reaccionario.

Compuesta la Regencia de individuos del bando *servil*, habían con su conducta atraídose el menosprecio del liberal pueblo de Cádiz, que la designaba con el mote del *Quintillo*, por formarla cinco miembros.

Ninguno de éstos hizo nada para atraerse el aprecio público. El duque del Infantado, hombre puramente de salones, é indiferente, frío y apático en los asuntos públicos, mostraba en el gobierno la mayor dejadez, y en cuanto á Rodríguez Rivas y Mosquera delataban en sus elevados cargos aquella falta de capacidad que ya les era reconocida de simples particulares. Villavicencio no inspiraba á nadie agrado ni antipatía, pues no eran conocidas con certeza sus ideas políticas, y en cuanto al conde de La Bisbal, era de todos, pues lo mismo se ponía un día al lado de los liberales, que al siguiente obedecía las inspiraciones de los reaccionarios. Aquel intrépido soldado sólo servía para los campos de

batalla y en las luchas políticas se mostraba aturdido y eternamente indeciso, hasta el punto de aceptar el consejo del primero que le hablaba.

Cuando por renuncia de éste entró Villamil en la Regencia, el gobierno cobró nuevo carácter y mayor decisión, pero fué en perjuicio de los liberales, pues el nuevo regente, que por la superioridad de inteligencia sobre sus compañeros llevó á éstos por donde quiso, á pesar de su pasada historia, se declaró enemigo de las reformas.

Dió pronto á conocer sus intentos la Regencia, desoyendo todas las peticiones de los liberales, favoreciendo claramente á los reaccionarios y cubriendo con éstos todas las vacantes en los empleos públicos. Produjo esta conducta grandes quejas en el seno de las Cortes y entonces el gobierno se excusó, alegando falta de capacidad en los liberales que aspiraban á los cargos públicos y concluyó su mensaje pidiendo con motivo de una conspiración que decía haber descubierto en Sevilla contra las Cortes y la Regencia, que se suprimieran varios de los artículos más importantes de la Constitución.

Escandalizáronse las Cortes ante aquella proposición que delataba cuáles eran los intentos de la Regencia y negaron á ésta lo que pedía en perjuicio de la libertad.

Desde este momento comenzó entre ambos poderes, legislativo y ejecutivo, una guerra sorda que todos presentían iba á alcanzar un fin triste que afortunadamente no tuvo.

La Regencia contrarió cuanto pudo la ejecución del derecho sobre las órdenes religiosas y aun se atrevió á proferir particularmente algunas expresiones que hacían sospechar la realización de un golpe de fuerza contra las Cortes.

No tardó á presentarse la ocasión que demostrara cuáles eran las intenciones del gobierno.

Como ya dijimos, las Cortes habían dispuesto, al abolir la Inquisición, que el decreto fuera leído durante tres días consecutivos en todas las parroquias de España para ilustrar al pueblo en la cuestión y evitar que la teocracia lo dominara con pérfidas sugestiones.

Gran parte del clero trató de oponerse á que esta disposición se cumpliera, y en esta conspiración entraron el Nuncio del Papa y varios obispos, á quienes dirigía Villamil desde la Regencia.

La audacia de los clericales llegó á tal punto, que el Nuncio, que era don Pedro Gravina (hermano del célebre almirante del mismo apellido), se atrevió á enviar en 5 de Marzo un oficio á la Regencia en el que protestaba del decreto sobre la abolición del Santo Oficio, diciendo que había ofendido *los derechos y primacía del Pontífice romano, el cual había establecido la Inquisición como necesaria y muy útil al bien de la Iglesia y de los fieles.*

Esto y las noticias que varios diputados recibieron de las provincias die-

ron á conocer la existencia de un vasto complot reaccionario que debía estallar pronto.

La víspera del primer domingo en que iba á darse lectura en las iglesias al decreto sobre la Inquisición, la Regencia relevó del gobierno de Cádiz al célebre marino D. Cayetano Valdés, que inspiraba miedo á los reaccionarios por su adhesión á las Cortes y arraigadas opiniones liberales, reemplazándole con el general D. José Alós, públicamente conocido como furibundo servil.

Puso en alarma á las Cortes el inesperado cambio, y ésta aumentó más al ver que al día siguiente, faltando á lo prevenido, no se daba lectura en ninguna iglesia de Cádiz al decreto en cuestión.

Aquella manifiesta desobediencia, daba á entender la decisión que abrigaba el gobierno de anular á las Cortes y si ella no fuera suficiente para probar el proyectado golpe de Estado, bastaría el testimonio de un autor (1) que escribió posteriormente en tiempos del absolutismo político y el cual dice así:

«La Regencia trató de valerse del poder ejecutivo para dar un golpe mortal á las Cortes, deshaciendo á la fuerza su reunión. Todo se hallaba dispuesto al efecto; la Regencia llamó al general Alós con este objeto, conferenció con él y puso á su disposición tres regimientos y tres cañones; pero la dilación del día en que se había de ejecutar el golpe lo frustró. Alós quería darlo el mismo día que tomó el mando y entonces el éxito hubiera sido indudable.»

Repugna pensar que eran españoles y se llamaban patriotas los hombres que, ocupado todavía gran parte del territorio nacional por los invasores y constituidos en la primera autoridad de España, en vez de velar por la prosperidad y el triunfo de ésta metíanse en oscuras conjuraciones contra el poder más supremo del Estado é intentaban perturbar éste con los horrores de una guerra civil.

Apenas al día siguiente (lunes) abrieron las Cortes su sesión, la misma Regencia se encargó de abordar el asunto, presentando tres exposiciones del clero catedral y parroquial de Cádiz contra la lectura del decreto en que se abolía la Inquisición.

Ante aquel ataque audaz que venía á completar la desobediencia del día anterior, levantáronse en masa todos los diputados liberales para pedir al Congreso no acabara la sesión sin antes terminar tan grave asunto, y el señor Zumalacárregui, hermano del militar que años adelante debía ser el más afamado caudillo del carlismo, dijo aludiendo á la Regencia que protegía al *Santo Oficio:*

—Si el cabildo de Cádiz no estuviera apoyado más de lo que aparece, no presentaría un escrito de esta clase.

Todos los diputados comprendiendo

(1) Muñoz Maldonado. *Historia de la guerra de la Independencia.*

el peligro en que estaban las Cortes si no adoptaban una resolución enérgica contra la Regencia, fueron expresando elocuentemente sus deseos de que el Congreso obrara cuanto antes; pero el que más se distinguió en aquella ocasión y bien puede decirse que dió el golpe de muerte al gobierno, fué Gutiérrez de Terán, que había sido el proponente de que el decreto de abolición del *Santo Oficio* se leyera en las iglesias.

En su discurso que conmovió profundamente al auditorio, decía así:

«Promover la ilustración general en una materia casi desconocida y que tanta espectación ha causado en ciertas personas; conseguir la tranquilidad de las conciencias que algunos habían procurado inquietar; poner á cubierto el decoro y la reputación del Congreso nacional y asegurar el cumplimiento de su benéfica resolución, tales fueron los fines que me propuse con aquella proposición en cuya aprobación veía todos estos objetos amenazados por los amaños é intrigas de los hombres perversos, enemigos de todo lo bueno y por consiguiente de las resoluciones del Congreso, que abusando de la sencillez y la ignorancia de los pueblos, procuran extraviar su opinión por cuantos medios están á su alcance en mengua y descrédito de las Cortes. Por nuestra desgracia esa raza de gentes crece ó por mejor decir se descubre cada día más, y su osadía aumenta á medida que ve afianzada su impunidad. Todo esto indiqué el día que hice la proposición y procuré explicarla del modo más claro y moderado que pude.»

Tras estas palabras pintó el orador con sentida expresión el aspecto que presentaba el país, sus sacrificios por la independencia, la libertad y la conservación del trono de Fernando, é hizo resaltar la ingratitud de los que á tales sacrificios correspondían, intentando crear terribles discordias.

Causó profunda emoción este discurso que salía de lo más hondo del pecho de aquel elocuente patriota, y lo mismo entre los diputados que en el público hubo muchos que derramaron lágrimas al escuchar tan hermosos razonamientos.

Argüelles se aprovechó del efecto que tal discurso había causado en la Cámara, para indicar la necesidad en que ésta estaba de examinar la conducta de la Regencia y las medidas que había tomado para cumplir con su deber.

«La Regencia, dijo el ilustre diputado, es la encargada de ejecutar las leyes; no hay ley alguna ni decreto que los autorice para retardar, socolor de consultas, las ejecuciones de las soberanas resoluciones de las Cortes; cumplirlas y hacer que se cumplan es lo que únicamente la incumbe y lo que el Congreso la tiene mandado bajo la más estricta responsabilidad; de suerte que en el caso de probarse que ha faltado á este deber, lo que creo no será difícil, queda ó debe quedar

por el mismo hecho privada de su autoridad.»

Declaradas las Cortes, después de esto, en sesión permanente, acordaron á propuesta de Argüelles y con arreglo á lo prevenido en la Constitución, el relevo de la actual Regencia y que la reemplazara una de solo tres miembros, elegidos en sesión pública. Este acuerdo fué acogido con grandes aplausos y votados por gran mayoría.

De la pública votación, resultaron elegidos el cardenal de Scala y arzobispo de Toledo, D. Luis de Borbón, tío del rey y los marinos D. Gabriel Ciscar y D. Pedro Agar.

El cardenal de Borbón era persona de algún talento y de gran virtud, cualidades que deslucía mucho una extrema cortedad de cáracter, y en cuanto á los otros dos regentes ya nos son conocidas sus prendas, pues en la anterior época que desempeñaron el gobierno, mostraron el mayor patriotismo y gran amor á las reformas cayendo del poder no por desaciertos sino por su mala suerte.

Expedidos los decretos necesarios, presentóse la nueva Regencia bien entrada ya la noche en el salón de las Cortes y entre los aplausos y los vítores del público prestó juramento, cediéndole el sitio los regentes depuestos que, á excepción de Infantado, tan frío é indiferente como de costumbre, mostraban todos un mal reprimido enojo.

El entusiasmo que el pueblo de Cádiz demostraba por las Cortes y la nueva Regencia fué el mejor castigo para aquellos hombres que habían llegado á pensar en un criminal hecho de fuerza.

Algunos días después recibió el nuevo gobierno el reglamento de Regencia reformado en algunas de sus partes y especialmente en lo relativo á sus relaciones con los ministros y de estos entre sí. Además el Congreso acordó que la Regencia en adelante no representara más que la persona del monarca y que la responsabilidad de los actos del gobierno perteneciera por entero á los ministros.

No porque las Cortes hubieran destituido á la Regencia conspiradora desaparecia por ello todo peligro, pues gran parte del clero de todo España seguía oponiéndose con grave tenacidad á la lectura del decreto sobre la Inquisición.

Los obispos de Barcelona, Teruel, Pamplona, Tortosa, Lérida y Urgel, refugiados en las islas Baleares, con motivo de la guerra, publicaron una pastoral en la que agriamente y con frases destempladas quejábanse de que la Iglesia estaba sufriendo crueles insultos en las personas de sus ministros y de que la religión resultaba ofendida en algunos de sus dogmas. Pareciéndoles aun peor estas afirmaciones, clamaban contra el *impío y asqueroso* Diccionario Crítico Burlesco de Gallardo é insultaban á ciertos diputados liberales, especialmente á los eclesiásticos que tachaban de jansenistas, terminando por hacer una ostentación de doc-

trinas ultramontanas y de afecto á la Inquisición.

Infame resultaba la conducta de aquellos seres mitrados que huyendo de las incomodidades de una guerra abandonaban sus cargos, seguían cobrando pingües sueldos en un país tranquilo, llevaban la vida más regalada y en cambio intentaban ocultamente atizar el odio de la nación contra aquellos diputados valerosos é ilustres que, despreciando su existencia bajo el fuego de los cañones franceses, dedicábanse sin descánso á la salvación de la patria y á su regeneración.

A dicha manifestación de los obispos reunidos en las Baleares, coadyuvó el obispo de Santander, refugiado en la Coruña, con otro escrito que no causó ningún temor, pues sólo demostraba el desvarío de la imaginación del autor y provocó una carcajada en toda la nación ilustrada. Estaba dicho trabajo, de la pluma episcopal, escrito en verso (!) y llevaba el estrambótico título de *El sin y el con Dios para con los hombres; y recíprocamente á los hombres para con Dios, con su sin y con su con.*

El clero de Cádiz era quien mayor resistencia oponía á las Cortes y hasta se sabía que había escrito á los cabildos de Sevilla, Málaga, Córdoba y Jaen pidiéndoles poderes para representarlos.

El Nuncio apostólico era el que más descaradamente conspiraba contra las Cortes, llegando su audacia hasta escribir al cabildo de Cádiz exhortándole á la resistencia.

Teniendo en cuenta el gran poder de que entonces disponía el clero, podrá apreciarse la importancia de aquella conjuración y el peligro en que se vieron las Cortes; pero éstas conservaron su energía y supieron salir victorias del conflicto.

En la sesión siguiente á la de destitución de la Regencia, el diputado Zumalacárregui pidió á las Cortes y logró que éstas aprobaran que en la mañana siguiente y los domingos consecutivos se diera lectura en las iglesias de Cádiz al decreto en cuestión y que se formara proceso á todos los que resultasen culpables de haber desobedecido al Congreso.

Aunque el clero no se opuso ya á la lectura, pues atemorizóse ante la actitud de las Cortes, se formó causa al vicario de Cádiz y tres canónigos de la Catedral, los cuales, aunque al principio se encontraron abatidos y silenciosos, alzaron después la voz para acusar á Cano Manuel, ministro de Gracia y Justicia, de felonía y traición, pues según sus afirmaciones éste se hallaba convenido con los reaccionarios pasándose después al bando contrario cuando vió su conspiración en mal estado.

Produjeron estas declaraciones algunos incidentes en el seno de las Cortes; pero todo terminó con la sentencia de los procesados que fueron condenados á salir de Cádiz.

Para proceder con justicia había

también que castigar al Nuncio Gravina, verdadero representante de la política romana y jesuítica, pues con tal de que se conservara el predominio de la teocracia, no importaba nada á dicho sujeto producir la guerra civil en una nación agobiada por la lucha contra el invasor. Era el tal Gravina hombre de carácter taimado, como perfecto jesuita, y ultramontano rabioso.

La nueva Regencia, en 23 de Abril, le escribió para afearle su indigna conducta y demostrarle lo agradecido que debía estar á las Cortes ya que no lo desterraban de España como era justicia; pero el Nuncio, que por ser representante del Papa se creía inviolable, contestó con insolente altivez. Ofendida la Regencia y especialmente el cardenal de Borbón le fueron pedidas explicaciones; pero Gravina volvió á mostrarse tan siniestramente altivo, que el gobierno después de oir al Consejo de Estado mandó al Nuncio en 7 de Julio que abandonara España ocupándole sus temporalidades.

Rehusó Gravina servirse para su viaje de una fragata de guerra que puso á su disposición el gobierno y se retiró á Tavira (Portugal), con designios de hacer la guerra á las Cortes. Desde allí publicó un manifiesto, pero la cuestión no pasó de tal límite y el clero y los reaccionarios devoraron en silencio la rabia que les causaba la definitiva abolición del Santo Oficio y esperaron ocasión propia para desahogarla.

Tranquilas ya las Cortes y vencedoras al fin de tantas contrariedades pudieron dedicarse á continuar la serie de reformas que habían emprendido.

El 6 de Junio expidieron un decreto en favor de la agricultura por el cual permitían á los cultivadores cerrar y acotar toda clase de propiedad. En él hicieron también obligatorio el cumplimiento de los contratos de arrendamiento á los herederos de los contratantes, para destruir los efectos de las vinculaciones que hacían quedaran los pactos sujetos á la voluntad del que sucedía al propietario concertante.

Además establecieron una escuela de agricultura para mejorar el cultivo que se hallaba en el mismo estado que en remotas épocas.

Estando compuesto aquel Congreso por hombres ilustres que con sus obras honraban las ciencias y las letras, natural era que se ocupara de dar garantías á la propiedad intelectual nunca reconocida hasta entonces. Las Cortes declararon el derecho de propiedad de los escritores sobre sus obras durante su vida y por diez años en favor de sus herederos; y á las corporaciones concedióIas este derecho por cuarenta años á contar desde la primera edición.

La legislación penal constituía también un asunto digno de llamar la atención de una asamblea reformista é ilustrada, pues se encontraba aun en el mismo estado que en los más bárbaros tiempos y reclamaba el examen



de políticos filantrópicos. Las Cortes abolieron el castigo de azotes por considerarlo tan cruel como irritante para la dignidad humana y aunque en virtud del estado de la época no dijeron una palabra sobre la supresión de la pena de muerte, que es la conquista más grande realizada por la civilización, reemplazaron el suplicio en la horca por el garrote que evitaba terribles sufrimientos á los reos.

Guiado por su deseo de reformar toda la legislación, quiso el Congreso dar al ejército una Constitución militar que ninguna nación tenía, y con dicho objeto nombró una Junta compuesta de quince generales de tierra y dos de mar para que sin intervención de las Cortes llevaran á cabo sus tareas legislativas; pero los militares nombrados no se dieron gran prisa en cumplir el encargo y la representación nacional se disolvió antes de que aquéllos pudieran presentarla su trabajo.

Guiados por mezquinas pasiones ó por una degradante debilidad, muchos oficiales españoles habíanse pasado al ejército del intruso que les ofrecía grandes honores; pero al notar que la suerte de las armas comenzaba á ser adversa á los invasores y que las tropas aliadas avanzaban victoriosas, presentáronse después del triunfo de los Arapiles á las autoridades legítimas pidiendo la incorporación á los regimientos de la patria. En vista de esto, el Estado mayor español reclamó justamente indignado pidiendo que dichos traidores, caso de ser incorporados al ejército, fuera para servir como simples soldados en los puestos de mayor peligro y formando cuerpos separados, pues *los valientes y leales soldados de la patria se desdeñarían de alternar con ellos*, proposición que aprobó el Congreso reconociendo su verdad.

La Hacienda pública era entonces materia mirada con poca afición, tal vez por lo poco que era conocida, mas, á pesar de esto, las Cortes entraron á tratarla, demostrando en ello si no gran ilustración en el asunto, al menos mucho deseo de que marcharan con regularidad los negocios del Estado. Dos comisiones fueron nombradas por las Cortes: la una para que entendiera en todo lo relativo al crédito público, y la otra para el examen de los presupuestos y la formación de un nuevo plan económico.

Reinaba una completa anarquía en toda la península en materia de tributación. Existían innumerables impuestos basados en diversas causas y que se recaudaban bajo las más diferentes formas, viniendo á agravar el desorden el que en cada provincia variaban de nombre, lo que hacía complicada la recaudación y expuesta á abusos y errores.

La aspiración, pues, de las Cortes había de ser simplificar y así lo hizo clasificando todos los tributos en cuatro grupos: primero, rentas eclesiásticas ó destinadas á mantener el culto y sus ministros; segundo, rentas de Aduanas llamadas generales; tercero,

rentas provinciales (Alcabalas, Cientos y Millones), las cuales estaban exentas de pagar Aragón, Navarra y las Vascongadas, aunque las suplían con otros tributos llamados Talla, Equivalente, Catastro y Real; y cuarto, rentas estancadas, á las que tampoco estaban sujetas Navarra y las Vascongadas.

Las Cortes respetaron las rentas eclesiásticas y en cuanto á las de Aduana hicieron un arreglo paulatino de los aranceles.

Las otras dos rentas fueron abolidas, reemplazando las provinciales con una sola contribución directa y las estancadas con un recargo en el precio de fábrica de las materias que eran propiedad del Estado y en los derechos de entrada y salida en costas y fronteras.

La reforma más importante en materia de Hacienda fué la creación del impuesto directo; pero la opinión no estaba dispuesta para recibirlo ni existía la base de un catastro completo, por lo cual al establecerlo muchos pueblos resultaron perjudicados, siendo esta reforma para algunos un nuevo motivo de odio contra las Cortes.

Los presupuestos, aunque no completos, fueron presentados todos los años á las Cortes. El formado para el próximo 1814 se elevaba en la partida de gastos á novecientos cincuenta millones de reales, de los cuales seiscientos cuarenta eran destinados al mantenimiento de la marina y del ejército, contando éste entonces ciento cincuenta mil infantes y doce mil caballos.

La partida de ingresos arrojaba la cifra de cuatrocientos sesenta y cuatro millones, pero el enorme déficit que existía, esperaba confiadamente el Congreso poder cubrirlo con los productos del impuesto directo.

La Deuda pública fué también reformada por las Cortes. Dividiósela en anterior al 8 de Marzo de 1808 y en posterior y fué distribuida en dos grupos: deuda con interés y deuda sin interés. Estaba formado el primer grupo con la deuda que provenía de capitales de amortización civil y eclesiástica y de libre disposición y se le señalaba el rédito de uno y medio por ciento durante el tiempo que durara la guerra con Francia, y un año después, debiendo volver los acreedores luego de transcurrido este plazo al goce de sus antiguos derechos. En la Deuda sin interés estaban comprendidos los réditos y sueldos no satisfechos, los atrasos de tesorería mayor, suministros y anticipaciones. A la extinción de esta Deuda destinábase el producto de la venta de bienes nacionales.

Después de verificar las Cortes estas reformas, trataron otros asuntos que promovieron más agitadas discusiones. Era uno de ellos el de infidelidad á la patria, materia en la que siempre hablan las pasiones por encima de la razón y aun de la justicia.

Cuando Napoleón en 1808 dictó desde Burgos sus bárbaros decretos



contra los patriotas, el gobierno nacional le contestó con las leyes de Partida y otras antiguas que imponían severísimas penas á los traidores á la nación.

Pronto se reconoció que aquellas leyes, hijas de tiempos bárbaros, eran inaplicables al presente; pero las Cortes hicieron cuanto pudieron por no tratar tan espinosa cuestión, hasta que por fin al quedar libres muchas provincias de la dominación francesa, viéronse obligadas á expedir un decreto en el que ordenaban que en todos los territorios evacuados por el enemigo quedaran cesantes los empleados nombrados por el gobierno intruso ó sometidos á él, pudiendo únicamente la Regencia reponer á aquellos que hubieran prestado servicios á la causa patriótica.

Era tan grande el odio que generalmente reinaba contra los afrancesados que á todos pareció la medida demasiado suave, y tales censuras se dirigieron por esto al Congreso que al fin éste publicó otro decreto más severo en el que disponía que ningún *afrancesado* pudiera desempeñar cargos públicos ni aun gozar del derecho electoral, y que los nobles, altos empleados y demás funcionarios eminentes que se hubieran adherido al gobierno intruso quedaban privados de todas sus dignidades. Los así destituidos, al pretender nuevos destinos, debían sufrir una purificación de conducta en juicio público y contradictorio, exceptuándose de todos estos rigores los individuos de los ayuntamientos y los profesores de escuelas y universidades.

Agradó á los patriotas exaltados aquel rigor; pero pasando el tiempo fué dulcificándose la general dureza, hasta el punto de que censuraban el decreto muchos de los que lo habían pedido tenazmente. Publicóse entonces un tercero más benigno y que con sucesivas consultas é incidentes fué suavizándose tanto como permitió el estado de la opinión.

Otra vez volvió á ocupar la atención de las Cortes la insurrección de las provincias americanas que por momentos se hacía más imponente. A mediados de 1811 ofrecióse Inglaterra á servir de mediadora en tan importante asunto, pero su gestión amistosa no alcanzó ningún resultado.

El Congreso accedió á la mediación británica, ajustada á bases que eran el reconocimiento por los americanos y juramento de obediencia al gobierno español, la suspensión de hostilidades, la recíproca libertad de presos y la restitución de propiedades. En el caso de que Inglaterra lograra terminar felizmente la negociación, ofreciásela una parte en el comercio con aquellas provincias y además la facultad de tratarse libremente con los sublevados en el tiempo que duraban las gestiones amistosas para la paz, el cual no había de pasar de quince meses.

Estas proposiciones gustaron á Inglaterra, pero la Regencia añadió la cláusula de que en caso de no ajustarse la paz, la Gran Bretaña cortaría toda

comunicación con aquellas provincias y además auxiliaría á España en la guerra contra ellas.

Tal previsión, que era discreta, fué torpemente formulada, é Inglaterra se negó á admitirla, á pesar de lo cual envió comisionados á Cádiz para que arreglaran el asunto. Después de acordar éstos con nuestro gobierno la refundición de la base reformada en las otras, pidieron que la mediación británica se extendiera no sólo á las provincias sublevadas sino á toda América, pretensión injustificada que rechazó con entereza el ministro Pezuela.

En vista de esta resistencia, propuso nuevas bases el embajador inglés que resultaron tan inadmisibles como las anteriores, pues en ellas dejaba traslucir la idea de que la América española quedara independiente y unida solamente á España por las relaciones mercantiles. A esta proposición iba unida una nota imprudente en la que se hacía constar los servicios que la Inglaterra estaba prestando á nuestra patria en la lucha contra Bonaparte.

Este documento causó la mayor indignación, pues resultaba poco correcto echarnos en cara una generosidad que no era más que interés, pues mayor necesidad que España tenía Inglaterra de vencer á su eterno enemigo, y además con bastante exceso correspondía nuestra nación á tales favores haciendo á aquella aliada toda clase de concesiones.

Las Cortes dieron sobre dicho asunto una contestación muy vaga al embajador inglés, y los comisionados comprendiendo que todo había terminado, volviéronse á su nación.

A fines de 1812 volvió el gobierno inglés á promover el asunto aunque con bastante frialdad, y el de España contestó de igual modo, no viniendo por fin á acordarse nada de importancia, y concluyendo así una negociación que al principio todos esperaban iba á dar transcendentales resultados.

Con Rusia, que tan entusiasta se mostraba por nuestros asuntos, tuvo el gobierno español una cuestión de pura etiqueta diplomática promovida por nuestro embajador en Londres el conde de Fernán-Núñez. Esto produjo alguna frialdad en las relaciones entre ambos Estados; pero al fin vínose á un común acuerdo y se restableció la antigua amistad.

Nuevas alianzas ajustó nuestra nación con importantes potencias para contribuir al derrumbamiento de la tiranía europea.

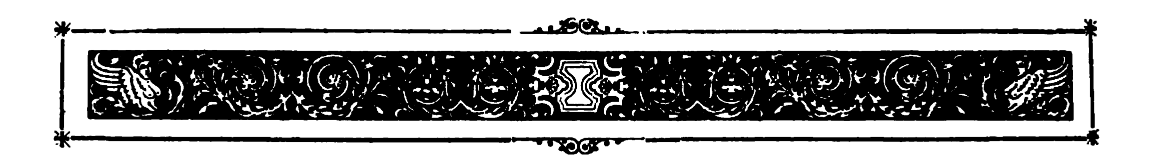
La Suecia en cuyo trono se había sentado Bernadotte, soldado salido de la Revolución francesa, que en aquel torbellino político que giraba sobre Europa había conseguido apoderarse de una corona, ajustó con España un tratado de amistad y alianza semejante al de Rusia, que se firmó en Stockolmo el 19 de Marzo de 1813.

El Czar dominaba moralmente el territorio sueco, y el que había sido subordinado de Bonaparte, no vaciló

en hacerle traición con tal de conservar su corona.

La Prusia también entabló negociaciones con nuestro gobierno para el mismo objeto.

Se acercaba ya el momento en que iba á disolverse el gigantesco poder imperial, como vana fantasmagoría, para dejar tras sí como única realidad la triste isla de destierro.



CAPITULO XXV

1813-1814

Última campaña.—Organización y situación del ejército aliado.—El ejército francés.—Se retira Soult y toma el mando José.—Sucesos anteriores á la campaña.—Hazañas de Mina.—La guerra en Cataluña.—Operaciones de Suchet en Valencia.—Triunfo de los españoles en Castalla.—Principio de la campaña.—Retirada de los franceses.—Terrible voladura del castillo de Burgos.—Ocupan los aliados el Ebro y cortan la retirada á José.—Batalla de Vitoria.—El convoy de los franceses.—Premio que dan las Cortes á Wellington.—José se interna en Francia.—Retirada de Foy.—Batalla de Tolosa.—Entran en Francia otras fuerzas enemigas.—Expedición á Tarragona. — Su escaso éxito.—Efecto que causa en Suchet la batalla de Vitoria.—Abandona á Valencia.—Sitia Mina á Zaragoza y persigue su guarnicición hasta la frontera.—Conquistas de los aliados en Valencia y Cataluña.—Evacuan los franceses á Tarragona.--Soult toma el mando del ejército francés de la frontera.—Sitio de San Sebastián.—Invade Soult á España y es derrotado.—Toman los ingleses á San Sebastián.—Horrorosas tropelías que cometen.—Gloriosa batalla de San Marcial. —Lisonjera proclama de Wellington.—Triste situación de Bonaparte.—Sus tratos con la Europa coligada.—Austria se declara contra Napoleón.—Invade Wellington la Francia.—Ríndese Pamplona.—Victorias de los aliados en Francia.—Restos de guerra en Cataluña.—Apurada situación de Suchet.—Decadencia de Napoleón.—Busca el auxilio de España.—Sus negociaciones con Fernando.—Vergonzoso tratado de Valencey.—Conducta indigna del monarca español.—Suchet va retrocediendo.—Estratagema del oficial Van-Halen para apoderarse de algunas plazas.—Suchet se retira á Francia.—Se rinden las plazas que conservaban los franceses.—Fin de la guerra.

Iba á verificarse la última campaña de aquella larga guerra que tenía por escenario nuestra nación.

En ambos ejércitos reconocíase que la campaña de 1813 iba á ser decisiva y de trascendentales resultados, y sus caudillos hacían los mayores preparativos para emprenderla.

Wellington que, como ya dijimos, tenía establecido su cuartel general en Frejeneda, empleó todo el tiempo pasado en la inacción en organizar sus



ejércitos y preparar su plan de operaciones.

El ejército inglés, que se extendía hasta Ciudad-Rodrigo, fué considerado en sus cálculos como el centro y quedaron enlazados con él los ejércitos españoles que se hallaban situados á derecha é izquierda. Las tropas que estaban á esta última parte esparcidas por Extremadura, Galicia, Asturias y las Vascongadas y que ascendían á unos cuarenta mil hombres, eran mandadas por Castaños y se agruparon en tres cuerpos: centro, ala derecha y ala izquierda; componiendo el primero las divisiones de Losada, Barcena y Porlier; la segunda las de Morillo y don Carlos España; y la tercera las de Longa, Mendizábal y Mina. La caballería española mandada por Villemur, estaba unida al centro.

El ejército de la derecha, situado en Sierra Morena y la Mancha, estaba mandado por el duque del Parque y componíase de tres divisiones de infantería y una de jinetes, yendo al frente de ellas el príncipe de Anglona, el marqués de las Cuevas, Cruz Mourgeon y Sisternes.

Más adelante el conde de La Bisbal organizó en Andalucía una reserva de diez y seis mil hombres repartida en tres divisiones.

Formaban, pues, los ejércitos aliados un extenso semicírculo en cuyo centro estaban las fuerzas contrarias. Componíanse éstas de los ejércitos del centro y mediodía, que á las ordenes de José y Soult estaban en Castilla la Nueva cubriendo el Tajo; del ejército llamado de Portugal, que mandado por el general Reille ocupaba Castilla la Vieja y parte de León; y del ejército del Norte á cuyo frente estaba Clausel que tan pronto se situaba en Burgos como en Vitoria.

Constaban estos ejércitos de unos ochenta mil hombres, habiendo sufrido tal disminución las fuerzas francesas en España, á causa de las continuas demandas de tropa que hacía Napoleón para acudir á la guerra contra Rusia.

Poco antes de comenzar la campaña, abandonó Soult la península con seis mil hombres, dejando confiado el mando supremo militar al rey José, por indicación del emperador.

Salió José de Madrid para no volver ya más á él, y se dirigió á Valladolid con objeto de dirigir personalmente sus ejércitos.

Antes de comenzar aquella decisiva campaña habían ocurrido sucesos favorables y desgraciados para ambas partes. En el camino de Burgos á Vitoria y Santoña, y en varios puntos de las provincias Vascongadas, Longa y Mendizábal derrotaron á los franceses y lograron tener en continua alarma á la guarnición de Bilbao; pero en cambio Castro-Urdiales, puerto bastante importante de la provincia de Santander, cayó á mediados del mes de Mayo en poder de los imperiales á pesar de la brillante defensa que hizo de la plaza su gobernador don Pedro Pablo Alvarez que fué el últi-

mo en retirarse cuando todo estaba ya conquistado por el enemigo.

En Navarra la marcha de la guerra seguía como siempre favorable á la causa patriótica.

El audaz Mina, valido de su especial estrategia, derrotó dos veces al general Abbé, se apoderó de Tafalla y de Sós y en los campos de Lodosa puso en dispersión una columna francesa. Estos triunfos volvieron á atraer sobre el emprendedor guerrillero la persecusión de todos los enemigos que ocupaban aquella parte de la península; pero él supo burlar todos sus movimientos y cuando menos lo esperaban sorprendió á la guarnición francesa de Mendigorria obligándola á la rendición.

En Cataluña, los caudillos patrióticos continuaban aquella guerra en pequeña escala que tan cara costaba á los franceses, y mientras el brigadier Rovira hacía continuas y fructuosas correrías por las comarcas del Imperio limítrofes con el principado, Eroles y el general Copons arrasaron en tres días todas las fortificaciones enemigas existentes entre Tarragona y Tortosa.

Estas operaciones de nuestras tropas en Navarra y Cataluña eran acompañadas por las que en Castilla y Aragón seguían verificando con completo éxito el Empecinado, Villacampa, Sarsfield y Durán que tenían en continua alarma todas las guarniciones francesas.

La fortuna de nuestras armas únicamente vióse oscurecida un tanto en la región dominada por Suchet, donde el segundo ejército español y la división anglo-siciliana acuartelada en Murcia desde su desembarco, sufrieron un pequeño descalabro seguido de una victoria. Viendo el afortunado mariscal, la extensa línea que los aliados formaban desde Alcoy á Yecla, marchó á destruirla obrando en combinación con el general Harispe. Este derrotó en el último punto á la división de Miyares, haciéndola más de mil prisioneros, y Suchet, entretanto, atacó el castillo de Villena, apoderándose de él y su guarnición.

Dió gran confianza al caudillo francés este triunfo y siguiendo adelante atacó el grueso del ejército aliado posicionado en las alturas de Castalla. Estaban tan deseosos los soldados españoles de borrar con una victoria los dos desastres anteriores, que resistieron con la mayor tenacidad los vigorosos empujes del enemigo, y esto fué suficiente para que Suchet que no esperaba encontrar tal entereza, se declarara en retirada con aspecto de fugitivo, no deteniéndose hasta Fuente la Higuera.

Estos eran los sucesos ocurridos en toda España hasta principios de Mayo, época en que comenzó la decisiva campaña de 1813.

Inicióse ésta con un avance del ejercito anglo-portugués y la derecha y centro del español mandado por. Castaños sobre la línea que los franceses tenían establecida en el Duero, y tan acertados eran los planes formados con

anterioridad por Wellington, que apenas comenzaron su movimiento convergente tan grandes fuerzas, los enemigos mostráronse sorprendidos y atolondrados acabando por abandonar sin grande resistencia unas posiciones en las que tantas esperanzas cifraban.

El general Villate fué el único que en Salamanca quiso disputar el paso á Wellington, pero tuvo que retirarse pronto al verse hostilizado por todos lados, al mismo tiempo que Morillo batía las fuerzas francesas que ocupaban Alba de Tormes, se apoderaba de esta población y cruzaba el Duero tras un atrevido ataque.

Las divisiones españolas acantonadas en el Vierzo y Oviedo, que iban mandadas por Giron y Porlier, concurrieron también á esta operación y á los pocos días después de haber quedado batida en Morales la guarnición francesa de Zamora y de haber atravesado el Duero, se ponían en comunicación todas las fuerzas aliadas, que ascendían reunidas á ciento dos mil hombres.

Mostráronse asustados los franceses ante aquella inesperada aparición de tan numerosos enemigos que hacía aun más temible la capacidad y sabiduría del encargado de dirigirlo, y llevados del aturdimiento no sólo renunciaron á defender las líneas del Duero y del Pisuerga, sino que con bastante precipitación emprendieron la retirada hacia Burgos.

Adelantóse Hill al grueso del ejército aliado para impedir que en esta ciudad se reconcentraran los franceses y obligarles á desamparar el fuerte castillo, lo que logró cumplidamente, desalojando á los enemigos de las alturas de Hormara, donde intentaron oponer alguna resistencia.

Tuvieron, pues, los franceses que abandonar el castillo de Burgos, pero antes quisieron volarlo, y turbados en su precipitación, dieron fuego al polvorín, sin acordarse que en éste existía una regular provisión de proyectiles cargados. Al producirse la explosión se inflamaron también las bombas y salieron disparadas, causando los mayores estragos. Toda la ciudad quedó quebrantada por la trepidación que produjo tan gigantesco estampido y muchas casas vinieron al suelo; pero aun fué mayor la pérdida de los franceses, pues estaban formados en la carretera á alguna distancia del castillo y todos los proyectiles volados fueron á caer sobre su principal masa, causando un incalculable número de muertos y heridos.

José, forzado á abandonar Burgos, pensó en fortalecerse tras la línea del Ebro, como ya lo había verificado en su retirada de 1808 después de la batalla de Bailén. Encaminó, pues, sus alarmadas tropas hacia tal punto y júzguese cuál sería su sorpresa al ver que Wellington, adivinando su pensamiento, se le había anticipado y que las tropas aliadas ocupaban ya la orilla opuesta cerrándole el paso.

El caudillo inglés, preveyendo que el enemigo buscaría la retirada por el

Ebro, había dispuesto que la izquierda del ejército aliado pasara á la ribera del río, como lo verificó en 14 y 15 de Mayo, cruzando aquél por Polientes, San Martín de Lines y Puente de Arenas.

Experimentaron los franceses gran pavor al ver cerrado el paso y abandonaron el desfiladero de Pancorbo, reforzando la guarnición de su castillo para que se opusiera al paso de Wellington.

Conoció José que en la situación en que se encontraba era forzoso librar una batalla, y con este objeto dió orden á todas sus tropas de concentrarse en Vitoria, mandando á las guarniciones de Castro Urdiales y Guetaria que se trasladasen á Santoña y Bilbao.

Un combate iba á decidir la permanencia en España de los franceses, los cuales, casi sin luchar y empujados por los resultados del plan bien concertado del enemigo, se veían acorralados poco á poco contra su frontera.

Wellington creyó también llegado el instante propicio para dar el golpe supremo al invasor y mandó á Girón, que desde Valmaseda amenazaba caer sobre Bilbao, que por Orduña marchara contra el ejército de José, mientras él iba á emprender el movimiento desde Subijana de Monillas.

Estaba el general inglés seguro de la victoria y había sabido inspirar á las tropas gran confianza, así es que éstas marchaban al combate tan impacientes como satisfechas.

En los alrededores de Vitoria, ciudad situada en un extenso llano que toca los Pirineos, verificóse aquella batalla última de importancia sostenida por las armas francesas en territorio español.

Ocuparon los imperiales una línea de tres leguas, desde Puebla de Arganza, donde se apoyaba su izquierda, hasta Abechuco, más allá de Vitoria, estando situado el centro con mucha artillería en un cerro que domina el valle del Zadorra. Las dos alas y el centro tenían numerosas reservas y la inferioridad numérica de su ejército que resultaba al compararse con el aliado, estaba compensada con las ventajas de la posición.

No quería José comenzar inmediatamente la batalla, pues esperaba la incorporación de más fuerzas esparcidas hasta entonces en guarniciones y descatamentos; pero Wellington conoció tal intento y tuvo empeño en precipitar el combate.

Inició éste por la derecha el general Hill en la mañana del 21 de Junio, siendo las primeras en entrar en fuego las tropas mandadas por el valeroso Morillo. Este, apoyado por las divisiones inglesas, se enseñoreó de las alturas ocupadas en la izquierda por el enemigo, haciéndose mayor la alarma de los franceses, cuando al poco rato vieron penetrar á Hill en el pueblo de Subijana, llave de la batalla por aquella parte. Hicieron los imperiales grandes esfuerzos para recuperar lo perdido, pero todos sus ataques se estrellaron ante la firmeza de los aliados.

Pugnaba Wellington por desbaratar el centro de los franceses sin conseguir éxito alguno, hasta que al ver á su derecha apoderada de Subijana, hizo trasponer al centro aliado el Zadorra, y reforzándolo con dos brigadas de artillería para batir el formidable cerro, logró que los franceses á las seis de la tarde abandonaran todas sus posiciones, aunque retirándose con bastante orden.

Fué tras los derrotados todo el ejército aliado en escalones, con objeto de no darles tiempo á que se rehicieran en Vitoria, y este movimiento acabó de desbaratar la derecha francesa que todavía presentaba resistencia.

Graham había sido el encargado de atacar esta parte del ejército enemigo y á las diez de la mañana la había ya obligado á desalojar los pueblos de Gamarra Menor, Gamarra Mayor y Abechuco, puntos de importancia, pues guardaban los puentes del Zadorra. Tres veces volvieron los franceses al ataque para recuperar lo perdido y otras tantas fueron derrotados, á pesar de lo cual, Graham no siguió adelante, esperando que la retirada del centro é izquierda enemigo arrastraría á la derecha, sin que para ello tuvieran los aliados que derramar sangre.

Cuando se inició tal retirada, pasó el inglés el Zadorra y esto bastó para que la derecha francesa quedara cortada del resto del ejército imperial que se replegaba sobre Vitoria, y para que esparciéndose el terror en las filas, se declarara aquélla en la más completa dispersión.

Grandes fueron las pérdidas de los franceses en aquella memorable batalla, dejando sobre el campo muertos ó heridos más de ocho mil hombres y cayeron en poder de losvencedores mil prisioneros y ciento cincuenta y un cañones.

Los aliados compraron algo cara la victoria, pues perdieron cinco mil hombres entre muertos y heridos, de los cuales sólo una pequeña parte eran españoles, por ser muy inferiores en número nuestras tropas á las inglesas y haber éstas tomado la parte más principal en la batalla.

El más importante de los frutos de aquel combate fué el gran convoy que cayó en poder de los vencedores cuando se estaba disponiendo su salida de Vitoria para Francia. Componíase éste del espléndido equipaje de los generales franceses y personajes españoles comprometidos en la causa antipatriótica á más de varias cajas militares bien provistas de dinero.

La precipitación con que se retiraron los franceses hizo que el campo quedara cubierto de los más ricos y variados objetos. Jourdan perdió allí su bastón de mariscal del Imperio, del cual Wellington hizo regalo al príncipe regente de Inglaterra, y José vióse tan amenazado de cerca por los vencedores, que montó á caballo abandonando su coche, en el que se encontraron importantes correspondencias, la espada de honor que la ciudad de Nápo-

les le había regalado «y otras cosas de lujo y curiosas *con alguna que la decencia y buenas costumbres no permiten nombrar.*»

Toreno describe admirablemente el aspecto que debió presentar aquel campo después de la batalla, exclamando así: «¡Qué de pedrería y alhajas, qué de vestidos y ropas, qué de caprichos al uso del día, qué de bebidas también y manjares, qué de municiones y armas, qué de objetos, en fin, de vario linaje no quedaron desamparados al arbitrio del vencedor, esparcidos muchos por el suelo y alterados después ó destruidos! Atónitos igualmente andaban y como espantados los españoles del bando de José que seguían al ejército enemigo, y sus mujeres y sus niños y las familias de los invasores, poniendo unos y otros en el cielo sus quejidos y sus lamentos. Quien lloraba la hacienda perdida, quien al hijo extraviado, quien á la mujer ó al marido amenazados por la soldadesca en el honor ó en la vida. Todo se mezcló allí y confundió. Aquel sitio representábase caos de tribulación y lágrimas, no liza solo de varonil y carnicero combate.

Como las principales riquezas de aquel gigantesco convoy quedaron repartidas entre los vencedores, estableciose en Vitoria un mercado, en el que se ofrecían desde aderezos de rica pedrería hasta objetos de cocina, y aun la misma moneda llegó á venderse, pues, deseando los soldados llevar en sus mochilas el producto del botín en poco volumen, llegaron á pagar las guineas inglesas á ocho duros. Hubo soldado que sacó de aquella jornada más de cien mil reales.

Por desgracia salvóse de caer en poder de los aliados otro convoy que salió de Vitoria en las primeras horas de la mañana y en el que iba todo cuanto de notable encerraban nuestros museos y archivos, ó sea el recuerdo de nuestra grandeza militar y política de pasados siglos. Los cuadros más notables de Rafael, Ticiano, Rubens, Murillo, Ribera y otros eminentes artistas habían sido robados por los franceses de los conventos y edificios públicos, é igualmente documentos importantísimos y obras de gran estima que estaban en el Escorial y Simancas. Salvaron los fugitivos invasores tales preciosidades y con ellas penetraron en Francia, no volviendo á España, después de la caída de Napoleón, más que muy contadas, quedando las restantes en poder particular de los despreocupados generales de Bonaparte que las vendieron como cosa propia. Hay que reconocer que esto sirvió para que en todo el mundo fueran celebradas las sublimes obras de ilustres españoles y que el arte ó la ciencia ganaron en ello; pero no por esto debe perdonar la censura á aquellos generales de un país civilizado que vendían lo que no era suyo ni habían ganado bajo ningún concepto.

Wellington, conmovido á la vista de aquel campo cubierto de tan distintos despojos y por el que vagaban las

desamparadas familias, quiso remediar su suerte y á las mujeres de los oficiales franceses, entre las que se encontraba la condesa de Gazan, las envió á Pamplona con bandera de parlamento.

La batalla de Vitoria produjo la mayor satisfacción tanto en las Cortes españolas como en el Parlamento inglés. El príncipe-regente de la Gran Bretaña dió á Wellington el título de *feld-mariscal,* dignidad militar reservada á muy pocos en dicha nación, y nuestras Cortes, á propuesta de Argüelles, concedieron al victorioso caudillo, para sí y sus sucesores, la posesión real situada en la vega de Granada que llevaba el nombre de Soto de Roma y el terreno de las Chanchinas. La ciudad de Vitoria, deseosa de premiar también á los vencedores, regaló al general Alava, que era hijo de ella, una magnífica espada de oro.

El desastre sufrido en Vitoria por los franceses les anonadó de tal modo, que ya no pensaron más que en salir cuanto antes de España salvando sus vidas y sin tener que combatir, por lo que, temerosos de tropezar con las tropas de Girón si marchaban por Irún, tomaron el camino de Pamplona. Al llegar á esta plaza era tal el pánico que les dominaba y de tan cerca creían que el enemigo venía persiguiéndolos, que viendo las puertas cerradas asaltaron en tropel las murallas.

Eran las fortificaciones de Pamplona de gran importancia y á pesar de esto los generales franceses, en un consejo de guerra que celebraron, acordaron volarlas y retirarse por no creer que aquel punto ofrecía seguridad.

José, conservando todavía un resto de esperanza y confiando en que pronto cambiaría su desgracia, no consintió en que las armas francesas abandonaran tan fuerte plaza después de dejarla desmantelada; pero á pesar de esto continuó con su ejército la retirada, metiéndose por fin en Francia por tres puntos distintos, siempre perseguido de cerca por Hill que iba picándole la retirada.

Tan decaídos huían aquellos soldados, un año antes insolentes y satisfechos con su suerte, que al pisar el suelo de su patria lloraron muchos de alegría como si hasta entonces hubieran temido que no iba á realizarse tan feliz suceso.

Antes de presentar José la batalla en Vitoria, había llamado en su auxilio al general Foy, que con la guarnición de Bilbao y algunas otras de menos importancia logró reunir unos doce mil hombres. Al llegar Foy al punto del llamamiento supo la tremenda derrota y se apresuró á emprender la retirada á Francia acosado de cerca por Girón y Graham. No quiso aquel general pundonoroso é intrépido meterse en Francia sin antes medir sus armas con el enemigo; y en las cercanías de Tolosa presentó la batalla á sus perseguidores. Las favorables posiciones que tomó y el denuedo demostrado por sus soldados

le hacían esperar una momentánea victoria; pero de tal modo había vuelto la fortuna la espalda á los franceses que Foy vióse obligado á retirarse á Tolosa y allí, atacado con más vigor por los aliados, tuvo que retirarse apresuradamente á Francia siendo picada su retaguardia hasta la misma frontera.

El general Clausel que estrechado por las fuerzas de Mina y D. Julián Sánchez estaba casi incomunicado con el ejército de José, no supo la derrota de éste hasta que en uno de sus movimientos acercóse á Vitoria. Al recibir la noticia de tal desastre y de que el grueso de las fuerzas imperiales estaban ya en Francia, experimentó tal pavor, que corrió precipitadamente por la orilla del Ebro hasta Zaragoza y desde allí marchó á Francia por Jaca y Canfranc.

En tanto que esto sucedía, Longa se apoderó de los fuertes de Pasajes, y el conde de La-Bisbal en Agosto se hizo dueño del castillo que guardaba el importante desfiladero de Pancorbo, posición que los franceses hubieran podido defender durante mucho tiempo, á no sentir tan intensamente el aturdimiento propio de la desgracia.

Al penetrar el ejército de José en Francia una parte quedó en el Bidasoa guardando el puente que existía sobre este río, pero el general Girón fué el encargado de marchar contra tal punto, y el 31 de Junio pudo ya oficiar á Wellington diciendo así: *Los enemigos por esta parte están ya fuera del territorio español.* Efectivamente, los tres mil franceses que guardaban dicho paso fueron vigorosamente atacados por los nuestros hasta el punto de que los imperiales, para evitar una persecución por el interior de su patria, quemaron el puente, quedando con esto incomunicado el tránsito entre ambas naciones.

Quedó, pues, libre la península de enemigos en aquella dilatada región, y Wellington extendió su ejército por la frontera, estableciendo el cuartel general en Hernani, punto á propósito para atender tanto á cualquiera nueva invasión que viniera de Francia como á los sitios de Santoña, San Sebastián y Pamplona, sobre cuyos muros todavía ondeaba el pabellón enemigo.

Satisfecho podía estar el caudillo inglés del éxito de su última campaña, pues dos meses le habían bastado para arrojar al otro lado de los Pirineos á los que poco tiempo antes se mostraban como insolentes vencedores.

Al emprender Wellington la campaña, con el objeto de que los demás ejércitos franceses y en especial el de Suchet no pudieran auxiliar á José, había ordenado á los cuerpos españoles de Valencia y Cataluña que emprendieran una serie de operaciones para distraer la atención de aquéllos.

Siguiendo este plan, preparóse una expedición marítima que del puerto de Alicante habíe de partir para las costas de Cataluña, mientras que el segundo y tercero ejército debía atacar la línea del Júcar para obligar á Su-

chet á que esparciera sus fuerzas ó se viera obligado á desamparar las plazas del Ebro.

El 31 de Mayo salió la expedición de Alicante, compuesta del ejército anglo-siciliano y de un cuerpo de españoles, ascendiendo su número á catorce mil infantes y setecientos caballos, y estando encargado del mando el general Murray. Hicieron rumbo los buques á las costas de Tarragona y el 3 de Junio desembarcó la expedición en ellas, preparándose al asedio de la ciudad mientras una brigada marchaba contra el fuerte castillo del Coll de Balaguer, para resguardarse por dicha parte. La guarnición de esta fortaleza amedrantada por la voladura de su almacén de pólvora, no tardó en capitular, y asegurado ya tal punto, el general Copons fué á situarse en Altafulla para cortar el paso á los socorros que de Barcelona enviaran á los sitiados.

Estas precauciones de Murray hubieran sido muy útiles tratándose de un sitio formal, pero en aquella ocasión resultaron perjudiciales, ya que sólo se trataba de caer sobre Tarragona por sorpresa, y que con tales dilaciones se daba tiempo al gobernador francés de la plaza á hacer reparaciones en los fuertes y tomar todas las disposiciones necesarias para una larga defensa.

Suchet dejando á Harispe encargado de la defensa del Júcar, fué en socorro de Tarragona, y también de Barcelona, enviando un auxilio de ocho mil hombres á guisa de vanguardia de todo el ejército de Cataluña.

Imposible le era á Murray resistir las grandes fuerzas que sobre él venían; así es que ordenó el reembarco, pudiendo efectuarlo con toda comodidad, pues los enemigos temiendo una emboscada en todos los malos pasos avanzaban pausadamente.

No produjo aquella expedición otro fruto que la voladura del castillo del Coll de Balaguer y la conquista de diez y ocho cañones, pero en cambio perdiéronse encallados en los Alfaques cinco buques de la escuadra.

Murray, cuya pereza en atacar á Tarragona y exceso en la adopción de precauciones fueron objeto de generales censuras, quedó sometido á un Consejo de guerra que si no lo castigó cruelmente hizo patente su falta de capacidad como general.

Después de poner en fuga á los aliados con su sola aproximación, volvía Suchet gozoso á Valencia y su alegría era mayor al saber que los españoles habían atacado en vano la línea del Júcar y que el duque del Parque acababa de sufrir un gran descalabro en Carcagente, cuando recibió la noticia de la batalla de Vitoria y la retirada de José á Francia.

Aquel inesperado suceso venía á destruir en un instante todas sus esperanzas y ensueños de gloria. Las órdenes que Suchet había recibido de Francia eran para sostenerse á todo trance hasta que el emperador terminara la segunda campaña contra Ru-

sia que estaba preparando; pero después de un desastre como el de Vitoria le era ya á dicho mariscal imposible cumplirlas, pues si seguía en su proconsulado del Mediodía cargarían sobre él todo el grueso de las fuerzas aliadas y entonces su destrucción era segura.

Suchet era sin duda el general francés á quien más costosa resultaba la retirada de la península, pues las regiones que había conquistado y que dominaba estaban reputadas como las más hermosas y fértiles de España; pero ahogando su dolor y sobreponiéndose á todo sentimiento en vista del peligro, dió la orden de retroceder á todo su ejército, dejando guarniciones en los lugares fuertes del tránsito, siempre con la esperanza de poder volver pronto á realizar la invasión.

El 5 de Julio abandonó Suchet á Valencia, que inmediatamente fué ocupada por los españoles, y en los castillos de Denia, Sagunto, Peñíscola, Morella y Tortosa fué dejando numerosas guarniciones mandadas por oficiales de reconocido tesón.

Al llegar á Tortosa, Suchet, en vez de seguir por Cataluña como era su primitivo plan, internóse en Aragón con el propósito de recoger las tropas de Musnier que estaban esparcidas en descatamentos y salvar al general Paris que en Zaragoza estaba cercado por los batallones de Mina y al cual ordenó que se le juntara en Mequinenza.

La vigilancia del guerrillero navarro impidió á Paris el obedecer las órdenes de su superior y después de dos fuertes arremetidas contra los sitiadores, sin éxito alguno y con pérdida de mucha gente, y en vista de que Mina había sido reforzado con la llegada de Durán, no tuvo otro recurso para lograr su salvación que salir de la ciudad por la parte del río, después de dejar una fuerte guarnición en la Aljafería y cortar un ojo del puente para retardar la persecución de los españoles.

Mina, entre meterse en la heroica ciudad á recibir ovaciones ó exterminar al enemigo, prefirió lo último, y salió en seguimiento de Paris vadeando el Ebro. Por tres veces lo alcanzó entre Leciñena y Alcubierre derrotándolo fuertemente, y en el último combate quitó á Paris toda su artillería y el rico botín que había sacado de Zaragoza.

Libre el general francés de impedimenta aunque lamentando su pérdida, pudo caminar con más celeridad y al fin logró meterse en Francia por la parte de Jaca, dándose con ello por muy dichoso, pues no confiaba en lograrlo, sabiendo que su perseguidor era Mina, el más tremendo azote de los franceses.

Regresó el audaz guerrillero á Zaragoza, donde había penetrado ya Durán, el cual se mostró bastante indolente en el cerco de la Aljafería, por lo que Wellington le relevó enviándolo á Cataluña y dió á Mina el encargo de rendir tal fortaleza. La ex-

plosión de un depósito de granadas que derrumbó un lienzo entero de muralla favoreció la rendición de la Aljafería, que capituló el 2 de Agosto, quedando con esto el caudillo navarro dueño por completo de la heroica ciudad que al fin se veía libre de franceses.

No descansó Mina en Zaragoza, y paseando sus vencedoras huestes por Aragón, conquistó Daroca, Mallen y otros puntos fortificados, no quedando á los pocos días en aquella parte más lugares en posesión de los franceses que Jaca y Monzon.

Contra estas poblaciones envió Mina parte de su gente y él marchó con el resto al sitio de Pamplona, donde le llamaba Wellington.

Viendo Suchet que nada le quedaba ya que hacer en Aragón, cruzó el Ebro á mediados de Julio y entrando en Cataluña se situó en Villafranca del Panadés, punto desde donde podía acudir fácilmente, según le conviniera, á Tarragona ó Barcelona.

Después de posesionarse de Valencia, persiguieron á Suchet en su retirada el general Copons, Bentinck, sucesor de Murray en el mando del ejército anglo-siciliano, la división mandada por el duque del Parque, la de Wittingham y posteriormente Sarsfield, conquistando sobre la marcha muchos de los puntos fortificados que á su espalda dejaba el enemigo y llegando el día 29 á poner sitio á Tarragona.

Conoció Suchet que al fin tendría que rendirse esta plaza en circunstancias tan aciagas y ante enemigos tan formidables, y reuniendo treinta mil hombres dirigióse á Tarragona para salvar los dos mil que en ella estaban de guarnición. Ante la aparición del mariscal, retiráronse los aliados al Ebro, no queriendo exponerse á las eventualidades de una batalla; pero Suchet no pensó en seguirles y después de recoger la guarnición y volar las fortificaciones de Tarragona, retiróse á la línea del Llobregat.

Intentaron avanzar los aliados por Cataluña, pero pronto tuvieron que repasar el Ebro, pues Wellington llamó á Navarra la mayor parte de aquellas fuerzas para que cooperaran al sitio de Pamplona y tomaran parte en las operaciones que iban á emprender en aquel lado con objeto de repeler á los franceses que intentaban una nueva invasión.

Al recibir Napoleón la noticia del desastre de Vitoria sintióse poseído de una cólera sin límites, y achacó tan gran desgracia á la impericia de José y de Jourdan á los que separó del mando dando éste en 1.° de Julio, desde Dresde, al mariscal Soult, con el título de su lugar-teniente en España.

Soult, que era hombre muy confiado en sí mismo y además engreído por su suerte y sus victorias, marchó á la frontera de España prometiéndose los mayores triunfos. Los varios ejércitos que procedentes de diversas provincias españolas habían pasado fugitivos los Pirineos, refundiólos en uno solo que dividió en tres cuerpos man-

dados por Clausel y los condes de Reille y Erlon. Al frente de la reserva púsose el general Villate y á ésta unióse la caballería ligera mandada por Soult *(menor)* y la pesada por Tilly y Treillard.

Soult era el general que en España más desobediente se había mostrado con José y por esto sin duda le nombró el emperador que deseaba castigar á su hermano por sus desgracias. Cuando Napoleón supo lo ocurrido en Vitoria escribió á su archicanciller Cambaceres: «*Harto tiempo he comprometido mis negocios por imbéciles,*» y á José lo envió desterrado ó más bien prisionero á Mortfontaine, no permitiendo que le visitaran ni aún los más altos funcionarios de su fugitiva corte.

Apenas tomó Soult posesión del mando y organizó su ejército en la forma antes expresada, publicó una proclama inspirada en el más injustificado optimismo y en la que pretendía mover á sus soldados no con el estímulo de la gloria guerrera, sino con el del pillaje, al mismo tiempo que aprovechaba la ocasión para zaherir cruelmente á José y su compañero Jourdan.

—«Soldados,—decía Soult,—yo participo de vuestra tristeza, de vuestra pena y de vuestra indignación: conozco que recae sobre otros la censura de la actual situación del ejército: tened vosotros el mérito de reparar su suerte. Yo he manifestado al emperador vuestro celo y vuestro valor: sus órdenes son que desalojemos al enemigo de sus alturas desde donde insolentemente domina nuestros hermosos valles y le arrojemos al otro lado del Ebro. *Plantemos en breve nuestras tiendas en tierra española y de ella sacaremos los recursos que nos sean necesarios. Fechemos en Vitoria nuestros primeros triunfos y celebremos allí el día del cumpleaños del emperador.*»

El confiado mariscal después de tales bravatas, se dirigió en busca de los aliados que seguían ocupados en los sitios de San Sebastián y Pamplona.

Las divisiones anglo-portuguesas habían puesto sitio formal á la primera de dichas plazas que era bastante importante en punto á fortificación aunque no exenta de defectos. San Sebastián que en aquella época contaba trece mil habitantes, está situada al pié de un monte rodeado del mar, excepto en un punto donde se une á tierra firme por una estrecha lengueta. Está dicha entrada defendida por el hornabeque de San Carlos y en lo alto del monte, álzase el castillo de Santa Cruz de la Mota que domina con sus fuegos los alrededores de la ciudad. Su guarnición francesa componíase de cuatro mil hombres mandados por el general Rey.

Graham, que mandaba las fuerzas sitiadoras, notó que el Urumea, río de poco caudal que pasa junto á la ciudad, dejaba al descubierto en las mareas bajas algunos puntos accesibles que él se propuso utilizar, levantando bate-

rías en las alturas que dominaban aquella parte, las cuales cañonearon el lienzo de muralla comprendido entre los torreones de los Hornos y Amezqueta.

Mientras el general inglés batía este punto, dirigió sus tropas contra el convento de San Bartolomé, situado á corta distancia del istmo, proponiéndose cañonear desde él aquel frente de la plaza que era el más importante.

Defendieron los franceses tan valerosamente dicho convento, que después de arruinarlo los sitiadores con bala roja todavía tuvieron que atacar á la bayoneta para conseguir que los tenaces enemigos abandonaran las ruinas.

Ocho días después quedó practicable la brecha abierta entre los dos citados torreones, y á pesar del valor con que la asaltó la brigada inglesa de Hay, fué rechazada.

Wellington, que había acudido á presenciar el sitio, iba ya á disponer un nuevo asalto, cuando recibió la noticia de que Soult invadía España con grandes fuerzas, lo que le obligó á convertir el sitio de San Sebastián en bloqueo, llevándose la artillería y la mayor parte de las tropas para salir al encuentro de los franceses.

Penetraron estos en España por el puerto de Moya y el desfiladero de Roncesvalles, con el propósito de caer sobre Pamplona; pero la frontera estaba bien guardada, Wellington había tomado hábiles disposiciones y al cabo de ocho días de continuos combates en aquel terreno escabroso, los franceses tuvieron que volverse á Francia y los aliados establecieron otra vez su línea en la orilla del Bidasoa, terminando tan rápida campaña en 1.° de Agosto. No por lo corta que ésta resulte fueron de poca importancia las pérdidas sufridas por ambos ejércitos, pues el francés tuvo ocho mil bajas y el de los aliados quedó con seis mil hombres menos.

En aquellos combates tan cortos como sangrientos y que hacía aun más difíciles la escabrosidad del terreno, demostraron tanto Soult como Wellington su pericia y conocimientos militares.

La guarnición francesa de Pamplona, al saber que el mariscal iba en su auxilio, hizo una salida para ponerse prontamente en comunicación con él; pero la desbarató D. Carlos España que estaba encargado del sitio de la plaza.

Repelida ya la invasión de Soult, volvió Wellington á San Sebastián á continuar el interrumpido sitio.

Formadas mayores baterías y abiertas nuevas brechas, dieron las divisiones anglo-portuguesas el asalto al mediodía del 31 de Agosto. Defendiéronse valientemente los sitiados y seguramente que su resistencia hubiera sido mayor á no ocurrir la explosión de un almacén de pólvora, con cuyo accidente aterrados los franceses corrieron á refugiarse en el castillo de la Mota.

Entraron los sitiados en San Sebastián y entonces ocurrió una de las escenas más horribles de que fué testigo aquella guerra. Cuando el vecindario de la ciudad, gozoso al verse libre de los franceses, corrió al encuentro de los vencedores para agasajarles por su triunfo, recibió de éstos el trato reservado á los más mortales y encarnizados enemigos.

Grandes crímenes cometieron en España los franceses; pero ninguno de ellos puede compararse á la conducta seguida por los ingleses en aquella ciudad de una nación aliada y que además los recibía con el mayor entusiasmo.

Un historiador describe acabadamente lo ocurrido en San Sebastián á la entrada de los vencedores: «Robos, violencias, muertes, horrores sin cuento sucediéronse con presteza y atropelladamente. Ni la ancianidad decrépita ni la tierna infancia pudieron preservarse de la licencia y desenfreno de la soldadesca que furiosa forzaba á las hijas en el regazo de las madres, á las madres en los brazos de los maridos y á las mujeres todas por doquiera. ¡Qué deshonra y atrocidad! Tras ella sobrevino al anochecer el voraz incendio; si casual, si puesto de intento, ignorámoslo todavía. La ciudad entera ardió; sólo sesenta casas se habían destruido durante el sitio: ahora consumiéronse todas, excepto cuarenta de seiscientas que San Sebastián contaba. Caudales, mercaderías, papeles, casi todo pereció y también los archivos del consulado y ayuntamiento, precioso depósito de exquisitas memorias y antigüedades. Más de mil quinientas familias quedaron desvalidas, y muchas, saliendo como sombras de en medio de los escombros, dejábanse ver con semblantes pálidos y macilentos, desarropado el cuerpo y amartillado el corazón con tan repetidos y dolorosos gritos. Ruina y destrozo que no se creyera obra de soldados ó de una nación aliada, europea y culta, sino estrago y asolamiento de enemigas y salvajes bandas venidas de Africa.»

Las autoridades de San Sebastián y el maltratado vecindario de ésta enviaron al gobierno español y á Wellington una relación de todos los horrores ocurridos en dicha ciudad, cuya sola lectura espanta; pero nada se hizo por tan desdichada población ni se la auxilió para que reconstruyera sus arrasados edificios.

Aquel brutal vandalismo del ejército inglés no era nuevo, pues ya vimos como lo demostró en la toma de Badajoz, aunque no llegó á tan repugnante grado como en San Sebastián.

Wellington era el primero en reconocer la perversidad del ejército que mandaba, pues repetidas veces escribió al gobierno británico quejándose de sus soldados hasta el punto de decir: *El ejército inglés se porta horriblemente mal. Es una horda de canallas que por donde quiera que pasan van saqueando.*

Estas manifestaciones del caudillo



inglés demostraban lo difícil que le era reprimir y menos moralizar aquella *horda de canallas* que por la fuerza de las circunstancias teníamos que considerar como aliados y que causaban en nuestra patria mayores estragos que los franceses.

Soult hizo los mayores esfuerzos para socorrer á la guarnición de San Sebastián que tan valientemente se defendió.

Al amanecer el día 31 de Agosto, los franceses cruzaron el Bidasoa en número de diez y ocho mil hombres por los vados, entre Andaya y el puente destruido, atacando con ímpetu á las tropas situadas en las alturas de San Marcial y obligándolas en los primeros instantes á retroceder.

Guardaban aquella parte el cuarto ejército español mandado por Freire en ausencia de Castaños y la reserva de Andalucía, á cuyo frente estaba interinamente Girón en sustitución de La Bisbal.

Pronto se rehicieron nuestras tropas del primer descalabro, pues el regimiento de Asturias, el de tiradores cantabros, el provincial de Laredo y otros cuerpos cargaron con tal ímpetu á la bayoneta, que desordenaron á los franceses, obligándoles á repasar el río en vergonzosa fuga.

El primero en emprender el movimiento de avance fué el joven coronel del regimiento de Asturias, D. Fernando Mirando, que tremolando la bandera de su cuerpo se arrojó denodadamente sobre los franceses, recibiendo á los pocos pasos gloriosa muerte.

Por la tarde otro cuerpo considerable de franceses volvió á pasar el río por un puente volante tendido á un cuarto de legua de la carretera y emprendió un desesperado combate con el centro y parte de la derecha de nuestro ejército; pero estaba allí el valeroso Porlier que con una brigada de su división y un batallón de infantería de marina rechazó á tan superiores enemigos, sin necesitar que le auxiliaran dos divisiones inglesas que contemplaron el combate desde una altura cercana.

Al mismo tiempo hizo Soult otra tentativa contra nuestra izquierda, consiguiendo en los primeros instantes desbaratar las avanzadas; pero acudieron allí Mendizábal y Porlier y arrojando á los franceses sobre el Bidasoa, les obligaron á meterse nuevamente en Francia.

Otra columna enemiga cruzó el rio por el vado de Saraburo con bastante dificultad, pues, por efecto de las lluvias había crecido mucho el caudal de aguas, y consiguió hacer retroceder un tanto á la novena brigada portuguesa; pero Wellington envió á ésta algún socorro y al fin los imperiales tuvieron que retroceder á Francia como ya les había sucedido en el resto de la línea.

Tal fué el memorable combate del 31 de Agosto que recibió el nombre de batalla de San Marcial por verificarse en la sierra de este nombre.

La lucha fué sangrienta, y bien lo atestiguaron las pérdidas de ambos ejércitos, pues sólo el español tuvo las bajas de ciento sesenta y un oficiales y dos mil cuatrocientos sesenta y dos soldados muertos ó heridos, contándose entre los últimos el general Losada, los brigadieres Castañón y Roselló y el jefe de Estado mayor Laviña. En cuanto á los franceses, ignoróse á cuanto ascendían las pérdidas que sufrieron; pero éstas debieron ser de gran importancia si se atiende á que quedaron rechazados en todos los puntos y tuvieron que repasar el Bidasoa bajo el fuego de los enemigos.

En pocos combates demostró el ejército español un valor tan temerario como en San Marcial, y buena prueba de ello es la proclama que dió Wellington entusiasmado, á pesar de su carácter frío, por el heroismo de nuestros soldados y la intrepidez de sus jefes, especialmente de Porlier y el desgraciado Miranda.

«Guerreros del mundo civilizado, —decía el caudillo inglés,—aprended á serlo de los individuos del cuarto ejército español que tengo la dicha de mandar. Cada soldado de él merece con más justo motivo que yo el bastón que empuño; el terror, la arrogancia, la serenidad y la muerte misma, de todo disponen á su arbitrio... Dos divisiones inglesas fueron testigos de este original y singularísimo combate, sin ayudarles en cosa alguna por disposición mia, para que llevasen ellos solos una gloria que no tiene compañera en los anales de la historia. Españoles: dedicaos todos á premiar á los infatigables cántabros: distinguidos sean hasta el fin de los siglos por haber llevado su denuedo y bizarria á donde solo ellos mismos se podrán exceder si acaso es posible. Nación española: la sangre vertida de tantos Cides victoriosos, diez y ocho mil enemigos con numerosa artillería, desaparecieron como el humo para que no nos ofendan jamás. Franceses: huid pues ó pedid que os dictemos leyes, porque el cuarto ejército español va detrás de vosotros y de vuestros caudillos á enseñarles á ser soldados.»

Con la victoria de San Marcial, quedó privada la valiente guarnición de San Sebastián que todavía continuaba encerrada en el alto del castillo de La Mota, del esperado socorro de Soult; pero á pesar de esto, siguió defendiéndose valientemente, no queriendo el general Rey, que la mandaba, aceptar ninguna propuesta de capitulación.

Apoderándose los aliados del convento de Santa Teresa, situado en la falda del cerro que sirve de asiento al castillo, y desde allí comenzaron á batir á éste en brecha con cincuenta y nueve piezas. El 8 de Setiembre rindióse el castillo y capituló su guarnición, que de cuatro mil hombres había quedado reducida á menos de la mitad, prueba clara del tesón con que defendió la plaza.

Casi otros tantos hombres había cos-

tado á los aliados la conquista de San Sebastián.

El astro napoleónico se oscurecía por momentos y no era solo en España donde quedaban rotas y vencidas las armas imperiales, sino en el Norte de Europa, siendo el derrotado el mismo Bonaparte en persona.

En Lutzen, Bautzen y Wurtchen, consiguió el emperador algunas ventajas sobre los aliados; pero al fin, en 4 de Junio tuvo que solicitar el armisticio de Plesswitz y después acceder á la celebración en Praga de un congreso con las potencias enemigas que le hacían la guerra.

Reconocíase generalmente la imposibilidad de que en dicha reunión diplomática se llegara á un acuerdo y los hechos vinieron á afirmar tal creencia, pues los aliados, orgullosos con sus triunfos, mostráronse soberbios en sus exigencias y Napoleón, poco aficionado á transigir y poseído todavía de esperanzas guerreras, no quiso acceder á ninguna proposición.

No produjo dicho congreso ningún resultado y únicamente sirvió para matar una de las más íntimas y justas ilusiones del emperador, pues el soberano de Austria, á pesar de ser padre político de Bonaparte y estar su hija mayor casada con éste, lo abandonó y se fué con los reyes tradicionales para combatir al tirano salido de la revolución. El 12 de Agosto declaró Austria la guerra á Francia.

Iba, pues, á caer sobre el gran guerrero toda la Europa coligada.

Wellington, conociendo la gran masa de tropas que iba á atacar á Francia por el Norte, creyó llegado el momento de pasar el Bidasoa é invadirla por el Sur, para lo cual circuló las órdenes oportunas á toda la línea que formaba el ejército aliado, desde el monte Aya hasta los Alduides, donde se encontraba Mina bloqueando Jaca y amenazando á San Juan de Pié de Puerto y el valle de Baigorry.

Las señales convenidas para que toda la línea verificara á un tiempo la invasión, eran un cohete y tres ahumadas, y en la noche del 6 de Octubre fueron hechos tales avisos y vistos por las tropas que inmediatamente emprendieron con gran decisión el paso del Bidasoa por los vados.

Todos los puestos avanzados del enemigo fueron arrollados por los nuestros, quedando el día 9 en poder de los aliados la orilla francesa del Bidasoa, sin sufrir una pérdida mayor de mil quinientos hombres.

Los que más rudos combates sostuvieron con los enemigos, fueron los españoles ó sea el cuarto ejército y la reserva, pues Wellington, entusiasmado por el arrojo que demostraron en San Marcial, llevaba dichos cuerpos en su compañía y les designaba siempre los puestos de mayor honor y peligro.

El ejército español fué el primero entre todos los de la Europa coligada que pisó el suelo de Francia, tiempo antes tenido por infranqueable y sagrado.

Hacía diez y ocho años que aquellas mismas banderas, llevando al frente á un general tan ilustre como Ricardos, habían invadido el mismo territorio; pero entonces Francia era una nación libre y poseída del entusiasmo patriótico como la España de 1813, y supo desbaratar la invasión que iba á destruir la República.

En tan corto espacio de tiempo, Francia había cambiado radicalmente. Ya no tenía patriotas armados que combatieran al són de *La Marsellesa*, y á las tropas mandadas por Wellington, sólo podía oponer mariscales rapaces como bandidos y soldados de profesión. La Convención y el Comité de salud pública, aquellos dos sublimes centinelas de la patria, habían desaparecido y sólo quedaba la tiranía napoleónica tan gigantesca como carcomida, que la Europa iba á pulverizar bajo sus piés.

El éxito de aquella invasión de los aliados era tan cierto como segura la ruina del Imperio.

Con el avance efectuado por Wellington perdió la guarnición de Pamplona toda esperanza de ser socorrida. Su gobernador, el general Cassan, intentó una vigorosa salida contra los sitiadores; pero aunque al principio logró éxito, las tropas de don Carlos España y del príncipe de Anglona, cargaron á la bayoneta con tal furia sobre los franceses, que les obligaron á abandonar los puestos conquistados y refugiarse precipitadamente en la plaza.

Conociendo Cassan lo imposible que era sostenerse más tiempo en Pamplona, pensó en retirarse arrasando antes sus fortificaciones; pero los sitiadores le amenazaron si tal hacía con pasar á cuchillo toda la guarnición y al fin rindióse quedando todos los franceses prisioneros de guerra.

Cuando Wellington supo la rendición de Pamplona, viendo ya su espalda asegurada, decidióse á seguir adelante por el interior de Francia, arrojando antes á Soult de las márgenes del Nivelle, río que desagua cerca de San Juan de Luz.

El ejército francés estaba posicionado formando un semicírculo desde Urrugue hasta Espelette y Cambó, resguardándose con una línea de reductos y atrincheramientos que aun hacían más fuertes las ventajas del terreno.

A pesar de esto, Wellington dió el día 10 de Noviembre la orden de atacar y las tropas aliadas, victoriosas como ya tenían por costumbre hacía algún tiempo, pasaron después de dos días de combate á la margen derecha del Nivelle, en tanto que Soult arrojado de todas sus fortificaciones, tenía que guarecerse en el campo atrincherado de Bayona que previsoramente había construido con anterioridad.

Costó al ejército aliado aquella conquista la pérdida de tres mil hombres; pero ésta quedó compensada con el gran número de prisioneros y cañones que cogió y el estrago que causó en los enemigos.

Las lluvias propias de la estación y la crecida de los ríos detuvieron á Wellington por algunos días en San Juan de Luz. Durante este tiempo ocupóse en revistar sus tropas, y en vista del estado miserable de los soldados españoles, de su desnudez y mal armamento, dispuso que el cuarto ejército y la reserva volvieran á España y se establecieran en la frontera para estar prontos á cualquier llamamiento, no quedando con el ejército aliado más que la segunda división y la que mandaba Morillo.

Freire se situó en Irún y Girón en el valle del Baztan; pudiendo en estos países acudir mejor al socorro de sus tropas que en Francia, donde los abastecimientos resultaban dificultosos.

Wellington tomó la resolución de enviar á España aquellas tropas, principalmente porque no pensaba seguir avanzando hasta saber cual era la situación de los ejércitos coligados que avanzaban por el Norte contra Francia.

Unicamente se limitó á cruzar el Nive superior, adelantando su derecha para colocarla en país más favorable, operación que ejecutó felizmente Hill en los días 9 y 10 de Diciembre.

Intentó Soult estorbar aquel pequeño avance del enemigo y durante tres días estuvo acometiendo infructuosamente la izquierda de los aliados, no siendo más afortunado en el ataque que dirigió contra la derecha.

Los combates que en estos cinco días se entablaron entre ambos ejércitos fueron tan sangrientos que cada uno de estos vino á perder cerca de seis mil hombres.

Soult, contra aquel enemigo siempre victorioso, no podía ya oponer más que la defensiva, y con los cincuenta mil infantes y seis mil caballos que le quedaban se situó en las márgenes del Adour apoyando sus extremos en puntos fortificados. Wellington afirmóse en su línea del Nive, que comenzaba en Biarritz y se dilataba hasta Villefranche y Urcuray.

En tanto que esto ocurría en Francia, sucedían otros hechos dentro de España, en las regiones donde todavía se sostenía, aunque agonizante, la dominación francesa.

En Cataluña, el intrépido Manso acometió repentinamente, en 10 de Setiembre, la línea enemiga del Llobregat y derrotó á los franceses en Pallejá.

Para vengarse de esta derrota, Suchet mandó atacar en la noche del 12 la fuerte posición del Ordal guardada por un regimiento inglés, otro calabrés y una brigada de Sarsfield. Por tres veces atacaron los franceses furiosamente la izquierda compuesta por los españoles, sin que lograran ningún resultado; pero embistieron después la derecha que no tardó en flojear, y entonces el centro y la izquierda viéronse obligados á retirarse hacia San Sadurní para ponerse al amparo de las tropas de Copons.

Suchet, hostilizado por Manso y temeroso de la actitud que tomó el ejér-

cito aliado en su línea de Tarragona, fué poco en seguimiento de los vencidos y se retiró otra vez al Llobregat.

Quedó imposibilitado Suchet de emprender ninguna operación defensiva, por la reducción que sufrió su ejército, pues dos mil italianos de la división de Severoli regresaron á su patria, dos mil cuatrocientos alemanes fueron desarmados en Barcelona, en vista de su actitud poco fiel desde que Alemania había declarado la guerra al emperador, y otros cuerpos marcharon á Francia llamados á cubrir las necesidades de la guerra.

Para complemento de tan desgraciada situación, recibió Suchet la noticia de que el guerrillero valenciano Nebot (a) *el Fraile* acababa de apoderarse del inexpugnable castillo de Morella y que Denia había caído en poder de los españoles, entregándose ambas guarniciones prisioneras de guerra.

Como se ve la causa patriótica no podía marchar mejor y eran ya casi insignificantes las fuerzas que dentro de la península sostenían el agonizante poderío francés. Estaba ya próximo el momento en que se disparara el último tiro de aquella larga y sangrienta guerra y en que el territorio español quedara para siempre libre de enemigos.

Napoleón, derrotado en Leipzick por los aliados á mediados de Octubre, se había visto obligado á repasar el Rhin y se agitaba en París por encontrar medios que oponer á sus enemigos cada vez más poderosos.

Pedíanle éstos que restituyera la Francia á sus antiguos límites, el Rhin, los Alpes y los Pirineos; pero el grande hombre, cegado como siempre por su soberbia ambición, contestaba ambiguamente para ganar tiempo y entretanto hacía que el Senado decretase una conscripción de trescientos mil hombres para emprender nuevamente la guerra.

Al conocer los aliados cuáles eran los intentos del emperador, no esperaron más y se arrojaron sobre sus dominios después de publicar una declaración en 1.° de Diciembre desde Francfort, en la que manifestaban que no se dirigían contra la Francia, sino contra el hombre que había trastornado la paz de Europa. Tras esta declaración, tres poderosos ejércitos cruzaron el Rhin y se internaron en Francia.

Napoleón, abandonado de toda Europa y completamente solo contra tan tremendos enemigos, pensó inmediatamente en España, á la que hacía tiempo no consideraba como una nación envilecida, cual creía en el vergonzoso período de las renuncias de Bayona.

Ya antes de que tal pensara y cuando todavía no estaba obscurecida por completo en España la fortuna napoleónica, José, autorizado por su hermano, había renovado sus gestiones para llegar á un acuerdo con los españoles.

La capitulación de Valencia y la prisión del regente Blake, pareció al

rey intruso motivo favorable para explorar el camino de los patriotas y envió á Cádiz emisarios secretos que nada pudieron lograr. Para atraerse la voluntad de los pueblos, pensó José en convocar la nación á Cortes con objeto, como decía el ministro Azanza, de *levantar altar contra altar* y quitar influencia al Congreso de Cádiz. Los ayuntamientos de Madrid y Valencia y otras autoridades sometidas al intruso, hicieron á éste peticiones para la reunión de Cortes; pero sobrevinieron las circunstancias de la guerra y José tuvo que salir de España antes de establecer aquella institución, con la cual pensaba atraerse la voluntad de todo el pueblo.

Cuando llegó á fines de 1813 la época de desgracia para Napoleón, que ya hemos indicado, éste no pensó en atraerse nuevamente la amistad de España por cualquier medio, sino que acudió al príncipe que tan rastreramente se le había siempre presentado y que por completo estuvo sometido á su voluntad mientras le vió poderoso.

Envió, pues, Napoleón á Valencey un emisario secreto, el conde de Laforest, con una carta cuyas declaraciones importantes decían así:

«Primo mío: Las circunstancias actuales en que se halla mi imperio y mi política, me hacen desear acabar de una vez con los negocios de España. La Inglaterra fomenta en ella la anarquía y el jacobinismo y procura aniquilar la monarquía y destruir la nobleza para establecer una república..... Deseo, pues, quitar á la influencia inglesa cualquier pretexto y restablecer los vínculos de amistad y buenos vecinos que tanto tiempo han existido entre las dos naciones.»

El emisario del emperador estaba encargado de ampliar de palabra el contenido de la carta, y al ver que en Fernando no causaba impresión aquello de que Inglaterra quería constituir «una república en España,» pues éste conocía que por más que el pueblo se arrojara en el torrente revolucionario, no estaba aun en estado de constituirse democráticamente, intentó asustarle diciéndole que la Gran Bretaña lo que intentaba era un cambio de dinastía, sustituyendo la de Borbón por la portuguesa de Braganza.

Laforest acabó por manifestar á Fernando «que si aceptaba la corona de España que el emperador quería volverle, había de ser con condición de concertarse con él para arrojar de la península á los ingleses,» y terminó preguntándole «si al volver á su nación sería amigo ó enemigo del emperador.»

El canónigo Escoiquiz y otros panegiristas de Fernando VII, al hablar de aquellas conferencias, han puesto en boca de éste una contestación hábil y un tanto digna, impropia de todo punto del príncipe que se deshonró en Bayona y que todos los historiadores, aun los de ideas reaccionarias, han reputado justamente como falsa.

La verdadera contestación que dió

Fernando al mensaje del emperador, no debió ser muy desagradable para éste, por cuanto inmediatamente salió del lugar de su destierro el duque de San Carlos y fué enviado á Valencey para ajustar en representación del príncipe español un tratado con Laforest que llevaba poderes de Napoleón.

Con aquel acto comenzó ya Fernando á demostrar la conducta miserable que más adelante debía seguir. Causa indignación ver al príncipe por quien tanta sangre había derramado una nación ajustar por sí y ante sí un tratado, sin consultar para nada la voluntad del pueblo que tan ciegamente defendía sus derechos reales.

El texto de aquel tratado decía más en deshonra de Fernando que todo cuanto podamos manifestar.

Lo más importante de su articulado era como sigue:

«S. M. el emperador de los franceses, rey de Italia, reconoce á D. Fernando y sus sucesores según el orden de sucesión establecido por las leyes fundamentales de España, como rey de España y de las Indias; reconoce la integridad del territorio español tal cual existía antes de la guerra actual, obligándose Fernando á mantenerla y ambos á que la evacuación de las provincias y plazas ocupadas por los extranjeros, franceses é ingleses, se haga simultáneamente.

»Se obligan recíprocamente á mantener la independencia de sus derechos marítimos, tales como han sido estipulados en el tratado de Utrech y como las dos naciones los habían mantenido hasta el año de 1792.

»Restitución de sus propiedades á los súbditos de ambas naciones; y todos los españoles adictos al rey José volverán á los honores, derechos y prerogativas de que gozaban; todos los bienes de que hayan sido privados les serán restituidos, concediéndoles diez años para su venta á los que quisieran salir de España, sin privarles de las sucesiones que pudieran pertenecerles.

»S. M. Fernando VII se obliga igualmente á hacer pagar al rey Carlos IV y á la reina su esposa la cantidad anual de treinta millones de reales que será satisfecha por cuartas partes de tres en tres meses. A la muerte del rey dos millones de francos formarán la viudedad de la reina.

»Se concluirá un tratado de comercio entre ambas potencias, y hasta tanto sus relaciones comerciales quedarán bajo el mismo pié que antes de la guerra de 1792.»

Este era el tratado de Valencey, en el cual ni una sola vez se mentaba al gobierno constitucional de la nación española, ni á las Cortes representación legítima de aquel pueblo que había puesto á Bonaparte en tan apurada situación, y obligado á que devolviera al mismo Fernando la arrebatada corona. Pero este príncipe miserable, no sólo era ingrato con su nación, sino con los aliados que tan valiosa ayuda habían prestado á los españoles, pues en todo el tratado sólo se nombraba una vez á los ingleses y

era para disponer que salieran al mismo tiempo que los franceses vencidos de aquel territorio que acababan de regar con su sangre, y á cuya integridad tanto habían ayudado con auxilios pecuniarios.

Aquel rey no se había modificado en el destierro. Era el mismo sér ingrato con sus padres y sus amigos de conspiración, era él ente cobarde, tirano con el débil y rastrero con el poderoso que se había envilecido en Bayona y felicitaba pomposamente desde Valencey al verdugo de su patria.

Así que el tratado quedó firmado, partió el duque de San Carlos para Madrid, llevando una copia de dicho documento y una carta del rey para la Regencia.

En ésta exigíase al gobierno la ratificación del tratado, y además al partir el mensajero, según aseguran testigos presenciales, el rey le dió de palabra las siguientes instrucciones:

«1.ª Que en caso de que la Regencia y las Cortes fuesen leales al rey y no infieles ó inclinadas al jacobinismo *como ya S. M. sospechaba*, se les dijese era su real intención que se ratificase el tratado con tal que lo consintiesen las relaciones entre España y las potencias ligadas contra la Francia y no de otra manera.

2.ª Que si la Regencia libre de compromisos le ratificase, podía verificarlo temporalmente entendiéndose con la Inglaterra, resuelta S. M. á declarar dicho tratado forzado y nulo á su vuelta á España por los males que traería á su pueblo semejante confirmación.

3.ª Que si dominaba en la Regencia y en las Cortes el espíritu jacobino, nada dijere el duque y se contentase con insistir buenamente en la ratificación, reservándose S. M. luego que se viese libre, el continuar ó no la guerra según lo requiriese el interés ó la buena fe de la nación.»

Con estas instrucciones venía aun á retratarse mejor á sí propio aquel Borbón que, llevado de su cobardía y con el afán de verse libre aun á costa de la honra, no vacilaba en ajustar un tratado para rasgarlo inmediatamente; conducta impropia de todo hombre que se llame español, pues el carácter de nuestro pueblo podrá carecer de toda clase de condiciones, antes que perder el valor y la nobleza.

Partió el duque de San Carlos para España y pronto tendremos ocasión de ver cual fué el resultado de su misión.

Volvamos la vista nuevamente á las regiones donde todavía ondeaba la ya decaída bandera francesa.

Suchet que era el último general francés que pisaba nuestro territorio, iba retrocediendo por momentos.

El 17 de Febrero de 1814 las tropas de Mina se apoderaron de Jaca y ya antes de esta conquista había tenido el mariscal que abandonar la línea del Llobregat y retirarse á Gerona por haberle pedido Napoleón diez

mil hombres más y casi toda su artillería.

Habert con su división fuerte en nueve mil hombres, que ocupaba la parte baja de Cataluña, vióse obligado á retirarse á Barcelona hostilizado por las fuerzas aliadas que en Febrero pusieron sitio á dicha capital.

Las plazas de Lérida, Mequinenza y Monzón, fueron evacuadas por los francesesen virtud de una estratagema no muy noble que efectuó el oficial español D. Juan Van-Halén, oriundo de Bélgica. Habíase pasado este oficial al principio de la guerra al partido de los invasores, figurando en el Estado mayor del ejército francés de Cataluña; pero al ver los progresos efectuados por las armas españolas, volvió á sus antiguas banderas, y para borrar su apostasía valióse del cargo que había desempeñado en las tropas imperiales y falsificó órdenes del gobernador de Barcelona en las cuales se mandaba á los comandantes de las precitadas plazas que las evacuaran, como así lo efectuaron.

A pesar de lo censurable que era tal estratagema, ésta resultó de gran utilidad, pues quedó libre todo el curso del Ebro y además pudieron dedicarse á la campaña los seis mil hombres antes ocupados en sitiar Lérida, Mequinenza y Monzón.

Pidió nuevamente Napoleón á Suchet diez mil hombres más, y entonces no le quedó al mariscal otro recurso que recoger las reliquias de su ejército, hasta doce mil combatientes, é ir á ponerse bajo la protección del castillo de Figueras.

Desde allí, llamó á las guarniciones de Tortosa y Barcelona para que se le reunieran; pero los aliados interponiéndose supieron evitarlo, y al fin Suchet tuvo que salir de España á principios de Abril, dejando abandonadas las guarniciones francesas de Figueras, Hostalrich, Benasque, Peñíscola, Murviedro y las dos ya citadas.

Todas estas plazas así como la de Santoña que era la única que en el norte ostentaba aun el pabellón francés, pasaron pronto á poder de España en virtud del armisticio que con Wellington ajustaron el 18 y el 19 de Abril, en Tolosa de Francia, los mariscales Soult y Suchet separadamente, pues ambos ni aun en aquella desgraciada circunstancia olvidaron el odio y la rivalidad que hacía tiempo los separaba.

Así terminó aquella guerra que en lo original, en lo grandiosa y en la desigualdad de medios entre ambos campos contendientes no tiene ejemplos en la historia del mundo.

No es necesario hacer un resumen de aquella brillante epopeya. Quédese esto para los hechos de mediana importancia, pues para apreciar la sublimidad de aquella lucha sostenida por la España de 1808, basta solamente conocer el más insignificante de sus episodios.

Envilecida, desarmada y casi moribunda, estaba nuestra patria cuando

Napoleón puso en ella su ambiciosa mirada; cubiertos de gloria universal y reputados como invencibles, eran los ejércitos que sobre España cayeron, y á pesar de tan enorme desproporción, el pueblo humilde creció hasta tomar las proporciones de un coloso y el fuerte poderío encontró en la apartada península una eterna tumba.

Los campos españoles blanquearon con los huesos de trescientos mil franceses, mudos testigos del heroismo de un pueblo que nunca decae, pues semejante á la ave fabulosa, renace siempre más vigoroso de las cenizas de su degradación.

Grandes sacrificios costó á España aquel triunfo asombroso, tanto que bien puede apreciarse, teniendo en cuenta los españoles y aliados que perecieron en el campo de batalla, en más de setecientos mil los hombres que quedaron sin vida en aquellos cinco años de rudo é incesante batallar.

Honda tristeza causa el que la ambición de un hombre, cuyo cerebro estaba al borde de la locura, pueda azotar tan cruelmente á la humanidad y arrancarla tanta sangre.



CAPITULO XXVI

1813-1814

Fin de las Cortes extraordinarias.—Intentan los reaccionarios sacar las Cortes de Cádiz.—Acuerdo que toman éstas.—Nombran la comisión permanente antes de su disolución.—Ultima sesión de aquellas célebres Cortes.—La fiebre amarilla.—Se reunen nuevamente las Cortes.—Disuélvense definitivamente.—Juicio sobre sus actos.—Principales reformas que efectuaron.—Notable discurso de Espiga en la comisión permanente.—Las nuevas Cortes.—Diputados que las componían.—Fuerza de los partidos.—Asuntos que tratan las nuevas Cortes.—Brutal atentado de que es objeto el diputado liberal Antillón.—Protesta del Congreso.—Acuerdan las Cortes trasladarse á Madrid.—Se instalan en la capital de la nación.—Miserable conducta de Fernando.—Agentes franceses que envía á España para restablecer el absolutismo.—Incidentes y término de este asunto.—El duque de San Carlos se presenta á la Regencia.—Mensaje de Fernando.—Contestación de la Regencia.—Acuerdo del Congreso en este asunto.—Contestación que entrega el gobierno á Palafox.—Deciden las Cortes que el rey jure la Constitución antes de ocupar el trono.—Conspiraciones de los realistas.—Atrevidas expresiones del diputado Reina.—Escándalo que promueven en el Congreso.—Manifestación del público contra el diputado Tenreyro.—Tramas de los realistas que descubre Villacampa.—Personajes que dirigían la conspiración.—Desigualdad de fuerzas entre realistas y liberales.—El impostor Audinot.—Segunda legislatura de las Cortes.—Sus trabajos.—Agitación del vecindario de Madrid.—Periódicos que se publican.—D. Bartolomé Gallardo.—La cátedra constitucional.—Operaciones de Wellington en Francia.—Se apodera de Bayona.—Batalla de Orthez.—La caída de Napoleón.—Batalla de Tolosa.—Manejos de Inglaterra.—Wellington rey de España.

ACERCÁBASE el momento en que las Cortes extraordinarias reunidas en Cádiz, debían terminar su vida legal.

El 14 de Setiembre de 1813 era la fecha marcada para la disolución de aquella asamblea á la que tanto tenía que agradecer la patria; pero además de esto, dicho cuerpo comenzaba á languidecer, viendo su obra terminada y cambiada por completo la faz de la nación, pues nacida entre el estrépito de la guerra y en el más apartado extremo de una España casi conquis-



tada, encontrábase como fuera de su elemento al ir mejorándose la situación del Estado, restableciéndose la tranquilidad y huyendo hacia la frontera los antes poderosos enemigos.

Los reaccionarios cobraban nuevos ánimos conforme avanzaba el tiempo, aproximándose á la fecha de disolución.

La retirada de los franceses, dejando en libertad muchas provincias, permitió que en éstas se verificaran las aplazadas elecciones de diputados, bajo la presión del clero y las clases privilegiadas, y de aquí que tomaran asiento en las Cortes muchos reaccionarios, disminuyendo con ello la influencia de la mayoría liberal.

Alentados los antireformistas con tal auxilio, intentaron sacar las Cortes de Cádiz y trasladarlas á cualquier otro punto de la península, confiando en que perderían toda su influencia y prestigio apenas dejaran de estar rodeadas de aquel pueblo ilustrado que sentía el mayor entusiasmo ante las conquistas que realizaban los liberales.

El constante deseo de los reaccionarios era sacar las Cortes de la isla gaditana, y por medio de sus amigos que estaban en las embajadas no tenían inconveniente en afirmar á los gobiernos extranjeros que una vez aquéllas estuvieran fuera de Cádiz, serían derribadas por el pueblo que era enemigo de novedades políticas. Tan seguros estaban aquellos hombres de la ignorancia y degradación en que vivía una gran parte de la nación española.

El punto designado por los reaccionarios para trasladar las Cortes era Madrid, población que, como residencia de la familia real y de las clases más poderosas, ofrecía en aquella época grandes medios para anonadar la institución política nacida en el ambiente favorable de la liberal Cádiz.

Ya en 1812 habían promovido esta cuestión los antireformistas, pero como en dicho tiempo el éxito de la guerra estaba indeciso y la seguridad no era completa residiendo en la corte, dejó el Congreso este asunto para más adelante, volviendo á tratarse en 1813 con motivo de una exposición del ayuntamiento de Madrid pidiendo la traslación de las Cortes á la capital, documento que pasó á informe de la Regencia y el Consejo de Estado.

Estas dos corporaciones dictaminaron que en vista de que algunas plazas de la frontera estaban todavía en poder de los franceses que podían intentar una segunda invasión, no creían conveniente la traslación por el momento y las Cortes aprobaron la idea, si bien para halagar al ayuntamiento de Madrid manifestaron que dicha mudanza se haría, aunque sin poder determinar todavía la fecha, y que ellas sólo se moverían de Cádiz para trasladarse á la capital del reino.

Satisfizo esto un tanto á los reaccionarios; pero deseosos después de lograr pronto la realización de aquel traslado en que cifraban todas sus es-

peranzas, propusieron que las próximas Cortes ordinarias convocadas para el 1.° de Octubre se reuniesen en Madrid; pero los liberales supieron por hábiles medios oponerse á la aprobación de tal propuesta.

A pesar del poco tiempo que debía mediar entre el fin de aquellas Cortes extraordinarias y la reunión de las próximas, los diputados, cumpliendo lo dispuesto en la Constitución, nombraron una Comisión permanente encargada de velar por la ejecución de las leyes durante el interregno parlamentario y de presidir las juntas preparatorias de la cercana asamblea. Componíase dicha Comisión de nueve individuos, en su mayor parte representantes de las provincias de América, y el presidente era el docto don José Espiga, diputado por Cataluña.

Llegó el 14 de Setiembre y procedióse á la clausura de aquella asamblea con toda solemnidad, como para testimoniar el afecto que la profesaba la nación por el cumplimiento de sus tareas.

Después de una ceremonia religiosa en la Catedral, á la que asistieron las Cortes, volvieron éstas al salón de sesiones y allí un secretario dió lectura al siguiente documento: «Acercándose el día en que los diputados de las Cortes ordinarias deben reunirse para el examen de sus respectivos poderes, las Cortes generales y extraordinarias han decretado cerrar sus sesiones *hoy catorce de Setiembre de mil ochocientos trece.*»

A continuación el presidente del Congreso, que en aquel mes lo era don José Miguel Gordon, pronunció un discurso elocuente, en el que fué especificando todos los grandes trabajos y reformas llevados á cabo por las Cortes, siendo sus párrafos interrumpidos por los aplausos del público entusiasta de las galerías, que por última vez se reunían con aquellos hombres ilustres que tanta luz habían difundido en sus cerebros.

El acto terminó con la fórmula usual que el presidente pronunció con voz firme y entera.

—«Las Cortes generales y extraordinarias de la nación española instaladas en la Isla de León el 24 de Setiembre de 1810, cierran sus sesiones hoy 14 de Setiembre de 1813.»

Después de firmada el acta, los diputados, espontáneamente y cediendo á un impulso natural, se confundieron en estrecho abrazo borrando de este modo y con lágrimas de emoción las divisiones nacidas al calor de una discusión política sustentada durante tres años. El público que presenciaba tan tierna escena aplaudió entusiasmado, y nadie hubiera podido imaginar que entre aquellos hombres que se abrazaban como hermanos, los había que llevados del fanatismo político venderían á sus antiguos compañeros y que los campeones más ilustres del partido liberal que ahora se retiraban con la creencia de haber asegurado para siempre su obra de regeneración, estarían dentro de breves meses arras-

trando la cadena del presidiario ó desterrados en extranjero suelo y sintiendo gravitar sobre su cabeza una sentencia de muerte. Les estaban reservadas muchas sorpresas en breve plazo á aquellos hombres valerosos que combatían de frente el absolutismo monárquico y la teocracia.

En aquel dia, el liberal pueblo de Cádiz demostró hasta dónde llegaba su entusiasmo por la institución que se había desarrollado en su seno.

A los oradores más notables de las Cortes acompañólos en triunfo hasta su casa y durante la noche los obsequió con serenatas é iluminaciones.

Poco duró tan franco entusiasmo, pues al día siguiente presentóse en la hermosa ciudad la fiebre amarilla con más fuerza aun que en 1810.

La Regencia, alarmada ante la inesperada aparición de la epidemia, determinó trasladarse á Puerto de Santa María; pero aun cuando este propósito lo guardó en secreto, pronto se hizo público, y el vecindario de Cádiz se alborotó hasta el punto de amenazar á los diputados que se mostraban favorables á la traslación del gobierno y entre ellos al mismo Argüelles que días antes era su ídolo y á quién bastó ser de la misma opinión que los regentes para perder gran parte de su popularidad.

A tal punto llegó la efervescencia que el diputado D. Joaquín Lorenzo Villanueva, deseoso de evitar un motín que en aquellas circunstancias hubiera sido explotado por los antireformistas, y por tanto, de fatales consecuencias para la libertad, comprometióse en la noche siguiente ante un grupo de gente nada pacífica que estaba en la Alameda, á que en el día inmediato volverían á abrir sus sesiones las ya disueltas Cortes y tratarían la cuestión suscitada por la aparición de la epidemia.

Merced á las gestiones de dicho diputado y á los de la comisión permanente, reuniéronse á la mañana siguiente las Cortes y de este modo verificóse una resurrección parlamentaria de que hay pocos ejemplos y que no podía reconocer motivo más ingrato.

Los diputados atendían á que una traslación del gobierno y de las Cortes ordinarias á otro punto podían revolucionar al pueblo de Cádiz; pero al mismo tiempo pensaban en el peligro que hacía correr la permanencia en la Isla y en lo injusto que resultaba obligar á la nueva asamblea á funcionar en una población que muy pronto por las medidas sanitarias cortaría sus comunicaciones con el resto de la península. La medicina estaba entonces poco adelantada, y por tanto no podía prestar grandes luces á las Cortes, así es que éstas, después de una inútil discusión que duró cuatro días, acordaron á propuesta del ilustre Antillón, disolverse sin tomar ningún acuerdo, dejando que el próximo Congreso decidiera conforme á su voluntad.

Acabaron, pues, aquellas Cortes sus

sesiones de un modo más triste y silencioso que seis días antes y con el pesar de haber perdido en tan breve plazo algunos de sus más ilustres miembros. El elocuente orador Mejía, que en una de estas últimas sesiones se había atrevido á decir que apostaba su cabeza en seguridad de que no existía en Cádiz la fiebre amarilla, perdió la vida en pocas horas; el sabio D. Manuel Luján no tardó en seguirle á la tumba, y posteriormente murió el erudito D. Antonio Capmany, que ya parecía fuera de peligro, llegando á ser veinte los diputados de aquellas Cortes que perecieron víctimas de la epidemia.

Así terminó su existencia aquel Congreso, cuyo recuerdo debe ser venerado por todos los liberales españoles, pues fué como el punto de partida de nuestra revolución.

La mayor parte de sus individuos, después de alcanzar la honra de fundadores de la libertad política, tenían reservada la gloria de ser sus primeros mártires.

Aquellas Cortes, miradas desde la época actual, podrán ser tachadas de inexpertas y aun de débiles y un tanto apegadas á la iglesia, si es que se dejan en olvido las circunstancias de la época; pero nadie les podrá negar que fueron excelentes y firmes propagandistas de las doctrinas democráticas, que produjeron la gran revolución del vecino pueblo, y que demostraron un valor sin límites en los más difíciles trances y un patriotismo á toda prueba.

El buen éxito de aquella guerra gigantesca, debióse ante todo al entusiasmo del pueblo español; pero nadie podrá negar que este entusiasmo estaba decaído cuando las Cortes abrieron sus sesiones, y que á sus esfuerzos se debió aquella actividad de que se sintió poseída la nación y el que resucitara tan patente el patriotismo.

El pueblo, envejecido por la degradación política y corrompido por la mefítica influencia de la monarquía y la Iglesia, cobró nuevo vigor con la regeneración iniciada por aquella asamblea y entró en la senda de la revolución, de la cual no ha salido todavía y á cuyo término no ha llegado ni llegará, aunque de paso vaya realizando las gloriosas conquistas que dignifican á la humanidad.

La sola enumeración de las reformas que realizó aquel Congreso, son, para el porvenir, su mejor timbre de gloria.

En el breve período de tres años, llevó á cabo las mayores conquistas en pró de la regeneración nacional, y aunque respetó en parte algunas instituciones perjudiciales, no dejó en pié ninguno de aquellos seculares abusos que agobiaban la nación y reclamaban una pronta reforma.

En el orden político, dió decretos tan notables como la declaración de la Soberanía Nacional; la libertad de imprenta; la igualdad de derechos entre los españoles de la península y los de Asia y América; la convocatoria de las nuevas Cortes; la dignificación del

ciudadano por medio del sufragio universal; la declaración de nulidad de cuantos documentos firmase Fernando VII, mientras estuviese en poder de Napoleón y careciese de libertad; la aprobación de los actos de la Junta Central; y sobre todo, la formación de un código político tan notable y de espíritu avanzado á las tendencias de la época, como la Constitución de 1812.

En el orden social realizó la abolición de los señoríos y decretó la enajenación de los terrenos baldíos y realengos.

En materias económicas, llevó á cabo la organización de la Hacienda; el reconocimiento de la Deuda pública que fomentó el crédito nacional; la presentación de los presupuestos generales del Estado y el nuevo plan de contribuciones.

En la esfera jurídica, realizó reformas tan solicitadas por la dignidad del hombre y la cultura nacional, como la abolición del odioso tribunal de la Inquisición, de la prueba del tormento y las penas de azotes y de horca; la creación de tribunales más en consonancia con el progreso y otras reformas de menos importancia contenidas en la Constitución.

Las necesidades de la guerra, hicieron que aquellas Cortes fijaran mucho su atención en las cosas militares y que realizaran la formación de nuevos ejércitos; el establecimiento de fábricas de armas; la creación de la orden de San Fernando, del cuerpo de Estado Mayor, y de Colegios y Escuelas de Cadetes en la Isla de San Fernando, Cádiz, Jaen y Cataluña; la ley contra los desertores; el cambio de uniformes; y que proyectara una Constitución Militar, código necesario y de que aun hoy carece nuestro ejército, teniendo que regirse por leyes bárbaras, propias de la época en que fueron escritas.

En pró del progreso científico, acordó aquella asamblea la reforma del plan de estudios, el aumento de las escuelas públicas y proteger la publicación de toda obra.

Para hacer más racional la administración pública, crearon las diputaciones provinciales, abolieron la clase de regidores perpetuos, deshonra y desmoralización de los municipios, y decretaron leyes orgánicas de carácter liberal que estaban de acuerdo con la nueva Constitución.

A pesar del apego que muchos de aquellos diputados manifestaban á la Iglesia, ésta no se libró, como ya vimos, de sufrir reformas tales como la abolición del *Voto de Santiago*, la disminución de los conventos y algunas otras de menos importancia.

Las Cortes de Cádiz, con motivo de la guerra y del estado de agitación que atravesaba toda Europa, tuvieron que atender mucho á las cuestiones internacionales, y en este asunto los actos más notables que realizaron fueron los tratados de paz y amistad ajustados con Inglaterra, Portugal, Rusia y Suecia; la negativa á aceptar los servicios del duque de Orleans y de

un cuerpo de tropas rusas que ofreció el czar; la enérgica actitud que observaron ante la rebeldía del Nuncio Gravina y la dignidad con que rechazaron las ambiciosas proposiciones de la Gran Bretaña cuando ésta prometió su mediación para lograr la sumisión de las insurrectas provincias de América.

Fomentar el entusiasmo patriótico fué una de las principales tareas de aquel augusto Congreso, y para ello tomó acuerdos tales como honrar la memoria de los mártires Daoiz, Velarde y Alvarez, inscribiendo sus nombres en el salón de sesiones; levantar monumentos en honor de las heroicas Zaragoza y Gerona; premiar á los militares y paisanos que en dichas defensas habían tomado parte, así como á las heroínas Agustina de Aragón, Casta Alvarez y las valerosas compañías de mujeres que se batieron en los muros de la última ciudad; conceder los mayores honores á lord Wellington, inteligencia directora de aquella grandiosa lucha, y hacer partícipe de tal distinción al humilde sargento García, fiel representante del arrojo y constancia del pueblo español.

La cuestión de América, que tan pavorosa y preñada de peligros se presentaba, atrajo también gran parte de su atención, y buena prueba de ello fueron los decretos igualando á los naturales de Ultramar con los de la península en punto á derechos, aprobando la exención de *mitas* en favor de los indios, así como de todo servicio personal y disponiendo que las cargas públicas debían distribuirse igual entre todos los vecinos de un pueblo, sea cual fuere su clase y condición; repartiendo los terrenos comunales entre los indios casados mayores de edad; disponiendo que en los colegios oficiales de América existieran becas de gracia para los hijos de los naturales del país que se distinguieran por su aplicación; fomentando la agricultura, la industria y la ciencia; asegurando la libertad civil de los indígenas y aboliendo la infame trata de negros.

Como se ve aquellas Cortes no pueden ser tachadas de parcas en punto á realizar reformas, y bien puede asegurarse que en nuestra patria jamás ha habido asamblea que con más fe y actividad se haya dedicado al desempeño de su misión. En los tres años que contó de existencia dicha asamblea, celebró mil ochocientas diez sesiones, número que por rara casualidad es igual al del año en que se instalaron.

Con un entusiasmo sin límites, aquellos diputados, que habían abandonado sus hogares para ir á legislar en un punto amenazado por las bombas de los enemigos y los estragos de la peste, dedicáronse al cumplimiento del encargo que les habían dado sus electores y ni uno solo experimentó momentánea debilidad, ni dejó de dedicarse diariamente á tan penosa tarea.

Todas las discusiones de dichas Cortes revistieron solemne grandeza, y si bien los reaccionarios, y en especial el impúdico Ostalaza, intentaron turbar aquélla con improcedentes escándalos y palabras poco cultas, el talento de los diputados liberales y el entusiasmo del público se encargaron de devolver á la deliberante asamblea su natural sublimidad.

¿Qué más hemos de decir en loor de aquel Congreso, cuna de nuestra revolución? Sus mismas obras son las encargadas de hacer su apología y atendiendo á ellas la nación española debe guardar eterna gratitud á aquellos firmes varones que con tanto valor acometieron la obra de la regeneración patria á pesar de que en vista de la actitud de los reaccionarios y de la ambigua conducta del rey presentían la tormenta que en breve plazo iba á estallar sobre sus cabezas.

El 15 de Setiembre, el día siguiente de haber cerrado las Cortes por primera vez sus sesiones, reunióse la Comisión permanente y los nuevos diputados para preparar la instalación de las próximas Cortes ordinarias.

El diputado Espiga, presidente de la Comisión, pronunció un notable discurso, en el que hizo el resumen de las aspiraciones de las antiguas Cortes y trazó la ruta que debían seguir las nuevas.

«No se puede renovar sin admiración,—decía Espiga en su discurso,—la memoria de aquellas Cortes que en medio de las continuas guerras que trajeron siempre agitado y fatigado el reino, se celebraban para dictar las leyes que se habían de obedecer, imponer los tributos que cada uno había de pagar y asegurar así la libertad y los derechos de la nación. Por desgracia este precioso establecimiento que como todas las obras de los hombres no podía dejar de estar sujeto á las vicisitudes de la flaqueza humana, fué constituido con aquellas imperfecciones que eran propias de un tiempo en que la guerra era la principal ocupación de los españoles; y una astuta política se aprovechó oportunamente de estos ligeros descuidos para atentar contra los fines de tan alta institución...

»... Las Cortes generales y extraordinarias se instalan entre las baterías enemigas y las orillas del Océano; y mientras que las legiones de Napoleón arrojan bombas incendiarias y pretenden asaltar el último asilo de la libertad española, el augusto Congreso, impávido, imperturbable é impasible, forma la Constitución política de la monarquía ó más bien retoca el bello cuadro de la antigua Constitución española, le da un colorido más apacible, proporciones más exactas y más duración y consistencia. Ya la sagaz y seductora ambición no podrá ejecutar sus empresas atrevidas; una antorcha permanente descubrirá las malas artes con que ha combinado hasta aquí sus oscuros y secretos planes y una diputación las presentará á las Cortes inmediatas para su justo

castigo y escarmiento. Conociendo las Cortes generales y extraordinarias que los intervalos que mediaban entre la celebración de las diferentes Cortes había sido la principal causa de la decadencia progresiva que sufrió la representación nacional y de la supresión que al fin consiguieron los privados de los reyes, establecieron la indisolubilidad del Congreso; y para conciliar la rapidez del gobierno con la permanencia de las Cortes, suspendieron sus sesiones y llenaron este vacío con la diputación permanente que velara sobre las infracciones de la Constitución, preparara la instalación de las Cortes inmediatas y fuese el eslabón que uniera la cadena con que debía quedar para siempre aherrojado el despotismo.

»Hoy es la primera vez que la diputación permanente tiene el honor de dirigir su palabra á los dignos diputados á quienes sus virtudes han llamado á ocupar un lugar bien merecido en el augusto Congreso de la nación; y órgano fiel de las Cortes generales y extraordinarias, no puede dejar de expresar la justa confianza que le inspira su ilustración, sus conocimientos, su patriotismo y la voluntad general de sus provincias. Están ya puestas las bases principales de la prosperidad nacional; y á vosotros ¡oh ilustres padres de la patria! os pertenece el derecho inapreciable de coronar y consolidar este grande y majestuoso edificio. Vicios arraigados que habían crecido á la sombra de un gobierno inepto, arbitrario y dilapidador; opiniones recibidas en la educación y autorizadas con el prestigio del tiempo; intereses opuestos que resisten las grandes reformas; choques violentos que son inseparables de las complicadas circunstancias de una revolución; tan poderosas causas han podido retardar algún tiempo el cumplimiento de los ardientes deseos de las Cortes y lisonjeras esperanzas de la nación. Pero vuestro celo, actividad y sabiduría, acabará bien presto de superar estos embarazos que en parte están vencidos; y si las Cortes extraordinarias que empezaron sus sesiones cuando todas las provincias estaban ocupadas é invadidas, tienen la satisfacción de haberlas cerrado después que el enemigo, perseguido por nuestros ejércitos victoriosos, ha repasado el Bidasoa, cubierto de oprobio é ignominia, está reservado á las Cortes ordinarias que van á instalarse cuando ha vuelto otra vez el ruido del cañón del Norte, la gloria inmortal de restablecer á nuestro rey sobre el trono de Fernando el Santo y dar á la nación una paz sólida y verdadera que asegure su independencia y su prosperidad.»

Conforme se prevenía en el decreto de convocación de nuevas Cortes, éstas se reunieron en Cádiz el 1.° de Octubre; pero á los pocos días en vista de que la epidemia hacía sentir cada vez con más fuerza sus rigores, se trasladaron unidas con la Regencia á la isla de León donde la salud pública no parecía tan amenazadora.

Las nuevas Cortes estaban compuestas en su mayoría de personas poco afectas á la libertad política y las reformas.

La elección de diputados en casi todas las provincias, llevóse á cabo bajo la influencia del clero y la nobleza, pues aquel pueblo ignorante y fanático, salvo raras excepciones, no había llegado todavía á emanciparse de sus tradicionales tutores. Ofendidas estas clases poderosas por la ley de señoríos, la abolición del Santo Oficio y otras notables reformas, fácil es adivinar que al influir en el cuerpo electoral solamente lo hicieron para que tomaran asiento en las Cortes hombres reputados como amigos de la reacción y adversarios acérrimos de la anterior Asamblea y de la Constitución.

Corrían, pues, gran peligro las conquistas realizadas por los liberales al ser encomendada su custodia á los mismos hombres que tanto las habían atacado al nacer, y entonces comprendieron los legisladores de las Cortes de Cádiz el gran error que habían cometido al decretar que el cargo de diputado fuera irreeligible, medida que entregaba los destinos de la patria á los partidarios de lo antiguo.

Entre las clases poderosas que eran las que ejercían influencia y disponían de la voluntad electoral, había muchos que hasta entonces vivían de los seculares abusos y estaban sufriendo perjuicios con las saludables medidas de las anteriores Cortes, así es que no era de extrañar la gran mayoría reaccionaria que figuró en el nuevo Congreso.

Afortunadamente, muchos de estos diputados por miedo á la fiebre, no se atrevieron á marchar á Cádiz, y otros retardaron su llegada, ocupando sus puestos entretanto con carácter de suplentes algunos individuos de las pasadas Cortes. Esto, unido á que los diputados americanos se aliaron con los liberales, hizo que ambos partidos se equilibraran y que los reaccionarios desde el primer instante de la reunión del Congreso no atacaran las reformas que tanto habían costado realizar.

También en aquella nueva asamblea distinguiéronse, desde el primer momento, notables políticos y oradores elocuentes que no hacían notar la ausencia de los ilustres diputados que discutieron la Constitución.

A la cabeza del partido liberal figuraba D. Isidoro Antillón, hombre de ideas avanzadas, notable por sus conocimientos científicos, especialmente en Geografía y orador elocuente y de fogosidad tribunicia.

Tras él venía D. Francisco Martínez de la Rosa, á quien bastó poco tiempo para acreditarse como el más notable orador de aquella asamblea. Hasta entonces se había dado á conocer como ardiente patriota en la primera época del alzamiento nacional y como excelente poeta y autor dramático, alcanzando el premio ofrecido por la nación al autor del más notable poema épico en honor de Zaragoza y

haciéndose aplaudir con la tragedia *La viuda de Padilla* y la comedia *Lo que vale un empleo*, de aquel entusiasta público que acudía al teatro de Cádiz durante el sitio. Granada, su ciudad natal, lo eligió diputado para las Cortes ordinarias de 1813, y aquel joven que apenas si tenía más de veinticinco años no tardó en hacerse por su ilustración y su elocuencia florida y arrebatadora el hombre más importante del partido liberal en dicho Congreso.

Descollaban también entre el grupo reformista Isturiz, hombre de carácter ardiente, liberal firme y buen orador; el eclesiástico Cepero, muy estimado por todos por su erudición; Canga Argüelles, cuyas condiciones de economista ya vimos cuando desempeñaba la cartera de Hacienda; Larrazábal y otros.

En el partido reaccionario no se encontraba ni un solo diputado notable como político, ni aun como hombre de ciencia, y entre aquella masa de nulidades, las más de las cuales ostentaban títulos de la Iglesia ó la magistratura, distinguíanse algunos seres oscuros como Mozo de Rosales, Gómez Calderón, Tenreyro y Reina.

Uno de los primeros asuntos que aquellas Cortes trataron fué el presupuesto de gastos é ingresos, y el ministro de Hacienda, López Arango, trazó un triste cuadro del estado económico de la nación, cuya penuria no era de extrañar después de una guerra tan larga y costosa como la que acababa de sostener España. Acordaron las Cortes varios medios para remediar tan precaria situación, pero éstos á consecuencia de los sucesos políticos que no tardaron á sobrevenir, quedaron sin efecto.

Trató el Congreso también de la situación de los regulares exclaustrados á consecuencia de una reclamación que le elevaron varios frailes contra algunos de los de su clase que habían sido superiores y querían obligarlos á volver á sus conventos, no respetando la libertad que les daba la ley de elegir el método de vida que más les gustase. Atacaron los reaccionarios las quejas de dichos frailes, pero salieron á su defensa Cepero y Antillón, exponiendo los abusos de algunos obispos y priores que con el afán de tener súbditos se empeñaban en encerrar en los conventos á los religiosos que no estaban dispuestos á seguir la vida monástica. Tan grande era el abuso que los frailes cometían contra la ley de reducción de conventos, que según relató el diputado Cepero en la sesión del 15 de Octubre, el provincial de una orden en Andalucía, llevado del deseo de tener en quien ejercer su despótica autoridad, andaba recorriendo con unos cuantos frailes los pueblos donde había conventos abandonados, los abría é instalándose en cada uno de ellos con su comunidad volante, pasaba á otro punto á representar la misma comedia.

Un conflicto que empezaba á indicarse entre la Regencia y lord We-

llington atrajo prontamente la atención de las Cortes. Pedía el caudillo inglés se le concediera más amplitud en sus facultades como general en jefe del ejército español, y el ministro de la Guerra O'Donojú, que como buen irlandés no podía ver el nombramiento de ningún hijo de la Gran Bretaña, se negaba á lo que él solicitaba. Para que terminara la cuestión comenzaron á discutir las Cortes el memorial en que lord Wellington pedía dichas facultades, pero pasó el tiempo sin que tomaran acuerdo alguno.

De todos los diputados liberales, Antillón era el que más molestia causaba á los reaccionarios, sin duda por el entusiasmo y la fogosidad con que exponía siempre sus ideas, y tan temible llegó á hacerse para los realistas, que éstos, aficionados siempre á los actos de fuerza y á procedimientos tan viles como brutales, intentaron quitarle la vida. En la noche del 4 de Noviembre, cuando se retiraba del Congreso aquel ilustre diputado que era de complexión débil y estaba aquejado por continuas dolencias, fué acometido en las cercanías de su casa por tres asesinos que le derribaron al suelo á sablazos no dejándole hasta que lo creyeron muerto. Por fortuna Antillón solo perdió el sentido al recibir una herida en la frente, y de los restantes golpes le preservaron las alas del sombrero y el cuello de la capa.

Aquella brutal acometida era como un presagio del fin triste que dentro de pocos meses había de sufrir aquel sabio y fogoso tribuno, destinado á ser mártir por sus ideas.

Al saber el Congreso tal atentado, levantóse en su local un grito unánime de indignación, y el diputado Capaz propuso que se ofrecieran ocho mil duros al que descubriera á los agresores, no aprobándose dicha proposición por un discurso notable que pronunció Martínez de la Rosa, demostrando lo degradante que resultaba para las Cortes premiar un delator.

El eclesiástico Cepero demostró que el atentado no se dirigía contra Antillón sino contra las Cortes, y que esta era la víctima que los reaccionarios habían querido inmolar en odio á su liberalismo y amor á la patria.

Hablaron en este sentido otros diputados, y por fin acordóse, en vista de las súplicas del interesado, que el asunto pasara á los tribunales ordinarios, recomendando al juez encargado de la causa el mayor celo y actividad.

En vista de que la marcha de la guerra era en extremo favorable, pudiendo bien decirse que ésta había terminado ya, y atendiendo á los deseos manifestados por la nación, las Cortes, en su sesión del 15 de Noviembre, acordaron trasladarse á Madrid y abrir nuevamente sus debates en dicha capital el 15 de Enero de 1814.

Al conocer este acuerdo sintióse poseído el vecindario de Cádiz de la mayor tristeza, como si presintiera que aquella institución, al dejar de sentir el calor del entusiasmo con que la

había acariciado en su seno, no tardaría en perderse.

Emprendió la Regencia su viaje á la corte y los diputados la hicieron separadamente en grupos, recibiendo todos los mayores homenajes de respeto y entusiasmo en los pueblos del tránsito.

Al llegar á Madrid la Regencia, instalóse en el palacio real, y para salón de sesiones de las Cortes fué habilitado el teatro de los Caños del Peral, mientras sufría un arreglo con dicho objeto el antiguo palacio de D.ª María de Molina.

Apenas instalada la representación nacional, vióse obligada á comenzar sus tareas tratando en secreto un asunto de la mayor importancia.

Fernando VII, amigo siempre de seguir dos conductas diferentes y engañar de la manera más miserable á los que cándidamente confiaban en sus palabras, al mismo tiempo que dirigía á la Regencia la carta afectuosa que más adelante examinaremos, envió á España tres franceses llamados Tassin, Duclere y Magdelayne con una autorización de su puño y letra para seducir á los generales españoles y sus tropas y sublevarlos contra los liberales y la Constitución, explotando para ello el cariño que el pueblo profesaba al monarca que tenía por modelo de virtudes y patriotismo.

Dichos emisarios comenzaron por avistarse con los generales Alava y Mina, á los que expusieron su encargo, siendo rechazados con energía; pero no por esto se desanimaron, y trasladándose á Madrid conspiraron tan descaradamente, que el gobierno llegó á saber el motivo de su venida y los encarceló.

Al ser interrogados por el juez, manifestaron que tenían que hacer importantes revelaciones; pero sólo ante el gobierno y conducidos á la presencia de éste exhibieron los documentos que llevaban suscriptos por el mismo Fernando, y los ministros asombrados. se apresuraron á echar tierra al asunto poniendo en libertad á los conspiradores.

Aquella fué una ocasión propicia (y así lo reconocen varios historiadores) para que España se librara del monarca que tantos daños había de causar. Hubiera bastado publicar dichos documentos en la *Gaceta*, llevarlos á las Cortes y declarar que la nación no podía aceptar por rey al que tan miserablemente procedía; pero ¡ay! que los hombres de 1812 se habían despojado por sí mismos de todo cargo público, que la representación nacional ya no era aquella que en Cádiz y en una sola sesión derribó la poderosa Regencia reaccionaria que pretendía disolver las Cortes por la fuerza, ni la que tan enérgica se sostuvo castigando al nuncio Gravina, y el nuevo Congreso estaba compuesto de diputados que anhelaban la monarquía absoluta con todas sus miserias.

El gobierno de España calló ante aquel ataque político de Fernando, y los amigos del rey reputaron los docu-

mentos en cuestión de falsos, atribuyéndolos á una intriga del caballerizo D. Juan Amezaga, acompañante del monarca en Valencey; pero dos años después el mismo soberano se encargó de demostrar hasta qué punto eran auténticos dichos papeles, pues monsieur Tassin y sus dos compañeros amenazaron desde París con publicar los documentos, y Fernando después de largas negociaciones, entregó á los tres franceses, por conducto del embajador duque de Fernán Núñez, un millón de reales á cambio de la devolución de dichas cartas, que tanto le comprometían. En cuanto á Amezaga, que era el que podía dar luz en el asunto y demostrar aquella miserable maquinación del rey, fué sometido al volver á España á un proceso secreto y condenado á muerte, suicidándose en el calabozo con una navaja de afeitar por no sufrir el suplicio afrentoso.

De este modo borró Fernando los vestigios de aquella conjuración que desde el destierro fraguó contra el gobierno de su reino.

Pocos días después de ocurrir el incidente de los tres comisionados franceses, presentóse oficialmente á la Regencia el duque de San Carlos, á quien ya vimos salir de Valencey.

Llegó dicho personaje á Madrid el 4 de Enero de 1814, ó sea antes que arribaran las Cortes y la Regencia, y durante el tiempo que esperó fué objeto de grandes burlas, tanto por el carácter misterioso con que hizo su aparición bajo nombre supuesto, cómo por ser públicamente odiado á causa del innoble papel que había desempeñado en los vergonzosos sucesos de Bayona. El pueblo cantó á aquel magnate satíricas coplas sobre su conducta, y los periódicos le dirigieron los más furibundos ataques, lo que acabó de predisponer al de San Carlos contra los liberales por creer tales insultos obra de éstos.

Pocos días después llegó á la capital el general D. José Palafox, que traía por duplicado las mismas instrucciones que el citado duque; pero á pesar de que todos conocieron cuál era la misión que le traía á Madrid, nadie intentó mortificarle, pues el recuerdo de su heroismo en Zaragoza le servía de escudo.

Al presentarse el duque de San Carlos á la Regencia, entrególa el mensaje que traía de Fernando y que no podemos menos de reproducir por las muchas expresiones que contiene y que demuestran los sentimientos de aquel sér coronado:

«La Divina Providencia, que por uno de sus designios secretos ha permitido que yo fuese trasladado desde el palacio de Madrid á la quinta de Valencey, se ha dignado concederme la salud y las fuerzas que necesitaba y el consuelo de no haber estado separado ni un solo momento de mi muy querido tío, el infante don Antonio, y de mi muy amado hermano, el infante don Carlos. Hemos hallado una noble hospitalidad en esta quinta; nuestra existencia ha sido hasta ahora

en ella tan agradable como podía permitirlo mi posición, y desde mi llegada he empleado el tiempo del modo más análogo á mi nuevo estado.

»Las únicas noticias que he podido recibir de mi amada España, me han llegado por el canal de las *Gacetas* francesas. Ellas me han dado algún conocimiento de sus sacrificios en mi favor, de la generosa é inalterable constancia de mis fieles súbditos, de la perseverante asistencia de la Inglaterra, de la admirable conducta del general en jefe lord Wellington, y del nombre de los generales españoles y aliados que se han distinguido.

»El ministerio inglés, en su comunicación de 23 de Abril del año último, había declarado auténticamente que la Inglaterra estaba dispuesta á escuchar proposiciones de paz, cuyos preliminares serían el reconocerme. Sin embargo, los males de mi reino duran todavía.

»La España se hallaba como en un estado de observación pasiva, pero vigilante, cuando el emperador de los franceses y rey de Italia, por el órgano de su embajador el conde de Laforest, me hizo hacer espontáneamente proposiciones de paz, fundadas sobre mi restablecimiento en el trono, sobre la integridad é independencia de mis dominios y sin cláusula alguna que no fuese conforme al honor, á la gloria y al interés de la nación española.

»Persuadido que la España no podía, aun después de una larga serie de victorias, obtener una paz más ventajosa, autoricé al duque de San Carlos á tratar en mi nombre con el conde de Laforest, plenipotenciario nombrado al efecto por el emperador Napoleón. Después de la dichosa conclusión de este tratado, he nombrado al mismo duque para llevarlo á la Regencia, á fin de que, en testimonio de la confianza que tengo en los miembros que la componen, haga las ratificaciones según el uso y me devuelva sin pérdida de tiempo el tratado revestido de esta formalidad.

»¡Qué satisfacción para mí el hacer cesar la efusión de sangre y ver el término de tantos males! ¡Y cómo suspiro por el momento feliz en que me veré de regreso, en medio de una nación que acaba de dar al Universo el ejemplo de la más pura lealtad y de más noble y generoso carácter!

»En Valencey á 8 de Diciembre de 1813.—*Fernando.*»

Aquel rey retrataba la vil cobardía de su carácter y sus aspiraciones tiránicas en el texto de dicha carta.

Llamaba *quinta* al castillo de Valencey y *noble hospitalidad* á su encarcelamiento, todo para halagar al mismo emperador, contra quien tanto habían batallado los españoles. Sólo faltaba que relatara á la Regencia los saraos y fiestas de que había gozado mientras su pueblo se desangraba en los campos de batalla; pero ya que no esto, decía que había empleado el tiempo *del modo más análogo en su nuevo estado,* y ya sabemos que esto

significaba: felicitar á Napoleón por sus triunfos sobre los españoles, brindar en los banquetes por la felicidad del emperador, escribir á éste cartas indignas, no ya del jefe de un Estado, sino de un hombre, y dar dotes á huérfanas francesas ó regalar dinero á los soldados imperiales, mientras muchas jóvenes en nuestra patria lloraban la pérdida de su honra en brazos de la soldadesca francesa y nuestros guerreros se batían desnudos y hambrientos, durmiendo meses enteros á la intemperie.

Para Fernando nada representaban, á juzgar por dicha carta, las grandes victorias alcanzadas por la nación, pues se atribuía la gloria de acabar aquella guerra, después que los ejércitos franceses habían ya repasado vencidos el Bidasoa, y por si tan ridícula petulancia no bastaba á desacreditarle, hacía caso omiso de los acuerdos de las Cortes, para no aceptar tratado alguno mientras él estuviera prisionero, y suscribía un pacto de alianza con Napoleón por su propia voluntad y sin consultar á los representantes del pueblo español.

La más negra ingratitud se manifestaba en aquella carta. Dirigía elogios á la Regencia porque era el poder ejecutivo y no tenía ni una sola palabra de cumplimiento para aquellas Cortes extraordinarias reunidas en Cádiz, que tanto habían hecho por la patria y á las que él debía la conservación de su corona.

Causó una triste impresión en el gobierno nacional aquella inconcebible misiva y la Regencia, en contestación á ésta, entregó al duque de San Carlos una copia del decreto que las Cortes extraordinarias publicaron en 1.° de Enero de 1811, no reconociendo valor á ningún acto del rey mientras permaneciera prisionero, y una carta en que luego de felicitar á Fernando y á su tío y hermano, decía así:

«La Regencia, que en nombre de V. M. gobierna la España, al transmitir á V. M. este decreto soberano, se excusa de hacer la más mínima observación acerca del tratado de paz y sí asegura á V. M. que en él se halla la prueba más auténtica de que no han sido infructuosos los sacrificios que el pueblo español ha hecho por recobrar la real persona de V. M. y se congratula con V. M. de ver ya muy próximo el día en que logrará la inexplicable dicha de entregar á V. M. la autoridad real que conserva á V. M. en fiel depósito mientras dura su cautiverio.»

Las Cortes fueron más allá al tratar dicho asunto y votaron la publicación de un manifiesto en que declaraban haber quedado atónitas al oir el Mensaje que las había dirigido la Regencia dando cuenta de la comisión del duque de San Carlos, y consideraban el tratado de Valencey como un baldón para Fernando, tachándolo de *convenio vergonzoso entre la víctima y el verdugo*. Aprobó el Congreso la conducta seguida por la Regencia en punto á guardar silencio en su contesta-

ción al rey sobre el tratado de paz, y terminó manifestando que, conforme á lo prescrito en el ya citado decreto de 1.° de Enero de 1811, sólo Fernando sería reconocido como en libertad cuando, regresando á Madrid y en el seno de las Cortes, prestara el juramento ordenado por la Constitución.

Ya dijimos que tras el duque de San Carlos llegó á Madrid, con indéntica comisión, el célebre D. José Palafox, y á éste le entregó la Regencia otra carta igual á la que dió al primero, aunque añadiendo el siguiente párrafo:

«Al decreto de las Cortes en 1811 se debe en gran parte el restablecimiento de V. M. desde su cautiverio á España, haciendo libre á su pueblo y ahuyentando del trono al mónstruo feroz del despotismo.»

Después de esto, la Regencia consultó á las Cortes lo que debía hacerse así que Napoleón dejara en libertad á Fernando, y éstas, antes de decretar, quisieron oir la opinión del Consejo de Estado, el cual la dió en estos términos precisos:

«Las Cortes no pueden consentir que el rey Fernando VII ejerza la autoridad real, hasta que jure la Constitución en el seno del Congreso, y deben nombrar una diputación que al entrar S. M. libre en España, le presente la nueva ley fundamental y le entere del estado del país y de sus sacrificios y muchos padecimientos.»

Adquiriendo fuerza con este dictamen de corporación tan respetable, expidieron las Cortes su célebre decreto de 2 de Febrero acerca del modo cómo debía prestarse reconocimiento y obediencia al rey así que se presentara en la península. Atendiendo á lo dispuesto en el decreto de 1811, decía el Congreso que el rey no sería reconocido como á tal, hasta que prestara el juramento prescrito en el artículo 173 de la Constitución; que el presidente de la Regencia saldría á encontrarlo y le presentaría un ejemplar del código político á fin de que dicho juramento pudiera hacerlo con completa voluntad y que en cuanto llegase á la capital iría en derechura al Congreso á prestarlo, acompañándole seguidamente una Comisión ante la Regencia para que ésta le hiciera entrega del gobierno.

En dicho decreto se decía, además, que no se permitiría entrase con el rey ninguna fuerza armada, siendo de lo contrario rechazada ésta conforme las leyes de la guerra y que igualmente se prohibía acompañase al soberano ningún francés, ni aun en condición de doméstico y menos españoles que se hubieran distinguido como amigos de los invasores.

Dicho decreto iba acompañado de un manifiesto, en el que los liberales daban á entender sus temores de que peligrara la Constitución y las reformas, en vista de la nebulosa conducta que seguía el rey.

A nadie se escapaban los indicios de conspiración reaccionaria que en la

misma corte se notaban y que eran legítima consecuencia de la opinión que tenía el rey sobre el *jacobinismo* de las Cortes y de su envío á España de Mr. Tassin y sus colegas, para producir agitación absolutista.

La audacia de los reaccionarios crecía conforme se acercaba el instante de entrar Fernando en España, y hasta en el seno del mismo Congreso se atrevieron á atacar la Constitución y las reformas.

El diputado por Sevilla, D. Juan López Reina, hombre de escasa instrucción, escribano sin negocios y que se distinguía por su descaro y cinismo, fué el indicado por los *serviles* que ahora habían cambiado tal apodo por el de *realistas*, para verter en el Congreso las ideas de los partidarios del absolutismo.

En la sesión del 3 de Febrero pidió la palabra dicho diputado y con gran aplomo comenzó á hablar así:

—Cuando nació el señor D. Fernando VII, nació con un derecho á la absoluta soberanía de la nación española; cuando por abdicación del señor Don Carlos IV obtuvo la corona, quedó en propiedad del ejercicio absoluto de rey y señor...

No pudo decir más Reina, pues en el salón levantóse una general gritería de protesta.

—Un representante de la nación,—exclamó el realista,—puede exponerlo que juzgue conveniente á las Cortes, y éstas estimarlo ó desestimarlo.

—Sí,—gritaron varios diputados; —pero siempre que se encierre en los límites de la Constitución.

—Luego que restituido,—continuó el audaz Reina sin alterarse,—el señor Don Fernando VII á la nación española vuelva á ocupar el trono, indispensable es que siga ejerciendo la soberanía absoluta desde el momento que pise la frontera...

Inmenso fué el alboroto que estas últimas palabras produjeron en el Congreso. Unos diputados pidieron que se escribieran tales palabras, otros que pasaran á una comisión especial para su examen y que no se le permitiera seguir hablando y muchos reclamaron que fuera expulsado del salón.

Aquellas atrevidas expresiones del diputado por Sevilla hicieron ver la certeza de las denuncias del ministro de Gracia y Justicia y del capitán general de Madrid D. Pedro Villacampa, que repetidas veces habían hecho saber al Congreso que en la capital se conspiraba contra la libertad y que altos personajes por medio del dinero y de ridículos embustes buscaban prosélitos en el ejército y las últimas clases sociales.

Al terminar el alboroto producido por las palabras de Reina, el diputado liberal García Page pidió fuera leído el artículo 120 de la Constitución, añadiendo que los diputados debían proceder siempre con arreglo á lo prevenido en dicho artículo y que el que se excediera en sus facultades perdía moralmente su carácter de representante del pueblo.

El realista Tenreyro replicó:

—Esa proposición es escandalosa.

Tornóse á reproducir el alboroto, y el público de las tribunas acogió con murmullos tales palabras, por lo que el diputado reaccionario, mirando á las galerías, dijo con torvo ceño:

—Los que murmuran, son facciosos pagados para venir aquí á alborotar.

Calló el público no queriendo turbar con su protesta la calma del Congreso, pero deseoso de vengar tal insulto, esperó á Tenreyro á la salida de las Cortes y lo acompañó hasta su casa gritando con aire zumbón:

—Señor diputado; ya que estamos pagados díganos usted donde hemos de acudir por la paga.

Entretanto otros grupos daban vivas á la Regencia, á la Constitución y á los diputados liberales que la defendían.

Tenreyro solicitó de algunas poblaciones de Galicia que enviaran mensajes á las Cortes aprobando su conducta; pero en vez de lograr esto, fueron muchas las cartas que llegaron al Congreso protestando de sus palabras y del insulto que había dirigido á *«los heroicos madrileños que asistían á las sesiones.»*

El diputado Reina, temeroso de las consecuencias que pudiera acarrearle su audacia y conociendo que todavía no había llegado para el absolutismo la hora de triunfar, se fugó de Madrid y en cuanto á Tenreyro y los demás representantes realistas, no quisieron hacer en el Congreso más demostraciones anticonstitucionales.

Pero si desistieron de atacar públicamente al gobierno liberal, apelaron á las intrigas y pidieron la celebración de sesiones secretas para discutir la conducta de la Regencia y relevarla del mando, pues les estorbaba para sus planes el liberalismo de dicho cuerpo y la firmeza de los regentes Ciscar y Agar.

El diputado Cepero estorbó dicha trama logrando que las Cortes aprobaran que sólo en sesión pública y con las formalidades prescritas en el reglamento pudieran tratarse los actos del gobierno.

En aquella misma sesión, que fué la del 17 de Febrero, recibió el Congreso una exposición de un tal Garrido, de profesión escribano, en la que se quejaba de haber sido preso é invocando la Constitución pedía el castigo del ministro de Gracia y Justicia.

Cínica resultaba la conducta de aquellos realistas que invocaban la Constitución justamente cuando la autoridad los arrestaba por conspirar contra ella. Al mismo tiempo llegó al Congreso un oficio del capitán general D. Pedro Villacampa en que daba cuenta de haber prendido en la noche anterior á varios agentes realistas y entre ellos al citado Garrido, por tener asalariados á bastantes soldados de la guarnición dándoles cuatro reales diarios y ración de aguardiente y pan para gritar: *¡Viva Fernando VII, Rey absoluto! ¡Caiga la Regencia!* y *¡Mueran los liberales!* y estar dispuestos á



una señal dada para sublevarse contra la Constitución.

Villacampa decía en su comunicación que, según las declaraciones de los presos, estaban complicados en la conspiración algunos diputados, y esto bastó para que los realistas que tomaban asiento en el Congreso, temerosos de que se descubriera su complicidad, votaran en unión de los liberales, aprobando la conducta del capitán general y desestimando la petición del escribano Garrido.

A pesar de la activa vigilancia de Villacampa y las demás autoridades, los realistas seguían conspirando y esperaban la llegada de Fernando para declararse en abierta sedición.

A la cabeza de los conspiradores figuraban el general D. Enrique Odonell, conde de La Bisbal, hombre reputado como ligero y tornadizo, antes liberal exaltado, ahora absolutista empedernido y que no conservaba una idea más allá de un día; el obispo Urgel y los diputados D. Bernardo Mozo Rosales, D. Antonio Gómez Calderón y D. Joaquín Tenreyro, todos los cuales se atribuyen la representación del ejército, el clero y las clases privilegiadas, á quienes la Constitución perjudicaba. Como agentes auxiliares de esta comisión funcionaban varios nobles á quienes sus costumbres pervertidas llevaban á tratar con la hez de la sociedad y entre éstos se distinguía el conde de Montijo, aquel agitador que bajo el nombre del *tío Pedro* tanto papel hizo en los sucesos de Aranjuez de 1808 y que ahora, con el auxilio del dinero y del vino, buscaba defensores al rey absoluto entre las turbas de lacayos, los matarifes y toreros y la gente de mal vivir que pululaba por el barrio de Toledo.

Hay que reconocer que eran muchos los comprometidos en aquella conspiración contra la libertad.

Esta para su defensa no contaba más que con los hombres ilustrados de la nación, que en aquel tiempo constituían una exigua minoría, y en cambio tenía en frente á aquel pueblo sencillo é ignorante que todo lo esperaba de las soñadas virtudes de su ídolo Fernando y á quien manejaban los conspiradores con las más absurdas promesas. Muchos militares sin honor conspiraban con la esperanza de alcanzar grados y honores que nó habían sabido ganarse en la guerra; los jesuitas, esa negra plaga que devasta cuanto toca, trabajaban también esperando que Fernando aboliría la pragmática de Carlos III que les vedaba volver á España; los frailes odiaban ferozmente á los liberales por sus reformas y deseaban reparar sus antiguos conventos y volver á la omnipotente vida de antes; el clero ansiaba recobrar el poder que le habían arrebatado los legisladores de Cádiz; la nobleza suspiraba por el restablecimiento de sus antiguos privilegios; y las clases elevadas anhelaban la muerte de aquel gobierno para tornar á establecer los antiguos abusos y gabelas.

Nada había que esperar en favor de la libertad por parte de aquel pueblo ignorante que se ponía al lado de sus antiguos verdugos para ayudarlos. Como dice un autor, el pueblo de aquella época «creyendo lo que el clero le decía, aspiraba tan solo á ver libre á su querido Fernando, á quien los liberales según decían nobles, clérigos y frailes pretendían esclavizar, arrebatándole el poderío que heredó de sus padres, y mientras las mujeres lloraban exclamando: *¡pobrecito rey!* los hombres juraban que mientras ellos tuvieran fuerza para manejar un arma, los pícaros constitucionales no se saldrían con la suya.»

Por todas partes extendían los conspiradores su maléfica influencia y se valieron de cuantos medios estuvieran á su alcance para desacreditar á los liberales.

Mientras con la entrada de Fernando en España llegaba el instante de derribar la Constitución, entretuviéronse los conspiradores realistas en calumniar á los liberales, atribuyéndoles planes que estaban muy lejos de abrigar en aquella época. Tenía la duquesa de Osuna un criado francés llamado Juan Bertam, cuyo rostro era muy parecido al del general Audinot y los reaccionarios, mediante una buena suma, lograron que se presentara como si realmente fuera dicho general y que asegurase que él en nombre de Napoleón estaba en connivencia con D. Agustín Argüelles y otros liberales para establecer en la península una República que tomaría el título de Ibérica.

Supo á tiempo Argüelles esta odiosa intriga y de ella dió cuenta al gobierno, el cual decretó la prisión del titulado general que en la cárcel confesó la verdad. A pesar de esto, como de las declaraciones de aquel impostor resultaban comprometidas altas personas, el gobierno, siguiendo en su irresoluta conducta, echó tierra al asunto como ya lo había hecho al tratarse de la comisión secreta de Mr. Tassin y sus dos cómplices.

En tanto se formaba la tempestad que pronto había de descargar su furia sobre el liberalismo y sus reformas, las Cortes, cumpliendo el precepto constitucional, cerraron su legislatura del año 1813 el 19 de Febrero de 1814 y abrieron la de éste el 1.° de Marzo.

Escasa importancia revistieron en este segundo período las tareas de aquel Congreso. Dándose por muy contentos los liberales si lograban conjurar la tormenta cada vez más vecina y salvaban las reformas realizadas, se abstuvieron de intentar la adopción de otras, y todas sus tareas se limitaron á organizar las oficinas de los ministerios, atendiendo mucho al estado precario de la nación y haciendo tan grandes economías que hasta perjudicaban la buena marcha de los negocios públicos.

Aprobaron además las Cortes un reglamento para la milicia nacional haciendo obligatorio el servicio para

todos los ciudadanos desde la edad de treinta años á la de cincuenta y concediendo á sus individuos el derecho de elegir sus jefes, si bien quedando todas las fuerzas dependientes del comandante militar de cada pueblo. Señalóse también la dotación anual ó lista civil de la casa real, dándose al rey cuarenta millones con las posesiones que fueran de sus antecesores y otros terrenos que se destinarían para su recreo, y á cada uno de los infantes ciento cincuenta mil ducados, no figurando entre los agraciados el joven infante don Francisco por estar en Italia con los reyes padres á quienes tampoco se designó asignación alguna.

Estos fueron los principales acuerdos que las Cortes ordinarias tomaron en aquella segunda legislatura que tan trágicamente había de acabar.

Como con las Cortes se había trasladado á Madrid la agitación política y la lucha entre liberales y reaccionarios, natural era que la capital ofreciera idéntico espectáculo que meses antes presentaba Cádiz.

El pueblo de Madrid, tan sedentario y de costumbres monacales antes de empezar la guerra, agitábase ahora activamente, se preocupaba bastante de la política y leía con avidez los muchos periódicos que en la corte se publicaban.

Al garantirse firmemente la libertad de imprenta, habían aparecido en Madrid algunos periódicos entre los cuales los más conocidos eran *El Patriota* de ideas liberales y muy simpático al elemento ilustrado, *El redactor general*, *El amigo de las leyes*, *El redactor general de España* y *El amigo de España*, todos ellos defensores de la Constitución, y frente á estos dejaba oir su destemplado y soez lenguaje *La Atalaya de la Mancha* publicación reaccionaria que parecía escandalosa y exagerada aun á los más furibundos realistas y estaba escrita por el padre Castro, fraile del Escorial.

Cuando las Cortes se trasladaron á la capital, fueron también á ésta algunos de los periódicos más célebres de Cádiz como *El Conciso* y *El Procurador de la nación y el rey;* pero la publicación que con más ansia era leída y mejor alcanzaba el favor del público, fué *La Abeja Madrileña,* periódico que escribía el erudito y audaz D. Bartolomé Gallardo, que bien puede ser considerado como el fundador del periodismo español tal como hoy se entiende.

Gallardo que en punto á ideas políticas era de los más avanzados de su época y que á esto unía una inmensa despreocupación y un estilo literario mordaz hasta llegar al insulto, reñía una continua batalla con los realistas que le odiaban más que á todos los hombres ilustres del partido liberal. Los reaccionarios tenían á dicho escritor como el hombre más peligroso del bando reformista y daban á entender sus deseos de vengarse el día en que triunfaran; pero Gallardo no se inti-

midaba ante tales amenazas y seguía insertando en *La Abeja* artículos que eran la delicia de aquel partido liberal tan entusiasta como cándido. A Argüelles lo llamaba siempre el *Divino;* á Martínez de la Rosa, que seducía con su elocuencia, lo nombraba con el título de *Barón del Bello Rosal*; á Calatrava, no lo designaba más que como el *Maestro;* pero en cambio se ensañaba con los realistas y al canónigo Pérez lo apodaba el *Preste Juan*; al fanático Ostolaza, *Ostiones;* á Calderón, *Caldo pútrido*, y á Mozo Rosales, *Muelle flojo*, chistes que á pesar de no ser de la mejor ley, pasaban al dominio del público y arrancaban carcajadas de alegría á aquellos políticos que por su inocencia bien puede decirse que estaban en la infancia.

En el pueblo mostrábanse también las dos tendencias políticas y hasta en medio de las calles se entablaban discusiones sobre los fines del Congreso y las bondades de la Constitución, debates burdos que terminaban siempre con cantos de actualidad que enardecían las pasiones; pues mientras los realistas entonaban *La Cachucha*, (1) salmodia insolente y ridícula, los liberales les contestaban con coplas chuscas, pero no por esto más cultas.

La juventud de entonces,—como dice Mesonero Romanos que formaba parte de ella,—«era patriota anti-afrancesada, anti-servil y liberal hasta la médula de los huesos;» pero si esto era una grata esperanza para el porvenir en aquel presente, no daba ninguna seguridad á la Constitución tan combatida por muchos y poderosos elementos.

El mayor entusiasmo sentía la juventud por el código de Cádiz y la libertad política; y el gobierno, deseoso de fomentarlo, creó en Madrid una cátedra pública de enseñanza de la Constitución que se inauguró el 25 de Febrero en la capilla de los estudios de San Isidro.

Era el profesor encargado de tal enseñanza el ilustre poeta D. Francisco Sánchez Barbero, que pocos años después había de morir víctima del despotismo y como un criminal vil en el presidio de Ceuta. Alma fogosa y enardecida por el amor á la libertad, dió rienda suelta á su inspiración é

(1) Nació esta canción en Cádiz y vamos á reproducirla por su importancia política ya que sirvió como de himno de guerra á aquellas repugnantes turbas de malvados que á la caída de la libertad cometieron los excesos más vandálicos. Decía así:

Tengo yo una cachuchita
que siempre esta suspirando
y sus ayes y suspiros
se dirigen á Fernando.
Vamonos cachucha mia
vámomos a Puerto-Real
que para pasar trabajos
lo mismo es aquí que allá.

Muchos que se dicen sabios
llaman preocupación
la lealtad que domina
por Fernando á la nación.
Vámonos cachucha mia
vámonos á la frontera,
y haremos que besen todos
de Fernando la correa.

A estas degradantes coplas, antes del indigno golpe de Estado de 1814, contestaban los liberales entonando el *Landum portugués* ó *Los Comuneros de Castilla*, añadiendo como estribillo al final de cada estrofa:

Un realista en un mesón
llamaba porque le abrieran,
y tanto y tanto llamó
que le abrieron... ¡la cabeza!

inauguró el curso leyendo una magnífica oda á la Constitución (1), que de tal modo entusiasmó al juvenil auditorio que éste prorumpió en vivas á la Constitución y á las Cortes.

Aquellos corazones jóvenes, y por tanto limpios de ruines pasiones, que sólo atendian á la grandeza de la patria, estaban lejos de sospechar los repugnantes sucesos que dentro de poco iban á desarrollarse en aquella misma capital.

Si algo conseguía distraer la atención del pueblo tan dominado por la pasión política, eran los sucesos que se desenvolvían al otro lado de los Pirineos.

La España de á principios de 1814, cuando no se ocupaba de hacer la apología de la Constitución ó denigrarla, tenía fija su mirada en Francia y atendía al monarca preso en Valencey ó á la marcha de aquella guerra que iba á terminar con la estrepitosa caída de Napoleón.

Dejamos á Wellington detenido por los rigores del invierno en las márgenes del Adour y el Nive, á mediados de Enero. El caudillo inglés así que desaparecieron las nieves, se dispuso á atacar el campo atrincherado de Bayona y avanzar por el corazón de la Francia.

Reforzado por las tropas que mandaba Freire, comenzó su movimiento de avance en la noche del 22 de Febrero y después de grandes esfuerzos consiguió al día siguiente tener cercada la plaza de Bayona con su campo atrincherado y establecer un gran puente de barcas sobre el Adour para el paso de la artillería, haciendo uso en esta operación por primera vez de los famosos *cohetes á la Congreve*.

Mientras la izquierda del ejército aliado verificaba este movimiento, la derecha avanzaba contra Soult, que con los cuarenta mil hombres que aun mandaba, había tomado posiciones en Orthez. En la mañana del 27 entablóse la batalla que al principio fué favorable para los franceses; pero desbaratado su centro, vióse obligado Soult á ordenar una retirada general. Verificóse ésta al principio con bastante orden sosteniendo los cuadros

(1) Entre los alardes de burda poesía á que en aquella época se entregaron liberales y serviles, la oda de Sánchez Barbero resalta como un diamante sobre inmunda basura. Causó tal impresión dicha obra en aquellos discípulos entusiastas por la libertad, que Mesonero Romanos, que la oyó en su juventud, todavía recordaba á los setenta años, sus últimas estrofas que son así:

Hijos de España, juventud dichosa,
si en aqueste Liceo
el grito retumbó del despotismo.
en aqueste, con fuerza prodigiosa,
derrocado su altar, el patriotismo,
levanta su magnífico trofeo;
el fanático error vencido cede,
y la simpar *Constitución* sucede.
¡Constitución! ¡Constitución! resuena
do quiera ya; *Constitución* inflama
los españoles pechos,
y contra el crimen espantoso truena,
¡ven, ven, oh juventud! Ella te llama,
tus sagrados derechos
á revelarte fiel, ¡Como desdeña
al déspota y tirano!
¡Como a ser ciudadano
y á conocer enseña,
tu excelsa dignidad y poderío!
Las omiuiosas trabas
con que hasta aquí de la opresion esclavas,
las agraviadas artes lamentaron,
con indecible brío
desbarata y destroza,
y en la común felicidad se goza.
¡Oh, jóvenes! venid y el ornamento
de vuestra patria sed, la patria os llama,
que ya en vuestro heroismo y docto acento,
su gloria y su baluarte,
mirando está; mirando
en cada cual un denodado Marte;
y al tirano y al déspota doblando
a vuestros pies, sus trémulas rodillas,
y animarse en vosotros
a los Lanuzas ve y á los Padillas.

de infantería al empuje de los vencedores; pero pronto se introdujo la alarma en las filas francesas, y el ejército se declaró en completa dispersión dejando en poder de los aliados doce cañones y dos mil prisioneros. A Soult le costó aquella fuga la pérdida de doce mil dispersos, pues sus tropas estaban compuestas de reclutas de la última conscripción que aprovecharon el momento para libertarse del servicio militar que detestaban. En aquella triste retirada fué muerto el general Bechand y el bravo general Foy recibió una nueva herida. Esta victoria costó cara á los aliados, la pérdida de dos mil trescientos hombres saliendo herido del combate nuestro general Alava y contuso el mismo Wellington.

Soult, aprovechando el temporal de lluvias que sobrevino y que puso intransitables los caminos, torció á la derecha con el deseo de recibir en su retirada algunos refuerzos de Suchet; pero este movimiento sólo sirvió para que Burdeos quedara libre de las tropas de Bonaparte, ocasión que aprovecharon los legitimistas de dicha ciudad para sublevarse á favor de los Borbones.

Eran muy numerosos los monárquicos tradicionales en el citado departamento, y al saber que el duque de Angulema, sobrino del que ellos llamaban Luis XVIII, figuraba en el Estado mayor del ejército aliado, pidieron á Wellington que enviara á Burdeos algún auxilio para proteger la insurrección. Llegó á la ciudad Beresford con tres divisiones, y los conspiradores al grito de ¡viva el rey! y enarbolando la bandera blanca y flordelisada símbolo del legitimismo francés, le abrieron las puertas de Burdeos el 12 de Marzo.

Desde aquel momento Napoleón que no sabía cómo librarse de los ataques de la Europa entera coaligada, tuvo un nuevo enemigo que creaba en Francia la guerra civil.

Triste era la situación de aquel hombre singular que un año antes se consideraba omnipotente. Como todos los seres que se arruinan estando en altas posiciones, Napoleón, al caer en la desgracia, veía con amargura como le abandonaban los que el tenía por fieles amigos y como le mostraban desvío las mismas corporaciones por él creadas; pero á pesar de esto, firme é impávido en medio de las ruinas de su poder, tomó una resolución extrema propia de una grandiosa tiranía, y después de disolver el cuerpo legislativo salió de París para emprender una nueva campaña dejando encomendado el gobierno de Francia á su esposa la hija del emperador de Austria y á su hermano José.

Napoleón para que ninguna potencia pudiera decir que rechazaba la paz, accedió á concurrir al Congreso diplomático de Chatillón del Sena al que asistieron representantes de Rusia, Prusia, Austria é Inglaterra; pero en vista de que los aliados pedían que Francia se despojara de todas sus conquistas quedando reducida á los limi-

tes que tenía antes de la revolución, el emperador protestó, y animado por algunos pequeños triunfos militares que acababa de alcanzar, envió al Congreso un proyecto inadmisible en el que exigía los límites del Rhin y varias indemnizaciones exorbitantes.

Esto dió lugar á que desapareciera toda esperanza de arreglo, disolviéndose el Congreso el 19 de Marzo, no sin que antes las potencias coaligadas firmaran el día 1.° en Chaumont una obligación de no tratar separadamente con el emperador y sostener cada nación en campaña un ejército de ciento cincuenta mil hombres á excepción de Inglaterra, que no teniendo tantos soldados suministraría en cambio á sus aliadas cinco millones de libras esterlinas.

Después de la victoria de Orthez, Wellington fué persiguiendo á Soult hasta Tolosa, donde éste, aprovechando las ventajas del terreno cruzado de ríos y canales, intentó presentar la batalla á sus perseguidores.

A pesar de que el 27 de Marzo se avistaron ambos ejércitos, la batalla no pudo emprenderse hasta el 10 de Abril á causa de las dificultades con que tropezaron los ingleses para cruzar el Garona y cercar la plaza.

La lucha fué sangrienta y empeñada. Aquel era el último combate que dicho ejército francés libraba por el Imperio agonizante y se excedió en él como queriendo rendir un tributo de lealtad á Napoleón. Los treinta mil hombres que mandaba Soult hicieron prodigios de valor amparados por el fuego de las fortificaciones de Tolosa, pero á pesar de esto, en las últimas horas de la tarde los aliados se señorearon de las colinas de Montrave llave de la batalla y la ciudad quedó en su poder.

Soult se retiró camino de Carcasona sin recoger sus heridos y la artillería, satisfecho de las grandes pérdidas que habían tenido que sufrir sus enemigos para alcanzar tal victoria. Los aliados tuvieron cuatro mil setecientas bajas, de entre los cuales unos dos mil eran españoles, pues nuestro ejército fué el que tomó en la batalla de Tolosa la parte más principal.

El vecindario de la ciudad recibió con la mayor alegría á los aliados que venían á librarlo de Napoleón y aclamó á Luis XVIII, pues en el departamento de Tolosa abundaba mucho el elemento legitimista.

En dicha ciudad recibió Wellington la noticia de que los aliados habían entrado en París el 31 de Marzo y que al día siguiente el Senado francés había constituido un gobierno provisional bajo la presidencia de Talleyrand, destronando á Napoleón.

Éste queriendo transigir con los vencedores, abdicó primero la corona en su hijo el rey de Roma, después en vista de la negativa de aquéllos, renunció al trono por sí y toda su familia y sucesores, y por fin, mientras Luis XVIII era proclamado rey de Francia, tuvo que contentarse con la

soberanía de Elba, pequeña isla del Mediterráneo, que los aliados le dieron como en burla de aquel poderío universal que había sido la constante aspiración de Bonaparte.

Así cayó por primera vez el hombre que improvisaba reyes á sus soldados y traía perturbada á toda Europa. Aquel genio inquieto había de renacer pronto grandioso y temible entre la miseria de su ruina, pero su segunda vida aunque esplendorosa, resultó tan rápida como el fulgor de un rayo, y al fin volvió á caer para siempre de un modo más triste que la primera vez.

Para terminar la relación de los sucesos de aquella larga guerra y todos los incidentes á ella unidos, digamos algo de un plan que indudablemente abrigó nuestra aliada Inglaterra, plan propio de su aspiración avasalladora y de la idea que entonces tenía toda Europa de nuestro pueblo.

La guerra contra Napoleón había servido á la Gran Bretaña para apoderarse moralmente de Portugal, convirtiendo esta nación en feudataria de Inglaterra, ó indudablemente atendiendo á la agitación política que reinaba en España, creyó propicia la ocasión para extender su influencia á nuestra patria.

Sin duda, para sondear las intenciones del pueblo español, comenzó por iniciar el asunto en la prensa, y en tal tarea, quien más se significó fué el *Evening Post*, periódico de Berlín que publicó el siguiente artículo: (1)

«ARTURO, *rey de España*.

Sabemos por cartas particulares de España que la popularidad de lord Wellington entre los españoles llega hasta el entusiasmo. Comienza á prevalecer la opinión de que sería interés de España, de la Gran Bretaña y de Europa, el dar á su señoría la corona, con la condición de que lord Wellington se hiciera católico, propuesta á que es muy probable accediese su señoría.

»Dícese y se cree, que algunos grandes de España, caudillos, han diputado á Castaños, que es amigo particular de lord Wellington, para explorar á su señoría sobre esta materia. Castaños hizo caer con mucha delicadeza la conversación sobre este punto, preguntando á su señoría cual era su opinión sobre la conducta de Bernadotte en haber mudado su religión por la corona de Suecia. Su señoría respondió que un deber para una nación, era á su parecer, supremo sobre cualquier otra cosa y que no era sino una aquiescencia razonable en todo hombre, el adoptar la religión de un pueblo, con tal que fuese la religión cristiana, cuando el pueblo le llamaba de la vida privada para ponerlo á él y á sus descendientes en un trono.»

(1) El Sr. Rodríguez Solís, en su obra sobre la guerra de la Independencia, ha sido el primer historiador que ha publicado tan importante descubrimiento.

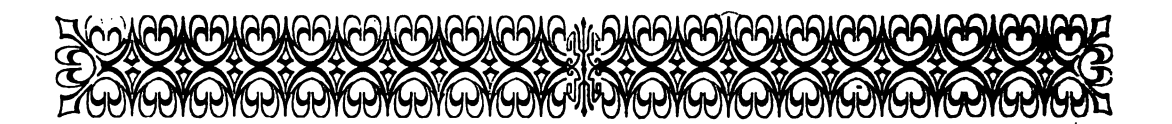


Como entonces la prensa española desconocía las publicaciones extranjeras, sólo un periódico de Cádiz tuvo noticia de dicho artículo, y lo tradujo dando la voz de alerta á la nación.

Infundadas eran las esperanzas de la Gran Bretaña, pues Wellington, aunque respetado, era poco simpático al pueblo español, mucho más después de las brutalidades de sus tropas en Badajoz y San Sebastián.

Pero en lo que sí acertaba Inglaterra, era en creer que luego de los escándalos en Bayona y las vilezas de Valencey, España no debía aceptar por rey á Fernando VII, y ya que no estaba en disposición para gobernarse por sí misma, buscar un soberano más digno y honrado.

Desgraciadamente aquel pueblo estaba supeditado á sus mayores enemigos, y ciego por la ignorancia y el cariño que profesaba á su ídolo, corría á encadenarse voluntariamente á los piés de un trono, maléfico centro del que partían todos los males de la patria.



CAPITULO XXVII

1814.—La Reacción

Suelta Napoleón á Fernando.—Le precede en el viaje el general Zayas.—Pérfidas promesas de Fernando de respetar las Cortes.—Alegría que éstas causan.—Entra Fernando en España.—Su conducta en Gerona.—Felicitaciones á Fernando.—La del conde de La Bisbal.—Consejo de los reaccionarios en Daroca.—Lo repiten en Segorbe.—Se deciden á derribar el régimen constitucional. —Conspiración del general Elío en Valencia.—Un incidente entre éste y el cardenal de Borbón. —Nuevos personajes que entran en la conspiración absolutista.—Escena entre el rey y el presidente de la Regencia.—Entra Fernando en Valencia.—Actos de adhesión del general Elío.—La exposición de *los Persas*.—Diversas opiniones de los absolutistas.—Redáctase el célebre manifiesto de Valencia.—Avanza Witingham sobre Madrid, sin orden del gobierno.—Tranquilidad de los liberales.—Cartas que el Congreso envía al rey.—Preparativos de las Cortes para recibir á Fernando.—Fiesta cívica del 2 de Mayo.—Enérgica proposición de Martínez de la Rosa.—Sale Fernando de Valencia.—Atropellos que su escolta comete en el viaje.—Llega á Madrid el general Eguía para efectuar la reacción.—Sus trabajos.—Se encarga de la capitanía general de Madrid.—Traidora conducta del presidente de las Cortes.—Vileza de algunos diputados.—Atropellos que comete Eguía.—Prisión de los liberales.—Brutales hazañas del populacho realista de Madrid.—Entrada de Fernando en Madrid.—Degradante entusiasmo de las masas realistas.—Formación de un ministerio absolutista.—Llega á Madrid lord Wellington.—Influye sin éxito en favor de los presos.—Juicio sobre la caída de los liberales.

Cuando el duque de San Carlos volvió á Valencey con la respuesta de la Regencia al Mensaje de Fernando, ya Napoleón había determinado dar libertad al cautivo Borbón, pues acosado cada vez más, como ya vimos, por las potencias coligadas, deseaba tener cuanto antes un auxiliar en España y no estaba su ánimo para detenerse en detalles y apreciar la imposibilidad de una cooperación por parte de nuestro gobierno nacional.

El 7 de Marzo, ó sea dos días antes que el de San Carlos regresara de una correría que emprendió por los cam-

pamentos de Francia en busca del emperador, con objeto de notificarle la respuesta de la Regencia, llegaron á Valencey los pasaportes para Fernando y su pequeña corte, y el rey y la camarilla se entregaron á las mayores demostraciones de júbilo al ver que era llegado el instante de tornar á España.

Para preparar las ovaciones propias de tal viaje y que sirviera como de trompeta de la fama, hizo Fernando que en la marcha le precediese el general D. José Zayas, prisionero en la capitulación de Valencia y el cual fué portador de una carta para la Regencia que decía así:

«Me ha sido sumamente grato el contenido de la carta que me ha escrito la Regencia con fecha 28 de Enero, remitida por D. José de Palafox; por ella he visto cuanto anhela la nación mi regreso; no menos lo deseo *Yo*, para dedicar todos mis desvelos, desde mi llegada al territorio español, á hacer la felicidad de mis amados vasallos que por tantos títulos se han hecho acreedores á ella.

»Tengo la satisfacción de anunciar á la Regencia que dicho regreso se verificará pronto, pues es mi ánimo salir de aquí el domingo, día 13 del corriente, con dirección á entrar por Cataluña; y en consecuencia, la Regencia tomará las medidas que juzgue necesarias, después de haber oído sobre todo lo que pueda hacer relación á mi viaje al dador de ésta, el mariscal de campo D. José de Zayas.

»*En cuanto al restablecimiento de las Cortes, de que me habla la Regencia, como á todo lo que pueda haberse hecho durante mi ausencia que sea útil al reino, siempre merecerá mi aprobación como conforme á mis reales intenciones*. En Valencey á 10 de Marzo de 1814.—Fernando.»

Este último párrafo causó la más halagüeña impresión en el pueblo liberal de Madrid, encargándose de aumentarla el mismo Zayas, que hacía públicamente las más exageradas pinturas del carácter de Fernando, su firmeza en Valencey, las angustias y penalidades que con ánimo sereno había sufrido durante su cautiverio y los vehementes deseos que tenía de hacer la felicidad de la nación.

Creció el entusiasmo con estas manifestaciones; hasta los mismos realistas ó serviles cayeron en el lazo, creyendo que Fernando de buena fe aceptaba y quería para siempre la Constitución, y en las Cortes fué tan loca la alegría, que después de consignar en el acta de la sesión su aprecio al general Zayas por ser portador de tan gratas noticias, acordaron que éstas se comunicaran de oficio á las provincias de la Península y de Ultramar, que se imprimiera profusamente la carta del rey y se repartieran gratis los ejemplares, que en su celebración se hicieran festejos y luminarias durante tres días, que se cantara un *Te-Deum* en todas las iglesias de España y que con la mayor rapidez quedara terminado el nue-

vo salón de sesiones del Congreso para recibir dignamente á Fernando cuando llegara á Madrid.

¡Tanto efecto causaba en aquellos inocentes políticos, una vaga promesa de respetar las Cortes que hacía el rey y que no tardó en desmentir!

Aquel príncipe sagaz y solapado, ignorando el verdadero estado de la nación y en la creencia de que ésta unánimemente estaba á favor de las reformas, lanzó expresiones tan halagüeñas para á favor de ellas entrar en España rodeado de cierto prestigio y conspirar luego sordamente desde el trono contra el régimen liberal; pero cuando pocos días después vió de cerca que aun quedaban al poder absoluto muchos partidarios no vaciló en quitarse la máscara y mostrarse tal cual era, arrojándose en la corriente de la más repugnante reacción.

Salió Fernando de Valencey el 13 de Marzo acompañado de su tío y hermano los infantes don Antonio y don Carlos, y durante el viaje á la frontera, comunicó todos los días sus avances al general Copons jefe del ejército de Cataluña y encargado de recibirle así que pisara la raya.

Napoleón había dispuesto que Fernando entrara en España por la parte de Cataluña, con objeto de que no se encontrara con Wellington y el ejército aliado que avanzaban por el otro extremo de la frontera. El mariscal Suchet le esperaba en Perpiñan con encargo de conducirlo á Barcelona y retenerlo allí como en rehenes hasta que quedaran libres las guarniciones francesas bloqueadas en Cataluña; pero ante la energía de Copons que se atenía estrictamente á las órdenes de la Regencia, el general del Imperio consintió en soltar á Fernando así que llegara á la frontera conservando únicamente bajo su custodia al infante don Carlos.

Prosiguió, pues, Fernando su viaje y el día 22 pisó el territorio español llegando al siguiente á Figueras.

Natural parecía á todos, que aquel hombre alejado de su patria algunos años y vuelto á ella por los heróicos sacrificios de un pueblo, al pisar su suelo sintiera la más profunda emoción y manifestara de algún modo su profunda gratitud; más á pesar de esto sucedió todo lo contrario, pues Fernando según manifiestan sus más aduladores apologistas, al pasar la frontera *ni se conmovió, ni hizo demostración alguna que manifestase la alegría de su alma.*

Aquel sér que tantas lágrimas y sangre había de hacer derramar á los españoles, estaba á prueba de toda clase de nobles y tiernos afectos, pues en él no cabia más que un grosero escepticismo y una ferocidad mil veces más repugnante por lo sarcástica que la del más embrutecido salvaje.

Fernando tuvo que detenerse en Figueras para esperar el descenso de las aguas del Fluviá que estaba invadeable á causa de las recientes lluvias. Parecía tal accidente un aviso de la

naturaleza á la nación que iba á recibir tal tirano en su seno. ¡Ojalá se hubieran convertido las aguas del río en líquido fuego que eternamente impidiera el paso del que tanto había de hacer sufrir á la nación!

El día 24 las tropas españolas que mandaba Copons formaron en la orilla derecha del Fluviá; los batallones franceses hicieron lo mismo en la izquierda, y entre las aclamaciones de la multitud y las armonías de las músicas militares, verificóse la entrada oficial de Fernando en España.

El rey, seguido de su tío D. Antonio, del mariscal Suchet y de gran número de oficiales franceses, pasó el río entre diez y once de la mañana, y así que estuvo en la ribera derecha, el mariscal del imperio hizo entrega de su persona al general Copons, que arrodillándose ante Fernando le besó la mano, le dirigió un breve discurso de salutación y acabó entregándole el mensaje de que la Regencia le había hecho portador.

Siguió la comitiva hacia Gerona después de retirarse los franceses y en todo el camino recibió las más entusiastas ovaciones de los vecindarios que en masa salían al paso.

Todavía estaba Gerona casi en ruinas y conservaba el horrible sello que sobre ella puso el heróico y obstinado sitio; pero á pesar de esto, sus habitantes cubrieron con vistosos adornos los escombros, levantaron en las desmanteladas calles arcos de triunfo y arrastrados por la alegría patriótica, olvidaron en un instante sus sufrimientos de muchos meses.

El triste aspecto que presentaba tal ciudad era conmovedor para todo buen español, pues aquellas casas arruinadas, aquellos hombres demacrados, las mujeres enlutadas y los niños enfermizos eran detalles que en conjunto componía un cuadro tan grandioso como aterrador. A pesar de esto el *deseado* Fernando lo miró todo con real indiferencia y si algo pensó ante el entusiasmo de la población moribunda, fué como dice un autor en «el espectáculo de Nerón en Roma cuando veía agolparse á su entrada las tribus, los senadores en hábito de fiesta, las cuadrillas de esposos con sus hijos colocados conforme al sexo y á la edad y todos esclavos suyos.»

A los dos días llegó á Gerona el infante don Carlos detenido en Perpiñan como dijimos, y puesto ya en libertad por orden del gobierno francés, y el 28 de Marzo continuó Fernando su viaje hasta Mataró, donde por una aparente indisposición quedóse el infante don Antonio prosiguiendo los demás hacia Reus.

Fernando, dispuesto siempre á favorecer á Napoleón, dió orden para que las guarniciones imperiales que aun quedaban bloqueadas en la península, pudieran retirarse á Francia; pero el general Copons que era un militar de recta conducta é inflexible en punto á cumplir las órdenes de sus superiores, manifestó al rey que ateniéndose á las instrucciones de la Regencia

no podía obedecer dicho mandato.

Como se ve, el que días antes había prometido respetar las Cortes y por tanto la Constitución, daba ya órdenes cual soberano absoluto, lo que hacía sospechar qué conducta seguiría en breve.

Por contrariar Fernando á la Regencia ya que encontraba en ella un obstáculo á sus deseos y para retardar su llegada á Madrid y dar tiempo á los que conspiraban en favor del absolutismo, así que llegó á Reus en vez de dirigirse á Valencia según el itinerario que llevaba marcado por Napoleón, se encaminó á Zaragoza con pretexto de cumplir un voto que en el destierro había hecho á la Virgen del Pilar. Entretanto el inepto infante don Antonio salió para Valencia con objeto de preparar la resolución contra los liberales.

Muchas exposiciones y mensajes de salutación recibió Fernando en su marcha, pues lo mismo los reformistas que los serviles se apresuraban á manifestar su adhesión al nuevo rey.

El siempre irresoluto y vacilante conde de La Bisbal quiso también felicitar al soberano; pero hasta en este acto demostró cual era su carácter, pues á pesar de estar comprometido en la conspiración realista, dudoso de la marcha política que seguiría Fernando al volver á España, escribió dos cartas, una elogiando la Constitución y ensalzando á los diputados liberales, y otra condenando las nuevas doctrinas y deseando el absolutismo, y dió ambas á un ayudante para que fuera al encuentro del rey haciendo antes esta advertencia al enviado:

—Si don Fernando vuelve constitucional le da usted la primera, y si aspira al poder absoluto, la segunda.

Ridícula y vergonzosa era la conducta de D. Enrique Odonell, pero demuestra conocimiento del carácter de Fernando que pocas veces dejaba adivinar sus deseos.

Aclamó el vecindario de Zaragoza con loco entusiasmo tanto al *Deseado* como á Palafox que lo acompañaba, y el 11 de Abril salió la real comitiva de la capital aragonesa con dirección al reino de Valencia, deteniéndose en Daroca.

El general Copons despidióse del rey en Zaragoza con gran contentamiento de éste y sus cortesanos que veían en él un peligroso testigo, á causa de su adhesión al gobierno constitucional. El duque de San Carlos durante el viaje había pretendido atraerlo al bando realista para que prestara su auxilio á la conspiración, prometiéndole grandes recompensas; pero el digno militar, á tales seducciones, contestó únicamente que, como soldado fiel á la patria, se limitaba á obedecer las órdenes del gobierno de la nación, que era la Regencia.

En Daroca reunióse á la comitiva real el sedicioso conde de Montijo, quien manifestó á Fernando que al igual de lo que hizo en Aranjuez el 19 de Marzo de 1808, había dejado en Madrid al populacho trabajado para

la proclamación del régimen absoluto.

Libre ya Fernando de la para él enojosa presencia de Copons, convocó en Daroca á todos los personajes que componían su comitiva á una reunión que tuvo el carácter de consejo político.

Aquel rey era muy aficionado á esta clase de actos. Como vulgarmente se dice, Fernando jugaba con dos barajas; aparentaba no querer justamente lo que más deseaba, y para adoptar una resolución que hacía tiempo tenía tomada, impetraba el consejo de sus allegados, proponiéndose desde luego no seguirlo, si es que era contrario á sus planes. Tal conducta era propia de la astucia que en él predominaba, pues de este modo cuando sus planes políticos al ser llevados á la práctica fracasaban, hacía culpables de todo á sus consejeros y él se conservaba incólume. Además el aguador *Chamorro* y otros favoritos de igual estofa se encargaban de manifestar cuál era la aspiración del rey á las personas llamadas á la consulta, y éstas, como buenos cortesanos, se apresuraban á exponer idéntica opinión que el soberano. Era imposible desear un absolutismo más completo.

En la reunión de Daroca, el general D. José Palafox fue el único que se manifestó partidario de que el rey jurase la Constitución, mostrándose contrarios á ello los demás cortesanos y especialmente Montijo y el duque de San Carlos. Confiaba Palafox en que se adherirían á su dictamen los duques de Osuna y de Frías, pero el primero se mostró indeciso y el segundo opinó que el rey debía jurar la Constitución, pero después de hacer en ella muchas reformas.

Como se ve, todos aquellos ineptos cortesanos que nada habían hecho en la pasada lucha por la patria se mostraban partidarios de arrebatar á ésta su libertad, siendo el único hombre ilustre que entre ellos se encontraba el sostenedor del régimen que la nación se había dado en uso de su soberanía.

Nada se resolvió en aquella Junta y al fin los consejeros se retiraron, decidiendo celebrar otra más adelante para tomar un acuerdo definitivo.

El día 15 llegó Fernando á Segorbe y allí se le reunieron el infante don Antonio, que ya dejaba preparada la conspiración en Valencia, D. Pedro Macanaz y D. Pedro Gómez Labrador. Este último había sido en pocos años partidario del intruso José, liberal exaltado y por último absolutista de los más rabiosos.

A altas horas de la noche celebróse un gran Consejo en presencia del rey y del infante don Carlos.

Palafox volvió á exponer su opinión de que el rey debía jurar el nuevo Código político y respetarlo, y el duque de Frías pintó los grandes trastornos que podría producir el que el soberano no acatara la Constitución, aunque exponiendo nuevamente que dicho juramento debía ser con ciertas restricciones.

Macanaz, cuando le llegó su turno, manifestó que el rey ya sabía su opinión y esto bastó para que todos comprendieran que era favorable al despotismo. En cuanto al duque del Infantado, se expresó así:

—Aquí no hay más que tres caminos. Jurar, no jurar ó jurar con restricciones. En cuanto á no jurar, participo mucho de los temores del duque de Frías y creo que lo más acertado para S. M. será prestar juramento, pero con la condición de que la Constitución sea reformada en varios puntos.

Ni Escoiquiz ni el conde de Montijo estaban allí, pues el primero había salido para Valencia á completar los trabajos del infante don Antonio y el segundo partió desde Teruel á Madrid con objeto de estar pronto á sublevar la manolería á favor del rey absoluto; pero para representar sus ideas se encontraban en la rennión el duque de San Carlos y Gómez Labrador, que rudamente manifestaron su opinión en favor del absolutismo.

Este último, sobre todo, que hacía poco tiempo había abandonado la cartera de Estado en el gobierno reformista, extremóse en demostrar con palabras descompuestas que el rey no podía jurar la Constitución y terminó diciendo que «era menester meter en un puño á los liberales.»

Nada se acordó tampoco en aquella Junta, pues el rey, según su costumbre, después de oir á todos, se reservó el obrar como mejor le pareciera; pero bien podía ya asegurarse que estaba decretada la muerte del régimen liberal.

La Regencia había enviado á Valencia para recibir al rey á su presidente el cardenal de Borbón, tío de Fernando, y al ministro de Estado, don José Luyando.

Era capitán general del reino de Valencia, D. José Javier Elío, hombre reputado desde hacía muchos años por sus compañeros de armas como violento y feroz y que odiaba todas las conquistas de la revolución y especialmente la libertad de imprenta, pues no había podido olvidar las justas censuras que los periódicos le dirigieron por sus desaciertos en la expedición que mandó contra los insurgentes del Río de la Plata.

Apenas desde Cataluña arribó á Valencia el infante don Antonio para preparar la sublevación contra las Cortes, Elío ofrecióse á proclamar el rey absoluto con las tropas que mandaba, y no se recató en dar á entender su intento, aun ante el presidente de la Regencia que acababa de llegar.

En presencia de éste pidió el santo y seña del día al infante don Antonio, como representante de la persona del rey; pero el cardenal de Borbón, contra lo que era de esperar, atendido su carácter débil y falta de iniciativa, revolvióse airado contra el reaccionario general y le increpó con gran energía, diciéndole que su deber era considerar como representación del rey en tanto que éste no jurase la Consti-

tución, á la Regencia nombrada por las Cortes.

Valencia era el punto donde iba á empezar á desarrollarse la reacción absolutista y á ella iban acudiendo todos los hombres sin conciencia ni convicciones, que poco tiempo antes eran partidarios decididos de la libertad y ahora deseaban el establecimiento del despotismo.

Allí fueron llegando los liberales resellados que odiaban ya el régimen representativo, y entre ellos los exregentes D. Miguel Lardizábal y don Juan Pérez Villamil.

Vergonzoso espectáculo era el que daban aquellos hombres sin pudor político, que trabajaban por el encumbramiento del absolutismo.

Poco tiempo antes, Lardizábal decía en un documento público dirigido al Congreso: «No me ocurre la menor duda acerca de la legitimidad y plena autoridad de las Cortes existentes en el día; pues semejante duda podría ser un yerro en otros, pero en mí sería un delito.»

Aquel Villamil que desde la Regencia había intentado un golpe de fuerza sobre las Cortes y que ahora conspiraba contra la libertad, escribía en 1808, después de la batalla de Bailén: «Es necesario una Constitución que devuelva sus libertades públicas á la nación y que el rey *mande poco*.»

El duque del Infantado, que ahora conspiraba contra la Constitución unido á la regia camarilla, había exclamado dos años antes: «Ya con la Constitución, España no será patrimonio de un rey, pues nos escudará contra su antojo y arbitrariedad, y las ideas liberales y benéficas que van siguiendo las Cortes, patentizan anchuroso campo para la prosperidad pública. Somos libres y cada cual vivirá ya enterado de sus propios derechos.»

En cuanto al conde de La Bisbal, ninguna de sus contradicciones políticas puede causar extrañeza por proceder de un personaje tan ligero. Basta decir que en 1812 había jurado ante el Congreso de Cádiz sostener con su espada «cuanto llegase á decretar la soberanía de las Cortes.»

Estos apóstatas sin honor político eran los personajes más ilustres de aquella conspiración liberticida y unidos con Elío y Escoiquiz formaban en Valencia un núcleo que tenía por porta-voz á un tal D. Justo Pastor Pérez, empleado en rentas decimales, que con el pseudónimo de *Lucindo*, publicaba un periodiquillo titulado *Fernandino*, en el cual ensalzaba grotescamente al soberano y sus adeptos y encarecía la necesidad de proclamar el régimen absoluto.

El 16 de Abril al saberse la aproximación del monarca, salieron á recibirle los personajes que estaban en Valencia, adelantándose el cardenal de Borbón hasta el pueblo de Puzol, donde se desarrolló una escena que demostró claramente cuales eran los intentos del rey y á la que los reaccionarios dieron gran importancia.

Al avistarse el rey y el presidente de la Regencia, apeáronse ambos de sus coches en medio de la carretera y cuando el cardenal se acercó al soberano, éste volvió el rostro como si sintiera enojo y alargó la mano para que se la besara.

El cardenal de Borbón, mostrándose como distraído, hizo esfuerzos para bajar aquella mano y no besarla; pero entonces el rey, pálido por la ira que le producía aquello, que él reputaba escandaloso insulto, extendió el brazo más y dijo con tono imperioso:—*Besa.*

El débil Regente inclinóse entonces y puso sus labios sobre la diestra del rey, que sonreía gozoso de haber logrado la humillación del poder constitucional.

Desde aquel instante comenzó la reacción. Los realistas no podían ya temer gran cosa á un régimen cuyo poder ejecutivo tan débil se mostraba y de aquí que desde tal momento consideraran seguro su triunfo.

Momentos después de realizar tal acto, Fernando recibió una nueva alegría con la presencia de Elío, que seguido de los más furibundos del bando realista salió también á recibirle al camino.

Pronunció Elío un discurso aprendido de memoria que le había redactado el auditor de guerra D. Martín de Gartañaga, y después de lanzar un sinnúmero de quejas tan amargas como injustas contra el régimen constitucional, añadió, dando un bastón de mando al rey:

—Os entrego, señor, el bastón de general; empuñadlo.

Fernando se excusó, diciendo que estaba en buenas manos; pero Elío, que sin duda tenía empeño en ejecutar un paso de mojiganga en medio de la carretera, insistió diciendo:

— Empuñadlo, señor; empúñelo V. M. un sólo momento, y en él adquirirá nuevo valor, nueva fortaleza.

Dió gusto por fin el soberano al general, y empuñó el bastón, con cuyo acto sintieron la más tierna emoción todos aquellos realistas que veían por fin á Fernando decidido á derribar los liberales.

Entró el rey en Valencia, entre la algazara de las turbas fanáticas ó pagadas, que se disputaban la honra de tirar del coche regio y mostrarse en competencia con las bestias. Aquella era una clara muestra de cómo habían de ser en lo futuro las explosiones de entusiasmo de las masas realistas.

Al día siguiente, por la tarde, Elío se presentó ante el rey seguido de todos los oficiales de la guarnición, y volviéndose á ellos, exclamó:

—¿Juran Vds. sostener al rey en la plenitud de sus derechos?

—Sí, juramos,—contestaron aquellos autómatas uniformados, y á continuación fueron besando por turno la mano del monarca.

Ya estaba echada la suerte contra el gobierno existente, y el sable de los pretorianos acababa de desenvainarse para matar la libertad.

Los que achacan á las revoluciones en sentido avanzado los pronunciamientos militares; los que dicen que la libertad nos ha traído las sublevaciones políticas del ejército, deben acordarse de los hechos que en 1814 se desarrollaron en Valencia y reconocer que quién inauguró en nuestra patria la larga serie de insurrecciones de tropas, fué el reaccionario Elío, ó más bien, el mismo Fernando VII.

El rey, humillado en 1820 por el noble arranque de Riego y sus compañeros, debía á sí propio su desgracia, pues él había enseñado á los militares el medio para derribar los gobiernos constituídos.

Los sucesos no podían desarrollarse con un carácter más favorable á los intentos de Fernando. Con los cuatro millones que el gobierno, en concepto de adelanto, le había entregado al entrar en España, iba captándose muchas voluntades de la clase inferior, que alborotaban con más ó menos fuerza, según el salario recibido; y á dicha cantidad se unían importantes donativos que en secreto entregaban para la conspiración los principales individuos de la grandeza.

Además, Fernando recibió un nuevo auxilio, tal vez el más importante, por proceder del campo que miraba como enemigo y ser como un desprendimiento cuantioso del edificio que él se proponía derribar.

El diputado D. Bernardo Mozo Rosales, que más adelante tomó el título de marqués de Mataflorida, llegó á Valencia con una exposición firmada por más de sesenta diputados, y que se llamó de los *Persas*, pues redactada en un estilo algo extravagante, comenzaba de esta suerte: «*Era costumbre de los antiguos persas* pasar cinco días en anarquía después del fallecimiento de su rey, á fin de que la experiencia de los asesinatos, robos y otras desgracias, los obligase á ser más fieles á su sucesor.» En dicho documento, que era bastante extenso y denotaba no haber sido escrito con precipitación, se notaban tremendas contradicciones, pues después de hacer el elogio de la monarquía absoluta, «la única hija de la razón y de la inteligencia y subordinada á la ley divina», se pedía la celebración de «cortes con la solemnidad y en la forma que se celebraban las antiguas.» Esto demostraba las diferentes opiniones de los firmantes, que se habían unido en coalición monstruosa, llevados de su odio á la obra de los legisladores de Cádiz, para ponerse á las órdenes de un tirano.

Aquellos indignos políticos que en adelante fueron conocidos con el apodo de *Persas*, no sólo resultaron traidores á la nación que los había elegido y faltaron á sus juramentos ante las Cortes, sino que por su falsía solicitaron del déspota premios y honores, al mismo tiempo que pedían crueles castigos para sus compañeros que se habían mantenido fieles.

El rey se mostraba ya resuelta-

mente reaccionario y dispuesto á destruir hasta la más insignificante de las reformas efectuadas por los liberales.

El heroico Palafox y el duque de Frías, el uno por ser partidario de la Constitución y el otro por no querer su total abolición, fueron alejados del lado de Fernando, y ya no volvieron á tomar parte en las secretas juntas que seguían celebrándose en el alojamiento del rey.

La regia camarilla de consejeros se hallaba dividida en dos bandos, uno de furibundos reaccionarios que querían arrojar la máscara al instante y desencadenar la anarquía fanática y realista, y otro de absolutistas más templados ó más astutos que creían era mejor seguir engañando á los liberales, haciendo promesas de no derribar del todo la obra de éstos.

Fernando, que gozaba en realizar todo aquello que envolviese engaño y que tenía especial empeño en mostrarse cruelmente astuto, inclinóse á la opinión de los últimos, y á Villamil y Labrador, que eran los que capitaneaban el citado partido, les encargó la redacción de un manifiesto que estuviera inspirado en dichos propósitos (1).

Ni el cardenal de Borbón ni el ministro Luyando, que seguían en Valencia, se apercibieron de lo que se tramaba contra el gobierno y que no era un secreto para todos cuantos rodeaban al rey. Esto era debido á la soledad en que dichos funcionarios vivían, pues todos, conociendo que pronto iba á cambiar la paz política de la nación, se apresuraban á agruparse en derredor del rey, ó cuando no, de los principales personajes del partido realista.

Fernando vióse acometido en Valencia de un fuerte ataque de gota que le impidió por algunos días el seguir adelante hacia Madrid; pero para evitar la demora en sus proyectos, y por si los liberales, apercibiéndose de su conducta, intentaban la resistencia, envió á la capital una fuerte división, mandada por el general D. Santiago Witingham, que cual buen aventurero extranjero se había puesto á merced del más poderoso.

Cuando el caudillo absolutista llegó con sus tropas á Guadalajara, se encontró con un emisario de la Regencia que le preguntó quién le había autorizado para avanzar sobre Madrid sin permiso del gobierno, á lo que aquél contestó con altanería:

—El rey nuestro señor.

Dicha respuesta, que daba á entender claramente los propósitos del soberano y su camarilla reaccionaria, debía haber alarmado y puesto en guardia á los liberales; pero éstos eran tan cándidos y de tal modo confiaban en las promesas del rey, que siguieron

(1) Sirvió de amanuense en dicho trabajo un peluquero llamado Antonio Moreno, que en recompensa de dicho trabajo fué elevado por los absolutistas á ¡consejero de Hacienda! También fué premiado con largueza su impresor D. Francisco Brusola, que vivía miserablemente en una de las más apartadas calles de Valencia.

en su habitual descuido, creyendo que la marcha de Witingham á Madrid era efecto de una mala interpretación.

Jamás se verá en nuestra historia una candidez que pueda igualarse con la de aquellas Cortes. Públicamente corrían las más alarmantes noticias sobre la actitud de Fernando en Valencia; los conspiradores realistas no se recataban al llevar á cabo sus sediciosos trabajos, y á pesar de esto, el Congreso seguía ocupado en sus tareas con la más confiada tranquilidad y preparaba con entusiasmo el recibimiento que el pueblo de Madrid había de hacer al rey.

Tanta era la buena fe de aquellos diputados, que haciendo caso omiso de los rumores que circulaban, enviaron en 25 y 30 de Abril dos cartas á Fernando que, como era de esperar, no obtuvieron contestación.

«Las Cortes,—decían en la primera de éstas,—repiten que en la libertad de V. M. han logrado ya la más grata recompensa de cuanto han hecho para el rescate de su rey y la prosperidad del Estado; y desde el día feliz en que se anunció la próxima llegada de V. M., las Cortes dieron por satisfechos sus votos y por acabados los males de la nación. A V. M. está reservado labrar su felicidad, siguiendo los impulsos de su paternal corazón y tomando por norma la Constitución política que la nación ha formado y jurado, que han reconocido varios príncipes en sus tratados de alianza con España y en que están cifradas justamente la prosperidad de esta nación de héroes y la gloria de V. M..... Hallándose las Cortes en esta persuasión, que es común á todos los españoles de ambos mundos, no es extraño que cuenten con inquietud los instantes que pasan sin que V. M. tome las riendas del gobierno y empiece á regir á sus pueblos como un padre amoroso.»

Con el mismo lenguaje cariñoso y entusiasta hablaba el Congreso en la otra carta, al hombre que en aquellos instantes tramaba su ruina y arrojar á la nación en la repugnante anarquía reacionaria.

Con el deseo de recibir al rey en Madrid de la manera más digna, las Cortes activaron las obras del nuevo salón de sesiones, en el convento llamado de doña María de Aragón, local que adornaron con hermosas estátuas de la Patria, de la Libertad y la Constitución, con doradas inscripciones de los nombres de los grandes patriotas y una gran lápida de mármol en que se leía en gruesos caracteres el artículo constitucional: «La potestad de hacer las leyes, reside en las Cortes con el rey.»

El día 2 de Mayo se verificó la traslación del cuerpo legislativo al nuevo local, al mismo tiempo que en honor de Daoiz y Velarde y demás héroes de la sublime jornada de 1808 se celebraba una fiesta cívica tan esplendorosa, que las gentes de entonces, poco acostumbradas á solemnidades de dicha clase, guardaron recuerdo de ella por mucho tiempo.

La alegría que en dicho día y algunos de los siguientes reinó en Madrid, fué grande; pero las noticias, cada vez más alarmantes, que desde Valencia llegaban á la capital, comenzaron á inquietar á los liberales. En la sesión del 6 de Mayo el diputado Martínez de la Rosa, entonces tan entusiasta liberal como años después escéptico y doctrinario, excitado por tales noticias y presintiendo alguna traición que ya á aquellas horas habían efectuado los *Persas*, presentó una proposición, que era como sigue: «El diputado de Cortes que contra lo prevenido en el artículo 375 de la Constitución, proponga que se haga en ella alguna alteración, adición ó reforma, hasta pasados ocho años de haberse puesto en práctica la Constitución en todas sus partes, *será declarado traidor y condenado á muerte.*»

Después de esto, levantóse la sesión para continuarla en secreto, como se hizo en los días siguientes, pues muchos diputados, agitados por las recientes noticias, se expresaban con gran vehemencia.

Los diputados liberales admitieron aquella radical proposición, que antes debía haberse presentado acompañada de otras que exigían las circunstancias; pero no llegaron á votarla, pues los sucesos preparados por los reaccionarios, sobrevinieron antes que terminara la discusión.

El 5 de Mayo, viendo Fernando que todo estaba ya arreglado para dar el golpe de muerte á las Cortes, salió de Valencia escoltado por una división del segundo ejército que mandaba personalmente el mismo Elío, su general en jefe.

Formaba la comitiva del monarca su hermano y tío, los cortesanos de Valencey, los renegados de la libertad y algunos grandes que se le habían incorporado en Valencia.

El regente cardenal de Borbón y el ministro D. José Luyando, sencillos personajes que á pesar de estar en Valencia junto á la corte no se habían enterado todavía de la conspiración ni percibido el menor síntoma, recibieron orden de retirarse, y el rey, para que en adelante fueran más astutos, envió, con carácter de desterrados, al primero á su diócesis de Toledo, y al segundo, como marino, al departamento de Cartagena.

Los agentes de Fernando habían preparado con bastante cuidado á todos los pueblos del tránsito para que demostraran su afecto al rey absoluto. Los vecindarios, aleccionados por los realistas, salían al paso de Fernando á dar mueras á la libertad y á las Cortes y apedreaba en su presencia las lápidas de la Constitución, que, á propuesta de Capmany, ordenaron las Cortes de Cádiz que se colocaran en la plaza principal de todas las poblaciones; lápidas que, por otra parte, se encargaban de derribar y hacer trizas los soldados de Elío con sus bayonetas.

Aquel viaje era un continuo desenfreno contra los liberales, y Fernan-



do VII, rodeado de pueblos envilecidos por el fanatismo ó el dinero y de soldados ebrios, era semejante á uno de los Césares romanos de la decadencia, marchando entre viles pretorianos y aclamado por la vil multitud, ansiosa de placeres y olvidada de su honor y dignidad.

Las Cortes, al saber que el rey había salido de Valencia, enviaron á su encuentro, para cumplimentarle, una comisión á cuya cabeza iba el obispo de Urgel, D. Francisco de la Duaña, diputado conocido por sus opiniones realistas. A pesar de esto último, Fernando, al encontrarse con ella en un pueblo de la Mancha, no la quiso recibir, y la ordenó se retirara á Aranjuez, donde pensaría si debía darla audiencia.

Entretanto, comenzaba á desarrollarse en Madrid la conjuración tramada contra la libertad, siendo los principales agentes de Fernando, el conde de Montijo y el general Eguía.

Ya dijimos de que clase eran los trabajos que efectuaba en Madrid el conde de Montijo. En su roce continuo con las últimas clases sociales y muy popular entre éstas, visitaba á los chalanes de las afueras, á los caleseros, á los matarifes y á los vendedores de las plazuelas, y repartía grandes cantidades de dinero, entonces más apreciado que nunca, á causa de la miseria producida por la guerra y de la falta de trabajo. El de Montijo, para dar mayor fuerza á sus seducciones, recordaba á la manolería el carácter de Fernando, que tenía idénticas aficiones que chalanes y toreros, y decía que los liberales deseaban la ruina del rey y el establecimiento de la República, lo que, en su concepto, constituía la perdición de España.

Si Montijo era el agente encargado de preparar la revolución reaccionaria en Madrid, el general D. Francisco Eguía era el hombre de acción destinado á llevar á la práctica el plan de la camarilla absolutista.

Ya dijimos, al hablar de la guerra en 1809, quien era Eguía. Cuando se encargó del mando del ejército de Castilla por dimisión de Cuesta, dió pronto á entender su ineptitud, y mientras la Junta Central le creía avanzando sobre Madrid, aprovechándose de recientes ventajas, él se retiraba fugitivo á Daimiel, ante fuerzas enemigas muy inferiores, por lo que fué destituido.

Pero si Eguía no podía demostrar gran valor y pericia en los campos de batalla, en cambio reunía las mejores facultades y estaba como en su propio elemento cuando se trataba de llevar á cabo, traidoramente y á la callada, planes siniestros como los adoptados por el rey y su camarilla.

Hombre rutinario, ignorante y feroz, Eguía era un adorador tan entusiasta de la Inquisición como enemigo de los liberales, y á tal punto llegaba su extravagante fanatismo por lo antiguo, que no queriendo transigir con las modernas modas militares, llevaba todavía el pelo peinado en bucles y

trenza, como en los tiempos de Carlos III, lo que le valió el apodo de *Coletilla*.

Llegó Eguía á Madrid, enviado por Fernando que estaba bien seguro de la ferocidad y barbarie de tal agente, y apenas se estableció en la capital, recibió el 9 de Mayo un despacho del rey, nombrándole capitán general de Castilla la Nueva, una comunicación de D. Pedro Macanaz, acompañada de la lista de todas las personas á quienes debía prender, y un oficio para don Francisco de Leiva, encargando á éste ayudara al general en tan repugnante tarea.

La lista de las personas que debían ser reducidas á prisión y que acompañaba á dichos documentos, decía así textualmente:

«D. Bartolomé José Gallardo, calle del Príncipe (1).

D. Manuel Quintana.

D. Agustín Argüelles, calle de la Reina.

Conde de Toreno *(dicen que marchó)*.

D. Isidoro Antillón *(marchó según dicen á Aragón)*.

Conde de Noblejas y hermano.

D. José María Calatrava.

D. Juan Corradi.

D. Juan Nicasio Gallego *(dicen que marchó á Murcia)*.

D. Nicolás García Page, calle de Hita, núm. 5, cuarto principal.

El canónigo D. Manuel López Cepero, calle de San José, casa de la imprenta.

D. Francisco Martínez de la Rosa, ídem.

D. Antonio Larrazábal, calle de Jacometrezo, casa de Villadarias.

D. José Miguel Ramos Arispe.

D. Tomás Instúriz, calle de Alcalá, (frente á las Calatravas, desde el esquinazo de la calle de Cedaceros hácia el Prado, segundo portal).

D. Ramón Feliu.

El canónigo D. Joaquín L. Villanueva.

El clérigo D. Antonio Oliveros.

El canónigo D. Diego Muñoz Torrero.

D. Antonio Cano Manuel, calle de Alcalá, junto á las Calatravas.

D. Manuel García Herreros, plaza del Celenque, en la imprenta.

D. Juan Alvarez Guerra.

D. Juan O'Donojú.

D. José Canga Argüelles, calle del Príncipe, casa de San Ignacio.

D. Miguel Antonio Zumalacárregui.

D. José María Gutiérrez de Terán.

Isidoro Máiquez y Bernardo Gil, cómicos.

El Conciso.

El Redactor General, E. Beltrán y su hermano.

D. Dionisio Capaz.

D. Antonio Cuartero.

D. Santiago Aldama.

D. Manuel Pereira.

(1) La mejor prueba del odio que los reaccionarios profesaban á Gallardo por sus escritos, es que al ordenar la persecución pensaron en él, antes que en los hombres más eminentes del partido liberal.



D. José Zorraguín, calle Mayor, frente á la fábrica de Talavera.

D. Joaquín Díaz Caneja.

Pablo Ramírez *(El Cojo de Málaga).*»

Hemos copiado íntegra tal lista, porque es un documento que demuestra el ánimo mezquino y el ruin instinto de venganza de aquellos reaccionarios, que temerosos de todo, caían en el mayor ridículo, pues junto á políticos eminentes como Argüelles, Quintana, Gallego, etc., designaban en la lista de hombres peligrosos á dos actores como Máiquez y Gil, acusados únicamente de manifestar en público que eran liberales, y á un patriota, tan alborotador como inofensivo, *El Cojo de Málaga,* que únicamente se distinguía en la tribuna pública del Congreso aplaudiendo ruidosamente á los oradores avanzados.

Una vez en poder del terrible Eguía los citados documentos, preparóse á dar el golpe, y en la tarde del día 10 convocó á los jefes de la guarnición y les manifestó que el rey le había nombrado capitán general de Madrid, en reemplazo de Villacampa, y que á él únicamente habían de obedecer. El esbirro absolutista, para impedir que algunos de los jefes opusieran resistencia, advirtióles que, para el caso de que no obedeciesen, tenía á sus órdenes, cerca de Madrid, las tropas de Witingham, y que por lo tanto debían decidirse á ayudarle en su tarea, mereciendo con ello grandes recompensas que no les negaría el rey.

Ni uno de aquellos militares se opuso á lo manifestado por Eguía, y éste, seguro de su adhesión, pasó á avistarse con D. Pedro Villacampa, que al enterarse de la orden del rey, comprendiendo que ya era tarde para oponerse á la conspiración, hizo entrega del mando, retirándose á su casa bien entrada la noche. Cuando el esforzado campeón, compañero del Empecinado, se disponía á acostarse, fué sorprendido por la policía, y aunque al principio intentó oponer resistencia, se entregó al fin, comprendiendo lo inútil que era la defensa.

Después de esto, Eguía, seguido de sus ayudantes y buen número de oficiales, presentóse en casa del presidente de las Cortes, D. Antonio Joaquín Pérez, que entraba también en la conjuración realista, pues había firmado el célebre manifiesto de los *Persas*, y más adelante, Fernando premió su traición al Congreso, con el cargo de obispo de Puebla de los Angeles, población de Méjico, de la que él era natural.

Eguía entregó á dicho presidente, un pliego que contenía el manifiesto de 4 de Mayo, firmado por el rey en Valencia, documento que hasta entonces se había guardado con el mayor secreto, reservando su publicidad por aquella noche.

En dicho documento, que es sobradamente largo para ser reproducido, existían párrafos como los siguientes: «Declaro que mi real ánimo, es no so-

lamente no jurar ni acceder á dicha Constitución, ni á decreto alguno de las Cortes generales y extraordinarias y de las ordinarias actualmente abiertas, á saber: los que sean depresivos de los derechos y prerogativas de mi soberanía, establecidas por la Constitución, y las leyes en que de largo tiempo la nación ha vivido, sino en declarar aquella Constitución y sus decretos nulos y de ningún valor ni efecto, ahora ni en tiempo alguno, *como si no hubiesen jamás pasado tales actos y se quitasen de en medio del tiempo,* y sin obligación en sus pueblos y súbditos de cualquier clase y condición á cumplirles ni guardarlos...» «Y desde el día en que éste mi decreto se publique y fuese comunicado al presidente, que á sazón lo sea de las Cortes, que actualmente se hallan abiertas, cesarán éstas en sus sesiones; y sus actas y las de las anteriores y cuantos expedientes hubiere en su archivo y secretaría, ó en poder de cualquiera individuo, se recojan por la persona encargada de la ejecución de éste mi real decreto, y se depositen por ahora en la casa de Ayuntamiento de la villa de Madrid, cerrando y sellando la pieza donde se coloquen: los libros de su biblioteca se pasarán á la real; y á cualquiera que tratare de impedir la ejecución de esta parte de mi real decreto, de cualquiera modo que lo haga, igualmente le declaro reo de lesa Majestad, y que como á tal, se le imponga pena de la vida.»

No tenían los reaccionarios que temer se opusiera á la ejecución del decreto el traidor presidente de las Cortes, antes bien, se prestó muy contento á ello, y tal prisa se dió en cumplir el encargo, que aquella misma noche hizo entrega al auditor de guerra D. Vicente Patiño, de todos los documentos y libros del Congreso, quedando únicamente en el local los adornos del salón, y esto tan solo por no saber dónde trasladarlos.

En tanto que esto sucedía, otros diputados se ofrecían á Eguía para efectuar la prisión de sus compañeros, conducta miserable que contrastaba con la del magistrado valenciano, don José María Puig, el cual, aunque no había mostrado públicamente opiniones políticas, indignado ante la felonía de aquel golpe de Estado, se negó á efectuar los injustos encarcelamientos que le ordenaba el feroz general.

Aquella noche fué de triste recordación para muchos, y gran número de familias vieron interrumpido su sueño por la llegada de la policía.

Pelotones de soldados recorrían las calles, y á su frente iban hombres como D. Ignacio Martínez de Vilella, D. Antonio Alcalá Galiano (1), don Francisco Leiva y D. Jaime Alvarez de Mendieta, que pocos dias antes se mostraban como firmes apoyos del régimen constitucional, y ahora se enor-

(1) Tío del escritor y revolucionario del mismo nombre, que tanto se distinguió pocos años después.



gullecian con el título de jueces de policía que les había dado Eguía,

Aquellas tétricas patrullas, iban llamando á las casas designadas en la lista antes citada, y arrancaban del lecho brutalmente á los liberales confiados, que cándidamente creían incapaz al rey de ordenar tales atropellos.

Los regentes D. Gabriel Ciscar y D. Pedro Agar, que ocupaban las habitaciones bajas del palacio real, fueron arrancados de los brazos de sus alarmadas familias, é igual suerte cupo á los ministros Alvarez Guerra y García Herreros, á quienes los sicarios de la reacción encontraron en sus despachos.

Jamás se ha visto, ni creemos podrá verse un poder ejecutivo que tan descuidadamente se dejaba sorprender.

Los prisioneros fueron conducidos al cuartel de guardias de Corps ó á los terribles calabozos de la cárcel de corte que se utilizaban para los criminales más abyectos, y en tan inmundas mazmorras fueron encontrándose Argüelles, Villanueva, Cepero, Ramos, Arispe, Oliveros, Calatrava, Terán, Zumalacárregui, Capaz y otros hombres conocidos, todos aprisionados en sus lechos cuando estaban bien lejos de imaginarse tan próxima y triste suerte.

Algunos de los comprendidos en la orden de arresto, como Toreno, Caneja, Diaz del Moral, Isturiz, Cuartero, Tacon y Rodrigo, más cautos ó sabedores á tiempo de lo que se tramaba, lograron escapar al extranjero en lo que obraron acertadamente, pues se evitaron grandes penalidades y el pasar algunos años en presidio. En cambio hubo diputados como García, Page y Zorraquin, que no hallándose en su casa cuando fueron á buscarles las patrullas realistas, se presentaron voluntariamente en la cárcel al día siguiente é igual conducta siguieron el gran Quintana, el eminente actor Isidoro Máiquez, el conde de Noblejas y su hermano el general D. Juan O'Donojú y otros menos conocidos, á quienes tan noble é inesperado proceder no les evitó ser tratados con la misma saña que los arrestados en la noche anterior.

Por esto sin duda el historiador Marliani al hablar de tan triste jornada dice que «en aquella página de luto y de afrenta, todo es villanía por parte de los verdugos y todo heroismo por parte de las víctimas.»

En la triste noche del 10 de Mayo, Eguía, cuando vió sus órdenes ya cumplidas, obsequió á los principales esbirros con una espléndida cena en la que se brindó por el absolutismo y se dijeron las más feroces burlas contra los liberales y sus familias, que á tales horas lloraban la forzada ausencia de los seres queridos y se estremecían ante el incierto porvenir.

Al día siguiente se hicieron todavía algunas prisiones sufriendo tal suerte D. Ramón Feliu, D. Antonio Bernabeu y D. Joaquín Manian y se dirigieron con la mayor rapidez exhortos

á las provincias, para que fueron arrestado y conducidos á Madrid D. Juan Nicasio Gallego, D. Vicente Traber, D. Domingo Dueñas y D. Francisco Golfin.

En las primeras horas de la mañana del 11, apareció fijado en las esquinas de Madrid el celebre decreto de 4 de Mayo dado por el rey en Valencia, documento que bien puede calificarse de obra maestra del absolutismo y que solo un déspota cínico y escéptico como Fernando podía atreverse á firmar.

Principiaba con las palabras *«Desde que la divina providencia.....»* que en adelante fueron la introducción de todos los documentos de Fernando, y de la lectura del manifiesto desprendíase que la *divina providencia* era quien había derrotado á los franceses, derribado á Napoleón y devuelto al rey la corona de España, declaración muy acertada, pues de no hacerla, hubiera tenido que reconocer que los que le sacaron del cautiverio y lo sentaban nuevamente en el trono, eran aquellos mismos diputados á quienes en recompensa encerraba ahora en las cárceles como viles criminales.

Ejemplos hay en la historia de absurda tiranía que raya en la locura; pero por más que se busque, no se encontrará ninguno que iguale al que presentaba Fernando en dicho manifiesto, ordenando que la nación no se acordara y tuviera por no ocurridos lós actos realizados en aquellos seis años que son los más sublimes de la crónica de nuestro siglo. Se puede tiranizar á los pueblos, pero mandar despóticamente en el tiempo y en los pasados sucesos es idea que sólo podía ocurrírsele á Fernando, que en su afán de rey absoluto, quería en 1814, hacer retroceder la historia á 1808, ó lo que es lo mismo borrar de ella una epopeya gloriosa incapaz de ser comprendida por un cerebro degenerado como el suyo; desvanecer los nombres gloriosos de Zaragoza y Gerona y lograr que se olvidara el heroismo de aquel Congreso que legislaba entre la peste y el cañón enemigo; todo ello, porque convenía á sus reales intereses.

De un soberano que de tal modo hablaba á su pueblo, de un sér que creía reinar hasta sobre el tiempo, no podían ya extrañarse los actos más estupendos de cruel despotismo.

Por lo demás, el manifiesto no era más que una larga y pesada serie de ataques á las Cortes, desprovistos de racional fundamento; una estúpida negación de los derechos del hombre, y al final, una declaración más repugnante por lo hipócrita que las anteriores, pues el rey que habia mandado encarcelar á los hombres más ilustres de la nación y que pronto iba á cometer los mayores atropellos, decía: *«Aborrezco y detesto el despotismo: ni las luces y la cultura de las naciones de Europa lo sufren ya, ni en España fueron déspotas jamás sus reyes ni sus buenas leyes y Constitución lo han autorizado.*



Esto era añadir á la crueldad y el atropello, la befa y el escarnio, y al mismo tiempo seguir aquella política de *engañar á los liberales* á que tan aficionado era Fernando.

El manifiesto real, fijado en las calles de Madrid, fué como el toque de llamada para aquel *pueblo* á quien el oro del de Montijo había inculcado las ideas realistas.

La hez del vecindario madrileño, inflamada por los frailes, los curas y los nobles, se lanzó á la calle formando furiosas cuadrillas que gritaban: ¡Muera la Constitución! y ¡Viva el rey absoluto!

Penetraron las turbas en el salón de las Cortes, y después de borrar las patrióticas inscripciones con materias nada limpias, despedazaron cuanto encontraron á mano y rompieron la estatua de la Libertad, llevándose los fragmentos. En la plaza Mayor, arrancaron la lápida de la Constitución, y sus pedazos, en unión de los de la estatua, los echaron en un serón que después fueron arrastrando por las calles.

Aquella masa frenética parábase delante de las casas en que habitaban gentes tenidas por liberales, y arrojaban espesas granizadas de piedras á los balcones, amenazando con quemar el edificio y degollar á todos los que estuvieran dentro.

Muchas horas duró aquella anarquía realista, y al fin, la honrada tropa del monarca absoluto después de gritar mucho y correr algo más, metióse en las tabernas á recuperar las perdidas fuerzas, mientras que la manolería femenina que tantos días de gloria y provecho se esperaba bajo la paternal autoridad de Fernando, semejante á tropel de furias desgreñadas y roncas, se presentaba á Eguía para decirle:

—Entréguenos V. E. los prisioneros liberales, que esta noche daremos nosotros cuenta de ellos.

¡Cómo describir todas las innumerables hazañas que en aquel día llevó á cabo el ejército del Rey y de la Iglesia reclutado en el matadero, los bodegones y las plazuelas!

Lecciones de sabios frailes habían enseñado á aquellos honrados realistas que llevar sombrero de copa blanco, corbata negra y borlas en las botas era signo de *flamasón* ó de *liberal*, y el infeliz transeunte que vestido con tales prendas tenía la desgracia de tropezar con las hordas del absolutismo, se veía abofeteado y casi desnudo, pues su traje iba á parar al fondo de aquel serón que arrastraban por las calles, gritando:

—¡Mueran los fracmasones!

—¡Viva el rey absoluto!

—!Viva la Religión!

—¡Tengo á mucha honra ser un gran servil!

Ni las mujeres se libraron del brutal atropello de las bandas realistas.

Nadie ha podido saber si en 1814 el llevar sujetos los zapatos con galgas ó cintas constituía un ataque á los derechos del rey ó á la preponderancia del catolicismo; pero lo cierto es

que la desgraciada señora que con tal calzado era vista por la chusma fernandina, sentía inmediatamente profanado su cuerpo por las manos de aquellos beodos que no paraban hasta dejarla descalza.

Aquel salvaje desenfreno, que es uno de los más grandes borrones de nuestra historia, no cesó en todo el día, y tan espantoso fué, que un testigo presencial,—el Sr. Mesonero Romanos,—asegura «que de todos los espectáculos de extravío popular más ó menos espontáneos que había presenciado en su larga vida, aquel fué el más grosero, repugnante y antipático.»

Satisfecha ya el ansia de insultar á liberales y fracmasones, los realistas dedicáronse á preparar á Fernando un aparatoso recibimiento.

Adornaron las calles con arcos de triunfo; cubrieron muchas paredes con tarjetones que contenían alusiones al suceso; colgaron de balcones y ventanas riquísimos tapices, y en la puerta de Alcalá elevó el Ayuntamiento un arco colosal, en el que se leía la siguiente inscripción, redactada por el poeta Arriaza, que con su ambigua conducta política había logrado salvarse de la tormenta con que la reacción afligió á sus compañeros en letras:

«¡Fernando! ¡Fernando! ¡Fernando!
Elegiste el cautiverio, y abandonas tu cuello inocente
a la cuchilla del verdugo
antes de derramar la sangre de tu indefenso pueblo.
Pero de éste la prodigiosa constancia
fatigó á la ambición misma;
desmayaron los brazos del atónito tirano;
Madrid decora con el arco triunfal de Tito
el camino de tu libertad:
Entra y descansa en el trono de tus mayores.»

Jamás ha mentido tan descaradamente la retórica. ¿Qué cuchilla de verdugo era aquélla y cuándo había Fernando entregado su *inocente* cuello antes que derramar la sangre de su indefenso pueblo? Además, ¿cómo podían ser comparados Tito el Clemente y el hombre por cuyas órdenes aun no hacía dos días que habían sido arrancados del seno de sus familias un buen número de inocentes ciudadanos?

Indudablemente Fernando, al entrar en Madrid y leer tal inscripción, debió reirse en su interior de aquel pueblo que, en su candidez, se empeñaba en llamar sitio de cautiverio á lo que él en su carta á la Regencia había titulado *quinta* de Valencey, asegurando que en ella lo pasaba bastante bien.

En la noche del 12 llegó á Madrid parte de la división que mandaba el general Witingham, quedando como de reserva en Aranjuez la que iba á las órdenes de Elío.

En las primeras horas de la mañana del día siguiente, salió el pueblo á recibir á Fernando en las afueras de Madrid y se situó una carroza de gala en el puente de Vallecas, que ocuparon á su llegada Fernando y los infantes don Antonio y don Carlos.

Cuando este carruaje entró en la capital, iban delante ejecutando danzas algunas comparsas al són de gaitas y tamboriles, y los héroes de la epopeya realista del día 11, como eran las manolas de Lavapiés, repicando



panderos y castañuelas, y los *chisperos* de Maravillas y *curtidores* del Rastro ejecutando suertes de gimnasia. Tras la carroza del rey iban los guardias de Corps y la otra mitad de la división de Witingham.

La población de Madrid acogió con gran entusiasmo la llegada del rey, pero aquella alegría fué aun más deshonrosa que las brutales explosiones realistas de los días anteriores.

Un historiador realista,—Clemente Carnicero,—hace la más acabada pintura de aquel entusiasmo que recuerda la época del decadente imperio romano, en que los hombres se envilecen hasta ponerse al nivel de las bestias.

«Ni la pesadez de la carroza, ni las más vivas instancias del rey y los infantes para que lo dejasen tirar de las mulas al menos hasta el puente de Toledo, nada, nada pudo contener á un gentío tan fiel y tan inmenso. Y decididamente se empeñaron en conducirlo por sus propias manos hasta su real Palacio. Sacerdotes, religiosos, nobles, plebeyos, grandes, chicos y mujeres, todos querían á porfía tirar del coche, ó al menos tener la dicha de besar la mano á S. M. y Altezas. Así, además de ver una concurrencia y espectáculo tan maravilloso, era de la mayor admiración y placer observar que ni se notaban desgracias y que si había alguna leve riña, sólo eran por quien había de tirar del coche. A unos se les caían los sombreros, á otros las monteras; á unos los pañuelos, á otros los zapatos; pero nadie se quejaba de su falta, y todos ciegos y más ciegos en tirar del magnífico coche que conducía á su tan amado soberano.»

Aquel fué el día de mayor gloria para la monarquía absoluta y el más deshonroso para nuestro pueblo, que sin segundo en punto á cambiar rápidamente de carácter, después de haberse batido durante seis años como manada de fieros y altivos leones, unciase cual recua de borricos á la carroza de un tiranuelo miserable que hasta carecía de ese valor propio de los déspotas.

Fernando, para demostrar una vez más que no quería acatar cuanto procediera de las Cortes, siguió por dentro de la capital una carrera distinta de la señalada por el Congreso, y después de orar en el templo de Atocha, conmoviendo con tal devoción á la fanática multitud, dirigióse á su palacio para gozar del triunfo y reponerse de las fatigas de su viaje (1).

(1) En dicho viaje, tuvo ocasión Fernando de demostrar aquel cinismo sin límites y aficiones de sátiro, que le acreditaban como legítimo hijo de la impúdica María Luisa.

En un pueblo de la Mancha, una hermosa joven, escogida por el Ayuntamiento, se presentó á ofrecerle una bandeja de dulces.

—Eres muy hermosa,—le dijo el rey.—¿Cómo te llamas?

—María Deleito, señor.

—¡Deleito! ¿eh? y á ti ¿quién *te deleita?*

Y al decir Fernando esta indecente bufonada, que sus cortesanos celebraron como un rasgo de ingenio, dirigió una mirada tan cargada de lujuria á la inocente niña, que ésta bajó la cabeza avergonzada.

El partido realista acudió á la regia morada á celebrar la victoria; el general Eguía, según antigua costumbre, hizo entrega á Fernando de las llaves de Madrid, que tan poco le había costado conquistar; la nobleza besó la mano del monarca y los oficiales del ejército volvieron á ofrecerle sus espadas para mantenerlo en el trono como rey absoluto.

En aquel mismo día se hizo público la designación del ministerio que el rey había formado en Valencia y que era como sigue:

El duque de San Carlos, para la cartera de Estado.

D. Pedro Macánaz, Gracia y Justicia.

D. Francisco Eguía, Guerra.

D. Cristóbal Góngora, Hacienda.

D. Luiz Salazar, Marina.

D. Miguel Lardizábal, Ultramar.

Apenas el duque de San Carlos ocupó la presidencia del gabinete, se apresuró á vengarse de las sátiras que la prensa de Madrid le había dirigido en su anterior llegada á la capital, y suprimió todos los periódicos, cuando todavía estaba fijada en las calles el manifiesto de Valencia, en que después de decir Fernando que *aborrecía y detestaba el despotismo*, prometía respetar la libertad de imprenta.

Tal vez, como prueba de este respeto, salvóse *El Diario de Avisos*, menguado impreso que dedicaba todas sus columnas á ensalzar de la manera más grotesta al monarca. Aquella repugnante revolución tuvo sus Homeros que la cantasen, y como los hombres más ilustres de la época estaban en aquellos instantes en el fondo de inmundos calabozos invadieron el templo de la poesía castellana, dónde antes habían resonado los vigorosos y dulces acentos de Quintana, Gallego y otros ilustres vates, una porción de cuervos realistas que prorumpieron en los más espantosos graznidos en honor de Fernando (1), elucubraciones que luego trasmitía á la posteridad *El Diario de Avisos*.

Estos seres fueron los encargados de representar en la tierra de Garcilaso y Calderón, la literatura patria en una época en que se eclipsó no sólo el gusto artístico, «sino la cultura y hasta el buen sentido.»

A los pocos días de residir Fernan-

---

(1) Como una prueba del mérito de la poesía *fernandina*, vamos á reproducir unos versos de un tal Rabadán, que era como el patriarca de aquella turba de bardos absolutistas; y debemos advertir que dichos versos son los mejores que entonces se publicaron:

«A la llegada del rey nuestro señor.

¡Oh Fernando! por tu amor
hoy este pueblo glorioso,
se muestra tan obsequioso
como antes en el valor.
¡Oh que asombro! ¡qué fervor
de júbilos é invenciones!
¡Y pues largas relaciones
no las pueden explicar,
pongamos en su lugar
un millón de admiraciones!!!!!!!

. . . .

Este sí que es nuestro rey,
y no como el intruso Pepino,
sin más Dios que el Dios del vino,
Baco, Cupido y su grey;
sin derecho, amor, ni ley;
pero este punto dejando...
vamos todos entonando
con voces muy expresivas,
!veinte millones de vivas
á nuestro amado FERNANDO!

Por todo comentario, digamos como cierto autor: ¡Para tal rey tales poetas!



do en Madrid, hizo su entrada en la capital, lord Wellington, que volvía á su patria á recibir los honores que merecía por sus recientes triunfos en Francia.

Causó penosá impresión en el ánimo del caudillo inglés el aspecto político que presentaba la nación española y los abusos y tiranías á que se entregaban los vencedores.

Los liberales encarcelados cobraron bastantes ánimos al saber la llegada de Wellington, pero ésta no dió ningún resultado, pues aunque el lord antes de partir entregó una exposición al rey aconsejándole la moderación en el gobierno y la templanza con los liberales, sus indicaciones no surtieron efecto en los reaccionarios, ávidos de celebrar su triunfo con crueles ensañamientos.

Quedaba, pues, España, en Mayo de 1814 entregada á la más brutal reacción y destruida por el momento la grandiosa obra que con tanta sublimidad llevaron á cabo los legisladores de Cádiz.

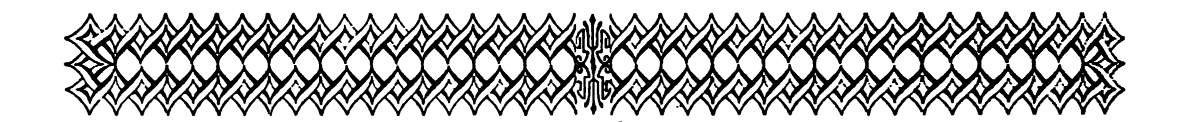
Culpables y dignos de censura fueron aquellos liberales que de tal modo se dejaron sorprender en la esfera del gobierno y que al entregarse á las sombras del sueño, pasaron de la Regencia ó los Ministerios á los más lóbregos calabozos.

Hay sin embargo que confesar que una resistencia no tenía probabilidades de éxito.

El ejército, ó carecía de ideas políticas ó era tibiamente liberal, y en cuanto al pueblo, una parte, la más exigua y corrompida, estaba ganada al realismo por el oro de los absolutistas, y la otra, sumida en la ignorancia, se dejaba guiar por pérfidas indicaciones y por el prestigio que todavía tenía el nombre de Fernando, pues acababa de servir de bandera en una guerra de seis años.

Además, los diputados enérgicos de Cádiz ya no estaban reunidos en 1814, y el poder legislativo se encontraba confiado á gentes que, en su mayor parte, hicieron traición á la nación que los había elegido.

Teniendo en cuenta esto, casi resulta justificada la conducta de aquellos liberales. Entre luchar sin gloria ni provecho, arrojando á la nación en una guerra civil, y ser víctimas, prefirieron lo último. Pronto veremos como debieron reconocer su engaño, si es que creian á Fernando incapaz de ensañarse con los liberales vencidos y al mismo tiempo inocentes.



CAPITULO XXVIII

1814-1815

Primeras disposiciones del gobierno absolutista.—Proscripción de los afrancesados.—Restablecimiento de los conventos.—Destrucción completa de todas las reformas efectuadas por las Cortes.—Restablecimiento de la Inquisición.—Premios que da Fernando á los apóstatas de la libertad.—Los consejeros del rey.—La Camarilla.—Personas que la componían.—El célebre Chamorro.—Juicio sobre la Camarilla.—Las alcahueterías del duque de Alagón y los escándalos de Fernando.—Influencia de la Camarilla.—Vergonzosas adulaciones al rey y los infantes.—Ridiculeces de *el más simple de los Borbones*.—Rabiosa ferocidad del clero con los liberales.—Los escritores realistas.—El proceso de los liberales encarcelados.—Búscanse inútilmente pruebas contra ellos.—Arbitrariedad de los jueces.—No encuentra Fernando un tribunal que condene á los liberales.—Repugnante alarde de tiranía.—Sentencia Fernando á los liberales.—Su rigor.—Renuévanse las delaciones contra los liberales.—Conducta de Fernando con *el Cojo de Málaga*.—Triste fin del ilustre Antillón.—Desconsolador aspecto de España.—Desgraciada suerte de los españoles ilustres.—Hipócrita manifestación de Fernando á los americanos.—Franca opinión del Empecinado, por la que le destierra el rey.—Pintura que Espoz y Mina hizo de su visita á la corte.—Ingratitud de Fernando con los dos ilustres guerrilleros.—Su despego con los generales que produjeron la reacción.—Horrible trama contra Elío, La Bisbal y Villavicencio.—Cómo fué descubierta.—Medios de que se valió el gobierno para sincerarse.—Tiránico gobierno de La Bisbal en Cádiz.—Nueva persecución que sufren los liberales.—El comisario Negrete.—Se subleva Mina á favor de la libertad.—Fracaso que sufre.—Emigra á Francia.—Inesperada caída del ministro Macanaz.—Causas que la motivaron.—Arreglo del ministerio.—Efecto producido en Europa por la reacción.—Noble conducta de los Estados-Unidos.—Candidez de los liberales encarcelados.

Ya hemos relatado las brutales y repugnantes persecuciones á que se entregaron los reaccionarios, apenas se vieron triunfantes en Madrid, y sin embargo, ¡pena causa el decirlo! aquellos actos sólo eran como débil preludio de los que poco después habían de realizar los hombres, que llamándose españoles, deseaban hacer pasar la nación por una serie de ho-

rrores más terribles aun que los de la recién terminada guerra.

Con la reacción, estableciéronse en España dos gobiernos; el ministerio nombrado por el rey, y la *Camarilla*, de la cual, hablaremos más adelante, pero sobre ambos, imperaba la voluntad de Fernando, pues éste, como buen soberano absoluto, si consultaba algunas veces á tales consejeros, siempre se reservaba hacer su real voluntad y satisfacer su deseo de venganza contra los que habían pretendido cercenar sus derechos de déspota.

Después de terminadas las expansiones de servilismo á que se entregó el populacho de Madrid, el primer acto oficial del gobierno fué el decreto de 30 de Mayo, por el cual se condenaba á perpetua expatriación á todos los españoles que durante la pasada guerra habían seguido la causa del rey José, los cuales ascendían á algunos miles.

Disculpables resultaban en las Cortes de Cádiz las crueles medidas de persecución contra los afrancesados, pues, atravesando el período álgido de una larga é incierta guerra, necesitaban halagar las pasiones populares y castigar tanto á los malos patriotas como premiar á los buenos; pero tal conducta, seguida por Fernando ya en plena paz y olvidando anteriores compromisos, resultaba criminal y daba á entender el placer que encontraba en la venganza.

Un mes antes, aquel mismo monarca había puesto su firma en el tratado de Valencey, prometiendo á Napoleón respetar la libertad y la hacienda de todos los españoles que hubieran seguido la causa del intruso, y en tan corto espacio de tiempo se olvidaba de lo prometido, únicamente porque veía al terrible emperador sumido en la desgracia, y él se contemplaba completamente libre.

Aquel decreto produjo la desgracia de algunos miles de familias que al adherirse al invasor no habían hecho más que seguir el ejemplo de Fernando, cuya única aspiración, años antes, era figurar, aunque fuera en el concepto de rey destronado, entre los parientes del emperador.

Ratificado en el poder el ministerio presidido por el duque de San Carlos, y dedicado ya al desempeño de su encargo, fácil era adivinar cuales iban á ser sus actos.

Todas las reformas efectuadas durante la ausencia del rey, tanto por la Junta Central como por la Regencia y las Cortes, iban á ser abolidas, pues bien claro había manifestado Fernando sus propósitos, declarando en el célebre manifiesto de Valencia que las tuviera la nación como nulas y de ningún valor, *como si no hubiesen pasado y se quitasen de en medio del tiempo.*

Comprendían los reaccionarios que era demasiado radical y expuesto á peligros el borrar de un solo golpe todas las reformas, y se propusieron volver las cosas á su antiguo estado con pausa y siguiendo cierto orden.

El primer acto del gobierno absolu-

to fué el restablecimiento de los conventos suprimidos por la sabia ley de las Cortes y la devolución á los frailes de todos los bienes que habían sido vendidos, tanto por los ministros de José como por el Congreso de Cádiz, para atender á las necesidades de la guerra.

El decreto en que tales restituciones se ordenaban nada decía sobre indemnización á los compradores, pues indudablemente suponían los reaccionarios que éstos bastantes satisfechos quedarían con que los frailes recobraran su antiguo esplendor y fueran los generales administradores de una nación de mendigos. Esta disposición, inútil es decir que acarreó la ruina á muchas familias que tan arbitraria y repentinamente vieron desaparecer los ahorros que habían empleado en la compra de bienes nacionales.

Al quedar suprimido por el gobierno de Fernando el Consejo de Estado, formado con arreglo á la Constitución, fueron restablecidos sobre su antigua planta los Consejos Real y de Estado y todos los demás que tanto se habían acreditado como organismos nocivos para el progreso nacional; siendo agraciados con el cargo de magistrado los que más se habían distinguido por sus opiniones furiosamente realistas.

Todas las corporaciones nacidas bajo el régimen liberal fueron suprimidas en muy pocos días, reemplazándolas el gobierno con autoridades á la antigua usanza, revestidas de las más absurdas atribuciones. Los capitanes generales, como en los tiempos de mayor despotismo, volvieron á entender en la administración pública y á presidir las Audiencias ó Chancillerías; las diputaciones provinciales quedaron suprimidas y los ayuntamientos fueron restablecidos tal como se encontraban en 1808, antes de comenzar la guerra, autorizándose nuevamente las regidurías perpetuas, deshonra de los municipios y causa de continuo saqueo.

El gobierno reaccionario no quería, como ya dijimos, matar las reformas liberales de un solo golpe, por no alarmar al país; pero iba poco á poco destruyendo la obra de las *llamadas* Cortes (que así designaban siempre los realistas á la representación nacional), y al poco tiempo ya pudo Fernando ver cumplido su deseo de volver todos los asuntos públicos al estado en que se encontraban en 1808 y suprimir seis años de la historia patria.

Eran muchos lo que creían que por más que el nuevo gobierno se dejara llevar por la corriente de la reacción, nunca llegaría á restablecer el Santo Oficio, deshonra de España; pero estaban en el error los que tal creían, pues todos los consejeros que rodeaban á Fernando sentían interés por aquella horrible institución y ya vimos como intentaron protestar cuando la suprimió el Congreso reunido en Cádiz. Además no reclamaban únicamente tal restablecimiento la clerigalla ignorante y feroz y la grandeza fanática, sino que el pueblo, si por

pueblo podía entenderse el ebrio y repugnante populacho de Madrid, en sus locas manifestaciones realistas había demostrado iguales deseos, pues al entrar Fernando en la corte tiraba de la carroza real, gritando con el ansia del que pide una cosa necesaria: *¡Viva la Inquisición! ¡Quiero cadenas!*

Como consecuencia de todo esto, el 21 de Julio volvió á resucitar en España el Consejo de la Suprema Inquisición y todos los demás tribunales del Santo Oficio, diciendo el rey, en el decreto que tal restablecimiento ordenaba, que lo hacía «á ruego y representación de prelados sabios y virtuosos y de muchos cuerpos y personas graves.» Los prelados sabios y virtuosos que habían aconsejado á Fernando el restablecimiento de aquel tribunal de asesinos, quedaban reducidos al intrigante y procaz nuncio Gravina, á quien tan enérgicamente supo reprimir la Regencia; y las personas graves que le habían asesorado en tal decisión eran los bufones ó los canallas que formaban su camarilla y la holgazana frailería que otra vez tenía la España como suya.

Cuando ya de toda Europa había desaparecido para siempre la odiosa Inquisición, volvía ésta á mostrarse en España para deshonrar nuevamente á la nación que en los pasados siglos tanto daño había recibido de ella. Algunos diputados de las Cortes de Cádiz, pertenecientes al bando reaccionario, dirigieron al rey pomposas felicitaciones por haber restablecido la Inquisición, y Ostolaza fué quien más se distinguió en esto, diciendo que con la resurrección del Santo Oficio «la sabiduría y el talento habían salido de nuevo á la pública luz del día, y la religión, sobre todo, que nuevamente iba á disipar las tinieblas como el sol.» Además, decía que Fernando, al restablecer el sanguinario tribunal, merecía ser tenido por el mejor padre de sus vasallos y el soberano más querido de su pueblo. Pedir mayores absurdos, resulta imposible.

Los hombres que habían tomado asiento en las Cortes de Cádiz, ó en el gobierno de dicha época y después hicieron traición al régimen constitucional, eran los más considerados por Fernando y los que mayores halagos recibían del gobierno. Como entre todos éstos el que más se había distinguido en Cádiz por su oposición á la libertad y las reformas era el obispo de Orense, el rey quiso premiarle con el arzobispado de Sevilla, que no aceptó por su mucha edad, aunque recibiendo en cambio otros honores.

Todos los absolutistas de algún viso que habían tomado parte en la conspiración contra el derribado régimen pululaban en el real palacio, fraguando continuas intrigas y formaban grupos que sordamente se combatían, disputándose el regio favor y el botín de la victoria sobre los liberales.

En el cuarto del infante don Antonio, *el más simple de los Borbones*,

cuyas agudezas de idiota ya dimos á conocer, reuníase el elemento clerical y furiosamente reaccionario, representado por varios sujetos hasta entonces desconocidos y por el nuncio Gravina; el arcediano Escoiquiz, ayo de Fernando, de cuya pedantería é ineptitud ya hablamos; y el canónigo Ostolaza, que gozaba de gran ascendiente sobre el fanático infante don Carlos, á quien todas las noches rociaba la cama con agua bendita y rezaba una larga tirada de oraciones para que el diablo nó se diera el gusto de sorprender á un Borbón durante el sueño, metiéndosele en el cuerpo.

A este grupo de hombres animados de la más feroz venganza contra los liberales, daba Fernando gran importancia y atendía muchas veces sus consejos; pero su corazón lo poseía otro bando formado de seres que sabían halagar sus pasiones personales, nada nobles ni dignas, y que por reunirse y celebrar sus tertulias en la antesala de la cámara real, recibió el título de *Camarilla*.

Componíase este grupo del duque de Alagón, capitán de la guardia y alcahuete real que acompañaba á Fernando en sus nocturnas correrías por Madrid y desempeñaba las comisiones más repugnantes para un hombre de honor; Ramírez Arellano, un sér insignificante y fanático; D. Antonio Ugarte, que en sus primeros años había sido recadero ó esportillero, después agente de negocios y estafador, y que por último, merced á una rastrera adulación y al apoyo del embajador ruso, consiguió llamar la atención del rey; y Pedro Collado (a) *Chamorro*, especie de bufón que con sus desatinos y groseros chistes entretenía grandemente al *ilustrado* Fernando.

Chamorro, que en el período triste de la reacción bien puede asegurarse fué el primer personaje político de España, era un antiguo aguador de la fuente del Berro de Madrid y entabló amistad con Fernando cuando éste, siendo príncipe todavía, iba á dicha fuente para curarse cierta enfermedad. Sirviendo vasos de agua y diciendo estupendas bufonadas, consiguió *Chamorro* captarse la simpatía de Fernando, que le hizo entrar en su servidumbre y le dió el encargo de espiar á los demás criados, pues el príncipe temía que Godoy lo envenenase. El ex-aguador acompañó á Fernando en su cautiverio de Valencey, y al volver á España vióse convertido en un importante personaje cuya amistad se disputaban lo mismo las más encopetadas damas que los generales, obispos, consejeros y grandes. Teniendo por única norma el aprovechar el regio favor para enriquecerse; vendía empleos, prebendas y títulos nobiliarios, y cada una de las barbaridades que salían de su boca era celebrada por la turba cortesana como rasgo de indiscutible ingenio.

Aquel bufón montaraz que apenas si sabía leer, era oído con gran atención en los consejos que Fernando

celebraba con sus íntimos, y él fué quien con más empeño instó al rey en Valencia á que se declarara soberano absoluto y destruyera la Constitución que ni remotamente conocía porque, como vulgarmente suele decirse, *le estorbaba lo negro*, pero que en su concepto debía ser muy mala cosa. ¡En tales manos descansaba la suerte política de España en aquella época!

Un historiador al ocuparse de todos aquellos hombres que rodeaban á Fernando y eran sus consejeros hace una acabada pintura de ellos calificándolos así:

«El nuncio Gravina, un corazón de tigre, audaz y con mucho talento en el arte de la intriga.

»Ostolaza, después de rezar maitines con el infante don Carlos, se dedicaba á los actos más inmorales.

»Escóiquiz, un ambicioso sin entrañas.

»El duque del Infantado, un hombre que jamás tuvo una idea fija.

»El duque de Alagón, el encargado de prestar al rey ciertos servicios *muy corrientes entre algunos habitantes del Asia y el Africa.*

»Ramirez Arellano, un estúpido.

»D. Antonio Ugarte, un agente de negocios tan listo como avariento.

»Chamorro, el ex-aguador de la fuente del Berro, un bruto con suerte, tan malicioso como malvado.»

Y luego añade el mismo autor. «Toda esta gente á la que de buena gana llamaría chusma, fué la que restableció la Inquisición, la que devolvió España á los jesuitas, la que obtuvo del desdichado rey Carlos IV que renunciase al trono por segunda vez en favor de su hijo, la que contribuyó á la formación de la *Santa Alianza*, la que llevó la consternación á todos los españoles, erigiendo por ídolos á la tiranía, á la desvergüenza, á la crueldad, á la inmoralidad y al robo.»

Todos los asuntos de Estado, aun los más graves, eran tratados con gran desparpajo por aquella turba de favoritos, que *entre el humo de los cigarros y la algazara producida por tal cual gracejo ó chiste de la conversación*, daban consejos que al día siguiente se publicaban en forma de leyes.

En aquel conciliábulo se elevaba á grandes hombres nulidades desconocidas y se decretaba la caída de los pocos políticos de alguna importancia con que contaba el absolutismo.

La influencia de la *Camarilla*, más aún que el país, la experimentaba el gobierno. Muchas veces los empleos de importancia eran provistos, sin conocimiento del ministro del ramo, que resultaba menos influyente que cualquier chistoso criado del palacio, y el gobierno no tenía que tomarse el trabajo de pensar, pues la *Camarilla* se encargaba de la resolución de todos los asuntos.

Algunos autores reaccionarios han pretendido justificar aquel período de vergonzosos favoritismos negando importancia á la *Camarilla* y que ésta tuviera gran influencia sobre Fernan-

do; pero estas afirmaciones pueden desmentirse con el testimonio de don Miguel de Lardizábal, que no era sospechoso de realismo tibio, pues puede recordarse su ruidosa actitud absolutista en tiempo de las Cortes de Cádiz. Este, quejándose de los desaires que sufría por parte de los validos, decía así en un documento: «A poco de llegar S. M. á Madrid, le hicieron desconfiar de sus ministros y no hacer caso de los tribunales, ni de ningún hombre de fundamento de los que pueden y deben aconsejarle. Da audencia diariamente y en ella le habla quien quiere, sin excepción de personas. Esto es público, pero lo peor es que por la noche en secreto da entrada y escucha á las gentes de peor nota y más malignas que desacreditan y ponen más negros que la pez, en concepto de S. M. á los que le han sido y le son más leales, y á los que mejor le han servido; y de aquí resulta que dando crédito á tales sujetos, S. M. sin más consejo pone de su propio puño decretos y toma providencias, no sólo sin contar con los ministros, sino contra lo que ellos le informan. Esto me sucedió á mí muchas veces, y á los demás ministros de mi tiempo, y así ha habido tantas mutaciones de ministros, lo cual no se hace sin gran perjuicio de los negocios y del buen gobierno. Ministro ha habido de veinte días ó poco más, y dos hubo de cuarenta y ocho horas: ¡pero qué ministros!»

Con ser tan acabada esta descripción que Lardizábal hace del rey y sus favoritos, todavía no resulta completa, pues falta añadir que la *Camarilla* no abandonaba á Fernando, ni aun en las audiencias públicas, en las cuales, se hallaba siempre presente el duque de Alagón, su compañero de galantes aventuras, que haciéndose el distraído, le iba indicando con señales convenidas las opiniones políticas de cuantos se presentaban ó los deseos y costumbres de las hermosas damas que comparecían con solicitudes y memoriales.

De estas audiencias y de las confidencias de Alagón nacían un sinnúmero de lances amorosos, pues aquel digno hijo de María Luisa, verdadero sátiro coronado, escandalizó la corte, (á pesar de ser ésta en aquella época bastante corrompida), con un sinnúmero de aventuras que demostraban la brutalidad con que las pasiones imperaban en Fernando. Se había hablado mucho de sus lances galantes en Valencey, pero cuando llegó á Madrid éstos quedaron tamañitos al lado de sus visitas á los conventos de monjas, para acceder á los deseos de las vírgenes de Dios, que querían conocer al rey de cerca; de sus escandalosas relaciones con cierta hermosa dueña de una vidriería, situada en lo más céntrico de la ciudad, y otros lances aun más ruidosos, de los cuales, el más comentado era el acaecido á cierta dama que en una audiencia que pidió al rey para entregarle un memorial, vióse obligada á romper los muebles de la

cámara regia y dar un ruidoso escándalo, para que, acudiendo la servidumbre, la librara de los ciegos ataques de aquel sér lascivo.

La poderosa influencia de la *Camarilla* daba por resultado que los primeros puestos de la nación los ocuparan hombres de nulo saber y escasa moral, llegando el duque del Infantado, tan ignorante como indiferente, á la presidencia del Consejo de Estado y figurando como magistrados de éste los más furibundos reaccionarios, que dedicados á la Iglesia ó á las intrigas cortesanas, no conocían lo más elemental de la legislación española.

El fanático infante don Carlos, que nunca había oído silbar una bala, fué nombrado por su hermano coronel de la real brigada de carabineros y generalísimo de los ejércitos nacionales, y su tío el infante don Antonio, que no conocía otros buques que las falúas del Retiro, llegó á presidente del Consejo de Marina y después á almirante general de la armada de España é Indias. Este ridículo personaje, que según decía su cuñada María Luisa, «cuando no era un simple malvado» daba mucho que reir á la *Camarilla* con sus desatinos, dichos siempre con aire de suficiencia, y cuando Fernando le confirió el título de almirante, cuéntase que celebrando su nombramiento y el de don Carlos para el mando supremo del ejército, exclamaba con el aire de un gran capitán:

—*A mí por agua y á mi sobrino por tierra, que nos entren.*

Era moda en aquella época, ya que no lisongear al rey, adular á su hermano y tío, así es que el simple infante don Antonio, que en 1808, después del 2 de Mayo se había despedido de la Junta de Gobierno con un «*Adiós señores; hasta el valle de Josafat,*» y que después en Valencey prohibía á sus sobrinos que entraran en la biblioteca de palacio porque en su concepto no debía leerse ni aspirar el veneno que todos los libros contienen, fué agraciado por la universidad de Alcalá con el grado de doctor. ¡Hasta la toga de la enseñanza se había contaminado del rastrero espíritu que sobre la antes altiva España trajo la reacción! Aquel golpe de repugnante adulación produjo gran hilaridad en la *Camarilla*, y hasta el mismo Fernando, que sabía mejor que nadie cuales eran los conocimientos científicos del infante y que gozaba empleando la burla aun en los asuntos más serios, llamábale siempre sonriendo socarronamente: «*mi tío el doctor.*»

La facilidad con que el rey y su *Camarilla* creaban personajes de la nada excitaba la ambición de las gentes más despreciables, que veían abierto el camino para llegar á las más altas posiciones únicamente con que demostraran las más feroces ideas reaccionarias y pidieran el exterminio de todos los que no fueran absolutistas hasta la cuarta generación. Estas circunstancias eran las que atraían al campo de la reacción nuevos campeones, tan feroces, que á su lado casi re-

sultaban modelos de clemencia y virtud los Ostolazas y los Chamorros. De la Iglesia especialmente salían tales energúmenos que, predicando sangre y exterminio, deseaban alcanzar una mitra ó cuando menos una prebenda. La frailería, en vez de dedicarse á las obras de caridad ú orar en sus claustros, dirigía al rey horripilantes manifiestos, pidiendo las más brutales persecuciones para todos cuanto no fueran absolutistas; el padre Castro, monje del Escorial, célebre por su fealdad física, que era mucho menor que la de su alma, publicaba: *La Atalaya de la Mancha,* papelucho indigno de un país civilizado, en el que solicitaba que los hombres ilustres del partido liberal que estaban presos, «*fueran ahorcados inmediatamente y después... se les formara causa,*» y un clérigo dejó atrás en el camino de la adulación á todos sus compañeros, pues haciendo que el rey y el autor de la creación se trataran como iguales, imprimió un panegírico con el extravagante y sacrílego título de: «*Triunfos recíprocos de Dios y Fernando VII.*»

Premiando á tales autores y apoyando á otros que para medrar escogían distinto camino, era como iban siendo ocupados todos los puestos del Estado por hombres feroces que hacían de las oficinas públicas otras tantas sucursales de la Inquisición, y si á esto se añade la comisión de policía nombrada por Fernando á su entrada en Madrid, y que era en sus procedimientos y sus atropellos como un Comité de Salud Pública reaccionario, se comprenderá lo terrible que para la nación resultaba el régimen absolutista.

Con tales precedentes, no era ya de extrañar cuanto de malo ó arbitrario sufriesen los encarcelados liberales.

Encargados de instruir los procesos contra estos los titulados jueces de policía, de que ya hablamos y que eran miserables apóstatas del régimen constitucional, consultaron al ministro de Gracia y Justicia para saber sobre qué bases habían de formar las causas, á lo que contestó el gobierno que sobre los documentos penables que encontraran á los procesados.

Las casas de éstos fueron sometidas al más minucioso y completo registro por aquellos tenaces reaccionarios, que en su afán de encontrar pruebas que comprometieran á los liberales, no vacilaron en explorar hasta los gabinetes de necesidad, de cuyos inmundos agujeros extrajeron los fracmentos de papeles, esperando encontrar en tales sitios indicios que permitieran afirmar la culpabilidad de los perseguidos.

No dió ningún resultado tan minuciosa busca, pues aunque en casa de Argüelles encontraron un papel escrito con caracteres misteriosos para los esbirros absolutistas, y que éstos tomaron por clave de importantes secretos, posteriormente resultó que eran unos versos del Korán escritos por cierto árabe á quien el ilustre orador liberal había conocido en su niñez.

En vista de tal decepción, pasaron los jueces de policía á registrar los archivos de las Cortes y los Ministerios, para encontrar en ellos algún indicio de la conspiración que suponían contra la realeza de Fernando VII, y como en esta busca tampoco alcanzaron éxito, viéronse por fin obligados, para castigar á los liberales, á descubrir en sus propios actos motivos de culpabilidad, y como esto aun no resultaba suficiente, inventaron absurdas calumnias y prepararon á ciertos hombres sin dignidad para que las sostuvieran como verdaderas.

Entre estos falsos delatores no sólo figuraban hombres oscuros que con tan ruín servicio pretendían alcanzar empleos y honores, sino que ex-diputados como Ostolaza y Mozo de Rosales; nobles como el conde de Montijo y el marqués de Lazán y religiosos como el padre Castro se prestaban á mentir y á dar por ciertos ridículos planes de conspiración antimonárquica atribuidos á los liberales. Pero tales calumnias fácilmente eran deshechas por los perseguidos políticos, y al fin se declararon motivos suficientes para crueles sentencias los actos públicos realizados por las Cortes.

La declaración de la soberanía nacional, el juramento de secreto exigido á los diputados, la abolición del Santo Oficio, los procesos formados al obispo de Orense y al marqués del Palacio y otras decisiones de las Cortes fueron todas reputadas como delitos contra la majestad del rey. Pero en este punto, más que en otros muchos, se marcó la tremenda arbitrariedad de aquella reacción; pues todos los citados acuerdos del Congreso habían sido votados por gran mayoría, y de ellos sólo se venía á hacer ahora responsables á determinado número de diputados, los más ilustres y populares, dejando á los restantes en libertad y sin sufrir inquietud alguna.

Tan injusto é improcedente resultaba el castigo que se quería imponer á los liberales, que ningún tribunal, á pesar de estar compuestos todos de furibundos reaccionarios, se atrevía á formular la sentencia.

Tres comisiones había nombrado sucesivamente el rey para sentenciar á los presos y ninguna de ellas, á pesar de su despreocupación en punto á consideraciones con los liberales, se había atrevido á sentenciar. Entre tanto las inocentes víctimas del despotismo llevaban más de tres meses en los calabozos, ignorando el verdadero motivo de su prisión.

Por fin, en 1.° de Julio, el fiscal del Consejo de Castilla D. Antonio Segovia presentó un informe á la comisión de policía, manifestando lo contradictorio que resultaba procesar á cierto número de diputados por acuerdos que habían tomado en unión de otros muchos que estaban en libertad, y ocupándose de los delitos que aquéllos habían cometido decía que no podían ser acusados más que de haber apetecido una *monarquía mode-*

rada, contrarrestando la *soberanía absoluta* del rey.

Este acertado y justo dictamen no mereció la aprobación de la comisión, y el fiscal Segovia tuvo la debilidad de rehacerlo, incluyendo la segunda vez en él algunos cargos puramente imaginarios contra los encarcelados.

Pasó el expediente entonces á los tribunales ordinarios; pero sucedió que los magistrados al estudiarlo notaron la sinrazón con que se perseguía á los liberales y manifestaron con claridad no estar dispuestos á cometer tamaña injusticia, por lo que Fernando hizo trasladar la causa á una comisión de alcaldes de casa y corte que no mostraron menos reparos en acceder á las arbitrariedades de la reacción.

Aquellos honrados escrúpulos que demostraban cómo la magistratura española no se había envilecido como otras muchas clases, bajo el régimen absolutista, desesperaron á Fernando que deseaba prontamente el castigo de los encarcelados, y pasando por encima de toda clase de trámites y no llevando más guía que las aspiraciones de su real voluntad, tomó por sí mismo el encargo de castigar á los liberales, y pidiendo las causas, que estaban unas en sumario, otras en período de prueba y las restantes con fallo absolutorio, fué escribiendo al margen de ellas las penas á que condenaba á los reos.

El 15 de Diciembre de 1815, ó sea cuando ya había pasado algún tiempo desde la caída del régimen constitucional y debían haberse enfriado las pasiones de los vencedores, tomó Fernando esta determinación, que por lo arbitraria no tiene ejemplo ni aun bajo el imperio de los mayores déspotas, y para evitar alguna explosión de indignación pública ordenó que en la noche siguiente fueran á las cárceles los carruajes necesarios y condujeran á los presos á los puntos indicados, terminando tal ejecución antes que rompiera el día y pudiera apercibirse de ella el vecindario de Madrid.

Las sentencias que aquel déspota fué estampando al pié de cada proceso, eran así:

«A D. Agustín Argüelles, ocho años de presidio en el Fijo de Ceuta.»

Este ilustre orador, destinado por Fernando como soldado raso al regimiento de dicha plaza llamado el *Fijo*, fué declarado inútil para el servicio, á causa de su escasa salud; pero como el rey supiera más adelante que por su talento y su desgracia merecía grandes consideraciones á las autoridades de Ceuta, lo trasladó posteriormente al pueblecillo de Alcudia, en la isla de Mallorca, punto insalubre, en el que perdieron la vida muchos de los desgraciados compañeros de Argüelles y aun éste mismo contrajo una enfermedad que le aquejó toda la vida.

«A D. Antonio Oliveros, cuatro años de destierro en el convento de la Cabrera.

»A D. José María Gutiérrez de Terán, seis años de destierro en Mahón.

»A D. José María Calatrava, ocho años de presidio en Melilla.

»A D. Diego Muñoz Torrero, seis años en el monasterio de Erbón.

»A D. Domingo Dueñas, destierro á veinte leguas de Madrid y sitios reales.

»A D. Miguel Antonio Zumalacárregui, destierro á Valladolid. (Este ex-diputado había ya sido absuelto por el tribunal ordinario).

»A D. Vicente Tomás Traver, confinamiento á Valencia.

»A D. Antonio Larrazábal, seis años en el convento que el arzobispo de Guatemala le señale.

»A D. Joaquín Lorenzo Villanueva, seis años en el convento de la Salceda.

»A D. Juan Nicasio Gallego, cuatro años en la Cartuja de Jerez.

»A D. José de Zorraguín, ocho años en el presidio de Alhucemas.

»A D. Francisco Fernández Golfín, diez años en el castillo de Alicante.

»A D. Ramón Feliu, ocho años en el castillo de Benasque.

»A D. Ramón Ramos Arispe, cuatro años en la Cartuja de Valencia.

»A D. Manuel García Herreros, ocho años en el presidio de Alhucemas.

»A D. Joaquín Maniau, confinado en Córdoba y multa de veinte mil reales.

»A D. Francisco Martínez de la Rosa, ocho años en el presidio del Peñón y cumplidos no pueda entrar en Madrid y sitios reales.

»A D. Dionisio Capaz, dos años en el castillo de Sancti-Petri de Cádiz.

»A D. José Canga Argüelles, ocho años en el castillo de Peñíscola. (Este, en la sentencia del tribunal ordinario, sólo era condenado á cuatro años de destierro de la corte).

«A D. Antonio Bernabeu, un año en el convento de Capuchinos de Novelda.»

Estas sentencias eran todas contra los reos que habían desempeñado el cargo de diputados, y hay que advertir, aunque á primera vista no lo parezca, que los eclesiásticos resultaban más castigados que los seglares, pues se les destinaba á la reclusión en conventos habitados por comunidades fanáticas, vengativas y absolutistas, que no debían despreciar medio alguno de afligir y atormentar á tan inocentes víctimas.

El decreto de Fernando condenaba además á presidio ó á destierro á otros treinta liberales entre los que figuraban personas tan distinguidas como los ex-regentes D. Gabriel Ciscar, don Pedro Agar, D. Juan Alvarez Guerra, D. Antonio Ranz Romanillos, D. Tomás Carvajal, D. Manuel José Quintana, D. Francisco Sánchez Barbero y otros, añadiéndose en dicho documento que si alguno de ellos se fugaba, fuera castigado inmediatamente con la pena de muerte.

Con los liberales que habían escapado al extranjero antes de que estallase la reacción, mostróse Fernando aun menos escrupuloso. El conde de

Toreno, sin otro delito que sus discursos en las Cortes, fué condenado á muerte, y parecidas sentencias se dictaron contra D. Bartolomé Gallardo y demás personajes del partido reformador que á tiempo habían conseguido salvar la frontera.

Las penas impuestas tan arbitrariamente á los liberales aprisionados, no fueron templadas con el tiempo sino que, antes al contrario, Fernando mandó que Argüelles y otros hombres ilustres reclusos en Ceuta, «no fueran visitados por ninguno de sus amigos; no se les entregara ninguna carta á ellos dirigida, siendo responsable el gobernador de la plaza con su cabeza del cumplimiento de esta orden.»

Aquella decisión del rey al sentenciar injustamente á los liberales á despecho de los organismos encargados de administrar justicia, dió nuevos ánimos á la turba absolutista que renovó las delaciones contra los vencidos.

Los jefes de una división del tercer ejército quejáronse de un artículo publicado por *El Universal*, y esto bastó para que sus dos redactores, D. Jacobo Villanueva y el padre La Canal, fueran enviados el primero por seis años á un presidio de Africa, y el segundo, por igual tiempo, al convento más rígido de su orden.

Un hombre oscuro deseoso de alcanzar recompensa en aquella furia de persecución que dominaba al gobierno, dijo que en la época de las Cortes extraordinarias una sociedad patriótica que se reunía en el café de Apolo de Cádiz había hablado muy mal del rey, y no fué necesario más para que se formara causa al sabio economista y ex-diputado D. Alvaro Florez Estrada por haber sido elegido presidente de dicho club, á pesar de que constaba en el proceso no había aceptado dicho cargo ni tomado posesión de él. Por tan imaginario delito, Florez Estrada quedó condenado á muerte, no sufriendo tal sentencia, que de buen grado hubieran ejecutado los reaccionarios, por ser uno de los que con Toreno lograron á tiempo salir de España.

A tal punto llegó la manía de castigar que dominaba á aquella insensata reacción, que formó proceso á varias personas no por manifestar ideas liberales, sino por no decir nada, y entre tal clase de perseguidos quedó incluido el brigadier D. Juan Moscoso, contra quien se pidió la pena de muerte, porque al proclamarse la Constitución en 1812 no había hablado ni en pro ni en contra de ella.

Parecían el rey y su *Camarilla* poseídos de una furia loca por castigar, y tal llegó á ser ésta, que habiendo los tribunales ordinarios absuelto al presbítero D. Juan Antonio López, Fernando, como si se hubiera mostrado parte interesada en la causa, dijo que no estaba conforme y condenó por su cuenta al procesado á seis meses de reclusión.

Jamás se ha visto una reacción tan tiránica, cínica y desenmascarada como la de aquella época.

Ya dijimos que junto con los hombres más ilustres del partido liberal había sido encarcelado un pobre sastre llamado Pablo Rodríguez, (a) *El cojo de Málaga*, sujeto de tan buena índole como entusiasta, pero que se había hecho notar del odio reaccionario por sus aplausos en las tribunas de las Cortes, tanto en Cádiz como en Madrid, y ser una especie de director de cuantas serenatas y manifestaciones de agrado se hacían á los oradores de ideas avanzadas. Tanto los ujieres de las Cortes como cuantas personas trataban á tan sencillo y entusiasta patriota declararon en su favor y negaron la existencia de los delitos que se le querían imputar; pero á pesar de esto, como la venganza de Fernando y su camarilla descendía hasta escoger por víctima á tan humilde sujeto, no faltó juez que se atreviera á sancionar con su firma una inconcebible sentencia, y el alcalde de casa y corte Vadillo condenó á *El cojo de Málaga* á la pena afrentosa de horca.

Estremeciéronse de espanto los vecinos honrados de Madrid ante tan horrible y arbitrario castigo, y cuando el infeliz reo estaba ya en capilla presentóse á Fernando el embajador inglés, hermano de Wellington, y recordándole la real palabra que había dado de no quitar á nadie la vida por delitos políticos anteriores á su regreso á España, consiguió arrancarle el indulto. Conmutó, pues, Fernando al desventurado patriota la pena de muerte por la inmediata de cadena perpetua; pero llevó su crueldad hasta el punto de no dar tal orden hasta el momento en que iba á realizarse la ejecución ó sea cuando el infeliz *Cojo* después de las largas y angustiosas horas de la capilla marchaba casi exánime y en brazos de los guardias al lugar del suplicio.

El rey y su camarilla debieron celebrar mucho, en sus nocturnos conciliábulos, que algunas veces tomaban el carácter de orgías, el susto y las agonías que habían hecho sufrir á aquél infeliz menestral, cuyos inocentes alborotos eran considerados por ellos como graves y peligrosos atentados contra la soberanía real.

Menos afortunado que *El cojo de Málaga* fué el ex-diputado D. Isidoro Antillón, á quien, como ya dijimos, profesaban los absolutistas un odio feroz por lo avanzado de sus ideas y la ruda franqueza con que las exponia en el Congreso. Al ocurrir el golpe de fuerza contra el régimen liberal encontrábase el sabio geógrafo postrado por grave enfermedad en un pueblo de Aragón; pero, á pesar de su estado, los esbirros del rey lo arrancaron del lecho sin atender á lo que exigía la humanidad, y tal trato le dieron en el camino, que Antillón pereció antes de llegar á la prisión de Zaragoza. Asi murió aquel modelo de ciudadanos, honra de la ciencia española. El brutal atentado de que los reaccionarios le hicieron víctima durante la estancia de las segundas Cortes en Cádiz, hacía presentir que An-

tillón alcanzaría un triste fin si llegaba á triunfar el absolutismo.

Nadie podía vengar aquel irritante atropello que costaba la vida á un sabio y virtuoso español; nadie podía protestar del asesinato, pues los que habían sido sus compañeros, los que con él trabajaron en favor de la regeneración nacional, si no habían perdido la vida, estaban sin otro dón tan precioso como es la libertad, y los que no lamentaban su suerte en las prisiones de Africa y la península, lloraban su destierro y sentían la nostalgia de la patria en extrañas naciones.

Nunca ha ofrecido España un espectáculo tan triste como en aquella época. El principio del siglo actual, habíase marcado con la aparición de un sinnúmero de hombres ilustres en las ciencias y las artes, exuberancia intelectual que contrastaba con la ignorancia del siglo anterior; pero á pesar de esto, desde 1814 á 1820, ó sea el período que subsistió la primera reacción, España presentaba el mismo aspecto que una nación salvaje y sumida en la pereza intelectual, pues no se distinguía en ella ni un mediano talento. Unos por liberales y otros por afrancesados, todos los españoles ilustres estaban ó alejados de la patria ó encarcelados en ella, figurando como proscriptos ó como presidiarios hombres cual Quintana, Argüelles, Martínez de la Rosa, Toreno, Villanueva, Calatrava, Gallego, Carvajal, Conde, Meléndez Valdés, Moratín, Mora, Tapia, Solís, Lista, Marchena, Fernández, Angulo y Canga Argüelles, cuyos nombres debían figurar en el porvenir entre los de los españoles que en todas épocas han honrado á las ciencias y á las letras.

Lo que más indignación causa al examinar tan triste y deshonroso período histórico, es que después de tan brutales atropellos é increíbles arbitrariedades todavía Fernando siguiera aquella política de falsedades y engaños á que tan aficionado era. Mientras en España equivalía á un terrible crimen ser partidario de la libertad y el régimen constitucional y el menor indicio de ello era motivo suficiente para que un ciudadano quedara encerrado en el presidio, Fernando expidió una circular á las provincias ultramarinas en la que, después de halagarlas ensalzando lo bien representadas que habían estado en las Cortes de Cádiz, las excitaba á nombrar nuevamente diputados que las representaran en las que nuevamente iban á reunirse (?).

Dicho documento tenía un párrafo que por lo interesante reproducimos y decía así: «S. M. al mismo tiempo de manifestar su real voluntad, ha ofrecido á sus amados vasallos unas leyes fundamentales hechas de acuerdo con los procuradores de sus provincias de Europa y América; y de la próxima convocación de las Cortes compuestas de uno y otros, se ocupó una comisión nombrada al intento. Aunque la convocatoria se hará sin tardanza, ha que-

rido S. M. que preceda esta declaración en que ratifique lo que contiene su Real decreto de 4 de este mes, acerca de las sólidas bases sobre las cuales ha de fundarse la monarquía moderada, única conforme á las naturales inclinaciones de S. M. y que es el solo gobierno compatible con las luces del siglo, con las presentes costumbres y con la elevación de alma y carácter noble de los españoles.»

Ni Fernando se ocupaba en una próxima reunión de Cortes, ni pensaba en ello para toda su vida, ni menos sus *naturales inclinaciones* eran á una monarquía moderada; pero á aquel tiranuelo tan farsante como feroz le pareció muy apropiado el valerse una vez más del engaño con objeto de atraerse á los americanos cuya insurrección contra la metrópoli era cada vez más imponente, y para ello nada le resultó mejor que prometer la libertad política, ó lo que es lo mismo, aquello que él más odiaba y menos dispuesto estaba á dar.

Para embaucar también un tanto al pueblo de la península y no dejar en olvido su eterno propósito de «engañar á los liberales,» mandó en el mes de Agosto al Consejo de Castilla que le informaran sobre el modo de reunir las Cortes como él había prometido en su manifiesto de Valencia, pero los consejeros, cuya mayor parte por pertenecer á la *Camarilla* ó por ser allegados á ella estaban en el juego y sabían que Fernando se cuidaba tanto de convocar á la representación nacional como de las nubes de antaño, para agradar al rey dieron largas al asunto, y no se preocuparon en formular el informe que se les pedía.

Todos los sucesos que ocurrían en la corte daban á entender claramente que Fernando, en vez de resucitar la libertad, lo que deseaba era empujar cada vez más á España por el derrumbadero de la reacción.

El Empecinado, cuyo carácter sencillo y franco se manifestaba en todas ocasiones, creyendo de buena fe, en vista del decreto de Valencia, que se iba á restablecer el régimen constitucional y que los atropellos que se perpetraban en las personas de los liberales eran obra del gobierno y no de Fernando, se presentó á éste para manifestarle que sus allegados le estaban engañando y que lo que convenía era convocar inmediatamente las Cortes. Acogió el solapado rey con sonrisas bondadosas las indicaciones de aquel héroe rudo y cándido, y al día siguiente, como en premio de ellas, lo envió desterrado á su pueblo.

Con idéntica comisión llegó á Madrid el célebre Espoz y Mina, que aunque en punto á valor y hazañas era igual al Empecinado, sobrepujaba á éste en dotes intelectuales y conocimiento de los hombres.

Iba á la corte el invicto guerrillero navarro con la creencia de que Fernando estaba engañado por sus cortesanos y que sólo por ignorancia perseguía tan cruelmente á los liberales; pero le bastó ver de cerca al rey y sus

favoritos para comprender inmediatamente qué clase de hombres eran el soberano y cuantos le rodeaban.

No se ha hecho descripción más acabada de todos aquellos miserables que albergaba el palacio real, que la que aquel general salido del pueblo inserta en sus *Memorias* al relatar su viaje á Madrid en 1814.

—Yo,—dice Espoz y Mina,—no conocía lo que era eso que se llama política de corte; pero no tardé mucho en penetrar lo que la sirve de base; ni en renegar del trato falaz de los que son alumnos de ella; allí, para ser bien admitido, es preciso no tener sentido común propio, sino sujetarle á la razón ó sin razón de aquel que se mira un escaloncito más alto; la verdad, la virtud, son objetos desconocidos, ó lo eran en aquellos momentos en que yo por primera vez pisé, con bastante sentimiento de haberlo hecho, aquellas tersas escaleras del palacio del Rey y aquellos ásperos escalones de los ministerios donde tanto se ejercitaba el don de la paciencia. ¡Y... válgame el cielo, que contraste hacía á mi razón ver la petulancia, la avilantez con que se ostentaban unos hombres de cabeza erguida y llenos de oro por todas partes, insultando á la miseria que pesaba sobre la desdichada nación, que ó bien habían seguido en Francia la suerte del rey y habían vivido á su holganza, libres de cuidados de balas y saqueos, mientras los pueblos sufrian mil calamidades; ó bien habían permanecido en España atizando el fuego de nuestras discordias, sosteniendo el gobierno de capricho y de abusos; y considerar al paso la suerte que entonces mismo cabía á los ilustres diputados y ministros que con heroicos esfuerzos habían logrado vencer á la vez al tirano invasor y al poder del despotismo, unos ausentes, otros en los presidios y otros en los calabozos, con riesgo inminente de acabar sus días en un patíbulo!

«Pero no discrepaba menos el modo con que se repartían las gracias, los empleos de la nación, el sudor de los pobres pueblos. Los menos atendidos eran los más merecedores. El que gritaba, el que intrigaba, el que adulaba ese era el que mejor presa sacaba. El soldado valiente, honrado, estropeado, la desgraciada familia del muerto en el campo del honor, esos eran olvidados, abandonados y despreciados..... cuando las gracias se derramaban con prodigalidad á hombres sin mérito ó que habían prestado servicios contra la causa nacional. Estos se arrebataban de las manos las mitras, las pingües prebendas, los canonicatos, las togas, las intendencias, todas las plazas de lucro en suma, siendo los méritos que alegaban para su obtención haber combatido las novedades que se introducían en el que llamaban *sistema abolido*, no haber jurado la Constitución, haberla quemado luego de visto el decreto de 4 de Mayo dado en Valencia, haber arrastrado las lápidas, maltratado á los liberales, haberlos delatado y aprisionado; en suma, haber

sido apóstatas faltando á los juramentos que tenían prestados. Hé aquí los hombres que formaban el privilegiado círculo de la corte, y que en dos palabras puede decirse que eran protectores de todo lo más malo y perseguidores de todo lo más bueno de la nación.»

No era Espoz y Mina hombre capaz de ocultar la verdad ni un solo instante, así es que en las pocas conferencias que tuvo con el rey le pintó lo desacertada que resultaba la conducta del gobierno y la necesidad que existía de restaurar el régimen constitucional. Igual éxito alcanzó Mina que su digno compañero el Empecinado.

La *Camarilla* no se atrevió á desterrarlo como al guerrillero castellano, pues Mina había convertido sus partidas en una división que aun se mantenía en el norte con las armas en la mano y por tanto podía intentar un movimiento contra el absolutismo, caso de verse atropellado; pero lo hizo salir de Madrid inmediatamente alegando que era necesario su presencia en Navarra para impedir la deserción de sus tropas.

De este modo acogió Fernando la visita y las indicaciones de el Empecinado y Espoz y Mina, los dos primeros guerreros de su época y los dos hombres que más habían hecho para devolverle la corona que ahora poseía.

Tan exageradas eran ya las aspiraciones reaccionarias de la *Camarilla*, que resultaban sospechosos de liberalismo para ella, hombres como Elío (!) La Bisbal y Villavicencio, ó sea los que con sus espadas habían derribado la Constitución. Los dos últimos eran ya mal mirados por las gentes del real palacio á causa de ciertas contemplaciones que habían tenido con los perseguidos liberales y en cuanto al primero comenzaba á resultar antipático á la *Camarilla* por las rudas observaciones que en sus cartas hacía al rey y por causar desagrado á Fernando á quien molestaba el deber á nadie su restablecimiento en la soberanía absoluta. Además aquel rey astuto creía que Elío pensaba aprovecharse de los grandes servicios que á la reacción prestó en Valencia para ejercer sobre él un ascendiente semejante al que Godoy tenía sobre su padre Carlos IV.

Todos estos sentimientos fueron motivo de una trama tan indigna como horrible que pinta el carácter feroz de Fernando y su corte.

En un mismo día recibieron los segundos jefes militares de Cádiz, Sevilla y Valencia, un despacho del general Eguía, ministro de la Guerra, en el que se les ordenaba que sin perder tiempo y con la mayor reserva arrestaran á los capitanes generales de dichos distritos, Villavicencio, La Bisbal y Elío, y que así que los tuvieran presos abriesen un pliego cerrado que acompañaba á la orden y ejecutasen al pié de la letra su contenido.

En Cádiz y en Valencia los gobernadores militares al recibir tan ex-

traña orden, en vez de arrestar inmediatamente á sus superiores reunieron á los jefes de los cuerpos de la guarnición y después de exigirles guardar el secreto bajo pena de la vida, les consultaron el contenido de la orden acordando en ambos puntos suspender el arresto de los capitanes generales hasta que el ministro de la Guerra diera contestación á la exposición que se le enviaría manifestándole los inconvenientes de una medida tan inesperada y ruidosa.

En Sevilla no ocurrió lo mismo, pues aunque el gobernador de la plaza también reunió á los jefes de la guarnición, acordaron todos proceder al arresto del conde de La Bisbal, como así lo efectuaron; pero al abrir el segundo y misterioso pliego, se encontraron con la orden firmada por Eguía, para que el capitán general fuese fusilado en el acto. Estupefactos quedaron aquellos militares ante un mandato tan inverosímil, aunque la autenticidad de la orden no era discutible, pues por el sello, la firma, la letra y el papel, resultaban igual á todos los despachos que del ministerio se recibían. Dudando qué partido tomar, acordaron por fin enviar un emisario á Madrid con el despacho recibido, para que consultara al ministro y tener entretanto arrestado á La Bisbal.

La contestación que dió Eguia era ya de esperar. Al entregarle el emisario del gobernador militar de Sevilla la *supuesta* orden, supo hacerse el indignado, calificó de horrible y atroz atentado aquella maquinación y despidió al oficial con el mandato de que La Bisbal fuera puesto inmediatamente en libertad y en el ejercicio de sus funciones, dando de paso las gracias á la Junta de jefes de Sevilla por la conducta que había seguido.

No tardó en publicar la *Gaceta* un manifiesto, en el que se expresaba el disgusto del rey al saber que alguien sacrílegamente había usado su nombre y fingido reales órdenes para atentar contra la vida de unos generales *«que con sus acciones y militares virtudes se han granjeado la estimación pública.»* Para averiguar quién era el autor del delito, se ofrecían diez mil duros al que lo descubriera y conservar en secreto su nombre del delator.

No se averiguó nada de cierto, pero de los informes de los calígrafos que examinaron la letra de las órdenes y de ciertas diligencias que llevaron á cabo los tribunales, resultó que dichos documentos los había escrito el oficial del Ministerio de la Guerra, D. Juan Sevilla, conocido por sus opiniones absolutistas y que era quien sacaba siempre las copias de tal clase de documentos.

Esperábase el castigo del que tan comprometido en el delito parecía, pero tres meses después se publicó una Real orden, en la que no sólo se declaraba inocente á D. Juan Sevilla, sin decir por qué razones, y se elogiaba su conducta, sino que, como una prueba de lo *satisfecho que él estaba*

de sus servicios, se le asignaba una pensión vitalicia sobre una encomienda de la orden de Alcántara.

Así quedó terminado aquel asunto que fué un amargo fracaso para Fernando y sus consejeros que deseaban romper la escalera con la que habían alcanzado los puestos que ahora ocupaban.

Muchos fueron los que comprendieron qué clase de secreto era el que se encerraba en aquel suceso misterioso, y de seguro que los tres generales absolutistas tomarían sus precauciones para evitar que en adelante les diera Fernando otra oculta muestra de su afecto y reconocimiento por los anteriores servicios.

A pesar del mal éxito de aquella miserable maquinación, no cejaron los reaccionarios en librarse de Villavicencio, á quien odiaban por algunas insignificantes atenciones guardadas á los liberales, y Fernando, ya que no pudo atentar nuevamente contra su vida, lo relevó del mando de la Isla, incorporando ésta á la capitanía general de Sevilla. Los amigos de la Inquisición no creían bastante furibundo á Villavicencio que, para juzgar á los comprometidos en cierta imaginaria conspiración liberal descubierta en Cádiz había creado una comisión militar que sentenciara en el término de tres días, sistema judicial que fué muy del agrado del déspota reinante, el cual lo difundió por toda la península.

El conde de La Bisbal, temeroso de atraerse nuevamente el desagrado de la *Camarilla* que tan pesadas bromas jugaba á los que le eran sospechosos, hizo cuanto pudo para borrar con tiranías y arbitrariedades sus pasadas atenciones con los caídos.

Como en Cádiz justamente era donde más subsistía su fama de adicto al sistema constitucional, pues el vecindario recordaba las aparatosas promesas de fidelidad que hizo á las Cortes, propusóse, apenas incorporada dicha ciudad á su capitanía general, hacer en ella pública demostración de su afecto á Fernando y al gobierno absolutista. Para ello, nada le pareció mejor que sobrepujar á la misma *Camarilla* en los procedimientos de terror y persecución; y con el pretexto de haber descubierto una terrible conspiración constitucional, una noche, cuando el vecindario de Cádiz comenzaba á entregarse al descanso, presentóse en la plaza de San Antonio con gran acompañamiento de tropas y cuatro cañones cargados, junto á los cuales con mechas encendidas se colocaron los artilleros, prontos á hacer fuego, como si se esperara el ataque de algún terrible é incógnito enemigo. Tras este alarde de fuerza, penetró La Bisbal en los salones del café de Apolo, antiguo punto de reunión de los liberales exaltados, y obligando á su dueño á levantarse de la cama, le mandó que cambiara inmediatamente el rótulo de *Café de Apolo* por el de *Café del Rey*, acompañando el loco general esta ridícula orden con tales

gritos y terribles amenazas, que el desdichado cafetero murió del susto á los pocos días.

No pararon aquí las excéntricas manifestaciones del fervor realista que dominaba á D. Enrique Odonell, pues, convirtiéndose en fanático feroz. asistía todos los días á un sinnúmero de misas y en vez de mirar al altar pasaba revista á los fieles, enviando en varias ocasiones á algunos de la iglesia á la cárcel, porque no se arrodillaban á tiempo ó porque sólo hincaban en el suelo una rodilla. Además dióse á inmiscuirse en los asuntos privados de las familias y á arreglar por la fuerza matrimonios desavenidos, resultando esta conducta verdaderamente extraña en tal general, que tenía su palacio convertido en serrallo y dejaba que á la puerta de su vivienda se pelearan dos mujerzuelas disputándose la posesión de su afecto. Todas estas excentricidades y el descubrir la imaginada conspiración, valieron á Odonell la Gran cruz de Carlos III.

Aquella supuesta conspiración de Cádiz fué de gran utilidad para los reaccionarios, que reputándola de vasto plan contra el rey y de tener ramificaciones importantes en Madrid, ordenaron en la noche del 16 de Setiembre numerosas prisiones de personas que sin motivo alguno eran tenidas por sospechosas.

No creyó Fernando suficiente este rigor y envió á Andalucía, con el carácter de comisario regio, á un tal Negrete, sujeto reputado como muy feroz y fanático y al cual, para que no anduviera blando ni remiso con los liberales, dió el monarca toda cláse de facultades.

No necesitaba Negrete de tan amplia autorización, pues le bastaban sus instintos para cometer toda clase de atropellos; así es que apenas empezó á ejercer sus funciones en Andalucía, las cárceles se llenaron de presos de todas clases y condiciones, pues bastaba la más estúpida é increíble delación para que un ciudadano, con terrible aparato de fuerza, fuera arrancado de los brazos de su atribulada familia.

Negrete, entusiasta admirador de la Inquisición y sus procedimientos, intentaba reproducir los para él felices tiempos de las hogueras de la fe, y se valía de hipócritas espías para las delaciones, prendía á los infelices reos por la noche con gran misterio, y estableció su tribunal en la misma casa del Santo Oficio, haciendo comparecer á los procesados ante él, que estaba sentado en la antigua cámara de tormentos y bajo negro dosel.

Asustando de este modo á muchos benéficos ciudadanos que de nada resultaban culpables, y cometiendo irritantes atropellos, era como Negrete hacía méritos para ganar el favor del rey y su *Camarilla*.

Aquella brutal tiranía que pesaba sobre la noble nación digna de mejor suerte y la serie de arbitrariedades que nunca parecía próxima á terminar,

debían por necesidad sublevar el ánimo de los dignos españoles que se habían salvado de la furia ó del degradante contacto de aquella reacción.

Contra el envilecedor despotismo, forzosamente habían de levantarse honradas espadas, pues no era España tan desgraciada que careciera de hombres capaces de cortar la cabeza á la serpiente reaccionaria.

El heroico Mina fué el primero que, aunque sin éxito, comenzó á atacar al absolutismo de Fernando. Ya hemos dicho que este invencible caudillo inspiraba gran cuidado á la *Camarilla*, pues aunque adicto á Fernando, no eran un secreto sus ideas reformistas y su amor á la libertad, por lo que constituía un serio peligro para el despotismo el que permaneciera en Navarra al frente de su división popular, que era sin disputa el más lucido cuerpo de tropas que en aquella época tenía España.

Deseando desarmar á tan terrible enemigo, procuró la *Camarilla* sembrar la deserción ó la discordia en los batallones de Mina y además ordenó por Real decreto, que dichas tropas quedaran bajo el mando del capitán general de Aragón.

El ilustre Mina interceptó el oficio en que tal se ordenaba, y como al mismo tiempo se sentía cada vez más indignado en vista de los desmanes de la reacción, no quiso esperar más tiempo y tiró de la espada contra el gobierno absolutista. Algunas de sus tropas estaban mandadas por hombres que en cuestiones políticas no le inspiraban gran confianza, aunque esperaba le seguirían apenas dirigiera á la reacción el primer golpe, y para ejecutar esto se puso al frente del regimiento primero que estaba acantonado en Puente, al mando del bravo coronel D. José Górriz, que en la pasada guerra tantas hazañas había llevado á cabo.

En la noche del 25 de Setiembre llegó Mina con dicha fuerza al pié de Pamplona, llevando escalas para asaltar los muros. Dentro de la ciudad, con objeto de secundar el plan, estaba Javier Mina, el célebre guerrillero sobrino de Espoz y Mina, que acababa de volver de su cautiverio de Francia. El propósito de Mina era apoderarse de una fortaleza tan importante como la ciudadela y encerrándose en ella, proclamar la Constitución y sostenerse hasta que España entera respondiera á tan halagüeño grito.

Nada parecía oponerse á tan noble plan. El bravo coronel Górriz fué el primero en dar ejemplo arrojándose al foso y aplicando una escala á los muros; pero los soldados que hasta entonces habían marchado con extrañeza, al saber lo que iban á ejecutar, mostráronse con murmullos y arremolinándose en lo alto de la contra escarpa, que no estaban dispuestos á obedecer. Las instigaciones de algunos oficiales realistas y más que todo la influencia de D. Santos Ladrón, subordinado de Mina y furibundo reac-

cionario, produjo aquella negativa de unos soldados que siempre habían obedecido á su general.

El ejemplo de una parte de la oficialidad negándose á acometer tal empresa insubordinó de tal modo á los soldados, que algunos intentaron hacer fuego sobre Mina, pero éste no se desconcertó por ello y con sus palabras los redujo á la obediencia ordenando que el regimiento volviera á emprender la marcha á Puente.

El general se retiró á su cuartel de Muruzábal, pero allí supo que el regimiento al grito de ¡viva el rey absoluto! había puesto preso á su coronel Górriz y enviado un oficial á Pamplona para dar cuenta de la conspiración. Marchó Mina á Puente para salvar á Górriz, pero los soldados lo recibieron á tiros y entonces viéndose ya abandonado de los suyos y próximo á caer en manos de los realistas, partió para Francia acompañado de su sobrino Javier y de algunos oficiales comprometidos en el movimiento.

Extraña suerte la de aquel caudillo que apenas terminada la guerra, en vez de descansar y recibir honores por sus hazañas, se veía obligado por las circunstancias políticas á buscar hospitalidad en la misma nación que tanto había combatido y que miraba en él uno de sus más terribles enemigos.

El bravo coronel Górriz que no pudo salvarse, fué conducido á Pamplona y allí no tardó en ser pasado por las armas.

Este era el primer esclarecido defensor de la patria, que Fernando fusilaba, por defender la legalidad escarnecida. Muchos eran los que pronto debían morir de igual modo sentenciados por el rey que á los esfuerzos de tales héroes debía su corona.

En medio de aquel tropel de políticos fanáticos y viles que rodeaban á Fernando y pugnaban por volver la nación á los tiempos de Carlos II, únicamente se mostraba con alguna dignidad y templanza de ideas el ministro Macanaz, que quería el restablecimiento de las Cortes tal como el rey lo había prometido en su manifiesto publicado en Valencia.

Esto bastaba para que la *Camarilla* profesara al ministro un enconado odio, y á pesar de que Fernando apreciaba á Macanaz, pues era el único hombre de alguna disposición que figuraba en el gobierno, los cortesanos consiguieron que le cobrara antipatía y que le destituyera, haciéndole sufrir rudo castigo.

Una mañana muy temprano, Fernando, acompañado de su inseparable duque de Alagon, dirigióse á pié á casa de Macanaz siguiéndole á alguna distancia un piquete de su guardia. Entró el rey en la habitación del ministro cuando éste se encontraba aun en la cama, y después de declararlo en arresto procedió en persona al registro de sus papeles volviendo á palacio después de incautarse de algunos de ellos.

Se dijo en aquel entonces por los cortesanos de Fernando que éste ha-

bía sorprendido de tal modo á su ministro para encontrar en su despacho pruebas irrecusables del vergonzoso tráfico que hacía con los empleos públicos; pero esta versión bien puede tenerse por falsa, pues para averiguar la moralidad de Macanaz existían medios más apropiados y menos incómodos.

El verdadero móvil de aquel inesperado acto de Fernando fué el saber que Macanaz facilitaba á la prensa inglesa copias que poseía de la vergonzosa correspondencia sostenida por el soberano con el emperador francés, y que tenía en su poder el ejemplar auténtico de la carta que el cautivo de Valencey envió á Napoleón felicitándole por el triunfo que sus tropas habían alcanzado sobre las españolas. Fernando temió que esta carta apareciera como las otras en los periódicos de Londres y de aquí el sorprender personalmente al ministro y arrebatarle algunos papeles que apenas llegó á palacio hizo desaparecer.

Bien claro demostraba Fernando la causa de su enojo en el decreto condenando á Macanaz á ser encarcelado en el castillo de San Antón de la Coruña, pues decía en dicho documento que el derribado ministro «había sido infiel al monarca en una época en que por su desgraciada suerte necesitaba más que nunca del apoyo de sus amados vasallos.»

Además, como motivo de los más principales que influyeron en la caída de Macanaz, tiene que contarse el odio que le profesaba la *Camarilla* por ser tibio absolutista y partidario de una monarquía moderada.

El ministerio de Gracia y Justicia vacante después de tal caída fué ocupado por D. Tomás Moyano, habiendo ya antes sido sustituido en la cartera de Hacienda D. Cristóbal de Góngora por D. Juan Pérez Villamil, el constitucional renegado.

Fernando, en aquella época, comenzó ya á sentirse dominado por el afán de cambiar de ministros con el más fútil pretexto, llegando á tal punto esta tendencia que no dudó en destituir al célebre duque de San Carlos de la cartera de Estado, manifestando en el decreto que lo relevaba del alto cargo *por corto de vista*. Al reaccionario duque sucedió en el ministerio tal vez como hombre de ojos más sanos, el tan nombrado don Pedro Cevallos, ministro que había sido con Godoy y consejero de Estado en tiempo del gobierno constitucional.

La marcha política seguida por nuestra nación, la furia absolutista que sobre ella se desataba, el martirio de los españoles más ilustres, y aquellos inmotivados y caprichosos cambios de gobierno, llamaban la atención de toda Europa que comenzaba á sentir repugnancia ante tan absurda reacción.

Aquellas naciones que se valieron del esfuerzo de nuestra patria galvanizada por la revolución política y que después la abandonaron, dejándola en

brazos de un abyecto tiranuelo, podían estar satisfechas de su obra.

Indigna fué su conducta. Ni una sola de ellas protestó contra el traidor golge que Fernando asestó á la libertad, siendo así que á ello venían obligadas por haber reconocido la legitimidad del gobierno constitucional y ajustado con él tratados de alianza.

Inglaterra, que tanto debía á nuestras Cortes, vió impasible su caída, y lo mismo hicieron Prusia y Suecia que, como ya dijimos, habían acatado y reconocido como forma de gobierno de España el régimen constitucional.

Alejandro I, el autócrata ruso que tanto entusiasmo había demostrado por España y sus Cortes, á pesar de su carácter de caballero andante, nada dijo al verlas perecer á mano airada y perseguidos sus miembros injusta y ferozmente; antes al contrario, envió como embajador al bailío Tattischeff, hombre de malos instintos y condición de déspota que se agregó á la *Camarilla* y no fué el que menos influyó para que los liberales sufrieran crueles penas.

En medio de aquella criminal indiferencia ante las desgracias de nuestra patria, sólo una nación se sintió indignada por las crueldades y las demasías de Fernando, y ésta fué los Estados-Unidos de América.

Estaba esta nación en aquella época lejos de poseer el poderío que hoy tiene, y por tanto debía serle fatal un conflicto con los pueblos de Europa; pero á pesar de esto, no dudó en protestar contra la reacción de España, ofreciendo auxilio á los escarnecidos liberales.

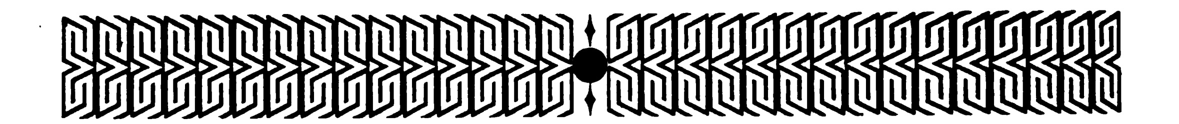
Cuando los diputados y demás hombres ilustres, tan arbitrariamente sentenciados por Fernando á encierro en los presidios de Africa, estaban en Málaga próximos á embarcarse con destino á tales puntos, apareció en el puerto una escuadrilla americana, cuyo comodoro, por conducto del cónsul de los Estados-Unidos, hizo saber á los prisioneros que, si ellos querían, estaba dispuesto á salvarlos, atacando el buque en que iban lo mismo dentro del puerto que en alta mar, y conduciéndolos después á Inglaterra ó América.

A pesar de que el bravo comodoro tomaba á su cargo toda la responsabilidad, los inocentes perseguidos no quisieron aceptar tal ofrecimiento, temiendo ocasionar á su país un conflicto internacional que terminara en una guerra, ó más bien por creer que Fernando, arrepentido de su tiranía, no tardaría en devolverles la libertad.

¡Mal conocían al digno individuo de la familia Borbónica!

También el general Aróstegui, gobernador de Málaga, ofreció á los desgraciados liberales el ponerlos en libertad y escapar con ellos á Gibraltar; pero aquellos políticos inocentes y confiados volvieron á rehusar tal servicio, y revueltos en un mal bu-

que con los más abyectos criminales, partieron hacia las costas africanas, esperando volver á la madre patria dentro de pocos meses. El tiempo era el encargado de demostrarles lo cándidos que eran al creer tan firmemente en la clemencia de Fernando.



CAPITULO XXIX

1815-1816

Política internacional de España.—Desvío que nos demuestra Europa.—Congreso de Viena.—El representante Gómez Labrador.—Su desatinada conducta.—Conjuración de los reyes contra los pueblos.—La llamada *Santa Alianza*.—Excluyen de ella á Fernando.—Su amistad con el soberano de Rusia.—Renuncia definitiva de Carlos IV al trono de España.—Recrudece Fernando las persecuciones políticas.—Echevarría, ministro de Policía.—Sus tropelías.—Influencia de la Inquisición.—Visita del rey al Santo Oficio.—Suprime Fernando la prensa.—Más absurdas disposiciones.—Restablecimiento de la Compañía de Jesús.—Decreto de Fernando.—Efecto que en las demás órdenes religiosas producen sus alabanzas del jesuitismo.—Inesperada resurrección política de Bonaparte.—Se apodera rápidamente de Francia.—Sus miras sobre España y propósito de favorecer á los liberales.—Proposiciones que hace á Espoz y Mina.—Caída definitiva de Napoleón.—Estado deplorable del ejército español.—Miseria que sufren los oficiales de mar y tierra.—Prosigue Fernando su persecución contra los liberales.—Conspiraciones de éstos.—La Masonería.—Audacia y entusiasmo de los conjurados.—Sublevación del general Porlier en la Coruña.—Su trágico fin.—Repugnante despotismo de Fernando en su corte.—Sus gestos y las angustias de los cortesanos.—Castigos que hace sufrir á sus amigos.—La insurrección americana.—Desaciertos de Fernando en los asuntos de Ultramar.—Operaciones de los insurrectos.—Campaña en México de Javier Mina.—Su triste fin.—Triunfos del general Morillo en Venezuela.—Optimismo de Fernando en la cuestión americana.—La política en España.—Vuelta de Cevallos al ministerio.—Falsas promesas de Fernando.—La conspiración de «El Triángulo.»—D. Vicente Richard.—Espantosos suplicios.—Deplorable estado de la Hacienda Pública.—Casamiento del rey.—Despilfarros con que lo solemniza.—Caída del ministro Cevallos.—D. Martín de Garay su sucesor.

La degradación que sufría España en su política interior reflejábase de un modo triste en los asuntos internacionales. Después de una epopeya tan sublime como la pasada guerra y de ser la primera nación que hizo vacilar el poderío omnipotente de Napoleón sufrido por todas las potencias europeas con la humildad del esclavo, era de esperar que nuestra

patria, en cuantos congresos diplomáticos se celebrasen, fuera la nación más respetada y atendida siendo sus opiniones decisivas en los grandes conflictos; pero muy al contrario de esto, España luego de realizar el supremo esfuerzo contra el invasor, vióse más desatendida y despreciada que nunca.

La causa de tal descrédito había que buscarla en Fernando y la reacción, pues las mismas naciones que antes se habían mostrado suspensas y admiradas ante el heroico espectáculo que presentaba nuestra patria, comenzaron á mirarla con desvío cuando en ella se desarrollaron las repugnantes series de actos crueles que trajo consigo el absolutismo y que convirtieron al pueblo de los sublimes campeones en despreciable manada de esclavos sometida al capricho de un tiranuelo feroz, pero no por esto menos ridículo.

Después de la caída de un hombre como Napoleón, que con su espada había cortado á su gusto el mapa europeo, dando á la Francia los límites que le dictó la imaginación y creando ó borrando naciones á su placer, las vencedoras potencias coligadas viéronse en la necesidad de conferenciar largamente para volver el continente á su antiguo estado, reconstituir las nacionalidades en lo posible tal como se hallaban antes de que sobre ellas mugiera el huracán de la revolución y resolver cuestiones trascendentales que hacía mucho tiempo estaban pendientes.

En Mayo de 1814, Inglaterra, Austria, Rusia, Prusia, España, Portugal y Suecia celebraron un tratado con Francia en el que se convino la próxima celebración de un Congreso general para ocuparse de las grandes cuestiones propias de las circunstancias. Este Congreso debía celebrarse en Viena en el término de dos meses y tanta importancia se le dió que á él acudieron personalmente los reyes de Prusia, Dinamarca, Baviera y Wurtemberg, varios grandes electores y príncipes de los Estados germánicos y los políticos más importantes de las naciones coligadas. El célebre príncipe de Metternich era el encargado de presidir las conferencias en las cuales había de tratarse sobre los medios de conservar la paz europea y cumplir los tratados que las potencias vencedoras habían ajustado entre sí antes del triunfo.

Para que representara los intereses de España en tan importante conferencia, Fernando VII envió á Viena á D. Pedro Gómez Labrador, aquel diplomático rudo, reaccionario y falso, que después de haber dicho á las Cortes de Cádiz que su Constitución era el libro más sabio que se conocía, aconsejó al rey que ejerciera la soberanía absoluta *metiendo á los liberales en un puño*.

El papel que Labrador desempeñó en el Congreso de Viena fué el que correspondía al representante de un gobierno despótico que con sus tropelías causaba á todas las naciones honda

repugnancia. Bien puede decirse que las grandes potencias en todas sus deliberaciones hicieron caso omiso de España, pues acordaron realizar el nuevo arreglo político de Europa completamente á su gusto, concediendo á nuestra patria únicamente el derecho de hacer objeciones, ó sea lo mismo que permitían á la vencida Francia.

La nación que había sido principal protagonista en aquella lucha contra el tirano resultaba rebajada al mismo nivel que el pueblo derrotado, debiéndose tal degradación al despotismo de Fernando que hacía desmerecer nuestra patria á los ojos de Europa.

Otra hubiera sido la conducta de las potencias coligadas á existir todavía aquellas Cortes que desde un rincón de España y cuando ya casi podía darse por perdida la nacionalidad sostenían con energía sus derechos internacionales llegando en su defensa hasta oponerse muchas veces á Inglaterra, el estado aliado que nos proporcionaba socorros.

Las maneras poco atrayentes de Gómez Labrador y su improcedente petulancia, consiguieron que España fuera, en cada sesión menos atendida y al fin solo se consultó al representante en los asuntos que atañían de cerca á nuestra nación.

En la conferencia de Viena, Inglaterra manifestó el deseo de que España cesara en la trata de negros, proposición humanitaria y muy plausible; pero nuestro representante atendiendo á las instrucciones que le había dado Fernando, nada pudo contestar en concreto, y todas las naciones se reservaron emplear una negociación para que nuestra patria suprimiera un tráfico tan afrentoso y contrario á la dignidad humana. Más adelante Fernando consintió en abolir la trata de negros mediante una indemnización pecuniaria, de cuyo empleo ocasión tendremos de hablar.

También en dicha conferencia el representante de Portugal pidió que España devolviera la plaza de Olivenza adquirida por ésta en los tiempos de alianza con Napoleón, y todas las potencias asintieron á tan justa demanda; pero Fernando procuró estorbar las futuras negociaciones y acabó por negarse á hacer la devolución, lo que obligó á los portugueses á vengarse causándonos cuanto mal pudieron en las colonias de América.

El Congreso de Viena, después de adjudicar á las diferentes potencias los Estados arrebatados por Napoleón, trató de cuestiones políticas queriendo unificar el sistema de gobierno en Europa y que existieran inteligencias entre todos los soberanos para impedir que retoñara la revolución. En una asamblea como aquella, compuesta de reyes, príncipes y ministros apologistas del absolutismo, no era de extrañar que al principio de la tiranía predominase sobre el de la libertad y que todos los soberanos se aliasen para tener más esclavizados á sus pueblos.

Aquella conjuración para impedir

los progresos del espíritu revolucionario que con el siglo había de apoderarse del mundo entero, tomó el sacrílego nombre de *Santa Alianza*, como si fuera santo ni aun siquiera honrado el hacer que imperara la voluntad absoluta y caprichosa de unos cuantos hombres sobre muchos millones de semejantes.

En Julio de 1815 terminó el Congreso de Viena sus trabajos con la célebre acta general de ciento veintiuno artículos, en los que se marcaba la conducta que debían sostener todas las potencias contratantes para hacer subsistir el absolutismo y la llamada legitimidad monárquica.

El representante español, aunque se mostraba muy conforme con el espíritu político de dicha acta que no podía ser más idéntica á los sentimientos de Fernando, no quiso autorizar con su firma tal documento por ciertas declaraciones que en él se hacían contrarias á los intereses de su gobierno, y se retiró del Congreso brusca y descortesmente, lo que hizo que todas las potencias, aunque reconocieron al rey de España por soberano legítimo ateniéndose á los intereses de familia, le miraran con desvío y acordaran excluir á nuestra nación de cuantas negociaciones diplomáticas se entablasen en adelante.

La única amistad firme con que Fernando pudo contar desde entonces en toda Europa fué la del Czar de las Rusias, sirviendo en ella de activo intermediario el embajador y bailío Tattischeff, que, como ya dijimos, formaba parte de la *Camarilla*. El autócrata ruso, aquel Alejandro I, fantástico, caballeresco y un tanto loco, que tales muestras de adhesión había dado á las Cortes de Cádiz, no vaciló en olvidarse repentinamente de sus promesas al gobierno constitucional y reconocer el repugnante despotismo de Fernando. En voluntades omnipotentes que no encuentran jamás obstáculos á sus caprichos, no son de extrañar tales cambios é infidelidad de juramentos, conducta impropia de los hombres de honor.

Reconocido Fernando por todas las potencias como rey legítimo de España, faltábale para afirmarse más en su trono el acatamiento de su padre Carlos IV, pues todavía estaba en pié la protesta publicada por éste después de los tumultuosos sucesos de Aranjuez.

No era de gran necesidad para Fernando tal reconocimiento; pero en su afán de señor absoluto quería quitar á la nación todo pretexto para que algún día se negara á sufrir su despotismo; por esto entabló negociaciones con su padre é hizo que el nuevo rey de Francia, Luis XVIII, le escribiera en este sentido.

Encontrábase Carlos IV, ya agobiado por los años y los achaques, establecido en Roma en unión de su esposa, el infante don Francisco y el célebre Godoy, y su situación la hacía aun más triste la amargura del destierro y la ingratitud de su hijo.

La contestación que el anciano rey dió á las indicaciones del monarca francés no satisfizo á Fernando, que para lograr un completo reconocimiento se valió de toda clase de manejos y hasta puso al papa por intermediario.

No eligió mal Fernando su agente, pues la Iglesia siempre débil con el poderoso y cruel con el caído, ayudó con entusiasmo y éxito al déspota español, y como resultado de las maquinaciones del Papa, Godoy tuvo que abandonar al poco tiempo á sus ancianos amigos, á los que había seguido lo mismo en la prosperidad que en la desgracia, y Carlos IV acabó por firmar una renuncia explícita de sus derechos al trono de España que comenzaba así:

«Queriendo yo D. Carlos Antonio de Borbón por la gracia de Dios rey de España y de las Indias, acabar los días que Dios me diera de vida en tranquilidad, apartado de las fatigas y cuidados indispensables del trono; con toda libertad y espontánea voluntad cedo y renuncio estando en mi pleno juicio y salud, en vos mi hijo primogénito don Fernando, todos mis derechos incontrastables sobre todos los sobredichos reinos, encargándoos con todas veras que miréis siempre porque nuestra Santa Religión católica apostólica romana sea respetada y que no sufráis otra alguna en vuestros dominios, que miréis á vuestros vasallos como que son vuestros verdaderos hijos y que *también miréis con compasión á muchos que en estas turbulencias se han dejado engañar*.....»

Dejando á un lado las recomendaciones religiosas de Carlos IV á su hijo, propias de un rey fanático y de un documento arrancado por las gestiones del Papa, la citada renuncia resultaba honrosa para el anciano monarca, pues en ella demostraba un noble corazón aconsejando á Fernando la templanza de los liberales que según él creía en su senil inocencia se *habían dejado engañar*.

Muy lejos estaba Fernando de aceptar tal consejo, y en vez de mirar compasivamente á los vencidos recrudeció su persecución como si estuviera dominado por una inextingible sed de crímenes. Para que la nación estuviera á todas horas espiada y no se escapara á la penetración del déspota ni el más insignificante pensamiento, fué creado en Marzo de 1815 un ministerio de Policía y Seguridad Pública á cuyo frente puso Fernando al general D. Pedro Agustín de Echevarri, tristemente célebre por sus desaciertos en la pasada guerra y sus crueldades en Córdoba con los partidarios de José cuando los franceses iban en retirada hacia la frontera.

No tenía dicho ministerio reglamento que obedecer, disposiciones que respetar, ni más leyes que su capricho; así es que muy pronto dió á entender su existencia á la nación con una larga serie de atropellos, bastando la más estúpida delación para que un ciudadano sufriera durísimos castigos.

La respetabilidad de la posición social, el crédito que da una vida honrada, el sagrado de la familia, todo desaparecía ante aquel ministerio que creía ver en cada español que no ensalzara á Fernando, á la Inquisición y á la clerigalla feroz y fanática, un peligroso liberal ó un traidor afrancesado.

La Inquisición era en aquella época la institución á la moda. Por miedo á las intervenciones de las potencias extranjeras, tenía que reprimir sus impulsos y no dar todos los días en la plaza Mayor de Madrid un espectáculo tan grato á Dios como la pública quema en las hogueras de la Fe de una docena de empedernidos liberales; pero se consolaba de tal abstinencia gozando honores y premios que no había alcanzado ni aun en los tiempos del Hechizado Carlos II.

Fernando, en 15 de Marzo, pareciéndole poco haber restablecido la Inquisición creó una orden de caballería con objeto de honrar á los familiares del Santo Oficio, y para darles una muestra más viva de su aprecio, en las primeras horas de una mañana del mes de Abril, presentóse en la casa que ocupaba el terrible Tribunal, en el mismo instante que sus individuos se disponían á despachar los procesos pendientes.

Los santos vengadores de Dios recibieron el mayor contento con tan inesperada visita, y su alegría se aumentó al ver que el señor absoluto de España y sus Indias les dispensaba el alto honor de sentarse entre ellos al lado del Inquisidor General, y con una atención que no dedicaba ni aun á los más arduos negocios de Estado, iba enterándose de los asuntos que en la actualidad ventilaba el Tribunal y ayudaba á los ministros en sus deliberaciones y en el dictado de las sentencias. Después de esto, Fernando pasó á visitar las cárceles de la Inquisición y fué obsequiado con un suculento almuerzo por los inquisidores, que no cabían en el pellejo de puro gozo ante las muestras de afecto de aquel rey que reputaron como *«restaurador, consuelo y amparo de la Inquisición.»*

A los pocos días, la *Gaceta* publicó la relación de aquel acto del rey no dudando que tal noticia alegraría á la feliz España que tenía el honor de ser regida por un rey sobre el que imperaba el Santo Oficio, ya que tan humildemente iba aquél á mezclarse entre los negros ministros.

Después de conocer tal acto, á la nación culta é ilustrada sólo le quedaba dar gracias en secreto á las potencias coligadas, que aunque partidarias del absolutismo no querían que volviera á hacer la Inquisición de las suyas como en los pasados tiempos, pues es indudable que á no mediar las amenazas de la Europa coligada, el Santo Oficio hubiera encendido nuevamente sus hogueras y en ellas encontraran horrible muerte los liberales que arrastraban la cadena del criminal en los presidios de Africa.

En la misma *Gaceta* que daba cuenta de la visita de Fernando á la Inqui-

sición, insertábanse algunas disposiciones no menos dignas de mención, por las cuales prohibíase para en adelante la publicación de periódicos, revistas y folletos, no permitiendo otros impresos que la *Gaceta* y *El Diario de Madrid*, que era una hoja de anuncios. De este modo cumplía Fernando la promesa que hizo en el manifiesto de Valencia de respetar la libertad de imprenta, y con tal disposición bien puede decirse que petrificó la inteligencia nacional y puso una hermética mordaza al pueblo.

Necesitaba algo más la reacción, para convertir España en un inmenso convento en el que sólo muy pocos se encargaran de pensar por los demás, quedando el resto obligado á vivir como autómatas, arrastrando una existencia lúgubre y ascética, y para ello nada la pareció mejor que ordenar la clausura de casi todos los teatros y prohibir los bailes públicos y las diversiones de máscaras. Impidiendo que la sociedad española se entregara á pasatiempos honestos y reconocidos por todas las naciones, logró el gobierno absolutista y teocrático que predominara ese vicio oculto é hipócrita tan infiltrado en las costumbres de los individuos de la Iglesia, y que las clases elevadas se dedicaran á las brutales é impúdicas aventuras tan en los gustos del omnipotente Fernando.

Juntas con tan tiránicas disposiciones, publicáronse otras ordenando la diaria asistencia de los españoles á los templos, y determinando la compostura que en ellos debía guardarse, la respectiva colocación de hombres y mujeres; los trajes que éstas habían de llevar á las iglesias y los adornos que podían conservar ó de que debían despojarse á la entrada; con lo cual la *Gaceta* en vez de publicación para consulta de las oficinas públicas, vino á convertirse en una especie de manual de sacristías.

Cuando tales órdenes se publicaban y el Santo Oficio alcanzaba tanto esplendor, era de esperar una disposición real que no tardó en aparecer.

Para que la reacción teocrática imperara tranquila y se consolidara, no era suficiente la Inquisición cuya incompatibilidad con el espíritu de los tiempos reconocían hasta sus mismos ministros. La espada y el tizón del Santo Oficio no bastaban para destruir el espíritu de regeneración que ocultamente animaba á los pueblos, y era preciso solicitar el auxilio de la gangrena asquerosa y traidora; ó lo que es lo mismo, llamar á la Compañía de Jesús.

Esta institución, aun más terrible que el Santo Oficio, pues mientras que la Inquisición extendía su dominio sobre los cuerpos ella se apoderaba de las inteligencias, estaba abolida en España de fecha más antigua que el Tribunal de la Fe, pues, como ya dijimos, Carlos III á mediados del siglo XVIII expulsó á los jesuitas de la península, considerándolos con razón como un tremendo peligro.

Vicente Ganganelli (Clemente XIV), uno de los cuatro ó cinco hombres honrados que se han sentado en la llamada Silla de San Pedro ocupada en todos los siglos por un tropel de ladrones, libertinos, sodomitas y envenenadores *infalibles,* abolió la Compañía de Jesús, considerándola como azote terrible de la humanidad, acto de valor y entereza que le costó la vida, pues tras la firma del breve de supresión, dió á entender sus efectos la terrible *aqua toffana* del jesuitismo.

Pío VII, varón digno de ocupar el sitial de los Borgias, restableció la Compañía de Jesús, considerándola como el mejor cuerpo del negro ejército que se agrupa bajo la bandera del oscurantismo, y apoyándose en tal reconocimiento, Fernando no vaciló en volver á arrojar sobre España la terrible inmundicia que había barrido su abuelo.

Para dar á su determinación cierto aspecto de legalidad, consultó sobre tal materia al Consejo Real; pero antes de que éste emitiera su informe, Fernando en 25 de Mayo publicó un decreto, restableciendo solemnemente en España el horrible engendro de Ignacio de Loyola.

En dicho documento decía Fernando que había tomado tal resolución atendiendo las muchas súplicas que obispos, clérigos y particulares le habían dirigido, pidiendo el restablecimiento de los jesuitas y al mismo tiempo para premiar sus servicios á la patria (!) y al rey, pues indudable era lo mucho que habían contribuido á la defensa del territorio contra los ejércitos de Napoleón.

En pocas ocasiones mintieron tan cínicamente Fernando y sus consejeros, pues en toda la guerra ningún jesuita ni partidario público de la negra Compañía se reveló como defensor de la patria, y únicamente el canónigo Calvo, furibundo amigo de los jesuitas, dióse á conocer en Valencia en 1808 ordenando asesinatos en masa y otras tremendas fechorías que lo condujeron á la horca. Además, mal podían defender á España unos hombres que cumpliendo los estatutos de su orden al entrar en ésta, tienen que olvidarse de la patria y no reconocer más nacionalidad que la Compañía, ni más autoridad que la del Papa.

En dicho decreto tributábanse también los mayores elogios á la orden de Loyola y á su sabiduría y piedad, llamándola antemural de la religión y de los tronos, y asegurando Fernando en un rapto de entusiasmo que la Compañía había tenido más escritores que todas las comunidades religiosas juntas. Ofendiéronse con esta afirmación los frailes de todas las reglas, ya bastante alarmados ante la aparición de los jesuitas, que venían á privarles de una gran parte de los productos que sacaban del fanatismo nacional, y algunos, en los púlpitos, se desataron en denuestos contra la negra milicia de Jesús. Fué aquello una competencia entre gente del oficio sobre quien tenía más tradicionales derechos

para saquear al fanático y degradado pueblo, pero Fernando cortó toda cuestión, protegiendo á los jesuitas y amenazando á los frailes que los atacaban.

Creóse una Junta, presidida por el obispo de Teruel, para que atendiera á todo lo necesario á la restauración de la Compañía, y los jesuitas al entrar en España después de cuarenta y ocho años de expulsión, fueron acogidos con el mayor júbilo por las masas ignorantes y reaccionarias. El Papa, como era de esperar, felicitó á Fernando por haber introducido en su reino los que servían de instrumentos á su terrible y oscura política, y no fueron pocos los plácemes que el rey recibió por el restablecimiento de la Compañía, pues á más de ser muchos los reaccionarios, «habíase hecho costumbre en aquel tiempo,—como dice un autor nada sospechoso de liberalismo,—elevar al soberano felicitaciones por todo y hacerlas por comisiones que diariamente eran recibidas por el monarca.»

Estaba, pues, la reacción en todo su apogeo y Fernando gozaba por completo del poder absoluto, cuando un ruidoso é inesperado suceso vino á turbar la dulce calma del déspota y más todavía la tranquilidad de Europa.

Napoleón huyó, cuando menos lo esperaban las potencias coligadas, de aquella isla de Elba que le habían dado por prisión, y desembarcó en territorio francés. La aparición del grande hombre en su antiguo imperio cambió repentinamente la faz de Francia y del resto del continente. Vivos aun en el pueblo galo los recuerdos de gloria del Imperio, sobre las armas todavía las antiguas legiones imperiales y sin haber adquirido todavía ningún prestigio los restaurados Borbones, bastó á Napoleón el tremolar sus águilas para que al momento acudieran todos los elementos del país, convirtiéndose su marcha hasta las orillas del Sena, en un paseo triunfal, sin que nadie osara oponerse á su paso.

Dueño ya de París el terrible guerrero, atemorizóse Europa y tembló Fernando VII á quien acusaba la conciencia de deslealtad con Napoleón.

El resucitado emperador desde su destierro y antes de dar tan inesperado golpe había seguido con atención los sucesos ocurridos en España, y en sus planes figuraba en mucho nuestra patria. Acertando por primera vez en los asuntos españoles, había conocido Bonaparte que la nación que tan valientemente había luchado por su independencia tenía verdadera sed de libertad y quedaría profundamente agradecida al hombre que se la diera, por lo que se propuso cumplir esta misión, convirtiendo á la antigua é irreconciliable enemiga, en afectuosa aliada.

Su estrepitosa caída y el triste destierro habían aleccionado á Napoleón que ya no quería conquistar pueblos y repartirlos entre sus generales, sino

adquirir aliados que le ayudaran á sostener su Imperio. Deseando, pues, granjearse las simpatías de España y asegurar de este modo sus espaldas mientras luchaba con el resto de Europa, pensó en auxiliar á los liberales españoles para que derribaran el despotismo de Fernando y restablecieran el régimen constitucional.

El general Espoz y Mina, emigrado en Francia después de su tentativa revolucionaria en Pamplona y que al restablecerse Napoleón en Paris encontrábase en un pueblecillo llamado Bar-sur-Aube, fué el caudillo en quien el emperador puso sus ojos para tal empresa, pues nadie mejor que él conocía los talentos militares de aquel tosco hijo del campo que llegó á ser el más eminente de los guerreros que España ha tenido en el presente siglo.

Por conducto de sus subordinados hizo saber Bonaparte al emigrado general su deseo de enviarlo á España para combatir el despotismo de Fernando y sin esperar la contestación hizo que los diarios oficiales de Francia anunciasen que Espoz y Mina iba á encargarse de un cuerpo de ejército de treinta mil hombres que pasaría los Pirineos para derribar en la península la tiranía borbónica.

Magnífica era la ocasión que al célebre caudillo navarro se presentaba para restablecer el régimen constitucional y devolver á España su libertad, pues ante treinta mil soldados aguerridos dirigidos por una inteligencia como la suya, veríase Fernando obligado á capitular; pero á pesar de esto, Mina no accedió á los deseos de Napoleón, primeramente porque como buen español le repugnaba que su patria debiera la regeneración política á extranjeros y después, porque aun estaban vivos en su memoria los recuerdos de la pasada guerra y le repugnaba volver á la peninsula al frente de aquellas mismas tropas que con tanto éxito había combatido.

Negóse, pues, enérgicamente el heróico Mina á cumplir las órdenes de su antiguo enemigo, y como temiera alguna represalia de éste huyó ocultamente á Suiza y de allí pasó á donde estaba la fugitiva corte de Luis XVIII.

Fernando y su *Camarilla* que por los periódicos franceses y los agentes diplomáticos tuvieron noticia de los designios de Bonaporte, temblaron ante la idea de que el invencible Mina aceptara el mando de un ejército invasor, pero cuando supieron la negativa de éste volvieron á recobrar la tranquilidad.

Conocida es la segunda parte de la epopeya bonapartista que lleva el título de Imperio de los Cien Dias. En ninguna ocasión se mostró el grande hombre tan emprendedor y sublime. En un corto espacio de tiempo, organizó ejércitos, creó recursos y batió completamente á los prusianos en Ligny, aterrando á todas las potencias coligadas, que repentinamente habían visto resucitar aquel cadáver grandioso del Imperio cuyos despojos

todavía se estaban repartiendo en el Congreso de Viena.

Para fortuna de la tranquilidad continental, aquella resurrección duró muy poco tiempo, pues al fin Napoleón fué derrotado para siempre en Waterlóo el 18 de Julio de 1815, su imperio quedó deshecho y él fué á morir tristemente en el islote de Santa Elena, en medio de las soledades del Océano.

En aquél último susto que Bonaparte daba á las monarquías europeas, y cuando todas éstas se armaban para combatir el reaparecido peligro, España que era á quien correspondía el puesto de honor, pues á ella debíase la primera caída del Imperio, fué la que hizo la más triste figura.

A costa de grandes esfuerzos consiguió el gobierno de Fernando reunir un pequeño cuerpo de tropas que puso bajo las órdenes del general Castaños, y lo envió á Francia para combatir al emperador. Luis XVIII desdeñó tal auxilio hasta el punto de protestar de él é intimarle la retirada, y después de un convenio con el duque de Angulema, volvieron á España nuestras tropas á los cuatro días sin haber disparado un solo tiro.

Este desaire que la legitimidad francesa hacía á Fernando, resultó aún más grande después de la derrota de Napoleón, pues los mismos Borbones que habían intimado la retirada á Castaños, rogaron á las potencias aliadas que dejaran sus ejércitos por algunos años en Francia para guardarlos de cualquier nuevo ataque del emperador.

Los grandes esfuerzos que el gobierno de Fernando tuvo que hacer para reunir la pequeña división mandada por Castaños, eran la más clara prueba del estado en que había venido á parar aquel brillante ejército que dos años antes derrotaba á las primeras legiones del mundo.

El ministro de la Guerra Eguía, siguiendo sus propias inspiraciones y las de la *Camarilla*, envilecía al ejército y le quitaba su carácter militar queriendo introducir en él aquel espíritu frailuno de que pretendían saturar á toda la nación; al mismo tiempo atendíase mejor á las exageradas exigencias de cualquier comunidad religiosa que á las precisas necesidades de los regimientos.

A raíz de la reacción, el gobierno hizo al ejército grandes promesas de reorganización y bienestar; pero éstas nunca llegaron á vías de hecho, y todas las beneficiosas reformas quedaron reducidas á unas ordenanzas «más propias,—como dice un autor,—para una comunidad de frailes que para un ejército de veteranos.»

En dichas ordenanzas prohibíase á los soldados los cantos patrióticos con que en la pasada campaña habían acompañado sus brillantes cargas á la bayoneta, y en cambio se les ordenaba que rezaran el rosario todas las tardes, y hasta se les decía el modo como debían tomar el agua bendita al entrar en las iglesias. Junto á esto no daba el gobierno ni una sola disposición para mejorar la organizacion ni intro-

ducir en nuestro ejército los adelantos militares adoptados en otras naciones.

Los soldados que tantos sacrificios habían hecho por la patria y que en tan numerosos combates expusieron su vida, no alcanzaban de Fernando otras recompensas que cruces insignificantes y desprovistas de toda pensión y en tanto recibían valiosas recompensas, los curas, los frailes ó los cortesanos, que nada habían hecho en la pasada guerra.

Cuando en presencia del rey alabábase el valor de algun heróico soldado en las pasadas campañas, Fernando por todo comentario contestaba fríamente:—*Cumplió su deber*, y en cambio premiaba á los militares reaccionarios y frailunos que nunca se habían batido, y aun les daba el mando de los regimientos formados con veteranos cubiertos de honrosas cicatrices.

La ingratitud de Fernando con el ejército que le había devuelto la corona, y su notoria injusticia, mostrábanse también en lo referente á las subsistencias.

Mientras el cuerpo de Guardias de Corps compuesto de jovenzuelos nobles que no habían tomado parte en la guerra, estaba atentamente cuidado y presentaba un aspecto deslumbrador sin rival en Europa, los olvidados regimientos de línea, que habían regado con su sangre los campos de batalla en que se rompieron las cadenas de la patria, iban hambrientos y cubiertos de harapos semejando más que organismos militares, infelices bandas de foragidos.

Cuando en España eran restablecidos los conventos bajo su antiguo pié y cobraban del Estado con intachable puntualidad toda la inmensa caterva de gentes de Iglesia y empleados reaccionarios, el gobierno dejaba transcurrir los meses sin dar ni un ochavo á los desdichados oficiales que tan valientemente se habían portado en la pasada guerra. Á tal punto llegó la miseria y el hambre que reinaban entre los verdaderos militares, que un general, presidiendo un Consejo de guerra, sufrió un fuerte síncope por falta de alimento y al desceñirle la ropa sus compañeros vieron con amargura que bajo la raída casaca cubierta de deslucidos bordados no llevaba camisa.

Pero la triste situación del ejército aun resultaba envidiable puesta en comparación con la de la marina de guerra, cuyos oficiales desde los tiempos de Godoy no percibían más sueldo que alguna mezquina gratificación en los días de cumpleaños de los reyes ú otra célebre conmemoración. Bajo el *protector* reinado de Fernando llegaron á deberse á los marinos más de setenta meses de sueldo, y tal vino á ser la miseria de éstos, que en el Ferrol un oficial murió de hambre, y el gobierno para impedir que en adelante repitiéranse actos tan inconcebibles, dió permiso á los individuos de la escuadra por medio de Real orden, para que se dedicaran al ejercicio de la

pesca. Convirtiéndose en pescadores y sirviendo de criados en fábricas y mesones, pudieron ir sustentando miserablemente su vida aquellos bravos marinos que habían tenido la desgracia de dedicarse al servicio de la patria en la época en que estaban abiertas las puertas de tantos conventos, felices lugares de abundancia y hartura.

Las excentricidades del feroz Eguía cada vez más crecientes, movieron á Fernando á relevarle del ministerio de la Guerra con el general Ballesteros, y como al mismo tiempo estaba pendiente todavía la amenaza de Napoleón que aun no había caído en Waterlóo, el déspota entibió un tanto su persecución contra los liberales.

No permaneció Fernando mucho tiempo en tan benévola actitud, pues apenas desvanecido el peligro con la caída de Bonaparte, volvió á sus antiguas é irritantes medidas preventivas que exasperaban á los liberales tranquilos y enfurecían cada vez más á los hombres de acción del partido constitucional.

La intentona de Mina en la ciudadela de Pamplona, á pesar de su falta de éxito, tenía gran trascendencia, pues demostraba el arraigo que las ideas liberales alcanzaban en los hombres ilustres y que al heroico caudillo navarro no tardarían en seguir otros generales de prestigio.

Conspirábase con gran actividad y no menor fe contra el gobierno absoluto, y como la inquisitorial policía de éste seguía con ojo avizor todos los pasos de los liberales, veíanse obligados á valerse para sus trabajos del más absoluto misterio. La institución masónica establecida en España por el conde de Aranda á mediados del pasado siglo y robustecida notablemente con la venida de las tropas francesas en 1808, sirvió de mucho á los conjurados para sus trabajos. Las logias convirtiéronse en clubs revolucionarios y en el seno de ella fueron agrupándose los valiosos y diversos elementos que después de desgraciadas intentonas habían de lograr la destrucción del absolutismo. La masonería, institución de la que más adelante hablaremos, fué la verdadera cuna de la conspiración que produjo el segundo período revolucionario de España.

El centro directivo de todos los trabajos de conspiración que se llevaban á cabo en las logias, era la sociedad llamada el *Gran Oriente*, que tenía su asiento en Granada.

En ninguna ocasión han demostrado los revolucionarios españoles más valor y constancia que en aquella triste época. La más leve sospecha bastaba á la Inquisición ó al ministerio de Policía para encarcelar á un conspirador y someterlo á los más crueles tormentos, con objeto de que denunciara á sus cómplices; pero á pesar de esto nadie desmayaba en tan ardua empresa, y tal era su audaz entusiasmo, que se introducían en los cuarteles y hacían propaganda revolucionaria entre los soldados exponiéndose á los rigores de una delación.



La impaciencia propia de los caracteres inquietos y enérgicos y el optimismo, hijo del entusiasmo, hicieron que los conspiradores se lanzaran á la palestra, no contando con medios suficientes para derribar el gobierno absolutista.

El bravo general Porlier que con tantas hazañas se había acreditado como caudillo invencible en la pasada guerra, fué el que primero siguió las huellas de Mina tirando de su espada en favor de la Constitución. Hallábase el héroe de la costa cantábrica tomando baños en la Coruña acompañado de su familia, cuando siguiendo las instrucciones del centro conspirador y después de ponerse de acuerdo con algunos oficiales y sargentos de la guarnición, sublevóse el 19 de Setiembre de 1815 contra el gobierno de Fernando, pidiendo el restablecimiento del régimen constitucional.

Era á la sazón capitán general de Galicia Saint-March, y el intrépido Porlier consiguió arrestarlo en unión de las demás autoridades absolutistas de la Coruña, enviando después de esto proclamas é instrucciones á la ciudad de Santiago, con cuyo comandante creía poder contar, así como con toda su guarnición.

Firme en esta confianza y para activar la sublevación, Porlier pasó á dicha plaza, llevando mil infantes y seis piezas de artillería. Era comandante general de Santiago D. José Imaz, persona afecta al absolutismo y que hasta entonces había engañado con falaces promesas al confiado Porlier, que vió con sorpresa al acercarse á la ciudad como aquél que creía amigo se preparaba á rechazarlo.

Auxiliado Imaz por el arzobispo, el clero, los nobles y demás personas interesadas en que subsistiera el degradante régimen despótico, salió al encuentro de Porlier, ayudado no por bayonetas, sino por la gran cantidad de oro que le entregó el cabildo, y con tan ruín seducción pudo atraerse á algunos sargentos de las tropas sublevadas, los cuales, disponiendo á su antojo de los soldados, acabaron por prender á su general y á treinta y cuatro oficiales que le acompañaban.

Fué conducido Porlier y sus desgraciados compañeros por las mismas tropas que antes mandaban á las cárceles de la Inquisición de Santiago y allí quedaron todos los conspiradores sepultados en inmundos calabozos, hasta que por orden del gobierno se les trasladó á la Coruña.

Fernando, olvidando que aquellos hombres eran militares y que habían derramado en muchas ocasiones su sangre por la patria, no les concedió la gracia que solicitaban de morir fusilados y tuvo especial complacencia en condenarlos á perder la vida en la horca.

En aquel afrentoso y vil suplicio, reservado á los más abyectos criminales, terminó sus días el valiente don Juan Diaz Porlier, conocido vulgar-

mente por el *Marquesito* (1) aquel esforzado joven que con su apostura y sus hazañas recordaba á los héroes de la Grecia clásica. El caudillo que había conseguido sacar incólume su vida de un batallar continuo que duró cuatro años, vino á perderla á manos del mismo rey cuyo nombre tantas veces le había servido de grito de combate.

El que tras la victoria de España contra el invasor debía haber recibido la corona de roble del campeón, no alcanzó más premio que la soga de la horca, triste suerte reservada á todos los ciudadanos honrados que pretendieran defender la legalidad escarnecida por Fernando.

En el oscuro y repugnante período que abarca la primera época del despotismo de Fernando, habían de alcanzar tan infausta suerte como Porlier muchos hombres que se habían sacrificado por devolver la corona al monarca cuya principal condición de carácter era la ingratitud.

No eran únicamente los liberales los que en aquella época sufrían la persecución de Fernando, pues éste, siguiendo sus miserables instintos ó por pura tendencia á la ingratitud, se revolvía también contra los más feroces reaccionarios que le rodeaban, dándole consejos y creyendo poseer su confianza.

Aquel déspota, sin otra ley que su capricho y fastidiado por su misma omnipotencia, hacía temblar á la miserable *Camarilla* que le rodeaba. Semejante á esos tiranos asiáticos que son considerados como hijos de Dios y con un solo gesto consiguen aterrar á sus cortesanos ó devolverles la confianza, Fernando era contemplado con interés por los suyos y su rostro convertíase en espejo donde se reflejaba la alegría ó la tristeza para los personajes palaciegos.

Nunca ha existido en nuestra patria tan humillante degradación. Rascábase el diosecillo de España la frente, y al momento quedaban consternados ministros, altos personajes y favoritos que ante tal muestra de regio malhumor, creían ya cercana la hora de ser enviados á un castillo ó desterrados á Ultramar; pero si el déspota se rascaba las orejas, entonces todos sonreían en palacio y los personajes pedigüeños aprovechaban la ocasión para formular sus inacabables demandas. Para desgracia de los cortesanos pronto cesó la fidelidad de este original barómetro que marcaba el estado del humor real, pues Fernando, que era groseramente chusco, al notar que sus allegados adivinaban en su rostro la situación de su carácter, se propuso engañarlos, y con este objeto para castigar se valía de las formas más alegres y satisfechas. En muchas ocasiones estuvo hasta altas horas de la noche conversando con personajes de su confianza, extremándose en halagarlos, dándoles amistosas palmaditas y regalándoles ricos cigarros al despedirse, y

(1) Porlier era considerado públicamente como hijo natural del Marqués de La Romana, y este era el motivo de tal sobrenombre.

cuando el cortesano se retiraba á su casa ebrio de contento por la real confianza, encontrábase con una carta de Fernando ordenándole que en el término de dos horas saliera desterrado para el castillo que él tenía á bien señalar, si es que no le daba la humorada de enviarlo á tomar los aires africanos en el presidio de Ceuta.

Estas bromas hipócritas y crueles eran muy del agrado del monarca y y con ellas fué arrojando de la privanza á los más furiosos reaccionarios que por poco tiempo podían hacer alarde de ella.

El ministro de Policía, Echevarri, á pesar de sus crueldades con los liberales que le habían granjeado las simpatías de las gentes palaciegas, fué destituido repentinamente dándole Fernando un plazo de pocas horas para que preparara su marcha á Daimiel donde había de sufrir el destierro, y el arcediano Escoiquiz el ayo y eterno consejero del monarca, no salió mejor librado de los caprichos de éste, pues tuvo que ir confinado á Andalucía en unión de algunos nobles conocidos como amigos suyos.

El canónigo Ostolaza, aquel bufón miserable y libertino que tan *grandes* servicios había prestado á Fernando delatando y calumniando á sus compañeros de diputación y atizando el fuego de la persecución contra los liberales, no pudo impedir que el déspota le cobrara aversión con el tiempo, y para que cuanto antes saliera de la corte, fué nombrado director de la Casa de Niñas Huérfanas de Murcia, cargo del que se valió, arrastrado por sus corrompidas pasiones, para cometer brutales atentados contra el pudor de sus educandas, lo que obligó al obispo de Cartagena á enviar recluso á la Cartuja de Sevilla á aquel consagrado varón partidario firme de los jesuitas y el Santo Oficio.

Cuando los caprichosos antojos de Fernando se cebaban de tal modo en sus más decididos adalides, no era extraño que merecieran igual suerte los personajes tildados de absolutistas tibios. El general Ballesteros, sucesor del feroz Eguía en el ministerio de la Guerra, no tardó en ser destituido y enviado al destierro y al ministro de Hacienda, D. Felipe González Vallejo aun le cupo peor suerte, pues fué condenado á presidio por diez años.

No pudo saberse con certeza el motivo que impuso á Fernando á tratar con tal dureza á su ministro de Hacienda; pero ateniéndose á ciertos detalles, no es aventurado asegurar que la causa del enojo estribaba en haberse enterado González Vallejo de ciertas cartas enviadas por el rey al terrible Negrete, el verdugo de Andalucía, encargándole no tuviera reparo en castigar á los liberales, cartas de las que indiscretamente dió cuenta á algunos amigos.

La Real orden en que Fernando daba cuenta del castigo del ministro, merece ser conocida, pues su texto tan breve como rabioso terminaba así: «Vengo en mandar que D. Felipe

González Vallejo, pase, usando de conmiseración, á la plaza de Ceuta y subsista confinado en ella por el término de diez años, sin poder salir, aun después de cumplido, mientras no obtenga mi real permiso.»

No podía mostrarse con más concisión y en forma más irritante la voluntad absoluta del monarca que disponía á su antojo de la suerte de todos sus súbditos.

De aquel continuo vaivén de la suerte que agitaba en el palacio hasta á la misma *Camarilla*, sólo se libraba el aguador Chamorro que con la socarronería del rústico no quería mezclarse en asuntos políticos y atendía únicamente á hacer su agosto y á divertir á Fernando con estupendas bufonadas. De todos los demás cortesanos bien puede afirmarse que ninguno quedó sin recuerdo del malhumor real, llegando á tal punto el modo de hacer sentir Fernando su enojo, que sus validos más deseaban verle sombrío y cejijunto que sonriente, decidor y afable, pues esto último era lo mismo que encontrarse el destierro ó el presidio á la puerta del palacio.

Aquella política de Fernando brutalmente reaccionaria y tiránica sino le daba buenos resultados en la península, pues producía conspiraciones que eran como preludios de otras más graves, menos podía producirlos en las provincias de América cada vez más devoradas por el fuego de la insurrección.

Desde que las colonias americanas en 1810 habían dado el grito de rebelión contra la metrópoli, la insurrección había ido creciendo á pasos agigantados y era ya imposible á España el dominarla. Aquellos inmensos territorios estaban próximos á desprenderse de la tutela española y Buenos-Aires se encontraba ya por completo independiente. En Chile, Perú y otras provincias se guerreaba por la independencia del territorio y en Méjico no lograban los españoles extingir las guerrillas patrióticas, idénticas en organización y hazañas á las nuestras en la lucha contra Napoleón.

Venezuela que había sido la primera provincia en sublevarse contra España, fué la que sostuvo con más encono la lucha contra la metrópoli. En 1812 había sido nombrado Dictador de la República constituida por los insurgentes, el general Miranda, antiguo caudillo de los ejércitos invencibles organizados por la revolución francesa.

Este soldado de la libertad universal, con escasas fuerzas se sostuvo por algún tiempo contra las tropas de la metrópoli; pero al fin le obligó á capitular el general español D. Domingo Monteverde, el cual deslució su triunfo no respetando lo pactado con el vencido y enviando preso á la península al desgraciado Miranda, que encerrado en el castillo de la Carraca murió en 1816, cuando tenía hechos sus preparativos para fugarse.

No por esto cesó la insurrección en Venezuela, principal foco de la revo-

lución colonial, pues Miranda dejó como sucesor un joven subordinado llamado Simón Bolívar, que por el tiempo había de alcanzar el grandioso título de Libertador de la América.

En 1815 era casi nula la autoridad de España en sus provincias americanas. Los vireyes eran desobedecidos, nuestro escaso ejército en aquellas regiones tenía que luchar contra superiores enemigos, librándole únicamente de una catástrofe su valor y su sufrimiento para soportar las fatigas y á la metrópoli le era imposible prestar ningún auxilio decisivo á los que en aquellas regiones sostenían la bandera española, pues lo impedían la distancia y la falta de recursos.

Solo empleando un régimen liberal con aquellas colonias y enviando á ellas de golpe un poderoso ejército podía evitarse su disgregación de la metrópoli, y Fernando en vez de tomar tales medidas extremaba en ellas su repugnante absolutismo lo mismo que en la península, y en cuanto á refuerzos, los enviaba en mezquina cantidad, cansando con esto la nación, agotando sus recursos y no logrando resultado alguno.

Como ya dijimos, Fernando valiéndose de su afición al engaño, había pretendido desarmar á los insurgentes americanos anunciándoles una próxima reunión de Cortes; pero esta promesa no surtió efecto, porque en el Nuevo Mundo era conocido el carácter del monarca y todos sabían sus instintos tiránicos. Además, mal podía fiarse en promesas de liberalismo que procedieran de tal rey, cuando al ocupar el trono, después de volver de Francia, una de sus primeras disposiciones en los asuntos de América fué restablecer la Inquisición.

Esta desacertada orden produjo el más pésimo efecto en todas las regiones americanas y especialmente en Méjico, donde todavía existía algún afecto hacia el monarca; pero que desde tal instante comprendió,—como dice su ilustre historiador Alamán,—«que ya nada tenía que esperar de España y mucho menos organizada bajo el plan de absolutismo de Fernando.»

Con un sistema de reformas como el que comenzaron á poner en práctica las Córtes de Cádiz es muy posible que, si no todas, al menos la mayor parte de las provincias americanas, se hubieran mantenido por algún tiempo fieles á la metrópoli; pero la reacción que sobrevino borró todo afecto del ánimo de los insurgentes y España perdió sus colonias, más que por otro motivo, á causa del absolutismo monárquico.

La odiosa Inquisición contribuyó á empeorar nuestra causa en América. Como si se tratara de cismáticos ó de herejes, el Tribunal de la Fe entendía en los procedimientos contra los insurgentes y aplicaba penas degradantes á los sentenciados, y cuando el cura Morelos, que era el cabecilla mejicano de más talento y popularidad, cayó en poder de los españoles, la Inquisición,

antes de que fuera fusilado, hizo con él un auto de fe, exponiéndolo al público de rodillas y azotándolo cruelmente.

Fácilmente se comprende que tales actos en vez de sembrar el terror y apagar la insurrección sólo servían para embravecer los ánimos de los americanos que sentían correr por sus venas la altiva sangre española, que siempre hierve ante los insultos y reclama al que la lleva pronta venganza.

Un nuevo caudillo de gran prestigio hizo su aparición en el campo insurreccional de Méjico. Era éste, el célebre Javier Mina, sobrino del renombrado Espoz y Mina, cuya vida, hazañas y desgracias durante la guerra con los franceses, nos son ya conocidas.

Javier Mina, después de haber tomado parte en la intentona revolucionaria de Pamplona que realizó su tío, entró con éste en Francia y abandonándolo pronto dirigióse á Inglaterra donde los agentes revolucionarios de Méjico consiguieron atraerlo á su partido. La conducta del joven Mina en aquella época ha sido objeto de muchos comentarios y algunos le han tachado de traidor á su patria, acusación poco justificada, pues lo cierto es, que el antiguo guerrillero fué á Méjico no á combatir por la total independencia de este país, sino á hacer la guerra al tiránico Fernando y á lograr que los territorios de Nueva España gozaran de libertad y de autonomía.

El odio que el heroico navarro profesaba á Fernando y el deseo de derribar al que tan cruelmente tiranizaba á su patria, le decidieron á poner su espada al servicio de los insurgentes mejicanos, y á trasladarse á los Estados Unidos de donde salió al frente de una expedición que no contaba más allá de doscientos hombres.

Grandes dificultades propias de la escasez de recursos; las condiciones de sus soldados, los cuales en su mayor parte eran extranjeros, procediendo solo algunos de los antiguos batallones de Espoz y Mina, y el espionaje de los realistas hicieron que la expedición no alcanzara el inmediato éxito que se prometía su caudillo.

Así que éste desembarcó en las costas mejicanas comenzaron á dirigirse contra él todas las tropas de que podía disponer el virey, pues el gobierno español tenía motivos para conocer de lo que era capaz Mina y la necesidad que había de exterminarlo cuanto antes. A pesar de la desigualdad de fuerzas y de la constante persecución, Mina consiguió derrotar en varias ocasiones á los realistas y reanimar el fuego insurreccional, sosteniéndose de este modo algunos meses. En todas sus proclamas manifestaba cuáles eran sus intentos, repitiendo siempre: «Yo no vengo á hacer aquí la guerra á los españoles, sino á la tiranía de Fernando.»

Puede muy bien darse por seguro que Mina, en otras circunstancias, hubiera conseguido sublevar todo el país

y vencer á los defensores de Fernando; pero los mismos naturales le ayudaban tibiamente mirándole con recelo, ya por su calidad de español, ya por no ser partidario de la total independencia, y al fin el desgraciado caudillo, vendido traidoramente por un cura y sorprendido durante el sueño, fué apresado por los realistas en el Rancho del Venadito, siendo fusilados inmediatamente algunos de sus compañeros.

El infortunado Mina fué conducido al fuerte de los Remedios donde sus carceleros le hicieron sufrir inquisitoriales tormentos, y el 11 de Noviembre de 1816 murió fusilado, imponiéndose á todos por su serenidad en tan supremo trance. Al morir tenía veintiocho años de edad aquel indomable caudillo que parecía haberse amamantado en los pechos de Belona, y que en tan poco tiempo había asombrado al mundo con sus hazañas.

En Venezuela, foco como ya dijimos de la insurrección americana, era donde con más encono continuaba la lucha. Los dos primeros caudillos de la guerra de América se encontraban allí frente á frente. Simón Bolívar á quien el porvenir reservaba la gloria de los grandes guerreros, y el intrépido general Morillo enviado por el gobierno español al frente de un regular ejército para pacificar aquellas vastas regiones.

La guerra entre ambos poderosos rivales era tan incierta como preñada de terribles incidentes. Conocíase que al fin del triunfo sería de los insurrectos, pero estos tenían enfrente á un militar tenaz y valeroso cual lo era Morillo, que no quería cejar mientras quedase una probabilidad de éxito.

Batallando en las inmensas planicies con aquella temible caballería de *llaneros* que seguía á Bolívar, y batiéndose en las altas y abruptas cordilleras con los certeros y temibles cazadores americanos, iba Morillo recobrando poco á poco los territorios perdidos por España, y la conquista de Cartagena de Indias fué un ruidoso hecho que cimentó la fama de aquel general, improvisado entre el fragor de nuestra guerra por la Independencia.

Pero estos no eran más que efímeros triunfos que nada decidían, pues en las guerras de América lo mismo que en la de la Península contra los franceses, los ejércitos que el país miraba con odio sólo eran dueños del terreno que pisaban y á sus espaldas volvían á levantarse con nueva pujanza los enemigos que días antes habían vencido.

Fernando, que con la toma de Cartagena de Indias recibió gran alegría, creyó que no era necesario más que otro esfuerzo para que toda América volviera á su antigua obediencia y comenzó á organizar en Cádiz una expedición militar de treinta mil hombres. El buen deseo ó más bien la ignorancia engañaba á aquel monarca que creía poder dominar fácilmente á pueblos lejanos que luchaban por la

libertad y la independencia. Fernando no conservaba en su memoria recientes ejemplos y olvidábase de Napoleón que con los primeros ejércitos del mundo no había conseguido dominar al pueblo español que tampoco estaba separado de él por las inmensas soledades del Océano.

El año 1816 pareció inaugurarse en España con una cierta benevolencia y dulzura en lo referente á la política. Fernando, que no podía tratar mucho tiempo á los mismos ministros, realizó un cambio de gobierno, por el cual volvió á tomar la cartera de Estado D. Pedro Cevallos, encargándose también interinamente de la de Gracia y Justicia, que hizo abandonar el rey á D. Tomás Moyano, porque según sus informes era tan amante de su familia que en un solo día había dado importantes empleos á veinte parientes. El anciano D. José Ibarra dejó el ministerio de Hacienda, entrando en él D. Manuel López Araujo, director de loterías tan aprovechado, que en la víspera de los sorteos regalaba al rey los números que siempre alcanzaban el primer premio al día siguiente; y don José Salazar dimitió la cartera de Marina que vino á ocupar D. José Vázquez Figueroa.

Así era gobernada España por ministerios que sólo duraban algunos meses y que en bastantes ocasiones pasaban del poder al destierro ó á la cárcel, sin que por ello debieran entregarse á la desesperación, pues si el rey se acordaba de los caídos ministros en un rato de buen humor, los volvía á su gracia, publicando un decreto en que decía que se había engañado, que reconocía nuevamente la verdad, y que por tanto hacía cumplida justicia á su saber y mérito. Nada importaba á Fernando el demostrar por este medio á la nación su inconcebible ligereza y lo caprichosamente que trataba los asuntos de Estado.

Al encargarse el nuevo ministerio de sus carteras, ó sea en Enero de 1816, publicó Fernando un decreto, en el que, diciendo que no quería siguiera dividida la nación en liberales y realistas, manifestaba su deseo de que todos los españoles fueran iguales y por tanto ninguno sufriera persecución por sus ideas políticas.

Esta promesa causó muy buen efecto en toda la nación, pero pronto se convencieron los liberales de que era tan falsa como todas las formuladas por Fernando, pues la persecución contra ellos no se amainó un solo instante. Por esto siguieron adelante en sus trabajos de conspiración y fraguaron un movimiento revolucionario que debía estallar en Madrid.

Consistía éste en apoderarse de la persona de Fernando cuando paseara como lo hacía todas las tardes por la carretera de las Ventas del Espíritu Santo ó se dirigiera disfrazado á casa de cierta amiga, á quien visitaba todas las noches, conduciéndolo después á Alcalá, donde estaba acantonado un regimiento adicto á los liberales y le-

cer allí que admitiera la Constitución.

Los conspiradores que tal golpe se proponían dar, estaban organizados por un hábil y misterioso sistema que hizo se diera á su conjuración el nombre de *la del Triángulo*. Cada conspirador era conocido solamente de otros dos que á su vez se entendían separadamente con otros dos y así la misteriosa cadena se iba remontando hasta lo infinito, comunicándose las órdenes de eslabón en eslabón con suma rapidez. Lo notable de dicho sistema era que los conjurados no se conocían entre sí y no era posible por tanto una delación completa, pues el conjurado sólo conocía á los individuos de su triángulo y del siguiente en que él constituía el vértice. En aquella misteriosa organización sólo muy pocos conocían la cabeza de la cadena y las órdenes se acataban y se cumplían sin saber su procedencia.

Figuraba en dicha sociedad un comisario de guerra llamado D. Vicente Richard, hombre de gran ilustración y de una energía sin límites que en la oscuridad marchitaba cualidades propias de un gran político. Richard, con un golpe de vista superior á su época y libre de preocupaciones, comprendió lo inocente que resultaban los intentos de la conspiración, pues aunque Fernando acatara por la fuerza el régimen constitucional, la reacción no tardaría en sobrevenir ya que el rey era quien la protegía y alentaba.

Inspirado por tan ciertas ideas y deseando destruir el cimiento más fuerte de la reacción, el enérgico Richard concibió el proyecto de asesinar á Fernando proponiéndose dar el golpe por sí mismo. No reveló tal secreto más que á los conjurados que formaban su triángulo y que eran dos sargentos de infantería de marina, los cuales le delataron á la autoridad que inmediatamente lo prendió. Entre las ropas de Richard encontraron el puñal que éste destinaba para dar muerte á Fernando en uno de sus vespertinos paseos, y por más tormentos que hicieron sufrir al procesado no lograron los magistrados que aquel enérgico conspirador delatara á sus cómplices.

Richard fué ahorcado, descuartizado y puesta su cabeza dentro de una jaula en las inmediaciones de las Ventas del Espíritu Santo, lugar donde se proponía realizar el hecho, y aunque á nadie delató, la policía absolutista empeñóse en encontrar sus cómplices para lo cual cometió las más inauditas tropelías. Sin justificante alguno redujo á prisión muchas personas y careciendo de pruebas el tribunal condenó al patíbulo al sargento mayor del regimiento de húsares D. Vicente Plaza y á un antiguo fraile de Sevilla llamado Fray José que había sido guerrillero en la guerra de la Independencia; sufriendo ambos la muerte por el único delito de ser amigos particulares de Richard.

No pararon aquí las crueles arbitrariedades de los reaccionarios, pues llevados de su fervor monárquico y

deseando sacrificar nuevas víctimas en honor de la inviolabilidad de Fernando, afligieron con inquisitoriales tormentos á algunos liberales entre ellos el general O'Donojú y ahorcaron á un empleado llamado D. Juan Antonio Vandiola, hombre instruido, tímido y de costumbres virtuosas que gozaba de generales simpatías y que aunque amante de la Constitución lo era platonicamente y no se sentía capaz de mezclarse en conspiraciones.

Tan crueles injusticias, el haberse empleado en los procesados la horrible prueba del tormento y la facilidad con que Fernando ordenaba el sacrificio de cualquiera de sus súbditos, causaron la mayor indignación en el país, y hasta los españoles más pacíficos y enemigos de las medidas enérgicas lamentaron que Richard no hubiera realizado sus planes librando á la patria de aquel mónstruo, fiel representación de la monarquía.

La sorda protesta que el país formuló ante el sacrificio de Richard y sus compañeros, no logró que Fernando renunciara para siempre á tan crueles procedimientos, el cual, deseando tener siempre sobre quien descargar su furor y harto por el momento de derramar sangre de liberales, dirigióse contra los afrancesados; el 28 de Junio publicó un decreto disponiendo que á los antiguos partidarios de José además del extrañamiento y secuestro de bienes se les formara proceso para averiguar con qué grado de criminalidad habían procedido durante la guerra quedando sujetas las viudas de los que hubieran muerto á la vigilancia de la policía.

Mientras el gobierno de España se extremaba de tal modo en la persecución de liberales y afrancesados, la hacienda nacional estaba en el más deplorable estado.

Los recursos propios de la nación, pésimamente administrados, daban un producto muy escaso y como al mismo tiempo por efecto de la insurrección de Ultramar faltaban las remesas de América, de aquí que las necesidades públicas no pudieran cubrirse y que la deuda fuera en aumento.

Los empleados civiles y los militares percibían sus pagas con un retraso de muchos meses; los marinos no cobraban nunca y la Hacienda tenía que hacer verdaderos prodigios para llenar el estómago del clero, que era el héroe del día, y por lo tanto, el que más imperiosamente reclamaba el cumplimiento de sus necesidades.

Fernando al dar el golpe de Estado á la Constitución, con objeto de deslumbrar al pueblo estableció su corte con gran rigidez y desterró de ella todos los gastos supérfluos; pero á los pocos meses fué poco á poco abandonándose á sus aficiones y gastó más aun en placeres que los anteriores Borbones, tan pródigos en derroches, tomando con el pretexto de ahorros grandes cantidades que le entregaban los grandes funcionarios para que les dejara robar al país tranquilamente y que él gastaba en sus gustos ó colocaba en

los bancos extranjeros para estar prevenido contra cualquier eventualidad.

A mediados de 1816 verificóse un suceso que no podía menos de causar gran sensación en un Estado como España, que regido por la voluntad de un solo hombre, había de tener siempre en él fijos los ojos. Fernando cansado sin duda por el momento de su vida licenciosa, concertó su segundo matrimonio con doña María de Portugal y al mismo tiempo el del infante don Carlos con doña María Francisca, hermana de aquélla.

El concertador de estos matrimonios fué un fraile que residía en el Brasil, llamado fray Cirilo Alameda, que tan célebre había de hacerse después en el campo absolutista, y que por tal medio quería alcanzar la privanza cerca de Fernando.

La noticia de dicho enlace publicóse con gran pompa, y desde aquel día la *Gaceta* comenzó á publicar cuál era el estado de salud de las infantas y cómo marchaban sus preparativos de viaje, como si de ella dependiera la felicidad de España.

Al desembarcar en Cádiz, celebráronse los desposorios de ambas hermanas con el duque del Infantado, presidente del Consejo Real, que iba investido de los poderes necesarios. Durante una semana permanecieron en dicha ciudad recibiendo toda clase de obsequios y después emprendieron su viaje á Madrid, donde en su honor á más de celebrarse grandes fiestas, dejó oir sus discordantes ronquidos aquella horripilante poesía nacida con la reacción y que bien puede titularse fernandina (1).

Todos los españoles perseguidos, tanto liberales como afrancesados, abrieron su pecho á la esperanza creyendo que con la llegada de la reina cesaría el período de las tropelías; pero se abandonaron demasiado al optimismo, pues en nada se notó aquel auxilio que se prometían.

Fernando que hacía tanto caso de la Hacienda y del estado económico del país como de las nubes de antaño y que sólo deseaba aparecer en sus alegrías generoso y espléndido á costa de la nación, hizo con motivo de su matrimonio grandes mercedes á sus cortesanos y repartió á granel lucrativos empleos entre los reaccionarios. Basta decir, que á más de dar grandes cargos á muchos letrados que se distinguían por sus ideas absolutistas, creó de un golpe cuatro capitanes generales, diez y siete tenientes generales, cuarenta y dos mariscales de campo y setenta brigadieres.

Como se ve, algo cara costaba al país la alegría que experimentaba su

(1) Como muestra reproduciremos el siguiente fragmento de una poesía escrita para dicha solemnidad por un tal *Párroco de Illescas:*

El Serenísimo Señor
nuestro infante don Antonio,
aunque le pese al demonio
merece todo loor:
nos hizo grande favor,
y á las esposas, con maña,
en carretela acompaña,
y contento y muy gozoso,
entra en el pueblo dichoso
de la capital de España.

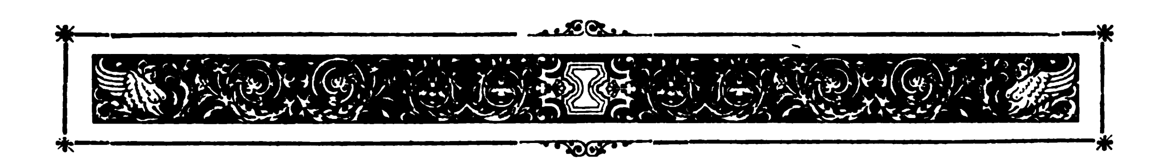
rey al casarse con una mujer hermosa.

El ministro D. Pedro Cevallos, alma del gobierno, recibió en aquella circunstancia un sinnúmero de honores propios de los tiempos feudales y un documento en que Fernando le dirigía elogios que, por grandes é injustificados, eran ya rastreros, lo que no impidió que á los quince días le admitiera la dimisión que presentó por una cuestión insignificante y lo enviara de embajador á Viena en clase de desterrado.

Tan apurado llegó á ser el estado de la Hacienda pública que todos los personajes absolutistas se declararon incapaces para sacar al país de la angustiasa situación económica, lo que obligó á Fernando á que prescindiendo de ideas políticas llamara al ministerio á D. Martín de Garay, el gran amigo de Quintana, que gozaba fama de ser muy entendido en materias rentísticas y pasaba por el mejor discípulo del célebre Jovellanos.

Con este nombramiento terminó la política de 1816.

Los liberales nunca desilusionados, seguían en la creencia de que la dulzura de la reina influiría en el gobierno de la nación modificando el cruel carácter de Fernando; pero los hechos se encargaron de convencerlos que con tiranos como el malvado Borbón no había que fiar el porvenir á la esperanza sino al hierro.



CAPITULO XXX

1817-1819

Incidentes domésticos en el palacio real.—La reina y la *Camarilla*.—Estado de la Hacienda pública. —Inútiles esfuerzos del ministro Garay para reformarla.—El ministro de Gracia y Justicia Lozano de Torres.—Sus ridículos actos.—El obispo Abad y Queipo.—Conducta que con él sigue Fernando.—Nuevo triunfo de los reaccionarios.—Trabajos revolucionarios de los liberales.—Las logias masónicas.—Conspiración del general Lacy.—Su sublevación en Cataluña.—Cae en poder de los realistas.—Conducta del general Castaños.—Hipócrita crueldad del gobierno.—Fusilamiento de Lacy.—Muerte del infante don Antonio.—Ridículas muestras de dolor de la corte y los reaccionarios.—Honores que recibe Lozano de Torres.—Sus grotescas adulaciones.—Vuelve Eguía al ministerio de la Guerra.—Recrudecimiento de la reacción.—Obstáculos que ésta opone al ministro Garay.—Célebres bandidos que infestaban las provincias.—Disposiciones que se tomaron contra ellos.—Miseria de la nación y abandono del gobierno.—Entrada de España en la Santa Alianza.—Las relaciones de Fernando con el Czar.—Compra de una escuadra rusa.—Escandalosa estafa.—Reformas del ministro Garay.—Calumnias de los reaccionarios.—Cae Garay del poder.—Conducta de Fernando con los ministros.—Muerte de la reina.—Conspiración liberal en Valencia.—La sorprende Elío.—Cruel suplicio de los revolucionarios.—Sorpresa de otra conspiración en Murcia.—Muerte de los reyes padres.—Casamiento del infante don Francisco con doña Carlota de Sicilia.—Ruina de la Hacienda.—Medios á que apela el gobierno para salvarla.—Inutilidad de éstos.—Nuevos cambios de ministerio.—Síntomas de revolución.—El insigne actor Maiquez.—Castigo que le da el gobierno y que le produce la muerte.

A principios de 1817, el pueblo español, á quien no era lícita otra cosa que glorificar la paternal autoridad de Fernando y que por tanto había de tener continuamente fijos en él sus ojos, comenzó á ocuparse de los disgustos que entre las personas reales se originaban en el fondo del palacio y que inmediatamente trascendían al exterior.

La reina Isabel de Braganza, en la que había que reconocer algún talento

y una gran dósis de penetración femenil, apenas familiarizada con su corte y estudiado el carácter de su esposo y cuantos la rodeaban, conoció que había caído en un inmundo burdel, pues no merecía otro nombre el palacio que cobijaba á tantos seres sin honor ni vergüenza, dedicados á satisfacer las brutales pasiones del hombre coronado.

Propúsose la joven reina, siguiendo los impulsos de su dignidad ofendida, purificar aquella sentina de vicios, y sus caricias y exhortaciones parecieron al principio transformar á Fernando y apartarle de la antigua senda; pero pudo más la influencia de Alagón y Chamorro, activos proveedores de los reales vicios, y el monarca hastiado ya á los pocos meses del honrado cariño de su esposa, volvió á las antiguas aventuras que tanto daban que hablar al escudriñador vecindario de Madrid. Las nocturnas correrías del rey no tardaron en ser conocidas por su esposa y esto originó en palacio una serie de ruidosos altercados de familia que trascendiendo á la esfera pública demostraron una vez más á toda la nación cuál era la moralidad de aquel sér que sus feroces partidarios colocaban al mismo nivel de Dios.

La hermosa Isabel de Braganza conoció muy pronto que sus exhortaciones eran insuficientes para reformar las pasiones de su depravado esposo que, hipócrita como de costumbre, en todos los actos públicos la demostraba un cariño y deferencia que estaba muy lejos de profesarla en la vida privada, y muertas ya sus ilusiones, dejó que Fernando continuara la vida de libertino, haciendo ella en adelante la monótona existencia propia de las reinas olvidadas.

Fernando en tanto entregábase á los goces que le proporcionaba su omnipotencia y únicamente turbaba su felicidad el malestar económico de la nación que cada vez iba en aumento.

La entrada de D. Martín de Garay en el ministerio de Hacienda no había producido los magníficos efectos que esperaban los reaccionarios. Creían éstos que Garay poseía alguna oculta virtud para sacar dinero de donde no lo había y que apenas se encargara de la administración pública, España entraría en una era de abundancia que permitiera á las clases parásitas satisfacer á costa del pueblo tributario sus necesidades cada vez más crecientes; pero pronto los hechos se encargaron de destruir tan injustificados optimismos, pues el nuevo ministro mal podía salvar la situación económica de un Estado empobrecido por los gastos de la guerra y los tradicionales derroches de los reyes y en el que eran muchos más los que cobraban que los obligados á pagar.

Fernando que tenía puestas en Garay todas sus esperanzas, le dió el ministerio de Hacienda «como prueba de lo satisfecho que se hallaba de su buen desempeño;» pero para seguir su costumbre de obrar desacertadamente y

obedeciendo á las sugestiones de la *Camarilla*, en el mismo día que confirió á tan ilustre hombre público la cartera de Hacienda, entregó la de Gracia y Justicia á D. Juan Lozano de Torres, hombre ignorante, sin ningún título académico y que hasta desconocía por completo el latín, tan necesario en aquella época y en un cargo como el que desempeñaba.

Lozano de Torres, verdadero fantasmón político á quien un célebre autor califica de *ministro de zarzuela*, además de ignorante era malvado y fanático en grado sumo, y estas cualidades unidas á ridículas demostraciones de veneración real que hacían reir al mismo Fernando, fueron causa de que el oscuro adulador, entre las burlas de unos y los desprecios de otros, fuera poco á poco abriéndose camino hasta ocupar una plaza en el Consejo de Estado y llegar finalmente al ministerio de Gracia y Justicia

La afición de aquel rey á elevar á los más altos cargos del Estado á los mismos personajes ridículos que eran objeto de chacota en su chusca corte, y el deseo manifestado en mil ocasiones por la *Camarilla* de tener al frente de los ministerios rematados imbéciles que obedecieran todas sus indicaciones, producían en aquella época encumbramientos tan escandalosos como el de Lozano de Torres.

La entrada de éste en el ministerio de Gracia y Justicia resultó tan inesperada como funesta. Días antes había llegado á Madrid D. Manuel Abad y Queipo, obispo de Mechoacán, hombre de gran virtud y saber y enemigo de la reacción, condiciones que le valieron el que la Inquisición americana lo prendiera y arrancándolo de su diócesis, lo enviara á España bajo partida de registro.

Fernando, con objeto de enterarse detalladamente de los asuntos americanos, admitió en audiencia á Abad y Queipo, el cual, con una exactitud y elocuencias sorprendentes, hizo al rey la pintura del estado de las provincias de Ultramar, aconsejándole que usara con ellas, si es que no quería perderlas, un régimen de dulzura y amplia libertad.

Con tal fuego habló el ilustrado obispo, que logró conmover al escéptico Fernando y éste sin atender por el momento á que Abad y Queipo era liberal, le nombró inmediatamente ministro de Gracia y Justicia. Al día siguiente fué el sabio prelado á tomar posesión de su alto cargo; pero con gran sorpresa encontróse sustituido por el imbécil Lozano de Torres y además procesado y pendiente de sentencia de la Inquisición.

Así eran las bromas más inocentes que se permitía usar Fernando, y tal resultaba la influencia de la *Camarilla*, que con unas cuantas bufonadas había conseguido borrar la buena impresión que Abad y Queipo produjo en el soberano.

Al mismo tiempo que los reaccionarios lograban poner á Lozano de Torres al frente de un ministerio que era el más

importante en aquella época, colocaban nuevamente en la capitanía general de Madrid al feroz Eguía, que cada vez parecía más poseído del deseo de exterminio. Con estas disposiciones quedaban desvanecidas todas las esperanzas que los liberales se habían forjado con la entrada de Garay en el ministerio, el cual cada vez parecía más arrepentido de haber aceptado la cartera.

Triunfante nuevamente la reacción y deshechas las vacilaciones políticas que en ciertos instantes parecía haber experimentado Fernando á favor de la moderación, no era de extrañar que los liberales perdidas sus esperanzas, volvieran á las conspiraciones, y semejantes á los antiguos cristianos que perseguidos se reunían en lo más hondo de las catacumbas, fueran á agruparse, á conocerse y á afilar el hierro contra la tiranía en el interior de las logias masónicas.

Aquella fué la época verdaderamente gloriosa de la secreta institución. La sociedad de aspiraciones sublimes, establecida para extender la fraternidad humana por todo el universo, fué utilizada en España para fines sino tan grandiosos más prácticos y de utilidad momentánea, y en su seno se agruparon todos los hollados, todos los perseguidos, los débiles que tenían hambre y sed de justicia y deseaban la caída del despotismo que los atropellaba, y los varones fuertes que sin temer el peligro ni contar cuantos eran los que los seguirían, disponíanse á desenvainar sus espadas contra los que deshonraban á la nación que años antes llenaba el mundo con su gloria.

Época dichosa y sublime aquella en que se desconocía el escepticismo político, la grandeza de alma estaba á la orden del día, el egoismo de la vida era mudo ante el interés de los ideales, y cada logia era un plantel de héroes, pues el que atravesaba sus umbrales sabía que acababa de descender sobre su cabeza una sentencia de muerte. Causa cierto consuelo al escribir la historia de tan ignominioso período considerar que en aquella España degradada y envilecida por la reacción, existían más corazones fuertes, ánimos esforzados y almas limpias de egoismo que en ninguna época; pues á pesar de las brutales persecuciones del gobierno y de las crueles sentencias que se aplicaban á un ciudadano por el simple hecho de pertenecer á la sociedad masónica, el número de adeptos se multiplicaba rápidamente, abrían sus trabajos nuevas logias aun en ciudades de escasa importancia, y dentro de ellas se confundían en fraternal abrazo el militar con el eclesiástico y el letrado con el comerciante.

La opinión de todos los masones españoles de aquella época, iba encaminada al mismo ideal: derribar el absolutismo y restablecer la Constitución de 1812.

La desacertada conducta que el gobierno observaba con el ejército, con-

tribuía á facilitar los trabajos de los conspiradores que no encontraban obstáculos en la propaganda que hacían entre los regimientos á favor de la libertad. Los generales más ilustres de la pasada guerra estaban olvidados; veían con dolor como ocupaban los primeros puestos de la milicia hombres que nada habían hecho, y esto servía para que en el ejército fuera cada vez mayor el número de conspiradores.

Los crueles castigos que el gobierno imponía á los conspiradores, el fusilamiento de Gorriz en Pamplona y la muerte en la horca de Porlier en Galicia, y Richard en Madrid, no infundían pavor á aquellos revolucionarios esforzados, pues muy al contrario, acrecentaba en ellos el deseo de venganza.

Se acercaba el momento de intentar nuevamente la ruina del despotismo. Esta misión, por lo mismo que era sublime, parecía encomendada á los generales más insignes. Primero había sido Mina, el campeón invencible de Navarra; después Porlier, aquel rayo de las costas cantábricas, y ahora Lacy, el paladín de nuestra guerra de la Independencia, el soldado más bravo que ha tenido España, el caballero sin miedo y sin tacha de la patria y de la libertad, que buscando la muerte en medio de la dispersión de Ocaña recordaba á uno de los héroes de Homero.

El general D. Luis Lacy era el encargado de ponerse al frente del movimiento revolucionario que iba á estallar en Cataluña, donde la conspiración tenía minadas la mayor parte de las tropas.

Por desgracia anuncióse en las logias con gran adelanto la fecha en que debía estallar el movimiento, y entre aquellos patriotas que tanto exponían por la causa de la libertad, hubo dos traidores oficiales del ejército que faltando á sus sagrados juramentos, por el afán de alcanzar una recompensa honorífica ó pecuniaria, denunciaron todo el complot al capitán general de Cataluña que entonces lo era D. Francisco Javier Castaños.

Pudo éste con tiempo tomar sus precauciones, así es, que al llegar el 5 de Abril de 1817, fecha indicada para iniciar la revolución, solo dos compañías del batallón de Ligeros de Tarragona pudo concurrir al pueblo de Caldetas en cuyos baños minerales estaba Lacy.

El intrépido caudillo no se desanimó al ver que solo una fuerza tan exigua contestaba al llamamiento, y puesto al frente de ella se trasladó á la casa de campo de D. Francisco Miláns, también comprometido en la conspiración y cuyo punto era el indicado para la reunión de todas las tropas sublevadas.

Con la impaciencia propia del momento esperaron Lacy y Miláns la llegada de éstas, pero en vez de batallones, sólo aparecieron disfrazados algunos oficiales comprometidos para anunciar con el mayor susto que la

conspiración había sido descubierta por Castaños y que fuertes columnas marchaban contra los sublevados.

Con tales noticias resultaron infructuosos cuantos esfuerzos hicieron Lacy y Miláns para infundir confianza en los suyos y obligarles á seguir adelante. Los soldados diéronse á la deserción y fueron á presentarse á las autoridades realistas y al fin los dos jefes acompañados de los oficiales más comprometidos y algunos patriotas, tuvieron que emprender la retirada hacia la frontera perseguidos de cerca por pelotones de fanáticos paisanos y columnas de tropas.

Miláns, con algunos de los conjurados, consiguió ponerse en salvo; pero Lacy, llevado de su confianza, entró á descansar en una quinta cuyo dueño lo delató á los perseguidores.

Era tal el respeto que aquel joven héroe infundía al ejército, que el oficial del regimiento de Almansa que lo prendió, al ir Lacy á entregarle su espada, le dijo:

—Mi general, no aceptaré su acero porque en ninguna mano está mejor que en la suya.

Castaños, que como general viejo y más diplomático que militar, no miraba con buenos ojos á los caudillos jóvenes y eminentes como Lacy, no pudo ocultar su gozo al saber la prisión de éste y la anunció á los catalanes como un imponderable triunfo alabándose á sí mismo por haber descubierto y batido la conspiración.

El desgraciado Lacy fué conducido á la ciudadela de Barcelona y allí esperó el fallo del Consejo de guerra que se formó para juzgarle.

La sentencia, como era de esperar, atendido el espíritu de la época, fué de muerte; pero en aquel Consejo el general Castaños emitió su opinión de una manera tan extraña que no podemos menos de reproducirla.

—No resulta del proceso,—dijo,—que el teniente general D. Luis Lacy sea el que formó la conspiración que ha producido esta causa, ni que pueda considerarse como cabeza de ella; pero hallándole con indicios vehementes de haber tomado parte en la conspiración y sido sabedor de ella, sin haber practicado diligencia alguna para dar aviso á la autoridad más inmediata que pudiera contribuir á su remedio, considero comprendido al teniente general D. Luis Lacy en los artículos 26 y 42, título 10, tratado 8.° de las Reales Ordenanzas; pero considerando sus distinguidos y bien notorios servicios, particularmente en este Principado y con este mismo ejército que formó y *siguiendo los paternales impulsos de nuestro benigno soberano, es mi voto que el teniente general don Luis Lacy sufra la pena de ser pasado por las armas;* dejando al arbitrio el que la ejecución sea pública ó privadamente, según las ocurrencias que pudieran sobrevenir y hacer recelar el que se alterase la pública tranquilidad.

Después de un voto tal, sólo falta preguntarse á ¿qué hubiera Castaños

condenado á Lacy si no llega á seguir *los paternales impulsos del benigno soberano*? Aquella fúnebre socarronería era muy propia de Castaños, tan enemigo de los liberales como amigo de engalanarse con triunfos ajenos como ya vimos en la jornada de Bailén.

Los recelos que dicho general manifestaba de que con la ejecución de Lacy se turbara la pública tranquilidad, no podían ser más justificados.

La noble Cataluña amaba á Lacy como á hijo. Los catalanes habían presenciado las estupendas hazañas de aquel caudillo, sus esfuerzos por arrojar del territorio á los franceses, sus desvelos por organizar aquel mismo ejército que tan mal había respondido á su grito revolucionario, su generosidad y atención con los humildes y su energía con los poderosos; todos sin distinción de clases le profesaban entusiasta simpatía, se interesaban por su suerte y por tanto no podían ver con tranquilidad como iba á alcanzar tan triste fin.

Tanta fué la excitación mostrada por los catalanes al conocer la sentencia impuesta á Lacy, que Castaños, temeroso de una revolución en Barcelona, consultó al ministro de la Guerra sobre la conducta que debía seguir.

La contestación que dió Fernando por conducto de su ministro, fué digna del tirano que con tanto encono perseguía á los liberales. No se atrevió el rey á contrariar abiertamente al pueblo catalán que en tan hostil actitud se mostraba, y para cumplir sus designios, apeló al misterio y al engaño, ordenando á Castaños, que para que no se alterara el orden en Barcelona, trasladara á Lacy con sigilo á la isla de Mallorca, donde el capitán general de las Baleares se encargaría de ejecutar la sentencia.

El 7 de Junio expidióse tal instrucción, y Castaños, después de preparar la marcha haciendo que se divulgara por Barcelona la noticia de que el rey había indultado al reo conmutándole la pena de muerte por la de prisión en las Baleares, embarcó á Lacy con grandes precauciones en la noche del 30, dando órdenes al fiscal de la causa y al comandante del buque para que quitasen la vida al general inmediatamente, si alguien intentaba salvarle la vida en alta mar.

El pueblo de Barcelona, creyendo de buena fe las noticias de indulto y no pudiendo imaginar que el gobierno ni Castaños apelaran á un embuste tan miserable, dejó partir á Lacy, el cual, apenas llegó á Mallorca, fué encerrado en el castillo de Bellver.

El desgraciado general, en vista del inesperado viaje, creía como los barceloneses que sólo iba á sufrir la pena de perpetua prisión en dicha fortaleza.

Era entonces capitán general de las Baleares el marqués de Coupigny, quien por el fiscal de la causa supo las órdenes que tenía que cumplir en la persona del reo. Dicho fiscal el 4 de Julio presentóse en el calabozo de Lacy, que estaba muy lejos de esperar

tan triste fin, y le notificó la inmediata sentencia de muerte, que el general escuchó con rostro impasible.

Al amanecer del día siguiente Lacy fué conducido al foso y allí murió fusilado, siendo tal su serenidad hasta el último instante, que mandó á la escolta cargar bien las armas y dió con firmeza la voz de ¡fuego!

El pecho que habían respetado las balas francesas cayó para siempre bajo el fuego de los mismos soldados que él había mandado en los más célebres combates. De este modo murió el héroe de la Mancha, de Andalucía y de Cataluña, el valeroso guerrero tan temido de los enemigos como respetado de los suyos.

Parecía que el único destino de Fernando, era dar muerte á los caudillos que más habían contribuido á devolverle la corona con que ahora ceñía sus sienes.

Mientras ocurría la tentativa revolucionaria de Lacy, la familia real experimentó la pérdida del simple infante D. Antonio Pascual, que murió de una pulmonía el 20 de Abril.

Aquella corte de malvados é imbéciles que rodeaba á Fernando, vióse un tanto oscurecida con tal defunción, pues el infante tenía mucho de ambas malas cualidades.

Fernando debió experimentar también gran pesadumbre, pues en adelante no podría contar con aquellos tremendos disparates de *su tío el doctor*, que tanta gracia le hacían.

A pesar de que toda España sabia los puntos de inteligencia y respetabilidad que el tal infante cobraba, la *Gaceta* habló de su muerte como de una inapreciable pérdida nacional y encomió sus dotes como doctor y gran almirante, á pesar de que solo sabia mal leer y no se habia embarcado nunca (1).

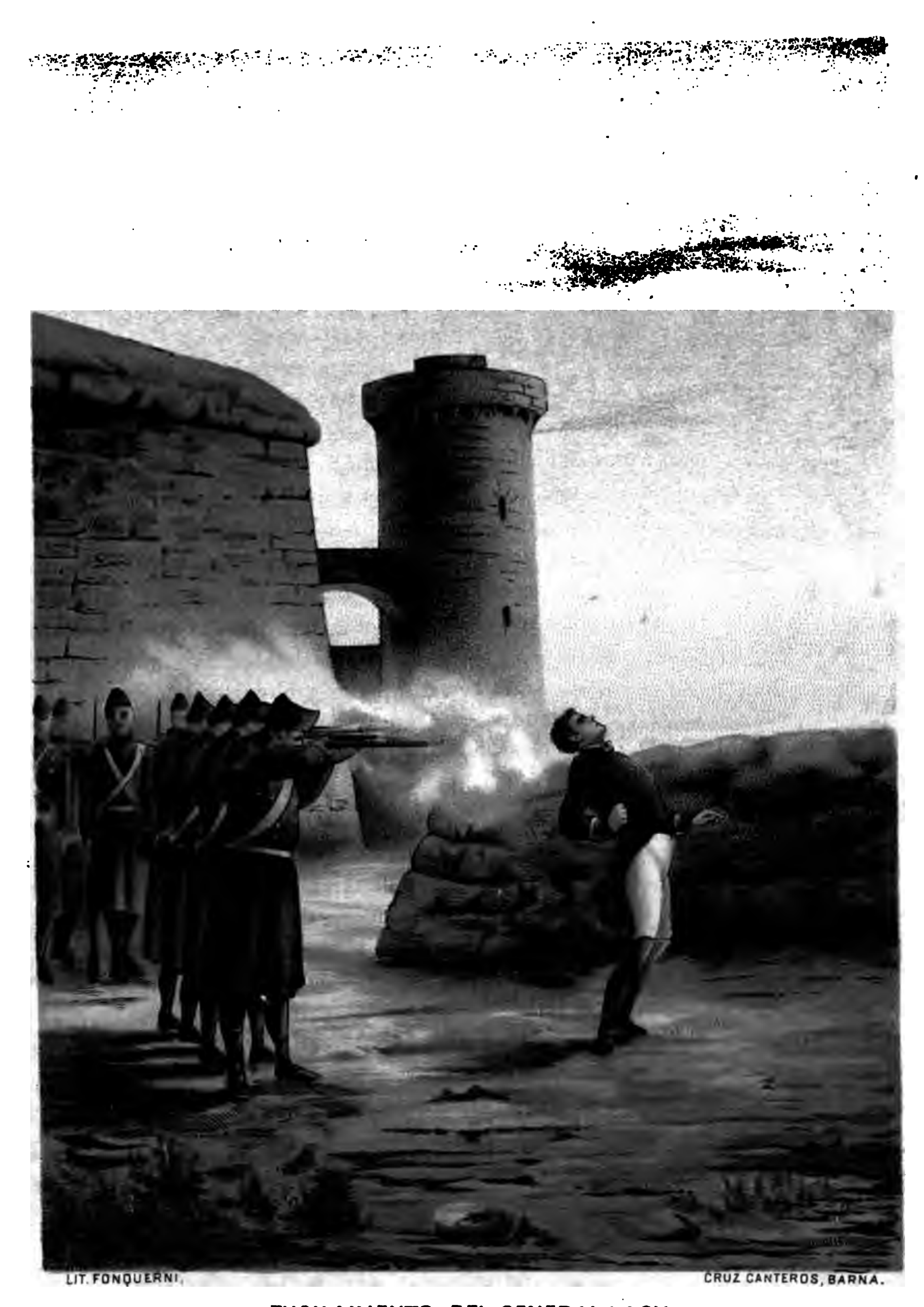
No parecía en vista de tan desmesurados elogios sino que había muerto algún gigante del pensamiento ó gran capitán, de cuya pérdida jamás podría resarcirse la patria.

En aquellos tiempos el espíritu de adulación se desarrolló de un modo tan inconcebible, que no parecía fuera tal nación la misma España que en los pasados siglos hablaban á sus reyes como iguales y al darles la corona les imponía terribles deberes.

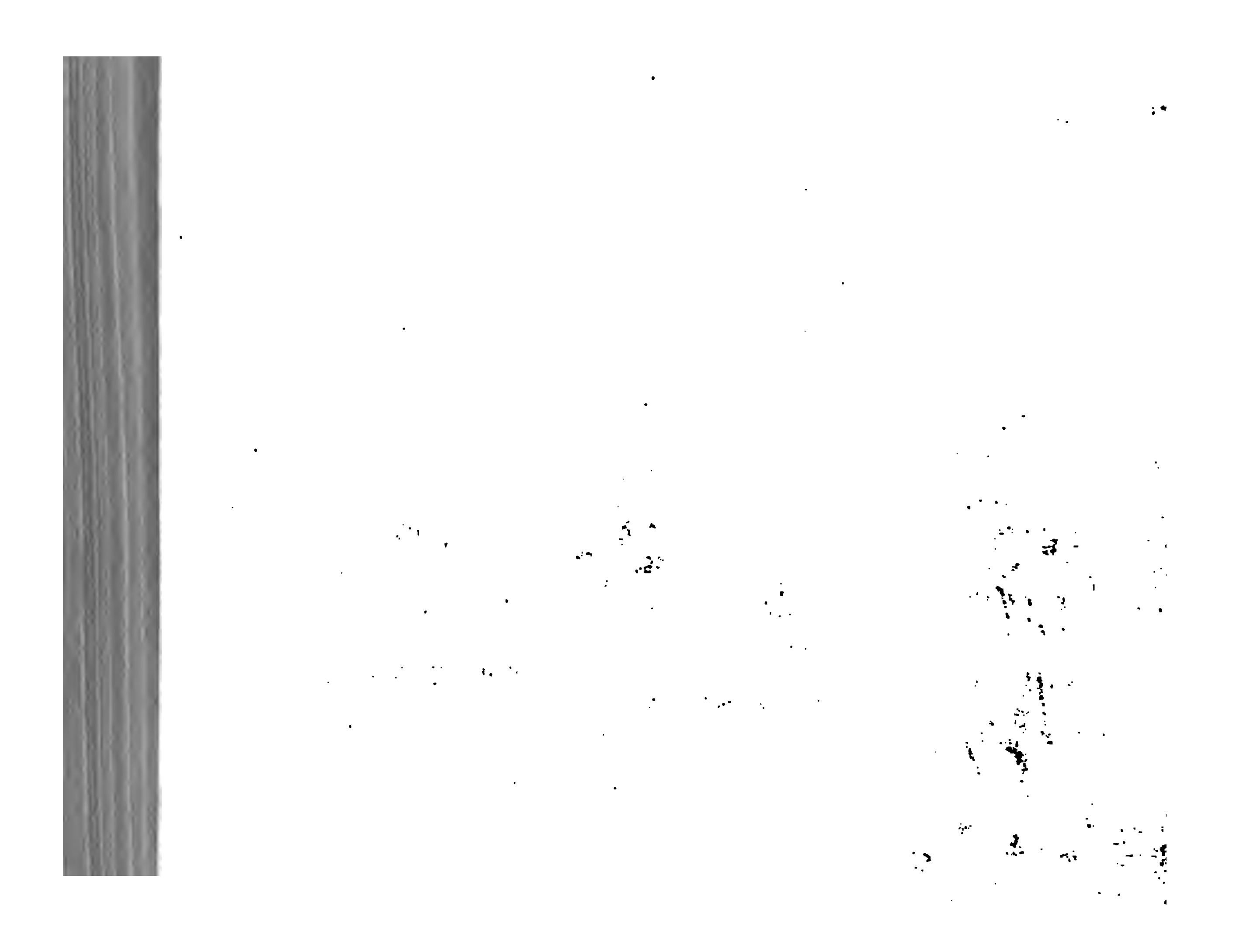
Los cortesanos, y aun el mismo pueblo, parecían luchar en competencia en punto á adular más rastreramente al poderoso. Tantos eran ya los elogios que se dirigían al soberano, que al fin los aduladores dedicaron su incienso á los ídolos menores ó sea á los favoritos del rey, siendo Lozano de Torres, tal

(1) Como una muestra de la adulación oficial en aquella época, ahí va un soneto del ínclito Rabadán, el Homero de Fernando VII, que hubiera hecho furor en los buenos tiempos del gongorismo:

Ya vencidos de Aquario los rigores
que aprisionan a líquidos cristales,
y del Aries y Tauro crimiuales
resultas de los cólicos furores:
Cuando Febo aproxima sus ardores,
desatando a Neptuno los raudales,
y Amalthea sus galas y caudales
manifiesta con célicos primores;
Quiso el cierzo terrible y dominante
de su real aridez dar testimonio,
arruinando a la España su Almirante.
¡Neptuno, Thétis, Céfiro y Favonio
eterno mostraran llanto abundante,
pues... falleció... el infante don Antonio!!!



FUSILAMIENTO DEL GENERAL LACY.



vez porque era el más imbécil y reaccionario de los ministros, quien más distinciones públicas recibió.

Especialmente los ayuntamientos dieron en nombrar al ignorante ministro regidor perpetuo, cargo que parecía muy de su agrado, llegando á tal punto la emulación que se estableció entre dichas corporaciones, que al poco tiempo Lozano de Torres figuraba como miembro casi de la mitad de los municipios de España.

No podía quejarse el flamante ministro de su fortuna, pues á cambio de ridículas adulaciones y de ostentar un fervor realista grotesco, los honores caían á granel sobre su persona con los más fútiles pretextos, llegando el chusco Fernando á condecorarle con la gran cruz de Carlos III, por el grandioso mérito *de haber publicado el embarazo de la reina.*

Lozano de Torres, que por tales servicios recibía tan grandes recompensas, se propuso seguir la senda de la pública adulación hasta donde nadie había llegado, y al acercarse la terminación del real embarazo, tuvo la sublime idea de ordenar que se expusiera el Sacramento en la iglesia de San Isidoro, y todas las noches vestido de gran uniforme, iba á hacer la vela de rodillas y en cruz, haciendo los más ridículos aspavientos y rezando en alta voz para que el cielo diera un buen parto á la soberana. Para su desgracia, los médicos se habían equivocado en los cálculos y el parto se dilató más de treinta días, con lo cual la rogativa resultó algo incómoda para el adulador ministro, que daba por bien empleadas todas sus fatigas con tal de que Fernando no se cansara de él y lo enviara á la cárcel como á los anteriores privados.

Al mismo tiempo que tal distinción se concedía al zarzuelesco ministro *por publicar el embarazo de la reina*, el terrible Eguía era nuevamente elevado al ministerio de la Guerra, saliendo de éste el marqués de Campo Sagrado que dos horas antes de ser depuesto recibió las más familiares muestras de la confianza real, acompañadas del acostumbrado regalo de tabacos. Ya sabemos que este era el sistema usado por Fernando para hacer caer en la desgracia á sus allegados.

La reacción, en vez de suavizarse con el tiempo, se hacía cada vez más cruda y furibunda como lo demostraba la reciente elevación de Eguía y el ser agraciado el sanguinario D. Carlos España con la capitanía general de Cataluña. Digno compañero de este general se mostraba Elío en Valencia, pues el gobierno le concedía á cada momento nuevas distinciones en vista de su actividad para perseguir á los liberales y del celo realista y religioso que demostraba resucitando en todos los procesos la inquisitorial prueba del tormento.

Con la supremacía cada vez más creciente que cobraba el bando reaccionario, júzguese cuán falsa resultaría la situación dentro del ministerio

de D. Martín Garay, conocido por todos como decidido liberal.

Sus compañeros de gabinete le miraban con los mismos ojos que una fiera á su víctima, y en sus respectivos departamentos hacían cuanto podían para poner obstáculos á la gestión de Garay, que en vano se esforzaba por ordenar el desbarajuste rentístico.

No intentaba poner en práctica una sola reforma que galvanizara la muerta Hacienda, sin que al momento se opusieran los reaccionarios y le hicieran blanco de sátiras tan injustas como poco cultas. El rey lo sostenía porque le era necesario, pero los cortesanos se burlaban de él y trabajaban para hacerlo odioso al pueblo, mientras que los pocos liberales que públicamente se atrevían á ostentar sus ideas, defendíanlo escribiendo versos en que parodiaban á sus adversarios.

Los reaccionarios tenían motivos sobrados para odiar á Garay, pues éste como hombre ilustrado y libre de preocupaciones, para salvar la agonizante Hacienda, pretendía echar mano de los bienes del clero.

Las Cortes habían destinado en su época para la extinción de los llamados vales reales, los bienes de la suprimida Inquisición; pero como que ésta había sido restablecida por el gobierno reaccionario, de aquí que Garay para realizar tal reforma tuviera que acudir á las riquezas de la Iglesia.

Fernando, convencido por su ministro de la necesidad de tal medida, entabló negociaciones con el Vaticano, aunque con cierta repugnancia, para que permitiera la enajenación de parte de los bienes del clero español y esto bastó para que frailes y curas, íntimamente ligados por el interés común, emprendieran una cruzada contra Garay que sólo veía en tal acto una reforma preliminar mientras completaba su plan de Hacienda.

La nación encontrábase sumida en la mayor miseria; carecía el pueblo de medios de vida, la industria era nula, la producción agrícola resultaba más escasa que nunca y como resultado de la general hambre, todos los caminos de España estaban infestados de cuadrillas de bandoleros cuyos jefes se daban aires de reyes, imponían contribuciones á los territorios que recorrían, y aunque ladrones y asesinos se consideraban iguales á Fernando, en lo cual no andaban muy descaminados.

Los siete niños de Écija y José María en las Andalucías; Jaime el Barbudo en Murcia, y otros bandoleros en las restantes provincias, eran verdaderos jefes de ejército que, merced á la anarquía realista que imperaba en la nación y á la protección del clero que los apreciaba por ser muy buenos cristianos, nada liberales y amigos de dedicar una parte de sus cuantiosos robos á misas y sufragios por la salvación de su alma, reinaban á su gusto en sus respectivos territorios, sin que el gobierno pudiera atajarles las correrías.

Tan grande llegó á ser la inseguri-

dad pública y tales las quejas de los pueblos, que Fernando vióse obligado á salir de su apatía y muy contra su voluntad, pues sentía simpatía por los audaces bandoleros, dictar el 10 de Julio una real Cédula, ordenando á los comandantes militares de las provincias que pusieran en movimiento todas sus tropas para la persecución de los malhechores y que éstos quedaran entregados á las Salas del Crimen apenas fueran aprehendidos. Al mismo tiempo ordenaba el restablecimiento de las antiguas escuadras de escopeteros en Cataluña, Aragón, Valencia y Andalucía, y daba otras disposiciones para impedir que las cuadrillas de fascinerosos pudieran recibir avisos de sus espías cuando fueran perseguidas.

Todas estas órdenes resultaban inútiles, pues los que de tal modo turbaban la pública tranquilidad estaban protegidos y auxiliados por los personajes que en las citadas provincias más se habían distinguido como amigos de la reacción, los cuales partían con ellos el fruto de sus rapiñas.

La fertilidad del suelo español, ese inapreciable germen de riqueza que puesto en otras manos produciría tesoros sin cuento, no lograba en aquella época mejorar el estado nacional, pues la agricultura estaba oprimida por las más absurdas trabas.

Tan desacertadas eran las leyes dadas por el gobierno absoluto al comercio interior, que esto resultaba imposible y mientras las provincias de Castilla tenían atestados sus graneros de frutos que no sabían á qué destinar, otras regiones sufrían el azote de la más cruel miseria por escasez de alimentos. Además, en aquella nación que cada día veía elevarse un convento ó iglesia, y que cubría de piedras preciosas los mantos de las imágenes, no existían caminos medianamente transitables y los productos de los campos quedaban estancados por falta de acarreo, con lo cual los labriegos vivían pobres y faltos de dinero para mejorar sus campos, en medio de una abundancia agrícola sorprendente.

Los pueblos á la vista de tan grandes males elevaban sus quejas al rey, éste las trasladaba á su Consejo y la histórica corporación las apartaba á un lado para ocuparse de cuestiones más trascendentales, como eran resolver competencias entre los conventos ó influir cerca de la corte de Roma para que declararan santo á algún difunto fraile que había salvado á la humanidad dándose tremendos disciplinazos ó pasando los días enteros de rodillas.

Aquellos tiempos fueron los más felices, pues como dice un autor, si no había en España una mala carretera por donde pudiera pasar sin riesgos un carro, toda ella era camino para ir á Roma y de allí al cielo.

En 1817 nuestra nación que como ya vimos no tomó parte muy principal en el Congreso de Viena por las genialidades de Gómez Labrador, se

reconcilió con las potencias europeas, y por las gestiones del duque de Fernán-Nuñez, embajador en París, acabó adhiriéndose á la célebre acta del Congreso, con cuyo acto Fernando entró en la Santa Alianza formada por todos los déspotas para auxiliarse mútuamente é impedir los progresos del espíritu revolucionario.

Fernando, en su política internacional, iba ligado principalmente á Rusia, con cuyo emperador mantenía continua y directa correspondencia, ejerciendo esto sobre él una influencia inmensa por conducto del embajador Tattischeff.

Este que en sus gestiones como furibundo reaccionario nunca olvidaba su carácter de negociante nada limpio, se aprovechaba de la influencia sobre Fernando y la *Camarilla*, llevando á cabo asuntos puramente mercantiles cuyas consecuencias venía á sentir la nación.

El más escandaloso de estos negocios fué la venta que hizo al gobierno español de una escuadra rusa compuesta de cinco navíos de línea y cuatro fragatas, que Fernando compró con el dinero que Inglaterra le había dado en concepto de indemnización por suprimir la trata de esclavos negros.

Necesitaba con urgencia el gobierno esta escuadra para la expedición que se proponía enviar á las Américas, y según anunciaba en la *Gaceta* en 28 de Febrero de 1818, venían los buques en el mejor estado, prontos á emprender la navegación y sin que en ellos faltara nada de lo necesario tanto para las luchas con los elementos como con los hombres.

El 21 de Febrero llegó la escuadra rusa á Cádiz, y el almirante Moller hizo entrega de ella al gobierno español, al cual advirtieron inmediatamente los marinos españoles que de los buques sólo un navío y una fragata estaban en disposición de hacer un mediano servicio, apareciendo los restantes apolillados y podridos á fuerza de ser antiguos.

Esta estafa del gobierno ruso preparada y ejecutada por Tattischeff, produjo honda impresión en toda España y fué tan general la protesta del país que todos los individuos de la *Camarilla* se apresuraron á declinar en sus compañeros la responsabilidad del negocio intentando en vano demostrar su inocencia.

Tan imponente llegó á ser la manifestación nacional contra aquel negocio sucio, que Fernando para evitar que su pueblo dirigiera insultos al gobierno ruso que él tanto apreciaba, no encontró otro medio mejor que prohibir se hablase más de tal asunto, bajo la terrible pena de ser acusado de *herejía* todo aquel que *maldijese* de los buques comprados al Czar.

Así terminó aquel negocio que después quiso justificar el gobierno español con los más ridículos pretextos.

En tanto, el ministro Garay cuya cartera era para él como un potro de tormento, se agitaba inútilmente para

salvar la Hacienda, realzar el crédito y hacer que el tesoro sintiera el alivio de nuevos ingresos. La deuda pública la clasificó en dos secciones; una con el interés de cuatro por ciento y otra como reconocida pero sin interés alguno. Por Real decreto, en 3 de Abril de 1818, manifestó que los vales no consolidados reemplazarían por sorteo á los consolidados que se extinguieren, promesa que por algún tiempo alentó al comercio y á los tenedores del papel.

Las negociaciones de Fernando con el Papa para la enajenación de los bienes del clero alcanzaron un resultado satisfactorio á pesar de la oposición reaccionaria, y el Vaticano expidió una Bula el 26 de Julio, permitiendo por espacio de dos años, que se aplicara á la extinción de la deuda pública la venta de todas las prebendas eclesiásticas que vacasen y la de beneficios de libre colación que no se proveerían en seis años.

A pesar de este relativo triunfo que alcanzó Garay realizando lo que tanto habían criticado sus compañeros de gabinete y los demás reaccionarios, su permanencia en el ministerio se hacía cada vez más imposible, pues no ponía mano en un asunto sin encontrar al instante insuperables obstáculos.

El restablecimiento de la contribución directa dentro de la cual quedaban comprendidas todas las innumerables antiguas, fué una medida que como no produjo inmediatos y beneficiosos resultados sirvió á los enemigos de Garay para dirigirle las más acerbas críticas y hacerle antipático al pueblo ignorante.

Hasta el mismo Fernando, que era quien con más empeño sostenía al liberal ministro, mostróse desilusionado ante los resultados de tal medida que ya le resultaba sospechosa por haberla empleado antes las Cortes, y la *Camarilla*, aprovechándose del estado en que se mostraba el regio ánimo, redobló sus ataques contra Garay y tanto se esforzó en demostrar que no sólo era inútil sino pernicioso para la nación, que al fin el monarca decretó su destitución pero en la forma que él acostumbraba á hacerlo.

El 14 de Setiembre á media noche la policía invadió las casas de don Martín Garay, de D. José García León Pizarro, ministro de Estado y D. José Vázquez Figueroa, ministro de Marina y arrancándolos de los brazos de sus familias, entrególes á fuertes piquetes de caballería que los condujeron á los puntos señalados para su destierro.

De este modo acostumbraba Fernando á premiar á los pocos hombres ilustrados que tenían la debilidad de servirle con sus talentos.

Con la caída de Garay y sus compañeros quedaron dueños de la situación política los insignes Eguía y Lozano de Torres, siempre en lucha abierta para dar mejores muestras de estupidez, ferocidad y adulación, pasando á ocupar los puestos de los desterrados, D. José Imaz, el marqués

de Casa-Irujo y D. Baltasar Hidalgo de Cisneros.

En poco más de dos años llevaba ya Fernando nueve ministros de Hacienda y no parecía dispuesto á que cesara aquel traslado de carteras de unas manos á otras. Los más fútiles pretextos le bastaban para deponer á un ministro y enviarlo camino del destierro y muchas veces al injusto castigo unía la cruel burla, pues en sus decretos de exoneración decía que destituía á uno *por corto de vista;* á otro *por inepto;* á aquél *por largo de manos*; á éste *por demasiado entendido* y así iba alojando en los castillos de la Coruña ó de Segovia á los hombres que tenían la debilidad de aceptar una cartera con tal soberano.

Fernando,—como dice Mesonero Romanos,—vino á hacer tal consumo de ministros, que éstos pasaran de treinta en solo los seis años que duró el primer período reaccionario, lo cual atendiendo el número de los ministerios que era entonces el de cinco, viene á traducirse en seis juegos completos, ó sea en una duración de unos dos meses por término medio para cada ministro.

La alegre existencia que llevaba la corte dedicada continuamente á saraos y bailes ó á ostentosas fiestas religiosas, vino á turbarse con la muerte de la reina Doña Isabel de Braganza á quien hacía simpática como mujer sus virtudes y el deseo que manifestaba de anular aquella pandilla reaccionaria impúdica y escandalosa. En su primer parto había dado á luz una niña que falleció á los pocos meses y que ella á pesar de su débil constitución se empeñó en criar á sus pechos. Fernando, que deseaba vivamente tener sucesión, recibió con gran alegría la noticia de que su esposa estaba nuevamente en estado interesante; pero esta vez el embarazo tuvo un fin más trágico que la anterior, pues estando la reina en los últimos meses, sufrió un ataque de alferecía que le causó la muerte repentinamente.

Al bajar al sepulcro aquella mujer tierna y virtuosa que tenía á la *Camarilla* un tanto á raya, volvió Fernando por completo á poder de sus consejeros y favoritos, y á entregarse con más furor á la antigua vida de aventuras.

La poca influencia que Isabel ejercía en los asuntos públicos desapareció con su muerte y otra vez pudieron los reaccionarios extender su maléfica influencia sobre la desventurada nación.

Los trabajos de los conspiradores en favor de la libertad parecían un tanto paralizados tal vez por falta de objeto á que dirigirlos; pero en cambio las logias proseguían sus tareas con actividad, no atemorizándose ante los terribles castigos con que el gobierno reprimía las sublevaciones.

Aquellos valerosos patriotas deseaban ardientemente regenerar á su patria, y tal era su entusiasmo, que nada les importaba morir en la horca si es que con ello lograban derribar la tiranía.

De todas las capitales de España, Valencia era la que en su seno abrigaba conspiradores más valerosos y decididos á la sublevación. Parecía como que los liberales valencianos querían lavar con su heroismo la mancha que Fernando había arrojado sobre la hermosa ciudad inaugurando en ella el período de reacción con su célebre manifiesto. Al mismo tiempo, las crueldades del general Elío excitaba en ellos la ardiente sed de venganza.

La tiranía de Fernando y los atropellos de su *Camarilla* resultaban insignificantes comparados con el despotismo del general Elío, hombre cruel, sanguinario y casi loco, cuyas extravagancias ensalzaba la chusma realista como actos de sublime justicia.

Valencia, bajo la autoridad absoluta del general que tan poco lucimiento había alcanzado en las campañas de América, era semejante á uno de los Estados asiáticos en que los habitantes están á todas horas dando gracias á Dios porque al déspota no se le ha ocurrido privarles de la libertad ó la vida.

La tranquilidad del ciudadano era un mito. No bastaba ser inocente y pacífico, sino que había que procurar estar bien con todos, carecer de enemigos personales y hacer en medio de la calle las más ridículas é hipócritas manifestaciones de devoción religiosa y afecto al rey, pues de lo contrario la más inverosímil delación ó el menor indicio bastaban para ser arrancado del lecho durante la noche y conducido á los calabozos de la Inquisición.

El desgraciado que excitaba las sospechas de la policía absolutista era conducido al palacio de Elío, que en sus fieros arranques muchas veces abofeteaba á los presos después de escarnecerlos con las más viles é indecorosas palabras.

Para castigar á los que eran reputados como liberales, usaba el fiero procónsul pocas fórmulas, pues cuatro palabras escritas en un mal papel bastaban para que un ciudadano quedara para siempre encerrado en un calabozo y, lo que es más terrible, fuera conducido al cadalso. La Inquisición tenía en Elío un apasionado admirador, y si el bárbaro general no se atrevió á resucitar en Valencia las quemas públicas de infelices vestidos con la coroza y el sambenito, por miedo á las reclamaciones de las potencias europeas, restableció la prueba de tormento que empleaba con cuantos liberales eran conducidos ante su arbitraria autoridad.

En las antiguas cámaras negras de la Inquisición funcionaban los potros y otros terribles instrumentos de tormento, y el general con cierta fruición presenciaba los dolores y agonías de los desgraciados, á quienes por este medio se pretendían arrancar la confesión de conjuraciones que sólo existían en el desordenado cerebro de Elío.

Las crueldades y demasías de este loco fanático no sólo indignaban á la liberal población de Valencia, sino que eran miradas con horror por los mismos reaccionarios hasta el punto de que la Audiencia, no pudiendo sufrir tan bárbara intrusión en sus funciones, envió una representación al rey pidiéndole que pusiera límites á la autoridad del procónsul.

La contestación de Fernando era de esperar, pues por sabido se tenía que si Elío cometía tan estupendos atropellos era con el beneplácito del rey; así es que lejos de acceder á los deseos de los magistrados les ordenó que obedeciesen en todo al general y le ayudaran en sus tareas de esbirro.

La tiranía de Elío, como la del gobierno en otras provincias, en vez de aterrorizar á los valerosos liberales, les daba mayor energía para seguir sus tareas revolucionarias y por esto Valencia era el punto de la península donde con más entusiasmo se conspiraba.

Los liberales valencianos habían formado un plan que tenía las mayores probabilidades de éxito, debiendo realizarse el 1.° de Enero de 1819. Consistía éste en que el piquete que daba la guardia al teatro se sublevara al grito de Libertad y Constitución y prendiera á Elío, que con sus ayudantes acudía á todas las representaciones, encargándose los demás conspiradores de que la ciudad respondiera á la excitación revolucionaria.

Todo parecía augurar á los conjurados un éxito satisfactorio, cuando la muerte de la reina vino á turbar los preparativos, pues suspendidas en señal de luto las representaciones teatrales fué imposible realizar el plan en su primitiva forma.

Tuvieron entonces los liberales que deshacer todos los preparativos, y sin desanimarse ante tan grande contrariedad, dedicáronse á organizar otro movimiento revolucionario, cuando la traición los puso en manos del temible enemigo.

Un cabo del regimiento de la Reina que había entrado en la conjuración, arrepentido de los compromisos contraídos ó más bien con el vil deseo de una recompensa, reveló á Elío todo cuanto sabía y le indicó el sitio y hora de reunión de los conspiradores.

El general, acompañado de una fuerte patrulla y del denunciador, dirigióse por la noche á una antigua casa llamada vulgarmente *del Porche*, en cuyo desván estaba establecida la logia masónica que dirigía todas las tramas revolucionarias. Cuando el hermano que servía de guarda-templo exterior, vió desde lo alto de la escalera subir á Elío acompañado de tanta fuerza, dió el grito de alarma á sus compañeros entre los que se produjo la consiguiente confusión. Unos salieron apresuradamente para escapar por los tejados, otros permanecieron valerosamente en sus puestos, y el coronel D. Joaquín Vidal, jefe militar de la conspiración, salió sable en mano al rellano de la escalera, deseoso de

aprovechar aquella ocasión que la casualidad le proporcionaba de medirse con el verdugo de Valencia.

Era Vidal hombre de grandes fuerzas, y apenas tuvo á Elío á pocos pasos le dirigió un tremendo sablazo capaz de partir en dos trozos la más dura cabeza de fanático; pero por desgracia, el techo era muy bajo y la arma, con el rápido impulso del golpe, quedó incrustada en una viga, sin que el valiente coronel pudiera desclavarla por más esfuerzos que hizo.

Elío, que ante aquel rápido y furioso ataque había quedado un tanto suspenso, recobró inmediatamente la serenidad y aprovechando el estar su enemigo desarmado y pugnando por recobrar el sable, esgrimió su espada y atravesó con ella el pecho de Vidal que cayó sin sentido al suelo.

Tras esto, entró el general en la logia seguido de los suyos y fué apoderándose de los pocos que no habían podido ó querido huir. Entre éstos encontrábase el capitán D. Juan María Solá, el cual, sabiendo la suerte que Elío haría sufrir á los presos, prefirió ahorrarse la afrenta del patíbulo quitándose la vida de un pistoletazo.

Trece fueron los conjurados que cayeron en poder de Elío y entre éstos se encontraba el joven D. Félix Beltrán de Lis, hijo de don Vicente, que tantos servicios había prestado á la causa patriótica en 1808. Dicho conspirador, que apenas si por su edad había salido de la adolescencia, logró escapar de la logia y refugiarse en casa de unos vecinos; pero éstos, portándose como miserables y no como españoles, cuya principal virtud es la de hospitalidad, lejos de ampararle y ponerlo á seguro, lo manietaron y entregaron á Elío que no vaciló en premiar tan repugnante servicio.

Los presos fueron conducidos inmediatamente á la ciudadela, á excepción de Vidal que quedó depositado en el hospital, después de ordenar el feroz Elío á los médicos que le hicieran vivir por algún medio aunque solo fuera por algunas horas, pues quería que muriera en la horca como todos sus compañeros.

Vidal, apenas recobró el sentido en la cama, rogó á una beata que lo asistía que extrajera de su uniforme un papel importante y lo inutilizara, advirtiéndole que de esto dependía la vida de algunos hombres y el sosiego de muchas familias; pero la cristiana mujer que vió una ocasión de ganar el cielo sirviendo al rey absoluto y á la Iglesia, en vez de cumplir el encargo del desgraciado llevó el documento al arzobispo, quien, con la más santa intención, se lo pasó al sanguinario general para que tuviera más pruebas contra los liberales.

La causa se instruyó con gran rapidez sin reparar mucho en formas y trámites y el 22 de Enero de 1819 fué el día señalado para el suplicio de los sentenciados que eran el coronel D. Joaquín Vidal, el capitán D. Luis Aviñó, los sargentos Marcelino Rangel y Serafín de la Rosa y los paisa-

nos D. Diego María Calatrava, D. Félix Beltrán de Lis, Pelegrín Plá, Vicente Clemente, Manuel Verdeguer, Francisco Segrera, Blas Ferriol, Francisco Gay y otro.

Trece horcas fueron levantadas en la explanada existente entre la ciudadela y el convento del Remedio y allí fueron conducidos los reos vistiéndoles el verdugo negras hopas al piè de los fatales maderos.

El coronel Vidal fué degradado antes de salir del hospital, y tal era el estado de su salud que, conducido en una camilla al lugar del suplicio, murió cuando el verdugo le acomodaba la negra túnica, á pesar de lo cual fué colgado de la horca, pues Elío se había propuesto con vida ó sin ella hacerle sufrir tal suplicio.

Los demás sentenciados, sentáronse en los banquillos con una serenidad olímpica, y el joven Beltrán de Lis sorprendió á sus mismos verdugos con la calma estoica que guardó hasta el último instante.

Cuando un oficial leyó la lista de los condenados, el joven don Félix al oirse llamar Beltrán á secas, dijo con arrogancia: — «Me llamo Beltrán de Lis,»—y momentos antes de quedar suspendido de la cuerda fatal, gritó dirigiéndose á los silenciosos espectadores y á las tropas que formaban el cuadro:

—Muero contento porque no faltará quien vengue mi muerte.

Poco después balanceábanse en el espacio los cuerpos de aquellos trece mártires cuyas desconsoladas familias tres años después habían de presenciar en sitio cercano la agonía de su verdugo.

Tan sanguinarios eran los instintos de Elío, que por la tarde, vestido de gran uniforme y seguido de un brillante Estado mayor, se presentó en el sitio de la ejecución y paseando por bajo de las horcas, estuvo mirando atentamente los cuerpos de sus víctimas y en especial de Vidal.

Este rasgo de crueldad aumentó más aun el deseo de venganza que la ejecución había producido en Valencia.

Después de hecatombes tan crueles como las realizadas por los esbirros del gobierno absoluto era de esperar una explosión revolucionaria; las ideas cuyos progresos se pretendia atajar con los suplicios se extendían aun más con el espíritu de venganza que es el más rápido propagandista, y Elío de seguro que se hubiera estremecido al saber que de aquel Estado mayor que le acompañaba en la fúnebre visita al lugar de la ejecución, la mayor parte de los oficiales estaban comprometidos en el deshecho movimiento insurreccional, y miraban con mal reprimido furor el triste fin de sus compañeros.

También en Murcia delató la traición la existencia de logias conspiradoras; pero más clementes las autoridades absolutistas no hicieron correr la sangre, y contentáronse con encerrar en el castillo de Alicante á mu-

chos liberales entre los que se encontraban el brigadier Torrijos, López Pinto y Moreno Alpuente conocidos ya por su entusiasmo político y que tanto habían de distinguirse en la próxima época revolucionaria.

En el mismo mes de Enero un suceso fúnebre vino á turbar aquella alegría á que se entregaba la corte, en vista de lo segura que estaba de las conspiraciones liberales. La célebre María Luisa, esposa de Carlos IV y amiga de Godoy, falleció en Roma, el 2 de dicho mes y el 19 la siguió al sepulcro su esposo que estaba en Nápoles. La muerte de los reyes padres causó alguna impresión en España, pues el pueblo no tenía motivo para odiarlos por persecuciones políticas y además los hacía digno de simpatía la ingratitud que su funesto hijo les había demostrado siempre.

Los ancianos reyes habían conservado á su lado al infante D. Francisco de Paula, pero éste desde el año anterior que se encontraba ya en España al lado de sus hermanos siendo muy bien visto por todos, tanto por no haber tomado parte en las vergonzosas escenas de Bayona y Valencey, como por su amor filial y no mostrarse predispuesto al despotismo ni al fanatismo religioso como Fernando y Carlos.

A pesar de sus pocos años, Fernando concertó en 1819 el matrimonio de su hermano con la infanta doña Luisa Carlota hija del rey de las Dos Sicilias, y el enlace se verificó por poderes el 15 de Abril, desembarcando la princesa en Barcelona y llegando á Madrid el 11 de Junio donde el pueblo la dispensó un brillante recibimiento.

La joven princesa que tenía un carácter varonil y además odiaba la reacción, estaba destinada á desempeñar un brillante papel en la historia revolucionaria de España y á contrarrestar dentro del palacio real las influencias absolutistas.

Fernando, al celebrarse el matrimonio de su hermano, pareció animarse y desear salir de su segunda viudez, disponiéndose á contraer nuevamente matrimonio para satisfacer, según él decía, las aspiraciones de sus pueblos que deseaban tuviera sucesión.

En 11 de Agosto hizo saber Fernando al Consejo que había ajustado su enlace con la princesa María Josefa Amalia, hija del príncipe Maximiliano de Sajonia, y después de otorgar la escritura de capitulaciones matrimoniales con gran pompa, llegó la nueva reina á Madrid á mediados de Octubre haciendo su entrada en un carro triunfal del que tiraban conforme á la culta costumbre de la época un tropel de entusiastas absolutistas.

No tardaron, tanto la corte como el pueblo, en conocer que la princesa Amalia era un sér insignificante, pues tímida, fanática, y de escasa capacidad, vivía entregada á su confesor y á continuos actos de devoción.

Mientras la corte se alegraba con sucesos para ella tan faustos, el estado de la nación resultaba cada vez más

apurado especialmente en materias de Hacienda.

Por momentos eran menores las cantidades que en concepto de ingresos entraban en el erario publico, y en cambio los gastos aumentaban de un modo alarmante, pues la lucha con los insurrectos de América y los preparativos de la expedición militar que se organizaba en Cádiz, consumían la mayor parte del dinero del Estado.

El gobierno atendía á estos gastos antes que á otros de más urgente necesidad, y para encontrar recursos tuvo que levantar un empréstito de sesenta millones al exorbitante interés de ocho por ciento anual, hipotecando para su pago el derecho de subvención de guerra y los arbitrios de trigo, harina y diversiones públicas.

El no encontrar recursos, dentro del reino ni fuera, á causa del desprestigio del crédito nacional, obligaba al gobierno á adoptar tan ruinosas medidas. Estas no produjeron el resultado que esperaban los ministros y sólo sirvieron para agobiar más á los esquilmados pueblos.

En ninguna época ha estado la Hacienda nacional tan desbarajustada como entonces y de esto daba buena prueba el desaliento del gobierno que se confesaba impotente para remediar tanto mal y que en las urgentes necesidades de Estado se veia obligado á gastar los fondos de particulares.

A pesar de esto, ni el rey rebajaba en un solo ochavo su asignación anual, ni la corte limitaba sus cuantio
inútiles gastos.

En alguna ocasión el gobierr
maba medidas acertadas, como o
premios á los roturadores de ter
incultos y á los que favorecie
conducción de aguas; pero esta
didas resultaban insignificantes
los grandes males que había qu
mediar.

Hay que reconocer también q
gobierno no podía hacer gran co
beneficio de la nación por la fal
unidad que existía dentro de él
el poco tiempo que cada ministr
manecía al frente de su departam
Cuando un individuo del gob
ultimaba el estudio de cualquier
cil cuestión y se proponía llev
la práctica, era justamente cuan
real desagrado se dejaba senti
ministro caía para ser reemplazad
otros más ignorantes.

El cambio de ministros era se
por el caprichoso Fernando con l
pidez acostumbrada. En el me
Junio el marqués de Casa-Iruj
reemplazado en el ministerio de
do por D. Manuel González Sa
y hasta á los más furibundos rea
narios alcanzó aquella racha de
agrado real, pues el terrible Egu
exonerado del ministerio de la G
con motivo de su *quebrantada*
(según decía el decreto) y envi
la capitanía general de Granada
despacho de Marina fué desp
Hidalgo de Cisneros y ambas ca
quedaron confiadas interinamen

teniente general D. José María de Alós.

La estancia de González Salmón en el ministerio de Estado no fué larga, pues el 12 de Setiembre pasó dicha cartera al duque de San Fernando, siendo enviado aquél como plenipotenciario á la corte de Sajonia.

No era Fernando hombre capaz de aguantar por mucho tiempo las gracias ó las aparatosas muestras de afecto de sus favoritos, así es que el mismo Lozano de Torres no se salvó de sufrir las consecuencias del mal humor real y tuvo que abandonar el ministerio de Gracia y Justicia para ir á tomar aires en el castillo de la Coruña y estudiar en el destierro adulaciones más originales para cuando el rey lo mirara con más buenos ojos.

En sustitución de tan ridículo personaje entró en dicho ministerio don Bernardo Mozo de Rosales el jefe de *los Persas* firmantes de la célebre representación al rey absoluto, el cual por veinte mil duros había comprado á los frailes de Atocha el título de marqués de Mataflorida.

En un hombre de tales antecedentes y tan íntimamente ligado con la *Camarilla*, no era de extrañar que continuara y aun recrudeciera hasta el último límite la persecución contra los liberales. La policía fué aumentada, sin motivo alguno enviáronse como deportados á Africa gran número de inocentes y tan continuas fueron las arbitrariedades que Mataflorida cometió en el ministerio, que como dice un autor «no había ciudadano que se acostara en su lecho, seguro de que no había de amanecer en un calabozo.»

Aquella irritante tiranía que pesaba sobre España desde 1814 no podía continuar mucho tiempo, so pena de que la patria de los héroes apareciera como un pueblo de envilecidos esclavos.

Iba á terminar el año 1819 y acercábase el instante de la terrible explosión que había de echar abajo el poder absoluto erigido por la reacción y sostenido durante cinco años.

Semejantes á esas inequívocas señales de próxima tormenta que se muestran en el cielo y tierra antes de estallar las tempestades, notábanse en el pueblo español síntomas que anunciaban el candente estado de los ánimos.

La revolución impregnaba el ambiente político de España. Las clases ilustradas agitábanse más que nunca en favor de la derrocada Constitución y el pueblo inconscientemente seguía su causa, pues le enseñaban cuales eran los males del absolutismo los grandes sufrimientos que bajo tal régimen experimentaban.

Fernando y sus cortesanos, turbados por las delicias propias del poder y halagados de continuo por el incienso de la adulación, no veían la agitación del pueblo. En Madrid especialmente era donde más claramente se mostraba la fiebre revolucionaria. Los liberales manifestaban sus sentimien-

tos y daban rienda suelta á su entusiasmo por medio del arte.

El gran actor Isidoro Maiquez, artista sin rival, dominaba en aquellos tiempos por completo la escena española. Hombre de elevados sentimientos y gran ilustración, si bien con algunas vacilaciones, habíase mostrado en varias circunstancias valiente patriota y decidido liberal, siendo en aquella ominiosa época de reacción el único que frente á frente se atrevía, valiéndose del arte, á recordar al pueblo sus deberes políticos y lo necesario que era recobrar su dignidad.

Las obras de Alfieri ó de Quintana eran las que ponía en escena con predilección, por abundar en ellas los pensamientos democráticos, y el pueblo liberal que comprendía la intención del actor, llenaba el teatro y aplaudía con fanatismo los versos de sabor político que éste recitaba con marcada entonación.

En las noches que se representaban tragedias de tal clase reforzábase el piquete que daba guardia al teatro, el alcalde de Casa y Corte, presidente de la función, doblaba su ronda de alguaciles, y la autoridad se preparaba como para reñir con el público una terrible batalla.

Cuando el inimitable Maiquez, con el fuego que da la convicción y el acento inspirado propio de los genios, exclamaba en la republicana obra de Alfieri *Roma libre:*

Y escrito está en el libro del destino
que es libre la nación que quiere serlo.

en el *Pelayo* del gran Quintana:

A fundar otra España y otra patria
más grande, más feliz que la primera.

y en la patriótica tragedia *Numancia:*

A impulsos, ó del hambre o de la espada,
¡libres nacimos! ¡libres moriremos!

el público, electrizado por el talento del gran actor y viendo condensadas en dichas palabras todas sus aspiraciones, prorumpía en vítores, se levantaba en masa de sus asientos, agitaba sus pañuelos y tenía que hacer esfuerzos para no dar vivas á la libertad.

Ante tales demostraciones, la guardia del teatro tomaba las armas y el alcalde presidente despachaba al escenario unos cuantos alguaciles para que advirtieran al actor se privara de representar con tanto fuego ó al menos suprimiera tales versos, á lo que el insigne Maiquez se negaba con altivez.

Tanto fué ya el entusiasmo del público y tales sus demostraciones de afecto al gran actor cuando representaba tragedias de carácter democrático, que el gobierno se propuso suprimir el espectáculo y para ello nada le pareció mejor que desterrar de Madrid á Isidoro Maiquez, con pretexto de haber desacatado la autoridad del alcalde presidente.

La orden de destierro se comunicó al gran actor en la forma que entonces se acostumbraba, ó sea poniéndole un carruaje de camino escoltado por caballería á la puerta de su casa.

El pueblo, al saber el atentado que la autoridad absolutista iba á cometer en la persona de su ídolo, llenó la calle de Santa Catalina,—donde Maiquez vivía,—y prorumpió en gritos de protesta y silbidos; pero llegaron fuerzas de infantería y en vista de que aquello tomaba el carácter de un imponente motín, dispersaron á viva fuerza á los manifestantes y acallaron sus voces.

El sublime Maiquez desterrado en Ciudad-Real, pasó después á Granada y allí, imposibilitado de dedicarse al arte que era el goce de su existencia y conmovido profundamente su ánimo susceptible por la arbitrariedad de que había sido objeto, perdió la razón y poco después la vida.

El actor más grande é inimitable que ha tenido España, el rival del gran Talma, fué también una de las víctimas del despotismo de Fernando.



CAPITULO XXXI

1819-1820

Trabajos y vicisitudes de la Masonería en toda España.—Sus trabajos en Cádiz.—Estado del ejército expedicionario.—Espíritu de sus tropas.—El conde de La Bisbal.—Su adhesión á los revolucionarios.—Relaciones que sostiene con los conspiradores.—Organización de éstos.—El *Soberano Capítulo* y el *Taller Sublime*.—Alcalá Galiano.—Indecisiones de La Bisbal.—El general Sarsfield. —Su conferencia en Jerez con los conspiradores.—Villanía de su proceder.—Conmovedora escena en el *Taller Sublime*.—Resolución que toman Odonell y Sarsfield.—Su traición á los liberales. —Sorpresa en el Palmar del Puerto.—Queda deshecha la conspiración.—Trabajos de Alcalá Galiano para resucitarla.—Hombres que le ayudan.—D. Juan Alvarez Mendizábal.—Su carácter y singularidades.—Audacia de los jóvenes conspiradores.—Gestiones para dar un general á la revolución.—Un rasgo de Mendizábal.—Excursión de Galiano por los acantonamientos del ejército. —Reuniones revolucionarias en Alcalá de los Gazules y Villamartín.—El coronel Quiroga es nombrado general por los conspiradores.—Descuido del gobierno é ineptitud del conde de Calderón. —Propaganda de Mendizábal.—El comandate D. Rafael del Riego.—Su verdadero carácter.—Plan de la sublevación.—Modo como se realiza.—Sublevación de Riego el 1.º de Enero en las Cabezas de San Juan.—Sorprende el cuartel general en los Arcos.—Movimiento de Quiroga.—Entra en San Fernando.—Prenden los sublevados al ministro de Marina.—Inacción de los liberales en Cádiz.—Disposiciones de las autoridades absolutistas.—D. Luis Fernandez de Córdoba.—Inesperada victoria que alcanza en la Cortadura.—Estado en que queda la Isla.—Situación en San Fernando del ejército sublevado.—Su inacción.—Disposiciones del gobierno.—Apurada situación en que se encontraban los sublevados á fines de Enero.

De entre todas las regiones españolas, Andalucía era la que contenía mayor número de logias y conspiradores más audaces obedeciendo esto á hallarse establecido en Granada el Gran Oriente ó centro directivo de la institución masónica.

Fundado dicho centro en 1816 por el capitán general conde de Montijo, hombre variable, tan pronto absolutista rabioso como convertido en conspirador por sus antiguas costumbres, había extendido sus ramificaciones con especialidad por las provincias limi-

trofes, siendo Cádiz la ciudad donde la Masonería alcanzó más desarrollo, tanto por ser en ella antigüamente conocida, como por el profundo afecto que toda su población sentía hacia la libertad y la Constitución cuyo nacimiento habia presenciado.

En 1818, las logias existentes en Madrid, fueron sorprendidas por la policía absolutista y quedó preso en las cárceles de la Inquisición el coronel Van-Halen que tanto se había distinguido por su travesura á fines de la guerra: pero si bien este audaz conspirador ayudado por personas importantes logró ponerse en salvo sin hacer revelaciones al gobierno, la Masonería al ver deshechas sus ramificaciones en la corte, creyóse descubierta y se retrajo un tanto de los trabajos, disolviéndose el Gran Oriente de Granada, al que faltaba ya el apoyo del revoltoso conde de Montijo.

Quedó pues moribunda, aunque momentáneamente, la poderosa sociedad que con tanto interés buscaban en la sombra los atemorizados absolutistas, y á ello contribuyó mucho el desaliento que en los conspiradores produjo el fracaso de Lacy y los suplicios de Vidal y sus compañeros en Valencia.

A pesar de tal decaimiento de ánimo, á principios de 1819, por uno de esos fenómenos extraños que tanto influyen en el período de gestación de las revoluciones y sin saber á quién atribuir el impulso, fueron reanimándose los antes desalentados conspiradores, y en Cádiz sobre todo volvió á brotar la llama de la conjuración con una fuerza hasta entonces no conocida.

Existía en la isla gaditana y sus alrededores, un elemento propicio para los trabajos de la conspiración, que era el ejército expedicionario de América que con tantos esfuerzos estaba reuniendo el gobierno.

La guerra con las posesiones americanas era impopular en España, pues ni el pueblo ni el ejército se interesaban por ella, conociendo instintivamente que no podía producir resultados satisfactorios. Los militares, á pesar de ser su eterno deseo la guerra, único medio de alcanzar recompensas y honores, no querían ir á América, y el gobierno para encontrar gente que formara en la expedición, veíase obligado á dar á los oficiales ascensos y aumentos de sueldo. Esto era la mejor prueba de la repugnancia que en la península inspiraba á todos aquella guerra en suelo tan ingrato y enemigo como fué el de España para los franceses y en la cual sólo podía lograrse escasa gloria y sufrir en cambio grandes fatigas.

El aspecto de los soldados que volvían de aquellas apartadas regiones, macilentos, enfermizos, y pintando con los más negros colores los azares de una lucha sin término en la que siempre llevábamos la peor parte, y al mismo tiempo los trabajos de los agentes de la insurrección americana que ocultamente se habían introducido en el ejército, contribuían á fomentar la repugnancia de nuestros

militares á embarcarse á ir á perder la vida en una contienda sin gloria y sin provecho.

Ya en 1815 la expedición que, al mando de Morillo, salió para Venezuela, había mostrado ciertos síntomas de insubordinación antes de partir de Cádiz; pero los conspiradores, todavía poco organizados, no supieron aprovecharse de tal circunstancia, y la energía del general obligó á los batallones á la obediencia.

No había que achacar á falta de valor la repugnancia á ir á América, pues de esta condición jamás ha carecido el guerrero español, y aquellos mismos oficiales y gran parte de los soldados eran los mismos que años antes asombraban á Wellington batiéndose con las legiones imperiales. El motivo que hacía flaquear á aquellos valerosos soldados era la consideración de que los españoles de América se batían por una noble aspiración, cual es la libertad, y de que obraban justamente emancipándose de un déspota como Fernando, cuya autoridad se convertía en insoportable yugo.

En 1819 este espíritu era general en todo el pequeño ejército reunido al Sur de España, y de él pensaba aprovecharse, en favor de la libertad, la conspiradora Masonería, que, además, contaba en el número de sus adeptos á muchos oficiales de la expedición.

Cuando el gobierno nombró capitán general de Andalucía y además jefe del ejército destinado á América á don Enrique Odonell, conde de La Bisbal, los conspiradores, que comenzaban á abrigar cierto optimismo en vista del resultado de sus trabajos, perdieron muchas de sus esperanzas, pues todavía recordaban las tropelias que tan singular y ligero personaje había cometido en Cádiz años antes para acreditarse á los ojos de la *Camarilla* como absolutista feroz y decidido.

A pesar de esto, apenas llegó La Bisbal á la ciudad donde tan mala fama había dejado, todos reformaron su opinión, pues el general, por uno de aquellos trastornos propios de su ligereza, mostrábase cambiado en ideas y tenía especial empeño en tratarse con las personas más acreditadas como liberales, mostrándose enemigo de toda medida arbitraria que recordara á la ciudad que estaba bajo un gobierno absolutista.

Tanta fué la benevolencia del general con los liberales, que pronto comenzó á murmurarse en Cádiz que Odonell no se mostraba ajeno á los trabajos de los conspiradores, con cuya seguridad éstos vieron engrosar rápidamente sus filas.

El mismo La Bisbal parecía no preocuparse mucho de que públicamente se hablara de su afecto á los liberales, y buena prueba de ello daba permitiendo á sabiendas la estancia en Cádiz de uno de los conjurados que en Valencia fueron sorprendidos por el general Elío en la logia del *Porche*, á pesar de que recibía continuas órdenes del gobierno de Madrid para que los buscara y prendiera, pues la poli-

cía sabía de cierto que se encontraba en la Isla.

Esta conducta del conde, que tanto contrastaba con la de años antes, daba lugar á confiadas suposiciones de los conspiradores de poca importancia, los cuales, llevados de sus deseos, se imaginaban que La Bisbal iba de un momento á otro á derribar el gobierno absoluto; pero lo cierto es que, si no tan comprometido con los conjurados, se entendía con los más principales por medios rodeados, y patrocinaba sus trabajos en todo cuanto le permitía el carácter de su alto cargo.

La Masonería conspiradora estaba organizada en Cádiz en una sola logia, en la que se confundían los patriotas más exaltados con los militares de escasa importancia que no mandaban fuerzas. Además existían logias formadas por oficiales y sargentos en cada uno de los batallones acantonados en las inmediaciones de la Isla y sobre todos estos organismos imperaba con el carácter del poder directivo el *Soberano Capítulo* que se reunía en casa de D. Francisco Javier de Isturiz, hermano del conocido diputado de las pasadas Cortes, don Tomás, y que estaba compuesto por personas acaudaladas que aparecían como la aristocracia gaditana y que por razón de su posición social eran las que más estaban en roce continuo con el general Odonell.

Todos los individuos del *Soberano Capítulo*, graves, sesudos y un tanto despreciadores de la gente más humilde que figuraba en las logias inferiores, eran personas á propósito para prestar á la conjuración influencias ó recursos pecuniarios; pero en cambio carecían de la energía y la actividad necesaria para tal clase de empresas. Este defecto del organismo director hizo necesaria la composición de otro cuerpo que, interpuesto entre el *Soberano Capítulo* y las logias inferiores, sirviera de lazo de unión y al mismo tiempo fuera como un poder ejecutivo, y con tales objetos formóse la junta intermedia ó *Taller Sublime*, en la que entró el elemento joven de la conspiración, que era el más ilustrado y audaz, figurando en ella como miembros el oficial D. Evaristo San Miguel y el diplomático D. Antonio Alcalá Galiano.

Este último, que en aquella época contaba veintinueve años de edad, fué realmente el alma de la conspiración, pues trabajó en ella más que nadie, ayudado por su elocuencia natural fogosa y arrebatadora, y aquel entusiasmo por la libertad y el progreso que entonces le dominaba y que años adelante había de trocarse en escéptico y repugnante moderantismo. Hijo Alcalá Galiano del célebre marino don Dionisio, muerto gloriosamente en el combate de Trafalgar y emparentando con las más ilustres familias, ingresó muy joven en el cuerpo diplomático y pasó gran parte del período de la primera reacción agregado á la embajada de Suecia; pero á fines de 1818 volvió á España y al pasar

por Londres ofreció á D. Bartolomé Gallardo y á otros emigrados liberales que haría cuanto pudiese en favor de una revolución. Apenas llegado á Madrid el gobierno le destinó como secretario á la embajada del Brasil, y Galiano emprendió el viaje para su destino; pero al detenerse en Sevilla y después en Cádiz, su patria, vió de cerca los importantes trabajos políticos que realizaba la Masonería á la que hacía tiempo estaba afiliado y determinó quedarse para prestar ayuda á la conspiración, exponiéndose al castigo del gobierno que le creía navegando ya con rumbo á la costa americana.

Natural es la impaciencia en los comprometidos en una conjuración; pero la que sentían los conspiradores de Cádiz resultaba aun más justificada, pues transcurría el tiempo sin que se intentara dar el ansiado golpe, exponiéndose con la tardanza á que el gobierno tuviera noticias de los urdidos planes.

Todos deseaban que La Bisbal desenvainara pronto su espada contra el absolutismo, ya que ningún motivo serio justificaba su indecisión, pues puesto al frente del ejército expedicionario que, aunque pequeño, era el único importante con que contaba España. el gobierno no podía oponer ningún obstáculo al triunfo de la Constitución.

Cinco meses iban ya transcurridos desde que el citado general había prometido á los conjurados dar el golpe revolucionario, y, sin embargo hacía por cumplir su palabra ni la realización de aquél para fech xima ó remota, con lo cual alte se los ánimos y era general el de que llegara á oídos de la c que en Cádiz se tramaba.

Tal era la excitación que rein las logias, que algunos comenz sospechar que La Bisbal, firme riormente en sus antiguas af absolutistas, engañaba á los libe suposición nada infundada, pu vista de los hechos que pronto ll mos á relatar, hay que conve que el gobierno absolutista sabí cho de lo que en Cádiz ocurría, si respetaba al voluble conde er que éste le había prometido sofo rebelión apenas se realizara, y a mo tiempo le temía viéndole al de un ejército que era el único portancia en toda la nación.

Los dos individuos del *Sobera pítulo* comisionados por sus com ros para entenderse con La Bisb asediaban de continuo con obje que se decidiera á la rebelión; p conde se evadía manifestando q ejército no estaba aun bastante t jado y que eran muchos los of que todavía no pertenecían á la dad conspiradora.

A principio del mes de Juni zóse palpable la necesidad de d golpe revolucionario, pues come susurrarse con visos de certeza l ximidad de la orden de embarqu ejército.

En esto fué nombrado el general D. Pedro Sarsfield que tanto se había distinguido en Cataluña durante la pasada guerra, para el mando de la caballería que marchaba en la expedición, y D. Enrique Odonell, como para salir del aprieto en que continuamente le ponían los comisionados del *Soberano Capítulo*, dijo que era indispensable entrara Sarsfield en la empresa revolucionaria, pues para el proyectado golpe *le valía lo que una división.*

Nadie más á propósito que el mismo Odonell para atraerse al general, su segundo, pues le unía á él la amistad propia de los que han hecho la guerra juntos y el común origen irlandés, pero el antojadizo don Enrique se negó á ello, alegando lo mucho que exponía su crédito y el porvenir de la revolución si al sondear directamente á Sarsfield resultaba que éste era adicto al absolutismo.

Tuvo pues el *Soberano Capítulo* que encargarse de explorar el ánimo de Sarsfield, empresa nada fácil, pues el tal general era un verdadero enigma aun para los que más íntimamente lo trataban. Sin otra vida ni pensamiento que la de un puntual soldado que no conoce más autoridad ni ideas que las del gobierno que le paga, Sarsfield no había manifestado jamás opiniones políticas, y lo más creible es que en 1819 no las tuviera, pues ni en tiempo de las Cortes ni en los primeros de la reacción, se había mezclado en ningún asunto que no fuera del servicio.

Hombre adusto, ensimismado y entregado con demasiada frecuencia á la bebida y al uso del opio, no era susceptible de comunicar sus pensamientos á los allegados, y únicamente sabíase de él que había sido gran amigo del infortunado Lacy, por lo cual los conspiradores suponían que no le repugnaría entrar en una conjuración que vengara al noble mártir.

Esto no era más que una suposición no fortalecida por hecho alguno, por lo cual las opiniones de Sarsfield eran un misterio impenetrable.

A pesar de esta inseguridad, como era forzoso para contentar á Odonell dueño del ejército y del secreto de la conjuración, avistarse con el taciturno general, el *Soberano Capítulo* nombró una comisión de individuos escogidos en el *Taller Sublime* y las logias de los regimientos para que pasaran á avistarse con Sarsfield en Jerez de la Frontera donde estaba con la mayor parte de su caballería.

Formaban la comisión, los oficiales de artillería D. José Grases y D. Bartolomé Gutiérrez de Acuña en representación del ejército, y en nombre del elemento civil D. José Moreno Guerra, hombre de ideas bastante avanzadas para aquella época, aunque de carácter no muy firme y de gran ilustración é ingenio, cualidades que eran deslucidas por cierta extravagancia en las costumbres.

Los tres comisionados avistáronse con Sarsfield con el pretexto de visitarle; pero apenas entablada la con-

versación manifestáronle claramente el objeto que allí les llevaba y le expusieron ligeramente la importancia de la conspiración. Oyóles el general atento é impasible como deseando con su silencio obligarles á que dijeran todo cuanto sabían, y cuando estuvo bien enterado, levantóse de su asiento y con voz descompuesta y ademanes de amenaza, dijo á los comisionados que estaban muy equivocados si creían que él iba á entrar en la conspiración, pues la tendrían en frente como terrible enemigo no parando hasta fusilar á todos los conjurados, y que si no empezaba por imponerles á ellos un correctivo, era porque como hombre de honor no podía descubrir lo que fiando en su palabra le habían confiado.

Quedaron confusos y suspensos los tres comisionados ante aquel inesperado y violento arranque de Sarsfield; pero éste notando el estado de ánimo de los conspiradores y cambiando repentinamente de propósito con la intención más aviesa, los detuvo cuando ya se disponían á retirarse, y endulzando su voz cuanto le fué posible, díjoles que cuanto había hablado era contra sus deseos y opiniones, que él se tenía por liberal y estaba dispuesto á entrar en la conjuración, y que las anteriores y destempladas palabras tan sólo las había pronunciado para poner á prueba el temple de alma de los que pronto iban á ser sus compañeros.

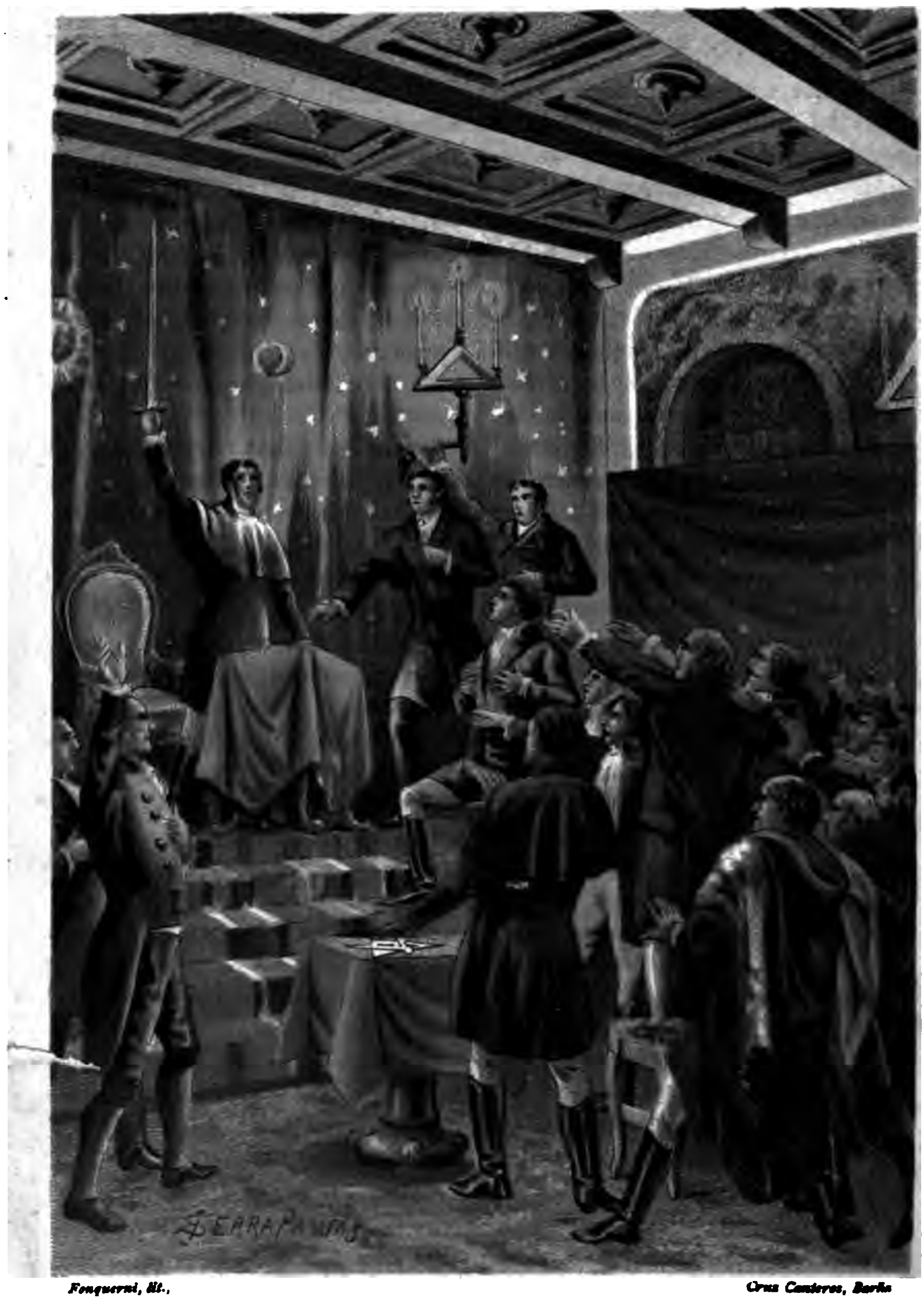
No satisfizo como es natural esta burda explicación á los comisionados; pero como después de sus revelaciones no podían ya retroceder, tuvieron que contentarse con ellas y darlas entero crédito.

En el *Soberano Capítulo* y el *Taller Sublime* causó honda impresión de disgusto lo ocurrido en la conferencia de Jerez, pues á nadie se le ocultó que Sarsfield era un peligro para la conspiración y hasta hubo alguno que propuso el asesinato del general para impedir que hiciera revelaciones al gobierno, idea que fué desechada por todos los conspiradores que no querían manchar con crímenes su empresa.

Transcurrió algún tiempo y como ningún hecho hacía entender que Sarsfield era traidor á la conspiración y antes al contrario daba continuas muestras de interesarse por la marcha de ésta, acabaron los liberales, más dados á la esperanza que al desaliento, por contarle entre los suyos y confiar en sus servicios.

Era ya cada vez más urgente dar el ansiado golpe revolucionario en breve plazo, y con objeto de ultimar todos los preparativos el *Taller Sublime* convocó á los representantes de las logias de los regimientos á una reunión solemne que se verificó en Cádiz en una noche del mes de Julio.

Los convocados, cuyo número era bastante crecido, acudieron á la cita poseídos del mayor entusiasmo y creyendo que ya era llegada la hora de dar el grito insurreccional. Reunidos todos los delegados de los regimientos



Fonquerni, lit., *Cruz Cantaros, Barña*

JURAMENTO DE LOS CONSPIRADORES LIBERALES EN LA LOGIA TALLER SUBLIME.

y algunos patriotas de acción en la logia del *Taller Sublime* comenzaron por los simbolismos propios de las reuniones masónicas; pero Alcalá Galiano que desempeñaba el cargo de *Orador* rompió inmediatamente las ceremonias y dejándose llevar de su entusiasmo y su fanatismo político, que en aquella época eran extraordinarios, pronunció un discurso arrebatador, en el que hizo palpable la degradación que dominaba á España, el peligro que la conspiración corría de ser descubierta si permanecía inactiva y la necesidad de dar cuanto antes el golpe que regeneraba la patria.

Los mágicos acentos de aquel orador tribunicio hicieron desfilar ante la imaginación de los conjurados la tiranía con todos sus horrores, la libertad con su deslumbrante aureola de luz y la gloria que aguardaba á los hombres encargados de derribar el despotismo; y al fin, Alcalá Galiano, embriagado por su propia elocuencia y nervioso por el entusiasmo, empuñó la espada desnuda que, conforme al rito masónico, estaba sobre la mesa, y con voz fuerte y trémula por la emoción, exclamó:

—¡Jurad llevar á cabo esta empresa y devolver á España su libertad, juradlo sobre esta espada, símbolo del honor, que no en balde en este lugar se os pone á la vista!

Un alarido general de entusiasmo contestó á estas palabras, y todos los presentes, militares y patriotas, se arrojaron sobre la espada, y poniendo en ella sus manos juraron con la fe y la confianza propia de los héroes morir si era necesario por la santa idea de Libertad.

Aquella escena, que tenía lugar en una reducida estancia mal alumbrada y calurosa por la temperatura propia del mes, había de producir algún tiempo después la revolución que derrocó el absolutismo y conmovió á Europa.

No tardó el conde de La Bisbal en saber lo ocurrido en la reunión, y como en su interior no estaba dispuesto á ayudar á los conjurados y sólo quería entretenerlos, conoció que era forzoso tomar medidas para evitar se convirtiera en incendio el fuego revolucionario que él, por otra parte, se entretenía en alimentar con su conducta siempre problemática.

Empezó, pues, el general, á obrar contra la conspiración, y su primera medida fué trasladar la guarnición de Cádiz á los cantones, medida de gran importancia, pues en los batallones que la componían figuraban los más entusiastas y decididos conjurados que tenían el encargo de realizar la conspiración dentro de la ciudad.

Las fuerzas que constituían la nueva guarnición de Cádiz eran las que contaban con más escaso número de comprometidos y estaban menos trabajadas por la conspiración.

Estas medidas natural era que causaran justo recelo en los conjurados: pero La Bisbal seguía en relaciones con los del *Soberano Capítulo*, mos-

trándoseles ardiente amigo de la conspiración, circunstancia que, unida al conocimiento que todos tenian del carácter ligero y caprichoso del general, hacía que nadie pudiera formarse exacta idea de los intentos de éste.

Otro suceso vino aun á hacer mayores las sospechas, y fué que de repente llegó Sarsfield á Cádiz, y encerrándose con Odonell celebró una larga conferencia que quedó en el mayor secreto. Resultaba indudable que en ella habían tratado de una combinación de operaciones, pero el enigma estaba en si éstas eran para llevar á cabo la revolución ó para deshacerla dándola un golpe de muerte. Tan incomprensible era el carácter de aquellos dos generales y tan ambigua su conducta, que después de algunos meses de continuo trato no sabían los conspiradores más principales si debían considerarlos como compañeros ó como terribles enemigos.

Vuelto Sarsfield á Jerez, estrechó aun más sus relaciones con el oficial de artillería Gutiérrez de Acuña, que residía en dicho punto y que, como ya dijimos, fué uno de los individuos de la comisión que le visitó para sondear sus opiniones. El general, en sus conversaciones con el conspirador, mostrábase ya tan partidario de la revolución, que igual á cualquier conspirador de Cádiz criticaba la tibieza y falta de energía de su amigo La Bisbal, y exclamaba repetidas veces:—*A Enrique le falta corazón.*

En este estado se encontraba la marcha de la conspiración, cua anochecer del 6 de Julio, ó sea hora en que ya estaban cerrad puertas de las murallas, circu Cádiz la noticia de que La I puesto al frente de toda la guarn excepto la parte que correspo las guardias, acababa de salir Puerta de Tierra con dirección á to de Santa María, donde estaba tonada la división que poco ant sidía en la plaza.

A la hora de la retreta, en vi que faltando á la general cost no salían las músicas, convenc vecindario de Cádiz de la verd tan inesperada salida y se ent los más diversos comentarios. E entonces á susurrarse sin prueb ello, que el conde, antes de sali bia llamado á uno de los del *Sc Capítulo* con quien se entendí cargándole que lo preparase toc proclamar la Constitución de 1 Cádiz, mientras él hacía lo pr el ejército, al cual iba á jun masa; y bastó esta noticia para liberales comenzaran á felicitar gente recorriera las calles dand á la libertad, aunque en voz n alta. A pesar de esto, las citad claraciones que se suponían por el conde, no constaban á n un modo cierto, y lo único e era su salida, cuyo objeto perm en el misterio.

Esto excitó las sospechas de n conspiradores, y especialmente calá Galiano, que por mar en

aviso á Puerto de Santa María para que los militares comprometidos que se hallaban al frente de la división acantonada, estuvieran prevenidos de la proximidad de La Bisbal con tan extraordinario acompañamiento y obraran en consecuencia.

De nada sirvió este aviso, pues aunque algunos de los oficiales opinaron por la resistencia armada conociendo la intención que guiaba á Odonell, la mayoría creyó más conveniente esperar pacífica é impasiblemente la llegada del conde. Es casi cierto que de haber hecho armas los batallones acantonados en Puerto de Santa María contra La Bisbal y las fuerzas que le acompañaban, hubieran logrado el triunfo á pesar de que la caballería de Sarsfield iba de un momento á otro á caer sobre ellos por la espalda, cosa que ignoraban.

La conducta engañosa que Sarsfield siguió en Jerez hasta el último instante, fué indigna de un hombre honrado. Haciendo las más entusiastas promesas, seguía abusando de la buena fe de los oficiales Gutiérrez Acuña y Grases, que estaban á su lado, y en la misma noche del 6 de Julio, horas antes de salir para Puerto de Santa María, paseando con éstos al tropezar con una cofradía que iba cantando el rosario por las calles, dijo en tono de burla:

—Cantad, cantad, que pronto no cantaréis.

A esto agregó poco después dirigiéndose á Gutiérrez Acuña que estaba levemente indispuesto:

—Recójase usted y descanse para prepararse á los brillantes trabajos que le esperan.

Apenas Sarsfield se despidió de sus dos acompañantes y entró en su casa, firmó la orden para prender á ambos crédulos conjurados, orden que fué cumplida inmediatamente.

Puesto en camino Sarsfield con su caballería, cerca del alba llegó á Puerto de Santa María, á la misma hora que por el otro lado aparecía también La Bisbal con sus tropas.

En esto las fuerzas acantonadas en el Puerto salieron á formarse como tenían por costumbre en el sitio llamado el Palmar, no experimentando sus ya avisados jefes ninguna sorpresa cuando vieron llegar al capitán general por un lado y á su segundo por otro con tal aparato de tropas.

Puesto La Bisbal al frente de la acantonada división, hizo salir al frente de las filas á todos los comandantes primeros y segundos de los batallones, á los cuales intimó que se diesen presos, no explicando el motivo claramente. Obedecieron éstos y no se notó en los batallones el menor indicio de resistencia, pues los oficiales y soldados estaban admirados de lo que veían, éstos por ignorar la existencia de la conspiración, y aquéllos por ver obrar como enemigo al mismo general que esperaban fuera el caudillo de la revolución.

Presos ya los comandantes, juntáronse Odonell y Sarsfield, y el segundo soltó la risa celebrando con groseras frases la habilidad con que ambos

habían engañado á los conspiradores y la facilidad con que los comprometidos se habían dejado prender. No se mostró La Bisbal tan contento como su segundo, pues ó avergonzado de su traición ó por uno de aquellos cambios tan frecuentes en su carácter, apareció como pesaroso y arrepentido de su vil acción, apenas acabó de cometerla.

Tan descontento estaba Odonell de sus actos, que al volver á Cádiz procuró atenuar en lo posible los cargos que resultaban en los procesos de los comandantes arrestados, y hasta para desvanecer el temor que mostraban muchos conspiradores todavía no perseguidos, dijo en más de una ocasión que ninguno esperara mal de él, «porque era caballero y á nadie vendería.»

Aquel hombre extraño y de inteligencia tan desequilibrada que á cada hora del día sustentaba diversos pensamientos, cumplió su palabra, y tanto se esforzó por quitar importancia á la conjuración que él mismo había descubierto, que aunque el gobierno en premio de sus servicios le dió la gran cruz de Carlos III, lo separó del mando del ejército y ordenóle marchara á Madrid, á donde se encaminó La Bisbal lleno de recelo, pues si bien había deshecho la revolución, también se le podía acusar de ser el primero en fomentarla, y por lo mismo así podía recibir una gran recompensa como un tremendo castigo.

Cuando en Cádiz se supo lo sucedido en el Palmar del Puerto, fué grande la consternación entre los conjurados, y la animosa alegría convirtióse en miedo y desaliento.

Como La Bisbal conocía perfectamente quienes eran las personas que dirigían la conspiración, casi todos los individuos del *Soberano Capítulo* y su presidente Isturiz, al verle convertido en enemigo, se creyeron descubiertos, y para evitar el castigo fugáronse á Gibraltar.

Quedó, pues, realmente deshecha y sin fuerza la conjuración que poco antes tan terrible se mostraba, bastando para ello la inesperada falsía de Odonell que sólo fué traidor á medias, pues después de dar el golpe se arrepintió de su obra, salvándose de este modo los comprometidos.

Como el árbol de la revolución había sido cortado por el atolondrado general tan incompletamente, quedaban hondas raíces en el ejército que aun podían retoñar, cuidadas por mano experta; pero existía el importante inconveniente de que todos los conspiradores civiles de algún viso y que podían proporcionar recursos pecuniarios estaban fugitivos, y lo que era peor, desalentados y poco dispuestos á mezclarse en el urdimiento de nuevas tramas.

De todas las personas que habían jugado algún papel en la anterior conspiración, sólo quedaba en Cádiz don Antonio Alcalá Galiano, al cual su elocuencia y su estrecha amistad con Isturiz le daban para los conjurados una importancia que realmente no tenía.

Hombre inquieto, fogoso y de no escaso valor, Alcalá Galiano no se desanimó á la vista de lo ocurrido, y en vez de huir como todos le aconsejaban, pues resultaba sospechoso para el gobierno no sólo por sus maquinaciones sino por haber dejado de marchar á la embajada del Brasil sin motivo alguno, dedicóse á reanudar los antiguos lazos de la conspiración deshechos por el brusco ataque de La Bisbal.

Galiano, creyendo que los liberales fugitivos podrían proporcionarle gran ayuda en la empresa que se proponía acometer, dirigióse á Gibraltar, pero muy pronto conoció que no eran aquellos hombres desalentados los auxiliares que necesitaba y volvió á Cádiz para dedicarse audazmente á organizar la conspiración por cuenta propia.

Un obstáculo de gran importancia vino á detener en su marcha la renaciente conspiración. La fiebre amarilla que á últimos del mes de Julio hizo su aparición en la ciudad de San Fernando, difundióse rápidamente por toda la isla y en Setiembre comenzó á infestar Cádiz, por lo cual estableciéronse cordones de tropas y el gobierno aisló aquella parte del resto de España.

Parecía como que la libertad estaba condenada á hacer su aparición entre la lucha de los hombres y los rigores de la naturaleza, pues al igual que en 1812, iba á renacer ahora bajo el imperio de la terrible epidemia.

Cuando Alcalá Galiano volvió á Cádiz á mediados de Setiembre, encontró que con motivo de la epidemia había quedado guarneciendo la plaza un solo batallón, marchando los restantes á los acantonamientos, con lo cual los conjurados quedaban sin el principal apoyo. A pesar de esto, el entusiasta orador experimentó gran sorpresa al ver que durante su ausencia la trama revolucionaria había anudado sus deshechos hilos y que nuevos elementos, sino de prestigio, de gran valor, acababan de ingresar en las filas de la conspiración. Los hombres que habían llevado á cabo trabajos tan importantes eran D. Domingo Antonio de la Vega, abogado ya entrado en años y de no gran notoriedad, y un joven comerciante no menos oscuro y que por el tiempo había de inmortalizarse, el cual llevaba el nombre de D. Juan Alvarez Mendizábal.

Hora es ya de hablar de este hombre que con tanta justicia figura en el lugar más eminente de la historia de nuestra revolución.

Descendiente de una familia judía, con raras aptitudes para el comercio y un talento que en algunas ocasiones rayaba en los límites del genio, Mendizábal empleaba el tiempo no ocupado por los negocios de la casa mercantil de Beltrán de Lis, de la que era socio y principal agente, en bullir entre los patriotas que conspiraban, si bien con mediano éxito, pues las singularidades de su carácter mal comprendidas como rarezas, hacían que sus palabras y consejos no fueran apreciados en su justo valor.

La primera entrevista de Mendizábal con Alcalá Galiano causó alguna impresión en éste, que más adelante lo describió diciendo que en tal época era «un hombre singular, rarísimo en persona y modos; de estatura muy elevada, si no gordo rehecho, con la cabeza pobladísima de pelo un tanto mal peinado ó á lo menos no peinado al uso, con el vestido mal cortado, dado á familiarizarse con gente á quien conocía poco, hablador, y que parecía, como lo era, bien intencionado; franco, servicial y en el trato agradable en grado no corto.»

Como la casa mercantil de que Mendizábal formaba parte había contratado con el gobierno el abastecimiento del ejército expedicionario, el joven y audaz conspirador podía recorrer sin excitar sospechas todos los acantonamientos, tarea que producía magníficos resultados, pues el número de oficiales comprometidos nuevamente en la conspiración aumentaba por momentos. Mendizábal fué en aquellas circunstancias el verdadero hombre de acción de la trama revolucionaria, y á sus esfuerzos debióse especialmente el completo resultado que ésta alcanzó.

Cuando Galiano llegó á Cádiz, Mendizábal estaba haciendo sus correrías de propaganda por los acantonamientos y en la plaza dirigía la conspiración el abogado Vega, á quien antiguas persecuciones por la libertad habían dado un crédito superior á sus facultades y valer. Con la aparición de Galiano la conspiración cobró nuevo impulso, pues el fogoso tribuno poseía cualidades que le hacían más apto que Vega para las tramas revolucionarias y además sabía expresarse en las logias con cierto aire misterioso que hacía creer á todos la existencia de un organismo superior compuesto de personas poderosas que lo tenían á él como representante. Su antigua y estrecha amistad con Isturiz y los del *Soberano Capítulo* fomentaba esta creencia de los conjurados.

El entono con que Galiano daba todas sus órdenes y por otra parte la audacia y actividad de Mendizábal, siempre vivo y travieso, dando en todas ocasiones pruebas de una imaginación estupenda y de ser «hombre sin par en horas de desorden para traer las cosas á feliz paradero por singulares caminos,» contribuían á que los conjurados se creyeran dirigidos por un oculto y omnipotente poder cuando en realidad sólo existía sobre ellos la voluntad de dos jóvenes que, enloquecidos por el entusiasmo, habían acometido una empresa superior á sus fuerzas.

Las logias de los regimientos fueron nuevamente constituidas; pero como ahora la conspiración estaba en manos de hombres jóvenes, entusiastas, audaces y poco dados á rutinas para conseguir un fin práctico, suprimióse en aquéllas los simbolismos masónicos y las ceremonias del rito para no perder un tiempo precioso y que

todos los adeptos vieran claramente á donde se les conducía.

Como en esta ocasión los conjurados no tenían que contar para sublevarse con el consentimiento de ningún Odonell, determinaron dar el golpe cuanto antes.

Podían confiar en el ejército, cada vez más minado por la conspiración y menos dispuesto á embarcarse; pero les faltaba un general con la osadía necesaria para ponerse al frente de las tropas que se sublevaran.

En Sevilla residía el general don Juan O'Donojú, hombre de gran capacidad é instrucción que había sido ministro de la Guerra durante el primer período constitucional, y al que daba gran crédito entre los liberales, haber sido reducido á prisión en Madrid y sufrido con valor la prueba del tormento cuando se descubrió la conjuración de Richard. Este general, á pesar de ser miembro de la Masonería, se negó á tomar parte en una conspiración que él bien sabía no tenía otra dirección que las acaloradas imaginaciones de dos jóvenes, y éstos no supieron ya á quién acudir para ofrecerle el mando de los futuros insurrectos.

En tal apuro, Mendizábal, que para todas las dificultades encontraba remedio, tuvo una idea propia de su carácter vivo y travieso.

—Pues tanta necesidad hay de un general,—dijo á los principales conjurados,—¿por qué no ha de hacerse uno á gusto? Circule entre las tropas que viene uno, sin decir su nombre ó dándolo supuesto; háblese mucho de ello ponderando su importancia y la del negocio que se le confía, y yo de pronto me presentaré en los cuarteles con cualquier uniforme y faja, con lo que, gritando quienes estén en la trama ¡viva el general! seguirán otros, daré yo órdenes, se conmoverá Cádiz y en un instante queda efectuado el levantamiento.

Este proyecto que á primera vista parece loco, tenía grandes probabilidades de éxito, pues estando bien dispuestos los soldados á seguir á todo aquel que les librara de embarcarse para América, es natural que no se pararan á averiguar quién era el que los mandaba; pero á los conjurados no les resultó aceptable por lo muy expuesto y siguieron buscando el ansiado general, aunque sin éxito alguno.

En esta incierta situación iba transcurriendo el tiempo y era ya bien entrado el mes de Noviembre sin que se intentara nada decisivo.

La incomunicación que existía entre Cádiz y los acantonamientos á causa de los cordones sanitarios, resultaba favorable para los conspiradores, pues los militares creían que en la ciudad funcionaban sociedades fuertes y poderosas que podían prestarles grandes auxilios cuando ellos se sublevasen, cosa que estaba muy lejos de la verdad.

Era necesario que los militares comprometidos dieran cuanto antes el grito insurreccional, y antes de ello animarles con la falsa idea de que podían contar dentro de Cádiz con poderosos

auxiliares, y para ello nada pareció mejor á Alcalá Galiano que ir en persona á recorrer los acantonamientos.

Atravesó el audaz conspirador el cordón sanitario, no sin peligro, y fué á la villa de Alcalá de los Gazules, donde estaban prisioneros algunos de los comandantes arrestados por Odonell en el Palmar del Puerto. Entre éstos figuraba el coronel graduado don Antonio Quiroga, que tanto en el batallón de Cataluña que mandaba como entre los oficiales de todo el ejército, gozaba de alto concepto.

El único defecto visible de Quiroga consistía en tener mucha ambición y no ocultarla, y como justamente esta clase de hombres son los más necesarios en las revoluciones, Galiano se avistó inmediatamente con él, lo que no era difícil, pues tanto dicho coronel como sus compañeros, sufrían un arresto muy raro.

Un año antes, la sola sospecha de conspiración, bastaba para que un individuo fuera encarcelado y sufriera rigurosa incomunicación; pero ahora tal era el estado de ánimo del ejército expedicionario, que los acusados de revolucionarios y sometidos á proceso, gozaban de absoluta libertad.

Los oficiales presos en el Palmar aparecían ante el gobierno como presos, mientras se paseaban á todas horas por las calles de Alcalá de los Gazules, hasta el punto de que Quiroga, que se entretenía jugando al billar en un café, salía á la puerta con el taco en la mano cuando pasaba el piquete encargado de dar la guardia á l
cel y saludaba al oficial que lleva
orden de tenerle rigurosamente
municado.

Tan absoluta era la confianza
teligencia que reinaba entre los
les de las tropas acantonadas en
lá de los Gazules, que Galiano se
en la cárcel, durmiendo en el n
cuarto que servía de nominal cal
á Quiroga y tratando ambos en
estancia los asuntos de la conspira

En una pequeña cueva abier
un cerro cercano á la villa, cele
la reunión de los oficiales que r
sentaban á los regimientos acan
dos en aquellas inmediaciones. (
no, encaramado sobre un gran peñ
arengó á aquellos entusiastas re
cionarios, y con el aplomo que le
su audacia encareció los grande
dios que la conspiración contaba d
de Cádiz y los personajes de in
tancia que estaban comprometid
ella, exagerando de paso la import
política del abogado Vega, al qu
dos los militares tenían en gran
cepto por solo conocerlo de oídas

La arenga de Galiano causó e
jor efecto en aquellos oficiales qu
to denuedo y audacia veían e
conspiradores del elemento civ
Galiano abandonó á los dos días
lá de los Gazules, no sin antes
venir con Quiroga que conforme
deseos sería nombrado general,
nociendo todos los compañeros s
rección revolucionaria.

Quiroga, llevado de su ambi

manifestaba grandes deseos de ponerse al frente del levantamiento, y esto, que en otras circunstancias hubiera parecido inmodesto y censurable, resultaba entonces digno de elogio y propio de un corazón esforzado, pues entre tantos oficiales que estaban dispuestos á secundar la sublevación no había ni uno solo que se atreviera á iniciarla.

El coronel D. Antonio Quiroga tenía treinta y siete años en aquella época y poseía un valor personal y un carácter audaz que le daban gran popularidad entre sus compañeros de armas. Hijo de una familia de Galicia muy considerada, había comenzado su carrera militar sirviendo en la marina; pero al estallar la guerra en 1808 avínose mal con el servicio marítimo, que no ofrecía ocasiones de medir las armas con los franceses, y pasó al ejército de tierra, donde por sus relevantes servicios fué ascendiendo gradualmente, hasta que por ingresar en el ejército expedicionario recibió el grado de coronel.

No era Quiroga el hombre que necesitaba la revolución, pues más dado á combatir que á mandar, gran amigo de familiarizarse y escaso de conocimientos militares, un ejército que estuviera bajo su dirección jamás podía ser modelo de disciplina; pero la conspiración no podía contar con ningún jefe acreditado y tuvo que admitir al primero que, valiente, audaz y ambicioso, se prestó á admitir la dirección del movimiento.

En tanto que Galiano realizaba tales trabajos, el gobierno permanecía ignorándolo todo, y aun el mismo general del ejército no notaba la menor alteración en sus subordinados.

Fernando, al relevar á D. Enrique Odonell del mando de la expedición, había cometido un terrible desacierto que pronto debía pagar caro, nombrando para tal cargo al anciano conde de Calderón, hombre débil, sin iniciativa y propenso á dejarse engañar.

La autoridad de Calderón sobre su ejército no pasaba de ser nominal, y como al mismo tiempo había movido las tropas de sus primitivos acantonamientos para concentrarlas más, resultaba que los oficiales conspiradores estaban en continuo contacto, con lo que la conjuración se propagaba rápidamente.

Fiado en la impunidad que le daba la ineptitud de Calderón y el descuido del gobierno, siguió Galiano adelante en su correría, y al llegar á Villamartín, pueblecillo de escasa importancia en el que estaba acantonado un batallón con su logia correspondiente, convocó á una reunión solemne á los representantes de todas las fuerzas situadas en las cercanías.

Acudieron éstos en gran número sumisos á la voluntad de Galiano, á quien no conocían, pero al que daba gran autoridad sus altos títulos masónicos, y en la reunión que celebraron se trató principalmente de elegir el

general que debía dirigir el movimiento.

Algunos oficiales aleccionados por Galiano presentaron la candidatura de Quiroga, la cual no agradó mucho por creer casi todos los presentes que era injustificada tal elevación; pero recomendada por el fogoso orador fué admitida inmediatamente.

Ya tenía con esto un jefe la conspiración, y Galiano, cumplidos sus propósitos, retiróse á Cádiz, de donde tuvo que salir al poco tiempo para marchar á las Cabezas de San Juan llamado por Mendizábal.

Mientras el orador hacía la ya descrita correría de propaganda, el inquieto y travieso Mendizábal, agitándose con menos aparato pero con más arte, lograba resultados aun mejores. Con pretexto de cumplir sus funciones de abastecedor del ejército, recorría Mendizábal todos los acantonamientos, y hombre franco, familiar y, como vulgarmente suele decirse, campechano, sabía atraerse á los oficiales más rehacios con unas cuantas palabras.

El inquieto y travieso conspirador fué el primero que entró en relaciones con el joven comandante del batallón de Asturias llamado D. Rafael del Riego, que un papel tan interesante y un fin tan desgraciado había de alcanzar en la historia de nuestra revolución.

Mendizábal, con aquel buen golpe de vista que tanto le caracterizaba, conoció inmediatamente las condiciones de aquel militar entusiasta, fogoso, arrebatado y propio bajo todos los aspectos para las luchas por las ideas políticas.

D. Rafael del Riego, que por el tiempo había de aparecer como la figura más popular de España, era entonces poco conocido aun por sus mismos compañeros. Natural de Asturias é hijo del administrador de Correos de Oviedo, la mediana fortuna de su familia le había permitido cursar algunos estudios en la Universidad de dicha capital; pero su carácter le hizo abandonar pronto la ciencia por las armas, y en 1807 entró en el cuerpo de Guardias de Corps. Al estallar en el año siguiente la insurrección contra los invasores, la Junta de Asturias le nombró capitán y él se puso voluntariamente como ayudante á las órdenes del bravo é infortunado general D. Vicente Acevedo. Ya relatamos su heroismo y abnegación cuando después del desastre de Espinosa de los Monteros y mientras todos huían, fué el único que tiró de la espada para defender el moribundo cuerpo de su general, y después de este acto, que infundió respeto á los mismos enemigos, quedó prisionero y lo condujeron á Francia, donde entretuvo sus ocios aprendiendo con bastante perfección, el francés, el inglés y el italiano é instruyéndose en varias ciencias y sus aplicaciones al arte de la guerra.

Su notable ilustración de tal modo adquirida, valió á Riego al regresar

á España el ingreso en el cuerpo de Estado mayor, siendo destinado en 1818 al ejército expedicionario en calidad de ayudante de la plana mayor.

Cuando el conde de La Bisbal salió repentinamente de Cádiz para sorprender las fuerzas acantonadas en Puerto de Santa María, Riego iba en su escolta, y durante la marcha envió varios avisos á los compañeros anunciándoles los intentos del general y aconsejando la resistencia; y al separar Odonell de sus respectivos mandos á los comandantes en el Palmar, nombró á su ayudante jefe interino del batallón de Asturias.

Nada tan debatido y objeto de diversos comentarios como el carácter de Riego.

Tan injustamente denigrado por sus enemigos como hiperbólicamente ensalzado por sus partidarios, las verdaderas cualidades de aquel infortunado caudillo han tardado mucho en ser conocidas en su justo valor.

Alcalá Galiano, que por resentimientos particulares es de los que más mal trataron en sus escritos á Riego, confiesa que tenía alguna instrucción «*aunque superficial y corta*,» y que era de condición arrebatada y de valor impetuoso, aunque carecía de fortaleza y se paraba muchas veces en ridículas puerilidades.

Lo que nadie ha podido negar á Riego es la modestia que tal vez hacía que fuera hacia su persona aquella inmensa y loca popularidad que él nunca buscó. Todo lo que Quiroga era ambicioso, tenía Riego de sencillo, y cuando, triunfante la revolución, se concedió á todos sus jefes la faja de general, él se negó con verdadera insistencia á tomarla, diciendo que sus servicios no merecían tanto, aceptándola, por fin, principalmente por no desagradar á sus compañeros que desde el primer instante habían recogido el gran ascenso que les daba el gobierno constitucional.

Cuantos hombres imparciales y verídicos le conocieron antes del alzamiento ó en los primeros meses del segundo período constitucional, elogiaron su modesto carácter, sus sencillas costumbres, su falta de ambición y la repulsión que sentía por los actos de venganza; y si algún tiempo después mostró cierta tendencia revoltosa, fué porque el incienso continuo de la popular adulación trastornó un tanto su carácter.

Riego tiene el gran mérito de ser entre todos los militares el más entusiasta por las doctrinas liberales y el que con más desinterés dió su espada á la causa de la regeneración patria. Amaba la libertad con un afecto rayano al fanatismo; creia firmemente en el progreso; más que constitucional era republicano, como lo demostró durante el período álgido de su elevación, y odiaba, con bastante motivo, á los viejos liberales que, arrojándose en brazos del moderantismo, quitaron casi todas sus fuerzas á la revolución y la dejaron débil justamente cuando

iba á caer sobre ella el brazo armado de la Santa Alianza.

Reunidos el 27 de Diciembre en las Cabezas de San Juan, Mendizábal, Alcalá Galiano y Riego acordaron el plan del alzamiento que debía constar de tres movimientos principales.

El batallón de Asturias, saliendo de las Cabezas en la noche del 31 de Diciembre, había de marchar sobre Arcos, donde estaba el cuartel general, y reuniéndose en las inmediaciones con el batallón de Sevilla, que estaba en Villamartín, y alguna otra fuerza, caer Riego sobre el conde de Calderón, su Estado mayor y cuantas tropas le permanecían fieles, proclamando inmediatamente la libertad (1) y á Quiroga por general de la sublevación.

Este, al mismo tiempo, saliendo de su prisión nominal en Alcalá de los Gazules, debía ponerse al frente del batallón de España, allí acuartelado, y marchar á Medina Sidonia, donde se le uniría el batallón de la Corona, y juntos ambos, aprovechando la larga duración de las noches de invierno, aparecer sobre el puente de Suazo, á la entrada de la isla gaditana, con la seguridad de que, una vez apoderados de dicho punto, se adheriría al movimiento el batallón de Soria que guarnecía Cádiz y el liberal y ar doroso vecindario de esta ciudad.

El tercer movimiento lo había de efectuar la artillería situada más adentro de tierra firme y cuyo comandante, el coronel D. Miguel López Baños, en unión del batallón de Canarias y algunas otras fuerzas, emprendería un movimiento hacia la costa, donde se concentraría todo el ejército sublevado.

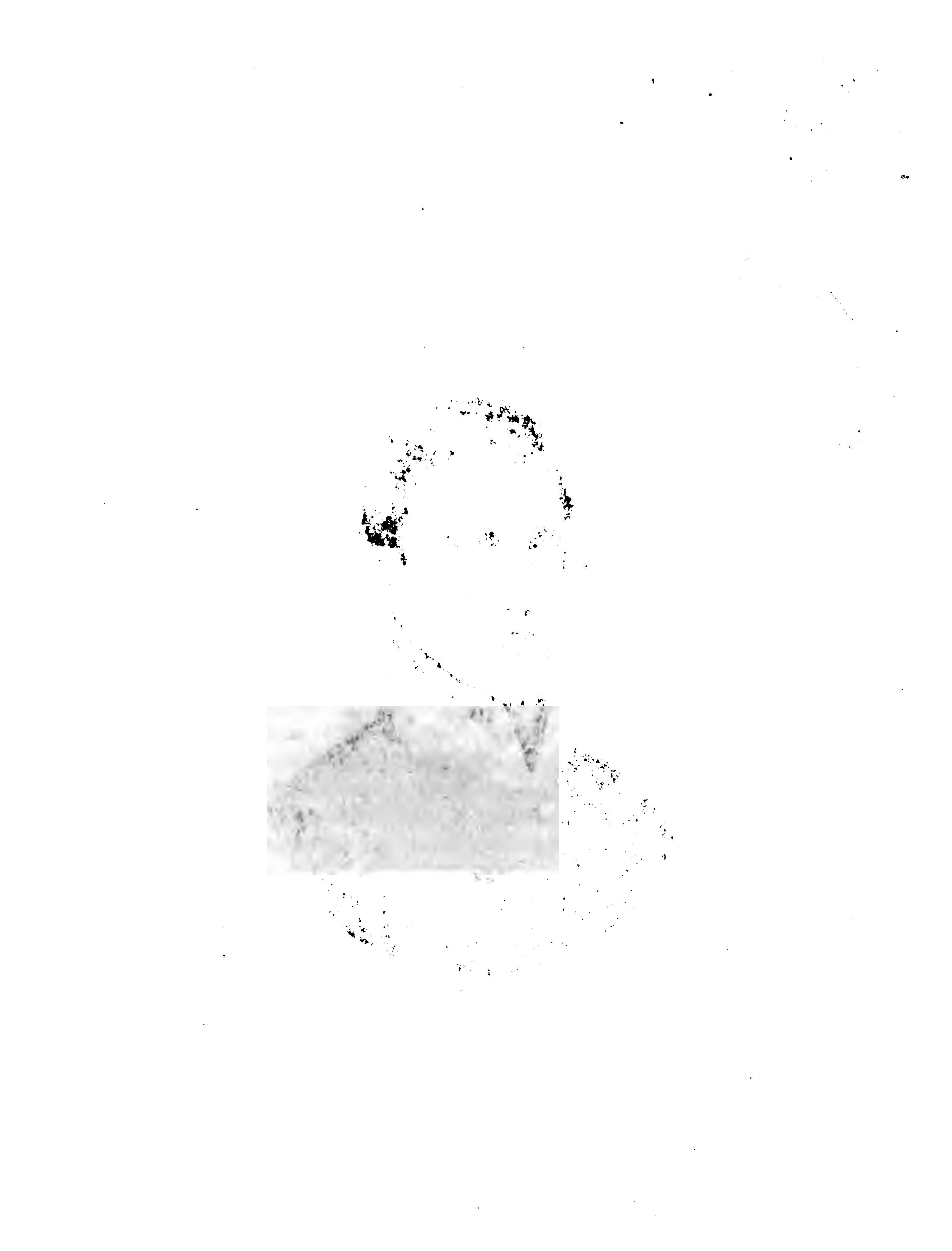
Como se ve, en este plan entraban todas las tropas del ejército expedicionario, lo que no se realizó, pues una gran parte permanecieron fieles al gobierno, á pesar de lo cual la revolución alcanzó victoria.

Los trabajos de propaganda de los conspiradores, habían abrazado toda la masa de oficiales de aquel ejército; pero como siempre sucede, entre los comprometidos figuraban muchos que por falta de corazón, por arrepentimiento ó por preocupaciones de la profesión, no estaban dispuestos á dar el golpe tal como habían prometido.

Encontrándose todavía los dos conspiradores civiles en las Cabezas de San Juan, Riego llamó al comandante de un batallón acantonado en las cercanías, el cual, aunque comprometido en la conspiración, no inspiraba gran confianza por ser hombre tibio é irresoluto.

Riego le enteró de todo lo que le tocaba hacer, que era marchar sobre Cádiz juntándose á él si le era posible, y como el comandante asintiera á todas las instrucciones sin hacer objeción alguna, aquél le preguntó si necesitaba algo más, á lo que contestó [illegible] impasible calma, que [illegible]

(1) Es de notar que Mendizábal y Alcalá Galiano no mentaron ni una sola vez en su conferencia la Constitución de 1812, que después proclamó Riego por cuenta propia.





D. RAFAEL DEL RIEGO.

orden del conde de Calderón para ponerse en movimiento.

Esta ridícula petición del comandante que necesitaba orden del general absolutista para sublevarse á favor de la libertad, causó la mayor extrañeza en los presentes, y Riego le abrumó con punzantes burlas, á las que el simple militar contestó algo turbado:

—¿Pero y yo, si no sale bien el movimiento, con qué cubro?

A lo que Riego repuso con voz enérgica y ademanes arrebatados:

—¿Y con qué me cubro yo atacando el cuartel general?

Esta contestación del héroe revolucionario no produjo impresión en el sencillote comandante, y su batallón dejó de tomar parte en el movimiento que se efectuó á los pocos días.

Se acercaba el instante de dar el golpe que derribara el absolutismo.

La fecha para el levantamiento habíase fijado el 11 de Enero del próximo año 1820; pero como urgía terminar cuanto antes el período preparatorio de la conspiración, para evitar que ésta fuera descubierta, acordóse que el movimiento se iniciara en la noche del 31 de Diciembre.

Al amanecer del día 1.° de Enero de 1820, Riego, puesto al frente del batallón de Asturias, proclamó la Constitución de 1812 en las Cabezas de San Juan, y al cerrar la noche fué sobre Los Arcos para sorprender el cuartel general.

El joven caudillo cometió una grave imprudencia entreteniéndose en la proclamación y pasando tantas horas inactivo en las Cabezas, pues fácilmente cualquier vecino podía haber marchado á Arcos y dado cuenta al conde de Calderón de lo que en el pueblo ocurría. Afortunadamente no hubo ningún delator y Riego pudo marchar sobre el cuartel general que permanecía tranquilo.

En tanto el batallón de Sevilla acuartelado en Villamartín se puso en movimiento á la hora fijada, y guiado por su segundo comandante Osorio, llegó á las inmediaciones de Los Arcos antes de amanecer; pero no encontrando á Riego se retiró á alguna distancia para esperar el día, siendo notable que al verse solos los soldados no se creyeran vendidos y se dispersasen.

Riego, al llegar cerca de Los Arcos, no encontró al batallón de Sevilla; pero á pesar de esto, como no era hombre á quien la impetuosidad de carácter permitiera retroceder ni modificar sus planes, penetró con extraordinario arrojo en el pueblo, y con una fuerza insignificante en comparación con las que tenía á sus órdenes el conde de Calderón, hizo prisionero á éste y á los generales Blanco, Salvador y Fournás.

Las tropas que estaban acantonadas en el cuartel general, entusiasmadas por Riego y en vista del éxito de la sorpresa, uniéronse á los sublevados espontáneamente.

En tanto que Riego llevaba á cabo tan arriesgada operación, Quiroga retardó la parte del movimiento que le estaba encomendada, por impedírselo

el temporal de lluvias que reinaba hacía algunos días. Cuando con las fuerzas existentes en Alcalá de los Gazules llegó á Medina Sidonia, se le unió con alguna tardanza el batallón de la Corona, lo que aumentó aun el retraso con que iba ejecutando sus operaciones.

Puesto en marcha Quiroga con todas sus fuerzas para sorprender el puente de Suazo y entrar en la Isla, necesitó más tiempo del que creía para marchar á dicho punto desde Medina Sidonia á causa de lo cenagoso que estaba el camino, motivando esto que en vez de sorprender la célebre batería del Portazgo á la dudosa luz del alba, no pudiera llegar á la citada posición hasta las diez de la mañana de un claro día, cuyo sol hacía imposibles las emboscadas.

A la vista de la formidable batería ante la cual se habían estrellado tantos meses los ataques de los soldados de Napoleón no pudiendo nunca enseñorearse de ella, detuviéronse indecisos los sublevados; pero Quiroga, que tenía razones para creer que no estarían prevenidos los que la guardaban, envió para probar fortuna á dos compañías del batallón de la Corona.

Al ver acercarse dichas fuerzas, la guardia de la batería, ignorante de la sublevación y creyéndose en tiempos tranquilos, no se movió ni tomó las armas, adelantándose únicamente el oficial para saludar al compañero que mandaba las dos compañías y pedirle el pasaporte.

La contestación fué arrojarse los recién llegados sobre el cuerpo de guardia, echar al suelo las armas de los soldados y apuntar con sus fusiles á éstos y al oficial, intimándoles que se diesen prisioneros, á lo que no opusieron resistencia, más admirados que ofendidos por aquel para ellos extraño suceso.

Dueños ya los sublevados de la temible batería, enviaron un destacamento en descubierta para que se apoderara del puente de Suazo, lo que se logró sin incidente alguno, penetrando de este modo en la Isla Quiroga y sus tropas.

Nadie en San Fernando, á excepción de los conjurados, tenía noticia de lo que ocurría desde dos días más allá de la Isla, así es que la entrada de las tropas sublevadas en la ciudad, no produjo impresión, creyendo el vecindario que su llegada obedecía á una orden del general de la expedición.

Allí se probó el descuido en que vivía el gobierno y lo lejos que estaba de esperar un suceso como la sublevación del ejército. Encontrábase en San Fernando desde algún tiempo antes, para activar los preparativos de la expedición á América, el ministro de Marina D. Baltasar Hidalgo de Cisneros, bastante aceptable como militar, aunque cándido cual pocos en materias políticas.

Al saber Quiroga que tal personaje se encontraba en la ciudad, envió para que lo prendiera á un oficial con pocos soldados, el cual, pasando por en-

tre la guardia de infantería de marina que no se alteró al ver formar frente á la puerta tropas de tierra, entróse en las habitaciones del ministro, al que intimó se diese preso.

El candoroso anciano, á pesar de que diez años antes encontrándose de virey en Buenos-Aires había sido depuesto y preso de igual modo por los insurrectos, estaba lejos de creer que tal hecho podía repetirse en la península, y su inmediato pensamiento fué que Fernando, procediendo con él tan ingratamente como con otros ministros, acababa de decretar su destierro.

—Indudablemente,—exclamó Cisneros al oir la intimación del oficial; —el rey ha sido engañado, pues yo he hecho de mi parte todo lo posible para que la expedición salga pronto.

Pero no tardó en sacar el oficial al anciano de este error, diciéndole que no le prendía en nombre del rey sino por orden del general del ejército nacional, con cuya declaración el ministro comprendiéndolo todo se dejó conducir al encierro, no pudiendo ocultar el asombro que le producía una conspiración que estallaba dos días antes á las mismas puertas de la Isla y de la que nadie tenía noticia alguna hasta la presentación de los insurrectos.

Los revolucionarios que existían en el interior de Cádiz, tuvieron inmediatamente noticias del movimiento de Quiroga y de que estaba posesionado de San Fernando.

Alcalá Galiano era de parecer que inmediatamente el elemento civil de la conspiración se lanzara á la calle y produjera un motín en Cádiz que facilitara la entrada de Quiroga; pero el abogado Vega creyó más conveniente que los liberales permanecieran quietos dejando que se encargara de toda la empresa el ejército, y como dicho revolucionario por sus años y cierto entono en los ademanes gozaba de un prestigio superior á sus méritos, su dictamen fué el que se siguió contra lo que aconsejaban las circunstancias.

Natural era esperar que Quiroga marcharía inmediatamente sobre Cádiz aprovechando la sorpresa que en las autoridades de la ciudad causaba su aparición en San Fernando; pero detenido en este punto algunas horas, no se cuidó de mandar que sus soldados, avanzados ya hasta Torregorda, ocuparan la importante posición de la Cortadura, situada á poco más de una legua de distancia, y cuando al llegar la noche hizo que algunas fuerzas se dirigieran á Cádiz, cometió el tremendo desacierto de confiarlas al primer comandante del batallón de la Corona Rodríguez Vera, que no conocía los lugares por donde tenía que marchar, desatendiendo á su gran amigo el comandante D. Lorenzo García, que quería mandar tal expedición, principalmente por conocer perfectamente aquellos terrenos en que había pasado la mayor parte de su vida.

Contra lo que el aturdido Quiroga esperaba, la Cortadura, que era la única fortificación que guardaba á Cá-

diz, estaba defendida por una fuerza tan débil como afortunada.

Al saberse confusamente en Cádiz lo ocurrido en Los Arcos con la prisión del general del ejército y al conocer con más claridad que parte de los sublevados habían penetrado ya en la Isla, el teniente del rey González Valdés, que justamente en 1814 había sido castigado por constitucional, fué á avistarse con el general Campana, que estaba en Cádiz; y el cual en vista de las circunstancias confirióse á sí mismo el mando de la plaza.

No tenía ésta para su defensa otra fuerza que el batallón de Soria; pero como nadie se movía en Cádiz á favor de los sublevados la tarea no resultaba ya tan difícil.

En esto, un joven animoso y decidido presentóse á las autoridades y tomó á su cargo la defensa de la Cortadura. Era el recién nombrado capitán de infantería D. Luis Fernández de Córdoba, que tan célebre había de hacerse años después como ilustre general.

Córdoba no era absolutista y buena prueba de ello es que en el colegio militar algún tiempo antes, cuando imperaba ferozmente la reacción, había sufrido severas reprensiones por manifestar ideas liberales y leer libros entonces prohibidos. Además, guardaba profundo agradecimiento á las Cortes de Cádiz por la protección que dispensaron á su madre, á él y á sus hermanos cuando volvieron á España desde Buenos Aires, donde los insurgentes americanos fusilaron á su padre, valiente marino que en aquellas apartadas regiones luchaba, en unión del bravo Liniers, por sostener el pabellón español.

A pesar de esto, aquel joven, empujado por la fatalidad de las circunstancias, se convirtió, sin saberlo, en el más firme defensor del absolutismo, y los cañonazos de la Cortadura le ligaron,—como él decía,—á una causa por la que jamás había sentido afecto.

Como los sublevados no se cuidaron en los primeros días del movimiento de publicar proclamas explicando los motivos políticos que les impulsaban á tomar tal actitud y los revolucionarios de Cádiz permanecían quietos, todos creyeron en la ciudad que se trataba únicamente de una sedición militar para no ir á América, y el joven Córdoba, con el ardor de los nuevos militares que consideran la disciplina como una diosa invulnerable, se presentó á las autoridades realistas ofreciéndose á combatir los insurrectos.

Ganoso de adquirir renombre marchó Córdoba á la Cortadura con unos pocos artilleros y algunos individuos de la milicia urbana, y tan grande fué su fortuna que se posesionó de aquella fortificación una hora antes de que llegaran las fuerzas enviadas por el tardío Quiroga.

No tenía la Cortadura otras piezas de artillería que dos cañones en mal uso y con escasas municiones; pero Córdoba tomó bien sus disposiciones é

hizo valer cuanto pudo tan escasos medios.

Al presentarse frente á la Cortadura las fuerzas enviadas por Quiroga, el joven capitán dió grandes voces de mando, hizo tocar muchos tambores aparentando tener consigo grandes tropas, y por faltar espoletas, con su cigarro dió fuego á los dos cañones, cuyos disparos fueron tan certeros que causaron algún estrago en los sublevados, cosa inesperada, pues la oscuridad de la noche impedía el apuntar y además la batería no era rasante.

Fué gran suerte para Córdoba y los suyos que las fuerzas enemigas estuvieran mandadas por Rodríguez Vera, que no conocía el terreno, pues de lo contrario hubiera sido fácil á éste, siguiendo por la playa, dar un rodeo á la Cortadura y entrar en ella por la gola, casi indefensa, en cuyo caso los defensores del absolutismo hubieran tenido que escapar ó morir.

Los sublevados, suspensos ante el estrago que los dos cañonazos habían causado en sus filas y no conociendo el suelo que pisaban, tuvieron que retroceder, con lo cual quedaron Córdoba y los suyos tan victoriosos como sorprendidos de un triunfo que no esperaban.

Las imprudencias de Quiroga hicieron que Cádiz continuara por lo pronto obediente al gobierno absolutista, y aunque de allí á dos días, ó sea en 5 de Enero, dirigió un segundo ataque á la Cortadura, esta tentativa no produjo otro resultado que la libertad de los comandantes presos en el Palmar, los cuales estaban encerrados en el castillo de San Sebastián, encontrándose entre ellos los hermanos San Miguel (don Santos y don Evaristo), que tan buenos servicios habían de prestar en el campo de los sublevados.

Los absolutistas de Cádiz, aunque victoriosos dos veces en la Cortadura, no se atrevieron á seguir adelante y permanecieron inactivos, contentándose con conservar la ciudad fiel á la obediencia del rey.

Quedó, pues, la Isla gaditana dividida en dos mitades que reconocían diversa autoridad. Los sublevados eran dueños desde el puente de Suazo á Torregorda, y las autoridades realistas desde la Cortadura al mar con Cádiz en el intermedio.

Los sublevados quedaron, pues, como encerrados entre la península y Cádiz que se conservaba fiel al absolutismo, demostrando Quiroga con su imprudencia primero y su inacción después, que estaba muy lejos de reunir las condiciones necesarias para el cargo que le habían conferido sus compañeros.

Cuando Riego y Mendizábal, que también marchaba unido á éste, tuvieron noticia, aunque tardía, de las operaciones de Quiroga y su situación, marcharon inmediatamente á San Fernando, no sin detenerse en Jerez para proclamar la Constitución de 1812.

En Puerto de Santa María uniéron-

se á ellos el brigadier O'Daly, el comandante Arco-Agüero, los hermanos San Miguel y demás jefes fugados del castillo de San Sebastián, pasando todos á San Fernando, donde se avistaron Riego y Quiroga, siendo éste reconocido por aquél como general del ejército. También fué á unirse á los sublevados en San Fernando tal como lo había prometido, el jefe de artillería López Baños con todas las fuerzas de su mando y el batallón de Canarias.

Todos aquellos jefes reunidos casi á las puertas de Cádiz, eran muy buenos para obedecer, pero ninguno servía para mandar.

El ejército que tenía Quiroga á sus órdenes ascendía á cinco mil hombres, cifra respetable atendido el estado en que las armas españolas se encontraban en tal época; pero en vez de utilizar tal fuerza con actividad y denuedo, los jefes insurrectos pasaban el tiempo en puerilidades.

Alcalá Galiano y D. Evaristo San Miguel, publicaban en San Fernando una *Gaceta* del ejército sublevado, en la que exponían las ideas políticas de éste con una asiduidad que contrastaba con el silencio guardado en los primeros instantes de la insurrección, y Quiroga, posesionado del arsenal de la Carraca, vendía los efectos de éste para poder atender á las necesidades de su ejército.

El 24 de Enero el coronel Rotalde con el batallón de Soria intentó sublevarse en el interior de Cádiz; pero tal resolución resultaba tardía, y las autoridades absolutistas ayudadas por el activo Córdoba, supieron estorbar á tiempo el movimiento, obligando á los rebeldes á que huyesen á San Fernando.

Quedaba, pues, el ejército sublevado encerrado é inactivo en un extremo de la Isla, y en tanto el gobierno absolutista, repuesto de la primera impresión que le produjo tal golpe, organizaba fuerzas para sofocar la rebelión.

El general D. Manuel Freire, tan acreditado en la guerra de la Independencia, fué el encargado por el gobierno para marchar contra los sublevados, misión que aceptó con visible repugnancia.

Transcurría velozmente el tiempo; iba ya á cumplirse un mes desde que Riego dió el grito insurreccional en las Cabezas de San Juan, y ningún pueblo de España contestaba á tan noble excitación.

Los sublevados habían desaprovechado la oportunidad de los primeros instantes y su causa corría ya gran peligro de desaparecer.

Parecía aparentemente que la reacción había robado á los españoles hasta su energía y valor característicos; pero no era así, pues aunque tarde, debía llegar el instante en que estallara en toda la península la regeneradora explosión revolucionaria.

FIN DEL TOMO PRIMERO



ÍNDICE





PAUTA PARA LA COLOCACIÓN DE LÁMINAS

[redacted]


UNIVERSITY OF MICHIGAN
3 9015 01534 9791

